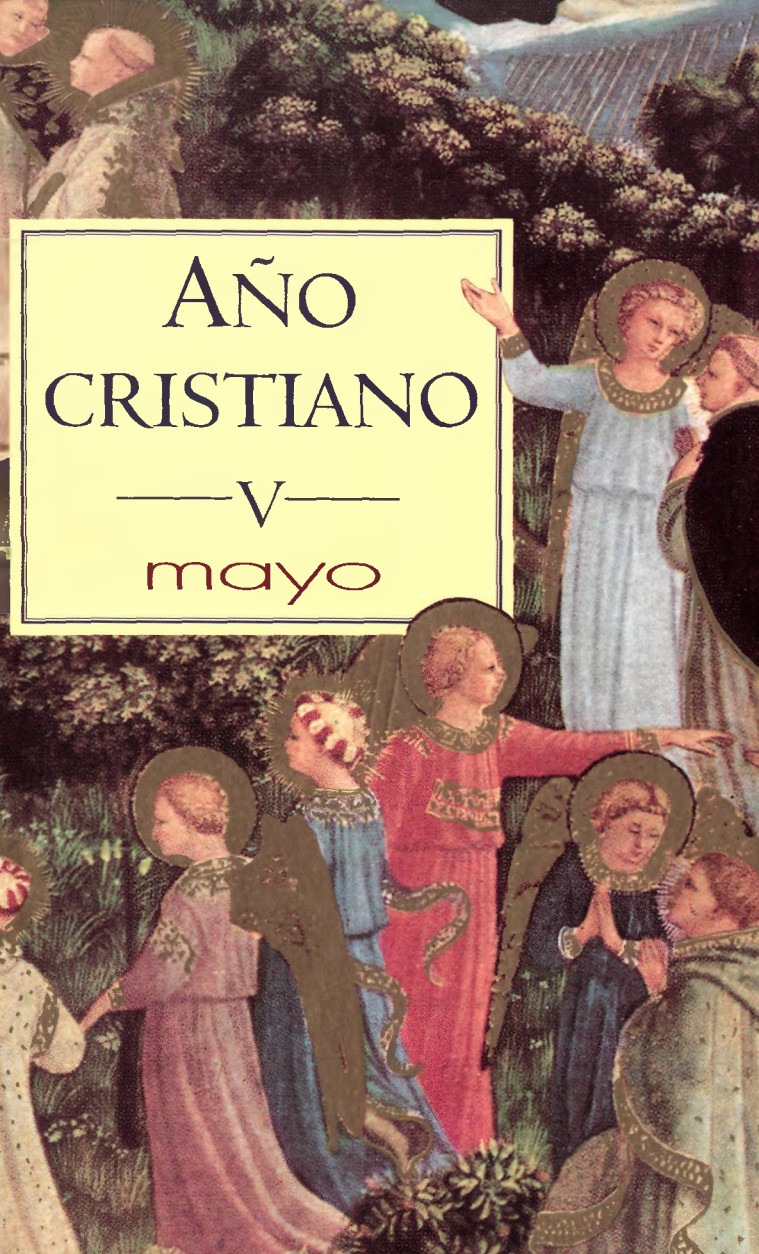


AÑO CRISTIANO

—V—

mayo

AÑO CRISTIANO

V

Mayo



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2004

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2004
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-709-1 (Tomo V)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

Pags

COLABORADORES IX

PRESENTACION XI

NOTA INTRODUCTORIA XV

Santoral de mayo (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3

FIESTAS MOVIBLES 747

APENDICE 775

CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS 813

ÍNDICE ONOMASTICO 815

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ALASTRUE CASTILLO, Mª del Pilar
ALCORTA, Julian, SCJ
ALONSO SCHOKEL, Luis
AMIGO JANSEN, Gustavo, SI
ARRATIBEL, Juan, SSS
ARTERO PEREZ, Jose
BALTAR, Salvador, OFM
CARRO CELADA, Jose Antonio
CHICO GONZALEZ, Pedro, FSC
CUNILL, Ramon
CURCO I PUEYO, Jordi
DIAZ FERNANDEZ, Jose Maria
DOMINGUEZ DEL VAL, Ursicino, OSA
ECHEVERRIA, Lamberto de
FERRI CHULIO, Andres de Sales
FLORES ARCAS, Juan Javier, OSB
GONZALEZ CHAVES, Alberto Jose
GONZALEZ RODRIGUEZ, Mª Encarnacion
INIESTA COULLANT-VALERA, Enrique, SchP
LANGA Pedro, OSA
LLABRES Y MARTORELL, Pere Joan
LLORCA, Bernardino, SI
LOPETEGUI, Leon, SI
LOPEZ MELUS, Justo
MARIA H DE LA SANTA FAZ, OP
MARTIN ABAD, Joaquin
MARTIN ABRIL, Francisco Javier
MARTIN HERNANDEZ, Francisco
MARTIN HERNANDEZ, Pedro
MELENDRES, Miguel
MOLINA PINEDO, Ramon, OSB (Leyre)
NUNEZ URIBE, Felix
OLAECHEA LOIZAGA, Marcelino, SDB
ONAINDIA ECHAVE, Antonio
PASCUAL, Augusto, OSB (Leyre)
PEARIRI FERRER, Jacinto
PERIZ LOZANO, Jose Maria
PEREZ SUAREZ, Luis M, OSB (Leyre)

PEREZ, Gabriel
PONT Y GOL, José
REPETTO BETES, José Luis
RODRIGUEZ, José Vicente, OCD
SALA BALUST, Luis
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANCHEZ DE MUNIAIN, José María
SANZ BURATA, Luis
SEGOVIA, Augusto, SI
SENDIN BLAZQUEZ, José
STAEHLIN, Carlos María, SI
VELADO GRANA, Bernardo
VILLAVERDE, Alberto J., SI
XIBERTA, Bartolomé M., OC
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educacion cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSE LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

V

Mayo

1 de mayo

A) Martirologio [1]

1. San José Obrero **.
2. San Jeremías, profeta **.
3. En Viviers, San Andéolo, mártir (fecha desconocida)
4. En la España meridional, la conmemoración de San Torcuato, obispo de Guadix, y otros seis obispos, que fueron prelados de diversas ciudades, a saber· Ctesifonte en Verga, Segundo en Ábula, Indalecio en Urci, Cecilio en Ilíberis, Hesiquio en Carteya y Eufrasio en Iliturgis (s III-IV) **.
5. En Auxerre, de la Galia, San Amador († 418), obispo *
6. En Auch (Aquitania), San Orencio († 440), obispo.
7. En la Bretaña Menor, San Brioco o Brieu († 500), obispo, de quien la ciudad de Saint Brieu tomó nombre.
8 En Agaunum, San Segismundo († 523), rey de Borgoña y mártir *.
9. En una isla de la Bretaña Menor, San Marculfo († 558), abad del monasterio de Nanteuil
10 En Clwyd (Gales), San Asaf (s. VI), abad y obispo.
11 En Gap (Provenza), San Arigio († 604), obispo.
12 En Montauriol (Galia Narbonense), San Teodardo († 893), obispo de Narbona.
13 En Fossombrone (Italia), Beato Aldebrando o Hildebrando († 1170), obispo.
14. En Arouca (Portugal), Beata Mafalda († 1257), virgen, hija del rey Sancho I, monja cisterciense *.
15. En Montaione (Etruria), Beato Vivaldo de San Geminiano († 1320), ermitaño *.
16. En Valle de Istria, Beato Julián Cesarello († 1349), presbítero, de la Orden de Menores
17. En Forlì (Emilia), San Peregrino Laziosi († 1345), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.
18. En Moncel (Borgoña), Beata Petronila († 1355), abadesa clarisa.
19. En Roma, San Pío V, cuya memoria se celebra el 30 de abril (cf. *Año cristiano.* IV. *Abril,* 657-666).
20. En San Tay (Tonkín), San Agustín Schoeffler († 1851), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*)

21 En Nam-Dinh (Tonkin), San Juan Luis Bonnard († 1852), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *

22 En Milán, San Ricardo (Herminio Felipe) Pampuri († 1930), religioso, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios **

23 En Vladimir (Rusia), Beato Clemente Septyckyj († 1951), presbítero y mártir, monje estudita *

B) Biografías extensas

SAN JOSÉ OBRERO

«El 1 de mayo de 1955 —escribe un testigo presencial— Roma era un hervidero de gente sencilla y morena, con mirada abierta y espontánea. Aquí y allá, en los bares y vías que acercan al Vaticano, grupos de hombres, mujeres y niños, mezclados en alegre algarabía, despachaban el leve bagaje de sus mochilas y apuraban unas tazas de rico café. En su derredor parecía soplar un aire nuevo, sin estrenar. Hasta tal punto que el semblante de la Ciudad Eterna, acostumbrado a todos los acontecimientos y a todas las extravagancias de todos los pueblos de la tierra, parecía asombrado ante aquella avalancha nueva de cuerpos duros y curtidos y de almas ingenuas, que desbordaban todo lo previsto».

Se diría que había un presentimiento Cuando aquellos grupos confluyeron en una de las grandes plazas romanas y a lo largo de las amplias márgenes del Tíber e iniciaron su marcha hacia el Vaticano, flotaba algo en el ambiente. La vía de la Conciliación se estremecía con un eco nuevo, el de las rotundas voces de los obreros del mundo, que, al compás de bravos himnos, y bajo sus guiones y pancartas, representando a todos sus hermanos del mundo, avanzaban al encuentro del Papa.

Era una riada inmensa de vida, de calor, de entusiasmo. Bajo el crepitar de los camiones, cargados de trabajadores, que con sus instrumentos de trabajo avanzaban hacia la plaza de San Pedro, corría una multitud alegre y sencilla, gritando hermosas consignas. «¡Viva Cristo trabajador! ¡Vivan todos los trabajadores! ¡Viva el Papa!» Aquellos doscientos mil hombres superaban el viejo latido de odio y de muerte, cambiándolo por otro de resurrección y de vida

Oigamos de nuevo al mismo cronista:

«Con espíritu nuevo y conciencia clara de la nobleza trabajadora la inmensa muchedumbre fue llenando, en creciente oleaje, la monumental plaza de San Pedro. Las fontanas se transformaron en racimos humanos y sobre la enardecida concentración el obelisco neroniano parecía un dedo luminoso que apuntaba tercamente la ruta de los luceros, la única capaz de redimir al doliente mundo del trabajo. A los pies mismos de la basílica se detenía el oleaje humano y bajo el balcón central de la iglesia más monumental del cristianismo se levantaba el rojo estrado papal. Pronto apareció en él la blanca figura del Vicario de Cristo mientras la plaza entera vibraba en un ensordecedor griterío y un continuo agitar de pañuelos y pancartas. Las fontanas parecían abrir sus bocas para gritar, el obelisco se estiraba más y más hacia el cielo y la majestuosa columnata de Bernini tenía un movimiento de gozo y de gloria. Todo se movía en torno al Cristo en la tierra, y por las cornisas y capiteles —como bandada de palomas al viento— iban saltando los gritos de paz, trabajo y amor».

«De la inmensa plaza se fueron destacando pequeños grupos de obreros, portadores de mil obsequios calientes que el mundo del trabajo ofrecía al Papa Los vimos subir las gradas del estrado y arrodillarse, con sus manos llenas y toscas, ante el Cristo visible en la tierra Algunos, con serenidad, decían una frase densamente aprendida. Otros, vencidos por el momento grandioso, lo olvidaban todo e improvisaban ricas espontaneidades. O no hacían más que mirar al Papa, cara a cara, y llorar. La plaza seguía gritando por su descomunal boca de doscientos cuarenta metros de anchura y volando en alas de los doscientos mil corazones de obreros. Sólo cuando el Papa se levantó quedó muda y sobrecogida, como un desierto silencioso. Sobre el silencio palpitante vibró la voz del papa Pío XII».

«¡Cuántas veces Nos hemos afirmado y explicado el amor de la Iglesia hacia los obreros! Sin embargo, se propaga difusamente la atroz calumnia de que "la Iglesia es la aliada del capitalismo contra los trabajadores". Ella, madre y maestra de todos, ha tenido siempre particular solicitud por los hijos que se encuentran en condiciones más difíciles, y también, de hecho, ha contribuido poderosamente a la consecución de los apreciables progresos obtenidos por varias categorías de trabajadores. Nos mismo, en el radiomensaje natalicio de 1942, decíamos: "Movida siempre por motivos religiosos, la Iglesia condeno los diversos sistemas del socialismo marxista y los condena también hoy, siendo deber y derecho suyo permanente preservar a los hombres de las corrientes e influjo que ponen en peligro su salvación eterna"»

«Pero la Iglesia no puede ignorar o dejar de ver que el obrero, al esforzarse por mejorar su propia condición, se encuentra frente

a una organizacion que, lejos de ser conforme a la naturaleza, con trasta con el orden de Dios y con el fin que El ha señalado a los fieles terrenales Por falsos, condenables y peligrosos que hayan sido y sean los caminos que se han seguido, ¿quien y, sobre todo, que sacerdote o cristiano podra hacerse el sordo al grito que se le vanta del profundo y que en el nombre de Dios justo pide justicia y espiritu de hermandad?»

Sin embargo, la fiesta, con toda su hermosura, hubiera podido quedar como una más entre las muchas que se han celebrado en la magnífica plaza de San Pedro y el discurso como uno de tantos entre los pronunciados por el papa Pío XII. No fue así Por boca del Sumo Pontífice la Iglesia se aprestó a hacer con la fiesta del 1 de mayo lo que tantas veces había hecho, en los siglos de su historia, con las fiestas paganas o sensuales: cristianizarlas.

El 1 de mayo había nacido en el calendario de las festividades bajo el signo del odio. Desde mediados del siglo XIX esa fecha se identificaba en la memoria y en la imaginación de muchos con los bulevares y las avenidas de las grandes ciudades llenas de multitudes con los puños crispados. Era un día de paro total en que el mundo de los proletarios recordaba a la sociedad burguesa hasta qué punto había quedado a merced del odio de los explotados. Y esa fiesta, la fiesta del odio, de la venganza social, de la lucha de clases, iba a transformarse por completo en una fiesta litúrgica, solemnísima, del máximo rango (doble de primera clase), con su hermoso oficio propio y su misa también propia.

El Papa lo anunció con toda solemnidad:

«Aqui, en este dia 1 de mayo, que el mundo del trabajo se ha adjudicado como fiesta propia, Nos, Vicario de Jesucristo, queremos afirmar de nuevo solemnemente este deber y compromiso, con la intencion de que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes fundadas sobre la equitativa reparticion de derechos y de deberes

Tomado en este sentido por los obreros cristianos el 1 de mayo, recibiendo asi, en cierto modo, su consagracion cristiana, le jos de ser fomento de discordias, de odios y de violencias, es y sera una invitacion constante a la sociedad moderna a completar lo que aun falta a la paz social Fiesta cristiana, por tanto, es decir, dia de jubilo para el triunfo concreto y progresivo de los ideales cristianos de la gran familia del trabajo A fin de que os quede grabado este significado nos place anunciaros nuestra determinacion de

instituir, como de hecho lo hacemos, la fiesta litúrgica de San José Obrero, señalando para ella precisamente el día Uno de Mayo ¿Os agrada, amados obreros, este nuestro don? Estamos seguros que sí, porque el humilde obrero de Nazaret no solo encarna, delante de Dios y de la Iglesia, la dignidad del obrero manual, sino que es también el provido guardián de vosotros y de vuestras familias»

Y desde aquella tarde serena y gozosa el 1 de mayo entraba en el calendario católico bajo la advocación de San José Obrero.

Los liturgistas pondrán, ciertamente, una vez más, su nota de escrúpulo ante esta fiesta de tipo ideológico, recordando que el ciclo litúrgico es esencialmente conmemoración de acontecimientos, no de ideas. Sin embargo, aunque en la línea de una exquisita pureza litúrgica pueda caber la discusión, no hay lugar a ella desde el punto de vista pastoral. Una fiesta, inserta en una fecha ya consagrada como exaltación del trabajo, resulta pedagógicamente admirable, en orden a llevar de una manera gráfica, plástica, colorida y vital un manojo de ideas a las muchedumbres de hoy.

Plástica, colorida y vital resulta la idea de la dignidad del trabajo cuando la encontramos, no al través de unos párrafos oratorios, sino encarnada en la sublime sencillez de la vida del mismo padre putativo de Jesucristo. Él había dicho ya en el Antiguo Testamento: «Mis caminos no son vuestros caminos y mis pensamientos no son vuestros pensamientos». Cualquiera de nosotros, consultado, hubiera sido de opinión de que era preferible que Jesucristo, puesto a traer al mundo el mensaje de una ideología que forzosamente habría de chocar con el mundo de entonces, hubiera nacido rodeado de lo que solemos llamar un prestigio social: de familia ilustre, sin angustias económicas, en alguna ciudad, como la antigua Roma, que resultase crucial en la marcha de los tiempos.

Pero no fue así. Antes al contrario. Jesucristo elige para sí, para su Madre bendita, para San José, un ambiente de auténtica pobreza. Entendámonos· no un ambiente de pobreza más o menos convencional, de vida sencilla pero al margen de preocupaciones económicas, sino la áspera realidad de tener que ganarse el pan trabajando, de tener que disipar los tenues ahorrillos en el destierro, de tener que sufrir muchas veces la amargura de no poder disponer ni siquiera de lo necesario.

Desde los Evangelios apócrifos, con su muchedumbre de milagros adornando la niñez de Jesucristo, hasta el mismo San Ignacio poniendo, con encantadora ternura, la figura de una criadita que acompañe al matrimonio camino de Belén, los cristianos nos hemos rebelado muchas veces contra ese designio de la Divina Providencia que se nos antojaba excesivo. Cuando hemos querido imaginar a la Santísima Virgen le hemos dado siempre trabajos que traían consigo un halo de poesía:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero...

Pero lo cierto es que la Virgen habría de lavar más de una vez las humildes escaleras de la casita y barrer el pobre taller, y preparar la frugal comida. Y, junto a ella, también a San José habría de corresponderle su parte en las consecuencias de tanta pobreza.

Sabemos que fue carpintero. Alguno de los padres apostólicos, San Justino, llegó a ver toscos arados romanos trabajados en el taller de Nazaret por el Patriarca San José y el mismo Jesús. Fuera de esto, todo lo demás son conjeturas. Pero conjeturas hechas basándose en certeza, si cabe hablar paradójicamente, pues, por mucho que queramos forzar nuestra imaginación, siempre resultará que fue difícil y dura la vida de un pobre carpintero de pueblo, que a su condición de tal ha añadido las tristes consecuencias de haber vivido algún tiempo en el destierro.

Porque si algunos ahorros hubo, si algo pudo llegar a valer aquel tallercito, ciertamente que todo hizo falta cuando, como consecuencia de la persecución de Herodes, la Sagrada Familia hubo de marchar a Egipto. Dura la vida allí. Dura también la vida a la vuelta.

En este ambiente vivió Jesucristo. Y éste es el modelo que hoy se propone a todos los cristianos. Para que cada cual aprenda la lección que le corresponde.

Quiere la Iglesia que la fiesta de San José Obrero sirva, como dice la sexta lección del oficio, para despertar y aumentar en los obreros la fe en el Evangelio y la admiración y el amor por Jesucristo; sirva para despertar en los que gobiernan la atención hacia aquellos que sufren, y el deseo de poner en prác-

tica las cosas que pueden conducir a un recto orden en la sociedad humana, sirva para corregir en la sociedad los falsos criterios mundanos que en tantas ocasiones llegan a penetrarla por completo.

Insistamos en esta triple idea.

Como consecuencia de la profunda revolución que supuso el maquinismo surgió, a mediados del siglo XIX, una nueva clase social: el proletariado. No puede decirse que esta clase social se haya apartado de la Iglesia. En realidad, estuvo en la mayor parte de los países, salvemos excepciones tan gloriosas como Irlanda, totalmente al margen de ella. Sometida a unas condiciones infrahumanas de vida, a una jornada agotadora de trabajo, a una situación económica aflictiva, hubo forzosamente de abrirse a ideologías paganas y materialistas. Gestos tan nobles como la magistral encíclica del papa León XIII *Rerum novarum* cayeron en el vacío. Una sociedad que se llamaba cristiana desoyó por completo tales llamamientos. Entonces surgió poderoso, amenazador, el auge del marxismo, y posteriormente el arraigo del comunismo en esas masas, y su triunfo político en algunas naciones.

A tal situación se trata de oponer, más que una ideología, un símbolo: el de San José Obrero. Late en él toda una concepción de la vida, y del papel del trabajo en ella. Diríamos que toda una teología del trabajo. Como dice el responsorio de sexta y de nona: «El verbo de Dios, por quien han sido hechas todas las cosas, se ha dignado trabajar por sus propias manos... ¡Oh inmensa dignidad del trabajo que Cristo santificó!». Es más: en ese mismo trabajo resplandece una ley divina, establecida por el Creador de todas las cosas, según recuerda la oración de la misa.

Pero la fiesta no es sólo una predicación de la dignidad del trabajo y un recuerdo de que ese trabajo ha sido compartido por el hijo de Dios y por San José. Es también un aldabonazo en la conciencia de quienes gobiernan. A ellos se les recuerda cuáles son sus obligaciones en relación con los pobres y con los humildes. Dice así el papa Pío XII:

> «La accion de las fuerzas cristianas en la vida publica mira, ciertamente, a que se promueva la promulgacion de buenas leyes y la formacion de instituciones adaptadas a los tiempos, pero tambien

mas aun significa el destierro de frases huecas y de palabras engañosas, y el sentirse la generalidad de los hombres apoyados y sostenidos en sus legítimas exigencias y esperanzas Es necesario formar una opinion publica que, sin buscar el escandalo, señale con franqueza y valor las personas y las circunstancias que no se conforman con las leyes e instituciones justas o que deslealmente ocultan la realidad Para lograr que un ciudadano cualquiera ejerza su influjo no basta ponerle en la mano la papeleta del voto u otros medios semejantes Si desea asociarse a las clases dirigentes, si quiere, para el bien de todos, poner alguna vez remedio a la falta de ideas provechosas o vencer el egoismo invasor, debe poseer personalmente las necesarias energias internas y la ferviente voluntad de contribuir a infundir una sana moral en todo el orden publico»

No se trata de algo puramente retórico. Hay detrás de todo esto auténticas tragedias. Como, en esta misma fiesta, decía el papa Juan XXIII en 1959:

«A diario llega a nosotros el grito doloroso de tantos hijos nuestros que piden pan para si y para sus seres queridos, buscan trabajo, solicitan empleo seguro A ellos, por tanto, debe dirigirse la comun solicitud, y confiamos en que, con oportunas medidas y con solicito cuidado, se resuelvan las dificultades encontrandoles la debida y necesaria fuente de sustento y de serenidad familiar»

Desgraciadamente, se hace necesario también una tercera actuación de esta fiesta, no sólo sobre los trabajadores y los dirigentes, sino sobre la misma sociedad. El Evangelio de la fiesta nos recuerda el desdén con que las gentes contemporáneas de Jesucristo comentaban, al oír su predicación, que se trataba del hijo de un carpintero. Después de veinte siglos de cristianismo todavía queda mucho de aquél, y estamos lejos de apreciar en nuestra vida corriente y normal la sublime dignidad del hombre, aunque sea de condición humilde y tenga que trabajar con sus manos. Nos escandaliza encontrar en la historia épocas en que este trabajo era, en ambientes que se decían cristianos, algo deshonroso, que podía incluso, si se encontraba en los antepasados, impedir el acceso a algunas ordenes religiosas. Pero no nos costaría mucho encontrar idénticos criterios mundanos, paganos, construidos de espaldas al verdadero cristianismo, en nuestra misma sociedad de hoy. Hay mucho que reformar. Para que los puestos de dirección se den a quien se lo merezca, y no por razón de nacimiento o influencia; para que nuestras clases

sociales sean permeables, y sea, por consiguiente, fácil el paso de unas a otras; para que se superen añejos prejuicios raciales o sociales; para que en todas partes, en las Asociaciones católicas, en los colegios, en el trabajo, en la amistad..., todos nos sintamos verdaderamente hermanos.

Éste es el triple fruto que la Iglesia se propone obtener con la institución de la fiesta de San José Obrero.

Ningún colofón final mejor que reproducir aquí la hermosa oración con que el papa Juan XXIII terminaba su alocución en esta fiesta el año 1959.

> «¡Oh glorioso San Jose, que velaste tu incomparable y real dignidad de guardian de Jesus y de la Virgen Maria bajo la humilde apariencia de artesano, y con tu trabajo sustentaste sus vidas, protege con amable poder a los hijos que te estan especialmente confiados!
>
> Tu conoces sus angustias y sus sufrimientos porque tu mismo los probaste al lado de Jesus y de su Madre No permitas que, oprimidos por tantas preocupaciones, olviden el fin para el que fueron creados por Dios, no dejes que los germenes de la desconfianza se adueñen de sus almas inmortales Recuerda a todos los trabajadores que en los campos, en las oficinas, en las minas, en los laboratorios de la ciencia no estan solos para trabajar, gozar y servir, sino que junto a ellos esta Jesus con Maria, Madre suya y nuestra, para sostenerlos, para enjugar el sudor, para mitigar sus fatigas Enseña les a hacer del trabajo, como hiciste tu, un instrumento altisimo de santificacion»

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

Oficio y misa en la solemnidad de San Jose Obrero *AAS* 48 (1958)

SAN JEREMÍAS
(Antiguo Testamento)

«Tú me sedujiste, ¡oh Yahvé!, y yo me dejé seducir. Tú eres el más fuerte, y fui vencido. Ahora soy todo el día la irrisión, la burla de todo el mundo. Siempre que hablo tengo que gritar: "¡Ruina, devastación!". Y aunque me dije: "No volveré a hablar en su nombre", su palabra hierve dentro de mí como fuego abrasador».

Si la historia de la humanidad es la historia de Dios entre los hombres, el forcejeo del cielo con la tierra, de Yahvé con Jacob, indiscutiblemente, Jeremías dibuja su colosal figura en las cumbres más altas. Los judíos del tiempo de Jesús dirán del Maestro: «Es Jeremías, que ha resucitado».

Hijo de Helcías sacerdote, ya desde niño le sedujo Yahvé. Las auras de Jerusalén conservaban aún su perfume de incienso al llegar a Anatot, la ciudad del profeta, a una hora de Sión, y, mientras él crecía, el Señor iba realizando uno de los significados del nombre Jeremías: «Yahvé eleva», o «elevación de Yahvé». Le seducía entonces por sí mismo: por su infinita majestad, por la belleza de su Ley. «Teth. Bueno es el Señor para los que esperan de Él, para el alma que le busca», recordará en medio del llanto, en una de sus lamentaciones. Pero es que pronto le sedujo también para aceptar sobre sus hombros la misión de profeta. Como hiciera Moisés, él protesta muy bien «que no es experto en el hablar, que es todavía un niño». Pero Yahvé tiene palabras convincentes: «Antes que te formara yo en las entrañas maternas te conocí..., te consagré y te designé para profeta de naciones». Tiende la mano, toca su boca y le da poder de hierro y bronce sobre pueblos y reinos, «para arrancar, arruinar y asolar; para levantar, edificar y plantar».

Más de una vez los labios del profeta apaleado, encepado, medio muerto, recordaron a Dios con angustiosa queja y tremenda fuerza lírica mejor que la de Job, el contraste excesivo entre la dura realidad y tan bellas palabras: «¡Maldito sea el día en que nací! ¿Por qué no me mató Yahvé en el seno de mi madre y hubiera sido mi madre mi sepulcro, y yo preñez eterna en sus entrañas?».

Cuesta al hombre de hoy, con veinte siglos de Revelación, sopesar bien la santidad allá en el siglo séptimo antes que el Verbo se humanara. No es lo mismo adorar y acatar al Señor dentro de un marco de siete sacramentos, de comunión frecuente, inmolación incruenta, vida interior, magisterio ordinario e infalible y serenidad de culto, que ante balsas de sangre de reses desolladas en honor del Dios de los ejércitos, blasfemos apedreados, pitonisas, colegios de «hijos de profetas» y *nabís,* profesionales de lo religioso, que se aprestaban a la «inspira-

ción» al compás de tambores, flautas y arpas, gesticulando y bailoteando como fuera de sí, y sobreexcitando a los demás con oscuras palabras y frenéticos hurras, como vemos aún hoy entre ciertos derviches. Y ello en medio de cultos idolátricos de los pueblos vecinos y de los mismos yaveístas.

A pesar de sus fuertes protestas momentáneas, Jeremías acepta con la mayor fidelidad, materialmente incluso, el yugo del Señor, del que se considera un simple pobre. «Pobre de Yahvé». No un romántico de la pobreza como tal, sino un siervo de Dios, un sometido a la divinidad con rendimiento pleno y absoluta confianza. La novedad impresionante de este profeta, de familia más bien acomodada, es el amor y el deseo de un Israel cualitativo —«el Israel de Dios»—: la nación en que Yahvé tendrá su ley escrita no en piedra solamente, sino en los corazones. Por algo Jeremías, que, como Amós, Oseas y Ezequiel, no hizo probablemente ni un milagro, es tenido por muchos Santos Padres, principalmente San Jerónimo, por una esplendorosa figura de Jesús. Jesús nace en Belén, y es cerca de Belén donde comienza Jeremías su misión de profeta. Como Jesús, ha de luchar contra los sacerdotes que contradicen su predicación y quieren suprimirle, en un procedimiento tumultuario, al imputarle por sus profecías la intención de destruir el Templo. Como al Mesías, se le lleva a un tribunal civil para acusarle de subversión política, sin aludir al tema religioso, y él se comporta allí serena y dignamente. Nadie como él ha dibujado al futuro hijo pródigo, cuando invita a Efraím, el hijo amado y desviado, a que se plante piedras miliarias y se coloque hitos y considere las calzadas y los caminos de la perdición, para la hora del retorno. «Vuélvete, ¡oh virgen de Israel!, regresa a estas tus ciudades. ¿Hasta cuándo has de permanecer lejos, oh hija renegada?». Su vida íntima es también una pálida sombra de la del Redentor: célibe hasta la muerte, sabe de horas de oración y soledad como en Getsemaní; se le derrumba el alma previendo la ruina de la querida ciudad santa y vuelca el corazón intercediendo por sus enemigos.

Dura misión la de un profeta: ser la boca de Yahvé en un pueblo vuelto casi siempre de espaldas a la Ley, gritar contra los cultos idolátricos y las infiltraciones de prácticas paganas, llenar

de espíritu los ritos, desenmascarar vicios, venalidades, opresiones, a la par que instruir sobre la verdadera naturaleza del Altísimo y sus misteriosos atributos, y, sobre todo, preparar las pupilas oscuras para la luz creadora de los tiempos mesiánicos renovadores de la faz del mundo. Sin innovar ni revolucionar, restaurar, restablecer y tutelar los permanentes intereses de Yahvé en la religión, en la moral, e incluso en la política de un pueblo teocrático... La misión del profeta de los trenos fue dura entre las duras. Él no sólo anunció, sino que presenció las tremendas ruinas de Sión, así como las tres deportaciones de su pueblo. Corrió a sus pies, a ríos, la sangre de los suyos, y sobre las murallas a punto de ceder, el hambre de las madres se sació cerca de él en la carne caliente de los hijos. En su ciudad natal le quisieron matar. El rey Joaquín hizo quemar los rollos de sus terribles vaticinios. Fue encerrado en cisterna para hacerle morir. Ninguno de los reyes que él viera entronizar atendió sus consejos. En el pleito político de asirios derrotados, egipcios aliados y medos vencedores, él predicaba lealtad a la dominadora Babilonia, y no alianzas con los faraones ni con los restos de la vieja Asur. Y nadie le escuchaba. Sin embargo, cuando el representante del rey Nabucodonosor, sabiendo su fidelidad, le ofreció un puesto honroso en Babilonia, él prefirió quedarse a llorar la ignominia junto a las ruinas de Sión, con los pobres desechos de su pueblo. La paz no era su sino. ¿Cómo, si no, habría tenido el mundo, en el tesoro inmenso de las *Lamentaciones,* el cálido torrente de palabras y lágrimas que inundará y traducirá magistralmente hasta el fin de los siglos el humano dolor?

También ante la esfinge precursor de Jesús, si su primera intervención profética tuvo lugar junto a Belén, fue su última en Egipto. Luego ya un gran silencio ahoga la voz de hierro y bronce del más potente oráculo de Yahvé, que Tertuliano y San Jerónimo, siguiendo una leyenda que recoge igualmente el Calendario Romano, dicen muerto a pedradas en los muros de Tafnis. Isaías, el primero de los cuatro profetas llamados mayores por el volumen de su obra, acabó su ministerio hacia el año 702. Probablemente Jeremías comenzó el suyo hacia el 614, y durante cuarenta años —los veintitrés primeros de palabra tan sólo, y después, inaugurando esta modalidad, por escrito tam-

bién— fue en medio de Judá «como una flecha de excepción», fúlgida y recta, en el carcaj de Yahvé. También comienza en él lo que podríamos llamar «literatura de las confesiones» al describir el dramatismo de la íntima lucha del profeta con Dios.

Después de haber vivido, agonizando, en una de las épocas más importantes y convulsas de la historia de Oriente y la más dolorosa de Judá, Yahvé *sedujo* a Jeremías con la corona del descanso eterno. Sólo entonces el pueblo amó de veras a su gran profeta. Él había cantado, con la garganta rota de dolor, el paso hacia el exilio, a nueve kilómetros de Sión, de los judíos aherrojados: «Se oye una voz en Rama... Mucho gemido y mucho llanto. Raquel llora a sus hijos y no se quiere consolar, porque no están». Judá lloró al profeta de sus llantos; pero el coloso tampoco estaba ya.

MIGUEL MELENDRES

Bibliografía

AUGÉ, D. R., «Jeremías», en *Biblia de Montserrat,* vol.14 (1951).
GELIN, A, *Jeremie Les Lamentations Le livre de Baruch* (La sainte Bible, Paris 1951)
JEAN, C, *Jérémie. Sa politique, sa théologie* (París 1913)
RICCIOTTI, J, *Il libro di Geremia* (Turín 1923)
SCHUSTER, I et al., *Historia bíblica,* I (Barcelona 1945).
Veanse otros *Comentarios del Antiguo Testamento* o *Historias bíblicas*

VARONES APOSTÓLICOS
(SAN TORCUATO Y LOS OBISPOS TESIFONTE, SEGUNDO, INDALECIO, CECILIO, HESIQUIO Y EUFRASIO)
(s. I)

La Iglesia española celebra el día de hoy la conmemoración de los llamados *Varones Apostólicos,* que son aquellos siete discípulos de los apóstoles San Pedro y San Pablo que, conforme a una tradición antigua española, fueron enviados a España por sus maestros Pedro y Pablo para que predicaran el Evangelio en la Península. La tradición nos ha transmitido sus nombres de Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio.

Junto, pues, con la otra tradición sobre la predicación de Santiago, y con el hecho históricamente bien probado de la estancia de San Pablo en España, la actividad apostólica de los Varones Apostólicos constituye la base del origen apostólico de la Iglesia española. Por eso ha sido, ya desde antiguo, tan grande la devoción que España ha profesado a los Varones Apostólicos, y particularmente las poblaciones que, conforme a la misma tradición, habían evangelizado cada uno de ellos, se han distinguido de un modo especial en esta veneración. Así sucede, por ejemplo, en *Acci,* hoy Guadix, donde se supone predicó Torcuato; en *Ilíberis,* o Elvira, evangelizada por Cecilio, y sobre todo en *Abula,* que algunos identificaron con Ávila, donde tanto se venera a San Segundo.

No es éste el lugar para discutir, en primer término, la verdad de la misma tradición sobre la venida a España de los Varones Apostólicos. Baste decir que los historiadores modernos extranjeros, los padres Férotin y Savio, la califican de tradición antigua y sólida. En segundo lugar, pasamos por alto la discusión sobre cuáles son las poblaciones modernas que corresponden a las antiguas, donde refiere la tradición que predicaron dichos Varones Apostólicos. Concretamente, a qué población se refieren *Urci,* donde debió predicar Indalecio; *Vergi,* sede tradicional de Tesifonte; Carcesa, cristianizada por Hesiquio. Entre todas ellas, como se sabe, la más discutida es *Abula,* donde predicó Segundo.

Aquí conviene notar, ante todo, los datos que nos comunica la misma tradición, pues, aunque no presenten sólidas garantías de seguridad histórica, indican, ciertamente, la estima que se ha hecho siempre en España del origen apostólico de sus iglesias. Tal vez ésta es, en el fondo, la razón última de por qué es tan profunda en los españoles la adhesión a la cátedra de Roma y el afecto personal hacia el Romano Pontífice. De hecho, desde tiempo inmemorial, España ha proclamado y defendido con el mayor empeño el origen apostólico de su fe católica, lo cual debe ser para los españoles de nuestros días un argumento poderoso para no desmerecer en lo más mínimo de la tradicional adhesión de España a la Iglesia católica romana y al Romano Pontífice.

Así, pues, conforme a esta tradición, los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, escogieron a siete entre sus discípulos, bien probados en la fe, cuyos nombres hemos indicado, los consagraron obispos y los enviaron a España con la misión de evangelizar la importante provincia romana llamada en aquel tiempo Hispania. Dirigiéronse, pues, ellos a la Bética, que era una de las regiones más romanizadas, y, habiendo llegado a la importante ciudad de *Acci* (hoy Guadix), se detuvieron antes de entrar en ella. Encontrábase ésta a la sazón en plenos festejos, dedicados a Júpiter y Mercurio, por lo cual, al enterarse de las intenciones de los huéspedes, salieron algunos gentiles en ademán amenazador.

Ante esta actitud de los naturales los Varones Apostólicos retrocedieron y atravesaron el río. Los perseguidores pretendieron darles alcance; mas, al intentar atravesar el río, se hundió el puente y todos ellos perecieron. Ante la noticia de lo ocurrido los habitantes de *Acci* se llenaron de estupor, por lo cual salió en nombre de todos la matrona Luparia, la cual se puso en contacto con los misioneros, construyóse una iglesia y la población abrazó el cristianismo.

Iniciada de esta manera su actividad apostólica, aquellos misioneros, conforme a la misma tradición, se repartieron por diversas poblaciones, siendo de este modo la base de la mayor parte de las iglesias españolas. No se olvide que, conforme a la tradición de la predicación de Santiago en la Península, éste estuvo muy poco tiempo en España y obtuvo pocas conversiones, y la estancia cierta de San Pablo tuvo una actividad muy reducida. Así, pues, según las tradiciones primitivas, los que en realidad evangelizaron a la Hispania y los verdaderos padres del cristianismo español fueron los Varones Apostólicos.

De esta tradición hablan, en primer lugar, los *Calendarios mozárabes,* cuya reciente publicación por los padres Férotin y Savio proyecta abundante luz sobre la Iglesia primitiva de la Península Ibérica. Ahora bien, sabemos que las noticias incluidas en esta clase de calendarios se fueron introduciendo poco a poco. Por otra parte, según se ha probado, su primera redacción data del siglo V. ¿Cuándo, pues, fue introducida esta noticia en dichos calendarios? ¿Pertenece al núcleo primitivo? La unanimidad de

los siete calendarios nos permite concluir que la noticia data del siglo V o del VI.

Especial importancia en este punto adquiere la literatura hagiográfica del tiempo. También en ella se habla de los Siete Varones Apostólicos, como puede comprobarse en el *Martirologio histórico,* de Lyón; en diversas vidas compendiadas, a manera de *Flos Sanctorum,* y en la misa, el oficio divino y un himno de la liturgia mozárabe.

Sobre la suerte final de los Siete Varones Apostólicos la misma tradición es muy escasa de noticias. Es muy común la creencia de que todos ellos murieron mártires. Así lo expresan algunos Calendarios. En cambio, la literatura mozárabe los llama simplemente *Doctores de la fe.*

La principal lección que debemos aprender de la festividad de los Varones Apostólicos es la estima extraordinaria que el pueblo español ha hecho siempre del origen apostólico de su fe católica. La tradición referente a los mismos queda consignada por escrito ya desde el siglo V o VI, y, ciertamente, desde entonces esta convicción llega a constituir una de las bases fundamentales en el ulterior desarrollo del cristianismo en España. Hubo posteriormente una corriente dentro de la Península que ponderaba en exceso la idea de que se tardó bastante en introducir plenamente el cristianismo en España. Así parece expresarlo, en el siglo VII, San Valerio, monje del Bierzo y padre de monjes, quien en una exhortación a los fieles les llega a decir que solamente a fines del siglo IV comenzó a resplandecer el cristianismo en España.

Frente a esa idea, repetida en algún otro documento y excesivamente ponderada por algunos escritores de nuestros días, diremos que, a mediados del siglo III, la Iglesia española da muestras de intensa vitalidad, y, según los testimonios de San Ireneo y de Tertuliano, ya a fines del siglo II el cristianismo estaba plenamente arraigado en España. Podemos, pues, con buen fundamento suponer que esto se debía al hecho de la estancia de San Pablo en la Península, quien había dejado, como en tantas otras ciudades, una Iglesia bien fundada, y tal vez también a la obra evangelizadora de los *Siete Varones Apostólicos.*

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t.XII, cols.944-962.
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* I (Madrid 1929) 147s.
Martyrologium romanum, o.c , 189-190.
SAVIO, F., SI, *La realtà del viaggio di S. Paolo nella Spagna* (Roma 1914) 28s
VIVES, J., «Santoral visigodo en calendarios e inscripciones»: *Analecta Sacra Tarraconensia* 14 (1941) 31-58.
— ID , «Las Actas de los Varones Apostólicos», en *Miscellanea liturgica in honorem L. Cuniberti Mohlberg,* I (Roma 1948) 33-45.
• Actualización:
DIAZ Y DIAZ, M. C., «En torno a los orígenes del cristianismo hispánico», en *Las raices cristianas de España* (Madrid 1967) 423-443
SOTOMAYOR, M., «La Iglesia en la España romana», en R. GARCIA VILLOSLADA (ed.), *Historia de la Iglesia en España,* I (Madrid 1980) 149-150; 156-159.
VLGA, A. C , «La venida de San Pablo a España y los Varones Apostólicos»: *Boletín de la Real Academia de la Historia* (1964) n.154.
VIVES, J., «Tradición y leyenda en la hagiografía hispánica»· *Hispania Sacra* 18 (1965) 495-508.
— ID , «Varones Apostólicos», en Q ALDEA VAQUERO - T. MARIN MARTINEZ - J. VIVES GALLTI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* IV (Madrid 1972) 2715.

SAN RICARDO (HERMINIO FELIPE) PAMPURI

Religioso († 1930)

Estaba destinado a morir joven, con sólo 33 años, pero moriría siendo médico, religioso... y santo. Y fue las tres cosas con gran seriedad, llegando a la tercera a través del ejercicio consciente y responsable de las dos primeras. Como médico atendía y amaba a los enfermos; como religioso, se entregaba a ellos desde la perspectiva de Dios, y como santo tuvo precisamente al enfermo como camino suyo hacia Dios.

Su país fue la bella Italia. Nació el 2 de agosto de 1897 en Trivolzio, provincia de Pavía. Sus padres fueron Inocencio Pampuri y Ángela Campari, que ya tenían diez hijos cuando les nació este undécimo fruto de su fecunda unión. El día 3 de agosto, al siguiente de su nacimiento, es bautizado en la parroquia de los Santos Mártires Cornelio y Cipriano, imponiéndosele el nombre de Herminio Felipe, que se cambiaría por el de Ricardo cuando ingresara en la Orden Hospitalaria. En su familia, anteriormente más acomodada que cuando vino al mundo Herminio, la madre, Ángela, miraba con mucha caridad a las personas más pobres y las socorría. Pero Herminio no tendría opor-

tunidad de gozar las dulzuras del trato materno. Su madre contrae la tuberculosis y hubo de dejar huérfana todavía muy joven a su numerosa prole. Herminio, al morir su madre (25 de marzo de 1900), tenía solamente tres años. Entonces se decide que viva con sus tíos Carlo Campari, médico, y su hermana María Campari en el pueblo de Torrino. Estos tíos no tenían hijos y volcaron toda su atención en la crianza y educación de Herminio. La madre moribunda le encomendó el pequeño a esta hermana, rogándole que le tuviese como un hijo. Y en efecto, en aquel hogar fue tratado como hijo. En este hogar halló también el afecto de una persona que pondrá ojos tiernos en el niño huérfano y le querrá mucho: se trataba de Carolina Bersan, la doméstica de la casa, que llamará al niño con el afectuoso nombre familiar de Nan. Al niño se le cría, pues, en un clima de afecto y cariño, en el ambiente popular de granjas, campos, animales, árboles, sembrados... Y podrá divertirse yendo en la calesa con su tío médico cuando éste va a visitar por los campos a los enfermos. Le llegó la hora de ir a la escuela y resultó que Torrino no tenía suficientes habitantes como para tener escuela propia, y por ello sus niños tenían que ir a la de Trovo, a veces a pie, a veces en carro. Terminada la primera enseñanza, pasa a Casorate Primo, donde hay una escuela elemental superior. Allí come al mediodía en casa de un conocido y vuelve por las tardes a casa en carro o a pie. Herminio es un niño de buena índole, tranquilo, amable, que sabe hacer amistades y ser fiel a ellas. Carolina, además, se ha cuidado de infundirle sentimientos religiosos y el niño ha correspondido al interés de la buena criada. El día 10 de julio de 1904 recibe de manos del obispo de Pavía el sacramento de la confirmación, y al confirmarlo le da el nombre de Emilio, que era el que, suavizando Herminio, se le daba en la familia. Su padrino es su tío Carlo. Seguidamente comienza la preparación a la primera comunión, en la que tiene como catequista a Beatriz Taglacarne, y la recibe en la cuaresma. Parece que coincide con esta primera recepción del sacramento eucarístico la primera llamada que sintió el muchachito a la vida religiosa. Empezó a pensar en las misiones. En 1907 en Milán, atropellado por un tranvía, morirá su padre. Cumple diez años y su tío piensa que hay que prepararlo para que pueda hacer una carrera. Se traslada a Milán, al cuidado de sus hermanos

Fernando y María, y se inscribe en el Regio Liceo Gimnasio A. Manzoni. Pero el tío no estaba contento de cómo funcionaba esta estancia en Milán porque el jovencito pasaba muchas horas del día solo, y entonces decide que entre en el internado del Colegio de San Agustín, dando las clases en otro liceo, el Ugo Foscolo. En las vacaciones regresa a Torrino. Herminio se porta bien en el colegio, estudia, aprovecha, hace nuevas amistades y se cría psicológicamente sano y equilibrado, bien que físicamente no daba la impresión de ser muy fuerte. Tomó un director espiritual, el P. Roberto Cerri, que lo guió con tino por los vericuetos de la adolescencia y la juventud. Comenzo a comulgar diariamente y a llevar una vida de gran piedad. En 1913 logró el graduado escolar y pudo dar comienzo al bachillerato. Concluidos estos estudios, pasará a la Universidad de Pavía para estudiar medicina.

Trasladado a esta ciudad, se hospedó en casa de una señora, madre de monseñor Rossi, y en ella permanecerá años. En el ambiente de la Universidad no se deja arrastrar por tantas ideas antirreligiosas como circulaban. Se mantiene en la fe, y cuando en una algarada estudiantil hay dos muertos en plena calle y nadie se atrevía a acercarse a ellos porque seguían cruzándose balas, Herminio se arriesgó a llegar hasta ellos y al comprobar que estaban muertos, trazó con respeto la señal de la cruz sobre la frente de los difuntos y se puso a rezar por ellos. Su buena conducta, su aplicacion, su ingenio vivo, su tenaz voluntad no dejaron de ser percibidos por los profesores, que lo recordarán como un joven responsable y afable, al tiempo que cumplidor de sus deberes y buen compañero. Como tal estudiante de medicina deberá frecuentar el hospital y allí se topará con las personas que sufren, viendo en ellas no solamente el objeto de su futura profesión médica sino seres humanos ante todo necesitados de consuelo. Se integra en el «Círculo de estudiantes católicos Severino Boecio» en defensa de la conciencia católica y como medio de apostolado.

Llega entonces la guerra, y se organiza el reclutamiento para el cuerpo de sanidad. Herminio es llamado a filas, pero un primer reconocimiento lo declara no apto; sin embargo una segunda visita militar lo declaró útil y lo alistó en 1917. Fue enviado a la zona de guerra como ayudante de sanidad y hubo de

estar por ello en varios hospitales de campaña. Dio aquí la talla como persona llena de conciencia y responsabilidad y como cristiano, volcándose en hacer todo el bien que pudo. Se escribe con su hermana María Longina, que está de misionera en Egipto, y manifiesta sus sentimientos ante los muchos heridos de la guerra, a la que llama «inundación de males». Cuando un día el frente se rompe y hay una huida en desbandada, salva en un carro, tirado por una vaca lechera que encuentra en el campo, una gran parte del material sanitario que hubiera quedado a merced del enemigo. Hubo de andar bajo lluvia durante veinticuatro horas pero en aquella retirada de Caporetto sabrá cumplir con su deber. Lo ascienden a sargento, pero su salud se resiente y enferma de pleuritis. En los primeros meses de 1918 es llamado del frente a Pavía para realizar el tercer curso de la Facultad de Medicina, alojándose en el Palacio Olevano que había sido militarizado. Terminado el curso regresa al frente de guerra como sargento de Sanidad, decidido más que nunca a llevar adelante una gran actividad apostólica. Prosigue como puede los estudios y logra licencias para ir a los exámenes. Terminada la guerra, no fue licenciado pero se le dieron permisos y en uno de ellos de seis meses hizo estudios de avance en su carrera. El 10 de marzo de 1921 ingresa en la Orden Tercera seglar de San Francisco. Por fin pudo terminar su carrera y, ya licenciado, comenzó a ejercerla, primero junto a su tío y luego sustituyendo a un médico rural por un período hasta que es nombrado para la consulta médica de Abbiategrasso. Era una zona extensa, poco poblada y con la población diseminada en granjas, caseríos y fincas, habiendo en su zona tres parroquias distintas Hace sus visitas en bicicleta o a caballo, yéndose a vivir con él para cuidarle su hermana Rita. Gana el concurso público y se hace médico oficial de la zona de Morimondo. Se inscribe en el Círculo de Acción Católica y vive con intensidad su fe en medio de su trabajo médico. Iba a misa todos los días y comulgaba. Atendía con mucha diligencia a los enfermos y daba dinero a los pobres para que compraran las medicinas. Llevaba una vida ordenada y morigerada, con largos espacios al día para los actos de religión. Conoce al P. Beretta S.I., fundador de la Villa Sacro Cuore, centro de ejercicios espirituales en Triuggio, Milán. Acude a los ejercicios Herminio y, convencido del bien que esta práctica re-

ligiosa hace, no solamente vuelve cada año a hacerlos, sino que logra llevar consigo grupos de hasta quince personas para practicarlos. Su crédito profesional y humano crecio entre los habitantes de su zona, que comenzaron a estimarlo de forma muy destacada, siendo Herminio apoyo y consuelo para todas las familias. Ponía gran interés en cada enfermo, estudiando su enfermedad con gran celo, y visitando dos o tres veces al día a un enfermo si lo entendía necesario u oportuno. Su gran desprendimiento y caridad lo hizo notable a los ojos de todos. Era notoria a todos su gran piedad, especialmente su devoción al Sagrario y a la Virgen María. Formo el Círculo de Acción Católica Pío X, y durante unos años fue él el presidente del Círculo. Creó una banda de música con veinticuatro jóvenes y él mismo pidió por las casas para costear los instrumentos. La banda se acreditó muy pronto y comenzaron a llamarla de otros pueblos. Llegado el fascismo al poder, el fascio local de Morimondo no veía con buenos ojos la existencia del Círculo Pío X que llevaba Pampuri, y no dejó de dar muestras de hostilidad. Pero Herminio no quiso ningún enfrentamiento y por ello sufría en silencio las hostilidades sin hacerse eco de ellas ante los muchachos. Era muy parco en la comida, y su hermana Rita se vio en la precisión de acudir al párroco, don Cesare Alesina, con quien Herminio se confesaba, para que le instase a cuidar de su salud. Herminio obedecía al sacerdote. Era muy paciente y comprensivo con la ignorancia, los errores o los fallos de las personas que trataban con él, y nunca se quejaba de nadie.

Esta vida de oración, trabajo y continuo servicio a los demás le llevó a madurar la idea de hacerse religioso. Primero pensó en las Misiones, como ya de niño le había venido a la mente. No dejó de tratar el tema con su hermana María Longina, misionera en Egipto, y él mismo cayó en la cuenta de que el trabajo misionero requería una salud más fuerte que la suya. Entonces se orienta hacia la Compañía de Jesús, y se decide por esta Orden tras hacer ejercicios espirituales en agosto de 1923, pero teme que su salud no se lo permita y así fue en efecto; intentará también en vano ingresar en la Orden Franciscana. El P. Beretta creyó haber encontrado la Orden religiosa que se adaptaría a la salud y las competencias del Dr. Pampuri: la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Un día 3 de junio, día de San Juan Grande,

de 1927, Herminio Pampuri tuvo la oportunidad de hablar con el Provincial de dicha Orden. Con gran lealtad él expuso que sufría aún las consecuencias de la pleuritis, pero al contarle la vida que llevaba y su atención a los enfermos, el P. Provincial le dijo que estaba dispuesto a admitirlo en la Orden para que hiciera el noviciado y se comprobara su vocación. Comprende Herminio que para su hermana Rita y para sus tíos va a ser doloroso, y en efecto intentaron disuadirle, pero entiende que Dios le llama y se dispone a seguir la llamada.

El 22 de aquel mismo mes de junio cortaría los lazos con el mundo e ingresaría como postulante en la Orden Hospitalaria, en Milán, siendo el día 21 de octubre del mismo año el comienzo de su noviciado en Brescia, recibiendo como nuevo nombre el de fray Ricardo. Estaba haciendo el noviciado cuando el 27 de febrero de 1928 fallecía la querida Carolina, que tanto afecto maternal había volcado sobre él. En el noviciado mostró sus buenas cualidades y sus ya maduras virtudes, y pudieron los superiores apreciar la gran voluntad con que se entregaba a todos los deberes de la vida religiosa, siendo muy exacto y cumplidor y estando siempre atento a obedecer con prontitud y nobleza. Por ello el 24 de octubre de 1928 fue admitido a la emisión de los cuatro votos de la Orden: pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad. Era la profesión temporal.

Su primer destino fue en la propia Brescia, como director del gabinete odontológico de la Casa de Salud Santa Úrsula. Pese a su salud resentida, el hermano Pampuri desplegó todas sus capacidades y todo su celo religioso en la atención a los enfermos y en la vida de comunidad. Su oración se intensificó de manera evidente, siendo necesario a veces tener casi que sacudirlo para que volviera en sí de la intensa concentración espiritual que alcanzaba durante la oración. Su entrega no tiene límites. Y su humildad tampoco. No se las da de médico. Cuando hay que tomar una escoba y barrer, lo hace, queriendo ser solamente un hermano de la comunidad que cuando llega la hora actúa de médico en servicio de los enfermos pero que no quiere que su título de doctor le dé derechos especiales: él es un hermano de la comunidad. No todos le entienden pero él tenía muy claro que la vocación religiosa es una vocación de humilde

servicio. Su caridad amable, su manifiesta preferencia por los más pobres y humildes, el trato exquisito y lleno de finura con que acoge a cada enfermo y procura darle ánimos y buscar su curación iban dejando en todos una sensación especial.

A mitad del primer año de su profesión y cuando en el postulantado y el noviciado había estado bastante bien su salud, aunque no tanto como para que dejaran de plantearse los superiores si finalmente admitirlo o no a la profesión, empezó a debilitarse. Examinado por los médicos vieron que su antigua pleuritis degeneraba en tuberculosis pulmonar. La enfermedad siguió su curso y fue minando en breve tiempo el organismo de fray Ricardo. Hubo dudas acerca de la naturaleza verdadera de su mal, según carta de él mismo a su tío pocos días antes de su muerte, pero se trata quizás de que no le decían la verdad.

En el largo período de esta su última enfermedad los testigos son unánimes en afirmar que era admirable por la fuerza de su virtud, por su gran paciencia y serenidad y por su entrega completa a la voluntad de Dios. No tuvo una palabra impaciente ni salió de su boca lamentación alguna, sino que tenía la más clara y religiosa resignación a lo que Dios quisiera de él. Sencillo y modesto, no pedía atención especial a su persona y procuraba ser lo menos molesto a todos. Decidieron los superiores trasladarlo a Milán, a la Casa de Salud San José, donde el Dr. Remo Porta le hizo radiografías y encontró la tuberculosis en estado muy avanzado. Su tía María acudió a su lado a interesarse por su estado y a visitarlo asiduamente. Se permitió decirle que de haber estado con ella no se encontraría tan enfermo, pero él contestó que estaba feliz de haber hecho la voluntad de Dios. Y a un sobrino suyo, Alejandro Pampuri, que le preguntó si estaba preparado a morir le contestó que no tenía ningún reparo. Extremada la gravedad, se le dan los santos sacramentos que recibe con gran paz y alegría, y hace de la comunión diaria el centro de su vida de enfermo. La unción de los enfermos se la dio el P. Innocente Monculli, y tuvo la alegría de que lo visitara el querido P. Beretta. Tuvo igualmente el consuelo de que familiares, amigos y hermanos religiosos le acompañasen hasta el momento de su tránsito al Padre el 1 de mayo de 1930 a las 22'30 horas.

El día 4 de mayo el P. Beretta celebrará el funeral de *corpore insepulto,* y con la debida licencia de la Orden, el cadáver es trasladado seguidamente a Torrino, donde es visitado por mucha gente, y a continuación conducido a Trivolzio por un notable concurso de gente y enterrado en la tumba de la familia Campari. Antes de bajar a la tierra, diversas personas elogiaron sus virtudes.

Se hizo densa su fama de santidad, y la Orden hubo de pensar en abrir la correspondiente causa de beatificación y canonización. Se hicieron los procesos ordinarios en Milán entre 1949 y 1951; luego se hicieron los correspondientes a dos milagros atribuidos a su intercesión. Declaradas heroicas sus virtudes el 12 de junio de 1978, Pablo VI lo beatificó el 4 de octubre de 1981. La curación instantánea de la lesión ocular de Manuel Cifuentes en Alcadozo, Albacete, sirvió para promocionar, al ser aceptada como milagro, su canonización, que tuvo lugar en Roma el 1 de noviembre de 1989.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CHIMINELLI, P., *Fra Ricardo Pampuri, giovane d'Azione Cattolica Medico. Religioso dei Fatebenefratelli* (Roma 1948).

LABORDE VALLVERDU, A., *Las palabras del silencio. Vida de San Ricardo Pampuri. Hermano de San Juan de Dios y Médico* (Madrid 1997).

RUSSOTTO, G., *Pensieri ascetici d'un medico* (Milán 1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AMADOR DE AUXERRE

Obispo († 418)

Era natural de la propia ciudad de Auxerre de la que luego sería obispo, nació hacia el año 344 y aún niño su educación fue confiada al obispo Valeriano.

No se sentía exactamente inclinado al matrimonio pero accedió a la voluntad de sus padres y se desposó con la joven Marta, natural de Langres, persona noble y rica. Él le propuso vivir ambos esposos en castidad perfecta y ella estuvo de acuer-

do. Esto hizo posible que él entrara en las filas del clero y llegara a diácono. Su piedad y buenas obras lo acreditaron ante la comunidad cristiana que empezó a atribuirle milagros.

Muerto el obispo Eladio, sucesor de Valeriano, fue elegido por el clero y el pueblo obispo de la ciudad. Se dispuso a ser un buen obispo, y se trazó un doble objetivo: primero, acabar con los últimos restos del paganismo, evangelizando a quienes aún no habían aceptado la fe cristiana, y segundo, organizar mejor la comunidad cristiana y dotarla de un adecuado templo catedralicio. Logró ambos objetivos, y consiguió dedicar la iglesia catedral en honor de San Esteban Protomártir. Hizo un viaje a Antioquía de donde se trajo las reliquias de los santos Quirico y Julita.

Su episcopado duró treinta años y murió el 1 de mayo de 418, siendo sepultado al lado de su esposa. Su culto se extendió en los siglos siguientes fuera de su ciudad.

SAN SEGISMUNDO

Rey y mártir († 523)

Era hijo del rey Gundobaldo de Borgoña y nació en el último tercio del siglo V. Era todavía un joven cuando su padre le confió el gobierno de una zona del reino, que tenía como principal ciudad a Ginebra. En este período entra en contacto con San Avito de Vienne, que lo convierte al catolicismo muy a comienzos del siglo VI. No tuvo empacho o verguenza en mostrarse públicamente como católico.

En el 516, al morir su padre, es reconocido como rey, y se mostró decidido a acabar con el arrianismo en su reino, y buscando apoyo escribió al emperador Anastasio de Constantinopla. Y fue entonces cuando el rey cometió un hecho delictivo que echó tintes negros sobre su figura. De su primer matrimonio había tenido un hijo, Sigerico, el cual tenía difíciles relaciones con la segunda mujer de su padre. Ésta logró convencer a su esposo de que su hijo quería arrebatarle el trono y entonces Segismundo, lleno de cólera, mandó que su hijo fuera estrangulado en su propia presencia. Consumado el crimen, el rey se horroriza de lo que acaba de hacer y llora sobre el cadáver de su

hijo. Entonces decide el rey retirarse al monasterio de Agaune a hacer penitencia por su horrible pecado.

Teodorico el Grande, abuelo del joven asesinado, retiró horrorizado todo su apoyo al rey Segismundo, al tiempo que los francos vieron la oportunidad para acabar con aquel reino y le declararon la guerra. La suerte le fue desfavorable, y tanto él como su familia cayeron en manos de Clodomiro, el rey franco, que los llevó a Orleáns. Finalmente fue tirado a un pozo el 1 de mayo de 523. El pueblo lo tuvo enseguida por mártir y veneró su tumba, primero en Agaune y luego en Praga.

BEATA MAFALDA DE PORTUGAL

Virgen y monja cisterciense († 1257)

Nace en la corte portuguesa el año 1194, hija del rey Sancho I de Portugal y de su esposa doña Dulce, que a su vez era hija de Ramón Berenguer IV de Barcelona. Se cría junto a sus padres y el 29 de agosto del año 1215 es dada en matrimonio al rey Enrique I de Castilla, que era aún un niño, y por ello, aunque la joven se traslada a Castilla, el matrimonio no se consuma. Pero al año siguiente el papa Inocencio III declara que el matrimonio es nulo a causa del parentesco de los esposos. De todos modos el joven rey muere de un accidente el 6 de junio de 1217 y ello obliga a Mafalda a dejar Castilla y volver nuevamente a Portugal.

Decide ella entonces retirarse al monasterio de Arouca, donde vive una intensa vida de piedad. Ella deseaba introducir en el monasterio una mayor regularidad, y para ello llamó a los cistercienses y transformó el monasterio en casa de esta Orden. Y decide ella misma vestir el hábito cisterciense y hacer la profesión religiosa.

Mafalda dio un gran ejemplo de vida religiosa. Dormía en el suelo, ayunaba con gran frecuencia y todo en su persona era austeridad y pobreza. Aprovechó su alcurnia para fomentar la presencia de dominicos y franciscanos en Portugal. Edificaba a todos con su gran devoción a la Virgen María.

Viéndose cercana a la muerte, quiso morir sobre el suelo cubierto de ceniza, y así fue al encuentro del Señor el 1 de mayo

de 1257. Fue enterrada en Arouca y comenzó enseguida a ser venerada por el pueblo. Su culto fue confirmado el 14 de marzo de 1792.

BEATO VIVALDO DE SAN GEMINIANO

Ermitaño († 1320)

Se llamaba Vivaldo Stricchi y nació en la localidad italiana de San Geminiano hacia el año 1250. Se desconocen detalles de su infancia y juventud pero debió recibir una buena educación religiosa, ya que, siendo un muchacho, cuando supo la fama de santidad del párroco de Pichiena, el Beato Bartolo Buonpedoni, acudió a su lado y le pidió ser su compañero.

Admitido por el sacerdote, le siguió en adoptar el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, y decidió permanecer junto al sacerdote cuando éste contrajo la lepra y hubo de poner fin a su atención pastoral a los fieles. No quiso abandonar al sacerdote y durante años lo atendió en su enfermedad, sin contagiarse de ella, y cerrándole piadosamente los ojos el 12 de diciembre de 1300.

Decide entonces hacer vida de ermitaño, dedicado a la divina contemplación, y para ello se retira al lugar solitario de Camporena, cerca de Montaione, y elige para morada suya un corpulento castaño, donde vive, y se alimenta solamente de raíces silvestres. En este género de vida persevera fielmente a lo largo de veinte años, hasta que el Señor lo llama el 1 de mayo de 1320. Lo encuentran unos cazadores y es llevado a enterrar a la iglesia parroquial, donde su tumba es enseguida objeto de culto popular, confirmado por el papa San Pío X el 13 de febrero de 1908.

SAN PEREGRINO LAZIOSI

Presbítero († 1345)

Nació en Forlí hacia el año 1265, hijo único de sus acomodados padres Berengario Laziosi y Flora degli Aspini.

Llegado a la juventud toma parte activa en la política local y se adhiere al partido de los gibelinos, enérgicamente opuesto al

papa Martín IV. Éste envió al general de los servitas, San Felipe Benicio, a la ciudad con ánimo de pacificarla y obtener la obediencia de la misma al papa, lo que no dejó de provocar un grave tumulto en el curso del cual el santo servita fue asaltado por jóvenes gibelinos. Peregrino se atrevió a dar una bofetada al sacerdote, el cual mansamente presentó la otra mejilla. Esta mansedumbre del enviado papal impactó fuertemente al joven Peregrino, que primeramente se arrepintió sinceramente de su acción sacrílega y a continuación empezó a plantearse la orientación definitiva de su vida. Pero tardó unos años en tomar la decisión.

Por fin se decidió por la vida religiosa y en 1292 pidió ingresar en la comunidad servita de Siena, donde fue aceptado y profesó los votos religiosos. Terminado el noviciado se preparó al sacerdocio. Dio enseguida un notable ejemplo de observancia de la vida religiosa, dedicado a la oración, la penitencia, las buenas obras y la asidua lectura de la palabra divina. Celebraba la misa con devoción edificante y acudían a él numerosos fieles a dirigirse espiritualmente, ministerio para el que estaba especialmente dotado. Se ocupaba con gran caridad de los pobres, para los que buscaba socorros y limosnas, siendo el recurso de los más necesitados.

En 1322 funda una nueva casa de su Orden en Forlí, ciudad en donde permanecerá el resto de su vida. Padecía de varices en una pierna, tanto que se pensó en amputarla pero él obtuvo del Señor una curación reputada en su tiempo como milagrosa.

Murió santamente el 1 de mayo de 1345, y ya en su entierro se le dieron muestras de un culto religioso sincero, comenzando enseguida, en torno a su tumba, la fama de milagros. El 11 de septiembre de 1702 fue confirmado el culto popular que se le daba, y siguiendo adelante la causa se obtuvo su solemne canonización el 27 de diciembre de 1726 por el papa Benedicto XIII.

SAN AGUSTÍN SCHOEFFLER

Presbítero y martir († 1851)

Era natural de Mittelbronn, en Lorena, donde nació el 22 de noviembre de 1822. En su adolescencia, opta por la vocación

eclesiástica e ingresa en el seminario de Pont-à-Mausson, dirigido por los dominicos. Por su influencia se hace terciario dominico. Pero en su interior sentía una voz poderosa que le llamaba a la evangelización de los infieles y decide por ello en 1846 ingresar en el seminario de Misiones Extranjeras de París. Aquí concluye los estudios y se ordena sacerdote el 29 de mayo de 1847. Seguidamente y con la esperanza del martirio se ofrece a las dificilísimas misiones del Tonkín.

Llegado a este país, tiene que dedicar los primeros meses al conocimiento del idioma, luego acompaña al Vicario Apostólico en una gira por los diferentes puestos misionales y finalmente se le asigna el de Bau-No en la provincia de Xu Doai. Su salud no era buena pero puso lo mejor de sí mismo en la tarea misionera, atendiendo a los fieles, y preparando para el bautismo 23 catecúmenos, a los que pudo administrar el sacramento con gran alegría de su corazón.

La persecución se hizo muy intensa en 1851, pero él no dejó de seguir ejerciendo su ministerio por los pueblos y aldeas de su distrito. En una de ellas estaba el 2 de marzo cuando fue delatada su presencia y arrestado. El día 23 de marzo compareció ante el tribunal, que le interrogó por las razones de su presencia en el país. El misionero confesó su fe cristiana y sus propósitos evangelizadores, y ello le valió la sentencia de muerte, que necesitaba ser confirmada por el rey.

Le esperaba una horrible prisión junto a presos comunes, en un calabozo hediondo, con la canga al cuello y grilletes en las manos y pies. Comprando a los carceleros, lograron los cristianos que pasara a una celda individual. Y lograron también que pudiera entrar un sacerdote en la prisión y administrarle el sacramento de la penitencia.

Llegada la confirmación de la sentencia el 11 de abril, se fijó el 1 de mayo para la ejecución. Cuando fue sacado para ir al sitio del martirio, llevaban delante de él un rótulo en el que se expresaba que era condenado a muerte por haberse introducido en el país y haber predicado una religión prohibida. El sacerdote llevaba en sus manos un crucifijo que besaba repetidamente. Al llegar al sitio señalado, hubo de dejar sus ropas y sobre ellas colocó el crucifijo. Se arrodilló y ofreció su cuello, que fue cor-

tado de tres golpes. Al día siguiente un cristiano logró llevarse el cadáver a su casa. Fue canonizado con los demás mártires del Vietnam el 19 de junio de 1988.

SAN JUAN LUIS BONNARD

Presbítero y mártir († 1852)

Nació el 1 de marzo de 1824 en un pueblo de la diócesis de Lyón, Saint Cristôt-en-Jarret. Adolescente ingresó en el seminario de Alix, del que pasó luego al de Lyón. Estaba de alumno en esta institución cuando decidió que su verdadera vocación eran las misiones, y por ello pasó al seminario de las Misiones Extranjeras de París en 1846. Aquí completó sus estudios y se ordenó sacerdote el 24 de diciembre de 1848.

En febrero del siguiente año es enviado al Tonquín, al vicariato occidental, entonces confiado a mons. Retord. Éste lo envió a los puestos misioneros de Ke-Bang y Ke-Trinh. Mostró un enorme celo apostólico en la promoción de las comunidades confiadas a su cuidado y en la extensión del evangelio, pero sería poco el tiempo en que podría trabajar en la viña del Señor, a la que habría de regar con su sangre.

Marchó a comienzos de marzo de 1852 a la población de Boi-Xuyen, donde había una comunidad cristiana en aumento. Y estaba el día 21 bautizando a unos niños cuando se anunció la llegada del mandarín con unos soldados. Auxiliado por los cristianos, intentó la huida, pero fue capturado.

Llevado a la cárcel de Nam-Dinh, fue sometido a juicio, en el curso del cual quedó claro cuál era el fin de su presencia en Tonquín, y como estaba prohibido legalmente propagar el cristianismo, la condena no pudo ser otra que a muerte, pese a que el tribunal le mostró su simpatía y consideración. La sentencia tenía que ser confirmada por el rey. Llegó la confirmación real el 30 de abril y se dispuso que al día siguiente fuera la ejecución, que efectivamente tuvo lugar por decapitación, siendo su cuerpo y cabeza arrojados al río, pero luego rescatados y llevados al seminario de Ken-Vinh. Fue canonizado con los otros mártires vietnamitas el 19 de junio de 1988.

BEATO CLEMENTE SEPTYCKYJ

Presbítero y mártir († 1951)

Nació en Prylbychi, perteneciente entonces a Polonia y hoy a Ucrania, el 17 de noviembre de 1869.

En su vida hay dos etapas, una como seglar y otra como monje. Luego de haber estudiado en la Universidad Jagellónica de Cracovia y, posteriormente, en la de Múnich, entró en la vida política y fue embajador en el Parlamento de Viena y luego diputado en el Consejo de Estado.

Pero en 1911, a los 42 años, decidió dejar el mundo y hacerse monje. Pidió y obtuvo ingreso en el Monasterio de San Teodoro Estudita donde profesó la vida religiosa, prosiguiendo los estudios eclesiásticos hasta su ordenación sacerdotal en Kryzhevtsi, Croacia, el 28 de agosto de 1915. Fue un religioso fiel y cumplidor, que tuvo el aprecio de sus superiores y sus hermanos. En 1926 le confiaron el monasterio de Univ para que lo dirigiera como superior, acreditando sus dotes de mando y prudencia. En 1944, en plena guerra mundial, es elegido como archimandrita de los monjes de la Regla Estudita. Él procuró en todo el bien de su Orden y afrontó con fortaleza las difíciles circunstancias que se crearon para la Iglesia tras la subida de los comunistas al poder al término de la guerra mundial.

No dejó de darse cuenta que su fidelidad a Roma era mal vista por dichas autoridades que perseguían a los católicos de los ritos orientales. Pero él no cejó en su comunión con el Papa. El 5 de junio de 1947 fue arrestado y acusado de actividades antisoviéticas y colaboracionistas con el Vaticano, poder extranjero. La sentencia que recayó sobre él no tenía en cuenta su edad, y por ello, pese a sus 77 años, hubo de empezar a cumplir la condena a ocho años de cárcel.

Llevado a la cárcel de Vladimir, Rusia, no soportó más que la mitad de la condena, pues el 1 de mayo de 1951 fallecía en la prisión. Ha sido beatificado como mártir el 27 de junio de 2001.

2 de mayo

A) Martirologio

1. La memoria de San Atanasio († 373), obispo de Alejandría y doctor de la Iglesia, que padeció mucho en defensa de la fe ortodoxa contra los arrianos **.

2. En Atalía de Panfilia, los santos Hesperio y Zoe, esposos, y sus hijos Ciriaco y Teódulo (s. II), mártires.

3. En Sevilla, San Félix (s. IV), diácono y mártir.

4. La conmemoración de los santos Vindemial, obispo de Capsa, y Longinos, obispo de Pamario († 486), en Mauritania, que fueron martirizados por orden del rey vándalo Hunerico.

5. En St. Gall (Suiza), Santa Wiborada († 926), virgen y mártir.

6. En Linköping (Suecia), Beato Nicolás Hermansson († 1391), obispo *.

7. En Florencia (Toscana), San Antonino († 1459), obispo, de la Orden de Predicadores **.

8. En Clonmel (Irlanda), Beato Guillermo Tirry († 1654), presbítero y religioso agustino, mártir *.

9. En Vinh-Long (Cochinchina), San José Nguyen Van Luu († 1854), presbítero y mártir *.

10. En Aranjuez, Beato José María Rubio Peralta († 1929), presbítero, de la Compañía de Jesús **.

11. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Boleslao Strzelecki († 1941), presbítero y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN ATANASIO

Obispo y doctor de la Iglesia († 373)

Los santos vienen a perpetuar y a reproducir, hasta cierto punto, la santidad de Cristo, que se actualiza en un espacio y tiempo determinados. Algunos de ellos, los patriarcas fundadores de los grandes institutos religiosos, abren un camino, una modalidad ascética o fórmula accidental nueva para que los diversos temperamentos humanos tengan dónde localizar libremente su vocación al servicio divino. Aunque la santidad tenga siempre una proyección histórica y un gran peso social, hay también santos a los que Dios asigna una misión histórica ante

una gran necesidad social o ante una crisis singularmente difícil. Tal es, sin duda, el caso de Atanasio de Alejandría: prototipo de la fortaleza cristiana, su vida sintetiza la lucha heroica mantenida por la ortodoxia frente a la vigorosa reacción doctrinal del paganismo antiguo asumida por la herejía de Arrio; fortaleza inflexible y dinámica ante el error, suscitada por el Señor para librar a su Iglesia de un trance peligroso. Durante los sesenta años que median desde la paz de Constantino hasta que Teodosio establece el cristianismo católico como religión del Imperio, el atleta alejandrino es el más visible protagonista de la historia de la Iglesia.

El *Edicto de Milán* vino a reconocer que el cristianismo era la base ética y moral de un mundo nuevo que nacía en las entrañas mismas del Imperio romano, llenando el vacío moral de esta gran Institución, tan rica de cultura humana y de esplendor material, pero no liquidaba las doctrinas ni las costumbres paganas, que continuaban adheridas tanto al sentido de las multitudes como a la convicción de los filósofos y a las necesidades de la administración pública. Constantino, a pesar de su fe cristiana, mantiene el título de pontífice supremo y continúa siendo, como todos los emperadores, jefe de los colegios sacerdotales, a fin de salvar las apariencias y la realidad sociológica del sentimiento popular; los administradores de las provincias fiscalizan y dirigen el culto a los ídolos y a los dioses; el clima popular en la ciudad y en las aldeas es pagano y el sentimiento religioso polarizará durante dos tercios de siglo en las formas tradicionales de la idolatría: la adivinación, las artes mágicas y las más extrañas supersticiones.

El pensamiento tradicional de los filósofos romanos ante los valores sorprendentes del cristianismo, que seducía a las almas rectas, intentará una síntesis de todas las especulaciones religiosas, incluyendo el propio Evangelio, y reclamará un cristianismo menos acerado y más fácil; por otra parte, ante el prestigio social y el esplendoroso porvenir de la Iglesia, acuden a ella, con su peso muerto, multitud de personas que reciben el bautismo, ya por cálculo o con esperanzas de medro personal, ya arrastrados por la moda, que ha impuesto la nueva y maravillosa doctrina en los ambientes más sensibles y modernos.

Es lógico que este clima histórico reclamara la fórmula de un cristianismo rebajado que contemporizara con los principios y con las costumbres paganas del Imperio. Arrio fue el genial intérprete de este momento: vio el fondo de la cuestión y trató de reducir a Cristo, el Verbo del Padre, a la categoría del demiurgo o semidiós, criatura elevada y perfecta, pero simple criatura. Primero, el propio heresiarca, y después de su trágica muerte, sus secuaces, lucharon en perfecto concubinato, utilizando los más poderosos recursos: la filosofía griega con el prestigio de su claridad, de su belleza y de su amor a la vida; la inexperiencia o la astucia de los monarcas bizantinos, que pretendían, a base de protección, asumir la dirección de la Iglesia; el grave problema político de las relaciones entre Roma y Bizancio, entre Oriente y Occidente. En esta coyuntura, frente a Arrio, sus componendas doctrinales y sus obispos cortesanos se irguió Atanasio con su sincero realismo evangélico y su innumerable cortejo de monjes y anacoretas del desierto.

Al estallar el conflicto arriano, Atanasio era un joven diácono de veintitrés años, endeble, pequeño de talla y pálido rostro. Arrio tenía la madurez de sus sesenta años, de exterior imponente, de prócer estatura, gran dialéctico, maestro acreditado en explicar las Santas Escrituras. Nacido en Libia y adscrito al clero en Alejandría, había pretendido ocupar aquella gloriosa sede episcopal y llevaba la amargura de esta insatisfacción; era, según ocurre en tantas ocasiones, austero y soberbio, sabio, obstinado y dominador. Había sido nombrado párroco de una demarcación de la ciudad, la de Borcal.

Pretendía el sabio párroco y maestro de Escritura que el Verbo encarnado no era absolutamente igual al Padre, sino la primera y más maravillosa de las criaturas que salieron de la mente y del poder de Dios. Entre el Ser Supremo, sin principio, sólo eterno, sólo bueno, solitario en su eternidad, y la naturaleza creada, finita y manchada, está el Verbo encarnado, Hijo de Dios, pero, aunque creador del mundo, Hijo de Dios por adopción, pues difiere en absoluto de la sustancia del Padre. Establecidos tales principios, el misterio de la encarnación y el de la redención quedaban eliminados y alterada esencialmente toda la teología de la Trinidad y de Cristo, se abría otra vez el insonda-

ble abismo pagano entre el hombre débil y manchado y la divinidad inaccesible; suprimida la majestad divina de la víctima del calvario, los espíritus paganizantes y livianos ya no sentían la responsabilidad del pecado y el rigor de la justicia divina, pues según la nueva doctrina, Cristo nos redimía sólo con la influencia de su doctrina y de sus ejemplos.

A la familia y la infancia de Atanasio, la antigüedad, avara de noticias ciertas, la ha envuelto en bellas leyendas que, como ocurre casi siempre, son fieles intérpretes de la historia: sus padres fueron, sin duda, cristianos. Se cuenta que, siendo todavía niño, un día en que jugando remedaba las ceremonias del culto cristiano, instruyó y predicó al público infantil que jugaba con él y llevó tan adelante la imitación de los mayores y el realismo de su futura vocación que bautizó a varios niños paganos, siendo reconocida luego la validez de tal bautismo. El patriarca San Alejandro descubrió en el adolescente condiciones extraordinarias, le hizo clérigo, dirigió su formación intelectual y le ordenó de lector en su propia catedral, y más tarde le hizo su diácono y, en consecuencia, su secretario, según las costumbres de entonces: en calidad de tal ya fue el alma, en 320, del concilio provincial de Alejandría, en que los obispos de Egipto y Libia condenaron por primera vez a Arrio. Atanasio conoció bien el ambiente intelectual de Alejandría, frecuentó a los sabios maestros filósofos y teólogos de la famosa escuela donde acababa de apagarse la voz del gran Orígenes. El Señor, cuando asigna a sus santos una gran misión histórica, les prepara con el temperamento personal, con las condiciones oportunas y les sumerge en el ambiente apropiado para su mejor formación. La juventud de Atanasio primero, y luego toda su vida heroica de luchador contra el neopaganismo teológico y práctico de Arrio, se movió entre dos polos: el desierto egipcio, foco de santidad heroica y de ascetismo tradicional, y la escuela alejandrina, primer centro intelectual organizado por la Iglesia, centro de doctrina ortodoxa, pero cuna asimismo de varios desvaríos heréticos.

Es seguro que la amistad de Atanasio con el gran San Antonio nació de sus largas estancias en el desierto, donde el patriarca de los anacoretas le descubrió, sin duda, el gran riesgo de las tentaciones del mundo pagano y el peligro de admitir componendas

prácticas con las costumbres y las ideas paganas. Los desiertos de Egipto eran entonces el escenario de un fenómeno singular: las almas generosas formadas en el clima del martirio, al hacerse cómoda y fácil la práctica del cristianismo, se iban al desierto para sufrir el martirio de su renuncia y de sus mortificaciones, para vivir en la contemplación de Dios, unos ideales místicos basados, no en los ensueños idealistas de los filósofos, sino en la dura ascética de los consejos evangélicos: allí se fraguó el alma abrasada de Atanasio y allí se encendió el celo del buen pastor que da su vida para librar a su rebaño del asalto del lobo.

A los veinticinco años publica su *Discurso contra los gentiles:* en él se encuentra ya toda la lucidez, la agudeza y la profundidad de una mente superdotada, pero allí aparece también la combatividad ardiente de un hombre destinado por Dios a una lucha sin descanso. En este libro, el santo desenmascara el paganismo en sus manifestaciones más groseras, en su esfuerzo para humanizar a los dioses para así poder divinizar las propias pasiones y los desórdenes de la aristocracia pagana, que tenía su base social en la esclavitud. Demuestra que la adoración de Júpiter, Mercurio, Neptuno o Venus es la adoración de las fuerzas viejas, brutales, coactivas, de la naturaleza o el esfuerzo para aureolar de gloria el orgullo y la voluptuosidad humana. Pero donde dirige sus tiros el atleta es contra el neoplatonismo de las escuelas alejandrinas. La filosofía neoplatónica reconoce a un Dios supremo. Pero ¿qué representa un demiurgo o mediador entre Dios y el mundo? ¿Qué son estos platónicos poderes colocados por los filósofos entre la naturaleza y la divinidad sino formas de la idolatría, menos groseras que las de los griegos, pero tan corruptoras y no menos irracionales?

Instado por su diácono, el obispo Alejandro, después de exhortar a Arrio para disuadirle, reúne un concilio en Alejandría que excomulga al hereje y condena sus doctrinas. Herido en su orgullo, Arrio despliega una actividad enorme viajando y escribiendo: gana para su causa a muchos obispos de Palestina y Asia, entre ellos a Eusebio de Nicomedia, cuya influencia pesaba mucho en la corte imperial, y distribuye copiosa abundancia de folletos, cartas, memoriales y versos. Es entonces cuando el papa Silvestre y el emperador Constantino envían a Alejan-

dría al prestigioso obispo de Córdoba, Osio, para recoger una información adecuada; Osio se da cuenta de la gravedad del movimiento herético y él mismo, según parece, insinuó a Constantino la idea de reunir un concilio. Fue el de Nicea, el primero de los concilios ecuménicos y uno de los más importantes de la historia, en cuyas sesiones preparatorias el diácono Atanasio dio la medida de su sagacidad, de su elocuencia y sus dotes de polemista y de dialéctico; sus intervenciones tuvieron un peso considerable en las decisiones del concilio, que condenó a Arrio, quien tuvo que emprender el camino del destierro mientras sus cómplices y partidarios, que firmaron las conclusiones y el símbolo del Concilio ante las perspectivas de excomunión, esperaban la oportunidad para mixtificar o anular la doctrina de Nicea.

Poco después del concilio murió Alejandro, el santo obispo de Alejandría. Antes de morir había rogado a los obispos de su provincia eclesiástica que le dieran por sucesor a Atanasio, en efecto, fue designado el enérgico y piadoso diácono, que intentó huir impulsado por su humildad, para no ser obispo, pero el pueblo cristiano de Alejandría le forzó aclamando su elección· «Ése es un hombre seguro, he aquí un asceta, un verdadero obispo». Así Atanasio fue exaltado a la dignidad de patriarca de aquella gloriosa sede y primado de todo Egipto. Después de haber escrito su primera y emocionante carta pastoral con motivo de la Pascua de 328, quiso girar una visita a la porcion más escogida de su rebaño: los anacoretas penitentes y los monjes contemplativos del desierto de Egipto y Libia, cuando regresó, hondamente edificado y consolado por la santidad de aquellos solitarios, ya había estallado la tempestad en la capital de su patriarcado: el sector arriano había planteado la invalidez de su elección episcopal con el pretexto de haber sido realizada por la presión popular, por su parte, Eusebio de Nicomedia, el obispo palaciego, había arrancado de Constantino una carta imperativa ordenando a Atanasio que levantara la excomunión y recibiera a todos los arrianos que se le presentaran, amenazándole con el destierro.

Atanasio escribe, defendiéndose, un largo memorial que es atendido por el emperador, pero he aquí que el partido de

los herejes melecianos, movilizado por Eusebio, comienza una campaña de calumnias inverosímiles, pero siempre dramáticas y extrañas: que había obligado en beneficio propio a sus fieles a pagar un impuesto sobre el lino, que el delegado y amigo de Atanasio, Macario, al reprender a un sacerdote sacrílego, había derribado un altar, roto un cáliz y quemado los libros sagrados. Atanasio decide hacer un viaje a Constantinopla, donde habla con el emperador, que se convence de su inocencia, pero de vuelta a Alejandría ya le han preparado otra serie de extrañas y graves calumnias: que ha mandado asesinar al obispo de Hipra-le Arsenio, de cuya presunta muerte exhiben una mano cortada, pero he aquí que el obispo Arsenio, que había sido recluido en un monasterio, es descubierto por Atanasio y presentado a sus propios acusadores; insisten los difamadores escribiendo al emperador que Atanasio ha prohibido a los fieles la entrega de trigo que debía de ser enviado a Constantinopla y, por fin, dan dinero a una mujerzuela para que diga que el santo obispo la ha violentado. Inmediatamente, y antes de que se pudiera aclarar tal alud de calumnias, se reúne un concilio en Tiro, ciudad costera de Palestina, donde llevan la voz cantante los arrianos y semiarrianos. La asamblea depone a Atanasio y el emperador, impresionado, le destierra a Tréveris, en la Francia de entonces —año 336—, de donde volverá cuatro años más tarde cuando muere Constantino, pues su hijo y sucesor en Occidente, Constantino el joven, levanta el destierro a Atanasio. Pero los mismos enemigos de Atanasio, que se habían reunido en Tiro, se reúnen en Antioquía, revalidan la deposición del Santo y consagran a un tal Gregorio como obispo de Alejandría. Este seudopatriarca entra en la ciudad a mano armada rodeado con gran lujo de soldados, y Atanasio tiene que desterrarse por segunda vez, entonces, se dirige a Roma. El papa Julio I recibe con gran afecto al defensor de la fe de Nicea, que llega a la Ciudad Eterna en 342, fatigado, a los cuarenta y siete años de su edad, y cuando llevaba catorce al frente de la iglesia alejandrina. Reúne el Papa en Roma un concilio que aprueba tanto la doctrina como la vida de la lumbrera de Oriente. No pudo, sin embargo, Atanasio restituirse a su sede hasta que se convocó cinco años después otro concilio en Sárdica —347—. Allí se ordenó la restitución del patriarca a su ciudad; el emperador Constante

aprobó los acuerdos de Sárdica mientras la facción arriana, en el paroxismo de su furor, reunida tumultuosamente en Filípolis, excomulgaba a los obispos de Sárdica y al propio papa Julio I por haber comunicado con San Atanasio. Éste, sin embargo, durante una corta temporada, pudo estar al frente de su diócesis una vez expulsado el usurpador Gregorio. Pero he aquí que, a la muerte de Constante, los arrianos, que habían afianzado sus posiciones y aumentado en número, pudieron apoyarse en la influencia de la corte de Bizancio, pues el nuevo emperador Constancio no recataba su adhesión a la secta. Otros conciliábulos, los de Arlés, Aquileya y Milán, donde se condenan y, en consecuencia, son desterrados, los grandes defensores de la doctrina de Nicea: Osio, Eusebio de Vercelli, Lucífero de Callas, Dionisio de Milán y el propio papa Liberio. Es éste el momento del apogeo del arrianismo: el mundo, según observará San Jerónimo, parece gemir bajo su yugo. Atanasio tiene que huir, pues el emperador impone al hereje Jorge de Capadocia como obispo de Alejandría; el refugio para Atanasio esta vez será el desierto y la compañía de los religiosos que tanto le admiran y le veneran: en este lapso de tiempo escribe el Santo varias de sus obras más notables.

Al morir Constancio, sube al trono imperial Juliano el Apóstata, hombre de temperamento atormentado y complejo, que se asigna en vano la misión de restablecer el paganismo en la vida social y religiosa del Imperio. Para demostrar su indiferencia ante la lucha entre católicos y arrianos, llama de su destierro a todos los condenados por su antecesor. Vuelve a su sede Atanasio en febrero del 362 sin dificultad, pues el usurpador Jorge de Capadocia había muerto en un motín popular, y el pueblo recibe triunfalmente a su pastor legítimo. De todo el Egipto llegaron gentes a la capital: las calles por donde pasaba el ilustre perseguido, montado en un asno como el Señor en Jerusalén, eran rociadas con perfumes y toda la ciudad fue engalanada e iluminada por la noche.

De febrero a octubre, la actividad y el celo de Atanasio fueron asombrosos: sospechaba el Santo que todavía a sus sesenta y siete años le esperaba otro destierro: el más corto, pero el más terrible, porque lo que se intentaba era en esta ocasión quitarle la vida. A los dos meses de estar en su sede ya había reunido un

concilio en Alejandría: la torpe política de Juliano, que favorecía a los arrianos más exaltados y paganizantes, abrió los ojos a los semiarrianos, los cuales, aprovechando las decisiones del concilio, que facilitaba su retorno a la verdad, fueron admitidos a la comunión católica en gran número. La simpatía despertada por la virtud y la sabiduría de Atanasio suscitaba entre los gentiles copiosas conversiones, cuya noticia irritó profundamente a Juliano: «Proscribe al miserable Atanasio —escribió al prefecto de Egipto—, que, reinando yo, se ha atrevido a bautizar a mujeres griegas de rango distinguido». El edicto del quinto y último destierro se fijó en las calles de Alejandría el 23 de octubre del mismo año 362. Atanasio se dio cuenta que se cernía sobre la Iglesia una persecución sangrienta y que él podía ser la primera víctima. Decidió huir para el bien de su pueblo, escapó aquella misma noche remontando en una barca las aguas del Nilo vestido de pescador, antes de que fueran a prenderle, los esbirros le siguieron por el río y, al notar el Santo que le iban a dar alcance, dio un viraje a la barca; los perseguidores le preguntan si había visto a Atanasio, y él y sus acompañantes contestan: «Por ahí mismo ha pasado». Escondido en las afueras de la ciudad, decidió dirigirse otra vez al desierto. Los monjes a millares, con sus abades al frente, salieron a recibirle tremolando ramas de árboles y cantando himnos de gozo.

La muerte de Juliano devolvió a Alejandría su venerado obispo, pero el emperador Valente, influido por Eudoxio, patriarca intruso de Constantinopla, con el pretexto de velar por la paz pública, dio un decreto de destierro para todos los obispos depuestos por Constancio y restablecidos por Juliano. Atanasio estaba incluido en el número. Tuvo que esconderse todavía el campeón de la fe ortodoxa, pero el pueblo, soliviantado ante la injusticia, reclamó la presencia de su obispo: las fuerzas imperiales de seguridad tuvieron que retirarse ante el temor de una temible sedición popular. Atanasio, en este año de 365, el septuagésimo de su edad, tenía ya demasiada grandeza para ser perseguido o protegido por el Imperio. Gobernó tranquilo su iglesia durante ocho años más, los necesarios para vislumbrar la derrota casi definitiva de la herejía. Murió el 2 de mayo del 373. El *Martirologio romano,* con su sobria elegancia, anuncia la muerte

del confesor y doctor de la Iglesia, celebérrimo en santidad y doctrina, en cuya persecución se había conjurado todo el orbe. Él, sin embargo, defendió la fe católica desde el tiempo de Constantino hasta Valente contra emperadores, presidentes y un sinnúmero de obispos arrianos; acosado de los malos insidiosamente, anduvo prófugo por todo el orbe hasta no restarle en la tierra lugar seguro donde esconderse. Finalmente, vuelto a su iglesia después de tantos trabajos y tantas coronas de paciencia, muere en su lecho, a los cuarenta y seis años de sacerdocio, imperando Valentiniano (Valente). No es de extrañar que la historia le haya reservado el título de «Grande».

RAMON CUNILL

Bibliografía

Obras de San Atanasio Apología contra los arrianos, Apología al emperador Constancio, Apología sobre la huida, Cartas, etc PG vol 25 28

ALTANER, B , *Patrología* (Madrid ^{5}1962)

BARDENHEWER, O , *Geschichte der Altkirchlichen literatur* (Friburgo 1912-1935) 5 vols

BARDENHEWER, O , *Patrología* (Barcelona 1910)

BATTIFOL, P , *La paix constantinienne et le catholicisme* (Paris 1920)

CAVALLERA, F , *St Athanase* (Paris 1908)

CROSS, F L , *The study of St Athanasius* (Oxford 1945)

LI BAGHI LLT, X , «Athanase», en A BAUDRILLART R AUBERT (dirs), *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastique* I *Aach-Albus* (Paris 1912)

TIXERONT, J , *Curso de patrología* (Barcelona 1927)

VOISIN, G , «La doctrine christologique de St Athanase» *Revue d'Histoire Ecclesiastique* 1 (1900) 226s

Veanse, ademas, *Historias de la literatura cristiana, Patrologías,* o *Historias generales de la Iglesia sobre el Concilio de Nicea, etc*

• Actualizacion

ANATOLIOS, K , *Athanasius* (Londres 1998)

KANNENGIESSER, CH , *Athanase d'Alexandrie, evêque et ecrivain* (Paris 1983)

SAN ANTONINO DE FLORENCIA

Obispo († 1459)

En un siglo que fulgurante, sobre todo en Florencia y en Italia, con los primeros destellos del humanismo y del Renacimiento, fulgores que encubrían con harta frecuencia degradación de costumbres, ansias de poder y sueños de grandeza, inmoralidad e injusticia; en la Iglesia del siglo XV que acababa de superar el escándalo de un cisma doloroso y que vio surgir otras

escisiones en su seno, surgió la figura de un gran religioso y obispo, reformador y pastor solícito, escritor fecundo para enderezar mentes y convertir corazones, un prelado insigne que en la Iglesia de Florencia y en la Iglesia universal trabajó con la entrega de su propia vida para mantener unido el cuerpo del Señor y alimentar las mentes y los corazones de los fieles que le habían sido encomendados con su predicación, sus escritos, su piedad y su caridad pastoral que, con la predicación evangélica, le hizo entregar su propia vida.

Grande de corazón y de inteligencia, bajito de estatura, fue bautizado como Antonio, pero sus contemporáneos lo llamaron cariñosamente Antonino. Había venido al mundo en Florencia en los comienzos de 1389, hijo de un notario, Niccoló Pierozzi, y de la segunda mujer de éste, Tommasa di Cenni di Nuccio. El padre notario inclinó a su hijo hacia la ciencia del derecho. A los quince años, el adolescente ya se había aprendido de memoria el *Decreto de Graciano.* Sin embargo, no cursó estudios sistemáticos, fue más bien autodidacta, algo que se nota en la redacción de sus numerosas obras.

El joven Antonino sintió la vocación religiosa frecuentando la iglesia de Santa María Novella de su ciudad natal. Vivía en el convento adjunto a esta iglesia un dominico, el beato Giovanni Dominici, hijo espiritual de Santa Catalina de Siena y uno de los adelantados en la reforma de la Orden. Antonino ligó desde el principio su vida religiosa a esta corriente dominicana que tendía a recuperar el fervor primitivo y a insistir en una mayor austeridad y perfección en la observancia claustral. Antonino inició su noviciado en la Orden de Santo Domingo en 1405 en el convento de Cortona, a la espera de que se inaugurara el primer convento de dominicos reformados en Fiésole. A este nuevo convento se agregó en 1406. Aquí siguió los estudios en vistas a la ordenación sacerdotal, que probablemente recibió en Cortona en 1413, tras haberse refugiado en Foligno un cierto tiempo para escapar de la jurisdicción de Alejandro V, el antipapa elegido en Pisa, pues él se mantenía en la obediencia al papa de Roma Gregorio XII. Superado el gran cisma, prestó obediencia a Martín V. En 1414 fue vicario del convento de Foligno, pero hacia fines de este año regresó a Cortona, donde fue viceprior y luego prior. Desde entonces fray Antonino ejercerá el cargo de

superior en los conventos donde resida, dedicado íntegramente a conducir y confirmar a los hermanos en la fidelidad a la vida según el modelo de estudio, contemplación y predicación, legado de Santo Domingo a su Orden. Entre 1422 y 1424 fue prior en Fiésole y vicario general de los dominicos reformados en Tuscia. Vienen luego años de intensa actividad y movimiento. En 1424 fue a Nápoles para desempeñar el cargo de visitador de los conventos reformados. En 1425 regresa a Fiésole como prior, cargo que ejerce entre 1428-29 en el convento de San Pedro Mártir de Nápoles; aquí escribe su primera obra, *Omnis mortalium cura,* o *Specchio di conscienza* en italiano, destinado a los fieles. En 1430 es prior de Santa María sopra Minerva en Roma; en este convento se celebra el cónclave que elige a Eugenio IV. Bajo este pontificado, es nombrado auditor general de la Rota. En 1437 es nombrado vicario de los conventos reformados *citra montes,* es decir, desde los Apeninos de Toscana hasta Sicilia. En 1439 se ocupa de la fundación de una comunidad observante en Florencia, en la antigua sede de los Silvestrinos, que convierte en el célebre convento de San Marcos. En esta casa religiosa, construida en la austeridad y pobreza, propias de la observancia, tiene el acierto y el gozo de alentar la obra artística del beato Angélico, fray Juan, que había ingresado antes en el convento observante de Fiésole. Una gran amistad unía a los dos frailes dominicos, lo cual posibilitó que San Marcos se convirtiera en sublime santuario de la obra pictórica del bienaventurado artista. Otra adquisición importante para San Marcos fue la biblioteca de Niccoló Niccoli, donada por Cosme el Viejo al convento de fray Antonino. La biblioteca es abierta a los ciudadanos, siendo la primera biblioteca pública de Europa, un indicio muy elocuente para el momento cultural que vive el Renacimiento florentino. En ella, fray Antonino destina religiosos a la custodia de los códices y a la iluminación de los manuscritos litúrgicos. Entre los miniaturistas sobresale fray Benedetto. San Marcos se convierte en parroquia, institución que vincula los frailes a la atención pastoral de los fieles, especialmente por el ministerio de la predicación. En 1439 fray Antonino acoge en San Marcos a padres conciliares reunidos en Florencia; en este Concilio participa en la discusión sobre la procesión del Espíritu Santo. Por aquellos años, siendo a la vez prior de San Marcos y de Fié-

sole, empieza a escribir sus obras más voluminosas. En 1441 es nombrado procurador de los conventos reformados. Mientras tanto continúa ocupandose de las necesidades espirituales de sus conciudadanos, y se dedica especialmente a los pobres fundando para su socorro la Compañía de Buonomini de San Martín. En 1445 otra vez marcha a Nápoles como visitador de los conventos reformados de su Orden.

El 9 de enero de 1446, dicen que por indicación del beato Angélico, fray Antonino es nombrado por Eugenio IV arzobispo de Florencia, la ciudad más brillante del primer Renacimiento. El observante dominico se resistió a aceptar tal nombramiento, pero al fin tuvo que ceder. El 13 de marzo recibió la ordenacion episcopal en el convento de Santo Domingo de Fiésole.

Buen pastor de su grey, entrega su vida con celo, amor e inteligencia al cuidado de la Iglesia florentina, una Iglesia viva en una sociedad inquieta, surcada por corrientes que la abren a la modernidad, por el florecimiento de las artes y de las ciencias, bajo fuertes presiones políticas y culturales. No era ciudad ni diócesis fáciles de dirigir en el rumbo del Evangelio y de la fidelidad a la Iglesia. Amor, palabra, comprensión y justicia fueron valores y fuerzas de su actividad episcopal. Ni humanista ni antihumanista, pastor por encima de todo, preocupado por el bien espiritual de sus fieles. Influyó no obstante en el futuro jefe de la Academia platónica florentina, Marsilio Ficino.

Visitó por dos veces pastoralmente su diócesis, y aún las sufragáneas de Pistoia y Prato. Sus ansias de reforma, tan urgente entonces en la Iglesia y que él había propiciado en su Orden, marcan su solicitud para con el clero: reprende a los clérigos que viven lujosamente, persigue toda forma de codicia, reprime el concubinato, alienta al rezo del breviario. En sus visitas pastorales vigila la administración parroquial, exige el registro de *bienes y enseres, se preocupa de que los sacerdotes sean capa*ces administradores de los sacramentos.

Procura extirpar con energía toda manifestacion de superstición y herejía en el pueblo. No condesciende con los poderosos; se mantiene alejado de sus decisiones de poder. Tuvo trato con los Médicis, amos de la ciudad, no se involucra en sus pretensiones políticas y hasta en algunos casos se alinea en opcio-

nes claramente contrarias. Un año antes de su muerte, se alzó en medio de sus conciudadanos como el último defensor de las libertades públicas y de la constitución florentina ante la llegada al poder absoluto de los Médicis.

Mantuvo su gran actividad pastoral en medio de constantes achaques de su delicada salud. En 1448 se vio obligado a suspender su actividad a causa de sus dolencias. Un año antes había asistido en Roma al papa Eugenio IV en su última enfermedad. Recibió de la Señoría de Florencia varios encargos: tras la elección de Calixto III, en 1455, tuvo que viajar a Roma en representación del gobierno florentino. El nuevo papa le encomendó la organización de la cruzada contra los turcos. En el desempeño de su misión, ejerció como patriarca de la Toscana, desde Pisa a Arezzo. En 1458 también representó a la Señoría en la coronación del papa Pío II, gran admirador suyo. Este brillante pontífice del Renacimiento, escribió de Antonino: «Era varón digno de ser recordado, domó la avaricia, pisoteó la soberbia, ignoró completamente la impureza, fue muy parco en la comida y en la bebida».

A pesar de su frenética actividad y viajes, dedicó largas horas al estudio y a la redacción de sus numerosas obras, todas ellas escritas con un gran sentido práctico, para ayudar y orientar a pastores y a fieles. Por tradición paterna, cultivó especialmente la ciencia jurídica; pero sobresalió especialmente en teología moral. Sus escritos forman un conjunto de ciencia y praxis jurídico-moralista muy apreciable, singular en su época. Antonino es el primer escritor eclesiástico que ofrece una síntesis de ciencia moral en su *Summa moralis* (que también recibió los títulos de *Summa theologiae moralis),* la obra que le ha proporcionado mayor fama. Está destinada a la correcta administración del sacramento de la penitencia. Ha sido definida como una gran enciclopedia sistemática del pensamiento y de la praxis de la vida cristiana en pleno siglo XV, aunque hay que advertir que no es obra del todo original; es más bien un acopio de material ya existente, con poco o nada original, como el mismo autor confiesa. Constituye, con todo, el primer exponente de una síntesis de ciencia moral: parte del problema y del análisis del alma humana, con sus potencias y actos; sigue luego por el tratado de

los vicios y de las virtudes (segunda parte). En ésta, examina la problemática emergente entonces de la ética y moral económicas. El dinero en una economía mercantil ya no puede ser tratado, por lo que respecta a la ética y a la moral, como en plena edad media. Examina el arzobispo de una ciudad tan mercantil como Florencia el problema de los créditos, de los intereses de las operaciones de cambio. En la tercera parte, trata de los diversos estados de la vida humana y de su moralidad: vírgenes, esposos, clérigos, religiosos, soldados, abogados, médicos, etc. La cuarta parte diserta sobre las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Todo lo trata y lo ve Antonino desde su alma y su óptica apostólica. Él es ante todo moralista, director de almas y predicador: recogió en esta obra, y en las demás, cuanto creía útil al ministerio pastoral en los escritos de los doctores de teología y de derecho. Redactó esta obra mayor entre los años 1431 y 1454. La *Summa* de Antonino tuvo más ediciones que la de Santo Tomás en los siglos XV y XVI. Gozó de autoridad indiscutida en moral hasta el magisterio de San Alfonso María de Ligorio.

Otras obras dignas de mención del santo dominico son un prontuario para hacer una buena confesión, escrito en Nápoles entre 1428 y 1429 *(Confessionale);* entre 1437 y 1439, redacta un manual para confesores, en que trata de los adornos de las mujeres, de la restitución, de los décimos y de los cambios monetarios. *Decisiones et conclusiones in foro conscientiae,* las escribe entre 1439 y 1449 como respuesta a cuestiones que se le habían propuesto. Redacta asimismo otras obras para sacerdotes, también sobre censuras eclesiásticas. Escribió asimismo opúsculos de dirección espiritual: *Regola di vita cristiana* (1441), *Opera a ben vivere* (1454).

En 1458 termina su célebre *Chronicon,* que pretende recoger la historia desde el principio del mundo hasta el tiempo presente, es decir 1454, año del posible inicio del escrito, resaltando la historia bíblica y las vidas de los santos. No se propuso escribir una historia; simplemente se confiesa un compilador. Sus fuentes extrabíblicas van desde Flavio Josefo a Eusebio de Cesarea, desde Agustín a Vicente de Beauvais. Menciona también hechos y personajes que había conocido directamente.

Hay que mencionar un buen número de cartas de dirección espiritual, que se han conservado, y dos colecciones de sermones; y una obra apologética que quiere demostrar el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento en Cristo. Utilizaba el latín o el italiano según fuesen los destinatarios de sus libros.

Antonino, según propia confesión, trabajó a lo largo de muchos años en la redacción de sus escritos, a veces con largas interrupciones, robando horas al cuidado de su cuerpo y a sus deberes de prelado, a su quehacer de hombre religioso, como son la oración y la meditación. La temática moral da unidad a su obra dispersa. Sobresale por el equilibrio, mesura y agudeza en sus juicios y consejos. Con razón fue apellidado por sus contemporáneos como *Antoninus consiliorum,* era en verdad consejero muy apreciado de todos. Antonino, con sus escritos, se enfrenta con viva preocupación pastoral al resquebrajamiento espiritual que Humanismo y Renacimiento introducen en Italia, y especialmente en Florencia; se esfuerza asimismo para ofrecer una solución cristiana a tantos problemas que van surgiendo en el alba de la sociedad moderna. Se distancia de la *curiositas* de la sociedad florentina en que vive; a ella opone la *studiositas,* que elogia; critica la despreocupación que va emergiendo entre sus contemporáneos por la propia salvación.

El 2 de mayo de 1459 terminó su quehacer temporal en un suburbio de Florencia, Montughi. La ciudad creyó enseguida que su arzobispo había emigrado hacia la vida bienaventurada, según escribió Pío II. Su muerte fue llorada por los poderosos de la ciudad, pero sobre todo por los pobres que perdían un padre y un protector dadivoso. Murió pobre, como había vivido. El papa Piccolomini, ya citado, escribió que en casa del arzobispo, como únicos bienes se encontraron un mulo, a cuyos lomos realizaba sus desplazamientos, y un ajuar sin valor. Inicióse así la fama de santidad de que disfrutó enseguida después de su tránsito. Fue sepultado el 10 de mayo en San Marcos, donde en 1589 se le dedicará una suntuosa capilla, labrada por Juan de Bolonia.

Su amigo y colaborador en San Marcos, Francesco da Castiglione, redactó su primera biografía. Le siguió Leonardo de Ser Uberto.

Fue canonizado el 31 de mayo de 1523 por el papa Adriano VI al fin de su breve pontificado. Clemente VII publicó la bula de canonización el siguiente 23 de noviembre.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografia

Acta sanctorum, t.I (Venecia 1737) cols.310-358.

AGRESTI, G., et al., *S. Antonino e la sua epoca* Atti del Convegno tenutosi a Firenze, 21-23 settembre 1989 (Florencia 1990), publicado en *Rivista di Ascetica e Mistica* 59 (1990) n.° 3/4, p.221-451.

Bibliotheca sanctorum, t.II, cols.88-105

CALZOLAI, C. C., *Frate A. P. dei domenicani, arcivescovo di Firenze* (Roma 1961).

KAEPPELLI, T., *Scriptores Ordinis Praedicatorum.* 3: *I-S* (Roma 1980) 87.

MORÇAY, R., «Antonin (saint)», en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* III: *Anforaria-Arfons* (París 1924) cols.856-860

ORLANDI, S., *Bibliografia antoniana* (Ciudad del Vaticano 1961).

PIO II, *Commentarii rerum memorabilium quae temporibus suis contigerunt, ad codicum fidem nunc primum editi ab Adriano van Haeck,* I (Ciudad del Vaticano 1984) 151.

SPANO, S., «Antonino de Florencia», en C LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 224-227.

BEATO JOSÉ MARÍA RUBIO PERALTA, S.I.

Presbítero († 1929)

> «Éste para mí», dicen que oyó susurrar al Padre Celestial un querubín rubio y sonrosado que aleteaba sobre la pila bautismal de Santa María de Ambrox un día de la Magdalena de 1864, cuando Francisco Rubio Maldonado y Mercedes Peralta Góngora llevaron a cristianar al pequeño José Mari. ¡Y ya lo creo que lo fue!

Allí en Dalías, pueblecito encalado y alegre de Almería, aprendió José María, junto con sus hermanos —trece, de los que sólo sobrevivirán seis— a rezar, de labios de su madre... «Santo, Santo, Santo, el Señor de los ejércitos... Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...», y el tierno amor, que luego transmitiría él durante toda su vida, a la Madre del Cielo.

Responsable y estudioso, le encantan los libros. Su tío abuelo, Magistral de Almería, se lo llevó a vivir con él y empezó el chaval sus estudios en el Instituto. Todos los indicios apuntaban a que José María tenía una vocación como un castillo. Lo consulta y... que sí, al Seminario. Él, feliz. Uno de sus condiscípulos lo retrata así:

«Le cupo en suerte un alma buena [] Se le veía poseído de tal humildad e ignorancia de su propio valer, que solo el parecía ignorar el tesoro que llevaba consigo»

De Almería pasa a Granada, al Seminario de San Cecilio. Allí empieza su primer curso abrazándose a la cruz. Se le murió el tío canónigo. Pero Dios saldría por él. En el horizonte de la vida del joven Rubio aparece alguien decisivo: Don Joaquín Torres Asensio, Chantre de la Catedral de Granada, que será a partir de ahora su sombra protectora. Le había echado el ojo al joven seminarista, y cuando éste enfermó, se lo llevó a su casa. José María se quedaría ya a vivir con él para siempre. Don Joaquín le quería a rabiar, y José María supo corresponderle, nadie antes había sabido entender el acerado carácter de aquel maño, tan blando por dentro, que valía un valer

Le encantaban los toros a Don Joaquín, y hacía ir a su protegido a las corridas para que, al volver, pintara a su tutor con toda la viveza descriptiva de que era capaz, lo que luego aplicaría José María a la vida espiritual: que hay que recibir de rodillas, torear siempre al natural, y entrar a matar decidido y sin miedo, clavando el estoque hasta los gavilanes.

De Granada al Seminario de Madrid, acompañando a Torres Asensio, a quien esperaba una Canonjía de Lectoral en la Catedral El 24 de septiembre de 1887, el joven Jose Maria fue ordenado sacerdote El dia de la Pilarica celebro su primera misa, en la Capilla de la Virgen del Buen Consejo de la Catedral de San Isidro

Rubio llevaba siempre dentro el gusanillo de la Compañía de Jesús. Fue a hacer ejercicios espirituales al noviciado de la Compañía en Granada. Iba decidido a discernir su vocación. Pero Don Joaquín, que no quería perderlo, escribió tal carta al rector del noviciado, que éste, temiendo la tempestad, hizo que José María los interrumpiera y volviese a Madrid; el joven Rubio, mientras, rumiando en su interior los puntos que había escuchado sobre la indiferencia cadavérica, aceptaba la Voluntad de Dios detras de los manejos de Don Joaquín.

Dio sus primeros ejercicios a las clarisas de Chinchón, donde Don Joaquín le había conseguido un nombramiento de coadjutor. Se las ganó, como al pueblo entero, porque José María hablaba con el corazón, y derretía el de los oyentes. Tan-

to que Candelas, en cuya casa estuvo hospedado este tiempo, se ufanaba en decir: «Donde él pone los pies, allí pongo yo mis labios».

El 12 de octubre de 1889 toma posesión de la parroquia de Estremera, donde reconstruirá la iglesia, reorganizará el archivo parroquial casi inexistente, y realizará una labor pastoral sorprendente. A Don Joaquín esto le parece poco, y hace opositar a José María para una canonjía. A lo que decía Don Joaquín, no había sino decir amén. José María preparó los ejercicios de la oposición, pero no aprobó. Torres Asensio no se resigna al fracaso, y consigue para Rubio un cargo de profesor en el Seminario de San Dámaso. Era una cruz para él la metafísica, y poco a poco se irá debilitando con su trabajo de cátedra. Don Joaquín se lo lleva a reponerse a Cercedilla, a una casita que había comprado allí poco tiempo atrás. José María descansa, sumido durante largos ratos en profunda oración, que para eso —dice la Santa de Ávila— no son menester fuerzas corporales, sino sólo «amar y costumbre».

Cuando se recuperó un poco, dio rienda suelta a su celo en Madrid. Iba a convertirse en un sacramento viviente, en una transparencia andante de Dios por las calles de la capital de España. La sotana del padre Rubio, cada día más, iba formando parte del paisaje urbano de la Villa y Corte. Él está hecho para eso: para bregar en el mar de las almas, y sudar mucho a fuerza de echar las redes. El ejercicio intenso, agotador, del Ministerio desnudamente sacerdotal, ¡eso es lo suyo!

Cada día se le iba agrandando un poco más el campo de su caridad apostólica. En aquella casa adosada a la iglesia de las Bernardas de Madrid, de las que había sido nombrado capellán, *tan tranquilita y tan para darse a Dios,* su actividad se desbordaba. Era José María un torrente en crecida en busca de almas, a las que no deseaba sino ver encendidas en el amor ciego que él tenía al Divino Corazón en la Eucaristía. Allí comienza su incansable labor de confesonario, sin cuidarse ni de desayunar porque no se desaturdía de penitentes.

Llamaba la atención la piedad y unción con que celebraba el Santo Sacrificio. Decían de él sus contemporáneos lo más hermoso que se puede decir de un sacerdote de Jesucristo, que ver-

le celebrar elevaba a Dios: «Su espíritu parecía elevarse a la verdadera contemplación del Señor que tenía en sus manos. Y, cual si realmente Le viera, nos parecía que hasta su rostro se transfiguraba». El Corazón de Jesús y la Eucaristía volvían loco a aquel sacerdote: eran la vida de su vida. Para él no había más métodos pastorales que vivificar a las almas en el amor a Jesucristo, inmolado por nosotros. Por ello, potenció las actividades, tan antiguas y tan nuevas, que ayudasen a las almas a recalentarse en las ansias redentoras del Corazón Eucarístico de Jesús. Y para ello organizó la Adoración Nocturna de hombres y la Hora Santa para todos los fieles.

Era su lema: «Hacer lo que Dios quiere, y querer lo que Dios hace»; uniformar nuestra voluntad con la de Dios, cumbre de toda perfección. Todas las horas del día las contempla él engarzadas en el hilo de oro de la santa y amabilísima voluntad de Dios.

> «A sus dirigidos, que ya iban siendo legión, no sabía decir mas que esta sola idea, envuelta en formas ligeramente diversas *Fiat* Porque nada hay mas excelente y que más acerque al Corazon Divino, que abrazarse con la Santísima Voluntad del Padre Respetaba mucho el camino particular de cada alma y sabía mantenerla en el con diestra mano. *Suaviter et firmiter* No sabia él conducir a los que le buscaban, sino por los senderos del amor, que hay que demostrar minuto a minuto en pequeños detalles Solo pedía al Señor almas en que su Divino Corazón pudiera reinar Decia "Las mejores, menos dañinas y más provechosas penitencias son las que Nuestro Señor envía por medio de cuanto nos rodea"»

Un hombre que confesaba cinco o seis horas diarias, que llegó a dirigir a más de once mil personas, que visitaba, para repartir pan y paz, cárceles y hospitales, suburbios y buhardillas de enfermos, que oraba incansablemente, que llevaba un tenor de vida tan austero y mortificado como alegre y olvidado de sí..., un hombre así no podía ser sino un santo, como pronto le empezaron a llamar.

Atendió también la «Obra de los traperos» y la «Obra de los golfos» que tenían las Reparadoras, de las que era confesor, y donde no faltó ningún año a la procesión eucarística del primer viernes; visitaba los suburbios de Tetuán, ayudando la labor que allí hacían los jesuitas con las *doctrinas* y escuelas dominicales.

Pero su debilidad fueron las Escuelas Pías de San Fernando, en la calle Mesón de Paredes, llamado «Centro de los Santos Ángeles», para enseñar a las chicas pobres del barrio el catecismo: las confesaba y las enseñaba él mismo a orar, haciendo la oración en voz alta ante el enjambre de jovencitas que, boquiabiertas, salían de allí deseosas de rezar como aquel sacerdote.

Comienza el siglo XX la capital de España ardiendo de odio contra la Iglesia y, sobre todo, contra los jesuitas; el corazón de José María, ardiendo de amor: amor a Jesucristo y a los hombres, que no quieren dejarse redimir por Él. El ardor apasionado de su celo le pide más y más. A raíz de la muerte de su hermana Trinidad, que se fue muy prontito al cielo con la corona recién estrenada de sus votos religiosos, siente más ganas de ser jesuita. Cada vez ve más claro, y querría hacerse hijo de obediencia ciñendo el austero fajín de los Jesuitas, pero aún habrá de esperar seis años, dejándose llevar de la voluntad de Dios.

A comienzos de 1904 se alista junto con otros sacerdotes en una peregrinación a los Santos Lugares, volándole el pensamiento a «el Peregrino», Íñigo de Loyola, que fue a aprender *in situ* a la tierra del Maestro el trazado para su Mínima Compañía de Jesús. Uno de los fines de la peregrinación era «desagraviar a Nuestro Señor del olvido y desprecio en que Le tienen tantos cristianos de los tiempos que corremos». Y es que muy convulsa había comenzado España el siglo, zamarreada por el liberalismo de rostro anarquista, socialista y revolucionario; anticlerical, en suma.

> «¡Pobre España! No era ella así, no, es que la han corrompido
> Pediremos mucho en Tierra Santa que brillen de nuevo en ella
> aquellos días de fe y de piedad que tanto la engrandecieron»

En sus *Notas de un peregrino a Tierra Santa* dejó retratadas, con pinceladas de vivo realismo, «aquellas dulcísimas impresiones que el alma cristiana recibe visitando la Palestina, venerando los Lugares santificados por la presencia de Nuestro Divino Redentor, y besando la tierra que fue regada con su Preciosísima Sangre».

De la peregrinación se trajo estos propósitos, que pidió al Señor como frutos: amor a la vida humilde, escondida y laboriosa de Nazaret, y amor a la Cruz de Cristo, y fuerzas para se-

guirle de cerca subiendo a Jerusalén. Y sí que las necesitó, porque pronto, en menos de un año, se le murió su querido Don Joaquín, dejando el alma de nuestro Don José María «llena de bastante tristeza, porque el recuerdo de aquel que se fue está muy vivo en mi alma». Pero, como siempre en su vida, se abraza del todo con la divina voluntad. Porque «en medio de las tribulaciones es cuando se practica la verdadera virtud».

«Estoy dispuesto a lo que Dios quiera de mí... Lo mejor, lo más provechoso, lo más consolador, será lo que Dios quiera». ¡Y Dios lo quiso! Ahora, tras la muerte de Don Joaquín, y después de hacer Ejercicios Espirituales en Chamartín, ante el Sagrario de aquella Casa, lo decide: ¡será jesuita! Tras decir Misa muy de mañanita en el altar de Nuestra Señora del Buen Consejo de la Catedral, donde dijo aquella Primera hace justo diecinueve años, puso proa para el Noviciado de los Jesuitas en Granada, donde por fin fue admitido como novicio el día del Pilar de 1906. Había escrito:

> «Yo tengo de entregarme todo cuanto soy a una vida mas perfecta y mas abnegada, siendo ésa, como parece, la Voluntad de Dios Que yo sea todo, todo de Dios»

Fue su única obsesión. Se le llamó el «apóstol de la voluntad de Dios».

> «De mi Dios viene todo, y a Él ha de volver Por tanto, es necesario que mi corazon quede enamorado de mi dulce Dueño, de Jesus, mi Bien, mi descanso, mi consuelo, mi riqueza y, algun dia en el Cielo, mi dicha y gloria eterna»

Se encontraba entre los novicios como uno más. Los superiores, teniendo en cuenta que era sacerdote, y con muchas tablas, le encargaron ya varios trabajos apostólicos: tandas de ejercicios espirituales, correrías misionales por la vega granadina, la novena del Corazón de Jesús en Berja, pueblo que dejó reducido a conversión; clases nocturnas para obreros en un pequeño colegio en la finca del noviciado...; además del confesonario, donde se pasaba horas con colas interminables; retiros, pláticas, etc.

Por haber entrado en la Compañía con los estudios terminados, no le obligaba la «tercera probación», pero él insistió a los

superiores se la concediesen, y le enviaron a Manresa. Cuenta el padre Puigrós, su instructor:

> «Cuando por Cuaresma salieron de su retiro aquellos Padres para ejercitar algunos ministerios, el Padre Rubio fue destinado a Madrid Esto fue para el un contratiempo, pues deseaba ir adonde nadie le conociese y, ademas, temia que, yendo a la Corte, no le dejasen volver a su retiro de Manresa Y asi fue»

Ha sido su antiguo maestro de novicios, el padre José María Valera, ahora Provincial, que Rubio había escogido como director espiritual vitalicio, quien le destina, pues conoce los quilates de su alma mejor que nadie, y sabe lo que puede rendir en la capital de España.

Así que... otra vez a Madrid, y para siempre. Al poco tiempo, muere su madre; el padre Rubio, siempre niño por dentro, se arroja con entrañable amor en brazos de María, la Madre del Cielo, que ni se nos va ni se nos muere. Conoció entonces más profundamente este enfoque de la devoción mariana: el ser esclavos de Nuestra Señora por amor. En adelante, no sería capaz de entender la plenitud de su consagración bautismal sino bajo aquella breve fórmula, tan compendiada como enjundiosa: «A Jesús por María».

En Madrid, desde la Casa profesa que la Compañía tenía en la calle de la Flor, donde estaba destinado, iba Rubio, como ha escrito el padre Miguel Lamet,

> «En busca de los pobres, sin cerrar su oido y su corazon a los ricos [], regalando a todos con una palabra justa, llena de saber y sabor, porque cada dia hacia silencio en su vida para oir la de Dios [] Realmente, el Padre Rubio habia sabido conseguir, para el y sin duda para otros muchos, hacer autentica realidad el castizo refran. "De Madrid al cielo"»

En la Casa estaban congregados padres de renombre, como el P. Torres, su superior. Y, sin embargo, había en el padre Rubio un algo que le haría sobresalir, sin pretenderlo, por encima de varones tan doctos y reconocidos. De carácter más bien tímido, nunca había brillado por su elocuencia, ni tenía pluma bien cortada, ni su figura era arrogante, ni estaba dotado de cualidades humanas subyugadoras Tal vez sea lo que él mismo, sin saber que se autorretrataba, escribió:

«El celo de tu Casa me devora, Señor, el celo de la gloria de tu Padre y de la salvacion de las almas El que ama a su Divino Maestro, pronto el amor le transformara en apostol, porque el celo que devora al corazon amante pronto se manifiesta por las obras»

Así, se alegraba al ver aumentar su trabajo como una marea en crecida. Claro, que cada día dormía menos. Llegaría a ser por antonomasia el apóstol de la capital de España. Todo su amplísimo apostolado mana, como de una fuente cristalina, de su amor encendido a Jesús, y va a parar, como a un océano inconmensurable, a este Corazón, deseo de los collados eternos. Fue presidente de la guardia de honor para velar y honrar la gloria y el culto al Sagrado Corazón, especialmente en el Santísimo Sacramento.

La última semana de junio de 1911 fue inolvidable en Madrid, que se convirtió en un trono inmenso para Jesús sacramentado, al que se volvían todos los ojos en aquel Congreso Eucarístico Internacional. El padre Rubio estaba encantado ante el esplendor de la brillantísima manifestación eucarística, a la que Alfonso XIII había puesto digno broche consagrando España al Corazón de Jesús, consagración que remataría ocho años más tarde, haciéndola pública y solemne ante el Monumento del Cerro de los Ángeles.

Rubio está ilusionado en dar forma en Madrid a la «Obra de las Marías de los Sagrarios abandonados», idea que lleva acariciando desde sus años de joven sacerdote, y que ahora el arcipreste de Huelva —hoy Beato— Don Manuel González García, la explica en la hojita volandera *El Granito de Arena.* para trabajar por que se visite el Sagrario diariamente y por formar nuevas Marías en el pueblo donde corresponda su Sagrario. La Obra crece como la espuma en la capital de España. Su deseo es que las Marías lo sean en todas partes, para hacer llegar, desde donde quiera que se encuentren, el aroma de sus buenas obras y ejemplares procederes al Sagrario de sus amores y solicitudes. El Padre no era de los que pretenden «concertar dos contrarios tan enemigos uno del otro, como son Dios y el mundo», como diría Santa Teresa. No le sufría el corazón que hubiese entre las Marías algunas que querían conciliar la pertenencia a esta Obra con una vida mundana y de sociedad. Por eso, les decía desde el púlpito:

> «No es necesario ser una María, pero aquella que quiera serlo, debe observar las formas de vida, vestirse decentemente y no asistir a bailes o espectáculos impropios»

El día de la Purificación de 1917, hizo sus últimos votos; ante la imagen de la Virgen del Recuerdo, en la capilla del Colegio de Areneros, se incorporaba definitivamente el padre Rubio a la Mínima Compañía de Jesús, viendo por fin plenamente colmados sus deseos el que se había considerado siempre *jesuita de afición*. Otra purificación, venida de la amorosísima mano de Dios, se cernía sobre el Padre —«hacer lo que Dios quiere, y querer lo que Dios hace...»—. En poco tiempo le ordenaron los superiores abandonar la Obra de las Marías de los Sagrarios, la Obra de los Discípulos de San Juan, y el «Boletín mensual de la Guardia de Honor del Corazón de Jesús». Un día reúne a la Junta de Consejo de las Marías, en una capilla expiatoria que él acababa de inaugurar, para participarles su cese como director. ¡La que se armó! Pero él les cortó el paso cuando quisieron ellas reclamar su dirección a los Superiores. Le tocaba ahora predicar con su vida lo que había enseñado mil veces con su palabra. «Que yo no quiera ni busque otra cosa que cumplir en todo la santísima voluntad de Dios».

Esa voluntad de Dios era rematar la filigrana de la gracia en el alma de su amigo José María. Para colmo, en el alma del Padre es noche cerrada, con escrúpulos horribles que le hacen dudar de todo. No se serena al pensar en la misericordia de Dios, él, que tanto había exhortado a las almas a abandonarse a ella. Acude humildemente al Superior, el P. Alfonso Torres, que conjura la tentación con sola una pregunta: «¿Va Vd. a confiar en su esfuerzo, o va a confiar en la misericordia de Dios?». De repente, en el alma del Padre se hizo de día: «Con que yo lleve a los demás a Dios, él tendrá misericordia de mí».

El padre Rubio era un predicador menos que mediocre. Lo decía él mismo, desde la llaneza de su humilde sinceridad:

> «Yo no se cómo viene tanta gente a oírme, porque yo no digo nada, y frecuentemente subo al pulpito sin saber lo que voy a decir»

Pero añadía que tampoco tenía necesidad de ser buen orador, porque con tal de que la gente entendiese lo que él decía,

eso le bastaba. «Sin saber», se pasó media vida predicando, y obtenía indefectiblemente con sus sermones un fruto espiritual asombroso. La novena del Sagrado Corazón se hizo célebre en Madrid. ¿Cuál era su secreto? Antes de subir al púlpito, le veían arrodillarse largo rato ante el Sagrario. Los afectos de su corazón abrasado saltaban al auditorio como centellas, y hacía a sus oyentes estremecerse de fervor, diciendo unánimes: «Este Padre no sé lo que tiene; casi siempre nos dice las mismas cosas, y, sin embargo, todos estamos deseando oírle».

Como confesor era tan sencillo como en el púlpito, y escueto, casi telegráfico. Tenía que serlo, con las colas kilométricas que tenía a ambos lados del confesonario. Yendo con él, las almas se acostumbraban a ser breves y descomplicadas. Rubio exigía de ellas todo lo que pudiesen dar. Le interesaba, sobre todo, que fueran humildes, y con esa disposición, les decía dos palabras, y las ponía en paz. Por eso le querían cada día más, porque se daban cuenta de que sólo buscaba ponerlas en Dios, sin que se detuvieran lo más mínimo en él. No buscaban lo que les decía, sino cómo se lo decía. Tenía un arte especial para *contentar a todos, casi sólo con escucharles. Su táctica era siempre* llevar a cada alma a la perfección dentro de su estado y mirando a cada una. Jamás se anticipaba a la obra del Espíritu Santo: iba siempre detrás de la gracia, y exigía con suavidad, pidiendo a cada alma el sacrificio concreto en el momento oportuno. Dirección que, si era seguida con fidelidad, ponía a las almas en «peligro inminente» de ser santas, el «culpable» de lo cual, después del Espíritu Santo, era inmediatamente el padre Rubio. De su confesonario salieron docenas de vocaciones y filigranas de santidad.

«No hay que buscarse en las obras», solía decir, como se lo dijo un día a Concepción Pérez Macías, atajando una obra de apostolado contraria a las disposiciones de la obediencia. Ésta, su secretaria junto con Mercedes Morales, se encargaba de una suerte de central de caridad para atender cuantas peticiones llegaban al Padre, y yendo los días de Navidad a las casas de los más pobres para que en ninguna faltase la cena de Nochebuena. ¡En cuántas casas entronizaron el Sagrado Corazón de Jesús, que el Padre dejaba presidiéndolo todo!

Los pobres y los enfermos eran su delirio. Se conmovía ante ellos, en los que veía una transparencia viva de Cristo doliente. A veces salía de con ellos tan conmovido, que le caían gruesas lágrimas, porque se había estado haciendo el fuerte mientras les decía: «El Señor le ama mucho, y por eso le envía astillitas de su Cruz». A los enfermos, sólo verle les servía más que un sermón. Unas pocas palabras eran suficientes: dejaba su alma encielada, como él tenía la suya, con aquel recogimiento que demostraba una tan íntima unión con Dios, que por nada ni por nadie interrumpía.

Fue el santo de los suburbios; esos vertederos de la capital, roídos por la miseria, tenían para él una especie de misterioso imán. De hoz y coz se metió a trabajar con ellos, instruyéndolos en la doctrina cristiana. Consigue abrir una escuelita en La Ventilla, en la que dos maestros, Juan y Demetrio, que más tarde derramarían su sangre por Jesucristo en la horrible persecución religiosa del 36, hicieron una labor formidable con los chavales, a la vez que formaban a los maestros en las clases nocturnas que impartían.

Abrió otra escuelita en el suburbio de Entrevías, en Vallecas, donde el P. Rubio, en un sermón al aire libre, predica de la confesión, con tal ardor que ninguno de aquellos hombrotes queda sin confesarse.

¿Y el caso de las niñas desaparecidas? Una mañana, la maestra encargó a tres pequeñas, dándoles unas monedas, que fuesen a comprar patatas. Pasaba el día y las niñas no aparecían. Se sospechó de Mercedes, la secretaria del Padre Rubio, que estaba en contacto con los padres de las chicas para intentar instruirlos y que arreglasen su situación matrimonial y bautizasen a sus hijas. Y, por tanto, también se sospechó del P. Rubio. Mercedes fue enviada a la cárcel. Allí hace una labor increíble con las reclusas, pero su salud se resiente, y muere agotada al año de la persecución. En cuanto al padre Rubio, estuvo a punto de ser encarcelado. Pero a última hora alguien intervino para evitar la firma y un rápido cambio de personal hizo dar un giro al asunto. Cuando él lo supo, dijo:

> «¡Qué lastima que haya faltado ese poquito para ir yo a la carcel, con todo el bien que podia haber hecho allí a los pobrecitos

presos y las platicas que hubiera podido darles! Pero se ve que no era yo digno de eso»

Dos años después del suceso, en un vertedero donde ellas solían jugar, se encuentran los restos mortales de las tres niñas sepultados allí. Habían muerto por asfixia en un derrumbamiento del terreno. Pero la prensa impía no se hizo eco de la noticia y, después de haber embarrado al P. Rubio y matado literalmente a Mercedes, el sumario fue sobreseído, dejando aquel suceso en un misterio oficial.

Sencillez evangélica era la del P. Rubio. «Es un santo», decían los obreros de Madrid al verle pasar por la calle. Tenía tal naturalidad, que no parecía heroica; «una santidad borrada», en expresión de su superior, el P. Torres. Pero había llegado el momento de que su luz alumbrase a los hombres, para que recibiera gloria el Padre celestial. En los últimos diez años de la vida de nuestro santo, entra en juego, con un vigor nuevo, como un elemento hasta entonces oculto, una colección de rápidos fogonazos de lo maravilloso que iluminan la cansada labor de cada día Y así, como a lo tonto, empieza a profetizar curaciones de enfermos que se cumplen puntualmente; hace «resucitar», sólo por el espacio de tiempo necesario para confesarse con toda lucidez, a moribundos que estaban acabando, multiplica el pan en casa de una pobre viejecilla; o conoce, a través de la rejilla del confesonario, todo el estado de alma del penitente antes de que él hable. Otro día es la portezuela del Sagrario que, ante el inútil esfuerzo de dos sacerdotes por abrirla para dar la Comunion, se abre sola por la oración del padre Rubio que, arrodillado ante la grada, se lo ha pedido a su amigo Jesús.

Cierto dia el Padre vio acercarse a su confesonario a una señora de edad

— «Padre, venga esta tarde a confesar a un señor que se va a morir» Como tantas veces, el Padre tomo nota del domicilio y alli se presenta Tras la puerta, se oia tocar el piano

— «Buenas tardes Me han encargado que venga aqui a confe sar a tal moribundo»

— «Pues mire, Padre, ese nombre es el mio y no se confunde Vd de domicilio Pero debe de haber un error porque aqui no vive nadie mas que yo, y no estoy enfermo Sin embargo, tendre mucho gusto en que pase Vd a la salita a descansar un momento»

Agradecio el Padre poder sentarse un par de minutos, y al posarse sus ojos en el retrato de una señora, no pudo contener la exclamacion

— *«Mire, esta es la señora que me ha llamado esta mañana»*

— «Padre, es imposible, no la recordara Vd bien, no puede ser porque esta fotografia es de mi madre, que murio ya hace años»

Tras reafirmarse, el Padre se dispuso a marchar Sin embargo, la emocion de aquel señor descreido habia subido de punto, y no quiso desaprovechar aquella gracia de Dios Confeso A la madrugada, amanecio muerto en la cama

Otro dia es avisado el Padre para que confiese a un enfermo terminal Le acompaña su incondicional Don Carlos, que tuerce el gesto al saber la dirección de la casa, y advierte al Padre de que aquella calle esta llena de casas de mala nota

— «Pues bien, tanto mejor, a cualquier parte iría yo con tal de salvar un alma ¡Vamos alla!»

Mientras, en el burdel, se ultiman los preparativos del espectaculo para que mañana recorra Madrid la fotografia del santo Padre Rubio sorprendido en plena juerga carnavalesca en una casa de prostitucion El presunto enfermo, un sinverguenza desairado por su novia, dirigida del Padre, se ha metido en la cama del cuartucho, en un angulo del cual, tras un biombo, esta oculta la camara fotografica y la lampara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno En la habitacion contigua, las cuatro pobres degeneradas, que surgiran inesperadamente junto al Padre en el momento de la fotografia Con la camara a punto de disparar, el Padre echa por tierra el guion de la comedia

— «¿Por que me han llamado tan tarde? Este muchacho ha muerto ya»

A los dos compañeros del que ya es cadaver, un escalofrio les recorre el cuerpo Salen corriendo de alli se entregaran a Dios haciendose religiosos A las chicas de vida alegre, la risa contenida se les ahoga en la garganta, y chillan aterrorizadas ante el espanto de su cliente, frio como el marmol

«No fuerce la máquina», había escrito en una ocasión. Pero él llevaba toda la vida forzando la suya: se le rompió el corazon de tanto amar. Jadeante y sudoroso, había buscado siempre el Rostro del Señor, y ahora, como ciervo vulnerado, se dormía con un gemido suave, como a él le gustaba: sin hacer ruido.

Le enviaron al noviciado de Aranjuez a descansar. Subió al coche con el gesto vestido de naturalidad, sin dramatizar el cuadro. El rector del noviciado le recibió con una frase que anticipaba la de la Santísima Trinidad cuando, días después, José Ma-

ría Rubio entrara en el cielo: «Le recibimos con los brazos abiertos. Aquí descansará».

Pasaba el día ante el Santísimo, que podía ver desde su habitación. El día 2 de mayo, a la 1,30 se sintió muy mal, el «duende», como él llamaba al ahogo que le oprimía el corazón, hacía travesuras... A las 9 se levantó para celebrar en la capilla de la enfermería. A las 11 llega el médico, que no ve nada alarmante. Durante la mañana le visitaron varios padres, y un novicio cuya vocación había él orientado en Madrid, al que dijo:

> «Dios me ha traído a este rinconcito de paz y de sosiego [] Esto, hijo mío, se va Ya ves, todos los malos ratos, todos los trabajos, ya nada son Y ahora, por fin, vamos allá, allá donde nos juntaremos todos y no habra mas penas Total, este mundo, ya ves, son cuatro días»

También al hermano Nadal, su enfermero, le dijo sonriendo, mientras le señalaba el cielo: «Esto se acaba, yo me voy allí».

Después del examen a las 12,30 en la capilla, van al refectorio. Sólo dos cucharadas de sopa ha tomado..., ¡ya está otra vez el duende! —«¿Qué le pasa, padre?».

Y ante su insistencia, le llevan a la capilla, donde le dejan más de una hora, relamiéndose de gusto porque, tras los velos eucarísticos, está a punto de ver para siempre el rostro desconocido y amado de su Señor. El hermano Nadal consigue llevarlo al cuarto; el padre, como ha hecho toda su vida, se deja llevar. Confiesa con el P. Castañar, que había sido connovicio suyo, y recibe la visita del P. Provincial, al que dice: «¡Ay, Padre!, ¡qué día tan bueno el de mañana, primer viernes, para irme hoy al cielo!».

En realidad, lo había dicho desde su ordenación sacerdotal: que deseaba morir en víspera de primer viernes para celebrar ese día en el cielo con el Corazón de Jesús.

Después pidió le trajesen dos cuadernos que tenía con apuntes espirituales, y fue rompiéndolos poco a poco, echando los pedazos de papel en el bonete que, boca abajo, tenía sobre sus rodillas. «Son misericordias del Señor y miserias mías. Así, roto, esto no puede ya escandalizar a nadie».

Al dar las 6 horas, al padre Rubio, al recordar que en aquellos momentos se estaría celebrando en la Casa profesa la Hora

santa de preparación al primer viernes, se le va el espíritu al Huerto de Getsemaní: «Miremos a Jesús que avanza...». Viene Cristo a darle el premio por sus muchos trabajos. El mismo Jesús, que fue quien inventó la Hora Santa, había escogido a su siervo bueno, José María Rubio, para propagarla, enseñando a miles de almas a participar del cáliz de la Pasión y a hacer con Cristo oficio de piedad, consuelo y agradecimiento. Hoy le tocaba a él, no ya predicar, sino vivir la Hora santa.

«Me siento mal, y empieza a interesarse la cabeza». Al toque de agonía que anuncia la campana, va llegando la comunidad: el espiritual le absuelve, pronuncia a su oído unas jaculatorias, le administra de urgencia la extremaunción. El P. Provincial le da la bendición papal y reza la recomendación del alma. El padre Rubio ofrece una estampa conmovedora: apoyado el codo derecho en el brazo del butacón, y cerrados los ojos, deja caer la sien sobre el pañuelo que tiene en la mano, con la manta cubriéndole las piernas y el bonete lleno de papeles rotos sobre el regazo, no parece sino que se dispone a dormir. Así, como había vivido· como un niño, sin hacer el menor movimiento, dejándose acunar por los brazos de Dios, le entregó suavemente su espíritu. Eran las 6,25 horas de la tarde del jueves 2 de mayo de aquel año del Señor de 1929. A esas horas se estaban cumpliendo cabalmente las palabras escritas por el padre para su hora santa:

> «Acerquemonos a el, adoremosle con humildad profunda Con afectos intensos de amor, digamosle de esta manera "Señor mio y mi Redentor amabilisimo dadnos licencia para que os acompañemos"»

Pues la tiene el Padre, y amplia, para acompañar a su bienamado por toda la eternidad, para no sólo acercarse a él, sino sumergirse en el foco de amor de su corazón adorable.

En aquel inmenso salón, al que poco a poco va llegando la cuasi procesion litúrgica de gentes desde Madrid, revestido con ornamentos morados y el crucifijo fuertemente entrelazado en sus manos, da la impresion de estar predicando su última plática, sobre la confianza y el abandono en Dios.

En la tarde del 3, fiesta de la Santa Cruz, tuvo lugar el entierro, presidido por el señor obispo de Madrid, doctor Eijo y Ga-

ray, que tanto quería al Padre. De lejos, el cadáver parecía cubierto de flores blancas, no eran sino papeles doblados, a cientos, con encargos y misivas para el paraíso; pudiendo él decir, junto con la Santa de Lisieux: «Dios cumplirá todos mis deseos en el cielo, porque yo no he hecho jamás mi voluntad en la tierra».

En la espaciosa huerta de Aranjuez se esparcía el aroma de las flores de primavera que ya reventaban, elevándose en un canto al Criador; y en la huerta de aquellas almas cultivadas por su ardor apostólico, el fragante perfume del testamento espiritual del padre Rubio, testamento que es, ante todo, su propia vida, inmolada como la de Jesús, tan elocuente como la sincera humildad con que transcurrió toda ella. Porque «al final de la vida, sólo nos queda la santidad...».

ALBERTO JOSE GONZALEZ CHAVES

Bibliografía

«Jose Maria Rubio, sj El apostol de Madrid» *Alfa y Omega* (2003) n 347

GONZALEZ CHAVES, A J , *Vida del Padre Rubio El apostol de Madrid* (Madrid 2003)

LAMET, P M , SI, *De Madrid al cielo* (Madrid 1986)

— ID , *Como lampara encendida* (Madrid 2003)

L'Osservatore Romano (ed en español) (2 y 9 5 2003)

RUIZ DEL REY, T , *Vida del Padre Rubio* (Madrid 1957)

SOBRINO, J A DE, SI, *Tres que dieron si P San Vitores, P Rubio, Hno Garate* (Madrid 1985)

STAEHLIN, C M , SI, *El Padre Rubio Vida del apostol de Madrid* (Madrid 1949, ²1953)

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO NICOLÁS HERMANSSON

Obispo († 1391)

Nils Hermansson nació en Skanninge, Suecia, el año 1325. Muy joven se decide por el sacerdocio y marcha a estudiar a París y luego a Orleáns, regresando a Suecia al término de sus estudios en 1358 y obteniendo un canonicato en Linkoping. Conoció por entonces a Santa Brígida y colaboró con ella en la educación religiosa de sus hijos.

Acreditado como sacerdote piadoso y ejemplar, su obispo lo hace arcediano de la catedral y vicario general de dicha diócesis de Linkoping, a la que, además, debe gobernar en ausencia del prelado. Lo hizo con prudencia y firmeza y demostró sus dotes de gobierno.

Ello hizo que en 1374 se le eligiera para esa sede, confirmando su elección el papa Gregorio XI. Pero se encontró con la oposición del rey Alberto, y ello hizo retrasar su consagración hasta 1375. Se dispuso a ser un buen obispo. Ante todo quería dar un ejemplo personal de sólida piedad, de vida austera, y de asiduo trabajo pastoral. Visitó personalmente todas las parroquias de su diócesis exigiendo que todo estuviera en ellas al servicio de la atención pastoral de los fieles y que los clérigos fueran por delante en la vida cristiana dando un ejemplo convincente. Se ocupó mucho de que la liturgia fuera celebrada con gran dignidad. Y se ocupó asimismo de que la palabra de Dios fuera predicada con asiduidad y método, de lo que él personalmente daba ejemplo como continuo predicador de la misma.

Santa Brígida le consultó la redacción de las reglas para la Orden del Salvador, cuya fundación ella activaba, y él la sostuvo en el empeño con su asesoramiento y consejos. Él recibió el cuerpo de la santa cuando su hija Catalina lo trasladó de Roma a Vadstena, la iglesia de cuyo monasterio él bendeciría en 1384. Participaría también en el proceso de canonización de la santa.

Lleno de méritos falleció el 2 de mayo de 1391, siendo enterrado en la catedral y comenzando enseguida el culto popular que se le tributó. Su canonización fue pedida por los obispos suecos e incluso llegó a abrirse el proceso de canonización. Alejandro VI manifestó estar dispuesto a concederla y llegó el episcopado sueco a formalizar oficio y misa en su honor. Pero antes de que la canonización fuera concedida, la Reforma cambió la religión en Suecia y el culto a Nicolás se extinguió.

BEATO GUILLERMO TIRRY

Presbítero y mártir († 1654)

Nació en Cork, Irlanda, en 1608 en el seno de una familia de comerciantes. La fe católica la recibió de sus padres que la pro-

fesaban ardientemente. Se decide en su juventud por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Ermitaños de San Agustín, siguiendo estudios en Valladolid, París y Bruselas y, ya ordenado sacerdote, vuelve a Irlanda en 1641.

Aquí ejerce su ministerio, siendo nombrado en 1646 compañero del provincial y en 1649 prior del convento de Skreen. Pero las cosas se les complicaron a los católicos con la llegada de Cromwell al poder y su odio al catolicismo, y debió entonces marchar a Fethard como tutor de un niño y ejerciendo su ministerio de manera clandestina. Cuando el 6 de enero de 1653 se dio orden a todos los sacerdotes católicos para que abandonaran el país, Guillermo se quedó, corriendo el riesgo de que lo arrestaran. Y en efecto, por traición, fue hallado con los ornamentos sacerdotales cuando celebraba la vigilia pascual en la mañana del sábado santo de 1654. El registro de la casa dio el resultado del hallazgo de numerosos escritos suyos en defensa de la fe católica.

Llevado a la cárcel de Clonmel, salió de ella para comparecer ante el tribunal, que lo acusó de contravenir la ley que lo obligaba a dejar el país, pero se le ofrecía la vida y la libertad si se hacía protestante. Permaneció firme en la fe y se negó a abandonarla.

Llegado el 2 de mayo de aquel año, fue sacado para ser ahorcado. Llevaba su hábito agustino y un rosario en las manos, cadenas en las muñecas y una soga al cuello. Exhortaba a los que lo miraban ir al suplicio a ser fieles a la Iglesia y al Papa. Ya en el patíbulo, perdonó a todos, pidió perdón de sus pecados y rogó que si estaba en la multitud algún sacerdote lo absolviera. En efecto, estaba el P. Provincial de su Orden entre los asistentes. Seguidamente fue ahorcado. Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992.

SAN JOSÉ NGUYEN VAN LUU

Mártir († 1854)

Era natural del pueblo de Cai-Nhum en la Cochinchina, donde había nacido en 1790, pero se había trasladado al de Mac-Bac. Aquí era una persona socialmente considerada. Pro-

pietario de tierras, cultivador de arroz, vivía desahogadamente. Y era, al mismo tiempo, un sincero cristiano. Practicaba la religión con fervor y socorría largamente a los pobres. Visitaba a los enfermos, componía discordias y hospedaba en su casa con gran afecto a los misioneros.

Su martirio se debió a la venganza de dos despechados. Dos cristianos le pidieron un préstamo, que él no consideró oportuno concederles en su totalidad. Entonces, disgustados con él, idearon el modo de vengarse acusándolo de tener en su casa a un sacerdote, lo que por ley estaba prohibido. Y para cerciorarse mandaron a sus mujeres que alegaron querían confesar con el sacerdote que se hospedaba en la casa. En efecto estaba allí San Pedro Nguyen Van Luu, con quien las mujeres confesaron. Entonces los dos despechados denunciaron a José bajo la acusación de que hospedaba sacerdotes. La casa fue registrada y en lugar de hallar al P. Luu hallaron al P. Minh, que acababa de venir. El sacerdote, José y otros cristianos fueron arrestados y llevados a la capital Vinh-Long, donde fueron conminados a pisotear la cruz y apostatar. Al negarse a hacerlo, el sacerdote fue condenado a muerte y José y los demás al destierro. Marchó entonces a Ang-Yang, donde sólo estaría unos meses, pues se decretó de nuevo su prisión en la capital. Aquí en la cárcel se dedicó a la oración, llevó su encierro con mucha paciencia y hasta logró que cuatro apóstatas se reconciliasen con la Iglesia.

Su organismo debilitado no resistió las penalidades de la cárcel y murió en ella el 2 de mayo de 1854. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO BOLESLAO STRZELECKI

Presbítero y mártir († 1941)

Este futuro sacerdote y mártir, cuyo lema sería «Para mí la vida es Cristo», nace en la población polaca de Poniemón el 10 de junio de 1896. Concluido el bachillerato, ingresa en el seminario de Sandomierz donde hace los estudios sacerdotales y se ordena de presbítero el 26 de diciembre de 1918.

Su primer destino fue la parroquia de Ostrowiec, donde su vida corrió serio peligro pues se contagió de tifus al atender

pastoralmente a los afectados de esta enfermedad. Una vez restablecido se le envió a la Universidad de Cracovia para que hiciera el doctorado en derecho canónico, que obtuvo en 1923. Su siguiente destino fue Radom como prefecto de las escuelas profesionales, trabajo al que añadió el de confesor de varias comunidades religiosas y capellán de la cárcel.

Llegada la guerra se embarca en una gran labor de beneficencia destinada a todos los necesitados sin distinción, y por ello socorrió a protestantes, comunistas y judíos y a los prisioneros del campo de Radom, a algunos de los cuales amparó en su huida. Y por entonces le llega el nombramiento de párroco del Sagrado Corazón de Radom. Se encontraba distribuyendo víveres a los pobres, tras haber dicho misa, cuando el 7 de enero de 1941 era arrestado y llevado al campo de concentración de Auschwitz. Aquí sufrió tales torturas y malos tratos que tuvo que ser llevado al barracón hospital, donde fallecía el 2 de mayo de 1941. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

3 de mayo

A) Martirologio

1. Los santos Felipe y Santiago, apóstoles **.
2. En Antínoe (Tebaida), los santos Timoteo y Maura († 286), mártires.
3. En la Vía Nomentana, séptimo miliario desde Roma, los santos Evencio, Alejandro y Teódulo (s. III-IV), mártires.
4. En Narni (Umbría), San Juvenal (s. IV), obispo.
5. En Kildare (Irlanda), San Conleto († ca.520), obispo.
6. En el monasterio de Hohorst (Flandes), San Ansfrido († 1010), obispo de Utrecht.
7. En Kiev (Rusia), San Teodosio († 1074), abad *.
8. En Vercelis, Beata Emilia Bicchieri († 1314), virgen, de la Orden de Predicadores *.
9. En Kazimierz (Polonia), Beato Estanislao († 1489), presbítero y canónigo regular *.
10. En Susa (Italia), Beato Eduardo José Rosaz († 1903), obispo, fundador de la Congregación de Hermanas Terciarias de San Francisco **

11 En Sherbrooke (Canada), Beata María Leonia Paradis († 1912), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanitas de la Sagrada Familia **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS FELIPE Y SANTIAGO
Apostoles (s I)

Entre aquellos bienaventurados galileos que tuvieron la dicha inefable de ser llamados por Jesucristo a formar su Colegio apostólico los evangelistas enumeran a Felipe y a Santiago el Menor. Ambos respondieron con prontitud y generosidad al llamamiento que el Señor les hizo y le acompañaron desde el principio de su ministerio por aquellos caminos polvorientos de Palestina. Escucharon de sus mismos labios la predicación del mensaje de salvación que vino a traer a la tierra y fueron testigos de su milagro, de su gloriosa resurrección y ascensión a los cielos.

Felipe era natural de Betsaida de Galilea, la ciudad de Pedro y Andrés, a quienes tal vez le unían lazos de amistad. Al volver Jesucristo a Galilea con los tres primeros discípulos, Andrés, Pedro y Juan, después del breve ministerio que siguió a su bautismo en la región del Jordán, se encuentra con Felipe y le dice: «Ven y sígueme» (Jn 1,43); era la invitación que los rabinos dirigían a quienes querían constituir sus discípulos. Felipe responde con generosidad digna de admiración y, no contento con su respuesta personal, proporciona al maestro un nuevo discípulo. Encontrándose con Natanael le dice: «Hemos hallado a Aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, a Jesús, hijo de José, de Nazaret». A las palabras de extrañeza o admiracion de Natanael, «¿Puede de Nazaret salir cosa buena?», responde sin vacilar: «Ven y verás».

No era éste el llamamiento definitivo, sólo tenía como finalidad primaria poner a aquellos hombres en contacto con Jesús. Aquél tuvo lugar más tarde a orillas del lago de Genesaret. Los tres evangelistas nos refieren que, después de haber pasado el Señor una noche en oración, reunió a la mañana siguiente a sus

discípulos y escogió a los doce que habían de formar el Colegio Apostólico. Después de las dos parejas de hermanos, Pedro y Andrés, Santiago y Juan, las listas presentan a Felipe, que había sido uno de los primeros llamados por Jesús (Mt 9,35-10,4; Mc 3,7-19; Lc 6,12-16).

En otras tres ocasiones aparece nuestro apóstol en escena. En la multiplicación de los panes Jesucristo debió entrever en Felipe un deje de compasión hacia la multitud que había seguido al Maestro al desierto y le pregunta: «¿Felipe, cómo vamos a dar de comer a tanta gente?». Él, echando una mirada sobre las turbas, exclama: «Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedazo». Seguramente no sospechaba lo que iba a hacer el Señor (Jn 6,5-7). Aparece, en otra ocasión, como mediador de aquellos prosélitos que se encontraban en Jerusalén con motivo de la Pascua. Éstos habían presenciado la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén y querían verle de cerca. Tal vez Felipe, como podría insinuar su nombre, tenía algunos conocimientos de la lengua griega y por ello se dirigieron a él. Felipe, a su vez, lo dice a Andrés y ambos lo comunicaron al Señor (Jn 12,20).

La última intervención de Felipe que recogen los evangelistas tuvo lugar durante la última cena. Tomás había preguntado el lugar adonde iba a ir Jesús y el camino que llevaba a él, el Señor había contestado: «Nadie viene al Padre sino por mí». Anhelando entonces Felipe un conocimiento más profundo del Padre que le hiciese comprender mejor aquel discurso largo y misterioso a veces de Jesús, interviene diciendo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Él le contesta que esa aparición visible del Padre la tenían en él: «Quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 13,8-11).

Por lo que se refiere a los años del apóstol que siguieron a la ascensión del Señor, carecemos de noticias que ofrezcan garantías de seguridad y hasta es posible que algunas de las que a él se atribuyen pertenezcan a Felipe el diácono. Como los demás apóstoles, permanecería durante unos años en Palestina y después marcharía a predicar el Evangelio fuera de sus fronteras. La tradición afirma que predicó en Frigia. Se dice que convirtió muchas almas, que hizo muchos milagros, que destruyó

una monstruosa víbora que adoraban los habitantes de la región. Se refiere, finalmente, que los magistrados, viendo los progresos que hacía el cristianismo, le prendieron, azotaron y amarraron a una cruz, muriendo el día 1 de mayo del año 54 según Baronio. Parte de sus reliquias fueron llevadas a Constantinopla y otra parte se venera en la iglesia de los Santos Apóstoles, de Roma.

Santiago nació en Caná de Galilea, situada cerca de Nazaret. Su padre se llamaba Alfeo. Su madre, María, estaba emparentada (probablemente prima hermana) con la Santísima Virgen, de modo que Santiago era primo del Señor. Los evangelistas no nos refieren intervención alguna particular de este apóstol; únicamente lo enumeran en las listas de los Doce (Mt 10,2-4; Mc 3,13-19; Lc 6,14-16). San Pablo refiere que Jesucristo resucitado, le distinguió con una aparición personal (1 Cor 15,7).

Los Hechos de los Apóstoles y la carta a los Gálatas ponen de relieve que Santiago ocupaba un puesto preeminente en la iglesia de Jerusalén. La primera vez que San Pablo subió a Jerusalén después de su conversión dice que fue para visitar a San Pedro y añade que no vio a ninguno de los otros apóstoles, sino a Santiago (Gál 1,18-19). Después de su liberación milagrosa de la cárcel por el ángel, San Pedro se presenta en casa de la madre de Juan Marcos, refiere cómo fue librado de la prisión y les dio este encargo: «Haced saber esto a Santiago y a los hermanos» (Hch 12,17). Refiriendo el último viaje de San Pablo a Jerusalén escribe San Lucas que los hermanos le recibieron con mucha alegría y que al día siguiente fueron con San Pablo a visitar a Santiago, a cuya casa concurrieron todos los presbíteros (Hch 21,15-18). En su carta a los Gálatas, San Pablo le llama, juntamente con Pedro y Juan, «columnas de la Iglesia» (2,9).

En el Concilio de Jerusalén tuvo una acertada intervención. Santiago defendía, lo mismo que los apóstoles San Pedro y San Pablo, que los gentiles estaban exentos del cumplimiento de la Ley mosaica. Sin embargo, conocedor como ninguno de la situación y circunstancias de los judíos convertidos, propuso que se impusiese a los gentiles el abstenerse de comer las carnes inmoladas a los ídolos, las no sangradas, la sangre misma y abstenerse de la fornicación, que, si bien está prohibida por la misma

ley natural, no era considerada como cosa grave por los gentiles. El parecer de Santiago fue aceptado por el concilio. Ello contribuiría a la unión de todos los cristianos, judíos y gentiles.

Los escritores eclesiásticos nos dan preciosas y edificantes referencias sobre el apóstol Santiago. Se dice que fue nombrado obispo de Jerusalén por los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Según Eusebio, San Juan Crisóstomo y otros, fue el Señor mismo quien le había designado para tal misión. La presencia de Santiago en la Ciudad Santa fue una bendición especialmente para los judíos; su profundo amor y observancia de la ley, su asiduidad en ir al Templo a orar, su gran parecido con los santos del Antiguo Testamento les cautivó y facilitó el camino para la fe en Jesucristo al ver que podían conservar su veneración por Moisés y adorar en el Templo al Dios de Israel.

Una tradición atestiguada por Hegesipo y recogida por Eusebio dice que judíos y cristianos le designaban con el apelativo «el justo», que llevó una vida sin mancha y austerísima, absteniéndose de vino y licores, y que su vestido era de lino. Se refiere también que se postraba con tal frecuencia para orar al Señor que en sus rodillas se habían formado gruesos callos. Sus miembros estaban como muertos, dice San Juan Crisóstomo. A todo ello añadió una bondad admirable y con todo ello supo mantener la unión entre los cristianos de Jerusalén.

Escribió una de las cartas apostólicas que lleva su nombre, dirigida a las doce tribus de la dispersión. En esta época los judíos se encontraban dispersos en todas las provincias romanas y hasta más allá del Éufrates, afirma Josefo. Santiago les dirige una carta que viene a ser un conjunto de preciosas sentencias más que un conjunto lógicamente encadenado. En ella les exhorta a la paciencia en las pruebas y tentaciones, lo cual conduce a la perfección, al amor fraternal sin acepción de personas; les instruye sobre la doctrina de la fe y las obras, «la fe —les dice—, si no tiene obras es de suyo muerta» (2,17); les recomienda que eviten los pecados de lengua; les enseña a discernir la verdadera de la falsa sabiduría; hace serias advertencias a los ricos que han adquirido sus riquezas con injusticias para con sus obreros y ponen en ellas su corazón. Termina con las palabras que el concilio Tridentino ha interpretado como promul-

gación del sacramento de la extremaunción: «¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados» (5,14-15).

Josefo refiere que fue condenado a ser lapidado por el sumo sacerdote Anás II, quien aprovechó para ello el intervalo transcurrido entre la muerte del procónsul Festo y la llegada de su sucesor Albino I el año 62. Hegesipo refiere con detalle su martirio: dice que fue arrojado de las almenas del Templo; pudo incorporarse y, poniéndose de rodillas, oraba por sus asesinos; el populacho arrojó sobre él una granizada de piedras y, por fin, un batanero le golpeó en la cabeza con el cabestán hasta dejarle muerto. Allí mismo se le dio sepultura. Hoy se muestra su sepulcro frente al ángulo sudeste de la muralla de la ciudad.

La Iglesia unió las festividades de ambos apóstoles mártires y la ha celebrado el día 1 de mayo hasta el año 1955. En este año señaló dicha fecha para la fiesta de San José Obrero y trasladó la festividad de San Felipe y Santiago al día 11 del mismo mes.

GABRIEL PÉREZ

Bibliografía

Act. SS. Boll, 11 de mayo.
Art. «Jacques le Mineur», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1 *Isaac-Jeûne* (París 1947).
CHAINE, J., *L'épître de saint Jacques* (París 1927).
JACQUIER, E., *Les Actes des Apôtres. Commentaire* (París ²1926).
LAGRANGE, M.-J., *Évangile selon saint Marc* (París 1911).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, I (Venecia) 385s; 639s; etc
• Actualización:
«Martirio de Santiago, "hermano del Señor" y obispo de Jerusalén», en D. RUIZ BUENO (ed.), *Actas de los mártires* (Madrid ⁵2003) 203-211.

BEATO EDUARDO JOSÉ ROSAZ

Obispo y fundador († 1903)

Turín es una población italiana que está llena de misterios. Empieza por la Sábana Santa. Sigue con el equipo de fútbol, el

Torino. En fin, eso es lo que dicen los guías de turismo cuando llegas a Turín. Es un misterio.

Dos horas tuvimos que estar esperando a ver aquella Sábana Santa. Pero la vimos de verdad. Porque otras veces enseñan una copia, una reproducción. Pero nosotros vimos la sábana de verdad. Y *nos lo creímos todo; merecía la pena.*

Y en aquel recinto sagrado, en el pueblo de Susa, nació nuestro amigo Eduardo Rosaz el 15 de febrero de 1830. Sus padres se llamaban Romualdo y Josefa.

Era de una complexión débil, de frágil salud. Cuando el crío tenía diez años, la familia se trasladó a Turín, y ya se sabe, a estudiar. Cuando Eduardo tenía 16 años, murió el padre, y al año siguiente, un hermano. Luego volvió toda la familia a Susa; eran traslados normales de una familia que tenía que acoplarse a las diversas circunstancias de la vida.

El caso es que Eduardo, a los 17 años, ingresó en el seminario de Turín y, por devoción, se inscribió en la Tercera Orden de San Francisco.

Se ordenó sacerdote en 1854. Tenía 24 años. Podemos decir que era un cura normal, con trabajos normales de cura diocesano: catequesis, confesiones, predicación y obras sociales a favor de las familias más necesitadas.

Es agradable contemplar a un sacerdote que le «suben» a los altares simplemente porque fue un buen sacerdote. Apenas hizo milagros ni regentó ninguna cátedra en París. Era un buen cura.

¿De qué vivía con tanta fuerza su sacerdocio? De la Eucaristía. La meditación, la oración, la misa, la adoración eucarística... todo eso que ha sido siempre fuente de espiritualidad para el sacerdote diocesano.

Francia ha sido siempre foco luminoso para el clero diocesano. Parece que allí se fraguaba con facilidad una espiritualidad que consistía en ser de veras lo que de veras eres. ¿Tú eres sacerdote? Pues bastante tienes con eso para ser un santo de verdad.

Uno de sus biógrafos nos cuenta un buen resumen de su vida:

En 1856 acoge las primeras muchachas desamparadas y da inicio al Retiro, casa de acogida para muchachas abandonadas. Establece el mes de María, como ocasión para una catequesis de adultos de todo un mes Inicia igualmente el intercambio de servicios entre los sacerdotes de la región.

Con frecuencia emprende peregrinaciones a pie a santuarios significativos. Ejerce la capellanía de las cárceles y es rector del «Colegio cívico». Todo cuanto recibe por herencia o por otros títulos, lo invierte en sus obras apostólicas

Su apostolado y toda su vida llevan la marca de la caridad, la pobreza, la hospitalidad y la prudencia. Renunciando a su origen burgués y acomodado, vive en pobreza y no pocas veces debe «recurrir a la mesa del Señor» para sostener sus obras, e inclusive para su propio sustento.

El 8 de diciembre de 1874 tres de las muchachas de su Retiro toman el hábito de la Tercera Orden Franciscana, y así comienza la Congregación de las Hermanas Franciscanas Misioneras de Susa.

Y tanta fuerza llevaba en su interior nuestro buen Eduardo, que el 1874 (con 44 años) fue nombrado rector del Seminario de Susa. Tenía una fórmula muy sencilla: «Firmeza dulce y dulzura firme».

En este trabajo de la dirección espiritual de los jóvenes seminaristas, un día fue sorprendido con el nombramiento de obispo de Susa. La catedral se llenó de gloria el día 24 de febrero de 1888, cuando recibió su consagración episcopal. Como obispo fue ejemplo de celo, de prudencia pastoral, de abnegación y de dinamismo misionero. En una palabra, se dedicó por entero al clero y fue un auténtico pastor Potenció el seminario y visitó varias veces la diócesis, hasta las parroquias más alejadas

Hay un detalle en la vida de este hombre que nos llena de agrado. Y es que tuvo especial relación con tres santos famosos de su tiempo: José Cafasso, Don Bosco y el santo cura de Ars.

Qué casualidad, que se hubieran juntado estas cuatro personas en diversas ocasiones. Qué casualidad y qué gran encuentro.

JOSE CAFASSO había nacido en Castelnuovo d'Asti en 1811. Era mayor que Eduardo. Este grandioso hombre fue el consejero de todos los sacerdotes de la diócesis de Turín. Su honda espiritualidad le había granjeado el favor de todos los clérigos de su tiempo. Era director de una asociación sacerdotal que sólo pretendía la santificación de los sacerdotes: el «Directorio para sacerdotes». Y desde ese puesto de responsabilidad trataba con todos los curas más famosos de su tiempo. Uno de los discípulos más ilustres fue Don Bosco. Otro, Eduardo. Era gran predi-

cador, ejercitaba la caridad con numerosas limosnas, daba ejercicios espirituales al clero, fue director de una casa de ejercicios espirituales. Celebrando misa parecía un ángel. Murió a los 49 años, en 1860, cuando Eduardo solo tenía 30. Pero se habían conocido lo suficiente para sentir admiración el uno por el otro.

Otro amigo era DON BOSCO. ¿Para qué describir la personalidad de este hombre tan extraordinario? ¿Por qué se juntan los santos? Siempre ocurre lo mismo. Los santos crecen en racimo. Y no porque coincidan en el tiempo; es que se buscan para apoyarse los unos a los otros. No son piezas aisladas de mármol; son uvas que crecen en racimo. Podría decirse, con alguna exageración, que el santo solitario no es santo. Juan Bosco había nacido a 25 kilómetros de Turín, la ciudad encantada. Era un mozarrón vigoroso y aún no sabía leer. Pero entró al seminario y a los 25 años estaba celebrando su primera misa en Turín. Y su apostolado, como sacerdote, fue esplendoroso. Luego fundó la Congregación de los Salesianos, que tanta gloria ha dado a la Iglesia. Pues bien, Don Bosco era amigo de Eduardo.

Otro personaje cercano a nuestro amigo fue el santo cura de Ars, JUAN MARIA VIANNEY. Turín y Lyón pertenecen a naciones distintas, pero no están lejos. De forma que los dos santos pudieron tratarse mucho. Murieron con un año de diferencia. El cura de Ars murió un año antes que Eduardo.

La unión de estos cuatro curas santos conmueve a cualquiera. Que se ayudaran, se conocieran, se comunicaran, es un detalle que llena de gozo a los curas de hoy. Es un encanto verlos juntos.

En 1991, el 14 de julio, interrumpiendo sus vacaciones, el papa Juan Pablo II se presentó en Susa para beatificar a Eduardo, como merecedor de elogios en todo el clero diocesano. En la homilía de este día glorioso, el Papa decía así:

> «En su primera carta pastoral (1878), Mons Eduardo Rosaz saludaba asi a la comunidad diocesana que la divina Providencia le habia confiado "En el nombre del Señor vengo a vosotros y abra zo como esposa a la Iglesia de Susa, que desde los años de mi ju ventud he seguido con veneracion y amor" Y agregaba "Estoy aqui, en medio de vosotros recibidme, os lo ruego, con animo benevolo Mi compromiso y mi deseo es hacerme todo a todos, ganaros a todos para Cristo"

Queridos hermanos y hermanas, recorred todos el camino señalado por el beato Rosaz, que hoy la Iglesia nos presenta como modelo para imitar y protector celestial para invocar Vuestra diocesis, situada a los pies de los Alpes, os permite contemplar la majestuosidad de las montañas, que en su silencio secular expresan el misterio de Dios e invitan a mirar a las alturas "Sursum corda", ¡arriba los corazones! Nos ayudan a elevar el espiritu hacia los cielos, de los que habla la carta a los Efesios (cf 1,3)

El se sintio un llamado, un evangelizador, un apostol de Dios, que es amor Entendio que su mision consistia en cooperar con el plan divino "de hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que esta en los cielos y lo que esta en la tierra" (Ef 1,10) Y esto mediante la obediencia filial a la voluntad divina y el amor al projimo Respondio a las expectativas de sus hermanos, sobre todo de los pobres, con la caridad del corazon de Cristo, sin retorica, de manera concreta, pagando personalmente Para seguir al Señor, se hizo peregrino, mendicante, con el espiritu del sacerdote y obispo humilde, alegre y confiado en la Providencia Y en este espiritu, de estilo franciscano y lleno de la sencillez montañesa de los habitantes de Susa, quiso orientar la congregacion de las Religiosas Terciarias que fundo, para que en los retiros, en las casas para ancianos y en cualquier parte donde fuese necesario, evangelizaran con el lenguaje de la caridad Caridad que no es solo limosna o asistencia esporadica, sino, sobre todo, acogida y servicio, ver a Jesus en el projimo y proclamar concretamente el Evangelio de la salvacion»

La tarde del domingo 14 de julio de 1991, durante su visita a la diocesis de Susa, el Santo Padre tuvo con las religiosas de la Congregación de las Franciscanas Misioneras de Susa, a cuyo fundador, mons. Rosaz, había beatificado por la mañana, un encuentro en la sede del instituto. El Papa les dirigió estas palabras. Luego, se recogio en oracion ante la tumba de mons. Rosaz.

«Queridas hermanas

Es casi una peregrinacion la que quiero realizar junto con vosotras a esta —por llamarla asi— "Porciuncula" de vuestra benemerita familia religiosa En efecto, entre estas paredes, bajo la mirada sonriente de la Inmaculada Madre de Dios, Mons Rosaz dio vida el 8 de diciembre de 1874 a sus Terciarias Franciscanas, con la toma de habito de Altonsa Pasquinelli

Nos encontramos aqui hoy para recordar y escuchar Si, para escuchar a vuestro amado padre fundador que aun hoy habla a sus hijas, repitiendoles esas palabras antiguas y siempre actuales que las alientan y sostienen en el camino de la "santa aventura" que han comenzado con el fin de responder a la invitacion del Señor

Es cierto que, si la gracia de la vocación religiosa es gracia extraordinaria, sublime, que une íntimamente el alma a Dios, también es gracia que exige mayor correspondencia.

No os canséis de prestar oídos a la voz de Mons. Rosaz; seguid sondeando la profundidad de su corazón para captar el secreto de su vida de entrega y amor; como él, sed valerosas en la escucha de la Iglesia y de los hombres para poder responder a sus llamamientos con esa característica de disponibilidad y alegría, de acogida y misericordia que constituye vuestro signo distintivo de franciscanas: así seréis el ejemplo más elocuente de ese "Evangelio de la caridad" que animó toda la existencia de vuestro fundador.

Siguiendo su ejemplo, amad a la Iglesia, amadla con un amor apasionado, fuerte, generoso y fiel; sois conscientes de que también ella os ama y os pide un testimonio ferviente y gratuito, un servicio desinteresado y fiel».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

http://www.franciscanos.net/teologos/santoral/5mayo.html.

http://www.franciscanos.or/osservatore/eduardorosaz.html.

AAS 84 (1992) 402s; 947s.

CALABRESI, G., *Mons. Edoardo Giuseppe Rosaz vescovo di Susa nella vita e nelle opere* (Susa 1913).

GRISA, L., *Le «Rose» del Vescovo. Mons. Edoardo Rosaz, il primo beato segusino (1830-1903)* (Borgone di Susa 1993).

MORERO, V., *Rosaz, il vescovo dei poveri* (Fossano 1991).

ROSSETTI, F., *Mons. Edoardo G. Rosaz, fondatore delle Suore Terziarie di S. Francesco di Susa* (Siena 1969).

BEATA MARÍA LEONIA PARADIS

Virgen y fundadora († 1912)

El 11 de septiembre de 1984, durante su primer viaje apostólico a Canadá, Juan Pablo II beatificó en el Parque Jarry de Montreal a una mujer de aquella tierra, «humilde entre las humildes», María Leonia Paradis. Era la primera beatificación que se celebraba en el continente americano y por supuesto en territorio canadiense. En aquella ceremonia el Papa contó los principales rasgos biográficos e hizo la semblanza espiritual de la beata, pero, sobre todo, explicó el itinerario de humildad que había elegido para su vida, con la convicción de que, como Cristo, no había venido a ser servido sino a servir (Mt 20,28).

Este descubrimiento se lo transmitió a sus hijas espirituales, las Hermanitas de la Sagrada Familia, en forma de compromiso especial: servir en centros de educación, en seminarios y en casas de sacerdotes. A esto se dedicó su fundación.

> «No temía —dijo el Papa— las diversas formas de trabajo manual, que es la tarea de muchas personas hoy en día y fue honra de la Sagrada Familia y de la vida misma de Jesús de Nazaret En ello precisamente vio la voluntad de Dios para su vida Realizando estas tareas encontró a Dios En los sacrificios inherentes a este trabajo y ofrecidos por amor, experimentó alegría y paz profundas»

Y acabó diciendo que María Leonia imitó la disponibilidad de María.

Disponibilidad, servicio, humildad definen muy bien el horizonte de su vida consagrada, pero fue la suya una vida de absoluta cotidianidad, a la que nunca se le cayeron los anillos por servir, de la que llegó a escribir que el «título de sirvienta es nuestro título de nobleza», y por lo que encajaba en su carisma el «seamos las últimas y ocupemos a gusto nuestro puesto». Pero ¿cómo se fueron abriendo y creciendo en su vida estos caminos de servicio?

María Leonia Paradis nació el 12 de mayo de 1840 en Acadie, en Quebec, entonces diócesis de Montreal y hoy de San Juan de Longueil, un pueblo de campesinos, donde sus padres José Paradis y Emilia Gregoria vivían con modestia económica. María era la única niña de una familia de seis hermanos y todos la llamaban Élodie, pero su verdadero nombre bautismal era el de Alodia Virginia. Encauzada por la dulzura de su madre y la firmeza de su padre, la llevan a estudiar, con nueve años, al internado de las Hermanas de la Congregación de Nuestra Señora de Laprairie. Con esta primera impregnación infantil, en la que su madre tuvo extraordinaria importancia, Élodie ingresa como postulanta en Saint-Laurent, en febrero de 1854, en las Hermanas Marianitas, rama femenina de la Congregación de Santa Cruz, fundada en 1837 por el hoy Venerable Basilio Moreau, nacido en Le Mans (Francia), y recién implantada en Canadá. Precisamente en uno de sus viajes a este país, el fundador de las marianitas aceptó que Élodie emitiera sus votos, a pesar de la fragilidad de su salud. Era el 22 de agosto de 1857 y la profesa tenía 17 años cumplidos.

Comienza a partir de este momento y durante algunos años un itinerario que parecía alejarla de su verdadera vocación, que era servir a los sacerdotes. En realidad ella se había sentido atraída por esta congregación integrada por tres sociedades —sacerdotes, hermanos y hermanas— porque establecía una estrecha relación entre sus tres ramas, que reproducían la imagen de la Sagrada Familia. Después de su profesión y hasta 1862 estuvo dedicada a la enseñanza en los alrededores de Montreal, pasa después ocho años en el orfanato de San Vicente de Paúl de Nueva York y en 1870 ingresa en la rama americana de las Hermanas de Santa Cruz —un grupo que había obtenido una cierta autonomía con respecto a las marianitas— en Indiana, donde enseña labores y da clases de francés en la Academia Santa María. Su estancia de doce años en Estados Unidos había entretenido y retrasado su deseo vocacional de atender a los sacerdotes, pero a cambio le otorgaba una gran soltura en el uso del inglés que facilitaría su futura misión.

De Indiana regresa, en el otoño de 1874, a Canadá, a la ciudad de Memramcook, en la provincia de Nouveau-Brunswick, para hacerse cargo del equipo de hermanas que llevaba las tareas domésticas en el colegio de San José, dirigido por Camilo Lefèbvre, sacerdote de la congregación de Santa Cruz. Aquí, en su tierra natal, encuentra Leonia no sólo su vocación sino también multitud de vocaciones, chicas generosas dispuestas a seguir sus pasos. Y así fue. El reclutamiento fue tan grande y el vivero tan floreciente que cinco años después se plantea en el capítulo general de Padres de Santa Cruz la creación de un nuevo instituto independiente que, con el nombre de Hermanitas de la Sagrada Familia, fuese dirigido por sor María Leonia.

Se constituyó el instituto y funcionaba con buena armonía, pero no conseguía su aprobación canónica. El padre Lefèbvre, que había sido capellán y valedor de la nueva comunidad, muere en 1895 sin conseguir que el obispo de la diócesis de Saint Jean Nouveau-Brunswick, monseñor John Sweeney, le diera el reconocimiento diocesano a la comunidad. Es otro obispo, el de Sherbrooke, monseñor Paul Laroque, que está buscando religiosas para atender su seminario y su obispado, el que le dará la aprobación en 1896. Para entonces ya sor María Leonia había

tomado la decisión de trasladar a Sherbrooke, en la provincia de Quebec, la casa madre y el noviciado de las Hermanitas de la Sagrada Familia. Pero la aprobación pontificia no llega hasta 1905, cuando San Pío X acepta que el nuevo instituto se desvincule de las Hermanas de la Santa Cruz y pueda vestir el hábito propio de las Hermanitas de la Sagrada Familia. Así sor María Leonia sólo vistió el hábito de su fundación desde 1905 hasta el 3 de mayo de 1912, día en que murió repentinamente a los 72 años de edad en la casa madre de Sherbrooke, lugar donde reposan sus restos. El instituto contaba en aquel momento con 38 fundaciones en Canadá y en Estados Unidos y unas 600 hermanas. De todos modos, ella que sufrió tantas contrariedades en el afianzamiento canónico de su institución, no llegó a conocer la aprobación definitiva de sus constituciones.

Por lo que cuentan quienes la trataron, sor María Leonia era de poca estatura, de mucha profundidad en la mirada, y de una atrayente sonrisa que transmitía alegría y cordialidad. El obispo Laroque dijo de ella que «tenía siempre los brazos abiertos y el corazón en la mano, una buena y franca sonrisa en los labios, acogiendo a todos como si se tratara de Dios mismo. Era todo corazón». Este talante y sobre todo su capacidad para servir, para elegir ser «una ama de casa del sacerdocio», creando una atmósfera «de pureza y de paz, de orden y de discreción», actuando con delicadeza, dedicación, espíritu apostólico y realismo, fueron sin duda las mejores razones de su vida.

Una vida que es un buen ejemplo de promoción de la mujer. Dentro de su familia religiosa muchas jóvenes han emprendido un camino de maduración, de crecimiento espiritual y cultural, practicando la virtud de la sencillez, la humildad, la obediencia y la caridad y dedicándose a un servicio que no parece ilusionar demasiado a una sociedad más pendiente de ser servida y a la cual las labores domésticas no le merecen ningún aprecio. María Leonia imprimió a sus hermanas una espiritualidad realista, muy acorde con el carisma cotidiano y familiar. Ella misma describía con estas palabras su misión·

> «Ayudar al sacerdote material y espiritualmente [] Las Hermanas tendran por el sacerdote de la casa donde trabajan un respe to profundo y veneraran en el la persona misma de Cristo Ellas no se olvidarán jamas de cumplir las tareas de las santas mujeres del

Evangelio con el Señor, este ministerio, visto con ojos de fe, habra de ser considerado sublime»

La espiritualidad que imprimió a las Hermanitas de la Sagrada Familia estaba precisamente inspirada en la familia de Nazaret, en la vida de Jesús, María y José antes del ministerio público de Cristo, reflejo de una vida simple, generosa y laboriosa El ideal de vida propuesto, inspirado en la actitud de María, daría el retrato de mujeres consagradas, al servicio de los sacerdotes, discretas, humildes, hacendosas, fuertes y valerosas, «mujeres que están cerca de Dios y viven en la gloria». María Leonia Paradis se había propuesto desde muy pronto servir al Eterno Sacerdote y lo hizo colaborando con los sacerdotes para librarlos de sus tareas más temporales, fundando un instituto que se ocupara del servicio doméstico. Su veneración por los ministros de la Eucaristía, de la que siempre fue la beata rendida adoradora, la llevó a echarles una mano en su apostolado y a ayudarlos material y espiritualmente. Siempre había pensado que, como las mujeres que seguían a Jesús, ella tenía que ser tambien discípula, testigo y colaboradora.

«Los sacerdotes —decia— tienen necesidad, me parece, de auxiliares en su tarea de apostolado y nadie lo parece sospechar Este pensamiento me obsesiona sin descanso»

Creó en las casas de sacerdotes y en los seminarios un clima de gran familiaridad y profundo respeto, de verdadero Nazaret, de tal manera que hacía de madre y de hermana. Con inteligencia, simpatía y sentido práctico desempeñó el servicio doméstico, pero también su espíritu de fe la hacía saber que servía a Cristo en la persona del sacerdote. «Poned ánimo y generosidad al servicio de Dios en la persona de sus ministros y de sus obras», les decía a sus hermanas, insistiendo en la dimensión espiritual del sacerdocio. Esto no quería decir que desconociese a los sacerdotes ni que ignorase sus defectos, pues aconsejaba a las hermanas que evitaran hablar de ellos «por miedo a no poder hablar bien»

Esta menuda y sonriente religiosa canadiense, de carácter abierto, que amaba a Dios con la entrega de un niño y confiaba en él como en un padre, es un magnífico ejemplo de humildad, de caridad y de servicio. Una de las características más visibles

de su personalidad fue su amor al trabajo. Sin tomarse un respiro ni un descanso. Ésta era una de sus frases favoritas: «¡Trabajemos, hijas, ya descansaremos en el cielo!». Murió María Leonia Paradis, pese a su frágil salud, en plena actividad, cuando acababa de presidir un consejo general de su instituto de Hermanitas de la Sagrada Familia. Ni siquiera contó con unos minutos tranquilos para morir.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

CIMICHELLA, A., *Marie-Leonie Paradis, ses multiples et mysterieux chemins (1840-1912)* (Montreal 1980)

GENDRON, T., «Mère Marie-Léonie Fondatrice des Petites Soeurs de la Sainte-Famille»: *Prions en Eglise* (1999) n.157.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (23-9-1984) 4-5.

«M. L. Paradis fondatrice delle Suore della Santa Famiglia»: *L'Osservatore Romano* (12-9-1984) 7.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN TEODOSIO DE KIEV

Abad († 1074)

Llamado por algunos el padre del monaquismo ruso, San Teodosio es el verdadero fundador del Monasterio de las Grutas junto a Kiev en Ucrania, ya que él lo transformó en tal. Nació en Vasilev, región de Kiev, el año 1029 en una familia acomodada. Desde niño manifestó su inclinación a la piedad y siendo aun muy joven se unió a San Antonio de Kiev y recibió el hábito monástico en 1055.

Su observancia de la vida religiosa y su intensa piedad le acreditaron entre los monjes, que lo eligen hegúmeno el año 1062. Él dio nuevo impulso y nueva dirección a la vida monástica enderezándola hacia el modelo cenobítico. Los monjes dejaron de vivir en grutas para vivir en edificios, se construyó una iglesia según los cánones bizantinos, que se dedicó a la Virgen María, y se adoptó la regla estudita del patriarca Alejo de Constantinopla.

Teodosio cuidó que toda la vida del monasterio estuviera impregnada del espíritu de oración, austeridad y trabajo. Doctrinalmente siempre quiso ser fiel a la ortodoxia bizantina. Murió el 3 de mayo de 1074. Fue canonizado en 1108.

BEATA EMILIA BICCHIERI

Virgen († 1314)

Se la ha tenido por terciaria regular de la Orden de Predicadores, pero más parece que su monasterio lo fue de la Segunda Orden. Ella nació en Vercelis en 1239 en una familia acomodada.

Siendo aún joven fundó en las afueras de su ciudad un convento de dominicas en el que ella profesó y del que ella fue elegida priora años más tarde, en 1273, y lo sería varias veces más. Devota de la eucaristía, de la pasión del Señor y de la Virgen María, dio un gran ejemplo de regularidad y observancia a sus hermanas, y aun siendo priora no quiso sustraerse de los trabajos más humildes del monasterio, que solicitaba para sí y realizaba con una gran alegría, edificando con su humildad a todas las monjas.

Acogió en el monasterio a jóvenes educandas y se ha dicho que fue la inauguradora de este apostolado en la Orden. Insistía mucho en la necesidad de la rectitud de intención en todas las cosas y en el espíritu de continua gratitud a Dios por todos sus beneficios, invitando siempre a las hermanas a vivir en continua oración, con el corazón ocupado enteramente en Dios. Murió el 3 de mayo de 1314. El culto que se le daba desde su muerte lo confirmó el papa Clemente XIV el 19 de julio de 1769.

BEATO ESTANISLAO DE KAZIMIERZ

Presbítero († 1489)

Estanislao Soltys nace en Kazimierz, junto a Cracovia, el 27 de septiembre de 1433. Recibe una esmerada educación cristiana en su familia y hace los primeros estudios en la escuela de

Corpus Domini, de su ciudad, pasando luego a la Universidad Jagellónica donde se gradúa en filosofía y teología.

Terminados los estudios, se decide por la vida religiosa e ingresa en la Congregación de Canónigos Regulares de Letrán, en cuya escuela se había educado. Hace el noviciado y profesa los votos religiosos, y seguidamente recibe las sagradas ordenes.

Una vez sacerdote, se destaca como excelente confesor y director espiritual y como fervoroso predicador de la palabra divina. Tuvo varios cargos en la comunidad, como los de viceprior, maestro de novicios y profesor en la adjunta escuela que regentaba su Orden. Observante riguroso de la regla y muy exigente consigo mismo, demostraba una gran caridad con los pobres y menesterosos, a los que socorría con todo empeño. Llenó su vida de obras de apostolado y de misericordia, que ya en vida lo acreditaron a los ojos de todos como santo. Murio el 3 de mayo de 1489.

Desde su muerte ha sido objeto de culto popular y se le ha dado el apelativo de beato, pero su culto nunca ha sido objeto de confirmación por parte de la Santa Sede. No obstante lo cual, su nombre ha sido incluido en el nuevo *Martirologio romano.*

4 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Cirta (Numidia), los santos Agapio y Secundino, obispos, junto con Emiliano, lector, Tertula y Antonia, vírgenes, y una mujer anonima con sus dos hijos († 258/259), martires *

2 En Nicea de Bitinia, Santa Antonina (s III IV), martir

3 En Lorch (Austria), San Florian († 304), martir

4 En las minas de Fano en Palestina, santos Silvano († 304), obispo de Gaza, y treinta y nueve compañeros igualmente condenados a las minas

5 En Varsovia (Polonia), Beato Ladislao de Gielnow († 1505), presbitero, de la Orden de Menores *

6 En Londres (Inglaterra), los santos Juan Houghton, Roberto Lawrence y Agustin Webster, monjes cartujos, y Ricardo Reynolds, monje brigidiano, presbiteros y martires Con ellos fue martirizado el Beato Juan Haile († 1535), parroco de Isleworth **

7 En Tréveris (Alemania), Beato Juan Martín Moye († 1793), presbítero, de la Sociedad de Misiones de París, fundador de las Hermanas de la Providencia **

B) Biografías extensas

SAN JUAN HOUGHTON, SAN ROBERTO LAWRENCE, SAN AGUSTÍN WEBSTER, SAN RICARDO REYNOLDS Y BEATO JUAN HAILE

Presbíteros y mártires († 1535)

El martirio de los cartujos ingleses tuvo una gran repercusión en la cristiandad católica, especialmente en la sociedad española del siglo XVI y XVII. La fiesta de hoy recoge en realidad sólo a un pequeño grupo de los muchos monjes cartujos que padecieron el martirio por su fe con diversos intervalos de tiempo de modo que en cinco años fueron ejecutados cerca de veinte cartujos. A los tres priores, Juan, Roberto y Agustín, se les añadieron en el momento del juicio otros dos compañeros, el religioso brigidiano Ricardo y el presbítero Juan, y los cinco sufrieron juntos la condena y la muerte el mismo día, siendo los protomártires del cisma anglicano.

El dato fehaciente de la admiración del martirio de los monjes cartujos lo hallamos ya en la cartuja de Jerez de la Frontera (Cádiz) en donde los monjes encargaron a Zurbarán, exactamente un siglo después, en 1638 que les representara al «Beato Houtón» (como castellanamente se le conocía) entre una galería de ocho santos monjes cartujanos de todos los países. El «pintor de los frailes», como admirativamente fue conocido el extremeño Zurbarán, pintó esa galería de santos monjes como un conjunto que habría de adornar un largo pasillo que conducía al sagrario de la Cartuja. Por este pasillo sólo cabía una persona, por lo que estos santos y beatos eran una compañía celestial que anticipaba el lugar sagrado al que se iba a acceder. El efecto de «corte acompañante» está subrayado por su tamaño cercano al natural y por el realismo con que Zurbarán consiguió pintar a cada uno de ellos, individualizados como si fueran auténticos retratos En el de San Juan Houghton encontramos los signos

de su martirio (horca y descuartizamiento); al cuello lleva una cuerda cortada y sostiene en su mano su propio corazón a modo de ofrenda que entrega a Dios a quien mira apasionadamente. Viste un purísimo hábito blanco lleno de sombras y gamas blancas y grises que confieren variedad a la casi bicromía del lienzo. La blanca figura destaca con efectismo sobre un fondo muy oscuro de paisaje crepuscular. Este bellísimo retrato, lleno de piedad mística y sobrenatural, explica, como ninguno, cómo supieron los cartujos y el pintor captar la vida y el martirio de aquel defensor de la fe al que las circunstancias le hicieron adalid de sus hermanos en religión. (El cuadro puede verse hoy en el museo provincial de Cádiz).

La biografía de Juan Houghton, como la de sus otros cuatro compañeros, es breve, porque hay que tener presente que, como sucede en muchos casos martiriales, la historia antecedente de los mártires queda oscurecida y como olvidada ante la luz esplendorosa de su última aventura testimonial de su fe en Cristo.

Juan Houghton nació en Essex en 1487, de una buena familia que pudo enviarlo a realizar estudios universitarios en Cambridge, que por aquel entonces tenía como Canciller a Juan Fisher. El joven estudiante después de obtener los grados académicos en ambos derechos, el civil y el canónico, supo que sus padres le tenían apalabrado un buen matrimonio, sin embargo, él ya hacía tiempo que experimentaba la llamada de Dios al sacerdocio y, tras consultarlo con un amigo sacerdote al que encargó que mediase ante su familia, optó por ordenarse como presbítero.

Desempeñó fielmente su cargo pastoral durante cuatro años, pero a los veintiocho años entró en la cartuja muy cerca de Londres llamada *Domus salutationis Beatae Mariae Virginis*. Se recuerda de él que fue un novicio y un joven profeso modelo de humildad, obediencia y amor a la austeridad cartujana. Pasó por varios cargos comunitarios hasta que fue nombrado prior de la Cartuja de Londres, siendo, además, elegido por la orden como co-visitador de la región inglesa. Mostró en estos cargos una de sus más estimables cualidades, el de una paciencia más que heroica teniendo que soportar en silencio actitudes rebeldes o incluso golpes dados por un súbdito violento; además, su celo se mostraba celebrando el culto divino de una manera sobresalien-

te y edificante, especialmente la Eucaristía, que siempre celebraba con mucho fervor. A su vida podría aplicársele lo que escribe San Ambrosio en el libro sobre la virginidad: «La virginidad merece nuestros elogios no porque la encontramos entre los mártires sino porque ella hace mártires».

Una persecución martirial en la católica Inglaterra de principios del siglo XVI parecía algo imposible y, sin embargo, no iba precisamente a tardar mucho en aparecer. Fue el fruto maligno de unos deseos dinásticos obsesivos. Enrique VIII no pudiendo tener descendencia masculina de su esposa la reina Catalina de Aragón, empezó a buscar en otra parte y desear consecuentemente la anulación de su matrimonio. No pudiendo obtenerla del Papa, obligó al Parlamento inglés a votar una ley por la que se declaraba la independencia de Inglaterra del poder y la jurisdicción espiritual del papado romano y le otorgaba al rey dicho poder para constituir así una Iglesia inglesa independiente. Consumado el cisma, vino todo lo demás: el repudio de Catalina y de su hija María, y el casamiento del rey con Ana Bolena.

La obsesión real de hacer comulgar a todos con sus principios y consecuencias contra la fe y la unidad de la Iglesia acababa de empezar. Una secuela de trágicos desmoronamientos de la fe (especialmente entre la mayoría de los obispos) por una parte y de injustos juicios y ejecuciones, por otra, iba a ser su fruto sangriento y la fracción de la unidad de la Iglesia.

Por lo que atañe al martirio de los cartujos, diremos que, aunque en los primeros momentos no fueron molestados, ya en 1534 los comisarios del rey se presentaron en la cartuja de Londres exigiendo a los monjes que jurasen y aceptasen las nuevas disposiciones reales sobre la sucesión al trono. El prior quiso salir al paso y soslayar la cuestión diciendo a los enviados que ellos eran unos sencillos religiosos y que no tenían ningún deseo de inmiscuirse en los asuntos regios. No le valió la argucia y aunque el proceso posterior fue largo y complejo diremos en resumen que, ante su negativa a inmiscuirse en lo que él llamaba «asuntos reales», fueron declarados todos prisioneros y reos de muerte. Ante tal situación el prior dijo que estaban dispuestos a firmar o jurar las actas presentadas, en la medida que éstas no

estuvieran en contradicción con las leyes divinas y humanas justas. Y así lo hicieron.

En 1535 se votó en el Parlamento la supremacía del rey sobre la Iglesia de Inglaterra, declarando al mismo tiempo reo de alta traición al que no la aceptase. Juan, como prior, reunió a la comunidad para darles a conocer las nuevas disposiciones y los monjes declararon que estaban dispuestos a continuar en su fe católica hasta la muerte. A los pocos días la divina providencia hizo coincidir en la cartuja de Londres a otros dos priores cartujos venidos para tratar asuntos de sus monasterios respectivos y también pedir consejo ante la situación que a todos se presentaba.

Al parecer el propio rey se enteró de las excusas de los cartujos de Londres para no jurar la supremacía; arrebatado de ira quiso ejemplarizar en ellos su absoluta voluntad. Por su parte los tres priores intentaron por todos lo medios tender puentes de comprensión y buen entendimiento. Se determinaron a visitar a Tomás Cromwell, el nuevo Canciller que había sucedido a Moro, y solicitar de él un arreglo de frases en el juramento a fin de poderlo realizar sin detrimento de su fe católica. Por toda respuesta, Cromwell los hizo arrestar y llevarlos a la Torre; y así comenzó el conflicto. Trascurridos ocho días el propio Canciller vino a verlos y exigirles que jurasen las actas del Parlamento sobre la separación de la Iglesia de Inglaterra de Roma. Los priores insistieron en introducir una cláusula restrictiva que Cromwell rehusó. Entonces Juan en nombre de los demás dijo que «el temor de Dios no nos permite abandonar o contradecir la fe de la Iglesia católica».

El 29 de abril se celebró en el tribunal de Westminster un juicio para acusar a los tres cartujos del delito de rehusar cumplir las leyes del estado. Los acusados permanecieron firmes en sus puntos de vista. Pero cuando el jurado comenzó a deliberar el castigo que merecían no lograba ponerse de acuerdo. Al fin de la jornada, Cromwell se presentó furioso ante ellos exigiendo, bajo amenazas de castigarles a ellos mismos, si no pedían la pena de muerte para los acusados por el delito de alta traición o de lesa majestad. El martirio de los cartujos, protomártires del cisma inglés, abrió la puerta a toda una serie de sentencias que ensangrentaron Gran Bretaña durante más de un siglo y medio.

El martirio tuvo lugar el 4 de mayo y lo sufrieron, además de los tres priores cartujos, un religioso de la orden de Santa Brígida y un sacerdote secular a los que vamos a dedicar unas líneas. Comencemos por decir que los dos priores cartujos eran Roberto Lawrence, prior de Beauvale en el condado de Nottingham, y Agustín Webster, prior de Axholme en el condado de Lincoln.

A éstos se les añadió Ricardo Reynolds, religioso profeso desde hacía más de veinte años de la orden de Santa Brígida. Nacido en 1488, se graduó en la universidad de Cambridge. Ingresó en la Casa de Sión, convento fundado por los reyes de Suecia, y allí profesó como religioso en 1513. Los conventos de Santa Brígida tenían la peculiaridad de ser dúplices, es decir, formados por dos comunidades, una, la principal, de religiosas, y otra de varones, con una iglesia común. La dirección de las cosas materiales y terrenas pertenecía a la Superiora que lo gobernaba todo, siendo los varones tenidos sólo como capellanes de las monjas, consejeros, etc. Ricardo, hombre de vasto saber, se dedicó con celo al ministerio pastoral, siendo apreciado de todos por su santidad de vida; su saber era tal que el cardenal Pole dijo de él que «era el único monje inglés que conocía bien las tres lenguas eclesiásticas: el latín, el griego y el hebreo». Se desconoce el momento en el cual fue arrestado, pero el caso es que se le introdujo en la misma causa que los tres cartujos.

El quinto mártir es el sacerdote Juan Haile, sacerdote secular. Hombre de virtud probada, regía la parroquia de Isleworth desde 1521. Era de edad avanzada y al enterarse de todos los acontecimientos del reino y de las nuevas leyes no tuvo sino palabras de reconvención contra las actitudes del rey y del Parlamento que se atrevían a ir contra la fe, la libertad y la doctrina del Evangelio. El vicario que tenía, imprudentemente fue poniendo por escrito los comentarios del párroco y estas páginas llegaron a manos de la justicia, por lo que el párroco fue encerrado en la Torre de Londres en marzo de 1535 y pasó a engrosar el grupo de los cartujos y de Ricardo a los que la mal llamada justicia había elegido como los primeros en los que mostrar su rigor si no se hacía caso de su autoridad.

La acusación presentada contra los cinco arrestados el 28 de abril se reducía a esto: se negaban a reconocer en el rey al jefe

de la Iglesia de Inglaterra. El tribunal que los juzgaba no podía menos de reconocer que tal parecer no merecía ser castigado como delito de alta traición. Pero al fin ante las amenazas de Cromwell no tuvieron más remedio que firmar la condena aquel mismo día. No se ejecutó enseguida el ajusticiamiento sino que se dejó pasar unos días hasta el 4 de mayo. Entonces los condenados fueron llevados desde la Torre a la plaza de Tyburn. Se sabe que Tomás Moro, ya preso en la Torre, los vio partir y que comentó con su hija el buen semblante sereno y alegre que todos llevaban. Mostraron siempre un ánimo tranquilo y decidido. El prior Houghton declaró que él iba a sufrir la muerte porque lo que se le pedía era contrario a su fe y a su conciencia. Lawrence mostró la misma firmeza cuando se le ofrecía el perdón a cambio de prestar el juramento. De Reynolds se conocen las palabras que pronunció ante el tribunal cuando le dijeron que muchos hombres ilustres, príncipes, nobles y obispos habían jurado: «Muchos son, pero pocos si consideráis los muchos que yo tengo conmigo, que son todos los pueblos cristianos fieles a Roma». Parecidos sentimientos expresaron el resto de los confesores de la fe, por lo que al fin todos fueron ejecutados según las bárbaras costumbres medievales de aquellas salvajes y oscuras épocas, aunque no tan lejanas de las horrendas crueldades de las guerras del siglo XX.

Vallés, en su *Historia fundacional* de la Cartuja, describe, incluyendo la retórica del siglo XVII, la triste y verdadera realidad del espantoso martirio:

> «Así que sacaron de la Torre a los tres venerables Priores, los pusieron en unas camas de mimbres broncos y mal tejidos a modo de cestos, y atados por los pies, y amarrados con gruesas cadenas con las caras al cielo, trabaron los cestos fuertemente a las colas de los caballos indomitos y furiosos, para que de esta suerte fueran sus cuerpos mas atormentados Estaba distante de la ciudad de Londres el lugar del suplicio tres millas, y *no* les llevaron por calles llanas, ni por caminos amenos, sino por montañas y ásperos riscos por donde encontraron muchos charcos y pantanos de aguas corrompidas y hediondas, mas ellos iban muy contentos, cantando salmos e himnos en alabanza de su Señor y Criador Mandaron subir primero a Juan Houghton, prior de Londres, al puesto señalado para aquel sacrificio de inocentes, y aunque venian tan maltratados y aporreados, subió con grande valor la escalera Compasivo el pueblo le persuadia con muchas voces que diera obediencia al

Rey para librarse de aquel trance. amaba mucho al padre prior todo Londres Respondioles el mártir muy constante "Yo llamo a Dios por testigo, que vosotros algún día me tendréis mucha envidia y será cuando nos veamos juntos donde es infalible y no puede faltar Y os lo aseguro, que sólo siento no tener mil vidas para ofrecerlas por quien con mucho gusto doy esta, y muy de antemano por mi y vosotros la dio gustosísimamente en el leño de la cruz. ¡Oh desdichados de vosotros que apartandoos de la carrera de la verdad os separáis de la santa Iglesia católica romana, y dejando el camino real tomáis una senda que os lleva al precipicio y os encamina a las llamas del infierno, que no tienen remedio y han de durar una eternidad! ¡Oh desdichados de vosotros!" Lloraban muchos de los que miraban este espectáculo, otros lo atribuían a desesperación Y el verdugo haciendo su oficio ("habiéndole antes el prior abrazado con mucha ternura"), echando el lazo lo despidió de la escalera y cortó la cuerda, para que cayendo de lo alto el cuerpo padeciera mas Y los que estaban abajo oyeron que pronuncio muchas veces, incluso mientras le abrían el pecho para arrancarle el corazon· Jesús, mi buen Jesús, y el salmo *In te Domine speravi,* y de allí lo llevaron arrastrando Los otros dos priores pasaron por lo mismo que acababa de ejecutarse en el prior de Londres

Al instante que caían los santos cuerpos de la horca, no apartada aun el alma, medio vivos, los arrastraban y luego los abrían los pechos y los sacaban el corazón, y les cortaban consecutivamente la cabeza y las manos y todas las demás partes del cuerpo haciéndolas pedazos Tenían prevenida mucha lumbre, con cantidad de calderas, y al paso que el verdugo iba cortando las echaba en ellas, y al primer hervor las sacaba, y quedando los cuerpos truncados, las repartían por las plazas y puestos mas principales de la ciudad y lugares mas publicos y señalados para que el pueblo las viera. Quedo aquel campo bañado con la pura sangre de los tres priores martires tan hermoso como fertilisimo de todo género de frutos, pues refieren los curiosos que después acá nace en él una diferencia de flores de extravagante fragancia, y que no se sabe que antes de este suceso las hubiera en aquel sitio, habiendo querido el cielo con esta demostración que permaneciera eterna la memoria del tesoro con que fue enriquecido»

Ya hemos comentado que un siglo después la fama de santidad martirial hacía que, sobre todo entre los cartujos, se le tuviese por «venerable» e incluso por «beato». Eran unas expresiones de fe que antecedían al decreto de la Iglesia, algunos años antes de las restricciones canónicas impuestas por un decreto sobre el culto de los santos por el papa Urbano VIII. Realizar un proceso de beatificación era casi imposible en aquellos momentos de la historia política religiosa de la Iglesia. Así, aun-

que los procesos dieron comienzo a finales del mismo siglo XVI bajo Gregorio XIII, su continuidad e impulso no se agilizó hasta que, restaurada la jerarquía católica en Gran Bretaña, se pudo culminar en el decreto de beatificación de León XIII en 1886. Y casi un siglo más tarde, en 1970 pudo finalmente el papa Pablo VI canonizar a San Juan Houghton y sus compañeros en unión de otros treinta y cinco mártires ingleses que, a causa de la misma persecución y sus consecuencias políticas y religiosas, dieron testimonio de su amor a Cristo y a la unidad de la Iglesia.

Pablo VI en el día de la canonización cerraba así su homilía:

> «Que la sangre de estos martires pueda restañar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios con la separación de la Iglesia Anglica na de la Iglesia Catolica»

Y después de desear que de nuevo se llegue a la unidad, finalizaba:

> «Quizas deberemos esperar todavia y vigilar para merecer aquel dia feliz, pero ya en esta esperanza nos conforta la amistad celestial de los cuarenta Martires Ingleses, hoy canonizados Amen»

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , V Mai (Paris 1947) 96 100

CROISSLT, J , SJ, *Ano cristiano o ejercicios devotos para todos los dias del año* V *Mayo* (Barce lona 1862 1863) 32 44

MOTTIRONI, en *Bibliotheca sanctorum,* t III, cols 1140 1142

JUAN MARTÍN MOYE

Presbitero y fundador († 1793)

Tengamos en cuenta varios detalles importantes: Juan Martín era un sacerdote diocesano, un cura de pueblo, un tipo como el cura de Ars; se marchó a las misiones de China, donde «las pasó negras»; vivió en Francia durante la revolución francesa. Con estos tres detalles, ya podemos empezar.

Todo comenzó en el norte de Francia. Juan Martín nació en un pueblecito cercano a Metz, al norte de París, que se llama Cuting. Fue el 27 de enero de 1730. Sus padres se llamaban

Juan y Margarita. Tuvieron 13 hijos, Juan Martín era el sexto de la lista.

El hermano mayor se llamaba Juan Santiago. Se hizo seminarista y recibió las órdenes menores. Pero cayó enfermo y tuvo que regresar a casa. Estando allí, aprovechó el tiempo para enseñar latín a nuestro amigo Juan Martín, y esto hizo que este chaval se fuera aficionando a las cosas de la Iglesia. El enfermo murió en 1744, sin recibir el subdiaconado.

La muerte del hermano mayor tuvo tal influencia en el alma de nuestro amigo, que ese mismo año fue a la universidad de los jesuitas con la idea de hacerse religioso. Allí estuvo dos años. Más tarde ingresó en el colegio de los jesuitas de Estrasburgo para estudiar filosofía. Y dos años después pidió la entrada en el seminario de Metz, para estudiar teología. El 9 de marzo de 1754, con 24 años, se hizo sacerdote. Su pasión estaba puesta en la Eucaristía. Amaba las mortificaciones y era ferviente aficionado de la dirección espiritual.

Después de ordenarse sacerdote le enviaron a la parroquia de San Víctor de Metz. Allí empezo la gran obra de las Hermanas de la Providencia. Durante mucho tiempo había soñado con enviar chicas por los pueblos para que sirvieran de fermento evangelizador. La empresa era muy arriesgada.

Uno de sus biógrafos nos cuenta de esta forma los primeros comienzos de la fundación.

> «Cuando yo estaba en Metz, como coadjutor de la parroquia de San Victor, comencé a formar el proyecto de enviar jovenes al campo y sobre todo a las aldeas mas abandonadas, para enseñar a las niñas y a otras personas que necesitaban instrucción Como este pensamiento no me abandonaba, llegue a creer que venia de Dios
>
> Sin embargo, para obrar segun las reglas de la prudencia, quise consultar a los superiores y no fue sino ocho años despues (1762 o 1763) cuando propuse mi proyecto al P Bertin, vicario general de la diocesis de Metz Bertin rechazo el proyecto como impracticable, luego, reflexionando, me dijo en terminos textua les "Las grandes cosas tienen pequeños comienzos, comenzad por poco"
>
> Tan pronto como tuve su consentimiento, envie tres o cuatro jovenes a Vigy-Béfey A tres o cuatro leguas de Metz Las envie sin darles ningun dinero, asi como Nuestro Señor habia enviado a los apostoles, exhortandolas a poner su confianza en Dios y a abando-

narse enteramente a la divina providencia Ellas se dirigieron a su lugar de destino al dia siguiente, o al menos pocos dias despues

Todo Metz se entero de esta partida Cada uno hablaba de ello a su manera Se decia que era una locura ¿Cómo viviran? Moriran de hambre»

Así pues, la primera escuela se abrió en Vigy y fue confiada a los cuidados de Margarita Lecomte, siendo ella la primera hermana del Instituto.

Estas palabras «primera escuela» tal vez evoquen la imagen de un salón recién pintado, pobre, sí, pero capaz de albergar a los niños. Se supondrá también que habría una pieza para la hermana que dirigía esa escuela, pero nada de esto había en Vigy.

El 14 de enero de 1762, el Beato, acompañado de su fiel amigo Jobal, recién ordenado sacerdote, se dirigió a la aldea para emprender una serie de entrevistas con el fin de sondear las opiniones. Después, el padre Jobal «cantó misa» para invocar el auxilio del Espíritu Santo, y a continuación, el Beato habló al pueblo para exponerle la necesidad y la importancia de la educación cristiana de los niños.

Todo parecía perdido irremediablemente, cuando una pobre mujer salvó esta iniciativa de una deplorable ruina, pidiendo como un favor que la dejaran alojar a la religiosa. Sor Margarita aceptó agradecida y la apertura de la escuela fue aprobada con gran satisfacción de todos.

Pero no eran éstas todas las penas que debía pasar la religiosa. El alojamiento que se le ofrecía no era sino un pequeño cuarto donde vivía la valiente mujer, con su marido y sus hijos. Pero, ¿era ésta una situación decente para una religiosa? Alegando pues la pena de acrecentar las molestias a esta pobre familia, Sor Margarita se puso a buscar un albergue.

Por fin lo encontró en un abandonado corral de cerdos y allí se instaló mal o bien, no teniendo otro mobiliario que un poco de paja y un cobertor viejo. Pero tal situación no debió asustar a esta alma generosa, muy digna de haber sido la primera obrera del nuevo edificio, sino que, por el contrario, permanecería allí donde Dios quiso albergarla, fiel a la consigna, como un soldado de la vanguardia y muy dichosa de poder sacrificarse de tal modo al servicio de las almas.

Más tarde, la espantosa pocilga será reemplazada por una «casa» construida *ex profeso* por la hermana: una cabaña de lodo y madera, nuevo símbolo de todas las pobrezas voluntariamente aceptadas.

Para cocinar y calentar en invierno la pieza donde reunía a los niños, Sor Margarita no tenía sino la leña que iba a juntar en los bosques vecinos y no comía otra cosa que las pobres legumbres de un pedacito de tierra anexo a la escuela que ella misma cultivaba. El pan se lo daba cada semana una persona caritativa, pero ella debía ir a traerlo como una pordiosera que recibe una limosna regularmente otorgada.

El corazón de un apóstol no se sacia de ninguna manera. Cuando ya tenía más o menos implantada su obra en Francia, a Juan Martín Moye se le ocurrió la idea de trabajar en China. Ser misionero. Después de muchas vueltas, indecisiones y dudas, llegó a su destino misionero el 5 de marzo de 1773. Tenía 43 años. Para trabajar con eficacia en China fundó la misma congregación de señoritas que había implantado en Francia. Lo cuenta él mismo a sus amigos:

> «Lo que había sucedido en Europa sucedió en China El señor Obispo de Agathopolis había dado en un principio su plena aprobacion al proyecto, y me había pedido jóvenes formadas por mi mano para colocarlas en los distritos que él visitaba Pero despues de algún tiempo, recibió de un sacerdote, que tenía mucho ascendiente sobre él, tan malas impresiones contra este establecimiento, que estuvo a punto de aniquilarlo
>
> Ese sacerdote daba a entender que estas escuelas tendrían consecuencias funestas, como el es pródigo en razonamientos, acumulo razón sobre razón para probar a su Excelencia que estarían sujetas a mil inconvenientes, más imaginarios que reales, como lo ha hecho ver el resultado Durante ese tiempo, yo me acordaba de lo que había sucedido en Europa; también era necesaria esta prueba en China para consolidar la obra, era para mí una viva seguridad de su resultado futuro
>
> La primera maestra china sufrió enormes humillaciones y contradicciones. Fue muy mal recibida en el lugar adonde habia sido enviada, al principio, nadie quería recibirla ni alimentarla. Algunos cristianos de este lugar me aseguraron que estuvo tres dias sin comer Ella no dijo nada de esto y no se le escapo una sola palabra de queja con respecto a los malévolos comentarios que habían hecho a costa suya. Hasta los cristianos la despreciaban, diciendo que sabian mas que ella, etc Sufria todo en silencio. Dios, después de ha-

berla probado así, se sirvió de ella para formar las primeras escuelas y a las primeras maestras. Casi todas sus alumnas eran mayores que ella, y, sin embargo, tenía una autoridad que no podía venir sino de Dios

Que esto sea una lección para las Hermanas que son mal recibidas en sus parroquias, despreciadas o criticadas. Que imiten a su digna Hermana de la China, muerta en olor de santidad a juicio del mismo sacerdote tan opuesto al principio al establecimiento y que la hizo sufrir enormemente Él vino a hacerle mil preguntas capciosas, a interrogarla sobre la doctrina, etc, a fin de encontrar de qué acusarla. Ella respondió a todo con modestia y con tanta sabiduría que él no tuvo la menor cosa que reprender. En semejantes casos, las Hermanas deben humillarse, callar y rezar con mucha caridad por sus opositores Si éstos son eclesiásticos, que respeten en ellos la persona de Jesucristo cuyo caracter llevan Cualesquiera que sean sus enemigos, no podrán hacerles daño si tienen a Jesús por amigo».

Cuando escribe a sus amigos de Francia, les dice así:

«Vi esta mañana muchachas, como también muchachos y hombres, que arrastraban un carro como pobres animales He visto también esclavos enfermos, desnudos y acostados en el suelo, uno de ellos, más grave que los otros, estaba tendido en una tabla y tenía por almohada un pedazo de madera del ancho de la mano. El alimento de esta pobre gente es tan miserable y escaso, que moriría de hambre el que tuviera que contentarse con eso en Europa

En cuanto a religión, es peor todavía, están en la más crasa ignorancia La mayor parte no está bautizada y no saben hacer la señal de la cruz, ni ninguna oración. Muchos mueren así, como animales

Después de ver eso, quejémonos, vosotras y yo. No hay aquí sino dos sacerdotes para veinte mil almas; se da catecismo todos los días, pero estos infortunados no pueden asistir a él. He hablado a muchos al pasar, pero apenas entienden el francés. Sin embargo, me ha edificado ver cómo atienden. Aunque van cargados con un fardo, se detienen cuando se les habla y hacen una especie de genuflexión para agradecer. Manifiestan gran deseo de instruirse y de hacerse cristianos.

Un día entré en una casa donde no había nada, ni camas ni muebles. El hombre y su mujer son cristianos, pero incapaces de instruir a sus hijos, que no saben ninguna oración. Sin embargo, los hicieron ponerse de rodillas delante de mí y juntar las manos ¡Ah! ¡Qué no harían estas pobres almas fieles, si tuviesen la centésima parte de las instrucciones y de los medios de salvación que tenéis vosotras allá! ¡Pidamos a Dios que les conceda una parte de esas gracias y luces de las que abusamos tanto!

Hemos recorrido cuatro o cinco mil leguas, y vamos a Cochinchina cuya entrada está siempre cerrada a los misioneros. ¿Qué será de nosotros? Lo que Dios quiera; estamos en sus manos. Él es nuestro sostén, nuestra esperanza en medio de las dudas, inquietudes, temores y penas interiores que experimentamos. Somos como peregrinos en la tierra, errantes de mar en mar, de país en país. ¡Con tal que lleguemos a la patria celestial!

Bien podéis imaginaros que, en semejante situación, uno no esté apegado al mundo y se desee la muerte, antes que temerla. El recuerdo de la Pasión me sostiene. Estoy consumido por penas interiores que uno siempre a la agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos. No tenemos nada que esperar de parte de los hombres, excepto desprecios y persecuciones: esto no nos faltará».

Estuvo en China como misionero durante diez años.

Volvió a Francia y le tocó vivir la revolución jacobina y el terror. Por esa razón, tuvo que marchar a Italia y luego a Alemania, a Tréveris, donde murió a los 63 años, el 4 de mayo de 1793. Cuatro años antes había estallado la revolución de las libertades, las fraternidades y las guillotinas. Fue beatificado por Pío XII el 21 de noviembre de 1954.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 47 (1955) 33-39.
Bibliotheca sanctorum, t.IX, cols.660-665.
KERNEL, M.ª A., *Un proyecto de vida* (Medellín 1982).
MOYE, J. M., *Directorio de las Hermanas de la Providencia* (París 1874).
PIETROMARCHI, E., OSB, *Beato Juan Martín Moye. Misionero apostólico* (México 1962).
PLUS, R., *Juan Martín Moye. Fundador de las Hermanas de la Providencia* (Idiazábal, Guipúzcoa 1992).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS AGAPIO Y SECUNDINO Y COMPAÑEROS

Mártires († 258/259)

Del martirio de estos santos se conservan las Actas, que Ruinart y los entendidos califican de obviamente sinceras, garantizando su historicidad y veracidad. En realidad se trata de la narración del martirio efectuada por un testigo de vista, unido a los mártires por la fe común y el afecto y que, aunque no murió

mártir, compartió con ellos la cárcel. Los protagonistas de este triunfo martirial son Agapio y Secundino, obispos, Santiago, diácono, Mariano, lector, Emiliano, militar, y Tértula y Antonia, vírgenes, junto con una cristiana anonima y sus dos hijos.

El martirio tiene por escenario sucesivo las ciudades de Cirta y de Lambesis, ambas en la Numidia, esta última capital de la provincia, donde residía el legado imperial C. Macrinio Daciano. El martirio es consecuencia del decreto persecutorio de Valeriano. Debió tener lugar en 258/259.

Estaban de viaje el diácono Santiago, el lector Mariano y el escritor anónimo de la narración. Atravesaban Numidia y llegaron a Muguas, un lugar próximo a la colonia de Cirta. A esta ciudad fueron llamados del destierro para comparecer ante el magistrado y ser ejecutados si se negaban a apostatar los obispos Agapio y Secundino, y al pasar por Muguas aceptaron la hospitalidad de Santiago y sus compañeros y los dejaron edificados de su valor y constancia. Dos días más tarde de su marcha, todo un escuadrón armado se presentó en la casa de campo en que se hospedaban y detuvo al escritor y luego a otro cristiano cuyo nombre se ignora, y como Santiago y Mariano los exhortaban a perseverar, también ellos fueron detenidos como cristianos y llevados a Cirta. Mariano, por declararse solamente lector, lo que en realidad era, fue atormentado bárbaramente para que apostatara, sin que se lograra su apostasía. Seguidamente fue devuelto a la cárcel donde estaban los demás. Entre ellos estaba Emiliano, perteneciente al orden ecuestre, que tenía ya cincuenta años y guardaba continencia, dedicándose en la cárcel a la oración y al ayuno. Cada uno de estos mártires tuvo un sueño en que se les anunciaba el martirio y se les invitaba a la perseverancia.

Pasados unos días los sacaron de la cárcel y, al salir, a uno de los asistentes se le preguntó si era cristiano y habiendo confesado la fe fue unido al número de los mártires. Todos entonces fueron llevados a Lambesis donde residía el legado y donde, tras repetir su confesión, fueron metidos en la cárcel. Pocos días después un número importante de cristianos fueron sacrificados a espada y entre ellos nuestros mártires. Los obispos Agapio y Secundino habían sido ejecutados en Cirta, y con

Agapio sus dos ahijadas, Tértula y Antonia, que eran dos jovencitas. Unos días antes que estos mártires y tras haber estado en la cárcel con ellos fue ejecutada una cristiana anónima con sus dos hijos gemelos.

BEATO LADISLAO DE GIELNOW

Presbítero († 1505)

Llamado también Ladislao de Varsovia, su nombre de pila era Juan y nació en Gielnow en 1440. Hizo los estudios en la Universidad de Cracovia donde tuvo a San Juan Cancio como condiscípulo.

No terminados aún los estudios se decidió por la vida religiosa y entró en el convento de franciscanos observantes de Varsovia, haciendo la profesión religiosa el 1 de agosto de 1457. Oportunamente recibió más tarde las sagradas órdenes. Sirvió con lealtad a su Orden y se mostró siempre partidario de seguir en la línea reformada de San Juan de Capistrano. Fue elegido provincial varias veces y como tal quiso visitar uno por uno todos los conventos de su provincia, insistiendo en la observancia y regularidad que debía reinar en ellos. Insistió en revisar con este fin las Constituciones y logró que su texto fuera aprobado en el capítulo general de la Orden, celebrado en Urbino en 1498.

Para la más completa evangelización de Lituania eligió un grupo de religiosos a los que les hizo ver que la mejor manera de predicar es el ejemplo, que siempre debe preceder a la palabra.

Él, por su parte, sobresalió como predicador, lo que pudo hacer con gran asiduidad el tiempo que estuvo de guardián en el convento de Varsovia, siendo tema favorito de su predicación la pasión del Señor. Era poeta y escribió por ello numerosas poesías e himnos, y también otras obras religiosas. Era notable su vida de oración y el Señor permitió que fuera acompañada de fenómenos místicos como la levitación a la vista de todos.

Lleno de méritos murió en Varsovia el 4 de mayo de 1505. Su culto fue confirmado el 11 de febrero de 1750.

5 de mayo

A) Martirologio

1 En Auxerre, San Jovinıano (s. III), lector y mártir.
2. En Alejandría de Egipto, San Eutimio († 305), diácono y mártir.
3. La conmemoración de San Máximo († 350), obispo de Jerusalén.
4. En Trier (Galia Bélgica), San Britón († 386), obispo.
5. En Arlés (Provenza), San Hilario († 449), obispo **.
6. En Vienne (Galia Lugdunense), San Nicecio (s. V), obispo
7 En Milán (Liguria), San Geroncio († 472), obispo
8. En Marchiennes (Galia Bélgica), San Mauronto († 702), abad.
9 En Limoges (Aquitania), San Sacerdote (s. VIII), obispo.
10. En Hildesheim (Sajonia), San Godeardo († 1038), obispo *.
11 En Vençay, junto a Tours, San Avertino († 1189), diácono *
12. En Licata, Sicilia, San Ángel († 1255), presbítero, de la Orden Carmelita, mártir *.
13. En Recanati del Piceno (Italia), Beato Bienvenido Mareni († 1289), religioso franciscano.
14 En Nápoles (Campania), Beato Nunzio Sulprizio († 1836), joven seglar **.
15. En Somasca, junto a Bérgamo, Beata Catalina Cittadini († 1857), virgen, fundadora del Instituto de las Hermanas Ursulinas de Somasca **.
16 En Dresde, Alemania, Beato Gregorio Frackowiak († 1943), religioso de la Congregación del Verbo Divino, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN HILARIO DE ARLÉS
Obispo († 449)

San Hilario, obispo de Arlés, nació hacia el año 400 en los confines de Borgoña y Lorena. Sus padres, de la más rancia nobleza romana, buscaron para él una educación esmerada. A ruego de su deudo Honorato, que había fundado en la isla de Lérins un monasterio, ingresó en él bajo su dirección y consejo directo. Acertado magisterio de quien luego sería santo. La respuesta dada por el joven Hilario cautivó la admiración de todos los monjes. El propio Honorato, nombrado obispo de Arlés el año 426, en plena juventud, se lo llevó consigo a su sede como consejero y auxiliar.

Quiso la Providencia llamar muy pronto a su lado a San Honorato cuando apenas habían pasado dos años desde su nombramiento episcopal. Un suceso que conmovió al joven secretario hasta el punto de volver a su retiro monástico, marchando sin que nadie se diera cuenta de su partida. Pero una vez más el pueblo, que en muchas ocasiones se convierte en voz y voluntad de Dios, fue inmediatamente en busca de Hilario y lo nombró sucesor en el episcopado.

Asentado en la sede episcopal, su contextura monacal no le abandonaba y muy pronto quiso intimar en su clero el mismo espíritu que anidaba dentro de su persona. Fundó una especie de seminario o congregación de sacerdotes, los cuales pasaban las horas totales del día dedicados a la oración, el estudio y los trabajos manuales. A la postre su propósito era organizar también la vida monástica, vitalizando los monasterios ya existentes y creando otros nuevos.

Se dice que él mismo trabajaba con sus propias manos, cultivaba los campos y trenzaba redes y esterillas.

Mas no por esto el obispo, que es pastor de todos y de amplias tierras, descuidó el compromiso de viajar por todos los rincones de su diócesis para predicar a sus ovejas, destilando una espiritualidad que se palpaba en el sacrificio y austeridad de cualquiera de sus visitas. No pocas veces andaba descalzo, se cubría solamente con una vieja túnica y debajo de ella se traducía un áspero cilicio de dura mortificación. Y aunque era pobre, de su pobreza daba cuanto podía hasta el punto de que se dice que en cierta ocasión, cuando no le quedaba otra cosa, al acercarse un mendigo el día de Pascua, para socorrerlo vendió los ornamentos y el propio cáliz de celebrar misa.

Tan austero ejemplo e incansable apostolado le crearon en algunas ocasiones no pocas incomprensiones, incluso entre algunos obispos vecinos. No faltaron hasta las persecuciones.

La condición de metropolitano de Arlés, le daba autoridad sobre otros obispos sufragáneos, lo que le facilitó reunir varias asambleas y concilios, como el de Riez en 439 contra el laico Armentario, elevado a la sede episcopal de Embrún y ordenado por dos obispos solamente sin su participación. En el de Orleáns a fines del 441, presidido por el propio Hilario, asistie-

ron 16 obispos. Al año siguiente en Besançon, en otro concilio, se desarrolló otro episodio confuso contra Celedonio, el obispo titular de la ciudad, por una supuesta irregularidad contra el obispo. Llegó a intervenir el mismo papa San León de Roma zanjando la cuestión, con una sentencia contraria a los pareceres de Hilario.

A partir de este suceso, los enemigos arreciaron contra Hilario, hasta el punto de que el papa San León le llegó a desposeer del título de metropolitano sobre la provincia de Vienne. Con todo, la prevalencia de los derechos de los obispos de Arlés siguió adelante e Hilario dio ejemplo excepcional aceptando con toda humildad las consignas de Roma, incluso enviando legados al Papa para significar su más completa sumisión al papado.

Una serie de dolorosas situaciones produjeron en su cuerpo, ya muy vencido por las ásperas penitencias, una merma total de su salud, hasta el punto de que le llegó una muerte prematura el día 4 de mayo del 449. No había cumplido los cincuenta años.

Su amplia capacidad de trabajo y su responsabilidad de hombre de Dios le llevaron también a escribir una serie importante de obras, marcadas todas por su impronta apostólica.

Su primera biografía menciona estos textos:

— *Vita S. Honorati.* Panegírico escrito con motivo del primer aniversario de su muerte. Obra elegante que significa la talla humanística del joven Hilario y donde se aprecian interesantes pruebas a favor de la comunión de los santos.

— *Homilías para todas las festividades del año.*

— *Exposición del símbolo.*

— *Cartas,* en gran número

— *Poesías.*

Al lado de estas obras ciertas se le han venido atribuyendo, sin fundamento alguno, otras de dudoso rigor histórico y fundamentada ortodoxia, hoy totalmente rechazadas.

El juicio que ha merecido su persona lo encontramos condensado en unas breves líneas de un medio de comunicación actual, al alcance de todos los curiosos:

> «Hombre de letras, de palabra facil y brillante, con el éxito asegurado por su talento, no se rindio sin lucha a la vida de renuncias y de sacrificio que le proponia abrazar su pariente san Honorato, el

abad de Lérins [...] Fue un obispo memorable, que solía recorrer su diócesis, aunque nevase, que predicaba horas y horas a sabios e ignorantes, queriendo que todos compartiesen el tesoro de su fe, y que era compasivo y tierno con los pecadores, y duro hasta la denuncia pública y arriesgada con los grandes personajes. Excesivo también, según las normas de lo que hoy se llama circunspección, era su amor a los pobres, y para poder hacer más limosnas vendió hasta los vasos sagrados».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

http://sagradafamilia.devigo.net/santoral/mayo/5mayo.htm
Diccionario Espasa. Tomo letra H, p.1599
«Hilario de Arles», en A. DI BERARDINO (ed.), *Patrología.* III: *La edad de oro de la literatura patrística latina* (Madrid 2001) 612 613.

BEATO NUNZIO SULPRIZIO

Seglar († 1836)

En este humilde y sencillo joven italiano de principios del siglo XIX, se cumplen en plenitud las palabras del Apóstol: «La fuerza de Dios actúa en la debilidad» (2 Cor 12,9). Huérfano, en un entorno familiar desgraciado y hostil, con el solo apoyo de unas personas caritativas y profundamente cristianas, con una santidad oculta pero apreciada por cuantos lo rodearon en su adolescencia y en el despertar de su juventud, su vida fue breve pero la perfección alcanzada parece haber llenado largos años (cf. Sab 4,13). En pleno Concilio Vaticano II, resplandeció ante los Padres como ejemplo de modelo de jóvenes y obreros, de santidad admirable precisamente por su sencillez y candor, por la humildad encantadora de una vida corta en días, consumida en la enfermedad sobrellevada como seguimiento de la cruz de Cristo y en el testimonio cotidiano de las virtudes que conforman la verdadera heroicidad de los discípulos del Señor.

Hijo de Domingo Sulprizio y de Dominga Rosa Luciani, nació la *dominica in albis,* 13 de abril de 1817, y el mismo día fue consepultado con Cristo en el bautismo y con él resucitó a la vida nueva, que conservaría intacta hasta su prematuro y feliz tránsito. En honor del misterio de la anunciación de Nuestra

Señora, los padres le impusieron el nombre de Nunzio. Tuvo su cuna en el pequeño pueblo de Pescosansonesco, diócesis de Penne-Pescara, en la región italiana de los Abruzzi. A los tres años recibió el sacramento de la confirmación. Hijo de padres humildes pero profundamente cristianos, empezó a crecer en la piedad en el mismo hogar, pero pronto le faltaron el padre y la madre; la abuela materna Ana Rosario, de profundas convicciones religiosas, tuvo que continuar la educación de Nunzio. La impronta de la piadosa abuela marcó singularmente el alma del pequeño y le sostuvo en el amargo camino que, tras la muerte de la ejemplar mujer, Nunzio tuvo que recorrer a partir de los nueve años: un camino de calvario, en soledad muchas veces y desprovisto casi siempre de apoyo familiar y humano, pues podemos afirmar que, por tercera vez, había quedado huérfano.

Tal orfandad no fue suplida ni afectiva ni humanamente por el tío Domingo Luciani, de profesión herrero, que en 1826 lo aceptó en su taller como aprendiz y criado. El violento artesano mortificó al sobrino huérfano imponiéndole el peso de un trabajo duro, superior a las fuerzas de un adolescente; lo trató con aspereza y hasta con crueldad. Le impidió seguir los cursos escolares que ya había iniciado, le escatimaba lo necesario para alimentarse y lo mínimo para subsistir. Nunzio tenía que hacer los encargos del taller transportando enseres de hierro por caminos de montaña, helados en invierno. El pequeño trabajador lo soportaba todo con talante alegre y paciente. En medio de sus tribulaciones, sentía la mano providente de Dios, su único padre. En la soledad de un lugar apartado, junto a un pozo en cuyas aguas lavaba sus pies doloridos, se dedicaba a la oración y al trato filial y confiado con Dios. Muy pronto sus piernas no pudieron aguantar tanta fatiga y la tibia izquierda empezó a corroérsele, por lo que tuvo que apoyarse en un cayado. Sus pies descalzos tenían que soportar las quemaduras producidas por las chispas que escupían los hierros candentes sobre el yunque. Al fin, el tío comprendió que su débil sobrino no le servía para nada en el taller y en 1831 lo ingresó en el hospital de San Salvador de L'Aquila, donde permaneció tres meses en que pudo gozar de una cierta paz y bienestar. Pero los médicos diagnostica-

ron que la enfermedad era incurable y lo despidieron. Tuvo que regresar a Pescosansonesco, donde ni la familia ni el propio tío le prestaron afable acogida. Nunzio entonces comprendió de veras que estaba llamado a compartir el misterio de la cruz de Cristo; poco le importaban sus sufrimientos con tal que pudiera salvar su alma.

De esta situación extrema de abandono y dolor vino a liberarle su tío paterno Francisco Sulprizio, que se lo llevó a Nápoles el 1832. En esta ciudad, lo recibió con amor de padre el coronel Félix Wochinger, hombre de corazón de oro, que procuró el ingreso del joven en el hospital de Santa María del Popolo, llamado vulgarmente de los Incurables, para enfermos pobres. Brilló en este centro asistencial la piedad, la paciencia, la caridad y la preocupación por la salvación del prójimo del santo enfermo. Día y noche elevaba su corazón al Padre en medio de sus dolores y soledad. En el hospital celebró su primera comunión y continuó con hambre espiritual y gozo intenso recibiendo el pan de la vida, se ejercitó en una sincera devoción filial a la Santísima Virgen. Acompañaba con cariño y consolaba afectuosamente a quienes compartían su misma suerte en el lecho del dolor. El pobre cojo recorría las camas de sus compañeros, hablaba a todos del amor del Padre, exhortaba a los pecadores a la penitencia, a todos prestaba los servicios, aún los más humildes e ínfimos, con afecto fraternal. Repartía entre sus compañeros los regalos que le proporcionaba su protector, el coronel Wochinger. No pretendía ya nada más que ser santo: se mortificaba por las faltas propias y los pecados ajenos, guardó siempre incontaminada la castidad; esparcía por doquier el buen olor de Cristo de tal forma que muchos de los que le trataban ya le llamaban «santo». En realidad, la aspiración a la santidad crecía en el corazón del siervo de Dios: escribió un reglamento de vida y lo observó puntualmente. Buscaba no caer ni en las más pequeñas imperfecciones.

La enfermedad se agravó y se recrudecieron los dolores, por lo que el bienaventurado enfermo fue llevado a la isla de Ischia para ver si encontraba alivio en las fuentes medicinales. Pero, al no avanzar en su estado de salud, otra vez fue ingresado en el hospital de los Incurables.

Más compadecido aún del estado miserable de Nunzio, pero admirando sobre todo la inocencia y el santo ejemplo de su pupilo enfermo, el coronel se lo llevó consigo al Castel Nuovo de Nápoles, antiguo palacio construido por los reyes de Aragón, y entonces cuartel y residencia de oficiales, para que el joven pudiera disfrutar de la bella vista del mar azul y fuera asimismo ejemplo para cuantos convivieran con él. Su salud mejoró ligeramente. Pasó nuevamente algunas temporadas en Ischia, durante las cuales empezó a sentir la vocación sacerdotal y aun la llamada a la vida religiosa, por lo que empezó a estudiar latín. Pero la gravedad de la dolencia volvió con acritud. En el Castel Nuovo pasaba largas horas de oración ante las imágenes del Niño Jesús y de Nuestra Señora. Los militares empezaron a llamarle con admiración el «santo niño cojo»; soportaba no obstante con humildad el desprecio de algunos servidores, lo que al fin le atrajo el cariño de todos.

Con una vida tan limpia, inmune de la suciedad del siglo, lleno de dones sobrenaturales, con su corazón ya en el cielo, hacia él se dirigía con toda decisión. La enfermedad avanzaba inexorablemente. Nunzio quedó inválido, no encontraba reposo en su dolor. Los médicos, en otoño de 1835, decidieron amputarle la pierna. Pero la debilidad extrema del paciente desaconsejó la operación quirúrgica.

El 5 de mayo de 1836, recién cumplidos los 19 años, después de haberse alimentado con el pan eucarístico como viático, acabó su peregrinación por la ciudad de la tierra para iniciar la vida eternamente feliz en la ciudad celestial. En el momento de expirar, exclamó: «¡Oh la bienaventurada Virgen María! ¡Mirad cuán bella es!». Y, afirma la bula de beatificación: «Aquel ángel voló hacia los ángeles».

Los funerales, muy concurridos, en la ciudad de Nápoles aclamaron con renovado fervor popular al «santo niño cojo». Sus despojos fueron depositados en la iglesia de Santa María Avvocata, donde se conserva el retrato que de él pintó Malderilli, a petición de Wochinger, durante los cinco días en que el cadáver fue expuesto y venerado. Era el principio de la fama de santidad que fue extendiéndose y afianzándose, lo que movió a las autoridades eclesiásticas a introducir el proceso hacia el reconocimiento oficial de la santidad de Nunzio.

Después de los procesos ordinarios y diocesanos, el Beato Pío IX en 1859 aceptó la causa en la curia romana. León XIII aprobó las virtudes heroicas del venerable Nunzio. El Beato Juan XXIII reconoció los dos milagros presentados para la beatificación en 1963. Pablo VI celebró la solemne beatificación de Nunzio Sulprizio en San Pedro del Vaticano, durante el Concilio Vaticano II, el domingo primero de Adviento, 1 de diciembre del mismo año 1963.

En la homilía de la misa, trazó un sugerente elogio del nuevo beato, joven y obrero, proponiéndolo como modelo a jóvenes y obreros. Nunzio unió a la santidad la juventud y el trabajo.

> «Joven y obrero, ahí teneis el binomio que creemos define al nuevo beato, un binomio de tal esplendor e importancia, que sobra para llenar de interes su breve y descolorida biografía»

Invitó a los jóvenes a ser inocentes, puros, alegres y fuertes, llenos de ardor y de vida.

> «Ninguna edad como la vuestra es buena para los grandes ideales, para generosos heroísmos»

A los trabajadores, les recordó que

> «este pobre y sufrido colega vuestro» plasma «en vuestra condicion la dignidad del hombre y del cristiano»
>
> «El trabajo no puede separarse de su gran complemento, la religion [] esta da las razones supremas de la vida, da descanso, interioridad, nobleza, purificacion y consuelo al trabajo físico y a la actividad profesional, la religion humaniza la tecnica, la economía, el orden social, la religion hace grandes, buenos, justos, hombres santos a los hombres laboriosos [] Nadie como un trabajador de corazon fuerte y honesto es llamado a estar tan cerca de Cristo, a recibir su evangelio y a gozar de su salvacion»

Volviendo sobre la figura de Nunzio, continuó:

> «No sera dificil descubrir en el beato que hoy la Iglesia propone a nuestra consideracion temas fecundos de estudio y simpatia Su infancia, por ejemplo, huerfana y pobre, marcada por la tristeza, nos invita a una gran meditacion, perturbadora para quien no es de la escuela de Cristo, sobre el misterio del dolor inocente ¿Como de una infancia en que se acumulo el peso de la soledad, de la mi seria, de la brutalidad, no broto, como de ordinario acontece, una psicologia enferma y rebelde, una adolescencia insolente y co rrompida? ¿Como esta vida juvenil, llena de infelicidad e indigente,

florece desde los primeros años con una inocente, paciente y sonriente bondad? Y también el problema de su religiosidad: ¿de dónde ha surgido una piedad tan viva, tan firme, tan perseverante, tan personal? ¿Es suficiente la poca educación religiosa que podía proporcionar en aquellos tiempos una parroquia abrucense perdida en los montes? ¿O se trata de una religiosidad popular, natural e inconsciente, que en Nunzio se manifestó con ingenua plenitud? ¿O es que fue su gran maestra la humilde abuela, que cuidó durante algún tiempo al huérfano y, acaso sin saberlo, despertó en aquella alma llena de sufrimiento y sensibilidad las primeras frases del diálogo divino?».

Prosiguió Pablo VI reconociendo la riqueza de la tradición religiosa local del pueblo italiano; pero sobre todo

«la acción invisible del Maestro divino que, como en otras muchas vidas de santos aparece, hace su alumna privilegiada al alma pura, iniciada por el dolor en el recogimiento, no adoctrinándola por medio de libros o maestros, sino con una ciencia que nace del interior, en las verdades de la fe y los misterios del reino de Dios». Así entenderemos «cómo este enfermo y desdichado joven comprendía, además de su dolor, el de los demás, sus necesidades y las de los otros».

El mejor secreto de Nunzio, en definitiva, es el de su santidad.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 56 (1964) 17-22.
Bibliotheca sanctorum, t XII, p.66-67
MARENA, A., *Dell'incudine all'altare. Beato Nunzio Sulprizio* (Bari 1965).
MARINI, E., *Il fiore dell'italica gioventù operaia. Profili biografici del venerabile Nunzio Sulprizio* (Subiaco 1927).
PILLA, E , *Il beato Nunzio Sulprizio* (Bari 1963).
PONZI, G , *Cenni sulla vita del Venerabile Nunzio Sulprizio giovane artigiano* (Roma 1868)
ROSIO, D., *Beato Nunzio Sulprizio* (Turín 1963)
— ID., *Nunzio Sulprizio, operaio santo* (Turín 1964).

BEATA CATALINA CITTADINI

Virgen y fundadora († 1857)

Los 56 años de la vida de la Beata Catalina Cittadini transcurrieron en un pañuelo geográfico, entre su Bérgamo natal y la

Somasca de Vercurago, donde fundó la Congregación de las Hermanas Ursulinas de Somasca y murió el 5 de mayo de 1857. Había nacido en el seno de una familia de emigrantes, llegada desde Villa d'Ame a la ciudad con el deseo de mejorar fortuna. Sus padres Juan Bautista Cittadini y Margarita Lanzani se instalaron en la calle bergamasca de Masone y allí vieron nacer a sus dos hijas —Catalina y Judit—, que se llevaban dos años de diferencia. La mayor de ellas, Catalina Cittadini, nació el 28 de septiembre de 1801 y fue bautizada dos días después en la iglesia parroquial de San Alejandro.

Pero un suceso determinante en la vida de un niño iba a condicionar el futuro y la vocación de esta chiquilla. Cuando contaba sólo siete años se queda huérfana de madre y su padre no parece dispuesto a afrontar la educación de sus hijas ya que se desentiende de ellas. Existe un acta en el orfanato del Conventino de Bérgamo, fechada el 11 de junio de 1808, donde se tiene en cuenta «el caso particular de la infeliz niña», a pesar de no haber cumplido la edad reglamentaria de siete años para ser admitida. Tres meses más tarde ingresaba también su hermana Judit. El vicario episcopal, monseñor Passi, y el prior del Conventino, don José Brena, a la vista del desamparo en que quedaban las niñas, alargaron la mano generosa y compasiva de su influencia. Aquel internado fue decisivo para el desarrollo de una vida cristiana intensa, para adquirir sentido de la responsabilidad y hábito de estudio.

La vida de Catalina en el Conventino transcurrió, hasta que consiguió su diploma de maestra en 1822, en un ambiente de estudio, pero también con el reclamo didáctico de conocer la historia, los sucesos políticos de aquel momento en el que tras la guerra napoleónica, se había instaurado en el norte de Italia el imperio austríaco. Fue un tiempo de general resurgimiento de las congregaciones religiosas, y en esta atmósfera histórica las hermanas Cittadini comienzan sus tareas como maestras. Primero, una vez abandonado el orfanato, se trasladan a Calonzio, donde dos primos sacerdotes, Juan y Antonio Cittadini, que regentaban la parroquia, les dan hospedaje. Todos los días, a partir del otoño de 1823, recorrerán el camino de Calonzio a Somasca para ir a la escuela femenina de aquel pintoresco lugar

donde fue destinada Catalina, primero como maestra provisional y ya en 1824 como estable. Su hermana Judit la ayuda en esta tarea, harto trabajosa, pues han de aplicar el nuevo reglamento educativo impuesto por el imperio austríaco y ocuparse de un grupo de 56 niñas, de 6 a 14 años. Como por sus frutos los conoceréis y la clase daba gusto verla, las autoridades escolares se hacían lenguas en sus informes sobre la obra de Catalina.

Piensan Catalina y su hermana ampliar su obra educativa abriendo una residencia para acoger a chicas que quieran ampliar estudios y hacerse maestras, que sirva también para niñas que vivan en zonas alejadas de centros escolares y sobre todo para huérfanas, cuyos sufrimientos habían experimentado las hermanas Cittadini en carne propia. Y en efecto, en 1826, con la ayuda financiera de su primo Antonio Cittadini adquieren una casa en el centro de la región de Somasca que se convertiría en la primera sede del Colegio Cittadini. Hay que decir que entre las congregaciones restablecidas en la nueva situación política del norte de Italia estaba la de los padres Somascos, y con ella toma nuevo auge la devoción a San Jerónimo Emiliano, padre de los huérfanos.

Catalina enseñaba en la escuela pública y Judit, a partir de 1829, se ocupaba de la enseñanza privada de niñas pobres. Es en este tiempo cuando las hermanas Cittadini, aconsejadas espiritualmente por el padre José Brena, que las conoce desde el Conventino de Bérgamo, se plantean su propia vocación, su carisma en relación con una vida religiosa dedicada a la educación.

Definitivamente fijada la estancia de Catalina en Somasca entra en contacto con los Clérigos Regulares Somascos fundados por San Jerónimo, santo de su devoción desde niña y venerado «padre» de su infancia huérfana. El ejemplo de caridad y de pobreza de este santo, cuyos restos reposan en Somasca, perfila también un compromiso de participación en la vida parroquial de la región como catequista, animadora de asociaciones, y al mismo tiempo tenía abierta su casa a la juventud femenina como si se tratara de un oratorio.

Está cuajando su dedicación a los más pobres y abandonados y en consecuencia empieza a poner en marcha su obra benéfica para niñas huérfanas y a cumplir en su vida aquella cuali-

dad que Juan Pablo II elogiaría el día de su beatificación, el 29 de abril de 2001, en la plaza de San Pedro: «Huérfana desde la más tierna infancia, se hizo ella misma madre amorosa de las huérfanas». Y va granando la idea de un nuevo instituto religioso en Somasca. Se guían en casa por la Regla de las Ursulinas. Y consiguen las autorizaciones oficiales: en 1832 nace la escuela privada Cittadini y en 1836 reciben el permiso para abrir un centro de «educación femenina», un Colegio de internado de niñas del que se ocupó Judit.

En la escuela primaba una educación en los valores cristianos y se preparaba a las muchachas para una sabia elección de vida. Testimonios contemporáneos acreditan que las alumnas «se enriquecían con virtudes religiosas, morales y civiles». El padre somasco Marcos Juan Porta, después de visitar el colegio, se hace lenguas de la «singular modestia de las alumnas» y de la exquisita piedad que se percibe en toda la institución. Por aquel entonces no están solas Catalina y Judit, ya se les han agregado tres nuevas compañeras, Santa Rovaris, María Bianchi y Luisa Popliani, dispuestas a vivir como consagradas su ideal educativo.

Pero le llega a la institución en ciernes un período de grandes pruebas, muy seguidas. La más grave e inesperada fue la muerte repentina de Judit Cittadini, el 24 de julio de 1840, con sólo 37 años de edad. Esta hermana menor, con la que había compartido sufrimientos y esperanzas, orfandad y proyectos educativos, le dice a Catalina al tiempo de morir que se haga cargo de la dirección del colegio, que ella la protegerá y acompañará desde el cielo. Catalina experimenta de nuevo otro grado de orfandad, pero continúa con renovado esfuerzo e ilusión la obra que habían emprendido juntas las dos hermanas. Medio año más tarde fallece su primo Antonio Cittadini, otro de sus apoyos, y a continuación el padre Brena, el inolvidable consejero del orfanato del Conventino. Tiene que asumir la dirección del internado que llevaba su hermana y seguir, además, con la enseñanza en la escuela pública. Esta situación debilitó su salud y el 1842 cae gravemente enferma, pero supera la crisis con fortaleza psicológica y espiritual.

Poco a poco se va configurando jurídicamente su obra. Si con su hermana, ya en su casa, se regían por la Regla de las

Ursulinas, como planteándose la línea a seguir como instituto futuro, es justamente después de faltar su hermana, junto con sus otras tres compañeras dispuestas a vivir como consagradas, cuando Catalina decide en primer lugar dar estabilidad civil a su obra formando en 1844 un *Instrumento de sociedad y de estado y también de donación recíproca* que ya contiene muchas características propias de un instituto religioso. En ese mismo año firman un *Contrato de sociedad y de destino,* que es el preámbulo de la comunidad religiosa deseada. A partir de este momento Catalina Cittadini renuncia a su actividad en la escuela pública y se dedica completamente al colegio de niñas, al cuidado de las huérfanas del internado y a servir de guía a sus compañeras ya decididas y comprometidas a ser religiosas.

Conseguir las aprobaciones canónicas de la «pequeña familia religiosa» y una regla de vida comunitaria no fue tan sencillo. Llevó su tiempo y en ese medio tiempo y sus correspondientes contrariedades obtuvo Catalina Cittadini algún mérito ante Dios y mucha prueba de su virtud y tenacidad. En 1850 le concede Pío IX el oratorio privado para la reserva eucarística, y desde ese preciso momento solicitó al obispo de Bérgamo, monseñor Carlo Gritti, varias veces, durante dos años, la aprobación diocesana de la comunidad, que todavía se consideraba prematura.

Cuatro años más tarde, con un nuevo obispo en la diócesis, Pedro Luis Speranza, vuelve a hacer la propuesta y éste le promete ayuda. Le pide el obispo que escriba las reglas del instituto, a lo que Catalina responde presentándole un modelo de la regla de las Ursulinas de Milán. La reacción del obispo en este episodio no fue muy comprensiva, y respondió con menos delicadeza que tosquedad. En cambio no fue capaz esta humillación de hacer desistir a Catalina en su intento, y un año después, el 17 de septiembre de 1855, presenta una nueva redacción y al mismo tiempo pide la aprobación del instituto con el nombre de Ursulinas Jerónimas. El obispo Speranza, muy de acuerdo con su propio apellido, aprobó la regla *ad experimentum* y aplazó *sine die,* aunque con el compromiso de hacerlo, la aprobación del nuevo instituto.

No alcanzó Catalina a conocer el ansiado día de la aprobación diocesana de su instituto, porque se demoró algún tiempo,

unos dos años largos, la respuesta, y en ese medio tiempo, pese a la confianza que la animaba pudieron más los sufrimientos y las preocupaciones, que fueron minando su salud. Como veía que se le acercaba el final, en su lucidez y constante oración animaba a sus compañeras a esperar confiada y serenamente la voluntad de Dios, y asegurándoles que la institución saldría adelante. Ella no pudo disfrutar de esa alegría, pues murió el 5 de mayo de 1857 en Somasca con fama de santidad, tras un dia de agonía, en medio del desconsuelo de sus compañeras y educandas. El 14 de diciembre de aquel mismo año firmaba el obispo de Bérgamo el decreto diocesano de erección canónica. El reconocimiento pontificio de las Hermanas Ursulinas de Somasca tardaría todavía en llegar setenta años después de la muerte de la hermana Catalina Cittadini.

La obra educativa del Instituto aunque se desarrolla durante sus primeros años en la provincia y diócesis de Bérgamo, durante el siglo XX se fue extendiendo por el resto de Italia y por algunos países europeos en los que ha cumplido una labor educativa entre emigrantes, así como entre los pobres de Bolivia, Brasil, India y Filipinas. El estilo de su escuela «privada» está libre de discriminaciones, abierta a todos, pero de un modo particular y preferente a las niñas pobres, incluso a las que eran rechazadas por la escuela pública o no tenían oportunidad de acudir a ella. Se ha escrito que «en Somasca madura una escuela nueva que vive con el aliento de la caridad».

Una de sus reglas se fija en el crecimiento tanto espiritual como temporal que han de procurar las hermanas ursulinas:

> «Se tendra cuidado de plantar en las almas tiernas de las niñas la semilla de las principales y fundamentales virtudes Nada desecharan que pueda contribuir a su crecimiento espiritual y temporal [] No olviden nunca las hermanas que la cultura de las jovenes es obligacion especial del Instituto»

Pero entre los testimonios contemporáneos de cómo la Beata Cittadini vivía la escuela, hay uno muy expresivo. Dice así:

> «Era hermoso verla, toda amabilidad y compostura, estar en medio de aquel enjambre de niñas en la escuela, tratando de desmenuzar y aclarar las nociones de todas las materias que ella enseñaba Aprovechaba toda ocasion para enderezar a Dios aquellos

tiernos corazones y jovenes mentes que, cual blanda cera, recibían su impronta, y siempre estaban receptivos [...] Estaba atenta y presta, sabía tener en cuenta la edad, el temperamento, las varias disposiciones de cada una, y con dulzura y energía no sólo corregía las culpas, sino que estudiaba los defectos y transformaba las torcidas inclinaciones de aquellas almas juveniles...».

No son muchos los escritos de Catalina Cittadini, porque ella se distinguió sobre todo por dejar escritas lecciones de humanidad que han quedado grabadas como testimonio en sucesivas generaciones de alumnas. Instruyó, educó y transmitió valores cristianos. Les decía a las jóvenes que «la oración es el alimento del alma, el anzuelo del fervor, la puerta de los favores divinos», y tenía particular predilección por una página del Evangelio que apreciaba como «infalible promesa» y era ésta: «lo que habéis hecho a uno de estos pequeños, a mí me lo habéis hecho». Y lo repetía y consideraba y pregonaba a menudo. Además, como había sido huérfana desde muy niña y huérfanas eran muchas de las niñas a las que las Hermanas Ursulinas de Somasca dedicaban por entero su atención, está escrita en la regla esta exigencia: «Pórtense con ellas como verdaderas madres en Cristo». Justo esta opción maternal fue evocada por Juan Pablo II en la homilía de la beatificación —29 de abril de 2001—: «Madres quiso que fueran sus hijas espirituales, en la escuela y en contacto con los niños».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

«Homilia de Juan Pablo II en la beatificacion (29-4-2001)» *Ecclesia* (2001) n 3048, p 30-31

«Caterina Cittadini, fondatrice delle Suore Orsoline di Somasca» *L'Osservatore Romano* (29-4-2001) 12

ISTITUTO SUORE ORSOLINE DI SAN GIROLAMO IN SOMASCA, *Caterina Cittadini beata* (Bergamo 2002)

LUNARDON, P , *Per Iddio e per la scuola. Biografia di Caterina Cittadini* (Curno 1975)

L'Osservatore Romano (ed en español) (27-4-2001) 8, (4-5-2001) 5-6

SAN GODEARDO

Obispo († 1038)

Godeardo o Gotardo nació en Reichersdorf, en la diócesis de Passau, el año 960. Hizo sus primeros estudios en la escuela capitular del Cabildo de San Mauricio en Niederaltaich. Luego completó su formación en la curia arzobispal de Salzburgo y en la escuela catedralicia de Passau.

Decidido a seguir la vocación eclesiástica ingresó en el Cabildo de San Mauricio, y no llevaba en él mucho tiempo cuando fue elegido preboste. Pero Enrique II de Baviera decidió convertir el dicho cabildo en un monasterio benedictino, y Godeardo decidió entonces quedarse y hacerse monje, profesando en 990. Tres años más tarde era ordenado sacerdote. Muy poco después se le nombraba prior y se le ponía al frente de la escuela monacal, a la que dio un gran impulso. Ello motivó que en 996 se le eligiera abad del monasterio.

Como abad manifestó serios deseos de reforma y de caminar en la línea de Cluny, lo cual sintonizaba bien con los deseos del emperador San Enrique II que le confió la reforma sucesiva de varios monasterios, cosa que se logró por la paciencia y fortaleza con que el santo supo afrontar el encargo

Habiendo vacado la sede de Hildesheim por la muerte de San Bernardo, el emperador San Enrique movió los hilos para que fuera elegido Godeardo como nuevo obispo y lo fue efectivamente el 30 de noviembre de 1022. Su programa pastoral fue muy claro· había que acercar la religión al pueblo para que constituyera el alma misma de la vida social. Por ello se empeñó en la construcción de muchas iglesias, procuró un clero culto y dedicado a su ministerio, reformando para ello el cabildo catedral, y dio ejemplo de cómo hay que predicar con sus predicaciones llenas de contenido bíblico. Se ocupó también de los pobres y edificó un hospital para los enfermos que fuera, además, asilo para los pobres, cuidando que fueran pobres verdaderos y no meros holgazanes. Llegado el caso, defendió con energía los derechos de la Iglesia contra todo abuso. Murió santamente el 5 de mayo de 1038. Fue canonizado por el papa Inocencio II

el 29 de octubre de 1131. Su culto e invocación se hizo muy popular.

SAN AVERTINO
Diacono († 1189)

Era canónigo regular agustino en el convento de los gilbertinos de Lincoln, Inglaterra. Unido por fuertes vínculos de afecto y colaboración con Santo Tomás Becket, lo acompañó a Francia cuando el santo hubo de dejar Inglaterra por sus diferencias con Enrique II. Vuelto el santo a Inglaterra y asesinado, Avertino permaneció en Francia y decidió entonces entregarse a la vida eremítica.

Se dirigió a Tours y pasó diecinueve años como ermitaño en un lugar llamado Ventiacum, en francés Vençay, donde llevó vida de rígida austeridad y se entregó por completo a la divina contemplación, perseverando en este género de vida hasta su muerte en 1189. Enterrado en la iglesia de Vençay, su tumba se convirtió en lugar de devoción de los fieles que decían recibir muchas gracias celestiales por la invocación del santo. El pueblo pasó a llamarse Saint-Avertin.

SAN ÁNGEL
Presbitero y martir († 1255)

Luego de que la leyenda se apoderara de su biografía hasta hacerla increíble, un biógrafo carmelita logró devolverla a su verdad histórica básica. Era con toda probabilidad un palestino, seguramente de raza judía, hijo de padres conversos, y se hizo carmelita en el Monte Carmelo. Huyendo de las persecuciones musulmanas contra los cristianos de Palestina se vino a Sicilia con un grupo de frailes carmelitas a mediados del siglo XIII.

En Sicilia se dedica a la predicación, con la que quiere atraer al cristianismo a sus hermanos de raza y a los cristianos a una vida cristiana mejor. Por ello no tiene empacho en señalar los vicios y descalificarlos, denunciando proféticamente las iniquidades que ve en el pueblo Esto causa que se le tome ojeriza por

parte de quienes se sintieron aludidos o denunciados por su predicación. Mientras predicaba, un grupo de forajidos se abrió paso entre la multitud, se dirigió al predicador y lo hirió mortalmente. El santo murió perdonando y orando.

BEATO GREGORIO FRANCKOWIAK

Religioso y mártir († 1943)

Boleslao Franckowiak nace en Lowecice, Polonia, el 18 de julio de 1911 en el seno de una familia numerosa. Tras hacer los estudios elementales en la escuela pública, ingresa en el seminario menor de los Misioneros del Verbo Divino en Bruczkow, y habiendo madurado su vocación religiosa, ingresa en el noviciado de la congregación en Gorna Grupa el 8 de septiembre de 1930 y dos años más tarde en calidad de hermano coadjutor hace los votos religiosos. En religión toma el nombre de hermano Gregorio. En 1938 y en la misma fecha de la Natividad de la Virgen María emitiría los votos perpetuos.

Su trabajo estuvo en la imprenta de la congregación, encargado de la encuadernación. Estaba destinado en la casa de Gorna Grupa cuando, ocupada Polonia por los nazis, la convirtieron éstos en casa de internamiento de los sacerdotes y religiosos arrestados. Los sacerdotes de su comunidad fueron también arrestados pero no así los hermanos, a quienes se les dio licencia para marcharse. Pero el hermano Gregorio prefirió quedarse para atender a los arrestados. Una vez que los arrestados fueron llevados a los campos de concentración, el hermano Gregorio hubo de abandonar Gorna Grupa y volver a su pueblo natal.

Aquí se dedicó a preparar secretamente a los niños para la primera comunión y a dar catequesis a cuantos podía y a llevar en secreto la comunión a los enfermos y a otras muchas personas. Los alemanes le obligaron a trabajar en la imprenta de Jarocin.

Su martirio tuvo lugar cuando él afrontó la responsabilidad de hojas clandestinas patrióticas que habían circulado y por las que había sido arrestada mucha gente a la que él quería salvar. Arrestado en septiembre de 1942, pasó por varias cárceles hasta

que fue llevado a Dresde y aquí fue guillotinado el 5 de mayo de 1943. Su celo apostólico, su entrega al bien de todos y su exquisita caridad le habían granjeado el aprecio de todos. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

6 de mayo

A) Martirologio

1 La conmemoración de San Lucio Cireneo, uno de los profetas y doctores de la Iglesia de Antioquía, según el libro de los Hechos de los Apóstoles.

2. En Lambesa (Numidia), los santos Mariano, lector, y Santiago, diácono († 259), mártires.

3. En Milán, San Venerio († 409), obispo *.

4. En Roma, Santa Benedicta (s. VI), virgen.

5. En Lindisfarne, San Eadberto († 698), obispo *.

6. En Montepulciano (Toscana), Beato Bartolomé Pucci-Franceschi († 1330), presbítero, de la Orden de Menores *.

7. En Londres (Inglaterra), los beatos Eduardo Jones y Antonio Middleton († 1590), presbíteros y mártires bajo Isabel I *.

8. En Québec (Canadá), Beato Francisco de Montmorency-Laval († 1708), obispo **.

9 En El Cairo (Egipto), Beata María Catalina de Santa Rosa Troiani († 1887), virgen, fundadora de las Hermanas Franciscanas Misioneras **.

10. En Roma, Beata Ana Rosa Gattorno († 1900), viuda, fundadora de las Hijas de Santa Ana Madre de María Inmaculada **.

11 Junto a Munich (Baviera), los beatos Enrique Kaczorowski y Casimiro Gostynski († 1942), presbíteros y mártires *.

B) Biografías extensas

BEATO FRANCISCO DE MONTMORENCY-LAVAL
Obispo († 1708)

De una familia francesa de ilustre prosapia, nació Francisco de Montmorency-Laval el 3 de abril de 1623 en Montigny-sur-Abre (Eure). Durante su larga vida se sucedieron en la cátedra

de San Pedro nueve papas, desde Urbano VIII (1623-1644) hasta Clemente XI (1700-1721), que le sobrevivió.

Francia, que se llamaba y se tenía por «hija predilecta de la Iglesia», en medio de su esplendor iluminado por el *Rey Sol,* Luis XIV (1661-1715), en su apogeo con figuras señeras como Bossuet, no dejaba de tener graves y enconadas desviaciones doctrinales como el jansenismo riguroso y sibilino, y principalmente el galicanismo enraizado desde el concilio acéfalo de Constanza y extendido por todos los sectores.

Las «regalías» materiales y espirituales eran costumbres antiguas y privilegios de los reyes sobre las rentas y los beneficios eclesiásticos, sobre la presentación y nombramiento de los obispos, etc., que empañaban y atenazaban la libertad de la Iglesia y que el *Rey Sol* en su absolutismo sin límites reivindicaba progresivamente, logrando en no pocas ocasiones la anuencia y aprobación de gran parte del clero.

Repetidas veces invadió el condado de Avignon, perteneciente a los Estados Pontificios.

Desde Roma, los papas, que alternaron los nombres de Inocencio, Alejandro y Clemente, defendieron la verdadera doctrina con tesón ejemplar. Por entonces, mientras Bernini trazaba la columnata ante la Basílica de San Pedro y levantaba el baldaquino y se colocaban las estatuas en el Puente de Santángelo y una fuente en la «piazza» Navona, en este ambiente se formó Francisco Montmorency.

Destinado desde muy niño al estado eclesiástico, por la costumbre arraigada en la nobleza que así colocaba a los hijos no mayorazgos, sin embargo en su vida demostró la sinceridad con que abrazó y vivió su sacerdocio.

Estudió con los jesuitas en La Flèche. Y, según el uso corriente, recibió la primera clerical tonsura en 1635 (a los doce años), un año después de la muerte de su padre.

En ese clima de nepotismo, fue nombrado canónigo de la catedral de Evreux, donde era obispo un tío suyo. Contaba sólo trece años.

Para prepararse seriamente al sacerdocio, ingresó en el convento benedictino de Clermont, pero en 1645 fallecieron sus dos hermanos mayores y hubo de ocuparse de los asuntos fa-

miliares. A pesar de estos obstáculos permaneció vigoroso y firme en su vocación y recibió la ordenación sacerdotal el 1 de mayo de 1647.

Se distinguía por su piedad y por su estilo de vida totalmente evangélico.

Designado arcediano en la catedral de Evreux en 1648, con toda diligencia dio comienzo a las visitas que este cargo comportaba y en ellas con prudencia y tacto exquisito fue adquiriendo la experiencia pastoral que tanto iba a necesitar en el futuro que la Providencia le preparaba.

En 1653 fue nombrado vicario apostólico de Indochina, pero no pudo desempeñar este cargo y se retiró a L'Hermitage donde se entregó a la oración, al estudio y a la vida contemplativa en la escuela de espiritualidad que dirigía en Caen el abate Bernières. Allí permaneció durante cuatro años.

La actividad misionera tuvo un gran desarrollo y florecimiento en el pontificado de Alejandro VII (1655-1667). En 1656, el Santo Oficio declaró lícitos los ritos chinos, manifestaciones de homenaje a Confucio y de honor a los antepasados, cuya prohibición severa por el peligro de idolatría había impedido muchas conversiones, cuando en realidad se trataba más de honores tradicionales, políticos y civiles que religiosos.

Tres vicariatos apostólicos erigidos por la Congregación de Propaganda Fide, comprendían todos los territorios de la India y de China.

En fecha estelar, fue muy sonada la conversión de la reina Cristina de Suecia, que renunció a su trono y, en su camino hacia Roma, pronunció en Innsbruck su confesión católica. Era el año 1655.

Para organizar la Iglesia en los extensos territorios de la «Nueva Francia» (Canadá), se eligió al ejemplar sacerdote Francisco de Montmorency. Le sacaron de su retiro y le nombraron, en 1658, vicario apostólico de aquella región y obispo titular de Petra. Toda la fuerza espiritual acumulada en su corazón se va a desbordar generosa y fecunda en una tarea pastoral de gigantescas dimensiones.

El 1 de mayo de 1659 arribó a las tierras de su vicariato y fijó su residencia en Québec. Inmediatamente puso manos a la

obra entregándose de lleno a la visita de tan vastos territorios y organizando con extraordinario aliento y eficacia apostólica las Iglesias allí plantadas por los misioneros, y que estaban en constante avance y floración. Era prodigiosa su actividad invencible.

Con la valentía de los santos tomó la opción evangélica poniéndose de parte de los indios frente a los encomenderos que los explotaban, los humillaban y los maltrataban. Con rara habilidad fue sorteando todas las intervenciones tortuosas del galicanismo que impregnaba la mentalidad de los gobernadores. Era admirable y sorprendente la cohesión y la unidad que logró en un vicariato que se extendía hasta el Golfo de México.

Fue memorable la visita que hizo a su patria en 1662. Le recibieron con todos los honores en la brillante corte de Luis XIV. A pesar del absolutismo exacerbado del monarca, obtuvo de él muchas concesiones a favor de la Iglesia de la Nueva Francia. Él mismo le propuso elevar el vicariato a diócesis, con la capital en Québec.

A su regreso se dedicó intensamente a la obra más querida de cualquier obispo: todos llevan en el corazón el seminario, porque de él se puede esperar todo bien. Para proveer a las vocaciones entre indígenas y que así la Iglesia en el Canadá llegara a su mayoría de edad, volcó toda su ilusión y solicitud en organizarlo y dotarlo debidamente con altura de miras. En 1852 se convirtió el seminario en la famosa Universidad de Laval, su apellido, y ha cosechado óptimos frutos hasta nuestros días.

Prosperó su propuesta de convertir el vicariato en diócesis y ésta fue creada en 1674 por el papa Clemente X (1670-1676).

Por fin, en 1684, viéndose agotado y enfermo, con el peso ingente de la responsabilidad de una diócesis tan dilatada, incapaz de seguir el ritmo trepidante que exigía, presentó la dimisión, que le fue oportunamente aceptada; pero siguió colaborando en la pastoral al ritmo que sus energías y salud le permitieron hasta el fin de sus días. Dio el testimonio de retirarse a tiempo pidiendo el relevo que la diócesis necesitaba sin restarle la dedicación al apostolado en una etapa que se prolongó por 23 años.

En el seminario, fundado por él, falleció el 6 de mayo de 1708, a los 85 años, durante el pontificado de Clemente XI

(1700-1721). Una vida de altas virtudes, ejemplo para todos, principalmente para sacerdotes y obispos.

Movido por un gran espíritu de oración y de caridad, se gastó y desgastó por Cristo y por sus hermanos y por la Iglesia joven de Canadá, que le venera como su primer obispo y santo. Vivió en pobreza, sencillez y humildad. Dejó huellas profundas de su testimonio personal y de su acierto en el gobierno, llevando a una Iglesia desde la juvenil expansión misionera a la madurez y mayoría de edad.

En 1878 se inició el proceso ordinario de canonización en Québec. En 1790 la Sagrada Congregación dio el decreto para comenzar el proceso apostólico, el 28 de julio de 1960 declaró la heroicidad de sus virtudes. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 22 de junio de 1980, junto con otros eximios misioneros, Juan de Anchieta, Pedro de Bethancurt y María de la Encarnación Guyart.

En el *Ángelus* de aquel domingo se refirió a estos «pioneros de la evangelización» y afirmó que habían llevado la salvación de Dios a los inmensos territorios de la América Septentrional, Central y Meridional.

Concretamente, «el Beato Francisco Montmorency-Laval», dijo el papa, «nombrado Vicario Apostólico de la Nueva Francia, desarrolló su incansable y fecundo apostolado en aquella zona que comprendía los inmensos territorios de los dominios franceses, es decir, la mitad del continente americano».

BERNARDO VELADO GRANA

Bibliografía

AAS 52 (1960) 788 791
AAS 73 (1981) 253s
BOYLE, L., «Montmorency Laval, Francesco», en *Bibliotheca sanctorum,* t IX, cols 576 577
«Angelus del domingo 22 de julio de 1980» *Ecclesia* (1980) n 1989, p 6 7
GERVAIS, E., *Le venerable François de Montmorency Laval* (Montreal 1952)
GOSSELIN, A., *Vie de Monseigneur de Laval* (Quebec 1901)
RUBIO PEÑA, J L., *Santoral del clero secular Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 328 329

BEATA MARÍA CATALINA DE SANTA ROSA TROIANI

Virgen y fundadora († 1887)

La Beata María Catalina Troiani de Santa Rosa fue virgen de la Tercera Orden Regular, además de fundadora del Instituto de las Hermanas Franciscanas Misioneras del Corazón de la Inmaculada Virgen María, antes llamadas Franciscanas Misioneras de Egipto. Fue beatificada por Juan Pablo II el segundo domingo de Pascua, 14 de abril de 1985.

Constanza Troiani nació en Giuliano de Roma un 19 de enero de 1813. Su padre era un concejal del lugar, de acomodada familia, que ejercía también el oficio de organista en la parroquia. La muerte de su madre en 1819 motivó la dispersión de la familia Troiani, siendo entonces la joven Constanza encomendada al monasterio de Santa Clara de Ferentino (Frosinone), de las madres clarisas, donde más tarde tomaría el hábito el 8 de diciembre de 1829 pasando a llamarse sor María Catalina de Santa Rosa de Viterbo. Un año después emitió los votos religiosos.

En el monasterio dio muestras muy pronto de una voluntad enérgica, tenaz y paciente, dotes características todas ellas de la gente de su tierra, además de una fina sensibilidad espiritual y humana robustecida por una profunda educación cristiana.

Hija de su tiempo como era, la vida espiritual de la madre Catalina estaba moldeada por las devociones generalizadas en el 1800: el Sagrado Corazón, San José, los Ángeles Custodios, los estigmas de San Francisco, las fiestas marianas, etc. Desde pequeña había sentido un gran anhelo por la misión, pero habría de esperar hasta los 46 años para poder ver realizada su clara llamada a la vida misionera. En sus años jóvenes, leía asiduamente los *Anales de la Congregación de Propaganda Fidei,* ardiendo su corazón en un espíritu misionero que siempre la habría de acompañar. A pesar de vivir en estricta clausura, soñaba con encontrarse en medio de moros abandonados. En su interior ardía un ideal contemplativo y misionero a la vez. En una carta escrita a su primo, monseñor G. Bovieri, consejero de nunciatura en Suiza, le decía: «Mientras el Señor me concedía una gracia singular, me hizo comprender que debía ocuparme de la conversión de los pobres de ultramar». Tenía 22 años y era ya el inicio

de una labor que la llevaría fuera de los muros de la clausura monástica a tierras de misión.

En 1830 emite sus votos perpetuos entre las monjas clarisas y comienza a padecer un conflicto interior debido a la incompatibilidad entre sus ansias misioneras y su vocación claustral. Expuso el problema a su confesor el P. Modena, franciscano menor, que se convertiría en la persona elegida y el medio humano del que Dios se habría de servir para la obra que Catalina estaba llamada a realizar. En 1852, dicho padre fue llamado a predicar por el vicario apostólico de Egipto. Este último le puso de relieve la extrema necesidad que tenía este país de una presencia religiosa que se ocupase de la educación de la juventud femenina. Vuelto a Ferentino habló a las monjas de esta urgente necesidad.

Aceptando la invitación del vicario apostólico de Egipto, el franciscano Perpetuo Guasco, un grupo de seis hermanas de Ferentino, de las cuales sor María Catalina era el alma, se dispusieron para su viaje. Sor Catalina vio en esta invitación la llamada del Señor tanto tiempo esperada y, tras los debidos permisos, partió con las otras seis hermanas el 25 de agosto de 1859.

Se detuvieron en Roma para recibir una bendición apostólica especial del papa Pío IX. En la isla de Malta conocieron la noticia de que el obispo que las invitaba había fallecido. A pesar de ello, ellas siguieron adelante. Las dificultades no faltarían, pero la obra estaba ya en marcha. En El Cairo se habría de hacer realidad el proyecto que el Señor le había ido inspirando a Catalina durante los años de vida conventual como monja clarisa. Egipto sería la cuna del nuevo instituto religioso y la ciudad de El Cairo venía a ser para todas ellas un nuevo Asís.

Fueron acogidas con un recibimiento más bien frío por parte del nuevo vicario apostólico. Con ello comenzaba el lento *via crucis* con dificultades de todo género que no frenaron su ardor misionero. El 5 de julio de 1868 fue erigido con decreto pontificio el nuevo instituto, siendo amparada esta familia religiosa como Tercera Orden Regular de San Francisco. De ese modo, la madre Catalina pasó de monja clarisa a terciaria, sin abandonar por ello la orden franciscana. Siempre se sintió fiel y auténtica hija de San Francisco y Santa Clara. Tuvo que aceptar la im-

posibilidad de vivir las reglas y observancias del monasterio de monjas clarisas en el que había profesado, pero no renunció por ello a su vocación contemplativa, sino que cambió su percepción de la misma. Ya no la habría de entender en un sentido espacial (entre los muros de una clausura), sino en sentido temporal, dedicando de un modo exclusivo algunas horas al día y algunos momentos del año a la oración y el resto del tiempo al trabajo apostólico. Su nueva aspiración consistía en construirse una celda dentro del corazón para vivir constantemente con el Señor.

Se instalaron en el barrio árabe de Clot-Bey que sería el centro desde el que irradiaría el testimonio evangélico de su misión, atrayendo vocaciones inesperadas de todas partes. Rápidamente abrieron una escuela, un internado para niñas de cualquier nacionalidad, religión y clase social, dando un trato preferencial a las jóvenes pobres y marginadas. Todas las hermanas comenzaron a trabajar sin distinción de raza o religión: cristianos y musulmanes se aprovechaban del mismo modo de sus servicios.

A partir de ahora, la nueva congregación comienza a extenderse por todas partes, incluso sobrepasando los límites geográficos del Egipto, abriendo siete casas en Egipto, Palestina, Malta e Italia. Con nuevo personal, la madre María Catalina pudo abrir en El Cairo otras dos casas y fundar otras más en diversas localidades. Las vocaciones fueron afluyendo. A todas se las consideraba «hijas de la madre de los pobres» o de la «madre blanca», como se la conocía a la madre Catalina en El Cairo.

Se empeñaba franciscanamente en un ministerio misionero específico que únicamente pretendía testimoniar y anunciar a Cristo resucitado y redentor. El mensaje contemplativo-misionero de la madre Troiani consistía en manifestar el misterio de Cristo mediante la evangelización, la catequesis, y el ministerio educativo y caritativo por medio de la promoción humana de los niños, de los pobres y de los necesitados. No obstante su atención por todos, dos categorías de personas fueron privilegiadas: la infancia abandonada y las «moritas», como se llamaba a las jóvenes que se prostituían desde su infancia. No dudó en ir directamente al mercado a comprar a las «negritas»; pagaba a las comadronas para que los partos fueran felices y le dieran des-

pués los niños recién nacidos, a fin de poderlos alimentar y cuidar personalmente de ellos en las diversas casas de la congregación. No dudó en utilizar todos los medios a su alcance para que le dieran los niños recién nacidos que nadie quería; por ello se ha dicho que pasó del lenguaje de la palabra al lenguaje de la caridad, y de la asistencia a los necesitados a la promoción humana y social, anticipando el compromiso con todos los hombres en el que se habría de empeñar posteriormente la Iglesia.

En su afán por ayudar a las jóvenes llegó incluso a fundar la «Viña de San José», obra destinada a rescatar e instruir a las esclavas negras. Como el buen samaritano de la parábola evangélica, se detuvo junto a cada hermano y hermana que sufría en el alma o en el cuerpo, ofreciéndoles amorosamente su mano generosa e incluso pagando personalmente por ellos. Católicos, ortodoxos y musulmanes veían en ella la presencia concreta de la providencia de Dios. Fue fiel al principio de San Francisco de predicar a fieles e infieles.

Murió con 74 años de edad el día 6 de mayo de 1887 en la casa de Clot-Bey, escenario de su ilimitada caridad y de su trabajo apostólico, entre el llanto de los cristianos y de los musulmanes.

En El Cairo, centro de su actividad misionera, el 11 de junio de 1955 aconteció en la persona de la señora Carolina Scotto di Perta un milagro que habría de llevar a su beatificación. La señora Carolina pudo estar presente en la ceremonia en la que, ante la Iglesia, la madre fue declarada beata.

La vida y la obra de la Madre Catalina Troiani representan para la Iglesia un acontecimiento profético de creatividad apostólica, de fecundidad espiritual y de actualidad eclesial. Juan Pablo II dijo el día de su beatificación que la

> «Beata Catalina Troiani se incluye en el servicio de la Iglesia con un estilo particular: como atenta y fiel discípula de Santa Clara y San Francisco consiguió armonizar en sí misma la vida contemplativa con el apostolado itinerante. Fue misionera en clausura y contemplativa en la misión, dentro de una plena y total entrega al Señor y a los hermanos».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

La beata M. Caterina Troiani: modello di donna, di educatrice, di missionaria (Roma 1987)
CI DRONE, A. (ed.), «Madre Maria Caterina Troiani missionaria in clausura, contemplativa in missione» (Giovanni Paolo II). Beatificazione della fondatrice scritti, notizie e cronache (Ferentino 1985).
FALCHI, M. A., *Vita della beata M Caterina Troiani (1813-1887) Fondatrice delle Francescane missionarie del Cuore immacolato di Maria (dette d'Egitto)* (Roma ²1985).
L'Osservatore Romano (14 y 15-4-1985)· diversos artículos a propósito de su beatificacion, además de la homilía del papa Juan Pablo II con motivo de tal evento.

BEATA ANA ROSA GATTORNO

Viuda y fundadora († 1900)

Una más entre las santas mujeres que en los últimos siglos fueron esposas, madres, viudas, religiosas consagradas a Dios en pobreza, castidad y obediencia...

Rosa María nació en Génova el 14 de octubre de 1831 y murió en Roma cuando iba a cumplir los setenta años, el 6 de mayo de 1900. Fue la segunda hija de una familia numerosa y bien acomodada. Así, recibió una educación exquisita. Como en tantos otros hogares, su madre mantenía muy viva la llama de la fe y a ella especialmente debió Rosa María el espíritu de piedad que la acompañó desde la infancia.

A los 21 años (5 de noviembre de 1852) contrajo matrimonio con su primo Jerónimo Custo y se trasladó a Marsella. Una imprevista crisis financiera turbó muy pronto la felicidad de la nueva familia, obligada a volver empobrecida a Génova. Sobrevinieron más graves desgracias. La primera de sus tres hijos, Carlota, se vio afectada por una grave enfermedad que la dejó sordomuda. Después de seis años de matrimonio, falleció su marido el 9 de marzo de 1858 y pocos meses después perdió a su último hijito. Tan tristes acontecimientos produjeron en ella un cambio radical, que ella misma había de denominar *conversión,* con la plena decisión de dedicarse enteramente a Dios y al prójimo. Purificada por las pruebas comprendió el verdadero sentido del dolor, con la certeza de su nueva vocación.

Quiso desde el primer momento vivir en perpetua viudedad, y halló un director espiritual muy competente en la persona de don Giuseppe Firpo. En 1861 hizo voto de perpetua castidad, obediencia y pobreza, integrada en la Tercera Orden de

San Francisco. Como es frecuente en personas muy piadosas, perteneció también a otras asociaciones, como la Pía Unión de las Hijas de María Inmaculada, fundada por don Giuseppe Frassinetti, de la que fue presidenta. En largas horas de oración y penitencia vio con claridad la idea de centrarse del todo en una obra única animada por la entrega a los demás: fue el proyecto de una nueva familia religiosa. La llamada de Dios, cada día más acuciante, chocaba con sus sentimientos y deberes maternos, desgarrándosele el corazón. ¿Qué hacer? El 3 de enero de 1866 la recibe en audiencia el papa Pío IX, quien bendice la regla que ella venía preparando y disipa todas sus perplejidades. Sus palabras se le grabaron en la memoria literalmente con fuerza de profecía: «Este Instituto se extenderá rápidamente como el vuelo de una paloma por todas las partes del mundo. Dios cuidará de tus hijos. Tú piensa en Dios y en su obra».

Su campo de acción no iba a ser Génova. Diversas circunstancias entraron en juego de tal forma que dirigió sus pasos a Piacenza. Aquí llegó el mismo año de 1866, con sus cinco primeras compañeras. Pese a las tensiones anticlericales que se registraban en aquel momento, el mismo Ayuntamiento se percató del carácter benéfico de la obra de Rosa María: venía a llenar un gran vacío. Pero la acogida verdaderamente eficaz se la prestó el propio obispo de Piacenza, Giovanni Battista Scalabrini, ya beatificado. Con su apoyo decidido pudo resistir la hostilidad fomentada por el periódico local *Corriere piacentino* con repetidos artículos, en los que se las llamaba *corvi* a las *dame genovese* cuando llevaban varios meses asistiendo a domicilio a los enfermos.

Hay juegos de denominación frecuentes también en los inicios configurativos de bastantes congregaciones. Las nuevas religiosas se quisieron denominar inicialmente Hijas de María Inmaculada y Mínimas de San Francisco de Asís. Lo último se prestaba a confusiones, porque, como es sabido, los frailes mínimos (y las monjas) tienen por fundador, no al Serafín de Asís, sino a San Francisco de Paula. El P. Juan Bautista Tornatore, primer director del instituto naciente, optó por la abuela de Jesús: se llamarían Hijas de Santa Ana, lo que Rosa María aceptó dócilmente.

En 1867 ingresaron de golpe veinte jóvenes. ¿Cómo configurar los cometidos concretos de una institución nacida con el

claro designio de la más absoluta dedicación a los necesitados? La luz llegó, tras mucha oración y consejo: servicio gratuito y a domicilio, día y noche, a los enfermos; asistencia a chicas en peligro, hospitales y escuelas. Con tan variados designios, la nueva congregación comenzó a extenderse rápidamente. Rosa María supo transmitir a cada monja el sentido materno con que trató en todo momento a cada pobre. Un aura de amor movía con fuerza sus alas expansivas, logrando ablandar el corazón de los poderosos. Por poner un ejemplo, nos referimos al caso de Sicilia. La presencia en la isla data del 24 de septiembre de 1876 en que abrió una casa en Agrigento para acoger huérfanos y estableció escuelas para niñas. El fracaso de esta fundación pareció agotarlo todo en los inicios. Pero ya en vida de la fundadora su obra contaba en Sicilia con sesenta casas, diez de ellas en la misma ciudad de Palermo. Su caridad heroica se evidenció sobre todo en 1887, cuando el cólera se cebó en la población. Entre sus benefactores más decididos están la princesa Alberca y el príncipe de Fitalia Jerónimo Settimo y la duquesa de Sorrento María Teresa Patti que pronto se convirtió en sor Ana María. Los sicilianos tenían la impresión de que las hijas de la beata Rosa, asociadas íntimamente a la pasión de Cristo, hacían sentir por doquier el amor misericordioso del Padre.

Nunca estuvo sola la fundadora. Además del apoyo inicial del arzobispo de Génova y del obispo de Piacenza, contó también en los comienzos con un estimulador singular, un lego capuchino con fama de santidad, fray Francisco de Camporosso, que previó sus tribulaciones y acertó a infundirle gran coraje. En el desarrollo del Instituto un gran colaborador fue el ya citado P. Juan Bautista Tornatore. Como buen hijo de San Vicente de Paúl, redactó con gran visión, a petición de la Gattorno, la regla definitiva, y con razón es considerado cofundador del Instituto. Ella aseguró el espíritu de donación materna, siempre solícita hacia las diversas formas con la única intención de servir a Jesús en sus miembros doloridos y de «evangelizar ante todo con la vida». La extensión de su obra está marcada por el reclamo de pobres y enfermos de cualquier enfermedad, personas solas, ancianas, abandonadas; los pequeños e indefensos; los adolescentes y las jóvenes *en peligro* a las que se proveía de

instruccion adecuada y la subsiguiente insercion en el mundo del trabajo.

A sus hijas las llamaba (¡he aquí un reflejo de la espiritualidad de San Vicente de Paúl!) «siervas de los pobres y ministras de la misericordia», repitiendo esta consigna literal: «Sean humildes [...] piensen que son las últimas y las más miserables de todas las criaturas que prestan sus servicios a la Iglesia de la que son hijas».

Sus biógrafos subrayan que no fueron ahorradas a la madre Rosa Gattorno pruebas, humillaciones, dificultades y tribulaciones de todo género. Algunos añaden que *a pesar de esto* el Instituto se difundió rápidamente. Debemos apostillar, por nuestra parte, que *precisamente por esto.* Fue, sin duda, el riego sacrificial que necesitó su árbol para crecer.

En sus escritos hay efusiones íntimas que traslucen su espíritu misionero:

> «Amor mio, como me siento arder de los deseos de hacerte conocer y amar de todos, quisiera atraer a todo el mundo, dar a todos, socorrer a todos [] quisiera correr por doquier y gritar fuerte para que todos te amen»

Así, ser «portavoz de Jesús» y hacer llegar a todos los hombres su amor misericordioso, fue el anhelo profundo de su corazón.

En 1878 las Hijas de Santa Ana estaban ya en Bolivia, después en Brasil, Chile, Perú, Eritrea, Francia, España... Ya antes, en 1873, se había establecido en Roma, donde organizó escuelas para niños y niñas pobres, jardines infantiles, asistencia a los hijos recién nacidos de las obreras de la manufactura de tabaco, casas para mujeres rescatadas de la prostitución, mujeres del servicio doméstico, enfermeras a domicilio. En Roma surgió también la Casa generalicia con la iglesia anexa. Su labor de organización, impulso misionero y estudio y solución de los mil problemas de cada día abrumarían a cualquiera, y, sin embargo, nada alteraba su continente sereno. Sin pretenderlo, ella misma nos ofrece la explicación: «En medio de tanto tumulto y un abismo de trabajo, nunca he quedado privada de la unión con mi Bien». Los éxitos expansivos la asentaban cada vez más en la humildad, sintiéndose «puro y simple instrumento en manos

del delicado Artífice», conformada con Cristo pobre y víctima de amor con él. He aquí otra de sus consignas lacónicas: «Vivir por Dios y morir por él, gastar la vida por amor». Su cuerpo lo fue pagando aceleradamente. Sus penitencias, los largos y extenuantes viajes, la extensísima correspondencia epistolar, las preocupaciones y grandes disgustos terminaron por extenuarla. En febrero de 1900 hizo presencia una grave enfermedad. El 4 de mayo recibió el sacramento de la unción de los enfermos. Dos días después se extinguía santamente en la Casa general. Dejaba establecidas en ese momento 368 casas, en las que cumplían su misión 3.500 hermanas. Su fama de santidad, ya irradiada en vida, se extiende rápidamente, después de su muerte y de modo ininterrumpido, por todo el mundo.

Siempre fiel a la llamada de Dios y auténtica maestra de la vida cristiana y eclesial, permaneció esencialmente madre: de sus hijos, que constantemente acompañó; de las hermanas, que profundamente amó; y de todos los necesitados, de los doloridos y desdichados, en cuyo rostro contempló al mismo Cristo, pobre, llagado y crucificado. Su carisma, como pone de relieve su último biógrafo, se ha difundido en la Iglesia con el surgir de otras formas de vida evangélica: hermanas de vida contemplativa, asociación religiosa de vida sacerdotal; instituto secular y movimiento eclesial de laicos... Está viva su presencia en Italia, Bolivia, Brasil, Perú, Chile, Argentina, Etiopía, Eritrea, Israel, Angola, México, Australia, India, Kenia, Filipinas y Estados Unidos.

En la homilía de su beatificación, el 9 de abril del año 2000, Juan Pablo II se pronunció con las siguientes palabras:

> «La beata Ana Rosa Gattorno, confiada totalmente en la Providencia y animada por un valiente espíritu de caridad, busco unicamente servir a Jesus en los miembros más dolientes y heridos de su Cuerpo, con sensibilidad y solicitud materna hacia toda miseria humana El singular testimonio de caridad que dio la nueva beata sigue constituyendo hoy un fuerte estímulo para todos los que en la Iglesia estan comprometidos a llevar, de modo mas especifico, el anuncio del amor de Dios, que cura las heridas de cada corazon y ofrece a todos la plenitud de la vida inmortal»

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

BARRA, G., *Non amo per scherzo. Madre Rosa Gattorno, fondatrice delle Figlie di S. Anna* (Turín ^{2}1981).

CONVERTINI, M. E., *Rosa Gattorno. Una madre* (Roma 1987).

FIOCCHI, A. M., *Rosa Gattorno, fundadora (1831-1900)* (Roma ^{2}1999).

IRIARTE, L., *Fisonomia spirituale di Rosa Gattorno: fondatrice delle Congregazione delle Figlie di Sant'Anna* (Roma 1989).

Rosa Gattorno, fundadora de la Congregación de las Hijas de Santa Ana. Breve bibliografía compilada por una Hija de Santa Ana, sor A. M. P C. (Lima 1941).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VENERIO DE MILÁN

Obispo († 409)

La Iglesia mediolanense conmemora en este día, y así lo recoge también el *Martirologio romano,* al obispo San Venerio. Él fue el decimotercer obispo de la sede, según los catálogos de dicha iglesia, y sucedió al obispo San Simplicio en el verano del año 400. Anteriormente era diácono de la misma Iglesia y había sido colaborador de San Ambrosio y uno de los que propusieron a San Simplicio para suceder al gran doctor de la Iglesia.

Se le conoce por sus relaciones con otras iglesias. El papa Anastasio I le pidió que velara por la recta doctrina en su zona, señalándole sobre todo la necesidad de oponerse a las enseñanzas de Orígenes. El santo lo hizo con firmeza, como sabemos por San Jerónimo. Hizo caso de la llamada que le hicieron los obispos africanos del concilio provincial de Cartago del año 401 pidiéndole les enviase algunos clérigos. Entre ellos fue el diácono Paulino, el que, a petición de San Agustín, escribió la vida de San Ambrosio. Cuando San Juan Crisóstomo fue injustamente depuesto en 404, se dirigió entre otros al obispo de Milán en demanda de defensa. Venerio respondió con caridad al santo perseguido.

Venerio hubo de ver cómo el emperador Honorio abandonaba Milán para fijar su residencia en Rávena, ya que consideraba aquella ciudad menos segura frente a los bárbaros, concretamente los visigodos que, al mando de Alarico, hostigaban todo el norte de Italia. Su muerte se produjo el año 409.

SAN EADBERTO DE LINDISFARNE

Obispo († 698)

Conocemos los datos de la vida de este santo por las noticias que proporciona San Beda el Venerable. Estaba ya acreditado por sus sólidos conocimientos bíblicos y su operante caridad con los pobres cuando en 688 es elegido para suceder al gran obispo San Cutberto en la sede de Lindisfarne en Inglaterra.

Fue un obispo responsable y celoso, que cuidó de apacentar su rebaño desde una profunda unión con Dios, y por ello cada año se iba un mes a una isla, donde se dedicaba por entero a la divina contemplación. Puso nuevo techo a la iglesia catedral de su diócesis que había sido construida en madera por su antecesor San Finiano cuarenta años antes. Y, persistiendo la fama de santidad de San Cutberto, mandó que se abriese su sepultura y se examinase su cuerpo, que resultó estar incorrupto. Entonces Eadberto mandó que el santo cuerpo fuera enterrado en una nueva tumba en la iglesia y se le diera públicamente culto como a santo. Por su parte dispuso que a él se le enterrara en la tumba donde había reposado San Cutberto. Su muerte fue poco después de este traslado de San Cutberto el año 698. Su memoria se celebra el 6 de mayo.

BEATO BARTOLOMÉ PUCCI-FRANCESCHI

Presbítero († 1330)

No se sabe exactamente en qué año nació pero debió ser hacia 1260 en Montepulciano, Italia, en el seno de una familia acomodada.

Llegada la juventud contrajo matrimonio y tuvo con su esposa varios hijos, llevando una vida normal y honesta. Estaban ya crecidos sus hijos cuando una idea se apoderó de su mente: quería consagrarse al Señor en la vida religiosa. Y una vez hubo afirmado este propósito en su corazón, habla claramente con su esposa y le dice cuál es su deseo. La buena mujer accede, diciéndole que ella no se presentará como obstáculo. E igualmente le dicen sus hijos que, por ver feliz a su padre, renuncian a tenerlo con ellos en la casa. Entonces, habiendo hecho formal dejación

de todos sus bienes en su esposa e hijos, convertido en pobre voluntario, opta por ingresar en la Orden del Poverello de Asís y pide ingreso en el convento franciscano de su ciudad.

Los franciscanos le dan acogida y él comienza un noviciado en el que muy pronto muestra la seriedad y solidez de su vocación religiosa, siendo admitido a la profesión. Él deseaba permanecer como hermano y dedicarse a los humildes trabajos de servicio a la comunidad. Pero su buena preparación cultural le hacía apto para el sacerdocio, y la obediencia le obliga a que se prepare convenientemente y se ordene sacerdote, lo que en virtud de esa obediencia él acepta.

Fue un religioso modelo. Alma de oración, abierto a acoger a todos los que acudían a él y volcado singularmente en los pobres y humildes, a los que dedica sus mejores afectos. Murió el 6 de mayo de 1330. León XIII confirmó su culto el 12 de junio de 1880.

BEATOS EDUARDO JONES Y ANTONIO MIDDLETON

Presbíteros y mártires († 1590)

Eduardo Jones había nacido hacia 1560 en el norte de Gales. En su juventud hizo un viaje por España, Grecia e Italia y en este viaje se decide por el catolicismo que abraza en Roma Opta por el sacerdocio y de Roma marcha a Reims a fin de estudiar teología en el Colegio Inglés. Se ordena sacerdote el 11 de junio de 1588 y en octubre de ese año vuelve a Inglaterra, donde comienza a ejercer su ministerio sacerdotal clandestinamente.

Antonio Middleton era natural de York y parece que de la misma edad que Eduardo, y era hijo de una familia acomodada. Decidida su vocación sacerdotal marcha a Reims donde estudia entre 1582 y 1586, en que se ordena sacerdote el 30 de mayo y regresa a Inglaterra. Tenía aspecto aniñado y se pensaba que ello le garantizaba poder pasar una larga temporada inadvertido.

Eduardo fue capturado a causa de la denuncia de una mujer que había fingido interés por el catolicismo y a la que Eduardo había aceptado para prepararla al ingreso en la Iglesia. El 1 de

mayo de 1590 se encontraba en una droguería de la calle Fleet, de Londres, cuando fue arrestado y llevado a la Torre, donde el despiadado Topcliff lo torturó de forma espantosa sin que lograra que el detenido reconociera intenciones políticas y antiestatales a su actividad religiosa pero sí reconoció que era sacerdote. Esto le valió que, pese a su elocuente defensa ante el tribunal, fuera condenado a muerte como traidor y propiciador de una invasión extranjera.

Antonio trabajó apostólicamente en Londres y se hospedaba en la casa de un tal Saunders en Clerkenwell. Solamente cuatro años pudo desempeñar su misión pues el 3 de mayo de 1590 era sorprendido en la casa que le hospedaba y junto con Eduardo Jones comparecio ante el tribunal, en el que negó con empeño cualquier intención política a su actividad. Fue condenado a muerte por los mismos motivos que su compañero.

Ambos fueron ejecutados el mismo día —6 de mayo de 1590— en Londres, pero mientras Eduardo lo era frente a la tienda en que había sido detenido, Antonio fue ahorcado y descuartizado junto a la casa en que había sido hospedado. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS ENRIQUE KACZOROWSKI Y CASIMIRO GOSTYNSKI

Presbíteros y mártires († 1942)

Entre los presos declarados «inválidos» que el 6 de mayo de 1942 fueron sacados del campo de Dachau para ser eliminados en la cámara de gas se encontraban estos dos sacerdotes polacos que coronaron con el martirio sus vidas de notable y fervoroso servicio a Dios y al bien de sus hermanos, servicio que en ambos casos había sido reconocido por la Iglesia.

Enrique había nacido en Bierzwienna el 10 de julio de 1888 y se había ordenado sacerdote el 13 de junio de 1914. Interrumpidos sus estudios por la guerra, durante la cual realizó diferentes apostolados por indicación de su obispo, terminó su doctorado de teología en Lublín y volvió a su diócesis, Wloclawek, donde fue nombrado profesor del seminario y director del Instituto Pío X. Rector del seminario entre 1928 y 1939, fue

también canónigo de la catedral. El Papa premió sus trabajos nombrándolo prelado doméstico. Al llegar la II Guerra Mundial intentó que prosiguiera la vida del seminario, pero fue arrestado el 7 de noviembre de 1939 y llevado al campo de Lad, y posteriormente al de Dachau. Aquí los trabajos y malos tratos minaron su salud, lo que le valió el calificativo de «inválido».

Casimiro nació en Varsovia el 8 de abril de 1884 en el seno de una familia rica. Tras estudiar en el seminario de Lublín, se ordenó sacerdote el 14 de junio de 1908. Marcha a Innsbruck a estudiar teología moral y a su vuelta a la diócesis es profesor en el seminario y en un instituto. En 1915 funda el Instituto Jan Zamoyski que dirige durante 18 años, por cuya labor es nombrado canónigo de la catedral y prelado doméstico de Su Santidad. Desde 1935 es rector de la Iglesia de la Victoria y se dedica al apostolado entre los intelectuales, la juventud masculina y el movimiento scout. Arrestado el 11 de enero de 1940, está hasta junio en el castillo de Lublín, de donde pasa al campo de concentración de Sachsenhausen y luego al de Dachau. El hambre, los trabajos y las miserias del campo arruinaron su salud y por ello fue declarado «inválido». Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

7 de mayo

A) Martirologio

1 En Roma, la conmemoracion de Santa (Flavia) Domitila (s I), martir **

2 En Nicomedia de Bitinia, los santos Flavio y quince compañeros (s III-IV), martires

3 En Le Mans, San Cenerico (s VII), diacono y solitario

4 En Beverley (Nortumbria), San Juan († 721), obispo de York *

5 En el monasterio de Niedenburg (Baviera), Beata Gisela († 1060), primero esposa del rey San Esteban de Hungria, y luego, ya viuda, abadesa *

6 En Kiev (Rusia), San Antonio († 1073), ermitaño

7 En Cremona (Lombardia), Beato Alberto de Bergamo († 1279), labrador *

8 En Roma, Beata Rosa Venerini († 1728), virgen **

9 En Genova (Italia), San Agustín Roscelli († 1902), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María **

10 En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Antonio Bajewski († 1941), presbítero, de la Orden de Franciscanos Conventuales, mártir *

B) Biografías extensas

SANTA (FLAVIA) DOMITILA

Mártir († s. I)

Son varias las damas Flavia Domitila pertenecientes todas al tronco de los Flavios, familia señorial y noble vinculada a los grandes emperadores de Roma, en el siglo I de nuestra era y de las que nos habla elogiosamente la historia.

Flavio Clemente, cónsul el año 95, sobrino del emperador Vespasiano, estaba casado con Flavia Domitila. Al no tener descendencia directa el emperador, debería haber dejado heredero a uno de los hijos de Flavio Clemente, pero no sucedió así y sus sucesores fueron Tito y Domiciano, sus sobrinos carnales.

A las puertas mismas del trono imperial estuvo llamando quien hubiera podido ser un primer emperador cristiano, pues Flavia Domitila y su esposo Flavio Clemente eran oficialmente cristianos. Aprovechando la tranquilidad que siguió a la persecución de Nerón contra los cristianos, la Iglesia pudo gozar de un amplio período de paz mientras reinaban los emperadores Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano y Tito, los dos últimos de la familia de los Flavios.

Desgraciadamente la situación no fue definitiva y pronto las cosas comenzaron a marchar por un camino muy contrario. Domiciano, ya emperador, desató una nueva y violenta persecución contra los cristianos.

Posiblemente en aquellos primeros momentos, bajo el nombre común de paganos, se identificaba a cristianos y judíos y Vespasiano y Tito habían declarado la guerra a los judíos, llegando incluso a destruir la ciudad santa de Jerusalén y depor-

tando al pueblo hebreo. Unos y otros coincidían en no adorar a los ídolos, dioses oficiales del Imperio.

Alarmado por la abundancia de esos que ellos llamaban paganos y que ya dejaban sentir su presencia en todos los estamentos del Imperio, incluso los más señoriales, Domiciano juzga el hecho como un peligro y se propone acabar con ellos. Entre los primeros de la lista indudablemente se encontraban los de su propia familia, como Flavio Clemente y su esposa Domitila. Flavio desde luego fue martirizado, junto con su mujer según algunos, aunque quizás, con más probabilidad, ésta por su rango de nobleza y su cualidad de mujer, de acuerdo con las leyes del imperio, fue desterrada a la isla de Pandataria, que actualmente con el nombre de Santa María se halla a la entrada del golfo de Gaeta, entre las islas de Ponza e Ischia.

Las islas Ponza y Pandataria eran dos de los lugares frecuentemente utilizados para servir de destierro a los proscritos por los emperadores. No debe extrañar que a veces se utilicen como sinónimos ambos nombres. En cualquier caso, los cristianos consideraron siempre que se trataba de un prolongado martirio y así celebraron a Domitila como una de sus mártires cualificadas.

Estos datos, plenamente garantizados por la historia, por normales parecieron insuficientes a los primeros cristianos, y como cosa frecuente cuando se habla de ellos, se introdujeron nuevos elementos plenamente legendarios. Recordamos algunos por muy conocidos.

Domitila marcharía al destierro, para luego conseguir que le fuera levantado el destierro y de vuelta a la ciudad trajo a su casa a dos jóvenes llamadas Eufrosina y Teodora, hermanas de leche de la propia Domitila, atraídas al principio con promesas de hacerlas triunfar en lo humano. Pero el sentimiento de aquellos primeros cristianos no descansaba nunca y con lentitud pero con constancia la intrépida Domitila las fue seduciendo con el espíritu de sus propias creencias hasta convencerlas del valor de su conversión y entrega a Cristo. El golpe definitivo vendría de la mano providencial de Dios, pues, para garantizar el valor de sus afirmaciones, Domitila mandó traer a una joven muda, que servía a Teodora. Por la sola oración de la santa

«desatósela la lengua, y las primeras palabras en que prorrumpió fueron publicar que no había otro Dios como el Dios de los cristianos. A vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron a sus pies y se declararon cristianas» (J. Croisset).

Llegada al emperador Aureliano la noticia de los hechos ocurridos, enfurecido, mandó prender fuego a la casa de Domitila y las tres sufrieron glorioso martirio. Sobre el lugar donde fueron enterrados sus cuerpos se levantaría luego una iglesia en su nombre.

Hay autores que se inclinan por afirmar que la Flavia Domitila protagonista de esta segunda historia es una joven distinta, que incluso era virgen y que ofrendó a Dios su virginidad al lado de sus compañeras conversas. Conocemos autores que nos hablan de Flavia Domitila sin más por una lado y de Flavia Domitila *la Joven,* por otro, consagrando así la presencia de dos mártires muy cercanas en el tiempo.

Quizás ambos extremos resulten posibles. Pero a nosotros lo que nos interesa destacar es que nos hallamos ante una de tantas bellas páginas que escribieron los cristianos de los primeros siglos, quienes para abrillantar la emoción de sus recuerdos no tenían inconveniente en complementar los datos históricos con otros transmitidos por la leyenda. Algo que no empaña la veracidad sustancial de los hechos sino que los agiganta y transforma. También resulta posible la presencia de dos santas con el mismo nombre.

La fiesta de Santa Domitila se celebraba inicialmente unida a la de los Santos Nereo y Aquiles o Achileo el 12 de mayo. Una situación que se explica por el hecho de que ambos santos estuvieron enterrados en el cementerio de Santa Domitila en la vía Ardeatina. En época reciente ha pasado al 7 de mayo, ella sola independiente.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Art. «Flavia Domitila», en *Diccionario Espasa.* Tomo letra F, p.25-26.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año. Mayo* (Madrid 1867) 240s.

«Los mártires de la nobleza bajo Domiciano», en D. RUIZ BUENO (ed.), *Actas de los mártires* (Madrid ^{5}2003) 233-238.

BEATA ROSA VENERINI

Virgen († 1728)

Rosa nació en Viterbo, el 9 de febrero de 1656, hija de Goffredo, médico, y de María Zampichetti, de una linajuda familia viterbense. Fue la tercera de cuatro hermanos, en este orden: Domenico, María Maddalena, Rosa y Orazio. En 1657 una terrible peste asola el Lacio, y el doctor Venerini se prodiga abnegadamente a favor de los damnificados.

Rosa, dotada de inteligencia y sensibilidad no comunes, tenía ante sí la doble posibilidad de una mujer de su tiempo: el matrimonio o la clausura. Pero en su interior, ella se sentía urgida a otra misión, ventajosa para la sociedad y la Iglesia. Sabría esperar la hora de Dios, alimentando, mientras tanto, su recia y sincera piedad con la ardiente espiritualidad de Santo Domingo, por el contacto con los dominicos del Santuario de la Madonna de la Quercia, y con la ascesis, austera y equilibrada, de San Ignacio de Loyola, por la dirección de los jesuitas.

Mientras se educaba en un monasterio de su ciudad natal, murió en extrañas circunstancias el joven del que estaba enamorada, y ella recordó entonces el voto de consagrarse enteramente a Dios, que de forma infantil había hecho a sus siete años. A los veinte, en el otoño de 1676, ingresó como externa en el monasterio dominicano de Santa Catalina en Viterbo, para conocer la vida claustral, pero salió pronto, al ver que la vida que allí se llevaba no era la que ella había deseado. Durante los años siguientes, 1677 a 1680, la muerte del padre, de la madre, del hermano Domenico, y el matrimonio de María Maddalena, diezmaron la familia. A sus 24 años, Rosa quedó sola con su hermano Orazio.

En este período fue guiada por el Padre Ventura Blandinelli, de la Compañía de Jesús, cuyos miembros regentaban entonces en Viterbo un floreciente colegio. Después, Rosa se dirigiría con el Padre Domenico Balestra, también jesuita. Por aquella epoca, 1680 a 1685, ella comenzó a reunir jóvenes y mujeres del vecindario en su casa para hacer oración y rezar el Rosario. Entonces se encontró con la pobreza espiritual y cultural imperante en el pueblo y comprendió la necesidad de una misión más alta que, paso a paso, le haría ver la urgencia de dedicarse a

la instrucción y formación de las jóvenes. Más tarde, abrió una escuela de catecismo en toda regla. Llena de energía y decisión, Rosa no perdería tiempo en emprender el nuevo camino, que había madurado durante diez largos años de discernimiento y seria reflexión.

> «Para poder proveer a la educación de las chicas del pueblo, privadas de medios (las jóvenes de familias pudientes eran educadas en los monasterios), orientada por el Padre Ignacio Martinelli, jesuita (1633-1716), y con la ayuda de dos maestras que ella había preparado —Girolama Coluzelli y Porzia Bacci—, Rosa inicio una escuela popular —la primera escuela publica femenina en Italia—, abierta en Viterbo en 30 de agosto de 1685 con la aprobacion del Ordinario del lugar, Arzobispo de Viterbo y despues cardenal Urbano Sacchetti, y del General de la Compañia de Jesus, Padre Carlo de Noyelle»

Como reacción a la Reforma, en la segunda mitad del siglo XVI, había surgido la preocupación por la enseñanza de la doctrina cristiana, en particular a los niños. Con tal motivo, no pocos Institutos religiosos comenzaron a fundar numerosas «Escuelas de la doctrina cristiana», que no eran propiamente escuelas en el sentido moderno del término, sino reuniones dominicales de formación cristiana. Las «Escuelas pías» de Rosa Venerini no son sino una prolongación de estas «Escuelas de la doctrina cristiana». El primer paso, en este sentido, ya lo había dado San José de Calasanz, quien en abril de 1597 abría en Roma la primera «Escuela pía gratuita». *Escuela,* porque allí se enseñaban las nociones básicas para una formación integral, *pia,* porque tenía como fundamento la instrucción religiosa, *gratuita,* porque se ordenaba, sobre todo, a educar a los hijos del pueblo. La iniciativa de Calasanz tuvo tanto éxito, que la denominación «Escuelas pías» quedó reservada a sus escuelas por decreto de Urbano VIII en 1630, aunque, realmente, no se encontraba otro término para referirse a las numerosas escuelas que surgían independientemente de los Escolapios.

En cuanto a la educación de las niñas, en la época de Rosa Venerini adquiría dos modalidades. La primera, ya tradicional, comprendía todas las instituciones clásicas de la vida religiosa. Incluso las monjas de clausura, eran muchas veces obligadas a tener una escuela para niñas. Estas escuelas, obviamente, no

eran susceptibles de una gran expansión, toda vez que exigían un monasterio, con personal «docente» del mismo, y no era posible trasladar las maestras de una localidad a otra, según las necesidades. Por otro lado, en este tipo de escuelas se educaban casi exclusivamente muchachas de familias nobles, dada la necesidad de medios económicos para mantener los monasterios. La segunda modalidad educativa era típica de los nuevos institutos o congregaciones que estaban surgiendo en aquella época. No ligados a clausura, con gobierno centralizado, y teniendo como carisma específico la educación de la juventud, dichos institutos resultaban más adaptados a las exigencias de su tiempo. Y así, nacieron en gran número las congregaciones para la educación de los chicos, pero muy pocos dedicados a las niñas, pues que la mentalidad reinante no era propensa a que una mujer se impusiera en las letras. En Italia, uno de los Institutos pioneros en esta misión fue el de las Ursulinas, con Santa Ángela de Mérici.

En Viterbo, donde surge la primera escuela de Rosa Venerini, el problema era acuciante. En todos los Estados Pontificios (Viterbo era capital de la Provincia del Patrimonio) existían numerosas «Escuelas de la doctrina cristiana», y para educar a las niñas se recurría, cuando era posible, a los monasterios. En Roma, en el año 1655, se llegó a abrir una escuela gratuita para las niñas de las clases populares de la ciudad, a expensas de la *Elemosineria Pontificia.* En Viterbo esta posibilidad no existía; se contaba únicamente con los nueve monasterios de la villa.

Las *zitellas,* como eran inicialmente llamadas las jóvenes reunidas en torno a Rosa, no vivían en conventos, ni eran terciarias, sino que, como seglares, vistiendo hábito negro, habían escogido a San Ignacio de Loyola como protector, porque «había instituido la Compañía de Jesús para la educación de los jóvenes en las letras y en la doctrina cristiana». El influjo de la espiritualidad ignaciana distingue la piedad de Rosa y de sus primeras hijas. Para sus maestras, Rosa pedía al Espíritu Santo «una chispita del fuego con que él se dignó inflamar el corazón de los apóstoles». Quería que tuviesen, como los primeros cristianos, «un solo corazón y una sola alma» para testimoniar y predicar el amor de Dios. Sabía que la eficacia misionera se derivaba de la participación en el misterio eucarístico. Su perma-

nente obsesión era «que la sangre preciosa del unigénito Hijo de Dios no se haya vertido en vano».

Inicialmente, Rosa pensó en ocuparse sólo de las niñas de las clases bajas; más tarde, siguiendo el consejo del P. Martinelli, aceptó también en sus escuelas a chicas de familias nobles, por el bien que de ello se podía derivar: se trataba de la elevación espiritual y la sana emancipación de la mujer.

Las escuelas de Rosa Venerini eran, según la mentalidad de su tiempo, principalmente escuelas de instrucción cristiana: además del catecismo (impartido según la «Doctrina cristiana» de San Roberto Belarmino) se enseñaba a las chicas a rezar, a prepararse para recibir los sacramentos... Se las imponía, asimismo, en las labores femeninas y, en general, en todo aquello que una mujer debía saber para gobernar adecuadamente su casa. Con el tiempo, Rosa impuso un reglamento e, inspirándose en la Compañía de Jesús, colocó la meditación matutina como base de la jornada de las maestras: el día quedaba así libre para dedicarlo a la escuela; a la tarde, tenía lugar la plegaria vespertina. La fundadora vio la conveniencia de que en cada escuela hubiese al menos tres maestras, tras la experiencia negativa de los casos en los que hubo sólo dos. El primer reglamento, un volumen de 83 páginas, con el título *Relaciones de los Ejercicios que se practican en Viterbo destinados a instruir a las jóvenes en la Doctrina,* fue dado a la estampa, por primera vez, en 1714, y reimpreso en 1718.

Rosa quiso desde el principio que su obra y sus maestras tuviesen proyección fuera de Viterbo. Por eso aceptó la propuesta del cardenal Marcantonio Barbarigo de erigir una escuela en su diócesis de Montefiascone, en 1692. Dos años más tarde regresó a Viterbo, dejando en Montefiascone a Lucía Filippini, hoy santa, una de las maestras que ella había formado, al frente de un grupo de escuelas que, por expreso deseo del cardenal, mantendrían siempre una cierta autonomía de las de Viterbo. Esto hizo que, para distinguirlas, las de Montefiascone fueran llamadas Maestras Pías del cardenal Barbarigo, Maestras Pías Operarias, por los padres que las dirigían, o Maestras Pías de Santa Águeda de los Godos o del Monte, por el lugar de su casa principal. En Roma, serían denominadas incluso Maestras santas, y, ya en el siglo XIX, Maestras Pías Filippini.

La diversa dirección espiritual de las Maestras Pías (Jesuitas en Viterbo, Píos Operarios en Montefiascone) trajo consigo una notable diferenciación de los dos grupos. Así, por ejemplo, en Montefiascone se usaban prácticas ascéticas externas incompatibles con el estilo de la Compañía, y las escuelas tenían casi el aspecto de un noviciado.

Vuelta a Viterbo en 1694, y a requerimiento de cardenales, obispos y nobles, Rosa realizó nuevas fundaciones dentro de la diócesis, en Bagnaia y Oriolo —esta última, con la bendición del príncipe Altieri— y, a partir de 1700, también fuera de la diócesis. En 1707, la fundadora tenía bajo su dirección dieciséis escuelas, situadas en las diócesis de Viterbo, Tuscania, Orvieto, Bagnoregio, Orte, Gallese y Sutri. En este mismo año fue llamada por Lucía Filippini (que había sido acusada de quietismo) a sustituirla en la escuela que ella había abierto en Roma. Rosa acudió a la Ciudad Eterna pero, no pudiendo continuar la actividad, se detuvo allí muy poco tiempo, retornando a Viterbo en 1708. Esto provocó en la curia romana y en el pueblo en general una cierta desestima de su instituto, y de hecho, de 1708 a 1713, Rosa no pudo abrir sino dos o tres nuevas escuelas, mientras que las escuelas de las Filippini comenzaron, desde 1711, una notable expansión.

El P. Martinelli vio en el distanciamiento de Roma un desprestigio para la Compañía de Jesús, que dirigía espiritualmente las escuelas viterbenses. Por eso Rosa volvió a intentar la fundación de una escuela en Roma, lo que llevó a cabo, por fin, en la parroquia de San Venancio, el 18 de diciembre de 1713, con la ayuda del abate Giacomo degli Atti, de la alta nobleza de Viterbo, y con las maestras Lucía Coluzelli, Margherita Casali y Virginia.

En 1714, la Congregación de Propaganda Fide aprueba el primer proyecto educativo de Rosa. El papa Clemente XI, el 24 de octubre de 1716, quiso visitar su escuela romana, acompañado por ocho cardenales. Después de haber asistido a las lecciones, el Pontífice se dirigió a la fundadora en estos términos: «Señora Rosa, vos nos ayudáis a cumplir nuestro oficio, llegando allí donde Nos no podemos. Os lo agradecemos mucho». Y aún añadió: «Con estas escuelas, santificaréis Roma».

El 26 de noviembre de 1716, Rosa trasladó la escuela a una casa más idónea, cerca de la plaza y la parroquia de San Marcos y, al mes siguiente, abrió otra junto a la Fontana de Trevi, en el Quirinale. Desde la fundación de la escuela romana, el Instituto tuvo su propio cardenal protector, el primero de los cuales fue Giuseppe Sacripanti. A la muerte de la fundadora (que permaneció en Roma desde 1713), la obra contaba con cuarenta escuelas, esparcidas en diecisiete diócesis, a excepción de las de la diócesis de Montefiascone, que pasaron a la dirección de Santa Lucía Filippini, dando origen al Instituto de las Maestras Pías Filippini.

Rosa Venerini murió en Roma, en la escuela de San Marcos, el 7 de mayo de 1728, a la edad de 72 años, en olor de santidad, y fue sepultada en la Iglesia del Gesù. Poco antes de morir había dicho: «Me siento tan inclinada a la voluntad de Dios que no me importa ni la vida ni la muerte, quiero sólo lo que él quiera y [...] nada más». Su Santidad el papa Pío XII reconoció la heroicidad de sus virtudes el 6 de marzo de 1949. El 13 de enero de 1952 fue aprobado el milagro para su beatificación, que tuvo lugar el 4 de mayo del mismo año.

La Beata es considerada una de las precursoras del movimiento pedagógico de los siglos XVII y XVIII, por el método que ella ideó y publicó en 1714, y por el mérito de haber sido la primera en Italia que hizo posible la escuela gratuita para todas las niñas. Rosa Venerini proclamó con su vida el evangelio de la salvación. Fue la suya, en palabras del cardenal Pietro Palazzini con motivo del tercer centenario de la fundación de su Obra, «una mística de servicio en el amor», que no conoce el descanso. Afrontó desprecios, peligros, desconfianzas, humillaciones, todo con los ojos fijos en el Crucificado. De la oración, del sacrificio eucarístico, de la meditación cotidiana, sacó la energía para desempeñar su asombrosa misión educativa.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

ANGELI, R., *Rosa Venerini, una guida per la gioventù* (Livorno ca.1974).

MACHIFTTI, S. S., *Rosa Venerini all'origine della scuola popolare femminile. L'azione educativa del suo Istituto dal 1685 ad oggi* (Brescia 1986).

ROSSI, R., «Maestre Pie Venerini»: *Quaderni Franzoniani Semestrale di bibliografia e cultura ligure* 8 (1995) n 2

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Beatificationis et canonizationis famulae Dei Rosae Venerini, fundatricis Magistrarum Piarum quae ab eius cognomine nuncupantur († 1728)* Vol. 2a· *Positio super virtutibus ex officio compilata* (Roma 1942).

L'Osservatore Romano (10-8-2001)

SAN AGUSTÍN ROSCELLI

Presbítero y fundador († 1902)

Nació Agustín Roscelli en la aldea genovesa de Bargone de Casarza Ligure, en el seno de una familia humilde y de pocos recursos materiales, pero abundante en virtudes cristianas, dos aspectos de su biografía que explican la personalidad y los valores de este sacerdote que figura en la lista de los primeros santos del tercer milenio, sólo seis años después de haber sido beatificado. El 7 de mayo de 1995 y el 10 de junio de 2001 son las gloriosas fechas, respectivamente, de su beatificación y canonización.

En la ceremonia de canonización, celebrada ante la fachada de la Basílica de San Pedro, Juan Pablo II subrayó la «fe profunda» del nuevo santo, que le infundió consuelo en las ásperas dificultades de su vida, le sirvió de «fuerte roca» a la que se agarró para no caer en el desaliento, y que, además, supo comunicarla abundantemente en el ejercicio del ministerio de la confesión. «Llegó a ser —dijo— maestro de vida espiritual, especialmente para las religiosas que fundó, que lo vieron sereno en las más críticas situaciones».

El ambiente campesino del lugar —a unos cincuenta kilómetros de Génova— donde nació Agustín Roscelli el 27 de julio de 1818 y la ayuda que tuvo que prestar a sus padres Domingo Roscelli y María Gianelli en las tareas de labranza y cuidando del pequeño rebaño que poseía la familia, le facilitó la comprensión de la alegoría evangélica del buen pastor, una experiencia a la que entregó lo mejor de su vida pastoral.

Cristiano desde el mismo día de su nacimiento, ya que recibió el bautismo sin demora, debido a que su estado de salud al nacer era muy delicado y se temía por su vida, fue durante todo el resto de sus días un cristiano sencillo, muy cercano a Dios y

muy ajeno a las cosas temporales. La hermana M. Querubina, con palabras oídas al confesor del santo, hacía esta síntesis de su semblanza, la exterior e interior: «Tiene apariencia de poca cosa, pero en realidad es un alma grande».

Esta apariencia de poca cosa, de no darse importancia, es no sólo una apreciación frecuente, reflejada en determinados testimonios contemporáneos que lo describen como un hombre corriente, que «no trata de ser considerado por nadie», sino que él mismo se autorretrata con esta simple, honda, humilde y pastoral definición. Se ve y se siente como «un pobre cura». Y «pobre sacerdote» es lo que —según el cardenal genovés José Siri— quiso Agustín Roscelli que se escribiese, como inscripción, sobre la cruz de madera de su tumba. La predilección por esta frase, aunque no lo parezca, reúne lo esencial de su estilo sacerdotal, marcado por una extraordinaria normalidad.

El cardenal Dionisio Tettamanzi, arzobispo de Génova durante las fechas de la santificación de Roscelli, al hacer la semblanza de este santo genovés dibuja un retrato sacerdotal «desarmante» por su normalidad, ya que ejerció «un ministerio del todo igual al de cualquier sacerdote». En consecuencia, no hay en su vida nada postizo y ruidoso, todo lo hizo en silencio, sin gestos solemnes, ni siquiera se le conocen otros escritos que los necesarios para cumplir con su deber. «Hay poco que contar» acerca de este hombre —insistía Siri—, pero si algo brilla en él con luz propia es «el pudor sublime de querer ser conocido sólo por el Padre, que está en los cielos».

Esta amistosa convivencia de lo ordinario y de lo extraordinario, esta vida llena de gestos cotidianos y colmada de espiritualidad, ofrecen de Agustín Roscelli una envidiable imagen de sencillez y al mismo tiempo de fascinación, pues la extraordinaria naturalidad con que expresa su riqueza espiritual la convierten en espontánea pero también en grandemente atractiva. En una palabra, consigue hacer extraordinariamente bien las cosas más ordinarias.

Se entregó con absoluta naturalidad a ser un sacerdote de vida interior vibrante, virtuoso, dedicado a ser buen pastor, educador de la fe y guía espiritual. Para lograrlo tuvo que superar numerosas dificultades hasta su ordenación el 19 de sep-

tiembre de 1846. Contaba en aquel momento 28 años, algunos más que los habituales en un ordenando diocesano de la época. Y es que el chico nacido en Bargone, a unos pocos kilómetros del mar de Liguria, inteligente y un tanto reservado, recibió la primera enseñanza escolar del párroco del pueblo, don Andrés Garibaldi. Pero un día la parroquia organizó una misión encomendada al arcipreste de Chiavari, Antonio María Gianelli —Pío XII lo convirtió en San Antonio María Gianelli en 1951—, y en aquel mes de mayo de 1835 recibió un toque interior, la llamada al sacerdocio, y desde el otoño de aquel mismo año se traslada a Génova para emprender sus estudios.

No le fue nada fácil salir adelante debido a problemas económicos que tuvo que afrontar por sí mismo con tenacidad extraordinaria, intensa oración y unas cuantas personas que le echaron una mano y paliaron sus dificultades. El que se distinguió en la ayuda de una manera más eficaz fue el arcipreste Gianelli, nombrado obispo de Bobbio en 1838, quien le procuró un puesto de sacristán y custodio en la iglesia del Conservatorio de las Hijas de San José en San Rocchino, de la que era director. Un año antes de su ordenación —según atestiguó el rector de aquella institución— Agustín había sido un «diligente prefecto».

El primer destino sacerdotal de Agustín Roscelli fue el barrio de San Martín de Albaro de Génova, una zona populosa y de aluvión donde hervía la ciudad con todas sus necesidades y posibilidades, trabajo y miseria, lacras sociales y morales, donde había pícaros y prostitutas. El padre Roscelli puso en marcha el espíritu de buen pastor y fue descubriendo en el ejercicio del ministerio una triste realidad llena de peligros, sobre todo para muchas chicas que, con la idea de encontrar trabajo en la gran ciudad, habían dejado sus pueblos y se veían tentadas o enredadas en el ejercicio de la prostitución. La constatación de estos problemas le llegaba a través del confesonario, un ministerio que ejerció con total entrega. El diario goteo de esta realidad le torturaba el espíritu pensando en aquellas víctimas de la soledad, zarandeadas por la pobreza.

La asiduidad con que se sentaba en el confesonario y el conocimiento que le procuraba sobre el tajo pastoral de su barrio le abrió perspectivas en su ministerio y le fue comprometiendo

en nuevos campos, siempre en contacto con los más pobres, los de mayores problemas y los menos apreciados socialmente. Algunas jóvenes, dirigidas espiritualmente por él, le ayudan en sus proyectos de dignificación de la mujer y fundan unos *talleres de costura* donde las niñas reciben instrucción general, educación cristiana y enseñanza profesional. Pero se ocupa también, al mismo tiempo, de cuidar de los *chicos de la calle,* y en 1858 comienza a echar una mano en la Obra de los Artesanitos (Artiglianelli), institución fundada por el padre Francisco Montebruno en Génova, un centro educativo y de aprendizaje laboral.

Más adelante, en 1872, se entrega a una nueva actividad pastoral, un apostolado especialmente difícil y comprometido, muy relacionado con las miserias morales y sociales que crecían en Génova, ciudad portuaria con grandes dosis de delincuencia. El mundo de chicos y chicas que frecuentaba como educador le dio a conocer y le puso en contacto con una juventud problematizada, jóvenes reclusos de la cárcel de San Andrés, donde el cura Roscelli llevaba consuelo personal y dispensaba el sacramento de la reconciliación.

Dos años más tarde se hace cargo de la capellanía de un nuevo orfanato provincial, a cuyo servicio estuvo 22 años, y desde la que ofreció amor generoso a los miles de niños y niñas que pasaron por la institución y ayudó a muchas madres solteras, tratando de sacarlas de la situación en que habían caído por falta de trabajo. En aquel hospicio llegó el padre Roscelli a administrar 8.484 bautizos, según consta en el registro oficial de la casa. Una actividad pastoral la suya alimentada con la oración, pues el santo sabía de sobra que los buenos rendimientos de una obra de apostolado no se deben principalmente a las propias fuerzas sino a la ayuda de Dios.

Estaba visto que la gran preocupación del cura Agustín Roscelli por la situación de desamparo de la juventud, y muy en particular de las chicas que eran explotadas en su trabajo o en el peor de los casos accedían a vender su cuerpo, tenía que cuajar en una iniciativa que sobrepasase la simple experiencia. Se convertiría en una propuesta de fondo y en una decisión estable.

Aquellos talleres de costura se transformaron en verdaderas escuelas taller, donde las chicas recibían acompañamiento mo-

ral y objetivos claros de actuación, así como un trabajo con el que ganarse honestamente la vida. Con la atención de estos locales, verdaderos centros de capacitación profesional y de sólida formación cristiana, fue granando la idea de una congregación religiosa que se ocupara de este apostolado social. Las colaboradoras que dirigían los talleres, las maestras de costura, estaban convencidas de que su consagración religiosa y un compromiso de vida comunitaria darían fuerza a su apostolado. Agustín Roscelli se decide a fundar una congregación.

La iniciativa obtuvo los mejores estímulos del obispo Salvador Magnasco y el propio padre Roscelli apuntó a lo más alto en sus consultas. Le contó sus planes al papa Pío IX, y éste le respondió: «Dios te bendiga y bendiga tu buena obra». Con tales palabras de ánimo y de aprobación, como aceptación de la voluntad de Dios, el 15 de octubre de 1876 cumple el sueño de fundar la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María de Génova. Unos días después, el 22 de octubre, les entregó el hábito religioso a las primeras hijas de la nueva congregación. Para ellas llegó a ser un maestro de vida espiritual en el que pudieron ver siempre, aun en las situaciones más críticas, a un hombre sereno y lleno de fe. La finalidad de la fundación, según indican las primeras Constituciones, consistía en «atender a la propia santificacion y colaborar a la santificación del prójimo... mediante el ejercicio de obras de caridad hacia el prójimo, especialmente con la buena educación e instrucción de las niñas de toda condición». La obra, aunque nacida en Génova, se ha difundido por Italia y algunos países de Latinoamérica.

Este «pobre cura», como a él le gustaba llamarse, humilde y silencioso, ha despertado grandes admiraciones. Albino Luciani, antes de ser Juan Pablo I, escribió sobre este santo que «supo enlazar magníficamente la actividad de los tiempos modernos con una profunda vida interior». En sus contados escritos, dirigidos a sus religiosas, sobresalen con limpieza algunos pensamientos:

> «Si somos ignorantes —escribe sobre la bienaventuranza de los pobres de espíritu—, en el nombre de Jesus encontramos la sabiduría, si enfermos la salud, si pobres el necesario socorro, si hambrientos el alimento, si débiles la fortaleza, si pecadores la gracia, la

redencion, la santidad Podemos decir de Jesus, con todo el corazon, que el solo es nuestro todo»

Sobre la caridad, a la que no se le puede poner coto «porque es inmensa como inmenso Dios en el que tiene su origen», dice que su manifestación, en cuanto amor a Dios y al prójimo, es como «dos anillos que forman una misma cadena». O la equilibrada dosis entre oración y acción, resumida en esta frase: «La oración ayuda a actuar bien, lo mismo que la acción bien hecha ayuda a orar bien».

Este «pobre cura» genovés, del que dicen sus biógrafos que durante la misa, después de la consagración, se quedaba como arrobado mirando las especies eucarísticas en silencio y en este sacramento encontraba no sólo la fuente de su espiritualidad sino también de su caridad pastoral, murió en Génova el 7 de mayo de 1902, dos meses antes de cumplir 84 años.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ARDITO, D , *Un umile prete di ieri* (Genova 1935)
«Juan Pablo II canoniza a los primeros santos del tercer milenio» *Ecclesia* (2001) n 3053, p 22 23
TITTAMANZI, D , *Agostino Roscelli* (Casale Monferrato 2001)
L'Osservatore Romano (10 6-2001) 10

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN JUAN DE BEVERLEY
Obispo († 721)

Este santo fue muy venerado en Inglaterra y su tumba fue meta de peregrinaciones hasta la llegada de las novedades religiosas introducidas por Enrique VIII. Nació en Harpham en el Yorkshire y se educó en la escuela catedralicia de Canterbury, cuando dirigía esta escuela San Adrián.

Decidida su vocación monástica entró en el doble monasterio de Whitby, dirigido entonces por la abadesa Santa Hilda. Fue un monje magnífico que se acreditó por sus virtudes entre sus hermanos.

El año 687 fue elegido y consagrado obispo de Hexham, y aquí se distinguió por su caridad con los pobres y por sus eximias dotes como pastor, a lo que se unió la fama de que hacía milagros. En este tiempo de su episcopado en Hexham él ordenó sacerdote a San Beda el Venerable. Echaba de menos el claustro y se retiraba a la soledad algunos tiempos para satisfacer su íntimo deseo.

El año 705 fue trasladado a la sede de York, donde perseveró en su misma línea pastoral, dándole siempre una gran importancia a la predicación, de la que fue cuidadoso y asiduo ministro. Doce años después de su nombramiento para York hizo dimisión del obispado y se retiró a vivir en el monasterio de Beverley que él mismo había fundado. Las razones que dio para dimitir fueron sus achaques que le impedían realizar su tarea pastoral con la amplitud debida. En el monasterio vivió todavía cuatro años dedicado a la oración y la penitencia. Murió el 7 de mayo de 721. San Juan Fisher, natural de Beverley, le tenía gran devoción.

BEATA GISELA

Abadesa († 1060)

Gisela pasa a la historia como la esposa de San Esteban de Hungría, el gran líder político y religioso que inaugura el reino húngaro cristiano. Ella era hija de Enrique II de Baviera y de Gisela de Borgoña. Casó con Esteban de Hungría en 996, poco antes de que a él le fuera reconocida por el papa la dignidad real.

Durante cuarenta años ella estuvo al lado del rey apoyando su obra religiosa con gran fervor, sobre todo en la construcción de iglesias y monasterios y en la labor de evangelización de los paganos. Pasó por la pena de perder a su hijo San Emerico. Cuando en 1038 quedó viuda y comprobó que el sucesor de su esposo no la miraba con buenos ojos, abandonó la corte y se fue al monasterio benedictino de Niedenburg, junto a Passau, donde tomó el santo hábito e hizo la profesión religiosa, olvidando su antigua dignidad real e integrándose humildemente en la comunidad.

Las monjas reconocieron las dotes humanas y religiosas de Gisela y por ello la nombraron su abadesa. Ella perseveró con humildad y constancia en la vida religiosa hasta su santa muerte el 7 de mayo de 1060, siendo enseguida su tumba objeto de veneración y lugar de peregrinación.

BEATO ALBERTO DE BÉRGAMO

Seglar († 1279)

Alberto nace en Villa di Ogna hacia 1210 en el seno de una familia labradora. Llegado a la juventud se unió a los suyos en la labranza de los campos y contrajo matrimonio. Pero era muy dado a las obras de caridad y su esposa no participaba de este sentimiento, por lo que le reprochaba que daba más limosna de lo prudente y que ese dinero debía permanecer en el hogar. Los hermanos de Alberto le daban la razón a la esposa de éste. Se cuenta que el Señor socorrió a Alberto compensando de forma milagrosa lo que él daba de limosna.

Acuciado por las dificultades e incomprendido en su hogar, la situación se volvió tan tensa que los hermanos lo expulsaron de la casa. Él entonces decide marchar a Cremona, donde se gana la vida trabajando en el campo y haciendo otros trabajos y compartiendo sus haberes con los pobres. Vivía una vida pobre y austera, llena de una inmensa piedad. Se hizo terciario dominico y procuró santificarse en el seno de esta Orden seglar. Peregrinó a Roma, Santiago de Compostela y Tierra Santa. Murió en Cremona el 7 de mayo de 1279. Su culto fue confirmado el 9 de mayo de 1748.

BEATO ANTONIO BAJEWSKI

Presbítero y mártir († 1941)

Juan Eugenio Bajewski nació en Vilna, Lituania, el 17 de enero de 1915, hijo único de padres de situación acomodada. Ya desde la escuela elemental mostró sus grandes dotes intelectuales así como su facilidad para el aprendizaje de idiomas. Se sentía llamado al sacerdocio y la vida religiosa, pero como halla-

ba mucha resistencia en su familia, se decidió primero por el seminario mayor de Vilna en 1933 y al año siguiente, siguiendo los deseos de su corazón, pasó a la Orden Franciscana, en la rama de los conventuales.

Acogido en la Orden el 17 de agosto de 1934, recibió el hábito religioso el 1 de septiembre de dicho año, cambiando su nombre por el de Antonio. Hizo el noviciado en Niepokalanów y emitió los primeros votos religiosos el 2 de septiembre de 1935. Continuó los estudios teológicos en el seminario franciscano de Cracovia, donde hizo la profesión solemne el 1 de noviembre de 1938 y se ordenó sacerdote el 1 de mayo de 1939.

Enviado en julio de ese mismo año al convento de Niepokalanów, San Maximiliano Kolbe lo eligió como su segundo sustituto, pero su débil salud le obligó a pasar varios meses en la enfermería de Lasek, a dos kilómetros de su convento.

Cuando llegó la II Guerra Mundial continuó en dicha casa al lado de San Maximiliano Kolbe, con el cual y otros religiosos fue arrestado el 17 de febrero de 1941 y llevado a la cárcel de la calle Pawiak, de Varsovia. Aquí estuvo hasta que en abril fue llevado al campo de concentración de Auschwitz. El hambre, los malos tratos, los trabajos forzados y las miserias que padecía pudieron con su salud, siempre débil, y por ello murió de agotamiento el 7 de mayo de 1941. Todos habían comprobado en él al verdadero hombre de Dios, lleno de espiritualidad y celo por la gloria de Dios, inteligente y activo, motivo por el cual San Maximiliano Kolbe lo había elegido como uno de sus colaboradores. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

8 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Milan (Liguria), la conmemoración de San Victor († 304), martir *

2. En Bizancio, San Acacio (s IV), soldado y mártir

3. En Auxerre (Galia Lugdunense), San Eladio (s IV), obispo

4. En el Monte Escitis (Egipto), San Arsenio (s. IV-V), diácono y solitario.

5. En el territorio catalaunense en la Galia, San Gibriano († 515), presbítero.

6. En Bourges (Aquitania), San Desiderato († 550), obispo.

7. En Roma, San Bonifacio IV († 615), papa **.

8. En Roma, San Benedicto II († 685), papa *.

9. En Verona, San Metrón (s. VIII), ermitaño.

10. En Roermond (Brabante), San Wirón († 753), evangelizador del país *.

11. En Saludecio del Piceno (Italia), Beato Amado Ronconi (s. XIII), seglar *.

12 En el Monasterio de Santa María della Serra (Piceno), Beato Ángel de Massaccio († 1458), presbítero, de la Orden Camaldulense, mártir *.

13. En Randaccio (Sicilia), Beato Luis Rabatà († 1490), presbítero de la Orden Carmelita *.

14. En Québec (Canadá), Beata María Catalina de San Agustín Symon de Longprey († 1668), virgen, de las Hermanas Hospitalarias de la Misericordia **.

15. En Hegne (Alemania), Beata Ulrica Nisch († 1913), virgen, de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN BONIFACIO IV

Papa († 615)

No suelen ser muy pródigos en noticias los autores, incluso los que escriben la historia de la Iglesia, con relación a este papa Bonifacio IV, santo de la Iglesia.

En su haber hay un hecho por el que se le recordará siempre, ya que él fue quien convirtió en templo cristiano el célebre Panteón de Agripa, el mayor de los templos romanos que ha llegado hasta nosotros y en el que el diámetro de su cúpula sólo es superado por el de la de San Pedro del Vaticano.

El templo original fue fundado por Agripa, yerno de Augusto, en el año 27 a.C. Inicialmente rectangular, lo transformaron en pronaos el año 120 d.C., cuando Adriano decidió su ampliación. Las 16 columnas del pronaos miden más de 12 metros de altura. Su diámetro interior circular y su altura superan los 43 metros.

Estaba consagrado a Júpiter vengador, a Venus y a Marte. San Bonifacio lo consagró para dedicarlo al culto de la Virgen y a todos los mártires cristianos con el nombre de *Sancta Maria ad Martyres*. Para ello obtuvo la cesión y el permiso del emperador Focas, deseoso de ganarse el afecto del pueblo de Roma. La fecha de su dedicación, el 13 de mayo del año 609, marca un hito importante en la historia de Roma, pues es el primer ejemplo de transformación oficial de un templo pagano en lugar cristiano de culto. Un hecho mucho más trascendente si tenemos en cuenta que en aquella zona, el llamado Campo de Marte, la presencia de lo pagano era mucho más significativa.

Para ello hizo llegar hasta aquí gran cantidad de huesos enterrados en las catacumbas, depositándolos en una piscina o recipiente de pórfido, bajo el altar mayor. Se dice que llegaron en veintiocho carretas, trasladadas desde las diversas catacumbas de la ciudad.

Bonifacio era hijo de Juan, médico, nacido en la ciudad de Valeria, territorio marso. Durante el pontificado de San Gregorio I Magno (590-604), ocupó el cargo de diácono o dispensator de la Iglesia, funcionario encargado de la administración del patrimonio de la Iglesia.

Sucedió en la silla papal a Bonifacio III, que solamente la ocupó durante nueve meses.

Fue consagrado pontífice el 25 de agosto del 608 y murió el 8 de mayo del 615. O según otros del 15 de septiembre del 608 al 25 de mayo de 615. Un pontificado breve pero intenso.

En su tiempo, Melitón, primer obispo de Londres, llegó a Roma para consultar una serie de cuestiones relativas a la Iglesia de Inglaterra. Coincidiendo su presencia con la celebración de un concilio en la ciudad, fue invitado a participar.

En ese concilio se debatían cuestiones importantes relativas a la *vida y paz monásticas de los monjes*. De regreso a Inglaterra se llevó los decretos del concilio, junto a una serie de cartas del Papa para el entonces obispo de Canterbury, para el clero inglés, el rey Etelberto y el mismo pueblo de Inglaterra, donde marcaba las orientaciones que debía observar la Iglesia de Inglaterra.

Hacia el año 612 San Columbano, monje irlandés afincado en Bobbio, Italia, a instancias de Agilulfo, rey de los lombardos,

fue persuadido para que dirigiera a Bonifacio IV una carta sobre la condena de los *tres capítulos*. Se pretendía en ella o mejor se acusaba al Papa de herejía por haber aprobado el concilio de Constantinopla del año 553, le exhortaba a convocar un concilio y demostrar su ortodoxia. Pero la carta, cuya trascendencia no parece haber adivinado San Columbano, no perturbó para nada el ánimo de San Bonifacio, quien supo reconducir la situación, y el mismo Columbano siguió adicto a las enseñanzas del propio Papa. Las relaciones con los bizantinos se renovaron varias veces durante su pontificado.

Bonifacio IV conoció múltiples calamidades, como fueron una serie de inundaciones, hambres y pestes que asolaron a la ciudad de Roma, donde, como auténtico pastor de su grey, demostró su exquisita caridad. Fundó para ello varios hospitales. E instituyó el derecho de asilo en las iglesias.

Aumentando las contradicciones, en su tiempo se efectuó la invasión de Asia Menor por los persas. Los longobardos causaron una serie de disturbios en el norte de Italia y los merovingios en las Galias. Finalmente, aparece el Islam, un hecho llamado a tener tremenda repercusión en el mundo, incluidas las religiones.

Nada de todo esto pudo alterar la ecuanimidad del espíritu monástico de Bonifacio. Al contrario, convirtió su casa en un monasterio benedictino, congregación a la que él mismo pertenecía y en ella murió. Fue enterrado en el pórtico de San Pedro, pero sus restos, trasladados de lugar en varias ocasiones, terminaron por reposar definitivamente en el nuevo San Pedro del Vaticano, el 21 de octubre de 1603.

El gran prmotor de su culto fue otro Papa con idéntico nombre, Bonifacio VIII, quien le dedicó una capilla, levantada sobre su sepulcro, en los últimos años del siglo X.

JOSÉ SENDIN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ADRO, X., *Bonifacio VIII* (Barcelona 1971)

ANDRES, G. DE, «Speculum pontificale de Juan Ignotus. Poema sobre la vida del papa Bonifacio VIII»: *Hispania Sacra* 90 (1992) 745-787.

Diccionario Espasa. Tomo letra B, p 10

PIRIZ DI URBI I, J. (ed.), *Crónica general de la Orden de San Benito* (Biblioteca de autores españoles, 123-125, Madrid 1959-1960), 3 vols.

BEATA MARÍA CATALINA DE SAN AGUSTÍN

Virgen († 1668)

Religiosa profesa y virgen de la Orden de San Agustín en las Monjas Hospitalarias de la Misericordia, la Beata María Catalina de San Agustín, en el mundo Catalina Symon de Longprey, nació el 3 de mayo de 1632 junto a *Saint-Sauveur-le-Vicomte,* en Normandía (Francia), del noble y cristiano matrimonio formado por Santiago Symon de Longprey y Francisca Jourdan de Launay. Ese mismo día recibió el sacramento del bautismo, sobre cuya pila se le impuso el nombre de Catalina. Como la buena semilla en tierra de pan llevar produce el ciento por uno, así la gracia bautismal empezó inmediatamente a germinar abundante y generosa en aquel corazón de niña y a revelarse bella en flores de primavera y fecunda en frutos de verano.

Educada por sus padres, Catalina entra pronto en contacto con los pobres y los enfermos que su abuela recibe en casa. No tiene más que tres años cuando pregunta a un padre jesuita amigo de la familia qué hace falta para agradar a Dios, y éste se vale de un enfermo para explicar a la pequeña que es así, aceptando su enfermedad, como aquel desventurado cumple la voluntad divina. Será la idea central de su vida. Desde tierna infancia, pues, resuelve agradar a Dios en todo y darse por entero a la vocación misionera, de suerte que sus esfuerzos van a ir desde entonces dirigidos no sólo a evitar a todo trance cualquier asomo de pecado por nimio que sea, sino a poner el mayor cuidado del mundo por llevar una vida santa, observar una conducta intachable, un hacer y quehacer calcados del Evangelio, traducido todo unas veces en culto rendido a Dios con oraciones y sacramentos, y otras en el ejercicio de una diaconía permanente de misericordia y compasión, a base de servir sin condiciones a los pobres y necesitados.

El 8 de septiembre de 1642 Catalina Symon de Longprey da su nombre a la Sociedad Marial para el Rosario y la Alianza «Hominibus servitute liberandis» y se entrega a la bienaventurada Virgen María mediante un compromiso escrito que firma con su sangre. A los doce años y medio entra en las Agustinas de Bayeux, o sea, las Monjas Hospitalarias de la Misericordia, Orden de San Agustín, en cuya casa noviciado de Autún toma

el hábito religioso a los catorce de edad, el 24 de octubre de 1646: se llamará en adelante María Catalina de San Agustín. Luego de haber cumplido perfectamente el (tirocinio) anual de prueba, vuelve a consagrarse dócil y sumisa a la Madre de Dios. El 4 de mayo de 1648, poco después de haber resuelto en serio marcharse al Canadá para ejercer allí de misionera hasta la muerte, emite la profesión religiosa. A la corta edad de dieciséis años, el 31 de mayo de 1648, sor Catalina deja Francia rumbo a tan lejano país. Responde así a una demanda de ayuda de las primeras religiosas hospitalarias que acaban de fundar el primer hospital en América al norte de México, el Hôtel-Dieu de Quebec, establecido en Nueva Francia después de 1639.

El viaje por mar dura tres meses, larga travesía llena de vicisitudes durante la cual contrae la peste, de la que acabará curada gracias a la Virgen María. Muy joven aún, comprende que tiene una gran misión que cumplir en tierras canadienses. El 19 de agosto de 1648 llega a Quebec. Todo le parece nuevo en aquellos parajes fríos, regados tiempo atrás por la sangre de numerosos mártires. Metida luego de mente y corazón en la diaria convivencia entre las tribus indias, se pone intrépidamente manos a la obra, resuelta a no ser menos a la hora de sobrellevar el duro trabajo de sus predecesores. Muy pronto deja entrever excelentes cualidades de enfermera y hace gala de un sentido práctico admirable, lo que, como es natural, contribuye a crearle sin tardanza y por doquier una aureola de cordialidad y simpatía entre los lugareños que no tarda en producir copiosos frutos. Es amada por todos.

Con sobrenatural entrega a las obras de caridad y dispuesto su espíritu noble a sufrir cuantas penalidades y penurias haga falta, sin reparar ni en fatigas apostólicas ni en sobresaltos innúmeros originados por el riesgo permanente de un trabajo difícil de suyo, María Catalina de San Agustín sabe mostrarse acabado modelo de sencillez y ejemplo a seguir en la sístole y la diástole de lo que hoy conocemos como evangelización e inculturación; animada, diríase también, del arrojo paulino en cuanto a gastarse y desgastarse por Cristo, a la manera del Apóstol de las gentes en la nueva causa abrazada allá en lejanas tierras quebecenses. Para el mejor desempeño de tan exigente misión, aprende

las lenguas de los nativos y se dedica de cuerpo y alma al cuidado hospitalario de los enfermos, a los que procura dispensar ese cariño que a veces la vida, dura ella, les niega, amén de la solicitud que a menudo sus semejantes, especialmente los más cercanos, son incapaces de prestar, y que ella, monja agustina y misionera hospitalaria de la misericordia al fin, lleva en el alma grabado a fuego, como ardiente distintivo del hermoso carisma nacido al socaire de la primera gracia bautismal, cuando aún no había sonado la hora de su consagración religiosa.

A la vista de tan excelentes cualidades, ya de la naturaleza ya de la gracia, no se hace esperar el reconocimiento de los superiores, quienes acuerdan ponerla pronto al frente de diversos oficios. Ejerce en el seno de la comunidad, en efecto, funciones de ecónoma, de maestra de novicias y de directora general del hospital, y pone corazón y alma en el apostolado de los enfermos y de los más desprotegidos. Nada se reservaba para sí, con todos y sin descanso se prodigaba en el desempeño de sus funciones, presa de ardiente celo por la salvación de las almas y en íntima y deliciosa unión con Dios, de quien siempre se profesó fidelísima sierva. Agraciada con dones del cielo y brillante su alma de luz mística, tan señalados favores de lo alto fueron luego conocidos y reconocidos por sacerdotes e ilustres maestros de espíritu, incluido el hoy Beato Francisco Montmorency Laval, primer obispo de Quebec.

María Catalina de San Agustín hará de su consagración misionera y agustiniana una verdadera diaconía con los demás, un servicio, diríase, humilde y sencillo y rendido al divino amor. Se cuenta del misionero jesuita Paul Ragueneau, nacido en París el 18 de marzo de 1608 y fallecido en la misma ciudad el 8 de septiembre de 1680, es decir, contemporáneo de nuestra Beata, que fue enviado él también a Quebec en 1636, donde empezó luego a trabajar entre los Hurones con Le Moyne, Depron, Jogues y Garnier, bajo las órdenes de Brébeuf, durante el largo y doloroso período anterior a la conversión de esa nación. Paul Ragueneau fue nombrado en 1645 superior de la misión de los Hurones, a la sazón con 18 colaboradores, y en 1650, vicerrector del colegio de Quebec y superior de la misión de Canadá. Fue durante ese tiempo cuando le cupo la suerte de dirigir por los caminos de la santi-

dad a un alma tan altamente privilegiada como la de nuestra hermana Catalina de San Agustín, cuya biografía llegó a escribir en 1671, convirtiéndose por ello en uno de los primeros biografos.

Entre los prodigios atribuidos a la Beata María Catalina, se cuenta igualmente que, en la comarca de su convento, habitaba una mujer llamada María, como ella, la cual desde su juventud había llevado una vida escandalosa. Pasados los años y en vista de nula corrección, la gente del lugar, hastiada por sus desórdenes, resolvió expulsarla de la ciudad y relegarla a una caverna, donde murió poco después sin sacramentos ni auxilio humano alguno. Ni siquiera cristiana sepultura, pues fue enterrada en el campo, como un animal. Sor Catalina, que tenía la piadosa costumbre de encomendar a Dios las personas conocidas que partían a la otra vida, no pensó en la vieja pecadora, creyéndola, según opinión común, caso perdido. Cuatro años después de aquella extraña muerte, estando nuestra religiosa en oración, sintió de pronto una voz del más allá que le decía:

— «¡Sor Catalina, que desgracia la mia! ¡Tu oras por todos los que mueren, tan solo de mi pobre alma no tienes compasion!»

— «¿Quien eres?», pregunta la religiosa

— «Yo soy, responde la voz, esa pobre alma que murio abandonada en la caverna»

— «¡Pero como!, ¿te has salvado?», exclama llena de asombro Catalina

— «Si, responde esta, me he salvado por la misericordia de la Santisima Virgen En mis últimos momentos, de todos abandonada, y viendome manchada de pecados, me dirigi a la Madre de Dios y le dije con fervor "¡Oh tu, refugio de los abandonados, tu eres mi unica esperanza, ven en mi ayuda!" Mi oracion no fue inutil A la intercesion de la Virgen Maria debo el haber escapado del infierno Esta Reina de misericordia me ha obtenido tambien que la duracion de mi purgatorio fuese breve Solo necesito que se apliquen algunas misas Encargalas por mi y te prometo que, cuando yo este en el cielo, no dejare de interceder por ti ante Dios y su Santisima Madre»

Celebrados sin demora los sufragios, sor Maria Catalina alcanzó a ver el alma de aquella desventurada mujer, brillante ya como el sol, y sintió de nuevo aquella voz manifestándole su gratitud.

«Gracias, Catalina El paraiso ha sido abierto para mi y alla voy a celebrar las misericordias del Señor Intercedere por ti»

Sea cierta en todos su extremos o sólo en parte, esta curiosa historia revela que la misericordia divina está siempre por encima de las misericordias humanas, lo mismo de santos que de beatos o de gente bien y que, a la postre, siempre hemos de fiarnos más de Dios que de los hombres. En todo caso, es un hermoso cántico a la poderosa intercesión de la bienaventurada Virgen María y estampa digna de las mejores evocaciones a la Virgen del Carmen, una de esas piadosas historias de santos y beatos protectores de las benditas almas del Purgatorio, como San Nicolás de Tolentino, por no salirnos de la Orden de San Agustín a la que María Catalina pertenecía. Estampas así fortalecen la confianza en la divina misericordia que dispone las cosas para edificación de santos y pecadores, y que incita a rezar, si cabe, con más fervor aún el 2 de noviembre. Ningún difunto, pues, ni siquiera el más pecador, debe quedar desamparado y sin esa bendita limosna de nuestra oración.

Cumplió María Catalina en el Canadá una misión apostólica de gran envergadura al servicio de la joven Iglesia en aquel nuevo país del que ella, con mucho ardor y fervor y entusiasmo, hizo su segunda patria. Falleció el 8 de mayo de 1668 en el Hôtel-Dieu de Quebec a la edad de 36 años, en la flor de su juventud como quien dice, después de corta enfermedad. Antes de entrar en el eterno gozo de la verdad, el *gaudium de veritate* como decía San Agustín, recordando su permanente consagración a Dios exclamó por tres veces las palabras finales del Te Deum: «En ti, Señor, confié, no me veré defraudada para siempre» *(In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum).*

Había gozado Catalina, ya en vida, de fama de santa; y ésta, por cierto, no hizo sino crecer a raíz de la muerte, vistos las gracias y favores obtenidos por su intercesión. De ahí que, practicadas las diligencias propias del caso, se iniciase en 1923 el proceso de canonización. La curia arzobispal quebecense fue instruyendo desde 1923 hasta 1926 el ordinario informativo, y la episcopal augustodunense entre 1924 y 1925 el rogatorial. Concluida la *Positio super introductione causae et virtutibus,* moderando el oficio histórico de la Congregación para las Causas de los Santos, fue sometida al dictamen de los consultores históricos y

luego a estos mismos y los consultores teólogos así como a los cardenales y obispos que, con su aprobación, dieron luz verde a los trámites finales.

Presente el Papa, le fue reconocida mediante decreto del 9 de junio de 1984 la heroicidad de las virtudes teologales y cardinales y el resto a ellas anejas. Instruido el proceso canónico en la curia arzobispal de Quebec entre el 6 de diciembre de 1967 y el 16 de febrero de 1968 sobre la prodigiosa curación de la niña María Josefa Roy obtenida por intercesión de nuestra Sierva de Dios, el 9 de marzo de 1984 pasó el caso a la Congregación para las Causas de los Santos en Roma.

Preparado el sumario acerca del milagro *(Summarium super miraculo)* y sometido a examen por la comisión de médicos nombrada al efecto en dicho dicasterio entre los días 18 de marzo de 1987 y 23 de marzo de 1988 y superado positivamente, el 17 de junio fue sometido el caso al juicio de los consultores teólogos y el 15 de noviembre del mismo año al de cardenales y obispos. Por decreto «super miro» del 28 de noviembre del mismo 1988, Juan Pablo II confirmó ser verdadero el milagro que Dios había hecho por intercesión de la venerable María Catalina de San Agustín.

Fijada por fin la fecha de beatificación, el Papa determinó incluir a María Catalina en el grupo de los beatos Martín de San Nicolás, Melchor de San Agustín, María de Jesús Buen Pastor, María Margarita Caiani y declarar en la Basílica de San Pedro con la fórmula solemne que todos ellos fuesen en adelante llamados beatos, disponiendo, además, el 8 de mayo como día del culto a la Beata Catalina en los lugares y modos establecidos por el derecho. Esto ocurría el 23 de abril de 1989, ese año V Domingo de Pascua. Subieron también con ella a los altares dos agustinos recoletos españoles, misioneros mártires en Japón, y dos fundadoras de institutos religiosos, italiana una y polaca otra. Los cinco como «hombres y mujeres que Cristo ha formado en el Espíritu Santo» a cuya luz nos es dado comprender el valor del martirio, la fuerza de la caridad modelada sobre el Corazón de Cristo, la paciente fidelidad en la dedicación a la misión y el ardiente celo para conservar en la verdadera fe familias y hermanos en dificultad.

En la parte de la homilía a ella reservada, Juan Pablo II pronunció en francés este bello pensamiento:

> «*Como yo os he amado* (Jn 13,34) Esta es la regla del amor de los cristianos Dejarse arrebatar por Cristo, amar con El, realizar todas sus acciones de acuerdo con su infinita generosidad Maria Catalina de San Agustin estuvo animada por dicho amor Muy pronto, respondio al llamamiento del Señor, sin reservas, humildemente fiel a toda la exigencia espiritual, comunitaria, apostolica y caritativa que caracterizaba la vida de las agustinas de la misericordia Ella supo ser para Dios y no tener otro interes que su servicio En el secreto de su alma, le fue concedido estar siempre presente en Dios, en el Cristo Redentor Permanecia unida al Sagrado Corazon de Jesus y depositaba toda su confianza en el Santo Corazon de Maria Los dolorosos tormentos de la tentacion no pudieron afectar a su serenidad, ni debilitar una experiencia mistica fuera de lo comun Pero el sufrimiento intimo y oculto era aceptado por ella "tomando sobre si las miserias y los males de los demas" Frente a los pecados de los hombres su respuesta era el sacrificio de si misma, en union con la Cruz del Salvador "a fin de ganar los corazones para Dios"»

Impulsada por un ardiente deseo misionero, acudió a echar una mano a sus hermanas en Canadá, país al que amará con todas sus fuerzas, hasta el extremo de considerarlo, ya digo, su segunda patria. Apóstol infatigable, ella supo mostrarse tan generosa para desempeñar las pesadas tareas como infinitamente hábil y paciente para cuidar con delicado amor de los enfermos. En la primavera espiritual de la primera etapa de la Iglesia en Canada, se puede inscribir entre los «fundadores» a María Catalina, esta religiosa cuya «mano como también el corazón no eran otra cosa que caridad». Vistoso y perfumado jardín el de la Iglesia canadiense de aquella primera hora fundacional, en él sobresale por su belleza y finura, esto es, por su virtud y hermosura dignas de las mejores hijas de Francia, la Beata María Catalina de San Agustín Familiarizada desde el noviciado con la *Regla de San Agustín* habia aprendido a observar la vida religiosa movida por la caridad, como enamorada de la belleza espiritual, e inflamada por el buen olor de Cristo, no como sierva bajo la ley, sino como persona libre bajo la gracia (cf. n.48).

Desde pequeña, habían llegado muy al fondo de su corazón de oro las inquietudes misioneras, y se puede afirmar que no parece sino que hubieran sido escritas pensando en tan extraor-

dinaria mujer las luminosas palabras del Concilio Vaticano II en el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia:

> «Aunque a todo discípulo de Cristo le incumbe la tarea de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere, para que le acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia institutos que tomen como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia» (AG 23).

Por haberse ofrecido a Dios entregando su vida a la Iglesia y a la salvación de la Nueva Francia, María Catalina de San Agustín puede ser considerada con todo derecho cofundadora de la Iglesia del Canadá, puesto que, unida a los misioneros aquellos de la hora de prima que en el siglo XVII pusieron las bases de la casa edificada sobre roca, contribuyó a la consolidación de la joven Iglesia canadiense. Hoy funciona un centro a ella dedicado *(Centre Catherine de Saint-Augustin)* sito en el viejo Quebec, no lejos del hospital donde nuestra Beata trabajó y se santificó (32 rue Charlevoix près du Pavillon l'Hôtel-Dieu), en cuyas dependencias obra un departamento de documentación, una galería de fotos y una exposición de objetos sobre su vida, así como libros en francés e inglés mayormente, y medallas, estatuas y objetos piadosos que dan cuenta de su memoria y mantienen vivo el fuego sagrado de su devoción.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 81 (1989) 1095-1100

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM [card. FELICI, praefectus], «III. Quebecen Canonizationis Ven. Servae Dei Mariae Catharinae a S. Augustino (in saec.: Catharinae Symon de Longprey), Monialis professae Hospitalarium a Misericordia O.S.A. (1632-1668) [28.XI.1988]»: AAS 81 (1989) 576-577.

GERVAIS, E., SJ, *Beata Maria Catalina de San Agustín 1632-1668* (Asunción, Paraguay 1999).

HUDON, L., SJ, *Une fleur mystique de la Nouvelle-France Vie de Marie-Catherine de Saint-Augustin 1632-1668, religieuse de l'Hôtel-Dieu du Précieux-Sang de Québec* (Montréal 1907, reimp. 1983).

JUAN PABLO II, «Homilía durante la proclamacion de cinco nuevos Beatos: Martin y Melchor, María Margarita Caiani, María Catalina de San Agustín y Francisca Siedliska»: *Ecclesia* (1989) n.2424, p 34-36.

JUAN PABLO II, «Venerabili Servae Dei Mariae Catharinae a S. Augustino Beatorum honores decernuntur (23-IV-1989)»: *AAS* 82 (1990) 652-655.
La Religión (Caracas, martes 29-5-2001).
LANGLOIS, Y., *L'expérience de Dieu avec Catherine de Saint-Augustin* (Bouchervilie 1999).
«María Catalina de San Agustín (Catalina de Longprey) († 1668)», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Mayo* (Madrid 2001) 135.
Martyrologium romanum, o.c., 261, n.14 *; 731.
MERLAUD, A., *L'épopée fantastique d'une jeune Normande, Catherine de Longpré* (París 1981)
L'Osservatore Romano (24 y 25-4-1989).
RAGUENEAU, P., SJ, *La vie de la Mère Catherine de Saint-Augustin, religieuse de la miséricorde, de Québec en la Nouvelle-France* (París 1671; reimp. 1977).
SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, Officium historicum, Quebecen. *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Catharinae a Sancto Augustino (in saec. Catharinae Symon de Longprey) monialis professae sororum hospitalarium a misericordia O. S. Augustini († 1668). Positio super introductione causae et virtutibus ex officio concinnata* (Roma 1974).

BEATA ULRICA NISCH

Virgen († 1913)

El 18 de septiembre del año 1882 nació en Oberdorf-Mittelbiberach (Württemberg) una niña, hija de Ulrico Nisch y Clotilde Dettenrieder, una pareja de jóvenes enamorados que aún no se habían esposado y matrimoniaron en 1883. Recibió las aguas sacramentales al día siguiente, imponiéndole el nombre de Francisca. Sus pobres padres tuvieron catorce hijos, sobreviviendo sólo cinco. Los tiempos realmente eran malos para los campesinos pues el progresivo avance de la industria parecía arrasarlo todo, aumentando la masa rural que partía hacia las grandes ciudades, buscando mejor rendimiento a su trabajo pero encontrando las señaladas injusticias sociales y abandono cultural.

El abnegado esfuerzo paterno trabajando a diario de sol a sol la pequeña hacienda familiar no se veía recompensado, ni podía hacer frente con regularidad al pago de los préstamos adquiridos. Alquiló el horno comunal pero debía buscarse la leña para mantenerlo encendido, adquiriendo, además, la harina a crédito. Desde su nacimiento estuvo en casa de su tía Gertrudis, pero regresó al hogar familiar a los seis años, ingresando en la escuela elemental de Unterstadion. Profundamente creyentes, sus progenitores le inculcaron un gran reconocimiento a la Pro-

videncia, confiando siempre en Dios. No tenía motivos para ser alegre, era poco comunicativa, pero tenía una mirada «luminosa». Su ayuda en los trabajos caseros fue constante, pesando mucho en su ánimo las reprimendas de su padre, particularmente severo con ella.

Al fracasar el horno su padre buscó nuevo empleo, regresando la pequeña al hogar de tía Gertrudis, donde en 1895 recibió la primera comunión y fue confirmada, logrando una mayor tranquilidad familiar. Comienza a madurar una idea que con el tiempo será una realidad: hacerse monja. Hasta 1904 estuvo entregada a diversos menesteres de servicio doméstico para ayudar económicamente a los suyos, pero enfermó de erisipela con una fiebre muy alta y tuvo que ser internada en el hospital de Rorschach (Suiza), donde permaneció aislada para evitar el contagio. Durante estos días confidenció con el Padre Helg su deseo de entrar en un convento «para sufrir mucho, y morir muy pronto para estar con el Redentor». El benemérito sacerdote la disuadió de entrar en un convento de clausura, invitándola a profesar en las religiosas de la Santa Cruz, que la habían atendido durante su enfermedad. Definitivamente profesaría en la vida activa. El 17 de octubre de 1904 entra en el convento de Hegne, ciudad próxima a Constanza, profesando el 24 de abril de 1907 sin poder aportar más que una parte de su dote, entregándose a todos los trabajos, ofreciéndose voluntaria para velar a las enfermas en las vigilias, ayudando a las religiosas desvalidas. Era toda de Dios. Al día siguiente de su profesión fue destinada como ayudante de la cocinera. Ése será su campo de acción hasta su muerte, sabiendo descifrar la voluntad de Dios en las circunstancias, aceptándola totalmente, trabajando con precisión absoluta, pues no hay obstáculos para la santidad.

La ausencia de signos premonitorios y su absoluto aislamiento caracterizan la vida de esta mujer. ¿Qué podía haber hecho de extraordinario una monja que pasó toda su vida en la cocina, preparando comidas para la comunidad? Pero Dios escoge lo que quiere, y viviendo al margen de la familia, de la sociedad, e incluso marginada de alguna manera en su propio convento, debajo de la aparente normalidad aparece una riqueza espiritual increíble. Nunca sabremos lo que sentía su alma

llena de Dios, pero sí conocemos el testimonio de miles de personas que han acudido a su intercesión, visitando su tumba. Un peregrinaje popular, al margen de cualquier pretensión y organización oficial.

Pobre, aún más, pobrísima, acepta ser la última en la mansión más humilde: la cocina, donde se la consideraba un poco tonta, deseando siempre rezar, con una pobreza radical de tal modo que su «nada» la hizo inmensamente rica del amor de Dios: «Todo por amor al Redentor y el Señor estará contento». El ejemplo que daba con su «perfecta normalidad» dejaba una buena señal. Hasta el verano de 1908 permaneció en Buhl, siendo transferida en esa fecha a San Vicente de Baden-Baden, un vasto complejo con un asilo para niños, un pabellón de jóvenes, un ambulatorio y una casa de reposo, con una cocina única para todos. La religiosa encargada la regañaba frecuentemente, por cualquier motivo, protestando siempre, pero ella mantenía su espíritu sereno y alegre, dando gracias a Dios al sonar cada hora, repitiendo esta oración:

> «Te doy gracias Dios mio por todas las horas de mi vida Dame la gracia de vivir en plenitud y morir serenamente Te lo pido por el Corazon de Maria y las Llagas de Jesus a cada hora»

Su testimonio invitaba a las aprendices a considerar su vida a la luz del amor de Cristo, evitando los comentarios mundanos y enseñándoles algunos secretos culinarios. El Rosario y las cinco Llagas constituían su oficio divino, prácticas cotidianas en la cocina, sufriendo en silencio las humillaciones y sufrimientos. Los pobres que llamaban a la puerta eran consolados y atendidos, acogiéndolos con gran afecto, exhortándoles con palabras y dándoles alimentos con el corazón caritativo y lleno de ternura Disponible siempre para todos, siempre invitando al trabajo con alegría serena.

En 1910 fue intervenida en una operación que aceptó y soportó con gran tranquilidad. Un mal de cabeza que producía una grave inflamación en los ojos: «Esta vida es dura, pero para ir al cielo es necesario andar por un camino de espinas». El carisma de su congregación, la «santa Cruz», la ayudaba a vivir el empeño a diario, en sintonía con Cristo crucificado, aceptando el sufrimiento físico y moral, la cruz, para imitar mejor al mode-

lo, Cristo crucificado. Precisamente las diferencias entre la cocinera y sor Ulrica, fueron abriendo gradualmente los ojos de la superiora sobre las desconocidas virtudes y sus extraordinarias experiencias espirituales, mientras era reprendida con dureza por cualquier pequeño error. Las religiosas se sentían atraídas por la «alegría infantil» de su corazón, viéndola con tan extraordinaria sencillez a diario.

Después de los ejercicios predicados por el padre Nelz reflexionó sobre sus experiencias espirituales. Tenía un deseo de Dios sobrenatural que la invitaba a seguir, aunque echara de menos los consuelos divinos y humanos. Siguiendo sus mandatos aceptó poner por escrito sus experiencias místicas, pero como reconocía que no era culta, una compañera se encargó de redactar esta biografía del alma. Dios la favorecía con éxtasis, completamente arrobada, «viviendo inmersa en Dios como un pez en el agua». Visiones espirituales y gracias especiales para un alma escogida. Relucía en su rostro un claro y fuerte resplandor, notorio a todos durante la misa solemne de la fiesta del Corpus del año 1912 Interpretaba su carisma con infantil simplicidad por su profunda humildad, absoluta sinceridad y rectitud interior. Sus carismas los aceptó con naturaleza: «Lo único que cuenta es sólo la virtud». Las duras tareas de Baden-Baden fueron agotando las fuerzas de esta admirable religiosa, sin lamentarse nunca. En mayo de 1912 le diagnosticaron una tuberculosis grave: «Vamos al Paraíso». La llevaron a Hegne y de nuevo se encontró con el silencio exterior e interior: «No puedo hablar de mi intimidad con nadie. Nadie me comprende». Nueva noche oscura del alma. Permaneció en cama, consumida por la fiebre, y silenciosamente y en paz, como había vivido, el 8 de mayo de 1913, contando 30 años de edad, fue al encuentro del Esposo divino. Fue enterrada al día siguiente, domingo de Pentecostés, en el cementerio conventual con el más ingrato anonimato, sin la presencia siquiera de sus más allegados familiares. En 1991 sus restos fueron trasladados a la cripta de la iglesia conventual de Hegne, consagrada el 5 de mayo del mismo año.

Quien conoce su vida sabe de la gran pobreza de su infancia, de su servicio en el último puesto, de las pruebas de su cuerpo enfermo y de una oscuridad temporal en la oración. Te-

nía un corazón de niño, al cual ya en la vida terrena se le había concedido «ver a Dios» en unión mística. Llena totalmente de Dios, se iba haciendo cada vez más un instrumento de su amor, que impregnaba toda su actividad externa y convertía las cosas más sencillas en algo de gran valor para las personas que la rodeaban, confiando solamente en el poder de un «amor sin medida». Las cuatro características fundamentales de su vida son grandes a los ojos de Dios: servicio, sufrimiento, oración y amor, y por eso Dios la escogió, ignorada y pequeña como una violeta.

El sufrimiento del cuerpo la acompañó siempre y su alma pasó por dolorosas depresiones, en las cuales se puso a prueba su fortaleza y su fe. Unio sus sufrimientos a la pasión de Cristo, reconociendo ser «una buena señal cuando el buen Dios te llama a sí a través de la cruz, de esta manera quiere acercarte más pronto al Paraíso».

Nunca resignada a un destino ingrato e injusto, tomaba muy en serio su trabajo, aun en circunstancias muy adversas, llenando su vida cada día con una oración que buscaba siempre agradar a Dios. Una simple monja, sí, pero con una vida interior extraordinaria, donde el amor de Dios se complacía de veras. Su simplicidad y disponibilidad la convirtieron en una importante figura de la fe. Dejarse llevar por Dios y su infinito amor, buscando a Dios en todas las cosas, atendiendo a Dios en todas las cosas y esperarlo todo de Él, advirtiendo en todos la presencia de Dios con una profundidad particular. Una vida nada especial ni extraordinaria, una ejemplar humildad en donde encontramos las trágicas consecuencias de las veleidades humanas, pues el hombre deberá ser altruista ocupando Dios el primer lugar en el proyecto personal de vida para convertirla en buena y justa.

> «Su ejemplo anima a todos los oprimidos por diversos problemas y dificultades, porque su vida en un signo de esperanza para cuantos quieren alcanzar la salvacion Su ejemplo de abnegacion es un modelo para todos Su vida espiritual o pequeña via de perfeccion esta a disposicion de todos, siendo fieles al bautismo y haciendo todo por amor a Cristo Su silenciosa vida descubrio, al poco tiempo, la grandeza de su alma Ignorada entonces, paso a ser ejemplo de todos, pobrísima, piadosa y devota por firmes convicciones escoge libremente el camino de la realizacion atendiendo

a los humildes, considerada la última deseaba vivir en la oración, dando ejemplo de una auténtica vida interior ante Jesús Sacramentado: "Porque sin oración no es posible la paz ni la felicidad"».

El proceso informativo para la beatificación se abrió en 1952, introduciéndose la causa en 1981. El 14 de diciembre de 1984 se leyó ante Juan Pablo II el decreto de la heroicidad de sus virtudes, publicándose en 1987 el decreto del milagro obtenido por su intercesión. Fue beatificada por Juan Pablo II el 1 de noviembre de 1987. El milagro le ocurrió a la señora Hilde Burghardt, protestante. En diciembre de 1956 sufre graves dificultades de digestión, encontrándose en febrero de 1957 con una grave astenia, duerme mucho de día y poco de noche. El 26 de abril le fue diagnosticada una cirrosis hepática atrófica, con evidente hipertensión. De nada valieron los remedios humanos y el marido decide llevarla al hogar familiar, después de haber estado ingresada en otro hospital. El 19 de junio llega a casa moribunda. Una tía suya envía una estampa de sor Ulrica, recomendando que la coloquen debajo de la almohada, comenzando una devota plegaria. A las cuatro semanas la enferma se hallaba fuera de peligro. Una curación completa, rápida, duradera y difícilmente explicable. El único caso de cirrosis hepática que no ha concluido con la muerte. La señora Burghardt, curada, pidió ser bautizada en la fe católica.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum (Roma 1992) cols.980-982.
MONTONATI, A. M., *Il segreto di suor Niente. Beata Ulrica Nisch* (Cinisello Bálsamo 1987).
Martyrologium romanum, o.c., 262.
L'Osservatore Romano (1-11-1987)
RISCH, A., *Il Beati di Giovanni Paolo II.* II· *1986-1990* (Ciudad del Vaticano 2000) 88-92.
— ID., *Miracoli dei Beati.* II· *1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 270-278.

SAN VÍCTOR DE MILÁN

Mártir († 304)

Del martirio de este santo, sucedido en Milán, nos habla San Ambrosio en la *Explanación al Evangelio de San Lucas* y en el *Himno* que dedicó a su memoria junto a la de los mártires Nabor y Félix.

Víctor, llamado el Moro, porque era natural de Mauritania, y probablemente de piel muy oscura o negra, era de profesión militar. En su juventud había abrazado el cristianismo y lo profesaba con mucho fervor. Estaba destinado en Milán como miembro de la guardia pretoriana.

Llegada la persecución de Maximiano, en la que se hacía imprescindible adorar los ídolos para poder seguir en el ejército, depuso las armas, siendo arrestado por ello y condenado a muerte. Llevado a la ciudad de Lodi, aquí fue decapitado. Su cuerpo fue llevado a Milán y enterrado en un pequeño bosque de las afueras de la ciudad, donde, hecha la paz, surge una capilla. Aquí, por la devoción que tenía al mártir, hizo San Ambrosio enterrar a su hermano Sátiro. San Carlos Borromeo trasladó sus reliquias a una nueva iglesia, dedicada a su memoria.

SAN BENEDICTO II

Papa († 685)

Era romano y desde joven había estado al servicio de la Iglesia, primero como clérigo menor y luego como presbítero. Su buena fama de hombre humilde, sufrido y caritativo propició su elección como papa a la muerte de León II. Pero pasó un año entero antes de que Benedicto fuera consagrado y se entiende que la dilación fue debida a la espera de la confirmación imperial. Benedicto II logró un rescripto del emperador Constantino Pogonato por el que se concedía a la Iglesia romana poder proceder a la consagración de su obispo sin demora tras la elección. Pero las demoras volverían posteriormente a producirse.

Realmente este emperador apreciaba a Benedicto y por ello le mandó mechones de la cabellera de sus hijos Justiniano y Heraclio, que por ello quedaban declarados hijos espirituales del pontífice romano. El clero y el ejército acogieron en Roma con gran solemnidad la llegada de estos mechones, a causa de su significado.

Benedicto insistió ante su enviado en España, Pedro, para que lograse la adhesión del episcopado español al Concilio VI Constantinopolitano. Pero no tendría tiempo de ver conseguido este objetivo.

No llevaba más que un año en la cátedra romana cuando el venerable pontífice enfermó por el tiempo de Pascua, falleciendo el 8 de mayo de 685, y siendo seguidamente enterrado en San Pedro.

SAN WIRÓN

Obispo († 753)

Wirón o Wera era natural de Nortumbria y en su juventud se hizo monje, ofreciéndose como tantos otros monjes ingleses de su tiempo para la tarea de evangelización del Continente.

Tuvo por compañeros de su trabajo a Plequelmo y Otgero, con los cuales procedió a la construcción de un monasterio y de una iglesia en Roermond en una finca que le había regalado Pipino de Heristal, que apoyó su labor misionera. Consagrado Wirón obispo en Roma, le confió San Bonifacio la iglesia episcopal de Utrecht en 741, y en ella siguió dedicado hasta su muerte a una gran tarea pastoral y misionera. El sitio de su muerte parece haber sido Roermond, pero sus reliquias, según la tradición, se conservan en Utrecht. Su muerte debió tener lugar el 753, y el día de su memoria es el 8 de mayo.

BEATO AMADO RONCONI

Seglar († 1300)

Debió nacer en Saludecio, diócesis de Rímini, en Italia, en el primer tercio del siglo XIII. Habiendo quedado huérfano, lo

educó un hermano suyo, y cuando llegó a la juventud, su cuñada le preparó un matrimonio al que el joven se negó, por lo que hubo de abandonar la casa de su hermano.

Decidido a dedicar su vida a la piedad y las buenas obras, se hizo terciario franciscano, y construyó el Hospital de Santa María del Monte Orciali, junto a Saludecio, que sostuvo con su fortuna y que dedicó a acoger pobres y peregrinos, siendo, además, muy generoso en la continua repartición de limosnas a los más pobres.

El 10 de enero de 1292 hizo testamento y dejó el hospital y todos sus bienes a los benedictinos del monasterio de los SS. Julián y Gregorio, de Conca de Rímini, pidiéndoles el ingreso en la Orden. A ciencia cierta no se sabe la fecha de su muerte, que se supone en torno al año 1300, pero es seguro que en 1304 ya se le conocía con el título de beato, confirmando la Santa Sede su culto el día 17 de abril de 1776. Su memoria es el 8 de mayo.

BEATO ÁNGEL DE MASSACCIO

Presbítero y mártir († 1458)

Nació en Massaccio, hoy Cupramontana, en la Marca de Ancona, en el último tercio del siglo XIV. En su juventud optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden Camaldulense, en el Monasterio de Santa María de la Sierra, en el que profesó y posteriormente se ordenó de sacerdote, y al cabo de unos años fue elegido prior del mismo.

Su martirio se produjo a manos de los miembros de la secta llamada de los «berlotani», una especie de fraticelos, los cuales no observaban el descanso dominical. El santo prior les echó en cara profanasen el día del Señor cuando los encontró partiendo leña en un bosque de las cercanías del monasterio. Ellos entonces con sus hachas hirieron y remataron al monje. Era probablemente el año 1458.

Tenido desde el principio por mártir y habiéndose incrementado su culto, Cupramontana lo nombró su patrono, y se obtuvo finalmente del papa Gregorio XVI que confirmara su culto el 27 de septiembre de 1842. Su memoria es el 8 de mayo.

BEATO LUIS RABATÀ

Presbítero († 1490)

Nace en Erice, junto a Trápani, en Sicilia, el año 1443. Muy joven viste el hábito carmelita en el convento de la Anunciación, de Trápani, donde profesó y posteriormente fue ordenado sacerdote.

Pasados unos años fue destinado como prior al convento de Randazzo, donde perseveraría hasta su muerte. Era el suyo un convento que había adoptado la reforma calixtina, impulsada por el Beato Juan Soreth y distinta de la llamada eugeniana, que abrazó la provincia de Mantua.

Religioso observante, amante de la contemplación y el silencio, era muy esmerado también en atender a los fieles que acudían al convento en busca de la palabra de Dios y de dirección espiritual. Para facilitar el acceso de los fieles al convento construyó una carretera desde la ciudad, y para poder hacerlo pidió limosna por los campos y sitios vecinos.

El cumplimiento de su deber le llevó a la muerte. Volvía al convento cuando por lo que parece un tal Juan Antonio Cataluchi, hermano de un religioso al que el santo hubo de reprender duramente por algunas cosas mal hechas, lo hirió gravemente. La herida se le infectó y luego gangrenó y de resultas de ella murió el 8 de mayo de 1490, habiendo dado un gran ejemplo de paciencia y habiendo perdonado a su agresor, cuyo nombre conocía pero que jamás quiso dar. Aunque empezó a venerársele como mártir, en la confirmación de su culto por Gregorio XVI el 10 de diciembre de 1841 se le dio título de confesor.

9 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Isaías († s. VII a.C.), profeta **.
2. La conmemoración de San Hermas, de quien habla San Pablo en la carta a los Romanos.
3. En la Tebaida, San Pacomio († 347-348), abad **.

4 En Persia, trescientos diez martires (s IV)
5 En Vienne (Galia Lugdunense), San Dionisio (s IV), obispo
6 En Cagli, en la Via Flaminia, en el Piceno (Italia), el transito de San Geroncio († 501), obispo de Cervia
7 En Vendôme (Galia), San Beato (s VII), presbitero
8 En el monasterio camaldulense de Fonte Avellana, Beato Fuerte Gabriel († 1040), ermitaño *
9 En Londres (Inglaterra), Beato Tomas Pickering († 1679), monje benedictino, martir bajo el reinado de Carlos II *
10 En Nam Dinh (Tonkin), San Jose Do Quang Hien († 1840), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir *
11 En Naumburg (Alemania), Beata Maria Teresa de Jesus Gerhardinger († 1879), virgen, fundadora de la Congregacion de Pobres Hermanas Escolasticas de Nuestra Señora **
12 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Este ban Grelewski († 1941), presbitero y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ISAIAS
Profeta († s VII a C)

Con su estilo sobrio y lapidario, el *Martirologio romano* actual condensa la vida y misión del profeta Isaías con estas palabras, el 9 de mayo: «Conmemoración del santo profeta Isaías que, en tiempos de los reyes de Judá, Ozías, Jothán, Ajaz y Ezequías, fue enviado para revelar a un pueblo infiel y pecador el Dios siempre fiel que lo salvará, en cumplimiento de las promesas que juró a David. Entre los judíos existe la tradición de que murió mártir en el reinado de Manasés» *(Martyrologium romanum,* p.262).

Siempre lo ha venerado la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente. Su iconografía riquísima y variada está presente no sólo en los coros catedralicios sino en las miniaturas de los códices y libros litúrgicos, principalmente en Adviento, y en las obras maestras de escultores y pintores como Cimabue o Miguel Ángel que lo inmortalizó en la bóveda de la Capilla Sixtina.

Siguen teniendo viva y palpitante actualidad su vida y su mensaje, fascinantes para cuantos se le acercan.

Isaías significa «Yahvé salva» El mismo nombre del profeta expresa y define su misión junto con el contenido de su mensaje: «Sólo de Dios ha de esperarse la salvación».

Nacio hacia el año 765 a.C. De familia noble y distinguida, con vara alta en la política y en los ambientes de la corte, tuvo una formacion literaria exquisita que se trasluce en sus escritos.

Altísimo poeta desde el seno de su madre, el año de la muerte del rey Ozías, 740, recibió en el templo de Jerusalén la vocación profética con la difícil y delicada misión de anunciar la ruina de los reinos de Israel y de Judá en castigo de las infidelidades del pueblo.

> «El año de la muerte del rey Ozias vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo Unos serafines se mantenian erguidos por encima de el, cada uno tenia seis alas con un par se cubrian la faz, con otro par se cubrian los pies, y con el otro par aleteaban Y se gritaban el uno al otro "Santo, santo, santo, Yahve Sebaot llena esta toda la tierra de su gloria"
>
> Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y el templo se lleno de humo Y dije "¡Ay de mi, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito que al rey Yahve Sebaot han visto mis ojos!"
>
> Entonces volo hacia mi uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas habia tomado de sobre el altar y toco mi boca y dijo "He aqui que eso ha tocado tus labios se ha retirado tu culpa, tu pecado esta expiado"
>
> Y percibi la voz del Señor que decia "¿A quien enviare, y quien ira de parte nuestra?" Dije "Heme aqui enviame" Dijo "Ve y di a ese pueblo Escuchad bien, pero no entendais, ved bien, pero no comprendais "
>
> Yo pregunte "¿Hasta donde, Señor?" Dijo "Hasta que se vacien las ciudades y queden sin habitantes, las casas sin hombres, la campiña desolada, y haya alejado Yahve a las gentes, y cunda el abandono dentro del pais Aun el decimo que quede en el volvera a ser devastado como la encina o el roble, en cuya tala queda un tocon semilla santa sera su tocon"» (Is 6,1-13)

Profeta es un hombre que tiene experiencia inmediata de Dios, que recibe la revelación de su santidad y de sus designios, que juzga el presente y ve el porvenir a la luz de Dios y que es enviado por él para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por el camino de la fidelidad, la obediencia y el amor. Vienen a ser los directores espirituales del pueblo elegido con la proyección universal de la historia de la salvación.

Con frecuencia han de poner el dedo en la llaga y peinar a contrapelo de lo que está de moda o es lo *políticamente* correcto.

No suele ser, la suya, tarea bien recibida y agradecida, porque sus palabras, fieles a la verdad que las dicta, suenan duras a los oídos recalcitrantes, acostumbrados a los halagos.

A Juan Bautista, el último profeta entre los dos Testamentos, le cortaron la cabeza para acallar su voz. Por algo dice un refrán de la Biblia que «ningún profeta es bien recibido en su patria». Como le pasó en la sinagoga de Nazaret a Jesús, el profeta definitivo: sus paisanos intentaron despeñarlo por un barranco de la aldea.

No fue Isaías una excepción. Durante cuarenta años desempeñó su ministerio profético en circunstancias históricas cruciales para su pueblo, ya dividido en dos reinos, bajo la continua amenaza de los asirios, por un lado, y la fascinación de Egipto, por otro.

La actividad profética de Isaías se desenvuelve en cuatro etapas. En la primera, que abarca hasta la subida al trono del rey Ajaz, el 736, la gran preocupación del profeta es la enorme corrupción moral que la prosperidad había traído a Judá. Entre sus oráculos contra el pueblo ingrato y contra la hipocresía, junto a las denuncias de la anarquía en Jerusalén, está el bellísimo poema de la viña:

> «Una viña tenía mi amigo en un fértil otero La cavó y despedregó, y la plantó de cepa exquisita Edificó una torre en medio de ella y, además, excavó en ella un lagar Y espero que diese uvas, pero dio agraces Ahora, pues, habitantes de Jerusalén y hombres de Judá, venid a juzgar entre mi viña y yo ¿Qué más se puede hacer ya a mi viña, que no se lo haya hecho yo? Yo esperaba que diese uvas ¿Por qué ha dado agraces?
>
> Ahora, pues, os hago saber lo que pienso hacer con mi viña quitar su seto, y será quemada, desportillar su cerca y será pisoteada Haré de ella un erial que ni se pode ni se escarde, crecerá la zarza y el espino, y a las nubes prohibiré llover sobre ella
>
> Pues bien, viña de Yahvé Sebaot es la Casa de Israel, y los hombres de Judá son su plantío exquisito Esperaba de ellos justicia, y hay iniquidad, honradez, y hay alaridos» (Is 5,1-7)

En la segunda etapa, Rasón, rey de Damasco, y Pécaj, rey de Israel, coaligados contra Teglatfalasar III, rey de Asiria, quisieron arrastrar consigo al rey de Judá y, ante su negativa, lo atacaron. Ajaz pidió ayuda al propio Teglatfalasar contra el parecer y

el consejo de Isaías que veía en esta política una estrategia puramente humana.

De esa época es el libro de «Emmanuel»:

> «Volvio Yahvé a hablar a Ajaz diciendo "Pide para ti una señal de Yahvé, tu Dios, en lo profundo del Seol o en lo mas alto"
> Dijo Ajaz "No la pedire, no tentare a Yahve" Dijo Isaias "Oid, pues, casa de David ¿Os parece poco cansar a los hombres que cansais tambien a mi Dios? Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal He aqui que una doncella esta encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondran por nombre Emmanuel Cuajada y miel comera hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo bueno Porque antes que sepa el niño rehusar lo malo y elegir lo bueno, sera abandonado el territorio cuyos dos reyes te dan miedo Yahve atraera sobre ti y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, dias cuales no los hubo desde aquel en que se aparto Efrain de Juda (el rey de Asiria)"» (Is 7,1-11)

Fracasada su mision ante el rey, Isaías se retira de la escena publica

En la tercera etapa, vio el profeta cómo la tutela de los asirios sobre Judá puso en peligro el reino del Norte bajo la presion extranjera que se fue agudizando y el 721 cayó Samaría. En Judá, el piadoso rey Ezequías intentó una reforma *informada* de buen espíritu. Pero las intrigas políticas le inclinaron a buscar apoyo en Egipto. El profeta, fiel a sus principios, no quería alianzas militares sino confianza en Dios. Una vez más Isaías retornó a su silencio.

Pero volverá a encontrarle el 705 cuando Ezequías se dejó arrastrar a una rebelión contra Asiria. Senaquerib asoló Palestina en 701 El rey de Judá quiso defender heroicamente a Jerusalen y el profeta le apoyó con decisión y valentía prometiéndole la ayuda definitiva de Dios, por la que la ciudad se salvo

> «Los libro por manos de Isaias —dice el Ecclesiastico, 48,23s— Porque hizo Ezequias los preceptos que le dio Isaias profeta, grande y veridico en sus oraculos Con grande inspiracion vio los tiempos ultimos y consolo a los que lloraban en Sion, hasta el fin de los tiempos anuncio lo futuro y las cosas ocultas antes de que sucedieran»

A partir del 700, nada mas sabemos de la vida del profeta, que, según una tradicion judía recogida por Josefo en sus *Antiguedades judaicas,* habria sido martirizado por Manasés.

Es verosímil que se refiera a Isaías la carta a los Hebreos cuando elogia a los santos del Antiguo Testamento martirizados por la fe y dice que fueron torturados... lapidados y aserrados (cf. Heb 11,37, «secti»). San Jerónimo en su comentario afirma que «aserrados» se refiere a Isaías. Flavio Josefo, en la obra citada (X,3,1), atestigua explícitamente que Manasés mató a los profetas. Y en el libro II de los Reyes (21,16), se escribe que «Manasés derramó mucha sangre inocente, hasta llenar a Jerusalén de un cabo a otro, sobre los pecados que él cometió y que hizo cometer a Judá, obrando el mal a los ojos de Yahvé».

Una tradición de origen judío (siglo I), incorporada más tarde, en los siglos III-IV, al apócrifo cristiano *La ascensión de Isaías* y aceptada por no pocos Padres y escritores eclesiásticos (Justino, Orígenes, Tertuliano, Jerónimo —que la apellida *certísima*—, San Agustín), nos transmite que Isaías fue despedazado con una sierra de madera. Es uno de los atributos distintivos de su iconografía.

Esta intensa participación en los asuntos públicos de su nación hace de Isaías un héroe nacional.

Como escritor y poeta es el gran *clásico* de la Biblia por el brillo y la perfección de su estilo, por la novedad sorprendente de sus imágenes, por la fuerza y la concisión, la majestad y la armonía de sus composiciones.

Pero, ante todo y sobre todo, su grandeza es netamente religiosa y espiritual. Quedó impresionado para siempre por la experiencia única de su vocación en el Templo, donde pudo asomarse al abismo fascinante de la trascendencia divina y allí palpó la indignidad y pequeñez del hombre, manchado, ante el Dios santo, fuerte, inmortal y poderoso que exige fidelidad, justicia en las relaciones sociales, sinceridad en el culto.

Es el mayor de los profetas mesiánicos. En las grandes crisis quiere que se confíe sólo en Dios, quien más allá de las duras pruebas, es la única posibilidad de salvación; y alienta la esperanza por la fidelidad de Dios en sus promesas. El Mesías que anuncia es un descendiente de David que hará reinar la paz y la justicia en la tierra y difundirá el conocimiento de Dios.

Un genio religioso de esta magnitud dejó profunda huella en su época, creó escuela y llega hasta nosotros a través de toda la historia de la Iglesia como un personaje siempre actual que

cobra vida y presencia permanente en la liturgia de la Iglesia, sobre todo cada año en el Adviento del Señor.

Se conservaron amorosamente sus palabras, sus oráculos y sus poemas, pero también se le añadieron otras muchas de parecida inspiración.

El libro que lleva su nombre es el resultado de un largo trabajo de composición y compilación que reúne colecciones añadidas, posteriores muchas de ellas al marco histórico de la vida y obra del profeta.

A estos añadidos se les designa con el nombre de *Segundo y Tercer Isaías*. El universo geográfico e histórico del Segundo Isaías, llamado también *Libro de la consolación* por sus primeras palabras (cf. 40,1), es el destierro de Babilonia a donde fueron deportados dirigentes y artesanos después de la ruina de Judá y la toma de Jerusalén en 597, y por segunda vez en 587.

El Segundo Isaías se extiende hasta el capítulo 55,13. La Palabra de Dios, que es siempre fiel y eficaz, es el tema central de su mensaje. La fidelidad de Dios reúne a los dispersos y mantiene la esperanza de la liberación que llegará en la persona de Ciro el persa, a quien se le llama «el ungido del Señor» (cf. 45,1).

La liberación está descrita como un nuevo éxodo a través del desierto, convertido ahora en jardín para facilitar el regreso de los desterrados. Es el resurgir de un pueblo nuevo que, a través de los poemas del Siervo, intercalados en el libro, descubre el sentido purificador y salvador de su historia.

Los cuatro poemas, repartidos en los capítulos 42, 49, 50 y 52-53, forman una unidad coherente referida a todo el pueblo o a un personaje concreto en el que la tradición de la Iglesia ha visto una figura del Mesías doliente y redentor.

Primer poema: *Canto primero del Siervo de Yahvé* (Is 42,1-4):

> «He aquí mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma He puesto mi espíritu sobre el dictara leyes a las naciones No vociferara ni alzara el tono, y no hara oír en la calle su voz Caña quebrada no partira, y mecha mortecina no apagara Lealmente hara justicia, no desmayara ni se quebrara hasta implantar en la tierra el derecho, y su instruccion atenderan las islas »

Segundo poema: *Segundo canto de Yahvé* (Is 49,1-3):

> «¡Oídme, islas, atended, pueblos lejanos! Yahve desde el seno materno me llamo, desde las entrañas de mi madre recordo mi

nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió, hízome como saeta aguda, en su carcaj me guardó. Me dijo: "Tú eres mi siervo (Israel), en quien me gloriaré"».

Tercer poema: *Tercer canto del Siervo* (Is 50,5-6):

«El Señor Yahvé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos...»

Cuarto poema: *Cuarto canto del Siervo* (Is 52,13-15; 53,1-12):

«He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera. Así como se asombraron de él muchos —pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana—, otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán, y lo que nunca oyeron reconocerán

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida No tenía apariencia ni presencia (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro por no verle. Despreciable, un Don Nadie.

¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.

Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.

Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca Mas plugo a Yahvé quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma verá luz, se saciará

Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes».

Los israelitas han de convertirse y ser fieles a la Alianza rompiendo toda relación con los dioses de Babilonia y su culto fastuoso y seductor. Así cumplirán su misión ante todas las naciones.

Las comunidades cristianas en sus catequesis sobre Jesús, especialmente sobre su pasión, muerte y resurrección, se inspiraron en los poemas primero y cuarto. Parecen un evangelio de la Pasión anticipado.

El tercer Isaías (56,1-66,24) recopila los oráculos diversos. El ambiente es postexílico, hacia el año 486, en los días en que se restaura la ciudad de Jerusalén y su templo. En esa restauración se centra y en la misión de Israel: ser luz y mensajero de Yahvé ante todas las naciones. Las infidelidades retrasan la liberación y multiplican los obstáculos: divisiones, idolatrías, rechazo de otros pueblos. Se subraya la importancia del templo, los ayunos y la observancia de los sábados.

En una cueva, a orillas del Mar Muerto, con los otros escritos del Qumrán, se encontró uno completo de Isaías que probablemente data del siglo II antes de la era cristiana. Sus variantes ayudan a la fijación del texto en cotejo con el de los masoretas.

Isaías está considerado por todos como el príncipe de los profetas. Eusebio y Teodoreto de Ciro lo califican de «máximo y divinísimo». San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo le llaman el «super-elocuente». San Cirilo, San Jerónimo y San Agustín llegan a decir que «más que profeta es evangelista y apóstol».

Su personalidad de temple excepcional no sólo sobresalió en las complejas encrucijadas de su pueblo en el siglo VIII a.C. sino que su figura y su obra inmortal se agiganta en los siglos y está presente en el Nuevo Testamento y en boca de Jesús, y sigue viva hoy en la liturgia de la Iglesia.

Siempre que se proclama el santo evangelio, el ministro sagrado, presbítero o diácono, implora, inclinado ante el altar, la purificación del corazón y de los labios para anunciarlo dignamente, evocando, ahora sin nombrarle, la vocación del profeta. Y en el misal de San Pío V, antes de la reforma del Vaticano II, se le venía recordando explícitamente durante cuatro siglos en

este destacado momento: «Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios omnipotente, como purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido...».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHOKEL, L. et al., *Isaías* (Madrid 1968)
ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE, J. L., *Profetas I. Isaías, Jeremías* (Madrid 1980)
ASURMENDI, J. M.ª, *Isaías, 1-39* (Cuadernos bíblicos, 23, Estella, Navarra 1978)
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1.080-1.167
SPADAFORA, F., «Isaías», en *Bibliotheca sanctorum,* VII (Roma 1966) cols. 927-940
WIENER, C., *El segundo Isaías. El profeta del nuevo Exodo* (Cuadernos bíblicos, 20, Estella, Navarra 1978)

SAN PACOMIO

Abad († 347-348)

El monacato cristiano aparece en la segunda mitad del siglo III. Poco a poco fue encauzándose el poderoso, amplio, vario y libérrimo movimiento espiritual. Un primer paso hacia su estructuración fueron las colonias de anacoretas. El cenobitismo —vocablo derivado de las voces griegas *koinós* (común) y *bios* (vida)— constituye un paso ulterior y, en cierto modo, definitivo. Con todo, apareció casi al mismo tiempo que el anacoretismo. Tengamos en cuenta que Pacomio, figura señera del cenobitismo primitivo, murió antes que Antonio, el primer solitario de los desiertos de Egipto.

No es seguro que fuera Pacomio el fundador de los cenobitas. En sus *Vidas* se mencionan otros monasterios ajenos y anteriores a los suyos. Sea de ello lo que fuere, es cierto que en la evolución del monacato ocupa un lugar único, porque supo encauzar y modelar la vida comunitaria de los monjes de un modo que puede calificarse de esencialmente perfecto. De él y de la *koinonía* que instauró procede la gran tradición cenobítica cristiana. Por eso, merece el título *honoris causa* de «Padre del cenobitismo».

Numerosas *Vidas* en copto, en griego, en versiones latinas y árabes transmiten los recuerdos que sus discípulos conservaron. Además, existen cartas, fragmentos de obras suyas y tam-

bién una *Regla* monástica atribuida a Pacomio. Tal acervo documental nos permite reconstruir su biografía.

Nació de padres campesinos y paganos en Esna (Alta Tebaida) hacia el 286. A los 23 años se incorporó al ejército. En Tebas, lugar de su destino, conoció a unos cristianos que ayudaron a los reclutas de su tropa. Tanta caridad le impresionó, prometió abrazar el cristianismo y entregarse a una vida de servicio del prójimo, cuando se viera libre de la milicia. Licenciado de forma inesperada y tras breve catecumenado, recibió el bautismo en Shenesit. Cumplió su voto durante tres años, sirviendo a los campesinos de los contornos. Y un buen día decidió hacerse monje.

Bajo la dirección del *apa* Palamón, que regía una colonia de anacoretas, se ejercitó en la oración, la *meditatio* (recitación de la Biblia de memoria), el trabajo manual, el ayuno y demás prácticas ascéticas. Siete años más tarde tomó nuevo rumbo. Un día, orando, una voz le dijo: «Dios quiere que sirvas a los hombres para reconciliarlos con él». Consulta a Palamón, quien reconoció la voz de Dios y le ayudó a instalarse en Tabennisi, un pueblo abandonado. Vive aquí la vida anacorética por su cuenta y riesgo. Pronto algunos aspirantes a monjes se suman a él, pero un primer ensayo de vida comunitaria fracasa por la poca sumisión de los candidatos. No desistió. Llegaron otros mejor dispuestos. Enseñado por la experiencia, les exige renunciar a la familia, a sus bienes, a su propia voluntad: deben obedecer. El fin que pretendía lo resume en la frase: llevar «vida común» *(koinóbion)*. Ahora bien, este vocablo copto, tomado del griego, se halla en los Hechos de los Apóstoles (2,42), y denota la puesta en común de los bienes entre los primeros cristianos de Jerusalén, signo y consecuencia de la unión de los corazones. Con el nombre de *koinonía* se designará normalmente a la institución de Pacomio.

Los monjes de Tabennisi aumentaron y su fama se extendió por Egipto. Tuvo que organizarlos en «casas», con «prepósitos» en cada una de ellas. Así pudo dedicarse a su tarea de maestro espiritual para enseñar que el cenobio no es una escuela de anacoretas y ponderar la superioridad y las ventajas de la vida comunitaria sobre la vida solitaria, contra la opinión general que

sostenía lo contrario. Más tarde fundó otros cenobios. Algunos ya existentes, anteriores a los suyos, se agregaron a su obra. Hasta surgieron dos de monjas en torno a su hermana María. Así se formó una verdadera congregación monástica, la *koinonia* o comunidad, en muchos aspectos semejante a las congregaciones religiosas, que florecieron en la Iglesia siglos más tarde. Y Pacomio se convirtió en lo que hoy llamamos un superior general.

Tuvo buenos colaboradores, particularmente Petronio, Teodoro y Orsiesio. Con todo, fueron sus cualidades humanas, sus dotes de organizador, sus virtudes y carismas los que le permitieron realizar una obra grandiosa. Por ende, la *koinonía* reposó sobre su genio organizador y demás cualidades y, sobre todo, sobre su santidad. Pacomio se alimentaba de la Escritura, que fue donde descubrió el sentido de la comunidad. Sin la jerga de la Escuela de Alejandría, era profundamente místico, un padre espiritual exigente que invitaba y espoleaba a los monjes a superarse día a día. Al propio tiempo, era comprensivo, tenía en cuenta la debilidad humana y las leyes del crecimiento espiritual.

Por lo demás, la personalidad de Pacomio es extremadamente agradable y simpática. Poseía atractivo irresistible, producto, en parte, de su carácter natural y, en parte, modelado por la práctica de sus virtudes sobrenaturales, especialmente la humildad, la paciencia y la caridad. Bondadoso, misericordioso, se complacía en hacer bien a todos. No le faltaba energía, pero ésta sólo se reveló muy de tarde en tarde y con gran oportunidad. Otros rasgos característicos de su personalidad fueron la discreción y el equilibrio, cualidades necesarias a los superiores. Supo reconocer y reparar sus errores y, sin el menor rastro de amor propio, se dejó enseñar por la experiencia.

Pero lo que más llama la atención es el aprecio que tuvo por la Escritura. Sorprende, al leer sus *Vidas* y sus catequesis, con qué profundidad la conocía y, más aún, su decidida voluntad de traducir a la práctica las enseñanzas y el espíritu de la Biblia. La motivación de su vivir y obrar era de ordinario bíblica. Incluso cuando se le aparecía un ángel para darle a conocer la voluntad de Dios —hecho que era frecuente—, no obedecía sino tras comprobar que lo que le decía estaba de acuerdo con la Escritu-

ra. Su actuación como superior se inspiraba en la idea evangélica de servir. No hallamos en él rastro alguno de aparato y afectación. Su llaneza era perfecta. Jamás aceptó excepción o privilegio alguno por razón de ser superior. Tuvo la convicción de que el superior no debe estar por encima de la *Regla,* sino a los pies de los monjes, cual corresponde a un esclavo. Esta actitud explica su éxito como organizador de monasterios.

Ni Pacomio ni sus sucesores fueron sacerdotes. Creían que era un gran inconveniente para los monjes recibir las órdenes sagradas. Más aún, no quisieron clérigos en la *koinonía.* Temían divisiones por el sacerdocio y que la ordenación engendrara orgullo, envidia y discordia entre los cenobitas.

Pacomio no fue propiamente un escritor. No merece este título ni por las cartas que corren con sus nombre, ni por los fragmentos de catequesis que daba a sus monjes, ni por su *Regla.*

Con todo, la *Regla* pacomiana tiene interés excepcional en la historia del monacato. Fue una de sus grandes innovaciones, que hizo de él el primer legislador del cenobitismo cristiano. La suya fue la primera de las reglas monásticas. Con el objeto superior de hacer llegar a los monjes a la auténtica unión de los corazones, sirvió para someter a reglamentación minuciosa un sector importante del monacato antiguo, tan celoso de su independencia. De ella se conservan fragmentos coptos y la traducción latina que hizo San Jerónimo en 404. Se trata de una serie de ordenaciones, sin orden alguno, que constan de cuatro series de artículos con normas escuetas y meticulosas. Su comparación con cualquiera de las reglas monásticas siguientes y el desorden en que se suceden los preceptos, prueba que nacieron de la vida práctica y que se trata de la acumulación de preceptos emanados de un superior en el decurso de una larga experiencia. Es claro que diferentes secciones hacen pensar que son añadiduras al cuerpo primitivo, como lo muestran las muchas repeticiones. Esto hace sospechar que son la compilación de ordenaciones dadas por Pacomio y por sus sucesores inmediatos.

En 346 la peste azotó los monasterios de la *koinonía.* Murieron muchos monjes, entre ellos, el 9 de mayo, Pacomio. Como hombre de Dios, fue para los suyos el *apa* por excelencia. Reci-

bió la gracia de una fecundidad inconmensurable como respuesta de servir al género humano. Algo excepcional, que todavía conmueve.

Al morir Pacomio, la *koinonía* constaba de nueve monasterios de hombres. Amén de Tabennisi, entre los años 329 y 340 fundó Pbow, Tsê, Shmin, Tesmîne y Phnum, y los de Senesêt, Tmuschons y Tebêvê se agregaron a la *koinonía*. A éstos hay que añadir los dos de mujeres. Estos monasterios estaban situados en un territorio reducido del valle del Nilo, entre Panópolis y Latópolis. El número de monjes que los poblaba alcanzó cifras sorprendentes: Paladio habla de tres a siete mil; Casiano de cinco mil; Sozomeno también de cinco mil; San Jerónimo de cincuenta mil. Ante tal variedad de cifras, la única conclusión que se puede sacar es que la *koinonía* llegó a ser muy numerosa. Su centro se trasladó muy pronto de Tabennisi a Pbow, donde residieron Pacomio, el «ecónomo general» y sus ayudantes.

Dejó al frente a Petronio, pero falleció a las pocas semanas. Le sucedió Orsiesio, que se vio obligado a dimitir, porque no pudo mantener la unidad. Vino a ocupar su cargo Teodoro. En 368, al fallecer, volvió a gobernar Orsiesio, hasta su muerte. Le sucede Besarión. Y más tarde Víctor.

¿Cómo era el monasterio pacomiano? ¿Cómo estaba organizado? ¿Qué clase de observancia estaba vigente en él?

Pacomio es llamado en las fuentes padre, abad, príncipe y archimandrita. Era el único superior propiamente dicho, sin más límites que la ley natural y las leyes de la Iglesia. Nombraba a los superiores y oficiales de cada monasterio, al «gran ecónomo» e, incluso, elegía al que iba a sucederle en el régimen general de la *koinonía*. Visitaba con frecuencia los cenobios, admitía a los postulantes y expulsaba a los incorregibles.

No era la *koinonía* una congregación monástica en el sentido moderno. Pero en embrión aparecen en ella los elementos que al cabo de los siglos se impondrán a la vida religiosa. Los cenobios fundados por Pacomio constituían una unidad efectiva y organizada y formaban de este modo una «orden» como la que apareció por vez primera en Occidente con Cluny. Podemos decir con H. Bacht que, «anticipándose en seis siglos, fundó la primera orden monástica».

Dos veces al año se reunían los pacomianos en el monasterio principal, Pbow. La primera reunión la celebraban en Semana Santa para escuchar las catequesis del padre de la *koinonía,* orar, ayunar y celebrar juntos la Pascua, en cuya noche se administraba el bautismo a los monjes catecúmenos. Y la segunda se tenía en el mes de agosto y era por varios fines: perdonarse mutuamente y nombrar a los superiores locales. En esta segunda asamblea las comunidades rendían cuentas. Era una especie de capítulo general.

Por el gran número de monjes, su compleja jerarquía, su reglamentación, etc., se ha comparado el monasterio pacomiano a un cuartel. Las semejanzas son puramente externas, porque en el interior latía otro espíritu. Basta leer las *Vidas* de Pacomio para comprobar que las estructuras y la reglamentación no constituían un impedimento insuperable para el desarrollo de una vida muy personal y espontánea, ni para entablar y mantener relaciones fraternas y así formar una verdadera *koinonía* de bienes temporales, de corazones y voluntades.

En las colonias eremíticas, las celdas se extendían por el desierto, separadas entre sí. El monasterio pacomiano, por el contrario, se presenta unificado. Su estructura era la manifestación externa de su unidad interior. Un muro le rodeaba y sólo existía una puerta. Era, tanto desde el punto de vista topográfico como bajo el aspecto eclesiástico, como un pueblo cristiano más entre los del Alto Egipto. Eso sí, habitado únicamente por hombres y donde todo estaba reglamentado.

En el centro del recinto estaban la iglesia, el refectorio, la cocina, la enfermería, y alrededor las casas donde se agrupaba la comunidad de varios centenares de monjes. En cada casa vivían alrededor de cuarenta, repartidos según el oficio que tenían en el cenobio: panaderos, cocineros, estereros, cesteros, zapateros, etc. Los espacios libres estaban ocupados por patios y huertas.

Cada monasterio tenía su «padre»: daba permisos, dirigía el trabajo, dictaba una catequesis dos veces por semana, iba delante de sus monjes. En una palabra, era el reponsable y los monjes le debían obediencia. Le ayudaban un «vicario», los «prepósitos» de cada casa y sus «segundos». Como cada casa constituía una

comunidad, con propio ritmo, existía gran empeño en seleccionar los prepósitos. Pero no eran jefes supremos. Estaban sometidos a la obediencia del padre del cenobio.

Para la admisión en la *koinonía* se exigía voluntad seria de renunciar al mundo y abrazar la vida común. El postulante pasaba unos días a la puerta del cenobio y, cuando era considerado apto, le incorporaban a una de las casas. Principiaba entonces a practicar un género de vida compuesto esencialmente de oración y trabajo. Si no sabía, le enseñaban a leer. Es dudoso que existiera un rito de profesión monástica. El ingreso en el cenobio y el cambio de vestido entrañaban los compromisos de observar la *Regla,* obedecer y perseverar hasta la muerte en la *koinonía.* El hábito constaba del *lebitón,* que era una túnica sin mangas y su cinturón, un manto que cubría cuello y espaldas, una *melota* o piel de cabra bajaba desde los hombros hasta la rodilla y dos capuchones; un par de sandalias completaba el atuendo.

Como los anacoretas de Antonio, los cenobitas de Pacomio tuvieron muy presente el precepto de orar sin intermisión. El día y, con frecuencia, también parte de la noche, eran para ellos una oración continua. Su vida de oración era comunitaria y personal. Para la comunitaria se reunían dos veces: por la mañana y al atardecer. En la sinaxis matutina se congregaban en la iglesia todos los hermanos del cenobio. La oración vespertina se celebraba en las casas. Ambas se componían esencialmente de la recitación de la Escritura —no necesariamente del salterio—, que los hermanos por turno proclamaban, mientras los demás escuchaban y trenzaban cuerdas, uniendo la oración y el trabajo. Siguiendo la costumbre del país, la misa se celebraba los sábados, domingos y en algunas fiestas y se integraba en la oración de la mañana.

Al ciclo litúrgico semanal pertenecían las catequesis espirituales. Cada semana el padre del monasterio dictaba tres a la comunidad. Los prepósitos de cada casa, dos, pero sólo para sus monjes. Después de la catequesis, los hermanos reflexionaban y podían conferenciar, hacer preguntas o exponer dificultades.

Pacomio y sus primeros discípulos, para ganarse el sustento y ayudar a los campesinos de la zona, iban a jornal durante la recolección de las mieses. Más tarde cultivaron sus propios cam-

pos. Pero fueron los oficios manuales, sobre todo la fabricación de esteras, lo que procuraba las principales entradas. Los monasterios llegaron a ser verdaderas repúblicas de trabajadores de toda clase. El trabajo estaba bien organizado y se producía mucho. Como reinaba la sobriedad, aunque se hacían grandes limosnas, existía el peligro de que la riqueza ahogara el espíritu y se convirtiera la *koinonía* en una empresa de alto rendimiento económico. Con todo, es evidente que Pacomio jamás quiso convertirla en una empresa industrial. El trabajo era parte del programa monástico y, por ende, ocupaba sitio importante en la vida ascética. La economía pacomiana estaba centralizada y su responsable era el gran ecónomo: vendía lo que se producía, guardaba el dinero y compraba lo que necesitaban los monasterios.

La alimentación era también comunitaria. La igualdad de los hermanos se manifestaba especialmente cuando participaban de la mesa en el refectorio común. Ayunaban los miércoles y los viernes y los otros días había dos comidas, que se hacían en silencio. No se servía carne, ni verduras cocidas, ni vino. Tomaban pan, verduras crudas, queso, pescado, higos, dátiles. Pero hubo monjes que ayunaron todos los días; otros tomaban pan y sal en sus celdas. Pacomio respetaba el don que cada cual había recibido

Parece que tenían bastantes horas de descanso, aunque era costumbre pasar en vela buena parte de la noche. Cada monje, en principio, tenía asignada su celda.

Los enfermos y huéspedes disfrutaban de trato especial. A los enfermos les cuidaban en la enfermería, donde seguían regimen dietético apropiado. Enfermeros especializados les atendían.

Por lo demás, la vida de los pacomianos se distinguía por su discreción. En sus comunidades podían vivir los fuertes y los débiles, los fervorosos y los que no lo eran tanto. Pacomio impuso un mínimo de austeridad y dejó un amplio margen a la iniciativa de cada monje, bajo la vigilancia del superior. Consistió su misión en hacer accesible la vida monástica a los débiles, ponerlos bajo la dirección de un padre espiritual, con las ventajas de la corresponsabilidad y la ayuda mutua de los demás herma-

nos, en un espíritu auténticamente evangélico. En realidad, trasladó el acento de la ascesis corporal a la espiritual. El holocausto del monje pacomiano no consistía en prolongados ayunos, en velas heroicas, en maceraciones espantosas. Su inmolación se realizaba en el altar de la obediencia, de la vida comunitaria, del servicio fraterno.

La *Regla* de Pacomio gozó de mucho prestigio, hasta el punto de propagarse la leyenda de que Dios se la entregó por manos de un ángel. Con todo, ni él ni sus sucesores pretendieron con ella reducir las enseñanzas de la Biblia, sino aplicarlas a casos concretos. La referencia a la Escritura es el primer factor que caracteriza la legislación de Pacomio. El segundo fue el ideal de *koinonía,* que también procede de la Escritura.

En efecto, Jesús quiso realizar una comunidad con sus discípulos y su Iglesia siguió el ejemplo: un solo corazón, una sola alma, comunidad de bienes y oración en común. El cristiano tiende, pues, a la unidad, a la comunidad, a la comunión. Esto tan fundamental es igualmente válido para el monje. Pero algunos anacoretas apelaron a una *koinonía* meramente espiritual: «Monje —decía Evagrio— es aquel que está separado de todos y unido a todos». Pacomio, por el contrario, pretendió realizar la unificación del propio ser del monje y de los cenobitas en el monasterio, llevando vida común: bienes y oración en común, unidad de pensamientos y sentimientos, unidad de vida, que lo abarca todo. La idea de *koinonía* la impuso de tal modo que se convirtió en principio y fundamento esencial del que sacó las demás consecuencias. Comunidad de bienes y unidad fraterna, facetas sobresalientes de la Iglesia primitiva de Jerusalén (Hch 2 y 4), le fascinaron a él y a sus seguidores.

Antes de Pacomio, hacerse monje equivalía a renunciar al mundo. Después de él equivalió, además, a agregarse al número de otros monjes, convertirse en miembro de una comunidad, que en su *Regla* llama «reunión de hermanos y synasis de santos», que viven unidos en el monasterio, que es la «casa de Dios», para llegar a ser coherederos de una misma promesa.

El cenobio es, pues, para Pacomio una Iglesia, una *ecclesiola,* como se dirá más adelante, integrada en la gran Iglesia católica. Por eso, tanto para él como para sus discípulos el carisma más

excelente no era la contemplación, ni la ascesis, ni tampoco la obediencia, sino que fue, como también lo fue para San Pablo (1 Cor 12,31, 13,3), la caridad humilde y activa, que se manifiesta especialmente en el servicio mutuo por amor.

Pero la importancia concedida a tal virtud no significó se descuidaran la castidad, la obediencia y la pobreza, es decir, lo que más adelante sería la materia de los votos religiosos. Lo propio cabe decir de la oración, el trabajo y la ascesis, bienes espirituales considerados como patrimonio de los monjes

La *koinonía,* con un número de miembros que se contaban por millares, no hubiera podido mantenerse sin obediencia a la *Regla,* al padre del monasterio y a los prepósitos. Por eso, los hermanos obedecían siempre. Ahora bien, su obediencia no era militar. Se alimentaba por un espíritu religioso. Era una virtud importante: la respuesta cristiana y monástica a la autoridad, por la que el hombre mortifica lo que más quiere, esto es, la propia voluntad.

El cenobita pacomiano practicaba la pobreza. Todo era común. Nadie tenía nada propio y dependía para su subsistencia de la caridad de la *koinonía. Era una virtud personal.* ¿Fue también una virtud colectiva? El nivel de vida de los pacomianos era bastante más alto que el de los anacoretas y el de los campesinos coptos. El trabajo bien organizado, la administración sabia de las comunidades, acumuló muchos bienes materiales. Esto les permitía dar limosnas. Ahora bien, cuestiones de intereses materiales crearon dificultades y los sucesores de Pacomio redujeron la actividad económica, inspirados en una pobreza más evangélica.

Tampoco se excluía otro elemento esencial: la soledad. Fuera de los oficios litúrgicos y del trabajo común, el monje estaba en su celda. En ella dormía, leía, trabajaba trenzando cuerdas y recitaba sin cesar las Escrituras, que sabía de memoria.

Desde su ingreso en el monasterio hasta su muerte, los monjes se formaban y reformaban constantemente con el contacto ininterrumpido con la Biblia: en la liturgia, en el trabajo, en la lectura privada, de día y de noche la Palabra de Dios resonaba en sus oídos y corazones. Las obras de Pacomio admiran por el conocimiento que revelan de la Palabra de Dios. Sus ex-

posiciones y exhortaciones forman verdaderos centones bíblicos, cuya coherencia se basa en el deseo absoluto de fidelidad a la Biblia.

La corrección tiene una importancia enorme en la vida comunitaria. Pacomio sabía que el monje es un pecador que quiere corregirse. Para cada falta prevé su *Regla* penitencias correspondientes, destinadas a garantizar el esfuerzo de los hermanos por avanzar en el camino de la perfección. El castigo más sensible era la excomunión, esto es, la separación de la comunidad por algunos días.

Tales son los principales rasgos de la vida, la obra y la espiritualidad de Pacomio, según se desprende de las fuentes. En suma, podemos concluir diciendo con G. M. Colombás que «ocupa un lugar incomparable en la evolución del monacato, no solo por el éxito de sus fundaciones, que no tiene paralelo en todo el monacato primitivo, sino, sobre todo, por haber encauzado y modelado la vida común de los monjes de un modo que puede llamarse definitivo. Con él alcanzamos realmente el punto a partir del cual todas las otras formas posteriores de monacato cenobítico habían de desarrollarse. Cuanto más se estudian sus escritos, tanto más ciertos estamos de una cosa: fue, en el sentido más propio, el padre del monacato cristiano en su forma cenobítica. Mantuvo muy alto el ideal cristiano de la unión de mentes y corazones del que se deriva la comunidad de bienes. El monje pacomiano, como todo cristiano, buscaba a Dios en la Biblia, en la oración que inspira la Palabra de Dios y en la respuesta a la misma Palabra vivificante. Pero también lo buscó y encontró en la comunidad y en cada hermano. La *Regla* que estructuraba la vida comunitaria no estaba concebida como meta, sino como camino. No dispensaba al monje de permanecer atento a la voz del Espíritu. La comunidad de hermanos, lejos de ser un óbice o freno, se concebía como un clima, un ambiente propicio que protege y favorece el crecimiento de cada uno de sus miembros. Juntos, formando una *synodia,* una caravana, los hermanos avanzaban, sosteniéndose mutuamente, a través del desierto de la vida».

RAMON MOLINA PINEDO, OSB

Bibliografía

BACHT, H., «Pacôme (Saint)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XII/1: *Pacaud-Photus* (París 1984) cols.7-16.

COLOMBAS, G. M., *La tradición benedictina. Ensayo histórico.* I: *Las raíces* (Zamora 1989) 229-262.

DESEILLE, P., *El espíritu del monacato pacomiano. Seguido de la traducción española de la Pacomia latina* (Monasterio de las Huelgas, Burgos 1986).

DI SPIEZ, V., «Le cénobitisme pacômien»: *Lettre de Ligugé* (1988) n 243, p.8-25; n.245, p.14-27, n.246, p.12-26.

BEATA MARÍA TERESA DE JESÚS GERHARDINGER

Virgen y fundadora († 1879)

La preocupación por la formación de la mujer, en vistas a su promoción integral en lo cristiano y en lo humano, para hacer de ellas buenas esposas y madres, que imbuyeran del espíritu de Cristo su quehacer doméstico y social, en orden a prepararlas para la educación cristiana de sus hijos, estuvo presente en los planes de muchas mujeres y varones del atormentado siglo XIX, centuria de tantas convulsiones y revoluciones, pero fecundo de múltiples iniciativas y fundaciones religiosas para que la nave de la Iglesia, zarandeada por tantas tormentas, continuara siendo arca de salvación para cuantos quisieran vivir en plenitud su fidelidad a Cristo. Entre estas iniciativas, cabe destacar la fundación en la vieja Europa de numerosas congregaciones de mujeres consagradas a la educación femenina en la escuela. Del corazón y de la mente de una mujer bávara recia, entregada y fiel a la llamada de Dios, nació una congregación escolástica: para imbuir desde las aulas a las niñas, aun a las de condición social más humilde, del espíritu de Cristo y de su evangelio.

Nació la fundadora de las Hermanas Escolásticas en el pueblo de Stadtamhof, junto a Ratisbona, en Baviera, hija de Vilibaldo Gerhardiger y de Francisca Huber, el 20 de junio de 1797. En el bautismo recibió los nombres de Carolina Isabel Francisca. Pronto manifestó un carácter decidido y firme. Frecuentó la escuela que en su ciudad natal tenían abierta las religiosas canonesas de Nuestra Señora, fundadas por San Pedro Fourier y la Beata Aleja Le Clerc. Pero, bajo la dominación napoleónica en Baviera, esta congregación fue suprimida. Carolina, desde los 12 años, había albergado en su corazón la ilusión y

la vocación de ser maestra y educadora. El párroco de la catedral y luego obispo de Ratisbona, el siervo de Dios Miguel Wittmann, eligió a las tres mejores alumnas de la escuela suprimida y las orientó hacia los estudios de magisterio. Carolina consiguió el diploma de maestra elemental y el nombramiento de profesora en la escuela de niñas de Stadtamhof. Allí empezó su labor educativa en 1816, y permaneció en su cargo hasta 1833. En el desempeño de su tarea, se comportó como ejemplo de educadora cristiana, mereciendo la complacencia de la administración pública, nada favorable a la Iglesia en aquella sazón. Fue ejemplo de entrega a su labor y de caridad activa hacia el prójimo. Tenía muy presente que la formación humana y cristiana de las futuras esposas y madres contribuía a hacer de la Iglesia como el fermento y el alma de la sociedad, que debía renovarse en Cristo y ser transformada en familia de Dios, como luego proclamaría el Vaticano II, en la *Gaudium et spes,* 40. Con sus propios bienes, construyó un colegio para que sus alumnas pudieran dedicar más tiempo a su formación. Por otra parte, Carolina no descuidaba su vida interior para avanzar en el progreso de su propia perfección cristiana. Amaba la oración, el silencio, la mortificación, mantenía a raya su amor propio, la soberbia, el capricho de su voluntad, prescindía de toda vanidad. Sobresalía por su afable humanidad, su alegría, su prudencia, su fortaleza ante las dificultades. Así estaba preparando su consagración religiosa.

Cuando cesó la prohibición a las congregaciones religiosas de dirigir escuelas, el párroco Wittmann tuvo la idea de fundar una congregación religiosa para enviar las hermanas de dos en dos a las escuelas rurales. A Carolina y a sus dos compañeras, les dio la regla redactada por San Pedro Fourier, con algunas adaptaciones. En el mismo Stadtamhof, la futura beata ya abrazó sola esta norma de vida. Tras vencer no pocos obstáculos, el 24 de octubre de 1833, con dos compañeras, inició la vida religiosa en Neunburg vorm Wald (en el Palatinado superior, Baviera). La ayudó en esta fundación el amigo de Wittmann, Francisco Sebastián Job, confesor de Carolina Augusta, emperatriz de Austria y hermana de Luis I de Baviera. Pero sus dos sacerdotes mentores murieron en 1833 y 1834. La fundadora se en-

contró sola ante dificultades que parecían insuperables, ante la animadversión de los ministros del Estado Lutz y Pfeufer· pero ella se mantuvo firme en su fe inquebrantable y su esperanza heroica en Dios. En 1834 la congregación obtuvo la aprobación diocesana: se llamaría Congregación de las Pobres Hermanas Escolásticas de Nuestra Señora. El 6 de noviembre del mismo año, la fundadora emitió los votos religiosos, ante el obispo de Ratisbona, y cambió el nombre de Carolina por el de María Teresa de Jesús, en honor a la titular de la nueva congregación, la Madre de Dios, y de la santa religiosa de Ávila, maestra de vida espiritual. En 1841 la casa madre de la nueva congregación se trasladó de Neunburg a la capital de Baviera, Munich, bajo la protección del rey Luis I.

Por más de cuarenta años la madre María Teresa vio crecer y multiplicarse su Instituto, que se extendió a varias naciones de Europa. En 1847 aceptó la invitación de los misioneros que trabajaban en América del Norte y, con la ayuda de San Juan Nepomuceno Neumann, abrió escuelas para ayudar y formar a las hijas de los emigrantes alemanes a aquel país. Fue para sus connacionales lo que Santa Francisca Cabrini fue para los emigrantes italianos. Fundó un orfelinato en Baltimore, abrió escuelas en Pittsburg y en Filadelfia. A partir de 1850 otras regiones de Alemania y los estados de Hungría y de la Gran Bretaña obtuvieron fundaciones de las escolásticas.

En las escuelas maternales, elementales y superiores, el ideal de la Beata María Teresa se cifraba en educar religiosamente a las futuras madres de las clases media y popular, pues estas niñas carecían frecuentemente de medios para acudir a otras escuelas. Quería seguir en todo las huellas del divino Maestro, preocupándose sobre todo de los pequeños, de los pobres, de los abandonados. No confiaba en las riquezas del mundo para resaltar mejor la fuerza de la gracia.

> «Como las aves del cielo y las flores del campo —afirmaba— no son presa de preocupacion alguna, asi tambien nosotras debemos preocuparnos poco El buen Jesus se preocupa esplendidamente de nosotras»

Pero no todo eran éxitos en la propagación del Instituto. Interpretaciones torcidas y ataques durísimos se levantaban por parte de quienes no comprendían el espíritu de la Congrega-

ción. Hasta con los obispos surgieron malentendidos por cuanto las casas dependían de la casa madre de Munich. La Santa Sede acudió en ayuda de la fundadora y en 1859 le prorrogó el cargo de superiora general durante toda su vida, y en 1865 aprobó las Reglas, del todo conformes con el pensamiento y los planes de la bienaventurada fundadora.

Otras contradicciones vinieron del movimiento *Kulturkampf* que expulsó de sus escuelas a las religiosas en Baden y en Borusia, pero la Congregación pudo abrirse a otras regiones.

Cuidaba en extremo la madre María Teresa de la formación estrictamente católica de sus educandas y la preparación profesional y espiritual de sus religiosas, a quienes daba ejemplo con su labor y consejos. Reproduce la bula de beatificación estas palabras que la bienaventurada madre dirigía a sus hijas·

> «Para los niños que nos han sido confiados, tenemos que ser madres, no mujeres asalariadas Debemos cumplir nuestra mision como consagradas para enseñar a los parvulos con el ejemplo lo que decimos de palabra, entreguemonos a la juventud como Dios espera de nosotras [] Sin su gracia, lo demas no es nada ante Dios aunque nuestros alumnos adquieran conocimientos y habili dades [] La juventud no es atraida a Dios con palabras, sino con la fuerza de la cruz de Cristo y el amor del Espiritu Santo»

Ella misma era el modelo en la plasmación de este ideal, que llevaba a la práctica con tenacidad y constancia Su voluntad estaba firme en la voluntad de Dios y su confianza en la Providencia, en medio de las dificultades, era absoluta. Bebía la fuerza para oponerse a cualquier contrariedad de su amor a la Eucaristía, a la cruz de Cristo, a la persona del Redentor, a las almas y a la Iglesia, cuyas preocupaciones y persecuciones compartió. Para servir a Dios y al prójimo, tomó como ejemplo a María, a ella le consagró el Instituto. Quería que sus religiosas, siguiendo el modelo de la Virgen, orientaran toda su vida hacia Dios y llevaran a Cristo al mundo.

> «Como piadosa hija de Maria —exclamaba— no he sido llama da a dominar sino a servir, y a permanecer con ella junto al pese bre y junto a la cruz»

Armonizó perfectamente su vida de oracion y soledad con su incesante actividad, supo conjugar la confianza en sus pro-

pias facultades con su ilimitada confianza en Dios, la humildad y la prudencia con su audacia e ímpetu en los trabajos apostolicos.

Se granjeó un aprecio enorme no sólo entre los padres y familiares de las alumnas, sino también entre las autoridades eclesiásticas y civiles, como se demostró cuando le sobrevinieron los últimos achaques. En 1877, cuando se preveía el desenlace, Pío IX le impartió telegráficamente la bendición apostólica.

Consumió todas sus fuerzas en servir como buena madre a su congregación hasta su muerte, que acaeció el 9 de mayo de 1879. Poco antes había llegado a su celda de Munich el nuncio apostólico Aloisi-Masella, que recitó las plegarias de la recomendacion del alma hasta que la beata entregó su último aliento al Padre. «Así quisiera morir yo», exclamó el nuncio.

La fama de santidad que ya habia conseguido en vida, creció después de su santa muerte, estimulada con la fama de gracias obtenidas por su intercesión. El proceso ordinario de beatificación fue iniciado en Munich en 1929; entre 1953 y 1955 se realizo el proceso apostólico en la misma ciudad, que fue aceptado en Roma en 1959. Juan Pablo II la declaró venerable proclamando la heroicidad de sus virtudes teologales y morales el 13 de enero de 1984. El milagro para la beatificación fue aprobado por el mismo Pontífice en 1985 y este mismo año, el 17 de noviembre, Juan Pablo II celebró su beatificación en San Pedro del Vaticano, a las puertas del Sínodo extraordinario de obispos, conmemorativo del XX aniversario del Concilio Vaticano II.

En su homilía, Juan Pablo II predicó:

> «En madre Teresa la Iglesia honra a una educadora cualificada y, al mismo tiempo, una obra educativa cristiana que aun continua en muchas regiones y continentes, a traves de la Congregación de las "Pobres Hermanas Escolasticas de Nuestra Señora", fundada por ella La carencia de educacion y de vida de fe, causada por las revueltas politicas y sociales, la decadencia moral de las familias, y sobre todo el abandono de la juventud, requerian nuevas vias para una formacion eficaz y una renovacion cristiana, especialmente en los pueblos del campo y en las capas sociales mas humildes y pobres Con la guia espiritual del obispo Wittmann, que estaba muy convencido de que las mujeres y las madres determinan la vida moral de las ciudades y de las naciones, la Beata Maria Teresa de Jesus se consagro, con sus hermanas, sobre todo a la educacion cristiana de la juventud femenina para conseguir el resurgimiento

moral de las familias y la mejora de la sociedad mediante la formación de buenas madres y mujeres de casa [..] El secreto de la gran fecundidad de las obras y de la acción educativa de madre Teresa consiste en la irradiación de su singular vida espiritual: una imperturbable confianza en Dios y un amor ardiente por Cristo y por los pobres [...] Madre Teresa de Jesús, esta sencilla pero eficaz y emprendedora religiosa, ha realizado grandes cosas por los hombres y por el Reino de Dios En la fundación de su orden, se mostró como "mujer fuerte" y por esta obra, que ella siempre llamaba "obra de Dios", no rehusó sacrificios ni fatigas. Su orden escolástica promovió el desarrollo de la educación en numerosos estados de Europa y de América. La herencia espiritual de la nueva beata vive hoy en cerca de 7.500 Hermanas, esparcidas por Europa, América del Norte, América Latina, Asia, Oceanía, África».

Al recibir a los peregrinos alemanes, que habían acudido a la beatificación, el papa exaltó nuevamente a la «mujer fuerte» al servicio de los últimos.

«La nueva beata, en la realización de su obra, soportó con paciencia sufrimientos y fracasos, incomprensiones y calumnias. Justamente por el reconocimiento eclesiastico de su congregación, demostró su verdadera grandeza de alma, una fe inquebrantable y un optimismo lleno de esperanza, cimentados en su aceptación interior de la providencia divina No solamente la jerarquía eclesiástica, sino también la historia, han confirmado finalmente la validez de sus ideas y de su fundación».

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 69 (1987) 243-247
Bibliotheca sanctorum, t VI, cols 217-219
FRIES, F , *Leben der ehrw Mutter Maria Theresia Gerhardinger, Grunderin und erste Generaloberin der Armen Schulschwestern U L. Frau* (Munich 1907)
KAWA, E , *Mutter und Magd* (Augusta 1958)
ZIEGLER, M. I , *Mutter Theresia von Jesu Gerhardinger* (Munich 1950)

BEATO FUERTE GABRIEL

Ermitaño († 1040)

Nace en Gubbio, Umbría, en la segunda mitad del siglo X, hijo de una noble familia. En su juventud decide consagrarse a Dios y se retira al monte Scheggia, en los límites de Umbría y de las Marcas, donde vive como solitario practicando una continua austeridad y penitencia.

Llevaba ya años de vida eremítica cuando opta por pasar a un monasterio, y elige el de Fonte Avellana bajo la dirección del B. Ludolfo, que lo había fundado, y en el que la vida de comunidad se combinaba con la vida eremítica. Aquí profesó como monje y llevó una vida santa hasta su muerte, ocurrida el 9 de mayo de 1040, siendo prior de aquella casa el famoso Guido de Arezzo.

Sus reliquias fueron posteriormente llevadas a la catedral de Gubbio, y perseverando el culto que se le venía dando, la Santa Sede lo confirmó el 17 de marzo de 1756.

BEATO TOMÁS PICKERING

Monje y martir († 1679)

Había nacido en Skelmerg, junto a Kendal, Inglaterra, el año 1620, hijo de un hombre que había luchado y muerto por Carlos I cuando la guerra civil que precedió al destronamiento y ejecución del monarca. Decidido, cuando tenía cuarenta años, por la vida religiosa, marchó a Douai en cuyo convento benedictino de San Gregorio profesó la Regla de San Benito en calidad de hermano.

Habiendo casado el rey Carlos II con la princesa católica Catalina de Braganza, se le permitió a ésta tener una pequeña capilla de su religión en palacio, de cuya atención litúrgica estaba encargada una pequeña comunidad de monjes benedictinos a la que fue destinado en 1665 nuestro futuro mártir.

Aquí estuvo cumpliendo sus deberes asignados y cuando en 1675 fueron despedidos los monjes, el hermano Tomás fue au-

torizado a quedarse, yéndose a vivir en una casa, propiedad de Juan Grove, donde, además, residían tres religiosos jesuitas. Tuvo lugar seguidamente la acusación de haberse organizado un complot, según la famosa denuncia de Titus Oates, para haber asesinado al rey, y el delator dijo que Pickering y Grove eran los encargados de materializar el asesinato, siendo cómplices los otros. Pese a la falta total de pruebas, fueron llevados a juicio y condenados a muerte por conspiración.

Se fijó el 9 de mayo de 1679 para su muerte. Mientras iba al patíbulo, uno de los asistentes le insistió en que confesara su culpa. Levantando su gorro, el mártir respondió: ¿Es éste el semblante de un hombre que muere bajo tan gruesa culpa? En efecto, y como recuerda de él el *Martirologio,* era un hombre de sincera sencillez e inocentísima vida, incapaz de planear matar a nadie. Es claro que fue elegido como víctima de tal acusación simplemente por ser un fervoroso católico. Ahorcado y descuartizado, su cuerpo fue enterrado en el cementerio de St. Giles in the Fields, en la capital londinense. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

SAN JOSÉ DO QUANG HIEN

Presbítero y mártir († 1840)

Nace en Quan-Anh, provincia de Nam-Dinh, en Tonkín, hacia el año 1775. Educado en la fe católica, al llegar a la edad adulta optó por la vida religiosa, para lo que marchó a Filipinas, y tomó el hábito de la Orden de Predicadores en Manila, el 12 de octubre de 1812, y al cabo de un año hizo la profesión religiosa. Posteriormente hizo los estudios necesarios y se ordenó sacerdote.

Vuelto al Tonkín, quedó como colaborador del obispo Santo Domingo Henares, y posteriormente pasó al distrito de Cao Moe, de cuyo cuidado pastoral fue encargado, poniendo lo mejor de sí mismo en el desempeño de este encargo.

Cuando a comienzos de 1833 vino otra vez sobre la cristiandad tonkinesa la persecución, se vio obligado a huir de un sitio a otro para evitar que con su captura quedara sin asistencia religiosa su distrito. Pero un pagano lo reconoció en Kien-Trung a

donde el sacerdote había ido a administrar a un enfermo los últimos sacramentos, y lo denunció a las autoridades. Se le avisó de la denuncia de que había sido objeto y entonces celebró la santa misa pidiendo a Dios fuerza para afrontar lo que le esperaba cuando fuera arrestado.

El arresto tuvo lugar el 20 de diciembre de 1839. El mandarín le mandó que pisara la cruz, a lo que se negó. Entonces fue bárbaramente azotado y se le colocó una pesada canga, siendo enviado a una inmunda cárcel, en la que estuvo cuatro meses a la espera de su apostasía. Pero no sólo no apostató sino que utilizó su estancia en la cárcel para animar a los cristianos detenidos e incluso convertir a la fe cristiana a algunos presos.

Pasados esos meses, compareció de nuevo ante los mandarines que en vano intentaron su apostasía y para ello lo mandaron flagelar sin piedad. El 29 de abril de 1840 lo condenaban a muerte y el 9 de mayo siguiente era decapitado en Nam-Dinh. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO ESTEBAN GRELEWSKI

Presbítero y martir († 1941)

Nació en Dwikozy, Polonia, el 3 de julio de 1899 en el seno de una familia campesina que lo educó cristianamente. En 1916 se decidió por la vocación eclesiástica e ingresó en el seminario diocesano de Sandomierz, siendo tres años más tarde enviado a la Universidad de Lublín para estudiar derecho canónico. Se ordena sacerdote el 12 de octubre de 1921. Y va a Estrasburgo a terminar sus estudios y doctorarse.

Estuvo dedicado a tres grandes apostolados: las clases de religión en las Escuelas Profesionales de Radom, el periodismo católico y la acción social. En 1930 funda la revista mensual *La Verdad Católica,* de la que fue redactor hasta 1935, y por ese tiempo publica diversas obras de contenido religioso y social.

Llegada la guerra, sigue dando clandestinamente clases de religión durante un año, hasta que el 27 de octubre de 1940 es arrestado, pero fue dejado libre al poco. Entonces se dedica a trabajar por los prisioneros de guerra; pero en enero de 1941 es nuevamente arrestado. Pasó por los campos de concentración

de Skarzysko-Kamienna, Auschwitz y Dachau, a donde llega el 4 de mayo de 1941. Llegaba en pésimas condiciones de salud y fue por ello enviado al barracón de los enfermos, en el que moría el día 9 del mismo mes. Llevó su prisión y trabajos con gran paciencia y entrega. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

10 de mayo

A) Martirologio

1 La conmemoracion del Santo Job, varon de admirable paciencia en la tierra de Hus **

2 En Mira (Licia), San Dioscorides, martir (fecha desconocida)

3 En Lentini (Sicilia), los santos Alfio, Filadelfio y Cirinio (s III), martires

4 En Roma, en la Via Latina, San Gordiano († 300), martir, enterrado en la misma cripta que el martir San Epimaco

5 En Roma, los santos Cuarto y Quinto (s IV), martires

6 En Irlanda, San Comgall († 602), abad *

7 En Tarento (Apulia), San Cataldo (s VII), obispo

8 En Aquitania, Santa Solongia (s IX), virgen y martir

9 En Pontoise, junto a Paris, San Guillermo († 1192), presbitero *

10 En Padua (Veneto), Beata Beatriz d'Este († 1226), virgen *

11 En Sena (Toscana), Beato Nicolas Albergati († 1443), obispo de Bolonia, monje cartujo **

12 En Montilla (España), San Juan de Avila († 1569), presbitero, llamado el Maestro **

13 En Cremona (Italia), Beato Enrique Rebuschini († 1938), presbitero, de la Orden de los Clerigos Ministros de los Enfermos **

14 En Zagreb, Beato Ivan Merz († 1928), joven seglar *

B) Biografias extensas

SANTO JOB

(Antiguo Testamento)

La Escritura nos presenta, en la introducción de un libro maravilloso, la figura de Job sufriendo, protagonista del dolor. Son dos capítulos breves en que, con rapidez estilizada, va ba-

jando los escalones de la privación y el sufrimiento hasta la hondura del dolor.

Primero pierde la hacienda: bueyes y asnos, corderos y camellos, siervos. Después pierde los hijos. Después la salud. Y así queda, llagado de pies a cabeza, tendido sobre la ceniza, rascándose las úlceras con una tejuela, mientras su mujer le escarnece: «¿Aún te aferras a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!».

La resignación de Job está concentrada en un par de frases sobrias y robustas. Cuando pierde hacienda e hijos exclama: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá; Yahvé lo dio, Yahvé lo tomó, bendito el nombre de Yahvé». A su mujer que le escarnece responde: «Bienes recibimos de parte de Yahvé; los males ¿no los recibiremos?». En ambas ocasiones comenta el autor sacro· «En todo esto no pecó Job».

Aquí tenemos a Job sufriente y sufrido, parco en palabras, integro en someterse a Dios. Por encima de esa figura humana suena la voz de Dios en su consejo: «¿Has reparado en mi siervo Job, que no hay como él en la tierra, hombre íntegro y recto, temeroso de Dios, alejado del mal?».

Muchos cristianos han mirado con estupor esa figura ejemplar, han escuchado el comentario divino como una canonización inapelable; después han cerrado el libro. Exactamente despues de un capítulo y diez versículos. Y así no se han enterado de que Job, sujeto paciente del comienzo, se convierte muy pronto en el protagonista de un colosal debate, en el que se plantea y discute el eterno problema del dolor humano y la justicia divina.

> «Tres amigos de Job, los sabios Elifaz, Bildad y Sofar, vinieron a consolarle Desde lejos alzaron los ojos y no le reconocieron Rasgaron sus vestiduras, esparcieron ceniza sobre sus cabezas, se sentaron junto a el siete dias y siete noches, sin hablar palabra, por que era extremado su dolor»
>
> «Rompió el silencio Job, para gritar pateticamente su dolor "Perezca el dia en que naci, la noche en que se dijo ha sido concebido un varon No brille sobre el un rayo de luz, sea noche de soledad, no haya en ella regocijos Espere la luz y no venga, no vea el parpadeo de la aurora ¿Por que no expiré en el seno, salido del vientre no perecí? Ahora reposaría, descansaria en paz, como aborto secreto no existiria, como las criaturas que no vieron la

luz Son mi comida los suspiros, se derraman como agua mis rugidos"»

Este clamor lírico de Job pone en marcha el diálogo: por turno riguroso arguyen los amigos y responde Job; el turno gira tres veces. Siempre en torno al problema, girando, repitiendo, insistiendo; siempre a la misma distancia intelectual, sin llegar a la solución. El problema consiste en conciliar la justicia divina con el dolor del hombre. Elifaz, Bildad y Sofar tienen una solución bien simple, resumible en dos silogismos: Dios es justo; si Dios castiga es que el hombre ha pecado. Es decir, los tres amigos entienden el dolor como castigo; la consecuencia irremediable es que Job ha pecado. Para defender a Dios condenan al siervo de Dios. Y hasta pretenden convertirle y hacerle reconocer sus pecados personales.

La solución opuesta, la solución del impío, es también simple: el hombre sufre sin ser culpable, luego Dios no es justo, luego Dios no existe. Es decir, para justificar al hombre, condenar a Dios. Solución algo parecida a las palabras despechadas de la mujer de Job.

Pero Job no acepta ninguno de los dos extremos. De manera confusa entrevé una tercera vía que conduce a la solución, y no sabe cómo caminarla. Por eso afirma una y otra vez las dos justicias: la de Dios y la suya propia. No basta arguir que todos los hombres son pecadores, pues Job considera su dolor desproporcionado como castigo. Los interlocutores quieren defender a Dios, pero lo hacen con argumentos ineficaces o repiten que Dios castiga al malvado, o insisten en que Job es pecador. Job refuta vigorosamente tales argumentos: que muchos malvados disfrutan de la vida lo prueba la experiencia; mientras él escucha a su conciencia que le justifica. Por eso pide un juez imparcial y libertad para arguir; en tales condiciones espera victoria segura. Pero no encuentra ese juez supremo, porque Dios mismo le ha herido. Y, sin embargo, por encima de Dios que le hiere espera en Dios que le salvará.

Ya no es la carne, es el espíritu de Job quien parece rasgarse por la tensión de ideas contrarias. Audazmente, paradójicamente, parece apelar a Dios contra Dios, con una oscura y definitiva confianza.

Tanto los argumentos fútiles y tradicionales de los tres sabios como las reclamaciones de Job piden una intervención divina que aporte la verdadera solución. Ya por el prólogo sabíamos que esa tercera vía, que busca Job a tientas, existe: que el dolor no sólo es castigo, sino también prueba. Esto lo sabíamos, porque el autor nos descubrió el fondo de los sucesos en un rapto celeste. Pero Job, ignora tales razones, y más aún sus amigos. Dios acepta la apelación y baja a responder al hombre; no sólo al hombre Job, sino a todos los hombres dolientes que interrogan en la persona de Job.

Al final del largo debate la actitud de Job se asemeja a la resignación inicial; sólo que ahora su actitud es más profunda y rica. Al principio era una resignación muda, de quien no piensa y acepta. Ahora es la aceptación consciente de quien ha meditado largamente sobre el problema sin hallar por sus medios la solución.

Al final Dios restituye a su siervo; le acrecentó hasta el duplo sus posesiones, le dio hijos e hijas, le alargó los días. Así nos enseña a todos que el dolor no es el destino definitivo del hombre. Sin formularlo, la acción de Dios significa una respuesta. Job había dicho: «Si recibimos bienes de Dios, ¿por qué no aceptar los males?». Dios responde implícitamente: «Porque aceptó los males le duplico los bienes».

Así Job, protagonista del dolor resignado y del debate ardiente, concluye como protagonista del premio. Consolando a todos los hombres dolientes que sufren con resignación y esperan recibir, no el doble, sino el ciento por uno.

LUIS ALONSO SCHOKEL, SI

Bibliografía

Comentarios al Antiguo Testamento e *Historias bíblicas,* como la de I. SCHUSTER et al., *Historia bíblica* (Barcelona 1945).

DHORME, P , *Le livre de Job* (París 1926).

JUNKER, H., *Das Buch Job* (Wurzburg 1951)

KISSANE, E. J., *The book of Job* (Dublín 1939).

KUHI , C., «Vom Hiobbuche und seine Problemen»: *Theologische Runschau* 22 (1954) 261s.

• Actualización:

ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE, J. L., *Job. Comentario teológico y literario* (Madrid 1983).

ASURMENDI, J. M., *Job. Experiencia del mal, experiencia de Dios* (Estella, Navarra 2001).

LOBATO FERNANDEZ, J. B., *Job. El libro y el mensaje* (Estella, Navarra 1992).

BEATO NICOLÁS ALBERGATI

Obispo y cardenal († 1443)

Nació en Bolonia hacia 1375, siendo sus padres Pier Incola Albergati y Filippa di Bertuccia.

De sus primeros años se desconoce casi todo. Al parecer después de haber frecuentado el Estudio boloñés como *auditor iuris civilis,* entró como novicio, a los 18 años de edad en la Cartuja de San Girolamo (Jerónimo) de Casara en 1393. Profesó solemnemente en 1396 y tras siete años de estudios, entre 1403 y 1404, recibió todas las órdenes sagradas. Joven todavía, a sus 32 años de edad fue elegido prior por su propia comunidad que tenía esa potestad concedida por el Capítulo general de la Chartreuse.

Durante su decenio como prior trabajo incansablemente para reunificar de nuevo a todas las casas de la orden dividida por el gran cisma de Occidente; contó para ello con la inestimable ayuda de Esteban Manconi. Fue, además, co-visitador, primero, y más tarde, visitador de las cartujas italianas.

El 4 de enero de 1417 las autoridades de la ciudad de Bolonia lo eligieron, según costumbres de la época, como obispo de esa *ciudad estado* para suceder al fallecido Don Juan de Michele. Los pasos canónicos siguientes fueron: elección formal del Capítulo Catedral al día siguiente, envío de una embajada de autoridades a Grenoble para solicitar el permiso del gran prior de la Chartreuse. Finalmente, el candidato aceptó el nombramiento el 24 de febrero, una vez que el Metropolitano de Ravena ratificó todo el proceso. Enviado éste a Roma, el 13 de abril de 1418, más de un año después de hecha la elección, el papa de la unidad, Martín V, confirmaba dicha elección con una bula emanada el 27 de julio, al mismo tiempo que le dispensaba de viajar hasta la curia romana para emitir el juramento de fidelidad a la Santa Sede, que el electo debería hacer ante los obispos de Módena e Imola.

La discreción y el talante religioso y austero de Nicolás se vieron enseguida en las condiciones que impuso a las autoridades boloñesas· puesto que, como monje, nada tenía, la ciudad debía correr con los gastos de la consagración episcopal, el pago de todas las tasas estipuladas a la cámara de la sede apos-

tólica, y finalmente la devolución de unas tierras que el gobierno de la ciudad había confiscado a los bienes diocesanos, años atrás.

Rápidamente, tras su ordenación episcopal dio comienzo a una intensa acción reformadora de la ciudad y de la diócesis. En octubre de 1417 realizó la primera visita pastoral y al año siguiente convocaba un sínodo para exhortar a clero y fieles a la observancia de las normas canónicas emanadas por uno de sus antecesores (el obispo Bonavalle) hacía ya, nada menos, más de cuarenta años, en 1374. Por su parte, emanó toda una serie de disposiciones acerca de la usura y de los que la ejercían en detrimento de los pobres y necesitados. Dispuso con muy buen criterio la repartición de los beneficios entre los clérigos y legisló normas especiales para conservar los bienes de la Iglesia diocesana.

Eran tiempos difíciles en los que no todo trigo era limpio. Incluso la sede apostólica, siempre falta de dinero, tenía la costumbre de reclamar para sí los bienes de aquellos cargos eclesiásticos que estaban vacantes y cuya colación dependía de ella. No hace falta pensar mucho lo que tales costumbres llevaban consigo a la larga. Nicolás, también necesitado para socorrer pobres e iglesias, solicitó al papa Martín V poder echar mano de tales bienes, para que sin salir de su diócesis, pudieran beneficiar a su clero, con el rápido nombramiento de los cargos vacantes. Al mismo tiempo cortó con decisión la extendida práctica existente, entre familias y clérigos ambiciosos, de acumular diversos títulos y cargos eclesiásticos, y obligó a que todos residieran en el lugar en que debían prestar el trabajo o ministerio al que habían accedido. Reformó más tarde el mismo cabildo catedral determinando los oficios o «dignidades» y exigiendo que sus beneficiarios fueran hombres buenos e instruidos que llevasen a buen término y con esmero el culto divino.

Muchos de los males del clero de la época estaban en la poca formación que éstos recibían. Nicolás se esforzó por prevenirlo erigiendo un colegio junto a su domicilio que llamó de los «Pobres de Cristo». No dudó en dotarlo de una buena biblioteca donde los formandos pudiesen instruirse adecuadamente. No pudo menos, también, de rodearse de sujetos aptos

que le ayudasen en la buena administración de la curia diocesana y la chancillería episcopal de Bolonia.

Como buen religioso y superior mayor que había sido, no olvidó la debida atención que sobre los monjes y monjas tenía. Alentó la reforma de muchos monasterios y congregaciones existentes en su diócesis, como las canonesas de San Víctor, las de San Vital y las de Santa María de Reno. Corrigió las deficiencias y abusos que se iban introduciendo en las órdenes mendicantes. Ayudó a San Bernardino de Siena en la fundación del convento reformado de San Juan in Monte. Favoreció a sus hermanos cartujos de San Jerónimo de Casara y protegió a la joven congregación de los jesuatos.

Como buen Pastor, Nicolás todo lo hacía por el bien de su pueblo, de los fieles cristianos a él encomendados. Uno de los medios para la promoción del pueblo es la formación; por lo mismo se preocupó y promovió el que se abrieran escuelas, que se diese catequesis a las gentes sencillas, fundando, incluso, la congregación «Compañía de San Jerónimo de Miramonte» para tal propósito. Protegió a los pobres de los usureros dictando normas y castigos severos para los que en ella incurriesen. Organizó una vasta obra asistencial, cuidando personalmente y con rigor de las personas que debían asistirles y las que debían ser asistidas. Redactó el reglamento de las casas de asistencia a los enfermos y necesitados, como las de Santa María del Barracano, Santa María de la Caridad de Reno y otras cuyo recuerdo todavía subsiste en Bolonia.

No descuidó la predicación y que los religiosos mendicantes recorriesen los pueblos predicando a fin de combatir la ignorancia de las cosas de la fe y la decadencia moral en la que por ello se incurre. Propagó y difundió entre el pueblo las devociones a la Pasión (Confraternitá dei Trentatré), a la Eucaristía (esmero en el cuidado del culto y de los vasos sagrados) y a la Santísima Virgen María (devoción a la Madona di San Luca). Fundó cofradías para sostenerlas y para promover el culto en las iglesias.

El aumento de los nuevos barrios hizo necesaria la construcción de nuevas iglesias y al obispo Nicolás se debe la erección de los templos dedicados a Santa María de los Ángeles, al Espíritu Santo en el barrio de Panigale, etc.

Como se ve, la actividad pastoral del obispo Nicolás era intensa, múltiple y decidida, propia de un alma entregada a sus fieles y en especial a sus sacerdotes. Tales actividades y voluntad tan generosa no podían pasar desapercibidas a los ojos de la cercana Roma. A los nueve años de episcopado el papa Martín V, en el consistorio del 24 de mayo de 1426, lo creó cardenal presbítero del título de «Santa Croce», la basílica romana, abadía cisterciense, donde se conserva uno de los mayores trozos de la Veracruz y otras reliquias relacionadas con el calvario. Era un giro definitivo a su labor y aunque ya pocas veces iba a pisar su diócesis, el papa le nombró administrador apostólico en lo espiritual y en lo temporal de su diócesis de Bolonia. Así ejerció como tal durante catorce años, hasta que el papa Eugenio IV lo nombró cardenal obispo de la diócesis Petroniana.

Aparte los trabajos pastorales, Nicolás, aquel monje cartujo que había elegido desde su juventud una vida de soledad y austeridad, se vio envuelto, como obispo de Bolonia, en no pocos negocios políticos propios de aquella época en que el poder descansaba por muy variados motivos entre las potestades laicales y eclesiásticas. Nicolás siempre demostró un gran equilibrio en sus relaciones con el gobierno de la ciudad puestas en mano del Ayuntamiento boloñés. Éste, siempre ávido de independencia y autonomía, trataba de librarse de los poderes que lo sojuzgaban, en una larga historia, unas veces al poder del imperio germánico y otras al de la sede apostólica. Nicolás, siempre sereno, aunque no sin preocupación, tuvo que lidiar con las susceptibilidades políticas de sus conciudadanos y también con los deberes y derechos que asistían al papado. Todos están de acuerdo en que en tales situaciones el obispo de Bolonia se había comportado con extrema prudencia y dignidad ciudadana y como pastor de la Iglesia.

Sus cualidades de hombre de diálogo sincero, cordial y cortés fueron un instrumento habilísimo que el papado esgrimió en muchas ocasiones para arreglar asuntos muy variados en los que un buen negociador era necesario. Ya en 1419 Nicolás había sido enviado a Ferrara para establecer un concordato con la ciudad de Mantua. No le faltaron, no obstante, sinsabores, como sucedió al año siguiente en que, ante las decisiones del

papa Martín V, tuvo que excomulgar a los miembros de algunas familias rebeldes de su misma Bolonia; se sucedieron altercados y ante las serias amenazas que le hicieron tuvo que huir a Florencia y albergarse en la cartuja de Monte Acuto. Desgraciadamente estas huidas se repitieron más de una vez, pues fácilmente los ánimos se soliviantaban cuando terceros, especialmente la Santa Sede, tenían que intervenir para defender sus derechos en algunos asuntos de la ciudad de Bolonia.

Su intervención en la política diplomática del papado más allá de Italia fue intensísima y notable. En 1422 Martín V lo envió como embajador, con rango de Nuncio Apostólico, a Francia con la misión de hallar un entendimiento entre Inglaterra y Francia, muy deteriorado por la guerra de los cien años; además, en esta misión, logró de Carlos VII de Francia la supresión de todas las leyes contrarias a la libertad de acción de la Iglesia. Pocos años después, en 1426, Martín V le pidió que mediara entre milaneses, florentinos y venecianos para obtener la paz. No fueron fáciles las negociaciones, alteradas por episodios violentos de unos y otros, pero al fin pudo firmarse un convenio de paz en 1428, dos años después. En 1430 fue nombrado por el papa Martín V, que siempre lo tuvo en alta estima y aprecio, como legado «a latere» para tratar de reconducir una maltrecha paz entre Francia y los numerosos estados italianos de la época. Las tentativas sufrieron diversos altibajos, entre ellos la muerte del papa en 1432 y la elección de su sucesor Eugenio IV. El nuevo papa lo envió otra vez a Francia para tratar de restablecer un buen entendimiento entre Enrique IV de Inglaterra y Carlos VII. La misión, que duró nada menos que dos años, no estuvo coronada por el éxito. Tras la conferencia de Corbeille, Nicolás dejó Francia y por mandato del papa se dirigió a Basilea para asumir, en nombre de la sede apostólica, la presidencia del concilio que allí se celebraba. Cuando Nicolás llegó y quiso hacer valer el primado romano sobre la asamblea «conciliarista», la reacción de los reunidos fue algo más que tumultuosa.

En septiembre de 1434 partió para Italia, uniéndose al pontífice Eugenio IV en Florencia que allí se había refugiado tras los sucesos turbulentos acaecidos en Roma en junio de aquel

mismo año. En 1435 de nuevo hallamos a Nicolás de camino para Francia, a donde el papa le enviaba como legado pontificio para presidir la reunión de Arrás y en donde se encontró con el duque de Borgoña, el cardenal inglés Beaufort y los legados del rey de Francia. Tampoco esta vez pudo concertarse la paz entre Francia e Inglaterra, pero al menos se pudo obtener un pacto de paz entre el rey de Francia y el duque. En 1436 volvió de nuevo a Basilea para tratar con los conciliaristas algún modo de entendimiento. El concilio se transfirió a Ferrara y en 1438 fue nombrado legado papal en él para tratar de reunir en la unidad a la Iglesia oriental con la latina. Nicolás tuvo el honor, como presidente de la asamblea conciliar, de recibir al Emperador de Oriente en Venecia y de acompañarle a Ferrara y luego a Florencia, a donde se había trasladado el Concilio. Tuvo que interrumpir su presidencia conciliar para viajar hasta Nuremberg a donde el papa lo envió para presidir la Dieta de los príncipes alemanes.

La Santa Sede, que en Nicolás encontró tanto apoyo como prudencia y sensibilidad diplomática, quiso mostrarle su agradecimiento con lo que entonces se consideraban honores. Así en 1443, promovido a penitenciario mayor y tesorero de la Santa Iglesia romana, tuvo que seguir al papa Eugenio IV, primero a Florencia y luego a Siena; allí le esperaba el descanso, pues tras sufrir una crisis del mal de piedra, mal del que sufría desde su juventud, entregó su alma al Creador el 10 de mayo de aquel mismo año, a los 68 años de edad. Cuentan que al embalsamarlo encontraron en su vejiga una piedra del tamaño de un huevo de pato, lo que causó la admiración de todos por lo que suponía que podrían haber sido sus sufrimientos durante toda su vida. Presidió los funerales, fuera de lo acostumbrado, el mismo romano pontífice; y sus restos, trasladados a la Cartuja de Florencia, fueron allí sepultados junto a sus hermanos de Monte Acuto.

Todos sus contemporáneos están de acuerdo en reconocer en Nicolás, aun en vida, eximias virtudes religiosas y cristianas, no teniendo dudas de su santa vida como religioso, obispo y legado apostólico. Tal fama de santidad perduró siempre tras su muerte tanto entre los propios cartujos, sus hermanos, como en

Bolonia y Florencia. Más allá de los elogios fúnebres y de los esculpidos en su cenotafio, los encomios que perduran entre sus amigos y conocidos (del obispo de Brescia y de otro santo, San Antonino de Florencia, así como Tomás de Saezano y Eneas Silvio, sus dos secretarios, que llegarían a sentarse en la cátedra de San Pedro) nos dan fe de la admiración que causaron a todos los enormes esfuerzos que supusieron para un hombre de vida contemplativa lanzarse con tal denuedo y constancia por los caminos de Europa tratando siempre de poner en paz a todos y de defender la verdad del Evangelio de Cristo en su Iglesia.

El papa Urbano VIII un siglo más tarde declaró legítima la veneración que como beato se le daba en algunas iglesias de Bolonia, aunque mandó que, según las normas por él establecidas para la Iglesia en materia de beatificaciones y canonizaciones, se procediera en todo conforme a derecho y se abriera su proceso formal. En 1633 se procedió al reconocimiento de sus restos y en 1651 se abrió el proceso diocesano hasta que un siglo más tarde el papa Benedicto XIV, el 25 de septiembre de 1744, firmaba el decreto de beatificación que daba oficialidad al culto que hacía más de dos siglos le daban sus hermanos cartujos y la ciudad de Bolonia.

De Nicolás nos queda un singular retrato salido de manos del famosísimo pintor Van Eyck que hoy se encuentra en un museo de Viena. Aunque hay algún crítico discrepante, la mayoría están de acuerdo en aceptar que se trata del «Cardinale di Santa Croce, Nicolo Albergati». Jan van Eyck, según costumbre, le dibujó a punta de plata durante la estancia del cardenal en Brujas en 1431, dibujo que se conserva en Dresde, y luego más tarde lo pintó. Según los críticos, el dibujo es más espontáneo y realista; el cuadro, en cambio, tiene más suavizados los rasgos del dibujo. No es un retrato de un místico como imaginariamente lo retrató Zurbarán para la cartuja, sino el rostro de un hombre tranquilo, algo grueso de cara, vestido de rojo con digna sencillez cardenalicia y que transmite serenidad y vida interior. El hombre de Dios que era Nicolás no lo hizo ajeno a su tiempo y a las corrientes de opinión. Se dijo de él que fue un apasionado humanista, como lo demuestran sus amistades con Poggio, Niccoli y también con Filelfo. Durante los viajes y es-

tancias por Europa mostraba su curiosidad buscando y comprando los mejores códices que podía encontrar allá por donde pasaba, tanto de las obras divinas como de las humanas. En su testamento dejó su rica biblioteca a los agustinos de Siena, orden de la cual era protector, y por estos hombres de estudio.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des Saints et des bienheureux*, IV Avril (Paris 1946) 722-731

CALPENA Y AVILA, L., *La luz de la fe*, V (Madrid 1880) 176-178

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año* V *Mayo* (Barcelona 1862) 199-201

FONSLGA, C. D., en *Bibliotheca sanctorum*, t. I cols. 662-668

SAN JUAN DE ÁVILA

Presbítero († 1569)

Un buen día del año de 1517 Juan de Ávila, un estudiante alegre de La Mancha, que había recorrido durante cuatro cursos las callejuelas de Salamanca con sus cartapacios de apuntes bajo el brazo, camino del estudio, dejaba la ciudad del Tormes. Hacía días que Dios le hurgaba en el alma. El golpe de gracia fue en una fiesta de toros y cañas. Ahora, dejadas las «negras leyes», volvía a Almodóvar del Campo, que le había visto nacer el día de Epifanía del último año del siglo.

Poco después Alcalá le dará su abrazo de bienvenida en un momento de efervescencia espiritual, a la que no podrá sustraerse. Las sabias lecciones de artes del maestro Soto, de quien fue discípulo predilecto, y aquellas lecturas del docto maestro Medina, que enseñaba por la nueva vía de los Nominales, alternaban con la lección sabrosa de unos libros de Erasmo, saturados de espíritu paulino y salpicados de censuras mordaces ansiosas de reforma.

Ya es sacerdote Juan de Ávila. Juan de Ávila ha entrado de lleno en el recogimiento y la oración. El fuego apostólico ha prendido en su alma y las Indias se le antojan cañaveral seco pronto para el incendio. Piensa ir allá con el padre Garcos, de la

Orden de Santo Domingo, que marcha como primer obispo de Tlaxcala. ¿Vistió ahora el hábito dominicano en Santo Tomás de Sevilla? Veinte años más adelante se recordará, cuando esté inclinado a entrar en la Compañía, que el padre Ávila «ha seído fraile». Las íntimas relaciones que vemos tiene en Sevilla con los dominicos parecen dar pie para una conjetura.

Alguna dificultad seria debió interponerse entre las Indias y aquel cristiano nuevo de Almodóvar. Sus Indias estaban en el sur de España. No acertamos a imaginarnos con colorido exacto el poder extraordinario de atracción de aquel clérigo joven, bachiller en teología, que vivía pobremente, sin tomar apenas cosa que llegase al fuego, sino granadas o frutos que pasaban por la calle. Su encuentro con Fernando de Contreras fue providencial. Era éste un clérigo de la Orden de San Pedro, antiguo capellán de San Ildefonso de Alcalá, fundador de un colegio de niños, famoso por sus redenciones de cautivos. Un día le oyó Contreras platicar a unos clérigos; otro día vio algo no común en su manera de decir misa. Y el círculo de Contreras, confesor entonces del arzobispo Manrique, inquisidor general, se abrió para acoger a Juan de Ávila. De esta manera entró en contacto con la casa de Priego, en cuya residencia de Montilla había de vivir los últimos años de su vida.

Don Alonso Manrique logró retener al padre Ávila en su arzobispado. El maestro Baltanás, dominico, le encaminó a Écija, ciudad de mucho comercio. Aquí comenzó su predicación y a leer públicamente unas lecciones sobre las epístolas de San Pablo. El celo de Ávila se extendía también a los niños, a quienes reunía al atardecer para enseñarles la doctrina, en la misma casa en que se hospedaba. También acudían allí personas mayores a quienes enseñaba a meditar. Leía un paso de la Pasión y luego estaban un rato meditándolo con poca luz. Pronto se murmuró de ello. Y en torno a él se iba formando un grupo sacerdotal, austero, de doctrineros y predicadores.

Durante estos años de su estancia en Sevilla debió leer Ávila unos libros que años más adelante encarecerá: los *Abecedarios de Osuna,* que aparecen ahora. También él publica por estas fechas unos libros espirituales, entre ellos uno sobre el modo de rezar el rosario. Los publica sin su nombre, como hace con la traduc-

ción del Kempis, que sale ahora allí mismo en Sevilla, en 1536, y que se atribuirá más adelante a fray Luis de Granada.

Pero esta vez una razón de prudencia debía aconsejar el anonimato. Los nombres de Juan de Ávila y de la Inquisición habían andado juntos en la boca de todos durante casi dos años que duró el proceso del apóstol de Andalucía (1532-1533). Las acusaciones procedían de sus predicaciones en Écija y Alcalá de Guadaira. La envidia de unos pocos, ciertas frases no bien interpretadas, su celo fuerte, poco avenido con la prudencia cobarde, su espiritualidad en días de peligrosos iluminismos, le llevaron a la jurisdicción del Santo Oficio. Por fin salió del proceso sin nota alguna.

Ávila deja Sevilla. Por entonces tiene lugar su predicación en Córdoba. Guadalcázar le ve llegar a sus puertas en 1537 para asistir a doña Sancha Carrillo en su último trance. A ella había escrito, pliego a pliego en forma de cartas, aquel precioso tesoro que es el *Audi, filia,* síntesis maravillosa de la vida cristiana, concebida por Ávila como una participación del alma en el gran misterio de Cristo. A principios de este mismo año había tenido lugar en Granada, el día de San Sebastián, la conversión de Juan de Dios, el portugués loco por amor a Cristo. En marzo del año siguiente su nombre aparece en las actas capitulares del Cabildo eclesiástico de Granada. Es ahora ya maestro y se le confía la predicacion de la bula.

¿Qué había llevado a Granada a Juan de Ávila? Por aquellas fechas estaba fundando el arzobispo don Gaspar de Ávalos aquella universidad. Ávila, hombre de letras, es llamado a la fundación. También aquí reúne un manojo de clérigos impacientes a lo divino. Conocemos varios de los nombres de aquellos pocos que vivían con él en una misma casa y comían con él en un pequeño refectorio que tenía. Entre ellos los más destacados fueron Bernardino de Carleval, rector del Colegio Real, que dijo un día a un compañero: «Vamos a oír a este idiota, veamos cómo predica», y en aquel mismo sermón se hizo su discípulo, y el austerísimo Hernán Núñez, gran predicador, que no tomaba nada de nadie, porque para unas migas y una ensalada que comía le bastaba su rentilla. Desde Granada sigue en relacion con los muchos discípulos de Córdoba.

Es ahora cuando el padre Ávila pone en obra un proyecto acariciado de mucho tiempo y organiza su congregación de sacerdotes operarios y santos. El poder arrebatador de su persona y su palabra había reunido en torno a él a muchos clérigos, en su mayor parte cristianos nuevos, hombres con fervores de novicios, a quienes juicios seculares cerraban las puertas de los mejores puestos. Ellos le dan la obediencia, sin votos desde luego, como a director de su movimiento sacerdotal. Él les manda robustecer su vida interior: frecuencia de confesión y comunión, y no dejar nunca, a ser posible, las dos horas de oración, a la mañana y a la noche, sobre la Pasión y los novísimos. No deben olvidar el estudio del Nuevo Testamento —«y sería bien sabello de coro»—, para cuya inteligencia les recomienda la lectura de San Agustín, San Crisóstomo, San Bernardo, del *Contemptus mundi,* Enrique Herp y Erasmo. El resultado es una espiritualidad rigurosa y ascética, pero ungida y afectiva, en que el misterio de Cristo (cruz, eucaristía, cuerpo místico) tiene su puesto preferente. El darse al prójimo será para los suyos un desbordar de la vida del espíritu.

Cuando más adelante escriba sus memoriales para Trento señalará Ávila dos clases de sacerdotes de quienes tenía necesidad la Iglesia de su tiempo: los curas y confesores, de una parte, y los predicadores. Estos últimos deben ser el brazo derecho de los obispos, con los cuales, «como capitán con caballeros, sean terrible contra los demonios». Sus discípulos debían ser preferentemente esta segunda clase de sacerdotes: una vanguardia móvil de misioneros, siempre dispuesta para el combate adonde quiera les llamasen los prelados, un cuerpo de letrados que forjasen en colegios y universidades legiones de sacerdotes evangélicos.

Dos centros importantísimos de la escuela avilina son Baeza y Córdoba. La universidad de Baeza es fundada en 1538 por don Rodrigo y don Pedro López. Desde el primer momento es patrono y alma el maestro Ávila. Conocemos algo del género de vida de sus profesores y estudiantes. Era tan ejemplar la vida de aquellos sacerdotes y alumnos que con razón se decía en aquel tiempo que las escuelas de Baeza más parecían convento de religiosos que congregación de estudiantes. Tales debían ser

los discípulos de aquellos apostólicos varones, que lo eran a la vez del padre Ávila. Vivían en las mismas escuelas. Su traje, modestísimo. Despreciando honores y riquezas, leían teología escolástica y positiva los días ordinarios, y los domingos y fiestas predicaban en la ciudad y por los pueblos. Modo de vida parecido se tenía en los demás colegios —hasta quince— fundados por el maestro en toda Andalucía. En ellos, por usar una expresión del propio Ávila, se aprendía no tanto a gastar los ojos en el estudio cuanto a encallecer las rodillas en la oración. La orientación de las Escuelas es tan apostólica que nadie se gradúa en Baeza sin que haya salido a misionar por los pueblos. Aquellos doctores en Baeza no son unos especulativos: son varones espirituales, predicadores y directores de almas. Hay fama que el propio maestro Ávila no se atreve a decir misa el día que ha tenido que distraerse en una materia teologal demasiado sutil.

El padre Ávila mora frecuentemente con los condes de Feria, particularmente en las villas cordobesas de Montilla y Priego. Con él permanece largas temporadas fray Luis de Granada, que al lado del púlpito le oye, cuando predica, con encandilamiento. El maestro, que no cura del bien decir, no deja en sus sermones ni una piedra de la retórica sin mover. De cada uno de aquellos sermones de Ávila saca él tema para otros veinte. Aquel predicar valiente a Cristo crucificado, a lo Pablo, deja un rastro indeleble en el alma de fray Luis. Muchas noches se pasaba Ávila cosido a los pies de un crucifijo, pensando su sermón. Cristo crucificado era su libro. Decía él que Dios le había alquilado para dos cosas: para hacer llegar a los hombres al conocimiento de sí mismos, para que se despreciasen, y al conocimiento de Cristo, para que apreciasen los tesoros de sabiduría y amor que se encerraban en aquel pecho divino. Ávila, con todo, no era un hombre despegado, ajeno a las cosas de la vida. Por un pleito del archivo de protocolos de Córdoba de 1552 nos consta que era hombre de habilidades mecánicas y que había descubierto por su industria «cuatro artes o ingenios de subir agua de bajo a alto».

Córdoba era ahora centro irradiador en las misiones que organizaba Ávila. Una vez reunió allí más de veinticuatro discípu-

los de su escuela sacerdotal. Unos fueron a las Alpujarras; otros a las almadrabas de los atunes y Sevilla; otros a Fuenteovejuna, otros fueron por los obispados de Jaén y Córdoba. El aparejo y desarrollo de aquella correría tiene reminiscencias evangélicas. Van de dos en dos; en un jumentillo, el recado para decir misa, unos rosarios, estampas, alambres para hacer cilicios y unos libricos devotos; no llevan cosa de comer; no reciben regalos ni limosnas de misas; se recogen en los hospitales o en las sacristías de las iglesias; procuran dar en todo olor franciscano de desinterés y abstinencia.

Hacia 1546 Juan de Ávila y sus discípulos toman contacto con la Compañía de Ignacio de Loyola. Se cruzan cartas entre Ávila y San Ignacio, y se habla de la polvareda levantada por Melchor Cano contra la Compañía. Ignacio de Loyola muestra sumo interés por que el jesuita Villanueva se entreviste con el maestro. Escribiendo, a primeros de septiembre de 1550, sus impresiones, Villanueva manifiesta su admiración por la coincidencia de pensamiento entre el padre Ávila y la Compañía. «En tanta conformidad —dice— no parece quepa otro acuerdo: o que él se una a nosotros o que nosotros nos unamos con él». De todos modos, había que trabajar por atraerle. «Traería tras sí mucha cosa el Ávila».

En 1551 comienzan las grandes enfermedades del maestro Ávila, que le duran hasta el fin de sus días. Es entonces cuando piensa Ávila dejar a la Compañía la herencia de sus discípulos y colegios, Ávila hubiera deseado que siquiera el colegio de Baeza hubiera tenido perpetuidad después de sus días merced a los jesuitas. Pero este sueño no llegará a realizarse debido a la postura que la Compañía se verá forzada a tomar con relación a los conversos o descendientes de judíos, entre los cuales había reclutado Ávila sus mejores discípulos. Es el tiempo de la persecución del cardenal Silíceo.

Y la escuela sacerdotal avilina queda desglosada: una parte —cerca de treinta— en la Compañía, y los otros —la mayoría— esparcidos por Andalucía y Extremadura, bajo la dirección de su maestro. Llegan días tristes para Ávila y los suyos. En 1559 es incluido en el *Cathalogus* inquisitorial de Valdés el *Audi, filia* del padre Ávila y son procesados en Sevilla y Valladolid varios de sus

amigos y antiguos discípulos. En el proceso de Carranza, el arzobispo de Toledo, aparece también el nombre del padre Ávila y junto con el *Catecismo* de aquél censura Cano unos escritos avilinos. Ávila, cada vez más apretado por estas enfermedades, se ha confinado a Montilla, donde cuida con esmero el alma de aquella santa condesa de Feria, en el claustro sor Ana de la Cruz, favorecida con gracias extraordinarias. A pesar de sus achaques sigue predicando, particularmente en las fiestas del Corpus, del Espíritu Santo y de la Virgen Nuestra Señora. Se despuebla la villa para acudir a sus sermones. Y aun la buena marquesa de Priego, vieja y sorda, acude a la iglesia. Y la doncella doña Aldonza le repite por una caña los conceptos del maestro.

Los discípulos del padre Ávila constituyen ahora tres grupos principales: uno, el de los doctores de Baeza con todos sus respectivos dirigidos y beatas. Hay entre ellos frecuencia de sacramentos y largas horas de oración. Los que pueden desembarazarse de las obligaciones de sus casas se retiran a la soledad en unos caseríos donde tienen misa los días de fiesta, confiesan y comulgan. De estos principios ha de resultar luego la fundación descalza de la Peñuela. Ellos serán quienes acogerán con júbilo el colegio universitario de la reforma, que abrirá San Juan de la Cruz en 1571. Otro grupo lo forman los solitarios del Tardón regidos por la prudencia del padre Mateo de la Fuente, quien comunica las cosas de su espíritu y de sus ermitaños con el padre Ávila, a quien va a visitar con frecuencia. Un tercer grupo reside en Extremadura, en Zafra y Fregenal sobre todo. Son los más extremosos: buscan en la oración consolaciones sensibles y preocupan al padre Ávila.

El padre Ávila muere el 10 de mayo de 1569. Muere con una humildad ejemplar. A los que le hablan de cosas muy altas les ruega que le digan aquello que, para consolarles, se dice a los grandes pecadores. Le coge la muerte después de largos años de enfermedad y parece sorprenderle. Quisiera, dice él, mejor aparejarse para la partida. Se dice allí mismo misa de la resurrección mientras se agrava. Los dolores le aprietan. «Bueno está, Señor; bueno está», dice el padre Ávila. Y con voz muy flaca, muchas veces: «Jesús, María». Un padre le tenía el crucifijo en la mano derecha y otra persona la vela en la izquierda.

Sólo cinco años más tarde ya vemos mezclados en los papeles de la Inquisición de Córdoba a carmelitas, discípulos de Ávila y alumbrados, del mismo modo que en los procesos de la Inquisición de Llerena andan confusos los nombres de algunos discípulos indignos del padre Ávila con los de los jesuitas, del padre Granada, Juan de Ávila y el Beato Ribera.

El auto de fe de 1579, en que son castigados los alumbrados de Llerena, es un rudo golpe para la mística heterodoxa y aun para la ortodoxa. Por estos días la escuela de Ávila ya hace tiempo que ha dejado de ser algo concreto y compacto. Si algo queda todavía es aquel tinte espiritual y hondamente sacerdotal que conserva largo tiempo la universidad de Baeza. El fermento que había entrado en la Compañía fue eliminado poco a poco, sobre todo desde que se procuró purgarla de aquel tipo de espiritualidad afectiva que cultivaba el padre Baltasar Álvarez y otros de la primitiva Compañía. Los discípulos que, en un segundo tiempo, habían entrado en la reforma del Carmen apenas tuvieron influencia. Y, después del gran fracaso de fray Luis con la célebre monja falsaria de Lisboa, también el grupo de dominicos de la Bética, simpatizante con Ávila, se fue esfumando y prevaleció la corriente intelectualista que había patrocinado Melchor Cano.

La escuela de Ávila había terminado, pero su figura y sus escritos habían de seguir influyendo en la espiritualidad española. La misma gran escuela francesa de espiritualidad le es deudora. Beatificado en 1894, el 6 de julio de 1946 Pío XII le proclamaba patrono principal del clero secular español. Y el 31 de mayo de 1970 fue canonizado por el papa Pablo VI.

LUIS SALA BALUST

Bibliografía

LUIS DE GRANADA, Fray, *Obras del Padre Maestro Iuan de Ávila, predicador en el Andaluzia. Aora de nuevo añadida la Vida del autor, y las partes que se ha de tener un predicador del Evangelio, por el padre Fray Luys de Granada, de la Orden de Santo Domingo, y unas reglas de bien biuir del autor...* (Madrid 1588).

MUÑOZ, L. DE, *Vida y virtudes del venerable varón el P. Mtro. Juan de Ávila, predicador apostólico; con algunos elogios de las virtudes y vidas de algunos de sus más principales discípulos* (Madrid 1635).

SALA BALUST, L. (ed.), *Obras completas del Beato Maestro Juan de Ávila* (Madrid 1952-1953), 2 vols.

• Actualizacion

ANDRES MARTIN, M , *San Juan de Avila Maestro de espiritualidad* (Madrid 1997)
JIMENEZ DUQUE, B , *El Maestro Juan de Avila* (Madrid 1988)
SAINZ BALUST, L MARTIN HERNANDEZ, F (eds), *Obras completas de San Juan de Avila,* I (Madrid 2000) 5 373

BEATO ENRIQUE REBUSCHINI

Presbitero († 1938)

Dedico esta narración a los jóvenes estudiantes de piano que tocaban, en su infancia, aquella preciosa pieza titulada «El lago de Como». Aún la estoy oyendo en el teclado de mi memoria. Era la pieza preferida. Era una maravilla.

Así de maravillosa es la tierra donde nació nuestro amigo Enrique. El pueblo se llama Gravedona y está situado en la orilla del lago de Como. Un paraíso. Un sueño para los enamorados.

El padre de Enrique se llamaba Domenico, era empleado de Hacienda y más tarde inspector de impuestos. Su madre, Sofía, había nacido en Liborno. Enrique era el segundo de los cinco hijos que tuvo esta feliz pareja.

Nuestro beato nació el 28 de abril de 1860. Desde pequeño era un crío normal: no hacía milagros ni revolvía la escuela como un demonio. Era un chaval majo, cumplidor y estudioso, pero nada más, que en nuestros tiempos ya es mucho.

Llegó el momento en que había que llevarlo a estudiar y entro en la Facultad de matemáticas. Cuando fue a la mili, frecuentó la escuela militar de Milán y alcanzó el grado de subteniente. Más tarde hizo estudios de contabilidad y se diplomó en 1882, a los 22 años. Empezó a trabajar en el comercio, en la empresa que dirigía un cuñado suyo. Y allí estará durante dos años, tiempo en el que siente que aquello no es para él.

Escribe:

> «El pensamiento de estar siempre a disgusto en vez de ayudar eficazmente, la idea de que mi sitio, mucho mejor que yo, podría ser ocupado por alguien experto en comercio por sus estudios y experiencia, la idea de que mis padres no estarían nunca tranquilos mientras siga una vida no acorde con mi naturaleza (hasta diría que infeliz) todo eso me ha convencido para que, por el bien de mis padres, deje esta actividad Y al decir estas palabras, siento una pena profunda»

Sentía inclinaciones para entrar en la Trapa o hacerse franciscano. Pero al padre no le gustaban estas aficiones. Decía: «A mí me importa mas la salud de Enrique que la Santa Iglesia».

Pero al final, como siempre, tuvo que ceder: «Este pobre muchacho ha sido irremediablemente ganado para el negro rebaño. No hay más remedio que hacer de tripas corazón».

Así, tres meses después de dejar el comercio, entra en el colegio lombardo de Roma y se inscribe en los estudios de teología en la Universidad Gregoriana. Era el curso 1884-1885. Sacaba buenas notas. Pero, enseguida, empezó a sentir depresiones nerviosas. Y le dejaron que se marchase a casa, que es donde mejor se curan todas las dolencias, junto a los mimos de la madre santa y los cuidados atentos del padre formal.

Al fin, dejando su voluntad en manos de Dios, entró como empleado voluntario en el hospital civil de Como. Poco tiempo duró aquella experiencia porque Enrique, en vez de trabajar en su despacho, empleaba todo el tiempo en visitar a los enfermos, sobre todo a los más pobres. Les daba el último céntimo y hasta la ropa personal. Total, lo que estaba ocurriendo era otra cosa: que se estaba perfilando su vocación hacia los camilos. Él mismo lo confiesa:

> «Viendo que no podía continuar así, y sintiendome llamado a entrar en la vida religiosa, mi padre espiritual (aunque yo le habia manifestado mi inclinacion a la religion de San Francisco) me propuso la de San Camilo, por parecerle mas adecuada para mi y porque temia por mi salud Le obedeci al instante»

Y así entró en Santa María del Paraíso de Verona el 26 de septiembre de 1887. Tenía 27 años. Como Enrique era buen chico, se planteó desde el principio tres objetivos claros: un sincero deseo de Dios, una consideración positiva de los demás y mortificaciones sin cuento. Cada uno es cada uno y a él le dio, felizmente, por ahí. Fue ordenado sacerdote en Mantua por un obispo que llegaría a ser papa y santo: Pío X. Y empiezan las ocupaciones. Lo primero, la enseñanza, para la cual estaba muy preparado; además, ayudar al maestro de novicios. Pero, previendo que esto de la enseñanza pudiera traerle nuevos problemas psicológicos, le dispensan de esa obligación y le envían de capellán al hospital de Verona, allá donde Romeo y Julieta se hicieron novios.

Uno de los testigos de Enrique cuenta cómo fueron estos años de capellán en Verona:

> «Es uno de los pocos hombres que inmediatamente me han dado la impresión de haber visto a un santo Y digo inmediatamente porque como santo era conocido y estimado no solo entre los clerigos y las monjas, sino entre los soldados Si se pidieran las pruebas y se quisiera saber qué obras brillaron en su vida, habria que responder que la del P Enrique era, por si misma, la mas escondida y silenciosa que se puede imaginar en un capellan Sin embargo, todo permitia ver en el un alma de Dios Desprendiase de sus modales la gracia interior, y hasta su aspecto fisico (que enton ces parecia juvenil, el de un muchacho) resplandecia como el ros tro de un angel»

Pasada esta temporada, Enrique se traslada al hospital civil y al asilo. Pronto corre la noticia de que este buen camilo había curado, con su bendición, los ojos de un chiquillo a quien habían pronosticado quedarse ciego. Más tarde es llevado a Cremona y nombrado capellán de las hermanas camilas. En la primavera de 1902 va a la nueva clínica de San Camilo, y allí quedó como ecónomo durante 35 años; cualquiera puede imaginar que en este puesto tuvo dificultades serias. Con el dinero no se puede jugar.

Debía estar atento a los alimentos, los proveedores y los precios. Tenía que buscar medicinas, solucionar el mantenimiento de la casa y tener en funcionamiento todos los servicios. Asegurar la mesa operatoria, cuidar el huerto y aumentar el gallinero. Vigilar el vino hecho en casa, mantener el buen estado de la bodega y preparar los sobres de la paga de todos los trabajadores. Es decir, hacerse santo con estas obras menores.

Queremos hacer notar este detalle de su vida porque Enrique no escribió grandes tratados, ni fundó comunidades nuevas ni resolvió tremendos problemas teológicos. Hizo las labores que todo hombre y mujer llevan en su vida. Y es notable que a una persona tan normal se le haga santo en nuestros días, cuando hoy lo nuestro es buscar fenomenos heroicos y santos tumbativos. No señor. Hizo lo que tenía que hacer. Y lo hacia lo mejor que podía.

Frecuentes trabajos hidráulicos, nueva cocina económica, restauración de la entrada, enganche eléctrico a la línea general,

reparación de canalones en el tejado, renovación de la calefacción y compra de una nueva camilla de operaciones. Eso, eso hace falta para ser santo.

En 1912 Enrique fue nombrado superior de la comunidad de Cremona. Y llegó la guerra mundial de 1914. En caso de conflicto, la casa debía estar a disposición del mando militar para acoger a 240 heridos.

Escribe el 11 de mayo:

> «Este dia fue motivo de angustia, causada al oir y ver el peligro inminente de la guerra Por delante de nuestra casa pasaron esta tarde, por espacio de media hora, 100 tanques ¡Que temblor del corazon por el fragor y el temblor de la tierra!»

Día 17 de mayo:

> «Desgraciadamente, la guerra es un hecho Angustia el pensamiento de las ruinas espantosas a cuyo encuentro va nuestra Italia Por nuestra parte, nos sentimos preocupados por lo que sucederá a esta casa Ya no se trata de 100 camas, sino de 200 y tal vez de 300»

Se puede comprender que a la tarea de curar a los heridos se añadía el deber pastoral de atenderlos espiritualmente. Una locura. Toda guerra es una locura.

Enrique murió el 10 de mayo de 1938 con 78 años de edad. Si quisiéramos hacer un perfil de este buen amigo, tendríamos que decir:

1. Una vida entregada a los enfermos. No podía ser de otra forma el estilo de un seguidor de San Camilo, aquel loco que fue despachado del primer hospital por inútil en el servicio a los enfermos; aquel fenómeno que se entregó del todo a ellos fundó la más hermosa familia de servidores de los enfermos. Y ya se sabe que atender a un enfermo es estar con la mirada pronta para toda clase de atenciones personales. Por ejemplo, Enrique se encargaba de escribir las cartas de aquellos soldados heridos que no sabían escribir. Y como ésa, otras mil atenciones.

2. Una vida dedicada a la oración y la contemplación. Un día llegó un superior buscando al padre Enrique. Le contestaron: «No lo busque. Estará en la capilla». Y allí estaba, de rodi-

llas, en el sitio de siempre, absorto en la oración, sin darse cuenta de si alguien entraba o salía del recinto, casi en suspensión.

3. La misa de Enrique era un espectáculo; era la misa de un santo. Al elevar al Señor en el sacramento, se quedaba estático como una estatua de mármol blanco. Fue uno de los primeros que gozó el privilegio, otorgado a los camilos por Pío X, de celebrar la misa en la habitación de los enfermos. Contemplar al padre Enrique celebrando la misa en tu habitación era una lotería.

Murió como un santo. Recibió la unción de los enfermos. Pidió perdón por todo lo que había disgustado a sus hermanos de religión. Una de sus enfermeras dijo al final: «La manera de comportarse del P. Enrique en la última enfermedad fue edificante, pero de una sencillez extrema».

Los buenos santos se mueren sin llamar la atención. No pronuncian grandes discursos porque no tienen ganas y, además, no saben hacerlo. Se mueren como Jesús, entregando su alma a Dios. Como Enrique Rebuschini, sacerdote, camilo y santo. El 4 de mayo de 1997 es proclamado beato por Juan Pablo II.

FÉLIX NUÑEZ URIBE

Bibliografía

CASERA, D., *El Beato Enrique Rebuschini. El encanto de la misericordia* (Madrid 1997)
«Homilía de Juan Pablo II en la beatificación (4-5-1997)»: *Ecclesia* (1997) n 2841, p 22-24

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN COMGALL
Abad († 602)

Nace en Dal Aride, Irlanda, el año 516, hijo de un militar que se hizo la ilusión de que su hijo siguiera su misma carrera. Pero el muchacho optó por el estudio, seguramente en el monasterio de Moville, y luego se hizo monje, no sin pasar por una etapa de tentación de abandono del monasterio para volver a casa.

Hecha la profesión monástica y ordenado sacerdote, fundó el pequeño monasterio de Lough Erne, en el que intentó practicar un extremado ascetismo, enemigo de la salud.

Hacia el 555 fundó el monasterio de Banghor, en el golfo de Belfast. Este monasterio se hizo famoso por muchos motivos. Creció y albergó una gran cantidad de monjes, se convirtió en un centro muy acreditado de estudios al que acudían numerosísimos jóvenes, y fue también un foco de evangelización del Continente, del que partió San Columbano en 590, San Galo y tantos otros monjes que se decidieron por la «peregrinatio pro Christo».

Tuvo decisivo y gran influjo sobre la vida monástica irlandesa y a través de sus monjes influyó también en la vida monástica de Escocia, Inglaterra y el Continente. La vida del monasterio, en la que la piedad y el estudio se nutrían de una liturgia tan bien celebrada, se convirtió en modelo de monasticismo vivo y eficaz. Su regla recibió desde el principio grandes elogios. Murió el 10 de mayo de 602.

SAN GUILLERMO DE PONTOISE

Presbítero († 1192)

Era un sacerdote inglés que vino a establecerse a un barrio de Pontoise junto a París, de cuya parroquia de Santa María fue párroco. Parece que el motivo de venir desde Inglaterra se debió al número notable de ingleses que había en dicho barrio. Dependía de la abadía benedictina de San Martín.

Fue un párroco celoso del bien de las almas y ejerció su ministerio con gran edificación de los fieles, que lo estimaban en mucho. Igualmente gozó de la estima que le tenía el rey Felipe Augusto.

Murió el 10 de agosto de 1192, y desde el principio su tumba fue objeto de veneración por los fieles.

BEATA BEATRIZ D'ESTE

Virgen († 1226)

Nació en Este el año 1200, hija del marqués Azón d'Este. Huérfana desde los seis años y educada por su tía, muy pronto

florecieron en ella sentimientos de honda piedad y clara inclinación por una vida austera y recogida.

A los 14 años deja secretamente su casa y se llega al monasterio de monjas benedictinas de Solarola, junto a Padua, donde pide el hábito monástico, que le fue concedido. La oposición de su familia no pudo impedir que ella llevara adelante su propósito y emitiera oportunamente la profesión religiosa.

En 1221 es elegida para ir con otro grupo de religiosas a la fundación del monasterio de monjas benedictinas de Gemmola, donde dio grandes ejemplos de vida austera, virtuosa y edificante, muriendo el 10 de mayo de 1226. Su culto perseveró en el tiempo y fue confirmado por la Santa Sede el 19 de noviembre de 1763.

BEATO IVÁN MERZ

Joven seglar († 1928)

Nace en Banja Lukam, Bosnia, el 16 de diciembre de 1896 en una familia liberal. Realiza en su ciudad natal los estudios primarios que termina justo cuando se declara la I Guerra Mundial. Por dar gusto a sus padres entró en la academia militar de Wiener Noustadt, pero molesto por la corrupcion moral que halló en esta institución la abandonó a los tres meses. Entonces mirando el ejemplo del profesor Ljubomir Marakovic, que tanto había influido en su decisiva orientación católica de la vida, se inscribe en la Universidad de Viena con la aspiración de ser también profesor. Pero en 1916 fue llamado a las filas del ejército imperial y enviado al frente italiano en el que estuvo los años 1917 y 1918. Al concluir la guerra, se funda el estado yugoslavo, y él decide entregarse a Dios por completo y hacer siempre el bien. El horror de la guerra le había hecho madurar humana y espiritualmente, poniendo a Dios como el único centro de su vida. En 1919 vuelve a Viena a proseguir los estudios en la Universidad y los continuaría luego en la Sorbona, en París, y el Instituto católico (1920-1922). Pasa luego a la Universidad de Zagreb y logra el doctorado en filosofía con la tesis: «Influencia de la liturgia en los escritores franceses desde Chateaubriand hasta nuestros días». Terminado su doctorado, es recibi-

do como profesor en el Instituto arzobispal de Zagreb, donde llevó adelante con gran entrega su tarea docente.

Iván fue un decidido apóstol seglar. En la «Liga de jóvenes católicos» de Croacia y en la «Liga croata de las águilas» impulsó la Acción Católica y secundó con gran empeño las directrices del papa Pío XI. Intentó formar una elite de apóstoles seglares que supieran servir al fin de instaurar todas las cosas en Cristo. Amante de la liturgia, promovió su conocimiento y vivencia, y puede comprobarse que adelantó no poco de las futuras directrices del Vaticano II. Sufrió en toda su labor incomprensiones y dificultades que afrontó con gran ánimo y serenidad, afirmando que el sufrimiento es el medio más eficaz para la salvación de las almas. Cristiano ejemplar, de gran vida interior y modelo de virtudes, era claro su progreso en la santidad cuando le llegó la hora de pasar al Padre. Cuando enfermó y hubo de afrontar la muerte, se ofreció con amor al Señor por el bien de la Iglesia y de sus obras apostólicas y murió con fama de santidad en Zagreb el 10 de mayo de 1928. Su Santidad el papa Juan Pablo II lo ha beatificado en su viaje apostólico a Croacia el 22 de mayo de 2003.

11 de mayo

A) Martirologio

1. En Byzacena, San Mayulo (s. II-III), mártir de Adrumeto.
2. En la Vía Salaria, en el miliario vigésimosegundo desde Roma, San Antimo (s. III), mártir.
3. En Bizancio, San Mocio, presbítero y mártir (fecha desconocida).
4. En Vienne (Galia Lugdunense), San Mamerto († 475), obispo *.
5. En Varennes (Galia), San Gengulfo (s. VIII).
6. En Souvigny (Borgoña), San Mayolo († 994), abad de Cluny **.
7. En el monasterio de L'Esterp (Limusín), San Gualterio († 1070), presbítero, canónigo regular *
8. En Verucchio, de la Romañola, el Beato Gregorio Celli († 1343), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

9 En York (Inglaterra), Beatos Juan Rochester y Santiago Walworth († 1537), presbíteros, monjes cartujos, mártires bajo Enrique VIII *

10 En Nápoles (Campania), San Francisco de Jerónimo († 1716), presbítero, de la Compañía de Jesús **

11 En Cagliari (Cerdeña), San Ignacio de Laconi († 1781), religioso capuchino **

12 En Saigón (Cochinchina), San Mateo Le Van Gam († 1847), mártir *

B) Biografías extensas

SAN MAYOLO
Abad († 994)

Mayolo nació hacia 906, o según otros hacia 915, hijo de una opulenta familia de Valensolle, en tierras de Avignon (Provenza). Perdió a sus padres siendo aún muy joven. Fourcher, el padre, aunque había hecho donación a la abadía de Cluny de veinte enclaves con sus correspondientes iglesias, legó a Mayolo inmensos territorios que desgraciadamente fueron asolados por húngaros y sarracenos. Mayolo se retiró entonces a la Borgoña, a Macón, donde fue acogido por un rico señor, pariente suyo. Bernón, obispo de Macón, aconsejó a Mayolo, conociendo sus buenas prendas, a que entrara en el estado eclesiástico y lo hizo canónigo de su catedral; después lo envió a estudiar filosofía y teología a Lyón, que entonces tenía como reconocido maestro a Antonio, abad del monasterio de l'Île-Barbe. Mayolo tenía en la palabra y en el espíritu la agilidad del meridional y en su alma ardía un fuego que apenas era posible reprimir pero había aprendido el arte de tenerla siempre serena. De su época de estudiante alguien escribió:

> «Era mas blanco que la flor del lirio, era mas puro que la nieve, sabia agradar a Cristo y descollaba sobre sus maestros por la dignidad de su vida»

Vuelto a Macón, Mayolo recibió las órdenes sagradas hasta el diaconado, y habiendo sido hecho arcediano del Capítulo se aplicó con verdadero entusiasmo a ser un nuevo Esteban, por su piedad, ciencia y caridad para con los pobres. Comenzó a ha-

cer donación de sus propios bienes en socorro de los necesitados y de los lugares de culto. Su administrador le abordó para reprochar sus dispendios y de hecho al sobrevenir poco después una hambruna, Mayolo no tuvo con qué socorrer a los pobres ni a sí mismo. Sin embargo, confiando en la providencia se mantuvo firme en sus buenos propósitos. Así las cosas, poco después se encontró cerca de su aposento una bolsa conteniendo siete monedas de plata. No quiso disponer de ellas antes de avisar públicamente para conocer de quién eran. Nadie las reclamó y aunque reducido él mismo a una extrema penuria prefirió repartirlas enteramente entre los más pobres. La Providencia premió su confianza y al día siguiente le llegó una columna de carros con provisiones de allí de donde menos esperaba estos socorros.

Encargado de enseñar la filosofía y la teología a los clérigos de la Iglesia de Macón, lo hizo desinteresadamente y con gran éxito. Sus contemporáneos admiraban en él una suprema elegancia, un gesto noble, una exquisita sencillez. Si algo había capaz de romper su equilibrio era la afición por la lectura. Leía siempre, incluso yendo a caballo en los viajes. En cuanto a los poetas paganos, a los que miraba con simpatía en su primera época, siendo ya monje los consideró *seductores de la imaginación.* No queriendo tener su recompensa sino en Dios, no quería ser reconocido por nadie, pero su reputación se fue extendiendo de tal modo que pronto se pensó en él como futuro obispo de Besançon. Mayolo rehusó la elección y para ponerse al abrigo de peligrosas ambiciones, partió para ingresar en la abadía de Cluny, muy floreciente entonces bajo el abad Aymard, su tercer abad.

Para ser monje, apenas tenía algo que cambiar sino los vestidos. Progresó tan rápidamente en la humildad y en el conocimiento de la vida espiritual monástica que atrajo las miradas de toda la comunidad. Le hicieron bibliotecario y cuidó y llenó los estantes y armarios de libros religiosos, apartando los de los poetas mundanos pues decía: «Los poetas divinos bastan a los monjes: Isaías y David, Sedulio y Prudencio. No manchéis vuestro espíritu con la muelle elegancia virgiliana». Cuando fue «aproquisario» —una especie de oficio entre secretario, ecóno-

mo y tesorero de la Orden—, tuvo que comenzar a hacer largos viajes, mas siempre por obediencia y con el más grande de los recogimientos.

En 948, Aymard nombró a Mayolo, en su lugar, como abad y le obligó a aceptar el cargo, aunque él, mientras vivió el anciano abad, se consideró a sí mismo como su vicario, o mejor aún como el servidor de todos los monjes de la casa. Nunca se vio a un abad más humilde que Mayolo, más puntual, más disciplinado y exacto en hacer todo lo que tenía que mandar a los otros. Aymard, que había perdido enteramente la vista, se retiró a la enfermería, y aun conservando el título abacial, se le dejó reposar en paz en medio de sus enfermedades y largos años. Humilde en sus sentimientos, paciente en sus dolores, sometido en todo a la voluntad de Dios, el anciano no estaba inmunizado contra el malhumor; empezó a darse cuenta que ya no se le tenía en cuenta y llegó a imaginarse que hasta se le menospreciaba Un día, el administrador, molesto por alguna petición del anciano abad, exclamó que era demasiado eso de tener dos superiores en la misma casa. El enfermero de Aymard se lo fue a contar al anciano, que se encolerizó muchísimo y se hizo conducir al Capítulo de la comunidad, y dirigiéndose a Mayolo le dijo que él no le había dado su autoridad sino como un padre que se la entrega a un hijo querido, y que no comprendía que Mayolo se sirviese de tal autoridad para tenerle a él como a un esclavo. «¿Eres mi hijo o eres mi superior?», finalizó. Entonces Mayolo le contestó con gran dulzura y mansedumbre: «Soy tu hijo y he prometido obedecerte hasta la muerte». «Si es así, —respondió el anciano ciego—, abandona ese puesto y vuelve a tomar el lugar que te corresponde por tu profesión». Mayolo obedeció; entonces Aymard, retomando su sede abacial, acusó públicamente al mayordomo o administrador por sus palabras y negligencias para con los enfermos y después de la dura reprensión le impuso una severa penitencia. Luego dejando la sede abacial ordenó a Mayolo que volviese a sentarse en ella. Mayolo lo hizo con extrema sencillez y como si no hubiese pasado nada, dando así pruebas ante la comunidad de su desapego, humildad y paciencia con todos. Aymard sobrevivió poco a estos acontecimientos y Mayolo gobernó Cluny con la reputación de ser el más santo de los abades de su siglo.

Continuamente estaba atento a todas las necesidades de los monjes, y lo mismo hacía y con gran celo con todos los pobres y peregrinos; pero, ante todo, lo que más le preocupaba era la solidez de la vida espiritual de todos los suyos. Como buen maestro enseñaba e instruía de viva voz; su sucesor, San Odilón, nos los pinta inclinado durante las vigilias sobre los libros del Areopagita que era su carta de marear por el piélago de la vida interior. Si Odón, el primero de los grandes abades cluniacenses, había sido un asceta, Mayolo realizaba el tipo del místico. Escribió reglamentos de cargos y oficios, estableció el ceremonial, respondía a las consultas de conciencia que de todas partes se le hacían. Se sabe que no sólo tenía un gran conocimiento de las Escrituras y de los cánones, sino que era igualmente versado en derecho civil y filosofía. Era un orador elocuente, pero su fecunda elegancia no se avenía a tecnicismos de escuela. Miraba como su autor favorito a Gregorio Magno, pero no el de las homilías sobre Job o Ezequiel, que serían los preferidos del austero Odón, sino el de los comentarios a los evangelios, más serenos y menos severos que aquéllas. En fin, todos atestiguan que exteriormente era un hombre de gran estatura y figura majestuosa:

> «Este hombre, a quien nunca podremos alabar bastante, era de una belleza angélica, de una fisonomia noble, de un mirar lleno de dulzura Su paso, grave, su palabra, elocuente, y su voz, de una dicción y timbre admirable Sus gestos, sus movimientos, sus actitudes revelaban al hombre perfecto y esto lo hacia aparecer como el mas hermoso de los mortales»

Tal era el hombre, uno de los más eminentes de la cristiandad del siglo X, un gran restaurador del monacato, un organizador insigne de la federación de los monasterios de la mayor parte de Europa. Su personalidad se nos presenta magnífica en la escena revuelta de aquel mundo en construcción. Los papas, emperadores y reyes de su tiempo tuvieron ocasión de aprovecharse de su ciencia y experiencia. Otón I y la emperatriz Adelaida le encargaron la reforma de muchos monasterios de Alemania que se encontraban en tierras del imperio. Mayolo trabajó con éxito en Ravena, Pavía, en Suiza y Suabia. También reformó muchos monasterios en Francia, como los de Marmoutier en Turena, San Germán de Auxerre, San Juan de Reso-

né, San Benigno de Dijon y San Mauro de Fossés. Algunos años más tarde el papa Benedicto VII le pidió que reformase Lérins. Por donde pasaba, su acción se extendía a todos los órdenes de la vida social: construye, restaura, favorece las letras, recorre la cristiandad sembrando bendiciones y optimismos e introduce la influencia de las ideas cristianas en la mayoría de los gobernantes europeos. Los que le acompañaron y vivieron con él no cesan de contar los prodigios que Dios obraba por su medio, tanto para la gloria de Dios en la Iglesia como para obtener la santificación de los suyos.

Una de sus devociones preferidas era, en sus viajes, pasar por aquellos lugares que habían sido bendecidos por Dios con gracias extraordinarias por guardar en ellos una imagen santa, o los cuerpos de antiguos siervos de Dios. Además, antes de salir de Cluny hacía una buena provisión de limosnas para poder ir repartiéndolas por el camino. En una visita que realizó a Nuestra Señora de Puy-en-Velay, un ciego le dijo que había recibido una revelación de parte de San Pedro en la que se le había dicho que recuperaría la vista cuando se lavase los ojos con el agua con la que el abad Mayolo se hubiera lavado las manos. El abad le dio entonces una severa reprimenda, advirtiéndole que eso era una mera superchería; y sabiendo que el ciego había estado pidiendo esta agua a los empleados que llevaba en su séquito se lo prohibió terminantemente. El ciego, sin descorazonarse, esperó al abad en Mont-Joie, y tomando al caballo por la brida, presentó una vasija a Mayolo para que la tocase con sus manos; Mayolo, emocionado ante tanta fe, echó pie a tierra y bendijo el agua y mojando sus dedos con ella trazó la señal de la cruz sobre los ojos del ciego. Luego, prosternándose con todos los que le acompañaban suplicó a la Madre de misericordia por el pobre ciego, pero éste antes de que se hubiera acabado la oración de Mayolo empezó a gritar: ¡Veo, estoy curado!

Pasando una vez por Coire, población de la región de Grisons, en viaje a Roma, Mayolo se encontró con que su obispo se encontraba enfermo y a punto de morir; fue a verle y a consolarlo exhortándole a la paciencia y a someterse a la voluntad de Dios. El obispo le pidió que le oyese en confesión; Mayolo le escuchó y le prescribió los remedios que su alma necesitaba.

Concibiendo algunas esperanzas de poderse curar en el cuerpo, el obispo suplicó insistentemente a Mayolo, puesto que se acercaba la semana santa, que él estuviese en la debida forma para poder consagrar el santo Crisma para el día de Pascua. Dios los escuchó a ambos y el obispo se curó.

En este mismo viaje sucedió que un monje de los que le acompañaban le desobedeció gravemente; mas, poco después, arrepentido, le pidió perdón y le dijo que estaba dispuesto a cumplir la penitencia que juzgase oportuna. El abad le dijo: «¿Estás seguro de que quieres que te dé una penitencia?». Y como el monje dijese que sí, que estaba dispuesto, el abad viendo que por allí había un leproso pidiendo limosna le dijo al monje: «Ve a aquel leproso y dale un beso». El monje obedeció, y el Señor, para dar a conocer a todos cuánto le agrada la obediencia por el reino de los cielos, curó al instante al leproso de su enfermedad.

A su vuelta de Roma, Mayolo, con toda su comitiva, fue asaltado por una pandilla de sarracenos que hacían de bandoleros por los Alpes, ultrajando y robando a los viandantes. Hechos prisioneros, Mayolo trataba de consolar a sus compañeros de infortunio, exhortándoles a la confianza en Dios; en un momento dado, vio que uno de los bandidos iba a herir a uno de sus empleados y al querer detenerle sufrió una herida en su mano. Los cargaron entonces a todos de cadenas y al abad lo echaron en una cueva que fue para él una celda improvisada donde poder dedicarse en soledad a la oracion. Gracias a sus oraciones a la Virgen y a un enorme rescate de mil libras que los monjes y amigos nobles de Cluny pudieron recoger, fueron liberados unos días antes de la fiesta de la Asunción, todo ello fue ocasión para predicar la fe a aquellos moros, muchos de los cuales se convirtieron a la fe cristiana.

Nadie le veneró y quiso tanto como el emperador Otón II, que había heredado tal afecto de su padre. Mayolo aprovechó esta influencia para reconciliarlo con su madre, la emperatriz Santa Adelaida, con la cual hacía tiempo se había disgustado por no querer hacerle caso de los avisos maternos. En 974 el emperador hizo todo lo posible para convencer a Mayolo que aceptase la tiara pontificia, pero el abad de Cluny lo rehusó con

todas sus fuerzas creyendo siempre, en su humildad, que no estaba sino para dar gloria a Dios desde el puesto en que el Señor le había colocado en la vida monástica. En efecto, después de haber pasado una noche examinando la propuesta del emperador le comunicó su decisión con estas palabras:

> «Se que no poseo las cualidades de un hombre apostolico Ademas, no soy un hombre fuerte para llevar carga semejante Los romanos y yo somos de costumbres y paises diferentes Si me dejase llevar de la condescendencia perderia el caracter de monje, asi pues, no quiero aceptar un oficio que me haria sucumbir con su peso»

Trabajó enormemente por extender el Ordo cluniacense y para que los monasterios fuesen el mejor exponente en la cristiandad de vida regular y cristiana en los que continuamente se daba gloria a Dios y se oraba por el bien de todos los pueblos. Llegó a enviar más de 950 cartas de hermandad a otros tantos monasterios que deseaban pertenecer a Cluny. Mayolo ha sido considerado como el segundo fundador de Cluny. Toda la cristiandad contemplaba con asombro al abad de Cluny y acataba sus palabras como oráculos del cielo. Un obispo hizo de él este elogio:

> «Cada dia somos testigos por nuestros oidos y por nuestros ojos de que la gloria de este hombre viene solo de Dios Es verdaderamente un astro que ilumina nuestra tierra Todos los siglos celebraran su memoria»

El año 991, ya nonagenario, sintió que su fin estaba proximo y eligió a su discípulo Odilón como su sucesor, tal como habian hecho sus predecesores En 992 estaba muy falto de fuerzas y ya no quiso salir fuera y ni siquiera aparecer en público Un discípulo suyo descorre un poco el velo de su vida interior cuando dice·

> «¡Qué profundos suspiros, que dulces lagrimas derramaba este hombre de Dios en el fervor de la contemplacion! Se le veia con frecuencia, ensimismado, lejos de toda conversacion comun y como abstraido de todo el mundo Sobre su cabeza, blanca como la de un cisne, el invierno de la vida habia hecho brotar las flores de la vejez, pero ningun velo llego a oscurecer el brillo penetrante de sus ojos, habia vivido en un cuerpo virgen y hasta el ultimo dia conservo el sello de su castidad intacta»

Hugo Capeto, rey de Francia, que desconocía su estado de salud, le pidió insistentemente que fuera a París para reformar la abadía de Saint-Denis y hacer revivir en ella el espíritu de los hijos de San Benito. Mayolo, enfermo, se puso en camino despidiéndose de los monjes de Cluny, persuadido de que no los volvería a ver nunca. Llegado a Souvigny, en Bourbonnais, uno de los cinco prioratos que la gran abadía tenía en Auvergne, en la diócesis de Clermont, la enfermedad le detuvo para siempre y allí falleció santamente el viernes 11 de mayo, al día siguiente de la Ascensión del año 994. En su última hora, cuando todos lloraban en torno de su lecho, él se esforzaba por sonreír y les decía: «Valor, amigos; demos gracias al Señor; que esta muerte inevitable sea para todos motivo de alegría, pues voy a mi Dios».

Su cuerpo fue enterrado en Souvigny en la iglesia monasterial de San Pedro. De todos los pueblos vecinos vinieron para venerarle. Eran tantos los milagros ocurridos ante su tumba que el obispo de Clermont, Beggón, canonizándole al estilo de entonces, mandó que sobre su tumba se erigiese un altar. Un siglo más tarde, en 1093, Urbano II mandó exponer sus restos a la veneración de los fieles. Pedro el Venerable llegó a decir que después de la Virgen no había habido un santo en Europa que hubiese hecho tantos milagros como San Mayolo. Se puede decir que su culto comenzó el día de su muerte y ha perdurado hasta nuestros días. Los habitantes de Souvigny lo tienen por su celestial patrono y protector, y en la catedral de Puy-en-Velay se le recuerda con la misma veneración.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des Saints et des bienheureux..*, VI· Juin (París 1946) 216-221.

HOURLIER, J., en *Bibliotheca sanctorum,* t.VIII (Roma 1966) cols.564-566.

PEREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* II: *Abril-junio* (Madrid ²1940) 289-294.

SAN FRANCISCO DE JERÓNIMO

Presbítero († 1716)

Nacido un 17 de diciembre de 1642 en la ciudad de Grottaglie, provincia de Taranto, fue ordenado sacerdote en 1666, se doctoró en derecho canónico y civil en 1668; entró en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1670 y murió el 11 de mayo de 1716. En 1758 se publica el decreto de heroicidad de sus virtudes, siendo beatificado por el papa Pío VII el 2 de mayo de 1806 y canonizado por Gregorio XVI el 26 de mayo del año 1839.

Éstas son las fechas que enmarcan su vida; conozcamos ahora lo que se oculta detrás de ellas. Las crónicas nos hablan de su grandeza en todos los sentidos, incluso nos dicen que fue, en sus cincuenta años de apostolado, el orador más popular de su tiempo. Sus virtudes eran más admirables que imitables, sus milagros se contaban por decenas. Por sus portentos y fama se le consideró un segundo San Francisco Javier y otro San Antonio de Padua.

Nacido cerca de Otranto y de ciudades tan famosas como Taranto y Brindisi, al sur de la «bota» italiana, fue el primero de once hijos, tres de los cuales fueron religiosos o sacerdotes, de un hogar noble y religioso donde se aprendía a amar a Dios y a vivir los grandes valores de la vida cristiana.

Ya desde su juventud sintió una fuerte atracción hacia la vida religiosa, que se manifestaba externamente en una gran devoción hacia el Santísimo Sacramento y la Santísima Virgen María bajo la advocación de la *Madonna della Mutata,* una imagen bizantina del siglo décimo que se conserva aún en su pueblo natal.

Con diez años ingresó en su mismo pueblo natal en una comunidad sacerdotal u oratorio que se convirtió en la primera escuela de apostolado del futuro misionero de Nápoles. Comenzó con los oficios de sacristán y de guardián de la casa de Dios, a lo que se unió pronto el de catequista que le inició en lo que sería más tarde su gran empeño: la evangelización y la misión. Ésta fue su primera escuela en la que aprendió los rudimentos de la fe y de la que pasó al seminario diocesano de Taranto, contando por entonces dieciséis años de edad.

Entre los años 1660 y 1665, Francisco vive en el seminario de Taranto. Su devoción mariana habría de encontrar en la *Madonna della Salute* la imagen a la que dirigir sus oraciones, como antes lo había hecho a la *Madonna della Mutata* y más tarde lo haría a otra tercera imagen, la *Madonna Assunta,* en Nápoles, que se convertiría en consuelo de su devoción y de su amor mariano.

Superados sus años de estudios se le admitió a las órdenes menores y al subdiaconado el año de 1664, seguido a corta distancia de tiempo el diaconado.

Francisco había entrado en la ciudad de Taranto con dieciséis años y se despedía de ella con veintidós. En el verano de 1665 se le mandó a Nápoles para —se nos dice— poder desarrollar mejor sus propios talentos y, sobre todo, perfeccionar su formación intelectual y ascética, preparándose así dignamente al sacerdocio. Entre los estudios a perfeccionar estaban los de derecho civil y canónico, muy probablemente en la universidad estatal, hasta llegar a laurearse.

En Taranto, Francisco había recibido del Señor las primeras insinuaciones sobre su vocación jesuítica, «sus primeros amores hacia la Compañía», como dice algún biógrafo.

Una vez en Nápoles, nuestro santo entró en contacto con los jesuitas que habitaban en el llamado *collegio massimo,* conocido también como «colegio napolitano», uno de los primeros fundados por San Ignacio en Italia y donde el santo completó sus estudios teológicos. De esta época se conservan sus apuntes de clase en bellos cuadernos con preciosa caligrafía. Incluso sus superiores, viendo sus cualidades, lo mandaron a la escuela de bellas artes del mismo Nápoles, donde estudió y se perfeccionó en la pintura hasta el punto de decir de sí mismo que era «de profesión, pintor». Por tanto, durante el período napolitano, antes de ingresar en la Compañía de Jesús, Francisco se forma en una amplia gama de estudios que le habrían de dar muchas posibilidades para su vida futura.

Los biógrafos del santo dicen que dos cosas hicieron de él precisamente un santo en medio de las irresistibles tentaciones de una gran ciudad como era Nápoles: la soledad, patria de los fuertes, y la congregación mariana, escuela de las almas puras.

Se ordenó de sacerdote en el mes de marzo de 1666, el sábado de las cuatro témporas después de ceniza, en la capilla del palacio episcopal de Pozzuoli. Serán cincuenta años de sacerdocio, todos ellos llenos de este santo temor de Dios que invade a las almas santas y generosas.

Sin embargo, hasta el año 1670 no se hizo jesuita y los cuatro años siguientes, es decir, desde 1671 al 1674, comenzó su ministerio apostólico en la Apulia, más en concreto, en la diócesis de Lecce. Con ello tiene ocasión de demostrar su gran preparación y sus dotes espirituales y naturales, comenzando su carrera de apóstol celoso y de predicador vehemente.

Tras este paréntesis vuelve a Nápoles en el año de 1676 siendo destinado a la casa profesa, y allí permanecerá hasta el final de sus días, dedicado a las misiones populares que lo convirtieron en el apóstol de Nápoles y que venían a sustituir a las anheladas misiones en la India o en el lejano Oriente, sus grandes ideales de otro tiempo. Hasta el 8 de diciembre del año 1682 no hizo su profesión religiosa, con la que se incorporaba plenamente a la Compañía de Jesús. A partir de ese momento, se dedica plenamente a un triple ministerio: las misiones populares, la comunión general cada tercer domingo del mes y la conversión de las mujeres de mala vida. Pero este triple oficio no agotaba su actividad apostólica. Nápoles sería por cuarenta años la ciudad de su apostolado, aunque no se limitó únicamente a ella; su corazón misionero le llevaba a donde le llamaban y todo el sur de Italia fue testigo de su celo apostólico. Especialmente en el año 1707, en el que el ejército austriaco entró en la ciudad expulsando a los españoles, su voz y su autoridad moral impidieron que la revuelta acabase en tragedia al ejercer un papel mediador, como lo atestiguan los procesos de canonización.

Como buen jesuita, se dedicó con ahínco a predicar ejercicios espirituales a toda clase de personas. Fue una labor que le llevaría toda su vida. Puso en práctica lo que San Ignacio de Loyola decía en sus anotaciones sobre los ejercicios espirituales y ayudó cuanto pudo a «preparar y disponer el ánima, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima».

Entre las devociones que predicaba constantemente estaba la de San Ciro, médico y mártir, cuyo cuerpo reposa en la iglesia del *Gesù Nuovo* en Nápoles. Llevaba consigo una reliquia suya y al mártir le atribuía los favores y prodigios que acontecían durante sus predicaciones, aunque también se comentaba entre los fieles que estos prodigios se debían a sus propias virtudes a pesar de que él, en su profunda humildad, los atribuía a San Ciro.

Su cuerpo reposó durante años en la iglesia que los jesuitas tienen en Nápoles, pero después de la segunda guerra mundial fue trasladado a su pueblo natal, Grottaglie, desde donde sigue irradiando santidad.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

BACH, J., *Histoire de saint François de Geronimo* (París 1867).

D'ARIA, F. M., *Un restauratore sociale. Storia critica della vita di San Francesco de Geronimo* (Roma 1943).

PATRIGNANI, G., *Menologio di pie memorie d'alcuni religiosi della Compagnia di Gesu* (Venecia 1730).

SAN IGNACIO DE LÁCONI

Religioso († 1781)

En octubre de 1951 canonizaba Pío XII a tres santos italianos: uno, obispo y fundador; otro, religioso barnabita y apóstol de Nápoles; y el tercero, un lego capuchino, primer santo canonizado de la isla de Cerdeña.

Este santo capuchino se llamaba Ignacio de Láconi. Había nacido el 17 de noviembre de 1701, cuando Cerdeña pertenecía todavía a España. El suyo era el humilde hogar de Matías Peis Cadello y Ana María Sanna Casu, colonos del marqués de Láconi. Antes de nacer, su piadosísima madre se lo había ofrecido o consagrado a San Francisco de Asís. En el bautismo se le impusieron los nombres de Francisco, Ignacio y Vicente. Se le conocerá por el segundo de estos nombres y por su lugar de origen, llamándose desde su ingreso en los capuchinos: fray Ignacio de Láconi.

No tuvo ni escuela ni maestros. A los 17/18 años contrajo una enfermedad gravísima durante tres meses. En aquel trance hizo voto de entrar en los capuchinos, si se curaba. Se curó, pero no cumplió enseguida su promesa y se entregó a los devaneos mundanos y a llevar una vida frívola con los compañeros de su edad. Había él olvidado su voto, pero no lo había olvidado el Señor. En esta situación, un día que iba a caballo dando un paseo de placer, el corcel se encabritó, no lo pudo dominar y se precipitaron por unas rocas, cayendo al fondo de un precipicio. Salvada milagrosamente la vida, tomó en serio el cumplimiento de su voto y el 3 de noviembre de 1721 se presentó en Cagliari pidiendo ser admitido en el convento de los capuchinos, que se llamaba Buoncammino: del buen camino. Intercedió por él, para que los frailes lo recibiesen, Gabriel Aymerich, marqués de Láconi.

A los pocos días de presentarse en el convento le dieron el hábito; hecha su profesión le destinaron al convento de Iglesias. Uno de los primeros oficios que le tocó desempeñar fue el de cocinero. «¡Cocinero quien sólo había cogido en su vida el azadón y la pala!». Salió, no obstante, experto en el arte culinario encontrando a Dios entre los pucheros. En el *Lexicon cappuccinum* (1951) se dice de él: «Durante 60 años dio ejemplos preclaros de austeridad, humildad, caridad y demás virtudes». El campo o la palestra para el ejercicio de todas estas virtudes estuvo para él en los diversos conventos y oficios en que la obediencia religiosa le fue empleando. Unos años en el convento de Iglesias fue el encargado de la despensa conventual. Al mismo tiempo comenzó a entrenarse en la cuestación por los pueblos de la comarca. Habiendo pasado cerca de 15 años entre los conventos de Domusnovas, Sanluri, Oristano y Quartu, volvió a Cagliari al convento donde había tomado el hábito. Aquí estuvo al frente de los telares donde se confeccionaba la tela para el sayal de los religiosos.

Pero en lo que se distinguiría y en lo que se santificó más propiamente fue en el menester propio de las órdenes mendicantes, de ir a pedir por los pueblos, por las casas, por el campo. Oficio nada fácil y sujeto a mil incomodidades y desplantes de algunas gentes, que nunca faltan.

Vivió empleado en este oficio desde 1741 en adelante.

> «Cagliari fue durante 40 años el campo de su apostolado eficaz desarrollado con infinito amor entre los pobres y pecadores, lo veneraban todos por el esplendor de sus virtudes y por los muchos prodigios que obraba, de modo que lo llamaban comunmente *el padre santo*».

En este su oficio de buscar limosnas, alimentos y otras cosas necesarias para el convento encontró su mejor campo de acción caritativa, consolando, aconsejando, ayudando. La gente se volcaba con él por el atractivo de sus virtudes y por su saber hacer. Daba más que recibía, y así lo entendía la gente sencilla, a la que estaba tan cercano por su extracción social y por su virtud.

Acerca de cómo y cuánto irradiaba el buen nombre de Cristo por donde pasaba se conoce un testimonio, nada sospechoso, de un pastor protestante, José Fues, capellán del regimiento alemán de infantería Von Ziethen, que estaba entonces al servicio del rey de Cerdeña. Dice así este capellán escribiendo a un amigo suyo en Alemania: «Vemos todos los días mendigando por la ciudad a un santo vivo, un lego capuchino que se ha conquistado con diversos milagros la veneración de sus compatriotas».

En 1779 se quedó ciego; se le relevó, naturalmente, del oficio de la cuestación, pero «continuó por explícita voluntad suya haciendo vida común, observando escrupulosamente el horario conventual y cumpliendo como los demás todas las prácticas de la disciplina regular hasta el día de su muerte el 11 de mayo de 1781 en Cagliari».

La fama de santidad de que ya gozaba en vida fue creciendo después de su muerte. Comenzaron a atribuirse a su intercesión grandes favores y milagros. Por eso se pensó pronto en su causa de beatificación; pero no llegó a introducirse hasta 1844 por voluntad del arzobispo de Cagliari, Manuel Marongiu Nurra. Fue Pío IX quien emanó el decreto de la heroicidad de virtudes el 26 de mayo de 1869. Fue beatificado por Pío XII el 16 de junio de 1940. Y el mismo Papa lo canonizó solemnemente el 21 de octubre de 1951 en la basílica Vaticana.

En la homilía de la canonización hizo Pío XII una semblanza muy fina de fray Ignacio. Después de dar algunos datos biográficos de sus primeros años, decía el Papa:

«Una vez que tomo el austero habito de los Capuchinos le vino un gozo tan grande que desde entonces todos podian sorprender la alegria constante en su rostro Este gozo superior, a modo de una luz que venia de una fuente mas alta y profunda, estaba como traduciendo la tranquilidad de su animo, la paz, la serenidad, actitudes todas que se alimentaban de la gracia de Dios, con quien estaba unido intima y continuamente Los trabajos y sufrimientos, aunque graves y largos, le parecian ligeros y llevaderos, la obediencia debida a sus superiores, se le hacia facil siempre, los dolores corporales, a veces fortisimos, se le antojaban dulces y suaves, todo, en fin, lo que le sucedia, fuera grato o adverso, lo abrazaba con aquella voluntad tranquila de quien se ha entregado totalmente a la voluntad divina en la que se apoya»

Así presentó Pío XII este espejo de virtudes del humilde capuchino. El Papa se fija, evidentemente, en un fray Ignacio ya en sus mejores años de vida religiosa, pues no hemos de creer que fue siempre así de perfecto; tuvo que luchar para alcanzar aquella meta. A continuación, describiéndole en el que había sido su oficio principal, decía:

«Cuando iba mendigando de puerta en puerta, por las ciudades, por los pueblos, por las villas, su mente no se detenia en esta tierra que pisaba, sino que estaba clavada en el cielo, iba hablando con los angeles, sus compañeros de camino, ya que él mismo parecia un angel en carne humana»

El tipo de apostolado y de irradiación de Cristo en que se distinguió también el humilde capuchino llama la atención del Papa:

«Verle era ya un admirable ejemplo para todos, y escucharle cuando hablaba de las cosas divinas movia los animos con tanta suavidad y vehemencia que las gentes se estimulaban a empezar o a continuar el camino de las virtudes cristianas»

Reserva el Papa otro apartado para señalarnos a fray Ignacio como alma eucarística: «Cuando de rodillas oraba ante el altar, lo que para él era de lo más dulce y agradable, se le iluminaba el rostro, y todos veían en él algo más propio del cielo que de este mundo». Ya en vida hizo fray Ignacio tantos prodigios, curando enfermos y atrayéndolos de tal manera a la práctica de la virtud, que empleaban después gustosos su tiempo en tratar con Dios y en prepararse para la vida eterna.

Fray Ignacio de Láconi es uno de esos santos en los que se demuestra que para hacerse santo no hay más que vivir con fi-

delidad el propio llamamiento, en su caso, a la vida religiosa. Hay que esmerarse día a día en seguir a Cristo el Señor e irradiarlo entre las gentes.

Hay que saber echar mano de los medios y remedios que pone la Iglesia al alcance de la mano y por ese camino santificarse. Si en la vida el Señor se complace en obrar prodigios de curaciones, de conversiones, de milagros, como en la vida de este humilde santo, eso es cosa de Dios. Cuantas más intervenciones de este tipo haga el Señor, tanta más humildad, vida de oración, alegría en su servicio se podrá descubrir en el día a día de estas personas. Así fue en el caso de fray Ignacio de Láconi, filigrana de santidad en las manos de Dios.

Cuando estaba fray Ignacio próximo a morir, un famoso pintor de Cagliari, Francisco Massa, le hizo un retrato, que se conserva en el convento del Buoncammino. Aparece fray Ignacio con el bastón con que recorrió tantos caminos, y frente a él la figura de la Virgen enviándole sus rayos de luz, y un poco más abajo un Cristo crucificado, señalando así sus dos grandes amores.

Ignacio de Láconi nació en Cerdeña, cuando ésta pertenecía a la Corona de España. El mismo año en que Ignacio entró en el convento, Cerdeña dejaba de ser española. Se le considera como el primer santo canonizado de Cerdeña, y así es, pero también forma parte de la constelación de santos españoles. Su fiesta litúrgica se celebra el 11 de mayo.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

AGOSTINO DA GHILARZA, *Vita del Venerable Ignazio da Láconi* (Cagliari 1915).
ARCANGELO DA CASTIGLION FIORENTINO, *Compendio della vita del beato Ignazio da Láconi, laico cappuccino* (Ciudad del Vaticano 1940).
SAMUELE DA CHIAROMONTE, *Il beato Ignazio da Láconi, laico cappuccino* (Roma 1940).

SAN MAMERTO

Obispo († 475)

No es conocida la vida de este santo con anterioridad a su elección como obispo de Vienne, en Francia, elección sucedida antes del año 463.

Se tiene noticia de un choque que tuvo con la sede romana a cuenta de la ordenación del obispo de Die, San Marcelo, ordenación que no le correspondía hacer, porque este obispado pertenecía como sufragáneo a la metrópolis de Arlés en Provenza. Se dice que Mamerto pasó a hacer esta consagración para evitar los manejos de los arrianos y para evitar también que el elegido huyera como se proponía. El papa San Hilario recibió la denuncia referente a esta conducta y no pudo estar de acuerdo con ella, y así se lo dijo a San Mamerto pero el sínodo de Arlés confirmó la elección. De todas formas el Papa exigió que se respetara en adelante la competencia de los metropolitanos y no dejó de afear la conducta de éste, que se dice respondió a todo ello con el silencio.

Tras haberse padecido en Vienne grandes incendios, uno de ellos el día de Pascua, concibió Mamerto la idea de instituir tres días de rogativas en las fechas anteriores a la Ascensión, mediante la oración, el ayuno y la pública procesión de comunitario ruego a Dios. Estas rogativas pasaron luego a toda la Iglesia y se han mantenido durante siglos. Construyó una iglesia en honor de San Ferreolo y trasladó a ella las reliquias del santo mártir con gran solemnidad. Murió el 11 de mayo de 475.

SAN GUALTERIO

Presbítero († 1070)

Gualterio, Gautier o Walter era natural del castillo de Conflans en Aquitania, y debió nacer a comienzos del siglo XI, hijo de una familia principal. Llevado a educar a la escuela de Dorat, regentada por los canónigos regulares agustinos, el joven sintió el atractivo de la vida religiosa y pidió el ingreso en la misma co-

munidad, donde profesó los votos religiosos e hizo los estudios teológicos, siendo seguidamente ordenado sacerdote.

Su comunidad pasó por diversas dificultades que trajeron consigo disgustos y divisiones, y huyendo de ellos Gualterio regresó a Conflans. Pero la comunidad canonical de L'Esterp, en el Limousin, conocedora de sus buenas cualidades, lo eligió su superior y Gualterio aceptó, yéndose a presidirla.

Muy pronto todos se hacían lenguas de las buenas cualidades del rector de L'Esterp, cuya piedad y celo apostólico atraían a muchas almas a confesar con él, ministerio para el que se mostró especialmente dotado. Tenía el don de saber decir palabras oportunas a los pecadores para moverlos a sincera penitencia y hacerles cambiar de vida y satisfacer por sus pecados. La fama del notable confesor llegó hasta la Santa Sede. El papa Víctor II le dio amplias facultades para poder absolver excomuniones y también para poder excomulgar a los impenitentes, facultades que usó siempre en beneficio de las almas. Fue también en él sobresaliente la insigne caridad con que trataba a los pobres y los socorría, y con que continuamente trataba a todos y singularmente a sus compañeros de comunidad, cuya unidad la quería basada en el más puro amor fraterno.

Con un grupo de canónigos regulares de su comunidad hizo la peregrinación a Tierra Santa. Siete años antes de su muerte quedó ciego y llevó su limitación con gran paciencia y continuó trabajando en cuanto pudo. Murió el 11 de mayo de 1070. Enseguida comenzó a dársele culto.

BEATO GREGORIO CELLI

Presbítero († 1343)

Nace en Verucchio, diócesis de Rímini, Italia, el año 1275 en el seno de una noble familia. Queda huérfano de padre a los tres años. Siendo adolescente siente la llamada de la vida religiosa e ingresa en una comunidad de ermitaños agustinos que había en su propio pueblo natal y que su propia madre había fundado. Oportunamente hizo la profesión religiosa y se ordenó sacerdote.

Años más tarde de su ingreso en la comunidad, ya muerta su madre, chocó con sus compañeros de hábito, seguramente porque él quería en la casa mayor observancia religiosa que la estilada y sus compañeros llevaron a mal estas pretensiones. Incluso parece que su mismo género de vida, austero y observante, sentaba mal en la casa porque era un continuo y callado reproche al laxismo de los demás. El hecho es que la comunidad decidió expulsarlo de su seno y Gregorio tuvo que irse.

Se fue, entonces, al convento del Monte Cernerio, de los religiosos franciscanos, donde halló acogida. Aquí llevó una vida recogida y santa que hizo que a su muerte, el 11 de mayo de 1343, su cuerpo fuera llevado a su pueblo natal y aquí se le comenzara a dar culto. El papa Clemente XIV, que de joven había vivido en Verucchio y se había encomendado al beato en una enfermedad, confirmó su culto el 6 de septiembre de 1769.

BEATOS JUAN ROCHESTER Y SANTIAGO WALWORTH

Presbíteros y mártires († 1537)

Ambos eran monjes de la Cartuja de Londres, cuyo prior era San Juan Houghton. Su martirio tuvo lugar con motivo de la proclamación de Enrique VIII como cabeza de la Iglesia en su país Estos dos monjes, junto con los demás, accedieron a reconocer el nuevo matrimonio del rey con Ana Bolena y así lo firmaron el 25 de mayo de 1534, pensando que con ello se dejaría en paz a la comunidad.

Pero no fue así. Se les pidió más adelante que reconocieran también la soberanía espiritual del rey sobre la Iglesia inglesa, y entonces la comunidad se dividió. Unos aceptaron la propuesta cismática, sin pensar que posteriormente se suprimirían las comunidades religiosas, y otros se negaron bravamente a tal propuesta. Martirizados ya San Juan Houghton y otros dos priores cartujos, estos dos monjes persistieron en su negativa a jurar la supremacía religiosa del rey y fueron enviados a la cartuja de Hull, cuyos monjes habían aceptado el cisma. Aquí fueron denunciados al delegado regio y llevados delante del Duque de Norfolk. Se les juzgó y condenó por desafectos a la cabeza de la

Iglesia anglicana y por ser seguidores pertinaces del obispo de Roma, y fueron condenados a muerte.

Como la muerte a los rebeldes y traidores comprendía no sólo el ahorcamiento sino la descuartización y extracción de las entrañas, ése tendría que haber sido el género de muerte que se les diera a estos mártires. Pero se les hizo gracia del destripamiento y, por ello, en York, el día 11 de mayo de 1537 fueron ahorcados con cadenas de hierro, quedando sus cuerpos expuestos muchos días en el patíbulo y siendo pasto de las aves de rapiña. Hasta el último momento ambos monjes manifestaron su comunión inquebrantable con el Papa y con la Iglesia. El papa León XIII confirmó su culto el 9 de diciembre de 1886.

SAN MATEO LE VAN GAM

Mártir († 1847)

Nace en Go-Gong, Viet-Nam, el año 1813. Era un cristiano seglar, de estado casado, y fervoroso en su fe y su ayuda a aquella Iglesia tan perseguida.

Se ofreció para trasladar en su junco a los misioneros desde Singapur y darles entrada clandestina en su país. Hizo un primer viaje que salió bien y pudo sin novedad introducir varios misioneros, pero en el segundo viaje, cuando estaba ya cerca de la costa, fue descubierto por un barco militar. Iban en el junco el vicario apostólico, mons. Lefebvre, un sacerdote, un grupo de seminaristas y objetos de culto. Era el 6 de junio de 1846.

Acusado de principal responsable como dueño y patrón del junco, fue arrestado y llevado a la cárcel de Troi-Ya-Ta. Fue sometido a interrogatorios y torturas para que apostatara pero el mártir permaneció firme. Se pidió la confirmación de la condena al rey, y antes de que ésta llegara, los mismos mandarines que le habían condenado pidieron la suspensión. Pero, molesto el rey por las incursiones francesas, ordenó su ejecución a menos que apostatara. Mateo perseveró en la fe de Cristo y fue decapitado el 11 de mayo de 1847. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

12 de mayo

A) Martirologio

1. Los santos Nereo y Aquiles (s. I), mártires en Roma **.
2. San Pancracio (s. IV), mártir en Roma **.
3. En Axiópolis (Mesia), San Cirilo y seis compañeros (s. III), mártires.
4. En Salamina (Chipre), San Epifanio († 403), obispo **.
5. En Agirone (Sicilia), San Felipe (s. V), presbítero.
6. En Tréveris (Renania), San Modoaldo († 640), obispo *.
7. En el monasterio de Marchiennes, Santa Rictrudis († 678), abadesa *.
8. En Constantinopla, San Germán († 733), obispo, defensor del culto a las sagradas imágenes **.
9. En la Navarra española, Santo Domingo de la Calzada († 1109), presbítero **.
10. En Bolonia (Emilia), Beata Imelda Lambertini († 1333), virgen, de la Orden de Predicadores *.
11. En Aveiro (Portugal), Beata Juana († 1490), virgen, hija del rey Alfonso V, monja dominica *.

B) Biografías extensas

SANTOS NEREO Y AQUILES

Mártires (s. I)

Han llegado hasta nosotros unas actas tardías del martirio de los santos Nereo y Aquiles. Debieron escribirse hacia finales del siglo V, y de las mismas se conservan dos recensiones, una griega y otra latina.

El valor histórico de estas actas es muy dudoso; se trata más bien de una novela que agrupa alrededor de Flavia Domitila a una serie de personajes conocidos por la arqueología, y de cuya existencia no puede en modo alguno dudarse. Suele ser el éxito de todas las leyendas partir de lo cierto para montar un relato fabuloso.

Mombritius, un renacentista del siglo XV, fue quien dio primero a luz estas actas en 1479. De él las tomó Surio para sus *Vitae sanctorum;* de Surio pasaron a los Bolandos en 1680 y de allí corrieron por los «años cristianos» populares. Estudios críti-

cos emprendidos el pasado siglo han conseguido cribar lo que hay de leyenda y de historia en la vida de estos santos mártires.

Veamos primero qué nos dicen las referidas actas.

Flavia Domitila, sobrina del emperador Domiciano, tuvo por servidores a Nereo y Aquiles, que habían sido convertidos por San Pedro, los cuales la persuadieron a rechazar las promesas de matrimonio que la hiciera Aureliano, hijo del cónsul, animándola a abrazar la virginidad.

El papa Clemente, sobrino del cónsul Clemente, recibió los votos de Domitila y le dio el velo de virgen.

Furioso Aureliano por la repulsa de la que había solicitado por esposa, acusa a Domitila y a sus servidores de cristianos, y son desterrados a la isla Ponciana, la cual encuentran pervertida por Furio y Prisco, discípulos ambos de Simón el Mago.

Los santos ruegan a Marcelo, hijo del prefecto urbano Marcos, discípulo de San Pedro, que narre la historia de su maestro y la defección de Simón el Mago.

Mientras que llega Marcelo crece el furor de Aureliano al ver que no puede vencer la resistencia de Nereo y Aquiles y los envía a Terracina, donde el procónsul Menio Rufo los condena a muerte. Auspicio, su discípulo, y padre nutricio de Domitila, transporta sus cuerpos al cementerio propiedad de ésta, en un arenario de la vía Ardentina, junto al sepulcro de Petronila, pretendida hija de San Pedro.

Entretanto, Domitila continúa su resistencia, logrando convertir a sus hermanas de leche Eufrosina y Teodora, animándolas a abrazar la virginidad. Luxurio, hermano de Aureliano, las ordena sacrificar a los dioses, y ante su negativa las encierra en su habitación de Terracina, prendiéndola fuego. Mueren las santas vírgenes, pero sus cuerpos quedan intactos y son enterrados por el diácono Cesáreo en un sarcófago nuevo. Este último martirio ocurre en tiempos del emperador Trajano.

Las actas saben aprovechar toda la rica literatura apócrifa del siglo I: Actas de San Pedro y San Pablo, actas orientales de San Lino, noticias topográficas y aún seguramente tradiciones romanas que perduraban.

Nos encontramos frente a un caso de leyenda hagiográfica característica, basado en el prurito de glorificar a un personaje

—Flavia Domitila— y alrededor del mismo juntar y relacionar otros mártires de los que se tienen escasas noticias.

Con los mártires del siglo I la historia ha sido parca, pues de la persecución neroniana descrita por Tácito, escritor profano, como nombres seguros sólo han llegado hasta nosotros los de San Pedro y San Pablo; los demás quedan en el anonimato.

Ya Baronio, que tanta parte tuvo en la restauración del culto de San Nereo y Aquiles, y fue quien influyó para que su fiesta se desgajara de la de Santa Flavia Domitila, del 7 de mayo, incluyéndola en los nuevos calendarios litúrgicos postridentinos en la fecha de hoy, tiene una frase llena de dudas para las mencionadas actas: *fide non integra.*

Y Tillemont piensa que debieron ser redactadas por algún maniqueo enemigo del matrimonio, pues los diálogos entre Nereo y Domitila, aparte de lo inverosímiles y con frecuencia tan crudos al describir el matrimonio, los trabajos de la gestación y los dolores del alumbramiento, son más un alegato contra las nupcias que una defensa de la virginidad.

Sin embargo, las actas no son las únicas fuentes históricas que poseemos. Existe, en primer lugar, el culto antiquísimo, atestiguado por los más respetables martirologios, por los libros litúrgicos y por los monumentos.

No podemos determinar la época en que los dos santos sufrieron el martirio, tal vez en el siglo I, hacia el año 95, en la persecución de Domiciano. En la de Nerón, algo anterior, no parece probable, por la razón antes dicha. Más razones habría para probar que hubieran muerto en la persecución de Trajano, al tiempo de la propia Domitila.

Dos cosas hay ciertas: el hecho de su martirio y el lugar de su sepulcro. Nereo y Aquiles, que las actas llaman eunucos, con terminología y mentalidad de las cortes bizantinas del siglo V, y las lecciones del Breviario tienen por hermanos, eran simplemente soldados según las noticias del papa San Dámaso, cuando se construyó la basílica de Santa Petronila, mártir, junto a cuyo sepulcro fueron enterrados los dos santos.

Su martirio estaba representado en dos columnitas que debieron servir para el *teguriun* o baldaquino que cubría el altar, y en una de las cuales aparece esculpido el martirio de Aquiles y

su nombre (Acilleus), viéndose a un personaje junto a un poste con las manos atadas a la espalda, el cual recibe del verdugo el golpe fatal. De la otra columna queda solamente un fragmento, y se aprecia algo del bajorrelieve, cuya reconstrucción permite suponer que se trata de la escena equivalente a San Nereo, aunque falte el nombre.

Nos quedan, por fin, unos dísticos de San Dámaso que este Papa, tan devoto del culto de los mártires, dedicó a Nereo y Aquiles. Pequeños fragmentos del epitafio damasiano fueron descubiertos por Rossi, el investigador de las catacumbas, y la totalidad del elogio fue reconstruida a base de las copias que nos legaron los antiguos peregrinos, que lo vieron íntegro, y a través de los manuscritos medievales ha llegado hasta nosotros.

Dice así el elogio martirial de San Dámaso:

> «Nereo y Aquiles, mártires
> Se habían inscrito en la milicia y ejercitaban su cruel oficio, *atentos a las órdenes del tirano, y prontos a ejecutarlas, constreñidos* por el miedo.
> ¡Milagro de la fe! De repente dejan su cruel oficio, se convierten, abandonan el campamento impío de su criminal jefe, tiran los escudos, las armaduras, los dardos ensangrentados y, confesando la fe de Cristo, se alegran de alcanzar mayores triunfos.
> Tened noticia por Dámaso a qué alturas puede llegar la gloria de Cristo»

El epitafio de San Dámaso es bastante impreciso. Unas veces la carencia de datos exactos, otras la estrechez de los metros, y su afán de recurrir a frases hechas, lo cierto es que San Dámaso aporta escasas noticias al historiador. Tal vez porque un elogio epigráfico no es la ficha biográfica de una enciclopedia moderna.

Los datos ciertos que el Papa español nos proporciona son la condición militar de los mártires, que pertenecían a la guardia pretoriana del emperador, si el término «tirano» ha de aplicarse a alguno de los césares antes mencionados: Nerón, Domiciano o Trajano.

Que el dicho tirano, abusando de su poder, obligaba a sus soldados a ejercer el oficio de verdugos, ejecutando sus crueles órdenes, que deben referirse a penas capitales.

Que ambos soldados, al convertirse, abandonan su profesión, y al confesar la fe de Cristo alcanzan honroso martirio.

¿Cuál pudo ser la relación de ambos mártires con la familia imperial de los Flavios, aparte de ser enterrados en la propiedad familiar que ellos usaban de cementerio (cementerio de Domitila) y que cedieron a la comunidad cristiana del siglo primero? A ciencia cierta no la sabemos.

¿Habrían sido, ciertamente, convertidos por San Pedro o San Pablo? Las relaciones de los dos apóstoles con la guardia imperial fueron muy intensas, y en la epístola a los Romanos (16,15) aparece un Nereo. Si fueron enterrados en el hipogeo de los Flavios, cuando todavía el cementerio de la vía Ardentina era propiedad particular, no cabe duda que las actas, dentro de su fondo novelesco, nos proporcionan noticias de interés, y tampoco pueden desecharse todos sus datos. Sí, que la Petronila mártir, junto a cuyo sepulcro fueron enterrados Nereo y Aquiles, no es hija de San Pedro, pues se llamaba Aurelia y el cognomen *Petro* (de una de las ramas de los Flavios) dio lugar al equívoco. Pudieron ser desterrados a la isla Poncia Nereo y Aquiles, pudieron huir a la misma y encontrarse allí con Flavia Domitila, y animarla en su desgracia, o tal vez pudieron ser adscritos a su servicio, cuando, al hacerse pública su situación de cristianos, entre que se solventaba su caso, bueno era dejarles juntos y que se ayudasen en el destierro de la isla.

Lo cierto es que hay indicios seguros para suponer relaciones indiscutibles entre este grupo de santos. Y tratándose de relatos tan venerables por su antiguedad, hemos de proceder con cautela y tratar con respeto las referencias que nos ofrece el pasado.

El culto de los Santos Nereo y Aquiles es antiquísimo, localizado junto al sepulcro de Aurelia Petronila, en el cementerio de la vía Ardentina. La tumba y la basílica subterránea que llevan su nombre fueron levantadas por el papa Siricio en 390.

Anteriormente, esta basílica llevaba el título de Fasciola, que hacia el siglo VIII se empezó a perder, para conservarse el de los santos mártires. En el siglo XIII fue restaurada, pero nuevamente sufrió el abandono al despoblarse aquella región romana en la Edad Media, y entonces el papa Gregorio IX transportó a la iglesia de San Adriano, en el foro, las reliquias de los mártires. El papa Sixto IV, en la fiebre del primer Renacimiento, vuelve a

restaurar la basílica, que un siglo después necesitaba nuevamente de urgente reparación, la cual llevó a cabo el propio cardenal Baronio al solicitarla como su título cardenalicio. A la misma devolvió las reliquias, recabando con este motivo que su fiesta se celebrase el 12 de mayo.

En la primitiva basílica de San Nereo y San Aquiles pronunció San Gregorio Magno su homilía 38 sobre la curación del hijo del régulo, que todavía rezábamos en el breviario los sacerdotes antes de la reciente simplificación de rúbricas, en que la condición litúrgica de semidoble de estos mártires ha pasado a la categoría de «simple». Desde luego este evangelio contiene una alusión a la difusión del cristianismo entre los miembros de la casa imperial de los Flavios. Las palabras «Y creyó él y toda su casa» no dejarían de producir profunda impresión dichas por el diácono bajo las bóvedas terrosas del cementerio de la vía Ardentina, donde se guardaban las tumbas de Nereo y Aquiles, de Flavio Clemente, de Flavio Sabino y de otros familiares de Domiciano.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act. SS Boll., 12 de mayo· *Acta de SS. Nereo et Achilleo eunuchis, Flavia Domitilla,* etc
ACHELIS, H, *Acta sanctorum Nerei et Achillei* (Texte und untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur, XI fasc.2, Leipzig 1893).
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche* (Roma 1909) 43s.
SCHUSTER, A. I, *Liber sacramentorum,* VII (Turín 1941) 169s
SURIUS, L., *Vitae sanctorum,* V (ed. 1618) 147s.
TILLEMONT, L S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siecles ..,* II (Venecia) 128s

SAN PANCRACIO

Mártir (s. IV)

Pocos santos han conseguido en nuestro tiempo una popularidad tan llamativa como San Pancracio. Su figura de joven agraciado, vestido con rica túnica y rojo manto romanos, apuñando con su mano izquierda la palma del martirio y el Libro Sagrado y con la derecha apuntando hacia lo alto, se ha hecho familiar en casi todos los hogares españoles. Sin embargo, entre

el tiempo de su existencia y el nuestro median casi mil setecientos años de distancia, pues nos hallamos ante uno de los mártires de los siglos III o IV.

Quizás esta actualidad se deba a que hoy se recurre a este joven, casi niño, porque lo hemos convertido en abogado «para encontrar trabajo» y «obtener buena salud», una duplicidad de obsesiones que afectan muy de cerca a la mayoría de los hombres, incluidos los cristianos.

La oración con la que se le invoca nos parece muy válida:

> «Glorioso San Pancracio, alcanzadme de Dios trabajo honrado y suficiente para todas las necesidades de esta vida temporal. Os pido salud y fuerza para cumplir con mi trabajo A través de el espero alcanzar la vida eterna Por Cristo nuestro Señor»

Al lado de tan sencilla y suficiente oración se han diseñado una serie de ritualizaciones añadidas que no sirven más que para ridiculizar las profundidades de la fe, medio suficiente cuando queremos dirigirnos a nuestros intercesores celestiales. Uno de estos extremos, muy creído y practicado, consiste en colocar al lado del santo ramas de perejil. Algo tan absurdo como inútil.

La vida de San Pancracio por sencilla nos resulta atractiva. Nació en Frigia, ciudad de la Turquía actual, probablemente el año 286. Sus padres, Cledo y Quiriade, eran ricos y nobles. Muy pocos días después del nacimiento perdió a su madre y algunos años más tarde a su padre, quien antes de morir encomendó el hijo a su hermano Dionisio, convirtiéndolo también en administrador de su cuantiosa fortuna. Pronto tío y sobrino marcharon a Roma donde tenían parte de sus bienes y providencialmente se establecieron en el monte Celio. Allí estaba refugiado el papa Cornelio, que logra convertirlos al cristianismo, cuando se habían acercado hasta él atraídos por la fama de los muchos convertidos.

Muy pronto la intrepidez juvenil lo convirtió en ferviente propagador de las doctrinas recién abrazadas, sobre todo a partir de la muerte de su tío Dionisio. Fue la noticia de tantos predicadores y tantas conversiones la que preocupó al emperador Diocleciano, quien mandó publicar un decreto contra los cristianos, condenándolos a la muerte sin proceso previo. Uno de los creyentes buscados y capturados fue el propio Pancracio.

Presentado ante el emperador llamó la atención su juventud y hermosura, que unida a la nobleza de su origen, movieron a Diocleciano, que recordaba a su padre, para intentar con él un trato diferente, convencido de que con halagos conseguiría de sus 14 años la renuncia de su fe, sobre todo cuando le prometió que estaría siempre a su lado y en el mismo palacio imperial.

Todo inútil. Como respuesta se ponen en boca del joven Pancracio estas estremecedoras palabras:

> «Señor, inutilmente te fatigas, si te persuades que me haras perder la fe, amenazandome con que he de perder la vida, no saben los cristianos qué cosa es temer la muerte, toda su dicha es derramar la sangre por Jesucristo, los suplicios apresuran su eterna felicidad, y para ellos expirar en los tormentos es conseguir una gloriosa victoria» (J Croisset)

Pancracio fue condenado y sufrió martirio en un lugar de la Via Aurelia. Al llegar la noche, su cuerpo fue recogido por una piadosa mujer llamada Octavila, que, ayudada por otros cristianos, le dio sepultura en lo que entonces era cementerio común y donde más tarde se levantó la basílica en su honor. Los hechos ocurrieron el 12 de mayo del año que algunos señalan como 304.

Evidentemente en este relato hay algunos anacronismos, pues, bautizado el santo por el papa Cornelio muerto en el 253 y martirizado el santo con catorce o quince años por orden de Diocleciano, hacia el año 304, aparece una discordancia que algunos corrigen cambiando el nombre del papa Cornelio por el también papa Marcelino o bien cambiando el nombre de los emperadores, trasladando el martirio a los tiempos de Valeriano y Galieno. El P. Croisset afirma que el papa en cuestión es Marcelino que gobernó la Iglesia desde el 296 al 304, algo perfectamente lógico y normal.

Hoy estos anacronismos se explican fácilmente pues para magnificar la popularidad del santo, al escribir su *Passio* —el relato de su martirio— se hacen coincidir los hechos con personajes de extremada relevancia en la vida de entonces: Diocleciano como el más cruel de los perseguidores de los cristianos. Cornelio, uno de los papas santos más celebrados en la antigüedad, sobre todo desde las apologías de San Cipriano.

Lo que resulta incuestionable es su existencia y esa popularidad, que ha llegado hasta nuestro tiempo. Su culto se remonta al siglo IV, aunque la mención primera que conocemos se localiza en el siglo V, cuando se le menciona en el *Martirologio jeronimiano,* a mediados de ese siglo

Su popularidad comenzó a partir de la edificación de un templo sobre su tumba, cuando el papa Símaco mandó levantar en su honor y sobre su tumba una basílica en los primeros años del siglo VI, posiblemente sobre otro templo ya existente. Más tarde otro papa, Honorio I, construyó sobre ella un nuevo templo entre los años de 625 y 638. Hechos que quedaron grabados sobre el propio sepulcro de San Pancracio:

> «Por los meritos insignes y las singulares gracias del Bienaventurado Pancracio, el obispo Honorio, siervo del Señor, para bien del pueblo de Dios, ordeno derribar el viejo edificio que amenazaba ruina y no contenia los restos del santo, debido al descuido de los antiguos, mando construir de nueva planta otra iglesia y, dentro del altar adornado con marmoles preciosos, coloco las reliquias que antes estaban en la pared exterior del edificio»

Quedan así definitivamente garantizados los fundamentos para que el joven mártir cristiano gozara de amplísima popularidad, algo que, aunque no tan masivamente, ya se había iniciado en los mismos días de su muerte. Luego se escribiría la narración de su martirio o pasión, popularizada posiblemente en el siglo VI, coincidiendo con la edificación de la basílica, sobre su tumba. Su nombre venía ya figurando desde el siglo V en los martirologios como el jeronimiano del siglo V, de donde pasó al romano

Coinciden en este santo una serie de calificativos que obsesionan a las gentes de nuestros días. belleza, martirio, trabajo y riquezas. Algo que nos explica la cantidad de invocaciones con las que viene acudiendo a él el pueblo cristiano a lo largo de los distintos siglos. A todo ello hay que añadir los milagros obrados por su intercesión

Uno de los lugares donde su popularidad conoce los más altos niveles es Inglaterra, gracias a la dedicación de una de sus primeras iglesias, realizada por San Agustín de Canterbury a finales del siglo VI.

La lista de remedios que el pueblo cristiano ha buscado en San Pancracio a lo largo de los tiempos es variable. Sabemos por ejemplo que aún en el siglo XIX el ramo textil de Barcelona lo tenía como patrón. Todavía quedan bastantes ciudades en el mundo que lo celebran como patrón: Bergen, Albano, Giesen, Leiden, etc.

Muchos acuden a él para defenderse del perjurio, la calumnia y el falso juramento. San Gregorio de Tours en el siglo VI nos habla ya de la costumbre de acudir al sepulcro de San Pancracio para ser absuelto de los falsos juramentos, pues se le creía vengador de perjurios.

Se le invoca contra los espasmos, calambres, dolores de cabeza y las enfermedades de la piel. En Francia se acude a su protección para prevenir las siembras de las heladas tardías de mayo. Y por supuesto y universalmente para buscar trabajo y gozar de buena salud. Todo un repertorio de necesidades que la limitación humana siente con frecuencia y que para dirigirse al cielo ningún aliado mejor que un niño inocente de 14 o 15 años.

Su fiesta se celebra el 12 de mayo, haciendo coincidir su martirio con el de los santos Nereo y Aquiles. En Roma hay una iglesia que desde 1517 es título cardenalicio. Antiguamente las madres romanas llevaban allí a sus hijos el domingo octava de Pascua, pues desde los días del papa Símaco estaban colocados unos baños en las cercanías de la iglesia dedicada a su nombre. Aún ahora muchos jóvenes suelen reunirse en sus cercanías.

La iconografía cristiana también lo celebra como un caballero cubierto totalmente con su coraza y apoyado en una lanza o espada. La imagen del Museo de Basano en Italia se ha hecho muy popular. Quizás por eso también hacia aquí dirigen su mirada los caballeros alemanes que le tienen por patrono.

En cualquier caso, la figura de San Pancracio forma en la línea admirable y admirada de santos niños que brillan en el cielo de la Iglesia, como Eulalia de Mérida, Pelayo de Córdoba, Inés de Roma, Póntico de Lyón o Segunda de Thuburbo en Túnez. Todos hacen realidad el lema en latín que figura en la estampa con que se populariza ahora San Pancracio y que traducido quiere decir: «Venid a mí y yo os daré todos los bienes».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Mayo* (Madrid 1867) 243s.
Gran enciclopedia Rialp. Tomo letra P, p.735.
RIMOLDI, A. - CELLETTI, M C., «Pancrazio di Roma», en *Bibliotheca sanctorum.*

SAN EPIFANIO DE SALAMINA

Obispo († 403)

Epifanio, monje primero y luego obispo de Salamina, es uno de los Padres de la Iglesia que han dejado huella en la historia de la comunidad cristiana por su obra personal en vida y por sus escritos. Era un hombre temperamental, todo un carácter, poco amigo de finuras y componendas, que puso la totalidad de sus energías al servicio de la verdad ortodoxa frente a cualquier herejía y al servicio de la unidad y la estabilidad de la Iglesia. Nadie pudo negar su celo extremo por la gloria de Dios, un celo útil y necesario, un celo en consciente y fecundo contraste con quienes por una u otra causa no dudaban en componendas con las herejías. Ciertamente Epifanio no fue un pensador original, quizás ni siquiera un pensador en el sentido estricto de la palabra, y no verdaderamente un teólogo, pero sí un erudito, un hombre de profunda cultura, un gran lector en sus años de monasterio, capaz por ello de insertar en sus escritos numerosas citas de escritos significativos para la historia del desarrollo del pensamiento cristiano. No era ciertamente un escritor afortunado, sobre todo por ser muy prolijo, pero sus obras no dejan de tener un interés muy concreto.

En Epifanio no busquemos al especulativo, porque él es ante todo un testigo de la tradición de la Iglesia, a la que apela siempre como argumento decisorio, y cuyo exponente él sostiene, como nadie en el siglo IV, que es el magisterio de la Iglesia. Es ahí, en la enseñanza de los maestros autorizados de la fe, a quienes Cristo confía su rebaño, donde hay que encontrar el criterio seguro para estar ciertos de la ortodoxia de una doctrina. Defensor de la doctrina trinitaria católica y de la integridad natural de Cristo contra el apolinarismo, él defiende a su vez la perpetua virginidad de María. Nos habla de la venida de San Pedro a Roma junto con San Pablo y cita la lista de los sucesores

del apóstol Pedro en la sede romana. Bien sabida es su oposición al culto de las imágenes sagradas, y su nombre no pudo menos que ser invocado en la contienda iconoclasta.

Con respecto a las obras que poseemos de él, hay que señalar dos escritos polémicos, el *Ancoratus* y el *Panarion,* y el tratado *Sobre medidas y pesos,* en cuya primera parte trata del canon y las versiones del Antiguo Testamento y describe en la tercera parte la geografía de Palestina, y una explicación alegórica de las doce piedras, refiriéndose a las que adornaban el pectoral del sumo sacerdote judío. De su correspondencia no quedan más que dos cartas, una al obispo Juan de Jerusalén y otra a San Jerónimo. Se le han atribuido también otros escritos, tenidos hoy por apócrifos. El *Ancoratus,* que hay que traducirlo por «bien anclado», fue compuesto el año 374 a petición de los cristianos de Panfilia, que deseaban tener un manual de la fe cristiana sobre la Trinidad y particularmente sobre el Espíritu Santo. El santo les dirigió este escrito con la finalidad de que fuera para ellos un ancla segura en medio de las constantes agitaciones de las controversias arrianas o semiarrianas. Esta exposición doctrinal se completa por dos símbolos que el obispo recomienda para la administración del bautismo, el primero, más corto, parece ser el símbolo bautismal de Salamina, anterior a su llegada a la sede episcopal; el segundo parece ser obra del propio San Epifanio o quizás una revisión suya del símbolo usado en Jerusalén. Se ha pensado que pudo servir de base al símbolo de Constantinopla del año 381. El *Panarion* o «caja de remedios contra las herejías», fue compuesto entre el 374 y el 377 y es sin duda su obra principal. Destinado a curar a los mordidos por las serpientes de las herejías y a preservar a los aún incólumes, cuenta entre las herejías los errores filosóficos previos al cristianismo. Para él los griegos, los epicúreos, los fariseos, los escitas, los bárbaros, etc., son herejes. Su mayor interés está en que el libro es testigo de las herejías de su tiempo, del siglo IV. Acaba con una exposición de la fe como conclusión.

En cuanto a los datos de su biografía señalemos que Epifanio nació en Palestina, no lejos de Eleuterópolis (hoy Beit-Djibrin), no lejos de Gaza. El año de su nacimiento fue en torno al 315. Nacido en el seno de una familia cristiana, se educó en la

fe del evangelio y fue desde joven un creyente sincero y ardoroso. Su familia le proporcionó una buena formación literaria, gracias a la cual manejaba cinco idiomas: el griego, el hebreo, el siríaco, el copto y el latín.

Conoce al gran asceta y solitario de Gaza, San Hilarión, y queda impactado por su ejemplo y por sus consejos sobre la vida espiritual y la perfección cristiana. Hilarión, nativo de la propia Gaza, no había nacido cristiano pero cuando estudiaba en Alejandría conoció el cristianismo y se convirtió, y decidió adoptar el ejemplo de vida de San Antonio Abad, siendo él quien introduce la vida monacal en Gaza, y viéndose muy pronto rodeado de discípulos con los que funda establecimientos de monjes por toda Palestina. Epifanio fue amigo de San Hilarión, de quien escribiría una biografía utilizada por San Jerónimo. Quizás con el consejo de San Hilarión marcha a Egipto y visita a sus monjes y solitarios, tomando entonces la decisión de hacerse él también monje. Tenía unos veinte años. Vuelve a Gaza y funda un monasterio en Beth-Saddouq, como se llama hoy, no lejos de Eleuterópolis. Aquí pasaría los siguientes treinta años, dedicado a la oración y el estudio, y viviendo con la austeridad y vida mortificada propia de los monjes. Presidió su monasterio con celo y determinación y tuvo muchos discípulos, a quienes dirigió por la senda de la perfección evangélica. Adquirió una gran reputación como persona de mucha ciencia y mucha santidad, a la que se atribuían también milagros, como señala el *Martirologio.*

Su vida sufre un gran cambio el año 367 cuando es designado para la sede metropolitana de Constancia, llamada anteriormente Salamina, en la isla de Chipre. Su llegada a la dignidad episcopal no le quitó nada de su condición de verdadero asceta, que conservará toda su vida. Él señalará un orden o jerarquía mística de las almas, y dirá que sus grados son la virginidad, la vida solitaria o anacorética, la continencia, la viudedad y el estado de matrimonio.

No se tienen muchos detalles acerca de sus actos de gobierno episcopal en Salamina, pero todos los historiadores están de acuerdo en que Epifanio debió ser un obispo modelo, atento al desarrollo de la vida cristiana en su diócesis, y sólo a una con-

ducta modélica puede deberse el prestigio de santo y la fama de taumaturgo que tuvo siempre. Sin duda él velaba sobre todo por la ortodoxia de la doctrina que se enseñaba en su diócesis y de la que él era el transmisor y guardián autorizado, y le preocupaba muchísimo la fidelidad de toda la comunidad cristiana, no sólo de su diócesis, a la recta doctrina. Sus dos principales escritos, que ya hemos señalado, el *Ancoratus* y el *Panarion,* lo muestran fuertemente preocupado por la presencia de las herejías y muy atento a cualquiera de las manifestaciones de la heterodoxia a la que hay que combatir. Antiguo amigo de Apolinar, en cuanto éste expone su doctrina herética, Epifanio se opone a él, y lo mismo hará con el origenismo, al que combate con la mayor vehemencia. Tenía muy mal concepto de la doctrina de Orígenes, en quien veía la raíz de muchas herejías. No dudará en chocar, para combatir el origenismo, con Juan de Jerusalén y con el propio San Juan Crisóstomo.

El conflicto origenista se abrió en Jerusalén. Un monje, Artemio, acusó al obispo Juan, al propio San Jerónimo y a Rufino, de favorecer el origenismo. Ello fue el año 393, y parece que el monje había sido enviado por San Epifanio. De todos modos el santo obispo de Salamina se hace presente personalmente en Jerusalén al año siguiente durante el tiempo pascual, y en un discurso delante del obispo atacó públicamente la doctrina de Orígenes. Ambos obispos, Juan y Epifanio, no se entendieron y Epifanio no dudó en romper la comunión con Juan y retirarse a Eleuterópolis, donde no duda en ordenar de sacerdote a un monje de Belén, Paulinano, súbdito del obispo de Jerusalén. Éste protestó y Epifanio volvió a su sede chipriota, desde la que escribió al obispo Juan una carta que no arregló las cosas. Cuando años más tarde el obispo de Alejandría, Teófilo, que había seguido las doctrinas de Orígenes, renuncia a ellas y emprende su campaña contra los partidarios de Orígenes y luego contra San Juan Crisóstomo, alegando que éste había acogido a algunos monjes origenistas de Nitria, San Epifanio no pudo menos que alegrarse y apoyar a Teófilo, sin ver que las acusaciones contra el obispo de Constantinopla estaban llenas de falsedades. El año 402, luego de haber celebrado un concilio antiorigenista, marchó a Constantinopla y se puso de parte de los enemigos de

San Juan Crisostomo, aunque a tiempo rectificó Volvia a su diócesis cuando a la edad de 88 años murió en el camino. Era el año 403.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ALTANER, B, *Patrologia* (Madrid 1962)
CAYRE, F, *Patrologie et histoire de la theologie* (Paris 1947) 3 vols
QUASTEN, J, *Patrologia* I *Hasta el Concilio de Nicea* II *La edad de oro de la literatura patristica griega* (Madrid ²2001) 2 vols

SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 733)

Nacio el 635, siendo Heraclio emperador bizantino Su padre fue un prestigioso patricio, llamado Justiniano, muerto alrededor del 669 por orden del suspicaz o envidioso emperador Constantino Pogonato. De la vida y actividad de Germán antes de obtener su primera prelacía apenas sabemos nada. Dos documentos antiguos (un menologio y un sinaxario) nos ponderan su afición a las Escrituras y a la contemplación, su viveza de ingenio y experiencia de los negocios En todo caso parece que ya antes del 711 era obispo de Cízico en el Helesponto Poco después el *monotelismo* (herejía defensora de una sola voluntad en Cristo), aunque ya recibido el golpe de muerte en el VI concilio ecuménico de 681, revivió por corto espacio con el emperador Filípico (711-713), el cual presionó de tal modo a Germán, que el anciano prelado tuvo la debilidad de ceder en el sínodo de Constantinopla, año 712. Pero su reacción en pro de la ortodoxia fue rápida

Al subir al trono de Oriente el católico Artemio (Anastasio II) mejora la situación Depuesto Juan VI, patriarca heterodoxo de Constantinopla, es nombrado sustituto suyo, en 715, Germán, que cuenta ya unos ochenta años, pero cuyo espíritu joven sabrá resistir los embates de sus adversarios en la época subsiguiente. Se suele colocar al comienzo de su patriarcado un sínodo de 100 obispos, donde habrían sido anatematizados los autores del monotelismo, entre otros los antecesores de Ger-

mán en la sede constantinopolitana, Sergio, Pirro y Pablo. Pero, según Grumel, el documento de las Actas es, por lo menos, dudoso. Sin embargo, el repudio de aquella herejía se manifiesta en la carta del santo a los armenios, de que hablaremos después. De todos modos, la gloria más excelsa de Germán es su actitud indomable ante la herejía *iconoclasta,* denominada así por propugnar la destrucción de las imágenes (de Cristo y de los santos).

El furor de este movimiento, avivado por cierta tendencia oriental, idealista y antiplástica, data del siglo VIII. Sea por influjo de la actitud hostil de los árabes (para quienes el culto cristiano de tales representaciones sensibles equivalía al idolátrico de los paganos), sea por motivos religiosos de reforma (ante algunos abusos de la época en lo tocante a este culto), tal vez por razones políticas de césaropapismo, o mejor aún por la educación del emperador León III el Isáurico (716-741) en un ambiente de paulicianismo maniqueo, lo cierto es que este príncipe desencadena una violenta lucha contra las imágenes en 725 con la adhesión de algunos obispos (sobre todo de Constantino de Nicolia en Frigia), que quizá veían en el culto de los iconos un estorbo para la conversión de los infieles.

Germán resiste desde el principio. Debió ser bien doloroso para el santo recordar la escena (ca.717) donde él mismo había coronado a León, conforme al ceremonial católico, y donde el príncipe había jurado retener la fe verdadera, decisión reiterada por él en carta al papa Gregorio II. Ahora, en 724-725, León cambia por completo y da comienzo a su campaña iconoclasta. Germán pone en guardia al Pontífice y le informa de su resistencia al emperador. El texto de la carta se ha perdido, pero se conserva la respuesta del Papa, lleno de admiración ante la actitud vigorosa del patriarca, que contaba entonces unos noventa años: «Cada hora me acuerdo de tu entrega y considero mi más sagrado deber el saludarte como a hermano mío y propugnador de la Iglesia».

También se conservan otras tres cartas del santo, referentes a esta misma controversia. Una a Juan, metropolitano de Synades, a propósito del ya citado Constantino de Nicolia, hostil al culto de las imágenes, otra a éste, recordándole las promesas

hechas a Germán de cesar en su actitud iconómaca, y la tercera a Tomás de Claudiópolis: en esta última principalmente se esfuerza el Patriarca en demostrar por la Escritura y los Padres que la honra tributada a las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos no es idolatría, sino culto dirigido al prototipo a través de la representación sensible.

Más emotiva es la admonición al mismo emperador (17 de enero del 730), donde el casi centenario prelado se declara dispuesto a morir en defensa del culto de las imágenes: hermoso es dar la vida por el nombre de Cristo, impreso en su efigie externa. Tal grandeza de alma, junto con el apoyo que el Papa y San Juan Damasceno prestaban al patriarca, contiene a León de tomar decisiones demasiado violentas, pero manifiesta su deseo de que Germán señale sucesor en la sede constantinopolitana. Finalmente, en una reunión celebrada por el emperador, el noble anciano, despojándose de su ropaje episcopal, concluye un largo discurso con estas palabras: «Si soy como Jonás, que se me arroje al mar; pero haría falta un concilio ecuménico para que yo cambiara mis creencias». Después se retira a Platanión, finca de familia, cercana a la capital, y allí muere en 733.

Las epístolas dogmáticas de Germán fueron leídas y aprobadas con cálidos elogios en la cuarta sesión del segundo concilio Niceno (el séptimo concilio ecuménico) el año 787. Otra carta a los armenios defiende la doctrina calcedonense sobre las *dos naturalezas* en Cristo, rechazando, por otra parte, toda sospecha de nestorianismo. También se explica en ella el dogma cristológico de las *dos operaciones y dos voluntades,* lo cual es una abierta repulsa del monotelismo.

De vitae termino es el título latinizado de un diálogo del santo, donde se justifica el proceder de la divina Providencia al asignar a cada hombre diferente duración de vida: tal discrepancia no proviene de la ciega casualidad; todo está previsto y decretado por Dios. Otro escrito teológico-histórico de Germán enumera concisamente la serie de herejías aparecidas a lo largo de los siglos y los sínodos celebrados para combatirlas.

Especial interés reviste el aspecto oratorio-pastoral del patriarca. Los nueve sermones que llevan su nombre revelan un estilo cuidadoso y una retórica a tono con el ampuloso ambien-

te literario de la época. El género dialogado, que ya en el siglo IV ocupa un puesto de honor en la homilética, toma, a partir del siglo siguiente, un carácter «nuevo, poético y afectivo». Fecioru nos ofrece recientemente un ejemplo al editar (en el texto griego de Migne, completado con el del códice gr.964 de la Academia Rumana) un sermón de Germán acerca de la Anunciación.

Desde el punto de vista doctrinal son importantes sus sermones mariológicos, por ejemplo en lo tocante a la *mediación universal* de la Virgen. Dos de ellos, consagrados a la muerte *(= Dormición)* de Nuestra Señora, son buen testimonio de la creencia del docto y piadoso patriarca en la asunción corporal y en la realeza de la Madre de Dios.

Los golpes de la corrupción no podían quebrar el vaso de la divinidad, ni el cuerpo virginal, todo casto y santo, iba a resolverse en polvo, como el de la antigua Eva, madre del polvo. No así María: Madre de la vida y de la luz, es transportada al paraíso, llenándolo de su propia gloria; es el tránsito al descanso celeste y a las delicias de Dios.

AUGUSTO SEGOVIA, SI

Bibliografía

Act SS Boll., 12 de mayo: comentario de HENSCHENIUS. Véase PG 98.

Art. «Germanus», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VI/1: *Flacius Illyricus-Gezon* (París ²1947) cols.1300s.

BARDENHEWER, O., *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* V (Friburgo 1932) 48s.

CARLI, L., «La dottrina sull'assunzione di Maria Ssma. di S. Germano di Constantinopla»: *Marianum* 3 (1941) 47s.

CHEVALIER, C., «Les trilogies homilétiques des fêtes mariales»: *Gregorianum* 17 (1937) 372s.

GRUMEL, V., «L'iconologie de S. Germain de Constantinople»: *Échos de l'Orient* 25 (1922) 165s.

HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles d'apres les documents originaux,* III (París 1907-1952) 599s.

LIST, J., *Studien zur Homiletik Germanos I von Konstantinopel und seiner Zeit* (Atenas 1939)

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Presbítero († 1109)

El célebre santuario de Santo Domingo de la Calzada está situado en La Rioja, separada de la antigua Cantabria por el río

Ebro, en el que desemboca el Oja, del que recibe su nombre. Por la celebridad de este santo, ha sustituido al antiguo nombre de *La Calzada* que tenía la población, que con sus torres almenadas y la fertilidad de sus campos sirvió durante mucho tiempo de lugar de descanso y de orientación a los peregrinos compostelanos.

Ahora bien, precisamente en nuestros días, en que tanto se pondera a los pioneros y organizadores y, por así decirlo, a los padres de los diversos territorios; en medio de los trabajos de investigación y los estudios minuciosos sobre todo lo relacionado con las antiguas peregrinaciones medievales y el célebre «Camino de Santiago», que a través de todo el centro de Europa y del norte de España se dirigía a Santiago, es justo presentar en su debido relieve la parte fundamental que se debe a Santo Domingo de la Calzada. Él fue, de hecho, el verdadero organizador y constructor de aquella *calzada,* que guiaba y daba seguridad a los peregrinos en una de las encrucijadas más peligrosas de su larga peregrinación, por lo cual debemos afirmar que está plenamente justificado el entusiasmo que siente La Rioja y toda Castilla y España entera por Santo Domingo de la Calzada, que se distingue por un tipo de santidad sumamente original y, nos atrevemos a decir, *moderno.*

Las fuentes en que se basan nuestros conocimientos sobre la obra de este insigne santo, aparte toda la tradición y los vivientes documentos existentes en La Rioja, son las dos siguientes: una *Vita,* contenida en un antiguo leccionario asturiano, que fue reproducida íntegra en el *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, y la célebre relación de los *Milagros,* compuesta por Luis de la Vega, publicada igualmente por los Bolandistas.

Nos es desconocida la fecha de su nacimiento, que debió de ocurrir en la primera mitad del siglo XI. En cambio, se designa la población de Viloria, de la región de Cantabria, no lejos de La Calzada, como su pueblo natal. Nada se nos refiere sobre sus padres y sobre los primeros años de su vida; pero podemos fundadamente suponer que sus padres fueron pobres aldeanos y que Domingo se ocupó en sus años juveniles en las duras faenas del campo y en el oficio de pastor. Entregado, pues, de lleno a sus tareas cotidianas, pensaría indudablemente en su

porvenir. A este problema, en efecto, se refieren las primeras noticias que de él se nos han transmitido, que debemos colocar en torno al año 1050.

Sabemos que por estas fechas se presentó al abad del monasterio benedictino de Valvanera, sito en La Rioja, no lejos de Nájera, y le rogó insistentemente la admisión en la Orden. Sin embargo, el abad no lo quiso admitir. Entonces se dirigió al célebre monasterio riojano de San Millán de la Cogolla, mas tampoco allí fue admitido. Como explicación de esta doble negativa, se indica en la *Vita* que el abad suponía que este deseo de admisión en el monasterio no procedía de una verdadera vocación, sino del ansia de sustraerse al duro trabajo del campo y encontrar una fácil colocación en el monasterio. De hecho, la presencia exterior del joven y su absoluta falta de instrucción daban algún pretexto para obrar así, sobre todo si se tiene presente que eran frecuentes los casos de vagabundos que buscaban de este modo una manera de vivir sin trabajar.

Viendo, pues, el joven Domingo que se le cerraban las puertas de los monasterios, pero decidido a entregarse por entero al servicio de Dios, se fue inmediatamente a la cabaña de un solitario retirado en las proximidades de San Millán, a quien le propuso su plan de vida solitaria. A esto siguióse una larga conversación sobre el desprecio y apartamiento del mundo, con lo que, entusiasmado el santo eremita de los ardientes y sinceros deseos de perfección de Domingo, le ofreció su propia cabaña. Entonces, pues, rechazando Domingo este acto de desprendimiento y bien aleccionado en la práctica de la vida solitaria, se retiró a los parajes llamados *Bureba,* lugar ocupado ahora por la población de Santo Domingo de la Calzada, sitio entonces agreste y solitario. En este lugar construyó rápidamente una cabaña, que constituye el primer escenario de su entrega a Dios.

Cinco años permaneció allí dedicado de lleno a la contemplación y aprendiendo de la misma naturaleza las sublimes lecciones de la más elevada santidad. Al mismo tiempo inició ya entonces lo que debía constituir posteriormente el distintivo característico de su vida. Con el objeto de llenar útilmente las horas del día y con el fin de procurarse el sustento, transformó las

incultas tierras que rodeaban su cabaña en fértiles tierras de labor, plantó árboles y realizó algunas otras obras que constituyeron la base de la futura *calzada*.

En estas circunstancias se presentó en aquella región el santo obispo de Ostia, Gregorio, quien se entregó en aquel territorio a predicar la palabra de Dios. Domingo creyó ver en esto la manifestación de la voluntad divina, y, ardiendo en ansias de instrucción y de perfección, se puso enteramente al servicio de aquel prelado. De este modo, durante el largo tiempo que estuvo en contacto con él adelantó extraordinariamente en sus conocimientos religiosos.

A la muerte de su protector Gregorio, se encuentra Domingo en el momento más decisivo de su vida. Entonces se decide a volver a Bureba, al lugar donde había vivido cinco años de vida eremítica. Mas, con el trato de San Gregorio de Ostia y de otras gentes, se habían ensanchado sus ideales y se había abierto el horizonte de sus aspiraciones. Ahora llevaba en su mente un plan grandioso. Deseaba transformar aquellos parajes en un punto de descanso y apoyo para los numerosos peregrinos que los atravesaban camino del gran santuario de Santiago de Compostela. De hecho, ésta es la incomparable obra realizada por Santo Domingo de la Calzada, que dio su nombre a la población que surgió en aquel lugar y a la catedral y santuario que en ella se levantó.

Por un lado es conocido el hecho de que, precisamente a lo largo del siglo XI, se había ido desarrollando una devoción cada día más intensa al sepulcro de Santiago. De todas partes de Castilla, Aragón y Cataluña, y, lo que es más significativo, desde todos los territorios cristianos de Europa, de Francia, los Países Bajos y Alemania, e incluso Inglaterra e Irlanda, Suecia y Noruega, Rusia y Polonia, acudían peregrinos en dirección a Santiago de Compostela. Todos ellos, atravesando toda Francia y entrando por Irún e internándose luego en La Rioja y Castilla, se dirigían al venerado santuario de Santiago. Tan intensa llegó a ser esta devoción, que en torno al año 1100 Compostela llegó a ser, después de Tierra Santa y del sepulcro de los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma, el santuario más concurrido de toda la cristiandad.

El culto tributado a las reliquias del apóstol Santiago, primero en la Iglesia levantada por el rey de Asturias Alfonso II el Casto, hacia el año 820, y luego en la que hizo construir a fines del mismo siglo Alfonso III el Magno, había continuado intensificándose, hasta que el terrible Almanzor, poco antes del año 1000, arrasó por completo toda la comarca, pero dejando afortunadamente intacto el sepulcro del apóstol. Por eso, pasada rápidamente aquella borrasca, se incrementó más todavía el culto de Santiago durante todo el siglo XI. De este modo, el arzobispo de Santiago Diego Peláez puso en 1077 la primera piedra de la gran catedral hoy existente, que otro gran arzobispo, Diego Gelmírez, terminó en el siglo XII.

Ahora bien, el lugar escogido por Santo Domingo de la Calzada, sitio de tránsito casi obligado para los innumerables peregrinos compostelanos, era por demás agreste y estaba erizado de toda clase de peligros para los transeúntes. Poblado todo él de espesos bosques y rodeado de abruptas montañas, ofrecía seguras madrigueras a numerosas bandas de ladrones, que sembraban el terror por todas partes. El plan, pues, de Domingo consistía, para hablar en términos modernos, en *urbanizar* aquellos parajes, convirtiéndolos en una verdadera población cristiana que hiciera desaparecer aquellos peligros y sirviera de apoyo y descanso para los peregrinos de Santiago. Y su incomparable mérito estriba en haber realizado plenamente este plan poniendo en su ejecución un heroísmo sin ejemplo. Y todo esto sin abandonar su vida de contemplación y su heroica penitencia. Por esto continuó gozando hasta su muerte de fama de extraordinaria austeridad de vida y de gran santidad. Más aún. Durante los últimos cuarenta años de su vida fue de hecho en toda la comarca el padre de los pobres y desamparados, el protector de los que se hallaban en peligro y verdadero prodigio de caridad en todas las formas en que ésta puede ejercitarse.

Ante todo, construyó una casa sencilla donde pudiera cobijarse él y los que con él trabajaban en las diversas obras que emprendía. A su lado levantó luego una pequeña iglesia en honor de la Santísima Virgen, que constituyó la base de la catedral que posteriormente se construyó. Al mismo tiempo intensificó el trabajo sistemático de roturar los terrenos que a ello se presta-

ban, plantando árboles en abundancia y logrando después de algunos años transformar todos aquellos páramos en las tierras fértiles que hoy admiramos.

Continuando el trabajo iniciado en su primera etapa de vida eremítica, realizó otra obra fundamental. Poniendo en juego todo su empeño de peón, organizador, constructor y aun ingeniero, construyó con maravillosa solidez la *calzada* que atraviesa aquellos parajes, talando en diversas partes el espeso bosque y abriendo paso en otras a través de peñascales o construyendo los necesarios terraplenes. Al lado de la *calzada* que fue resultando de todos estos trabajos, se reclinaban las casas que se iban construyendo y las obras mayores que surgieron después, sobre todo la catedral y el hospital, refugio de peregrinos.

Para que la obra realizada fuese completa, comprendió la necesidad de construir un *puente sobre el Oja,* y como no se arredraba ante ninguna dificultad, emprendió rápidamente esta obra, con lo que acreditó una vez más su arte de ingeniería y mereció el título honorífico de patrono de Ingenieros de Montes y Caminos. De hecho, después de superar las dificultades de todas clases que a esta obra se le opusieron, el puente quedó terminado. Entonces emprendió otra obra de gran envergadura. Verdadero ingeniero de la Providencia, con un arte no aprendido en los libros, sino en su propia inspiración y en la ayuda de Dios, levantó entonces el *Hospital* u *Hospicio de peregrinos.* Con ello no sólo hizo una obra sumamente útil y aun necesaria para aquella población, que iba creciendo rápidamente, sino para los mismos peregrinos, que, cada día en más número, atravesaban aquel territorio camino de Santiago.

Ahora bien, es evidente que para todas estas obras no se bastaba él con sus incansables manos. Así, pues, empezó bien pronto a implorar la ayuda de los demás, acudiendo para ello a las villas y caseríos circunvecinos. Y como su fama de hombre caritativo, de gran bienhechor de toda la comarca y de santo extraordinario había cundido por todas partes, encontraba colaboración abundante en las más diversas formas. Así, unos se le ofrecían como peones; otros le proporcionaban carros o yuntas de bueyes para el transporte de los materiales; otros le procuraban maderas, piedra y toda clase de material necesario para la construcción. Su

labor, pues, consistía en proponer oportunamente las necesidades en que se encontraba para aquellas obras destinadas al bien común y dirigir luego los trabajos emprendidos.

Pero la actividad del Santo no terminó con la construcción del puente sobre el Oja y el hospicio de los peregrinos. Se le atribuye igualmente la construcción de *cuatro oratorios*. Uno de ellos sería la pequeña iglesia, dedicada a la Santísima Virgen. Los otros fueron levantados en diversas partes de la comarca. Se afirma, además, que levantó la iglesia dedicada al Salvador, que, agrandada posteriormente, fue convertida en catedral en 1180, cuyo obispo fue siempre el de Calahorra. En ella se conservan los restos de Santo Domingo de la Calzada.

En adelante, pues, la diócesis se llamará de Calahorra y de Santo Domingo de la Calzada.

Tal es, a grandes rasgos, la obra de Santo Domingo. Sobre la base de un heroísmo de amor a sus semejantes, de un trabajo agotador, que no tenía otro móvil que el servicio de Dios y de sus hermanos, fue durante cincuenta años un alma verdaderamente endiosada, un místico de la caridad y del amor a los hombres, pues de esta caridad y del amor a los hombres sacaba constantemente la fuerza que necesitaba para llevar adelante la ingente labor que se proponía realizar. De este modo se hizo un santo eminentemente social, que tomó como ideal de su santidad el trabajar constantemente por los demás. Así se explica que fuera constantemente protegido por los reyes Alfonso VI y Alfonso VII.

Esta labor heroica en beneficio de los demás no la interrumpió durante los últimos años de su vida, en que, ya anciano y lleno de achaques, apenas podía moverse. Algunos años antes de morir, se refiere que se construyó para sí, a poca distancia de la iglesia, un sepulcro, que todos los años llenaba de provisiones, que luego distribuía entre los pobres. A este propósito atestigua la *Vita* que, contemplando este sepulcro una mujer, preguntó al Santo por qué lo había construido separado de la iglesia. El Santo le respondió: «Es de Dios que no esté yo separado de la iglesia. Porque, o la iglesia me buscará a mí, o yo a la iglesia». Y es bien conocido el hecho de que, al ensancharse posteriormente la iglesia, incluyó a dicho sepulcro.

Así, pues, maduro para el cielo con el ejercicio de las más sublimes virtudes, Santo Domingo entregó su alma al Señor el 12 de mayo de 1109. La fama de su extraordinario heroísmo y de su santidad se extendió rápidamente por toda la comarca y por toda Castilla y aun fuera de España. Por esto se comprende que bien pronto se unieran a su nombre gran número de milagros. En la misma *Vita* se conmemoran algunos entre los principales; pero, sobre todo, es digna de mención la obra de Luis de Vega, en la que se ofrece una relación de ellos.

A manera de muestra ofreceremos solamente algunos. En cierta ocasión en que Santo Domingo pedía, como de costumbre, a los campesinos ayuda para sus trabajos, uno de ellos, poco simpatizante con él, le ofreció dos bueyes para un día de trabajo, pero le rogaba que fuera él mismo por ellos. En realidad se trataba de toros bravos, y su intención era que, al intentar el Santo tomarlos, recibiera alguna cornada. De hecho fue Santo Domingo por ellos, y los toros bravos le siguieron con toda mansedumbre y pudo trabajar con ellos todo el día como con mansos bueyes de labranza. En otra ocasión, dos peregrinos a quienes había hecho el Santo grandes favores se mostraron tan ingratos con él, que lo maltrataron villanamente, y uno de ellos llegó al extremo de poner las manos en él y lo hizo caer en el suelo sobre el fuego, que se hallaba cerca. Pero el santo se levantó sin lesión alguna. Entre tanto, como justo castigo de Dios, aquellos hombres malvados se enfurecieron repentinamente el uno contra el otro de tal manera que ambos quedaron muertos. Son célebres en particular algunos casos de resurrección de muertos o curaciones de peregrinos o trabajadores gravemente heridos en accidente de trabajo.

Pero el milagro más conocido y que más fama ha dado a Santo Domingo de la Calzada es el *del gallo y la gallina resucitados.* Se refiere, en efecto, que unos peregrinos franceses, padre, madre y un joven muy bueno, hijo suyo, en su peregrinación a Santiago se detuvieron en la posada de *La Calzada.* Una hija del dueño de la misma trató de seducir malamente a dicho joven; pero, habiendo sido rechazada por él, urdió una horrible venganza. Escondió furtivamente una copa de oro en la alforja del joven y en el momento en que marchaban los peregrinos dio

voces acusándolos de ladrones. Examinando, pues, sus alforjas, encontraron la copa de oro en la del joven, y, en consecuencia, fue ahorcado como ladrón. Desolados sus padres, se retiraron del lugar; pero, al volver poco después, se encontraron a su hijo que continuaba vivo en la horca y oyeron de él que Santo Domingo le había conservado la vida. Locos de alegría, fueron a buscar al juez, hombre incrédulo y ateo, al que encontraron en el momento en que iba a comenzar la comida.

Tenía sobre la mesa un pollo y una gallina bien condimentados. Al oír, pues, que el ahorcado continuaba viviendo en la horca, exclamó con gran énfasis: «Tan vivo está ese hombre como lo están estos dos animales». En aquel mismo instante saltaron sobre la mesa llenos de vida el gallo y la gallina en testimonio del poder del santo. En recuerdo de este milagro, atribuido a la intercesión de Santo Domingo de la Calzada, se pondrá frecuentemente como símbolo del Santo el gallo y la gallina con una horca y la soga a su lado.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., mayo, III, 167-180

GONZALEZ TEJADA, J., *Historia de santo Domingo de la Calzada, abrahan de la Rioja, patron del obispado de Calahorra y La Calzada, y noticia de la fundacion y aumentos de la santa iglesia cathedral y ciudad nobilissima de su nombre, sus hijas* (Madrid 1702).

HUIDOBRO Y SERNA, L., *Las peregrinaciones jacobeas* (Madrid 1949) t.I, p 804-834, t.II, p 162-173.

LECHNER, K., «Domingo de la Calzada», en *Lexikon für Theologie und Kirche*, III (Friburgo 1959) cols.479-480

MOLAS, C. M., «Dominique de la Calzada», en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclésiastique* XIV: *Dabert-Eger* (París 1960) cols.609-610

• Actualizacion:

CAPEROS SIERRA, A., *Comentarios a los hagiógrafos de Santo Domingo de La Calzada* (Madrid 2000).

GIL DE MURO, E. T., *El milagro del camino. Una biografía de Santo Domingo de la Calzada* (Santo Domingo de la Calzada 1991).

SAN MODOALDO

Obispo († 640)

Modoaldo era hijo de una familia aristocrática de Aquitania, y ello le llevó en su juventud a entrar en la corte del rey Dagoberto I. Aquí prosperó en consideración y llegó a ser uno de los consejeros del rey.

Inclinado a la religión y habiendo optado por la vida clerical, el rey lo designa obispo de Trier en 622, cuando apenas tenía treinta años. Si el rey pensó que tendría en él un obispo atento a sus caprichos, pudo ver muy pronto que estaba equivocado, pues Modoaldo con libertad evangélica no dudó en reprochar al rey las inmoralidades de la corte y las del propio monarca. Para sus fines evangélicos estaba dispuesto a aceptar las ayudas que el rey, que lo estimaba, le ofrecía, pero nunca a cambio de dar por buena una conducta que él, como pastor de la Iglesia, ni aprobaba ni podía aprobar. El rey se mostró sensible a las advertencias del prelado y manifestó deseos de corregirse y tomó para ello consejo del obispo, a quien tuvo como principal asesor de su conciencia.

Utilizó la generosidad del rey, que le concedió diversas tierras, para la fundación de monasterios. Estuvo en relación de amistad con San Desiderio de Cahors, San Germán de Grandval y otros santos de aquella época merovingia. Participó en el sínodo de Reims del año 625. Murió el año 640. Su memoria se celebra el 12 de mayo.

SANTA RICTRUDIS

Abadesa († 678)

Rictrudis nace en la Gascuña hacia el año 612 en una familia religiosa y rica. Su niñez estuvo marcada por la presencia en su casa de San Amando, a quien el rey Dagoberto desterró a causa de haberle reprochado las inmoralidades de la corte. Este santo contribuyó a afirmar en la joven las buenas disposiciones que ella tenía y que en su casa le fomentaban.

Casada con Adabaldo, un noble franco, se fue con él a vivir a Ostrevant, Flandes, donde ella se dedicó a cumplir sus deberes como esposa cristiana y como madre de cuatro hijos, Mauroncio, Aldasinda, Closinda y Eusebia, a quienes inculcaba con gran celo los principios cristianos y que junto con sus padres recibirían el título de santos. Ambos esposos, religiosos y de nobles sentimientos, se entendían muy bien, y seguían ambos en la órbita pastoral de San Amando que no dejaba de visitarlos y bendecirlos. Ella fundó en Marchiennes un doble monasterio, masculino y femenino, y vivía en felicidad con su esposo cuando éste fue tristemente asesinado. Se acabaron así sus dieciséis felices años de matrimonio.

Ella entonces pensó en consagrarse a Dios en la vida religiosa y rechazó firmemente la propuesta matrimonial que la corte le hacía. Entró en el monasterio citado, fundado por ella, a donde fue seguida por sus dos hijas mayores. Nombrada abadesa, rigió santamente el monasterio hasta su muerte el año 678. Su memoria se celebra el 12 de mayo.

BEATA IMELDA LAMBERTINI

Virgen († 1333)

Imelda Lambertini nació en Bolonia el año 1320, hija del conde Ergano Lambertini. Sus padres la educaron con esmero y accedieron a la propuesta de la niña que, a los nueve años, manifestó su deseo de ser educada por las monjas dominicas de Santa María Magdalena de Val di Pietra. Consintieron los padres y la niña fue llevada al convento. Algunas fuentes dicen que entró en el monasterio para ser religiosa pero es claro que por su edad no podría ser otra cosa que aspirante, en todo caso.

Aquí manifestó una gran inclinación a la piedad y especialmente una gran devoción a la eucaristía, por su fe viva en la presencia real de Cristo en la hostia consagrada. Tenía Imelda doce años y aún no había podido comulgar, ya que desde el Concilio IV de Letrán en 1215 se había prohibido dar la comunión antes de la edad del uso de razón y había empezado a prevalecer la costumbre de no dar a los niños la comunión hasta la adolescencia.

La historia que se cuenta de Imelda es singular. Deseaba ella vivamente recibir al Señor y estaba en oración delante del sagrario cuando en la fiesta de la Ascensión aparece en el aire una sagrada forma encima de la cabeza de Imelda. Llamado el capellán, éste se acerca, recoge la sagrada forma en una patena y le da a Imelda la comunión. La jovencita moría poco después. Tenida por santa desde el principio, su culto fue confirmado el 20 de diciembre de 1826. San Pío X la propuso como protectora de los niños que por vez primera se acercan a la sagrada mesa.

BEATA JUANA DE PORTUGAL

Virgen († 1490)

Era hija del rey Alfonso V de Portugal y de su esposa Isabel de Coimbra y nació en Lisboa el 16 de febrero de 1452. Como hija mayor del rey, y hasta que naciera un hijo varón, fue reconocida heredera de la corona portuguesa.

Huérfana de madre a los cuatro años, se crió en la corte de su padre, que contrajo un nuevo matrimonio, y al llegar a los dieciséis años empezaron a hacerle propuestas matrimoniales desde las diferentes cortes europeas. Ella, sin embargo, había formado el propósito de dedicarse a Dios en un monasterio de monjas. Su propósito, una vez sabido, no podía menos que desazonar al rey, el cual, además, veía que la salud de su hijo varón era muy débil y que Juana era la llamada a suceder en la corona si el príncipe llegase a faltar. La razón de Estado impedía al rey acceder a la solicitud de la princesa.

En 1471, cuando ella tenía diecinueve años, su padre y su hermano marcharon a África en una expedición militar que buscaba asegurar la presencia portuguesa en las costas africanas, y Juana hubo de quedar como regente del reino. Volvieron ambos muy felices del buen resultado de su campaña y Juana aprovechó la euforia y los servicios que como regente había prestado al país para lograr por fin licencia paterna y retirarse a un convento. En julio de 1472 llegaba al convento de monjas dominicas de Aveiro. Para lo que tenía permiso era para retirarse al monasterio pero no para vestir el hábito ni hacer los votos.

Tres años y medio más tarde, el 25 de enero de 1476, lograba hacer la vestición del hábito y el comienzo del noviciado. Pero al someterse a la vida común de las demás hermanas, se resintió su salud, y al conocer el rey que estaba gravemente enferma, le mandó que dejara el hábito y suspendiera el noviciado. Con gran dolor de su corazón obedeció la joven princesa el mandamiento paterno, volviendo a su antigua condición de hospedada en el monasterio pero sin hábito y sin aspiración a la vida religiosa.

En 1479 se produjo una epidemia de peste y Alfonso V, temiendo que su hija pudiera contagiarse viviendo en un monasterio sin especiales precauciones, la mandó volver a la corte. Volvio la princesa a obedecer a su padre, pero como compañeras se llevó consigo un grupo de religiosas, con las cuales convivió en la corte, haciendo todas una vida de recogimiento y oracion muy similar a la de un monasterio.

Por fin Alfonso V moría en 1481 y las presiones familiares para que contrajera matrimonio volvieron sobre ella, que se mantuvo firme en su decisión de consagrarse a Dios. Asegurada la sucesión a la corona, Juana pudo ingresar en 1485 en el monasterio de Aveiro, tomar el hábito y emitir la profesión religiosa, viviendo como una simple monja en la contemplación y la vida común. En 1490 hizo una visita a la corte y parece que una mujer a quien ella había mandado salir de Aveiro por su mala conducta logró envenenarla. Llegó al monasterio muy enferma y, consumida por la fiebre, murió el 12 de mayo de 1490. Su culto fue confirmado el 31 de diciembre de 1692 por Inocencio XII.

13 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 Nuestra Señora de Fatima en Portugal **

2 La conmemoracion de muchos martires alejandrinos en la iglesia de Teona († 392)

3 En Utrecht, San Servacio († 384), obispo de Tongres *

4. En Poitiers (Aquitania), Santa Inés († 588), abadesa.
5. En Gorano Sicoli, de los Abruzos, Beata Gema († 1439), virgen reclusa *.
6. En Como (Lombardía), Beata Magdalena Albrici († 1465), abadesa, de la Orden de San Agustín *.
7. En La Puye (Poitiers), San Andrés Huberto Fournet († 1834), presbítero, fundador del Instituto de Hijas de la Cruz **.

B) Biografías extensas

NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA

«Fátima tendrá en el año 2007 una nueva basílica con capacidad para 9.000 peregrinos», hemos leído en la prensa de mediados de mayo del corriente año 2003. Sea como fuere la realización de este proyecto, lo cierto es que el creciente número de fieles que acuden al lugar donde repetidamente se hizo presente la Santísima Virgen en 1917 no sólo reclama mayores ámbitos de acogida, sino que constituye un elocuente testimonio de cómo el santuario de Fátima ha llegado a ser uno de los lugares sagrados más emblemáticos y concurridos de nuestro tiempo.

Los tres afortunados niños que vieron a «la Señora» en Cova de Iría eran naturales de Aljustrel, un «lugarejo» de unos treinta hogares enclavado en la pequeña parroquia de Fátima, situada en un altiplano de la Sierra del Aire, dentro del municipio de Vila Nova de Ourem, entonces perteneciente al Patriarcado de Lisboa, hoy a la Diócesis de Leiría-Fátima. Recientemente el Parlamento portugués acaba de aprobar la creación del municipio autónomo de Fátima, teniendo en cuenta el extraordinario crecimiento que ha promovido el Santuario. De hecho, Fátima hoy es mayor que Vila Nova de Ourem.

Los hermanos Francisco y Jacinta Marto nacieron el 11 de junio de 1908 y el 11 de marzo de 1911, respectivamente, y su prima Lucía dos Santos, un poco mayor que ellos, el 22 de marzo de 1907. En el momento de las apariciones Lucía tenía 10 años, Francisco 9 y Jacinta 6.

Fátima era entonces una zona rural escasa en recursos y bastante aislada, accesible por la carretera que unía Vila Nova de Ourem, Batalha y Leiría. Las tareas agrícolas, el pastoreo, la

artesanía local y el pequeño comercio ocupaban a la escasa población, en su mayoría pobre y analfabeta, pero con gran calidad humana y espiritual y una vida de fe sencilla y profunda, cotidianamente cuidada en el ambiente familiar.

En Portugal se había proclamado la República en 1910 y, como en otros países europeos, se había desencadenado pronto una oleada de anticlericalismo que, para descristianizar el país y fomentar el laicismo, atacaba a la Iglesia y a sus instituciones expulsando a las órdenes y congregaciones religiosas y a algunos obispos, expropiando templos, fiscalizando el culto público y planteando en términos polémicos la deseable separación entre la Iglesia y el Estado. En 1917, año de las apariciones, la persecución religiosa se había mitigado algo a causa, principalmente, de que la participación en la Primera Guerra Mundial (1914-1919), decidida por el gobierno portugués en 1916, era mal vista por el pueblo y no convenía exacerbarlo por motivos religiosos. No obstante, emergía con frecuencia el ambiente hostil hacia la Iglesia, como sucedió cuando los tres niños afirmaron haber visto y recibido mensajes de la Virgen y cuando se construyó una pequeña capilla en la explanada de Cova de Iría.

Los hermanos Marto, tal como les había anunciado «la Señora», murieron de niños después de sufrir prolongadas y dolorosas enfermedades, aceptadas con amor como reparación por los pecados: Francisco el 4 de abril de 1919 con algo más de 10 años de edad, y Jacinta el 20 de febrero de 1920, cuando aún no los había cumplido. Ambos han sido beatificados por el papa Juan Pablo II en Fátima el día 13 de mayo de 2000. (Sus biografías pueden verse en *Año cristiano.* II: *Febrero,* 422-434). Lucía —la hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado— cuenta ahora 96 años de edad y es carmelita descalza en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra (Portugal).

Los mensajes de Fátima han sido ampliamente difundidos casi desde que los pastorcillos los fueron recibiendo, excepto «el secreto», sigilosamente guardado por ellos hasta cuando, en momentos distintos, ha sido oportuno darlo a conocer. Debemos a la hermana Lucía la confección de cuatro *Memorias,* escritas entre 1935 y 1941 y repetidamente publicadas, y el reciente libro, *Llamadas del mensaje de Fátima,* respondiendo a las pregun-

tas que constantemente le son formuladas. Éstas, y sus manuscritos sobre «el secreto», son las fuentes básicas para conocer los mensajes recibidos, por lo que nos basamos en ellas.

> «Todo el mensaje de Fátima es un gran llamamiento a la santidad para la Iglesia de nuestro tiempo —escribe el P Jesús Castellano en la presentación del último libro citado—. En esto coincide también con la gran propuesta del Vaticano II, el sínodo extraordinario de 1985 y la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*».

Y con la *Novo millennio ineunte,* podríamos añadir, carta en la que también Juan Pablo II invita a todos a la santidad al concluir el Gran Jubileo del Año 2000 y comenzar un nuevo milenio. Porque este signo sobrenatural que ha incidido decisivamente en la accidentada historia del siglo XX, y nos está acompañando también en el nuestro, presenta aspectos esenciales de la fe, de la moral y de la espiritualidad cristianas íntimamente conectados con el Evangelio de Jesús.

«Si la Iglesia aceptó el mensaje de Fátima es, sobre todo, porque contiene una verdad y un llamamiento que, en su contenido fundamental, son la verdad y el llamamiento del propio Evangelio», decía el papa el 13 de mayo de 1982, un año después del atentado que estuvo a punto de costarle la vida en la Plaza de San Pedro.

Y esto es lo que hace la hermana Lucía en su libro *Llamadas del mensaje de Fátima:* relacionar las palabras de «la Señora» con la «Buena Noticia» del Salvador y con distintos textos de la Sagrada Escritura, porque toda revelación privada remite a la revelación pública, es decir, la que contiene la Palabra de Dios custodiada y propuesta por la Iglesia.

Lucía alude frecuentemente en su libro a los peregrinos.

> «Decir peregrinos de Fátima —escribe— es lo mismo que decir peregrinos de la paz; creo incluso que existe un idioma en el cual la palabra Fátima significa paz. De cualquier modo, todos somos peregrinos de la paz: todos deseamos y anhelamos días de paz, para vivir en paz. Pero esta paz no será conseguida en tanto no tomemos la ley de Dios por norma y guía de nuestros pasos. Porque todo el mensaje de Fátima es una llamada de atención para esa ley divina».

Y, tras unos párrafos alusivos al momento de las apariciones, añade:

«En verdad, sólo mucho tiempo después de haberse verificado tales acontecimientos en los términos descritos, es cuando me fue permitida la lectura del libro de las Sagradas Escrituras. Y fue sólo entonces cuando comprendí el verdadero sentido del mensaje, aunque me hubiese sido dado comprenderlo ya antes, pero en sentido menos concreto».

Para adentrarnos en el «mensaje de Fátima», seguimos, pues, a Lucía en su última narración, pero no es posible traer aquí los abundantes textos de la Escritura a que ella hace referencia, y desde los cuales presenta la comprensión del mensaje. Y partimos, como ella, de las visiones que precedieron a la de nuestra Señora, que describe de esta manera:

«Debía ser por los años 1914 y 1915, después que comencé a pastorear el pequeño rebaño perteneciente a mis padres, porque yo andaba entretenida en la humilde vida pastoril y en compañía de otras niñas de la tierra, cuando fuimos sorprendidas por una aparición que no supimos definir. Nos encontrábamos en la ladera del llamado monte del Cabeço, vimos como si fuese una nubecilla blanca con forma humana, que había descendido del firmamento y lentamente pasaba frente a nosotras, sobre las copas de la arboleda que se extendía por el valle a nuestros pies, como queriendo atraer nuestra atención y fascinar nuestra mirada [...] No sé lo que era ni lo que significaba. Pero una convicción íntima me quedó en el alma y no quiero ocultarla: ella me hizo creer que fuese el ángel de la guarda...

Hasta ahora no he querido hablar de estas apariciones más de lo indispensable para responder a algunas preguntas. Hoy, sin embargo, lo hago no para certificaros si fueron o no del ángel de la guarda, sino para deciros que es cierta la existencia de los ángeles de la guarda».

Y trae a continuación un buen número de citas bíblicas referidas a los ángeles y, en especial, a los que custodian a cada persona.

Esta primera visión no tiene un mensaje de palabra concreta, pero sí la que sitúa un poco después, narrada de modo impersonal, y ya en compañía de sus primos Francisco y Jacinta, quienes, desde ahora, recorrerán juntos el camino de luz y de cruz que es la transmisión de un mensaje. Dice así:

«Estábamos en la primavera de 1916 [...] En ese momento, encontrándose los humildes pastorcitos de Fátima en la ladera del llamado monte del Cabeço, al abrigo de una roca a la que dieron el nombre de Loca, vieron a cierta distancia un joven, como si fuese

de luz, que se aproximaba y, al llegar junto a ellos dice: *No temáis Soy el ángel de la paz. Rezad conmigo.* Y, arrodillado en tierra, curvo la frente hasta el suelo, repitiendo por tres veces las siguientes palabras: *¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.* Enseguida se levanto y concluyo diciendo: *Orad así; los corazones de Jesus y de María estan atentos a la voz de vuestras suplicas»*

Estas palabras del ángel, que hacen referencia a la fe, a la adoración, a la esperanza, al amor, al perdón y a la oración de súplica, constituyen el núcleo inicial del mensaje de Fátima, desglosado progresivamente después. Los pastorcillos recitaron muchas veces esta oración que les había enseñado el ángel, uniendo su contenido a los mensajes que más tarde recibieron de «la Señora».

Pero antes, tuvo lugar una nueva e insistente llamada a la oración por parte de un ángel en el pozo «do Arneiro», de la casa de Lucía. Continúa:

> «Encontrábanse las pobres criaturas entretenidas, sentadas en las losas del pozo situado en el patio de mis padres. El mensajero celeste se presenta y les dirige a ellos la siguiente pregunta: *¿Qué hacéis?* Y, sin esperar la respuesta, continúa: *Orad, ¡orad mucho! Los corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios* [.] *De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio en acto de reparación por los pecados con que El es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed sobre vuestra patria la paz. Yo soy su ángel de la guarda, el ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad los sufrimientos que el Señor os envíe.* [...]
>
> En aquella ocasión los niños no pudieron sospechar, ni siquiera ligeramente, que esa llamada a la oración no era sólo para ellos, sino también para toda la humanidad. Hoy considero este llamamiento como una llamada de atención al camino marcado por Dios para sus criaturas, desde el principio de la creación»

En el libro *Llamadas del mensaje de Fátima,* Lucía no describe la nueva aparición del ángel en la Roca del Cabeço que narra en su segunda *Memoria,* cuando se arrodilló junto a ellos y les hizo repetir tres veces esta oración:

> *«Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.* Después se levanta —continúa Lucía—,

toma en sus manos el Cáliz y la Hostia. Me da la Sagrada Hostia a mí y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo: *Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios».*

Sin embargo, al comienzo del capítulo titulado «Llamada a la participación en la Eucaristía», sí que transcribe, y en los mismos términos, estas últimas palabras, aunque sin explicitar que les fueron comunicadas por un ángel. Y al iniciar el capítulo siguiente, «Llamada a intimidad con la Santísima Trinidad», cita las primeras palabras de la oración del ángel, omitiendo también la referencia a él, de esta manera: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Os adoro profundamente», y añade un amplio comentario escriturístico después.

Seguidamente, con el título «Llamada al rezo diario del rosario», Lucía comienza a describir los mensajes de nuestra Señora. Aunque la cita sea larga, preferimos reproducir sus palabras:

> «Esta llamada fue hecha por primera vez el día 13 de mayo de 1917, cuando las tres pobres criaturas de Aljustrel se encontraban pastoreando sus rebaños en el campo llamado Cova de Iría.
>
> Como de costumbre, después del mediodía, las tres criaturas tomaron su comida y rezaron. Enseguida comenzaron por entretenimiento a hacer un pequeño muro de piedras sueltas a la vuelta de un arbusto llamado *motta* que la gente acostumbraba a utilizar para hacer escobas, y por eso querían resguardarlo, para que los animales no lo royesen. Eso, porque cuando encontraban tales arbustos en buenas condiciones, gustaban de dejarlos crecer para hacer de ellos después escobas, que entregaban a la madre cuando regresaban por la noche a sus casas.
>
> Entonces, para las criaturas era una fiesta ver a los padres contentos con sus presentes y sus caricias, por lo que cada uno se esmeraba en buscar todo aquello con que, más y mejor, les podía dar gusto y alegría. Pobres, sí, ¡pero felices!...
>
> Como estaba contando, las humildes criaturas se entretenían, despreocupadas, jugando, cuando de repente fueron sorprendidas por el reflejo de una luz que ellas supusieron que era un relámpago [...] Habituadas a ver relámpagos apenas cuando había tormenta, no pensaron en nada más que en recoger apresuradamente el rebaño para regresar a casa, antes de que se desencadenase alguna tormenta.
>
> A los pocos pasos, por la bajada de la ladera, vieron el reflejo de la misma luz, que juzgaron que era un segundo relámpago, lo que les hizo apresurar el paso todavía más y reunir las ovejas con

mayor diligencia. Unos pasos más y, aproximadamente a media ladera, se detuvieron, sorprendidas, al ver sobre una pequeña carrasca la hermosa Señora de Luz. No tenían miedo, porque lo sobrenatural no transmite miedo; causa apenas una agradable sorpresa de fascinante atractivo.

La agradable Señora abrió los labios y, como para iniciar el diálogo, dirigió a las criaturas las siguientes palabras: *No tengáis miedo, yo no os haré mal.*

Pienso que estas palabras de Nuestra Señora, *No tengáis miedo,* no se referían al miedo que pudiéramos tener de ella, porque bien sabía ella que no nos transmitía miedo. Debían por eso referirse al miedo con que veníamos huyendo apresuradamente de la supuesta tormenta, que juzgábamos que se desencadenaría inminentemente...

Quebrado el silencio y animada por la confianza que la dulce Señora inspiraba, le pregunté: ¿De dónde es Vuestra Merced? Soy del Cielo, respondió ella. ¿Y qué es para lo que me quiere Vuestra Merced?, pregunté. Respondió: Vine para pediros que vengáis aquí seis meses seguidos, en el día 13, a esta misma hora, después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré todavía aquí una séptima vez.

Mientras oía esta respuesta, el pensamiento de que estaba hablando con una persona venida del Cielo, me animó a preguntarle si también a mí me sería concedida la dicha de ir al Cielo, a lo que la Señora respondió: *Sí, vas. ¿Y, Jacinta?,* pregunté. *También,* respondió. *¿Y Francisco?,* insistí. *También; pero tiene que rezar muchos rosarios.*

Pienso que la recomendación hecha a Francisco es para todos nosotros...

Volviendo a la aparición de Nuestra Señora [...] Me acordé enseguida de preguntarle por una chica conocida mía que había fallecido hacía poco tiempo. La respuesta dada por Nuestra Señora nos certifica la verdad de la existencia del Purgatorio, y es, al mismo tiempo, una prueba de la necesidad que tenemos de rezar. [...] Por eso Nuestra Señora, respondiendo a la pregunta que le dirigí sobre esa chica, Amelia, dijo: *Está en el Purgatorio hasta el fin del mundo.* Tal vez nos parezca mucho, pero la misericordia de Dios es siempre grande...

A continuación, Nuestra Señora dirigió a las humildes criaturas esta pregunta: ¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores? A lo que respondí en nombre de los tres: Sí, ¡queremos!

En aquel momento, esta respuesta fue dada de modo espontáneo e inconsciente, porque ni de lejos suponía yo lo que venía a representar o su pleno alcance. Pero nunca me arrepentí de ello, antes lo renuevo cada día, pidiendo a Dios la gracia y la fuerza precisa para cumplirla con fidelidad, hasta el fin...

Para una naturaleza frágil y decaída por el pecado como la nuestra, el soportar constante, generosa y meritoriamente el sacrificio no es posible sin un auxilio especial de la gracia de Dios que nos sustente y consuele Por eso, Nuestra Señora respondió al *sí* pobre y humilde de las criaturas con la promesa del auxilio de la gracia *Id, pues, tenéis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza*

¡Oh!, estas palabras de Nuestra Señora son para nosotros ¡un faro de luz! [] Por eso, las pobres criaturas, al verse inundadas por esa luz, y sin entender bien lo que decían, son llevadas a repetir *¡Oh Santísima Trinidad, yo os adoro! ¡Dios mío, Dios mío, yo os amo en el Santísimo Sacramento!* Era la moción de lo sobrenatural a realizar en ellas lo que ellas, por sí mismas, eran incapaces de hacer Las llevaba a creer en la presencia real de Dios en la Eucaristía Es el don de la fe que Dios concede a nuestra alma con el sacramento del bautismo

Y Nuestra Señora termina su mensaje, en ese día 13 de mayo de 1917, diciendo *Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra»*

Según les había pedido «la hermosa Señora de Luz», los niños acudieron a Cova de Iría el 13 de junio y el 13 de julio, repitiéndose las apariciones en el mismo lugar. Pero, como comenzaban a trascender los hechos y atraían a la población del entorno, para verificar la verdad, el Administrador de Vila Nova de Ourem se llevó allí el 12 de agosto a los tres pequeños, donde serían interrogados, por lo que el 13 no pudieron acudir a la cita. Tres días les retuvo consigo y, a pesar de las fuertes amenazas a que fueron sometidos, defendieron heroicamente lo que afirmaban. Puestos en libertad el 15 de agosto, el domingo 19 tuvo lugar la cuarta visita de la Virgen en un lugar cercano, llamado Valinhos, y el 13 de septiembre y de octubre se reanudaron las apariciones en Cova de Iría.

Sin precisar cuándo le fueron comunicadas, Lucía atribuye a «la Señora» estas palabras: «Mi Inmaculado Corazón será tu refugio», e insiste en el deseo de la Virgen de que se extienda esta devoción en el mundo.

Con el título «Llamada a la consideración de la vida eterna», explica después ampliamente el sentido de la visión del mes de julio:

«En Fatima, El [Dios] nos envio su mensaje como una prueba mas de estas verdades que viene a recordarnos, para que no nos

dejemos engañar por las falsas doctrinas de los incredulos que las niegan o de los desviados que las desfiguran Con este fin el mensaje nos asegura que es verdad existe el Infierno y que van para alla las almas de los pobres pecadores *Visteis el Infierno* —dice el mensaje a los pobres pastorcillos de Aljustrel— *para donde van las almas de los pobres pecadores Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devocion a mi Inmaculado Corazon Si hicieren lo que yo os diga, se salvaran muchas almas y tendran paz* (Nuestra Señora, 13 de julio de 1917)»

En esta aparición de julio, en la que Lucía se desvaneció, les fue revelado «el secreto», aunque no hace alusión explícita a ello en su libro.

La vidente entiende como «Llamada al apostolado» el mensaje de agosto:

> *«Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, que van muchas almas para el Infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas* (Nuestra Señora, 19 de agosto de 1917)»

Y explica como «Llamada a la perseverancia en el bien» la del mes de septiembre:

> *«Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra* (Nuestra Señora, 13 de septiembre de 1917)»

Según la cuarta *Memoria,* en la aparición del mes de octubre, como había anunciado, «la Señora» les reveló qué deseaba y quién era:

> *«Quiero decirte que hagan aqui una capilla en mi honra, que* SOY LA SENORA DEL ROSARIO, que continuen rezando el rosario todos los dias La guerra va a acabar y los soldados volveran con brevedad a sus casas»

Pero en su último libro Lucía no cita estas palabras. Con el título «Llamada a dejar de ofender a Dios», reproduce solamente estas otras:

> *«No ofendais mas a Dios Nuestro Señor, que ya esta muy ofendido* (Nuestra Señora, 13 de octubre de 1917)»

Explica con amplitud a continuacion, en los capítulos que titula «Llamada a la santificación de la familia», «Llamada a la perfección de la vida cristiana», «Llamada a la vida de plena consagración a Dios» y «Llamada a la santidad», las tres visiones que acompañaron a las citadas palabras de la Santísima Virgen el 13 de octubre, y el milagro del sol, que también tuvo lugar

ese día: apareció de repente entre los oscuros nubarrones radiante, girando sobre sí mismo, e iluminando todo el firmamento. Escribe Lucía:

> «Dios quiso terminar su mensaje en Fátima en el mes de octubre de 1917 con tres apariciones que considero como tres llamadas a nuestra consideración a fin de que las tengamos presentes en nuestra peregrinación terrena
>
> Mientras el pueblo contemplaba, atónito, el disco solar palidecido con la luz de la presencia de Dios, las humildes criaturas veían al lado del sol tres apariciones distintas y, para nosotros, muy significativas...
>
> La primera fue la aparición de la Sagrada Familia: Nuestra Señora y el Niño Jesús en los brazos de San José, bendiciendo al pueblo En estos tiempos en que la familia, tantas veces, aparece mal comprendida en la forma en que fue constituida por Dios y se ve afectada por doctrinas erradas y opuestas a los fines para los que el Creador divino la instituyó, ¿no habrá Dios querido dirigirnos una llamada de atención hacia la finalidad con que Él quiso instituir en el mundo la familia?...
>
> En la segunda manifestación, Nuestro Señor se mostró como hombre perfecto, y Nuestra Señora como la Señora de los Dolores. ¿Qué significa esta aparición? Con certeza absoluta no lo sé. Pero digo lo que pienso y lo que Dios me ha hecho comprender al meditar sobre estos acontecimientos [...] Presentando, pues, mi humilde parecer, digo que esta aparición es un llamamiento a la práctica de la vida cristiana, tal como Jesucristo y su Madre la vivieron en la tierra y, con sus ejemplos y doctrina, nos enseñan a seguir sus pasos...
>
> La aparición de Nuestra Señora del Carmen tiene, a mi modo de ver, el significado de la plena consagración a Dios. Mostrándose revestida de un hábito religioso, ella quiso representar todos los otros hábitos por los cuales se distinguen las personas enteramente consagradas a Dios...
>
> En la aparición de Nuestra Señora del Carmen se puede descubrir otro significado: una llamada a la santidad. Ahí vemos a aquella que, como nosotros, vivió en la tierra y aquí se santificó, ahora vive y reina con Dios en el Cielo, gozando del fruto de la recompensa de esa santificación [..] Así, María es para todos nosotros el modelo de la más perfecta santidad a que puede elevarse una criatura».

Y concluye con la «Llamada a seguir por el camino del cielo» porque,

> «Como hemos visto, todo el sentido del mensaje es una llamada a seguir por el camino del Cielo. Caminamos para conseguir llegar a la Vida eterna.

> En los tiempos que atravesamos no falta quien se atreva a negar la existencia del Cielo tal vez sea porque no tiene fe, o no quiera sujetarse a andar por el camino estrecho que conduce al Cielo Pero andan engañados La existencia del Cielo es una verdad revelada, que no puede ser negada»

Lucía dedica los capítulos finales de su último libro a explicar con textos bíblicos los Mandamientos de la Ley de Dios y el Rosario, y no alude en él al ya conocido «secreto de Fátima». Hay que tener en cuenta que, el 25 de marzo de 1997, cuando terminó de redactar el manuscrito, aún no se había hecho pública la tercera y última parte del mismo.

La primera parte del «secreto» es la terrible visión del infierno, que describe con todo detalle. La segunda, que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Corazón Inmaculado de María para salvar a los pecadores; el anuncio de una guerra peor durante el pontificado de Pío XI si no dejan de ofender a Dios, y la necesidad de consagrar Rusia al Corazón Inmaculado, y de la comunión reparadora de los primeros sábados, para evitar un gran castigo al mundo por sus crímenes. Si se atienden estos deseos, Rusia se convertirá y habrá paz, si no, difundirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre sufrirá mucho. Pero, al fin, el Corazón Inmaculado triunfará y habrá un período de paz.

En 1917 nada de esto era previsible, pero Lucía lo conservó en su memoria hasta que el obispo de Leiría le ordenó ponerlo por escrito y ella lo hizo, con la autorización de Nuestra Señora, en la tercera *Memoria,* fechada el 31 de agosto de 1941, y completa algunos detalles en la cuarta, de 8 de diciembre del mismo año. Es de notar que el 31 de octubre de 1942 el papa Pío XII consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María, pidiendo que cada nación hiciera lo mismo en fechas sucesivas.

La tercera parte del «secreto» fue escrita en Tuy «por orden de Su Excelencia el Obispo de Leiría y de la Santísima Madre» el día 3 de enero de 1944. Es la visión de un ángel con una espada de fuego en la mano, cuyas llamas se apagaban al contacto con el resplandor de Nuestra Señora y que llamaba reiteradamente a la penitencia, y la visión de un «Obispo vestido de Blanco», que «hemos pensado que fuese el Santo Padre», y

de otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subiendo una montaña escarpada en cuya cima había una gran cruz. Alude luego al dolor y la pena del Papa, a que fue matado al pie de la gran Cruz y al martirio de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y varias personas seculares, hombres y mujeres de varias clases y posiciones, cuya sangre martirial, unida a la de Cristo, regaba a quienes se acercaban a Dios. Lucía estaba convencida de que la visión aludía a la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia y los cristianos, y al sufrimiento de las víctimas de la fe del siglo XX, tal como manifestó a un legado del Papa que la visitó el 27 de abril del año 2000.

El sobre con el único manuscrito fue cerrado y enviado al obispo de Leiría, que lo custodió hasta el 4 de abril de 1957, fecha en que, sabiéndolo Lucía, lo entregó al Archivo Secreto del Santo Oficio de Roma. El 17 de agosto de 1959 fue llevado el sobre al papa Juan XXIII, quien lo abrió, pero lo devolvió cerrado al mismo Archivo. Su sucesor Pablo VI leyó su contenido el 27 de marzo de 1965, pero también decidió no publicar el texto, y lo envió de nuevo al Archivo. Dos años después, el 13 de mayo de 1967, peregrinó a Fátima. Fue el primer Papa que se acercaba a este Santuario.

Juan Pablo II pidió el sobre después del atentado del 13 de mayo de 1981, y el 11 de agosto lo restituyó al Santo Oficio. Sin embargo, pensó que debía consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María y así lo hizo por medio de una oración compuesta por él, quien, forzosamente ausente, la registró para que fuera escuchada en la Basílica de Santa María la Mayor de Roma el 7 de junio de 1981, fiesta de Pentecostés. Repitió personalmente este acto de consagración en Fátima el 13 de mayo de 1982, y el 25 de marzo de 1984 volvió a consagrar a todos los hombres y pueblos al Inmaculado Corazón de María en la plaza de San Pedro, en Roma, en unión con los obispos del mundo, convocados para este fin. Lucía confirmó que esta consagración solemne y universal respondía al deseo de Nuestra Señora.

El papa Juan Pablo II, que consideraba una gracia especial de la Virgen de Fátima no haber perecido en el atentado de 1981, decidió hacer pública la tercera parte del «secreto» durante el Gran Jubileo de la Iglesia universal del año 2000, el día 13

de mayo, en Fátima, al terminar la solemne concelebracion eucarística presidida por él. Acababa de beatificar a los niños Francisco y Jacinta. La hermana Lucía estaba allí.

El mensaje de Fátima, lleno de misterio y profecía, une el evangelio y la historia, la ofensa y el perdón. Es, como afirma el P. Castellano, «un insistente llamamiento universal a la santidad para la paz del mundo y la salvación de todos en Cristo».

M.ª ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

CONGREGAZIONE PER LA DOTTRINA DELLA FEDE, *Il messaggio di Fatima* (Ciudad del Vaticano 2000)

DZIWISZ, S., «13 maggio 1981» *L'Osservatore Romano* (mayo 2001)

LUCIA (HERMANA), *Memorias* (Fatima, Portugal ²1985)

— ID., *Llamadas del Mensaje de Fatima* (Madrid ²2002)

MARCHI, P. DI, *Era una Senhora mais brilhante que o sol* (Fatima ¹⁴2000)

SAN ANDRÉS FOURNET
(† 1834)

En su larga vida de 82 años (1752-1834) se gesta y se produce la Revolución Francesa. El período de terror (1791-1795) lo vivió, ya sacerdote, en plena madurez. Cuando las terribles matanzas de septiembre de 1792, estaba justamente en sus cuarenta años. Hubo entre las víctimas más de 200 sacerdotes, de los cuales 191 fueron beatificados por Pío XI en 1926. A Andrés Fournet no le correspondió la palma del martirio, pero conoció la persecución y el exilio seguidos de la más absoluta entrega en la obra restauradora de la Iglesia. A él se debe la puesta en marcha de la Congregación de las Hijas de la Cruz, que nace precisamente para contribuir a recristianizar la Francia destrozada. Con mirada retrospectiva, bien vemos hoy que la eliminación de una persistente situación medieval, con la supresión de los privilegios del clero y la incautación de todos los bienes eclesiásticos, también trajo ventajas para una Iglesia con claros síntomas de descomposición interna. La sangre de los mártires y el valor de los confesores se convirtieron misteriosamente en semilla de un nuevo cristianismo. Andrés Fournet es uno de esos

confesores. Entre tantos otros anónimos, él alcanzó la aureola de la canonización.

Nació en la villa de Saint-Pierre de Maillé (Poitou) en 1752, de familia burguesa, emparentada con ilustres linajes, y fuerte raigambre católica: varios tíos suyos fueron sacerdotes. Contando con esta tradición familiar, es explicable que sus padres quisieran orientarlo al sacerdocio desde niño. Ha quedado un curiosísimo autógrafo que demuestra su rechazo inicial. En un cuaderno de sus primeros años de estudiante escribe de su puño y letra: «Este libro es de Andrés Fournet, buen muchacho que no quiere ser fraile ni cura». La cercanía de los tíos sacerdotes se registra ya en los primeros años. Tras los primeros estudios en Chauvigny, nos lo encontramos en Chateurelauret bajo la dirección de su tío el canónigo Fournet de la Fredinière. Pese al rechazo inicial, su trayectoria discurre por derroteros eclesiásticos: filosofía en los jesuitas de Poitiers, teología en el colegio de San Carlos de la misma ciudad, regido por los Lazaristas... Por lo que parece, su estilo de vida no correspondía a lo que oficialmente estudiaba. Era, más bien, un estudiante mundano y disipado, sin una decidida opción por el sacerdocio. Si hemos de dar crédito a algunos de sus biógrafos, ya había resuelto abandonar la carrera eclesiástica, cuando otro tío suyo, cura de Hains (Montmorillonais), lo presionó hasta lograr que reanudara los estudios de teología en los Lazaristas. Tenía entonces 22 años. Cumplidos los 24 (1776) se ordenó sacerdote. La causa de sus vacilaciones y rechazos es demasiado fácil atribuirla a su vida disipada. La hostilidad a un clero privilegiado y regalón estaba plenamente en el ambiente. ¿Cabía hablar de vocación sacerdotal con la mirada puesta en un beneficio eclesiástico que asegurase el bien pasar, frente a corrientes de opinión abiertamente hostiles y ya claramente amenazadoras?

Humanamente hablando, todo parecía bien calculado. Los dos primeros años de sacerdote los pasa en Saint-Piêle de Maillé, muy próximo a su pueblo natal, como vicario parroquial, e inmediatamente otro tío suyo, párroco de Saint-Pierre de Maillé, renuncia a la parroquia para que Andrés pase a ocupar su cargo. Lo vemos así, a los 26 años, constituido párroco de su mismo pueblo natal. La cura de almas debía de preocuparle

poco y su vida seguía siendo carente de celo. Pero se iba acercando la revolución de 1789, y ya los desheredados tomaban conciencia de las grandes diferencias e injusticias, no así, por lo que parece, el cura Fournet. Con casa bien abastada, vajilla de plata y comida suculenta, despachaba a los pobres que acudían a él con la dureza de corazón característica de los opulentos. Uno de los mendigos no se mordió la lengua: «¿Con que no tiene usted pan ni dinero y veo esa mesa llena de plata y alhajas?». La denuncia del mendigo fue para él la voz de Dios. Optó inmediatamente por una vida de pobreza, y eso le hizo sentirse fuerte cuando llegó la gran tribulación. En julio de 1790 apareció la constitución civil del clero, exigiéndose inmediatamente su juramento. La confusión fue inmensa. Unos 30.000 clérigos lo prestaron, frente a 50.000 que permanecieron fieles. Éstos fueron arrojados oficialmente de sus cargos, amenazados con duros castigos, perseguidos y vejados. Unos 40.000 emigraron a diversos países de Europa. Nuestro Andrés Fournet es de los que vinieron a España. Permaneció aquí dos años, primero en San Juan de Luz y luego en San Sebastián y Los Arcos (Navarra). En Navarra y en todo el País Vasco se hizo muy famoso por su celo apostólico y predicación fervorosa: vivía templando el espíritu para actuar con eficacia, una vez retornado a Francia. Hasta 1798 no pudo manifestarse en su parroquia. El *Directorio* seguía en pie, y aunque comenzara a abrirse alguna iglesia, los peligros de los sacerdotes no juramentados seguían siendo grandes. Andrés Fournet había regresado clandestinamente y pasó una época de ocultamientos y sobresaltos: contactos secretos, misas en casas particulares, espiritualidad doméstica que asegurase la transmisión de la fe.

Restablecida un poco la calma en la República francesa, ya pudo dar la cara en su parroquia. Se encontró con el templo parroquial convertido en hórreo, y templo y casa enteramente despojados. El panorama general era completamente yermo, sobre todo por la carencia de sacerdotes. Él ponía toda su confianza en Dios, suscitando la colaboración de los laicos y promoviendo las vocaciones sacerdotales. En la dirección espiritual pronto se demostró verdadero maestro. Una de las almas santas que lo tomó como director espiritual fue la joven Isabel Bichier

des Anges. La relajación de costumbres y la falta de colaboradores estimularon su celo, dándole a conocer a esta joven su proyecto de fundar una Congregación religiosa de mujeres que sirviese de ayuda al párroco en su feligresía, cuidando de los enfermos y de los niños pobres, por una parte, y edificando a los fieles con su buen ejemplo, por otra. La hoy Beata Isabel Bichier era de posición acomodada y secundó los deseos de su confesor, ofreciendo sus bienes, su voluntad tenaz y su alma enamorada de Dios. La fundación comenzó con cierta pujanza: compró el castillo de Molante cuando las cinco primeras hermanas ya llevaban algún tiempo de vida comunitaria, y en 1811, la casa de Rochefort. El padre Andrés alentaba la expansión de su obra, pero, sobre todo, trataba de darle consistencia interior. En 1817 terminaba la redacción de las Constituciones, que fueron aprobadas ese mismo año por la autoridad diocesana. Las Hermanas de la Cruz ya se habían establecido en La Puye, que vino a ser la casa matriz de la Congregación... El futuro de Andrés Fournet se aclaraba con cometidos más amplios: en adelante se dedicaría a la dirección espiritual de las nuevas religiosas y a la predicación.

Su vida se corona con una incumbencia nueva, trascendental y difícil. La sede de Poitiers, como tantas otras, seguía sin la presencia de un obispo en circunstancias tan penosas: hacía falta un santo para regir sus destinos, y Andrés Fournet fue designado vicario capitular en 1822. Lo fue durante doce años, hasta su santa muerte el 13 de mayo de 1834. Lo sepultaron en la capilla del convento de La Puye. Su sepulcro se convirtió en centro de peregrinaciones y pronto se habló de numerosos milagros. En 1877 se introdujo en Roma su causa de beatificación. Benedicto XV lo declaró Venerable en 1918. Pío XI lo beatificó el 25 de marzo de 1926, el mismo año de la canonización de los sacerdotes mártires de la revolución, y lo canonizó el 4 de junio del Año Santo romano de 1933.

La Congregación de las Hijas de la Cruz, popularmente denominadas Hermanas de San Andrés, apenas conocida en Francia en vida de sus fundadores, hoy se encuentra extendida por Francia, Bélgica, Canadá, Argentina, España, Italia y Hungría.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

ARDISSON, M., *Andres Huberto Fournet, Isabel Bichier des Anges, en la sencillez del Evangelio* (Fleurus 1985)
CHAIGNI, L., *Saint Andre Hubert Fournet, ou la fierte de la Croix* (Paris 1962)
Recueil des lettres de saint Andre Hubert Fournet (La Puye 1969)
Saint Andre Hubert Fournet, cure de Maulle, diocese de Poitiers, fondateur de l'Institut des Filles de la Croix, dites Soeurs de St Andre (Milan 1933)
SAUBAT, J., *Andre Hubert Fournet, fondateur de l'Institut des Filles de la Croix, dites Soeurs de Saint Andre Son epoque, sa vie, son oeuvre (1752 1834)* (Tarbes 1924)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN SERVACIO DE TONGRES

Obispo († 384)

Se le supone un armenio que con anterioridad al año 343 había sido elegido para la sede episcopal de Tongres, en Bélgica. Su nombre figura en la historia eclesiástica como uno de los grandes valedores de la ortodoxia nicena frente al arrianismo.

Defensor de San Atanasio, participó en los sínodos de Sárdica (343) y de Rímini (359), siempre en defensa de la verdadera divinidad de Jesucristo. Pero en este último sínodo, luego de no pocos cabildeos, se llegó a la aceptación de una fórmula en la que se decía que el Hijo era en todo semejante al Padre conforme a las Escrituras. Quizás no viendo que era ambigua, Servacio y los demás obispos ortodoxos la firmaron, lo que hizo decir a San Jerónimo que el mundo entero gimió viéndose arriano. La verdad es que los obispos ortodoxos, como Servacio, la habían firmado en su sentido católico y niceno.

Una posterior peregrinación penitencial de Servacio a Roma parece que tenía por objeto implorar la misericordia divina frente a la invasión de los bárbaros. Servacio murió el 384 y ese mismo año la ciudad de Tongres fue asaltada y semidestruida. La memoria de San Servacio es el 13 de mayo.

BEATA GEMA

Virgen reclusa († 1439)

Según la tradición era una joven pastora de Goriano Sícoli, junto a Aquila en Italia, y que era cortejada por un noble con no limpias intenciones. Pero la muchacha supo rechazar la deshonesta pretensión con tales argumentos que el propio pretendido seductor se avino a costearle la celda que ella quería hacer en la iglesia de San Juan Bautista para vivir en ella como reclusa.

En efecto, se recluyó en una pequeña celda, desde la que por una ventanita podía ver el altar, y allí perseveró en una vida de contemplación y penitencia a lo largo de cuarenta años con gran edificación de la comunidad cristiana.

Muerta el 13 de mayo de 1439, su fama de santidad se aumentó cuando un año más tarde su cuerpo fue hallado incorrupto. Su culto fue confirmado por el papa León XIII el 28 de abril de 1890.

BEATA MAGDALENA ALBRICI

Abadesa († 1465)

Magdalena era hija de un patricio de Como, donde ella nació en los últimos años del siglo XIV. Al llegar a la juventud sintió la vocación religiosa y profesó como ermitaña agustina en el monasterio de esta Orden en Brunate.

Fue una religiosa modelo, que se acreditó enseguida por su humildad, obediencia y austeridad de vida. Y estas virtudes movieron a las monjas a elegirla como abadesa del convento. Ella supo dar nuevo dinamismo al monasterio, que progresó bajo su mando en todos los órdenes, y muy particularmente por la estrecha observancia de la Regla que ella impuso y que sirvió de modelo a otros monasterios de la misma Orden agustina.

Hasta entonces el monasterio dependía del Cabildo de la Iglesia Mayor de Como, pero ella logró un privilegio del papa Pío II en 1459 para que el convento quedara bajo la jurisdicción del visitador de los agustinos de Lombardía.

Con ayuda de la duquesa de Milán pudo fundar un segundo convento de su Orden en Como en 1455. Llena de méritos ella

murió en Como el 13 de mayo de 1465 luego de una larga enfermedad que sobrellevó con edificante paciencia. Su culto fue confirmado por el papa San Pío X el 11 de diciembre de 1907.

14 de mayo

A) Martirologio

1. Fiesta de San Matías, apóstol **
2. En Asia, San Máximo († 250), mártir.
3. En Cimiez (Provenza), San Poncio († 258), mártir.
4. En Siria, los santos Víctor y Corona (s. III), mártires.
5. En la isla de Quíos, San Isidoro (s. III), mártir.
6. En Aquileya (Véneto), santos Félix y Fortunato (s. IV), mártires
7. En la isla de Cerdeña, la conmemoración de las santas Justa y Heredina (s. III-IV), mártires.
8. En Auvergne (Aquitania), San Aprúnculo († 488), obispo de Clermont.
9. En el mismo sitio, San Galo († 551), obispo
10. En Lismore (Irlanda), San Cartago († 638), obispo y abad *.
11. En el monasterio de Fontenelle en Neustria, San Eremberto († 672), obispo de Toulouse y luego monje *.
12. En Santarém (Portugal), Beato Gil de Vaozela († 1265), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
13. En Saint Mary of the Woods (Indianápolis), Beata Teodora Ana Teresa Guerin († 1856), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Providencia **.
14. En Betharram, junto a los Pirineos, San Miguel Garicoitz († 1863), presbítero, fundador de la Sociedad de Sacerdotes Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús **
15. En Nicia (Italia), Santa María Dominica Mazzarello († 1881), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de María Auxiliadora **.

B) Biografías extensas

SAN MATÍAS
Apóstol (s. I)

Si el Evangelio no es una biografía de Jesús, los Hechos de los Apóstoles no son una colección de biografías de aquellos primeros héroes del cristianismo naciente. De algunos apósto-

les apenas sabemos más que el nombre. De Matías sabemos solamente su nombre y su elección. De aquel colegio apostólico que actuó desde Pentecostés, de aquellos doce definitivos, Matías fue el único no elegido por Jesús. Fue el apóstol póstumo de Jesús, incorporado al colegio apostólico cuando Jesús estaba ya en el cielo.

Y es un apóstol al que se cita siempre en segundo lugar, puesto humilde que se puede comprobar sin más que abrir el misal romano por el canon. Al principio del mismo, en la oración de comunión con los santos, se nombra uno por uno a los apóstoles, pero en esa lista falta precisamente Matías, aunque se nombra a otros doce santos no apóstoles, y se cita a Pablo juntamente con Pedro, siendo también Pablo apóstol posterior, que no perteneció al grupo de los doce. Si queremos hallar una mención de Matías en el canon, tenemos que buscarlo, como escondido y de incógnito, después de Juan Bautista y Esteban Protomártir, entre una lista de santos y santas. Un título más para que nos acordemos de este trabajador evangélico que, al contrario que otros santos, se vio exaltado en vida y se ve humillado después de su muerte.

Cuando se intenta trazar la semblanza histórica de este apóstol singular, hay que limitarse a lo poco que de él nos dicen los Hechos de los Apóstoles. Y lo poco que nos dicen es contarnos su elección. Ni siquiera lo vuelven a nombrar más. Lo que de él nos dicen escritos posteriores, aunque sean de autores calificados, no ofrece garantías de historicidad. Y las biografías apócrifas se han encargado de rellenar con aventuras de viajes y de milagros ese silencio de los Hechos de los Apóstoles.

Contentémonos, pues, con abrir por su primera página ese libro de los Hechos. Los discípulos de Jesús, inmediatamente después de la ascensión, regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén. Jesús se había despedido de ellos, pero ellos creían que hasta pronto. Tenía que volver para instaurar el reino de Israel. Hacía unos momentos nada más que ellos le habían preguntado si era entonces cuando iba a inaugurar su reinado, y él se había limitado a aconsejarles que no intentasen averiguar la hora señalada por Dios. Jesús no les había dicho que fuese a tardar mucho en volver, y dos mensajeros celestiales les habían

asegurado que, así como lo habían visto subir al cielo, así lo verían bajar otra vez.

Con esta mentalidad, encendida de esperanza, regresaron los discípulos a la ciudad. Pronto llegaron, pues el monte de los Olivos no está lejos. Y cuando entraron en la capital del judaísmo se dirigieron a una casa frecuentada por ellos y se concentraron en su cámara alta. Jesús les había dicho que no se alejasen de Jerusalén, sino que esperasen allí una prodigiosa manifestación del cielo, una efusión maravillosa del Espíritu Santo, que quizá confundieron ellos entonces con el mismo regreso de Jesús, triunfador y glorioso, como príncipe de Israel. Y allí quedaron todos, esperando en viva tensión el acontecimiento. Los apóstoles, once después de la apostasía de Judas Iscariote, y las mujeres galileas que heroicamente habían seguido a Jesús en sus correrías evangélicas. Y los parientes de Jesús, que, por fin y gracias a la resurrección, creían ya en él; y su misma madre, María. Y numerosos discípulos, hasta completar el número de ciento veinte, el número que se exigía a una comunidad para que pudiese tener sinagoga propia.

Qué se hacía en aquella primera concentración de los primeros cristianos, nos lo dice claramente el texto sagrado: Orar. Todos perseveraban unánimes en la oración. Iban a ser los protagonistas de un episodio decisivo para Israel. Dios iba a realizar por fin lo tantas veces anunciado por los profetas. Pero entonces surgió una dificultad en el mismo seno del colegio apostólico. Y a la mente de todos vino un nombre: Judas Iscariote.

Porque Jesús había escogido doce hombres para que fuesen sus enviados especiales, ya lo habían sido por las aldeas galileas, y ahora no eran doce sino once. Judas se había pasado al enemigo. Y los apóstoles tenían que ser doce cuando volviese Jesús. Él les había dicho que, a su regreso glorioso, los doce se sentarían sobre doce tronos para regir las doce tribus de Israel, y ahora faltaba un hombre para un trono. El primer problema con que se enfrentó la Iglesia, apenas desaparecido Jesús, fue buscar un sustituto del apostata. Dentro de unos cuantos años, cuando muera mártir el apóstol Jacobo, hijo de Zebedeo, no se planteará este problema. Jacobo habrá cumplido hasta el fin su misión de apóstol, y Jesús se encargará de resucitarlo cuando

regrese. Pero Judas no ha cumplido su misión, y hace falta un hombre que ocupe su puesto y la cumpla fielmente.

Los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen la primera alocución pontificia del primer Papa Pedro, que siempre fue el portavoz del pensamiento de los demás apóstoles, se levantó en medio de la comunidad y dijo:

> «Hermanos, era necesario se cumpliese la Escritura, lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho de Judas, que habiendose contado entre nosotros y habiendo tenido parte en nuestra mision, se hizo guia de los que prendieron a Jesus»

Pedro, al hablar de Judas con tanta delicadeza, parece tener presente la advertencia de Jesús: «No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados». Pedro no llama a Judas ladrón ni traidor, no lo llama deicida ni suicida, no dice que Satanás se había apoderado de él. Y, sin embargo, Judas era el hombre a quien Pedro podía odiar más, y Pedro era impetuoso como pocos. Pero Jesús había enseñado la caridad fraterna que se extiende a todos, como la misericordia divina, lo mismo a los amigos que a los enemigos, y Pedro, viviendo esa doctrina del Evangelio, dijo solamente que «Judas se hizo guía de los que prendieron a Jesús».

Pero no necesitaba contar a su auditorio el desgraciado final de Judas y se abstuvo de hacer el menor comentario, ni a título de ejemplaridad y escarmiento Pero el autor de esta página de los Hechos, que escribe años después para quienes quizá no recuerden lo que sucedió, añade, como intercalando un paréntesis en las palabras de Pedro, que Judas había adquirido un campo con el precio de su crimen, y, habiendo caído de cabeza, reventó por medio y todas sus entrañas se esparcieron. Y añade el escritor que el hecho fue conocido de todos los habitantes de Jerusalén, de manera que el campo se llamó en su lengua *Jakal-Dema,* es decir, «campo de sangre», haciendo esta traducción para los lectores de lengua griega.

El primero de los apóstoles continuó su breve discurso diciendo:

> «En el libro de los Salmos esta escrito "Que su campamento quede desierto y no haya nadie que lo habite" Y tambien "Que otro ocupe su cargo"»

Estas palabras de Pedro citando el Salterio son versículos de dos salmos, el 69 y el 109 según la numeración hebrea. Aunque Pedro debió hablar entonces en arameo, el escritor no pone estas palabras en labios de Pedro según el texto hebreo, sino según la versión griega, y con ligeras modificaciones para acomodarlas mejor al episodio, según la costumbre que había entonces de citar la Biblia. Los dos salmos pertenecen a la serie de los imprecatorios, maldiciones dirigidas, cuando aún no existía la caridad cristiana, contra los enemigos del rey David. Interpretando esos versículos como profecías, la primera se ha cumplido ya con la muerte de Judas. Es necesario que la segunda se cumpla también, y para ello hay que proceder al nombramiento del que le haya de sustituir en el colegio apostólico. Y Pedro enuncia las condiciones previas para poder aspirar a ese cargo de apóstol de Jesús. El discurso prosigue así:

> «Es menester que de todos estos hombres que se han asociado a nosotros durante todo el tiempo que con nosotros vivió el Señor Jesus —a partir del bautismo por Juan hasta el día en que fue separado de nosotros— haya uno que llegue a ser, juntamente con nosotros, testigo de su resurrección»

Para ser apóstol, dice Pedro, hace falta haber acompañado a Jesús durante toda su vida pública, desde el bautismo hasta la ascensión. No basta haberlo seguido en una larga serie de jornadas evangélicas, ni haber vivido algún tiempo en intimidad con él, ni haber sido enviado por él a predicar, ni siquiera haberlo visto resucitado. Un apóstol es un testigo de Jesús, y hace falta haberle acompañado durante toda su predicación para poder atestiguar sobre toda su doctrina, como hace falta haberlo visto resucitado después de la crucifixión para poder ser testigo de la legación divina de Jesús.

Puestas las condiciones, en aquel centenar de personas se encontraron dos hombres que parecían con iguales méritos para aspirar al apostolado. Uno era José Bar-Schabba, llamado Justos —sobrenombre que se suele traducir equivocadamente por «el justo»—, y el otro era Matatías, o, abreviadamente, Matías. Como el llamamiento al apostolado no es cosa de hombres sino de Dios, Dios tendría que elegir entre aquellos dos discípulos que parecían iguales en méritos. Y aquella incipiente comu-

nidad cristiana oró confiadamente: «Tú, Señor, que conoces el corazón de todos los hombres, muestranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto que ha dejado Judas al ir a su lugar». En esta primera súplica de la Iglesia hay una nueva muestra de la delicadeza y caridad que hemos visto ya en Pedro. La expresión «ir a su lugar» no significa la condenación del criminal: es una expresión acostumbrada, eufemismo arameo, para decir simplemente que un hombre murió.

Para conocer la voluntad divina, sin exigir de Dios una aparición ni una revelación —aun tratándose de algo tan importante para toda la naciente Iglesia de Jesús—, decidieron echar suertes Es algo que hoy nos puede extrañar, pero que entonces se acostumbraba. Se apelaba a las suertes para decidirse entre dos soluciones aparentemente equivalentes, y en la providencia ordinaria de Dios, que decidía la suerte, se veía la voluntad de Dios. Aquello no era fiarse de una casualidad física, sino confiarse a la causalidad divina. Cada semana, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes echaban suertes para repartirse los oficios. Y el último caso que registra la Biblia de una elección religiosa señalada por la suerte, es esta designacion de Matías como apóstol de Jesús, con idéntica categoría que los otros once. «Y la suerte señaló a Matías, y fue uno de los doce apóstoles».

Así termina, en el libro de los Hechos, la historia de San Matías. Nada más se vuelve a saber de él en particular. Con esta sencillez aparece y desaparece en la documentación histórica este apóstol póstumo, puesto siempre en segundo lugar, que ni el canon cita entre los apóstoles ni tiene en el martirologio un día fijo para su fiesta.

De la literatura apócrifa que pretende narrarnos su vida, citemos solamente una frase, puesta en sus labios, que merece salvarse por su positivo sabor evangélico. Dice así: «Si peca el vecino de un elegido, pecó también el elegido, porque si éste se hubiera portado según aconseja el Verbo, el vecino se hubiera avergonzado también de su propia vida, y así no hubiera pecado»

CARLOS MARIA STAEHLIN, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 24 de febrero.
Actas apócrifas como: M. BONNAT, *Acta Andreae et Mathiaek* (Leipzig 1898), «Evangelio o tradiciones de Matías», en A. DE SANTOS OTERO (ed.), *Evangelios apócrifos* (Madrid 2003) 58-60.
Relato del libro de los *Hechos de los Apostoles* y, en general, *Comentarios a los Hechos de los Apóstoles*
TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siècles...*, I (Venecia) 406s.

SAN MIGUEL GARICOITZ

Presbítero y fundador († 1863)

Miguel Garicoitz nació en Ibarre, villorrio del país vasco-francés, el 15 de abril de 1797. La Revolución Francesa estaba en su apogeo. La religión era perseguida. Los sacerdotes escaseaban y tenían que actuar en la clandestinidad. Ello explica que, con ser sus padres excelentes cristianos, tuviera Miguel seis meses cuando recibió el santo bautismo. Por cierto que, al sentir correr sobre su frente el agua bautismal, la criatura, en un arrebato de cólera, arrancó una hoja del ritual. Reacción instintiva de su temperamento de cántabro, fogoso y violento.

Otras tendrá en su niñez menos inconscientes. Con la misma mano robará un paquete de agujas a un baratillero y le arrebatará a su hermanito una hermosa manzana; en otra ocasión sus puños le servirán de arma terrible, y nada menos que contra el maestro del barrio; éste era partidario de «la letra con sangre entra». Un día los alumnos se confabulan, Miguel los capitanea: el plan era caer todos a la vez sobre el dómine, a última hora los demás se zafan y dejan solo a Miguel; nuestro héroe no retrocede; se abalanza sobre la víctima y venga cumplidamente a sus compañeros.

Por lo demás, Miguel era un buen muchacho. Pero esas intemperancias encerraban su peligro; había que cortarlas. Afortunadamente tenía a su lado una madre que, para corregirlo, le llevaba a la cocina y, enseñándole las llamas voraces del hogar, le decía: «Mira, Miguel: en un fuego mucho más terrible serán castigados los niños que roban y abusan de su fuerza». Miguel escarmentó. Más tarde llegaría a decir: «Sin mi santa madre reconozco que hubiera terminado por ser un malvado». Sin su

madre y sin la gracia de Dios, que le trabajaba a fondo y le iba modelando un alma grande, un alma eucarística y sacerdotal.

Recibió la primera comunión a los catorce años; pero para los tiempos que corrían, muy marcados de resabios jansenistas, fue una comunión precoz, y, para Miguel, una nueva victoria, ganada a fuerza de piedad y de formación religiosa.

La batalla por el sacerdocio sería más dura aún. La pobreza de sus padres, impotentes para costearle los estudios, Miguel la venció alternando las clases con el servicio doméstico, primero en la rectoría de Saint Palais, más adelante en el palacio episcopal de Bayona, y, siempre, robando horas a la noche para estudiar. Sudó, se quemó las cejas, pero pudo con la maraña de la frase latina y pronto alcanzó a los seminaristas más aventajados. Y, en el trasfondo de su ascensión al altar, su lucha heroica por la santidad. El testimonio de sus condiscípulos es explícito. «Miguel —dice uno— no es un santo por hacer: es un santo hecho y derecho». «Para todos nosotros —añade otro— Miguel era nuestro San Luis Gonzaga».

El 20 de diciembre de 1823 Miguel se ordenaba de sacerdote. Su primer destino, coadjutor, en Cambó, de un párroco anciano y tullido, esto es, coadjutor en funciones de párroco, pero sin la categoría de tal. La situación ideal para el celo y la humildad de Garicoitz. Enseguida pone manos a la obra. Habla desde el púlpito y en el confesonario; pero de forma que su dirección espiritual se integre en su predicación. Un ejemplo de su táctica: se guarda muy bien de fulminar desde el púlpito contra el abuso inveterado del baile; se contenta con prevenir contra los peligros próximos de pecado, y, en el confesonario, ataca el mal con las razones directas que las conciencias exigen. Catequiza a los niños, asiste a los enfermos, y, si es preciso, sale precipitadamente de la iglesia, revestido de sobrepelliz, monta a caballo y se lanza como una exhalación, barranco abajo, en auxilio de un accidentado.

Su celo le inspira intuiciones audaces y proféticas; fomenta la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, impulsa las almas a la comunión frecuente, así lucha contra la frialdad del jansenismo. Pero no es éste el único enemigo. Hay en la parroquia cierto librepensador de tipo volteriano que, solapadamente, se entrega

a una labor de zapa y pretende desacreditar la religión. Miguel Garicoitz estudia el caso, reza, se macera, prepara su requisitoria y acude, en secreto, a la guarida del lobo vestido con pieles de cordero, lo desenmascara y... lo convierte. Hubo quien trató de malquistar al párroco con su coadjutor, tachando a éste de prepotente. No cabía especie más burda. Todas las mañanas Miguel acompañaba al venerable anciano a la iglesia y le ayudaba con la fuerza de sus brazos a subir las gradas del altar.

Va a comenzar el curso 1825-1826 en el Seminario Mayor de Betharram. Al lado del superior hace falta un prefecto de estudios y un director espiritual. El señor obispo no vacila. El abate Garicoitz es el hombre de las situaciones delicadas. Ya lo tenemos en Betharram con toda la carga abrumadora de la responsabilidad, pero, una vez más, sin el cargo. Miguel está en su elemento. Como por arte de magia, la obra recibe empuje y altura. Los seminaristas estudian, aprenden, se forman, se santifican.

Es que el nuevo prefecto exhorta, censura, orienta; pero, sobre todo, vive su vida sacerdotal con una convicción y una ejemplaridad que arrastran. En esto muere el superior. Garicoitz, a fuerza de obedecer, ha aprendido a mandar. El obispo le nombra rector. A los pocos meses surge una situación nueva. El filosofado es trasladado a Bayona; el nuevo rector sigue con los teólogos; uno tras otro, éstos se van ordenando y, a fines de 1833, Miguel queda con un solo compañero de armas, constituido, como él decía, «superior de las cuatro paredes de un vasto edificio». Es la hora de Dios.

De tiempo atrás, a la vista de la necesidad de la Iglesia, viene Miguel acariciando la idea de asociarse unos compañeros y formar con ellos un equipo de misioneros, un «escuadrón volante» dispuesto a acudir, a la menor señal de obispos y párrocos, a cualquier punto donde las almas necesiten su ayuda. No deja de ser extraña esta iniciativa en un hombre que, como se ha visto, gusta de puestos subalternos. Miguel ha sido siempre el hombre de la obediencia. Para que ahora esté madurando el proyecto de fundación de una Comunidad ha tenido que oír en su alma la voz imperiosa del mismo Dios. Así es, en efecto.

En unos ejercicios espirituales de treinta días, practicados en Toulouse, el padre jesuita con quien ha consultado el caso

ha sido terminante: «Dios os quiere más que jesuita, seguiréis vuestra primera inspiración; seréis padre de una familia religiosa hermana de la nuestra».

Los treinta años que le quedan de vida Miguel los dedicará a la gestación y alumbramiento de la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, hija de su alma grande. Esa obra será el signo de su vida, pero será también el drama que revelará la plenitud de su santidad, el heroísmo de su obediencia.

La idea de Miguel era dotar a su Congregación de la solidez y estabilidad de unas reglas canónicas centradas en los tres votos de religión perpetuos y en el refrendo de la correspondiente aprobación de Roma; quería darle los fundamentos de una obra que aspira a perdurar y la libertad de movimientos que necesita el celo de un apóstol. Pero, precisamente, el obispo de Bayona, su superior jerárquico, porque apreciaba en su justo valor la capacidad apostólica del santo de Betharram, porque le amaba como al mejor de sus hijos, lo quería para sí solo, para su diócesis, y veía que, al pasar a depender de Roma, ya no podría manejarlo a su voluntad. Contradicción aparente que Miguel resolvió a lo santo.

Enamorado de la obediencia, no se enfrentó con la autoridad legítima inmediata, no recurrió a Roma; adoptó las constituciones episcopales, insuficientes para su deseo de perfección, en el rigor de su letra, pero supo extraer de ellas el espíritu que vivifica, lo asimiló y lo infundió en sus hijos, haciendo de ellos unos religiosos de cuerpo entero, dispuestos a las mayores empresas apostólicas.

El trabajo no faltaba. Predicación popular en villas y aldeas, educación de la juventud en colegios y escuelas, redención de la clase obrera en talleres y granjas agrícolas, abrían campo dilatado a misioneros y educadores. Miguel lo dirigía todo, a todas partes acudía, y todo salía bien gracias a sus dotes de organizador: voluntad enérgica y perseverante, juicio recto y certero, sencillez y nobleza de modales, bondad y firmeza en el trato. Pronto echó de ver el prelado que con aquellos hombres de Dios se podía contar. Casualmente buscaba un grupo aguerrido de misioneros que enviar a la República Argentina, donde los vascos emigrados a las riberas del Plata los necesitaban para

conservar la fe de sus mayores. Miguel Garicoitz fue requerido. No vaciló. Los suyos tampoco, y allá emigraron también los primeros betharramitas.

Con santa envidia los vio marchar el padre Garicoitz; él tenía que permanecer en Betharram, dedicado a consolidar su obra, a darle, sobre todo, una estructura espiritual que le asegurara una vitalidad robusta a prueba de cualquier contingencia, ya fuera ésa la muerte del fundador. Mientras vive él su santidad, se basta para guiar la nave por derrotero seguro; para las generaciones venideras el fundador lega a su familia la luz de sus consignas. No es que San Miguel haya forjado una espiritualidad nueva.

Su doctrina es la clásica que ha hecho a los santos, pero bien se puede decir que ha dejado impreso en ella un sello personal que la caracteriza. Su lema fue la voluntad de Dios; pero Miguel Garicoitz quiere que esta Voluntad Santa se cumpla con aquellas disposiciones que adornaron al Corazón de Jesús y al de su Madre en el misterio de la Encarnación. El *Ecce venio* del Corazón de Cristo y el *Ecce ancilla* de María enardecían a Miguel. En esos dos gritos del corazón recogía él la voz auténtica de la obediencia perfecta: obediencia pronta, generosa; obediencia, sobre todo, de amor; la obediencia que él practicó en grado heroico, pues murió sin ver a su familia espiritual libre de la tutela del obispo.

Por abrumador que fuese el trabajo que le imponían la fundación del nuevo Instituto y la formación de sus hijos, el celo incansable que le devoraba le dio arrestos para consagrarse a la santificación de otras muchas almas. Durante treinta años dedicó varias horas diarias a la dirección espiritual del noviciado que las Hijas de la Cruz tenían a corta distancia de Betharram. En el mismo Betharram su confesonario se veía asediado, su fama de santo atraía lo mismo a los pecadores y descreídos que a las almas virtuosas; a todos acogía con una paciencia y un celo dignos del santo Cura de Ars.

En esa labor oscura y agotadora, no menos que en su copiosa correspondencia, brillaban siempre sus dotes de auténtico maestro de espíritu y, no pocas veces, los carismas de su penetración de conciencias y de su visión profética. Con firmeza y suavidad inculcó a las almas las devociones básicas del cristia-

nismo, la cruz y la Santísima Virgen. ¡Qué bien le vino el tener por centro geográfico de su vida sacerdotal el maravilloso paraje de Betharram, antiquísimo santuario dedicado a Nuestra Señora del Bello Ramo, que eso significa Betharram, y, a la vez, venerado Vía Crucis, cuyas estaciones van escalando la sombreada colina que cobija la capilla mariana! ¡Y qué bien trabajó nuestro Santo por la cruz y por María! Su devoción, perfectamente armonizada con un gusto artístico depurado, nos ha legado dos obras maestras del gran artista Renoir: una *Madone* de mármol blanco, con el Niño Jesús, que desde su retablo sonríe al peregrino, y los templetes del Calvario, que, cual estuches primorosos, engastan los bajorrelieves patéticos de las escenas de la Pasión.

Miguel acaba de cumplir sesenta y seis años. El trabajo, las austeridades, las pruebas habían ido barrenando su organismo de acero, pero seguía infatigable su labor. Tuvo que venir el Señor a imponerle el descanso. Una madrugada le dio un acceso de tos violenta en extremo. Acuden los padres de la comunidad, el enfermo se confiesa, recibe la extremaunción y, pronunciando las primeras palabras del *Miserere,* entrega su alma a Dios. Era el alborear de la Ascensión, 14 de mayo de 1863. Ochenta y cuatro años más tarde el papa Pío XII le inscribió en el catálogo de los santos.

JULIÁN ALCORTA, SCJ

Bibliografía

AAS 15 (1923) 263-269; 39 (1947) 329-332, 401-408, 41 (1949) 625-636
BERNOVILLE, G., *Un saint basque, Saint Michel Garicoitz* (París 1936)
BOURDENNE, B., *La vie et l'oeuvre du vénerable Michel Garicoitz* (París 1918).
BUZY, D., *Le saint de Betharram, le bon pere Garicoitz* (París 1947)
DIVIGNAU, P., SCJ, *La doctrine spirituelle de Saint Michel Garicoitz* (París 1949).
Pensamientos del Beato Miguel Garicoitz (Buenos Aires 1943)
SARTHOU, B., SCJ, *Vida popular de San Miguel Garicoitz* (Buenos Aires 1947).

SANTA MARÍA MAZZARELLO

Virgen y fundadora († 1881)

En la órbita de San Juan Bosco un astro de primera magnitud había de ser Santa María Mazzarello. También los sueños

profeticos del gran fundador habían de anunciarle las Hijas de María Auxiliadora. El nos lo ha contado·

> «Un buen dia atravesaba la plaza Vittorio en Turin De repente me vi cercado por un pequeño ejercito de chiquillas que cantaban, gritaban, chillaban Apenas me vieron volaron en torno mio y cla maron "¡Viva Don Bosco! [] Tomenos tambien a su cargo ¿No ve que estamos abandonadas?" Otro tendra que ocuparse de vo sotras yo estoy abrumado con tantos niños [] Pero mientras ellas insistian, una Señora noble y con rostro como el sol resplandecien te se me aparecio y me dijo "Cuidamelas Son hijas mias"»

Por entonces llegaba a Turín un fervoroso sacerdote, que tenía en un pueblecillo de los Alpes su asociación de Hijas de la Inmaculada: se llamaba don Pestarino y quería quedarse con Don Bosco en Turín Pero el santo patriarca le dijo que volviera a su Mornese, a cuidar de sus congregantes, mientras tanto le consideraría como uno de los suyos Le dio una medalla y una tarjetita para las dos principales, con estas palabras· «Orad, haced todo el bien que podáis a las jovencitas: haced lo posible por impedir el pecado, aunque sea venial».

María y Petronila eran las dos obsequiadas y aconsejadas por Don Bosco, desconocidas entonces por él; por eso recibieron sorprendidas y maravilladas el regalo espiritual. Las dos, y sobre todo María, habían de ser las principales colaboradoras de San Juan Bosco en la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, que también llamamos salesianas.

María Mazzarello había nacido el 9 de mayo de 1837, en un pequeño barrio de Mornese, pueblecito alpino del Alto Monferrato. Muy semejante fue su infancia aldeana a la de Don Bosco en Becchi, aunque menos maravillosa en lances, visiones y prodigios.

María, en su aldeíta de Mornese, primero, y luego en la vecina granja de la Valponasca, trabajó desde pequeñita en las viñas y sembrados, con diligencia y robusta laboriosidad. Todo era necesario en aquella familia, tan profundamente cristiana y ejemplar, bendecida por Dios con tres hijos y tres niñas, de todos, la mayor fue María y luego Feliciana, que también había de formar en el primer grupo de las salesianas.

Siempre fue María muy piadosa: madrugaba y corría, a veces con nieve y antes de amanecer, a la iglesia (aún se conserva

el pozo junto al que esperaba algunas veces a que le abrieran la iglesia), y otras desde la ventanita de su dormitorio miraba con devoción la torre de la parroquia lejana y le enviaba cánticos y jaculatorias.

En el catecismo era «Main» (Marieta) la primera: «No me dejaré ganar por ninguna, ni por los muchachos». Por eso el capellán, don Pestarino, la atendía con predilección; le permitió y aconsejó la comunión frecuente y aun diaria, cosa excepcional en aquellos días, aún con resabios del frío jansenismo.

> — ¿Por qué no te haces monja? —le preguntaban los capuchinos que pasaban pidiendo limosna por la Valponasca, al verla tan piadosa y devota
> — Yo monja en el claustro, no Pero quiero ser toda de Jesus

Y era un ángel de pureza: el ángel de Mornese la llamaron.

Angelina Maccagno, joven de unos veinte años, instruida, emprendedora, trazó, aconsejada por don Pestarino, el reglamento de una Pía unión con las mejores jovencitas de Mornese: entre las cinco primeras estaba María Mazzarello; era el jardín de la Inmaculada; ellas las voluntarias de la Virgen.

A sus diecisiete años, el 9 de diciembre de 1855, hizo la Mazzarello con sus compañeras, en la capilla privada de don Pestarino, su primera consagración a la Virgen. Eran el ejemplo del pueblo, el honor de la parroquia.

El tifus fue una epidemia devastadora en Mornese. María, heroicamente, fue a cuidar a unos parientes apestados y contrajo la grave enfermedad, de la que un día de la Virgen del Rosario curó inesperadamente. Pero quedó debilísima, inútil para las duras labores del campo.

Un día le dijo a su amiga Petronila:

> — Me voy a hacer sastra cuando lo sea, reuniré a las niñas y las enseñare el oficio y la piedad, me parece soñar viendo el castillo, y en él muchas niñas que hemos de formar ¿Me acompañaras?

No fue tan fácil realizarlo. Dificultades de la familia, ironías de los pueblerinos (¿pesaba la azada, eh?), falta de locales, con emigraciones como las de Don Bosco por los arrabales de Turín. Una temporada en casa Pampuro, su taller primero, luego en casa Maccagno por cinco liras al mes, más tarde las primeras internas en la residencia, con las dos *mammas* y maestras: Petro-

nila y María. El taller va teniendo su oratorio festivo dominical. Entonces reciben el billetito del desconocido Don Bosco, pero lo besan como una reliquia.

El 7 de octubre de 1864 viene de excursión a Mornese Don Bosco con un buen grupo de sus chicos, invitado por don Pestarino. Fue el primer encuentro personal de María Mazzarello con el fundador. Una emoción insólita la agitaba, un pronóstico de vida nueva y caminos extraordinarios.

Desde entonces la vocación y la institución se van perfilando. El taller y el oratorio crecen. María es elegida presidenta de la Casa de la Inmaculada, con un grupo de siete congregantes consagradas a la obra; y en la altura, al pie del castillo, van a tener más amplias edificaciones para el colegio nuevo; Don Bosco vino a bendecirlo el 13 de diciembre de 1867.

Congregó Don Bosco su Capítulo general en mayo de 1871; les expuso el proyecto de fundar un instituto de religiosas, y precisamente aprovechando la fundación del colegio de Mornese. Con su aprobación corrió a exponer su proyecto a Su Santidad Pío IX, que lo aprobó cálidamente y lo bendijo. Con esto se fue a Mornese y propuso su plan a don Pestarino. Hubo grandes dificultades, el pueblo se creyó privado de un colegio para chicos, a María la reclamaba su familia...

Pasó la tempestad y el 15 de agosto de 1867 el obispo de Acqui, con Don Bosco, recibían los votos primeros de once Hijas de María Auxiliadora, que pronto eligieron por superiora indiscutible a sor María Mazzarello.

Don Bosco les compuso las Reglas y Constituciones, y desde la muerte de don Pestarino, en 1874, la dirección de Don Bosco orientó de la más bella manera salesiana la naciente congregación y le envió como directores generales al que había de ser gran misionero y cardenal Cagliero, a don Rúa, luego sucesor de Don Bosco; a monseñor Costamagna, todo el estado mayor de aquellos idílicos y prodigiosos comienzos de la familia salesiana.

> «Ahora soy del todo feliz, habia dicho sor Mazzarello a su madre el día de su profesion religiosa»

Con prudencia celestial y santidad rebosante sor María regía la naciente congregacion y veía su crecimiento, primero

en Europa, luego en las misiones de los jíbaros, luego por todo el mundo.

La Congregación se consolida. Aconsejan a la superiora general, sor María, que vaya a pedir a Roma las bendiciones de Su Santidad y se excusa·

> «¿Como, señor director, me presentare, que no haga perder nuestro buen credito? Esperara el Papa ver una superiora instruida y capacitada, y se encontrara con una pobre aldeanita ignorante»

La pobre aldeanita, sin embargo, era un prodigio de prudencia, de buen espíritu, de muchas virtudes y crecida santidad, ejemplar perfecto de la mejor hija de María Auxiliadora

En 1877 la Casa generalicia se trasladaba a Nizza Monferrato, casa mejor comunicada y mayor para el gran crecimiento de la Institución, y allí, con su ejemplo y divinas ilustraciones, ejerce su maravilloso apostolado y forma un plantel de religiosas fervientes y superioras excepcionales que habían de levantar tan excelsa la eficacia y la fama de la Congregación.

Pero su fin se acercaba. En 1880 dijo a sor Josefina, que se marchaba a América:

> «Yo moriré pronto el Señor me ha escuchado cuando me ofrecí como victima»

Sor Josefina se fue a quejar a Don Bosco:

> — La madre me ha confiado el secreto de su holocausto Ruegue al Señor que aplace el sacrificio ¡Es tan necesaria!
>
> — La victima es agradable a Dios ha sido aceptada —respondio el Santo

Y tras una breve agonía, venciendo al diablo, que la inquietaba, con su canción fervorosa: *Yo quiero amar a María,* dijo a las hijas que lloraban «rivederci in paradiso».

Y santamente expiró. Era el 14 de mayo de 1881, apenas cumplidos sus cuarenta y cuatro fecundos años.

Bellísimo ejemplo de sencillez y santidad, de celo apostólico y de virginal pureza. Muy pronto los milagros habían de atestiguar sus heroicas virtudes. El 20 de noviembre de 1939 la elevaba como Beata a los altares Su Santidad Pío XI, y el 24 de junio de 1951 fue solemnemente canonizada por Su Santidad Pío XII. Sus reliquias fueron trasladadas a un bellísimo altar que

en su honor se erigió en la grandiosa basílica de María Auxiliadora, en Turín.

JOSÉ ARTERO PÉREZ

Bibliografía

LEMOYNE, G. B., *Vita del venerable servo di Dio Giovanni Bosco* (Turín 1920).

MACCONO, F., *Suor Maria Mazzarello, prima superiora generale delle Figlie di Maria Ausiliatrice* (Turín 1924).

CASSANO, G., *L'Angelo di Mornese. Vita di suor Maria Mazzarello* (Turín 1925).

FAVINI, G., *Santa Maria Mazzarello* (Bogotá 1956).

• Actualización:

DAICAMPO, L., *Un'anima di Spirito Santo. S. Maria Domenica Mazzarello* (Roma 1972).

Lettere di D. Maria Domenica Mazzarello confondatrice dell'Istituto delle Figlie di Maria Ausiliatrice (Milán 1975).

POSADA, M. E. - COSTA, A. - CAVAGLIA, P. (eds.), *La sapienza della vita. Lettere di Maria Domenica Mazzarello* (Turín ^{3}1994).

BEATA TEODORA GUERIN

Virgen († 1856)

Aparece la Beata Teodora Guerin en el *Martirologio* como religiosa de la Congregación de Hermanas de la Providencia y, en cambio, en el *Índice de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos,* así como en las noticias difundidas con motivo de su beatificación, como fundadora de las Hermanas de la Providencia de St. Mary of the Woods. ¿Era una religiosa más o era la fundadora? Hay que decir que en cierto sentido ambas cosas son verdad. Porque ella no fue quien fundó la Congregación de Hermanas de la Providencia de Ruillé-sur-Loire, en la que ingresaría a los 25 años. Esta congregación estaba ya fundada cuando pronunció sus votos en ella. Pero fue enviada con otras hermanas a fundar una nueva casa de la misma congregación en Indiana, Estados Unidos, concretamente en St. Mary of the Woods, y esta casa posteriormente quedaría desgajada de la casa madre de Francia y convertida en cabeza de una nueva congregación que lógicamente tiene por fundadora a la fundadora de la nueva casa y que primero rigió sus destinos tras la separación. Y en ese sentido Teodora Guerin es fundadora. Hoy día ambas congregaciones subsisten como diferentes, teniendo aún la fun-

dada por Teodora Guerin su casa generalicia en St. Mary of the Woods.

Asistí personalmente a la ceremonia de beatificación de esta religiosa, no porque tuviera relación alguna con su congregación, sino porque en la misma ceremonia se beatificaba el P. Faustino Míguez de la Encarnación, religioso escolapio, fundador del Pío Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora, en cuyo colegio de Sanlúcar de Barrameda estuve como párvulo. Pude así escuchar al Santo Padre Juan Pablo II exaltar en la homilía de la misa las virtudes de la Beata Teodora Guerin y dibujar con acertados trazos su perfil espiritual y religioso.

Ana Teresa Guerin nació en la aldea de Etables, Bretaña, el 2 de octubre de 1798, hija de Lorenzo e Isabel. En su hogar se practicaba con sinceridad y profundidad el cristianismo, y apenas abrió los ojos a la vida, pudo empaparse del clima piadoso de su familia, donde todos los días la familia se reunía para orar y leer los santos evangelios. La familia tenía un huerto del que se aprovechaba para el sustento familiar y por su parte el padre se alistó en la Armada francesa, sirviendo a su patria en los años en que Napoleón Bonaparte presidió los destinos de Francia, y obligándole ello a estar ausente del hogar incluso períodos de varios años. Por ello la figura determinante en la educación de Ana Teresa fue su madre, persona de alma fina y delicada, sumamente religiosa, que le transmitió con mucho celo los valores del evangelio. La madre encomendó la formación cultural de su hija a un joven clérigo, pariente de la familia, el cual le enseñó las letras y la introdujo también en el conocimiento de las matemáticas, la geografía, las ciencias naturales, etc., haciendo de Ana Teresa una chica despierta y con un bagaje cultural apreciable, lo que tanto le serviría en la tarea a que Dios la tenía destinada. Viendo que era una niña muy piadosa y estaba bien preparada, su párroco le permitió recibir la primera comunión cuando sólo tenía diez años, dos antes de lo que entonces se acostumbraba. Fue muy concreta la experiencia religiosa que tuvo Ana Teresa al recibir a Jesús por primera vez y ella misma le confesó a su párroco que había sentido ya entonces el deseo y la llamada a ser religiosa.

Ana Teresa, adolescente, se mostró obediente y trabajadora, ayudando a su madre en el hogar y cuidando de su hermana pequeña, para dejar a la madre más libre para su tarea. Le gustaba, cuando podía, irse a los acantilados de la costa y dedicarse frente al mar a la contemplación de la naturaleza y a la oración. La tragedia llegó cuando Ana Teresa tenía 15 años: volvía su padre a su hogar para visitar y estar un tiempo con su familia cuando fue asaltado por unos bandidos y asesinado. Isabel, la madre de Ana Teresa, quedó abrumada por el suceso y perdió el ánimo, de tal forma que Ana Teresa hubo de hacerse cargo del hogar, cuidar a su madre y a su hermana, y debió también encargarse personalmente de la huerta, que quedó como medio de subsistencia de la familia. Mostró entonces Ana Teresa una gran fortaleza de espíritu, pese a su juventud, y sin desanimarse nunca atendió a todos sus deberes como si fuera una persona adulta. La tribulación forjó su espíritu y le dio fortaleza de carácter y capacidad de iniciativa. Fueron años de penurias y sacrificios, y lo que la sostuvo fue su fe en Dios y su asidua oración. Como dirá ella misma más tarde, es en la oración donde el alma adquiere fortaleza. En medio de la tormenta —escribió ella— qué dulce es la calma que la oración halla en el corazón de Jesús. Pero ¿qué consuelo queda para los que no oran?

Ana Teresa conservaba en su corazón aquella llamada a la vida religiosa que había sentido el día de su primera comunión, pero era claro que las circunstancias de su hogar le impedían poder realizar su deseo. Ella se encomendó a la misericordia de Dios y se echó en brazos de su providencia, dejando que pasara el tiempo y que las cosas evolucionaran. Y en efecto evolucionaron las cosas, de modo que pasados diez años de la muerte de su padre, crecida ya su hermana, pudo ella pensar en dejar su hogar y seguir lo que era su íntima vocación. Eligió como congregación en la que ingresar la reciente entonces de las Hermanas de la Providencia, fundada en Ruillé-sur-Loire. En el verano de 1823, cuando aún no había cumplido los veinticinco años, Ana Teresa dijo adiós a su hogar en ingresó en la congregación. Hecho el noviciado pronunció los santos votos en 1824 con el nombre de hermana Teodora. Tenía una salud frágil. Durante su noviciado enfermó gravemente, pero las superioras no por

ello le pidieron que dejara la congregación sino que la cuidaron con amor y los tratamientos médicos la mejoraron notablemente. No obstante, quedó muy delicada del estómago, de forma que todo el resto de su vida sólo pudo consumir alimentos líquidos o suaves y blandos. La congregación se dedicaba a la educación de los niños y a las obras de misericordia: cuidar de pobres, enfermos y moribundos. La hermana Teodora fue desde el principio de su profesión una religiosa ejemplar. Le quedaba que estar en Francia hasta 1840, y en estos dieciséis años de religiosa en su propia patria ella desempeñaría las tareas correspondientes a su vocación con gran dedicación y celo. Viendo su aptitud y su entrega, pese a ser todavía relativamente joven, fue elegida superiora sucesivamente de dos casas de la congregación, la casa de Rennes y la casa de Laulaines. Y fue precisamente su prestigio como religiosa entregada y capaz, prestigio adquirido en su tiempo de superiora, el que llevaría a la congregación a proponerle a la hermana Teodora una misión allende los mares.

En efecto, la congregación quería enviar un equipo misionero de hermanas a los Estados Unidos. El propósito consistía en establecer un convento, fundar escuelas y compartir el amor de Dios con los pioneros de la diócesis de Vincennes en el Estado de Indiana. Luego de pensarlo, se le hizo la propuesta de encabezar el grupo a la hermana Teodora. Y ella quedó muy sorprendida, pues no pensaba que fuera la persona más indicada para esta misión. Veía su salud frágil y se planteaba si tenía ella aptitud y capacidad para liderar una fundación tan lejos de su propia patria, en un medio ambiente tan distinto y que era indudable se iba a encontrar con muchas dificultades, tantas de ellas imprevisibles desde Francia. La hermana Teodora hizo muchas horas de oración, para ver si era de verdad la voluntad de Dios, ya que propiamente no se la obligaba sino que se la proponía, aduciendo que se trataba de la gloria de Dios y del bien de las almas. Consultó con las religiosas más prudentes, habló lealmente con la superioridad exponiéndole sus dudas y recibiendo con atención sus respuestas, y llegó a la conclusión de que si ella decía que no, seguramente otras también lo dirían y quizás entonces nadie se atrevería a aventurarse en una región tan agres-

te, donde ella y sus compañeras tenían la ocasión de difundir el amor de Dios. Así es que tomó su decisión y aceptó marchar a los Estados Unidos.

Le fueron dadas cinco compañeras para la expedición. Tomaron las seis el barco y se alejaron de Francia, a la que no volvería nunca en los dieciséis años que le quedaban de vida. Ni las tormentas ni los peligros entristecieron el corazón de las monjas durante la travesía sino que, como escribiría la madre Teodora, fue la privación de la eucaristía lo que más les dolería en los días del viaje:

> «¿Como podré yo expresar la tristeza que lleno nuestras almas el primer domingo que nosotras pasamos en el océano? Los criados en la casa de nuestro Padre Celestial tienen Pan en abundancia, pero nosotras moriamos de hambre Nos retiramos a nues tra cámara y leimos el ordinario de la Misa y unimos nuestras intenciones a las de todos los sacerdotes que estuviesen entonces celebrando».

Por fin, la tarde del 22 de octubre de 1840 llegaban a la sede de su misión en St. Mary of the Woods. Las seis religiosas no saludaron a nadie sino que tomaron derechamente la estrecha y fangosa senda que llevaba a la capilla, la cual no era sino una cabaña de troncos, para ante todo saludar a Jesús sacramentado:

> «Habiamos acordado entre nosotras que nuestra primera visita seria para el Santisimo Sacramento, y que no hablaríamos con nadie hasta no haber satisfecho este propósito de nuestro corazón»

Las seis religiosas llegaron dispuestas a quedarse, a cumplir la misión de religión y caridad que se les había encomendado. Madre Teodora expresó así sus sentimientos:

> «Esta tierra no sera para mi en adelante tierra de destierro sino la porcion de mi herencia y en ella espero habitar todos los dias de mi vida Yo he saludado a los Ángeles Custodios de Indiana y les he pedido que tomen las almas de estas gentes bajo su proteccion, especialmente las de aquellos a quienes nosotras estamos llamadas a beneficiar »

Hallaron una tierra montañosa, llena de barrancos y de bosques, que justificaban el nombre de St. Mary of the Woods, Santa María de los Bosques, y al visitar la misión pudieron comprobar que no era más que la capilla ya señalada y una granja.

En la capilla se albergaba también el sacerdote. Las hermanas se instalaron con toda humildad en la granja, y allí mismo recibieron ya las primeras postulantes, jóvenes de la zona que deseaban unirse a la vida religiosa de las monjas y que eran un signo de esperanza para la continuidad y la expansión de la obra. La madre Teodora pudo ver que la gracia de Dios acompañaba a la Iglesia local, y no pudo menos que dar gracias a Dios por todo lo que hasta entonces se había podido hacer:

> «Yo reflexione con admiracion en las maravillas hechas por la divina misericordia en esta diocesis Que pronto el grano de mostaza ha crecido hasta convertirse en arbol»

Muy pronto, recién llegadas, llegó el duro invierno, y las religiosas hubieron de saber lo que era el tremendo frío de aquel clima y también el hambre. Fuertes vientos del norte sacudieron la pequeña granja. Pero pronto convirtieron en capilla la galería y colocaron en ella el sagrario, consolándose con la presencia del Sacramento. La madre Teodora repetía: «Con Jesús ¿qué podemos temer?». Ella insistía a las hermanas en que debían hacer su labor confiando solamente en la Providencia, y que había que tener la seguridad de que Dios las protegería en las dificultades presentes y futuras. Ella infundió ánimo y valor en todo momento.

Menos de un año después de su llegada a St. Mary of the Woods, la madre Teodora fundó la primera academia de la Congregación, y en 1842 estableció escuelas en Jasper, Indiana, y en Francisville, Illinois. Era un comienzo esperanzador que significaría el afianzamiento de la obra empezada en Saint Mary. Pero hay que decir que los primeros años fueron años de muchas peripecias. Había un gran prejuicio contra los católicos en un entorno mayoritariamente protestante, y de manera especial eran mal vistas las religiosas, que significaban la educación católica de la juventud. Un devastador incendio destruyó una cosecha completa, dejando a las hermanas desprovistas de subsidios. Hubo enfermedades y muertes entre las hermanas. Y lo que más hirió el corazón de la madre: se rompió el lazo con la casa madre de Ruillé a causa de diferentes malentendidos, y se vio así la madre al frente de una congregación independiente. Ella entonces escribió:

«Si alguna vez esta pobre y pequeña comunidad logra asentarse definitivamente, lo hará sobre la Cruz; eso me infunde confianza y me brinda esperanza, aun frente al desamparo».

Madre Teodora nunca se desanimó. Ella cultivó el abandono en las manos de Dios y la más estrecha unión con Él. Dejó escrito:

«Un perfecto abandono de nosotros mismos en todas las cosas para el futuro requiere gran coraje, pero nosotros necesitamos aspirar a ello.

Date generosamente a Dios con todas tus pertenencias. Oh, ¡cuántas gracias serán fruto de este abandono!

La paz que nosotros debemos sentir en nuestros corazones no consiste en carecer de tentación sino en conservar los corazones firmes y unidos a la voluntad de Dios».

Dios premió su constancia y su firmeza haciéndole ver cómo crecía su congregación. Al momento de su muerte, había extendido su congregación por toda Indiana, y esta congregación era ya entonces una institución sólida, viable y respetada. La madre Teodora siempre atribuyó el crecimiento y el éxito de la congregación a la Providencia de Dios y a la protección de la Virgen María, de la que era singularmente devota.

Su vida personal fue muy ejemplar. Tenía la rara habilidad de hacer florecer las mejores virtudes en las personas e ir más allá de lo que inicialmente creían posible. Jamás excluyó a ninguna persona de su trato, de su afecto, de sus oraciones, sobresaliendo por su exquisita y evangélica caridad. Ella estaba feliz de haber dedicado su vida a hacer felices a los demás y llevarlos al amor de Dios. A veces fue tratada injustamente pero ello no la desanimó. Correspondió procurando ser siempre justa con todos y teniendo un sentido muy acusado de la justicia.

No había cumplido los cincuenta y ocho años de edad cuando el Señor vino a llamarla en Nemus el 14 de mayo de 1856, dejando una clara estela de santidad. Fue beatificada el 25 de octubre de 1998 en la plaza de San Pedro del Vaticano.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ANTONELLI, G , *Compendio della vita della Madre Teodora Guerin* (Roma 1924).
Bibliotheca sanctorum, t.VII, col.451.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (23-10-1998) 24.

Ufficio per le ceremonie pontificie. *Cappella Papale, presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio (...) Theodore Guerin, vergine, fondatrice della Congregazione delle Suore della Provvidenza di «Saint-Mary-of-the-Woods»*. Piazza San Pietro, 25 ottobre 1998

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CARTAGO
Obispo y abad († 638)

Mochuda, hijo de Fingen, nació hacia el 555 en el actual condado de Kerry, Irlanda. Se formó junto al obispo Cartach o Cartago, cuyo nombre tomó por devoción a él, y por él fue también ordenado presbítero.

Ya sacerdote, se retiró con algunos compañeros al desierto de Kiltulagh para llevar vida eremítica. Por la oposición del clero esta fundación no se consolida y pasa un año entonces en el monasterio de Bangor, fundado por San Comgall. Luego de visitar varios monasterios fundó en 595 el de Rahan en el condado de Westmeath y aquí se le juntó un buen número de monjes deseosos de seguir una senda estrecha de perfección evangélica. Para estos monjes escribió una Regla en la lengua del país, compilándola de antiguas tradiciones monásticas. Consagrado obispo presidió en calidad de tal el monasterio y los pueblos de alrededor.

Pero en 635 y por razones que no están claras, él y su comunidad fueron expulsados de Rahan y se marcharon, junto con los enfermos de un hospital que había fundado, a un lugar junto al río Blackwater. Aquí fundó el célebre monasterio de Lismore y a su alrededor se formó la ciudad de Lismore Castle, de la que él fue el primer obispo. Lleno de méritos y alabado por todos como santo murió el 14 de mayo de 638, habiendo tenido el gozo de dedicar la iglesia catedral.

SAN EREMBERTO
Obispo († 672)

Procedía de Villioncourt, Seine-et-Oise, Francia, donde había nacido hacia el 615 en el seno de una familia rica.

En su juventud pasa a la corte, donde sirve sucesivamente a los reyes Clodoveo II y Clotario III, que lo estiman sinceramente. Pero él prefiere servir a Dios a permanecer en la corte e ingresa en el monasterio de Fontanelle, siendo abad del mismo San Vandregisilo.

Estaba en el monasterio llevando la vida retirada propia de los monjes cuando el rey pensó en él para la sede episcopal de Toulouse, que efectivamente debió ocupar. Lo hizo lo mejor que supo, pero en 651 decidió dimitir del episcopado, al parecer por problemas de índole política. No parece estuviera dispuesto a entrar en la problemática política y prefirió dimitir.

Una vez dejado el episcopado se fue a su tierra natal, donde construyó un pequeño monasterio con su iglesia que dedicó a San Saturnino, el patrono de Toulouse. Para hacer la profesión monástica pasó a Fontanelle, de donde era abad San Lamberto.

En el monasterio procuró ser como abad el ejemplo de los demás monjes. Como, según algunos, fue a este abad San Lamberto al que el dimisionario obispo dirigió su profesión monástica, ha podido pensarse que en su etapa anterior en el monasterio no la había hecho. Tal vez por ello otros presentan su vida como si de la corte hubiera pasado al episcopado. Murió el 14 de mayo de 672. Su cuerpo fue llevado el año 704 a Fontanelle, donde el pequeño monasterio fundado por Eremberto quedó como un priorato.

BEATO GIL DE VAOZELA

Presbítero († 1265)

La vida de este santo está llena de leyendas, por debajo de las cuales la actual hagiografía intenta encontrar la verdad histórica.

Era portugués, hijo del gobernador de Coímbra, y nace en Vaozela hacia el año 1187 en el reinado de Sancho el Grande. Como hijo tercero, no fue destinado a la milicia ni a la política sino a la Iglesia, y se le envió, por tanto, a estudiar a la Universidad. Su padre consiguió de la corte portuguesa que se nombrara canónigo al joven y se le dieran otros beneficios eclesiásticos.

Pero él no era aficionado a la teología ni a las demás ciencias religiosas. Era a la voluntad de su padre y no a la suya a la que se debía su adscripción al estado eclesiástico. Le importaba la química y la alquimia, y por ello, en vez de ir a estudiar a París como se le proponía, o luego de estudiar en París, como dicen otros biógrafos suyos, prefirió marchar a Toledo. Aquí cayó en las garras de la nigromancia y de la magia negra, y se cuenta que llegó a entregar su alma al diablo en un documento escrito con su sangre.

Dios tuvo misericordia de él y, pasado un tiempo, sintió la necesidad interior de abandonar la magia negra y para ello se propuso quemar los libros de brujería, como efectivamente hizo, dejar Toledo, y volver a su casa. Pero, errando el camino de vuelta a casa, llegó a Palencia. Y aquí le esperaba la vocación religiosa, decidiéndose por los dominicos.

Agradecido a Dios que le había mostrado su misericordia, comenzó a llevar una vida de rígida penitencia. Una vez ordenado sacerdote y destinado a Santarém, se esforzó en llenar la vocación dominicana, predicando con celo la palabra divina y arrancando del pecado a innumerables almas, poniendo por delante su propio ejemplo de pecador sinceramente arrepentido.

Llegó a ser provincial de su Orden, cargo del que luego dimitió, no sin antes haber hecho largos y sufridos viajes para inculcar en todos los conventos la más estricta observancia regular. Multiplicó los monasterios y se granjeó el afecto de la corte portuguesa. Cuando los trastornos ocurridos en Portugal en tiempos de Sancho II, él quiso ser ángel de paz y servir de consuelo al desgraciado monarca. Alfonso II, por la veneración que sentía por él, dispuso la construcción del convento lisboeta de Santo Domingo. Nuevamente elegido provincial, viajó por España y llegó hasta las islas Baleares. Luego consiguió que su autoridad se restringiera a los conventos del reino de Portugal. Vivió años en Santarém, donde su figura se rodeó del respeto y afecto de todos los fieles, que veían en él un religioso humilde y penitente, al que se decía era posible contemplar a veces en éxtasis. Murió el 14 de mayo de 1265. Su culto fue confirmado el 9 de mayo de 1748.

15 de mayo

A) Martirologio

1 En Lampsaco (Helesponto), los santos Pedro, Andres, Pablo y Dionisia (s III), martires
2 En Auvergne (Aquitania), los santos Casio y Victorino (s III), martires
3 En Cerdeña, San Simplicio (s III IV), presbitero
4 En Larisa (Tesalia), San Aquiles el Taumaturgo (s IV), obispo
5 En Autun (Galia Lugdunense), San Reticio (s IV), obispo *
6 En Etiopia, San Caleb o Elesbaan († 560), rey y luego monje *
7 En Septempeda del Piceno (Italia), San Severino, obispo (fecha desconocida)
8 En Bingen (Austrasia), San Ruperto (s VIII), ermitaño *
9 En Cordoba (Andalucia), la conmemoracion de San Witesindo († 855), martir *
10 En Madrid, San Isidro († 1130), labrador **
11 En Aix en Provence, Beato Andres Abellon († 1450), presbitero, de la Orden de Predicadores **

B) Biografias extensas

SAN ISIDRO
Labrador († 1130)

El culto de los santos tiene en la Iglesia catolica una funcion específica de *ejemplaridad* La perfección obliga a todos y cada uno según su estado y condición De ahí que la Iglesia presente a sus santos como hombres llamados a la santidad que correspondieron heroica y generosamente a este llamamiento divino Precisamente porque son ejemplares de vida auténticamente cristiana, la Iglesia no se prodiga en admitir y canonizar toda esa serie incalculable de prodigios que los hagiógrafos de épocas pasadas han atribuido, y no pocas veces piadosamente inventado, en favor de sus héroes divinos La Iglesia no confunde la santidad con los portentos, no teme decir que sus santos tenían todas las caracteristicas de los hombres corrientes, si bien insiste en que han calado en toda su realidad el imperativo evangélico de «Niegate a ti mismo y sigueme»

Porque la misión específica de los santos es de ejemplaridad, y la urgencia de «sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» es de tanta actualidad hoy como ayer; en el santoral católico aparecen santos de todas las edades y de todas las condiciones, santos de sotana y santos de hábito, santos con coguilla y santos de cabeza descubierta, trajeados a la antigua y con pantalón y chaqueta, militares y civiles, profesionales y artesanos, mantos reales y abarcas polvorientas. Aparecen santos de carácter fuerte y enérgico, santos de carácter dulce y apacible, solitarios y metidos en sociedad, con marcado sentido del humor y retraídos, santos de ciencia y santos iletrados. Cada uno con su idiosincrasia, con sus formas sociales y sus cualidades intelectuales y temperamentales; pero, a la vez, todos ellos con un denominador común: *vocación decidida a la santidad.* Quisieron y fueron santos.

El equilibrado y sereno criterio de la Iglesia los presentará con sus legítimos sentimientos de seres humanos y sus notas de hombres comunes. Hablará de santos que, cansados de recorrer tierras extrañas, casi resulta imposible fijarles una patria política. Son ciudadanos del mundo, pero auténticos patriotas, con un patriotismo inspirado en su fidelidad a la tierra que les vio nacer. Fieles a su patria, el patriotismo de estos hombres de Dios y voceros de Cristo resulta ser el mejor antídoto para curar nuestras miopes concepciones de la patria. Su patriotismo no podrá ofrecerse como mercancía política ni enarbolarse como bandera de resentimientos nacionales, porque se alimenta de la sangre divina de Cristo y está iluminado por su eterna verdad, que fue dada gratuitamente como patrimonio a la humanidad, sin distinción de razas ni limitación de fronteras. Estriba en el dogma de la comunión de los santos, por el que todos los hijos de Dios se sienten unidos por los vínculos sagrados de la caridad.

Presentará también la Iglesia a sus hijos viadores, santos que nunca traspasaron los límites de su aldea, santos de «un solo paisaje», pero que en el candor de sus ojos llevarán inconfundible a sus semejantes «el camino, la verdad y la vida de Cristo». Presentará a santos que sienten la nostalgia del terruño, encariñados con sus pobres instrumentos de labor, que sufren ha-

biendo de abandonar su aldea forzados por las circunstancias. Entre éstos aparece, un tanto difuminado por la hagiografía, tal vez en demasía piadosa, pero real e histórico en sus rasgos fundamentales, San Isidro, labrador, celestial patrono de la capital y de las hermandades de labradores y ganaderos de toda España.

De no haberse dejado llevar sus historiadores por esa tendencia, piadosa, pero muy poco objetiva, de presentar a los santos como seres de especie superior, nimbados con el halo del portento, no resultaría tan difícil trazar hoy su semblanza conforme a la realidad y a la historia. Con lo eficaz y provechoso que sería presentar a los trabajadores del campo de nuestra edad un colega suyo, de su mismo oficio, ganando el pan de cada día con el sudor de su frente y el esfuerzo de sus brazos, sufriendo con entereza varonil y fortaleza cristiana los golpes de la envidia, «poniendo amor donde había odio, perdón donde había ofensa, unión donde había discordia, esperanza donde había desesperación, alegría donde había tristeza». Acaso el ejemplo de un santo con hábito talar lo miren con indiferencia y gesto de ironía los hombres de hoy. Esos hombres a quienes anima un espíritu excesivamente crítico, para quienes los valores espirituales, si cuentan, son sometidos a la balanza de los intereses humanos, para quienes la santidad es una actividad exclusiva de una profesión que casi no se diferencia de otras ocupaciones humanas. Sin embargo, el de un santo con abarcas rotas, con la aguijada en la mano, delante de sí una yunta y un arado y ante sus ojos un campo que no es propio, sino ajeno, no podrá menos de impresionar y, en su muda elocuencia, de llevar a esas inteligencias, incultas unas y nubladas otras, destellos de luz divina, y a esos corazones triturados y sedientos el agua pura de la esperanza y de la resignación.

Ocupaba el trono de Castilla don Alfonso el Bravo cuando en la villa de Madrid, diócesis entonces de Toledo, nació San Isidro. Se ignora a punto fijo el año de su nacimiento, pero parece ser que tuvo lugar entre 1080 y 1082. Tampoco se sabe la parroquia donde recibió el agua del bautismo, si bien se cree que fue en la parroquia de San Andrés. Seguramente que le pusieron Isidro, síncopa de Isidoro, en memoria del gran arzobispo de Sevilla.

Sus padres, pobres en bienes de fortuna pero ricos en virtud, inculcaron desde los primeros años en su hijo el santo temor de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. La precaria situación económica en que los progenitores de Isidro se encontraban obligó a éste a dedicarse desde muy joven a las rudas faenas del campo. Gregorio XV afirma que «nunca salió para su trabajo sin antes oír, muy de madrugada, la santa misa y encomendarse a Dios y a su Madre Santísima». Asegura a su vez que, a pesar de su labor fatigosa, jamás dejó de cumplir con los ayunos y vigilias de la Iglesia.

Huérfano y solo en el mundo, el joven Isidro se alquiló como bracero de un señor de Madrid apellidado Vera. Su fidelidad y nada vulgar espíritu de trabajo le mereció muy pronto la preferencia y simpatía de su amo. Envidiosos sus compañeros de la estima en que su común señor le tenía, acudieron a la censura y a la intriga, acusándole de que, en vez de trabajar, se dedicaba a la oración. Con elegancia cristiana perdonó el pobre huérfano «cumplidamente» a sus acusadores.

Cuando Alí, rey de los almorávides, venció a Alfonso el Bravo y penetró con un formidable ejército por tierras de Toledo, apoderándose de Madrid, el miedo obligó a huir a aquellos pacíficos y laboriosos campesinos. Isidro corrió entonces la suerte de los emigrados. Se detuvo en Torrelaguna, donde tenía algunos lejanos parientes. Allí se puso al servicio de uno de los grandes terratenientes de la localidad. No tardaron sus compañeros de labor en volver a hacerle blanco de injustas acusaciones, hasta el extremo de que su amo, fácil a la intriga e ignorante de la virtud de su nuevo criado, hubo de someterle a la humillación de la prueba y a exigir de él más rendimiento que de los otros. Isidro soportó paciente y con humildad la vileza de las acusaciones y la injusticia de la prueba; pero defendió su honradez con entereza y dignidad. Era costumbre en Castilla que el señor entregase, en concepto de salario, a sus criados una porción de tierra, que se decía *pegujal,* a fin de que con sus frutos pudiesen decorosamente vestirse. Isidro trabajó su pegujal con tan buena fortuna, que obtuvo de su campo cuantioso grano. Esta circunstancia agravó la ya mala disposición de su patrono, trabajada por la maldad de los envidiosos Advirtiólo el santo y

sin animosidad, pero con noble gesto, calmo sus iras, diciéndole: «Tomad, señor, todo el grano. Yo me quedaré con la paja». Dios se encargó de confundir la envidia de los unos y la codicia del otro, multiplicando milagrosamente el poco trigo que entre la paja había quedado.

Estando en Torrelaguna, Isidro contrajo matrimonio con una joven del pueblo de Uceda. La historia la conoce con el nombre de Santa María de la Cabeza, no porque éste fuese su apellido, sino porque, después de su muerte, su cabeza fue trasladada a una ermita de Nuestra Señora, situada no muy lejos de Torrelaguna.

Acaso por la incomprensión de su amo y, a su vez, llevado por la nostalgia de su pueblo natal, nuestro santo labrador, acompañado de su joven esposa, hubo de trasladarse definitivamente a Madrid. De nuevo en la villa que le vio nacer, trabajó las tierras que Juan de Vargas tenía en una localidad vecina, donde se dice que le nació su primero y único hijo. Satisfecho Vargas de la laboriosidad y honradez de su colono, le puso muy pronto al frente de toda su hacienda, en su mayor parte encuadrada en el término de la villa madrileña. Ya San Isidro no volvió a abandonar su tierra, viviendo, al parecer, hasta una edad avanzada que nos resulta imposible de concretar.

En esta época es cuando sus biógrafos colocan el tan conocido milagro de los ángeles. Sus émulos no cejaban en la persecución, y Vargas hubo de cerciorarse de la inocencia y santidad de su mayoral, viendo con sus propios ojos que, mientras Isidro oraba, dos ángeles vestidos de blanco conducían la yunta con que el araba.

San Isidro es la personificación de las virtudes populares. Su vida, sencilla y metódica, podría escribirse en muy pocas líneas, de no ser tantos los milagros que se le atribuyen. Si bien es cierto que todos los biógrafos lo presentan nimbado con esa aureola de portento difuminada entre rasgos de piadosa leyenda, la realidad histórica y humana de su vida no puede precisarse, ya que no existe, por desgracia, ninguna crítica; con todo, a la luz de la bula de su canonización pueden fijarse como características y virtudes culminantes del santo la fidelidad a sus amos, el espíritu de trabajo armonizado con una intensa vida de oración,

la humildad y la fortaleza en sufrir las injustas acusaciones y defender su honradez y su gran caridad para con los pobres necesitados, a quienes diariamente hacía partícipes de su sencilla y frugal mesa. Todo ello habla muy alto de la nobleza de su alma y de la reciedumbre de su espíritu castellano y profundamente evangélico.

Próximo a expirar «hizo humildísima confesión de sus faltas, recibió el viático y exhortó a los suyos al amor de Dios y del prójimo». Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de San Andrés, y, a pesar de permanecer allí expuesto a las inclemencias del tiempo durante cuarenta años, se conservó incorrupto, exhalando suavísimo olor, dice el documento pontificio. Un amigo suyo lo trasladó, a expensas propias, del cementerio común a la iglesia donde se dice fuera bautizado.

Por los años de 1163 fue visto y examinado su sepulcro por delegados de la sede apostólica, y dieron fe, según testimonio de la misma bula, de su incorrupción. A instancias del rey Felipe III, cuya milagrosa curación la atribuía al Santo, fue beatificado por el papa Paulo V. Tres años más tarde, Gregorio XV lo canonizó.

Goya dejó a la posteridad un hermoso cuadro de San Isidro, que se conserva en la Biblioteca Nacional. El gremio de plateros de Madrid costeó la rica urna de plata que guarda sus preciosos restos, expuesta a la veneración del público en la catedral madrileña que lleva su nombre.

SALVADOR BALTAR, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., 15 de mayo· *Vita*, por. E. DE ZAMORA.

Acta sanctorum (Roma 1866) t.III, cols.505-546.

FITA, F., «Edición crítica de la *Vita*, de E. de Zamora»: *Boletín de la Academia de la Historia* 9 (1889) 102s

GARCIA VILLADA, Z., *San Isidro Labrador en la historia y en la literatura* (Madrid 1922)

JUAN DIÁCONO, *Vida y milagros del glorioso S. Isidro el Labrador, hijo, abogado y patrón de la real villa de Madrid* (Madrid 1622).

VEGA CARPIO, L. DE, «Isidro, poema castellano de Lope de Vega Carpio.. en que se escribe la vida del bienaventurado Isidro, labrador de Madrid y su patrón divino, dirigida a la muy insigne villa de Madrid (Madrid 1602)», en *Obras completas de Lope de Vega*, I: *Obras no dramaticas* (Madrid 1965).

• Actualización:

MORENO CHICHARRO, F., *San Isidro Labrador* (Madrid 1992).

ROS, C., *Vida de San Isidro Labrador* (Madrid 1993).

BEATO ANDRÉS ABELLON

Presbítero († 1450)

Andrés Abellon, dominico francés, nació y se santificó en San Maximino, en la Provenza francesa, y en otros conventos del entorno dominico dependientes de este famoso lugar de veneración y de piedad. Los datos quedan oscuros con respecto a sus orígenes. Pero es probable que su nacimiento tuviese lugar el año 1375 y es seguro que en el 1450, al morir, una merecida fama de hombre culto, de artista, de prior honesto y austero, sobre todo de santo, le arrulló en el sepulcro durante siglos y como recuerdo de sus correrías apostólicas y de sus servicios eclesiales.

San Maximino, o «Saint-Maximin-la-Sainte-Baume», como se le conoce en Provenza, se encuentra en el Departamento de Var, a 318 m. de altitud, en una hermosa región fecunda y agradecida en las cercanías de los Alpes. Se halla camino de la Costa Azul, a 20 kms. al norte de Marsella y muy cerca de Aix, la ciudad de los monumentos medievales y de la universidad más significativa de la región sur de Francia. Al terminar el siglo XX, tenía una población de unos 12.500 habitantes. En el siglo XV estaba en torno a los 5.000. En esta localidad hermosa como pocas, en la llanura llamada de Saint-Maximin, es donde discurrió la mayor parte de la vida de un hombre bueno, serio y apostólico, dominico de pro y cristiano de oro, que los habitantes del lugar veneran todavía con respeto y admiración.

En el recuerdo de los tiempos medievales y renacentistas es donde descansa la grandeza de este antiguo condado de Provenza. Unas ruinas de fortaleza romana anuncian lo importante que fue desde antiguo y su castillo de los tiempos de Raimundo Berenguer recuerdan que fue este valiente y noble el que declaró a la localidad «villa real» y lugar de nobleza histórica. Una serie de capillas dependen del templo central de la villa, el que fuera en otros tiempos convento de San Maximino. Eran éstas las capillas rurales de Saint-Mitre, de Saint-Jean y de Sainte-Marie. La devoción a San Maximino viene de los primeros tiempos, pues fue el primer Obispo de Aix-en-Provence, que predicó en la región el cristianismo. Su sepulcro se conserva allí con devoción.

La capilla más significativa era la de «Sainte Baume», que en provenzal se personaliza en femenino, pero que alude a la «Gruta del Santo Balsamo» y recoge la tradición de que allí estuvo haciendo penitencia la Magdalena evangélica, amiga de Jesús y hermana de Lazaro y de Marta, que, además, se identificaba con la pecadora arrepentida que derramó el bálsamo sobre los pies de Jesús anunciando su sepultura.

La tradición más arcaica ha hecho de este lugar, a 20 kms. de San Maximino y a 40 kms. al este de Marsella, un centro de peregrinaciones. La gruta se halla en la ladera del St. Pilon, de unos 1.000 m. de altura. En el bosque inferior de la ladera hay una hospedería atendida por los dominicos desde antiguo. El lugar, escondido entre las altas montañas y fecundos valles, se presta a la piedad y a la peregrinación. Allí llegaron el rey San Luis, Ana de Austria, Luis XIV, entre otros peregrinos ilustres. Por eso la «Sainte Baume» tuvo siempre atención religiosa protegida por reyes, nobles obispos y, sobre todo, peregrinos.

El convento en el que se localiza la historia del Beato Andrés Abellon es el de San Maximino, antigua sede de los dominicos y ricamente dotado por el Conde, y también Rey, Carlos II d'Anjou. De él dependía la Sainte Baume y en él se multiplicaban las acciones litúrgicas (misas votivas, limosnas, exvotos) y las atenciones espirituales a los peregrinos. Sin ese factor no es fácil entender la primera etapa de la acción evangelizadora del Beato Andrés Abellon.

Era un convento construido y dotado por los condes de la Provenza primero y por los reyes de Francia luego. Tierras, riquezas, privilegios y derechos constituían sus recursos para albergar una numerosa comunidad dominica. Lástima que los avatares revolucionarios de 1789 expulsaran a sus viejos habitantes y destruyeran muchas de las obras por ellos allegadas y dejadas al llegar su diáspora.

En esta villa de San Maximino nació Andrés Abellon hacia 1375, aunque quedan pocos datos de sus orígenes y circunstancias familiares. Sí se sabe que era de familia desahogada y que perteneció a los llamados niños de Santo Domingo, que tal vez era una asociación piadosa que recogía a los pequeños destinados para obras de piedad y para embellecer el culto del santua-

rio. Casi es seguro que entró en la Orden de Predicadores cuando tenía unos 15 años, en el llamado Convento de Santa María Magdalena anexo al santuario de San Maximino.

Sólo en 1403 aparece por primera vez su nombre como religioso ya del convento y con pocos datos biográficos, pues lo humano quedó eclipsado en la referencia de los cronistas, al centrar ellos su interés en sus acciones de celo predicador, en su admirable erudición al enseñar, en la habilidad para gobernar y en la sensibilidad de artista que iba dejando por las diversas pinturas religiosas que de él se conservan. Es de suponer que, dada su cultura y erudición, tuvo que tener muy buena formación y, desde luego, estuvo dotado de clara y brillante inteligencia.

Estudió artes liberales. En 1403, con 28 años, ya figuraba entre los que habían obtenido el bachillerato en teología en la Orden de Predicadores. El Capítulo de Palencia de ese año le designó para explicar el *Libro de la sentencia* en Avignon. Luego, en 1408, se le otorgaba ya el título de Maestro en Sagrada Teología. Impartía lecciones en su cátedra de la prestigiosa Universidad de Aix. Ello indica que había seguido cultivando la ciencia y obteniendo grados y méritos. Se le comenzó ya a denominar «Maestro Andrés» y fue cobrando reputación de sabio y prudente. En alguna iconografía que de él queda de esos años, como la que aparece en el retablo de la Iglesia de la Magdalena de Aix, se le representa con el bonete de doctor.

Para 1415 había actuado durante unos años ya como vicario de Hugues de Clapiers, aunque no se sabe por cuánto tiempo. A partir de estas fechas, tuvo que hacer compatible su labor de docente altamente apreciado con las tareas de gobernante eficaz y cuidadoso de la vida de los frailes y del mantenimiento de las obras de San Maximino. En octubre de 1419, tenía entonces los 44 años, fue elegido prior del convento, reemplazando a Jacques Guichard, que se alegró de tener un sucesor de tal categoría. La aprobación real para que ocupara el cargo tiene fecha del 20 de octubre. Y por esos mismos días, el superior provincial de la Provenza, Bartolomé Texier, pronto elegido maestro general de la Orden, le confirmó en el nombramiento.

En esos momentos suponía el gobierno personal y material de la casa, en la que habitaban tal vez hasta medio centenar de

frailes, una carga singular por la situación difícil que atravesaba la Iglesia y la región de la Provenza. Eran los años del cisma de Occidente (en el Concilio de Pisa, en 1409, se llegó provocar la existencia de tres papas), hecho que dividía a la cristiandad y minaba la autoridad de todos los dirigentes: de los cardenales, de los obispos, de los deanes catedralicios y de los abades y priores monacales y conventuales.

Además de esas miserias espirituales y eclesiales, por las regiones en las que el beato predicaba y tenía sus intereses conventuales San Maximino se cernía una oleada de peste. De ser verdad lo que dice un cronista, sólo en la Provenza y en el norte de España la peste se llevó por delante en pocos años unos mil frailes dominicos, además de poblaciones enteras que en las zonas rurales desaparecían. Eso hacía a los aterrorizados habitantes aptos para los sermones de consuelo y sensibles a los gritos de penitencia de los predicadores.

La vida de los conventos se deterioró por ambos motivos: por la indisciplina de quienes se negaban a obedecer y por las muertes originadas por la peste. Ante la ausencia de religiosos, se hacía fácil la entrada de cualquiera que lo demandara. En San Maximino se admitieron sujetos poco aptos para la vida de predicadores modélicos y bien preparados, al igual que había acontecido en otros conventos que tenían el riesgo de quedar despoblados.

En medio de la desolación general, parece que el Convento de San Maximino se mantuvo regular y exigente gracias a sus priores. Y uno de ellos fue el maestro Andrés, que tenía ya el ascendiente suficiente para imponer las decisiones más convenientes. La labor de reforma del monasterio que comenzó, o tal vez continuó, discurrió con serenidad pero con autoridad. Tuvo que expulsar del monasterio a algunos religiosos cuyas costumbres dejaban mucho que desear. Tuvo de su parte a la reina. Y se escudó en las consignas del maestro Bartolomé Texier.

Los testimonios acreditan que lo hizo de forma noble y persuasiva, sin poder evitar la dureza y el castigo contra algunos jóvenes religiosos recalcitrantes, pero siendo condescendiente, tolerante y liberal, como buen dominico. Todos los testimonios que existen son laudatorios para su gestión directiva. Firme y

cumplidor de los deberes, el prior de San Maximino fue modelo de otras instituciones alteradas por el mismo mal y fue animador de diversos conventos que reclamaron su servicio de pacificador y reformador. Fray Andrés perseguía no sólo la buena conducta de los religiosos, sino la acción edificante para el pueblo que acudía en tropel a pedir oraciones y conjuras contra los castigos celestes, mediante los sacrificios y las ofrendas y veía en los religiosos pararrayos divinos en las desgracias.

Todos quedaron satisfechos de su labor al terminar su primer mandato, pues fue elegido por unanimidad para los siguientes cuatro años en 1421 y de nuevo para otro cuatrienio en 1425. Aunque hubiera podido continuar en el cargo, pues el convento tenía el privilegio de no realizar elección de prior si el que ocupaba el cargo no lo quería, fray Andrés relegó el oficio, que lo era más que beneficio, al terminar su tercer período y no admitió ser reelegido.

Y es que su labor no era sólo pastoral y espiritual, sino también de defensa de los bienes materiales que pudieran sostener a la numerosa comunidad. Existen documentos sobre los pleitos que entabló, como el que reclamó y ganó ante los tribunales por el legado que el rey Luis II, recién fallecido, había dejado en su testamento al convento. La reina, que gobernaba la Provenza en nombre de su hijo menor de edad, le hizo donativos importantes para la «Sainte Baume» en sufragio del alma de su esposo, con la condición de que cinco sacerdotes y dos hermanos, bajo la dirección de un vicario, se hicieran cargo de la gruta y se mantuvieran dependientes del propio convento. Esa fundación de piedad en la «Sainte Baume» es del 19 de diciembre de 1419.

Otro asunto fastidioso le vino heredado. Tuvo que resolver en los días de su gobierno el destino de una donación de Geoffroy de Buoci. Viajó fray Andrés a Avignon y aclaró las condiciones con el noble donador. El 16 de abril de 1420 quedaba el asunto zanjado mediante la fundación de una misa perpetua en la «Sainte Baume», en sufragio de la primera esposa de ese noble señor. También tuvo que litigar con las autoridades de la cercana localidad de Brigoles para conservar un beneficioso acuerdo sobre aguas. Las autoridades querían eliminar unilateralmente un privilegio y fray Andrés hubo de acudir a los tribu-

nales para que el convento mantuviera sus recursos, llevando la mejor parte en la acción de la sentencia.

Cuando fue al Capítulo provincial del Bezières en 1429, vio aprobada con alabanzas su gestión de signo reformador, su cuidado de los bienes materiales del convento y la atención que prestaba a la «Sainte Baume» y a los peregrinos que acudían a tan santo lugar para hacer penitencia.

Pero los asuntos materiales no aminoraron sus inquietudes, ya que ellas estaban en terrenos más espirituales. Le quedaba siempre tiempo para salir a predicar la palabra divina por los poblados y por las iglesias de los alrededores y de las ciudades vecinas. Al mismo tiempo que cuidaba los deberes pastorales de predicador y los bienes materiales como buen administrador, y se preocupaba de seguir cultivando y haciendo que sus frailes desarrollaran sus aptitudes intelectuales.

El maestro Andrés tenía muy claro que la cultura es condición de la predicación y sus religiosos eran predicadores. Trató de que los religiosos llevaran vida de estudio dotando magníficamente la Biblioteca y exigiendo vida retirada, de meditación y lectura, de serena reflexión y oración. Puso su corazón en la hechura del claustro del convento y emprendió, o continuó, obras de mejora para que fuera lugar de silencio, de trabajo y de quietud de quien estudia, escribe, medita y se dispone para luego predicar Por eso lo dispuso de tal forma que en poco tiempo quedó preparado como el claustro más bello y piadoso de la región.

Hizo con su propia mano muchas pinturas, como murales de ornamento y cuadros de piedad, para la iglesia conventual propia y para otras cercanas. Su estilo resultaba piadoso e inspirado y sus obras salían de sus pinceles llenas de serena majestad, a imitación de otro ilustre dominico, fray Angélico de Fiésole, que por aquellos años también dejaba su delicada creatividad en San Marcos de Florencia. No es fácil dilucidar el número de obras pictóricas que dejó en diversos lugares en los que discurrió su dilatada vida. La firma de Andrés se encuentra en varias formas y momentos y puede ser que no todo fuera suyo. Pero lo que resulta claro es que, en sus ratos de ocio, fabricaba con facilidad frescos y óleos de gran mérito artístico y por eso perdurables.

La crítica reciente le atribuye con seguridad, o con alta probabilidad, frescos del monasterio y de conventos cercanos, algunas pinturas de retablos de iglesias y piezas hoy en museos de catedrales e iglesias de la región. Esas producciones se movieron en tres centros de interés, determinados por la vida de Jesús y de la Virgen (la natividad, Jesús expulsando a los mercaderes, la adoración de los magos, presentación en el templo, la crucifixión, los peregrinos de Emaús), por la temática dominicana que le era tan familiar y entrañable (Virgen dando el rosario a Santo Domingo, San Pío V recitando el rosario ante la batalla de Lepanto, Santo Tomás de Aquino, Santa Rosa de Lima, Santa Catalina de Siena), y el tercer sector motivado por su afecto a cuadros hagiográficos que fueron numerosos (Martirio de San Pedro de Verona, San Luis rey, San Raimundo de Peñafort, San Jacinto).

La tónica de estas obras es la fantasía típica de los estilos renacentistas incipientes, la originalidad en la concepción escénica, gran variedad de detalles que denotan un fino espíritu observador, sobre todo la sensibilidad espiritual y el sentido popular de la devoción expresada en los rostros, en los gestos, en las formas sugestivas de los personajes.

Ante sus cuadros, ante sus explicaciones de cátedra, ante sus pleitos, ante sus frecuentes predicaciones, no queda la menor duda de que el Beato Andrés fue un hombre sumamente ocupado. Pero su espíritu estaba por encima de sus obras. Y por eso se le miraba como modelo, pues se entregaba con fidelidad a la oración, era admirablemente austero, se comportaba con una generosidad sorprendente, siempre vivía de buen humor. Como buen hermano de una Orden de Predicadores su mayor inquietud se movió en relación con la predicación.

Al terminar su período en San Maximino, fue designado por el maestro general de la Orden, fray Bartolomé Texier, como prior del convento de Arlés, con el fin de continuar la reforma que había iniciado en San Maximino. Tuvo que cambiar de metodología, pues el grupo de este convento no estaba muy dado a la austeridad y a la renuncia a las cosas del mundo. Había un gran desorden en la casa, y el beato hizo lo posible, dando prueba de tolerancia y de capacidad de acomodo a las condiciones

del lugar. Dejaba de exigir cuando se llegaba a las fronteras del conflicto y trataba de persuadir a los más resistentes. Supo ser fuerte unas veces y ser humilde para resignarse a no conseguir todos sus objetivos.

Allí estuvo hasta 1432. El 29 de diciembre de ese año dejó el convento de Arlés y fue nombrado fray Eleazar Barthelemy, que recogió su siembra y pronto pudo poner en orden las cosas. En 1438, el convento de Aix le eligió por prior con el solo objetivo de retenerlo en la localidad y evitar su partida. Hizo lo mismo que en los conventos anteriores, es decir, lo que pudo. Consta en las crónicas que era el primero en cumplir lo que exigía y era enormemente paternal con las personas y suave ante sus debilidades.

En 1444 Andrés Abellon obtuvo el permiso para residir en el convento de Marsella, adonde había ido el P. Eleazar para realizar la reforma. Estuvo hasta junio de 1448 en que la comunidad de Arlés le eligió de nuevo prior y reclamó su presencia. Pero él ya se resistió y obtuvo que el Padre provincial le permitiera seguir en Marsella, donde llevaba una vida de intensa predicación.

Los testimonios que quedan de sus correrías apostólicas por la región son aleccionadores. Su palabra era clara, fácil y sólida. Cautivaba a las gentes sencillas, pues sabía diferenciar la erudición que reclama la cátedra de la unción que requiere la predicación al pueblo. La palabra pronunciada con erudición tal vez hace bien en ocasiones. Pero la dicha con profunda piedad llega a los corazones siempre. Y ese tipo de palabra era la que salía de sus labios.

Su fama de gran predicador, persuasivo y humilde, comenzó a ir acompañada en ocasiones de sorpresas. Determinados signos milagrosos le dieron algo más que ardor evangelizador. Las gentes comenzaron a entender que un carisma misterioso y singular irradiaba de su persona y acudían en tropel a escucharle y hacerle peticiones, sobre todo de curaciones de enfermos. Los «milagros» y los «portentos» fueron los mensajeros que se encargaron de atraerle muchedumbres de gentes sencillas que acudían.

Las crónicas le reflejan como un hombre lleno de oyentes cuando elevaba su voz en las iglesias y en los campos. Así acon-

teció en la cuaresma de 1419, que predicó en Aix. Y de nuevo en 1428 en que predicó durante el Adviento. En esta ocasión tuvo tantos oyentes, que hubo de seguir con sus predicaciones durante una parte del 1429. El arzobispo Ammo Nicolai, que lo era desde 1422, era quien más le reclamaba para su tarea de pastor. En 1448 fue una de las últimas veces que la ciudad de Aix contó con su predicación. Su salud se resintió y tuvo que resignarse a hablar menos y en pocos lugares. Al final de 1449 cayó enfermo. La última predicación la tuvo el 1 de mayo de 1450 y murió el 15 del mismo mes.

Al morir se le preparó un sepulcro junto al altar de la iglesia conventual de San Maximino. Y desde el momento de su sepultura, comenzó a ser frecuentado por gentes de toda condición que iban a solicitar su celeste intercesión. Una lápida les recordaba el santo cuerpo que en ella reposaba con estas expresivas palabras:

> «Aqui descansa el cuerpo del Bienaventurado Andres Abellon, de la santa orden de Predicadores, que brillo como artifice de grandes prodigios y murio el año del Señor de 1450, el 15 de Mayo Esta obra la mando hacer el Maestro Guillermo Esteban»

La espontánea veneración de los fieles se extendió por toda la Provenza. La iglesia conventual se hizo centro de peregrinaciones y desde entonces la devoción de los fieles en Aix-en-Provence se mantiene viva pues le proclama como un gran santo. La afluencia de fieles reclamaba cada vez más algo mejor que una lápida. En 1634, con autorización del obispo de entonces, se abrió el sepulcro y se le renovó con mejores materiales. En 1789 los frailes se dispersaron ante la persecución y la iglesia quedó descuidada. Pero se hizo cargo de ella un sacerdote secular que continuó como pudo los cultos y el cuidado de la distante Cueva del Santo Bálsamo.

El sacerdote que gobernaba el templo en 1800, sin que se sepa por qué, hizo desaparecer el sepulcro del Beato Andrés, pero el recuerdo del lugar exacto permaneció en miles de personas que aseguraron durante décadas que allí estaba enterrado un santo. En 1845 se restauró con gran regocijo de los fieles, que habían seguido frecuentando el lugar y muchos lo recordaban desde su infancia. En 1857 una investigación canónica res-

tauró también la confianza en la existencia de las reliquias. Se recuperó el sepulcro para el culto. Se hicieron las gestiones para que el Papa sancionara la tradicional veneración de los tiempos antiguos.

Su culto fue confirmado por León XIII por bula del 19 de agosto de 1902. Era equivalente a declararle Beato y así se autorizó y revalidó el culto inmemorial del que en vida había sabido armonizar tan hermosamente arte, predicación, ciencia y piedad profundas.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

ALBANÈS, M., *Le couvent royal de Saint Maximin en Provence de l'Ordre des Freres Prêcheurs* (Marsella 1880).
Année Dominicaine (1981) 440-452.
CORMIER, H M., OP, *Le bienheureux Andre Abellon, XIII^e prieur du couvent royal de Sainte Marie-Madeleine à Saint-Maximin* (Roma 1900).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RETICIO DE AUTÚN

Obispo († 334)

Fue obispo de Autún, Borgoña, a comienzos del siglo IV. Estuvo presente en el sínodo romano celebrado en Letrán, el año 313, por el papa San Melquíades y en el que se brindó apoyo al legítimo obispo de Cartago, Ceciliano, acosado por las maquinaciones de Donato y de su partido. Decisión ésta que sería igualmente apoyada al año siguiente por el primer sínodo de Arlés.

Fue amigo del emperador Constantino y se dice que fue este obispo el que puso al corriente al emperador de la doctrina cristiana.

Reticio sobresalió como insigne predicador de la divina palabra y su conocimiento de la Sagrada Escritura, que le valió cálidos elogios años más tarde por parte de San Jerónimo en su libro *De viris illustribus,* le dio un gran prestigio en la Iglesia de Occidente. Su memoria es igualmente evocada por San Agustín

en su *Tratado contra Pelagio* como persona de gran autoridad en su tiempo. Murió sobre el año 334. Su memoria se celebra el 15 de mayo.

SAN ELÉSBAAN

Rey y monje († 560)

Baronio introdujo en el *Martirologio romano* la memoria de este santo tomándola de los santorales de la Iglesia de Abisinia. La colocó el 27 de octubre pero la nueva edición del *Martirologio* la sitúa el día 15 de mayo, que es el día en que se celebra en la liturgia abisinia.

San Elésbaan —dice Croisset— fue el soberano más piadoso y caritativo que gobernó Etiopía y por él se extendió el evangelio por regiones que aún vivían en la oscuridad del paganismo.

Era rey de Axum, Abisinia o Etiopía, en la primera mitad del siglo VI. La historia de su reinado está conectada con la de los mártires de Nagran. Un tal Du Nuwas, rey de los himyaritas, se convirtió al judaísmo y el año 523 suscitó una feroz persecución contra los cristianos. En el curso de ella asedió la ciudad de Nagran y, no pudiendo vencerla, hizo el juramento de que si se le entregaba respetaría a los cristianos, cuya comunidad en la ciudad era muy floreciente. La ciudad lo creyó y le abrió sus puertas y el perjuro no más entrar hizo una masacre de cristianos, de todos aquellos que se negaron a abandonar el cristianismo y que fueron varios miles, empezando por el obispo Pablo. En este martirio estuvieron sostenidos los fieles por Aretas, que siendo el principal magistrado de la ciudad, invitó a todos a recibir la muerte antes que abandonar la fe. Esto ocurrió el 24 de octubre de 523.

A esta masacre quiso responder el rey Elésbaan marchando sobre Nagran y reconquistando la ciudad, y a la vuelta de esta victoria, como homenaje de acción de gracias a Dios por ella, abdicó del trono en su hijo y se retiró a un monasterio. Aquí llevó una vida de completa sencillez y despego de los asuntos mundanos, venerado por los monjes por su humildad y demás virtudes. Y en este santo régimen de vida perseveró hasta su muerte, sobre el año 560.

Acerca de la historicidad de estos datos hay que decir que parece segura la existencia histórica del santo y es asimismo un hecho que la Iglesia Etíope le ha dado culto. Hay también fuentes atendibles sobre el martirio de los fieles de Nagran.

SAN RUPERTO
Ermitaño (s. VIII)

La vida de este joven santo se conoce por los escritos de Santa Hildegarda de Bingen, que la escribió. Según ella este santo era hijo del duque pagano Robolao y de su esposa Berta, que era cristiana.

Muerto su esposo, Berta educó a su hijo cristianamente y le infundió sólidos sentimientos de piedad y religiosidad, con la ayuda del sacerdote Wigberto. El joven y su madre hicieron una peregrinación a Roma, donde decidieron consagrarse a Dios, y a su vuelta erigieron en Bingen, junto al Rin, una capilla en la que vivir como ermitaños.

El joven perseveró en esta vida sólo unos años pues a los veinte años murió, luego de haber practicado las virtudes propias del estado eremítico. Enterrados en la capilla tanto él como su madre y el sacerdote Wigberto, Santa Hildegarda, cuando fundó su monasterio en Bingen, sacó las reliquias de la ya entonces derruida capilla y las llevó a su monasterio, promocionando el culto a Ruperto, que se extendió a varias diócesis alemanas.

SAN WITESINDO
Mártir († 855)

Su martirio lo conocemos por los escritos de San Eulogio que en el libro III de su *Memorial de los santos* nos lo narra. Pero aunque da el año, 855, no señala San Eulogio el día. El *Martirologio romano* ha aceptado la fecha del 15 de mayo en que se le recuerda en Córdoba.

Witesindo era un seglar cordobés que en un determinado momento de su vida tuvo la debilidad de apostatar del cristia-

nismo y abrazar el Islam. Pero su conciencia le reprochaba la apostasía y entonces volvió al cristianismo, pero no lo practicaba sino en secreto, dejando creer a su entorno social que seguía siendo musulmán.

Pero llegó una fiesta islámica, que no se determina en la narración de San Eulogio, y fue invitado por sus amistades a participar en ella. Él, dejando atrás su clandestinidad cristiana, respondió que no participaba porque había vuelto a su cristianismo inicial. Y esto le valió que inmediatamente fuera denunciado. Declaró su fe ante el juez y se negó a volver al Islam, y por este motivo fue conducido a la muerte. Era ya un hombre anciano cuando recibió la muerte por confesar a Cristo.

16 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Uzala (África), la conmemoración de los santos Félix y Genadio, mártires (fecha desconocida).

2. En Ósimo del Piceno (Italia), los santos Florencio y Diocleciano, mártires (fecha desconocida).

3. En Persia, los santos Abdas y Ebediesus († 375-376), obispos, con treinta y ocho compañeros, mártires.

4 En Bouhy (Auxerre), San Peregrino († 304), mártir, tenido por primer obispo de la ciudad.

5. La conmemoración de San Posidio († luego del 437), obispo de Cálama en Numidia, discípulo y biógrafo de San Agustín *.

6. En Troyes (Galia Lugdunense), San Fidolo († 540), presbítero y abad

7. En Irlanda, San Brendan († 578), abad de Clonfert *.

8 En Amiens (Neustria), San Honorato († 600), obispo.

9 En Bretaña, San Carentoco (s. VII), obispo y abad de Cardighan.

10. En Palestina, el martirio de cuarenta y cuatro santos monjes en la laura de San Sabas († 614) *.

11. En Toulouse (Aquitania), San Germerio (s VII), obispo.

12. En Gubbio (Umbría), San Ubaldo († 1160), obispo *.

13. En Firmo del Piceno (Italia), San Adán († 1210), abad del monasterio de San Sabino

14. En Burdeos (Francia), San Simón Stock († 1265), presbítero, de la Orden Carmelita **.

15 En Janow, junto a Pinsk (Polonia), San Andres Bobola († 1657), presbitero, de la Compañia de Jesus, martir **

16 Junto a Munich (Baviera), Beato Miguel Wozniak († 1942), presbitero y martir *

17 En Drohobych (Ucrania), Beato Vidal Vladimiro Bajrak († 1946), presbitero, de la Orden de San Josafat, martir *

B) Biografias extensas

SAN SIMÓN STOCK

Presbitero († 1265)

Dos títulos tiene San Simón Stock que le hacen acreedor a nuestra especial atención. Él fue, a mediados del siglo XIII, el principal artífice de la presente estructura de la Orden del Carmen, antes puramente eremítica y después asociada a las religiones mendicantes consagradas al apostolado. Él es, sobre todo, quien recibió de la Santísima Virgen el santo escapulario.

Nació en Inglaterra. Desde mediados del siglo XIV las fuentes le aplican el sobrenombre «Stock», con el cual relacionan el singular género de vida que habría observado antes de entrar en el Carmelo. Dice así la redacción larga del Santoral: «Antes de la llegada de los carmelitas a Inglaterra los esperó con espíritu profético, llevando vida solitaria en el tronco de un árbol: de ahí el nombre de Simón Stock con que es llamado». Esta sobria noticia supone todo un poema de ascetismo, que los biógrafos posteriores intentaron poner de relieve con piadosas amplificaciones.

Pero hay un documento que nos invita más bien a contar a San Simón entre los cruzados y peregrinos que por aquellos tiempos tomaron el hábito en el mismo Carmelo, atraídos por la vida de oración que llevaban los solitarios del santo monte, «como abejas del Señor en las colmenas de sus celdas fabricando miel de dulzura espiritual», según hermosa frase de Jaime de Vitry († 1240). En efecto, el dominico Gerardo de Fracheto, contemporáneo de nuestro santo, después de contar una aparición del Beato Jordano de Sajonia a un religioso carmelita, acaecida en 1237, nota: «Esto lo contaron a nuestros religiosos el mismo que tuvo la vision y el prior de la misma Orden, el her-

mano Simón, varón pío y veraz». Con esta noticia concordaría el *Viridarium* de Juan Grossi, que extiende el generalato de San Simón del 1200 al 1250. Por ahora no estamos en grado ni de escoger entre las dos versiones ni de concordarlas razonablemente.

Con el agravarse de la situación de los cristianos en Palestina después de la tregua pactada por Federico II con el sultán de Egipto (1229), los ermitaños carmelitas se encontraron frente al urgente dilema de, o bien exponerse a la extinción en una tierra que iba quedando a merced de los mahometanos, o bien probar la aventura de un traslado a Europa. Algunos, «los más perfectos» (dice Grossi), tenían miedo a tal aventura por el peligro que encerraba de una alteración del propio espíritu; pero graves razones aducidas hicieron prevalecer la opinión contraria, que fue reforzada con una aparición de la Santísima Virgen (Guillermo de Sanvico). Así en 1238 empezó con carácter sistemático la emigración de numerosos carmelitas a los diversos países de Europa.

A Inglaterra se dirigieron dos expediciones, patrocinadas, respectivamente, por los barones Guillermo Vescy y Ricardo Grey y presididas por los venerables religiosos Radulfo Fresburri, e Ivo el Bretón, dando como primer resultado el establecimiento de dos conventos eremíticos, el primero en Hulne, cerca de Alnwic, y el segundo en Aylesford, en el condado de Kent. Esto sucedía entre 1241 y 1242. Fue entonces (según la primera versión antes mencionada) cuando Simón Stock, aureolado ya con la fama de eximia santidad, «dejó la vida solitaria y entró con gran devoción en la Orden de los carmelitas, que desde hacía mucho tiempo esperaba ilustrado por divina inspiración».

Ahora iba a ofrecerse a nuestro santo un campo muy vasto en donde manifestar los dones recibidos de Dios. En 1245 se celebraba, precisamente en Aylesford, un Capítulo general, el primero reunido en Europa, y en él Simón Stock era llamado «milagrosamente» al oficio de prior general, oficio que sólo entonces adquiría pleno sentido, pues antes, el prior del monte Carmelo era la suprema autoridad.

La Orden sufría en toda su gravedad las consecuencias del traslado a Europa. En el nuevo ambiente no encontraba la

amorosa acogida que seguramente habían esperado y que tan necesaria era para empezar a echar raíces. Por otra parte, la experiencia demostraba que no era fácil conservar el tenor de vida contemplado en la Regla de San Alberto y con ardiente amor abrazado por los venerables moradores del Carmelo. Simón Stock afrontó heroicamente ambas dificultades. Respecto a la primera, se esforzó por acrecentar la estima hacia la Orden con repetidos recursos al papa Inocencio IV y también a los próceres seculares. De hecho desde 1247 a 1252 consiguió del papa Inocencio IV tres preciosas cartas de recomendación que debieron contribuir no poco a la consolidación de la Orden, y en diciembre de 1252 otra del rey de Inglaterra Enrique III. En orden a la segunda dificultad impetró del mismo Inocencio IV una audaz reforma de la Regla que permitiera vivir a los carmelitas en las ciudades y participar en el servicio de las almas. Pero esta reforma suscitó en el seno de la Orden un hondo descontento que venía a agravar todavía más la situación tan comprometida por la hostilidad exterior. De este descontento tenemos la prueba en una amarga requisitoria que compuso el sucesor de nuestro santo, Nicolás el Francés, y en las frecuentes deserciones de religiosos, que buscaban en otras órdenes mayor garantía de salvación. En este momento histórico tuvo lugar el episodio culminante de la vida de San Simón Stock, la visión del santo escapulario, testificada por el antiguo santoral y parcialmente corroborada por la *Crónica* de Guillermo de Sanvico. La relación más antigua está concebida en estos términos:

> «San Simon [] suplicaba constantemente a la gloriosísima Madre de Dios que diera alguna muestra de su proteccion a la Orden de los carmelitas, pues goza en grado singular del titulo de la misma Virgen, diciendo con toda devoción Flor del Carmelo, vid florida, esplendor del cielo, Virgen fecunda y singular, oh Madre dulce, de varon no conocida, a los carmelitas da privilegios, estrella del mar Se le apareció la bienaventurada Virgen, acompañada de una multitud de angeles, llevando en sus benditas manos el escapulario de la Orden y diciendo estas palabras "Éste sera el privilegio para ti y para todos los carmelitas, que quien muriere con él no padecerá el fuego eterno, es decir, el que con él muriere se salvara"»

Tal fue la gran promesa, que originariamente era una exhortación a la perseverancia dirigida a los descorazonados carmeli-

tas, pero pronto fue acogida en toda la Iglesia como una de las manifestaciones supremas de la maternidad universal de María.

Lo restante de la vida de San Simón se confunde con la historia de la Orden del Carmen, historia de fundaciones y de gracias pontificias, índice de la casi definitiva consolidación en Europa, la grande obra que Dios le reservara.

Después de veinte años de gobierno (según un códice de Bamberga, muy autorizado), por tanto, en 1265, murió en el convento de Burdeos el día 16 de mayo (o de marzo según algunos códices).

La fama de santidad que le había acompañado en vida se acrecentó después de la muerte. En los documentos su nombre nunca aparece sin el dictado de santo, y repetidamente se recuerda el don de hacer milagros. Su culto desde antiguo fue muy ferviente en Burdeos, donde se veneraban y se veneran aún sus reliquias. Una circunstancia providencial impidió que fuesen profanadas en tiempo de la Revolución Francesa. Su veneranda cabeza fue solemnemente trasladada el año 1951 al convento de Aylesford, y allí es meta de frecuentes peregrinaciones.

BARTOLOMÉ M. XIBERTA, OC

Bibliografía

GRACIAN DE SANTA TERESA, «Viridarii auctore Ioanne Grossi... recensio vaticana» *Ephemerides Carmeliticae* 7 (1956) 240s

THURSTON, H., en *The Month* (1927) junio y julio.

XIBERTA, B M, *De visione Sancti Simonis Stock* (Roma 1950).

ZIMMERMANN, B (ed), *Monumenta historica carmelitana* (Lering 1907)

— ID., art en *The Month* (1927) octubre.

— ID, *De sacro scapulari carmelitano* (Roma 1927), extracto de *Analecta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum* 2 (1927) 70-99

• Actualización·

ILDEFONSO DE LA INMACULADA, OCD, *San Simon Stock* (Valencia 1976)

MOCCHEGIANI CARPANO, C, «Simón Stock, santo», en L SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 450-455.

SAN ANDRÉS BOBOLA

Presbítero († 1657)

Se nos permitirá comenzar con un recuerdo personal. El 16 de abril de 1938 acudimos a la sacristía de la iglesia romana de Gesù algunos devotos del Santo, enterados de la posibilidad de contemplar de cerca las reliquias de Bobola, cuyo nombre iba a inscribirse al día siguiente en el catálogo de los santos, siendo solemnemente canonizado por Pío XI.

Pudimos, en efecto, contemplar y venerar el cuerpo casi momificado del santo, fijándonos en especial en las señales exteriores de las numerosísimas heridas que le infligieron sus verdugos, y que aún eran perceptibles a pesar de no tener el cuerpo la frescura de los primeros decenios posteriores a su martirio.

Al día siguiente acudimos a San Pedro, donde grandes grupos de polacos aclamaban a su nuevo Patrón, mientras que el Papa, en su breve y densa homilía, recordaba al «cazador de almas», al que gustaba decir: «Hacer y padecer grandes cosas es lo cristiano», al mártir de la unidad eclesiástica. Con él fue canonizado un italiano, San Juan Leonardi, y un español, San Salvador de Horta.

Ya que hemos comenzado hablando de su cuerpo, recordemos el episodio de su hallazgo, también significativo.

Los polacos habían podido recuperar Janow poco después del sacrificio de Bobola, mientras que los cosacos, que le martirizaron, se daban a la fuga abandonando el cadáver. Los católicos le llevaron a Pinsk y le enterraron en la iglesia de su colegio. Sucesivas invasiones y ruinas hicieron desaparecer su recuerdo hasta 1701.

Este año se hallaba la ciudad en otro peligro análogo, y el padre rector del colegio no sabía a qué santo encomendarse en tantas aflicciones, cuando la noche del 19 de abril se le apareció un religioso con la sotana de la Compañía de Jesús que le dijo: «¿Tenéis necesidad de un protector? ¿Por qué no os dirigís a mí? Yo soy el padre Andrés Bobola, muerto en odio a la fe por los cosacos. Buscad mi cuerpo: yo seré el protector del colegio».

Los trabajos emprendidos para ello parecieron infructuosos durante dos días, hasta que el santo volvió a indicar el lugar de su sepultura. Entonces se encontró su caja mortuoria con esta inscripción: «Padre Andrés Bobola, S.I., muerto por los cosacos

en Janow». La sorpresa fue grande al comprobar que el cadáver se hallaba incorrupto y que mostraba frescas las heridas recibidas, mientras que otros muchos cadáveres enterrados allí cerca estaban ya reducidos a polvo en aquel clima húmedo y en aquella tierra pantanosa. Y eso que no había recibido ninguna clase de embalsamamiento o cosa parecida.

Andrés Bobola nació en el condado de Sandomir, allí donde el caudaloso Vístula tuerce su rumbo nordeste y enfila directamente hacia el norte antes de llegar a Varsovia.

Su familia procedía de Bohemia, aunque llevaba ya tres siglos afincada en Polonia. Durante los primeros decenios de la Compañía de Jesús la había ayudado para la fundación de los colegios de Varsovia, Cracovia y Vilna. No es extraño, por lo mismo, que Andrés, nacido en 1591, fuera confiado a aquellos padres para su formación científica y religiosa en el colegio de Sandomir.

Allí brotó la semilla de su vocación al apostolado. El 31 de julio, día del entonces Beato Ignacio de Loyola, entraba en el noviciado de Vilna, ciudad tan disputada siempre entre lituanos, rusos y polacos, y que en el gran reino polaco de aquellos tiempos constituía la capital de Lituania, inmenso territorio extendido desde el Báltico hasta los cosacos saporogas, aunque compuesto por pueblos no lituanos en su mayoría. Sólo su unión con Polonia había podido dar estabilidad a aquel conglomerado, introduciendo la preponderancia polaca, al fin y al cabo eslava, y de población más numerosa, entre los rusos blancos y los ucranianos.

Pío XII, en la encíclica *Invictus athleta Christi,* supone que San Andrés Bobola debió luchar duramente en su imitación de Cristo, debido a su ánimo elevado y un tanto pertinaz. Para ello oró con fervor y constantemente.

Llamaron la atención su amor a Dios y al prójimo, sus largas oraciones ante el sagrario, sus auxilios a los necesitados.

Pronto pudo tomar parte en el apostolado aun antes de su sacerdocio, especialmente durante su magisterio en los colegios de Bromberg y de Pultusk, consagrándose a la defensa y dilatación de la fe católica en aquellas encrucijadas de cismas y herejías. En sus concurridos catecismos inculcaba, sobre todo, la devoción a la Eucaristía y a la Virgen Santísima.

Llegó el año 1622, y pronto corrió entre los jesuitas la fausta noticia de la próxima canonización del fundador, Ignacio, en compañía del más insigne de sus hijos, Javier, el 12 de marzo. Fecha tan memorable fue elegida para la ordenación de los nuevos sacerdotes. Bobola, que ya había vuelto al colegio de Vilna para estudiar teología, tuvo la suerte de recibir las órdenes sagradas ese día.

A fines de aquel mismo año, 1622, comenzó su tercera probación en la casa de Nieswiez. Se han conservado providencialmente las relaciones de sus superiores de ese año. Por ellas podemos saber que hizo el mes entero de ejercicios, «poniendo en ellos toda su voluntad». Realizó también las demás pruebas de ejercicios humildes en la cocina y en la casa con edificación, hizo su peregrinación pidiendo limosna «con prontitud de espíritu, vigor del cuerpo y satisfacción de todos», enseñó el catecismo a los niños y dio una misión «con aplauso de todos».

Sin embargo, se hizo notar aún más el generoso esfuerzo y el ardiente empeño en extirpar sus defectos, procurando llegar a un equilibrio conveniente, moderando su carácter impulsivo, temperamentalmente fogoso, inclinado a defender con firmeza sus puntos de vista personales.

Por todo ello se ve que no era su camino el de los mediocres o contentadizos, sino el de los generosos, que, cuando van bien guiados, escalan con más rapidez y seguridad las cimas de la perfección.

De este modo su carrera de formación religiosa, comenzada bajo la dirección del padre Lorenzo Bartyllusz, de gran fama de santidad, y terminada con una tercera probación sólidamente fecunda, facultaron a Bobola para un inmediato y fructífero apostolado.

Bobola podía ser destinado a las regiones propiamente polacas, donde la unidad de la fe católica era más completa que en los bordes fronterizos del gran Estado polaco del seiscientos. Pero su misión miró siempre hacia las regiones orientales del país en uno de sus momentos más decisivos, tanto desde el punto de vista político como religioso.

Comenzó por una nueva estancia de seis años (1624-1630) en Vilna, la ciudad de toda su formación religiosa, teniendo, so-

bre todo, el cargo de la iglesia en su colegio. Baste notar que una estadística de 1624-1625 habla de miles de confesiones, de la conversión de 10 herejes, de 34 cismáticos y 20 ateos, además de otros frutos espirituales de alguna importancia «entre usureros, ladrones y condenados». Bobola se hallaba asistido en esta labor por dos compañeros.

Fue director de la congregación mariana del colegio. Estimado predicador, conocido por la intrepidez de su fervor cristiano, era reclamado en otras ciudades al tener noticias de su apostolado.

Consiguió vocaciones sacerdotales, dirigió conciencias, dio misiones populares, asistía a los enfermos y moribundos, y se distinguió durante dos pestes notables, la primera en Vilna, en 1625, y la segunda en Bobruisk, en 1633.

De 1630 a 1633 le vemos en esta pequeña ciudad asentada junto al luego famoso río Beresina, muchas veces citada en las diferentes guerras que han asolado aquella región. Era una tierra extrapolaca, habitada por rusos blancos, con pocos polacos entre ellos, en gran peligro de defección religiosa al no contar con sacerdotes propios.

Los últimos veinticuatro años (1633-1657) es ya el misionero constante, que va de una a otra zona del país oriental, apareciendo en primera fila entre los vanguardistas de la fe católica por aquellos territorios tan disputados entre el cisma y la Iglesia católica. Unas palabras sobre esta dolorosa situación:

Los habitantes de las regiones orientales de Polonia, tanto del antiguo Estado como del moderno hasta 1945, han sido en su mayoría cismáticos orientales, de rito bizantino-eslavo y de raza ucraniana. Estos territorios quedan comprendidos en la actualidad en su mayor parte en las repúblicas soviéticas de Ucrania y Rusia Blanca. Polonia llegaba en tiempo de Bobola hasta el Dniéper, rebasándolo en algunas partes.

El cisma no se había producido por separación directa y formal de estos pueblos de Roma, sino por su unión con el patriarcado de Constantinopla, que les había dado generalmente su fe y su rito. Al separarse la Iglesia griega de Roma, ellos se vieron arrastrados al cisma casi sin notarlo.

Mas luego sobrevino el odio, una vez que los polacos católicos tuvieron ocasión de avanzar hacia el Oriente y encontrarse con las pretensiones rusas de convertir a Moscú en el centro de reagrupacion política y religiosa de todos los eslavos.

A pesar de estas dificultades se logró la unión de Brestlitowsk (1596), por la que la mayoría de los obispos cismáticos de los territorios polacos se unieron a la Iglesia romana conservando su rito propio.

Costó, sin embargo, mucho en algunas partes el llevar a cabo de hecho la unión, especialmente en las fronteras con Rusia, que ya había empezado su marcha hacia Polonia, y perseguía a sangre y fuego todo vestigio unionista en las tierras que reconquistaba.

Contra estos enemigos luchó Bobola de 1630 a 1657. Era tiempo de martirios. En 1623 fue martirizado San Josafat Kuricewicz. De 1648 a 1655 los cosacos destruyeron unos treinta conventos o residencias de dominicos, asesinando a noventa y cinco de sus religiosos. Fueron también varias las casas de jesuitas que corrieron la misma suerte, con muerte de cuatro en Nowgorod y otros varios en otras partes.

En este tiempo la ciudad de Pinsk, en la comarca conocida por las marismas del Pripet, residencia del padre Andrés durante largas temporadas, fue ocupada y perdida varias veces con las consiguientes devastaciones.

Por todo ello se verá el temple de ánimo que se necesitaba en aquellas regiones para hacer frente a las irrupciones, animando a los católicos y tratando de conservar o ganar otra vez a los uniatos vacilantes en medio de la tormenta. Fue la época más larga y más efectiva para este apostolado de Bobola. Los historiadores o comentaristas de la época hacen resaltar la importancia de los éxitos obtenidos.

Era natural que un apóstol de este temple fuera una víctima de predilección de las hordas cosacas en sus incursiones ofensivas hacia el interior de Polonia.

Y así fue. Era el mes de mayo de 1657, cuando la naturaleza, casi muerta durante los largos meses invernales rusopolacos, intentaba recobrarse de su letargo y anunciar después de los deshielos una fecunda estación estival.

Los cosacos aprovecharon la ocasión para dominar otra vez a Pinsk. Los padres del colegio se refugiaron en diversas partes. Bobola se dirigió a Janow, dijo allí su misa la madrugada del 16 de mayo y proseguía su marcha cuando se vio sorprendido por sus enemigos. «¡Señor! ¡Hágase tu voluntad!», exclamó.

Trataron al principio de ganarle para el cisma; pero, ante su rotunda negativa, las halagadoras palabras dieron lugar a uno de los martirios más cruentos que se conozcan. Le ataron allí mismo a un árbol y le azotaron despiadadamente, mientras le apretaban una corona de ramas en la cabeza.

Atado, fue arrastrado por los caballos de sus verdugos hacia Janow, donde se le invitó otra vez al cisma: «Soy un sacerdote católico. He nacido en la fe católica y quiero morir en ella. Mi fe es buena, es verdadera, es la que lleva a la salvación».

A esta profesión siguió el ataque del cabecilla mismo, blandiendo su espada, que cortó tres dedos del Santo, al llevar éste su mano a la cabeza para detener el golpe. Volvió a profesar su fe, por la que daba gustoso la vida. Un puñal le arrancó un ojo. Le condujeron a un matadero, le quemaron el pecho y la espalda, mientras insistían en sus intentos de apostasía. Ante su negativa, le arrancaron parte de la piel de la cabeza, le produjeron diversas heridas y mutilaciones sin cuento, mientras el mártir exclamaba únicamente:

> «¡Jesus, Maria, ayudadme! Iluminad a estos ciegos con vuestra luz Convertidles y arrancadlos del error ¡Señor! ¡Hagase tu voluntad! ¡Jesus, Maria, en vuestras manos encomiendo mi espiritu!»

Para no oír sus palabras le arrancaron la lengua y luego le atravesaron el corazón por el lado izquierdo.

Enterrado en Pinsk, sus restos fueron más tarde trasladados a Polock, cayeron dos veces en manos de los cismáticos y, por fin, de los bolcheviques, hasta que en 1923 se consiguió traerlos a Roma, donde reposaron hasta su canonización. Entonces fueron llevados a Varsovia.

En 1819 el padre dominico Korzeniecki, abrumado por las desgracias de su patria, invocó a Bobola y vio al santo, quien le mostró en las llanuras polacas ejércitos de rusos, turcos, franceses, ingleses, austríacos, prusianos y otros que no distinguió.

Bobola le prometió que al acabar aquella guerra Polonia sería independiente y él sería su principal patrón.

Esta famosa profecía se publicó muchas veces. *La Civiltà Cattolica* la reimprimió en 1854, al año siguiente de la beatificación de Bobola, cuando su cumplimiento parecía muy remoto. Pero todo el mundo la recordó entre 1914-1918, especialmente al terminar la guerra.

Bobola fue beatificado por Pío IX en 1853 y canonizado por Pío XI en 1938. Pío XII ha escrito una conmovedora encíclica al mundo católico con ocasión del tercer centenario de su martirio, 16 de mayo de 1957.

LEÓN LOPETEGUI, SI

Bibliografía

BEYLARD, H., *La vie et la mort héroique de saint Andre Bobola, jesuite polonais, martyr de l'unité catholique* (París 1938).

«Letras decretales de la canonizacion de Andrés Bobola»: *AAS* 30 (1938) 357s.

MORESCHINI, C., *S. Andrea Bobola martire della Compagnia di Gesù* (Isola del Liri 1938)

PIO XII, «*Invictus athleta Christi.* Carta encíclica con ocasión del tercer centenario del martirio del jesuita polaco San Andrés Bobola»: *AAS* 49 (1957) 321s.

ROCCI, L., *San Andrea Bobola, martire polacco* (Roma 1924, ²1938).

TESTORE, C., *San Andrea Bobola, S.I.* (Venecia 1939).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN POSIDIO DE CÁLAMA

Obispo († 440)

Este santo obispo pasa a la historia, ante todo, por haber sido no sólo amigo fiel de San Agustín sino también biógrafo del gran santo, habiendo sido esta biografía libro muy querido en los siglos posteriores.

Natural del África proconsular, sin que podamos precisar la ciudad, de joven estudia bajo la dirección de San Agustín en Hipona. Agustín lo preparó adecuadamente para el ministerio eclesiástico y en 397 fue elegido obispo de Cálama, una ciudad en Numidia.

Posidio se encontró con que Cálama no era aún una ciudad enteramente cristiana, pues todavía había un sector importante

de la población que era pagano. Pero, además, y éste fue su principal problema, el cristianismo estaba dividido entre católicos y donatistas, que no dejaban de mostrar su intransigencia y su propensión a la violencia en las relaciones con los católicos. Esta propensión a la violencia llegó al intento de asesinar al obispo católico.

Posidio combatió con firmeza y no menor mansedumbre al donatismo, siéndole reconocida por el papa San Inocencio I esta buena actitud así como su valor y firmeza.

Pero otra y definitiva tragedia se abatió sobre su diócesis. Los vándalos, atravesando España, llegaron a África y fueron pasando a fuego y cuchillo innumerables poblaciones, y entre ellas Cálama. Posidio se vio obligado a huir a Hipona donde se refugió junto a San Agustín. Pero los vándalos tampoco respetaron Hipona, a la que pusieron cerco, y durante el mismo tuvo lugar la muerte de Agustín, que estaba acompañado, entre otros, por Posidio.

Por fin, Posidio, obligado por el jefe vándalo Genserico, hubo de abandonar África y pasar a Italia. Aquí escribió la vida de San Agustín y en ella van sus recuerdos personales del gran Doctor de la Iglesia. Posidio no había aprendido de Agustín solamente la teología, sino también un camino de vida, una forma de amar y servir a Dios, a la que fue fiel hasta su muerte. Ésta tuvo lugar hacia el año 440.

SAN BRENDAN

Abad († 578)

Brendan, Brandano, o incluso Borondón, es ciertamente un personaje histórico, bien que pertenezca también al mundo de las leyendas por una novela escrita bajo su nombre en el siglo X y que se llama *El viaje de Brendan,* de donde le viene que en algunos santorales se le llame Brendan el Viajero o Brendan el Navegante.

Existió Brendan y fue ciertamente muy viajero, lo que da pie a su leyenda. Era natural de Kerry, Irlanda, donde nace hacia el año 486. En su educación participan el obispo Erc de Kerry y Santa Ita en su monasterio de Kileedy. Al llegar a la adolescen-

cia opta por la vida monacal, profesa como monje y luego es ordenado presbítero. Posteriormente es abad y como tal inicia la fundación de una cadena de monasterios, empezando por el de Clonfert, que funda en 560, y siguiendo por los de Annaghdown, Inishadoun y Ardfert. Posteriormente pasa a Escocia, donde se dice que hizo otras fundaciones, y luego pasa a Gales. Estuvo en el continente y visitó Bretaña, concretamente St. Malo.

G. A. Litle, en su libro *St. Brendan the Navigator* (1945) ha narrado las peripecias de este ilustre viajero. Se dice haberse introducido por el Atlántico y haber llegado a tierras paradisíacas que la tradición ha querido identificar con las Islas Canarias. En el mundo de los navegantes quedó su fama.

Brendan murió en Annaghdown en 578. Su memoria se celebra el 16 de mayo.

LOS MÁRTIRES DE SAN SABAS
(† 614)

Diez millas al sudeste de Jerusalén, en el desierto que va hacia el Mar Muerto, se halla el famoso monasterio llamado de San Sabas por su ilustre fundador. Es una laura o colonia de monjes que sirven a Dios en la oración y la vida mortificada, siguiendo unas normas de convivencia que obedecen por amor de Dios y bajo la guía de un superior.

En este monasterio, el 16 de mayo de 614, tuvo lugar la masacre de cuarenta y cuatro monjes por unos sarracenos que asaltaron el monasterio. Al conocer la inminente llegada de los sarracenos, algunos monjes huyeron del monasterio pero estos cuarenta y cuatro se quedaron y de esta forma recibieron el martirio por su sola condición de monjes. Se cebó en ellos la ira de los asaltantes de forma que sus cuerpos fueron descuartizados. Uno de los monjes que sobrevivió al ataque, llamado Antíoco, narró el martirio en una exhortación que dirigió a quienes aún no habían regresado al monasterio y seguían viviendo dispersos y errantes.

El monasterio, cuna de santos, pues de él saldrían otros, como San Juan Damasceno, ha conservado la memoria de sus

mártires y la sigue venerando, pues afortunadamente el monasterio aún existe en Palestina.

No se confunda este martirio con otro que posteriormente hubo en el mismo monasterio y en el que murieron veinte monjes.

SAN UBALDO

Obispo († 1160)

Ubaldo nace en Gubbio h. 1085 en el seno de una familia que llevaría posteriormente el apellido Baldassini. Huérfano muy pronto, se lo llevó consigo su tío Ubaldo, que se esmeró en educarlo bien y para ello lo inscribió primero en la escuela de la Colegiata de San Segundo y luego lo envió a Fano a la escuela de Santa María del Mar. Decidido por la vocación eclesiástica ingresó en la canónica de San Mariano para hacer los estudios eclesiásticos. Aquí no halló el ambiente de piedad y vida arreglada que buscaba y toma entonces la decisión de hacerse ermitaño y dedicarse a la divina contemplación. Pero halla la oposición de su tío y decide volver a San Segundo para proseguir su formación eclesiástica.

En 1104 el nuevo obispo de Gubbio, Juan de Lodi, le llama para que sea su colaborador en la obra de reforma religiosa que quería llevar en la diócesis, empezando por la catedral. Muerto el obispo al año siguiente, Ubaldo continúa dentro de su canónica de San Mariano su iniciativa reformadora, dando sobre todo un gran ejemplo personal. Ordenado sacerdote en 1114, es nombrado, años más tarde, prior de su canónica, y logra convencer a sus miembros para que adopten de manera seria una vida común y una regla. Esto lo hace luego de haber intentado otra vez hacerse ermitaño y de no haber sido aceptado su propósito por las personas a quienes consultó, que más bien le animaron a reformar su canónica y prestar este servicio a la Iglesia. Tomó la regla dada por Pedro degli Onesti a su comunidad de Santa María del Puerto en Rávena. En pocos años logró hacer de su comunidad una institución verdaderamente regular y ejemplar.

Un incendio destruye en 1126 el edificio de su canónica, y por tercera vez Ubaldo piensa en la vida de contemplación, y solicita el ingreso en el monasterio de Fonte Avellana. Pero el prior, Pedro de Rímini, le contesta que su sitio está en Gubbio y que debe reconstruir la canónica y servir en ella a Dios. Obedeció Ubaldo y, reconstruida la canónica, volvió a ser un ejemplo para todo el clero. La fama de la santidad de Ubaldo comenzó a circular por las poblaciones vecinas.

Terminada la reconstrucción de su canónica se encontró con que la diócesis de Perugia, vacante desde 1126, lo reclamaba como obispo, movida por las buenas cosas que se decían de él. Horrorizado, Ubaldo se niega y acude a buscar al papa Honorio II para suplicarle que le dispensara de tener que aceptar. El Papa escuchó la súplica de Ubaldo que no fue confirmado obispo de Perugia, pero quedó encantado con la humildad y virtudes del prior de Gubbio. Y así, cuando en 1129 es la propia sede de Gubbio la que vaca, Honorio II toma la iniciativa de que el nuevo obispo sea él, y esta vez no le valen a Ubaldo ruegos ni súplicas. El propio pontífice quiso consagrarlo personalmente.

Ubaldo fue un gran obispo a lo largo de treinta años. Hizo una gran labor religiosa como impulsor de la vida espiritual y del culto en su diócesis, alentando a sacerdotes y religiosos a ir delante en el buen ejemplo, y animando a los fieles a vivir el evangelio con sincero compromiso. Hizo igualmente una gran labor social, pacificando los ánimos y procurando se aquietaran los bandos ciudadanos y se constituyera el Comune e impulsando la reedificación de las murallas para la mejor salvaguarda de la seguridad y la paz en el interior de la ciudad. Su utilidad se vio cuando hubo una liga contra Gubbio en 1153 y Ubaldo contribuyó a salvar la ciudad de un desastre, cosa que repitió cuando en 1155 evitó que Federico Barbarroja repitiera en Gubbio el saqueo a sangre y fuego que había ejecutado en Espoleto.

Ubaldo murió el 16 de mayo de 1160, siendo enterrado primero en la catedral y luego llevado a la iglesita donde ahora se conserva su cuerpo, todavía incorrupto. Aclamado enseguida como santo, su canonización le fue pedida al papa Celestino III, que efectivamente procedió a canonizarlo el 5 de marzo de 1192.

BEATO MIGUEL WOZNIAK

Presbítero y mártir († 1942)

Hijo único de un matrimonio campesino, nació en Sokolowo, Polonia, el 28 de agosto de 1875. Deseaba desde pequeño ser sacerdote, pero halló una gran oposición en su padre y no pudo por ello ingresar en el seminario de Varsovia hasta la edad de veintisiete años.

Sacerdote en 1907, se planteó la posibilidad de su vocación salesiana, pero luego de un año en Turín volvió a Polonia y fue párroco sucesivamente de Wisniek, Chojnata y Kamiona, para pasar a la parroquia de San Lorenzo de Kutno en 1925. Aquí hizo una gran labor pastoral, fundó un colegio salesiano y se preocupó de todas las necesidades religiosas y sociales de su feligresía, premiándolo el papa Pío XI con el título de prelado doméstico de Su Santidad. Tenía como coadjutor al también mártir y beato Miguel Ozieblowski.

Llegada la ocupación alemana en el otoño de 1939, ambos sacerdotes vieron que era arriesgado seguir en la parroquia, pero no quisieron abandonar a los fieles y corrieron el riesgo de un posible arresto. Éste sucedió en octubre de 1941, siendo llevado primero al campo de concentración de Lad y de ahí al de Dachau, donde sufrió tantas penalidades que su salud no las soportó y murió de agotamiento el 16 de mayo de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

BEATO VIDAL VLADIMIRO BAJRAK

Presbítero y mártir († 1946)

Su nacimiento fue el 24 de febrero de 1907 en Shaikivtsi, región de Ternopol. Con quince años toma la decisión de hacerse monje e ingresa el 4 de septiembre de 1922 en el noviciado de la Orden basiliana de San Josafat. Al emitir la profesión religiosa el 9 de mayo de 1926 toma el nombre de Vidal. Hace los estudios sacerdotales y es ordenado presbítero el 13 de agosto de 1933.

Destinado al monasterio de su Orden en Zovka, desempeña allí su labor como monje y sacerdote hasta que en 1941 es elegido superior del monasterio de Drohobych. Fue un sacerdote

ejemplar y un monje cumplidor de sus deberes, que vio muy claro lo que el régimen soviético significaba para el futuro de la Religión y no tuvo inconveniente en escribir un artículo denunciando la persecución religiosa.

A causa de este artículo fue detenido el 17 de septiembre de 1945 y se le juzgó y condenó por actividades contra el Estado, siendo condenado a ocho años de prisión en un campo de reeducación. De ahí fue llevado a la cárcel de Drohobych en la que murió, de resultas de las penalidades sufridas, el 16 de mayo de 1946. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

17 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Alejandría de Egipto, San Adrión (s IV), mártir
2 En Roma, en la Vía Salaria antigua, en el cementerio de Basila, San Víctor (s IV), mártir
3 En Novioduno (Mesia), santos Heraclio y Pablo (s IV), mártires
4 En el África Proconsular, la conmemoración de Santa Restituta († 304), virgen y mártir
5 En Villarreal (Valencia), San Pascual Baylon († 1592), religioso de la Orden de Menores **
6 En Kong-Tcheu (China), San Pedro Liu Wenyuan († 1834), mártir *
7 En Orgosolo (Cerdeña), Beata Antonia Mesina († 1935), virgen y mártir **
8 En el campo de concentración de Oserlag (Rusia), Beato Ivan Ziatyk († 1952), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor, mártir *
9 En Casoria (Italia), Beata Julia Salzano († 1929), virgen, fundadora de la Congregación de las Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PASCUAL BAILÓN
Religioso († 1592)

Villarreal, municipio de la provincia de Castellón de la Plana, sobre la carretera de Valencia a Barcelona, hoy —año

1959— con más de 20 000 habitantes, de terreno llano y suelo fértil, regado por el Mijares, centro agrícola con extensos naranjales, que ostenta con orgullo uno de los templos parroquiales mayores de España, la arciprestal de San Jaime, presenta aún con más ufanía el convento franciscano del Rosario, en el cual murió el biografiado, se conservaron los restos del mismo hasta la guerra de 1936 y se levanta ahora en su honor el templo votivo eucarístico internacional.

¡Qué contraste con la villa zaragozana de 400 habitantes, Torrehermosa, arrullada por el Jalón, la que fue cuna del Santo, en la diócesis de Siguenza!

Mas hay que saltar a sus recintos por el siglo XVI.

España termina su secular cruzada contra el moro. Enriquecida con un mundo nuevo, toca al apogeo de su gloria. «Cuando ella se mueve, solía decirse, Europa tiembla».

Por ella pasean sus flores de santidad Ignacio, Javier, Teresa, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara. Pero también otro que, no siendo en su vida celebridad española, con el correr de los años resultó ser celebridad mundial.

Unos inquilinos del monasterio cisterciense de Puerto Regio, pobres de fortuna del dinero, pero ricos de fortuna del temor de Dios. Llámanse Martín Bailón e Isabel Jubera. Padres de un santo cuyo nombre será Pascual, por haber visto la luz en Pascua de 1540, el 17 de mayo.

Ese mismo día de 1592 el hijo más ilustre de Torrehermosa, a los cincuenta abriles de su caminar en este valle hondo, emprende su vuelo de gloria, para recibir los honores de la canonización en 1690, el 16 de octubre, por intervención del infalible Alejandro VIII.

Pastor ideal durante diecisiete años, desde los siete de su edad. Luego, hermano lego franciscano durante veintiocho, desde 1564; modelo, dentro de la reforma alcantarina, como indica la liturgia de su fiesta, de jóvenes y mayores.

La historia cuenta con elevados al honor de los altares cuyos rasgos eucarísticos son más nutridos, pero no con otro que haya sido declarado por el vicario de Jesucristo patrón de las asambleas y obras eucarísticas ya desde 1897.

¿Su retrato físico?

Era el santo de mediana estatura, de buena presencia y de rostro gracioso y amable, aunque no expansivo. Tenía en su frente algunas arrugas y un principio de calvicie. Sus ojos azules, pequeños, brillantes, estaban protegidos por pestañas y cejas negras. La nariz y la boca eran regulares. Veíase bajo sus labios, de derecha a izquierda, una cicatriz que le daba las apariencias de estar siempre sonriendo. Color moreno. Barba rala. Carrillos salientes.

De temperamento irascible unido a su gran fuerza de voluntad, disfrutó de ordinario de buena salud, a excepción de los cinco últimos años de su existencia, que fueron para él un prolongado y cruel martirio.

Pero nos interesan más sus retratos moral y eucarístico.

Vida pastoril.

El zurrón del niño era una diminuta biblioteca con libros piadosos y el oficio parvo de la Virgen, que rezaba diariamente. Su cayado cuelga, bajo la cruz, una imagen de María.

Su conversación era agradable; sus modales, suaves; su humor, templado.

A la austeridad entrañada por el pastoreo añadía voluntarias mortificaciones, como el andar descalzo por lugares escabrosos.

Su amor a la pobreza culminó en el hecho de rehusar el ser heredero de su amo, Martín García, hombre poderoso, propietario de muchas posesiones. Prefiere seguir la estrella de su vocación religiosa, dejando a sus padres amo y tierra natal. Se presenta en el reino de Valencia en el convento de Nuestra Señora de Loreto, recientemente fundado por los reformados de San Pedro de Alcántara en una soledad contigua a la villa de Monforte.

Su timidez para hablar con el guardián le dejó otros cuatro años al servicio de ovejas en aquella vecindad. Su piedad y su frecuencia de sacramentos en el convento de franciscanos le delataron como santo pastor, mote con que era conocido.

Era tal su delicadeza que se denunciaba a sí mismo cuando su ganado hacía daño en campo ajeno. Resarcía perjuicios de su soldada.

Por fin habla con el padre guardián, quien le admite como corista, sin que acepte esta calidad la humildad del hombre de Dios. Su única ambición es ser «la escoba de la casa de Dios».

El 2 de febrero de 1564 recibe el hábito en Loreto. Aquí permanece hasta 1573. Los cinco años siguientes en Villena, Elche, Jumilla, Ayora, Valencia y Játiva. De 1589 a 1592 es el apóstol y bienhechor de Villarreal, verdadera villa regia a la sazón, con su palacio magnífico, con sus reductos y baluartes, con sus grandes calles y deliciosas avenidas, y con las ondas azuladas del Mediterráneo, que ofrecían a sus pies una graciosa alfombra.

Siendo sus ocupaciones casi idénticas, el curso de su existencia se desarrolla en un plan más bien monótono.

Uno de sus biógrafos le retrata así como religioso:

> «Su unico vestido era una tunica Bajo la tunica llevaba cilicio o una cadena ajustada a la cintura, su lecho, la tierra Trabajaba ani mosamente Al volver de mendigar por los pueblos levantinos, Elche, Novelda, Aspe, Jativa, Alicante, llegaba con frecuencia al convento con una carga que era mas propia para un jumento»

Desempeño varios oficios: los de portero, hortelano, cocinero, refitolero y limosnero. Uno de sus mayores gustos era recoger las sobras de la comida para destinarlas a los pobres. Cuando había colocado en orden los platos, el pan en su sitio y las botellas llenas, caía de rodillas en el refectorio y rezaba largo rato, hasta que se levantaba agitado por unos sonidos misteriosos que le obligaban a correr, a dar voces inarticuladas y a bailar delante de la Virgen. No todos se ponían serios ante estos hechos incomprendidos.

Una página entusiasta de un novicio, amigo y superior·

> «Nunca pensaba en satisfacer el menor capricho Siempre ponia estudio en mortificarse a si propio»
>
> «Yo he visto brillar en el la humildad, la obediencia, la mortificacion, la castidad, la piedad, la dulzura, la modestia y, en suma, todas las virtudes y no puedo decir a ciencia cierta en cual de ellas llevaba ventaja a las demas »

Los conventos se disputaban la presencia del humilde y servicial hermano En Jerez le conoció el predicador Jimenez, ya citado:

> «¡Dios santo, como venia! —exclama— Vile entrar en la iglesia, mientras decia la misa mayor, descalzo, polvoriento, sin capa, con solo una tunica vil, andrajosa y estrecha, que parecia un saco»

Así viajaba siempre, recorriendo centenares de kilómetros, padeciendo hambre y sed, sembrando consejos, predicando elocuentísimamente con el ejemplo.

El franciscano no era guerrero, ni orador de fama, ni escritor fino, ni científico de renombre, ni médico buscado. Ni llenaba el mundo con talentos extraordinarios. Teólogo sí lo era, con ciencia infusa; místico lo era también, como lo comprobaron los versados padres Juan Jiménez y Manuel Rodríguez.

Lo que más vale: era... artista de la santidad.

La Iglesia ha consagrado la devoción eucarística del santo en la colecta del 17 de mayo:

> «¡Oh Dios, que honraste a tu santo confesor Pascual con una admirable devoción a los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre; concede propicio que merezcamos recibir nosotros también el gozo espiritual que él recibió en este banquete!».

Es expresiva también la frase de la lectura abreviada del oficio de su festividad: «Ardió en tierna y constante devoción para con la Eucaristía».

Roma se mueve sobre hechos sólidos.

Curiosa anécdota, contada por la mayor parte de los biógrafos: Pascualito, antes de cumplir el año de su edad, se salía de la cuna para irse, de rodillas y manos por tierra arrastrando, a la iglesia «para asistir a las misas y a los oficios divinos».

Navarro, mayoral del señor García, patrón del pastorcillo, escribe:

> «Permitíale a veces asistir a misa durante la semana. No podía proporcionarle cosa alguna que fuese tanto de su agrado.
>
> Hay una montaña próxima a Elche desde la cual se divisa toda la población. En dicha montaña veíasele permanecer como en éxtasis durante largas horas, mirando alternativamente, ya a Elche, ya a Loreto.
>
> Alejábase con tristeza del templo, y, siempre que desde el campo sentía la señal de la campana anunciando el momento en que el santo sacrificio llegaba al acto de la consagración, reconcentrábase dentro de sí mismo para no pensar sino en Dios.
>
> Pascual oraba cierto día de rodillas y con las manos juntas. Óyese en este momento el sonido de la campana y exhala un grito: "¡Mirad! ¡Allá, allá!", dice, indicando con el dedo el cielo.
>
> Sus ojos descubren una estrella en el firmamento [...] luego la nube se rasga, y Pascual contempla, como si estuviera delante del

altar, una hostia puesta sobre un caliz y circuida por un coro de angeles que la adoran

Aunque lleno el joven de temor en un principio, no tarda mu cho en dejarse llevar de sus transportes de alegria ¡Jesus, Jesus se encuentra alli!»

Siendo franciscano nada le contenta tanto como ayudar a misa.

Hasta París llegó en 1576 el antiguo pastorcillo, llevando una carta del provincial de Aragon al general de la Orden. En aquellos tiempos eso era una verdadera hazaña En una ciudad dominada por los envalentonados herejes un hombre, poniéndole un puñal en el pecho, le había preguntado: «¿Dónde esta Dios?» «En el cielo», contestó Pascual. Luego gemía el Santo: «Ay de mí, no he confesado mi fe: no soy mártir de la Eucaristía por mi falta de memoria, por mi descuido, por mi debilidad Debiera haber dicho que Dios está en el Santísimo Sacramento»

En un pueblo francés preguntáronle los herejes si creía en la presencia real Él contestó afirmativamente. Empezaron los enemigos a arguir con mil sofismas. Mas Pascual desenmascaró el error con tal abundancia de doctrina, que los herejes se sintieron acorralados y con rabia diabólica le apedrearon despiadadamente

Lo mismo cavando que cociendo berzas andaba unido con el Señor y repetía bellas jaculatorias:

«Oh luz sin mancha —decia recordando la comunion de la ma ñana—, ¿que delicias puedes encontrar en hombrecillo como yo? ¿Por que has querido entrar en mi pecho y hacer de el un templo de tu majestad?»

Jiménez, superior de nuestro Santo, depone

«El pasaba todo el tiempo posible en adoracion ante el Santisi mo Sacramento»

«Al pie del tabernaculo se le hallaba despues de maitines hasta la hora de las misas, ¡estaba armandose para la jornada! Al pie del tabernaculo le sorprendia el anochecer, ¡estaba descansando de sus fatigas! »

«Cuando limosnero, con la alforja al hombro, camina sin tregua, indiferente a los ardores del sol como a las heladas rafagas del viento Aspe, Ayorte, Elda, Novelda y Alicante vieronle atravesar sus calles»

«Su primer cuidado en cada pueblo es acercarse al sagrario y orar largo rato Los sacerdotes observaron que el Santo hablaba poco y que su breve conversacion iba dirigida preferentemente a Jesus sacramentado»

«Luego realiza su dicho "Tengo gusto en dormir al descubierto"»

Ocho días dura su enfermedad de tabardillo y dolor de costado. El paciente no exhala ni una queja ni pide medicinas ni alimentos.

En su lecho de muerte pregunta al hermano que le cuida:

«¿Han dado ya la señal para la misa mayor?» «Si», le respondieron Inmediatamente se lleno de satisfaccion Su alma volo a la patria de eterna gloria en el momento de la elevacion

La misma liturgia relata la maravilla: cuando el cadáver del santo se hallaba en el féretro durante el funeral, con asombro general de los asistentes, en el momento de la elevación, abre y cierra los ojos por dos veces

Punto final, cantando la canción del serafín, que convida a la comunión:

¿Quién come suplicaciones
que sin dinero se dan,
que es Dios debajo del pan?
Es una fruta muy buena,
de gran sabor y consuelo,
que vino de alla del cielo,
y al cielo nos lleva
A la una y a las dos,
tambien a la tercera
¿Hay, señores, quien le quiera,
que da de balde Dios?
¡Sus! Todos lleguemonos
do las grandezas estan,
que es Dios debajo del pan

JUAN ARRATIBEL, SSS

Bibliografía

Act SS Boll, 17 de mayo *Vita*, por J Ximenez
XIMENEZ, J , *Cronica del beato fr Pascual Baylon* (Valencia 1601)
LEON, P , *L'aureole seraphique Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S François* (Paris)

PORRENTRUY, L. A. DE, *S. Pascual Baylon* (París 1899).
MANSUY, M., OFM, *Le patron des congrès et des oeuvres eucharistiques. Saint Pascal Baylon, franciscain. Sa vie, son patronage, son culte* (Lille ²1910).
STANIFORTH, O., OFM Cap, *The saint of the eucharist. Saint Paschal Baylon, patron of Eucharistic Association* (Londres 1908).
GROLTEKEN, A., OFM, *Paschalis Baylon. Ein Heiligenbild aus Spaniens goldenem Jahrhundert* (Colonia 1909).
• Actualización:
BEAUFAYS, I., *Historia de San Pascual Bailon, patrono de las asociaciones eucarísticas* (Pamplona 2001).
LOPEZ MELUS, R. M.ª, *San Pascual Bailón* (Sevilla 2000).
RAMBLA, P., OFM, *San Pascual Bailon* (Villarreal 1990).

BEATA ANTONIA MESINA

Virgen y mártir († 1935)

Antonia no ha tejido historia. Sus quince tiernos años sólo dieron para una infancia normal, sin estridencia alguna y una adolescencia con sueños e ilusiones tronchadas. No más.

Una adolescencia que no llegó a buen fin, desde la perspectiva humana, bárbaramente destrozada por una brutal pasión ajena. Quince años nacidos, ilusionadamente desarrollados sobre un recorte sólido en la quietud acuática mediterránea que llamamos Cerdeña.

No hizo historia, pero de la mano de Juan Pablo II ha entrado en los anales de la Iglesia. El Papa se refirió a ella en la mañana otoñal del domingo 4 de octubre de 1987. Referencia y distinción con el honor de los altares, compartido con otros dos —igual que la muchacha sarda— militantes católicos: Pierina Morosini y Marcel Callo.

> «Los tres son laicos, son jóvenes, son mártires [...] Intrépidos [...] Perlas preciosas de nuestro tiempo...».

Apuntes para la reflexión, en labios pontificios, en la homilía de la solemnísima misa de beatificación. Más aún estimularía el papa:

> «Ejemplo de fe madura [...] Canto de esperanza para la generación que el Espíritu Santo sigue empujando hacia el camino de la radicalidad evangélica...».
>
> «La vocación que prima es la santidad, común a todos los bautizados».

Ellos —el francés Marcel y las italianas Pierina y Antonia— la hicieron realidad. La vivieron sencillamente, sin pretensiones. Pero plenamente, con elegancia.

En conclusión:

> «La invitacion de los tres jovenes laicos —acentuo Juan Pa blo II— adquiere una elocuencia especial en estos momentos Su testimonio estimula a estudiar con renovada atencion el papel de los seglares en la Iglesia »

La proclamación de la triple heroicidad cristiana no fue en una jornada cualquiera, sino que había sido intencionadamente enmarcada. Una fecha coincidente con una Roma rebosante de mitras, cardenales y de obispos llegados de los cinco continentes convocados para estudiar precisamente la «Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II».

Previamente, una celebración comunitaria eclesial en la plaza de San Pedro, donde 50.000 muchachos, jóvenes y adultos, hombres y mujeres y dirigentes nacionales y diocesanos italianos, con el papa al frente, cantaron y rezaron por el éxito de la asamblea sinodal centrada en el apostolado seglar.

Antonia, una perla. Lo dijo Juan Pablo II. Lo dijo a la muchachada. Un rubí. Un rubí de carne y hueso, sin mancha, engarzado en el medio rural incontaminado de Cerdeña. Un rubí haciendo juego maravilloso con la corona acuática esmeralda, con los bosques de encinas y las rocas de granito fantástica y caprichosamente moldeadas por el viento.

Cerdeña, una de las dos mayores islas italianas del Mediterráneo, de costas exageradamente recortadas, más bien mordisqueadas, rocosa y salvaje, abierta al sol, preñada de silencio y de calma, con baja densidad demográfica; agrícola y ganadera; tradicional y folclórica.

Antonia, el rubí. El estuche, Orgosolo: una realidad humana no lejos de Nuoro, capital de la provincia y sede episcopal, ubicada en una region singularmente pintoresca y bella, sobre una altiplanicie, en el corazón de la zona montañosa central, surcada de norte a sur por la fértil llanura de Campidano que encumbra los casi dos mil metros del Gennargentu, máxima altitud de la geografía isleña. Nuoro, la más costumbrista y marcadamente

sarda de las ciudades de Cerdeña, con una cultura popular cuya expresión más típica es la indumentaria comarcal.

Geografía aparte, importa la perla.

Antonia brilló en brazos de Augustino Mesina y de Gracia Rubani —estrenando caricias— el 21 de junio de 1919, justamente aparecida, dándose la mano con el verano en estreno sobre la porción insular que la recibía. Segundo fruto de una fecundidad matrimonial cuya generosidad llegaría a arracimar diez vidas humanas. Todas las que la fuente manó.

Antonia fue regenerada con el agua bautismal el postrer día del mes y año; robustecida sacramentalmente en la fe el 10 de noviembre de 1920; y alimentada eucarísticamente por primera vez en fecha distinguida, en la festividad de Corpus de 1926.

Fueron los típicos hitos históricos de toda andadura infantil. El resto, imaginable.

Imaginable teniendo en cuenta que la nena vive y crece en un ambiente radicalmente cristiano: la van siguiendo hermanitos y conoce adelantados sentimientos maternales, por instinto; un instinto natural, espontáneo, precozmente estimulado por las circunstancias, por la comprensible necesaria ayuda —cuando no real sustitución— de los brazos de mamá, pues ella, naturalmente, no alcanzaba para atender sola a tanto fruto de sus entrañas y al marido y a la casa.

Imaginable la nena acunando, vistiendo, aseando, dando de comer, entreteniendo, acostando... a los pequeñines. Dócil, obediente, solícita, cariñosa, bondadosa. Así hasta los diez años. Y, a partir de entonces, más de lo mismo, pero ya con dedicación exclusiva. En consecuencia, lamentable adiós —vivaracha ella, alumna estudiosa y aplicada tanto en el aula como en el catecismo— a los cuadernos, a los libros, a la escuela; y, más aún, el inevitable recorte de los ocios infantiles callejeros, la limitación horaria de relaciones amistosas.

Recortada la niñez de Antonia; atada al hogar —una realidad familiar económicamente modesta—, pero ligada gustosa, alegremente, pese a las también adivinables carencias y privaciones en que ha de moverse; desempeñando con entusiasmo todas las actividades domésticas a su alcance; desviviéndose por

sus hermanos, deshaciéndose en delicadezas con mamá. Un verdadero ángel.

Ella ayuda en casa y pone brazos en las tareas del campo, experimentando en la propia tierna carne la dureza de su tierra. Colabora con los suyos y aún muestra interés por el resto de familiares y por los vecinos. Siempre solícita, atenta a cualquier necesidad. Todos aprecian su bondad. Todos la quieren.

Crece en estatura, amplía conocimientos y experiencias y progresa en la virtud. Es recatada y sencilla en el vestido. Cada día más humilde, más dócil, más sacrificada, más piadosa, más caritativa; más aferrada a la firmeza de su carácter, de sus principios morales y religiosos; y más enamorada de la pureza que estimaba la flor más preciada del mundo.

En definitiva, gradualmente escalando peldaños en el amor a Dios que conlleva siempre, inevitablemente, el amor al prójimo. Todo gracias a la inicial formación netamente cristiana desde primera hora, mamada con la leche materna y eficazmente reforzada en los ambientes escolar y parroquial.

Así, hasta insinuarse apóstol. Primero, aún pequeñaja, inscrita como benjamina; luego con la categoría de aspirante; y últimamente, ya socia de Acción Católica. Militante desde 1934. Militancia apostólica, generosa con quince ilusionados años. Militancia apuntalada con la misa, la comunión y el rosario diarios, con la frecuencia del sacramento del perdón. Sola, rodeada de hermanos, ocupada en las actividades agrícolas, vive la presencia de Dios a todas horas. Constantemente. Y desbordada. Era un proselitismo valiente, incansable, generoso. Preocupada por aportar amores y fidelidades a Cristo.

Mediada la década de los años treinta aún estaba al rojo vivo en Italia el terrible drama rural que, iniciada la andadura del siglo, ensangrentó las tierras pantanosas de Nettuno, en la provincia de Ancona, conmocionando la península e islas. El heroico y admirable protagonismo cristiano de una chavala de doce abriles —María Goretti— a manos de un bracero veinteañero cegado por la pasión animal, seguía interesando. Aún era noticia. De rabiosa actualidad en los ambientes religiosos y apostólicos, preferentemente femeninos; en el escenario nacional y fuera del país. Una referencia de admiración e intencionadamente estimulante.

Antonia Mesina, naturalmente, conocía el caso Le habían llegado comentarios Precisamente, en cierta ocasión, aposti llando una alusión al particular, había aprobado· «Antes la muerte que el pecado». Explicitando que, de encontrarse ella en identicas circunstancias, no dudaría en imitar a Marietta

Y, en otro momento, reincidente la evocación a la mártir compatriota, exteriorizó· «Me dejaría matar antes que pecar» Muy consciente ella de la expresion florecida en sus labios, estaba empeñada en cumplir la palabra decididamente

La prueba vendria en el bosque, en plena primavera chorreante de vida nueva, de melodías y de perfumes silvestres Primavera de 1935 Memorable 17 de mayo

Como ayer, anteayer, el otro y cada dia, Antonia ha iniciado la jornada, devotamente, al pie del altar parroquial Cada mañana, salvo fuerza mayor, la eucaristia sacrificio y sacramento abre la rutinaria andadura de la pequeña y ejemplar feligresa de Orgosolo

Como ayer, anteayer, el otro y cada dia, ella tambien ha cumpli do con las acostumbradas tareas domesticas Se quedo sin leña y tocaba cocer el pan, en consecuencia, no queda mas solucion que la conocida, la de siempre Y asi, al igual que otras veces, enfila el camino del monte Va con una amiga, tambien de condicion modesta pero con inquietudes distintas Antonia pretende y mira como pegarle los propios afanes espirituales Ella —la hija de Au gustino y Gracia— lleva tan metido en el alma el ideal apostolico que sueña con llevar almas de jovenes a Cristo Vive tan ardorosa mente la radicalidad cristiana y la hace tan feliz que la desea tam bien para sus amistades y para todo el mundo y pretende ayudas para comunicarla

Todas las ocasiones son validas Bueno, pues, el momento, acercandose al bosque Derivando en conversaciones religiosas, aprovecho para aconsejar a la compañera la militancia en Accion Catolica local

Cada una va a su aire, buscando, apilando y guardando pequeños troncos y ramaje Se habian separado, pero de tanto en tanto se llamaban y se sabian cercanas

Subitamente nota el peso de un cuerpo que le aplasta la espal da, caido violentamente sobre ella, unos brazos que la agarran fuertemente, una voz apasionada, jadeante, solicitandola La mu chacha, sorprendida, terriblemente asustada, clava un grito desgarrador en la espesura verde Se niega a los deseos brutales Opone resistencia Clama desgarradoramente

Es una lucha titanica El asaltante, insistente y progresivamente enfurecido, impulsado por los instintos de la bestia que todos llevamos dentro Ella, sin dar el brazo a torcer, brava Asi, hasta reci

bir una tremenda pedrada en la cabeza que la deja fuera de comba te Inutil Larga en el suelo Desvanecida

Es el momento en que el individuo, asiendo a la muchacha por los cabellos, la arrastra unos metros mas alla donde intenta desnudarla y satisfacer su pasion Donde sigue golpeandola Donde la abandona con el cuero cabelludo hundido, con el craneo abierto y chorreando sangre, con el fresco rostro quinceañero destrozado, con la vida rota

Antonia Mesina queda hecha un precioso rubi de carne y hue sos aplastados entre la arboleda boscosa, en el corazon rocoso y salvaje de Cerdeña, en plena primavera de 1935

Esto acontece justo cuando la Italia mussoliniana acariciaba proyectos de expansión colonial y el papa Pío XI tambien promovía afanes de conquista, pero de signo distinto El pontífice pretendía la renovación apostólica de la Iglesia, el cambio a mejor de la sociedad. Según la formulación de la época: «Todo el cristianismo en toda la vida». Léase esto como presencia activa *más allá del templo y de la sacristía, presencia sobre todo seglar.*

De cara al pretendido apostolado laico el sucesor de Pedro había soñado —precisamente—, dado cuerpo y mimado la Acción Católica, moderno instrumento de inserción social y de santificación personal. Eficaz para encarnar, a plenitud y con elegancia, la doctrina evangélica.

Elocuente es, al respecto, la fidelidad bautismal de la quinceañera virgen y mártir sarda, la heroica devoción de la nueva Goretti, «perla preciosa de nuestro tiempo», símbolo y estímulo en tiempos difíciles, enfangados.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 79 (1987) agosto
L'Osservatore Romano (4 10 1987)
FORTUNATO (Padre) *La serva di Dio Antonia Mesina, martire della pureza, uccisa come santa Maria Goretti* (Roma ^{7}1977)
FORTUNATO (Padre) *Antonia Mesina, pura e forte, uccisa come santa Maria Goretti* (Roma ^{4}1966)
PIETRO, M DI, *Antonia Mesina, fanciulla sarda* (Milan 1943)
MASSAIU, M , *Una ragaza di Orgosolo* (Milan ^{3}1992)

BEATA JULIA SALZANO

Virgen y fundadora († 1929)

Estaba este tomo de mayo ya en su elaboración cuando el domingo 27 de abril de 2003 el papa Juan Pablo II elevó a la gloria de los altares a seis siervos de Dios, uno de ellos Julia Salzano, fundadora de las Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón, muerta en olor de santidad el 17 de mayo de 1929. Y para que esta nueva flor del jardín de la santidad de la Iglesia no quedara sin entrar en nuestro *Año cristiano,* nos decidimos a buscar sus datos y componer esta nota biográfica que dé al pueblo de Dios de habla hispana noticia de esta esforzada agente de algo tan importante en la Iglesia como es la catequesis.

Ella nació en el reino de las Dos Sicilias, poco antes de que esta entidad política desapareciera englobada en la unidad de Italia. Su nacimiento fue el 13 de octubre de 1846 en Santa María Capua Vetere, provincia de Caserta, junto a Nápoles. Fue su padre Diego Salzano, que era capitán de lanceros en el ejército del rey Fernando II, y fue su madre Adelaida Valentino, que estaba emparentada con San Alfonso María de Ligorio. Le venía, pues, la santidad de familia. El matrimonio llegaría a tener siete hijos, de los cuales Julia fue la cuarta. Era la suya una familia honesta y piadosa, pero no estaba destinada a ser el hogar de su infancia y adolescencia, porque en 1850 muere su padre, y entonces la familia numerosa acepta que se brinde educación y mantenimiento a Julia en el Orfanato Real de Santa María de las Gracias, en San Nicola La Strada, cerca de Caserta. Aquí hubieron de transcurrir cerca de diez años, recibiendo formación intelectual y humana. La institución estaba a cargo de las Hermanas de la Caridad, las cuales trataron con afecto a la chica y le brindaron un clima de acogida y en lo posible de hogar. Estando allí hizo su primera comunión justo el día de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1854; ningún acontecimiento especial señala el paso de la niña por esta institución, salvo que cuando era mayorcita se le encomendó diera catequesis a las niñas más pequeñas, lo que sería el primer botón de muestra de su futuro espíritu catequético.

En 1861 vuelve a casa, y como había demostrado inteligencia y capacidad para los estudios, se le facilita que los prosiga

con una meta bien definida: alcanzar el diploma de maestra. Con él podría en adelante ganarse la vida y tener una ocupación honorable y socialmente útil. Julia aceptó esta orientación de su vida y con tesón y dedicación hizo los estudios, logrando primero el título de maestra y luego consiguiendo se le asignara un destino, una escuela donde ella fuera la profesora titular. Esto lo consigue en 1865. Pasa el verano y llega el nuevo curso y recibe Julia su nombramiento como maestra de las escuelas primarias comunales de Casoria, Nápoles. Allá se traslada en octubre con su familia y empieza su labor.

Julia era una joven de profunda vida interior y serias convicciones cristianas. Era consciente de cuánta guerra se la hacía a la religión desde numerosas instancias y veía con claridad que todos los hijos de la Iglesia tenían que aportar su colaboración en defender la fe del pueblo y en hacerla viva y eficaz. Sólo una fe viva resistiría —pensaba ella— las muchas pruebas por las que la religiosidad del pueblo estaba pasando. Y vio enseguida claro que una de las más apremiantes necesidades era precisamente la catequesis, una catequesis bien dada, bien organizada, con los debidos contenidos, ofrecida sobre todo a los niños y adolescentes en cuyas manos iba a estar el futuro. Por ello, no solamente se fijó como campo de trabajo la escuela, en que podía cultivar el alma de los niños, sino que se ofreció a la parroquia para la catequesis. Pero Julia vio igualmente con claridad que la catequesis, reducida a los niños, no podía lograr la totalidad de sus objetivos Había que intentar catequizar también a los adultos, y se ofrece igualmente a la parroquia para semejante labor.

Julia pensaba con toda razón que el fin de la catequesis es la vida cristiana, y que ésta tiene que estar estimulada por sólidas devociones, como son la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a la Virgen María. Ella será siempre apóstol de estas dos devociones, y comprobará la eficacia que tienen ambas para producir frutos de santidad en las almas.

Julia se acreditó en la parroquia como destacada colaboradora, y por ello cuando el santo cardenal Sixto Riario Sforza († 1877), arzobispo de Nápoles, quiere apoyar la difusión en Casoria de la congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón, fundadas por la Beata Catalina Volpicelli († 1894), le pide a Julia

que se ponga en contacto con Catalina y ambas colaboren. Julia sintonizará con Catalina en la sublime devoción al Corazón de Cristo que ambas profesan, y hacen causa comun en un ideal: todo para mayor gloria del Sagrado Corazón de Jesús. Pero esta sintonía no impedirá que ambas desarrollen obras distintas, pese a que hubo intentos de forzar la unión de la obra de Julia con la de Catalina.

Hasta 1882 Julia no madura la idea de fundar una obra que se convertirá en congregación religiosa. Ella estaba segura de la necesidad de una obra que difundiera la doctrina cristiana y fuera testimonio de Cristo a través de la vida y el ejemplo. Su obra se ve alentada por los sacerdotes a quienes ella consulta acerca de sus propósitos. Fue el primero el P. José Piccirelli, jesuita, que comprendió el beneficio de que aquella obra naciera y se consolidara. Luego acudió a los consejos del Beato Luis de Casoria († 1885), quien era religioso franciscano y fundador de dos congregaciones religiosas, y que también la animo. Hizo lo mismo el P. Buenaventura Maresca, también franciscano, y asimismo el sacerdote don José Muller. Pero el canónigo Luis Caruco, director de las Esclavas del Sagrado Corazón, mostró gran oposición a que surgiera una nueva familia religiosa, y quiso a todo trance que el grupo que rodeaba a Julia confluyera con la congregación dirigida por él. Pero Julia en 1888, con motivo de una enfermedad, dejó la escuela, y cuando se repuso, ya no volvió a ella porque quería entregarse por entero al apostolado y a la obra en la que meditaba.

De la autoridad eclesiástica obtuvo autorización para tener en su casa un oratorio privado, no solamente para sus oraciones y plegarias, sino también para reunir en él niños y niñas a quienes impartir la doctrina cristiana. Julia reunió a las compañeras que se le habían unido en ideal en su oratorio doméstico en octubre de 1890 y se propusieron firmemente consagrarse a Dios y al apostolado catequético y trabajar por constituir una nueva congregación religiosa. Y esta determinación la llevaron adelante con tenacidad. El grupo de jóvenes de la Congregación Mariana que se unió a ella recibió el nombre de Unión de las Pequeñas Esclavas. El año 1893 dejó su casa y el 5 de mayo de 1894 inauguraba en Casoria la llamada Casa Pía de la Cateque-

sis, con la aprobación del cardenal Guillermo Sanfelice, arzobispo de Nápoles.

El cardenal Prisco, cuando llega como arzobispo de Nápoles, desoyó las reclamaciones de Caruco y nombró un director para la nueva obra, que de esta forma quedaba amparada bajo la autoridad del prelado. Los directores sucesivos fueron tres: primero don José Provitera, luego don Modesto Catalano y luego don Luis Fabiani. Julia mostró constantemente una enorme capacidad de acción, al tiempo que una obediencia sin fisuras a las orientaciones del prelado y una fidelidad plena al carisma que había recibido de Dios. Supo transmitir el carisma a otras almas y con ellas organizar obras de apostolado catequístico que se acreditaron solas a los ojos de los pastores de la Iglesia.

Por fin Julia vería la aprobación oficial de su obra, su conversión en congregación religiosa. El 21 de noviembre de 1905, día de la presentación de la Virgen María, ella y siete compañeras tomaron el velo religioso. La obra se llamaría Congregación de Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón. Le quedaban veinticuatro años de trabajo leal al frente de su institución. Acudieron las vocaciones, se pudieron crear nuevas casas en aquella misma área, pero Julia no dejó nunca Casoria, porque el Beato Luis de Casoria le había hecho esta advertencia: «Ten cuidado no te venga la tentación de abandonar a los pequeños de nuestra querida Casoria, porque la voluntad de Dios es que vivas y mueras entre ellos», como así sería en efecto.

Donde quiera que se establecía una nueva casa estaba claro cuál iba a ser el trabajo de las hermanas: difundir el catecismo y la devoción al Corazón de Jesús. Los cultos solemnes, siempre con exposicion eucarística, acompañaban la actividad catequética de las hermanas. Decía Julia:

> «Mientras me quede un hilo de vida, impartire siempre el catecismo Os aseguro que me encantaria morir enseñando el catecismo»

Y fiel a este ideal, exhortaba a sus hijas:

> «La hermana catequista ha de estar siempre dispuesta a instruir a cualquier hora a los pequeños e ignorantes No debe tener en cuenta los sacrificios que exige este ministerio, sino que, mas bien, deberia desear morir en la brecha si Dios asi lo quisiera»

Logró Julia edificar la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Casoria (1916), abrió nuevas casas en Calvizzano (1922) y Striano (1928) y puso todo su empeño en colaborar en el I Congreso Catequístico de Nápoles (1928).

En 1916 fueron completadas las reglas del instituto y enviadas a Roma, a la Congregación de Regulares, para obtener el decreto de alabanza. El 12 de agosto de 1920 el cardenal Prisco les dio la aprobación diocesana y las Constituciones fueron aprobadas en Roma el 4 de febrero de 1922, llegándole el reconocimiento pontificio el 19 de marzo de 1960, muchos años más tarde de la muerte de la fundadora.

Julia se entregó por completo al Señor. Practicó las virtudes cristianas todas, pero singularmente sobresalió su gran espíritu de fe y su ardiente caridad, que la llevaba a desear que el Corazón de Jesús fuera glorificado por todos y que todos encontraran en él su salvación. Dirigió con prudencia y sabiduría evangélica su congregación, y pudo acercarse a su final con la conciencia tranquila de haber sido fiel al carisma que Dios le había dado. Murió en Casoria el 17 de mayo de 1929.

Creciendo su fama de santidad, se inició en 1937 su causa de beatificación, siendo declaradas heroicas sus virtudes el 23 de abril de 2002 y aprobado un milagro por su intercesión el 20 de diciembre de 2002, lo que abrió el camino para su beatificación. Su mensaje es de mucha actualidad: la Iglesia se juega gran parte de su acercamiento a las almas en la tarea imprescindible de la catequesis de niños y de adultos.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 67s.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima, col.1219.

«Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de los siervos de Dios Giacomo Alberione, Marco d'Aviano, María Cristina Brando, Eugenia Ravasco, Maria Domenica Mantovani y Giulia Salzano (17-4-2003)»: *Ecclesia* (2003) n.3155, p 30-31.

RICCIARDI, A., OFM CONV., *Una vita per la catechesi Madre Giulia Salzano fondatrice delle Suore Catechiste* (Nápoles 1979)

SAN PEDRO LIU WENYUAN

Martir († 1834)

Liu Wenyuan o Lieou Ouen Yen nace en el seno de una familia pagana el año 1790 poco más o menos en Kong-Tcheu, China. Llegado a la juventud contrae matrimonio y tiene varios hijos. Por medio de un amigo conoce el cristianismo y se decide a abrazarlo pero sus padres se oponen a esta decisión, que él, no obstante, lleva adelante. En el bautismo toma el nombre de Pedro.

Arrestado como cristiano y llevado a Pekín es juzgado y condenado a muerte, pero la influencia de unos amigos logra sacarlo de las garras de la muerte y de la propia cárcel. En 1814 otra vez es arrestado como cristiano y ahora no se le condena a muerte sino que se le envía a Mongolia y aquí es vendido como esclavo a un amo tártaro que le dio una vida espantosa. Nada menos que diez años pasó en esta triste situación, siempre con espíritu de fe y entrega a la Providencia divina. Enfermó y entonces sus amigos de nuevo movieron influencias, pudieron liberarlo y devolverlo a su hogar.

Pudo pasar diez años de vida normal con su mujer y sus hijos, pero en 1834 le llegó de nuevo la hora de prueba. Un hijo suyo y su nuera, fervorosos cristianos también, junto con otros fieles, se habían negado a que a un amigo muerto, que había sido cristiano, se le hicieran funerales paganos. Como consecuencia de esta negativa habían ido a la cárcel. Allí fue Pedro a visitarles y atenderles y cuando llegó para ellos sentencia de destierro, Pedro pidió licencia para acompañarles. Entonces fue él mismo acusado de cristiano y arrestado. Llevado ante el tribunal, confesó su fe y fue condenado a la pena de estrangulamiento, que se cumplió en su pueblo de Kong-Tcheu el 17 de mayo de 1834. Fue canonizado con los demás mártires de China el 1 de octubre de 2000.

BEATO IVÁN ZIATYK

Presbítero y mártir († 1952)

Nacido en Odrehova, Polonia, el 26 de diciembre de 1899 en el seno de una cristiana familia, muy pronto encamina su vida hacia el sacerdocio, ingresando en el seminario de Przemysl y ordenándose sacerdote al término de los correspondientes estudios, el año 1923.

Destinado al seminario ucraniano como prefecto y profesor, cumplió escrupulosamente con su tarea, superándose y procurando hacerlo lo mejor posible, sintiendo cada día más el apremio de ser un santo sacerdote.

Movido por ese mismo sentimiento, expresó a su obispo su deseo de ingresar en la vida religiosa, y, habiendo obtenido la licencia, ingresó en el noviciado de la Congregación del Santísimo Redentor, en la que oportunamente hizo los votos religiosos en 1936. Seguidamente, su congregación lo ocupó en diferentes ministerios, granjeándose la estima de todos sus hermanos en religión.

Pasada la II Guerra Mundial, el régimen comunista expulsó al viceprovincial de los redentoristas, y entonces la congregación optó por ponerlo a él de sustituto. Con gran esmero cuidó lo mejor que supo de los intereses de la congregación, no sin ver que las dificultades iban a ser cada día mayores. En esas circunstancias el metropolita Septyckyj le pide el servicio de ser vicario general de la Iglesia greco-católica ucraniana, cargo que él acepta y desempeña con plena dedicación.

Como ya preveía, le llegó el arresto y la reclusión en la cárcel el 5 de enero de 1950 En el juicio que se le hizo se le anotó como delito ser redentorista y ser portavoz de las ideas del Papa, «crímenes» que reconoció el acusado, pero se negó a admitir que fueran crímenes. Fue condenado a diez años de trabajo forzado. Llevado al campo de concentración de Oserlag, Irkustk, en Rusia, fue sometido a tortura por parte de los guardias del campo y enfermó gravemente. Soportó con gran ánimo y paciencia su arresto, juicio y condena y se comportó en el campo con ánimo y entrega a la voluntad de Dios. Murió en el hospital del campo el 17 de mayo de 1952. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

18 de mayo

A) Martirologio

1 San Juan I († 526), papa y martir en Ravena **
2 En Salona (Dalmacia), San Felix († 299), martir
3 En Egipto, San Dioscoro († 303), martir
4 En Alejandria de Egipto, santos Potamion, Ortasio y Serapion (s IV), presbiteros, y compañeros, martires
5 En Ancira (Galacia), los santos Teodoto, Tecusa, Alejandra, Claudia, Faina, Eufrasia, Matrona y Julita († 303), virgenes, martires
6 En Beinwil (Suiza), Beato Burcardo († 1192), parroco del lugar *
7 En Upsala (Suecia), San Erico IX († 1161), rey y martir **
8 En Villamagna, junto a Florencia (Toscana), Beato Gerardo Mecatti († 1242), de la Orden de San Juan de Jerusalen *
9 En Toulouse (Galia), Beato Guillermo († 1369), presbitero de la Orden de Ermitaños de San Agustin *
10 En Roma, San Felix de Cantalicio († 1587), religioso capuchino **
11 En Trier, Beata Blandina (Maria Magdalena) Merten († 1918), virgen, religiosa, de la Orden de Santa Ursula **
12 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Estanislao Kubski († 1942), presbitero y martir *
13 En Hartheim (Austria), Beato Martin Oprzadek († 1942), presbitero, de la Orden de Hermanos Menores, martir *

B) Biografias extensas

SAN JUAN I
Papa y martir († 526)

Juan I, papa, hijo de Constancio, de origen toscano en Italia, fue el sucesor del papa Ormisda en la sede de San Pedro en agosto de 523 Se trasladó a Roma en su juventud, dedicandose a los estudios y a la vida de piedad Ordenado sacerdote y al servicio de la comunidad cristiana de Roma, era cardenal-presbítero cuando fue elegido sumo pontífice Su pontificado fue breve, algo menos de tres años, pero intenso en acontecimientos

Las circunstancias historicas que le toco vivir con sus intrigas y violencia, vistas a distancia, nos enseñan a calibrar los in-

convenientes que trae siempre a la vida de la Iglesia la intromisión de los poderes públicos en lo que no es de su competencia.

Justino, emperador de Oriente, que era católico, emanó, a finales de 524, un decreto por el que quitaba a los arrianos sus iglesias y los obligaba a convertirse al catolicismo. Alarmado por esta determinación, Teodorico, rey de los ostrogodos y rey de Italia, que era arriano, llamó a Rávena al papa Juan y, prácticamente, lo obligó a ir a Constantinopla para conseguir que Justino retirara el decreto contra los arrianos. Hasta parece que amenazó al papa con exterminar a los católicos en Italia. Juan se negó con firmeza a negociar con Justino el retorno de los arrianos, ya reconciliados con la Iglesia católica, a su antigua fe arriana. Y allá se encaminó, ya muy falto de salud, a Constantinopla, con un acompañamiento de obispos y senadores de las más importantes familias romanas.

«En aquella ocasión, un obispo de Roma por vez primera, puso el pie en la capital de Oriente, donde fue acogido con gran solemnidad» y con los mayores honores antes de las fiestas de Navidad de 525.

«Los habitantes de la ciudad imperial fueron a su encuentro hasta quince millas antes, con cirios y cruces en las manos. El emperador Justino se postró ante el pontífice», todo obsequioso. El papa celebró en latín en la Basílica de Santa Sofía las fiestas de Navidad.

No se sabe a ciencia cierta lo que el papa dijo al emperador, aunque parece que se acordó que se devolvieran sus iglesias a los arrianos:

> «Aun pidiendo la cesacion de la persecucion contra los arrianos, no podia erigirse en defensor de los herejes, con toda probabilidad consiguio del emperador Justino la promesa de tratar con mas generosidad a los arrianos»

Si no hay confusión en las fechas (pues parece extraño que la legación papal durase tantos meses), durante las celebraciones pascuales en abril de 526, celebradas por el papa en latín en Santa Sofía, Justino quiso ser coronado emperador nuevamente por el pontífice romano, habiéndolo sido ya anteriormente por el patriarca de Constantinopla. El papa accedió al deseo de Justino y esto mismo concito las iras de Teodorico, que no quedó

satisfecho con la actuación del papa y a su vuelta a Rávena tuvo hasta la idea de decapitarlo públicamente, pero no se atrevió a tanto por miedo al pueblo. Lo metió en la cárcel; estaba tan quebrantado que a los pocos días de encarcelado, el 18 de mayo de 526, murió de inanición. Durante los funerales celebrados en Rávena con gran concurso del pueblo, un endemoniado, al contacto con el ataúd, quedó libre del demonio, como refiere Máximo, obispo de Rávena. En agosto del mismo año 526 murió Teodorico. Su muerte se interpretó como un castigo divino por su cruel comportamiento con el papa y por otros desmanes cometidos contra la Iglesia católica. Cuatro años después, el cadáver del papa Juan fue llevado a Roma y enterrado, el 27 de mayo, en el atrio de la Basílica de San Pedro. En la lápida de mármol se estampó: *Antistes Domini procumbis victima Christi:* «Pontífice del Señor, mueres víctima por Cristo». Desde su muerte fue considerado como mártir.

A través del *Liber pontificalis* conocemos algunas de sus actividades en los pocos años de su pontificado: restauró las basílicas mayores de Roma, los cementerios de los santos mártires Nereo y Aquiles, de San Félix y Adaucto, la basílica del cementerio de Priscila, etc. Adoptó para la Iglesia latina el cómputo hecho por el monje llamado Dionisio el Exiguo para la fijación de la fecha de la Pascua de resurrección. Así se calmaron antiguas disputas entre Oriente y Occidente, quedando fijada desde entonces esa solemnidad de las solemnidades entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

Hay estudiosos que han identificado a este papa con el llamado Juan Diácono. Sería suya la *Epistula ad Senarium,* escrito de importancia para la historia de la liturgia bautismal. También hay quien le atribuye algún otro escrito, pero con menos fundamento.

Si de hecho el papa Juan I es la misma persona que el diácono Juan de que se habla en algunos documentos, hay que relacionarle expresamente con Severino Boecio (480-524), amigo suyo. Boecio, de la ilustre familia de los Anicios, nació en Roma. Estudió en Atenas, de donde volvió entusiasmado por la filosofía de Aristóteles y Platón. Teodorico le nombró senador y después cónsul. Fue acusado erróneamente de complot contra

Teodorico, éste lo desterro y lo metió en la cárcel en Pavía. Estando en el calabozo escribió su famoso libro *De consolatione philosophiae.* Es una obra que ha sido llamada «sumamente original y artística», parte en prosa, parte en verso. La filosofía en forma de matrona trata de consolarle en su desgracia y encarcelamiento. Fue ejecutado en 524. Habría dedicado al que sería luego Juan I alguno de sus escritos. Si el papa Juan había conocido este libro de *La consolación de la filosofía,* pudo hallar en él motivos de ánimo y consuelo, encontrándose en la misma situación carcelaria que el autor de la obra. En el libro tercero, *metro nono,* aparece la filosofía dando gracias a Dios, en forma de oración, por la creación del universo y por la providencia con que lo gobierna. Verdadero consuelo pudo encontrar el papa Juan I encarcelado, como lo había encontrado Boecio en esta oración estupenda. Algunos de sus acentos suenan así:

Pues Tu nos quieres guiar,
¡oh fuente, fuente de bienes!,
porque podamos mirar
y, mirando, desear
los bienes que en Ti contienes,
alivie tu caridad
la terrena pesadumbre
desta nuestra gravedad,
y tu suma claridad
nos alumbre con su lumbre
Eres bienaventuranza
de todos los piadosos,
ser que no tiene mudanza,
muy reposada holganza
do huelgan los congojosos,
principio do procedemos,
fuerza con que caminamos,
vía por do caminemos,
adalid tras quien guiemos,
término donde paramos
(Traducción del latín de Alberto de Aguayo, s XVI)

Aunque estos puntos de consuelo de la filosofía sean válidos, el papa Juan I mientras estuvo encarcelado encontraba ayuda especial en su fe y unión con Cristo, fortaleza de todos los mártires.

El ejemplo de este santo papa es notable por prestarse a intervenir para que fuesen tratados con más consideración y tolerancia los mismos arrianos. Este gesto no significaba que aprobase la fe arriana, ni mucho menos. Algunos católicos al enterarse de que se encaminaba a Oriente pensaron que había sido engañado malamente por Teodorico y que ponía en peligro su conciencia y la fe auténtica. No fue así, sino que dio ejemplo de energía y de bondad al mismo tiempo. Su vida se coronó con el martirio y con un grandísimo ejemplo de paciencia en los sufrimientos y en la cárcel.

Su fiesta se celebra el 18 de mayo desde tiempo inmemorial.

JOSE VICENTE RODRIGUEZ, OCD

Bibliografía

Art en BERARDINO, A DI (ed), *Diccionario patristico y de la antiguedad cristiana* II *J Z* (Salamanca 1992) 1 172

FLICHI, A MARTIN, V (dirs), *Historia de la Iglesia* IV *Los reinos germanicos* (Valencia 1975) 452 453, 458

ROSI, M, «L'ambasceria di papa Giovanni I» *Archivio della Societa Romana di Storia Patria* 21 (1897) 567 584

SAN ERICO IX

Rey y martir († 1161)

Los pueblos y reinos de la cristiandad medieval pretendieron honrar a sus héroes nacionales no sólo con la aureola de sus gestas militares y políticas que les descubrían sus raíces ancestrales, sino con la aureola de la heroicidad cristiana al servicio de la extensión del Reino de Dios. Al deseo de constituir como símbolo de la grandeza de la nación a un personaje histórico, frecuentemente envuelto en las leyendas, transmitidas de generación en generacion, se unió el piadoso anhelo de venerarlo también como santo, atribuyéndole virtudes y milagros, muy difíciles de comprobar por la historia crítica.

Ciertamente San Erico de Suecia, noveno de ese nombre en el catálogo de los soberanos de Suecia, constituye uno de los ejemplos típicos de esta veneración popular. En el medioevo, San Erico era el símbolo cristiano de la monarquía y del pueblo

cristiano de Suecia. Su culto floreció, con gran fervor de multitudes, hasta que el reino adoptó la reforma luterana en 1526.

Muy poco sabemos de la vida y virtudes de este santo popular. Su figura histórica queda nimbada y difuminada por la leyenda. Los historiadores se han esforzado en separar la verdad histórica de la fabulación y hasta del error popular; por ahora no se han conseguido los frutos deseados para tejer una historia real y no fabulosa de Erico IX.

Era hijo de Jedvard, del inglés *Edward,* y por eso llevaba el patronímico Jedvardson. La presencia del antropónimo *Edward,* según algunos historiadores, quedaría como testigo de la actividad de misioneros ingleses en Suecia.

Los pueblos de Svealand (Suecia) aclamaron rey a Erico en 1150. Siete años después, el rey sueco lanzó una cruzada, campaña muy propia de aquellos tiempos de espada y cruz, contra el vecino país pagano de Finlandia. Victorioso en su empresa, se preocupó de dejar a Enrique, obispo de la vieja Uppsala, al frente de la obra misionera entre los finlandeses. Erico, por tanto, fue considerado como el cristianizador de Finlandia en el siglo XII y anexionador de este territorio a la corona sueca. Por espacio de casi 650 años Finlandia quedó unida, como estado, a Suecia, y las relaciones entre ambos países, después de la independencia de Finlandia en 1809, perduran hasta el día de hoy.

Erico murió en un suceso bélico, según la tradición, el 18 de mayo de 1161. Estaba en guerra con el príncipe Magnus Henrikson de Dinamarca, que luchaba para asegurarse pretendidos derechos sobre el reino de Suecia. Los daneses atacaron al ejército sueco mientras Erico oía misa en la capilla de la Trinidad de Ostra Aros. Enseguida fue avisado del peligro, pero Erico contestó que su primera ocupación era la de asistir a misa hasta el final, luego ya se defendería del asalto. Cuando éste sobrevino y el rey sueco intervino en la batalla, recibio un golpe de espada en el cuello, que le segó la vida.

El cuerpo sin vida del monarca recibió sepultura como héroe nacional en la catedral de la vieja Uppsala (Gamla Uppsala) y el pueblo empezó a venerar sus reliquias. Nunca fue declarado oficialmente santo y propiamente no se le puede atribuir el títu-

lo de mártir, pues no sufrió la muerte por causa de su fe cristiana; murió simplemente en un hecho de guerra. Pero con su vida y martirio, o muerte para defender su reino frente a los vecinos agresores, el pueblo cristiano sueco forjó la figura más representativa de la nación, confundiendo, o al menos amalgamando y conjugando, el heroísmo nacional con la heroicidad de la santidad cristiana. Treinta y ocho años después de su muerte, el famoso calendario de Vallentuna lo conmemora ya como santo. Sigue luego la larga procesión de la veneración popular como hecho a la vez cultual y patriótico, sólo interrumpida por la entrada del luteranismo en Suecia. Tanta era la importancia del culto al rey más emblemático de Suecia, que los nuevos reyes, al pronunciar su juramento, tocaban con sus manos las reliquias de San Erico.

En 1245 la catedral de Gamla Uppsala quedó en parte destruida por un incendio. Variantes geo-físicas privaron asimismo a la vieja Uppsala del gran puerto fluvial. Estos factores aconsejaron trasladar la sede arzobispal de la antigua capital a Ostra Aros, la nueva Uppsala, traslado que fue sancionado por el papa Alejandro IV con bula de 1257. En 1271 empezó a edificarse la magnífica catedral gótica, con ayuda de arquitectos franceses. En 1273, o tal vez en 1276, se verificó la traslación de las veneradísimas reliquias de San Erico a la nueva catedral de Uppsala, aunque sólo estuviera en los inicios de la construcción. Los antiguos calendarios suecos conmemoran el 24 de enero *Eric translatus,* la traslación del venerado cuerpo.

El 18 de mayo continuó celebrándose, como antes en la vieja catedral de Uppsala, la solemne procesión que llevaba las reliquias a través de los campos, entre el antiguo y el nuevo centro de la ciudad. Los suecos la llamaban la *Eriksmassa.* Con ocasión de la misma fue organizándose una renombrada feria. Los agricultores suecos profesaron gran devoción a San Erico, pues había muerto en mayo, cuando las espigas de trigo empiezan a crecer. En los medios agrícolas se divulgó el refrán: «Erico (18 de mayo) da la espiga y Olav (el santo rey de Noruega, 29 de julio) da el pan».

San Erico tuvo en el arcediano de Uppsala, Folke Angel, al compositor de su oficio litúrgico, mientras el sobrino de éste

compiló las relaciones de milagros, atribuidos a la intercesión del santo rey.

Un reconocimiento de las reliquias se llevó a cabo en 1300: en el relicario se encontraron seis paquetes con huesos del santo, un cráneo y una corona. Cien años después el orfebre Lambrecht realizó un nuevo relicario, confiscado tras la Reforma por Gustavo Vasa, quien se lo llevó a su castillo de Uppsala. Más adelante parece que la reliquia fue de nuevo depositada en la catedral de Uppsala, sin el relicario que había sido fundido por Juan III para pagar a sus mercenarios escoceses.

La ciudad de Estocolmo, actual capital del reino, ostentaba en su antiguo escudo la silueta de una ciudad fortificada; ésta fue substituida por la imagen de san Erico, el santo nacional del reino, imagen que conserva hasta el día de hoy.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Act SS Boll, mayo (Venecia 1740) 189 197

Art en *Analecta Bollandiana* 18 (1899) 436 437

Bibliotheca hagiographica latina Antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini, I (Bruselas 1898) p 390-391, n 2594 2598

CHEVALIER, U, *Repertoire des sources historiques du Moyen Age* I *A J* (Nueva York 1959, repr anast) col 1369

JORGENSEN, E, *Helgendyrkelse i Danmark* (Copenhague 1909) 41 42

SIBILIA, A L, «Erico IX, re di Svezia», en *Bibliotheca sanctorum,* IV (Roma 1968) cols 1 322 1 326

SCHUCK, A, «Nagra data ur Sveriges historia under 1100 talet», en *Svenska turistfareningens Aarskrift* (Estocolmo 1942) 216 217

SODERBERG, F F V, en *Nordisk Familjebok,* VII (Estocolmo 1907) 780 781

WIHNER, E, «Sankta Ragnhild i sitt tidevarv» *Rev Cat de Upsala «Credo»* 40 (1959) 64 66

SAN FELIX DE CANTALICIO

Religioso († 1587)

La vida de San Félix de Cantalicio es como un regatillo de agua clara al servicio de Dios. Hay en esta existencia, de quien se puede considerar primer santo capuchino en el siglo XVI, una sublime sencillez, exponente de un alma transparente, purificada día tras día por la caridad, que es la forma más pura del amor. Nace este interesante ejemplar de la santidad en Cantali-

cio, en el año 1513. Cantalicio es una pequeña población italiana del territorio de Città Ducale, provincia de Umbría. Los padres del santo eran pobres y temerosos del Señor. Su padre se llamaba Santo de Carato; su madre, Santa. ¿Se llamaban así o eran llamados así por su bondad? De niño, se dedica al pastoreo. Grababa una cruz en una encina, como un pequeño tallista del símbolo del sacrificio, y ante ella rezaba muchos rosarios.

Junto al trabajo, humilde trabajo de pastor, la oración. De esta manera, su trabajo quedaba empenachado de plegarias, como si las avemarías fuesen salpicando las jornadas de su vigilancia del ganado. Entra después al servicio de varios labradores. En la casa de uno de éstos oye leer vidas de santos. Quiere imitar a los penitentes del desierto, y, al preguntar dónde podría hallar la fórmula de los anacoretas, alguien le respondió: «En los capuchinos». Es entonces cuando se decide a pedir el hábito en el convento de Città Ducale. Parece que el padre guardián, para probar la vocación del aspirante, recarga las tintas de la penitencia de los frailes y le dice, mientras le muestra un crucifijo: «Éste es el modelo a que debe conformar su vida un capuchino». Félix, enamorado del sacrificio, se arroja a los pies del padre guardián y le manifiesta que no desea sino una vida del todo crucificada. Enviado al noviciado de Ascoli, cuando tiene veintiocho años, cae enfermo: unas pesadas calenturas. Pero un día se levanta de la cama y le dice al padre guardián que ya no tiene nada. Destinado a Roma, ejerce en la Ciudad Eterna, durante casi cuarenta años, el cargo de limosnero.

A su compañero de fatigas y de alegrías a lo divino le decía: «Buen ánimo, hermano: los ojos en la tierra, el espíritu en el cielo y en la mano el santísimo rosario». Jamás condescendió con su gusto, y toda su vida fue una constante renunciación a los pequeños muchos por el gran todo. Solía exclamar, recordando una frase que había leído: «O César o nada». Se ha dicho que sólo hay una tristeza: la de no ser santo. Sí, la de no ser «césar» de la santidad. Y llegó a «césar» de Dios por el camino de la santa simplicidad. ¿En qué consistía la ciencia de este simpático lego?

> «Toda mi ciencia —afirmaba— esta encerrada en un librito de seis letras cinco rojas, las llagas de Cristo, y una blanca, la Virgen Inmaculada»

Ayunaba a pan y agua las tres cuaresmas de San Francisco, comía los mendrugos de pan que dejaban los frailes y dormía tres horas en un lecho de tarima. Pero, como si esto fuera poco —y lo era para sus aspiraciones—, no se quitaba el cilicio. A pesar de todo, o, más exactamente, por todo, tenía una contagiosa felicidad y un buen humor delicioso. Bromeaba a lo divino con su amigo Felipe de Neri. Uno y otro se saludaban de esta manera:

—Buenos días, fray Felix ¡Ojala te quemen por amor de tu Dios!

—Salud, Felipe ¡Ojala te apaleen y te descuarticen en el nombre de Cristo!

Un fraile que le acompañaba en cierta ocasión, en visita al cardenal de Santa Severina, dijo a éste que mandase a fray Félix descargar la limosna.

«Señor —respondio el lego—, el soldado ha de morir con la espada en la mano y el asno con la carga a cuestas No permita Dios que yo alivie jamas a un cuerpo que solo es de provecho para que se le mortifique»

Cuando alguien le insultaba, replicaba: «¡Que Dios te haga un santo!».

Estaba rezando un día, cuando la imagen de la Virgen puso al Niño en los brazos de fray Félix. Y así le pintó Murillo. Son muchas las anécdotas con trascendencia de eternidad que se cuentan de San Félix de Cantalicio. Su hermano en religión, padre Prudencio de Salvatierra, recoge algunas verdaderamente entrañables. En cierta ocasión, iba pidiendo limosna, que era su oficio cotidiano. De pronto, siente un cansancio extraordinario. ¿Por qué le pesaba tanto el morralillo que llevaba a la espalda? Porque alguien había depositado una moneda de plata en la alforja del santo mendigo, moneda que le pareció la sonrisa burlona del demonio. «Éste es el peso maldito que no me deja caminar». Y, sacudiendo la alforja, hizo que la moneda cayese al suelo, para seguir tan sólo con los regojos a cuestas. Durante las jornadas frías, quizá algunos religiosos se acercaban al fuego para confortar un poquillo sus cuerpos ateridos. Mas fray Félix huía del grato calor, a la vez que decía a su cuerpo:

«Lejos, lejos del fuego, hermano asno, porque San Pedro, estando junto a una hoguera, nego a su Maestro»

Venerable y al mismo tiempo jovial figura, por las calles de Roma, la de este hermano lego, al que rodeaban los chiquillos para tirarle de las barbas y curiosear en sus alforjas. El lego, sonriente y hasta riente, enseñaba el catecismo a los niños, y les daba consejos, les embelesaba con su palabra dulce y sencilla.

Inventaba coplas religiosas, que enseguida se hacían populares en la ciudad. Tenía buen oído y voz de barítono. Lo debía de pasar muy bien cantando, limpio de polvo y paja del menor gusto.

«Dentro del convento sabia unir, por modo maravilloso, la alegria con el silencio, el trabajo con la oracion»

Su hermano fray Domingo decía:

«Felix es avaro en sus palabras, pero lo poco que dice es siempre bueno»

Enferma un fraile, a quien los médicos desahucian. Pero entra fray Félix en la celda del paciente y profiere unas palabras como mojadas de humor y frescura celestiales:

«Vamos, perezoso, levantate, lo que a ti te conviene es un poco de ejercicio y el aire puro del huerto»

En efecto, el frailecico había sanado.

Mas no pensemos que las que pudiéramos llamar personalidades importantes de aquel tiempo dejaban de acudir a la «ciencia» del «ignorante» lego. El sabio obispo de Milán, luego San Carlos Borromeo, solicita de fray Félix algunos consejos para la reforma del clero diocesano. ¿Qué consejos iba a dar un pobre lego mendicante a un obispo intelectual? Pues sí; le da este consejo: «Eminencia: que los curas recen devotamente el oficio divino. No hay nada más eficaz que la oración para la reforma del espíritu».

Con empuje de alma inspirada por Dios, dice al cardenal de la Orden franciscana, Montalto, en vísperas de ser elegido para el solio pontificio: «Cuando seas Papa, pórtate como tal para la gloria de Dios y bien de la Iglesia, porque si no, sería mejor que te quedaras en simple fraile». Ya era papa Montalto, con el

nombre de Sixto V, cuando una vez pidió al lego un poco de pan. Fray Félix busca para el padre santo el mejor panecillo, pero el Papa le replica: «No haga distinción, hermanito: déme lo primero que salga». Lo primero que salió fue un mendrugillo negro. El lego toma el regojo y se lo entrega a Su Santidad con estas palabras: «Tenga paciencia, Santo Padre; también Vuestra Santidad ha sido fraile». Siempre el humor junto al amor, siempre la gracia junto a la gracia. En actitud poéticamente franciscana, repartía pedacitos de pan a los pobres, a los perros, a los pájaros. A fuerza de oración consigue librarse de una epidemia, para poder seguir asistiendo a numerosos enfermos.

Con una fidelidad exacta cumple los tres votos monásticos de su vida religiosa: obediencia, pobreza y castidad. «Respetaba al sacerdote y rendía homenaje a la dignidad más sublime de la tierra». Fue fray Félix de Cantalicio un amador esforzado de la Señora, y cuando, en la calle, los ojos del lego se encontraban con una imagen de la Virgen, prorrumpía de este modo:

> «Querida Madre os recomiendo que os acordeis del pobre fray Felix Yo deseo amaros como buen hijo, pero vos, como buena Madre, no aparteis de mi vuestra mano piadosa, porque soy como los niños pequeños, que no pueden andar un paso sin la ayuda de su madre»

Uno se acuerda de la *Balada de las dudas del lego,* de Pemán:

> «Y, apretando el paso, con simple alegria, corre que te corre [] ¿Que mas oracion que el ir mansamente, por la veredica, con el cantarillo, bendiciendo a Dios?»

Fray Félix no iba con el cantarillo, sino con el talego del pan. Y con las alforjas de su caridad franciscana.

¿Cómo era en lo físico fray Félix de Cantalicio? He aquí una semblanza del santo:

> «Fue bajo de cuerpo, pero grueso decentemente y robusto La frente espaciosa y arrugada, las narices abiertas, la cabeza algo grande, los ojos vivos y de color que tiraba a negro, la boca, no afeminada, sino grave y viril, el rostro alegre y lleno de arrugas, la barba no larga, sino inculta y espesa, la voz apacible y sonora, el lenguaje de tal calidad que, aunque rustico, por ser simple y humilde, convertia en hermosura la rusticidad»

Cargado de trabajos, de dolores, pero con una alegría desbordante, presiente su muerte. Y dice: «El pobre jumento ya no

caminara más». Pretende ir a la iglesia desde el lecho, arrastrándose, mas se le prohíbe. Recibe los sacramentos, se queda en éxtasis, vuelve en sí, pide que le dejen solo. Los frailes le preguntan: «¿Qué ves?». Y él responde: «Veo a mi Señora rodeada de ángeles que vienen a llevar mi alma al paraíso». Sin haber entrado en agonía, muere el 18 de mayo de 1587, a los setenta y dos años de edad. Toda la ciudad corre al convento para besar el cadaver del santo lego y obtener reliquias. El papa Sixto V, que testificaba dieciocho milagros, quiso beatificar a fray Félix, pero no tuvo tiempo. Es Paulo V quien inicia el proceso de beatificación, que solemnemente será verificado por Urbano VIII. En 1712, Clemente XI canonizó a fray Félix de Cantalicio.

He aquí una vida colmada hasta los bordes de santa simplicidad, una vida clara y sencilla, alegre por sacrificada, sublime por humilde, la vida de un lego capuchino del siglo XVI, cuyo perfume llega hasta nuestros días con la fragancia de las mas puras esencias de la virtud.

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Bibliografía

Act SS Boll, 18 de mayo
LEON, P., *L'aureole seraphique Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S. François* (Paris)
SALVATIERRA, P. DE, *Vida de San Felix de Cantalicio, hermano lego capuchino (1513 1587)* (Pamplona 1947)

BEATA BLANDINA (MARÍA MAGDALENA) MERTEN

Virgen y religiosa († 1918)

Blandina Merten, en familia María Magdalena Merten, virgen y religiosa profesa de las Ursulinas, nació en Duppenweiler de Saarland, diócesis de Tréveris (Trier), el 10 de julio de 1883, y murió en el mismo Tréveris de la Renania, Palatinado (Alemania), el 18 de mayo de 1918. Noveno retoño en el hogar de una familia agrícola con diez hijos, fue sobre todo la palabra y el ejemplo de sus cristianos padres Juan Merten y Catalina Winter lo que determinó la vida ejemplar y la fe profunda, grande, viva, de aquella joven entregada al culto de la sagrada liturgia y al

ejercicio de la caridad con el prójimo. El aroma de piedad respirado en el hogar paterno se encargó de ir oxigenando su espíritu siempre inquieto y, a la vez, de abrir puertas y ventanas en un corazón generoso como el suyo para cuando sonase la hora del Maestro. Porque Jesús habría de llamar un día a la puerta.

Recibidas la primera comunión y la confirmación a los trece años, María Magdalena empezo a sentir dentro de sí, a base de profundizar cada semana y cada mes en la religiosidad aprendida y vivida en el seno familiar, una devoción ardiente por las cosas de Dios, y prueba de ello es que desde entonces probó a colocar la sagrada Eucaristía, la divina Palabra y la oración interior como seguro soporte de sus aspiraciones religiosas, como indeclinable centro de su vida toda y, en fin, como ansiada meta de sus esperanzas. El fiel cumplimiento del deber como enseñante bien formada contribuyó a unirla más estrechamente aún con la santidad, esa airosa cumbre de todos sus proyectos infantiles y juveniles. Pronto entendió que «Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). De igual modo se le hizo comprensible y hacedero que «cuanto más inmunizados estemos contra la hinchazón del orgullo, más llenos estaremos de amor» (San Agustín, *La Trinidad,* 8,8,12).

Aquel ambiente hogareño, pues, se encargó de poner alas a su espíritu inquieto y amor sin límites en su vida devota. Pero hacía falta canalizar dicho torrente de espiritualidad y noble afán. De ahí que con sólo diecinueve años nuestra joven protagonista estuviese preparada ya para ser la distinguida maestra que luego fue y tambien para mostrarse a la vista de todos el acabado ejemplo de vida interior que siempre dio, especialmente a base de humildad y gracias también a una caridad hecha ternura con los niños. La primera vocación, diríamos, aquella que despuntó desde los primeros años del hogar señalando a la enseñanza como la meta, modeló su adolescencia entera y estimulo su juventud hacia la escuela. A la vista de aquel ambicioso horizonte no se le hizo difícil intuir que había que formarse con rigor y disciplina, para cuyo fin se imponía cursar antes los estudios requeridos al efecto hasta salir graduada.

Todo había empezado, como casi siempre ocurre, cursando clases privadas en la escuela del pueblo desde 1889 hasta 1897 a

manera de preparación para el ingreso en el Instituto Magisterial Marienau en Vallendar, cuyas aulas frecuentó desde abril de 1899 hasta septiembre de 1902, significándose por su seriedad y modestia, y por la ejecución fiel y responsable de sus obligaciones. No bien hubo superado los exámenes para profesora desde el 24 de noviembre hasta el 24 de diciembre de 1902 dio rienda suelta a sus deseos de enseñanza, sobremanera al ser habilitada con la provisión de una plaza como sustituta en Oberthal/Saar (año 1902). Desde el 1 de enero de 1903 hasta el 30 de junio de 1907 impartió clases en la escuela primaria de Morscheid (Hunsrück). El 1 de julio de 1907 cambió a Großrosseln en el Saar (años 1907-1908). Feliz al permitírsele la docencia entre niños y jóvenes, empezó a prodigarse alegre y llena de iniciativa en diversas escuelas de Tréveris. Un mundo de ilusiones se le abría por delante. Todo marchaba sobre ruedas. La enseñanza era una meta ideal, un objetivo por el que merecía la pena luchar, gastarse y desgastarse, que diría San Pablo. Como compensación a tanto esfuerzo y tanta entrega, llegaron luego las primeras cosechas de aquella sembradura.

Niñas y adolescentes, en efecto, con ese instinto propio de los pequeños, tardaron poco en descubrir, a través de la confianza que la maestra les dispensaba en su diario trato, gran delicadeza de espíritu y subida unción magisterial, lo que dio pie a que se despertase en aquellos traviesos escolanos un especial cariño por su persona. Fueron largamente correspondidos, ésa es la verdad. Más aún, María Magdalena sentía derramársele el corazón a raudales entre aquella muchachada, sobre todo con los niños pobres, a quienes procuraba no sólo instruir, sino también vestir y alimentar. Un modo, si bien se mira, muy sencillo, pero eficaz, de completar el apostolado intelectual o de los saberes, con el cordial o de las obras de misericordia.

A medida que los años pasan, la escuela va convirtiéndose para ella en campo fértil y esperanzador, el predilecto de sus desvelos femeninos y, en cierta manera, también maternales. Dios le pedirá más adelante a Blandina que reme mar adentro, pero que lo haga con ilusión y esperanza, sin que le importe ni mucho ni poco dejar atrás la playa. También Blandina sentirá que Jesús la mira a los ojos y pronuncia su nombre hasta que un

día, junto a él, busque otro mar. Su consejo es sabio y prudente, dulce y reiterativa su palabra, sencillo y recogido el ademán: es bueno de todo punto, claro que sí, y reportará señalado provecho a las alumnas que se lo propongan, orientar la espiritualidad por tres derroteros específicos: devoción a la Eucaristía, amor a la pasión del Señor y caricia sin límites a la Santísima Virgen.

Por fin suena la hora de la segunda y definitiva vocación: la llamada a la vida religiosa. Corren los meses del año 1903. Mediado julio, termina en Roma un pontificado largo y fecundo, el de León XIII, y empieza otro a primeros de agosto, el de San Pío X, caracterizado por pretender instaurar todas las cosas en Cristo. Con veinticinco años, la profesora de escuela María Magdalena Merten abraza la benemérita Orden fundada siglos atrás por Santa Ángela de Merici con el único fin de la educación de las niñas, el campo que ella ha venido cultivando de seglar y que tanto la entusiasma. Lo hace en la Congregación de Ursulinas de Calvarienberg-Ahrweiler e.V., en la diócesis de Tréveris, la célebre ciudad de nacimiento del gran San Ambrosio de Milán. Son ursulinas cuya presencia en Alemania data de 1853. Pero que a ella, no obstante, van a darle la oportunidad de oro para proseguir con el plausible trabajo docente traído de seglar. A través de una entrevista con la entonces superiora general de las ursulinas de Kalvarienberg-Ahrweiler, ingresa en dicha Orden el 22 de abril de 1908, tomando el nombre de sor Blandina del Sacratísimo Corazón de Jesús y resolviendo hacerse «esposa heroica» del Señor. El 3 de noviembre de 1910 profesa de votos temporales en la casa madre. Su destino es ir como profesora y encargada de niños a la casa que la Orden tiene en Saarbrücken. El 4 de noviembre de 1913 emite los votos perpetuos.

Las ursulinas eran la primera Orden femenina de enseñanza que se había establecido en la Iglesia, y que hasta hoy ha sabido ser fiel al carisma fundacional. Aunque convencida de su divina misión para echar los cimientos de una orden educativa, Ángela no pudo hacer durante diecisiete años más que dirigir a un grupo de jóvenes conocidas como «La compañía de Santa Úrsula», pero que continuaban viviendo en el seno familiar y se reunían en períodos establecidos para escuchar conferencias y hacer ejercicios devocionales. Las muchas dificultades que entorpe-

cían la formación del nuevo instituto cedieron al fin, y en 1535 consiguieron reunirse doce miembros en una congregación con aprobación episcopal, y con Santa Ángela de Merici como superiora. El movimiento encontró calurosa acogida y empezó a difundirse con rapidez por Italia, Alemania y Francia. En pocos años creció hasta contar con numerosas casas, todas independientes. Las constituciones se completaron poco tiempo después de la muerte de la fundadora en 1540. En 1544 llegó la aprobación de Pablo III, y se adoptó la *Regla de San Agustín.*

El cambio de nombre al ingresar en religión tenía su importancia. Para los alemanes, amigos ellos de sacarle punta etimológica a las cosas, Blandina significa *la afable (die Freundliche).* Y lo cierto es que no faltan testigos dispuestos a certificar el deseo de nuestra religiosa por servir con afabilidad a Dios y a los hombres a través de su vida consagrada en el claustro, dentro siempre del carisma de las ursulinas. Creía la hermana Blandina encontrar en el diligente cometido de la comunidad abrazada lo que ella siempre había colegido y ambicionado: darse por entero a Dios y ayudar a niños, jóvenes y mayores mediante la gracia de lo alto y a la vez, de su parte, con el apoyo de una vida religiosa llena de fe. Sensata como las vírgenes del Evangelio, de forma humilde y fiel al carisma religioso, la hermana Blandina no se daba reposo en el desempeño de tal misión. Quería pasar como desconocida e inadvertida, pero lo cierto es que en su hacer y quehacer afloraba todo un paradigma digno de imitar.

Aquello no podía seguir así mucho tiempo. En su consagración a Dios, cuando la profesión, ella había añadido el ofrecimiento de sí misma, como víctima, al Señor, y Dios había aceptado la humilde ofrenda de su vida. Con permiso del padre Merk, jesuita, su director espiritual, había hecho un cuarto voto: el de ser víctima. Y aquel día tuvo en su alma como la certidumbre, o el presentimiento si se prefiere, de que Dios acababa de aceptar la ofrenda. Por amor y sólo por amor a Dios se anonadó hasta el hondón del alma, portó su cruz cada día y procuró seguir las huellas del divino Maestro.

Libre el corazón, viva la fe y alegre la esperanza, puso todo el esfuerzo de mujer sencilla y comprometida en responder al amor del Esposo. Llegó a escribir, de hecho:

«Quiero repetir diariamente mi oblacion, y jamas hacer mi voluntad Deseo vaciarme mas cada dia, y sumergirme y disolverme en el abismo del divino amor y en la Providencia, de tal modo que me olvide de mi misma y solo en el Señor me restablezca»

Tocada la fibra más íntima de su devoción al Corazón de Jesús, solía decir:

«El Corazon de Jesus es espejo de las almas piadosas, que a el pueden rendirse y asi notar si son, quizas, o no semejantes a él Optimo libro de meditacion es el, consejero sapientisimo y amantisimo, maxima fuerza de alivio y dulcisimo consuelo»

Activa en cuanto profesora en Saarbrucken, destino que le acaba de dar la obediencia, es allí donde empiezan a notarse los primeros síntomas de la tuberculosis que acabará con su vida y refinará su acendrado espíritu interior hasta la plenitud de la santidad Tiene que volver a Tréveris, en donde, a pesar del mal, continúa enseñando y, al mismo tiempo, haciéndose cargo de otras tareas extraordinarias. Pero el ansia de servir y ser útil a los demás es más fuerte que la enfermedad, cuya bacteria prosigue minando inexorable su salud. Así hasta que las típicas fiebres y la tos dan con ella en la enfermería. Comprende entonces que Dios le pide otro apostolado muy diverso del educativo que ha venido desempeñando hasta entonces, a saber: el del sufrimiento Aceptado su voto de víctima, no le queda sino subir la empinada cuesta del Calvario. Su habitación en la enfermería, contigua a la capilla, le da ocasión para alguna salida de buen humor ante las hermanas· «Jesús y yo somos vecinos».

Pronto, pues, se reveló fruta madura en ese jardín del Señor que es la vida religiosa· la incurable tuberculosis declarada a partir de septiembre de 1916, ya el otoño en puertas, fue la señal Blandina la aceptó con humilde resignación y absoluto abandono a la voluntad divina. Su serenidad y paciencia, su porte y conducta sobrellevando el mal edificaron siempre a cuantos se acercaban a visitarla, deseosos de compartir sus horas bajas: en todos fue dejando la saludable impresión del hacer propio de los santos Asi hasta su muerte el 18 de mayo de 1918 en el claustro de las ursulinas de St. Bantus en Tréveris. Blandina Merten, en efecto, partía en la madrugada de ese 18 de mayo desde el convento de las ursulinas de Tréveris a la casa del

Padre susurrando el nombre de Jesús: hallaba así, dejando los dolores lejos, por decirlo con el poeta, «la Noche-luz tras tanta noche oscura». Era la víspera de Pentecostés.

Había vivido alegre y esperanzada su consagración en una familia religiosa, las ursulinas, con más de 350 años de tradición. Es verdad que la fundadora, Ángela Merici, no había podido fundar en su día escuela alguna, pero los tiempos habían cambiado de un tiempo a esa parte y el carisma fundacional contemplaba ahora esa hermosa posibilidad, que, unida a la catequesis y a la predicación del Evangelio, imprimía a la vida de las hermanas un sentido si cabe más radical en la plenitud de la consagración. Hoy mismamente siguen cultivando el espíritu de Santa Ángela en sus variadas actividades, en sus escuelas o en su internado, en la cura de almas de su centro espiritual o por medio del testimonio a tantas y tantas personas con quienes un día quiso la Beata Blandina compartir ilusiones y esperanzas, también angustia y dolor, dentro y fuera del convento, donde las ursulinas se afanan por ofrecer en nuestros días, como en los difíciles de la Beata Blandina, una respuesta de ayuda desinteresada a los hombres de nuestro tiempo.

Fue para muchos, indudablemente, dechado de virtudes. Los testimonios al respecto abundan en todas las direcciones y colores. Valgan de muestra estos dos:

> «La específica señal de su vida, el silencio, el humilde, pero consecuente acatamiento de la voluntad divina, fue asumido por Blandina como el gran amor de la cruz» (Nikolaus Bares)

Y según palabras del obispo de Tréveris, Hermann Josef Spital,

> «Blandina supo mostrarse profesora-maestra en la fe, esperanza y caridad y ejemplo en los corazones de las personas, en la comunidad de la Orden, en la Iglesia de Treveris, en la Iglesia universal»

Como hermosa muestra de la finura de alma que atesoraba dentro de sí, la hermana Blandina dejo preciosos pensamientos como éste·

> «El dolor aleja de todas las cosas materiales y terrenas, eleva y afirma el alma y es perfecta escuela de amor Conduce sobre todo a Jesús y une estrechamente con el ¡Cuan dulce es la muerte, cuando en la tierra hemos amado tanto a quien sera nuestro juez!»

Cuentan quienes con ella convivieron que su vida resplandeció siempre de piedad. Y durante los años que pasó como enferma, de profunda fe y mucha paciencia, podemos añadir. Las enfermeras recordarán años más tarde que la única preocupación de Blandina entonces era que atendiesen bien a las otras enfermas, antes que a ella. De tal modo supo sobrellevar aquella cruz que nunca se lamentó ni dejó de florecer en su rostro la sonrisa. Sabedora, en fin, de que faltaban pocos meses para la partida sin retorno, lo anunció a todos como quien anuncia «una alegre noticia». El nuevo *Martirologio* afirma que supo aunar admirablemente la actividad de profesora con una vida contemplativa profunda, expresada en todo momento, según refieren los íntimos, con dulce y suave sonrisa.

La fama de santidad se extendió después de su muerte con rapidez inusitada y noticias de milagros empezaron a multiplicarse día tras día en la casa madre de las ursulinas. Por fin, el 13 de noviembre de 1954 se abrió el proceso informativo diocesano para la beatificación (1954-1962). El 9 de junio de 1983 fue promulgado ante el Papa el decreto sobre las virtudes. El tribunal de Viena, por su parte, examinó en 1985 una inexplicable curación de cáncer de la hermana misionera Irimberta Puntigam atribuida a la hermana Blandina en la primera semana de noviembre de 1969. La sorprendente curación fue reconocida en diciembre de 1986 por Roma como milagro. Quedaba el camino así expedito para subir a la gloria de Bernini.

Juan Pablo II, en efecto, en el curso de una multitudinaria ceremonia celebrada en la Basílica de San Pedro, en Roma, declaró beata a Blandina Merten el 1 de noviembre de 1987, es decir, en la fiesta de Todos los Santos, disponiendo que fuera venerada litúrgicamente el 18 de mayo. A raíz de su beatificación han empezado a proliferar aquí y allá escuelas, colegios, centros, capillas, clases, administraciones, hogares bajo el patrocinio de la nueva beata. El 18 de mayo de 1990, por ejemplo, y de acuerdo con los planos del arquitecto de Tréveris, Karl P. Böhr, fue inaugurada y dedicada a su memoria en el cementerio San Paulino de Tréveris la *Capilla Blandina* con sus reliquias.

La hermana Blandina, en realidad, como tantas veces sucede en las biografías de los santos, no hizo en vida nada extraordi-

nario; pero desempeñó, eso sí, extraordinariamente bien todo lo ordinario, es decir, su cotidiana misión en la Orden y en la Iglesia. Por eso mismo en la actualidad sus devotos pueden comprobar de qué modo se reflejan en ella los valores del Reino cristalizados en aquella hermosa vocación de mujer enseñante de niños y jóvenes de colegios en una Alemania que habría de probar años después de su muerte el cruel zarpazo del nacionalsocialismo. Desde sus primeras fundaciones, las ursulinas fueron maestras completas y abiertas a los tiempos. Su sistema podría calificarse de ecléctico, pues utiliza las ventajas efectivas de todos los métodos. Las casas europeas son, en general, internados; en los Estados Unidos, combinaciones de internados y escuelas de día. Las monjas también dirigen muchas escuelas parroquiales, que, como las otras, comprenden todos los grados: elemental, académico y universitario. A las ursulinas alemanas, que fueron expulsadas bajo la influencia del Kulturkampf y readmitidas después de un exilio de diez años, se les permitió reiniciar su enseñanza, pero sólo para alumnas de secundaria.

Para profesores y profesoras, pues, para niños y jóvenes, para los enfermos en hospitales y casas de salud, para sus propias hermanas ursulinas, así como para todos los creyentes, en fin, Blandina queda hoy como un dechado de servicialidad en el seguimiento al Cristo maestro y al Cristo doliente y, por supuesto, al Cristo que acompaña en las duras horas de la prueba. Desde su absoluto abandono a Dios y al prójimo se mostró mediante cristiana educación y enseñanza incansable de la juventud un paradigma a seguir. Desde los primeros años de sufrimiento de la enfermedad hasta su muerte, la hermana Blandina recorrió «el pequeño camino», en el cual ella hizo de su vida «una ofrenda de divina caridad», tal y como un día había prometido al emitir los votos.

Al bies de la coyuntura de la fiesta, el Papa abrió la homilía de beatificación con citas del Apocalipsis acerca del sello de la santidad, que sólo Dios puede imprimir. Un sello que la liturgia del día de Todos los Santos asocia al Evangelio de las ocho bienaventuranzas. Es el camino de los pobres de espíritu, de los humildes, de los que están tristes..., el camino, en fin, por el que Dios mismo pasó haciéndose hombre. Entre los discípulos de

Cristo, marcados por el sello de la santidad, el Papa señaló los beatificados ese día 1 de noviembre de 1987, esto es: el hermano Arnoldo (Iulianus Nicolaus Rèche), de las Escuelas Cristianas (1838-1890), la hermana Ulrica (Francisca Nisch), virgen, religiosa profesa de la Orden de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz de Ingenbohl (1882-1913), y nuestra hermana Blandina (María Magdalena Merten), virgen, de la Congregación de las Ursulinas en Calvarienberg-Ahrweiler (1883-1918).

En el misterio de su vida creyente la beata Blandina deja un mensaje misionero para hoy. Como profesora e institutriz, como hermana de la Orden curtida por la enfermedad y el sufrimiento, el suyo es un camino de esperanza y un modelo digno de imitación. En la colecta del día se pide a Dios Padre que guíe nuestro sentido de lo pasajero sobre aquello que permanece, y que, a ejemplo de la Beata Blandina, de su ardiente caridad y entrega a los necesitados, se nos muestre propicio y llene de sentido espiritual nuestra vida. En Calvarienberg se ofrece el «18» de cada mes, especialmente en el convento contiguo, una misa en memoria de la Beata Blandina. Allí donde un día la humilde religiosa ursulina supo entregar juventud e ilusiones al servicio de los niños y los jóvenes en los colegios, y luego, como enferma incurable, allí también donde acabó reflejándose modelo de serenidad y de entrega a la voluntad de Dios.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 87 (1988) 702-707.

BUSCH, G., OSB, *Schwester Blandine Merten. Unsere Lehrerin. Selbstverlag der Ursulinen* (Ahrweiler 1970).

«Homélie pour la béatification du F. Arnould Rèche et des soeurs Ulrika Nisch et Blandine Merten»· *La Documentation catholique* (1987) n.1.951, p.1117-1119

Art. en *Lexikon fur Theologie und Kirche,* VII (Friburgo 1998) 314.

«Blandina (María Magdalena) Merten († 1918)», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Mayo* (Madrid 2001) 362s

HEINZ, A., *Heilge im Saarland* (Saarbrucken ²1991) 123-129; 148-149.

HEMMERLE, K., «Balance zwischen Dienst und Innerlichkeit. Lebenszeugnis der Schwester Blandine Merten»· *L'Osservatore Romano* (23-10-1987) 6.

JUAN PABLO II, «Venerabili Servae Dei Blandinae Merten Beatorum honores tribuuntur»· *AAS* 87 (1988) 961-964.

Martyrologium romanum, o.c., 275, n.11 *, 675.

L'Osservatore Romano (noviembre 1987).

Presseberichte zur Seligsprechung der Ehrwurdigen Dienerin Gottes Schwester Blandine Merten, OSU, am 1. November 1987 (Tréveris 1987-1988)
Presseberichte zum Bau der Grabkapelle zu Ehren der seligen Schwester Blandine Merten, OSU, auf dem Friedhof St. Paulin in Trier (Tréveris 1990)
RADIO VATICANO, Noticiario n 104, año III, semana del 5 al 11 de mayo de 2000
SCHMIDT, J, *Wallfahrt im Erzbistum Koln* (Colonia 1991) 218-219
SPITAL, H. J, «Was hat Schwester Blandine uns zu sagen?» *Paulinuskalender* (1989) 40-42
TORSY, J, *Lexikon der deutschen Heiligen, Seligen, Ehrwurdigen und Gottseligen* (Colonia 1959) 90.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO BURCARDO
Presbítero († 1192)

En un tiempo en que no puede decirse que las estructuras ayudasen precisamente a los miembros del clero diocesano a la santidad, Burcardo supo santificarse en el desempeño de su ministerio parroquial como párroco de Beinwil.

Había nacido en Langenmat, Suiza, hacia 1140 y, luego de optar por el sacerdocio, se le asigna la parroquia de Beinwil. Aquí se dedica por entero al bien de sus feligreses, desempeñando con gran celo todos los ministerios propios del párroco, sobresaliendo enseguida por la digna y piadosa celebración de la misa y los sacramentos, por la asidua predicación de la palabra divina y la catequesis, por la visita a los enfermos, por la acogida a los pobres y humildes, y por la vida mortificada y piadosa que llevaba, dando ejemplo de todas las virtudes.

La iconografía lo representa con un pájaro en la mano, ya que según la leyenda resucitó al pájaro con que él se recreaba y que unos malintencionados habían matado para mortificarlo.

No es segura la fecha de su muerte, pareciendo la más probable el año 1192. La fama de santidad que había dejado en vida hizo que enseguida acudieran los fieles a su tumba a invocar su intercesión, y hay constancia de la fama de milagros en su sepulcro, de las peregrinaciones de los fieles y del título de Beato con que se le viene conociendo. Aunque se informó de su culto inmemorial a la Sagrada Congregación de Ritos, no hubo una confirmación expresa de este culto pero sí se dio en 1817

una concesión de oficio y misa en su honor, incluyéndolo la diócesis de Basilea en 1866 en su *Propio de los Santos.* Ahora ha sido incluido en el *Martirologio romano.*

BEATO GERARDO MECATTI

Ermitaño († 1242)

Nacido en Villamagna, Italia, en una humilde familia el año 1174, de joven se alistó en una cruzada, y llegado a Tierra Santa, es cogido prisionero, pasando por dura esclavitud durante varios años. Tras obtener la libertad y visitar los Santos Lugares, vuelve a su pueblo y se va a una cueva para llevar vida eremítica.

Al cabo de dos años vuelve con un amigo a Tierra Santa y allí pasa muchos años sirviendo en las casas de la Orden de San Juan de Jerusalén en la atención de enfermos y peregrinos. En este servicio practica la caridad, la humildad, la obediencia y otras muchas virtudes cristianas.

Vuelve luego a Italia y tiene lugar su encuentro con San Francisco de Asís. Éste lo admite en su Orden Tercera y le aconseja vuelva a la vida contemplativa. Así lo hace, regresando a su cueva y viviendo en ella con gran crédito de santidad hasta su muerte el 13 de mayo de 1242. Hay discusiones sobre datos de su vida y la fecha de su muerte. Su culto fue confirmado el 18 de marzo de 1833.

BEATO GUILLERMO DE TOLOSA

Presbítero († 1369)

El *Martirologio romano* señala con palabras sucintas la memoria de este beato el 18 de mayo, diciéndonos de él solamente que fue presbítero de la Orden de Ermitaños de San Agustín y que su muerte tuvo lugar en Toulouse o Tolosa. No existe una biografía suya contemporánea o cercana al tiempo de su vida. Pero la que ha llegado a nosotros, aunque aparecida en el siglo XVI, apela al testimonio de sus contemporáneos, recogido sin duda en documentos que sirvieron de fuente a dicha biografía pero desconocidos para nosotros.

Nacido en 1297, a los diecinueve años se decide por la vida religiosa y toma el hábito en el convento tolosano de la Orden de Ermitaños de San Agustín. Hecha la profesión religiosa y ya ordenado de sacerdote, completa sus estudios yendo a París donde obtiene el título de lector en teología. Regresa y pasa su vida en el convento de Toulouse.

En el monasterio se distinguió por su observancia puntual de la Regla, por su vida austerísima y penitente, y por su elevada oración, todo lo cual le granjeó gran crédito entre los fieles. A este crédito contribuyó, además, la atribución al religioso de numerosos milagros. Fue predicador insigne y excelente director de conciencias. Practicaba y enseñaba la consagración personal a la Santísima Trinidad, y hacía una interpretación trinitaria de los votos religiosos.

Murió el 18 de mayo de 1369. Enseguida los fieles empezaron a invocarlo en su tumba, a darle el título de Beato y a atribuir a su intercesión numerosos milagros. León XIII confirmó finalmente su culto el 18 de abril de 1893.

BEATO ESTANISLAO KUBSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Ksiaz, Polonia, en el seno de una familia campesina el 13 de agosto de 1876. A los 21 años entra en el seminario de Gniezno-Poznan y se ordena sacerdote en 1900.

Su ministerio lo ejerce primero en Srem como vicario y luego, en 1910, se le nombra párroco de San Lorenzo, de Gniezno, donde se distingue por su celo apostólico y caridad con los pobres. En 1917 es destinado en la misma ciudad a la parroquia de la Santísima Trinidad. Fue muy consciente de que las nuevas tendencias que se propagaban por el mundo obrero apartaban a éste de la Iglesia y quiso por ello mediante varias obras sociales consolidar la presencia de la Iglesia entre los trabajadores.

Al día siguiente de la entrada de las tropas nazis en Polonia, el 2 de septiembre de 1939 es arrestado. Fue deportado a Pila, pasó luego a trabajos forzados en las canteras de Buchenwald y llevado finalmente al campo de concentración de Dachau, donde luego de pasar muchas miserias, que soportó con paciencia

cristiana, fue eliminado en la cámara de gas el 18 de mayo de 1942. Beatificado el 13 de junio de 1999.

BEATO MARTÍN OPRZADEK

Religioso y mártir († 1942)

Juan Oprzadek nace en Koscielec, diócesis de Cracovia, Polonia, el 4 de marzo de 1884 en el seno de una familia campesina. Enviado a la escuela elemental hubo, sin embargo, de dejarla cuando era aún un adolescente porque, al no tener padre, debía trabajar para ayudar a su madre y a su hermano enfermo.

Esta situación le duró hasta los 28 años, cuando, habiendo muerto su madre y su hermano, pudo seguir su vocación religiosa, que desde la adolescencia sentía, entrando en la Orden Franciscana, en la Provincia de Nuestra Señora de los Ángeles, en la parte meridional de Polonia, entonces bajo dominio austríaco. De su parroquia dieron los mejores informes de él diciendo que era un joven sobrio, laborioso y piadoso.

Hizo el postulantado en el convento de San Casimiro de Cracovia, donde recibió el hábito religioso el 11 de noviembre de 1912 con el nombre de fray Martín (Macin). Pasó luego a Wieliczka y más tarde a Sadowa Wisznia, y sin haber hecho aún la profesión religiosa, fue llamado a filas al estallar la I Guerra Mundial.

Encuadrado en el XIII regimiento, llamado «cracoviano», hubo de participar en la guerra hasta su final. Terminada ésta, volvió en febrero de 1919 al convento de Cracovia. Enviado a Wieliczka, aquí hizo el noviciado a partir del 11 de septiembre de 1920 y un año más tarde podía hacer la profesión religiosa.

Ya profeso, fue enviado otra vez al convento de Cracovia, en el que perseveró como hermano portero durante los años que faltaban para su profesión solemne, emitida el día de San Francisco, 4 de octubre de 1924. Más tarde fue enviado, sucesivamente, a los conventos de Przemusl, Konin, Lvov, Wloclawek, Kasimierz Dony y nuevamente a Wloclawek, siendo en todos estos sitios un religioso observante y fervoroso, cumplidor de sus tareas como hermano franciscano, con mucha humildad y dedicación.

Ocupada Polonia por los nazis, fue arrestado el 2 de agosto de 1940 y llevado a los campos de concentración de Sachsenhausen y Dachau. Aquí, por su debilidad, fue declarado inválido y llevado a Linz, donde fue eliminado en la cámara de gas el 18 de mayo de 1942. Beatificado el 13 de junio de 1999.

19 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de Calixto de la Vía Apia, San Urbano I († 230), papa.
2. En Roma, santos Partenio y Calógero († 304), mártires.
3. En Arrás (Neustria), San Hadulfo († 728), obispo de Arrás y Cambrai.
4. En Canterbury (Inglaterra), San Dunstano († 988), obispo.
5. En Florencia (Toscana), Beata Humiliana († 1246), viuda *.
6. En el castillo de Fumone (Lacio), San Pedro Celestino († 1296), que fue papa con el nombre de Celestino V y abdicó del pontificado **.
7. En Louannec (Bretaña Menor) San Ivón († 1303), párroco **.
8. En Siena (Toscana), Beato Agustín Novelli († 1310), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
9. En Suzuta (Japón), Beato Juan de Santo Domingo Martínez († 1619), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
10. En Londres (Inglaterra), Beato Pedro Wright († 1651), presbítero y mártir *.
11. En Fucecchio (Toscana), San Teófilo de Corte († 1740), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
12. En Roma, San Crispín de Viterbo († 1750), religioso capuchino **.
13. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista (Luis Javier) Loir († 1794), presbítero, religioso capuchino, mártir *.
14. En Cartagena de Indias (Colombia), Beata María Bernarda Verena Butler († 1924), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Misioneras Franciscanas de María Auxiliadora **.
15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato José Czempiel († 1942), presbítero y mártir *.

SAN PEDRO CELESTINO
Papa († 1296)

El año 1215, en un pueblo de la región de los Abruzos, perteneciente al reino de las Dos Sicilias, nació el que más tarde sería el papa Celestino V. En su misma autobiografía nos describe a sus padres, Angelerio y María, con estas palabras:

> «Ambos eran justos a los ojos de Dios y muy alabados por los hombres, daban limosna y acogían a los pobres de muy buena gana en su casa Tuvieron doce hijos, a semejanza del patriarca Jacob, y siempre pedían al Señor que alguno de ellos sirviese a Dios De esta familia ejemplarmente cristiana el niño Pedro fue el undecimo retoño»

Regía entonces los destinos de la Iglesia y de toda la cristiandad el gran pontífice Inocencio III, que moriría al año siguiente en el apogeo de la gloria del pontificado. Su bienhechora influencia se extendía a todos los Estados de Europa, que, gracias a su autoridad, acatada por emperadores, reyes, ciudades y señores feudales, se había mantenido en una armonía fecunda. Un siglo más tarde el edificio cristiano de la Europa medieval presentaría grietas alarmantes, que los sucesores inmediatos de Inocencio III, entre los cuales se encuentra nuestro santo, no acertarían a restañar.

Pedro pasó la niñez y juventud en su mismo pueblo, junto a su madre, que fue también su primera maestra en la santidad. Ella estaba amargada porque ninguno de sus diez primeros hijos servía a Dios. Y se quejaba: «¡Miserable de mí! ¡Tantos hijos y que ninguno sea siervo de Dios!». Oyéndola repetir esto su hijo undécimo, que contaría entonces cinco o seis años, empezó a decirle: «Quiero ser un buen siervo de Dios». Ella entonces resolvió encaminarle al estudio de las letras, a pesar de la contradicción de los restantes hermanos. Como había ya quedado viuda tuvo que imponerse considerables sacrificios, pero Dios los premió, ya que, al poco tiempo, el pequeño Pedro, según cuenta él mismo, leía el Salterio.

En este ambiente familiar cristiano y austero, donde la providencia de Dios pudo palparse claramente repetidas veces, y en el

que su madre era también la íntima confidente, creció en edad y en ganas de servir a Dios nuestro santo. Sus deseos se inclinaban decididamente hacia la vida de los anacoretas. Tenía más de veinte años cuando, al fin, se resolvió con otro compañero a dejar el pueblo y dirigirse a Roma «para pedir consejo a la Iglesia».

Salieron ambos, pero al término de la primera jornada de camino, su compañero quiso volver al pueblo; hizo la segunda jornada solo y, llegando a Castelsangro, lluvias torrenciales y ríos desbordados le impidieron proseguir hacia Roma. Invocando el auxilio divino permaneció allí muchos días, hasta que supo que un solitario habitaba en los montes vecinos. Entonces compró dos panes y algunos peces y se subió a la montaña, en pleno mes de enero, con nieve abundante. Encontró vacía la celda de aquel ermitaño y se quedó allí, empezando una vida de gran austeridad y oración casi continua.

Las primeras vivencias fueron de una gran paz y alegría espiritual y abundancia de consolación sensible; pero no tardó mucho en llegar la desolación purificadora del alma, con multitud de tentaciones, «lo mismo estando despierto que durmiendo». En los mismos principios de su vida eremítica se trasladó a otra montaña, donde cavó un hoyo debajo de una roca, en el cual con dificultad podía estar en pie o echado. Aquí permaneció tres años.

Empezó pronto el ir y venir de las gentes en torno a él. Le aconsejaban que recibiera la ordenación sacerdotal. Se dejó convencer y partió para Roma, donde fue ordenado sacerdote. De vuelta, al pasar por Monte Murrone, encontró una cueva que le gustó y allí se quedó. Los cinco años que duró su estancia en ella fueron tiempos de tribulación espiritual en torno a la celebración de la misa. Le parecía que, si celebraba, se reuniría gente allí y perdería la soledad, que le ofrecerían limosnas y peligraría su pobreza, y, además, se consideraba indigno. Estaba ya determinado a volver a Roma a pedir consejo al Papa, cuando se le apareció en sueños el abad que le había impuesto el hábito de ermitaño y se cambió entre ellos este diálogo·

— «Celebra misa, hijo, celebra»

— El objeto «Pero, si San Benito y otros muchos santos no quisieron tocar tan gran misterio, ¿como yo, pecador, puedo considerarme digno?»

— El abad respondio «¡Pero hijo! ¿Digno? ¿Quien es digno? Celebra misa, hijo, celebrala con temor y temblor»

El dictamen del confesor concordó. Y desaparecieron las dudas.

El ejemplo de su vida, tan austera soledad, ayuno, oración y la fama de santidad empezaban a atraerle discípulos, cuando tuvo que abandonar Monte Murrone, pues, habiendo sido talados los bosques cercanos y empezando a cultivarse las tierras, peligraba su separación del mundo. Buscando la soledad, se refugió con sus primeros discípulos en otra cueva de Monte Maiella. Su irradiación espiritual creció, y, con ella, el número de discípulos y la devoción de las gentes; muchos dejaban el mundo y se ponían a su disposición para servir a Dios; él los rechazaba cuanto podía, excusándose en sus pocos conocimientos y en su deseo de soledad; pero frecuentemente, vencido por su caridad, los admitía. Así nació la congregación de los «celestinos», cuyos estatutos aprobó Gregorio X en 1274; ya entonces contaba con dieciséis monasterios.

Durante largos años de permanencia en Monte Maiella empezó a manifestarse el abundante carisma de milagros que había de ser una de las características más salientes de su vida.

Se encontraba de nuevo en Monte Murrone, pasando visita a los monasterios de su Orden, cuando, inesperadamente, recibió al arzobispo de Lyón con un séquito de prelados, embajadores del cónclave, notificándole que había sido elegido Sumo Pontífice y rogándole su aceptación. La elección había tenido lugar el día 5 de julio de 1294; el elegido rondaba ya los ochenta años

Su elección llenó de júbilo a amplios sectores de la Iglesia. Su fama de santidad era sólida y muy extendida, y eran muchos —joaquimitas, fraticelos, «espirituales»— los que creían que la barca de la Iglesia necesitaba de un piloto santo y espiritual para ser sacada del atolladero en que parecía encallada. Y aun para los que no compartían esta opinión no dejaba de representar un alivio el hecho de la terminación de un interregno que duraba ya más de dos años, desde el 4 de abril de 1292, en que muriera Nicolás IV. Tanto más cuanto que la persona del santo anacoreta había vencido las disensiones que existían entre los miem-

bros del Sacro colegio —orsinis y colonnas—, obstáculo que había llegado a parecer insuperable. Detrás de este antagonismo se encontraba la influencia creciente que Francia venía ejerciendo sobre el pontificado a partir de la ruptura de éste con la casa imperial de los Hohenstaufen.

Todas estas causas se conjugaron en la gran apoteosis que fue su traslado a Aquila, donde recibió el homenaje de todo el Sacro colegio de cardenales, la consagración episcopal y la coronación como Sumo Pontífice. El rey de Nápoles, Carlos II de Anjou, de quien había sido súbdito hasta entonces, y cuya influencia sobre el nuevo Papa se haría cada vez más avasalladora, y su hijo Carlos Martel, rey electo de Hungría, conducían las riendas del humilde asno en que montaba Celestino V. Tolomeo de Lucca nos cuenta que cuando llegó a Aquila corrían las gentes de los alrededores hacia él para pedirle la bendición, y el futuro santo tenía que estar todo el día en la ventana, reclamado por el clamor de los que pedían les bendijese. El mismo cronista nos dice que para la coronación, que tuvo lugar el 29 de agosto, se congregaron más de doscientas mil personas.

Pero su temperamento insociable, su extrema sencillez y su desconocimiento de las cosas humanas y de los negocios del gobierno le acarrearon enseguida graves dificultades en el ejercicio de su alto cargo.

Contra el consejo de los cardenales, no sólo rehuyó ir a Roma —sobresaltada por luchas ciudadanas—, sino que se trasladó al mismo Palacio Real de Nápoles, donde trató de conjugar su rango pontificio con el deseo de soledad haciendo construir una cabaña dentro de sus habitaciones, a la que se retiraba para no interrumpir las largas horas de oración. Por otra parte, el despacho de los asuntos de la Curia iba de mal en peor, y la supeditación del Papa al rey de Nápoles (segundón de la dinastía francesa de Anjou) llegó al colmo cuando, al crear doce cardenales poco después de su elevación al pontificado, escogió siete franceses y tres súbditos napolitanos.

Ante esta situación caótica, de la que Celestino V no dejó de darse cuenta, se convenció también de su incapacidad, y fue entonces cuando dio el gran ejemplo de humildad y despego de las grandezas y honores de la tierra, y, con ello, la medida de su

perfecta caridad para con Dios. A pesar de que algunos le aconsejaban que dejara el gobierno de la Iglesia en manos de los cardenales y que él se retirara a la oración conservando el honor del Sumo pontificado, quiso que se estudiara la posibilidad de la abdicación del romano pontífice, cuestión confusa y discutida por aquel entonces. Recibida respuesta afirmativa, mandó componer una bula en la que se declaraba que el Papa puede renunciar a sus poderes. De hecho, el Papa no es más que el obispo de Roma, y su aceptación y permanencia en el cargo es libre y, siendo el bien de la Iglesia la suprema ley, puede llegar a darse el caso en que la renuncia sea obligatoria en conciencia. El día 13 de diciembre de 1294 se presentó solemnemente revestido de pontifical ante el colegio cardenalicio y, prohibiendo que nadie le interrumpiera, leyó él mismo la bula y abdicó. Salió del consistorio y volvió a entrar dentro de poco vestido de simple monje. Había gobernado la Iglesia alrededor de cinco meses.

Diez días después era elegido su sucesor Bonifacio VIII. Ante el peligro de cisma que suponía el que muchos exaltados no quisieran reconocer la validez de la abdicación de Celestino V, el nuevo Papa ratificó la dimisión e insertó la bula en el cuerpo del derecho canónico. Entretanto Celestino V, para asegurar su soledad, se había escapado de Nápoles y se encontraba ya cerca de la costa adriática con evidente intención de pasar a Dalmacia Bonifacio VIII mandó guardias a recogerle, siendo conducido al castillo de Monte Fumone, junto a Anagni Defendido allí contra cualquier intento perturbador, pudo continuar su vida ordinaria de oración, soledad y penitencia hasta mayo de 1296, en que murió.

El papa Clemente V le elevó al honor de los altares en 5 de mayo de 1313. Había empezado el cautiverio de Avignon. Triunfaba plenamente aquella política de supeditación a Francia que había seguido San Celestino V y contra la cual había opuesto heroicamente la última resistencia Bonifacio VIII.

JOSE PONT Y GOL

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de mayo importantes biografías antiguas y material documental
Opus metricum de vita Scti Caelestini, etc

CANTERA, B., *Cenni storici biografici riguardanti S. Pier Celestino* (Nápoles 1892).
CELIDONIO, G , *Vita di S. Pietro del Morrone, Celestino papa V* (Sulmona 1896).
FINKE, E., *Aus den Tagen Bonifaz VIII* (Munster 1902).
MANN, K. H., *Lives of the Popes in the Middle Ages* (Londres 1925-1929) vol.17, p.247s. Cf. *Analecta Bollandiana,* vols.9, 10, 16, 18.
SLPPELT, F. J., *Monumenta celestiniana* (Paderborn 1921).
TOSTI, L., *Storia di Bonifazio VIII e dei suoi tempi* (Roma 1946).
• Actualización:
BURANI, M., *Celestino V Papa eremita e santo* (Roma 1993).
CONVEGNO STORICO INTERNAZIONALE. L'AQUILA. ATTI:
I, 1984: *Indulgenza nel Medio Evo e Perdonanza di Papa Celestino V* (L'Aquila 1987)
II, 1987· *Celestino V Papa Angelico* (L'Aquila 1988).
III, 1988· *S. Pietro del Morrone, Celestino V nel medioevo monastico* (L'Aquila 1989).
IV, 1989: *Celestino V e i suoi tempi: realtà spirituale e realtà politica* (L'Aquila 1990).
V, 1990: *Magistertum et exemplum. Celestino V e le sue fonti più antiche* (L'Aquila 1991).
VI, 1991: *Celestino V e le sue immagini nel Medio Evo* (L'Aquila 1993).
D'ALESSANDRO, L., *Pietro del Morrone. Presenza spirituale e valorizzazione culturale* (Chieti 1993).
PROJA, G. B., *S. Pietro del Morrone. Eremita, fondatore, papa Celestino V* (Colli 1995)

SAN IVÓN DE BRETAÑA

Presbítero († 1303)

Ivón Hélory nació en el castillo de Minihy, próximo a Tréguier, el 17 de octubre de 1235. En 1249, contando catorce años de edad, marchó a París con su preceptor Juan de Kerhoz, donde estudió derecho canónico, pasando en 1273 a la Universidad de Orleáns por su especial renombre en leyes, distinguiéndose por su aplicación e inteligencia. Regresó a París en 1274, donde permaneció tres años estudiando teología, admirando a sus maestros y colegas por su seriedad, piedad y caritativo corazón.

Concluidos los estudios accedió al cargo de juez del archidiácono de Rennes y al poco tiempo su obispo, Alano de Bruc, lo reclamó para que ejerciese en su diócesis. Sus excelentes cualidades humanas y señaladas virtudes movieron al indicado prelado a invitarle a recibir el presbiterado que, con gran humildad y espíritu obediente, recibió. Su tribunal se convirtió en refugio de todas las causas de pobres y marginados de su tiempo. No hubo en su época abogado más prestigioso, querido y admirado, siendo reconocido por todos como el «abogado de los pobres», pues defendía a los ignorantes y villanos que estaban a merced de los poderosos con un desinterés poco común.

Actuaba con mucha prudencia, y sobre todo con profunda humildad y honradez.

Durante cinco años fue párroco de Trédez (1287-1291), y en 1292 recibió la parroquia de Louannec, dedicándose a renovar la vida espiritual de sus feligreses con gran empeño, construyendo un hospicio y orfanato para ancianos y niños. Hombre de palabra, lector infatigable de la Biblia, culto y noble, se convirtió en modelo de santidad sacerdotal en un tiempo en que los obispos, monjes y religiosos precedían a los pastores de almas en ejemplo de vida y en la enseñanza de la Palabra de Dios. Juez eclesiástico incorruptible y benévolo con los humildes y los pobres, se entregó al pastoreo como celoso párroco y a la evangelización de las gentes, ocupación del ministerio sacerdotal no demasiado común en aquella época.

Su preocupación por predicar el evangelio a ignorantes y labradores le movió a misionar por los pueblos de la región, granjeándose una admiración y estima general. Su vida ascética y ásperas penitencias le señalaban como un testigo cualificado del evangelio de Jesucristo. En 1298 se retiró a Kermartin, donde falleció el 19 de mayo de 1303. Su fama de santidad fue tan grande que el proceso comenzó al poco tiempo (1330), incluyéndolo Clemente VI (papa en Avignon) en el *Martirologio romano* como santo el 19 de mayo de 1347. La rapidez del proceso confirma el admirable ejemplo de vida de este sacerdote, abogado defensor del derecho de los huérfanos y pobres.

Desde su canonización su tumba en Minihy se convirtió en lugar de peregrinación, y en la catedral de Tréguier el duque de Bretaña Juan V hizo erigir un monumento en su honor. En París se fundó una cofradía cuya capilla fue consagrada en 1377, aunque por su extraordinaria majestuosidad es más famosa en la historia del arte la iglesia romana de Sant'Ivo della Sapienza, obra maestra del Borromini, erigida en la antigua universidad de Roma como santo patrón de los juristas. Su patronazgo incluía a los profesores del derecho, magistrados, abogados, notarios y procuradores judiciales, como defensor de litigantes desamparados víctimas de engaños.

En el aniversario de su muerte se celebraba una solemne procesión con la reliquia de la cabeza del santo de la catedral de

Tréguier a Minihy, que fue conocida como el «gran perdón de San Ivón», a la que asistía una gran multitud de fieles. Durante la guerra de los *Cien años* el duque de Bretaña acordaba una tregua con los ingleses para poder asistir a esta célebre festividad.

Su culto lo propagaron especialmente los marineros bretones, extendiéndose al final de la Edad Media por toda la cristiandad. Desde 1924 es patrono secundario de Bretaña, siendo uno de los santos más populares del norte de Francia. Su iconografía lo muestra siempre entre el rico y el pobre, que no mendiga, sino pide justicia

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum (Roma 1992) cols 998 1002

Martyrologium romanum, o c , 276

RIAU, L , *Iconografía del arte cristiano* T 2, vol 4 *Iconografía de los santos, G* O (Barcelona 2001) 132 135

VAUCHEZ, A , *La sainteté en Occident aux derniers siecles du Moyen Age d'apres les proces de canonisation et les documents hagiographiques* (Roma 1988) cols 358 364

SAN TEÓFILO DE CORTE

Presbítero († 1740)

En el *Martyrologium romano-seraphicum* encontramos bajo el epígrafe *Quatuordecimo Kalendas Iunii.*

> «San Teofilo de Corte, en Fucecchio, de Etruria, sacerdote y confesor, de la Orden de los Menores, propagador de los sagrados retiros, gran devoto de la Pasion del Señor y de la Virgen Madre de Dios, consagro su vida a visitar a los pobres y enfermos, a la oracion y predicacion y a recibir la confesion de los penitentes»

Supo hacer honor a su nombre de religión· «amigo de Dios». Aunque en el bautismo había recibido el de Blas, Biagio de Signori, como sería llamado en su Corte natal. Allí, en la hermosa isla mediterránea de Córcega que, por entonces, ya había pasado de la corona española a manos genovesas, nació nuestro protagonista un treinta de octubre de 1676, hijo de Giovanni Antonio y Maddalena Arrighi.

En esta familia, acomodada y piadosa, aprendió el pequeño Biagio el santo temor de Dios, y en aquel hogar creció respirando a pleno pulmón la devoción al Poverello de Asís y a sus hijos: los Signori eran bienhechores de los franciscanos de Corte, en cuya iglesia poseían, incluso, su propia sepultura.

Con su ejemplo y enseñanzas, aquellos padres, fervientes cristianos, iban contribuyendo a que en el alma del niño fuese haciendo madurar el Espíritu Santo el don sobrenatural de la vocación a la Orden seráfica. No debía de extrañarles, pues, que tras una infancia inocente y una adolescencia forjada en la virtud, manifestara el joven hijo, a sus dieciséis años, su decisión firme de abandonar el mundo para unirse a los hijos de San Francisco. No debía de extrañarles, pero... les cogió de sorpresa la determinación de Biagio. Tanto, que habiendo concebido sobre él otras ilusiones y proyectos, se opusieron enérgicamente, en un principio, a su vocación.

El muchacho, que habría de manifestar su acerado temple en no pocas ocasiones a lo largo de su vida, no estaba dispuesto a claudicar: el ideal de consagrarse a Dios era en él más fuerte que los lazos de la carne. Escapándose de la casa paterna, se refugió en el convento de los capuchinos, adonde fueron a buscarlo sus familiares para llevárselo de nuevo con ellos. Vuelto a casa, e inamovible en su santo propósito, Biagio consiguió al fin arrancar el permiso a sus progenitores, poniéndole éstos la condición de que, al menos, tomase el hábito de los «franciscanos observantes», religión algo más suave que la de los capuchinos. Y así, el 21 de septiembre de 1693, cuando aún no había cumplido diecisiete años, vestía Biagio el pardo sayal franciscano entre los Menores Observantes del vecino convento de San Francisco de Corte (hoy desaparecido), tomando el nombre de Teófilo, cuyo significado llenará plenamente en su vida de consagrado.

Emitida su profesión religiosa tras el año canónico de noviciado, el 22 de septiembre de 1694, permaneció por dos años en Córcega, y en 1696 fue destinado al convento de Santa María in Aracoeli, en Roma, donde realizó los estudios de filosofía. La teología la cursó en el convento, hoy monumental, de Santa María Nova, en Nápoles, donde recibió la ordenación sacerdo-

tal el 30 de noviembre de 1700, a sus veinticuatro años. Uno después recibiría las licencias para predicar.

Hay que notar que aquel corso, cuya juventud se había mecido entre el rumor de las olas del Mediterráneo, ahora ya permanecerá para siempre en el continente, sin otra excepción que una vuelta a su isla natal treinta años más tarde para, luchando con mil dificultades, establecer en Córcega uno de sus famosos «Retiros»...

A sus veinticinco años, fray Teófilo ha sido nombrado en la Orden predicador y lector: los superiores han visto en él capacidad suficiente de doctrina y de virtud para ejercer con fruto el delicado ministerio de enseñar. Pero... Dios tiene otros designios sobre su siervo. Para prepararse a su tarea docente, se traslada de Nápoles a Roma, deteniéndose unos días en el convento de San Francisco, en Civitella San Sisto (actual Bellegra), cerca de Subiaco. En aquel austero y escondido cenobio, perfumado por entonces con las virtudes de su guardián, Santo Tomás de Cori, siente Teófilo vivísimos deseos de vivir ignorado de todos, vacando a Dios en asidua oración y generosa penitencia. Cuando lo consulta con el superior, fray Tomás, éste le alienta a realizar lo que considera una inspiración divina. Pero Teófilo había parado en Civitella provisionalmente, ¿qué hacer? Reanudará su viaje a Roma y, durante él, comenzará el Señor a manifestar su voluntad. En Tibur, donde se detiene el viajero, tiene una peligrosa caída, rompiéndose gravemente un fémur. Trasladado a Roma, tarda mucho tiempo en sanar. Y entre tanto, se muestra claro en su alma el querer de Dios, que lo destina al suave apostolado —no menos fecundo que el ruidoso y agitado— de la oración en el retiro, para volcarse luego en los demás, con palabras encendidas y ejemplos virtuosos. Y así, con la anuencia de los superiores retorna a Civitella, como miembro efectivo o religioso conventual de aquel eremitorio, en el que permanecerá hasta 1709, siete largos años en los que se forja y sedimenta su vocacion ermitaña, entregado alli a la mas alta contemplación. El que es ahora su maestro, Santo Tomás de Cori, será más tarde su compañero de correrías apostólicas, en continuo pugilato sobre quién de los dos ha de ser más humilde, más mortificado y pobre y de mayor abnegación y sacrificio

en la siembra espiritual de los favores acumulados en las asperezas del retiro de Civitella.

En 1709 fue destinado Teófilo al Retiro de Palombara Sabina (Roma), establecido pocos años antes por Tomás de Cori, y en 1713 fue nombrado superior de aquel convento. En 1715 vuelve a Civitella, donde vivirá doce años y será superior hasta 1718. Reelegido en 1724, obtiene una prudente reducción de los ayunos en el «Retiro»: se limitarán a los viernes de marzo y las vigilias de las fiestas de la Virgen, de San Francisco y San Antonio.

De nuevo, en 1727, es destinado a Palombara, para restaurar la primitiva disciplina según los deseos de Santo Tomás de Cori, lo que logró enseguida merced a su elevado espíritu seráfico, un ferviente celo apostólico y eficaces dotes de gobierno.

En 1729 emprende de nuevo el camino del Retiro de Civitella, privado ahora de la presencia de Tomás, fallecido pocos días antes. Teófilo será su heredero y su más fiel continuador. Y ello quedará tan patente a los ojos de todos, en especial de los superiores, que, cuando un año más tarde se decida la erección de un retiro en Córcega, el elegido para fundarlo será fray Teófilo, no sólo por ser nativo de la isla, sino, sobre todo, por sus innegables dotes espirituales y morales. Partirá, pues, en 1730, y después de inútiles tentativas de establecer el «Retiro» en varios conventos (Campoloro, Nonza, Caccia, e incluso su villa natal de Corte), se escogió el de Zùani, donde se inició el nuevo régimen de vida en mayo de 1732, quedando el santo como superior provisional, y siendo confirmado en el cargo el 20 de diciembre del mismo año.

En 1734 fue reclamado por el ministro provincial a Roma y en enero de 1735 fue nuevamente elegido superior de Civitella, donde sólo ejercería un año el cargo de guardián, porque en enero de 1736 los superiores lo envían a fundar un nuevo «Retiro» en Toscana. Sería el convento de la Virgen de Fucecchio, cerca de Florencia, en la margen derecha del Arno, donde Teófilo comenzó a ser superior el 20 de abril de 1736, y lo sería hasta el fin de su intensa y laboriosa vida, viviendo allí desde ahora con preferencia e irradiando desde aquel Retiro la luz de su santidad y su influencia bienhechora en las almas. Al principio de la

fundación de Fucecchio tuvo dificultades y adversidades, muchas y graves, para introducir las severas prácticas de los Retiros e ir perfeccionándolas paulatinamente. Bajo la experta guía de su santo guardián el convento se afirmó, constituyendo pronto un centro de verdadera atracción espiritual.

A pesar de su constante retiro crecía, imparable, la fama del solitario de Fucecchio. Los obispos solicitaban con empeño su presencia en sus diócesis para dar misiones o retiros espirituales, de los que Teófilo sabía sacar el mayor fruto para las conciencias, por lo que acudía solícito sin reparar en sacrificios ni penalidades, ni en lo débil de su salud. Predicador excelente y persuasivo, aparecía en medio del pueblo como un mensajero de bondad, portador incansable de la Palabra de Dios. Las multitudes le seguían, anhelosas de sus enseñanzas, o de abrir sus almas en la intimidad del confesonario, para el que Dios le había concedido un don especial de consolar e iluminar las conciencias más enmarañadas y llenas de angustia. Acompañaban al santo los prodigios y milagros, efectuando numerosas curaciones con su oración y la señal de la cruz. Tuvo en alto grado el don de profecía y el de leer en el interior de los corazones, con cuyo medio obtuvo los mayores éxitos en el tribunal de la penitencia. Allá donde él predicaba, la vida cristiana adquiría nuevos ritmos de fe y de apostolado.

La actividad de su vida interior era riquísima también en dones sobrenaturales. A una devoción encendida a los misterios de la Eucaristía y la Pasión del Salvador unía un amor ternísimo a la Virgen María, a la que acudía con sencillez de niño para con su madre, infundiendo estos mismos amores en las almas de cuantos trataba. En su porte exterior había un atractivo espiritual tan acentuado, que muchos pecadores, aun antes de escuchar su palabra, con sólo mirarlo, sentían despertarse dentro de sí una profunda contrición.

Delicado en la dirección de las almas y paciente hasta el extremo, aunque por temperamento era fogoso y arrebatado, Teófilo de Corte no tuvo una vida fácil en su empeño de promover los «sagrados Retiros». Pero superó toda clase de dificultades con la dulzura y la tenacidad, suavizando todas las asperezas. En tantos y continuos trabajos era el primero en cumplir

las rigurosas leyes de los conventos de retiro, en que siempre vivió, pese a su quebrantada salud. De todas estas contradicciones y vicisitudes da cuenta el santo en sus numerosas cartas al padre Scalabrini, a la sazón ministro provincial de la Toscana. Es lástima que otros escritos suyos, de carácter formativo y espiritual, se hayan perdido. Presumimos reflejarían al religioso amantísimo de la pobreza, que buscaba siempre para sí lo más vil y despreciable, y tan fiel y exacto en la virtud de la obediencia, que aun en cosas muy ásperas no sufría la más pequeña demora entre el mandato y la ejecución.

Recogido en su amada soledad de Fucecchio, le acometió una breve enfermedad y, sintiendo llegar la muerte, pidió perdón a sus hermanos en términos conmovedores por las faltas que pesaban sobre su delicadísima conciencia, y que para los demás no eran consideradas sino virtudes admirables, dignas de un santo. Recibidos los santos sacramentos con su fervor y entusiasmo característicos, se durmió en el Señor a los sesenta y cuatro años y medio, el 19 de mayo de 1740.

Ese mismo día comenzaron los prodigios en su sepulcro y los grandes concursos de gentes, venidas de todas partes a pedir remedio para sus males a aquel que en vida llamaban padre a boca llena. Diez años más tarde se incoaba el proceso canónico para su beatificación. Algunos de los testigos recordaron entonces que, cuando algún tiempo atrás hubo de presentarse fray Teófilo ante un tribunal eclesiástico para deponer en el proceso de beatificación de su maestro Santo Tomás de Cori, el obispo de Nicotera, hondamente impresionado a la vista del santo, dijo cuando se retiró éste:

> «Hoy se ha presentado un santo a testificar de otro santo, y os aseguro que el padre Teofilo es mas santo que el padre Tomas, y que se hara en su dia por aquel lo que estamos haciendo hoy por este »

De hecho, Teófilo llevaría la delantera a Tomás en los honores de la glorificación.

Teófilo de Corte fue declarado venerable por el papa Benedicto XIV el 21 de noviembre de 1755. Beatificado por León XIII el 19 de enero de 1896 (Breve de beatificación, 24-9-1895), al fin, el 29 de junio de 1930, en virtud de nuevos

milagros realizados por su intercesión, el solitario de Fucecchio y apóstol de toda la diócesis de San Miniato era canonizado por Pío XI.

Juan XXIII, en uno de sus cortos viajes por Italia, decidió visitar, fuera de programa, el convento franciscano de Bellegra (antigua Civitella). Era el 25 de agosto de 1959. Entre la alegría de recibir al Sumo Pontífice y la ausencia de preparación adecuada para tan alta e inesperada visita, los frailes presentaron al Santo Padre sus excusas. Pero el buen papa Juan (hoy Beato Juan XXIII) les confesó que se encontraba a sus anchas en aquel «Retiro», en el que el Beato Tomás de Cori (no sería canonizado hasta el 21 de noviembre de 1999, por Juan Pablo II) había mantenido una singular «competición» con San Teófilo de Corte, iniciador de los «Retiros», apostando ambos por la «dama pobreza».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BATAGLIA, V (ed), *Il ritiro «S Francesco» presso Bellegra tra pasato e futuro Storia e interpretazione di una esperienza francescana* (Roma 1987)
CHECCHI, V, *Storia del ritiro francescano della Vergine presso Fucecchio* (Florencia 1937)
CRISTIANI, L, *Une gloire de la Corse Saint Theophile de Corte, 1676-1740* (Crepieux-la-Pape, Ain, 1951)
DOMENICHELLI, T., *Vita del B T di Corte dell'Ordine dei Minori* (Quaracchi 1896)
DOMINICI, A, *S Teofilo da Corte* (Pistoia 1930)
FERNANDEZ ESPINOSA, L M, *Año serafico* (Madrid 1932)
FERRINI, G - RAMIREZ, J G, *Santos franciscanos para cada dia* (Asís 2000)
GONZALO DE CORDOBA, *Del solar franciscano* (Madrid 1957).
Martyrologium romano-seraphicum (Roma 1953).
MONASTERIO, A A, *Martyrologium franciscanum* (Roma 1938)
PAOLETTI, L, *Cenni sulla vita del Ven Teofilo da Corte* (Lucca 1852)
ROMA, C DA, *Memorie istoriche delle chiese e dei conventi dei Fratri Minori della Provincia Romana* (Roma 1845) 362s

SAN CRISPÍN DE VITERBO

Religioso († 1750)

Crispín de Viterbo, Pedro Fioretti en el siglo, religioso italiano de la Primera orden de San Francisco nacido en la ciudad de su apellido el 13 de noviembre de 1668, fue canonizado en Roma por Su Santidad Juan Pablo II el 20 de junio de 1982: pri-

mera canonización de su pontificado. Descendiente de modesta familia, fray Crispín recibio en el bautismo el nombre de Pedro, y de sus padres Ubaldo y Marcia Fioretti, una profunda, esmerada, fina educación cristiana. Frecuento en su infancia la escuela del pueblo y, aunque débil de constitución, empezó luego a imponerse duras penitencias privadas y, en el humilde trabajo de zapatero, a darle con ahínco, en calidad de aprendiz, al martillo, la lezna, las suelas y el tacón. Huérfano pronto de padre, corrió con su educación religiosa de niñez la madre. Como un redivivo Jesus de Nazaret, su vida transcurrió hasta los 25 años en el taller de un tío suyo que era zapatero.

Cuentan las crónicas capuchinas el testimonio siguiente puesto en boca del protagonista, con estilo, por cierto, sencillo y desenfadado y casi como de novela·

> «A pesar de que me consideran un santo alegre, la impresion que me queda de mi infancia es la muerte de mi padre, Ubaldo Menos mal que mi tio Francisco —su hermano— me queria mucho y me envio, primero, a la escuela de los jesuitas para que aprendiera gramatica y, despues, me acogio como aprendiz en su taller de zapatero, donde estuve hasta los veinticinco años en que me fui a los frailes Recuerdo que, de pequeño, me daba por ayudar en las misas y ayunar, y como era de natural delgaducho y enfermizo, mi tio solia decirle a mi madre "Tu vales para criar pollos, pero no hijos ¿No ves que el niño no crece porque no come?" Y en adelante el se fue encargando de hacerme comer, pero al ver que seguia igual de pequeño y escuchimizado se dio por vencido y le dijo a mi madre "Dejale que haga lo que quiera, porque mejor sera tener en casa un santo delgado que un pecador gordo"»

El hecho es que, deseoso de llevar vida austera y consagrada por entero a Dios, el 22 de julio de 1693 el joven ingresa en el noviciado del convento de los Hermanos menores capuchinos de Palanzana, cerca de su ciudad natal Hecha al año siguiente la profesión religiosa, le llega su primer destino: ayudante de cocina en el convento de la Tolfa. La profesión es pretexto, entre otras cosas, para cambiar el nombre de Pedro por el de Crispín en homenaje a San Crispín, patrono de los zapateros. Conventual en diversos conventos, suena en 1709 la hora del traslado a Orvieto Allí desempeña el oficio de limosnero, y en aquellas tierras orvietanas permanece casi cuarenta años. En estos destinos supo siempre dar muestras de alegría y destreza para ejercer

los oficios encomendados por los superiores. De austerísima pobreza, ferviente oración y profunda humildad, asiduo en trabajos y ayunos, maceró su cuerpo con aspérrimos cilicios y frecuentes disciplinas.

Su personalidad ascética, su comportamiento como juglar del buen Dios y su aire a lo trovador de nuestra Señora dejaron luego entrever al celebrado instrumento de la Providencia. Amante de la pobreza, dotado de un ánimo generoso y sensible a las manifestaciones jubilosas, pleno de caridad y claridad y de fraterna preocupación por los pecadores, pobres, encarcelados, niños sin hogar, se las ingeniaba para ser útil y obsequioso con todos sin excepción, y lo sabía ser, además, desde los diversos oficios: lo mismo probando a cultivar berzas y garbanzos en calidad de hortelano, que ejerciendo de enfermero, cocinero y limosnero.

Jovial por temperamento y en armonía con el carisma de Asís, ponía todo su empeño en hacer amar la virtud y alegrar al triste: con edificante simplicidad de espíritu entonaba canciones, construía altarcitos para honrar a nuestra Señora, «Madre y Señora dulcísima» solía llamarla, y, si hacía al caso, le daba contento y feliz al endecasílabo componiendo inspirados versos o simplemente recitándolos sin arredrarse. A un hermano de la comunidad que un día se atrevió a reprocharle este modo de actuar como inconveniente a su estado, le respondió resuelto:

> «¡Yo soy el heraldo del gran Rey! Dejame cantar como cantaba San Francisco Estos cantos produciran bien en el animo de quien escuche Pero siempre con la ayuda de Dios y de su gran Madre»

Dotado de un especial don para enjugar lágrimas, consolar a los enfermos y subvenir al desvalimiento de los débiles, él por su parte tenía también tacto y finura bastante como para que sus paisanos se le hiciesen cariñoso y alegre auditorio en derredor, pendientes de su palabra o atraídos por su actitud; quién más, quién menos, personas todas menesterosas de su oración y de su consejo. Su ilimitada confianza en la Providencia, fruto de una estrechísima union con Dios, se vio a menudo recompensada del cielo con milagros y carismas. Buscaba él, pues, y por doquier era buscado.

Hasta prelados, nobles y doctos llamaban a su puerta en pos de la luz que su interior irradiaba, en busca de su alma traslúci-

da, hecha sugerencia y puro exhorto, el típico de la sabiduría que atesoran los humildes. De ahí que tampoco su actitud modesta y sencilla cambiase por ello en modo alguno. Al término de jornadas agotadoras, extenuantes, cuando a uno ya no le quedan arrestos para nada, su refugio solía ser la oración ante el Santísimo Sacramento o a los pies de la Virgen María. El mismo papa Clemente XI se deleitaba en afable coloquio con el humilde capuchino. Roto por el cansancio y las penitencias, pasó los últimos años de su vida en Roma, convento de la Santísima Concepción, Via Vittorio Véneto.

Refieren los biógrafos de nuestro humilde Crispín que el cardenal Trémouille, embajador del rey de Francia, hallándose gravemente enfermo, hizo llamar ante sí al santo religioso, quien lo curó luego con sus oraciones. Asimismo, que mientras un día el Papa escuchaba la misa en la iglesia de los capuchinos, su camarero fue aquejado de gravísimos dolores, fenómeno que le sucedía con frecuencia y que ningún médico había sido capaz de remediar. Crispín lo condujo al altar de la Virgen y la curación fue instantánea. A los ochenta y dos años, un 19 de mayo de 1750, la llama viva de su vida se apagó serenamente en el citado convento romano, camino de la luz. A partir de ese instante una turba incontable de fieles y devotos acudió presurosa para orar ante sus restos, y con ánimo, por supuesto que también, de hacerse con alguna reliquia. Los milagros empezaron a multiplicarse, diríase que por ver de ensalzar más y más al siervo de Dios, pues desde entonces no hicieron sino acreditar y acrecentar la fama de santo que había sido el distintivo de su vida.

Al poco tiempo de su piadosa muerte, fue incoado el proceso informativo sobre la fama de santidad y de las virtudes. Su causa fue introducida el 16 de septiembre de 1761 y el decreto sobre la heroicidad de las virtudes promulgado el 7 de julio de 1796. El 18 de mayo de 1804 llegó el visto bueno sobre los dos milagros, y el 26 de agosto de 1806, Pío VII lo inscribía en el catálogo de los beatos. A partir de ahí el número de celestes favores por intercesión del beato Crispín no hizo sino crecer. Fue elegido entre ellos el de la curación obtenida por Rinaldo Crescia de una grave úlcera varicosa para proponerlo al examen de

la Sede Apostólica. Se instruyó el proceso sobre este supuesto milagro en la curia episcopal de Viterbo, años 1958-1960, y la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos decretó su validez el 18 de marzo de 1977. Superados los dictámenes del consejo de médicos, de cardenales y de la plenaria de la Congregación durante 1978-1979, el papa Juan Pablo II, oído el cardenal Mozzoni, relator de la causa, mandó el 1 de junio de 1979 promulgar el decreto sobre la curación milagrosa. Era dar luz verde para la canonización.

Volviendo a las crónicas y florecillas franciscanas autobiográficas, he aquí otro retazo semejante al anterior, con ese estilo impropio de la época, pero muy pegadizo y ágil para el momento actual:

> «La gota que colmo el vaso para que me decidiera a hacerme capuchino —refiere fray Crispin— fue el ver a un grupo de novicios que *habia bajado a la iglesia con motivo de unas rogativas para* pedir la lluvia En realidad ya lo habia pensado mucho y habia leido y releido la *Regla de San Francisco,* por lo que mi opción era madura Ademas, no queria ser sacerdote sino, como San Felix de Cantalicio, hermano laico De modo que inmediatamente me fui a hablar con el Provincial, quien me admitio en la Orden, pensando que ya estaba todo superado, pero no fue asi»
>
> «Los primeros que se opusieron —y sigue dandole vueltas a las peripecias de la vocacion— fueron mis familiares, empezando por mi madre La pobre ya era mayor y con una hija soltera a su cargo, ademas, no comprendia que, habiendo hecho los estudios con los Jesuitas, quisiera ser laico y no sacerdote Sin embargo, la decision estaba tomada Procuré que las atendieran unas personas del pueblo y me marché al noviciado Cuál no seria mi sorpresa al comprobar que, a pesar de haberme admitido ya el Provincial, el maestro de novicios se negaba a recibirme Ante mi insistencia me contesto "Bueno, si al Provincial le compete el recibir a los novi cios, a mi me toca probarlos" Y bien que me probo»

El estilo directo y narrativo continúa:

> «Lo primero que hizo fue darme una azada y enviarme al huer to a cavar mañana y tarde En vista de que yo resistia, me mando como ayudante del limosnero para que cargara con la alforja, a ver si aguantaba las caminatas bajo el sol y la lluvia Y las aguante Por ultimo, no se le ocurrio mejor cosa que nombrarme enfermero para que atendiera a un fraile tuberculoso No lo debi de hacer del todo mal, pues tanto el enfermo como el maestro de novicios se ufanaban, cuando ya eran viejos, de haberme tenido como enfer-

mero y como novicio. Una vez profeso, me enviaron por distintos conventos, hasta que recalé en Orvieto. Allí estuve durante cuarenta años de limosnero; es decir, toda mi vida, pues sólo me llevaron a Roma para morir».

El remate a esta faena de sinceridad y sinceración autobiográficas termina como sigue:

> «Durante los cincuenta años que estuve con los frailes hice de todo menos de zapatero, que era mi profesión. Fui cocinero, enfermero, hortelano y limosnero; y es que yo no era una bestia para estar en la sombra, sino al fuego y al sol; es decir, que debía estar o en la cocina o en la huerta. Sin embargo la mayoría de mi vida se quemó buscando comida para los frailes y atendiendo las necesidades de la gente».

El testimonio del humilde hermano se pierde para cualquier lector curioso y ávido de noticias por los vericuetos de una sencilla narración lírica que suena como venida del cielo gracias a la pluma de algún contemporáneo que hace de amanuense, es decir, de inspirado recopilador de estas simpáticas historias.

Sabemos así que lo primero que hacía antes de salir del convento era cantar el *Ave, maris stella.* Y después, rosario en mano, a prodigarse en el santo ejercicio de la limosna. Para no perder tiempo le pedía antes al cocinero qué necesitaba, y de ese modo se limitaba a pedir únicamente lo necesario. Como abundaban los pobres, ¡y cuándo no!, procuraba dirigir las limosnas sobrantes a una casa del pueblo para que desde allí se redistribuyesen. Ello le permitía satisfacer a la vez la solidaridad de los pudientes y la necesidad de los indigentes. Convencido de que gran parte de la miseria proviene de la injusticia, le faltaba tiempo para llegarse hasta los patronos a protestar de sus abusos. Su visita a los enfermos y encarcelados no sólo iba acompañada de buenos consejos sino, dentro de lo posible, claro es, del remedio a sus necesidades.

La gente salía de su presencia con la sensación del milagro. Hasta trozos del manto le cortaban a veces para reliquia, lo que una vez arrancó este grito de su profunda humildad:

> «Pero ¿qué hacéis? Cuánto mejor sería que le cortaseis la cola a un perro [...]. ¿Estáis locos? ¡Tanto alboroto por un asno que pasa!».

Mucho le ayudó la Virgen en su opción por Cristo. Él se lo agradecía con detalles, como cuando, en un arranque de puro y

simple franciscanismo, colocó una imagen de la Señora en una pequeña cabaña, y delante esparció restos de semillas y migajas de pan para que se acercasen los pájaros, se alimentasen y cantasen para alabanza de toda la creación a la Madre de Dios.

El reuma y la gota dieron con sus huesos en la enfermería de Roma. Pero ni allí dejaba de acudir gente cada día. Se dice que para no estropear la fiesta de San Félix le aseguró al enfermero que no se moriría ni el 17 ni el 18. Y, efectivamente, el Señor se lo llevó el 19 de mayo de 1750.

> «Quien ama a Dios con pureza de corazon —habia sentenciado a menudo—, vive feliz y muere contento»

Y también·

> «El poder de Dios nos crea, su sabiduria nos gobierna, la mise ricordia nos salva»

En la homilía de canonización, Juan Pablo II fue tejiendo la dorada aureola de esta espléndida biografía de sencillez franciscana, para regocijo y honra de los Frailes Menores Capuchinos en el año conmemorativo del VIII centenario del nacimiento de San Francisco. La Iglesia nos asegura que combatió la buena batalla, mantuvo la fe, perseveró en la caridad y alcanzó la corona de justicia que le había preparado el Señor (cf. 2 Tim 4,7-8). Perseveró, sí, ante el Señor y en su servicio durante la vida terrena, y el Señor ahora es su herencia feliz para siempre (cf. Dt 10,8-9).

Por seguir a Cristo Jesús se negó a sí mismo y tomó su cruz, la tribulación diaria, sus limitaciones personales y las ajenas, preocupado sólo de imitar al divino Maestro, y así salvó perfecta y definitivamente su vida (cf. Mt 16,23-25). El mensaje de santidad de fray Crispín de Viterbo pregona desde el marco de aquellos tiempos del absolutismo del Estado, de luchas políticas, nuevas ideologías filosóficas, inquietudes religiosas (piénsese en el jansenismo), de alejamiento progresivo de los argumentos esenciales del cristianismo, para que sigamos alerta y no bajemos nunca la guardia frente al consumismo y bienestar de esta sociedad nuestra, periódicamente tentada de falsa autonomía y de oposición a las categorías evangélicas, y por ello necesitada de Santos, o sea, de modelos que expresen concretamente con la vida la realidad de la trascendencia y el valor del Reino.

En el llamado siglo de las luces, rebosante de autosuficiencia, ésta fue la misión de San Crispín de Viterbo, sencillo religioso en quien encontraron pragmatismo elocuente las palabras proféticas de Jesús: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (Mt 11,25-26). Dios hace maravillas por obra de los humildes, incultos y pobres, para que se reconozca que todo progreso salvífico, incluso terreno, responde a un designio de su amor.

El primer aspecto de santidad que Juan Pablo II quiso resaltar en San Crispín ese día fue la *alegría.* Alegría franciscana, ciertamente, comunicativa y abierta en su caso a la poesía, nacida sobre todo de un amor grande al Señor y de una confianza invencible en su Providencia. El segundo fue su *heroica disponibilidad para con los hermanos* y también *para con los pobres y necesitados* de todas las categorías, de suerte que mientras él pedía humildemente medios de subsistencia para su familia conventual, su tarea principal consistía en prestar ayuda espiritual y material hasta transformarse en expresión viviente de caridad. ¡Casi nada! Se comprende que su incansable dedicación, en el campo religioso, al empeño caritativo por la paz, la justicia y la prosperidad, despertase reconocimiento y buen corazón de parte de sus beneficiados.

Destacó también el Papa la *catequesis itinerante* del hermano, un «lego docto» que cultivaba la doctrina cristiana con los medios a su disposición, sin descuidar instruir a los otros en la misma verdad. El tiempo de pedir limosna era, para él, providencial espacio de evangelización con aquel lenguaje suyo directo, sencillo, inconfundible, agradable, lleno de máximas y aforismos. Una sabia catequesis la suya, encantadora y atractiva para eminentes eclesiásticos y personajes de la vida civil. Las máximas le brotaban de un corazón iluminado por la fe, robustecido por la esperanza y enardecido por el amor.

Tampoco podía faltar la devoción a *María Santísima,* tierna y vigorosa a un mismo tiempo. «Señora Madre mía» hemos dicho que la llamaba. Sí, a su poderosa intercesión confió siempre nuestro sencillo y ocurrente trovador mariano su actividad li-

mosnera, comprendidas las encomiendas de quienes, a cambio de la dádiva, le rogaban a el la otra limosna, la de su oración por casos y situaciones graves. Súplica que arrancaba este habitual comentario· «Dejame hablar un poco con mi Señora Madre y después vuelve».

Admirable lección de vida escondida y obediente, enjoyada de caridad y sabiduría estimulante, la de San Crispín. Mensaje para la humanidad de hoy en la más pura línea franciscana. Y para esta generación en ocasiones fría y proteica, ejemplo de humilde y confiada entrega a Dios, de amor a la pobreza y a los pobres, de pasión por la Iglesia y de confianza en María. La itinerancia de San Crispín puede servir, en suma, de acicate para cumplir, entre gozos y dolores, fatigas y esperanzas, la voluntad del Dios Trinidad.

La confidencia de Juan Pablo II luego, durante el rezo del *Angelus,* es significativa:

> «Hoy me ha sido concedido inscribir en el catalogo de los San tos a uno de ellos San Crispin de Viterbo Es la primera vez que durante mi servicio en la sede de San Pedro tengo la gozosa suerte de llevar a cabo una canonizacion [] El santo de cuya elevacion a los altares hoy se regocija la Iglesia, ¿no pertenece quiza a la particular familia franciscana de santidad? Cuan bello es que justa mente con ocasion del VIII centenario del nacimiento del Serafin de Asis ella obtenga una nueva contraseña de santidad [] Efectivamente, tambien el santo proclamado hoy, fray Crispin de Viterbo, aun siendo hijo fiel y seguidor coherente de San Francisco, presenta una fisonomia suya personal y una singular respuesta a su propia vocacion religiosa Amante de la pobreza y de los pobres, lleno de confiado abandono en la Providencia, ejemplar en su servicio a todos los necesitados, se distinguio por la sabiduria de sus inspirados consejos y por una catequesis itinerante ejercida con virtuosa modestia y serenidad excepcional»

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 74 (1982) 987 990

«Angelus del domingo 20 de junio de 1982» *Ecclesia* (1982) n 2084, p 7

«Crispin de Viterbo († 1750)», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo ano cristiano Mayo* (Madrid 2001) 383

Martyrologium romanum, o c , 276, n 12, 682

MICO, J , OFM Cap , «De San Crispin de Viterbo (1668 1750) Un santo alegre [Di rectorio franciscano Santoral franciscano]», en *El Propagador de las Tres Avemarias Revista mariana de los PP capuchinos* (1999) n 818, p 7 9

L'Osservatore Romano (ed. en español) (27-6-1982).
SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, «*Romana seu Viterbien.* Canonizationis Beati Crispini a Viterbio, Laici Professi O F M Capuccinorum *Super dubio* [13.VII.1979: Card Bafile]» *AAS* 71 (1979) 1622 1624.
«Homilía de Juan Pablo II en la canonización (20 6 1982)» *Selecciones de Franciscanismo* XI (1982) n 32, p 217-220.

MARÍA BERNARDA (VERENA) BÜTLER

Virgen y fundadora († 1924)

De los Alpes al Ecuador.

Ya fue salto. Brutal. Salto geográfico y climatológico, hiriendo sentimientos pues la descomunal distancia y el mar de por medio y la estrenada realidad de otro mundo y otras gentes no constituyen ninguna bagatela. Consiguientemente, un rasgo heroico. Heroicidad fruto de una generosidad que, impensadamente, dio cielos para volar a unas alas misioneras.

Total, que la mujer, en el verano de 1888, plantó sus maduros cuarenta años en tierras centroamericanas. Una presencia ilusionada.

Me estoy refiriendo a María Bernarda, antes Verena. Repetido motivo de alegría y alborozo familiar. Ya el cuarto. Y aún se darían otros tantos: ocho retoños humanos. La fuente de la vida chorreó los que Dios quiso, lejos Enrique y Catalina de poner barreras a la fecundidad matrimonial.

Verena, hija de Enrique y Catalina Bütler, modestos campesinos y buenos católicos practicantes, enmarcará su aparición en el mundo, el 28 de mayo de 1848, y su infancia en Auw. Sí, viene en los mapas: una mordedura negra y su adjunta denominación en el denso y rojo trazado vial de la Suiza alemana, en la geografía helvética posiblemente más lacustre; administrativamente, en el cantón de Argovia.

La nena crecerá en un ambiente que no conoce industrias ni sabe de relojes ni de chocolates. Pero da leche, mucha leche y buena leche. Cumplido el ciclo escolar básico seguirá en el campo, que no le resulta nada extraño.

Familiarmente agradecidas sus tareas domésticas; su solicitud por las vacas, los cerdos y las aves; la labor de sus brazos ordeñando o segando, apilando y guardando hierba para los

crudos y largos meses de invierno. En definitiva, aportando personalmente un puntal a la economía de la casa, necesitada de toda ayuda.

Crece y se hace mujer en el campo, donde es esperada... En la verde y fresca quietud de los prados sombreados por altos picachos nevados, arrullada por la sonoridad de las esquilas, sonó la voz de Dios. Él no tiene miramiento. Llama donde le apetece y, normalmente, le place hacerse presente y hablar a los humildes en escenarios rudimentarios y sencillos.

Con diecisiete años *probó* la vida religiosa en la Congregación de la Santa Cruz de Menzingen (1866) y no le satisfizo. Juzgó que el convento, al menos aquél, no era para ella. Volvió al hogar, recuperando el trabajo, la oración y el apostolado en el mundo rural. Pero Dios, insistente... Decidida, pues, a probar otro molde, y sabiamente guiada por su párroco, Verena solicitó para sus diecinueve ilusionados y generosos años la paz claustral de «María Hilf», éste era el monasterio de las clarisas capuchinas de Altstatten, diócesis de San Gall; una geografía bucólica hecha de colinas con pastos, bosques y prados altos, en las proximidades del lago de Constanza que hermana Suiza, Alemania y Austria.

Es aceptada... y los anales monásticos irán anotando fechas: ingreso, 12 de noviembre de 1867; vestidura del hábito franciscano, 4 de mayo de 1868; profesión religiosa, 4 de octubre de 1869; votos solemnes, 4 de octubre de 1871.

Inteligentísima, de gran vida contemplativa, extraordinariamente modélica, con dotes organizativas y de dirección, es natural que sor María Bernarda —nombre religioso de la campesina de Auw— no tardara en centrar el respeto, la admiración y la estima general. Pronto es nombrada maestra de novicias y, posteriormente, elegida superiora de la comunidad. Nueve años permanece al frente del puñado de religiosas franciscanas, pero viviendo la universalidad de la Iglesia y la inquietud misionera. Viviéndola apasionadamente. Sin embargo, una carta la arrancaría de los claustros de Altstatten, un manuscrito venido inesperadamente de allende los mares.

La disciplina canónica había abierto una rendija en la clausura conventual para *colar* refuerzos humanos en primera línea de

la Iglesia, para sumar ilusión y entusiasmo nuevos en la propagación evangélica.

Los misioneros agradecieron la medida. Y acudían a Europa, golpeando con constantes llamadas de angustia en el corazón de las viejas cristiandades. Nada de simples invitaciones. Eran solicitudes abiertas.

La llamada a las clarisas de Alstätten venía de mons. Pedro Schumacher, obispo paúl, con sede en Portoviejo, en tierras hispanoamericanas de Ecuador. Escribía comentando el abandono humano en que vivían sus diocesanos, la desatención espiritual que les envolvía. ¡Tanta mies y tanta escasez de operarios para cuidarla...! No fue difícil la decisión, pero, naturalmente, tampoco nada fácil encarrilarla y procurarle salida. Hubo que despertar simpatías, lograr adhesiones, ganarse voluntades jerárquicas, romper barreras legales...

Estiró, pues, ofrecimientos. Hubo más voluntarias. Todas admirables. Por ejemplo una tal María Caridad Brader, desde fecha reciente canónicamente honrada con el honor de los altares. Formó equipo. El puñado humano suficiente para la fundación conventual capuchina en el tórrido mapa ecuatoriano.

Superados los múltiples y serios obstáculos, sor María Bernarda y media docena de compañeras, a punto de estallar el verano, el 19 de junio de 1888, contando con el visto bueno pontificio, iniciaban la andadura. En terreno francés, en El Havre, se dieron al mar.

Punto de destino de la singular avanzadilla religiosa femenina era Chone, en la franja costera. Una población de 13.000 vecinos, muy dejados de la mano de los hombres; sobre todo espiritualmente.

Terreno yermo, un campo muy duro para empezar. No lo escogieron. La obediencia las puso allí. Pues ¡a bregar!, con los brazos bien arremangados: se trataba de catequizar, de educar a niños y jóvenes, de animar la liturgia, de visitar y asistir a los enfermos y necesitados.

Arremangadas, afanosas, entusiastas; poniendo la oración, la pobreza, la fidelidad a la Iglesia y el ejercicio de las obras de misericordia en el frontispicio de su actividad misionera. En definitiva, enarbolando amor.

«En el centro de la existencia de María Bernarda —señaló Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación— está el amor [] El amor a Dios y el amor a los hombres, que la llevaba a perdonar siempre, en efecto, *quien recibe el Cuerpo de Cristo no puede despreciar a su hermano* Incluso en la persecución mostró que el camino que supera todos los obstáculos es el amor»

Sí Sería diana de malentendidos eclesiásticos, sufriría deserciones en sus jóvenes filas y conocería mil contrariedades a lo largo de su paciente y sacrificada siembra misionera. Pero Dios bendijo tanta dedicación generosa estrenada como realidad filial del monasterio capuchino de Altstatten.

El grupo religioso fundacional había llegado a Ecuador en un paréntesis de tranquilidad nacional conquistada por Camaño en 1888 y conservada, durante un cuatrienio, por el presidente Antonio Flores. Una paz de agradecer y aprovechar apostólicamente pues el país sudamericano venía sufriendo, desde su independencia, situaciones más que embarazosas y complicadas. Vivió inestabilidad institucional y política, odios y rivalidades entre partidos, amagos revolucionarios, realidades sangrientas.

Agotado el período pacífico, *vuelta a las andadas:* con la administración de Alfaro que, favorecido por la división reinante en las formaciones moderadas ecuatorianas, enarboló la bandera del liberalismo; con las consiguientes innovaciones radicales, valiéndose de medios violentos contrarios a la tradición y a la idiosincrasia nacional. Entre otros excesos despóticos protagonizó la confiscación de bienes eclesiásticos, aunque peor sería la resurrección persecutoria contra la Iglesia y sus ministros. Nuevamente el terrible vendaval de odios sacudiendo la realidad religiosa del país.

De golpe todos los proyectos, todas las iniciativas, todos los entusiasmos de sor María Bernarda... en manos exclusivas de Dios. Que abandonados, no.

Muy adelantado el verano de 1895, ella y otras quince religiosas acompañantes tuvieron que ir con la música a otra parte. Con las alforjas, pues, nuevamente al mar. Embarcaron en el puerto de Bahía y navegaron hacia el norte, sin rumbo apostólico claramente definido. Curiosamente, en el transcurso de la travesía, la brújula concretaría el nuevo norte de sus afanes evangélicos. La brújula, en manos del propio obispo invitante

—mons. Eugenio Biffi— con quien compartían trayecto marítimo, las llevaría el día 2 de agosto a Cartagena de Indias, una de las primeras ciudades colombianas, entre las más ricas monumentalmente y en evocaciones históricas.

Allí había campos también necesitados de brazos. Y era posible el trabajo. Colombia, igualmente convulsionada de resultas de la independencia, tras casi cuarenta años de hostilidades anticatólicas, ya llevaba una época de relación amistosa con la Santa Sede, firmada concordatariamente en 1887.

Muy paternal el prelado. Muy reconocidas las mujeres consagradas, fueron instaladas en un ala del hospital femenino conocido como «Obra Pía». Manos a la obra, estrenando parcela en la viña del Señor.

Las mujeres, generosa y apostólicamente incansables, paliando los sufrimientos particularmente de los pobres, los enfermos y los marginados. Naturalmente limitadas en sus posibilidades, a veces sólo compartiendo, pero la partición de un dolor ya es alivio para quien pierde porción.

Sor María Bernarda, dinámica, valerosa, tesonera; entregada en cuerpo y alma a la evangelización, alumbró iniciativas, ensayó modalidades, acarició proyectos... Sufrió. Sufrió enormemente cuando el obispo Agustín Egger, titular de la diócesis de Saint Gall, obligó a la rotura de amarras entre la comunidad monástica de Altstatten y las religiosas que la habían abandonado para misionar en Hispanoamérica. Pero no retrocedió, pues la marcha atrás —apostólicamente— no es evangélica. Ni se hundió moralmente. Era cuestión de lograr cauces canónicos para la modalidad evangelizadora en la que andaban ilusionadamente metidas tanto ella como sus seguidoras.

A por ellos. Lo consiguió... Habían nacido las Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora, hijas de Colombia, pero de madre helvética. Una realidad femenina más en el nutrido listado eclesiástico de familias religiosas.

Y la fundación le dio brazos. Multiplicó sus posibilidades apostólicas, pues ahora llegaba a lugares geográficos impensables y personalmente no alcanzables. Aún viviría sor María Bernarda para conocer la inicial primavera de vocaciones y la propagación de su obra. Moviéndose de acá para allá. Cambiando

temporalmente de domicilio para convivir con unas y con otras y compartir con todas sus hijas espirituales las inquietudes, los afanes, las actividades. En cualquier lugar y siempre con impresionante ejemplo de sencillez evangélica y de predilecta y caritativa atención a los pobres y enfermos. Oraba, exhortaba, escribía y evangelizaba con asombrosa entrega y admirable generosidad.

Tres estiradas décadas rigió los destinos de la congregación que había engendrado y puesto en el mundo, hasta que, en 1920, con plena lucidez de la limitación de facultades, humildemente, renunció posibilitando otra dirección. Pero, eso sí, siguió ayudando con su ejemplo, sus palabras y sus escritos: casi seis mil páginas que son un tesoro de doctrina y de fecundidad espiritual, y de recuerdos autobiográficos juveniles. Aportando colaboración hasta la muerte.

El 19 de mayo de 1924 moría en las instalaciones hospitalarias de «Obra Pía». Con 76 gastados y arrugados años: 56 de consagración religiosa, enmarcando los 36 de actividad misionera hispanoamericana.

Pasada a mejor vida, fue llorada por todos los pobres de Cartagena y aclamada públicamente como santa Los restos mortales de María Bernarda Butler descansaron largamente en el cementerio de Cartagena. El 16 de marzo de 1954 —tras la conclusión del proceso informativo diocesano para la beatificación— los restos fueron exhumados y solemnemente trasladados a «La Providencia» o nueva sede central de la congregación

Juan Pablo II la elevó al honor de los altares, acompañando a otras dos seguidoras del espíritu y de la doctrina franciscana, el 29 de octubre de 1995.

A la mañana siguiente de la solemne proclamación, el Papa comentó a los peregrinos:

> «Su historia humana y espiritual muestra cuan maravillosas son las obras que el Señor realiza en los corazones sencillos y dóciles a su gracia»

Una maravilla de pureza, de humildad, de heroica pobreza, de amor al trabajo, de fidelidad a la regla, de ardiente devoción

eucarística, de espíritu de oración y de sacrificio que la hace otra Santa Clara. La Santa Clara de los tiempos modernos.

Las hijas de María Bernarda Bütler protagonizan su dedicación apostólica a lo largo y a lo ancho de la geografía colombiana y en Brasil y Austria. Tienen «como tarea esencial —expresión papal en la homilía de la misa de beatificación— el trabajo por la salvación de los hombres y el reconocimiento de su dignidad como hijos de Dios».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 88 (1996) 11 de julio
Art. en G. PELLICIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. I: *Aa-Camaldoli* (Roma 1974).
Bibliotheca sanctorum Appendice prima (1987).
«Biografía de María Bernarda Butler (1848-1924)» *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (27-10-1995).
«Discurso de Juan Pablo II a los peregrinos al dia siguiente de la beatificación (30-10-1995)»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (3-11-1995).
MAYER, B., *Un alma victima. La sierva de Dios María Bernarda Butler* (Cartagena de Indias 1954).

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATA HUMILIANA DE CERCHI
Viuda († 1246)

Esta santa florentina nace el año 1219 en el seno de una acomodada familia, que la educa en los más hondos sentimientos religiosos. Esto hubo de hacerlo una tía, pues su madre falleció cuando Humiliana era muy niña.

A los 16 años contrae matrimonio con un hombre rico, con el que tiene dos hijas, y del que no recibe buen trato y que le prohíbe rigurosamente las obras de caridad a que ella era inclinada. Pero, unida en santa amistad con su cuñada Ravenna, ahorra de lo destinado a sus propios gastos y da ocultamente limosnas a los pobres. Habiendo enfermado el marido, se dedica ella con plena entrega a su cuidado, y su bondad logra que el marido se ablande y muera luego de recibir los santos sacramentos.

No tenía más que veinte años. Deseaba dedicarse por entero a la buena educación de sus hijas, pero la familia de su marido logra que las niñas le sean retiradas. Entonces piensa en un convento. No es recibida. Se decide por vivir en una torre en casa de su padre, dedicada a la oración, la penitencia y las obras de misericordia. Viste el hábito de la Tercera Orden de San Francisco y en la lujosa Florencia ella da un testimonio válido de austeridad y pobreza evangélicas. No tenía más que 27 años cuando, confortada por la asistencia religiosa de los franciscanos, entrega su alma al Señor el 19 de mayo de 1246. Tenida por santa desde el principio, la Santa Sede confirmó su culto el 24 de julio de 1694.

BEATO AGUSTÍN NOVELLI

Presbítero († 1310)

Determinados detalles de su personalidad, como su apellido y su lugar de nacimiento, se han prestado a discusiones. Así, sobre su apellido les parece a algunos que era Spinelli, siendo seguro que el apelativo de Novello o Novellus se le dio para distinguirlo de otros santos anteriores llamados Agustín, mientras otros entienden que el apellido que usaba su padre era de Terano. Respecto a su lugar de nacimiento, el propio Índice de la Congregación de las Causas de los Santos señala Tarano, en Sabina, lugar de identificación no determinada, pero otros dan por seguro que su verdadero pueblo natal fue Taormina, de la que su padre fue gobernador.

La historia que se cuenta de él es que optó por la vida religiosa luego de haber llevado vida seglar en la política y en las armas. En efecto, Mateo, que tal era su nombre de pila, estudió derecho en Bolonia y, terminados los estudios, regresó a Sicilia. Por su buena fama como jurista obtuvo una plaza como prefecto de la curia real de Manfredo, y cuando este monarca hubo de hacer frente a las pretensiones de Carlos de Anjou, se alistó en su ejército y participó en la batalla de Benevento (1266), en la que el rey Manfredo perdió la vida. Mateo fue herido y dejado por muerto en el campo de batalla. Vuelto en sí, ofreció entrar en la vida religiosa si sanaba, y logrado esto, oculto su identidad

y pidió el hábito en los Ermitaños de San Agustín, tomando el nombre de fray Agustín. Y a poco decidió dejar Sicilia e irse a un eremitorio agustino de las cercanías de Siena, pasando más tarde al de Rosia. Pero, siéndole negados algunos derechos a este eremitorio por un jurista boloñés, Agustín salió en su defensa y entonces este jurista, antiguo condiscípulo suyo, lo reconoció y dijo en la Orden quién se escondía bajo el nombre de Agustín.

Llamado a Roma por el general de la Orden, el Beato Clemente de Ósimo, Agustín hubo de poner su ciencia al servicio de la revisión de las constituciones de la Orden y asimismo recibir el sacerdocio, nombrándolo el papa Nicolás IV su confesor y al mismo tiempo penitenciario apostólico, cargo que desempeña más de diez años. Como se mostró siempre digno de la confianza puesta en él por la Orden y por el Papa, su crédito entre sus hermanos religiosos fue máximo y esto explica que en el capítulo general de Milán del año 1298 fuera elegido general de la Orden.

Confirmado en el cargo por el papa Bonifacio VIII y buen conocedor de las necesidades de su Orden, la gobernó con prudencia y sabiduría, reorganizando en cuatro provincias la para entonces muy crecida provincia de Alemania. Pero sintió más fuerte que nunca entonces la llamada al retiro y la contemplación, y por ello reunió un capítulo general en Nápoles el año 1300 en el que presentó la renuncia al generalato. No querían de ningún modo los religiosos aceptársela y porfiaron con él largamente, negándose a elegir sucesor. Pero Agustín ganó el pulso y pudo retirarse al eremitorio de San Leonardo del Lago, junto a Siena, pese a las llamadas de Bonifacio VIII a que se fuese con él a Roma. En este retiro pudo pasar la última década de su vida, entregado a la meditación, la penitencia y la humildad. Su muerte fue el 19 de mayo del año 1309 o 1310, que también este punto se discute entre sus biógrafos. Tenido por santo desde su tránsito al Padre, la Santa Sede confirmó el culto que se le venía dando el 11 de julio de 1759.

BEATO JUAN DE SANTO DOMINGO MARTÍNEZ

Presbítero y mártir († 1619)

Juan Martínez Cid nació en Manzanal de los Infantes, en la diócesis de Astorga, hacia el año 1570. Estaba estudiando en la Universidad de Salamanca cuando sintió la llamada a la vida religiosa e ingresó en 1593 en el Convento de San Esteban, de la Orden de Predicadores, profesando al año siguiente con el nombre de fray Juan de Santo Domingo.

Hechos los estudios de teología y ordenado sacerdote, se ofreció para las misiones de Asia, siendo destinado a las Islas Filipinas, a las que llegó en 1601. Su primer campo de trabajo apostólico fue Bataan, donde se hablaban varias lenguas que procuró aprender enseguida para poder evangelizar en el idioma de sus oyentes.

Pasados unos años fue destinado a Pangasinan, cuya lengua igualmente aprendió, desarrollando un amplio apostolado que obtuvo grandes frutos, convirtiendo a los paganos, atrayendo a los bautizados a vida cristiana fervorosa y suscitando vocaciones religiosas entre los convertidos. Como él mismo dice en su correspondencia, su trabajo era muy esforzado, no reparando «en soles ni tempestades ni serenos de día y noche» para el ejercicio de su misión apostólica.

En esta fructuosa labor se ocupaba cuando en 1618 decidió la Orden abrir una misión en Corea y, siendo conocida la habilidad de fray Juan para aprender lenguas, le propusieron la encabezara él. Aceptó con gran entrega, y el 13 de junio de 1618, al no encontrar una nave que zarpara directamente para Corea, zarpó con otros dos compañeros hacia Nagasaki, desde donde —se le dijo— podría partir para Corea. Pero al llegar aquí hallaron tantos obstáculos que hubo de desistir del viaje Sus dos compañeros volvieron a Filipinas, pero fray Juan, sabiendo que en Japón había falta de misioneros a causa de la fuerte persecución que se llevaba adelante contra el cristianismo, decidió quedarse y ponerse ante todo a aprender la lengua japonesa. En esta ocupación estaba, de forma discreta y oculta, cuando fue sin embargo descubierto y arrestado el 13 de noviembre de 1618 y con el Beato Angel Orsuchi llevado ante el gobernador. Éste les echó en cara haber entrado en el país contra la volun-

tad del emperador. Los misioneros contestaron que su misión no era otra que predicar el evangelio por orden de Dios. Ante esta contestación, el gobernador mandó que ambos religiosos fuesen llevados a la cárcel de Omura, conocida por sus terribles condiciones de vida. Mientras iban a la cárcel, los cristianos los saludaron por las calles y al llegar a la prisión fueron recibidos con señales de fraternidad por los que estaban ya allí detenidos a causa de la fe.

Solamente unos meses resistió el organismo de fray Juan las durísimas condiciones de la cárcel. Enfermó y, falto de medicinas, teniendo que estar tendido sobre el suelo, sin apenas alimentos y carente de todo humano auxilio, salvo el amor de sus compañeros que lo velaban, murió de agotamiento el 19 de mayo de 1619. Su cuerpo fue primero echado en una hoguera que apenas lo daño, siendo entonces destrozado y arrojados sus restos al mar. Fue beatificado el 7 de julio de 1867.

BEATO PEDRO WRIGHT

Presbítero y mártir (1651)

Nació en Slipton, en el Northamptonshire, Inglaterra, el año 1603 en el seno de una familia católica. Llegado a la juventud, se colocó como escribiente en el bufete de un abogado de su pueblo y el continuo contacto con protestantes le hizo perder el aprecio por la fe católica en que había sido educado, llegando a hacerse formalmente protestante.

Cuando llevaba ya diez años en este oficio, decidió enrolarse en el ejército inglés y fue destinado a Holanda. Pero la experiencia militar le resultó negativa y por ello desertó y se refugió en el Brabante. Acogido en el Colegio inglés de Lieja, decidió volver a la Iglesia Católica y marchó seguidamente a Gante a estudiar con los jesuitas. Aquí, al cabo de dos años, vio clara su vocación a la Compañía de Jesús y obtuvo el ingreso en 1629 en el noviciado de Watten. Hecha la profesión religiosa y los estudios y cumplidas las etapas propias de su Orden, fue ordenado sacerdote.

Él hubiera querido marchar enseguida a la misión inglesa, pero los superiores consideraron mejor destinarlo primero a va-

ríos encargos en Lieja y en Saint-Omer y finalmente atender como capellán a las tropas de ingleses que había en Flandes. Estas tropas estaban bajo el mando del coronel sir Henry Gage, cuya confianza y estima se ganó, volviendo con él y las tropas a Inglaterra en 1644. Pero el 13 de enero de 1645 sir Henry caía en el asedio de Abington. Pasó entonces como capellán al servicio del marqués Winchester en su palacio de Londres, el cual lo conocía porque Pedro estuvo presente en la reconquista de su castillo de Basing House, ocupado hasta entonces por tropas del Parlamento.

Aunque pasaron varios años antes de que fueran a por él, finalmente el día 2 de febrero de 1651 fue arrestado y llevado a la cárcel de Newgate. Todos los esfuerzos que se hicieron fueron inútiles para obtener su libertad. Se le achacó haber violado el estatuto 27 de Isabel por haber sido ordenado sacerdote en el extranjero y vuelto luego a Inglaterra. Su condición de sacerdote fue atestiguada en el juicio, que tuvo lugar en Old Bailey, por un hermano menor de sir Henry Gage que había apostatado del catolicismo. Y por ello fue condenado a muerte como reo de alta traición.

Más de veinte mil personas se reunieron en las calles y en la plaza londinense de Tyburn para ver pasar o asistir a la ejecución del jesuita, cuyo juicio se había hecho famoso en la opinión pública. Se le hizo gracia de no ser descuartizado aún vivo, y por ello el 19 de mayo de 1651 en dicha plaza se le ahorcó hasta que murió y su cadáver fue luego descuartizado. Sus restos pudieron ser rescatados y enviados al Colegio inglés de Lieja. Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATO JUAN BAUTISTA LOIR

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Luis Javier Loir nació el 11 de marzo de 1720 en Saint-Pierre de Besançon, hijo del director y tesorero de la Moneda. Llegado a la juventud siguió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, donde hizo la profesión religiosa con el nombre de fray Juan Bautista y hechos los pertinentes estudios se ordenó de sacerdote.

En sus largos años de vida religiosa nunca aceptó ningún cargo de prelacía, alegando que se había hecho religioso para obedecer y no para mandar. Estaba destinado en el convento capuchino de Petit-Forez en Lyón, y era un asiduo confesor y acreditado director de conciencias. Era muy dado a tratar y beneficiar a los pobres. Sus modales amables y finos le atraían el amor de todos. Llegada la hora de la persecución religiosa desatada por la Revolución, se negó a jurar la constitución civil del clero (12 de julio de 1790), condenada por el Papa. Suprimidas las órdenes religiosas, se retiró al Bourbonnais, refugiándose en casa de sus hermanas, despertando allí la misma admiracion que tenía en su convento, y esto le valió que, tras negarse a prestar el juramento de libertad-igualdad, se le arrestara en 1793 en Moulins, departamento de L'Allier, y se le aplicara (31 de marzo de 1794) el decreto de deportación contra todos los renuentes, motivo por el cual fue llevado a Rochefort, en cuya playa estuvieron varios barcos destinados a llevar a los sacerdotes a las posesiones francesas de ultramar pero que no partieron nunca. Aquí las miserias y enfermedades de los abandonados a su propia suerte fueron diezmando a los sacerdotes y religiosos. Nuestro mártir, que aún no parecía estar enfermo, fue hallado de rodillas y muerto el 19 de mayo de 1794, siendo beatificado el 1 de octubre de 1995.

BEATO JOSÉ CZEMPIEL

Presbítero y mártir († 1942)

Hijo de una familia de mineros, nace en Piekary, Polonia, el 21 de septiembre de 1883. Ya con el bachillerato hecho, ingresa en el seminario de Breslau y se licencia en teología en la Universidad de dicha población. Se ordena sacerdote el 22 de junio de 1908. Se le destina a varias parroquias como vicepárroco hasta que es nombrado párroco de Chorzow Batory en 1923.

Sacerdote celoso y entregado a su labor ministerial, aborda también con varias iniciativas algunos problemas sociales de su tiempo, como el paro y el alcoholismo en el mundo de los trabajadores.

Invadida Polonia por los alemanes, permaneció en su puesto hasta que el 13 de abril de 1940 es arrestado y enviado al campo de concentración de Gusen, del que pasaría más tarde al de Dachau. Aquí pasó por muchos trabajos y miserias que minaron su salud y por ello fue declarado «inválido» y eliminado en las cámaras de gas el 19 de mayo de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

20 de mayo

A) Martirologio

1. En Áquila, de los Abruzos, San Bernardino de Siena († 1444), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **
2. La conmemoración de Santa Lidia de Tiatira, primera conversa de Filipos por la predicación de San Pablo.
3. En Ostia Tiberina, Santa Áurea, mártir (fecha desconocida).
4. En Nimes (Galia Narbonense), San Baudilio, mártir (fecha desconocida).
5. En Egea (Cilicia), San Talaleo (s. III), mártir.
6. En Cagliari (Cerdeña), San Lucífer († 370), obispo *.
7. En Toulouse (Galia Narbonense), San Hilario († 400), obispo.
8. En Bourges (Aquitania), San Austregisilo († 624), obispo *.
9. En Brescia (Lombardía), San Anastasio (s. VII), obispo.
10. En Pavía (Lombardía), San Teodoro († 785), obispo.
11. En Castagneto (Toscana), Beato Guido de la Gherardesca († 1134), ermitaño
12. En Perugia (Umbría), Beata Columba de Rieti († 1501), virgen.
13. En Seúl (Corea), San Protasio Chong Kuk-kó († 1839), mártir *
14. En Botticino Sera, junto a Brescia (Italia), Beato Arcangel Tadini († 1912), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas Operarias de la Casa de Nazaret **.

B) Biografías extensas

SAN BERNARDINO DE SIENA
Presbítero († 1444)

San Bernardino de Siena fue uno de aquellos predicadores de penitencia que en el siglo XV recorrieron gran parte de Italia

y contribuyeron eficazmente a la reforma y mejoramiento de las costumbres. Su celo ardiente y apostólico y su oratoria popular y apasionada han quedado como ejemplos vivientes del celo y de la predicación evangélica y aun del estilo de aquellos predicadores del siglo XV, San Vicente Ferrer, San Juan de Capistrano y otros.

Nacido en 1380 en Massa, cerca de Siena, de la noble familia de los Albiceschi, recibió Bernardino en Siena una educación completa en las ciencias eclesiásticas. En 1402 vistió el hábito de San Francisco, en 1404 recibió la ordenación sacerdotal y un año después fue destinado a la predicación.

Pero transcurren unos doce años, y ni su voz ni sus cualidades oratorias le ayudaban a desempeñar con éxito este importante ministerio. Mas como, por otra parte, se distinguía por sus eximias virtudes religiosas, aparece el año 1417 como guardián en el convento franciscano de Fiésole. Entonces, pues, de una manera inesperada, que tiene todos los visos de sobrenatural, se refiere que recibió la orden divina, transmitida por un novicio: «Hermano Bernardino, ve a predicar a Lombardía».

El hecho es que, desde 1418, aparece San Bernardino en Milán y comienza aquella carrera de grandes misiones o predicaciones populares, cuya característica era un intenso amor a Jesucristo, que llegaba al interior de sus oyentes y arrancaba lágrimas de penitencia. Este amor a Jesucristo lo sintetizaba en el anagrama del nombre de Jesús, tal como, precisamente desde entonces, se ha ido popularizando cada vez más: J H S. Llevábalo a guisa de banderín y procuraba fuera grabado en todas las formas posibles, en estampas de propaganda, en grandes carteles y, sobre todo, en los testeros de las iglesias, casas consistoriales y domicilios particulares de las poblaciones donde misionaba. Aquello debía servirles de recuerdo perenne de las verdades predicadas y de las decisiones tomadas. De ello pueden verse, aun en nuestros días, multitud de ejemplos en los territorios donde él predicó.

Efectivamente en 1418 predica la Cuaresma en la iglesia principal de Milán, donde el último de los Visconti daba el triste ejemplo de una vida entregada a todos los vicios. Bernardino se revela un orador popular de cualidades extraordinarias. El pue-

blo se siente transformado por el fuego de su predicación. Vuelve al año siguiente y se repiten los mismos resultados de grandes conversiones y reforma de costumbres. De 1419 a 1423 recorre las poblaciones de Bérgamo, Como, Plasencia, Brescia. Unas veces predica en la misa, otras durante el día, unas veces organiza una misión, otras es un sermón de circunstancias; pero el resultado es siempre la transformación de las costumbres y reforma de vida. En 1423 desarrolla su actividad reformadora en Mantua, y por vez primera aparece allí su fuerza taumatúrgica. Según los relatos contemporáneos, al negarse el barquero a conducirle al otro lado del lago, lo atraviesa sobre su manteo, y a nadie sorprende tan estupendo milagro, pues todos son testigos de su ascetismo extraordinario y del abrasado amor de Dios que respira en su predicación.

Pero el fruto de su apostolado no se limita a la transformación de costumbres y reforma de vastos territorios. En Venecia, donde predica en 1422, obtiene la fundación de una cartuja y de un hospital para infecciosos. Predica de nuevo en Verona en 1423, y de nuevo nos relatan los cronistas del tiempo un milagro estupendo obrado por él, cuando hace retornar a la vida a un hombre muerto en un accidente. La fama de su santidad y de la fuerza arrebatadora de su predicación toma proporciones nunca oídas. A partir del año 1424 llega a su apogeo. Ya no bastan las mayores iglesias para contener las grandes masas, ansiosas de escuchar la palabra ardiente de un santo. En Vicenza habla en la plaza pública a una multitud de veinte mil personas. En Venecia desarrolla en 1424 una actividad extraordinaria y acude la población entera a las plazas públicas para escucharle. Los grandes carteles en que ostenta el anagrama de Jesús, producen un efecto admirable. De allí pasa a Ferrara, donde consigue tocar el corazón de sus habitantes, que renuncian en masa al lujo y a las diversiones pecaminosas.

Parece imposible que su naturaleza débil y enfermiza pueda resistir un trabajo tan agotador, sobre todo si se tiene presente que lo acompaña con una vida extremadamente austera. Su aspecto exterior, tal como nos lo transmitieron los más afamados pintores del cuatrocientos, es el prototipo del ascetismo más exagerado, que contribuye eficazmente a la eficacia de su

obra apostólica. Predica la Cuaresma en Bolonia, que se hallaba en rebelión contra el romano pontífice Martín V (1417-1431). Introduce un nuevo juego, haciendo pintar el nombre de Jesús en las cartas que se emplean. El pueblo y el mercader que se compromete en esta empresa la miran con recelo, pero, al fin, terminan todos por entusiasmarse con el invento, que trae consigo una transformación completa de la ciudad. Siguiendo la llamada de los florentinos, predica en Florencia durante el verano de 1424, y esta ciudad, prototipo de la elegancia y del lujo más exagerados, termina la misión organizando grandes hogueras, a las que las damas de la más elegante sociedad arrojan los objetos más preciados de sus vanidades. Mas aún. Como recuerdo de tan importantes acontecimientos se hace pintar el anagrama de Jesús y se coloca en la fachada de la Iglesia de la Santa Cruz.

En medio de esta carrera de predicación en grande estilo de San Bernardino no podía faltar su turno a su ciudad natal, Siena. En efecto, después de predicar la Cuaresma en Prato, en 1425, llega a Siena a fines de abril, y allí derrocha tesoros de su más ardiente palabra apostólica durante cincuenta días. Entre sus oyentes se encuentra el gran humanista Eneas Silvio Piccolomini, el futuro papa Pío II (1458-1464). La ciudad en peso decide esculpir el anagrama de Jesús en el testero del *Palazzo publico*. En Asís, en Perusa, en otras poblaciones renueva todas las maravillas de su predicación. En 1427 se hallaba en Viterbo, donde predica la Cuaresma y ataca duramente la usura, una de las plagas del tiempo.

Esta campaña de 1418-1427, extraordinariamente fecunda en frutos de conversiones, renovación de costumbres y reforma fundamental de vida, constituye la primera etapa de la gran obra reformadora realizada por San Bernardino de Siena. Ahora bien, para conocer las características de la predicación de este gran orador cristiano debemos poner a la cabeza de todas su eminente santidad y austeridad de vida, que fascinaba a las multitudes y arrastraba con la fuerza irresistible del ejemplo. Mas, por lo que se refiere a la estructura literaria de sus sermones, no podemos tomar como ejemplos los esquemas latinos que se nos han conservado y podemos leer en sus obras, por ejemplo, en la edición crítica de las mismas, que se ha publicado en nues-

tros días. Porque su palabra viva y ardiente era completamente diversa de estos esbozos eruditos, a manera de tratados teológicos.

De la verdadera elocuencia de su lenguaje popular y vivo nos dan una idea aproximada los *Sermones vulgares,* que uno de sus oyentes copió en su predicación de Siena en 1427 y han sido recientemente publicados. Aquí es todo vida, naturalidad, comunicación íntima con el auditorio. El orador, sin perder de vista el objeto primordial de su discurso, sigue la inspiración del momento, repite las cosas más difíciles, mezcla su discurso con frecuentes diálogos con el auditorio, prorrumpe en ardientes exclamaciones y apóstrofes, lo empapa todo con un espíritu sobrenatural y divino, que lleva la convicción a las almas y arranca de sus oyentes lágrimas de compunción y propósitos de reforma.

Es admirable la maestría de esta oratoria, eminentemente popular y profundamente teológica y cristiana. Conserva siempre la dignidad de la cátedra apostólica; adáptase, en cuanto le es posible, a los oyentes que le escuchan y a las circunstancias del tiempo; fustiga las divisiones de partidos y los vicios más típicos de la época, sobre todo la usura, la sensualidad, el despilfarro, la vanidad, el espíritu pendenciero; pero siempre en una forma tan digna y elevada que aparecen su espíritu verdaderamente apostólico y las entrañas de misericordia de Dios, siempre dispuesto a acoger en sus brazos a los que de veras se arrepienten de sus vicios y pecados. En particular se observa que, a diferencia de Jerónimo Savonarola, se mantiene siempre alejado de los partidos y de toda significación política, y nunca se expresa de un modo desconsiderado contra ninguna clase de autoridades, eclesiásticas y aun civiles.

Esto no obstante, el año 1427, cuando predicaba la Cuaresma en Viterbo, fue citado y tuvo que presentarse en Roma ante el papa Martín V. Habíase elevado una acusación contra él por la novedad que ofrecía su predicación sobre el nombre de Jesús y la propaganda que hacía de las estampas, tabletas e inscripciones de su anagrama. Al llegar a Roma se le prohibió subir al púlpito y fue obligado a mantenerse recluido hasta que se examinara y decidiera su causa. El santo, lleno de la más humilde

resignación y con la confianza puesta en Dios, obedeció sin ninguna especie de resistencia. Pero entonces mismo llegó su inseparable amigo y discípulo, predilecto, San Juan de Capistrano, quien supo exponer su causa en tal forma que el Papa se convenció de que la devoción del anagrama de Jesús no ofrecía ninguna dificultad teológica y, por el contrario, podía ser un resorte eficaz para fomentar la devoción del pueblo. La respuesta a los acusadores se dio públicamente, permitiendo el Papa que San Bernardino predicara en Roma durante ochenta días, en los que dirigió al pueblo romano ciento catorce sermones.

Puesta así de relieve la santidad, y habiendo aumentado extraordinariamente la popularidad y reputación de su compaisano, los sieneses suplicaron al Papa que nombrara obispo de Siena a San Bernardino. El Papa accedió a tan justificados ruegos, pero el Santo se resistió. En cambio, entonces precisamente dio él comienzo a la segunda etapa de su vida apostólica. Desde agosto del mismo año 1427 desarrolla una intensa campaña en Siena, desgarrada entonces por las más encarnizadas divisiones. Los cuarenta y cinco sermones que entonces predicó, tomados literalmente por un copista y publicados en nuestros días, son la más clara prueba de la elocuencia popular, fuerza persuasiva y unción religiosa y aun mística de su predicación.

Luego siguió un amplio recorrido por la Toscana, Lombardía, Romaña, Marca de Ancona. La madurez de su criterio y experiencia, la eximia santidad de su vida y la aureola de reputación que lo acompañaba, todas estas circunstancias juntas producían un efecto sin precedentes. Nada se resiste a su arrolladora elocuencia. Así, con su palabra de fuego, consigue fácilmente detener a los sieneses en su ya iniciada guerra contra Florencia. Precisamente en esta ocasión el emperador Segismundo se encuentra en Siena y traba con él la más íntima amistad, y en abril de 1433 le lleva consigo a Roma.

Desde 1433 se inicia la última etapa de la vida de San Bernardino. Retirado al convento de Capriola, se dedica tres años al trabajo de redacción de sus obras.

En 1436 dedícase de nuevo dos años a la predicación. En 1438 es nombrado vicario general de los conventos de la observancia, y en inteligencia con Eugenio IV (1431-1447), que tan

decididamente la favorecía, trabaja desde entonces en fomentarla por todas partes. Es significativa, en este sentido, la carta dirigida el 31 de julio de 1440 a todos sus súbditos. Con la anuencia de Eugenio IV toma como ayudante en esta obra de reforma regular a San Juan de Capistrano, su más insigne discípulo, émulo de su elocuencia popular y de la eximia santidad de su vida. En esta forma visita las provincias de Génova, Milán y Bolonia. Es un nuevo campo, donde realiza una labor sumamente provechosa.

Finalmente, en 1442, admite el Papa su renuncia a este cargo. Parece que podía entonces dedicarse al descanso. Pero su espíritu apostólico no se lo permite. Agotado por las fatigas de tantos años de predicación y por una vida de continuas austeridades y la observancia más estricta de la disciplina religiosa, siente reanimarse su espíritu entregándose de nuevo a la predicación. Así lo vemos en Milán, en el otoño de 1442, donde combate la herejía de un tal Amadeo; predica en Padua en 1443 una serie de sesenta sermones, que, copiados literalmente por uno de sus oyentes, constituyen una de las mejores joyas de la elocuencia sagrada; tiene que negarse a predicar en Ferrara, y aparece luego en Vicenza. A principios de 1444 tiene un breve descanso en su querido convento de Capriola, donde acaba de revisar algunas de sus obras, en particular sus *Discursos sobre las Bienaventuranzas.* Al exponer el *Bienaventurados los que lloran* da suelta a su tierno corazón por la honda pena que acababa de experimentar por la muerte del hermano Vicente, compañero suyo inseparable durante veintidós años.

> «Debil de cuerpo —exclama—, con frecuencia yo he estado enfermo Entonces el me sostenia, el me conducia Si mi cuerpo se sentia débil, el me alentaba Si me sentia decaido o negligente en el servicio de Dios, el me excitaba Yo era imprevisor, olvidadizo, pero el velaba por mi ¿Como me has sido arrebatado, oh Vicente? ¿Como me has sido arrancado, tu que eras como una misma cosa conmigo, tu que eras tan conforme a mi corazon?»

Tal es San Bernardino al final de su vida: el gran predicador popular, que ha transformado con su palabra y ejemplo comarcas enteras de Italia; el gran propagador de la devoción del nombre de Jesús, a la que dedicó escritos maravillosos, el gran entusiasta de la devoción a María; el gran reformador y defen-

sor de la observancia; el enamorado de Cristo al estilo de su padre, San Francisco de Asís. Es un sol que se halla en su ocaso. Todavía quiere predicar a Cristo. Sacando fuerzas de flaqueza, se decide a ir a predicar a Nápoles. En el camino predica en varios lugares; obra varios milagros; se detiene en Asís, en Santa María de los Ángeles; pero, llegado a Áquila, rendido al cansancio, muere el 20 de mayo, víspera de la Ascensión. Seis años después, el 24 de mayo de 1450, el papa Nicolás V (1447-1455), cediendo a los clamores del pueblo cristiano, le eleva al honor de los altares.

San Bernardino de Siena es, indudablemente, uno de los más grandes santos del siglo XV, uno de los mejores modelos de la predicación popular cristiana, uno de los más preciosos ejemplos de aquel puro y encendido amor de Cristo, tan característico de su padre San Francisco de Asís y del espíritu franciscano de todos los tiempos.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 20 de mayo· abundantes biografías latinas antiguas.

Art en *Analecta Bollandiana* 71 (1953) 282s.

Art en A VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de theologie catholique.* II/I· *Baader-Buzetti* (París ^{3}1923)

BERNARDINO DI SIENA, *Sancti Bernardini Senensis ordinis fratrum minorum Opera omnia* (Quaracchi 1950-1956), 5 vols.

DINELLI, L., *S. Bernardino da Siena e il suo tempo. Brevi cenni storici, con due documenti inediti, pubblicati nel V centenario della predicazione del santo in Camaiore* (Lucca 1910)

FACCHINETTI, V, OFM, *S. Bernardino da Siena mistico sole del secolo XV* (Milán 1933).

FERRERS HOWELL, A. G., *S. Bernardino of Siena;* con un capítulo sobre *S. Bernardino in art* por J. CARTWRIGHT (Mrs. Ady) (Londres 1913)

HEFELE, C.-J., *Der hl. Bernardin von Siena und die franziskanische Wanderpredigt in Italien wahrend des XV. jahrhunderts* (Friburgo 1912)

THURLAU-DANGIN, P., *Un predicateur populaire dans l'Italie de la renaissance, saint Bernardin de Sienne, 1380-1444* (París 1896).

• Actualización·

BARGELLINI, P., *S. Bernardino da Siena* (Brescia ^{6}1980)

DIANIN, G. M., *San Bernardino da Siena a Verona e nel Veneto* (Verona 1981)

DONATELLI, A., *San Bernardino da Siena* (Siena 1980)

MIATTINI, U. (ed.), *Bernardino da Siena. Essempli grossi e palpabili* (Roma 1980)

ZINZO, S. F. DI - SIGGILLINO, I. - CALENDA, F., *L'umanesimo cristiano di Bernardino da Siena* (Nápoles 1986)

BEATO ARCÁNGELO TADINI

Presbítero y fundador († 1912)

Nació en Verolanuova, de la diócesis de Brescia, en Italia, el 12 de octubre de 1846.

Su padre, Pedro Tadini, enviudó, quedando con siete hijos pequeños. Contrajo segundas nupcias con Antonia Gadola, de la que nació nuestro beato. Fue bautizado a los pocos días de su nacimiento.

Educado cristianamente en la familia, a los 10 años fue a estudiar a Lovere (Bérgamo) y pasó aquellos años de sus estudios con gran aprovechamiento. Su padre deseaba que se hiciese abogado, pero Arcángelo, sintiéndose llamado al sacerdocio, entró en el Seminario de Brescia en 1865.

De salud frágil, pudo, no obstante, seguir la carrera eclesiástica con toda diligencia y voluntad. Se ordenó sacerdote el 19 de junio de 1870 en Trento. Para reponer sus fuerzas quebrantadas tuvo que pasar un año en el seno de la familia, ayudando en la parroquia en lo que hiciera falta; así ofreció las primicias de su sacerdocio a su parroquia de nacimiento. Se entregó sobre todo al estudio y a la oración. Solía decir que la oración era la fuerza del hombre y la piedad contemplativa el ojo derecho del presbítero y el izquierdo era el estudio.

Trabajó como vicario cooperador en Lodrino (1871-1873), de donde pasó a la Noce, un suburbio de Brescia, donde permaneció doce años (1873-1885) ocupándose del santuario de Santa María. Aquí amplió y embelleció la iglesia y con su apostolado se ganó la voluntad de los feligreses. En 1885 le enviaron a Botticino Sera, donde permanecerá hasta el fin de sus días. Al comienzo de su estancia en Botticino tenía que ayudar al párroco enfermo, al que sucedería en la administración de la parroquia y como párroco-arcipreste en 1887. Hasta su muerte empleó sus energías por esta comunidad parroquial, a la que fue transformando espiritualmente.

Predicador infatigable y eficaz de la palabra de Dios, trató de difundir el conocimiento y el amor de Cristo el Señor, empeñándose también en extirpar los vicios y el desorden moral. Solía decir:

«Soy un pobre enviado, toda mi ciencia es la cruz, toda mi fuerza la estola»

Junto con la catequesis cuidó la vida litúrgica y sacramental de toda clase de personas: niños, jóvenes, adultos. Se le buscaba también como confesor, a pesar de su temperamento austero y taciturno.

Fundó un oratorio parroquial para los niños y para las niñas, promovió la asociación de Hijas de María y el Instituto de las Hijas de Santa Ángela Merici, que estaba conociendo en aquellos años una gran renovación.

Confiaba mucho en la misión educadora de los padres de familia.

«El padre, decía, prepara el futuro de los hijos y los hijos, a su vez, preparan el camino a los que han de venir La sociedad pende y depende, sin mas, de los padres y las madres El presente contiene en sí el futuro»

Favoreció también a la Orden Tercera de San Francisco.

En medio de todas estas actividades estaba muy atento a los signos más especiales de los tiempos, en especial a las necesidades del mundo obrero.

«Hombre de grandes capacidades, versatil, interesado en los problemas sociales, construyo una hilanderia para dar trabajo a las jovenes de la zona y de los pueblos cercanos»

Así no tendrían que abandonar su lugar de origen y correr tantos peligros de tipo moral y humano. Para que las que no eran del lugar no tuvieran que ir yendo y viniendo fundó un convictorio obrero, que se regiría por un reglamento preparado por él Pensó pronto que necesitaría una comunidad de religiosas para atender a la hilandería y al convictorio. Después de muchos trámites y mucho diálogo infructuoso con diversas congregaciones religiosas, se acogió al consejo que le dio un jesuita de Brescia, P. Maffeo Franzini (1857-1928): fundar una congregación de Hermanas Operarias. La novedad de la congregación estaba en que don Tadini quiso que sus religiosas, por institución, trabajasen, en cuanto fuera posible, en las fábricas, con regulares contratos de trabajo. La fórmula vocacional era novedosa y no le faltaron dificultades y contradicciones por parte de quienes pensaban que no era conveniente que las religiosas tra-

bajasen como obreras en las fábricas, mezcladas con hombres y mujeres. Las contradicciones fueron muchas y fuertes y, como escribió el mismo Tadini, fueron «de todo género, de toda clase y calibre, vinieron de todas partes, de los que nos las esperábamos, y de los que no nos las esperábamos». Así son las obras de Dios.

En 1910 fue enviado un visitador apostolico con la intención de fusionar el nuevo instituto con las Esclavas de la Caridad de Brescia. Pero la muerte del fundador en 1912 detuvo los pasos que se estaban dando en esa dirección.

La congregación se fue afianzando, pero solo en 1931, ya muerto el fundador, el obispo de Brescia emitió el decreto de erección canónica diocesana, el *Decretum laudis* pontificio, les llegó en 1953.

El nombre oficial es Congregación de las Hermanas Operarias de la Casa de Nazaret. Con esta referencia explícita a Nazaret quería el fundador que sus religiosas se empeñasen en imitar las virtudes de la Sagrada Familia y

> «se hicieran obreras entre las obreras, expandiendo en el campo del trabajo la luz del evangelio y el buen olor de Cristo Vuestro fin, les decia en 1910, es "que entreis en las fabricas y oficinas e industrias no solo para observar o inspeccionar y dirigir cuanto para trabajar con las mujeres obreras, hechas vosotras mismas obreras como ellas"»

De su caridad pastoral quedan espléndidos testimonios. Era el paño de lágrimas de pobres, enfermos, de familias en dificultades económicas y morales, de inmigrantes. Sus religiosas, los sacerdotes, los superiores eclesiásticos, todos en absoluto pudieron pulsar la bondad del corazón de don Arcángelo.

Su apostolado intenso se alimentaba de su gran amor a Dios, de su devoción eucarística, de su vida de oración, de su amor ardiente al Corazón de Jesús y a la Virgen María. Hombre de Dios, se mostró intrépido en llevar adelante la hilandería y la Congregación de las Hermanas Operarias, y otras obras para el bien del pueblo entero.

Hombre de fe, caminó en la presencia de Dios desde su infancia hasta el ocaso de su vida. El domingo de Ramos de 1912, en la homilía que tenía al pueblo, dirigiéndose al Crucifijo y profetizando su muerte cercana, dijo:

> «¡Oh Cruz santa, que acaso no podre abrazar ni besar en mi ultima hora, te pido ahora ya perdon de todos mis pecados, te estrecho contra mi pecho, porque no podre apretarte en la hora de mi muerte!»

Dos meses después, moría el 20 de mayo, con gran fama de santidad.

Introducidos y concluidos los procesos ordinarios informativos (1960-1963), y seguidos los demás trámites ordinarios, en diciembre de 1998 el santo padre Juan Pablo II declaró solemnemente que

> «consta de las virtudes teologales fe, esperanza y caridad hacia Dios y hacia el projimo, y de las cardinales prudencia, justicia, templanza y fortaleza y de sus anejas, que fueron practicadas en grado heroico por el Siervo de Dios Arcangelo Tadini, sacerdote de la diocesis de Brescia y parroco, fundador de la Congregacion de las Hermanas Operarias de la Casa de Nazaret»

La ejemplaridad que emana de todas estas virtudes así vividas, alcanza particularmente a quienes tienen que vivir las exigencias de la vida parroquial, con todos los cuidados y sacrificios que requiere el ministerio sacerdotal. En su vida se dio lo que el Concilio Vaticano II dice: «La santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio» (PO 12).

Ejemplar también para los institutos de vida religiosa, muy particularmente para su congregación, por la que tanto trabajó y por la que tanto tuvo que sufrir. No en vano es su fundador y padre. La casa generalicia del Instituto se encuentra en Via Benacense, 35 (Brescia).

Fue beatificado por Juan Pablo II el 3 de octubre de 1999

JOSE VICENTE RODRIGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decretum super virtutibus (21 12 1998)» *AAS* 91 (1999) 710 714 Nos hemos servido especialmente de esta fuente mas oficial

FOSSATI, L , *Don Arcangelo Tadini e la sua opera sociale* (Brescia 1977) (con bibliografia y documentacion)

ROCCA, G , «Tadini, Arcangelo», en G PELLICCIA G ROCCA (dirs), *Dizionario degli Istituti di Perfezione* IX *Spiritualita Ezelay* (Roma 1997) 802 893

ROCCA, G., «Operaie della santa Casa di Nazareth», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. VI: *Monachesimo urbano-Pinzoni* (Roma 1980) 746-749.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LUCIFER DE CAGLIARI
Obispo († 370)

Lucifer, obispo de Cagliari, pasa a la historia por su intervención en la controversia arriana como firme defensor de la ortodoxia nicena y de su gran paladín San Atanasio de Alejandría, y pasa al *Martirologio* por su santidad de vida, no empañada por su recurso final al aislamiento y la radicalidad.

Se dice de él que era de carácter violento y persona no muy culta. Su lengua es la del pueblo, cuyas expresiones emplea de continuo. Pero era hombre de fe firme y de ideas claras, especialmente estaba muy seguro de qué había querido decir Nicea respecto a la divinidad de Cristo y no podía admitir que se tuviera por católico quien no comulgara con la definición del Concilio. Él no admitía que dicha definición pudiera ser revisada o aguada por interpretaciones complacientes con el gusto arriano.

Tras el sínodo de Arlés del año 353, el papa Liberio le encomienda se entreviste con el emperador Constancio a fin de que se convoque un nuevo concilio. Convocado éste en Milán en 355 y habiendo en él suscrito la mayoría de los obispos una fórmula ambigua de fe, él fue uno de los pocos que se opusieron a esta debilidad, y por ello fue desterrado por el emperador a Oriente. Aquí estuvo hasta el año 362, donde tendría una intervención sonada cuando en Antioquía se permitió consagrar obispo a Paulino, el jefe del grupo eustaciano, que más tarde y contra la opinión de Lucifer se unió a los seguidores del obispo Melecio.

Por este tiempo, es decir, entre 355 y 361, se dirige al emperador Constancio con una serie de escritos, que conservamos, y que no han faltado patrólogos que los califiquen de verdaderas invectivas. Sus títulos ya indican la mente de Lucifer: *Que no hay que convenir con los herejes; Sobre los reyes apóstatas; A favor de San*

Atanasio; Sobre no perdonar a los que delinquen contra Dios; Hay que morir por el Hijo de Dios.

Esta continua toma de postura tan vehemente le alejó de sus propios amigos. Y lo más característico suyo fue que cuando el sínodo de Alejandría del año 362 aceptó en la Iglesia a Melecio de Antioquía y a los obispos arrianos arrepentidos, Lucifer rompe con San Atanasio y con todo el resto de la Iglesia que aceptó las conclusiones de aquel sínodo, negándose a tal irenismo y sosteniendo que quienes habían negado la divinidad del Hijo de Dios no podían, ni siquiera arrepentidos, ser pastores en la Iglesia. Lucifer no se vio solo. Tuvo seguidores, algunos de los cuales tomaron la pluma y expusieron su fe y sus reclamaciones. De entre ellos nombremos al diácono romano Hilario, que sostenía la necesidad de rebautizar a los arrianos conversos, el presbítero Faustino, que defendió a su grupo de ser sabeliano y expuso su fe en la Trinidad, el también presbítero Marcelino, que escribió junto con Faustino una apelación a los emperadores, y nuestro San Gregorio de Elvira, hombre santo y notable escritor.

El grupo de Lucifer no cuajó como secta acatólica porque, muerto ya Lucifer el año 370, se dirigieron Faustino y Marcelino a los emperadores el año 383 y la situación del partido quedó legalizada, fundiéndose poco a poco con el resto de la Iglesia. Su radicalismo nunca pareció obstáculo a su buena memoria y a su santidad de vida.

SAN AUSTREGISILO

Obispo († 624)

Austregisilo o Outril había nacido en Bourges hacia el año 560 en el seno de una familia noble pero venida a menos. Sirvió primero en la corte del rey Gontrán en Chalon-sur-Saône y, acusado falsamente, decidió batirse en defensa de su honor, pero antes de que el duelo tuviera lugar el acusador cayó del caballo y murió de resultas.

Visto esto, decidió Austregisilo abandonar el mundo y optar por el servicio de Dios, lo que le era posible porque hasta entonces había rechazado todas las propuestas matrimoniales que

se le formularon. Se cuenta que una de las veces en que el rey mismo le propuso un ventajoso matrimonio, Austregisilo respondió: «Si es una buena esposa, temeré siempre perderla; si es mala, estaré arrepentido de haberla desposado». Recibió el sacerdocio y tuvo a su cargo la abadía de Saint-Nizier de Lyón.

En 612, a la muerte del obispo de Bourges, Apolinar, su crédito como persona santa llevó al clero y al pueblo a elegirlo como sucesor del difunto. Asistió en el 614 al concilio de París y recibió como recluso en una celda de la catedral al entonces joven San Amando, el futuro evangelizador de Flandes. Fue un obispo celoso y santo que dejó tras de sí una estela de santidad, cuya fama le acompañó tras su muerte el 20 de mayo de 624. Venerado por el pueblo como santo enseguida, es ahora el patrón de la ciudad de Bourges.

SAN PROTASIO CHONG KUK-KÓ

Martir († 1839)

Protasio era un cristiano seglar coreano, que vendría a dar su vida por la fe en medio de la terrible persecución que sufría el cristianismo coreano para que no arraigara en el país.

Había nacido en Songdo, provincia de Kyonggi, el año 1799 en el seno de una familia de clase alta y rica, pero su padre no supo conservar el capital y cayó en la pobreza, marchando entonces con su familia a Hanyang, donde el joven hubo de ganarse la vida con el trabajo de sus manos. Era un muchacho de buen carácter y nobles sentimientos. Cuando tenía treinta años entró en contacto con el catolicismo pero no fue hasta años más tarde cuando se bautizó. Se colocó luego como criado de la casa que servía de morada y hospedería al sacerdote y a otros católicos. Contrajo matrimonio y tanto él como su esposa eran buenos cristianos. Pero pasaron por varias pruebas: él tenía poca salud y sus hijos se les morían todos. Mostró paciencia ante estas desgracias y siguió viviendo como un buen creyente. En marzo de 1839 comenzó la persecución contra el cristianismo. La fe en estas condiciones se les hizo a muchos muy difícil, y ello llevó a apostasías teóricas o prácticas, que en definitiva alejaban a antiguos fieles de su comunión con la Iglesia. Prota-

sio fue arrestado y pese a las torturas durante su detención confesó la fe, pero quedó muy débil y ante las palabras tentadoras del juez de darle la libertad si apostataba tuvo la desgracia de abandonar la fe, pero su conciencia no le dejaba vivir tranquilo y por ello volvió al cristianismo, y lavó en la confesión su apostasía.

Decidió entonces presentarse de nuevo al juez y desdecirse de su caída. Pero los guardias le dijeron que lo hecho no tenía arreglo y no le dejaron hablar con el juez. Pero él volvio al día siguiente, también inútilmente, y un tercero también, bastante enfermo de tifus, volviendo a ser rechazado, pero él se sentó a la puerta del tribunal y cuando salía el juez le afirmó su arrepentimiento por la apostasía. Esto trajo consigo su arresto y detencion. En el juicio confesó la fe cristiana, y los muchos tormentos que sufrió y la cárcel misma no le hicieron volverse atrás, perseverando hasta dar la vida por Cristo en la propia cárcel en Seúl el 20 de mayo de 1839. En esa misma ciudad recibió la gloria de la canonizacion cuando el papa Juan Pablo II lo inscribió en el catalogo de los santos el 6 de mayo de 1984.

21 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 Santos Cristobal Magallanes, presbitero, y compañeros, martires Roman Adame, Rodrigo Aguilar, Julio Alvarez, Luis Batis Sainz, Agustin Caloca, Mateo Correa, Atilano Cruz, Miguel de la Mora, Pedro Esqueda Ramirez, Margarito Flores, Jose Isabel Flores, David Galvan, Pedro Maldonado, Jesus Mendez, Justino Orona, Sabas Reyes, Jose Maria Robles, Toribio Romo, Jenaro Sanchez Delgadillo, Tranquilino Ubiarco y David Uribe, presbiteros, Manuel Morales, Salvador Lara Puente y David Roldan Lara, seglares Todos ellos martirizados en la persecucion religiosa de Mexico **

2 En Mauritania, San Timoteo, diacono y martir (fecha incierta)

3 Cesarea de Capadocia, San Polieucto († 250), martir

4 En Alejandria, los martires de ambos sexos sacrificados en las fiestas de Pentecostes por los arrianos († 357-358)

5 En Vannes (Bretaña Menor), San Paterno († 460-490), obispo

6 En Niza (Provenza), San Hospicio († 581), recluso

7 En Evora (Portugal), San Mancio (s VI), martir

8 En Vienne (Francia), San Teobaldo († 1001), obispo *

9 En Aboe (Finlandia), San Hemming († 1366), obispo *

10 En Rochefort (Francia), Beato Juan Mopinot († 1794), religioso de la Congregacion de Hermanos de las Escuelas Cristianas, martir *

11 En Marsella (Provenza), San Carlos Eugenio de Mazenod († 1861), obispo, fundador de los Misioneros Oblatos de Maria Inmaculada **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

MÁRTIRES DE MÉXICO

(Mateo Correa Magallanes, Jenaro Sanchez Delgadillo, Julio Álvarez Mendoza, David Uribe Velasco, Sabas Reyes Salazar, Jose Isabel Flores, José Maria Robles, Miguel de la Mora, Margarito Flores Garcia, Pedro Esqueda Ramirez, Jesus Mendez Montoya, Toribio Romo Gonzalez, Justino Orona Madrigal, Atilano Cruz Alvarado, Tranquilino Ubiarco, Pedro de Jesus Maldonado, Roman Adame, Rodrigo Aguilar)
(† 1915-1937)

México es la geografía hispanoamericana donde, en tiempos modernos, más zarandeada ha sido la barca de Pedro. Donde más vaivenes ha protagonizado la Iglesia católica.

Unas sacudidas que arrancan en 1821, cuando el general Agustín Itúrbide abandera la independencia, desgaja de la soberanía española el país y se autoproclama emperador; y que marcarán su máxima fiebre a lo largo de las tres primeras décadas del siglo último.

Paso a paso...

Iniciando la andadura turbulenta, la Constitución de 1924 todavía propone como oficial y única la religión católica. Pura teoría, pues, en realidad, no pone freno a la maduración de una política anticlerical que, en 1833, estallará en un ensayo de secularización —intervención de donaciones a la Iglesia, desamortizaciones, desligación del voto religioso de obediencia—, debidamente contestado por el pueblo, con serias consecuencias gubernamentales. Pero los políticos liberales seguían empujando.

Norteamérica se «había comido» la mitad del territorio azteca. De perlas, por tanto, para justificar la necesaria reforma reli-

giosa nacional apuntalándose en la superioridad del país vecino, supuestamente derivada de su fe protestante.

Manos a la obra. Con la carta magna de 1857, llegada de la mano del tristemente célebre y sanguinario dictador Benito Juárez. Un texto incruentamente persecutorio pero más amordazante. Decidido a acabar con la enseñanza del credo católico. Quiere eliminar los tribunales eclesiásticos. Proclama la intervención estatal en materia de culto religioso. Implanta el juramento constitucional de los sacerdotes...

Realmente fuerte el mazazo. Sin hacerse esperar la natural y comprensible condena romana. Y, de resultas, la llamada «Guerra de la reforma». Tres años de conflicto bélico coronados, en 1860, por una legislación que ganaba en acento anticlerical.

En concreto: confiscación de bienes eclesiásticos, fuera diezmos, anulación de las órdenes religiosas masculinas y prohibición de admisiones en las femeninas, veto a la asistencia de funcionarios a los actos de culto. E incluso, en Oaxaca, expulsión de los jesuitas y de todo presbítero, religioso y religiosa extranjeros. Desgraciadamente las agresiones legales no tenían freno. En 1873 habrían de ir a más.

A Juárez le sustituye Lerdo de Tejada. Total, más de lo mismo. Expulsión de cuatrocientas diez Hermanas de la Caridad que atendían más de quince mil necesitados de hogar, de alimentación, de vestido y de calor humano. Expulsión curiosamente compensada con la entrada masiva de pastores protestantes estadounidenses. Consiguientemente, crece la asfixia católica y estalla la violencia. A la descarada: toda una cascada de revueltas y motines de la población, como respuesta Una cascada imparable, también desfrenada, pese a la contundencia de la represión oficial. Al borde de la guerra civil.

En escena los «religioneros», hombres armados, principalmente campesinos, arracimados en un movimiento popular católico, apartidista y sin caudillaje destacado, bajo la bandera de «¡Viva la religión! ¡Muera el mal gobierno!».

Traen la llamada «paz porfiriana», pues con el ex-seminarista presidente Porfirio Díaz prácticamente nacen barreras a la secularización y México recupera dinamismo católico, con la consiguiente reorganización del clero, la fecunda actividad de las ór-

denes religiosas y el gran resurgimiento de la vida cristiana, aunque la enseñanza acentúa más que insinuaciones antirreligiosas y laicas... Aunque las leyes siguen siendo las leyes. Sólo que se las deja dormir.

Nada menos que tres largas décadas de «porfirismo» cuyo final, en 1911, dejó puerta abierta a la inestabilidad. Es un largo período a merced de la violencia política, repitiéndose los liberales en sus luchas fratricidas por alcanzar el poder. Y, en la trágica realidad bélica, los católicos intentando sobrevivir; ya pactando con las facciones moderadas, ya sufriendo la persecución.

En esta época son normales las revueltas campesinas, los bruscos cambios gubernamentales, el crimen político. Los hechos «cantan»: Madero asesinado en 1913, Carranza en 1920, Obregón en 1928. Aparte, las ejecuciones de los insurrectos líderes campesinos Emiliano Zapata y Pancho Villa en 1919 y en 1923, respectivamente.

Madero, religiosamente pactista y vacilante.

Venustiano Carranza, claramente anticlerical. Sus seguidores jugaron un papel predominante en la redacción de la carta magna de 1917, conocida como la «Constitución de Querétaro». Era abiertamente persecutoria, inicua: imponiendo el ateísmo escolar, proscribiendo la condición clerical y el celibato y los votos religiosos; exiliando a no pocos obispos, eclesiásticos y laicos social y políticamente comprometidos; arrasando templos e imágenes; incautando seminarios y colegios; prohibiendo incluso, según donde, el culto público y la celebración de sacramentos; sobre una docena de asesinatos.

Desolador; pero no era el final. El vendaval anticatólico aún subiría grados en su enfurecimiento. Sopló como nunca en 1925 con Plutarco Elías Calles, anticlerical hasta la médula. Nada de medias tintas, como ocurrió en tiempos de su antecesor Álvaro Obregón, personalmente hostil a la Iglesia pero políticamente moderado. Al general Plutarco se le atribuye la confesión:

> «Tres veces me he encontrado a Cristo en mi camino y tres veces le he abofeteado»

Persecución sangrienta, pues, previo el rotundo fracaso en el pretendido cisma de una proclamada «Iglesia apostólica mejicana». Persecución a muerte sin disimulos. Descaradamente,

con la legislación básica en la mano, hasta el extremo de ilegitimar toda acción pastoral eclesiástica desprovista de autorización gubernamental. Fue la espoleta. Los obispos suspendieron el culto y echaron el cerrojo a las iglesias. Y de la nada brotó un ejército popular, respuesta católica a la opresión revolucionaria.

Brotaron los «cristeros». Nuevos cruzados que, con el símbolo redentor en el pecho y ondeando en sus estandartes guerreros Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe, a través de sierras y montañas, se lanzaban a la defensa de los ideales y de la vida cristiana. Movimiento esencialmente religioso, pero sin olvido de la dimensión patriótica. Sin apoyos internacionales; solos. Sin medios materiales y carentes de toda preparación militar, únicamente con su voluntad, su tenacidad y su entusiasmo.

Nacieron espontáneamente. Sin jefe. Con una mínima coordinación. Aquí y allá. Donde las medidas persecutorias apretaban o herían. Y acabarían en cascada. Miles y miles.

Pronto se enrolaron también mujeres, heroicas colaboradoras militares que recaudaban dinero, compraban armas y municiones que transportaban camufladas, aprovisionaban a las tropas cristeras y ejercían una estimable labor social y caritativa. Y ellas, que habían lanzado a los hombres a los montes, también cultivaban los campos y cuidaban la catequesis y la religiosidad del pueblo. Una religiosidad viva como nunca.

Recorto del librito *La cristiada,* de Andrés Azkue:

> «En cada casa hay un altar del Sagrado Corazon y de noche las gentes se reunen en la iglesia para rezar el rosario La misa es el acontecimiento esencial, ya que la Eucaristia es la que confiere todo su sentido a la lucha emprendida misa diaria, misa de accion de gracias, tras una victoria, misa por el descanso del alma de los difuntos, misa solemne de tropa, a la que acude la poblacion y en la que los soldados rinden homenaje al santisimo Sacramento, solemnidades extraordinarias de la Semana Santa, vivida con un nuevo fervor, en la experiencia de la Pasion, grandes fiestas eucaristicas y cristologicas, la mas grande de las cuales es la festividad de Cristo Rey En los campamentos cristeros, cuando lo permiten las circunstancias, el Santisimo Sacramento esta expuesto y los soldados practican la adoracion perpetua»

Fue la estampa del México «cristero»...

En el reverso de la medalla, Guadalupe.

Guadalupe, con la estampa de la basílica cerrada y sin clero. Y, sorprendentemente, nunca el santuario tan concurrido. En pocas palabras, gráficamente, la dibuja un cronista de la época:

> «La procesión sin curas, sin santos, sin obispos, sin cirios, era sencillamente formidable Era la marcha de un pueblo»

Un pueblo creyente...

Rebelde insurrección religioso-patriótica. Pues, cuando se aplasta un foco en una zona, surge otro, y aún mayor, más allá. Y doble conflicto. Armado, sangriento en el país, donde, por otra parte, la persecución arreciaba y la sangre martirial formaba regueros. Diplomático de puertas afuera.

Significativamente Pío XI no tuvo reparo en calificar de «persecución diocleciana» la durísima realidad de los católicos mexicanos. Y, lamentando la conjura del silencio informativo internacional, gritó, en noviembre de 1926, el dolor de los perseguidos en el marco solemne de la encíclica *Iniquis afflictisque.*

Sí, es verdad, lo hizo, pero ordenando que «los sacerdotes se abstengan de ayudar material o moralmente a la revolución armada», dado que un sector del clero militaba en la guerrilla y no pocos eclesiásticos, solidariamente, prestaban asistencia espiritual a los insurrectos; censurando, también, la actitud y el juicio mayoritarios de los obispos favorables a la intervención armada católica, aunque en realidad sin ayudarla, salvo dos o tres intervenciones directas, no más. Pero no justifica tampoco la opción rebelde, considerada precisamente obstáculo perturbador de la vía negociadora y, consiguientemente, de la deseada paz La Santa Sede únicamente consideraba válido el diálogo.

El general Plutarco Elías Calles pactó, más por necesidad que por convencimiento. El resultado fue la simple reincorporación del personal parroquial y la recuperación del culto, sin tocar ni una tilde de la legislación anticlerical. Acalladas, además, desde la propia jerarquía eclesial las voces de «cristeros» y sacerdotes a favor de la reforma constitucional.

En definitiva un «arreglo», en 1929, absolutamente insatisfactorio, particularmente para los bravos cruzados de la fe.

Un religioso que siendo seminarista había vivido aquella realidad histórica opinaba:

«Fue un escandalazo brutal, nadie quería»

«Fue una cosa demasiado triste para los "cristeros" —ha escrito otro religioso— el ver que todo el mundo los abandonaba, el ver que los sacerdotes por quienes tanto habían sufrido los anatematizaban, como si fuesen criminales, exigiéndoles una rendición incondicional, el quedar indefensos en manos de sus enemigos, el irseles el triunfo de la Iglesia de sus manos, por arreglos de los mismos que más lo necesitaban y de quienes menos se esperaba [] En esos días tuvieron los jefes que luchar con toda su virilidad cristera»

También en labios eclesiásticos:

«Se esperaba que, terminada la guerra religiosa, un gran número de cristeros se volverían bandidos Esto no ocurrió»

Los «cristeros» demostraron que eran realmente buenos soldados, pero aún mejores cristianos; fieles hasta las últimas consecuencias, dóciles a la jerarquía, aunque dolidos con ella; y tremendamente desconfiados. Los hechos, desgraciadamente, les premiarían con la razón, cumpliéndose las previstas consecuencias del desarme.

Y a fe que pagaron caro el error en el «arreglo». El Gobierno no tardó en perder la memoria y el *modus vivendi* firmado se fue al traste, derivando en *modus moriendi.* Total, una carnicería de 1.500 víctimas, mucha más sangre cristera que en los tres años de lucha armada.

Ellos, los aguerridos militantes, cruentamente. La Iglesia jerárquica perdiendo estima popular, por dejación.

Un arzobispo mexicano, en 1932, informaba a Roma:

«Juzgo que se ha perdido por completo entre los católicos mejicanos la tradicional estima de los obispos Y esto no es de maravillar si se atiende al cambio absoluto del dignísimo modo de obrar del episcopado al principio del conflicto para venir al actual modo de comportarse»

Insiste:

«El escándalo entre el clero y el pueblo es grave y puede temerse con seriedad que sobrevenga un cisma o que muchos pierdan la fe»

Hubo quienes, efectivamente, la perdieron. Hubo abandonos y hubo prodigalidad de terreno abonado para la difusión de las logias y las sectas, que aún perduran. De ellas se dijo:

«Hacen un daño tremendo, no con su natural propaganda sino con las muy elocuentes paradojas que pusieron en sus manos los arreglos "Ya lo ven, ustedes que adoraban y creían en sus obispos, el pago que les dieron, mientras ustedes se batían, ellos en sus buenos palacios en el extranjero, y cuando les pareció mejor les quitaron la bandera que ellos mismos habían abandonado y se acomodaron dejándolos con un palmo de narices"»

La Iglesia perdiendo confianza y aprecio. Y nuevamente mártir Con la consiguiente reiterada condena pontificia. Ahora, en 1932, justificando la encíclica *Acerba animi*

Al tiempo que los «cristeros», vejados, sistemáticamente perseguidos, desfrenan entusiasmo y vuelven al monte. Aunque ahora sólo un puñado de miles. Sordos a las desautorizaciones episcopales, impasibles ante la gradual pérdida de apoyo popular. Pocos, pero temibles y temidos. Irreductibles en las montañas. Luchando titánicamente en defensa de la derogación de las leyes anticatolicas.

El último guerrillero de la fe cayó en 1941. Asesinado cabalgando el legendario caballo con el que había paseado por peñas y quebradas los estandartes de Cristo Rey y de la Virgen guadalupana Punto y final de una gesta... La gesta de unos hombres incomprendidos y abandonados por quienes más favorecidos habían sido. Silenciada por los sucesivos gobiernos e instituciones mexicanas interesados en borrar toda huella. El protagonismo de unos campesinos y rancheros que se dejaron la piel y la sangre por la fe. No en vano. Que su tenacidad y heroísmo tuvieron parte, durante tantos años, en el enfriamiento del tradicional anticlericalismo mexicano.

La Iglesia ha tenido en cuenta los frutos de sangre contemporáneos. Los mártires, canónicamente mártires, es decir: inmolados por amor a Cristo, por fidelidad a su doctrina y aceptada la muerte con el perdon en los labios.

Jean Meyer contabiliza e historiza más de 250 laicos con auténtico espíritu martirial. Aludiéndoles la comunicación romana —17 de mayo de 1927— a los obispos mexicanos sobre algunas respuestas y licencias.

Transcribimos:

«Otro "rescripto" que hemos recibido concede a los que estan en Mexico indulgencia plenaria "in articulo mortis" si, confesados

> y comulgados o por lo menos contritos, pronuncian con los labios, o cuando menos con el corazon, la jaculatoria "¡Viva Cristo Rey!", aceptando la muerte como enviada por el Señor en castigo de nuestras culpas»

Muertes siempre modélicas, habitualmente selladas con vivas a Cristo Rey y a la Virgencita guadalupana.

Se trata de un entusiasmo martirial estallado, por ejemplo, en Totatiche, 27 de noviembre de 1927, donde no pocos ancianos se sumaron a la sublevación, justificando: «Hay que ganar el cielo ahora que está barato».

Alcanzó particularmente a la juventud. Honorio Lamas, compartiendo ejecución con su padre, se despide epistolarmente de la mujer que más quiere: «¡Qué fácil está el cielo ahorita, mamá!».

Pedro Muñoz, fusilado por aprovisionar a los «cristeros» y negarse al servicio del ejército federal, escribía a un sacerdote: «Gracias a Dios he permanecido firme y tengo el propósito de ser leal a mi religión [...] (me pidieron que me incorporara a las filas callistas) pero yo no admití, primero muerto que cambiar mi fe».

Y Norberto López, fusilado en 1928, igualmente rehusando la incorporación en las filas revolucionarias, argumentaba: «Desde que tomé las armas hice el propósito de dar la vida por Cristo, no voy a perder el ayuno al cuarto para las doce».

Todos admirables...

Insistimos en que la Iglesia no ha olvidado a las víctimas del odio revolucionario mexicano. Ya muchos en el altar: el jesuita Miguel Agustín Pro Juárez abre el desfile de beatificaciones el 25 de septiembre de 1988; el 22 de noviembre de 1992, solemnidad litúrgica de Cristo Rey, Juan Pablo II reconoce la heroicidad cristiana de Cristóbal Magallanes y veinticuatro compañeros —veintidós presbíteros y tres jóvenes militantes de Acción Católica—, martirizados durante las persecuciones religiosas de 1915 a 1937. En 1915: *David Galván Bermúdez* (30 de enero); en 1926: *Luis Batis Sainz, Manuel Morales, Salvador Lara Puente* y *David Roldán Lara* (15 de agosto); en 1927: *Mateo Correa Magallanes* (6 de febrero), *Jenaro Sánchez* (18 de febrero), *Julio Álvarez Mendoza* (30 de marzo), *David Uribe Velasco* (12 de abril), *Sabas Reyes Salazar* (13 de abril), *Román Adame* (21 de abril), *Cristóbal Maga-*

llanes y *Agustín Sánchez Caloca* (25 de mayo), *José Isabel Flores* (21 de junio), *José María Robles* (26 de junio), *Miguel de la Mora* (7 de agosto), *Rodrigo Aguilar* (28 de octubre), *Margarito Flores García* (12 de noviembre), *Pedro Esqueda Ramírez* (22 de noviembre); en 1928: *Jesús Méndez Montoya* (5 de febrero), *Toribio Romo González* (25 de febrero), *Justino Orona Madrigal* (1 de enero), *Atilano Cruz Alvarado* (1 de septiembre), *Tranquilino Ubiarco* (5 de octubre); en 1937: *Pedro de Jesús Maldonado* (11 de febrero). Fueron canonizados en fecha 21 de mayo del año 2000. Recortamos de la homilía pontificia en la misa de la solemne jornada eclesial:

> «Durante las duras pruebas que Dios permitió que experimentase su Iglesia en México, hace ya algunas décadas, estos mártires supieron permanecer fieles al Señor, a sus comunidades eclesiales y a la larga tradición católica del pueblo mexicano. Con fe inquebrantable reconocieron como único soberano a Jesucristo, porque con viva esperanza aguardaban un tiempo en el que volviera a la nación mexicana la unidad de sus hijos y de sus familias [...] Estos mártires son una genuina expresión de ¡México, siempre fiel!».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos* (Madrid 2002)

AZKUE, A., *La cristiada* (Barcelona 2000).

LLORCA, B., SI, *Manual de historia eclesiástica* (Barcelona 1942).

CARDOSO, J., *Los mártires mexicanos* (México 1953)

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).

OLIVERA SIDANO, A., *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929 Sus antecedentes y consecuencias* (México 1966)

SAN CARLOS EUGENIO DE MAZENOD

Obispo y fundador († 1861)

Carlos José Eugenio de Mazenod y de Joannis nació el 1 de agosto de 1782 en Aix, capital de la Provenza. Su padre, Carlos Antonio de Mazenod, señor de San Lorenzo de Verdon, era Presidente del Tribunal de Cuentas, Ayudas y Finanzas de la región. Su madre, María Rosa Eugenia de Joannis, era hija de un famoso profesor de Medicina en la Facultad de Aix. Vivían en

el palacio familiar situado en la calle central. Tenía una hermana tres años mayor que él, Carlota Eugenia, que moriría al poco tiempo. En 1785, nació su otra hermana, Carlota Eugenia Antonieta.

Fue bautizado el 2 de agosto en la iglesia de Santa María Magdalena, patrona de Aix. Fueron padrinos su abuelo materno, José Tomás de Joannis, y Eugenia Francisca Dantoine, esposa del presidente honorario del mismo Tribunal de Cuentas.

De niño era espontáneo y decidido, caritativo y sincero Nunca pedía las cosas llorando, sino diciendo: *Quiero.* Compartía sus vestidos con los pobres. Nunca mentía para excusarse sino que reconocía valientemente sus propias faltas.

En 1789, el del grito de «igualdad, libertad y fraternidad», cuando su padre había sido elegido representante por la nobleza provenzal para Versalles, Eugenio ingresó como interno en el colegio Bourbon, del que habían sido expulsados los jesuitas. Hizo sexto y, al curso siguiente, cuando sus profesores tuvieron que prestar juramento constitucional —impuesto por la Asamblea Nacional— fue retirado de ese colegio. Su padre no fue admitido como representante, por no haber sido elegido conforme a las normas revolucionarias, algunos de sus amigos fueron detenidos y colgados de las farolas de la calle en que vivían, por eso tuvo que huir y refugiarse en Niza, que entonces dependía del reino de Cerdeña. Desde allí reclamó a su hijo, porque también su vida corría peligro y, poco después, también acudieron la madre, su hermana y demás familia. En la escuela puso sumo empeño por aprender italiano, que enseguida le serviría para ser admitido en el colegio real de Turín, confiado entonces a los barnabitas. Hizo su primera comunión en el Jueves Santo, 5 de abril de 1792, y recibió la confirmación el 3 de junio siguiente, solemnidad de la Santísima Trinidad. El plan de estudios de este colegio era bien completo: latín, griego, italiano, filosofía, historia, geografía, caligrafía, dibujo, arquitectura, música, esgrima, baile y equitación.

En 1794 los refugiados franceses huyeron del Piamonte, por la amenaza de los ejércitos revolucionarios y los Mazenod se fueron, en una barcaza por el Po, a Venecia. Vivían once en un piso de dos habitaciones hasta que encontraron lugar más am-

plio donde estuvieron tres años y medio. Todas estas peripecias le quedaron grabadas en el alma y, después, en unos apuntes que él llamó *Diario de la emigración,* describía perfectamente los apuros de su huida entremezclados con los festejos de Venecia por la boda del Dux. Tuvieron que hacerse comerciantes, con el nombre de «hermanos Bloquetti»; recibían telas de estraperlo desde Lyón para venderlas allí, pero el negocio no daba para pagar un colegio a Eugenio, quien, en la parroquia donde ayudaba a misa a su tío abuelo, conoció a los Zinelli, ricos negociantes que tenían un hijo sacerdote —Bartolo— y otro diácono. Éstos le ofrecieron su propia familia para que pudiera continuar sus estudios. Don Bartolo se preocupó de su formación intelectual y espiritual. Eugenio comenzó a hacer penitencias, que se inventaba, y desde entonces sintió indicios de vocación sacerdotal.

En esta adolescencia tuvo que sufrir el dolor de la separación de su madre, que volvió a Aix para hacerse cargo de parte de la herencia que había dejado su abuelo, recién fallecido. A la vez vio morir a su tío canónigo.

Cuando en 1798 las tropas francesas ocuparon Venecia, tuvieron que huir de nuevo, esta vez a Nápoles. Zarparon en un barco —preparado para transportar animales— y la travesía duró mes y medio. Se alojaron en Santa María in Portico. Eugenio aprovechó este tiempo para estudiar alemán y, gracias a la invitación del caballero Galembert, pudo conocer los alrededores: el Vesubio, Puzzuoli, Herculano y Pompeya. Cuando el ejército francés ocupó Roma y peligraba Nápoles, otra vez tuvieron que huir hasta Palermo, en 1799, en un barco portugués. Alquilaron una casa en el barrio de curtidores y Eugenio conoció a César de Chastellux, que tenía sus mismos deseos religiosos. Allí siguió relacionándose con familias de nobles, amigos de sus padres, siendo admitido —como un hijo más— en casa del duque de Cannizaro. En este nuevo ambiente le preocupaba su linaje, genealogía y escudo, estudiaba literatura, asistía a funciones teatrales y practicaba la equitación; incluso aprendió el manejo de las armas. Su padre se ocupó de que leyera historia y de que comenzara a escribir, a la vez que le corregía el orgullo y amor propio que brotaban de su vivacidad. Pero él nunca dejó

de preocuparse por los pobres y enfermos, con la ayuda y ejemplo de la duquesa. Por otra parte, don Bartolo —quien murió en 1802— continuaba carteándole. De él se le quedó grabada una máxima: *Nada contra Dios, nada sin Dios.* Cuando murió su protectora y quedó desolado, entonces fue su padre quien le ayudó a vivir la esperanza cristiana.

Mientras tanto, con el establecimiento de Napoleón Bonaparte como primer cónsul, restablecida en Francia la paz civil y la religiosa, su madre reclamó desde Aix a Eugenio e incluso le consiguió 25.000 libras de renta. Al tener que despedirse de su padre y tíos, en agosto de 1802, Eugenio cayó enfermo hasta que el 11 de octubre se embarcó para lo que a él le parecía ir al desierto —que deseaba breve— y que le duró quince años. Desembarcó en Marsella y, como no localizaba a su madre por correo, se fue a Aix. La casa familiar había sido alquilada y su madre, su hermana, junto con una tía y un primo, vivían en casa de su abuela materna. Su madre lo envió a San Lorenzo de Verdon, el castillo familiar, casi en ruinas, para librarlo del servicio militar pues allí sería más barato pagar su reemplazo, donde vivió lo que restaba de año y casi todo 1803. Se aburría sin poder relacionarse y sin libros. Escribió infinidad de cartas; a su padre le decía que, si hubiera sabido que tenía que vivir solo en la montaña, no se hubiera separado de él.

Una vez reemplazado del servicio militar, volvió a Aix y, a pesar de los cariños de su madre, echaba mucho de menos a su padre. Habían salvado las propiedades familiares, poniéndolas a nombre de la madre, pero el padre no quería volver teniendo que aceptar cargos de Bonaparte. Además, sólo tenía deudas. Mientras tanto en Aix, Eugenio se divertía en teatros y óperas, pero ya en marzo expresaba su desencanto: deseaba con todas sus fuerzas que su padre volviera y sólo podría traerlo si lograba cancelar sus deudas y, para eso, pensó en un matrimonio ventajoso. Se echó una primera novia, pero murió tísica; una segunda no tenía dote importante y él quería una mujer buena pero a la vez rica. Al ver que ésta no era la solución, en 1804 decidió volver a Sicilia, con el propósito de que le nombraran teniente o capitán del ejército del rey y, para eso, tenía que vender el castillo de Verdon y obtener pasaporte. Se fue a París, donde trató

con el ministro de culto de Napoleón, Portalis, quien le llegó a ofrecer una subprefectura; pero él sólo quería su pasaporte que no pudo conseguir.

Su vida ya no era como la de Venecia, pues se mostraba honesto y se abstenía de todo lo que fuera contra la ley de Dios, pero, aun así, se había contagiado del ambiente parisino. Fue entre 1805 y 1806 cuando comenzó a vivir una conversión radical. Habían promovido al obispado de Digne al padre Miollis, a quien él conocía. Sabía del buen funcionamiento del seminario de Aix, del Carmelo y de las ursulinas de la ciudad. Leyó *El genio del cristianismo* de Chateaubriand. En 1806 se puso a estudiar teología para rebatir a su tío Roze-Joannis, jansenista. Daba catequesis a los niños en el mundo rural y entró a trabajar en la Obra de las cárceles de Aix. Llegó a reconocer: «He buscado la felicidad fuera de Dios y por mucho tiempo, para mi desgracia». Un Viernes Santo se deshizo en lágrimas al contemplar la cruz.

Su viejo deseo de ser sacerdote afloró de nuevo, en medio de fuertes dudas, pues sabía que, si renunciaba al matrimonio, la línea Mazenod acabaría en él y nunca podría pagar las deudas de su padre para que regresara a vivir con su madre. El 2 de febrero de 1808, cuando las tropas imperiales conquistaron Roma y cuatro provincias de los Estados Pontificios, reaccionó con energía. Consultó con un sulpiciano y un jesuita, quien le dijo: «Su vocación es tan clara como la luz meridiana del día más luminoso». Sin consultar con su padre —pues no podía—, el día 29 de junio escribió a su madre comunicándole su decisión y, en octubre de 1808, se inscribió en una congregación mariana de la que salían candidatos para el seminario.

Eligió el seminario de San Sulpicio de París Le arredraban algunos estudios por su edad para aprender latín, escolástica y cuestiones que le parecían inútiles e insolubles. En cambio le interesaba prepararse para el ministerio: el estudio de la Sagrada Escritura, la formación espiritual y la vida de oración para «convertirse en Jesucristo». Recordando sus tiempos viejos de diversión, quería ahora repararlos con penitencias apasionadas, ayunando hasta ciento veinte días al año. Quería vivir pobre en su celda y vestir sobriamente con su sotana y fajín. Para la boda de su hermana le encargaron comprar vestidos y joyas, recados

que él hizo aunque se le partía el alma al contrastar la pobreza material y miseria espiritual de los barrios de París. En 1809 lo eligieron catequista para la parroquia de San Sulpicio y comenzó a exponer ante los niños el misterio cristiano. Al mismo tiempo seguía cursos de enfermero, para cuidar de los demás en caso de necesidad. Participaba en grupos misioneros fundados por un paisano suyo, también en una congregación mariana fundada por un jesuita, y secretamente militaba, además, en una asociación apostólica —compuesta por ocho miembros— con el fin de que en el mismo seminario hubiera jóvenes piadosos que elevaran el nivel de la comunidad. En las tensiones del emperador contra el Papa, en estos años aprendió ya a defender los derechos de la Iglesia.

Recibió la tonsura el 17 de diciembre de 1808, las órdenes menores el 27 de mayo y el subdiaconado el 23 de diciembre del año siguiente, y el diaconado el 16 de junio de 1810, el mismo día en que los sulpicianos eran expulsados del seminario. Con este motivo Eugenio fue nombrado director espiritual y maestro de ceremonias del centro, aún sin haber sido ordenado presbítero. Después de un mes de ejercicios, fue ordenado el 21 de diciembre de 1811 en la catedral de Amiens por el obispo diocesano Jean-François de Demandolx. De este momento escribía:

> «Unos días antes de la ordenación, y sobre todo desde la ordenación, me parece que conozco mejor a nuestro Señor Jesucristo»

Celebró su primera misa, en la noche de Navidad, en la capilla de las Damas del Sagrado Corazón. Entonces se dedicó en cuerpo y alma a la misión encomendada:

> «Puedo decir que durante los cinco años que pase en San Sulpicio navegaba a toda vela en un mar de caridad sin haber topado con ningun escollo»

Era un sacerdote de gran estatura, con mirada penetrante y una inteligencia que sabía conjugar la bondad y la dulzura con la firmeza y la exigencia. No aceptó ser vicario general de Amiens, tampoco una canonjía, para —en cambio— dedicarse a los niños y pobres de Aix desde las cuatro y media de la mañana hasta las diez de la noche. Enseguida fue nombrado confesor del seminario, dedicándose a promover la santidad sacerdotal entre

los seminaristas y los sacerdotes. Característica e impronta de su estilo misionero es que empezara a misionar en lengua provenzal, a las seis de la mañana en un templo, para hacer llegar la vida cristiana a criados, artesanos y gente sin gran cultura de los barrios de la ciudad. Y hablaba estupendamente, en cualquiera de las lenguas que conocía. Se dio cuenta de la importancia de atender a la juventud y estableció en 1813 una congregación —para la que redacta unos estatutos— que estaría compuesta, cuatro años más tarde, por 300 miembros. Se reunían domingos y jueves, para rezar y jugar. Continuó visitando a los dos mil prisioneros de la cárcel, cayendo gravemente enfermo contagiado de tifus, recibiendo la unción de los enfermos y el viático. La convalecencia, durante meses, le sirvió para orar y reflexionar sobre su futuro, planteandose si no debería ingresar en una orden religiosa, pero le venció la necesidad que veía en los seminaristas y en los pobres de ejercitar con ellos su ministerio. Se decidió entonces a imitar a Cristo en su vida apostólica.

En la situación de la Provenza y de Francia, Eugenio piensa en el estilo de las misiones populares para cristianizar o recristianizar al pueblo, a pesar de la prohibición napoleónica de las sociedades de «misioneros ambulantes». En estos años el había realizado misiones populares en distintos sitios y su amigo Forbin-Janson le instaba a que se uniera a él y al padre Rauzan para hacerse de los Misioneros de Francia. Después de las consultas, como solía hacer, se le indicó que lo suyo era atender a los jóvenes en la diócesis y predicar de vez en cuando alguna misión. Para ello buscó en 1815 dos sacerdotes jóvenes como colaboradores, Icard y Deblieu, y otro mayor, Mye, y de modo singular el padre Tempier, y empezó a orientarse hacia las misiones populares, por la situación religiosa de los habitantes del campo y de los barrios populares de la ciudad. Pidió un préstamo y compró un antiguo convento de carmelitas. El 25 de enero de 1816 entraron oficialmente en la casa con una doble finalidad: la práctica de las virtudes de la vida religiosa en comunidad y la predicación de misiones en el mundo rural así como la dirección espiritual de la juventud; los estatutos fueron aprobados por las autoridades diocesanas como asociación de sacerdotes con el título de los «Misioneros de Provenza».

Las misiones duraban un mes o más en cada lugar, y a pesar de que eran pocos, dieron cuarenta en ocho años: Grans, Fuveau, Marignane... a veces unidos a los jesuitas o a los misioneros de Francia, en Arlés, Marsella y Aix.. Estaban dirigidas por Eugenio, ya fundador, con la forma tradicional de los siglos anteriores: enseñanza del catecismo, ceremonias y procesiones, confesión escalonada —el sacramento de la penitencia era central en la misión—, con visitas domiciliarias y siempre en lengua provenzal, con una referencia clara a la misericordia de Dios, bebida en San Alfonso María de Ligorio, todo lo contrario al rigorismo jansenista. Los misioneros hacían un gesto público para expresar que cargaban con los pecados del pueblo, echándose una soga al cuello y llevando una cruz de penitentes que encabezaban la procesión, rezando públicamente por la conversión de todo el pueblo. Organizaban también una procesión con niños: llevaban a todo el pueblo a visitar el cementerio y plantaban una cruz en la plaza. Lo principal es que confesaban a la gente desde las cinco de la mañana hasta la medianoche. En más de un sitio tuvieron grandes problemas para organizar la misión, incluso con los sacerdotes del lugar que hasta presentaron denuncias ante el Ministerio del Interior Eugenio no veía otra solución para su instituto y misión más que en buscar un obispo amigo que los protegiese, como logró con la propuesta para Marsella de su tío mons. Fortuné de Mazenod.

En un retiro de 1818 vio que él y sus misioneros no podían dejarse arrastrar por una vida tan activa y, por eso, creyó que había que estrechar aún más los lazos de familia religiosa practicando los consejos evangélicos. A este deseo de profundidad espiritual se añadió el requerimiento que se les hacía para servir un santuario mariano en la diócesis de Digne. Redactó las «Reglas» en el castillo familiar de Verdon, durante catorce días del mes de septiembre. Los ocho misioneros las votaron (otros dos prefirieron esperar más tiempo para hacer la profesión) y lo votaron a él como Superior General. Cuando en 1823 nombraron obispo de Marsella a su tío Fortuné, éste hizo a Eugenio y a Tempier sus vicarios generales. Entre los misioneros habían surgido algunas dudas y cada uno se desperdigaba por distintas diócesis. Mazenod se fue a Aix y, después de un día de oración y

de ayuno, se ofreció como víctima para aplacar la ira del cielo. Apagó la luz, se disciplinó hasta la sangre, se tiró al suelo a la salida del comedor para que todos lo pisaran al pasar. Guibert, que era novicio y sería arzobispo de París y cardenal, escribía de este momento sobre los misioneros: «Todas sus dudas desaparecieron y para siempre». Aceptaron que Eugenio y Tempier continuaran como vicarios generales de Marsella.

Esta crisis le sirvió para comprender que su asociación debía recibir la aprobación pontificia, pues, si no, algún obispo podría alegar que el voto de «perseverancia» en el instituto, que había introducido en sus Reglas, podría ser dispensado por el ordinario y no como quería el fundador, que deseaba reservarlo al mismo Papa. En 1825 tenía 18 profesos y 8 novicios; predicaban misiones a la vez en seis diócesis. A finales de ese año se fue a Roma, con cartas de aprobación de los seis respectivos obispos en cuyas diócesis estaban, y logró ver al papa León XII, de tal forma que obtuvo no sólo el acostumbrado decreto de alabanza de la Santa Sede sino también el de aprobación pontificia del 17 de febrero de 1826 como «Oblatos de María Inmaculada». A pesar de que habían entrado por entonces cerca de doscientos chicos, por enfermedad, muerte y falta de perseverancia, diez años más tarde sólo eran cuarenta y dos profesos. Le dolía hasta el tuétano del alma la defección de cualquiera de sus misioneros. Otra vez, por agotamiento y enfermedad cardíaca, tuvo que guardar cama y recibir la unción de los enfermos y el viático. Le recetaron descanso absoluto y, con un sobrino suyo, se fue a Suiza. Por causa de la revolución no pudo regresar hasta 1831. Esta larga ausencia le hizo reflexionar sobre la conveniencia de fundar en otros países y naciones. Con ocasión de un viaje a Roma en 1832, y al año siguiente, solicitó de la Congregación de Propaganda Fide permiso para enviar oblatos a Argelia, pero en esta ocasión no obtuvo el permiso civil para ello. Por eso fundó en Ajaccio y en Grenoble.

Desde que fue nombrado vicario general de Marsella se preocupó de la renovación del clero, de la conversión de espíritu, promoviendo la reforma litúrgica. Marsella tenía entonces pocos más de 100.000 habitantes y menos de doscientos sacerdotes. Pero había curas y autoridades civiles que iban contra él

por su exigencia y energía. Incluso el Ayuntamiento y el Consejo General de Marsella votaron en 1831 que desapareciera la diócesis cuando quedara vacante. Su tío, el obispo, comprobando la situación, había escrito a Gregorio XVI pidiéndole que, por tener 83 años, le concediera un obispo auxiliar *(in partibus* como se decía entonces) que gozara de su confianza, del clero y del pueblo. Éste era precisamente su sobrino Eugenio de Mazenod. Fue llamado por el Papa y el 1 de octubre de 1832 lo nombró obispo titular de Icosia a la vez que la Congregación de Propaganda Fide le encargó ser visitador apostólico de Túnez y de Trípoli. Eugenio fue el primer obispo que ejercitaría su misión en Francia como Vicario General, sin tener que ir a las misiones, más que a la visita apostólica. En 1833 el Papa le llamó para comunicarle que el gobierno no lo quería en Francia y tuvo que defenderse de que nunca se había ocupado de política, tal como se lo aconsejaba a sus sacerdotes. Se defendió también ante los tribunales franceses, aunque tuvo que sufrir, con lo que él amaba al Papa y a la Iglesia, quedarse desasistido durante 1834 y 1835 hasta el punto de vivirlo como una agonía. Después de todo, en 1837, mons. Fortuné de Mazenod logró que se le aceptara su dimisión y que su sobrino le sucediera en Marsella como obispo diocesano a la vez que continuaba siendo superior general de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada.

El 9 de abril de 1833 Eugenio de Mazenod fue nombrado obispo de Marsella a propuesta del rey Luis Felipe, que luego confirmaría el papa Gregorio XVI el 2 de octubre siguiente. A él le cayó tan mal este nombramiento que incluso tuvo que guardar reposo durante unos meses y escribía:

> «Me queda el consuelo de que yo no la escogí Sin embargo, tendré que encariñarme con este pueblo como un padre con sus hijos»

Conocía la diócesis y sus sacerdotes, pero ahora asumía la responsabilidad sobre ellos como obispo diocesano. Empezó por la renovación del seminario, poniendo de formadores a sus oblatos; en pocos años se dobló el número de sus seminaristas, hasta trescientos. Después, por la crisis vocacional de Francia, el número volvió a bajar y, como no llegaban a diez los ingresos por año al Seminario Mayor, por eso fundó una escuela, la de la

Sagrada Familia, como Seminario Menor de la diócesis de la que salían otros cinco o seis candidatos al sacerdocio. Recibía seminaristas venidos de otras naciones, singularmente de España. En su diócesis llegaron a ser 100 sacerdotes españoles y 30 corsos.

Fundó una «caja de compensacion» entre el clero, pues unos podían recibir algo por tener mayor atención ministerial y otros nada; así le resultaba más fácil proponer nombramientos de buenos sacerdotes para los barrios. Como esa caja había otra, la «caja de ayuda», incrementada con lo que se recibía de las instituciones del Estado, del Departamento o del Ayuntamiento. Se preocupaba tanto de la formación espiritual como de la intelectual de todos los sacerdotes. Por eso, el clero contemporáneo decía de él: «Es un hombre según el corazon de Dios».

Durante su ministerio episcopal la población de la diócesis se duplicó, pues Marsella era entonces la segunda ciudad de Francia. Desde 1837 hasta 1861 se construyeron o restauraron cuarenta iglesias y, como puede comprenderse, no sin dificultades. Así como las parroquias estaban regidas por sacerdotes diocesanos, las obras de caridad o de asistencia las había encomendado a religiosos y religiosas, a quienes había llamado a la diócesis, diez institutos nuevos acudieron a ella durante su ministerio, de tal forma que, cuando murió, había 1.775 religiosos y religiosas, la mitad en la enseñanza y la otra mitad dedicados o entregados a la oración contemplativa o a la atención caritativa Cuando él llegó había diez institutos y a la hora de su muerte dieciséis más, algunos de derecho diocesano fundados con su silenciosa pero decisiva colaboración. También a los religiosos les ayudaba en toda forma, incluso con su contribución material y marcando siempre en Jesucristo la identidad espiritual de la vida religiosa.

Estas «obras», hasta veintiséis, promovían distintos servicios, siempre con carácter confesional, como una verificacion de la evangelización: regular matrimonios, promocionar sordomudos, enseñar oficio a los presos, evangelizar a los humildes y específicamente obreros; casas cuna, acogida para las familias de los obreros y a los mismos obreros, orfanatos para chicos y chicas. Para sobrellevar todo inventó una fórmula nueva: las

«mutualidades». En caso de enfermedad o de paro éstas aseguraban una asistencia financiera. Y se inscribieron hasta 15.000 miembros.

En 1837 nombró, para atender el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en una colina con el mismo nombre, al padre Bernard. El obispo se preocupaba de que la gente acudiera al santuario o de que la virgen procesionase por las calles de Marsella, sobre todo cuando apuraban necesidades de todo tipo. Puso la primera piedra para un nuevo santuario con ayudas de los fieles e incluso lanzó una lotería nacional para comenzar las obras.

Recibía a quien se lo solicitaba con toda facilidad, pues dedicaba cuatro horas al día, de diez a dos, a recibir visitas. Pero no se quedaba en casa pues salía a la visita pastoral, también para las confirmaciones, predicando en este caso en lengua provenzal: «Oh, cuánto bendigo a Dios por saber hablar la lengua de los que tengo el deber de instruir», constataba. Todos los lunes confirmaba en la capilla del obispado y, cuando se trataba de enfermos, iba a sus propios domicilios, especialmente durante las epidemias de cólera de 1837, 1849, 1850, 1854 y 1855, y ya tenía setenta y siete años para subir al quinto piso. En 1854 pudo asistir, en Roma, a la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

Con las autoridades civiles mantenía una distancia correcta y una cercana colaboración para no mezclar la acción pastoral con la acción política ni dejar que su autoridad moral cubriese acciones legítimas pero del orden temporal.

Llamaba a todos a la santidad, singularmente con cartas pastorales de cuaresma. Su apostolado lo centraba en la Eucaristía, promoviendo la adoración perpetua en muchas iglesias y visitándolas personalmente. Él insistía en la celebración dominical de la Eucaristía como el lugar privilegiado para vivir, en el Señor, la comunión eclesial. Supo moderar los abusos por exceso o por defecto, directamente o también a través de sus cartas pastorales.

Se interesaba por las demás iglesias diocesanas de Francia. Amaba mucho la particularidad de la suya pero tenía el corazón universalmente abierto a las diócesis de la Iglesia en Francia y de la Iglesia universal. Tomó parte en el concilio provincial de

Aix de 1850, pero con moderación y sin caer en nacionalismo alguno.

Uno de los problemas acuciantes en estos años era el de la libertad de enseñanza religiosa y moral en las escuelas y colegios, en primaria, secundaria y bachillerato. Ya de vicario general trabajó para lograr una respuesta satisfactoria al problema. De obispo fue uno de los que más se interesaron ante el Papa, la opinión pública y las instituciones por esa libertad: «La justicia, la razón y la Providencia están con nosotros», solía decir a quienes luchaban para conseguir los derechos de los padres y de los alumnos. También era capaz de discernir, con valentía, publicaciones que fomentaban la separación de los sacerdotes de sus obispos y del Papa.

Como Marsella es puerto importante del Mediterráneo, por allí le entraba y le salía la preocupación misionera, eficaz, por otras iglesias de reciente implantación. Era sensible a todos los problemas, por ejemplo, en 1839 determinó hacer una colecta en su diócesis para socorrer a las familias afectadas por un terremoto en Martinica, o en Guadalupe, o para socorrer a los sacerdotes españoles refugiados en Francia. Con ocasión del traslado de una reliquia de San Agustín, pidió —en una pastoral— la libertad para la evangelización en Argelia.

Se preocupaba de la escasez de las cosechas en Irlanda y de la extensión del tifus en Canadá. En 1850 prescribió la colecta del Viernes Santo para Tierra Santa. Promovió las «suscripciones» económicas para destinarlas a las misiones «ad gentes», invitando a los misioneros que venían de distintas partes a proponer a sus fieles las necesidades de la evangelización.

En 1848, cuando en Europa cundió el movimiento liberal y nacionalista y llegó a afectar a los estados pontificios, Mazenod escribió a Pío IX para ofrecerle hospitalidad en su obispado, pero, por la situación política introducida por Luis Napoleón, le desaconsejó luego el viaje a Francia y el Papa se refugió en Gaeta. Enseguida pensó en recolectar ayuda, mediante el «óbolo de San Pedro» para ayudar al Santo Padre en las dificultades que estaba viviendo, de tal forma que el Papa le concedió, siendo sólo obispo, para él y sus sucesores, poder llevar el «palio» de los arzobispos como vínculo especial con el pastor universal.

Napoleón III le nombró senador en 1856. Desde entonces cada Domingo de Ramos acudía al Senado. Sólo intervino dos veces: para defender el presupuesto de la construcción de una catedral en Marsella y para defender los derechos del Papa sin ofender al emperador. Por eso fue propuesto al Papa como posible Cardenal aunque la situación política no lo favorecía. En una respuesta del Papa, a una de sus muchas cartas, le decía:

> «Reiteramos la expresion del proposito, debido a nuestro afecto muy especial hacia usted, que consiste en otorgar a sus meritos, llegado el momento oportuno, la mas grande recompensa que nos sea posible dar»

Él, en cambio, escribía:

> «El capelo vendra o no vendra, no me ocupo de ello, he vivido ochenta años sin el y pasare tambien sin el el poco tiempo que me quede de vida»

Mientras mons. Mazenod promovía todas esas actividades en la diócesis, envió oblatos en 1841 a Norteamérica (Canadá y Estados Unidos), en 1847 a Asia (Ceilán, Sri Lanka, Colombo) y en 1849 a África (Argel) y, desde 1841, por Europa: a Inglaterra, Irlanda y Escocia. Naturalmente, desde el principio ya se habían ido extendiendo por toda Francia. Cuando murió, su instituto estaba ya en cuatro continentes con 414 oblatos, seis de ellos obispos. Presidió personalmente los capítulos generales desde 1818 a 1856 y dirigió más de dos mil cartas, generales o particulares, a sus misioneros oblatos en correspondencia familiar y personal.

A España no llegaron hasta 1882. En el año 2001, el cardenal Rouco, Arzobispo de Madrid, erigió un instituto religioso femenino de derecho diocesano, las «Misioneras Oblatas de María Inmaculada», con el carisma, espiritualidad y misión que San Eugenio de Mazenod recibió para los Misioneros Oblatos de María Inmaculada y que, gracias a la ayuda de éstos y a la intercesión de su santo fundador, se actualizan a comienzos del siglo XXI en la nueva rama femenina.

La última enfermedad le sorprendió a finales de 1860 cuando, durante una celebración, sintió unas punzadas de dolor en el pecho. Después de las fiestas de año nuevo, su médico le diagnosticó un tumor en el lado izquierdo del bajo vientre. Lo

operó en el mismo obispado, pero un drenaje no solucionó la limpieza de tanto pus y le sobrevino una pleuresía con espasmos nerviosos. El 17 de enero Tempier escribió a toda la congregación para que rezaran por su fundador y mons. Guibert, uno de los primeros oblatos y entonces obispo de Tours, le comunico su gravedad. El 28 le administró la unción de los enfermos. En estos meses, como perdía con frecuencia el conocimiento, decía:

> «¡Como me gustaria verme morir, para aceptar bien la voluntad de Dios! [] Si me duermo y si me pongo peor, despertadme, os lo ruego Quiero morir sabiendo que muero»

El 20 de mayo dio a sus oblatos sus últimas recomendaciones y bendijo a las Hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos, de las que era director general. «Practicad entre vosotros la caridad, la caridad, la caridad, y fuera, el celo por la salvación de las almas», fueron sus últimas palabras a los oblatos, como un testamento. El martes de Pentecostés, 21 de mayo, dadas las 10 de la noche, expiró mientras quienes lo acompañaban rezaban la Salve.

Estaba dotado de un carácter excepcional y un temperamento impetuoso, que puso enteros al servicio del Reino de Dios, dominándose con autocontrol por la bondad del corazón, pero no sin sufrimiento, pues era muy sensible. Su fe en Jesucristo, el único Salvador, le hacía adherirse a Él y a su Madre con un amor apasionado trasfundiendo el mismo amor a la Iglesia. En su última pastoral de 1860 dejó escrito: «Amar a la Iglesia es amar a Jesucristo, y viceversa». Supo aunar, una con otra y viceversa, su intensa vida espiritual junto a su inmensa actividad pastoral y misionera.

Un siglo más tarde, en 1970, Pablo VI declaró la heroicidad de sus virtudes. Y el 19 de octubre de 1975 lo inscribió en el catálogo de los beatos. En aquella ocasión dijo de él:

> «Un apasionado de Cristo Un enamorado de la Iglesia y entregado totalmente a su servicio Un subyugado por el amor a la Ma dre Inmaculada que dio nombre a su Congregacion»

Fue canonizado el 3 de diciembre de 1995 por el papa Juan Pablo II, quien, en la homilía de la celebración en la Basílica de San Pedro, expresó:

«Eugenio de Mazenod fue uno de los apostoles que prepararon los tiempos modernos, nuestros tiempos Fue consciente de que la mision de todo obispo, en union con la sede de Pedro, tiene un caracter universal Sabia que Cristo queria unir a su persona a todo el genero humano Por eso, durante toda su vida consagro una atencion especial a la evangelizacion de los pobres, alli donde estos se encuentran»

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

ANZALONI, V., OMI, *Fugenio de Mazenod, vescovo di Marsiglia, fondatore dei Missionari Oblati di Maria Inmaculata* (Roma 1961)

COOKE, R, OMI, *Sketches of the life of Mgr de Mazenod* (Londres 1879 1882), 2 vols

ETCHEGARAY, R, *Eugenio de Mazenod, Un corazon grande como el mundo* (Madrid 1999)

LEFLON, J, *Eugene de Mazenod, eveque de Marseille, fondateur des o m i 1782 1861* (Paris 1957 1968), 3 vols

STRIKER, K, OMI, *Bischof Eugen von Mazenod* (Paderborn 1932) (traducido al polaco y al checo)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN TEOBALDO DE VIENNE

Obispo († 1001)

Teobaldo o Thibaut nace en Toulon, Isère, Francia, en una familia emparentada con la Casa de Borgoña. Era tío suyo Sobono, que fue su antecesor en la sede de Vienne.

Cuando era muy joven pierde a sus padres, hereda de ellos bienes y tierras que él decide dejar y darlos a los pobres, porque quiere ser sacerdote desprendido de todo interés temporal. Su santa conducta en el sacerdocio llevó al clero y al pueblo de Vienne a aceptarlo como obispo en 957, siendo consagrado aquel año el día 8 de marzo. Esta elección consensuada ponía fin a ocho años de sede vacante en los que no había sido posible elegir un sucesor por la oposición entre la aristocracia y el clero. La corona designó a Teobaldo como candidato de posible consenso y lo logró.

Participó en los sínodos de Anse de 990 y 994, en el último de los cuales se avisó a los clérigos de la necesidad de llevar una vida adecuada a su estado, cumplir con los ministerios sagrados

y guardar continencia. Firmando estos preceptos Teobaldo no hacía sino rubricar la pastoral que había seguido desde el principio pidiendo al clero y al pueblo una conducta ajustada al evangelio.

Es claro que Teobaldo pertenecía al sector reformista de su tiempo que quería extender el espíritu de Cluny a todos los estamentos de la Iglesia. Tuvo particular amistad con San Odilón de Cluny. Murió el 21 de mayo de 1001 y enseguida se le tuvo por santo, confirmando su culto la Santa Sede el 9 de diciembre de 1903.

SAN HEMMING

Obispo († 1366)

Nace en Balinge, Suecia, a finales del siglo XIII. Manifestó en su juventud vocación eclesiástica y estudió en la escuela de Upsala. Ordenado sacerdote, marchó a París a perfeccionar estudios de teología y derecho canónico, haciéndose con una buena colección de libros, con los que, terminados los estudios, volvió a Suecia.

En 1329 es nombrado canónigo de la catedral de Abo, sufragánea de Upsala, en la moderna Helsinki, Finlandia. Aquí se acreditó por su cultura religiosa y sus virtudes, al punto que, vacante la sede en 1338, un canónigo lo propuso para nuevo obispo y todos los demás consintieron al punto en la elección.

Hemming fue un obispo de muchas iniciativas. Amante de la liturgia, se ocupó de que la catedral tuviera los oportunos objetos litúrgicos, que fueron dignos y decorosos. Igualmente reformó la enseñanza en la escuela catedralicia de manera que se formasen mejor los jóvenes clérigos. A los más destacados de ellos los mandó a París en su afán de tener un clero culto a la altura de las mejores diócesis europeas.

Celebró varios sínodos en los que se ocupó de puntos importantes de la disciplina eclesiástica, como la guarda del ayuno y la abstinencia, el descanso dominical y festivo, la seguridad del tabernáculo, la buena administración de los bienes eclesiásticos, la gratuidad de los servicios a los pobres y la entrega de los diezmos para el sostén de las iglesias.

Unido en calurosa amistad con Santa Brígida, con ella fue a Aviñón a visitar al papa Clemente VI, al que él había tenido de profesor en París, para rogarle la vuelta a Roma. Estando en Francia intercedió porque hubiera paz entre este reino e Inglaterra, pero sin éxito.

Todos los que le conocieron lo tuvieron por santo, y ello se debió a su vida conforme al evangelio, a su celo apostólico y a su amor a la Iglesia, a cuyo servicio siempre estuvo. Murió el 21 de mayo de 1366. Se le dio culto popular hasta la llegada de la Reforma, permitiendo la Santa Sede que sus reliquias fueran depositadas en un relicario (1514), y ahora su memoria ha sido inscrita en el *Martirologio romano.*

BEATO JUAN MOPINOT (LEÓN)

Religioso y mártir († 1794)

Juan Mopinot nació en Reims el 12 de diciembre de 1724. Su educación e instrucción primaria corrieron a cargo de los Hermanos de La Salle en Thillois. Del contacto con ellos le vino la vocación religiosa, e ingresó en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, iniciando su noviciado en Saint Yon el 14 de enero de 1744 y recibiendo el nombre de Hermano León. Hizo la profesión religiosa perpetua el 1 de noviembre de 1749.

Al tiempo de la Revolución Francesa estaba destinado en el colegio La Salle de Moulins, en el que llevaba muchos años, lo que le había permitido educar a muchos hombres de la población que habían pasado por sus manos y que para entonces eran ya adultos. Promulgada la constitución civil del clero, se les pedía a los docentes que la suscribieran, para lo cual fueron convocados los hermanos de la comunidad de Moulins, entre ellos el Hno. León. Habló por todos el hermano director, que se negó a la prestación del juramento, por lo que la escuela fue confiscada Se sabe por el acta de la confiscación qué había en la celda del hermano León: un somier, un jergón, un colchón, una manta, un armario pequeño de dos puertas y un cajón abajo, y un candelero de cobre. Este era todo su ajuar.

El 11 de junio de 1793 fue arrestado y encarcelado. Como tenía 68 años y se dio orden de no deportar a los enfermos, se esperaba que el hermano León no fuera deportado pero se le declaró hábil para la deportación. Ésta tuvo lugar el 31 de marzo de 1794 y fue llevado a Rochefort, donde esperaban los barcos que iban a llevarse a los sacerdotes y religiosos deportados pero que nunca zarparon sino que permanecieron en las playas de dicha ciudad, y estuvieron los detenidos abandonados a su suerte y padeciendo miserias y enfermedades. En aquellos pontones las condiciones higiénicas eran pésimas y comenzaron a morir los presos. El hermano León se mostró sereno y paciente y vio venir la muerte como la culminacion de su entrega a la causa de Dios Murió el 21 de mayo de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

22 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Casia (Umbria), Santa Rita († antes de 1457), religiosa agustina **

2 En Africa, los santos Casto y Emilio († 203), martires

3 En Comana del Ponto, San Basilisco (s IV), obispo y martir

4 En Corcega, la conmemoracion de Santa Julia, virgen y martir (fecha desconocida)

5 En Aire (Aquitania), Santa Quiteria, virgen (fecha desconocida)

6 En Angulema (Aquitania), San Ausonio (s IV V), primer obispo de la ciudad

7 En Limoges (Aquitania), San Lupo († 637), obispo

8 En Parma (Emilia), San Juan (s X), abad

9 En Pistoya (Toscana), San Aton († 1153), obispo *

10 En Florencia (Toscana), Beata Humildad († 1310), abadesa de la Orden de Valle Umbrosa *

11 En Londres (Inglaterra), Beato Juan Forest († 1538), presbitero, de la Orden de Hermanos Menores, martir bajo Enrique VIII *

12 En Kori (Japon), beatos Pedro de la Asuncion, religioso franciscano, y Juan B Machado, religioso jesuita († 1617), presbiteros y martires *

13 En Omura (Japon), Beato Matias de Arima († 1620), martir *

14 En Anam, San Miguel Ho Dinh Hy († 1857), martir *

15 En An Xa (Tonkin), Santo Domingo (Lorenzo) Ngon († 1862), martir *

16 En Luca (Italia), Beata Maria Domenica Brun Barbantini († 1868), fundadora de la Congregacion de Hermanas Ministras de los Enfermos de San Camilo **

— Hoy celebra la Iglesia de España la memoria de Santa Joaquina Vedruna de Mas († 1854), viuda, fundadora de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, cuyo dia natalicio es el 28 de agosto **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA RITA DE CASIA

Religiosa († 1457)

«¿Quien eres Tu, Señor?»

Pregunta acuciante y angustiosa que nos hacemos muchas veces en la vida ante el roce de Dios. Porque, como dice Muller, «Dios es, en verdad, nuestro único tú en el cielo y en la tierra».

Nos hacemos esa pregunta siempre que él se cruza con nosotros y tenemos la sensación de lo trascendente sobre nuestra pobre barraca humana. Entonces la presencia de Dios «se hace carne y habita entre nosotros». Como niños medrosos en la noche clamamos: «¿Quién eres Tú, Señor?», sin atrevernos a creer que es él quien se ha metido de rondón en nuestras vidas. Dios mismo asiste emocionado a nuestro asombro y se cumplen aquellas palabras de J. L. Martín Descalzo en uno de sus poemas·

> «Y Dios poso su mano sobre el alma del hombre, y todos los rincones comenzaron de pronto a tener su sentido»

Dios tiene infinitas maneras de hacerse presente. Pero casi siempre se le adivina. Y, dentro de esas infinitas maneras, tiene como modos que le son más propios y característicos. Hay un *estilo de Dios.*

Uno de los rasgos que le distinguen, una de las formas de hacerse presente es la de tomarse «revanchas a lo divino». Entonces Dios es más grande, mas majestuoso, más accesible a nuestra raquítica talla que cuando despide rayos desde el Sinaí.

Porque entonces es el Dios del Evangelio, el Dios que, a fuerza de ser bueno, hace el milagro de hacernos buenos a nosotros.

¡Revanchas de Dios! ¿Quién no las ha experimentado en su vida personal y no las ha presenciado en el mundo y en la Iglesia?

Los santos suelen ser las figuras representativas de esas «revanchas a lo divino» porque sólo ellos se prestan a colaborar con absoluto desinterés en los planes de Dios.

Un escenario: Italia. Una época: últimas décadas de la Edad Media. Unos personajes: Urbano VI, el antipapa Roberto, Pedro de Luna...

Las ausencias de los papas en Roma por la falta de seguridad de Italia y por la lucha de los partidos en Roma provocan el cisma de Occidente, con todas sus consecuencias de relajación, indisciplina y desorientación de los espíritus.

Wenceslao tenía entre sus manos el Imperio de Occidente Manuel Paleólogo había sucedido a su padre en el Imperio de Oriente, que había entregado al sultán Bayaceto. Casia, después de su rebelión contra la Santa Sede, se vio obligada a combatir con los guelfos.

La Iglesia tenía razón para llorar su unidad rota, las costumbres licenciosas de sus hijos, la servidumbre de los papas al poder real. Los derechos de Dios son conculcados. Urge una revancha por parte de Dios, pero él se la toma a lo divino.

Para confundir a los fuertes y «a los que son», saca de «los que no son» una espada que ha quedado blandiéndose en los siglos sobre aquel gris informe de tormentas y vejaciones. La saca de Roca Porrena, aldeílla próxima a Casia, perteneciente a la Umbría, para que tenga sólo la luz y la fuerza recibidas de Dios.

Rita de Casia es una revancha a lo divino contra los abusos del Medievo italiano. Es una manera de hacerse Dios presente.

Bien se podían preguntar en Italia ante aquella niña ignorante y extraordinariamente poderosa: «¿Quién eres Tú, Señor?». Se sentía a su contacto el contacto de Dios.

Vivió Rita setenta y seis años. Y fue santa en todas las penosas alternativas de su vida. Pasó por todos los estados: matrimonio, viudez, consagración a Dios en el claustro.

Dice Thomas Merton que «cada llamada especial confiere al hombre un lugar particular en el misterio de Cristo, le otorga algo que hacer por la salvación de la humanidad». Pues bien: a Santa Rita le otorgó Dios *mucho* quehacer por la salvación de la humanidad al hacerla pasar sucesivamente por todos los estados.

Nace la niña el 22 de mayo de 1381 de una madre estéril. Sin duda, Amada Ferri, como Sara o Isabel, dio saltos de júbilo al sentir sus entrañas fecundas. Y se siguen los prodigios que, contemplados hoy desde la atalaya de su santidad, son como lucecillas de Dios en el camino doloroso de su vida. ¿Qué le cuesta a Dios rebasar el orden de la naturaleza por amor a sus escogidos o por amor a cualquiera de sus hijos? Lo raro es que no lo rebase más veces. ¿Será porque nuestra fe no es ni como un grano de mostaza?

Y, como a todos, le llegó a Rita esa edad en que canta la sangre en las entrañas, y los dientes en sonrisas blancas, y la mirada en una luz nueva... Trece años. Sus padres la casaron. Con ello su carrera hacia Dios se hizo más consciente, más crucificada.

Los procesos de canonización recorren esos caminos intrincados y luminosos. ¡Cuántas virtudes! ¡Cuánta maravilla! ¡Cuánto de Dios! Me estremecía tenerlos en las manos, porque allí se me hacían vida fresca e inmolada desde el amanecer hasta el ocaso. Y era mucho el peso de tanta santidad.

Santa Rita vive su matrimonio ungida con la mirra más amarga. Fernando Pablo es cruel. Y la reduce a una vida dura y penosa. Así dieciocho años. Hasta que él muere asesinado. Los santos aman con una intensidad y con una pureza extraordinarias, porque su amor es la quintaesencia del amor, y el corazón de la santa sufre.

La encina nacida entre los riscos de la Umbría tiene estremecimientos terriblemente dolorosos. Es fuerte, pero se siente sacudida hasta las raíces más íntimas de su ser. Sus hijos Juan Santiago y Pablo María quieren vengar la muerte de su padre. Ella ofrece sus vidas antes de que lleguen a consumar el crimen y mueren los dos. No quedan ya lágrimas en los ojos de aquella mujer, que templa su fortaleza en la Madre de un Hijo que murió por todos. Ahora ya puede realizar sus primeras aspiracio-

nes, consagrarse totalmente a Dios en el retiro de un convento de agustinas. Pero es rechazada porque no es virgen.

¡Qué madurez maravillosa la de Rita! Huele su campo a espigas granadas y en la quietud serena de sus treinta y dos años puede ya contemplar su vida fecunda a lo humano y a lo divino.

Es preciso que vuelva Dios a intervenir con un prodigio para que Rita sea admitida en el convento. Tres santos la introducen en él milagrosamente. Tommaso Nediani describe así este pasaje de la vida de la santa:

> «Non c'e nessuno a la finestra e la via e silente e deserta, ma una gran luce meridiana tiene il cielo Infine ella vide, no, non sogna, e ben desta i suoi Santi Patroni in una luminosa aureola d'oro, l'austero Giovanni Battista nella pelle di camello, Sant'Agostino nel ieratico paludamento episcopale, e San Nicole da Tolentino nel nero saio agostiniano, che l'invitano ad andare con loro»

Viene después la época de intensas efusiones divinas El dolor pasado ha concentrado y purificado el amor, y ahora su unión con la voluntad divina, su oración, su amor a la eucaristía, su entrega al prójimo, su fortaleza, su prudencia, su justicia, alcanzan unas cimas insospechadas.

Hemos dicho que Santa Rita era «una revancha a lo divino» Allí, en un rincón de la Umbría, como un gigante, mientras la Iglesia se desangra, lucha ella las grandes batallas de Dios. Porque estas batallas no se ganan con fuego y con acero, sino con la sangre del propio corazon a costa de un holocausto secreto y constante.

Allí vivió pobre, obediente y casta. Bien se le podían aplicar aquellas palabras de San Agustín: «Custodi obedientiam, ut percipias sapientiam et percepta sapientia, noli deserere obedientiam» *(In Ps.* 118, XXII, 12) Ella adquirió esa sabiduría ignorada, pero nunca abandonó la obediencia. Penetró hondamente el misterio de la cruz. Como Francisco de Asís, se ve sellada con uno de los estigmas de la Pasión: una espina en la frente, que le produce dolores insoportables y el martirio de ser enojosa a los demás por el repugnante olor que despedía.

¿Alucinación? ¿Histerismo? ¿Fantasía?

No; es el misterio de la cruz incorporado a su vida, que es ya un tejido indescifrable de dolores. Pero esta crucifixión interior no se manifiesta al exterior mas que por un derroche casi infini-

to de dulzura y de caridad. El amor ha llegado a su plenitud y se desborda en entregas.

Va a Roma. Aquella Roma combatida recibiría con la visita de la Santa un impacto nuevo.

No faltan en el último período de la vida de Rita detalles deliciosamente poéticos. Cuando su alma es como una viña cargada de frutos maduros, en un día blanco y adusto de enero, fue a visitarla una amiga. Al despedirse le dijo que si quería algo para su aldea.

> Sí —le contesto— Os ruego que, apenas lleguéis al pueblo, vayais al huerto de mi casa, corteis allí una rosa y me la traigais

También le pidió dos higos maduros.

La mujer creyó que la santa deliraba. No sabía que los delirios de los santos, Dios los hace realidades. En el jardín encontró milagrosamente florecida una rosa y maduros los higos.

¡Qué significativo es este pasaje de su vida! Tiene conmovedoras resonancias del Cantar de los Cantares, cuando el Esposo, ansioso ya de la plena posesión de la Esposa, le canta:

> «Levantate, amiga mia, esposa mia, y ven, que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias Ya han brotado en la tierra las flores [] ya ha echado la higuera sus brotes [] Levantate, amada mia, esposa mia, y ven» (3,10-13)

¡Qué importa que la naturaleza esté de invierno, si el alma de Rita está como los trigales, rojos y granados por el sol!

El 22 de mayo, al cumplir cabalmente setenta y seis años, en el año de gracia de 1457, entregó a Dios su espíritu.

Sirvió de edificación en su muerte, como había servido en su vida, porque *la muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios.*

Fue santa hasta la hora de nona... y ¡qué difícil resulta eso a la frágil naturaleza humana! Una santa de la Edad Media que podría emplazarse muy bien en nuestros días. Una maravillosa conjugación de valores divinos y humanos, de estados de vida.

La noche de la fe de los santos, y por extensión de los cristianos, es la contrapartida más lograda a la noche de desesperanza y angustia de la época actual.

Los modernos pensadores hablan de «un hálito oscuro» que impregna los años que están por vivir. Ese vaho todo lo vuelve

negro y amargo, monótono y vacío. Es el paso de la angustia, que troncha de raíz la vida del espíritu.

En cambio, en las noches de la fe, aunque más torturantes porque el alma ha experimentado en otros tiempos algo de la luz de Dios,

> «Estamos llenos de presentimientos, experimentamos una proximidad muy grande como de brazos abiertos y desde las estrellas un interminable advenimiento...».
>
> «Nos hallamos envueltos por este *nocturno raudal de la luz de la fe,* y allí estamos y vivimos, amando como se ama con sencillez, sin buscar la razón o la esencia de la vida» (M. MULLER, *Angustia y esperanza* [Barcelona 1956]).

La fe es la que tiene poder para cambiar el «hálito oscuro» de los modernos pensadores en hálito de esperanza. Y ya con la esperanza se superan obstáculos, se allanan los caminos.

Los santos están revestidos de un cierto sentido de infinitud y producen en el alma la impresión de lo que está muy cerca de Dios. Dijimos que él les constituye en sus colaboradores, y por ello se obliga a regalarles más con sus dones. Los santos son un eco de la eternidad de Dios. Por eso para ellos no hay tiempos ni lugares, aunque también respondan, en el orden de la Providencia, a la necesidad concreta de un tiempo y un espacio.

Santa Rita, como todos los santos, es un triunfo definitivo de la fe y del amor. De ese amor que nunca se da por vencido.

M.ª DEL PILAR ALASTRUÉ CASTILLO

Bibliografía

Act. SS. Boll, 22 de marzo: *Vita*, de CAVALLUCCI

CABEZA, J. R., SI, *Vida de Santa Rita de Casia* (1913).

CONNOLLY, R., *Life of St. Rita of Cascia* (Londres 1903)

CURTIUS, C., *Vita Beatae Ritae de Cascia* (Amberes 1630).

MARABOTTINI, P., *Vita di Santa Rita di Cascia* (Roma 1923).

TARDI, L M., *Vita di Santa Rita di Cascia* (Roma 1900).

VANUTELLI, L., *Vita di Santa Rita di Cascia* (Perusa 1925).

• Actualización:

BERGADANO, E , *Rita da Cascia* (Cinisello Bálsamo [5]1996).

CHIRON, Y , *La verdadera historia de Santa Rita, abogada de las causas perdidas* (Madrid 2003)

GARCIA LOPEZ, J., *Santa Rita, abogada de los imposibles* (Madrid 2001).

GIOVETTI, P., *Santa Rita da Cascia. Sposa e madre, umile monaca, grande taumaturga* (Cinisello Bálsamo 2000).

LORENZINI, CH., *Santa Rita da Cascia* (Asís 1997).

VILLA VAZQUEZ, L., *Rita de Casia. La santa del perdón, del silencio y del amor* (Monachil, Granada 1997)
VOLPI, D., *Rita da Cascia* (Padua 1985).

SANTA JOAQUINA VEDRUNA DE MAS

Viuda y fundadora († 1854)

Hermosa, pura y blanca era la niña a los seis años: jugaba y revoloteaba en los jardines de la casa paterna, y, «si acontecía manchársele el vestido con tierra o lodo, escondíase luego y solita lavaba su traje, poníalo al sol y poníase ella a rezar candorosamente al Niño Jesús y a las benditas almas para que se secara pronto». Era un espejo de limpieza: no podía sufrir manchas ni aun en su ropa, ni quería con ellas ofender por un momento la vista de su buena madre.

Tan buena y delicada era Joaquinita de Vedruna. Había nacido el 16 de abril de 1783 en Barcelona, la gran urbe condal. Sus padres, don Lorenzo de Vedruna y doña Teresa Vidal, formaron su hogar como un nido de amores cristianos a prueba de todos los sacrificios. Eran ricos y nobles. Don Lorenzo ejercía el cargo de procurador de número en la Audiencia del principado y vio bendecida su sagrada unión con numerosa prole. Doña Teresa era una de aquellas mujeres fuertes alabadas por el sabio: noble, hacendosa y abnegada en sus deberes maternales. Cuando nació Joaquinita todo fue alegría y pura felicidad: huyó el dolor ante aquel ser que nacía para aliviar a cuantos encontrase al paso en su larga y fecunda vida.

Criada en el regazo materno dócil y sumisa, sintió al despertar su razón en los besos amorosos de su cristiana madre el aliento de lo divino, y brotó en su alma la primera revelación de su destino en cuanto supo amar a Dios. Así, a los doce años, notando el vacío que dejaba en su alma lo de acá abajo, lanzándose con valor fuera del nido donde había nacido, llamó a las puertas del convento de madres carmelitas de Barcelona, pidiendo con insistencia el santo hábito.

No fue, por cierto, admitida su humilde demanda: era jovencita y las religiosas no creyeron prudente ni aun mantener sus ilusiones para un corto plazo. Volvióse, pues, al hogar paterno: allí haría otro indefinido *noviciado* que la preparase para los

designios de Dios sobre ella. ¡Designios realmente inescrutables! Dios tiene muchos caminos, y, nueva Juana de Lestonnac o Francisca Frémiot de Chantal, será como ellas una santa viuda y madre de familia, además de religiosa y fundadora, pasando así por todos los estados.

Efectivamente, el 24 de marzo de 1799 se casa con don Teodoro de Mas, rico hacendado de Vich, procurador de los Tribunales al igual que su suegro —con el que le unía de antes, por su mismo oficio, gran amistad—, y que había reparado en las excepcionales dotes y sencillez de la menor de las tres hijas de don Lorenzo. Dieciséis años vive santamente con él, con una descendencia de ocho hijos, hasta que su esposo fallece el 5 de marzo de 1816.

La estampa de sus hijos es fiel retrato de tan buenos padres. Dos mueren en temprana edad; pero de los seis supervivientes, cuatro hijas se consagran a Dios por medio del estado religioso: dos franciscanas en Pedralbes, dos religiosas cistercienses en Vallbona, y hasta su hijo José Luis llegó a entrar en la Trapa, pero su salud no le permitió seguir, habiendo sido luego un ferviente católico y modelo de padres cristianos. La otra hija, casada también, Inés, tuvo seis hijos, varios de ellos religiosos.

Entretanto, tiempos aciagos corrían para España en el primer decenio del siglo XIX. Las tropas de Napoleón habían invadido la Península, sembrando la desolación y la muerte doquiera hallaban resistencia; y... la hallaron por todas partes, más o menos. Todos fueron soldados y héroes; se organizaron milicias nacionales, y el heroísmo dejó de parecer tal en fuerza de practicarlo todos hasta la muerte. Don Teodoro de Mas, noble por tradiciones de sangre y de valor militar, no desmintió su linaje, y, dejando las pingues ganancias que le daba su ocupación en la Magistratura de Barcelona, se retiró con su familia a su posesión «El Manso de El Escorial», de Vich, para tomar parte en la defensa desesperada de la Patria. Alistóse en las filas del heroico barón de Sabassona, que le nombró su ayudante de campo, y en el mes de abril de 1807 se le encuentra en cinco batallas sangrientas. En Vich entraron los franceses el 17 de abril a sangre y fuego, y don Teodoro batióse en retirada épica, causando al

enemigo no pocas bajas. Entretanto doña Joaquina hubo de abandonar la casa solariega de Mas, refugiándose en las montañas del Montseny con sus pequeños hijos hasta que pasó la tromba bélica.

De doña Joaquina como esposa y madre nos hace el más cumplido elogio el mismo decreto de beatificación por Su Santidad Pío XII (19 de mayo de 1940):

> «Unida en matrimonio, cuanto le fue permitido, detesto las vanidades y cosas del mundo, estuvo *completamente sometida a su marido,* cumplio *diligentemente* sus obligaciones de esposa y madre, y educo a sus hijos con admirables resultados, formandolos en sus deberes religiosos y ciudadanos».

Mas era necesario que la tribulación templara su espíritu, y así la divina Providencia amorosamente probó aquel feliz hogar con la muerte del esposo y del padre. Privada de su marido y conformada en su viudez, entregóse ahincadamente al cuidado de sus hijos y de su hacienda por espacio de diez años, consagrándose totalmente a su educación, a las obras de piedad para con Dios y de caridad para con el prójimo, mientras con oraciones y ásperas penitencias imploraba luz y fuerzas para conocer claramente la voluntad de Dios y para seguirla. Así, por cama tenía una estera, y por almohada una piedra; frecuentaba los hospitales de Vich e Igualada, confortando a los enfermos con su palabra, sonrisa y limosnas. Doña Joaquina vino a ser pronto popular entre los pobres y asilados.

Mas su corazón se iba despegando cada vez más de los bienes terrenos. Ahora ella es solamente esposa de Cristo. Un director espiritual, muerto en olor de santidad, el capuchino padre Esteban de Olot, conocido por el «apóstol del Ampurdán», es el que la llevará por la más alta senda de la perfección. Y aunque ella prefiere la vida contemplativa, el santo fraile le advierte que Dios la llama para fundadora de una Orden religiosa de vida activa, de enseñanza y de caridad. En esto un personaje providencial tercia entre las dos almas: el obispo de Vich, doctor Corcuera. No habrá de llevar hábito de terciaria capuchina, sino de religiosa carmelita; es lo que decide el virtuoso prelado. Aquel su deseo infantil de los doce años se cumple ahora, tras un largo rodeo. ¡Rutas maravillosas del Señor!

El padre Esteban de Olot redacta las reglas, reglas sapientísimas que a lo largo de un siglo no han sufrido la menor variación, y después de su profesión religiosa ante el obispo de Vich (6 de enero de 1826) inicia su obra de fundadora el 26 de febrero del mismo año con ocho doncellas. Pronto surgen contrariedades; le toca beber el cáliz de Jesús, en frase suya. Dos incipientes vuelven la vista atrás. No se desanima; pronto serán trece, y a no tardar, como el grano de mostaza, pasarán del centenar. Vich es la primera fundación: la cuna de la Congregación de las Carmelitas de la Caridad. Luego el hospital de Tárrega (1829), y en el mismo año la Casa de Caridad de Barcelona, donde permanece hasta 1830; Solsona, Manresa, hospital de peregrinos de Vich y Cardona son otras tantas fundaciones tras no pocas peripecias.

En esto la guerra civil se echa encima. Después de fundar en el hospital de Berga, plaza ocupada por los carlistas, tiene que internarse en Francia al caer aquella población en manos de las tropas liberales. Después de penoso calvario por los Pirineos llega a Prades (1836) y sigue hasta Perpiñán, donde halla a una señora conocida suya, de Barcelona, que fue el ángel protector en el destierro de la pequeña comunidad. Pasada la ráfaga, vuelve a España en 1842, reabre el noviciado, y, después de nuevas fundaciones, tiene el consuelo de ver aprobar canónicamente la Congregación en 1850. Otro obispo español, el santo padre Claret, antes de salir para su sede de Cuba aporta su granito de arena a los estatutos de la Congregación, aunque siguiendo indicaciones del doctor Casadevall, prelado vicense a la sazón.

Vuelve entonces a Barcelona, su ciudad natal, donde Dios la reclamará para sí. En efecto, en la Casa de Caridad le sobreviene un ataque de apoplejía, y hasta el cólera morbo, que entonces domina en la ciudad condal, se ceba en ella, y así muere santamente el 28 de agosto de 1854. Dios permitió que su cadáver no padeciera los trastornos de los apestados para consuelo de cuantos acudieron a implorar favores por medio de su sierva. En 1881 se trasladaron sus restos a Vich, donde aún hoy yacen. Beatificada por el papa Pío XII, ha sido la primera santa canonizada, el 12 de abril de 1959, por Su Santidad Juan XXIII.

Después de su muerte siguió desde el cielo estimulando su obra. Rápido fue el incremento de la Congregación de las Carmelitas de la Caridad, rebasando primero los lindes de Cataluña y luego los de la Península para saltar más allá de las fronteras y de los mares. Ahora [1959] son 160 casas con un total de 2.218 religiosas, 40.739 las niñas educadas en sus colegios y 4.443 las personas asistidas en diversos hospitales.

La madre Vedruna vive en un siglo turbulento, siglo de impiedad filosófica, de revolución y discordias civiles e intestinas. Su vida no contiene milagros ni cosas extraordinarias, ciertamente; pero esa su vida abnegada, paciente, humilde y laboriosa, santificando todos los estados en que puede encontrarse una mujer, contiene una gran dosis de callado heroísmo y sacrificio, secreto de la santidad de esa humilde y fragante violeta.

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

NONELL, P., *Vida y virtudes de la Madre Joaquina Vedruna y de Mas* (Manresa 1905)
PAMPLONA, I DF, *Vida y obra de una insigne educadora La sierva de Dios Madre Joaquina de Vedruna de Mas* (Vich 1926).
- Actualizacion:

DOMINGUEZ PRIETO, J. M., *Joaquina Vedruna* (Burgos 1999)
JOAQUINA DE VEDRUNA, Santa, *Epistolario* (Vitoria 1976)
MARTIN BIENDICHO, L., *Joaquina de Vedruna* (Barcelona ⁶2000).
SERNA, C., *Espiritualidad de Santa Joaquina de Vedruna de Mas* (Barcelona 1960)

BEATA MARÍA DOMENICA BRUN BARBANTINI

Virgen y fundadora († 1868)

Nace en Lucca el día 17 de enero de 1789, el año de la Revolución Francesa, que tres años más tarde llegaba a Italia acelerando el liberalismo y organizando distintas repúblicas que ocasionaron diversos enfrentamientos franco-austríacos. Fue el segundo fruto del matrimonio formado por Pedro Brun y Juana Granucci, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente. Su padre, suizo, había emigrado a tierras italianas, formando una familia de sólidas virtudes cristianas. Sobrevivió a seis hermanos, manteniendo unas relaciones excelentes con todos ellos.

Su madre, una mujer «sabia y virtuosa», al enviudar se trasladó a una modesta vivienda, inculcando a sus hijos la fe cristiana.

A instancias de su madre contrajo matrimonio el 22 de abril de 1811 con Salvador Barbantini, propietario de un negocio de alquiler de telas para el adorno de iglesias y locales, una actividad que no resultaba demasiado floreciente. El matrimonio duró sólo cinco meses, al fallecer su marido de improviso en septiembre del mismo año. La misma noche de inicio de viudedad se consagró al Señor para siempre: «Dios de mi corazón, os doy gracias en medio de las amarguras que me circundan [...] Desde ahora en adelante seréis el dulcísimo esposo de mi alma». El 15 de febrero de 1812 nació un hijo póstumo, Lorenzo. Son años de intensa laboriosidad para proseguir en la actividad comercial de su marido, dar afecto de madre a su hijo, proveyendo a su educación humana y cristiana. Es el tiempo de fecundidad apostólica.

Viuda a los 22 años de edad, en estado interesante, de vida austera, con excelentes dotes físicas y morales, constituía un buen partido, y un nuevo matrimonio podía ser un remedio providencial, un apoyo material y moral. A todo renunció para dedicarse al hijo, que, desgraciadamente, falleció a los 8 años de edad. En 1819 organiza la Pía Unión de las Hermanas de la Caridad que, dos años después, logró el reconocimiento canónico de mons. Felipe Sardi, arzobispo de Lucca, prólogo de la futura congregación.

Obediente a su confesor el canónigo Andrés del Prete, fue la promotora en 1820, año de la muerte de su único hijo, bien purificada en el dolor, de una fundación de contemplativas Oblatas de San Francisco de Sales.

En 1824 adquirió el palacio Lucchesini para las oblatas, supervisando las obras que duraron cinco años, porque no conocía obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y del bien de las almas: «pongo todo mi empeño en el progreso de esta obra, como hice desde su inicio, persuadida de que podrá ser para la mayor gloria de Dios». Recurrió a personas piadosas y distinguidas para recaudar fondos, asistiendo a la bendición de la iglesia: «Gozo y tanto gozo en cuanto grande ha sido la parte que con Vos y por Vos he sufrido». El enemigo pretendió una

calumnia para ofenderla en su honor, «el punto más delicado en una mujer honesta», que toleró generosamente por amor a Dios. Una generosidad que puso a prueba para desenmascarar a sus enemigos. Tranquilidad, ésa fue su reacción, dejando patente su humildad heroica porque no se trataba de «una cruz cualquiera, sino de la que Dios ve conveniente para humillar nuestra soberbia», perdonando de corazón a sus enemigos.

Vivía en el monasterio de las Oblatas pero su corazón estaba con los enfermos. Un conflicto fatigoso que la atormentaba. Tenía cuarenta años y estaba a las puertas de realizar un proyecto que descubría su propia vocación: atender a los enfermos de forma eficiente y estable. Y se puso manos a la obra.

El encuentro con el padre Antonio Scalabrini, procurador y luego superior general de la Orden de San Camilo de Lelis, le permitió conocer el espíritu caritativo del santo servidor de los enfermos. De este feliz encuentro nacieron las Oblatas de María Santísima Dolorosa el 2 de febrero de 1829, llamadas «Ministras de los enfermos» a partir de su agregación, en 1842, a la Orden de Ministros de los enfermos. El Beato Pío IX firmó el *decretum laudis* el 23 de marzo de 1852.

En la maduración de su espíritu en el sufrimiento descubrió su vocación, organizando una congregación femenina que en sus inicios no pronunciaban votos, sirviendo a Nuestro Señor en la persona de los pobres, y en ellos al «Dios humanado, agonizante en el huerto o expirando en la Cruz [...] a ellos debemos prestar los oficios humildes, modestas, llenas de celo». Mujer dotada de una extraordinaria vida interior, estuvo encargada de reformar algunas comunidades femeninas establecidas en Lucca, como las «Celestinas». Conocedora, además, de la problemática de las jóvenes y culturalmente preparada, dio admirable ejemplo carismático en momentos políticamente turbios de su tiempo, cuando en 1849 la revolución de los republicanos radicales italianos promovió la persecución contra los jesuitas, negando el amor cristiano como una utopía inalcanzable y provocando un cambio social histórico en el viejo continente.

Mujer sabia y experimentada, obediente a la voluntad de Dios en los diferentes estados de su vida, habituada a la donación de sí misma, demostró en su entrega amorosa a los enfer-

mos que su corazón estaba adornado de grandes virtudes. Podemos afirmar que esta mujer, benefactora de la humanidad, fue escogida como precursora del moderno voluntariado, organizando una asociación de seglares dedicados a la asistencia caritativa de las familias pobres y enfermas en un tiempo en que prevalecía la opción contemplativa y se limitaba la acción apostólica femenina. La asistencia domiciliaria a los pobres enfermos es una característica singular en ella.

En esta mujer emerge una personalidad caracterizada por la claridad de pensamiento y el coraje en las obras de apostolado, capaz de discernir la llamada más urgente y prioritaria de las necesidades humanas, tenaz en conseguir los objetivos de una obediente entrega a la voluntad divina. Una verdadera trama de relaciones humanas descifran su vida, encontrando laicos y sacerdotes, familiares y amistades que la acompañaron en estos proyectos. Una vida diversificada como esposa, madre y religiosa, protagonista de iniciativas asistenciales y eclesiales, cuyo centro es el amor «especialmente a los enfermos y moribundos». Ésta es la motivación evangélica y el carisma de su Instituto. Invita a sus religiosas a «gobernar el corazón, y sus pasiones, para dirigirlo por entero a Dios». La vida cotidiana alterna las preocupaciones con las pequeñas alegrías del trabajo bien hecho, buscando siempre agradar a Dios para saber qué quiere que haga.

Su dedicación a los enfermos en su propio domicilio desde el momento de su viudez la convirtió en caridad, huyendo del egoísmo espiritual, que puede no ser mas que puro amor propio, para buscar el amor a Dios por Dios, y no la propia satisfacción personal.

> «Amar lo que ama Dios, deseando lo que desea Dios, para hacer lo que Dios desea en mi»

Su madurez espiritual es un fruto que nace en la purificación diaria de cuanto Dios permite que suceda.

> «La virtud no consiste en hermosas palabras, ni en cualquier momento enfervorizado, sino unicamente en vencerse a si mismo»

Jesús crucificado se convirtió en «su bien [...] en su único y solo amor», al que buscó, amó y sirvió en los enfermos, asis-

tiéndoles con el «corazón modelado según el de Jesucristo y completamente ardiente de su caridad», consciente de que «a Jesús mismo van a servir».

Redactó el texto de las Constituciones:

> «El fin de este Instituto no es solo la propia santificacion sino tambien la asistencia a los pobres enfermos [] El carisma [] esta formado por las obras de misericordia a los enfermos»

Texto aprobado por el arzobispo Stefanelli en 1841, quien, asimismo, la nombraba superiora de la comunidad, emitiendo los votos el 15 de agosto del año mencionado. En 1848, durante la revolución, adquiere la casa Morelli aneja a la Iglesia de la Santísima Trinidad, debido al aumento de vocaciones. Afrontando los problemas provocados por las leyes de *manos muertas* que reconsideraba el patrimonio de propiedad eclesiástica, logra salvaguardar los bienes de la naciente congregación de los depredadores amparados por la ley.

La unión con la familia camiliana reclamaba el signo externo que les caracteriza: la cruz roja, un signo que San Camilo había obtenido del papa Sixto V en 1586, que desde este momento también lucirán sus religiosas. La triste llegada del cólera morbo a Lucca en 1855 motivó que les fuera encomendado el Lazareto y la atención a los enfermos coléricos, falleciendo en Pescia una hermana atendiendo a los contagiados. Su corazón no se saciaba bastante en el ejercicio de la caridad, adornado con su celo, actividad infatigable e innegable perspicacia. Una santidad tan ejemplar no podía quedar ajena a grandes tribulaciones y persecuciones, en las que participaron incluso algunos sacerdotes, aquellos que debían ayudarla: «Nunca podremos conocer los caprichos de los grandes que se creen servidores de Jesucristo».

La claridad de pensamiento, el coraje puesto en el apostolado y los exitosos frutos que obtenía le granjeaban el afecto y la simpatía. Realmente poseía un espíritu sensible lleno de amistad y afecto a todos, depositario del carisma de la misericordia a los enfermos, luchando por la dignidad humana y ofreciéndole al enfermo su afecto dilatado por la caridad, que supera todo amor. Abrio caminos superando la barrera de los prejuicios establecidos contra los valores de la mujer En ella se debe evidenciar la grandeza que la llenaba al aceptar la propia prueba,

ejercitando una austera disciplina para ser «siempre igual y tranquila» Amor a Jesús que se ha dignado, con tanta misericordia y predilección, llamarme a servirle en la persona de los pobres que sufren y moribundos.

Caridad sin restricciones, con una dulzura sin alteraciones, con una humildad que ceda todo a todos, con un celo que desprecie las fatigas y peligros, el oprobio y la calumnia, y hasta la muerte, para ser útil al prójimo por amor a Dios.

> «Ama, para amar unicamente y con recta intencion de agradar le solo a el, venciendote a ti misma que es la victoria de las victo rias [] sin lamentos, y cuando te sea posible, con alegria»
>
> «En su tiempo fue un ejemplo de mujer fuerte, llena de maternidad, de caridad y exquisita sensibilidad En estos tiempos de va lorizacion de la mujer se convierte en un faro que ilumina el autentico valor de la mujer en la Iglesia y en la sociedad Ella ofrece a este mundo complejo y contradictorio la luz de esperanza en el testimonio del amor a la medida del amor de Cristo El camino de la caridad, sensible al grito de los que sufren, enfermos y marginados, que vivio ejemplarmente esta gran mujer»

Recomendando a sus religiosas el ejercicio de la caridad para con los pobres enfermos falleció el 22 de mayo de 1868, a los 79 años de edad, recibiendo sepultura en el oratorio de Mammoli, siendo trasladados sus restos en 1898 a una capilla de la Iglesia de la Santísima Trinidad de Lucca. El proceso informativo sobre su fama de santidad se abrió en 1927, concluyendo en 1931. En 1970 el proceso pasó a la Congregación para la Causa de los Santos. Juan Pablo II firmo el 26 de marzo de 1994 el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, y el 21 de octubre del mismo año se reconocía el milagro de la curación extraordinaria, leyéndose el decreto en presencia del Santo Padre el 15 de diciembre

El milagro: un hombre de 36 años, Pedro G , sufre en el mes de mayo de 1959 intensos dolores abdominales y vómitos, diagnosticándole de urgencia una pancreatitis hemorrágica con peritonitis y estado de shock acentuado. La intervención quirurgica efectuada reconocio la grave situación clínica del enfermo y la fase muy avanzada de la enfermedad. Inesperadamente, apenas tres horas después, el enfermo confiesa a sus familiares sentirse bien, con la natural sorpresa de los facultativos que pronosticaban un fatal desenlace.

Fue beatificada por Juan Pablo II el 7 de mayo de 1995, quien recordó:

> «La fe heroica y amor generoso al prójimo [] que transmitia con su existencia [] En ella reencontramos la imagen vigilante y premurosa del Buen Pastor que, consciente de ser una "criatura nueva" en el sacrificio de Cristo, no ha dudado en responder a la Gracia divina con el amor [] dejando una herencia y una mision tanto mas actual como preciosa Un amor evangelico concreto por los ultimos, los marginados»

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum (Roma 1992) cols 220 221

BRAZZAROLA, B , MI, *Ricerche e studi su la vita e l'opera della Serva di Dio Maria Domenica Brun Barbantini (1789 1868)* (Roma 1980)

L'Osservatore Romano (7 5 1995)

Martyrologium romanum, o c , 282

RESCH, A (ed), *Miracoli dei Beati* II *1991 1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 407 415

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ATÓN DE PISTOYA

Obispo († 1153)

Que este santo era natural de Badajoz lo sostuvo el P. Flórez en su *España Sagrada* y lo han seguido otros hagiógrafos y lo tiene por suyo la diócesis pacense. Otros pretenden que fue natural de Val di Pesa o Pescia, o de Passignano, en Italia. Debió nacer hacia el año 1075, pues su cuerpo, que se conserva incorrupto, es el de un anciano de entre 75 y 80 años.

Fuera o no español, lo cierto es que a comienzos del siglo XII era monje del monasterio de Valleumbrosa y que hacia 1120 fue elegido abad general de la congregación, fundándose varios monasterios nuevos durante su generalato. Tanto en su etapa de monje como luego en la de obispo no dejará la pluma y publicará comentarios bíblicos y hagiografías.

Muerto en 1133 el Beato Bernardo Uberti, obispo de Pistoya, el papa Inocencio II, que, como es sabido, estaba sostenido por los monjes más reformistas frente a su rival, lo eligió obispo de Pistoya el 21 de diciembre de 1134.

Atón se dispuso a ser un buen obispo y a dar ejemplo de reforma de vida, conservando sus costumbres monacales en la sede episcopal. Los ayunos y abstinencias propias de un convento se seguían en el palacio del obispo, y todo en él fue austeridad, modestia y compostura. No se sintió desligado de su Orden, a cuyos capítulos seguía asistiendo, y como tal obispo se sintió en el deber y el derecho de visitar los monasterios y exigirles la mayor observancia regular.

Fue un hombre de paz. Ya de monje había intervenido en polémicas civiles con el fin de componerlas, ahora de obispo con mayor autoridad y en nombre del papa procuró paz en el seno de la Iglesia, componiendo disputas entre obispados y entre canónigos y monjes.

Muy preocupado por la suerte de los pobres, favoreció los hospitales y asilos de la diócesis y fundó uno nuevo, dedicado al Apóstol Santiago, del que era devoto y del que consiguió una reliquia de parte del arzobispo Gelmírez, de cuya escuela canonical era maestro un clérigo de Pistoya.

Los papas sucesivos le mostraron su confianza y tuvo siempre el amor de su pueblo. Murió santamente el 22 de mayo de 1153, aunque en algunas fuentes se señala el 21 de junio como día de su tránsito. Su cuerpo incorrupto se conserva en la catedral de Pistoya. El papa Clemente VIII permitió en 1605 a la diócesis de Pistoya celebrar su fiesta.

BEATA HUMILDAD DE FAENZA

Abadesa († 1310)

Rosanna Negusanti nació en Faenza, en el seno de una rica familia, el año 1226. No tenía más que quince años cuando fue dada en matrimonio a un joven de la familia Caccianemici, llamado Ugolotto. Tuvo con él dos hijos que murieron en la infancia.

Su matrimonio funcionaba mal porque el marido le era infiel y, además, era un joven disipado e irresponsable, que no parecía amar a su esposa. Intervino la enfermedad para arreglar las cosas. Se puso él enfermo y ella lo atendió con amor, y él cayó en la cuenta de su mala conducta. Traído a vida más cristiana, ella se atrevió a proponerle irse ambos a un convento, y, en efecto, decidieron entrar en el doble monasterio de Santa Perpetua, cerca de Faenza. Ella entró para monja y él para hermano converso. Él tomó el nombre de Ludovico o Luis y se granjeó fama de vida santa hasta el punto de que en algunos santorales aparece con el título de beato, bien que ni siquiera en su Orden de Valleumbrosa haya tenido nunca culto.

Tenía ella veinticuatro años y decidió tomar el nombre de Humildad. No terminaba de convencerla la observancia de su monasterio y logró pasar a uno de clarisas, pero, finalmente, en 1254 decidió llevar vida de reclusa en una celda pegada a la iglesia de San Apolinar bajo la dirección de los monjes de San Crispín, que eran de la congregación de Valleumbrosa. Vivía sólo de pan, agua y algunas verduras. Aquí perseveró durante doce años dando alto ejemplo de religiosidad y mortificación.

Fue el obispo Santiago Petrella el que la convenció de que dejara la reclusión y fundara, con varias jóvenes que habían querido construir también celdas de reclusas junto a la suya, un convento de monjas de Valleumbrosa, lo que hizo haciéndose cargo del viejo monasterio de la Malta, fuera de las murallas de Faenza, llamandose en adelante monasterio Santa María Novella. Ella fue la primera abadesa y con su propia escrupulosa observancia de la regla benedictina y de las constituciones de San Juan Gualberto estimuló a las demás religiosas. Fundó luego un segundo monasterio de la misma Orden en Florencia, que puso bajo la advocación de San Juan, cuya iglesia se consagró en 1297, y al cual ella se trasladó igualmente como abadesa. Aquí, sin perder sus relaciones con sus monjas de Faenza, perseveró en su vida santa hasta que el Señor la llamó cuando ya tenía ochenta y cuatro años, el 22 de mayo de 1310. Dejó escritas sus experiencias místicas del trato con los santos ángeles. Su culto fue confirmado el 27 de enero de 1720. En 1942 fue nombrada copatrona de Faenza.

BEATO JUAN FOREST

Presbítero y mártir († 1538)

Este religioso franciscano inglés dio la vida por la fe católica en el reinado de Enrique VIII, a cuyo cisma no quiso sumarse. Era natural de Oxford, como parece, y había nacido en 1471. En 1488 decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de Hermanos Menores, en la rama de los Observantes. Hace el noviciado y profesa en el convento de Greenwich.

Nueve años más tarde regresa a Oxford a fin de hacer estudios superiores de teología, después de los cuales es ordenado sacerdote y vuelve a su convento. Aquí se acredita como buen predicador y persona de vida santa, y por ello el cardenal Wolsey le encomienda el púlpito de la iglesia de St. Paul's Cross. La noticia de su cultura y santidad llega a la corte y la reina Catalina de Aragón lo reclama como capellán, eligiéndolo después como su confesor, el tiempo que la corte pasaba en Greenwich.

Por esta su presencia en la corte llega a conocer personalmente al rey Enrique VIII, quien le muestra estima y da señales de confianza y amistad. Su crédito en el seno de la Orden crece también y es elegido guardián del convento.

Cuando se empieza a difundir el propósito del rey de anular su matrimonio con la reina Catalina, la Orden franciscana no deja de manifestar su oposición al proyecto, lo que provoca las iras del rey hasta el punto de que fray Juan reconoce ante sus frailes su temor de que el monarca disuelva la Orden en Inglaterra. Fray Juan no tuvo empacho en predicar en su iglesia de St. Paul's Cross contra el divorcio del rey.

En 1534, tras la negativa papal a anular el matrimonio real, los hechos se precipitaron. Enrique VIII suprimió la Orden franciscana observante y sus religiosos debieron acogerse a la caridad de otros conventos. A finales de ese año es arrestado fray Juan Forest y llevado a prisión, de la que saldría un tiempo después. No falta quien dice que Forest se vio libre porque en la cárcel se avino a reconocer la supremacía religiosa del rey. Al salir de la cárcel se fue a vivir con los conventuales de Smithfield, donde más que libre parece confinado. Desde allí sigue en correspondencia epistolar con la reina Catalina y con su capellán el Beato Tomás Abel, que también moriría mártir. Escribe un

tratado contra la supremacía religiosa del rey. A quienes le consultan responde claramente que no se puede aceptar dicha supremacía.

Estos hechos provocan que sea nuevamente arrestado y se le pida conformidad con ciertos artículos que se le leen y él acepta, pero cuando los repasa por escrito para firmarlos, ve que eran claramente cismáticos y se niega a suscribirlos. Por ello es acusado de alta traición y condenado a muerte. Antes de morir se le volvió a ofrecer la vida a cambio de jurar la supremacía del rey, pero él afirmó que no abandonaría la fe católica ni a petición de un ángel. En Londres, en la plaza Smithfield, fue quemado vivo mientras oraba, junto con algunas imágenes sagradas, el 22 de mayo de 1538. Fue beatificado el 30 de julio de 1886.

BEATOS PEDRO DE LA ASUNCIÓN Y JUAN BAUTISTA MACHADO

Presbíteros y mártires († 1617)

En Kori, reino de Omura, Japón, fueron martirizados el día 22 de mayo de 1617 los religiosos y sacerdotes Pedro de la Asunción y Juan Bautista Machado. El primero pertenecía a la Orden franciscana observante y el segundo a la Compañía de Jesús.

El primero era natural de Cuerva, en el arzobispado de Toledo, y había entrado muy joven en la Orden franciscana, en la que profesó y, hechos los estudios teológicos, se ordenó sacerdote. Sus buenas cualidades y vida santa le valieron el cargo de maestro de novicios. Se mostró sensible a la llamada que se hacía desde Extremo Oriente para que nuevos misioneros acudieran a una mies que se presentaba como mucha. Fray Pedro de la Asunción decidió ofrecerse y fue aceptado, llegando a Manila el año 1600 y marchando un año más tarde a Japón. Aquí le encomiendan el convento de Nagasaki que debía presidir como guardián. Por su mansedumbre, bondad y caridad fue enseguida muy estimado y, siendo un director espiritual excelente, debió dedicar muchas horas todos los días al confesonario. Cuando llegó la orden de expulsión de todos los misioneros, él prefirió

quedarse. Se puso un traje seglar, se marchó a un pueblo cercano para pasar más inadvertido, pero un apóstata lo denunció. Arrestado en Isofai, pasó a la cárcel de Omura y luego a Kori.

El segundo era natural de Angra, en la isla Tercera de las Azores, donde había nacido en 1570 en el seno de una rica familia. Inclinado a la piedad desde pequeño, anhelaba ser misionero. En 1597 ingresa en la Compañía de Jesús. Hecha la profesión, se le aceptan sus deseos misioneros y es enviado a Oriente, haciendo sus estudios en Goa y Macao, y ordenándose sacerdote en esta última población. Aprendido el japonés, marchó a Japón el año 1609. Trabajó en Meaco y otras partes hasta el decreto de expulsión de 1614. Entonces los superiores le permitieron quedarse clandestinamente, pero no en Meaco sino en Omura y en las islas de Goto, donde trabajó con gran celo y eficacia. Delatado por un espía fue localizado y arrestado y llevado por mar a Kori, en cuya prisión ya estaba el P. Pedro de la Asunción.

Cuando ambos mártires se vieron juntos en la prisión, se abrazaron fraternalmente, y decidieron vivir en oración y plegaria todo el tiempo que estuvieran juntos. Como el gobernador fingió ignorar la causa por la que los dos europeos estaban detenidos, se les permitió sin problema celebrar la santa misa desde Pentecostés hasta el lunes después de Trinidad, en que tendría lugar su martirio. Se animaban los mártires mutuamente y oraban con fervor por la cristiandad japonesa sometida a persecución y por toda la Iglesia.

El 22 de mayo de 1617 se les comunicó que sería el día de su ejecución y ambos mártires recibieron con alegría la noticia ante la inminencia de su entrada en el cielo. Al caer la tarde salieron de la cárcel llevando cada uno su crucifijo, se dirigieron a la colina señalada para el martirio. Aquí se arrodillaron el uno enfrente del otro. Un tajo segó la cabeza de fray Pedro y tres la del P. Machado. En ese mismo lugar fueron enterrados ambos. Fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATO MATÍAS DE ARIMA

Mártir († 1620)

Matías nació en Cuzusa, Japón, el año 1571 y se dice que a los catorce años ingresó en la Compañía de Jesús, que lo destinó a la catequesis, encargo que cumplió con gran celo y eficacia.

Llegada la persecución, fue puesto al servicio del P. Provincial, que lo empleaba como persona de la mayor confianza para llevar las cartas y comunicaciones a los misioneros y las comunidades perseguidas. Ésta sería la causa de su martirio, pues dicha actividad de ayuda a los misioneros estaba severamente prohibida.

Descubierto cuando llevaba consigo ropa de iglesia, en el interrogatorio que se le hizo se buscaba que denunciara los nombres y el paradero de los misioneros y renegara de la fe cristiana. Como Matías se negaba tenazmente, fue atormentado de diversos modos. Primero le fueron propinados puñetazos y patadas, luego con un embudo le hicieron tragar agua hasta que ya no le cabía más en el vientre y arrodillándose encima de él se la hacían soltar en medio de las mayores fatigas, luego le echaron plomo fundido en las espaldas, lo que le dejó en estado de extrema debilidad. Como ninguno de estos tormentos ablandó su firmeza, lo condenaron a ser crucificado y lo devolvieron a la cárcel. Estaba muerto el 22 de mayo de 1620 cuando fueron a buscarlo. Fue beatificado el 7 de julio de 1867.

SAN MIGUEL HO DINH HY

Mártir († 1857)

Nace en Nhu-Lam, Vietnam, en el seno de una familia cristiana el año 1808. Admitido en la casa real como escribiente, llegó a ser mandarín de la compañía de tejedores de seda. Cristiano fervoroso primero, se enfrió su fe posteriormente y se le conoció un adulterio así como su falta de escrúpulos en acompañar al rey cuando éste ofrecía los sacrificios paganos.

Pero cuando llegó la persecución, mostró su fondo cristiano y no dudó en confesar la fe. Arrestado e instado a que se confesara adicto a los franceses, negó haber faltado a sus deberes ciu-

dadanos pero reconoció su religión y no quiso en modo alguno delatar a los misioneros y sacerdotes. Entonces lo sometieron a tormento y en el tormento dio los nombres de algunos. Cuando los vio arrestados les pidió perdón, diciéndoles que él creía que habían podido ponerse a salvo.

Llevado ante el rey, éste le pidió al menos una apostasía aparente para poder salvarlo, pero él insistió en que era cristiano y no renegaría de ningún modo. Atormentado fortísimamente, perseveró en su confesión de fe, y fue condenado a muerte.

Mientras lo llevaban, iban golpeándolo con una caña, dejándolo muy maltrecho. No pudiendo más, el mártir pidió que le dieran muerte sin esperar a llegar al sitio determinado. Así lo hicieron. Fue decapitado en An-Hoa el 22 de mayo de 1857. Canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTO DOMINGO (LORENZO) NGON

Martir († 1862)

El *Martirologio* llama Domingo a este mártir que en las listas facilitadas cuando la canonización figura como Lorenzo (cf. *AAS* 73 [1991] p.379: «Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la canonizzazione dei Beati Andrea Dung Lac... e compagni martiri. Piazza San Pietro, Domenica 19 giugno 1988, Anno Mariano, pgna. 18»). Nos parece, por ello, que el *Martirologio* ha debido cometer esta errata y que su verdadero nombre era Lorenzo.

Nació en Luc Thuy hacia 1820 y fue desde su juventud un cristiano sincero. Fundó una familia cristiana. Se ganaba la vida como agricultor. Arrestado, logró comprar su libertad con dinero. Pero cuando arreció la persecución de Tu-Duc, otra vez fue arrestado y esta vez llevado a la cárcel de An-Xá. Se escapó de la cárcel, reunió a su familia y le pidió que no hiciera nada indigno por lograr su libertad y voluntariamente volvió a la prisión.

Juzgado como cristiano, se le pidió repetidamente que renegara del cristianismo pero él mantuvo la confesión de la fe. Por ello fue condenado a muerte y al cabo de nueve meses de prisión, pasados en la oración y la exhortación a los cristianos presos para que perseveraran, fue llevado el día 22 de mayo de

1862 a ser decapitado. En el lugar de la ejecucion se hallaban su esposa y su madre, que presenciaron su muerte. Se entrego al verdugo con gran valor y coraje, confesando a Cristo. Fue canonizado el 19 de junio de 1999.

23 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Cartago, los santos Lucio, Montano, Julian, Victorico, Victor y Donaciano († 259), martires **
2 La conmemoracion de los santos martires de Capadocia en la persecucion de Maximiano († 303)
3 La conmemoracion de los santos martires de Mesopotamia, del mismo tiempo que los anteriores († 303)
4 En Langres (Galia Lugdunense), San Desiderio († 355), obispo y martir *
5 En Napoles (Campania), San Efebo (s IV), obispo
6 En Norcia (Umbria), San Eutiquio († 487), abad
7 En Norcia (Umbria), San Espeo o Esperanza († 517), abad
8 En Subiaco (Lacio), San Honorato (s VI), abad
9 En Niza (Provenza), San Siagrio († 787), obispo
10 En Sinada (Frigia), San Miguel († 826), obispo, defensor de las sagradas imagenes *
11 En Gorze (Lotaringia), San Guiberto († 962), monje *
12 En Roma, San Juan B de Rossi († 1764), presbitero **
13 En Witowo (Polonia), los beatos Jose Kurzawa y Vicente Matuszewski († 1940), presbiteros y martires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS LUCIO, MONTANO, JULIAN, VICTORICO, VÍCTOR Y DONACIANO

Martires († 259)

El martirio de los santos Lucio, Montano, Julián, Victorico, Víctor y Donaciano nos consta por sus actas, que Tillemont calificaba de pieza donde todo es digno de la gravedad cristiana, donde se manifiesta el amor cristiano de los primeros siglos y

todo respira el espíritu y las enseñanzas del gran San Cipriano de Cartago. Por su parte Ruinart decía de estas actas que son enteramente fidedignas y tales que con razón se computan entre los más preciosos y sinceros monumentos de la sacra antiguedad.

El martirio tuvo lugar en la persecución de Valeriano, comenzada el año 258, en el curso de la cual el obispo de Cartago, San Cipriano, dio precioso testimonio de Cristo y degollado consiguió la palma del martirio y el reino de los cielos. La persecución ejercida primero contra Cipriano continuó luego con otros miembros de la comunidad cristiana, a quienes la enseñanza de éste había iluminado y fortalecido. Los mártires que hoy se conmemoran consta por las citadas actas que fueron tomados presos y custodiados y les llegaron rumores de que el gobernador pensaba quemarlos vivos. El rumor era cierto, pues en efecto ése fue el pensamiento del gobernador. Los mártires recibieron la noticia con gran fortaleza de alma y estaban dispuestos a ser pasto de las llamas antes que apartarse de la adhesión cordial a Jesucristo. Por fin, el gobernador desistió de tomar esta drástica medida sobre la marcha y mandó en su lugar que los mártires fueran a la cárcel. Ésta era un calabozo oscuro, donde los confesores de la fe fueron como enterrados vivos, iluminándose el calabozo con la luz de la fe que ardía en el corazón de los mártires. Pasaron allí días y noches durísimos, siéndoles a todos muy penosa la detención en el calabozo y las penalidades que la acompañaban. Uno de los presos, que se llamaba Reno —y no es uno de los mártires de hoy—, tuvo una visión en sueño en la que le parecía que uno a uno los presos eran conducidos ante el tribunal, yendo delante de cada uno sendas lámparas, y que si la lámpara de cada uno no avanzaba, tampoco él seguía. Cuando Reno contó su sueño, todos tuvieron la sensación de que la lámpara era la fe de Cristo y que ellos estaban conducidos por ella. Tras pasar alegres el día por esta visión, al siguiente fueron llevados ante el procurador, el cual hacía las veces del procónsul pues éste acababa de fallecer. El procurador los llamó ante sí, los interrogó, pero los devolvió a la cárcel, sin mandar a ninguno al martirio. Y en la cárcel se añadieron otros tormentos a la detención: el hambre y la sed, ya que ni siquiera se les proporcionó agua a los enfermos.

Y en medio de aquella circunstancia el presbítero Víctor, uno de los mártires, tuvo una visión, según la cual entraba en la cárcel un niño con rostro resplandeciente y aunque parecía indicarles por donde salir, no hallaron sitio por donde hacerlo. El niño les prometió una más gloriosa corona. Víctor le pidió le mostrase dónde estaba el paraíso, y el niño le dijo que, si se lo mostraba, dónde estaría la fe. Víctor pidió una señal para dársela a sus compañeros, y el niño le dijo que les diera la señal de Jacob. Tras esto Víctor fue llamado y martirizado, habiendo muerto en la propia cárcel Donaciano, que al entrar en la prisión era catecúmeno pero tuvo la dicha de recibir en la cárcel el sacramento del bautismo, y así por camino sin mácula pasó del bautismo de agua al reino de los cielos. Tuvo también una visión la cristiana Cuartilosia, presa con ellos, de la que recibieron estímulo espiritual. Y llevaban ya dos días sin comer ni beber cuando el mártir Luciano logró que el catecúmeno Jenaro y el subdiácono Hercumiano trajeran a los presos la sagrada eucaristía, lo que fue de gran consuelo a todos.

Entre los detenidos estaban Montano y Julián que habían tenido unas palabras acerca de una mujer separada de la comunión de la Iglesia y, tras aquellas palabras, quedó entre ellos cierta frialdad. Pero Montano tuvo una visión en sueños en la cual veía que sus vestidos y sus carnes se volvían blancas y traslúcidas pero con algunas manchas en su pecho. Y comprendió que aquellas manchas se debían a su frialdad con Julián, sacando la conclusión de que la caridad fraterna tiene que vivirse con totalidad.

Pasaron largos meses en la cárcel, padeciendo oscuridad, hambre y sed y muchas penalidades, y por fin reciben la orden de comparecer ante el tribunal, siendo llevados al pretorio del presidente. Aquí los mártires confesaron la fe abiertamente. Pero de Flaviano, uno de los confesores, se dijo que no era diácono y entonces su causa quedó detenida, mientras que Lucio, Montano, Julián y Victorico eran condenados a muerte. Conducidos al lugar del suplicio, un gran concurso de gentiles y todos los cristianos los acompañaban. Éstos, siguiendo las enseñanzas del gran San Cipriano, se reunieron con mayor afecto y más crecido número que otras veces para mostrar su compañía y soli-

daridad a los mártires. Iban los confesores de la fe con rostro alegre, pero, además, con palabras manifestaron los sentimientos de su corazón. Lucio había quedado quebrantado por las penalidades de la cárcel y una grave enfermedad, y se adelantó sólo con unos cuantos compañeros por miedo de que, sofocado por la enorme muchedumbre, se viera privado de verter su sangre por la fe. Exhortaba a sus compañeros, que le decían que se acordara de ellos y él pedía que se acordaran de él. Julián y Victorico inculcaban a los hermanos la paz y llegaron asimismo al lugar del suplicio sin muestra de pavor alguno. Montano, por su parte, fuerte en el cuerpo y en el espíritu, recordaba a todos con voz profética que el que sacrificara a otros dioses fuera del Señor sería exterminado. Y conjuraba a los herejes a que por la abundancia de los mártires comprendieran dónde estaba la verdadera Iglesia. Lo mismo hacía con la precipitada prisa de los lapsos. La negociación de paz la remitía a la plena penitencia y a la sentencia de Cristo. Y a los que se habían mantenido firmes en la fe los exhortaba a la guarda de su integridad. Exhortaba a las vírgenes a defender su santidad y a todos recomendaba la comunión con la autoridad de la Iglesia, y a ésta le pedía que guardara la unanimidad. Cuando ya el verdugo estaba para degollarlo, oró en voz alta al Señor pidiendo que Flaviano le siguiera a los tres días y quiso que se cortara en dos el pañizuelo con que se iban a vendar sus ojos para que la otra parte sirviera a Flaviano y pidió que se les enterrara a los dos juntos. Todo ello se cumplió. Los mártires dieron intrépidamente su vida por Cristo y la Iglesia guardó su memoria e invocó su intercesión ante Dios.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t.IX, cols 572-574.

«Martirio de los santos Montano, Lucio y compañeros, bajo Valeriano», en D. RUIZ BUENO, *Actas de los mártires* (Madrid ^{5}2003) 801-823

SAN JUAN BAUTISTA DE ROSSI

Presbítero († 1764)

Juan Bautista de Rossi nace el 22 de febrero de 1698 en Voltaggio, pequeña ciudad del arzobispado de Génova.

Ya desde sus primeros años se le vio inclinado a las cosas de Dios, decididamente llamado al sacerdocio y dotado de no comunes virtudes, que más tarde contrastarían sobremanera con aquella piedad decadente de finales del XVII y gran parte del XVIII.

Fue la suya una época de marcado orgullo espiritual y lamentabilísimas desviaciones de la auténtica vida cristiana. Las raíces del jansenismo iban sofocando poco a poco la buena semilla de la sencillez evangélica, de la confianza filial en nuestro Padre del cielo y de la caridad fraterna con sus hijos, los hombres de la tierra.

En Francia se vivía por entonces el ambiente morboso de las *Provinciales,* reavivado en parte por las convulsiones y excentricidades del oratoriano P Quesnel, que posteriormente abrirían camino al humanismo desenfrenado y a la nueva filosofía, abiertamente opuestos al genuino sentido religioso y a la autoridad de los papas.

No se libraba de estas influencias jansenistas ni la misma Roma, que había de ser el teatro silencioso de las virtudes de nuestro De Rossi. En plena curia romana, con el pretexto de una renovación en el campo de la piedad cristiana y de las nuevas formas de la Iglesia, se urdían maniobras descaminadas.

Es verdad que la doctrina jansenista en Italia fue más política que teológica. Pero no podían menos de sembrar confusionismos ciertas ideas que poco a poco iban calando en la sencillez del pueblo Se combatía el absolutismo papal, se proclamaba la autonomía de los obispos, se concedía a los seglares una injerencia indebida en las cosas eclesiásticas, se propugnaban reformas peligrosas en el culto y devociones.. Pretendían, en una palabra, dar a la formación cristiana unos módulos demasiado íntimos y personalistas, con innegable desprecio de las obras externas, de la jerarquía y del consiguiente espíritu de sumisión.

La divina Providencia, sin embargo, siempre solícita por los intereses de su Iglesia, cuidó de suscitar en ella una serie de hombres auténticamente cristianos y evangélicos. Fue éste, sin duda, el mejor y más declarado mentís a estas innovaciones sin camino.

Contemporáneos de nuestro santo fueron los grandes fundadores San Alfonso María de Ligorio (1696), San Pablo de la Cruz (1694), San Juan Eudes (1601), el venerable Olier (1608), Bérulle, el jesuita Scaramelli, etc. Poco tiempo después sería discípulo suyo el angelical San Juan Andrés Parisi, a quien nuestro santo gustaba de comparar con San Luis Gonzaga.

También reinaba este ambiente de lucha antijansenista en el famoso Colegio romano de la Ciudad Eterna, donde, a sus trece años, ingresó el pequeño Rossi, para permanecer allí y formarse hasta su ordenación sacerdotal.

Las sanas doctrinas de maestros tan preclaros como los padres Tolomei, Juan de Ulloa, Giattini, y sobre todo los testimonios vivos de apostolado y virtud que pudo contemplar a su alrededor, fueron sembrando en su alma aquellos genuinos amores que más tarde serán los únicos resortes de su santa vida.

Precisamente por aquel tiempo era famoso en Roma el rector del Colegio romano, padre Annibale Marchetti, devotísimo del Sagrado Corazón y activo promotor de la catequesis entre los niños pobres y la gente más sencilla, a quienes recogía y cuidaba en la iglesia de San Ignacio. Con él, el padre Pompeo de Benedictis († 1715), que componía versos latinos a la vez que mortificaba su cuerpo con ásperas penitencias y gastaba su vida en hacer el bien a los necesitados. Fue el fundador de la Congregación de los Apóstoles, similar a las Congregaciones Marianas, compuesta por jóvenes romanos que aprendían de su director a hacer oración, a visitar casas de beneficencia y hospitales y a hacer el bien y repartir amor entre sus compañeros.

Enseñanzas, virtudes y ejemplos que había de aprender tan al vivo uno de sus discípulos más aventajados, Juan Bautista de Rossi.

Para Jesús —y es ésta nota dominante de su Evangelio— la caridad, o amor a Dios y al prójimo (único principio con dos manifestaciones, distintas sólo en apariencia), es la manifesta-

ción auténtica de la santidad y la única disposición del alma que dignifica, ennoblece y hace verdaderamente cristianas todas las demás manifestaciones del espíritu.

Y la prueba inequívoca de nuestro amor a Dios —también es doctrina explícita de Cristo— es el amor al prójimo. Amor que debe extenderse a todos, incluso a los que nos persiguen y calumnian, para así ser verdaderamente hijos del Padre celestial, que hace lucir su sol y envía su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores (Mt 5,45).

Por eso quiso Jesús hacer de la caridad «su mandamiento» (Jn 15,22) y el distintivo de sus verdaderos discípulos, más exacto y seguro que cualquiera otra señal externa (Jn 17,21).

Y, en el último juicio que él hará de la conducta de los hombres, será la caridad la norma para distinguir las vidas auténticamente puestas a su servicio: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuvisteis caridad con vuestros prójimos» (Mt 25,34-35).

Sucede a veces que esta fundamental y primerísima doctrina en la concepción cristiana de la vida queda soterrada bajo el cúmulo de otras normas, fórmulas y prácticas, que nacen más del pensamiento de los hombres que de las fuentes del Evangelio.

No sucedió así en la vida de San Juan Bautista de Rossi. Aún se recuerda en Roma al «padre de los pobres» y al «amigo de los humildes». Imitador fiel del único Maestro, pudo también sintetizar su vida en aquellas palabras evangélicas: «Pasé por la tierra haciendo el bien». Sin ruidos estridentes ni resonancias aparatosas, pero con toda la imponente fuerza y trascendencia de la verdadera caridad cristiana.

Ya colegial, y mientras sigue los estudios teológicos en la Minerva, forma parte de la Congregación, y gasta muchas horas en visitar, con los demás congregantes, los hospitales y casas de los pobres. Apostolado oculto y humilde, que no abandonará durante toda su vida, aun después de haber aceptado, contra su voluntad, la canonjía de Santa María in Cosmedín.

El 8 de marzo de 1721 fue ordenado sacerdote, y aquel mismo día hace voto de no aceptar ninguna prebenda eclesiástica, iniciando su sagrado ministerio en el Hospicio de Pobres de Santa Galla.

En las actas de beatificación y canonización se da cuenta con detalle del celo, humildad y caridad sorprendentes que logró llevar nuestro Santo hasta el grado máximo de la heroicidad.

Fue el sacerdote De Rossi varón ejemplar, modelo acabado de ministro evangélico, hecho todo para todos para ganarlos a todos en Dios.

Pero lo que más llama la atención en su vida es aquella predilección constante, afectiva y efectiva, que mostró siempre por los más desatendidos y sin relieve en la sociedad. Los hospicianos, los presos, los vagos de profesión, los ignorantes y analfabetos, los niños harapientos y pillastres, fueron sus mejores compañeros por aquellas calles de Roma.

A imitación de San Felipe de Neri, a quien profesaba por su parte una devoción entrañable, fue en su tiempo San Juan Bautista de Rossi el protector de pobres y afligidos, el consejero, abogado, amigo y maestro de todos. Sacerdote entrañablemente enamorado de Dios y de los hombres, no aguantó el espectáculo de un amor incomprendido y supo clavar en las carnes de sus hermanos el grito de salvación y de caridad.

En 1731, imitando los célebres hospicios romanos, funda uno parecido para mujeres sin casa y desamparadas. Él mismo las recogía y las cuidaba espiritual y temporalmente, hasta conseguir colocarlas y proporcionarles un medio de vida digna y cristiana.

Unos años más tarde, en 1737, muere un primo suyo, Lorenzo, canónigo de la basílica de Santa María in Cosmedín, de Roma. Y Juan Bautista, a pesar de su voto y de la abierta repugnancia que siempre experimentó hacia toda clase de cargos honoríficos, no tuvo más remedio que aceptar, bajo obediencia, este que quedaba vacante. Fue un mero cambio de ambiente, que en nada había de afectar a su camino trazado.

En su nueva condición seguirá siendo el sacerdote ejemplar y fiel cumplidor de sus deberes. El servicio del coro, el confesonario, el púlpito, la enseñanza del catecismo... llenarán todas las horas de sus días.

Su fama de santidad y de caridad alcanza los últimos rincones de la Ciudad Eterna. No hay cárcel, hospicio u hospital que no sea testigo de su celo, de su cariño y de su comprensión. Di-

ligente, infatigable, siempre dispuesto, no descanso hasta convertir el fuego del amor que le abrasaba el alma en grito constante de su garganta y en entrega martirial de su vida.

Tal vez no se pueda decir mucho más de la vida de San Juan Bautista de Rossi. Ni casi sus mismos contemporáneos se dieron cuenta del hombre de Dios que estaba conviviendo con ellos con un corazón muy grande, doblemente apasionado por Dios y por sus hijos, los hombres.

Así suele ser siempre de sencilla y natural la auténtica santidad. Como el Evangelio, como María, la Madre de Jesús, y José, el esposo de María Como el mismo Cristo, de quien casi sólo pudieron decir sus contemporáneos que pasó por la vida haciendo el bien.

Juan Bautista de Rossi, formado en la mejor universidad eclesiástica del mundo, educado en un famoso colegio, con una Roma delante, donde era tan fácil la lisonja y los puestos de grandeza, lo deja todo para entregarse a quienes necesitaban su vida y su caridad. Creyo en la palabra de Cristo y supo ser el buen pastor que pierde su vida para ganarla.

Pobre vino al mundo. Pobre vivió entre los pobres. Y muy pobre murió el 23 de mayo de 1764. Espléndido epitafio para su tumba de sacerdote. Su tumba se conserva en la iglesia de Santa Trinidad dei Pellegrini.

Y aún se recuerda en Roma al «padre de los pobres» y al «amigo de los humildes».

Pero nuestro Dios, el buen Padre de los cielos, que tanto se complace en levantar a los humildes y sencillos, quiso bien pronto darle a conocer entre las gentes.

Fue en tiempos de Pío IX cuando se inició la causa de beatificación de este escondido sacerdote y canónigo romano. Confirmados al fin unos milagros, excepcionalmente sorprendentes por las circunstancias que los acompañaron, fue beatificado el 13 de mayo de 1860.

En 1879 vuelve a hablarse de nuevos milagros obrados por la intercesión de nuestro santo. Y ese mismo año se da el decreto que los aprueba, y con ello un paso decisivo para la canonización del sacerdote romano Juan Bautista de Rossi. Por otro decreto de abril de 1881, siendo relator de la causa el cardenal

Miecislao Leodochowski y promotor de la fe el padre Salviati, se da permiso para que se proceda a ella.

Y al fin, el 8 de diciembre de este mismo año, juntamente con los Beatos José de Labre, Lorenzo de Brindis y Clara de Montefalco, fue elevado a la *Gloria* de Bernini por Su Santidad León XIII.

El Papa de los obreros había servido a la Providencia para glorificar al santo escondido de los pobres y de los humildes, San Juan Bautista de Rossi.

PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

CORMIER, G. M., *Un ami du peuple: S. Jean-Baptiste de Rossi* (Roma 1901).
MOUGEOT, E., *Vie de Saint Jean-Baptiste de Rossi* (París ^{2}1883).
RUBEIS, J. B DE, *Positio super virtutibus...* (Roma 1822).
— ID, *Novissima positio*.. (Roma 1834).
— ID., *Compendium vitae, virtutum et miraculorum beati J. B de Rossi* (Roma 1881).
TOVANI, M., *Vita del Beato J. B. de Rossi* (Roma 1867), ed. española: *Vida de San Juan Bautista de Rossi* (Madrid 1890).
• Actualización:
CORMIER, G. M., *La vita di S. Giovanni Battista de Rossi, prete ligue nativo di Voltaggio, apostolo di Roma nel Settecento* (Roma 1996, nueva ed.)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DESIDERIO DE LANGRES

Obispo y mártir († 355)

Desiderio era obispo de Langres en la primera mitad del siglo IV. Acudió al sínodo de Sárdica el año 343.

Su martirio tuvo lugar cuando, al acercarse tropas bárbaras a la ciudad, el obispo pensó que era su deber intentar evitarle a la población el saqueo a que estaba expuesta acudiendo él personalmente a entrevistarse con el jefe bárbaro para tratar de ablandarlo. No logró su objetivo. Por el contrario, sabido por el jefe bárbaro el objetivo de su venida, mandó que al instante lo decapitaran, como se hizo, portándose Desiderio como buen pastor que da la vida por las ovejas. El *Martirologio* dice que fueron tropas vándalas, mientras que otros opinan que se trata de los germanos que entre 355-357 atacaron el Imperio y fueron vencidos por Juliano el Apóstata. A este santo se le ha atribui-

do, como tantos otros, el milagro de haber llevado en las manos su cabeza luego de ser decapitado.

La diócesis de Langres sigue celebrando a este santo y heroico pastor el 23 de mayo.

SAN MIGUEL DE SINADA

Obispo († 826)

Nació a mediados del siglo VIII en Sinada, Frigia, en el seno de una familia rica, de la que él fue el único vástago. Educado esmeradamente, fue enviado a estudiar a Constantinopla, y cuando tenía unos veinticinco años decidió hacerse monje. Ingresó en el monasterio de la orilla asiática del Bósforo que había fundado Nicéforo, futuro patriarca de Constantinopla. Lo era por entonces el insigne San Tarasio, quien ordenó de sacerdote al monje Miguel.

Acreditado como monje culto y piadoso, fue elegido metropolita de su patria Sinada y en calidad de tal asistió al II Concilio de Nicea en 787. Hombre pacífico y amable, fue empleado por el emperador Nicéforo I como emisario suyo ante el califa Harún-Al-Raschid en orden a un tratado de paz, que consiguió pero que el propio emperador rompería posteriormente. Igualmente lo empleó el emperador como mensajero suyo incluyéndolo en la embajada que envió el año 811 a Occidente y que visitó al papa León III, en Roma, y a Carlomagno, el cual firmó un tratado con Bizancio (812).

Vuelto ya a Constantinopla, fue testigo de la convulsión del Imperio tras la derrota de Miguel I por los búlgaros, lo que trajo su destronamiento y sustitución por León V el Armenio. Este emperador convocó una asamblea de eclesiásticos y funcionarios en Constantinopla en 814 y anunció su decidida voluntad de acabar con el culto a las sagradas imágenes. En esta asamblea Miguel dijo con toda claridad que él estaba por la fe ortodoxa proclamada en el II Concilio de Nicea y que no se avenía a los deseos del emperador. Entonces fue depuesto y desterrado y llevado de prisión en prisión hasta la muerte de León V. Le fue devuelta la libertad pero no pudo volver a su sede. Vivió con

modestia y santidad hasta su muerte en brazos de su amigo San Teodoro Estudita el 23 de mayo de 826.

SAN GUIBERTO DE GEMBLOUX

Monje († 962)

La historia de Guiberto es la de un hombre que, luego de haber vivido la vida seglar y haber estado empeñado en escaramuzas y batallas militares, llega a la conclusión de que el mejor destino de la vida es servir a Dios directamente y opta por la vida monástica.

Él era natural de la región de Namur en Francia y debió nacer a finales del siglo IX. Debía ser de familia acomodada, propietaria de tierras y sería seguramente siguiendo la tradición familiar como optó por las armas. En algún momento determinado su profesión hizo crisis ante los ojos de su conciencia y se planteó para qué vivía. La respuesta que se dio la sabemos, ya que dedicó sus posesiones de Gembloux a la construcción de un monasterio y llamó para que lo habitaran y rigieran a los monjes del monasterio de Gorza. Era el año 936. Seguidamente Guiberto profesó como monje, pero no quiso ser él el guía de la nueva fundación sino que dejó el puesto de abad al monje Erluino y, seguramente, para no ser obstáculo a la libre administración del monasterio por parte de su abad y monjes, él se retiró al monasterio de Gorza, donde vivió santamente como un monje más hasta su muerte, que se data en 962.

Como había él prometido a los monjes de Gembloux, su cuerpo fue llevado a enterrar a este monasterio, donde enseguida se le empezó a dar culto como a santo, culto prolongado en los siglos siguientes mientras duró la abadía. Su fiesta es el 23 de mayo.

BEATOS JOSÉ KURZAWA Y VICENTE MATUSZEWSKI

Presbíteros y mártures († 1940)

En la madrugada del 23 de mayo de 1940 la policía nazi sacó de la casa rectoral en que dormían al párroco y al coadju-

tor de la parroquia de Osiecyni, Polonia, y los obligó a montar en un coche, que de inmediato tomó la carretera en dirección a Witowo. Cuando había recorrido unos cinco kilómetros, el coche paró, los sacerdotes fueron obligados a descender de él y fueron asesinados con tiros de pistola. Sus cuerpos quedaron en una fosa al borde de la carretera.

Este trágico final lo habían visto venir no pocas personas como consecuencia de la actitud valerosa que ambos sacerdotes venían mostrando desde la entrada de las tropas nazis en la población tras desencadenarse la II Guerra Mundial. Ellos no habían querido dejar el pueblo porque decían que su sitio estaba junto a los fieles, y seguían ejerciendo su ministerio con toda la normalidad que les era posible. Más aún, llegado el día del Corpus Christi decidieron sacar la tradicional procesión a la calle, acto al que los fieles acudieron, y que disgustó sobremanera a las autoridades de ocupación. El antiguo alcalde del pueblo acudió al párroco para decirle que era perentorio que ambos se marcharan. El párroco dijo que él de ningún modo se iba pero que el coadjutor era libre de hacerlo, a lo que éste igualmente se negó diciendo que no pensaba abandonar a su párroco. Su valentía y firmeza les costó la vida.

El párroco se llamaba Vicente Matuszewski y había nacido en Chruscienska Wola el 3 de marzo de 1869, ordenándose de sacerdote el 17 de febrero de 1895. Estuvo destinado en diferentes parroquias hasta que en 1918 se le destinó a la de Osiecyni, donde trabajó con gran entrega y mucho fruto. El obispo quiso premiar su trabajo nombrándole canónigo de la colegiata de Kalisz sin por eso tener que dejar su parroquia.

El coadjutor se llamaba José Kurzawa y había nacido en Swierczyn el 6 de enero de 1910, ordenándose sacerdote el 14 de junio de 1936. Fue destinado a la parroquia de Osiecyni como primer encargo, siendo además de vicario parroquial el prefecto de las escuelas locales. Era muy apreciado por su mansedumbre y bondad.

Ambos fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

24 de mayo

A) Martirologio

1 La conmemoracion de San Manahen, hermano de leche del rey Herodes, doctor y profeta en la Iglesia de Antioquia
2 La conmemoracion de Santa Juana, mujer de Cuza, discipula del Señor
3 En Listra (Licaonia), San Zoelo (s II-III), martir
4 En Trieste (Istria), San Sérvulo, martir (fecha desconocida)
5 En Nantes (Galia Lugdunense), santos Donaciano y Rogaciano († 304), hermanos martires
6 La conmemoracion de treinta y ocho martires de Filipopolis en Tracia († 304) bajo Diocleciano y Maximiano
7 En el monasterio de Lerins (Provenza), San Vicente († 445/450), presbitero y monje **
8 En Monte Admirable (Siria), San Simeon Estilita el Joven († 592), presbitero y anacoreta *
9 En Piacenza (Emilia), Beato Felipe († 1306), de la Orden de Ermitaños de San Agustin *
10 En Marrakesh (Marruecos), Beato Juan de Prado († 1631), presbitero, de la Orden de Menores, martir **
11 En Seul (Corea), los santos Agustin Yi Kwang-hon, Agueda Kim A gi y compañeros († 1839), martires *
12 En Saint Hyacinthe (Canada), Beato Luis Ceferino Moreau († 1901), obispo **

B) Biografias extensas

SAN VICENTE DE LERINS

Presbitero y monje († 445/450)

Al nombrar a Vicente de Lerins viene a la mente la historia del semipelagianismo, que tanto dio que hacer a San Agustín, su gran adversario. El primer chispazo semipelagiano se dio en el norte de África. Con ocasión de la controversia pelagiana, el Obispo de Hipona había enseñado que las acciones del hombre, sin excepción, dependen de Dios y, sobre todo, que la perseverancia final es un don divino completamente gratuito. Contra Pelagio había recalcado Agustín la intervención divina en cada una de nuestras obras. A los monjes de Adrumeto, probablemente una fundación monástica agustiniana, les pareció dura

esta doctrina, porque no acertaban a conciliarla con la libertad humana. Después de acaloradas e infructuosas disputas en el convento, al fin se deciden a escribir a San Agustín pidiéndole aclaraciones. El santo obispo atiende su demanda escribiendo dos libros, uno *Sobre la gracia y la libertad* y el otro *Sobre la corrección y la gracia.* Al parecer, los monjes se tranquilizaron, y nada más se volvió a oír de tales controversias en la Iglesia africana.

Años más tarde surge vigorosa de nuevo la doctrina semipelagiana en el sur de las Galias. Un célebre abad del monasterio de San Víctor, en Marsella, Casiano, en su *Colación decimotercera,* sentaba el principio de que ciertos esfuerzos de la voluntad humana preceden a la gracia y, consiguientemente, que el principio de la fe depende del hombre. La perseverancia en el bien, decía Casiano, no es una gracia especial de Dios, sino una recompensa que se debe al justificado; la elección a la gloria depende de la perseverancia en el bien y no de una libre disposición de Dios.

Próspero de Aquitania e Hilario, dos laicos avisados en cuestiones teológicas, ponían en conocimiento de su amigo Agustín las novedades del abad de San Víctor. El santo Obispo de Hipona, sin pérdida de tiempo, contestaba con sus dos tratados *De la predestinación de los santos* y *Del don de la perseverancia.* Sin rodeos San Agustín enseñaba que la perseverancia final la concede Dios a los elegidos cual gracia máxima y singularísima.

La santidad y prestigio de Casiano, padre del semipelagianismo, conquistaban para sus errores la admiración y aplauso de los contemporáneos. Las novedades del abad de San Víctor no tardaron en llegar al monasterio de Lerins, emplazado en la isla del mismo nombre (hoy San Honorato), a no mucha distancia de la moderna Cannes. En esta isla, inhospitalaria por la plaga de animales venenosos, fundaba San Honorato de Arlés hacia el 410 un monasterio que había de hacerse célebre en el campo de la teología, de la patrística y de la jerarquía eclesiástica. A él pertenecía Vicente, sobre cuya vida conocemos muy poco, pues, excepción hecha del historiador Genadio de Marsella, los contemporáneos guardan el silencio más absoluto.

Sabemos por Genadio que nació en el norte de Francia, que se ordenó de sacerdote en el monasterio de la isla de Lerins, que fue un varón docto en el conocimiento de la Sagrada Escritura

e instruido en los dogmas de la Iglesia. El mismo Vicente nos dice que el año 434 habitaba una quinta apartada y que en ella vivía la retirada vida de un monasterio, lejos del tumulto de las ciudades y de las muchedumbres, donde, sin grandes distracciones, podía cumplir lo que se canta en los salmos: «Vivid en sosiego y ved que yo soy el Señor».

Sobre el género de vida que hacía Vicente antes de su entrada en el monasterio, Genadio calla. Unas pinceladas, en cambio, del mismo Vicente en uno de sus libros, nos recuerdan lo que debió ser su vida en los años que precedieron a su ingreso en el monasterio.

> «Arrebatados en otro tiempo —nos dice— por los tristes y encontrados torbellinos de la *milicia secular,* hemos arribado al fin, con el favor de Cristo, al puerto de la religion, siempre refugio fidelísimo para todos, en el cual, ahuyentados los vientos de la vanidad y de la soberbia, aplacando a Dios con el sacrificio de la humildad cristiana, lograremos evitar no solamente los naufragios de la vida presente, sino tambien los incendios del siglo venidero»

El monje de Lerins nos habla aquí de una «milicia secular». ¿Es que vistió el uniforme militar antes de ataviarse con el hábito de monje? Así lo han pensado algunos autores interpretando literalmente la milicia secular de que habla Vicente. Nada más fuera de sentido Los torbellinos de la milicia secular, contrapuestos francamente al puerto de la religión, siempre refugio fidelísimo para todos, indica bien a las claras que la expresión es metafórica. El monje de Lerins, recogiendo un pensamiento del lenguaje ascético, quiere significar con ello la convulsión tempestuosa de un mundo siempre agitado, al que singularmente pagó tributo él en los años de su juventud. Identificarlo con el prefecto homónimo de las Galias del año 397 es también falso. La pluma de Genadio, tan pródiga en encomios para el monje de Lerins, no hubiese omitido el mayor de los elogios que de él pudiera hacerse antes de su ingreso en el convento.

Vicente, junto con Honorato de Arlés y Salviano de Marsella, educó a Salonio y Verano, hijos de Euquerio, futuro obispo de Lyon. Este célebre prelado lionés le recuerda con elogio cuando, escribiendo a Salonio, decía de Vicente que era «un varón santo y eminente en sabiduría y elocuencia». El monje de Lerins es, efectivamente, un sabio. El sorprendente manejo que

en sus obras hace de la Escritura, la inteligencia de los dogmas eclesiásticos y la formulación recta de los mismos, así como el conocimiento vasto de la historia de la Iglesia que refleja en sus escritos, son una prueba de ello. Si la formación intelectual del lerinense era buena, su preparación humanística no era inferior. Cicerón, Lucrecio, Salustio prestan al monje de Lerins su fórmula elegante y galana para revestir pensamientos de alta teología. El estilo y lenguaje de Vicente es el de los escritores distinguidos y sobresale por su clasicismo entre los demás escritores galos del siglo V.

El monasterio de Lerins era un centro monástico cargado de entusiasmo por la ciencia, saturado de fervor teológico, foco luminoso de semipelagianismo, que mantenía relaciones con los centros culturales más distinguidos de la época. En él se habían formado Cesáreo de Arlés, Hilario, Euquerio de Lyón, Salviano de Marsella, Fausto de Rietz y Vicente de Lerins, autor este último el más afamado después de Casiano.

Cuando Vicente vistió la túnica monástica, su convento y otros escritores de la región de Marsella, acaudillados por Juan Casiano, habían entablado una guerra sorda contra la doctrina de la gracia defendida por San Agustín en su lucha con Pelagio. Dado el carácter fogoso del lerinense y su celo por la ortodoxia, no pudo quedar al margen de la controversia. Sus grandes cualidades de teólogo y escritor le hicieron primera figura y campeón del semipelagianismo. Hacia el 410 escribió su primera obra titulada *Objeciones,* que eran las dificultades que él oponía a la doctrina de San Agustín sobre la gracia. Esta obra se ha perdido. Contra ella compuso Próspero de Aquitania, amigo del Obispo de Hipona, sus *Respuestas de San Agustín a los capítulos de las objeciones vicentinas* Es una contestación adecuada a las objeciones del lerinense. No tardó éste en replicar. En 434 redactó su obra maestra bajo el seudónimo de Peregrino; él mismo le da en el texto hasta cinco veces el nombre escueto de *Conmonitorio.* Repetidas veces consigna que su libro va dirigido a «descubrir los fraudes y evitar los lazos de los herejes recientes». Los herejes modernos eran San Agustín y sus discípulos, y, por tanto, contra ellos dirigía la obra. Vicente de Lerins admiraba la doctrina del Obispo de Hipona sobre la Trinidad y Encarnación,

pero rechazaba de plano sus enseñanzas sobre la gracia. Para descubrir los fraudes de los herejes propone en el *Conmonitorio,* cual punto de referencia, la Tradición.

> «Hay que procurar a todo trance —nos dice— que todos nos atengamos a lo que en todas partes, siempre y por todos se ha creído, porque esto es lo propia y verdaderamente católico».

Así es, en efecto. La doctrina de la Tradición ha de preferirse a la autoridad de cualquier escritor, por afamado que éste sea.

Pero no se daba cuenta Vicente de Lerins que en este caso concreto el Obispo de Hipona y sus discípulos representaban la Tradición contra los semipelagianos del sur de las Galias. Así lo reconocía infaliblemente Bonifacio II cuando, al aprobar las actas del sínodo de Orange del 529, condenaba en 25 cánones las enseñanzas de pelagianos y semipelagianos y daba la razón a San Agustín. El Obispo de Hipona, por tanto, no era ningún hereje. En nuestros días nadie aceptaría tampoco el principio del monje de Lerins, cual norma discriminadora de ortodoxia, sin antes poner al margen muchas reservas.

El *Conmonitorio* del lerinense es uno de los libros que más historia ha dejado en pos de sí. Hoy pasan de 150, entre ediciones y traducciones a diversas lenguas. El olvido en que le tuvieron los siglos medievales ha quedado resarcido por el recuerdo que le ha dedicado la historia de la teología moderna. En los días tormentosos de la Reforma el *Conmonitorio* se convirtió en manzana de discordia, pues ambos contendientes, católicos y protestantes, invocaban a su favor el canon de la Tradición propuesto por el célebre monje de Lerins. No paró aquí su actividad de escritor. Polemista por temperamento, compuso todavía un *Florilegio* con textos agustinianos, trinitarios y cristológicos, en los que combatía la doctrina de Nestorio.

La obra del lerinense es benemérita en conjunto y, bajo ciertos aspectos, de valor indiscutible. Su *Conmonitorio* señala un hito en la historia de la Tradición, aunque le afee la interpretación torcida que de ella hizo aplicándola contra San Agustín, que representaba la verdad. El cardenal Noris ha expresado mejor que nadie esta anomalía con una ingeniosa comparación:

> «A veces le sucedió en esto —dice— lo que a los antiguos alquimistas, los cuales, aunque vieron frustrados sus anhelos al bus-

car la quimera de la piedra filosofal, nos legaron, sin embargo, la medicina con todos sus tesoros, mucho mas preciosos que el oro mismo»

El hecho, por otra parte, de que el *Conmonitorio* fuese un libelo difamatorio contra San Agustín arroja sobre el lerinense una oscura sombra, que quita brillo, ciertamente, a su actividad de escritor, pero que no empaña en nada su vida moral ni su buen nombre de monje fervoroso y santo. El lerinense defendía el semipelagianismo cuando esta doctrina no había sido aún condenada por la Iglesia. Por eso, según afirma Benedicto XIV, nada pierde San Vicente de Lerins por la defensa que de ella hizo, pues escribía de buena fe. San Agustín mismo decía de los semipelagianos que eran «hermanos y amigos que combaten juntamente con nosotros por la fe católica contra la maldad pelagiana». El papa Celestino los tenía por bien intencionados, aunque extraviados en el camino de la verdad. Con razón celebra la Iglesia su fiesta el 24 de mayo. La fecha precisa de su muerte no es posible determinarla. Genadio nos dice que murió en el reinado de Teodorico II (408-450) y Valentiniano III (425-455) Esta fecha, un tanto vaga e indeterminada, queda más restringida por el testimonio de Euquerio de Lyón, que en 445 habla de Vicente como de una persona que aún vive. Por lo mismo habríamos de colocar su muerte entre los años 445-450.

Una advertencia final. No imaginamos a nuestro santo polemizando en sus escritos con la Iglesia. Se ha hablado con sobrada razón del *catolicísimo* Vicente de Lerins. En efecto, las páginas de sus libros están saturadas de adhesión y amor a la Iglesia católica. Tanto es el entusiasmo que siente por la Iglesia de Roma, que la palabra «católico» a secas no le sirve y echa mano del superlativo. Aunque no lo afirme expresamente, supone la autoridad doctrinal suprema del Papa y tal vez su infalibilidad, al romano pontífice compete velar por la integridad del depósito de la Revelación, y en las polémicas sobre el mismo, nos dice Vicente de Lerins, tiene autoridad para decidir por sí solo. No podemos discutir tampoco al santo, porque, al fin y al cabo, en todas las páginas de su *Conmonitorio* late un solo pensamiento: indagar lo que siente y cree la Iglesia católica.

URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL, OSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 24 de mayo: resumen de GENADIO y otros documentos.
ALES, A. D', «La fortune du Commonitorium»: *Recherches des Sciences Religieuses* (1936).
BRUNETIERE-LABRIOLLE, F., *Saint Vincent de Lerins* (París 1906).
GENADIO, *De scriptoribus ecclesiasticis:* PL 50,626s.
MADOZ, J., *El concepto de tradición en S. Vicente de Lerins Estudio histórico crítico del «Commonitorio»* (Roma 1933).
— ID., *El «Conmonitorio» de San Vicente de Lerins* (Madrid ²1943).
TILLMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecléstastique des six premiers siècles..*, XV (Venecia) 143s.
• Actualización:
MATEO-SECO, L. F., *San Vicente de Lerins. Tratado en defensa de la antiguedad y universalidad de la fe católica. Conmonitorio* (Pamplona 1977).
VICENTE DE LERINS, SAN, *El Conmonitorio.* Traducción y notas J. Madoz (Sevilla 1990).

BEATO JUAN DE PRADO

Presbítero y mártir († 1631)

El Beato Juan de Prado ha pasado a la historia de los Hermanos Menores como el restaurador de las Misiones franciscanas en Marruecos.

Llegó, vio y venció; todo en un santiamén, y con singularidades notables: se convierte en misionero a los 67 años, y vence, triunfador con la palma del martirio, en solo un año, dejando fecundada con su sangre la heroica presencia franciscana en el reino de Marruecos.

Mogrovejo (León) va asociado al nombre del gran padre de la Iglesia en el Perú, Santo Toribio de Mogrovejo, graduado en Cánones en la Universidad de Santiago, después de visitar, laico aún, la tumba del Apóstol; y Mogrovejo es el pueblo natal del Beato Juan de Prado, cuyos restos descansan en la misma ciudad de Compostela.

Nacido en 1563, realizó sus estudios en Salamanca. Allí maduró su vocación franciscana. Cumplidos los 21, tomó el hábito de San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Rocamador en Badajoz. Pronto sus hermanos de Orden lo descubrieron como hombre emprendedor, con dotes de gobierno, y lo situaron desde muy joven en cargos de responsabilidad. Sus años se suceden como guardián de diversos conventos, siendo elegido dos veces definidor provincial. Al fundarse la provincia fran-

ciscana de San Diego, es elegido primer ministro el 19 de diciembre de 1620.

Sus designios eran claramente misioneros, y él mismo, terminado el trienio de su provincialato, decide atravesar el Atlántico para misionar en la Isla de Guadalupe. No resultaron viables sus propósitos, que mantuvo en una larga espera de siete años, ya entrado en la vejez. Conservaba muy joven el alma y su vocación misionera se consolidó con temple heroico: su destino vino a ser el de una misión verdaderamente heroica en el medio musulmán de Marruecos. El destino lo había acercado geográficamente. Se hallaba de guardián en el convento gaditano de Nuestra Señora de los Ángeles: Marruecos a la vista. Era el momento de seguir «las huellas del Caudillo enamorado».

El día 27 de diciembre de 1630 parte para Marruecos acompañado de sus hermanos fray Matías de San Francisco y fray Ginés de Ocaña. Lleva como el mejor refrendo el mandato de los Superiores de la Orden y, sobre todo, del papa Urbano VIII que le ha conferido facultades de prefecto apostólico. No ha procedido a ciegas: en su pobre valija lleva también un salvoconducto del Rey de Marruecos Abd al-Malik, que venía demostrando una actitud benévola hacia España.

Fray Juan de Prado, muy curtido en tareas de gobierno, todo lo ha previsto con exquisita prudencia. Pero el hombre propone y Dios dispone. Cuando llega a Marruecos, se encuentra con la más desconcertante novedad: el rey amigo de España ha muerto, y las cosas han cambiado radicalmente porque el trono lo ocupa su hermano Mulaj al-Walid, declarado enemigo del cristianismo. ¿Qué hacer? La fortaleza portuguesa de Magazán es lugar seguro de acogida. Sus primeras labores, en tierra extraña, se centran en los cristianos que habitan la fortaleza. Llevaban más de cuarenta años sin recibir la visita de un sacerdote. Pero él ha llegado para atender a los muchos cristianos cautivos y misionar entre los musulmanes y no hay quien lo pare, ni siquiera los consejos disuasivos del gobernador portugués, que conoce perfectamente la situación. Su largo martirio va a comenzar inmediatamente. Desde luego, no lo tenía descartado pues tenía muy presentes a los protomártires de la Orden Seráfica, San Bernardo y compañeros, que ya en 1220 habían regado con su sangre aquellas tierras, se-

guidos, siete años más tarde, de los también franciscanos San Daniel y compañeros mártires. Él se había dirigido a Marruecos dispuesto, si fuera preciso, a repetir su gesta.

Su fiel compañero fray Matías, que sobrevivió milagrosamente a la persecución, fue el testigo cualificado de sus padecimientos y de su muerte, y no vaciló en consignarlos inmediatamente, publicando su relación en Madrid, en 1643, cuando solo habían transcurrido doce años de la muerte de fray Juan. Pero antes de que la *Relación* de fray Matías apareciera impresa, ya el sexto ministro de la provincia de San Diego, fray Juan de Puelles, había enviado a Roma las primeras informaciones, que completó varios años después en una amplia memoria que, en realidad, fue el primer paso orientado a obtener la beatificación, siempre contando con el testimonio directo de fray Matías.

Nos consta así que, dejando al hermano en la fortaleza, él y fray Matías se adentraron furtivamente seis leguas, llegando a Asamor. De nada le valió el salvoconducto del rey anterior. Apresado por el alcaide fue enviado a la presencia del nuevo rey, al que tuvo que dar cuenta de sus proyectos. La relación parece arrancada de las antiguas actas de los mártires: sucesivas comparecencias ante el rey, con intervalos de prisión cada vez más inhumana; controversias seguidas de flagelaciones. La sentencia final fue morir en la hoguera. «Tirándole los moros muchas piedras y así apedreado y quemado vivo, acabó su hermosa vida», escribe fray Juan de Puelles.

No tardaron en mejorar los tiempos con el acceso al trono de un nuevo rey «nieto de una renegada andaluza y por eso muy afecto a los cristianos». Los franciscanos, con el apoyo del Duque de Medina Sidonia, pudieron traer a España sus restos, comenzando muy pronto un proceso de beatificación bastante prolongado en el tiempo. El papa Benedicto XIII lo declaró beato el 24 de mayo de 1728.

En 1862 el convento de San Francisco de Santiago, aniquilado con la exclaustración, renacía convertido en Colegio de Misioneros Franciscanos para Tierra Santa y Marruecos. Su templo era el lugar más adecuado para cobijar los restos del beato que desde 1889 inspiran devoción y temple martirial.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des Saints et des bienheureux...*, VII: Juillet (París 1947).

CASTELLANOS, M., *Compendio biográfico del glorioso martir B. Juan de Prado* (Tánger 1904).

FERNANDEZ, F., *Los franciscanos en Marruecos* (Tánger 1921).

POU Y MARTI, J. M.ª, «Martirio y beatificación del B. Juan de Prado, restaurador de las misiones de Marruecos»: *R29* 14 (1920) 323-343.

SAN DILGO, B. DE, *Vita, martirio e miracoli del V. P. Fr. Giovanni de Prado* (Roma 1714).

BEATO LUIS CEFERINO MOREAU

Obispo († 1901)

Luis Ceferino Moreau nació en Bécancour, diócesis de Nicolet, región de Quebec (Canadá), el 1 de abril de 1824 y murió en Saint Hyacinthe (San Jacinto) el 24 de mayo de 1901. Bautizado el mismo 1 de abril de 1824, era el quinto de los doce hijos que dio al mundo el matrimonio Louis-Zephirin Moreau y Champoux Saint-Par de Marquerite, familia de agricultores. Niño «inteligente, piadoso, modesto, apacible y pensativo», fue educado desde pequeño en la parroquia natal hasta su admisión, ya joven de quince primaveras, en el Seminario de Nicolet. El cura párroco, su profesor y sus padres acordaron al alimón que prosiguiera estudios en el Seminario de Nicolet. Una vez orientado hacia la vida sacerdotal, recibe en 1844 el hábito eclesiástico en Quebec, pero su delicada salud le impone al año siguiente un rígido reposo que da ocasión a que monseñor Signay, obispo de Quebec, le aconseje volverse con la familia. Gran revés para las aspiraciones ministeriales de un aspirante que desde muy pronto había dado sobradas pruebas de vocación sacerdotal.

Luis Ceferino entonces, lejos de perder la calma, se encomienda a la Providencia y ésta no tarda en acudir propicia en su ayuda de la mano del obispo de Montreal, monseñor Ignacio Bourget, quien atiende los ruegos e insistencias del joven aspirante que, ansioso por ver hecho realidad aquel dorado sueño del sacerdocio, le suplica el ingreso en la Escuela de teología de Montreal. Monseñor Bourget le presenta al que por aquellas fechas era su secretario y director de la entidad, monseñor Juan Carlos Prince (1804-1860), el mismo que andando el tiempo se-

ría primer obispo de San Jacinto (1852-1860), quien le invita a permanecer en el arzobispado de Montreal y prepararse allí a recibir las órdenes. Dos buenos maestros espirituales, siendo así, pone Dios en el camino de nuestro Beato con los beneméritos monseñores Bourget y Prince, quienes no contentos con tan paternal acogida, lo acompañan también en la carrera eclesiástica y le permiten acceder al sacerdocio, que recibe el 19 de diciembre de 1846, a la edad de veintidós años.

Seis más tarde, convertido ya monseñor Prince en el primer obispo de San Jacinto, nombra al joven sacerdote Moreau secretario suyo y canciller. Lo fue, en realidad, de los obispos que desfilaron por San Jacinto hasta que le tocó también a él ceñir la mitra del lugar. Sacerdote de la parroquia que hacía de catedral, y administrador por cinco veces de la diócesis, el 16 de enero de 1876 recibe la consagración episcopal y se convierte así, por fin, a sus cincuenta y un años, en el cuarto obispo de San Jacinto. Extraordinario pastor, por cierto, bien a pesar de la fragilidad de su salud, el que estrenaba ese día la joven diócesis canadiense, que él apacentó durante veinticinco largos años y de cuya nómina de prelados hace el número 4. Eligió para divisa del escudo episcopal la conocida frase paulina *Omnia possum in eo qui me confortat:* «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4,13), verdadero resumen biográfico de su vida.

Era San Jacinto a la sazón diócesis con muy pocos años de existencia y mucho futuro, pues había sido instituida por bula papal el 8 de junio de 1852 (hoy es sufragánea de Sherbrooke). Por no haber, cuando su fundación, no había en toda la villa más que una parroquia: Nuestra Señora del Rosario, cuyo documento fundacional data de 1777. La iglesia de esta parroquia hubo de servir al obispo como lugar de culto a la espera de una catedral. Un año después, 1853, monseñor Juan Carlos Prince erige ya en el obispado una nueva, esta vez bajo el nombre de San Jacinto el Confesor, y en ella fija la cátedra, aunque todavía sin poder acometer la construcción del templo propiamente catedralicio, falto de dinero como estaba. Monseñor Prince —*Le Prince* (en español El Príncipe) era su verdadero nombre/apellido, pero dejó caer la partícula *Le* poco antes de ser obispo— había nacido en San Gregorio, cerca de Nicolet, el 13 de febre-

ro de 1804, cursando luego estudios clásicos en Nicolet y teológicos en Nicolet y en San Jacinto.

Ordenado sacerdote en 1826, este benemérito prelado había sido director de los seminaristas en el obispado de Montreal desde 1826 hasta 1830, y desde entonces hasta 1840, profesor y director del seminario de San Jacinto. Vuelto enseguida a Montreal, llegó a ser allí director espiritual de comunidades (1840-1845), canónigo titular después (1841-1845), y pronto, por designación del papa Gregorio XVI, obispo titular de Martyropolis y coadjutor de Montreal en 1844. Consagrado en 1845, Pío IX lo preconiza el 5 de junio de 1852 primer obispo de la nueva diócesis de San Jacinto, mientras viaja a Roma. Toma posesión de la sede a la vuelta de aquel viaje, 3 de noviembre de 1852, y en San Jacinto acaba sus días el 5 de mayo de 1860, a los cincuenta y seis años de edad. Fue monseñor Prince de veras providencial en la vida de nuestro beato Ceferino, que aprendió largo y tendido de su talento y sagacidad pastorales.

La nueva diócesis vio al principio limitado el territorio al lado sur del río Richelieu, y contuvo la mayor porción de una zona de tierra concedida en la última parte del siglo XVIII a los legitimistas americanos. Tres parroquias al norte del río Richelieu vinieron a sumarse más adelante. Hoy abraza los condados de Bagot, de Iberville, de Missisquoi, de Richelieu, de Rouville, de Saint-Hyacinthe (San Jacinto), y de una parte de los condados de Brome. San Jacinto es una ciudad industrial canadiense-francesa típica; varada en los bancos del Yamaska, a treinta y cinco millas de Montreal, con una población de no mucho más de 10.000 habitantes. Monseñor Prince construyó una residencia nueva y una capilla-catedral, y llegó a fundar veinte parroquias, varias misiones, e incluso a introducir el año 1853 en el país, traídas de Francia, a las Hermanas de la Presentación.

Con fecha 22 de junio de 1860, el decreto papal designó a don José La Rocque, obispo titular de Cydonia y coadjutor de Montreal, segundo obispo de San Jacinto. Había administrado la diócesis entre noviembre de 1856 y julio de 1857 por la prolongada enfermedad de monseñor Prince, pero ahora, no bien hubo asumido sede plena las cargas del cargo, y a causa, parece ser, de alguna dolencia, solicitó que se le relevase del puesto, pe-

ción ésta que le fue concedida el 17 de agosto de 1865. Continuó en la diócesis, monasterio de las Hermanas de la Preciosa Sangre (comunidad que le honró como a su fundador), en calidad de obispo titular de Germanicopolis y vicario-general hasta su muerte el 18 de noviembre de 1887, a los setenta y nueve años.

Cuando monseñor Juan Carlos Prince ciñó la mitra de San Jacinto, allá en 1852, se hizo acompañar en calidad de secretario suyo y canciller, está ya dicho, por el joven sacerdote Moreau, nuestro Beato. Su colaboración con este ilustre prelado proporcionó a nuestro hombre de Dios la oportunidad de aprender y cobrar una experiencia pastoral de veras impagable. La verdad es que en las diversas funciones de Moreau junto a los tres primeros obispos de la diócesis, sacerdotes, religiosos y religiosas y fieles, supo ganarse el afecto y la admiración de todos por el brillo de sus virtudes. Entre otros cargos, ocupó los de cura párroco de la catedral (1854-1860; 1869-1876), procurador del obispado (1860-1866) y vicario general (1869-1876). Por cuatro veces fue administrador de la diócesis en ausencia del titular o durante la sede vacante. Nombrado al fin obispo de San Jacinto por el papa Pío IX en noviembre de 1875, recibió la consagración en su catedral el 16 de enero de 1876.

Monseñor Moreau reabrió luego la residencia episcopal y, el 4 de julio de 1886, hizo la dedicación del templo catedralicio de piedra que él había construido con las reservas económicas que su predecesor había dejado acumuladas. Provista por él también la catedral del Capítulo de canónigos, que pudo instalarse el 15 de agosto de 1876, empezó a poner manos a la obra para construir el templo definitivo. Aprobó los planos del arquitecto Adolfo Lévesque y firmó un contrato de 50.000$ de entonces. Las obras comenzaron en 1878. El edificio, de estilo romano puro, fue bendecido por nuestro infatigable monseñor Moreau el 4 de julio de 1880, pontificado ya de León XIII.

Su fachada, sin embargo, se reveló con el tiempo demasiado pesada para el suelo arcilloso que la sostenía. De modo que, viendo el peligro y temiéndose que un día ocurriese lo peor, se impuso una primera restauración en 1908 por los arquitectos Mauricio Perrault y Alberto Mesnard, quienes se encargaron de

consolidar los cimientos y las torres. A raíz del Vaticano II (1962-1965) llegaron a la fábrica nuevos cambios, traídos esta vez por la reforma litúrgica: hubo que cambiar el altar y ponerlo de cara a la asamblea y se reorganizaron asimismo los diversos elementos del coro. La iglesia fue igualmente pintada entera y en 1975, aquel Año Santo de la reconciliación convocado por Pablo VI, se instaló la tumba de nuestro entonces bienamado Siervo de Dios Luis Ceferino Moreau en el transepto izquierdo de la catedral, luego de reconocidas por la Iglesia en 1973 sus virtudes. El año 1987 se ponían en marcha los trámites para la beatificación, que llegó ese mismo año, como luego diremos.

En el haber de su ministerio episcopal hay que destacar el ardor de su corazón de apóstol, además de una muy voluminosa correspondencia en la que se nota el soplo del Espíritu por su despejada inteligencia y viva comprensión de los hombres y de las cosas. Para asegurar el funcionamiento de las instituciones diocesanas, emprendió y llevó a buen puerto numerosas obras. También él, sobre todo él, abrió las puertas de par en par a muchas comunidades religiosas y robusteció la consolidación de otras. De Francia, por ejemplo, llegaron a requerimiento suyo los Hermanos Maristas, quienes no tardaron en levantar una casa noviciado en la diócesis. Él, por su parte, a fin de atender las escuelas rurales de muchachos y muchachas fundó, con la colaboración de la Venerable Isabel Bergeron, las Hermanas de San José de San Jacinto y las Hermanas de Santa-Marta. En lo social y económico estimuló la Unión San José, proyecto suyo de 1874 para ayudar a los trabajadores sin empleo a raíz de un devastador incendio en San Jacinto, y favoreció de igual modo a los Círculos agrícolas. Después de diecisiete años Roma le dio como coadjutor al Reverendo Máximo Decelles, sucesor sede plena inmediatamente después de morir nuestro Beato el 24 de mayo de 1901, con más de veinticinco años de pontificado.

Siempre a la escucha de Dios y de los hombres, dispuesto y disponible en todo momento a las necesidades de los diocesanos, con pastoral solicitud, presencia de ánimo y cordial cercanía para sacerdotes y feligreses, a quienes en las visitas a parroquias y escuelas animaba a *sentir con la Iglesia,* así lo apostilla el nuevo *Martirologio romano,* y a ejercer el apostolado sin descuidar

la formación personal, monseñor Moreau, ya en vida, fue considerado santo. Con singular diligencia cuidaba de los niños vocacionados al sacerdocio y tampoco descuidaba en las pastorales la formación del clero. Todo el mundo lo llamaba *el buen monseñor Moreau,* también *obispo santo,* y en verdad que los calificativos apuntan por ahí: «Bueno, simple, humilde, y pobre».

Disfrutaba exponiendo y proponiendo la persona de Cristo y las riquezas de su Corazón sacratísimo. Impulsó de igual modo una delicada, tierna devoción a la Virgen María y a San José, su esposo, en las congregaciones religiosas diocesanas y muy particularmente en las que él había fundado. Y en el florido jardín de sus virtudes resplandecieron sobremanera la caridad, la simplicidad y la penitencia. De ahí el pastor solícito que siempre fue, y la entrañable cercanía que nunca dejó de reinar entre él y sus diocesanos. Llevaba dentro del alma a la Iglesia y sabía exteriorizarlo en sermones, escritos, obras diversas e iniciativas múltiples de la diócesis y para los diocesanos.

Veintitrés años después de su muerte, empezaron a practicarse diligencias en pro de su beatificación. Los numerosos milagros a él atribuidos lanzaron pronto al vuelo su fama de santidad y obligaron a poner en marcha la máquina diocesana para el reconocimiento solemne de su santa vida. Fueron incoados los procesos canónicos informativo y apostólico, respectivamente desde 1929 a 1934 y desde 1953 a 1955. El 10 de mayo de 1973, la Iglesia reconocía de forma oficial por el magisterio de Pablo VI la heroicidad de sus virtudes.

El 10 de noviembre de 1986 Juan Pablo II, superado el proceso cognicional diocesano y los subsiguientes trámites de la Congregación para las Causas de los Santos (1983-1986), ordenaba promulgar el decreto «super dubio» de la milagrosa curación que por intercesión del Siervo de Dios había obtenido en 1978 la niña canadiense de ocho años Colleen Margarita O'Brien. Y el 10 de mayo de 1987, en fin, fue beatificado por el papa Juan Pablo II en Roma, resultando así el primer obispo de origen canadiense declarado beato por la Iglesia. Los visitantes de la catedral de San Jacinto pueden ver hoy allí su tumba y, sobresaliendo, un cuadro del hombre de Dios. Emplazada delante del obispado se yergue también una estatua suya.

La incontable muchedumbre que abarrotaba la plaza de San Pedro de Roma en la fresca mañana dominical del 10 de mayo de 1987 pudo observar colgando de la balconada de la basílica cuatro tapices gigantes representando respectivamente a los beatos que Juan Pablo II proclamaba ese día: un francés, Pierre-François Jamet; dos italianos, el cardenal de Milán, Andrés Carlos Ferrari, y la monja de Génova, Benedetta Cambiagio Frassinello; y finalmente, un canadiense francés, nuestro obispo Luis Ceferino Moreau. Era ese domingo la jornada mundial de oración por las vocaciones, en cuyo texto de IV Evangelio Jesús se llama a sí mismo «el buen pastor», y también «la puerta de las ovejas» (Jn 10,7), porque mediante el sacrificio de la Cruz, nos introdujo en la vida nueva. Un marco bíblico ideal para glosar la figura de los beatos.

Del cardenal Ferrari, incomprendido en su día por San Pío X, dijo en esas horas su sucesor en la sede de Milán cardenal Martini:

> «A pesar de su fidelidad a la Sede Apostólica fue acusado de modernismo y publicamente atacado por los intransigentes Vista inutil toda defensa, el cardenal se encerro en el silencio y la ora cion, esperando que pasara la hora de las tinieblas»

Juan Pablo II, que no entró en la homilía en este escabroso tema de dos hombres de Dios que en su día no lograron comprenderse, beatificó también al sacerdote francés que murió durante la revolución francesa Pierre-François Jamet (1762-1845), y a la italiana Benedetta Cambiagio Frassinello, que hizo voto de castidad de acuerdo con su marido.

Dijo Juan Pablo II sobre nuestro beato·

> «En el seguimiento del Buen Pastor, Luis Ceferino Moreau consagro su vida a conducir el rebaño que le fue confiado en San Jacinto (Canada) Sacerdote, despues obispo y de esta joven diocesis, el conocia a sus ovejas Trabajo incansablemente para darles alimento, *para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10,10) Los fieles encontraron en el un hombre enteramente dado a Dios, amen de un intercesor verdadero Es bueno que la Iglesia goce hoy y le presente como un modelo pastoral»

Socorría y prestaba atención a toda persona. Respetaba a cada uno. Practicaba la mas exquisita caridad con los pobres por él acogidos. Visitaba con gusto parroquias y escuelas. Sabía

estar próximo a los sacerdotes, a quienes consultaba y animaba en su vida del espíritu y en la profundización intelectual, con miras a que aportasen luego a los cristianos una catequesis iluminada por una fe profunda y gozosa. Daba prueba de un discernimiento lúcido y cualquiera podía apoyarse en su palabra clara y alentadora, así como en la enseñanza a todos lo mismo que en las respuestas a cada uno. Consciente de las necesidades de una diócesis que, al fin y al cabo, estaba en crecimiento, monseñor Moreau multiplicó las iniciativas pastorales en campos varios como los de la educación religiosa, la cura sanitaria y el apostolado parroquial y seminarístico. En todos estos objetivos, él era audaz y remontaba con paciencia y sagacidad los obstáculos.

Allende las fronteras de San Jacinto, monseñor Moreau era conocido como el hombre de Iglesia a carta cabal. Analizaba con lucidez los problemas; defendía firme y moderado los principios y valores esenciales; trabajaba ya entonces incansable por la unidad de los cristianos. Interlocutor atento de la Santa Sede, permaneció en plena comunión con el sucesor de Pedro, a quien de modo invariable presentaba como punto referencial. No obstante su fragilidad física, vivió con austeridad evangélica. El hecho es que pudo afrontar sus enormes cometidos sólo gracias a la fuerza que ponía en la oración. Él se despachaba escribiendo:

> «No haremos bien las grandes cosas si no estamos determinados por una unión íntima con Nuestro Señor»

Se le ha llegado a llamar el obispo del Sagrado Corazón: día a día, ciertamente, era el pastor que daba la vida por sus ovejas, pues las amaba con el entrañable amor de Cristo.

No parece sino que hubieran sido escritas pensando en él, o al menos en celosos y santos pastores como él, las siguientes palabras del Decreto *Christus Dominus* sobre el oficio pastoral de los obispos, del Concilio Vaticano II:

> «Como perfeccionadores, los Obispos pongan empeño en fomentar la santidad de sus clerigos, de los religiosos y laicos, de acuerdo con la peculiar vocación de cada uno, recordando que están obligados a dar ejemplo de santidad en la caridad, humildad y sencillez de vida De tal manera santifiquen las Iglesias que les han

sido confiadas, que en ellas resplandezca plenamente el sentir de la Iglesia universal de Cristo. Por eso fomenten con el mayor empeño las vocaciones sacerdotales y religiosas, prestando especial atención a las vocaciones misioneras» (n.15).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1295-1301: 1298.

Art. en *Le Monde illustre* XIII (1897) n.664, p.609; XVII (1901) n.874, p.641; XVIII (1901) n.891, p.75.

Art. en *L'opinion publique* VI (1875) n.51, p.605; VIII (1877) n.37, p.442.

Art. en *Prions en Église* (Ottawa) (1999) n.156.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «II. *Sancti Hyacinthi in Canada.* Canonizationis Ven Servi Dei Ludovici Zephyrini Moreau, Episcopi S. Hyacinthi. *Super dubio* [10.XI.1986: Card. Palazzini]»: *AAS* 79 (1987) 354-355.

JUAN PABLO II, «*Litterae Apostolicae.* I. Beatorum honores Ludovico Zephyrino Moreau deferuntur [10.V.1987: Card. Casaroli]»: *AAS* 79 (1987) 1438-1441

LAFOREST, TH. J , *Our friends-Canadian ancestors,* XVII (Québec 1993) 161-162.

«Luis Zeferino Moreau († 1901)», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 462.

Martyrologium romanum, o.c., 285, n.12 *; 725.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIMEÓN ESTILITA EL JOVEN

Presbítero y anacoreta († 592)

Como su mismo nombre indica *(stilos* en griego: «columna»), este santo vivió en lo alto de una columna a lo largo de cuarenta y cinco años, dedicado —dice el *Martirologio*— a la conversación con Cristo y los ángeles.

Había nacido hacia el año 520 en Antioquía. Le habían precedido en este régimen de vida que adoptó a los 20 años SanSimeón Estilita el Mayor, San Daniel y otros, y a todos ellos la hagiografía oriental atribuye numerosos y sorprendentes milagros.

Desde que se sube a la columna y se toma absolutamente en serio su vida de total dedicación a la plegaria y la penitencia, empieza a tener crédito entre los fieles, y esto lleva a que trece años más tarde el obispo lo ordene sacerdote, subiéndose a una escalera para poder imponerle las manos. Verdaderas multitu-

des acudían a los pies de la columna para consultarle y oírle y empezaron a atribuirle milagros, entre otros el de poder leer las conciencias. Y no faltaron quienes se decidieron a ser sus discípulos y seguidores. Humilde, caritativo, extraordinariamente austero, pues sólo comía frutas y verduras, su vida era un ejemplo de santidad, bien que no faltaba quien criticaba esta forma de ascetismo como extravagante. Se le han atribuido algunos escritos. Murió el 24 de mayo del año 592.

BEATO FELIPE DE PIACENZA

Presbítero († 1306)

Apenas se sabe otra cosa de este beato sino que fue piacentino, pese a algunas afirmaciones de que era mantuano, y que fue sacerdote en la Orden de Ermitaños de San Agustín, y que tuvo en vida y después de muerto fama de santo y que se le atribuyeron diversos milagros, que dieron pie al culto que se le prestó desde el principio y que por ser ininterrumpido fue confirmado por el papa Clemente XIII el 27 de agosto de 1766.

Su muerte se sitúa en Piacenza el 24 de mayo de 1306.

SANTOS AGUSTÍN YI KWANG-HON, ÁGUEDA KIM A-GI, DAMIÁN NAM MYONG HYOG, MAGDALENA KIM OBI, BÁRBARA HAN A-GI, ANA PAK A-GI, ÁGUEDA YI SOSA, LUCÍA PAK HUI-SUN Y PEDRO KWON TU-GIN

Mártires († 1839)

El 24 de mayo de 1839 fue decapitado en Seúl, Corea, fuera de la llamada Puerta del Oeste un nutrido grupo de fieles seglares que se negaban firmemente a abandonar la fe cristiana que habían recibido con gozo en su corazón. Ni la prisión ni las amenazas de muerte fueron suficientes para que abandonaran la fe. Sostuvieron el combate con valor y entereza y pusieron a Jesús el Señor por encima de todas las cosas, incluyendo la propia vida.

Éstos son sus datos:

AGUSTIN YI KWANG HON, nacido en 1787 en Kwangju, provincia de Kyonggi, en el seno de una aristocrática familia, de la que varios miembros se convirtieron al cristianismo y fueron mártires en la persecución de 1801. Al tiempo de su martirio era un hombre casado, cuya esposa, Santa Bárbara Kwon Hui, también padecería martirio, como asimismo su hija Santa Águeda Yi. Persona inteligente y hábil, en su juventud había vacilado en su conducta. Y no se corrigió del todo cuando se casó. Pero unos años más tarde conoció el cristianismo, cuya doctrina acerca de un Dios único, personal y omnisciente, le cambió la mente y le hizo entrar en un mundo espiritual distinto. Cambió su modo de vida y se sintió llamado a la fe como un nuevo Agustín, decidiendo él y su esposa convertirse al cristianismo. Se dedicó a una vida de piedad y de ayuda a los demás, y abordaron juntos el cambio de fortuna que se produjo en sus vidas pues vinieron a la pobreza. Juntos hicieron lo posible por atraer a otras personas a la fe. En su casa durante la persecución se tenían reuniones de fieles y en ellas para consuelo común se leían con fervor las Sagradas Escrituras. Era un celoso catequista. Arrestado en abril de 1839, confesó la fe, se negó a abandonarla y fue torturado y condenado a muerte.

ÁGUEDA KIM A-GI era catecúmena al tiempo de su arresto y prisión, cuando tenía 52 años, pues había nacido en Seúl el año 1787 y era de estado viuda. Nacida en una familia de la que nadie era cristiano, contrajo matrimonio igualmente con un confuciano. Pero una hermana suya se hizo católica y le habló con entusiasmo de su nueva fe, dejándola impresionada. Ella habló del tema con su marido, que no le hizo caso. Ella tuvo a continuación mucha dificultad en aprender la doctrina cristiana, pues no se le quedaba ninguna de las lecciones de catecismo, no obstante lo cual repetía con mucho fervor: Jesús, María. Una vez arrestada, los compañeros de arresto insistieron en explicarle los misterios de la fe y así ella fue bautizada en la cárcel con gran alegría suya, pasando del bautismo al martirio.

DAMIAN NAM MYONG HYOG, llamado también Mun-hoa, nació en Munan, Seúl, el año 1802. Llevó una juventud alegre y descuidada moralmente. Pero un día presenció el martirio de varios cristianos y quedó vivamente impresionado de la manse-

dumbre y alegría con que los condenados abordaban la muerte. Entonces decidió informarse sobre el cristianismo y cambió de vida, estudiando la religión con gran interés. Una vez bautizado fue un decidido apóstol seglar, y se le nombró catequista junto con San Agustín Yi Kwang-hon. Casado con la futura mártir Santa María Yi Yon-hui, tuvieron un hijo. Junto con ella sirvió lealmente a la Iglesia. Había albergado en su casa al obispo San Lorenzo Imbert, que administró en ella los sacramentos a muchos cristianos; cuando llegó la policía, halló los ornamentos del obispo y metió en prisión a Damián y otros cristianos. Su mujer y él fueron torturados para que apostataran pero ellos perseveraron en la fe. Se ordenó entonces la tortura de los niños, pero tampoco apostataron ellos. Damián fue finalmente condenado a muerte por ser cristiano. Murió dando gracias a Dios por la gracia del martirio.

MAGDALENA KIM OBI, de 45 años de edad, pues había nacido en Seúl en 1774, era al tiempo de su martirio viuda y venía siendo asidua colaboradora de los misioneros. Había llegado a la fe en la infancia y maduró como cristiana fervorosa que deseaba servir de todo corazón al Señor. Hubiera querido consagrar su virginidad al Señor pero sus padres, que no eran católicos, insistieron mucho en que contrajera matrimonio y ella pensó prudente hacerlo, pero enlazando con una familia católica. Estuvo casada muy pocos años: perdió a su marido y a sus hijos. Se hizo cargo de su madre, a la que soportó con mucha paciencia, y se puso a trabajar para sostener la economía doméstica. Muerta su madre, se ofreció a la Iglesia para un mayor apostolado y se le encomendó hacerlo entre sus vecinos, logrando conversiones en su entorno y bautizando en peligro de muerte a algunos de ellos. Llegada la persecución fue arrestada en septiembre de 1836 y llevada a la cárcel. Confesó con valentía la fe y fue condenada a muerte.

BARBARA HAN A-GI, de 47 años de edad, pues había nacido en Kwang-ch'on, Seúl, el año 1792, desempeñaba en la misión el puesto de catequista y de enfermera. Hija de madre católica, había aprendido de ella la religión y la practicó en su adolescencia, pero se enfrió religiosamente cuando se casó con un pagano, hasta que su madre y otros católicos la animaron a volver a

la práctica religiosa. En 1822 ella perdió trágicamente a su marido y a sus hijos y volvió a la casa de su madre. Desde entonces colaboró fervorosamente con la Iglesia. Arrestada con la mártir anterior, soportó la cárcel y los malos tratos, se sostuvo en la confesión de la fe y fue condenada a muerte.

ANA PAK A-GI, mujer de 46 años al tiempo de su martirio, pues había nacido en Kangch'on, Seúl, en 1783, dio una espléndida confesión de fe arrancándose de su familia por amor de Cristo. Nacida en una familia católica en un pueblecito de la ribera del río Han, mostró poca memoria a la hora de aprenderse el catecismo, pero ella misma decía que si su memoria era poca, su amor a Cristo era mucho. A los 18 años se casó con un católico y tuvo con él dos hijos y tres hijas, a los que procuró educar en el camino del Señor. Era una familia modesta y tranquila que vivía feliz en medio de sus cortos haberes. Ella era muy devota de las Llagas del Señor. Cuando comenzaron en la primavera de 1836 los arrestos de católicos ella habló a sus hijos de la gracia del martirio. Poco después ella, con su marido y su hijo mayor, eran arrestados. Su marido y su hijo, ante las torturas, apostataron, pero ella, pese a que las torturas le fueron redobladas, perseveró en la fe. Su marido y su hijo venían cada día a la prisión a pedirle que apostatara ella también y salvara su vida en bien de la familia, y le ponían al corriente del dolor de todos los otros miembros de la familia al pensar que iban a perderla. Ella, llena de angustia ante estas tentaciones que se le presentaban, no quería, sin embargo, apartarse de Cristo y tuvo valor no solamente de rechazar la apostasía sino de pedirles a su marido y a su hijo que se volvieran ellos atrás de su apostasía. En vista de su fortaleza acudieron amigos de la familia a la cárcel e insistieron ante ella poniéndole toda clase de argumentos y llamándola «corazón de piedra» al negarse a decir una sola palabra que podía devolverla a su hogar. A estas tentaciones venidas de fuera se unía la debilidad de su cuerpo sumamente debilitado por las torturas. El juez le insistió en que siguiera el ejemplo de su marido pero ella le anunció que moría con gusto por Cristo. Y fue condenada a muerte.

ÁGUEDA YI SOSA había nacido en Ich'on, provincia de Kyonggi, el año 1784 y era de estado viuda al tiempo de su mar-

tirio. Su padre era pagano y su madre había sido catecúmena sin llegar a bautizarse y no cuidaron la educación religiosa de Águeda, que era una joven de finos modales y afectuosa. A los diecisiete años fue dada en matrimonio a un joven pagano, con el que no tuvo hijos. La casa de sus suegros en la que se integró no practicaba religión. A los tres años de casada murió su marido, quedando ella en una triste situación, y a poco murió también su padre. Ella decidió volver a su casa paterna, pues tenía allí el aliciente de un hermano de corta edad, nacido después de su matrimonio. Comprobó que su madre había logrado que su padre recibiera el bautismo antes de morir. Las circunstancias económicas dejadas por su padre eran penosas y Águeda optó por trabajar para aportar algo a la economía doméstica. Se decidió por estudiar el catolicismo y buscar en la fe cristiana llenar el vacío espiritual que ella sentía. Por fin ella y su hermano se bautizaron, tomando los nombres de Águeda y Pedro respectivamente. No se sabe la fecha del bautismo, que seguramente les fue administrado por un catequista al no haber sacerdotes. Tampoco se sabe cuándo se mudaron de su pueblo a Hayang, pero quizás fuera por asegurarle a Pedro una mejor formación cristiana. Ambos pudieron por fin recibir la comunión cuando un sacerdote chino vino a Corea en 1834. Pero en febrero de 1835 ambos hermanos fueron arrestados. Su interrogatorio estuvo acompañado de torturas porque querían sacarles los nombres de los católicos. La tortura fue horrible y Águeda animó cuanto pudo a su joven hermano. Días más tarde volvió a ser torturada y se dice que su cuerpo quedó como una masa sanguinolenta. Ella repetía: No traicionaré a la Iglesia. Pasaron a la prisión de la corte, en Seúl. Tuvo lugar un juicio en varias sesiones y ambos hermanos fueron condenados a muerte. Al no ser confirmada enseguida la sentencia, se les dejó en la prisión. Pedro murió en ella, y su martirio se conmemora el 25 de noviembre, y Águeda fue martirizada por decapitación tal día como hoy del año 1839.

LUCÍA PAK HUI-SUN nació en Seúl el año 1801 en el seno de una familia rica, en la que recibió una esmerada educación, dominando las lenguas y literaturas coreana y china. Era hermana de Santa María Pak K'un-agi. Joven hermosa e inteligente, fue

recibida en el palacio real para estar al servicio de la reina. El rey se enamoró de ella, pero ella no accedió a su solicitud, lo que causó admiración en su entorno. No le satisfacía la vida en palacio y buscaba algo que llenara su vida cuando vino a oír hablar del catolicismo y se interesó por esta religión. Tenía ella poco más de treinta años. Decidió alegar una enfermedad para poder dejar su puesto en la corte y así lo obtuvo. Su padre, muy enemigo del cristianismo, le dijo que si se hacía cristiana no podría vivir en su casa, y entonces ella buscó alojamiento en casa de un pariente, donde vivió con mucha modestia y sencillez, atrayendo a aquella casa a la fe cristiana. Vino entonces a vivir con ellos su hermana mayor María, que también se hizo cristiana. Cuando vieron que las autoridades se fijaban en ellos a causa de su religión, vendieron la casa y se fueron a vivir con la futura mártir Águeda Ch'on Kyong-hyop. Pero la policía los arrestó el 15 de abril de 1839 y fueron llevados a la cárcel. Se le indicó que era impropio de una joven de palacio ser cristiana pero ella se reafirmó en su fe y se la torturó sin misericordia. Llevada a juicio, se la volvió a torturar, haciéndosele numerosas heridas, rompiéndosele una pierna, etc. Ella permaneció firme. Sus contestaciones a los jueces fueron tan sabias y firmes que los dejó sin saber replicarle. Entonces fue condenada a muerte. Se preparó al martirio animando y consolando a los demás católicos presos y aun a los no católicos, siendo un ángel de paz en medio del dolor. Cuando la fueron a sacar para ser decapitada dijo: «Andemos el camino del martirio para obtener juntos la gloria». Su hermana sería martirizada unos meses más tarde (3 de septiembre).

PEDRO KWON TU-GIN había nacido en la provincia de Kyonggi en 1805 en el seno de una familia aristocrática que profesaba la religión católica. Perdió a su padre en la infancia y a su madre en la adolescencia, pero no antes de que ella le hubiera infundido su entusiasmo y fervor por la religión cristiana. Años más tarde contrajo matrimonio y puso un negocio del que vivía con honestidad y modestia, siendo amable con todo el mundo y observando con mucho cuidado la ley de Dios. Pero el 16 de enero de 1839 Pedro, su esposa y su cuñado fueron arrestados. Pedro permaneció firme, pero su esposa y cuñado ante las torturas

apostataron. Pedro les escribió desde la prisión invitándolos a volver a la fe. Se le acusó de hacer crucifijos y pintar sagradas imágenes. Ante su firmeza fue tremendamente torturado sin que su perseverancia se viniera abajo, tanto que en una ocasión llegaron a pensar que lo habían matado. Condenado a muerte, marchó al suplicio lleno de felicidad y ánimo.

Todos estos ilustres confesores de la fe fueron canonizados por el papa Juan Pablo II en Seúl el 6 de mayo de 1984.

25 de mayo

A) Martirologio

1 En la abadía de Wearmouth-Jarrow (Inglaterra), San Beda el Venerable († 735), presbítero y doctor de la Iglesia, de la Orden de San Benito **.

2. En Salerno (Campania), San Gregorio VII († 1085), papa, de la Orden de San Benito **.

3. En Florencia (Toscana), Santa María Magdalena de Pazzi († 1607), virgen, carmelita calzada **.

4 En Atella, hoy Sant'Arpino (Campania), San Canión (s. III-IV), obispo y mártir.

5. En Milán (Liguria), la conmemoración de San Dionisio († 361), obispo y mártir

6 En Florencia (Toscana), San Zenobio (s. IV-V), obispo.

7 En el monasterio de Mantenay, junto a Troyes (Galia), San León (s. VII), abad.

8. En Inglaterra, San Aldhelmo († 709), abad de Malmesbury y obispo de Sherborne *.

9 En el monasterio de Peñalba, junto a Astorga, San Genadio († 936), obispo de Astorga *.

10. En Monte Santo, del Piceno (Italia), el tránsito del Beato Gerio († 1299), solitario *.

11. En Faenza (Flaminia), Beato Santiago Felipe Bertoni († 1483), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.

12. En Tonkín, San Pedro Doan Van Van († 1857), mártir *.

13. En París (Francia), Santa Magdalena Sofía Barat († 1865), virgen, fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón **

14. En Munyonyo (Uganda), San Dionisio Ssebuggwawo († 1886), mártir *.

15 En Catatlan (Guadalajara, Mexico), Santos Cristobal Magallanes y Agustin Sanchez Caloca († 1927), presbiteros y martires *

16 En el campo de concentracion de Javas (Moldavia), Beato Nicolas Cehelskyj († 1951), presbitero y martir

B) *Biografias extensas*

SAN BEDA EL VENERABLE

Presbitero y doctor de la Iglesia († 735)

La Edad Media guarda numerosas sorpresas a todo el que desea correr la aventura de adentrarse por sus intimidades. Siglo oscuro y ruido de armas. Señores feudales con sus mesnadas guerreras. Castillos defensores con puentes levadizos y celadas astutas por las encrucijadas de los caminos. Invasión de los bárbaros, en una palabra, que ha preparado este precario estado de cosas y ha liquidado una cultura decadente y cansada. Brilla ahora mucho más el ejercicio de las armas que el conocer la cultura clásica. Y entre los nobles llega a ser un timbre de gloria el ser analfabeto· «El señor no firma porque es noble», terminan algunos documentos del tiempo.

Pero la ciencia no ha desaparecido. Se ha refugiado en los monasterios La Iglesia, por los monjes sobre todo, es la gran y única educadora de los pueblos. Clérigo y letrado son ahora palabras sinónimas. Para penetrar, pues, bien la Edad Media es preciso conocer también la vida apretada y fecunda de los monasterios. Entrar en ella con el ánimo purificado y sereno, dócil y abierto a toda sugerencia. Descalzarse, previamente, de toda predisposición a lo complicado y vertiginoso, a las velocidades supersonicas y a las carreras contra reloj. Para sorprender mejor a aquellos hombres, enjambres de Dios elaborando, en sus celdas, la miel dulcísima de las ciencias del espíritu para el bien de las almas.

Uno de estos hombres fue Beda el Venerable, nacido en Inglaterra el año 673 Figura cumbre que iluminó con su luz todo su siglo. No solo Inglaterra, sino toda la cristiandad. No poseemos muchos datos sobre la vida de San Beda. Con todo, no siempre se tiene la feliz circunstancia de esta ocasión. Él

mismo dejó una nota, escueta y sencilla, de su vida al final de su *Historia eclesiástica de Inglaterra,* libro de gran aliento, objetivo y exacto, que le da derecho a ostentar el título de «padre de la historia de Inglaterra».

> «Yo, Beda, siervo de Cristo y sacerdote del monasterio de San Pedro y San Pablo de Wearmouth, nací en el pueblo de dicho monasterio, y a los siete años mis padres me pusieron bajo la dirección del abad Benito, primero, y, después, de Ceolfrido. Desde entonces toda mi vida discurrió dentro del claustro y puse todo mi afán en la meditación de las Sagradas Escrituras. Y entre la observancia de la disciplina regular y el cotidiano oficio de cantar en el coro, siempre me fue dulce el aprender, o enseñar, o escribir. Fui ordenado diácono a los diecinueve años y sacerdote a los treinta, de manos del obispo Juan. Desde mi sacerdocio hasta ahora, en que cuento cincuenta y nueve años, me he ocupado en redactar para mi uso y de mis hermanos algunas notas sobre la Sagrada Escritura, sacadas de los Santos Padres o según su espíritu e interpretación».

Como se ve, nada es más simple que su vida. Observar la regla y cantar el oficio divino. Todas sus delicias las ponía en aprender, enseñar y escribir. Todo su afán, meditar las Sagradas Escrituras y comentarlas para utilidad propia y de todos sus hermanos. Es decir, la regla de oro benedictina: *Ora et labora.* Oración y trabajo. La oración apoyando al trabajo, el trabajo nutriendo y nutriéndose de la oración. Sin estorbarse, sino al contrario, apoyándose mutuamente. «Ni el rezo estorba al trabajo ni el trabajo estorba al rezo».

Así resolvía San Beda, en perfecto maridaje, la conocida discusión sobre la prioridad de la oración o el trabajo en la vida cristiana. San Juan de la Cruz recordaría más tarde, con notable insistencia, el lugar preeminente, la importancia básica y fontal de la oración. Como valor en sí y con vistas al apostolado exterior.

> «Ojalá que los hombres devorados por la actividad, que piensan remover el mundo por medio de sus predicaciones y otras obras exteriores, reflexionaran un instante. Comprenderían sin dificultad cuánto más útiles a la Iglesia y agradables al Señor serían —sin hablar del buen ejemplo que darían a su alrededor— si consagraran la mitad de su tiempo a la oración. En estas condiciones, y con una sola obra, harían un bien mayor y con menor esfuerzo que el logrado por miles de otros actos a los que entregan su exis-

tencia La oracion les mereceria esta gracia [] Sin ella todo se re duce a puro ruido [] Se hace poco mas que nada, a menudo abso lutamente nada, e incluso mal»

Pero tampoco hay que descuidar el trabajo y caer en el angelismo No se ha de olvidar que somos hombres y que, como tales, compuestos de cuerpo y alma, hemos de salvarnos Ni despreciar las realidades terrenas, que nosotros hemos de transformar, y de las que hemos de servirnos para saltar hasta Dios.

«¿Vale la pena desperdiciar tanto tiempo en las cosas de la vida de aqui abajo? Vale la pena, vale la pena Hubo un tiempo en que yo mismo me preguntaba ¿Para que luchar por la vida de esta tie rra? ¿Que me importa este mundo? Soy un exiliado del cielo y siento premura por volver a mi patria Pero, con el tiempo, he comprendido, y he cambiado de pensar Nadie puede entrar en el cielo si anteriormente no ha vencido en la tierra, y nadie puede vencer aqui si no lucha contra el mundo con impetu, con paciencia y sin descanso El hombre no posee otro trampolin que la tierra si quiere lanzarse al cielo Si deponemos las armas estamos perdidos, aqui abajo, en la tierra, y alla arriba, en el cielo»

¿Qué vida es, entonces, más perfecta, la activa o la contemplativa? Santo Tomas dice que la mixta, la que participa de las dos He aquí un gran lema: «Ofrecer a los demás el fruto de nuestra contemplacion»

Tan bien sabía unir San Beda, con tanto equilibrio, estos dos polos de su vida, trabajo y oración, que es difícil comprender, nota un autor antiguo, cómo pudo sobresalir tanto en ambos.

«Si consideras sus estudios y numerosos escritos parece que nada dedico a la oracion Si consideras su union con Dios parece que no le quedo tiempo para sus estudios»

El secreto está seguramente en aquellos remansos de paz y trabajo que eran los monasterios, y en saber renunciar a distracciones que desvian del fin

«Antes de decidirse, el hombre puede escoger entre muchos caminos Pero, cuando ha tomado uno, solo adelantara a condicion de seguir en el Quien cambia continuamente de ruta vuelve sin cesar al punto de partida [] En cada encrucijada es necesario sacrificar varios caminos para seguir uno solo El hombre no alcanzara una perfeccion sino sacrificando muchas otras Algunas personas no saben sacrificar y no llegan entonces a nada»

Ésta es la gran lección que nos da San Beda. Trazarse un rumbo bien claro y seguir tras el ideal, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, con una constancia y energía indomable. Lección ésta de necesidad apremiante, porque hoy es terrible el peligro de la dispersion. Basta girar un botón para oír, ver y sintonizar con lo que, hace un par de horas, le ha sucedido al alguacil de cualquier alcalde de Borneo. Hay que saber mil nombres de libros, deportistas, políticos, congresos y artistas de todo género. Todo parece dispuesto para ofuscar, seducir, entretener y desviar.

El miedo del siglo XX es el acertado título de un reciente libro.

> «Miedo a que la tecnica, la maquina, la civilizacion fria del fichero y la estadistica, de los cerebros electronicos y las leyes sin alma, se nos echen encima y nos asfixien, y no dejen ya sitio en nuestro espiritu para el Unico Necesario Miedo porque la gran marejada de la barbarie esta ante nuestras puertas»
>
> «En Europa se la esperaba tradicionalmente viniendo de Orien te La costumbre no se ha perdido Pero el Oriente nunca ha irrumpido más que en una Europa descompuesta La gran marejada de la barbarie esta en nuestros corazones vacios, en nuestras cabezas perdidas, en nuestras obras incoherentes y en nuestros actos, estupidos por cortedad de vista No nos quejemos mañana de los barbaros si aceptamos hoy nuestra decadencia»

Tiempos de bárbaros los de San Beda. Tiempos muy parecidos los nuestros. Él y los suyos tonificaron y orientaron el mundo. He aquí, también, la tarea actual de los cristianos.

Aquello de no morirse sin haber plantado un árbol, haber tenido un hijo y haber escrito un libro lo realizó San Beda muy cumplidamente. En cuanto a lo primero, plantar un árbol, en ningún sitio consta que no lo hiciera. En cambio, sí dicen las crónicas que trabajaba a veces en la huerta. Hijos, discípulos de su doctrina, los tuvo muy numerosos Cuanto a escribir libros, es uno de los escritores más fecundos de materias espirituales y temas profanos

Todos sus enciclopédicos conocimientos los fue distribuyendo en múltiples escritos de gramática, retórica, métrica, poesía, música, aritmética, meteorología, física, cronología, filosofía, teología. San Beda sabía que nada había ajeno a la legítima curiosidad del cristiano. Toda la creación es un reflejo de la glo-

ria de Dios. Su fina sensibilidad de alma interior descubría en todo la huella divina.

Pero donde brilló, sobre todo, con fulgor nuevo e irreprimible la pluma de San Beda —y, en la pluma, su mente y su corazon— fue en sus homilías y en sus comentarios sobre la Sagrada Escritura. Escribió hasta sesenta libros o tratados sobre la Sagrada Escritura, según propia confesión. Todo el plan de sus estudios lo relacionaba con la interpretación de la Sagrada Escritura. A este fin dirigía sus vigilias, sus investigaciones. Para promover en su ánimo y en el de sus discípulos tan santo y laudable estudio. Tanto ha estimado sus homilías la Iglesia, que las ha introducido en la liturgia. Sobre todo en las fiestas de la Virgen, por quien Beda sentía tiernísima devoción.

Purificaba más y más su conciencia para entender el sentido de los libros santos. «Porque en alma maliciosa no entrará la sabiduría ni morará en cuerpo esclavo el pecado», dice el Señor. El mismo Santo nos dice que, aun prescindiendo del bien que pudiera hacer a las almas, él ya lo había conseguido meditando las palabras del Señor, que tanto estimaba, siguiendo en esto el espíritu de San Agustín.

> «La palabra de Jesucristo no es menos estimable que su cuerpo, y, por tanto, las mismas precauciones que guardamos para no dejar caer al suelo el cuerpo del Señor cuando nos lo entregan debemos tomar para que no caiga de nuestro corazon la palabra de Cristo que se nos predica»

Como era entonces corriente, más que obras nuevas, recogía todo lo bueno que los Santos Padres habían dicho. Con todo, su ciencia no era propiamente ciencia de archivo, ciencia de almacén, sino ciencia de fábrica. «Abeja laboriosa», sabía libar lo más exquisito, elaborarlo y transformarlo, para provecho propio y ajeno. «Miel virgen destilaban sus labios». Más que la ciencia poseía la sabiduría, dando a esta palabra su sentido exacto de saborear, degustar. Distinguir y escoger lo mejor. Resume admirablemente esta hambre infinita de saber la oración con que acabó uno de sus libros:

> «Te ruego, buen Jesus, ya que te has dignado concederme el beber dulcemente las palabras de tu ciencia, me concedas tambien la gracia de llegar un dia hasta Ti, fuente de toda sabiduría, y estar siempre presente ante tu divino rostro»

De esta manera no es extraño que la fama de San Beda saltase de la isla al continente y se esparciese por toda la cristiandad. Los seiscientos monjes del monasterio porfiaban por escucharle. Otros acudían de los alrededores, ávidos de saber. El papa Sergio I le llamaba a Roma. San Bonifacio, el apóstol de Alemania, escribe al monasterio de San Beda para que le envíen «alguna partícula o chispita de ese cirio de la Iglesia que encendió el Espíritu Santo, investigador sagacísimo de las Sagradas Escrituras».

Se le llamó maestro nobilísimo, doctor eximio, cirio de Dios, sacerdote ejemplar, monje observante. Un concilio de Aquisgrán le reconoció Padre de la Iglesia. En 1899, el papa León XIII dio el espaldarazo oficial y canónico a su magisterio, declarándole doctor de la Iglesia.

Pero el nombre que más se divulgó y con el que sobre todo ha sido siempre conocido es el de Venerable. Un autor antiguo dice que, siendo tenido por un gran santo en la Iglesia, es el único entre los santos que no se llama santo, sino venerable. Y explica la razón con dos ingenuas leyendas: Estando ciego por su avanzada ancianidad y habiendo llegado, de manos de un discípulo, ante un montón de piedras, el discípulo empezó a persuadirle que había allí congregada una gran multitud que esperaba, con gran silencio y devoción, su predicación. Entonces el Santo les dirigió un discurso elegantísimo, y, al acabar diciendo: «Por todos los siglos de los siglos», las piedras respondieron: «Amén, venerable presbítero». Después de muerto el Santo otro discípulo se disponía a preparar una inscripción para su sepulcro en un solo verso. Le faltaba una palabra y no encontraba ninguna a propósito, hasta que, cansado, se fue a dormir. Y he aquí que, a la mañana siguiente, encontró esculpido en el túmulo el verso completo, por manos angélicas: *Hac sunt in fossa Bedae Venerabilis ossa* (En esta tumba yacen los restos del Venerable Beda).

La razón verdadera del nombre de Venerable parece ser porque se leían sus homilías en las iglesias, viviendo él. Y, al no poder llamarle santo, decían «del Venerable Beda», por el gran aprecio que se le tenía. Luego se confirmó, al extenderse sus sublimes escritos por toda la cristiandad.

Cargado de méritos, de años y de veneración, le llegó al Venerable la hora de morir. Un testigo ocular cuenta a su compa-

ñero, en una carta, la última enfermedad y la muerte del santo. Pasó los últimos días dando gracias a Dios y cantando salmos. Incluso por la noche, el tiempo que le dejaba libre el sueño. A veces interrumpía el canto y se deshacía en lágrimas y lloraban todos con él.

Durante estos días, sin dejar las lecciones que daba ni el canto de los salmos, emprendió dos obras nuevas: una traducción del Evangelio de San Juan al inglés y algunos pasajes de San Isidoro de Sevilla. Luego se agravó su enfermedad, pero él seguía trabajando.

Todo el último día, enseñaba y dictaba. Se apresuran por acabar el último capítulo.

—«Maestro, todavía falta un versículo».
—«Escríbelo pronto», respondió.
—Luego decía el discípulo: «Todo está acabado».
—«Sí —repuso el santo—, todo está acabado».

Entonces, como gesto de delicadeza, repartió los pequeños recuerdos que le quedaban. Sobre todo a los sacerdotes para que dijesen misas por él. Pidió que le pusiesen en el suelo, vuelto hacia el lugar santo donde tantas veces había alabado a Dios. Y de este modo se puso a cantar por última vez: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». Luego, tranquilamente, entregó su alma a Dios. Era el 25 de mayo del año 735, víspera de la Ascensión. Contaba a la sazón sesenta y dos años.

Experto conocedor de las Sagradas Escrituras, tuvo siempre presentes las palabras del Señor: «Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas». «Mientras tenemos tiempo obremos el bien». «Viene la noche y ya nadie puede trabajar». Así murió San Beda. Rezando y trabajando. Aprovechando hasta el último día de su vida para no presentarse con las manos vacías. Una vez más la muerte había sido un reflejo fidelísimo de la vida.

JUSTO LÓPEZ MELÚS

Bibliografía

Act. SS. Boll., 27 de mayo: *Vita*, por TURGOT.
Art en A. VACANT - E MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. II/1: *Baader-Buzetti* (París ^{3}1923).

BEDA EL VENERABLE, *Bedae Venerabilis opera* .: PL vols.90-95.
Diferentes *Vitas* y otros documentos en. PL vol.20.
GILES, H., *Disputatio historico-theologica de Bedae Venerabilis, presbyteri anglo-saxonis, vita et scriptis* (Leiden 1838).
HAMILTON, A., *Beda. His life, times and writings* (Oxford 1935).
PLUMMER, C, *Historiam ecclesiasticam anglorum* (Londres 1896) 2 vols.
WERNER, K, *Beda der Ehrwurdige und seine Zeit* (Viena 1881).
• Actualización:
«Beda», en A. DI BERARDINO (dir.), *Patrologia.* IV: *Del Concilio de Calcedonia (451) a Beda. Los Padres latinos* (Madrid ²2002) 476-509.
BROWN, G., *Bede the Venerable* (Boston 1987).
HUNTER BLAIR, P., *The World of Bede* (Cambridge ²1990).
MUSCA, G., *Il Venerabile Beda, storico dell'Alto Medioevo* (Bari 1973).

SAN GREGORIO VII

Papa († 1085)

Había logrado la Iglesia, en su primera época, el triunfo de su existencia con persecuciones sangrientas y con la inconmovible constancia de sus mártires. Echó de sí, más tarde, los enemigos internos que la enturbiaban, y veía correr por todos los cauces su doctrina santa, que asimiló y educó a los bárbaros hasta formar con ellos las grandes naciones cristianas. Pero cuando, a lo largo de la Edad Media, se propuso impregnar de espíritu cristiano toda la vida pública y privada, un gran obstáculo le salió al paso: el de no haber sido todavía establecidas las relaciones, por Dios ordenadas, entre la potestad civil y la eclesiástica; el de hallarse la cabeza de la Iglesia, el vicario de Cristo en la tierra, en peligrosa dependencia del Estado, del señor temporal.

El santoral nos presenta en la fecha de hoy al coloso que removió tamaña dificultad, al gran artífice en la empresa de la independencia de la Iglesia del Estado: Hildebrando, llamado más tarde San Gregorio VII.

Nació en Soana, provincia de Siena, hacia el año 1020. Su padre, Bonizo o Bonizone, era hombre, al parecer, de condición humilde. Carpintero, según unos; según otros, cabrero. Hildebrando, pequeño de estatura y grácil de constitución, fue educado en la disciplina eclesiástica, desde su niñez, en el monasterio de Santa María, en el Aventino (Roma), donde hizo grandes progresos en la ciencia y en la virtud, hasta el punto de que Juan

Graziano (posteriormente papa Gregorio VI) llegó a decir que nunca había conocido una inteligencia igual; y de que el emperador Enrique III manifestó, cuando le oyó predicar, siendo joven todavía, que ninguna palabra le había conmovido como aquélla.

De regreso a Roma, después de algún tiempo de estancia en Francia, mereció la plena confianza de los papas. Fue el sabio y prudente consejero de cinco pontífices consecutivos y tomó parte en decisivas actuaciones de la Iglesia empeñada en la reforma, como la reunión del concilio de Lyón (Francia) para deponer a varios obispos simoníacos, la presidencia del concilio de Tours, en que Berengario abjuró de sus errores, y la legación en Ratisbona, con el fin de que la corte de Germania aprobara la elección de Esteban IX.

Durante veinticinco años rehusó aceptar personalmente el pontificado: pero, a la muerte de Alejandro II, hubo de someterse a la Providencia, que le deparaba la suprema dignidad. Presidiendo, como arcediano que era, los funerales, quedó atónito cuando la multitud —clero y pueblo— prorrumpió en un grito unánime: «¡Hildebrando, Papa!». Se precipitó hacia el ambón para neutralizar las aclamaciones; pero llegó antes Hugo el Blanco, cuyo panegírico sobre Hildebrando fue rubricado por cardenales, obispos, sacerdotes y clérigos, que pronunciaron con entusiasmo la consabida fórmula: «San Pedro ha escogido Papa a Hildebrando». El pueblo se apoderó de él, casi a la fuerza, y lo entronizó. Por prudente medida de paz y buen gobierno —y entonces por última vez— se dio aviso a la corte imperial, al objeto de recabar su aprobación. Ordenado primero de presbítero —pues no era más que diácono—, fue consagrado el 30 de junio de 1073, a los cincuenta años de edad, llamándose Gregorio VII.

Antes de que el atleta haga llegar los brazos hasta él para removerlo, deténgase un momento el lector a contemplar la magnitud del escollo que la Iglesia había encontrado a su paso: la evolución de hechos históricos en diversos países había convertido a la Esposa de Cristo en sierva del Estado. Los príncipes temporales habían sustraído a la Iglesia la provisión de los obispados y de casi todos los beneficios eclesiásticos, y la ejercían

por medio de la «investidura», palabra consagrada por el lenguaje jurídico del siglo XI para el acto de dar posesión de un cargo o de un bien cualquiera cuando se verificaba, según antigua costumbre, mediante la entrega simbólica de un objeto: una llave, para la transmisión de una casa, un terrón con hierba, para la de un campo. Los príncipes temporales, para la entrega de un obispado o una abadía, utilizaban el báculo y el anillo pastoral, quedando suprimidas la elección regular y la confirmación canónica hechas por el metropolitano, único medio previsto por la Iglesia para la designación de los obispos. De ese indignante tráfico de funciones sagradas y de la dudosa conducta de los que eran honrados con ellas, como consecuencia casi inevitable, surgieron la simonía y la incontinencia en el clero. No se daban los beneficios eclesiásticos a los que los merecían, sino a los que los compraban, ya que, llegados a ser mirados como propiedad del Estado los bienes feudales y las propiedades privadas del obispado, quienes recibían el beneficio eclesiástico se juzgaban obligados a pagar un reconocimiento a quienes lo daban. Esta injusticia y la índole de quienes se brindaban a obtener, por medios tan nefandos, los beneficios eclesiásticos, provocaron en el campo de la Iglesia el sarpullido de unos clérigos de conciencia tan ofuscada y de espíritu tan oscurecido que, invocando falsamente en su favor textos de concilios, palabras del Evangelio y hasta imposiciones de la naturaleza, quebrantaron el celibato eclesiástico hasta el extremo de celebrar solemnemente sus bodas y preparar un ambiente en que hacer hereditarios los beneficios. No deje de apreciar también el lector otro perfil que sintetiza la dureza en que ha de tropezar el martillo de la reforma: el de que la misma causa hará poco menos que irremediable el mal, pues los simoníacos rebeldes tendrán tras sí, para defenderlos, a los príncipes y reyes de quienes recibieron el nombramiento.

Con el alma inflamada por el ideal del reinado de Dios en la tierra, después de escribir muchas cartas a sus amigos en demanda de oraciones y protección moral, Gregorio VII, el gobernador sabio, piadoso y enérgico, se enfrentó con esa caótica situación.

Como base de reforma de la Iglesia, convocó concilios en Roma, bajo su presidencia, y en otros países católicos mediante

legados suyos, y se decretó en frecuentes sínodos: que los clérigos no se unieran a sus esposas, que no se confiriera el sacramento del orden sino a los que hubiesen hecho profesión de celibato perpetuo y que nadie asistiese a las misas de los sacerdotes que tuviesen mujer, «para que los que no se corrigen por el amor de Dios y la dignidad de su ministerio se arrepientan, al menos, por la verguenza del siglo y por la repulsa del pueblo».

Dispuso, contra la simonía, que los clérigos que hubiesen obtenido mediante precio algún grado u oficio de las sagradas órdenes, no ejercieran en lo sucesivo su ministerio eclesiástico, y que los que recibieran de los laicos la investidura de la Iglesia, y los laicos mismos que la dieran, fuesen castigados con el anatema.

El ataque directo a las investiduras cristalizó en un decreto del sínodo romano de la Cuaresma de 1075, excomulgando a todo emperador, rey, duque, marqués, conde o persona seglar que tuviese la pretensión de conferir cualquier dignidad eclesiástica.

Estas disposiciones con que el vicario de Jesucristo tomaba el azote, como en otro tiempo su Maestro, para arrojar del templo a los vendedores, y el paso de los legados pontificios por toda la cristiandad para hacerlas cumplir, provocó una protesta general y una sublevación violenta en todas partes, pero de modo especial en Alemania.

Hasta en Roma se opuso al Papa el partido contrario a la reforma, capitaneado por Cencio, que había estado condenado a muerte. Organizó un grupo de conjurados que, en la vigilia de Navidad, mientras Gregorio VII celebraba la santa misa en Santa María la Mayor, se arrojó armado sobre el pontífice, hiriéndole, derribándole y arrastrándole hasta recluirlo en una torre. Cuando el pueblo reaccionó y la torre estaba a punto de caer en manos de los libertadores, Cencio, al creerse perdido, se echó a los pies del Papa, que paternalmente le otorgó el perdón tan angustiosamente suplicado y calmó a la multitud ansiosa de venganza.

En Alemania, el emperador Enrique IV declaró abiertamente la guerra a Gregorio VII, reuniendo, en 1076, un conciliábulo en Worms con objeto de deponer al Papa.

Mucho sufría el Santo Padre. En el año anterior había escrito a San Hugo, abad de Cluny: «Si finalmente miro dentro de mí, me siento tan abrumado por el peso de mi propia vida, que no me queda esperanza de salud sino en la misericordia de Jesucristo».

A pesar de todo ello, la fortaleza de Gregorio VII no se rendía. Combatió en Francia los desórdenes de Felipe Augusto; luchó en Inglaterra por medio del arzobispo Lanfranco; en España —donde la campaña emprendida en 1056 por el concilio de Compostela, y continuada en 1068 por los concilios de Gerona, Barcelona y Lérida, había subvenido ya a la posible necesidad de reforma— introdujo la liturgia romana y alentó la campaña de Alfonso de Castilla contra los sarracenos, y actuó en las más apartadas regiones del norte y del oriente asiático, pensando, por primera vez, en una cruzada que había de terminar dos lustros más tarde con la conquista de Jerusalén.

Su heroica fortaleza, a juzgar por lo que aconsejaba en carta a la condesa Matilde —la gran defensora de la Santa Sede—, se alimentaba «en la recepción del cuerpo de Cristo y en una confianza ciega en su Madre».

A raíz del conciliábulo de Worms, el emperador dirigió al Pontífice una insolente carta, que fue recibida precisamente cuando, en la basílica de Letrán, se celebraba un concilio que, por unanimidad, declaró haberse hecho Enrique acreedor en sumo grado a la excomunión. La pronunció, en efecto, el pontífice, y en una bula al mundo católico explicó sus motivos y el alcance de la condenación. Envió a su vez una carta «a todos sus hermanos en Cristo» en Alemania, diciéndoles:

> «Os suplicamos, como a hermanos muy amados, os consagreis a despertar en el alma del rey Enrique los sentimientos de una verdadera penitencia, a arrancarle del poder del demonio, a fin de que podamos reintegrarle en el seno de nuestra comun Madre»

Despreció Enrique todos los anatemas y se alió con todas las furias del averno. El Papa contaba con la justicia, con la compañía de la piadosa y abnegada condesa Matilde y con la espada del esforzado Roberto Guiscardo. Los alemanes se disponían a deponer inmediatamente a Enrique, pero éste, considerándose perdido y conociendo la magnanimidad de Grego-

rio VII, se decidió a poner la causa en sus manos, llegando, en la mañana del 25 de enero de 1077, al castillo de Matilde, en Canosa, donde a la sazón se hallaba el Papa. Nevaba copiosamente y el frío se enseñoreaba del ambiente cuando, descalzos sus pies, su larga melena al aire y cubriéndose con la ropa de los penitentes, golpeaba las puertas de la fortaleza un peregrino que no era otro que el mismo Enrique IV. Tres días esperó, gimiendo, llorando, implorando el perdón, sin probar bocado y posando sus plantas en el hielo. Ya perdía la esperanza, al anochecer del tercer día, cuando se decidió a entrar en una cercana ermita. Precisamente oraban en ella la condesa Matilde y Hugo, el abad de Cluny. Se conmovieron éstos ante sus súplicas de intercesión por él ante el Papa. Y Gregorio VII, aun cuando su sagacidad le dictaba que era todo fingimiento e hipocresía en Enrique, que no buscaba más que mantener su trono, sucumbió a la bondad de su corazón accediendo a los ruegos de tan piadosos intercesores. Como tenía que suceder, volvieron a producirse los conciliábulos, las excomuniones y las hipocresías, y el pontífice tuvo que oponer su indomable firmeza a los ejércitos imperiales que llegaron hasta Roma, donde sus habitantes, ganados por las larguezas del emperador Enrique, terminaron por entregarle la ciudad.

Gregorio VII se refugió en el castillo de Sant'Angelo, donde renovó la sentencia de excomunión. Esquivó Enrique el golpe haciendo entronizar en la basílica de San Pedro al antipapa Guiberto. La Providencia salió al paso: la consternación se impuso de súbito ante el rumor de que Roberto Guiscardo estaba a las puertas de la ciudad con un formidable ejército de normandos. Ante la vacilación de los romanos, por él comprados con dinero, y viendo a sus tropas fatigadas por la larga campaña y diezmadas por la epidemia, Enrique, avergonzado, huyó precipitadamente de Roma, y los romanos, asesinados a millares o vendidos como esclavos, expiaron su traición ante los normandos que incendiaban y saqueaban la ciudad. Abandonó Gregorio VII la urbe en ruinas, dolorido por tanta destrucción, y se refugió en Montecasino, de donde paso a Salerno, haciendo a la Iglesia universal este supremo llamamiento:

> «Por amor de Dios, todos los que seais verdaderos cristianos, venid en socorro de vuestro Padre San Pedro y de vuestra Madre

la santa Iglesia, si quereis obtener la gracia en este mundo y la vida eterna en el otro»

Como otro Moisés, sin permitirle la Providencia contemplar la perfecta realización de su ideal sagrado, aunque a sus puertas, moría en Salerno, el 25 de mayo de 1085, pronunciando estas palabras: «He amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso muero en el destierro».

Muerte de antemano aceptada cuando, ya en 1076, escribía a los obispos de Alemania esta frase, que revela la energía de su temperamento y su sinceridad apostólica:

> «Mejor es para nosotros arrostrar la muerte que nos den los tiranos que hacernos cómplices de la impiedad con nuestro silencio»

ANTONIO ONA DE ECHAVE

Bibliografía

ARQUILLIERE, H J, *Saint Grégoire VII Essai sur sa conception du pouvoir pontifical* (París 1934)

BORINO, E, *Studi gregoriani Per la storia di Gregorio VII e della riforma gregoriana* (Roma 1947)

CASPAR, E (ed), *Registrum Gregorii VII* (1920 1923), 2 vols, nueva ed *Das Register Gregors VII* (Nachdruck 1990)

DELARC, O, *Saint Grégoire VII et la réforme de l'Eglise au XI siècle* (París 1889)

FLICHE, A, *La Réforme grégorienne* (Lovaina 1924 1927)

— ID, *La Réforme grégorienne et la reconquête chrétienne, 1057 1123,* en A FLICHE - V MARTIN (dirs), *Histoire de l'Eglise depuis les origines jusqu'a nos jours,* VIII (París 1946)

— ID, *Saint Grégoire VII* (París ^{3}1920)

VOOSEN, O, *Papauté et pouvoir civil a l'époque de Grégoire VII* (Lovaina 1927)

WUHR, W, *Studien zu Gregor VII Kirchenreform und Weltpolitik* (Munich 1930)

• Actualizacion

BLUMENTHAL, U R, *Gregor VII* (Darmstadt 2001)

CORRIDORI, I, *Gregorio VII, Ildebrando di Sovana Il piu grande Maremmano di tutti i tempi* (Pitigliano 1985)

COWDREY, H E J, *Pope Gregory VII, 1073 1085* (Nueva York 1998)

TESSORE, D, *Gregorio VII Il monaco, l'uomo politico, il santo* (Roma 2003)

VANDANO, V, *La vita e il tempo di Gregorio VII* (Milan 1970)

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI

Virgen y religiosa († 1607)

Hay en el Borgo de San Friano un monasterio «donde se trata de perfección con particular cuidado». Así lo decía un au-

tor del setecientos y así lo leo yo hoy en las páginas tostadas de años, pero quemantes siempre, de una obra en pergamino y bellos tipos renacentistas que contiene la «vida de la bienaventurada y extática María Magdalena de Pazzi, virgen florentina», la santa contradictoria y apasionante que nos ha dejado una vida extraña y vehemente como su temperamento toscano.

Su padre, Camilo Geri de Pazzi, gran señor florentino, había contraído matrimonio con María Lorenzo Buondelmonti, dama exquisita, amiga de los Médicis, que educó con extraordinaria delicadeza a su única hija Catalina. La niña era bellísima y de un natural dulce y quieto y a la vez ardiente y amoroso, mezclando voluntad y suavidades. No podemos detenernos en sus primeros años, ni en su educación entre las Canonesas de Malta, ni en su regreso al mundo, de cuya época se conserva un hermoso cuadro que nos muestra a Catalina, gran figura de italiana, vestida de blanco y dorado con unas rosas.

Vamos a partir de ese domingo primero de Adviento en que ingresa en el convento de carmelitas observantes en 1582 y donde recibe el santo hábito al final del enero siguiente. Ya se llama María Magdalena y tiene dieciséis años.

Una tarde, después de la oración que tenían las novicias reunidas en el oratorio del noviciado, su rostro pareció ardiente e inflamado como de intensa calentura. No hallaba sosiego. Se agitaba, se movía, hacía lo posible por aflojarse la correa de la cintura y deshecha en lágrimas sollozaba: «¡Oh amor que no eres conocido ni amado, qué ofendido estás!». Sólo al cabo de dos horas tornó en sí.

Era el primero de sus excesos de amor.

El amor de Dios, que es intensamente espiritual, tiene sus redundancias sobre el organismo; la parte funcional y somática de Magdalena, joven y delicada novicia, desmayaba ante el acosamiento divino. ¿Es raro, acaso, que la naturaleza se estremezca cuando Dios la acaricia? Desde el día de sus votos comienza esa cuaresma de interior comunicación que ha sido llamada «los cuarenta días». Su propia descripción es ésta:

> «No sabía si estaba muerta o viva, si en el cuerpo o en el alma, si en la tierra o en el cielo [...] sólo veía a Dios todo glorioso amarse a Sí puramente, conocerse a Sí enteramente, ser Trinidad indivisa en la unidad...».

Y cuenta otra vez así las gracias de aquellas mañanas:

> «Vi el amor inmenso y unitivo que me unio con Jesus Entendi tambien que todas las almas que participan en la sangre de Jesus son las que padecen en este mundo quedando delante de su divina Majestad bellas y hermosas Si un alma pudiese comprender en cuanta grandeza esta mientras ama asi a Dios, casi se desharia a si misma dulcisimamente»

Hablaba con un ser invisible y, tomando el crucifijo con rostro brillante y enardecido, exclamaba:

> «¡Oh Jesus mio!, dame una voz grande que la oiga el mundo entero, el pésimo amor propio es el que nos quita vuestro conocimiento [] el amor propio que es el contrario al vuestro, Señor [] ¡Amor, haz que las criaturas no amen otra cosa que a Ti!»

Y así duraba hasta eso de las cuatro en que le volvía el mal y la calentura y tornaba a la cama entre los solícitos cuidados de su madre maestra y sor Evangelista del Giocondo.

Así pasaban los días maravillosos e incomprensibles, mientras con su oración y padecer Magdalena buscaba almas dadas plenamente al Amor, enseñando que el gran apostolado es difundir la santidad que vivifica a toda la Iglesia.

Luego vinieron pesadumbres, tentaciones, luchas y negruras que ella llamó «el lago de los leones», con un recuerdo danielesco y estremecedor, mientras las obsesiones, la pesadez y el hastío de la observancia intensificaban la obra de la purificación.

Nombrada maestra de novicias, les dio a todas la humildad como camino para llegar a la unión divina y les brindaba esta definición preciosa· «La humildad es un continuo conocimiento de ser nada y un continuo gozarse en todo lo que sirve para el desprecio de una».

Y era tanta su luz sobre esta virtud que añadía: «En el infierno habrá almas apóstoles, almas vírgenes, pero no habrá nunca almas humildes»

Teólogos de fuste acudían al convento para estudiar el caso de esta monjita que los sorprendía con las gracias más subidas. Profetizó al cardenal de Médicis, más tarde León XI, su elevación al Pontificado supremo, y su brevedad.

Ella aprovechaba la curiosidad de muchos que la visitaban para inculcarles a todos una gran pureza de conciencia. Se con-

fesaba diariamente y temía la menor imperfección involuntaria. Esta limpidez de espíritu la subió pronto a una oración que le era como habitual:

> «Tener gusto en gozarme y complacerme de los atributos divinos [...] gozarme de la comunicación que tienen entre sí las tres divinas Personas [...], regocijarme en el amor infinito con que Dios se ama a Sí mismo [...] Ofrecerme a mí misma a Dios con toda aquella perfección que Él quiere que tenga».

Bastan estas líneas para atisbar algo del secreto de María Magdalena de Pazzi, la santa de los grandes excesos de amor.

El 25 de mayo de 1607 toda la comunidad rodea el lecho de sor María Magdalena. Ninguna duda ya de su perfección. A esta hora no tiene gusto ni consuelo espiritual, porque Dios quiere que muera como Cristo en la cruz.

Apretaban los dolores, cercábanla grandes sufrimientos. Ella, sencilla y humilde, deja caer esta frase: «Yo gusto de todo lo que él gusta, no quiero contentos, ¡con tal de que mi alma se salve!».

Así, ignorante, inédita para sí misma, despojada de su propio valer. Va a dar la una del mediodía..., el confesor reza himnos y alabanzas divinas, la moribunda está bella y sonrosada, tiene sólo cuarenta y un años. «¡Con lo que pudiera vivir!», insinúa alguna monja entristecida; pero ¡no!..., ella sólo quiere el amor.

Y, esta vez sin excesos, el amor viene, y definitivamente María Magdalena se pierde como llama de fuego en el seno eterno de la infinita Trinidad.

MARÍA H. DE LA SANTA FAZ, OP

Bibliografía

Los cuarenta días (Madrid 1956).

LARKIN, E. E., OC, *A study of the ecstasies of the forty days* (Roma 1956).

LEZAMA, I. B. DE, *Vita de la V. Virgen Magdalena de Pazzi* (1627)

PUCCINI, V., *Vita de la Madre suor Maddalena de Pazzi, fiorentina Monaca dell'ordine carmelitano nel Monasterio di S. Maria degli Angeli di Borgo S. Frediano di Firenze* (Florencia 1611)

Santa María Magdalena de Pazzi, por una monja del monasterio (Madrid 1956)

• Actualización:

LOPEZ-MELUS, A., *Santa María Magdalena de Pazzi* (Onda 1980).

LOPEZ-MELUS, R. F., *Vida de Santa María Magdalena de Pazzi* (Madrid 1980)

— ID., *Magdalena. espíritu y vida de una extraordinaria mujer* (Roma-Zaragoza 1966).

SICONDIN, B., *Santa Maria Maddalena de'Pazzi. Esperienza e dottrina* (Roma 1974).

SICONDIN, B - MOSCHETTI, P., *Maddalena de'Pazzi mistica dell'amore* (Cinisello Bálsamo 1992).

SANTA MAGDALENA SOFÍA BARAT

Virgen y fundadora († 1865)

Año 1779. Al final de un sendero bordeado de álamos, traspasado el puente sobre el Yvonne, el río pacífico con fondo de bosques lejanos y vecinos viñedos, los tejados rojo y vivo de Joigny, un lugar perdido en la Borgoña. Aquí, París; allí, Lyón. Unos minutos cuesta arriba de la calle Mayor y el barrio de los artesanos: casas minúsculas, blanqueadas, de ventanas chicas y puerta baja. Jacobe Barat, el tonelero dueño de las viñas que crecen junto al Larry, vive allí a la derecha. Madeleine, su mujer, todo un carácter, en la noche del 12 de diciembre, repitiendo el gozo de la escena comentada por Jesucristo, alza en los brazos una hijita nueva. La casa frontera arde en tanto, y esa niña, llegada entre el resplandor, contestará balbuceando que «C'est le feu», «el fuego», cuando las vecinas le pregunten entre sonrisas: «¿Quién te trajo al mundo?». Va a ser la glorificadora del Corazón ardiente de Jesucristo, que vino a incendiar la tierra. Se llamará Magdalena Sofía.

Sofía, desde la ventana de su buhardillita, otea los viñedos extensos y vuelve a sus libros. Luis, su hermano, su padrino, su maestro, es recio, exigente y hasta un poco exagerado. Estudia para llegar a sacerdote y se empeña en hacer de su hermana un doctor sesudo. Sofía era endeblita como una flor de secano, y los librotes, densos e inacabables. Profundo conocimiento de la filosofía, literaturas clásicas y modernas, el latín y el griego. Llegó a ser —decía ella— casi «más virgiliana que cristiana». Curioso este plan de estudios. Curioso por desproporcionado para una aldeana y extraño para su época, fuera de los espíritus selectos. Para colmo, estudiaba ciencias exactas, astronomía, botánica y física. Como un premio recibió el permiso para dedicarse a las lenguas vivas, y cultivó con cariño especial la española y la italiana. Más de una vez se la veía entusiasmada con el *Quijote* y el *Castillo interior* o *Moradas* de Santa Teresa, quien la convenció de que el español es la *langue faite pour parler à Dieu,* «la lengua nacida para hablar con Dios».

Tuvo Sofía una afición hispánica intensa. Lo más medular de su espiritualidad misma osciló siempre entre la gran Teresa de Ávila y San Francisco Javier y San Ignacio. Así lo afirman to-

dos sus biógrafos cuando comentan el estilo de las constituciones o reglas de la Sociedad del Sagrado Corazón, defendido con viril tesón contra todos los intentos de cambio. A la fundación primera en España, solicitada por las niñas catalanas alumnas del Sagrado Corazón en Perpiñán, contestó: «Doy mi adhesión con el corazón entero». Un hombre del temple hasta brusco de Luis Barat guió a su hermana por un camino áspero en exigencia y en métodos. Toda su vida, desde el corazón a la cabeza cruzando los sentidos, su jornada entera y su calendario, estaban sometidos a la brida y bocado de esta mano dura, que exigía a una débil criatura todo lo que a sí mismo. Tan sólo permitía el preceptor un paréntesis en el trabajo intelectual en las épocas de mayor labor campestre, durante las que la hija ayudaba a su madre en los afanes de la alegre vendimia. En aquellas ocasiones recitaba en su propio marco fragmentos de la mejor literatura bucólica.

La revolución de 1789, la gran Revolución Francesa, descompuso esta paz del pequeño Joigny. Significaba dar la espalda a Dios. Ignoraba, al proclamar los «derechos del hombre», que el primer derecho del hombre es su salvación eterna. Fue la primera revolución que desprestigió esa palabra, «revolución», que hasta entonces se había podido aplicar a la obra radical promovida por el mismo Evangelio.

Luis Barat sufrió prisión; pero, en medio de aquellos horrores, llegó a la ordenación sacerdotal, lo que venía entonces a ser sinónimo de voto de martirio. Con frecuencia en la historia sucede algo así. Entretanto Sofía, con aquel desusado bagaje intelectual, educada en unas exigencias espirituales tan exquisitas, esperaba «un no sé qué». El ambiente de Joigny anunciaba a la muchacha el destino de una normal boda con alguno de sus buenos paisanos, cuando Luis, aspirando para su hermana desconocidos horizontes de Providencia, indicó algo que cayó como una bomba en la sencilla opinión familiar: Sofía debía salir de Joigny. La empresa era difícil, pero a la medida del tozudo Barat, hijo. A París fue él para más disimulado ejercicio de su ministerio en el secreto de las circunstancias revolucionarias. Y en casa de una heroica señora, madame Duval, fue aceptado como huésped que pagaba el pupilaje con la más cotizada mo-

neda: la diaria celebración, estilo catacumbas, del santo sacrificio. Venía a ser una bautizada versión del pretencioso «París bien vale una misa» de aquel voluble rey francés. Poco después convive allí Sofía, alejada entre lágrimas de la paz hogareña. Prosigue su educación minuciosa, y son sus primeros ensayos educadores como catequista de los niños vecinos que crecían sin Evangelio.

La dirección de su alma se hizo más posible en la capital y el amor de Dios aumentó entre las piras incendiarias y las guillotinas:

> «El Papa, desterrado de Roma, prisionero y expirando en Valence, los obispos, expatriados, las iglesias, profanadas, los conventos, destruidos, los niños, sin instruccion, los hombres, sin religion, el luto en las familias, miles de miserias publicas y privadas »

Ésta es la lista de congojas escrita entre lágrimas por Sofía. Las crueldades y ridiculeces de la revolución hastiaron a los franceses y la reacción religiosa llegó a su primera cumbre en 1797: libertad de cultos. Un celo devorador de apostolado sacudió Francia entera. Fue una vocación colectiva a la santidad. Sofía, preparada por largos años a esta llamada de la gracia, pasó tres años de preguntas a Dios: ¿por dónde? ¿El Carmelo acaso?

En 1800 cruzaban la frontera francoalemana los padres del Sagrado Corazón. Fundados por Tournelv, se dirigían entonces por un ex militar fogoso: el P. Varin. Varin tuvo una historia semejante a Loyola y fue jefe de esta milicia sacerdotal que acabó desembocando de hecho en la Compañía de Jesús. Luis Barat se adhirió a los Padres del Sagrado Corazón y habló al superior de su hermana como llamada por Dios. Pero ella seguía indecisa: «Lo pensaré». Pero Varin repuso

> «Todo lo encamina Dios segun sus designios, y la educacion nada comun que habéis recibido no parece ordenada por el para ser sepultada dados los tiempos presentes No, Sofia, ya no es hora de pensar Cuando se conoce la voluntad de Dios hay que cumplirla [.] ¡Yo, en nombre suyo, os la declaro!»

En Santa Magdalena Sofía aparece más su obra y ella en función de su obra Nunca consintió ser llamada fundadora, y no fue superiora hasta 1800, y extraordinariamente, a la fuerza; superiora general no se logró que lo fuera hasta 1806. Fue siem-

pre a remolque de los destinos divinos. *Las constituciones* las escribe para asegurar la continuidad de su Sociedad contra asechanzas que pretendían desviar su espíritu corazonista y asesorada por los padres Varin y Druilhet. Ya de este momento vocacional escribe: «En cuanto a mí, nada preveía entonces; no hice sino aceptar lo que me proponían». Los nombres de sus colaboradoras —Deshayes, Duchesne, Maillucheau...— aparecen continuamente ligados a su vida.

Sofía y sus compañeras, en un principio tan inclinadas al Carmelo, cedieron su vocación contemplativa a la activa, pero sin abandonar de ningún modo la contemplación. «Contemplar y entregar esa contemplación es más perfecto que sólo contemplar, lo mismo que alumbrar es más que el simple lucir», enseña Santo Tomás. Esta vida «mixta» es la escogida por la nueva sociedad religiosa. Une en armonía la contemplativa y la activa, y resulta superior a las dos. Por eso una mujercita afanosa que alimenta sus labores diarias caseras con su diaria oración y no trabaja bien si bien no ora, y no ora bien si bien no trabaja; un oficinista que en su oración diaria halla la alegría de su trabajo monótono y oscuro, y que, a fuerza de intención sobrenatural, transfigura los papeleos en la máquina, están haciendo la más perfecta vida: contemplar y dar fruto para los demás.

Claro que la misma Sofía notará toda su vida situada en tensión entre la oración y la acción: «Lo esencial es conservar el espíritu interior en medio de este jaleo», escribirá. No siempre parece posible elevar la intención lo bastante para justificar cara a Dios largas tareas de profesor, o de enfermero, o de burócrata:

> «Soy como un secretario de ministro No tengo tiempo de respirar Las visitas, los asuntos se suceden y, en medio de este caos, ¿se puede encontrar a Jesucristo?»

El motivo de esta vida tan tensa sólo es uno. En las primeras reuniones de la Sociedad preguntó el P. Varin: «¿Cuál debe ser el espíritu de la obra?». Rápidamente fue ésta la respuesta común: «La generosidad, el Corazón de Jesús, no quiere sino almas grandes».

¿Y por qué precisamente el Sagrado Corazón? Hasta el siglo XVII las revelaciones del Corazón de Jesús fueron conocidas sólo por alguna de las monjas de los monasterios medievales.

Cuando Jansenio helaba las almas con sus herejías, que pretendían achicar el amor divino, Dios suscitaba apóstoles de su Corazón enamorado de los hombres. San Juan Eudes, Santa Margarita María, el Beato de la Colombière y San Pompilio María Pirroti.

Siglo XVII: San Juan Eudes transforma la devoción corazonista en culto litúrgico, y ya en 1672 obtiene que la fiesta del Sagrado Corazón se solemnice en los seminarios de su Congregación. Y sobreviene en este siglo el gran aldabonazo del amor: las revelaciones a Santa Margarita María en Paray-le-Monial con la gran promesa, que acerca mensualmente al sacramento como seguro de salvación. En el hecho de que los «primeros viernes» rara vez suelan lograrse completos seguidos hay algo de divina estratagema para hacernos pasar la vida en comunión.

Con Santa Margarita de Alacoque, la Visitación, con su confesor el Beato de la Colombière, la Compañía —apóstol universal del Corazón de Cristo—, son dos las Órdenes religiosas envueltas en el nuevo fuego, que comenzará vivo en la congregación eudista. San Pompilio María Pirroti —ya en el XVIII— embarca en la empresa a la Orden de las Escuelas Pías al propagar por Italia la primera novena al Sagrado Corazón. El siglo XIX completa el conjunto con nuestra Santa Magdalena Sofía, también en clara línea de reacción antijansenista:

> «¡Si se conociera que encantador es Jesus, que amable en los brazos de su Madre, como su pequeño corazon ya esta latiendo por nosotros! ¡Es grande el Señor y merece ser alabado! ¡Es pequeño y merece ser amado! Hacedlo conocer y pronto se le amara, sobre todo hacedlo conocer *a esas devotas ridiculas que ponen diques a la misericordia de Dios*»

Aquí asoman sus viejas lecturas literarias: *devotes ridicules* recuerda las «preciosas ridículas» del gran Molière. Pero la originalidad de Santa Magdalena Sofía está en el fin apostólico de su Sociedad, que anhela la glorificación del corazón de Cristo por la educación de la juventud, «para devolver a las almas su fe en amor» (P. Charmot).

El nombre de «Sociedad del Sagrado Corazon» fue conservado por la madre Barat contra viento y marea: desde el momento en que los vendeanos, al levantarse en armas, lo habían ostentado, usarlo parecía unirse a un partido político. Pero el

nombre era el estilo y había de perdurar. La segunda y más íntima originalidad de la Santa era que su entrega al Corazón divino, más que una devoción, era una consagración. Santa Margarita María seguía al corazón en sus sangrientas horas de la Pasión. La santa madre Barat abarcó en la consagración de su Sociedad una visión que abarcaba esto y más: el amor de Dios en su vida humana entera, todo el Evangelio como fruto cordial de Jesucristo.

> «Todos los misterios de amor y salvacion han brotado del Sagrado Corazon de Jesus Desde que la santa humanidad del Salvador fue unida a la divinidad en el seno de Maria, su pequeño Corazon nos dedica ya sus primeros sentimientos se ofrece al Padre para expiar y para salvarnos»

Por eso cuando, en 1853, conoció la misa del Sagrado Corazón *Egredimini,* de ornamento blanco —en contraste con la de ornamento rojo *Miserebitur,* más acorde con el estilo de Santa Margarita—, la pidió a Roma para las casas de la Sociedad como totalmente de acuerdo con su visión del Corazón de Jesús. El doble aspecto de este estilo se manifiesta en los evangelios: «Aprended de mí», y «He venido a traer fuego a la tierra»; el primero como escuela interior, el segundo como mística de acción. Sí; era el fuego, ya desde niña, el móvil de su vida.

La ciudad de Amiens fue la cuna de la obra. Siguieron Grenoble, Belley, Poitiers, Niort... París, Turín, Roma. En vida de la fundadora llegan a 111 las casas. Posteriormente se extienden por otras ciudades de Europa, América, Japón, China, Egipto, Congo y la India.

En Francia habían ocurrido muchas cosas. Usurpador tras usurpador, el gobierno del país había caído en las manos férreas de Napoleón.

> «Fue siempre costumbre de los usurpadores, al querer instalarse pacificamente, apelar a la religion para legitimar el poder conquistado y rodearlo de una aureola que lo hiciese venerable a la faz del pueblo Y en semejantes ocasiones el tirano permite al pueblo incluso mantener sus creencias y aun en forma espectacular ejecuta los ritos que antes habia, si cabe, pisoteado»

Así escribe Carlo Castiglioni en su *Historia de los Papas.* Y Napoleón pretendió resucitar para su utilidad una ceremonia

imponente que desde tres siglos atrás no se había celebrado: la coronación imperial por manos del Papa. Pío VII temió por la cristiandad entera si se negaba y, después de abundantes y duras condiciones al flamante emperador, accedió. Fue entonces cuando, de paso el Pontífice por Lyón hacia París, camino del rito, Pío VII se digna recibir a la madre Barat y bendecir la Sociedad.

En los años 1808-1816 las pruebas divinas sobre la fundadora hicieron de ella «una de las santas más crucificadas de su siglo». El capellán de la casa de Amiens, Saint-Estève, que, junto con los padres Varin y Druilhet, había recibido el encargo de colaborar en la redacción de las constituciones, se dejó seducir por la idea de que a él sólo correspondían las atribuciones de fundador. Así sugestionado, se lanzó a escribir unas constituciones que fueron rechazadas por la mayoría de las religiosas. Sin embargo, un grupo, las de Gante, en Bélgica, engañadas por una falsa aprobación romana apañada por el artero «fundador», y temiendo siempre por la sospecha de galicanismo que traía envuelto indistintamente todo lo francés, siguieron a Saint-Estève y se separaron de la fundadora. En este matiz el culto, estilo y nombre del Sagrado Corazón quedaban suprimidos. Nombrado secretario del embajador francés en Roma, hizo Saint-Estève allí lo que pudo y lo que nunca debió hacer para lograr el triunfo de su facción; hasta falsificó documentos y cartas. Entretanto la madre Barat, sola, pues el padre Varin estaba en pleno noviciado en la Compañía, sostuvo su fe y la de sus atribuladas hijas: «Aceptemos la cruz desnuda. Jesús, a pesar de todo, callaba; estas tres palabras son toda mi fuerza». La crisis, por fin, pasa porque Roma acaba siendo la verdad y, desprestigiado el pobre Saint-Estève, León XII aprueba en 1826 las constituciones de la Madre. Pero en 1839 todo el separatismo eclesiástico francés se revuelve en contra del traslado a Roma de la casa madre, y en 1848 la revolución expulsa al Sagrado Corazón de Suiza y del Piamonte. Nuevas pruebas para un corazón generoso.

Al observar en las almas santas estas virtudes heroicas es preciso notar que no aparecen en ellas de un modo como mágico, automáticamente. Son el resultado de un lentísimo proceso

de entrega trabajosa de sí mismo a la voluntad divina, de una sucesiva unión con las virtudes de Jesucristo cooperando con su gracia. El secreto de la vida interior de Santa Magdalena Sofía es un armónico combinado de la ascética ignaciana de los «Ejercicios» en su aspecto de contemplación familiar de la vida del Señor, las revelaciones a Santa Margarita y el año litúrgico.

Es aquí donde aparece extraordinaria la sabiduría de la madre Barat. Actualmente ya no resulta rara esta cotización del culto en la escala interior de perfección, pero entonces el movimiento litúrgico no había hecho sino empezar, y he aquí una religiosa que ya cimienta en él la adquisición de su forma de vivir de Dios. Aun hoy es difícil para muchas almas acompasar la espiritualidad personal, el caliente momento psicológico, con el de la santa Iglesia, y Pío XII ha tenido que romper lanzas por la pretendida enemistad entre lo que han dado en llamar «piedad objetiva» —la litúrgica— y «piedad subjetiva» —la íntima—. Para la madre Barat sí que no existió esta enemiga. «La liturgia es mi pasión dominante», escribió. Y este encontrar su corazón en la liturgia, en el año litúrgico, fue normal en su vida. El padre Brou tiene un estudio admirable sobre cómo plegó con toda naturalidad su devoción personal a la piedad oficial de la Iglesia la fundadora.

Por otra parte, su ascética fue también lo que hoy se llama «de unidad», la ascética de «salvarse en racimo». «Una hija del Sagrado Corazón no se debe salvar sola». El dogma de la comunión de los santos, que haría trazar a Pío XII una de sus más luminosas cartas encíclicas, la del cuerpo místico, era ya cosa vivida por esta gran mujer, que llevó el ignaciano «sentir con la Iglesia» hasta las más escondidas fibras de su estilo.

La sencilla fecundidad de la enseñanza y el ejemplo de Santa Magdalena Sofía, la extraordinaria vigencia actual de su personalidad, se presta a una prolija consideración personal y provechosísima. «El jueves vamos al cielo», dijo, y amaneció aquél el 25 de mayo de 1865. Pero no se acabará nunca de ir de entre nosotros esta dulce y fuerte mujer. Revive en cada religiosa del Sagrado Corazón, perdura en la caliente presencia de sus escritos.

«Al irse al corazón de Dios, que tanto había amado, le quedaron —como escribe Granada— las arcas llenas y las manos sanas».

ENRIQUE INIESTA COULLANT-VALERA, schP

Bibliografía

BAUNARD, L. P. A., *Histoire de Madame Barat, fondatrice de la Societé du Sacre-Coeur de Jésus* (París ²1877), 2 vols.; ed. española: *Vida de la Madre Sofía Magdalena Barat, fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1877).
BERNOVILLE, G., *La societé du Sacré-Coeur de Jésus* (Orleáns ²1951).
BROU, A., SI, *Sainte Madeleine-Sophie Barat* (París ²1926).
CHARMOT, F., SI, *La sociedad del Sagrado Corazon* (Lyón 1953).
La glorificadora del Sagrado Corazón de Jesús, por una religiosa (Madrid ⁴1934)
Une âme de feu (Toulouse 1952)
• Actualización:
ALLIXANDRE, D., *El árbol peregrino, caminar con Sofía Barat* (Madrid 2000)
KILROY, P., *Magdalena Sofía Barat. Una vida* (Madrid 2000)
ORTEGA, J. L., *Santa Magdalena Sofía Barat. Un símbolo blanco* (Madrid 1995).
VIRNOT, M.-TH., *Il carisma di santa Maddalena Sofia Barat* (Turín 1982).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ALDHELMO
Obispo († 709)

Nace hacia el año 639 en una familia emparentada con los reyes de Wessex y su educación les fue confiada a los monjes de Malmesbury, pasando luego a la escuela catedralicia de Canterbury al tiempo que la dirigía San Teodoro.

Decidida su vocación monástica, hizo la profesión religiosa y hacia el 675 fue elegido abad de Malmesbury. Logró que los monjes aceptaran regirse por la Regla de San Benito e impulsó la creación de otros monasterios. Fueron fecundos los años de su presidencia al frente de este monasterio, fomentando una vida monástica regular y observante en el lema de San Benito referente a la oración y al trabajo. Él por su parte no dejó de escribir interesantes obras, así en el inglés de entonces como en latín, cultivando tanto la prosa como el verso.

Llevaba ya treinta años de abad y tenía sesenta y uno de edad cuando fue elegido para obispo de la nueva diócesis resultante de la división de Wessex en dos obispados. De entre las ciudades de su diócesis eligió a Sherborne como sede de la mitra y construyó en ella la iglesia catedral. Se mostró muy sensible a las necesidades pastorales de sus diocesanos y en los pocos años de su episcopado pudo erigir nuevas iglesias. Dio a todos un magnífico ejemplo de vida austera y piadosa y de en-

trega a sus deberes como pastor. Murió en Doulting el 25 de mayo de 709. Enterrado en Malmesbury, tuvo mucho culto y varias fiestas litúrgicas en el año.

SAN GENADIO DE ASTORGA

Obispo († 936)

Genadio era monje del monasterio de Ageo o Argeo, situado a lo que parece en la diócesis de Astorga. Era abad del mismo Arandiselo.

Más por iniciativa propia que por obediencia estricta, pero con la bendición del abad, según parece, Genadio y un grupo de doce monjes marcharon en 882 a restaurar el monasterio Rupianense, fundado siglos antes en el Bierzo por San Fructuoso de Braga y para entonces ya deshabitado. El primer trabajo de los nuevos monjes fue reconstruir las instalaciones monacales y devolver al cultivo las tierras colindantes, haciendo así posible la presencia de una comunidad monástica aunque fuese un sitio bastante despoblado. Posteriormente se llamaría San Pedro de los Montes.

Estaba ya consolidada la nueva comunidad cuando en 895 el obispo Ranulfo de Astorga procedió a la consagración abacial de Genadio. Pudo el santo abad llevar adelante su cargo con gran dedicación y eficiencia hasta que un suceso imprevisto para él vino a sacarle de la vida del claustro.

El año 898 murió el obispo Ranulfo, y el clero y el pueblo de Astorga eligieron de forma unánime al abad Genadio como su sucesor en la sede, impulsando y confirmando esta elección el rey Alfonso II, con quien parece que Genadio estaba emparentado. El monarca tomó al obispo como uno de sus principales consejeros y aun como su director espiritual y albacea testamentario, pasando, por tanto, el obispo a primer plano en los asuntos del reino.

Genadio, como obispo, fomentó la vida monástica en la diócesis, alentando la creación de nuevos monasterios y restaurando otros varios, hasta el punto de que al siglo siguiente se pudo decir que la mayoría de los numerosos monasterios de la zona los había fundado o restaurado él. Sentía la nostalgia de

la vida monacal y por ello cuando podía pasaba breves temporadas en el monasterio, integrándose en la comunidad como un monje más para vivir el retiro y la contemplación de los monjes.

Muerto el rey Alfonso, obtuvo Genadio la aquiescencia de Ordoño II para hacer dimisión del obispado de Astorga y poder dedicarse por entero a la vida contemplativa. Propuso como sucesor suyo al abad Forte, que le había sucedido en la abadía, y él pudo retirarse a hacer vida de monje, y aún más, retirarse a una cueva para llevar vida de eremita. Pero, atento siempre a las necesidades de la vida monástica, restauró el monasterio de San Pedro de Forcellas, que obtuvo del rey Ramiro II. Lleno de méritos y virtudes murió en 936. Enterrado en el monasterio de Santiago de Peñalba, recibió enseguida culto como santo. Su memoria se celebra el 25 de mayo.

BEATO GERIO DE LUNEL

Solitario († 1299)

Gerio o Gerardo nace en Lunel el año 1275 en el seno de una noble familia. Educado piadosamente, era aún un adolescente cuando con su hermano Effrennaud decide llevar vida eremítica. Ambos, tomando el hábito de terciarios franciscanos, se fueron a vivir a unas cuevas y se dedicaron a la vida de contemplación y penitencia.

Pero, pasado un tiempo, ambos decidieron peregrinar a Tierra Santa, visitando previamente Asís y Roma. Así lo hacen con gran sentimiento de devoción y piedad, venerando la tumba de San Francisco, de cuya Orden Tercera eran miembros, y las de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en Roma.

Concluida la estancia en la Ciudad Eterna toman el camino de Ancona, donde pensaban embarcar para Tierra Santa. Pero en el camino, cuando estaban en Monte Santo, cerca de Fano, Gerio enferma y se ven obligados a detenerse, alojándose en una cabaña. El mal de Gerio empeora y su hermano decide ir a Monte Santo a buscar ayuda. Cuenta su historia y le dice a la gente que su hermano está necesitado de asistencia. Vuelve con algunos vecinos a la cabaña y halla que Gerio estaba muerto. Era el 25 de mayo de 1299.

La idea de que el joven peregrino había renunciado a las comodidades de su casa noble para llevar vida de ermitaño y que luego la había empleado en la peregrinación santa, indujo a los fieles a encomendarse al joven fallecido, y comenzó la fama de que los milagros florecían en su tumba, teniéndolo todos por santo. Este culto prosiguió con el tiempo y fue confirmado por la Santa Sede el 1 de agosto de 1742.

BEATO SANTIAGO FELIPE BERTONI

Presbítero († 1483)

Era natural de Celle di Monte Chiaro, Faenza, Italia, donde nace el año 1454 en el seno de una modesta familia que lo bautiza con el nombre de Andrés. El clima de piedad de su casa colabora a su pronta vocación religiosa, pues aún niño ingresa en la Orden de los Servitas en el convento de Faenza. Hace a su debido tiempo el noviciado y la profesión, tomando el nombre de Santiago Felipe y, concluidos los estudios preparatorios, se ordena sacerdote.

Ejerce varios cargos en el seno de la comunidad, entre otros el de procurador del convento, y se granjea la estima de todos por su amabilidad y sus virtudes, especialmente la modestia, la humildad, la mansedumbre y su amor al retiro y al silencio.

Sumamente austero y penitente, no hacía sino una sola comida al día y aun ésta muy frugal y ordinaria, y si acaso cenaba, eran verduras crudas. Se disciplinaba casi todos los días y procuraba mortificarse en todo, pero disimulando para que sus penitencias no fueran conocidas. Estaba por ello sumamente delgado y se decía que su piel estaba adherida a los huesos.

Sintiendo venir la muerte pidió perdón a cada uno de sus hermanos religiosos por cualquier cosa suya que les hubiese desedificado, muriendo santamente el 25 de mayo de 1483. Tenido enseguida por santo, su culto fue confirmado por el papa Clemente XIII el 22 de julio de 1731.

SAN PEDRO DOAN VAN VAN

Martir († 1857)

Este santo mártir seglar vietnamita nació en el poblado de Ke-coi el año 1780 y fue cristiano desde pequeño. A los 25 años se le encomendó la administración económica de la parroquia y también el oficio de catequista. Y cumplió con mucha diligencia ambos encargos a lo largo de muchos años.

Su martirio fue consecuencia de la denuncia de dos maleantes a quienes el mártir se había negado a dar arroz y que aseguraron a las autoridades que en el pueblo había varios sacerdotes y una iglesia. Supieron a tiempo los sacerdotes y Pedro la denuncia y abandonaron el pueblo poniéndose a salvo. Pero Pedro quiso saber qué habían hecho con la iglesia y volvió no tan disimuladamente como él creía. Conocido y delatado, fue arrestado.

Llevado ante las autoridades, dijo claramente que él no era sacerdote como en un principio habían creído aquéllas pero que sí era cristiano. Invitado entonces a apostatar o morir, eligió el martirio. Y así por el nombre de Cristo fue decapitado el 25 de mayo de 1857. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SAN DIONISIO SSEBUGGWAWO

Martir († 1886)

Dionisio es uno de los jóvenes mártires de Uganda. Había nacido en 1870 en el poblado de Bulemezi, en el clan Musu, y desde muy joven estaba al servicio del rey Mutesa como paje, pasando luego al de su hijo y sucesor Mwanga. Éste le confió la supervisión de sus habitaciones personales.

Cuando conoció el cristianismo, se adhirió a esta religión, hizo el catecumenado y se bautizó el 17 de noviembre de 1885. Era desde entonces un cristiano consciente y fervoroso. Por ello, incluso dada la prohibición de propagar el cristianismo, él catequizaba al hijo del primer ministro, el joven Mwafu. Enterado el rey, se encolerizó y le pidió cuentas de su conducta. Dionisio reconoció que estaba en efecto transmitiendo a aquel joven la doctrina cristiana y el rey, sin pensarlo dos veces, tomó una

lanza y se la clavó en la garganta. Seguidamente mandó que lo sacaran fuera y lo remataran, como así se hizo degollándolo con un cuchillo de degollar cabras. Era el 25 de mayo de 1886. Fue canonizado con otros mártires de Uganda por Pablo VI el 18 de octubre de 1964.

SANTOS CRISTÓBAL MAGALLANES Y AGUSTÍN SÁNCHEZ CALOCA

Presbíteros y mártires († 1927)

Eran párroco y coadjutor, respectivamente. Habían compartido los afanes apostólicos y los llamó el Señor a compartir también la prisión y el martirio. Primero fue localizado el párroco que había huido a los montes. Luego fue arrestado el coadjutor, y ambos se encontraron en la cárcel de Totaliche. Al P. Agustín se le ofreció la libertad y él dijo que no la quería sin que también saliera el párroco, pero éste ya estaba condenado a muerte por la simple voluntad del general Goñi que dijo: «Es sacerdote y basta».

Llevados ambos a Calotitlán, se decidió fusilarlos sin juicio. Ya en el paredón el P. Cristóbal pidió poder hablar y dijo que moría inocente y que perdonaba a todos. Vio que su compañero estaba muy turbado y le dijo que en un momento estarían en el cielo. Se serenó el P. Agustín y ambos se pusieron a orar hasta que una descarga acabó con sus vidas. Los fieles pudieron recoger y enterrar sus cuerpos. Era el 25 de mayo de 1927.

Cristóbal Magallanes Jara había nacido en el Rancho de la Sementera en Totaliche, Méjico, el 30 de julio de 1869. Con su familia trabajó en el campo hasta los 19 años en que decidió su vocación sacerdotal. Estudia en el seminario de Guadalajara y se ordena el 17 de septiembre de 1899. Después de varios cargos es enviado a su propio pueblo como párroco y da la talla del pastor bueno y celoso, atento a todas las necesidades de sus feligreses, así espirituales como sociales, por ejemplo, la escuela para combatir el analfabetismo, la presa para facilitar los regadíos, etc. Muy devoto de la Virgen María, levantó el santuario de Nuestra Señora del Refugio. Tenía también un seminario auxiliar para la formación de los futuros sacerdotes, seminario que

cuidaba con gran diligencia. Positivamente desaprobaba el recurso a las armas y así lo manifestó en la revista de la parroquia. Levantado en armas el pueblo de Totaliche, fue ocupado por el ejército y el P. Cristóbal huyó a los montes pero fue detenido. Con la revista citada pudo demostrar que él no apoyaba el levantamiento, pero Goñi dijo lo que queda arriba indicado.

Agustín S. Caloca era natural del Rancho de la Presa en González Ortega, Zacatecas, y había nacido el 5 de mayo de 1898. Ingresa en el seminario de Guadalajara y, clausurado éste, pasa al seminario auxiliar de Totaliche. Se ordena el 5 de agosto de 1923. El P. Cristóbal lo pide como coadjutor y allí es destinado, ayudando en la catequesis, misiones populares y en las tareas del seminario auxiliar. Al llegar la persecución logró mantener el seminario pero tras la sublevación mandó a los jóvenes marcharse, no pudiendo él, sin embargo, evitar ser detenido y llevado a la cárcel.

Ambos fueron canonizados el 21 de mayo de 2000.

BEATO NICOLÁS CEHELSKYJ

Presbítero y mártir († 1951)

Nicolás o Mykola Cehelskyj o Tsehelsky nace en el seno de una familia grecocatólica en Strusiv, distrito de Ternopol, en Ucrania, el 17 de diciembre de 1896. Habiendo decidido su vocación sacerdotal, estudia en la Universidad de Lvov, graduándose en teología el año 1923, para contraer matrimonio, según la permisión de su Iglesia al clero secular, el año 1924 con Josefa Sartych, y ordenarse sacerdote el 5 de abril de 1925, incardinándose en la archieparquía de Lvov. De su matrimonio tuvo dos hijos y dos hijas.

Fue destinado como párroco de la comunidad grecocatólica a Soroka, en el arciprestazgo de Hrymailivsk, donde desarrolló su trabajo con celo y perseverancia, debiéndose a él la construcción de la iglesia y superando las muchas dificultades que las comunidades católicas venían teniendo y que el triunfo de Rusia en la II Guerra Mundial hizo más fuertes, por cuanto se quería la desaparición de la Iglesia grecocatólica. Se le quiso intimidar

pero él no cejó en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales y en la afirmación de su fe católica.

Fue arrestado por ello el 28 de octubre de 1946 y acusado de actividades contrarias al Estado, debiendo aguardar en la cárcel su juicio, en el que fue condenado a diez años de trabajos forzados el 27 de enero de 1947. Llevado al campo de concentración de Javas, en Moldavia, no resistió su salud las durísimas condiciones del campo y, agotado del trabajo al cabo de cuatro años, falleció en dicho campo el 25 de mayo de 1951, siendo enterrado allí mismo. Fue beatificado como mártir por el papa Juan Pablo II el 27 de junio de 2001 en su visita a Ucrania tras la recuperada libertad de la Iglesia grecocatólica.

26 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Felipe Neri († 1595), presbítero, fundador de la Congregación del Oratorio **.
2. En Roma, San Eleuterio († 189), papa *.
3. En Roma, en el cementerio de Priscila de la Vía Salaria nueva, San Simetrio, mártir (fecha desconocida).
4. En Todi (Umbría), Santa Felicísima, mártir (s. III-IV).
5. En las cercanías de Auxerre (Galia), santos Prisco y compañeros, mártires (fecha desconocida).
6. En Canterbury (Inglaterra), San Agustín, obispo, cuya memoria se celebra mañana.
7. En el territorio de Lyón (Galia), San Desiderio († 607), obispo de Vienne y mártir *.
8. En el monasterio de St. Papoul, en el Languedoc (Francia), San Berengario o Berenguer († 1293), monje.
9. En Vence (Provenza), San Lamberto († 1154), obispo y antes monje de Lerins.
10. En Siena (Toscana), Beato Francisco Patrizi († 1328), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.
11. En Pistoya (Toscana), Beato Andrés Franchi († 1401), obispo, de la Orden de Predicadores *.
12. En Quito (Ecuador), Santa María Ana de Jesús de Paredes († 1645), virgen **.

13 En Fuzhou (China), San Pedro Sans y Jorda († 1747), obispo, de la Orden de Predicadores, martir *

14 En Seul (Corea), San Jose Chang Song jib († 1839), martir *

15 En Dang Hoy (Annam), los santos Juan Doan Trinh Hoan, presbitero, y Mateo Nguyen Van Phuong († 1861), martires *

16 En Numyayo (Uganda), San Andres Kaggwa († 1886), martir *

17 En Taka Jiunge (Uganda), San Ponciano Ngondwe († 1886), martir *

B) Biografias extensas

SAN FELIPE NERI

Presbitero y fundador († 1595)

Para estudiar la figura de San Felipe Neri, y hasta la última época y la sociedad en que él vivió, poseemos hoy una documentación verdaderamente excepcional. El proceso de beatificación de San Felipe se abrió con rapidez increíble. Fallecido el 26 de mayo de 1595, nos encontramos con que ya el 2 de agosto empiezan a recogerse testimonios. Esto hace que, de una parte, los testigos sean abundantísimos (baste el dato de que en los cinco primeros meses se oye a ciento cuarenta y seis testigos), y, de otra parte, sus testimonios tengan una viveza, un colorido, una abundancia de detalles que no suelen ser frecuentes en esta clase de procesos, muchos de los cuales se redactan tardíamente, cuando ya el tiempo ha hecho perder brillantez a la contemplación de las cosas ocurridas. El mismo notario que intervino en la mayor parte de la declaración de los testigos tuvo el buen cuidado de recoger las declaraciones casi taquigráficamente. Se nota una diferencia abismal entre el lenguaje elegante, depurado, de unas declaraciones y el lenguaje popular, lleno de incorrecciones y abundante en frases sin terminar de otras. Incluso como documental de una época, el proceso, que ha sido recientemente editado, constituye un documento inapreciable.

Aparece así el que con razón ha sido llamado «el más italiano de los santos» retratado por toda clase de gentes, tal y como verdaderamente fue y como le vieron sus contemporáneos. Con sus extravagancias y sus aspectos admirablemente humanos, con su celo por las almas y su alegría desbordante, con su pre-

ocupación por los pobres y los más desamparados. Y de todo esto nos hablan gentileshombres y cortesanos, curiales y modestísimos artesanos, soldados y estudiantes, dependientes de comercio y empleados de banco. Es más: concurren al proceso no pocos artistas, músicos, pintores, con quienes tanto trató, y algunos médicos. No faltan tampoco las mujeres, desde las pertenecientes a la nobleza romana hasta las de las clases más humildes, pasando por religiosas claustradas. Las jerarquías eclesiásticas, desde los cardenales hasta los más sencillos sacerdotes, de oscuras iglesias de Roma, y religiosos pertenecientes a diversas Órdenes. Es un cuadro animadísimo que nos muestra la acción espiritual de aquel «gran hombre» que fue San Felipe, según reiteradamente le llaman los testigos. No hay duda de que él fue uno de los elementos que más contribuyeron a resolver la crisis de civilización por la que atravesó la humanidad en el siglo XV. El desconsiderado humanismo que este siglo había entronizado a sus comienzos resultó barrido ante el huracán de la herejía protestante y la violenta reacción que provocó. Pero, superando la exasperación que algunas veces pudo llegar a revestir esta reacción, la segunda generación de la reforma católica restableció el equilibrio entre el espíritu religioso y un nuevo humanismo, entre la ortodoxia romana y las nuevas exigencias de la naturaleza y del hombre. El proceso demuestra cómo San Felipe fomentó y efectuó prácticamente esta obra de mediación y reconciliación, de la cual se originan, en último término, la moderna espiritualidad y la civilización cristiana.

Poco sabemos de la niñez de Felipe Neri. Ya su padre debió de ser un tipo singular, que unía el ejercicio del notariado con las aficiones a la alquimia. Felipe había nacido el 21 de julio de 1515 y bien pronto perdió a su madre. Su madrastra, sin embargo, le educó con el mayor cariño. Uno de los testigos que mayor número de noticias aportó a los procesos, Fabricio Massimo, nos cuenta que ya desde niño le llamaban «el buen Pippo», anticipándose al sobrenombre que habría de recibir en Roma años después: «Felipe el Bueno».

Nada sabemos de sus estudios. Ciertamente los tuvo, pues en su edad adulta se le verá en Roma conversando con los eruditos más distinguidos de su tiempo y orientando hacia los tra-

bajos del espíritu a aquellos discípulos suyos que considera más capaces. Sabemos que tuvo una infancia feliz, alegre, de una pureza sin tacha. Que en su adolescencia gustó de la poesía, de la música y del entusiasmo por la naturaleza.

Hacia 1532 abandonó su casa, por consejo de su padre, para irse a vivir a un lugar llamado San Germán, próximo a Montecasino, «donde estaba —nos dice un testigo de su proceso— un tío suyo rico con muchos miles de escudos y que era mercader». Su padre le había enviado para que se ejercitase en la mercadería, y el muchacho, aunque no muy hábil para esas cosas, se mostro, en cambio, tan encantador, que su tío pensó dejarle heredero de toda su fortuna. Pero Felipe sentía otros deseos y se marchó a Roma, pese a todas las reconvenciones cariñosas, con un plan no muy definido de vivir en la Ciudad Santa a la manera de ermitaño laico. Esto ocurrió hacia el año 1536. Y ya no volverá a salir de Roma jamás. Uno de sus criados y confidentes cuenta que varias veces le preguntaba por qué no se iba a pasar unos días a su tierra natal. Y que él siempre contestaba con gracia: «Lo haré más adelante. Ahora estoy ocupado».

En Roma se encuentra en una situación de pobreza total. No quiere, sin embargo, recurrir a los suyos y se acoge a un compatriota, Galeotto Caccia, director de la Aduana pontificia, con quien vive durante catorce años entregado a los ayunos y a la oración. Hace sus estudios de filosofía en la Sapienza y de teología en los agustinos, y, una vez terminados aquéllos, inicia sus trabajos de apostolado. Iba a ser el apóstol de Roma, por excelencia.

Entregado sin límites a los pobres, a los humildes, a los jóvenes más abandonados, le corresponde trabajar en un ambiente particularmente difícil Por aquellos mismos días el papa Adriano V escribía:

> «Sabemos bien que el mal se ha extendido de la cabeza a los pies, del Papa a los prelados [] Todo esta viciado»

San Felipe toma abiertamente partido entre los apóstoles de la reforma e inicia para ello una porción de curiosas empresas.

Unas veces le encontramos en la célebre cofradía Oratorio del Divino Amor, esforzándose en restablecer la visita a los hospitales. Años después vemos cómo se une a una pequeña

asociación fundada por su confesor con el nombre de La Santa Trinidad de los Peregrinos, para atender a los que se encontraban en necesidad. La asociación va tomando mayor auge, tiene que marchar de la iglesia de San Salvador a la de San Bernardo y va extendiendo sus actividades. San Felipe, con sus cofrades, visita las prisiones, ayuda a los estudiantes pobres, atiende a los convalecientes y parece llegar a todos con su espíritu y su caridad.

Alguno de sus éxitos apostólicos llega a tener enorme resonancia. Así, cuando, condenado a muerte el célebre hereje Paleólogo, antiguo dominico de una extraordinaria capacidad intelectual, sale Felipe a su encuentro cuando le conducían a la hoguera, y le habla con tal convicción y entusiasmo, que consigue su conversión. Así también en su intervención para obtener, gracias a su crédito ante la Santa Sede, la conversión del «buen rey Enrique IV», que no olvida jamás, según se lee en la *Vida de Morosini,* «que fue potentemente ayudado por este santo hombre para recobrar la gracia de la que la herejía le había tenido alejado».

Por fin, en 1551, San Felipe se decide a recibir el sacerdocio. Tonsurado en marzo, cuando tenía treinta y seis años, recibe la ordenación sagrada en mayo. Deja entonces la casa de su bienhechor Caccia y se retira a la iglesia de San Jerónimo de la Caridad. Allí le esperaban las humillaciones y los sufrimientos. Uno de los testigos del proceso nos cuenta, por ejemplo, haber visto con sus propios ojos a San Felipe revestido de una vieja alba y de unos pobrísimos ornamentos, retirándose con lágrimas del altar porque se le impedía decir misa. Una de las novedades de que se le acusaba era precisamente ésa: la de exhortar a los sacerdotes a decir misa todos los días y a los fieles a comulgar frecuentemente.

Sobreviene poco después, en 1555, en la vida de San Felipe un nuevo personaje verdaderamente singular: Bonsignore Cassiaguerra, héroe de una novela que no desmerecía *Las mil y una noches,* a la que puso fin una visión de Jesucristo con la cuerda al cuello y llevando la cruz. Bonsignore es nombrado superior de la casa, participa plenamente de las «ideas avanzadas» de San Felipe y transforma aquella naciente comunidad de sacerdotes

en un primer esquema de lo que habría de ser años después el Oratorio. A los dos amigos viene a unírseles Tarugi, senador de Roma y futuro arzobispo de Aviñón, que tanta influencia tuvo en la magnífica reforma pastoral que se obró en Francia en el siglo XVII. Se une también Baronio, al que, como el anterior, esperaba el cardenalato, y que logra una espléndida labor literaria, entre la que destacan sus *Anales eclesiásticos.*

Se ha iniciado la que pudiéramos llamar «edad de oro» en la vida de San Felipe. Acompañado de aquel grupo de sacerdotes selectísimos, Felipe se lanza abiertamente al más intenso apostolado. Horas interminables de confesonario, visitas a enfermos y hospitales, organización de distracciones para la juventud... Y, sobre todo, aquellas procesiones populares de las que nos hablan tantos testigos. Sólo un hombre excepcional como San Felipe podía evitar que aquello degenerase en tumulto o en partida profana. Pero no era así: el cortejo se ponía en marcha muy de mañana, todos cantando y rezando, para visitar las siete iglesias romanas. Al mediodía se hacía un alto en una viña, propiedad de un amigo de San Felipe, donde los devotos peregrinos comían en pleno campo. Después se volvía a organizar la procesión, hasta que anochecía. Estas procesiones, que eran frecuentes, tenían, sin embargo, especial solemnidad durante el carnaval, tantas veces licencioso en la antigua Roma de los papas.

No le faltaron sinsabores. En los tiempos duros del papa Paulo IV la Inquisición intervino para examinar las actividades de aquel singular sacerdote. Dicen los testigos que se presentó ante el tribunal con tal humildad y dulzura, que el mismo Papa quedó prendado de él, y hasta mostró alguna vez pena por no poder participar en las devotas peregrinaciones que él organizaba.

En tiempos de San Pío V volvió de nuevo la persecución. Se le prohibió organizar procesiones y se le sometió a una estrecha vigilancia por lo que atañía a su predicación. Nuevo triunfo de San Felipe, que se vio rodeado en lo sucesivo de la simpatía del nuevo pontífice.

Por lo demás, el campo de apostolado de San Felipe continúa extendiéndose. De manera inesperada es llamado un día por los capellanes florentinos de la iglesia de San Juan Bautista, en la señorial vía Giulia, para ser rector de ella. San Felipe acep-

ta tan sólo, y por intervención del Papa, una especie de dirección general. La nueva iglesia es complemento de la de San Jerónimo, y campo de actividad del grupo sacerdotal que durante esos años ha ido organizándose y consolidándose. Tanto que ha habido que pensar ya en darle una sencillísima regla.

Y he aquí que el 15 de julio de 1575 una bula pontificia instituía una Congregación de sacerdotes y clérigos seculares bajo el nombre del Oratorio, encomendándoles la iglesia de la Vallicella. Pocos fundadores habrá habido que se hayan negado tan obstinadamente a serlo. Si aceptó el ponerse al frente de aquel sencillísimo grupo, para el que nunca quiso votos ni nada que pudiera asemejarlo a una Congregación religiosa propiamente dicha, rehusó rotundamente todo lo que pudiera parecer una extensión del Oratorio fuera de Roma. Pese a que la contradicción venía de personalidades como San Carlos Borromeo y los cardenales Tarugi y Baronio, él se mantendrá siempre firme en su deseo de la absoluta independencia de unas casas respecto a otras.

El *Oratorio* es su creación genial. Cada casa autónoma agrupa a unos cuantos sacerdotes, sin otro vínculo que el de la caridad. Viven vida común, bajo la autoridad del padre o prepósito, al que eligen trienalmente, y tratan de santificarse con la observancia libre de los consejos evangélicos. Con diferencias de matiz, el Oratorio, que en vida del Santo se extendió a Nápoles, escribiría páginas gloriosísimas en la historia de la Iglesia en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en España. Hoy mismo subsiste pujante, después de haberse confederado los diversos Oratorios el año 1942.

Los papas bendicen el Oratorio. Es más, en repetidas ocasiones, y muy en especial en el pontificado de Gregorio XIV, ofrecen a su fundador el capelo cardenalicio. Pero él se mantiene firme en su deseo de continuar como hasta entonces, sin otro cuidado que el de ejercitar su apostolado con la mayor sencillez que le sea posible. A sus hijos, los oratorianos, les pondrá en la regla la prohibición de «osar bajo ningún pretexto cortejar o acompañar a cardenales u otros personajes, porque habrían de estar al servicio de Dios únicamente».

A su admirable actividad unió también un profundo espíritu de oración. Viviendo en la Vallicella, transformada después en

la magnífica Chiesa Nuova, solía marcharse días enteros a su «asilo de soledad», que era San Jerónimo. Durante largas horas se entrega a la oración, muy frecuentemente premiado con extraordinarias gracias místicas. Los testigos de su proceso de beatificación nos contarán cómo con frecuencia le costaba recobrarse después de los éxtasis y volver a atender a las cosas de este mundo. Sin embargo, todos a una confiesan que bastaba que se interpusiese en lo más mínimo el bien de las almas, para que San Felipe interrumpiera su oración. Incluso durante la acción de gracias después de la misa, hora por él preferida para el máximo recogimiento, se podía recurrir a él en la seguridad de que inmediatamente se ponía en el confesonario.

Conocida es la anécdota, para unos milagrosa y para otros explicable de manera puramente humana, de su visión el día de Pentecostés de 1544, con la consiguiente dilatación de corazón y la deformación de dos costillas, curvadas fuertemente para liberar el mismo corazón. Una de ellas se conserva todavía en el Oratorio de Nápoles. Como decimos, hay discusión sobre el alcance exacto de este fenómeno. Pero en lo que no puede haberla es en el amor intensísimo que siempre sentía hacia Dios y hacia las almas.

En alguna ocasión parece que la lucha entre su deseo de soledad y el apostolado se hizo particularmente dura. Una visión interior le aclaró su vocación, imprimiendo en lo más profundo de su alma estas palabras: «La voluntad de Dios es que marches por medio del mundo, pero como en un desierto».

Los ayunos, las penitencias, las largas horas de confesonario, fueron minando aquella naturaleza que, por otra parte, parecía sobrehumanamente fuerte. En 1593, alegando estas enfermedades, obtuvo, por fin, el verse libre del gobierno del Oratorio. Baronio le sucedió, designado unánimemente por todos los electores. San Felipe hubo de guardar cama. Se le oía murmurar: «¡Tú, oh Cristo, en la cruz, y yo en la cama, tan bien cuidado, tan atendido, rodeado de tantas personas que se desvelan por mí!». Sus males se iban multiplicando, pero sin llegar nunca a borrar de su rostro aquella sonrisa que era su más destacada característica.

En 1595 su salud se agravó más y más. Recibió la extremaunción y después comulgó de manos de San Carlos Bo-

rromeo. Pareció restablecerse; pero, por fin, el 26 de mayo de 1595, en la noche de la fiesta del Corpus, murió dulcemente.

Su cuerpo fue transportado el 24 de mayo de 1602 a una capilla edificada por Nero de Neri y Tarugi.

Como hemos dicho, su proceso de beatificación empezó dos meses después de su muerte y se prosiguió, de manera un tanto irregular, hasta el 22 de octubre de 1608. Estaba un tanto parada la causa, cuando Carlos Gonzaga, duque de Nevers y embajador extraordinario de Francia, pidió al Papa que permitiese al Oratorio celebrar la misa y recitar el oficio de su fundador. El Papa pasó el asunto a la Congregación de Ritos, y ésta declaró que eso equivalía a una beatificación y que, por consiguiente, era necesario completar el proceso. Paulo V se decidió entonces, a la vista de esta contestación y de las peticiones que le llegaban de todas partes, a encomendar la causa a la Sagrada Congregación el 13 de abril de 1609.

Tras no pocas vicisitudes, y la apertura de dos nuevos procesos, se consiguió por fin, gracias a las decisivas intervenciones del cardenal Belarmino, la beatificación el día 25 de mayo de 1615. Prosiguió bajo Gregorio XV el proceso de canonización. Una nueva intervención de San Roberto Belarmino determinó que el 13 de noviembre de 1621 se declarase que se podía proceder a la canonización. Y, por fin, el sábado 12 de marzo de 1622, juntamente con los cuatro santos españoles Isidro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús, era solemnísimamente canonizado.

El Oratorio obtuvo su definitiva aprobación en 1612. Según hemos dicho, en 1942 fue aprobado de nuevo, estableciéndose una cierta confederación entre las diversas casas, al frente de la cual está un visitador general, asistido por una diputación permanente.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BAUDRILLART, A., *St. Philippe Neri (1515-1595), fondateur de l'Oratoire romain* (París ^{2}1939).

BROUTIN, P., SI, *La réforme pastorale en France au XVII siècle Recherche sur la tradition pastorale apres le Concile de Trente* (Tournai 1956), 2 vols.

INCISA DELLA ROCCHETA, G. - VIAN, N. (eds), *Il primo processo per San Filippo Neri nel codice Vaticano latino 3798* (Ciudad del Vaticano 1957-1963), 4 vols
PONNELLE, L - BORDET, L., *Saint Philippe Néri et la societé romaine de son temps, 1515-1595* (París 1928)
• Actualizacion.
BOUYER, L., *Un Socrate romain. Saint Philippe Neri* (Milán 1980)
ORATORIANOS DE ALBACETE, *San Felipe Neri. La figura, el espíritu y la obra del fundador del Oratorio* (Albacete 1998).
ROSMINI, A., *Lo spirito di S. Filippo Neri* (Brescia 1996).
TRIVOR, M , *San Felipe Neri, apóstol de Roma (1515-1595)* (Santander 1986)
VENTUROLI, A , *L'attività apostolica di San Filippo Neri* (Ciudad del Vaticano 1997).

SANTA MARIANA (MARÍA ANA) DE JESÚS DE PAREDES

Virgen († 1645)

La cristiana república del Ecuador puede presentar ante el trono de Dios y en el cielo de la Iglesia una digna émula de Santa Rosa de Lima en la fragante flor de santidad que se llama María Ana de Jesús de Paredes y Flores. Nacida en Quito el sábado 31 de octubre de 1618, de piadosos y nobles padres, fue bautizada el 22 de noviembre en la catedral y mostró desde sus primeros años entera inclinación a la virtud, especialmente al pudor y a la modestia virginal.

Huérfana de ambos padres desde los cuatro años, quedó al cuidado de su hermana mayor y del esposo de ésta, quienes la procuraron conveniente educación. Era Mariana de gran talento, de ingenio agudo, de inteligencia viva y precoz; se la preparó, por una parte, en las letras y, por otra, en la música; alcanzó mucha destreza en manejar el clave, la guitarra y la vihuela. También aprendió a coser, labrar, tejer y bordar, haciendo grandes progresos y ocupando así santamente el tiempo para huir de la ociosidad. Tenía una voz suave y dulcísima y una gran afición a la música, de tal manera que no dejó pasar un solo día sin ejercitarse en ella, aunque dedicándose a cantos religiosos, que la ayudaban a meditar y levantar su corazón incesantemente a Dios.

Ya desde temprana edad su día estaba repartido entre la oración, el trabajo y algún recreo. Nos dicen sus compañeras que estaba muy inclinada al servicio de Dios, que celebraba todas las festividades de Nuestro Señor y de su Madre Santísima, y de

todos los santos, sus devotos, con mucha veneración, haciendo altares, ayunando sus vísperas, provocando y animando a todos para que hiciesen lo mismo, sin ocuparse en juegos y entretenimientos pueriles. Solía retirarse para orar a algún rincón de la casa, donde la hallaban con las manitas juntas, repitiendo con fervor angelical el avemaría, que había aprendido apenas supo hablar. Tenía singular afecto a la pasión del Señor, y desde entonces practicaba penitencias y austeridades, que más adelante serían mayores y más asiduas.

A los ocho años hizo su primera confesión y comunión en la iglesia de la Compañía de Jesús, que desde entonces fue el lugar escogido para su oración y vida espiritual. El padre Juan Camacho, al examinarla, quedó admirado de la inteligencia y comprensión de los divinos misterios que había en aquella niña, y casi culpaba a su familia de haberle dilatado algún tanto el recibir la eucaristía. Despojóse desde entonces de toda gala mundana, y, movida del Espíritu Santo, se ofreció enteramente a Jesucristo, haciendo voto de perpetua castidad, al que unió luego los de pobreza y obediencia. Cambió su nombre por el de Mariana de Jesús.

La Providencia desbarató uno tras otro dos proyectos suyos: uno, de ir a tierra de infieles para darles la fe cristiana (y para lo cual, como nueva Teresa de Jesús, intentó escapar de casa en unión de unas amigas), y otro, de entablar vida eremítica. Tampoco prosperó el deseo de los parientes, gozosamente aceptado por ella misma, de que entrara en la vida religiosa. Investigando en la oración y en la consulta a sus directores espirituales la voluntad de Dios, entendió ser ésta que viviese recogida en su propia casa, con la misma estrechez, pobreza y despojo de todas las cosas del mundo como pudiera hacerlo entre los muros de la comunidad más austera. En consecuencia, Mariana hizo arreglar pobremente, en la parte alta de su casa, un departamento con tres piezas: una salita, un pequeño aposento y una alcoba, completamente cerrados con cancel y cerrojos al resto de las personas, y de los que solamente salía para acudir por las mañanas a la iglesia. Su vida era de oración y penitencia continuas. Tenía en su pieza un ataúd, que le recordara constantemente la vanidad del mundo y la hora de la muerte.

Su tenor de vida queda descrito así por ella misma, en una distribución del tiempo que sometió a su confesor:

> «A las cuatro —dice— me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la Pasion de Cristo. De cuatro a cinco y media: oración mental. De cinco y media a seis examinarla, pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta nona, haré examen general y particular, iré a la iglesia De seis y media a siete· me confesaré De siete a ocho: el tiempo de una misa prepararé el aposento de mi corazón para recibir a mi Dios Después que le haya recibido daré gracias a mi Padre Eterno, por haberme dado a su Hijo, y se lo volveré a ofrecer, y en recompensa le pediré muchas mercedes De ocho a nueve: sacaré ánima del purgatorio y ganaré indulgencias por ella De nueve a diez· rezaré los quince misterios de la corona de la Madre de Dios. A las diez· el tiempo de una misa me encomendaré a mis santos devotos, y los domingos y fiestas, hasta las once. Después comeré si tuviere necesidad. A las dos· rezaré vísperas y haré examen general y particular De dos a cinco· ejercicios de manos y levantar mi corazón a Dios; haré muchos actos de su amor De cinco a seis: lección espiritual y rezar completas De seis a nueve oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve a diez· saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente De diez a doce oración mental De doce a una· lección en algún libro de vidas de santos y rezaré maitines. De una a cuatro: dormiré, los viernes, en mi cruz, las demás noches, en mi escalera, antes de acostarme tendré disciplina Los lunes, miércoles y viernes, los advientos y cuaresmas, desde las diez a las doce, la oración la tendre en cruz Los viernes, garbanzos en los pies y una corona de cardos me pondré, y seis cilicios de cardos Ayunaré sin comer toda la semana, los domingos comeré una onza de pan Y todos los días comenzaré con la gracia de Dios»

Esta regla de vida, asombrosa por su austeridad y oración, Mariana la guardó desde los doce años, sin más alteración hasta su muerte que estrechándola más aún los últimos siete años. Sin embargo, prudentemente, admitía tres causas posibles para omitir alguno de los ejercicios señalados: la caridad para con el prójimo, la obediencia a quienes la podían mandar y la absoluta imposibilidad física, cuando estaba tan desprovista de fuerzas por alguna enfermedad corporal que le era materialmente imposible tenerse de pie.

Santa Mariana no excluyó de su vida un discreto apostolado, principalmente con su oración por el prójimo, sus consejos a las

almas que acudían a ella y la misericordia corporal para con los pobres. Era ya un gran ejemplo de virtud verla salir modestísimamente de su clausura camino de la iglesia.

Por consejo de sus confesores se hizo terciaria de San Francisco de Asís (ya que en la Compañía de Jesús no hay tercera orden, como ella tanto hubiera deseado). Siempre deseó vivamente ser enterrada en la iglesia de la Compañía, donde Dios tanto la había favorecido, y el Señor le cumplió colmadamente su anhelo, ya que el templo de los jesuitas en Quito (de extraordinaria riqueza, pues está espléndidamente dorado en todo su interior, desde el arranque de las paredes hasta los techos inclusive) no sólo guarda como precioso tesoro su sagrado cuerpo bajo el altar mayor, sino que le ha sido litúrgicamente consagrado poco después de su canonización.

Los testimonios de sus contemporáneos insisten especialmente en tres rasgos de su vida santa: su mortificación extraordinaria, su oración altísima y sus prodigios.

Decía ella misma a su criada Catalina:

> «Si duermo en esta cama, sabe que para mí es un regalo: porque algo se ha de hacer para merecer y ganar a Dios, pues en camas blandas y delicadas no se le halla; y supuesto que padeció tanto por mí, no es nada lo que yo haga por él».

Sin embargo, para usar estas asperezas había de vencer la gran repugnancia que tenía su cuerpo a ellas: su cama era una escalera con los balaustres con filo hacia arriba, que de tanto usarlos llegaron a embotarse y gastarse; la almohada, un madero grueso y tosco. Ambas cosas las ocultaba durante el día debajo del lecho por medio de la sobrecama, que dejaba colgar hasta el suelo. Tres veces por semana usaba esta penitencia; los restantes días tomaba las tres horas de sueño sobre una áspera sábana de cerdas y piedrecitas.

Su abstinencia y ayuno eran prodigiosos. Para disimularlos hacía que le preparasen una comida ordinaria, que luego secretamente repartía entre los pobres, limitándose a tomar para sí algunos bocados de pan, que en ocasiones amargaba con hiel, acíbar, ceniza y hierbas.

De su amor a Dios da testimonio autorizado uno de sus confesores:

«En todos los días de su vida conservó la primera gracia que recibió en el bautismo [] no pecó en toda su vida mortal ni venialmente con advertencia»

Otro decía:

«Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discurso y amarle sin interrupción»

Un testigo afirma de su caridad para con el prójimo:

«Se ejercitó cuanto pudo y permitía su condición en obras de caridad espirituales y corporales, en beneficio de los prójimos, deseando viviesen todos en el temor y servicio de Dios, y para el efecto diera su vida»

«Toda su conversación —añade una de sus compañeras— era de la gloria, de la virginidad y pureza, de la penitencia y vidas de los santos y santas, envidiándoles sus virtudes con santa emulación»

Aunque suplicó ardientemente a Nuestro Señor que no la concediera favores sobrenaturales exteriores en esta vida, por su humildad profunda, sin embargo, hizo por su medio varias profecías y revelaciones, además de lograr especiales conversiones y santificación de varias almas.

A principios del año 1645 se sintieron frecuentes terremotos y desastrosas epidemias en Quito. La ciudad estaba consternada. Mariana, conmovida por la desgracia de su patria, ofreció a Dios su vida en expiación de los pecados y en alivio de aquellos males. Nuestro Señor aceptó la ofrenda, porque desde aquel momento (26 de marzo) cesaron los temblores y la ciudad comenzó a tranquilizarse. Mas apenas la Santa se retiró del templo, donde había hecho ante Dios su sacrificio, comenzó a sentir los sufrimientos de la terrible enfermedad de que murió dos meses más tarde: apenas pudo llegar por sí misma a su habitación y hubo de ir a la cama por no poderse tener en pie.

Recibidos los santos sacramentos y entre sublimes afectos de amor divino, entregó su purísima alma a Dios el 26 de mayo de 1645, a los veintiséis años de edad.

A partir de su nacimiento para el cielo fue todavía mayor la veneración en que la tuvieron los quiteños y toda la nación por sus frecuentes milagros. El 17 de diciembre de 1757 Benedicto XIV introdujo su causa, Pío VI, el 19 de marzo de 1776, de-

claró heroicas sus virtudes. En 1847 Pío IX reconoció dos milagros suyos; el mismo pontífice la beatificó el 20 de noviembre de 1853.

Reanudada la causa, bajo León XIII, el 23 de abril de 1903, correspondió a Pío XII llevarla a feliz término, canonizando solemnemente a Santa Mariana el 9 de junio de 1950. Por su parte, la Asamblea Constituyente del Ecuador, a 30 de noviembre de 1946, en reconocimiento de la virtud que la llevó a ofrecer su vida por la incolumidad del pueblo, la llamó en solemne decreto «Heroína de la Patria».

GUSTAVO AMIGÓ JANSEN, SI

Bibliografía

JOUANEN, J., *Vida de la bienaventurada Mariana de Jesus, llamada la Azucena de Quito* (Quito ^{3}1941).

MORÁN DE BUTRON, J., *Vida de la bienaventurada Mariana de Jesús* (Quito 1854)

• Actualización:

ESPINOSA POLIT, A , *Santa Mariana de Jesus* (Quito 1975).

«Mensaje de Juan Pablo II al Ecuador (18-IV-1996). Santa María Ana de Jesús Paredes (1618-1645)»: *L'Osservatore Romano* (ed en español) (31-5-1996) 8.

RODRIGUEZ CASTELO, H., *300 años del gran libro de un guayaquileño: «La Azucena de Quito, que broto el florido campo de la Iglesia en las Indias Occidentales, la Venerable Virgen Mariana de Jesus, Paredes y Flores, admirable en virtudes, profecías y milagros»* (Quito 1999)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ELEUTERIO

Papa († 189)

Eleuterio fue obispo de Roma entre los años 175 y 189 y pudo disfrutar de la paz que supuso para los cristianos la actitud tolerante del emperador Cómodo. Eleuterio, como su nombre indica, era de origen griego.

Pero si disfrutaba de una cierta paz el perseguido cristianismo desde fuera, en su interior tenía un germen de disensión por causa del montanismo que con sus exageraciones rigoristas turbaba la paz de la Iglesia. Sobre el tema escribió la Iglesia de Lyón al papa y le envió la carta por medio de San Ireneo, y todo parece indicar que en efecto Eleuterio se mostró cauto y

suave con el montanismo, no queriendo precipitar condenaciones hasta que no hubiera otra salida. Esta actitud de cierta reserva o expectativa pudo prestarse, y así parece de un pasaje de Tertuliano, a pensar que con su silencio Eleuterio favorecía a estos herejes. Pero de todas formas es claro que el montanismo nunca logró que Roma lo diera por un movimiento ortodoxo.

La memoria de San Eleuterio se celebra el 26 de mayo.

SAN DESIDERIO DE VIENNE

Obispo y mártir († 607)

Este santo obispo, nacido seguramente en Autun y perteneciente al clero diocesano de Vienne, manifestó desde su elección a esa sede de Vienne su decidida voluntad de cumplir sus deberes como pastor, predicando sin descanso el evangelio y llamando a clero y fieles a una vida sinceramente cristiana. Exigió al clero una vida y una pastoral conforme con los cánones vigentes, denunció la simonía como corrupción intolerable en la Iglesia y levantó su voz para denunciar las inmoralidades de la corte merovingia.

No puede extrañar que la reina Brunilde, afectada por las invectivas de Desiderio, se pusiera contra él de forma abierta y manejara los hilos para que un sínodo de obispos, reunido en Chalon-sur-Saône el año 602, aceptando por miedo falsas acusaciones contra él, decretara su deposición y destierro, que el santo obispo llevó con humildad y paciencia pero sin abandono de sus criterios evangélicos. Su destierro duró cuatro años, al cabo de los cuales pudo reintegrarse a su sede.

San Gregorio Magno, ante quien no prosperaron las calumnias vertidas contra Desiderio, entre ellas la de que se dedicaba a la lectura y enseñanza de los autores clásicos en vez de dedicarse al estudio de las Sagradas Escrituras, le había rogado acogiera con fraternidad sacerdotal a San Agustín y sus monjes que marchaban a hacerse cargo de la misión de Inglaterra.

Como, vuelto a Vienne, no cesaba en sus denuncias contra la disolución de la corte, Desiderio fue arrestado y conducido a un destino que no es conocido, en el camino un soldado de la escolta, al parecer por exceso de celo y sin una orden tajante de

la corona, lo asesinó: abatido con una gran pedrada y, a continuación, rematado a bastonazos. Desde que a los tres años de su muerte fue trasladado su cuerpo a Vienne, se le empezó a dar culto como a verdadero mártir. Su martirio tuvo lugar el 23 de mayo del 607 o quizás unos años más tarde, como prefieren otros. El lugar de su muerte tomó el nombre de St.-Didier-sur-Chalaronne.

BEATO FRANCISCO PATRIZI

Presbítero († 1328)

Francisco, a quien fuentes tardías atribuyen el apellido Patrizi, nació en Siena en 1266 y se conocen los nombres de sus padres: Arrighetto y Raínaldesca. Era solamente un adolescente y había ya perdido a su padre cuando escuchó los sermones del Beato Ambrosio de Siena, dominico, y comenzó a pensar que lo suyo era la vida entregada a Dios en la contemplación. Primero pensó en la vida eremítica. Pero de todos modos no podía dejar sola a su madre, que estaba ciega, y hubo por ello de posponer cualquier aspiración hasta la muerte de su madre. Ésta ocurrió en 1288.

Francisco se vio atrapado entre dos tendencias: por un lado deseaba una vida puramente contemplativa, por otra quería también dedicar su vida a la Virgen María, y para ello el camino que le parecía óptimo era el de los religiosos servitas, una Orden dedicada a servir a la Madre de Cristo. La casa de esta Orden en Siena, a diferencia de las demás, llamadas a la extinción, tenía privilegio de Honorio IV para recibir novicios. Lo aprovechó Francisco, ingresó en el convento, hizo el noviciado y la profesión religiosa y se preparó para el sacerdocio, que recibió en 1291.

Tres ministerios llenaron su vida sacerdotal y religiosa: fue un celoso predicador de la palabra divina, que acompañaba de tanto fervor y convicción que a su vez convencía a sus oyentes. Igualmente era un excelente director de conciencias, conduciendo a las almas por el camino de la perfección cristiana y sacando a muchos del pecado o de la rutina para lanzarlos por el sendero del seguimiento esforzado de Jesucristo. Y no menos

fue un siervo de los pobres, socorriéndolos con inagotable caridad y visitando a los ricos en demanda de limosnas que luego daba largamente a los necesitados.

Su amor ardiente a la Virgen María lo sostenía en su entrega diaria, pues él veía su vida como un servicio a la Señora, con perfecta compenetración con su profesión de «siervo de María». Murió el 26 de mayo de 1328. Su culto fue confirmado por Benedicto XIV el 11 de septiembre de 1743.

BEATO ANDRÉS FRANCHI

Obispo († 1401)

Nació en Pistoya en 1335 en el seno de la familia Franchi Boccagni. No tenía más que catorce años cuando llamó a las puertas del convento dominico de Santa María Novella de Florencia pidiendo el santo hábito. Hizo el noviciado, profesó y se ordenó sacerdote en Siena en 1358.

Ejerció su ministerio primero en Siena y luego en Pistoya, siendo su ocupación preferente la predicación de la palabra divina. En 1370 fue elegido prior del convento pistoriense y luego pasó con el mismo cargo al de Lucca. Tras volver a Pistoya, es reclamado luego a Orvieto igualmente para prior. Terminado este priorato repitió el cargo otra vez en Lucca, donde tuvo oportunidad de acoger a Santa Catalina de Siena, enviada por el papa Gregorio XI a impedir que Lucca se alinease contra el papa, cosa que ni él ni la santa consiguieron. Volvió a Pistoya y en 1382 su vida dio giro inesperado.

En efecto, muerto el obispo de Pistoya, la elección recayó sobre Andrés, que se dispuso a ser un verdadero padre de todos. Se ocupó con gran liberalidad de los pobres, a los que atendía y albergaba en su propio palacio, no habiendo obra de misericordia que no practicara. Fomentó el movimiento penitencial de los Blancos, que se agrupaban para pedir misericordia a Dios y fomentar el espíritu de conversión a Dios.

Andrés, sintiéndose débil y enfermo, dimitió del episcopado el mes de febrero de 1401 y se volvió al convento de Pistoya para dedicarse a la oración y la penitencia. Murió poco después,

el 26 de mayo de aquel año. Su culto fue confirmado el 23 de noviembre de 1921.

SAN PEDRO SANS Y JORDÁ

Obispo y martir († 1747)

Pedro Sans y Jordá nació en Ascó, Tarragona, el 1 de septiembre de 1680. Se lo llevó consigo a Lérida un tío suyo que tenía el puesto de capellán mayor en la catedral, y en esta ciudad el joven optó por la vida religiosa ingresando en el convento de la Orden de Predicadores el año 1697, tomando al profesar el 6 de julio de 1698 el nombre de fray Pedro Mártir. Hizo los estudios correspondientes y se ordenó sacerdote el 20 de septiembre de 1704.

En 1708 y a petición propia fue destinado al convento de Zaragoza, donde había una gran observancia regular y donde evoluciona hacia la vocación misionera y se ofrece para ir a las misiones de Asia que con tanto fruto y esfuerzo llevaba adelante su Orden, y es elegido en 1712 para marchar a China. El 12 de julio de este año dejaba su convento de San Ildefonso de Zaragoza para partir hacia Cádiz, donde embarca el 16 de septiembre de aquel año y llega el 2 de diciembre a Veracruz en México. El 5 de abril de 1713 zarpa a su vez de Acapulco y al fin del verano llega a Manila.

Aquí espera hasta el 12 de junio de 1715 en que se embarca con rumbo a la inmensa China, luego de haber estudiado su lengua en los dos años de permanencia en Manila. Días más tarde, y como si fuera un comerciante, pone pie en el país. Es destinado a la provincia de Fukien. El 2 de mayo de 1716 era nombrado vicario provincial, cargo que ejercería durante catorce años al tiempo que se mostraba infatigable en el trabajo apostólico, logrando numerosas conversiones.

En 1729 llega la persecución contra el cristianismo, y ésta se abate sobre todo contra las comunidades cristianas de Fukien y Chekiang por ser las más numerosas y bien organizadas. Pedro escapa a una muerte segura refugiándose en Cantón, donde aún eran tolerados los misioneros a causa del comercio con Europa. Estaba allí cuando le llega la bula pontificia que lo nom-

bra obispo titular de Mauricastro y vicario apostólico, recibiendo la consagración episcopal el 24 de febrero de 1730. Su continua labor apostólica provoca que en 1732 sea desterrado a Macao, donde hubo de pasar seis años separado de sus fieles. Por fin, el 9 de mayo de 1738 pudo regresar a la provincia de Fukien y reemprendió el trabajo misionero con su comunidad. Realizó una gran labor, pero con mucha cautela y prudencia para no privar a los fieles de su presencia de pastor si era capturado.

Pero pensaba que su propia seguridad era, a veces, a costa de que sobre los fieles viniesen medidas terribles, y por ello maduró que él mismo debía entregarse, lo que hizo el 18 de diciembre de 1746. En la cárcel y en el juicio tuvo por compañeros a otros cuatro religiosos dominicos que morirían más tarde y serían canonizados con él y cuya biografía y martirio se reseña el 28 de octubre. Pero la sentencia a muerte contra él establecía que era a él al que había que decapitar sin demora. Así lo firmaban los emperadores Yung-Cheng y su hijo Kien-Lung. Llegada la sentencia, Pedro Sans fue decapitado en Foochow el 26 de mayo de 1747. Se puso de rodillas y se recogió en oración y esperó así a que la espada del verdugo le diera la entrada en la gloria. Fue canonizado con los demás mártires de China el 1 de octubre de 2000

SAN JOSÉ CHANG SONG-JIB

Mártir († 1839)

Este mártir coreano había nacido en 1786 en la provincia de Kyonggi en el seno de una familia obrera de religión pagana. Contrajo matrimonio y quedó viudo, volvió a casarse y volvió a enviudar, pasando por una fuerte crisis moral. Empezó a ganarse la vida como vendedor de hierbas medicinales. Persona seria y responsable, tenía crédito humano entre sus convecinos. Cuando conoció el cristianismo, empezó con ilusión el catecumenado, pero la encarnación del Hijo de Dios y su concepción virginal le resultaban muy difíciles de creer y abandono el catecumenado y se puso a criticar los dogmas cristianos y llevó vida completamente al margen del cristianismo. Sus amigos catoli-

cos quisieron atraerlo de nuevo, pero sin éxito, hasta que un día escuchó lo que le decía uno de ellos y la conversación le cambió el corazón. Decidió entonces volver al catecumenado y ajustar su conducta al evangelio. Convertido sinceramente al cristianismo, se bautizó en abril de 1838 y recibió la confirmación, y fue en adelante un creyente convencido y fervoroso que practicaba su religión con gran dedicación.

Llegada la persecución, vio con admiración cómo los mártires daban testimonio de su fe al precio de su vida y deseó presentarse espontáneamente a las autoridades para confesarse cristiano pero se le disuadió de la idea. Acusado de ser cristiano, fue arrestado el 18 de mayo de 1839, y llevado ante las autoridades, a las que confesó paladinamente su fe y se negó a apostatar como se le exigía para que salvara la libertad y la vida. En vista de su tenacidad en confesarse cristiano fue llevado a la cárcel y no dejó de manifestar su extrañeza de que no le torturaran. Lo hicieron poco después, mostrando él una gran fuerza interior y paciencia. El 26 de mayo de 1839 le dieron veinticinco golpes con un bastón y seguidamente fue llevado a su celda, donde al poco expiró. Fue canonizado el 6 de mayo de 1984.

SANTOS JUAN DOAN TRINH HOAN Y MATEO NGUYEN VAN PHUONG

Mártires († 1861)

En Don-Hoy, Vietnam, el día 26 de mayo de 1861 fueron decapitados por su condición de cristianos un sacerdote y un seglar, ambos beneméritos de la comunidad cristiana, a la que habían servido fielmente.

Juan Trinh Hoan, el sacerdote, había nacido en Penang el año 1798, en el seno de una familia rica, cristiana ya de años, y en la que habían surgido anteriormente vocaciones religiosas así como mártires. Estudia en el seminario de Penang y se ordena sacerdote en 1836. Destinado sucesivamente a varios distritos misionales, sus buenas cualidades y su celo pastoral le granjeaban el amor de los fieles, pero debió vivir siempre huyendo y escondiéndose. Cuidaba mucho el apostolado con los jóvenes y los niños, y logró suscitar vocaciones entre sus catequizados.

Iba a huir porque le avisaron del peligro pero prefirió quedarse y ello fue la ocasión de su captura, juicio, condena y martirio.

Mateo Nguyen Van Phuong había nacido en Ke-Lay el año 1800. Primero fue médico, luego comerciante. Estaba casado y tenía ocho hijos y una buena posición económica. Conforme sus hijos se fueron casando les fue repartiendo la herencia y se quedó solamente con lo preciso para una vida modesta. Cristiano fervoroso, se ofreció para catequista y ejerció con gran celo este importante ministerio, llevando a muchos al conocimiento y amor de Jesucristo. Exponiendo su propia seguridad albergaba sacerdotes en su casa, hasta que fue encontrado en ella el P. Hoan, cuya suerte en adelante compartió. Confesó su fe ante los jueces y se negó a apostatar, lo que le llevó al martirio.

Ambos fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

SANTOS ANDRÉS KAGGWA Y PONCIANO NGONDWE

Mártires († 1886)

Estos dos mártires ugandeses murieron el mismo día, 26 de mayo de 1886, pero en sitios distintos. Su muerte, sin embargo, los une porque fueron víctimas ambos de la misma persecución anticristiana, llevada a cabo por el rey Mwanga a instigación de su primer ministro, y el primero había sido el catequista y evangelizador del segundo.

Andrés era un joven que había nacido en Unioro en 1856, y tenía, por tanto, treinta años al tiempo de su martirio. Capturado muy joven y llevado como esclavo a la corte de Mutesa, por sus buenas cualidades se abrió camino y obtuvo la libertad. Cuando el príncipe Mwanga llegó al trono, como era muy amigo suyo, subió en posición social y fue nombrado gobernador de Kigowa. Religiosamente había evolucionado: desde su paganismo inicial pasó al Islam, pero cuando conoció a los misioneros, le atrajo el cristianismo y fue uno de los primeros ugandeses en recibir el bautismo, el 30 de abril de 1882. Luego se convirtió en un gran apóstol seglar, que atrajo a numerosas personas a la fe y especialmente a los pajes de la corte, convirtiendo su cabaña en un lugar de evangelización activa. Llegada la

persecución, el primer ministro o katikkiro le dijo al rey que eliminar a los pajes cristianos pero dejar vivo a Andrés era dejar viva la planta donde fructificaban los cristianos, y por ello, el rey accedió a la muerte de Andrés, pero, dada su amistad con él, a condición de que personalmente no tuviera que verle. Arrestado y encadenado compareció ante el katikkiro, se negó a abandonar su fe, reclamó la libertad religiosa para todos y se defendió de la falsa acusación de que había intentado el asesinato del monarca. Condenado a muerte, salió para el lugar del suplicio, escoltado por ocho verdugos, a quienes él animó a cumplir con su tarea. Fue mutilado y decapitado

Ponciano Ngondwe era natural de Bulino y al tiempo de su martirio tenía 38 años. Pertenecía al clan Nyony y desde los 13 años servía en la corte real como miembro de la guardia del rey. Aquí conoció a Andrés Kaggwa y por medio de él llegó a la fe. Instruido por el santo mártir, recibió el bautismo el 18 de noviembre de 1885. Cuando el rey decidió la muerte de sus servidores cristianos, Ponciano estaba en la cárcel por haber desobedecido una orden real, pero fue convocado y habiéndosele pedido en vano su apostasía, fue condenado a muerte y salió con los demás hacia Namugongo. Pero no sintiéndose capaz de seguir adelante por su debilidad pidió ser martirizado en Taka Jiunge, cerca de Munyonyo, y entonces se acordó que su muerte sirviera para saciar la sed de sangre de los espíritus Fue atravesado por una lanza y abandonado en el camino.

Ambos fueron canonizados el 18 de octubre de 1964.

27 de mayo

A) Martirologio

1 San Agustín de Canterbury († 605), obispo, a quien envió el papa San Gregorio Magno para la evangelización de Inglaterra **

2 En Dorostoro (Mesia), San Julio († 302), mártir **

3 En la Vía Nomentana, en el décimo miliario desde Roma, San Restituto (s IV), mártir

4 En Orange (Provenza), San Eutropio († 475), obispo

5 En Wurzburg (Franconia), San Bruno († 1045), obispo *

6 En el monasterio de Montsalvy (Auvergne), San Gausberto († 1079), abad

7 En Dryburne, junto a Durham (Inglaterra), los beatos Edmundo Duke, Ricardo Hill, Juan Hogg y Ricardo Holiday († 1590), presbíteros y mártires bajo Isabel I *

8 En Seul (Corea), las santas Bárbara Kim, viuda, y Bárbara Yi, virgen († 1839), mártires *

9 En Nakibuwo (Uganda), San Atanasio Bazzekuketta († 1886), mártir *

10 En Lubawo (Uganda), San Gonzaga Gonza († 1886), mártir *

B) Biografías extensas

SAN JULIO
Mártir († 302)

Ha parecido lo más probable que San Julio sufriera el martirio en los comienzos mismos de la gran persecución de Diocleciano o, por mejor decir, en lo que fue el prólogo de la misma, la depuración del ejército de elementos cristianos, depuración que, a decir de Eusebio de Cesarea, precedió al decreto de persecución general. El martirio de Julio tuvo lugar en la ciudad de Doróstoro, que sería ciudad episcopal, situada en la Mesia inferior y que hoy no es otra cosa que una aldea en Bulgaria. Bien sabido es que la Mesia, como toda la frontera del Danubio, tenía una gran concentración de tropas romanas, necesarias para contener el ímpetu de los bárbaros que acosaban al imperio romano. Al frente de estas tropas estaba Galerio, que mostraría una gran ferocidad en la persecución a los cristianos, sin duda no pocos en aquellas tropas.

Se conservan las actas del martirio de San Julio, y se reconoce generalmente su autenticidad.

Julio era veterano y había servido en el ejército imperial a lo largo de veintisiete años, en los cuales su conducta fue limpia y rectilínea, de tal modo que nunca hubo acusación alguna contra él ni debió comparecer ante ningún tribunal acusado de alguna pendencia o algún crimen. Había salido siete veces a campaña y no se había quedado a la zaga de nadie. Había sido un soldado valiente y combativo, que había tenido la suerte de sobrevivir a

tantos años de actividad militar en los campos de batalla. Su conciencia estaba tranquila de no haber cometido nunca una perfidia. Pasados aquellos años se licenció como veterano, con todo el honor y consideración que a esta cualidad era debida.

De las actas parecería deducirse que Julio llegó al cristianismo luego de haberse licenciado, porque ya cristiano considera su carrera militar como haber seguido «el error de la vana milicia», un concepto peyorativo de la vida militar que lo encontramos en otros cristianos de aquel tiempo. Pero por otro lado dice ante el presidente que siempre ha dado culto al Dios creador del cielo y la tierra, lo que podría indicar que ya nació en familia cristiana. De todos modos hay que afirmar que su profesión del cristianismo, fuera antes o después de su licencia militar, fue sincera y que significó para él un compromiso total de fidelidad a Jesucristo, en quien había puesto su corazón con plenitud de entrega. Aparece la suya como una fe sencilla, firme, lozana, segura de su premio de vida eterna que espera a los que dan la vida por ella, y que se confiesa sin jactancia pero sin ambages.

Julio no fue un confesor espontáneo. Nos dicen las actas que fue detenido por agentes de la audiencia y que fue llevado a la presencia del presidente Máximo. Había debido preceder alguna delación o debía ser un hecho público que el veterano Julio era cristiano.

Las actas nos presentan dos escenas: la del juicio de Julio y la de su ejecución. El juicio es una pugna entre el presidente que tiene consideración a Julio, como veterano que es, y quiere a toda costa, y para salvarle la vida, lograr de él que acate el edicto imperial de ofrecer sacrificio a los dioses, apostatando así del cristianismo, y el propio Julio.

Cuando el acusado comparece ante Máximo éste pregunta por la identidad del mismo, lo que nos hace pensar que Julio es desconocido para el gobernador. Los agentes que lo presentan no dicen el nombre del detenido sino que se trata de un cristiano y que se niega a obedecer los edictos imperiales. El emperador le pregunta su nombre y el mártir se identifica simplemente como Julio. El presidente seguidamente alega lo que le han dicho de él y le pregunta si lo alegado es verdad. Y Julio hace su hermosa confesion de fe, diciendo que en efecto es cristiano y

que no puede negar que lo es. El presidente alega el mandato imperial de ofrecer sacrificios a los dioses. Lealmente Julio reconoció que conocía los decretos imperiales, pero alegó que siendo cristiano no podía hacer lo que se le pedía, ya que no estaba dispuesto a olvidarse del Dios vivo y verdadero. El presidente insistió en que él no veía nada malo en que se echaran unos granos de incienso en honor de los dioses y se marchara. Pero el mártir insistió en que él no podía despreciar los mandamientos divinos y aparecer como infiel a su Dios. Y es que los paganos, acostumbrados a tantas divinidades, no lograban comprender que de malo podría haber en salvarse echando unos granos de incienso de forma, se diría, meramente material en el pebetero delante de los ídolos. Pero los cristianos tenían muy en cuenta aquellas palabras de Jesús de que quien le negare delante de los hombres sería negado por él ante los ángeles de Dios (Lc 12,9). No sólo había que ser fiel sino aparecer como fiel. Julio añade como argumento que él que había sido leal y fiel en la milicia no podía ahora ser desleal en materia religiosa, «en las cosas mejores», como dice literalmente. El presidente insistió en que hiciera lo que se le mandaba. Le halagó diciéndole que lo veía un hombre prudente y grave, y le prometió una gran remuneración si asentía a lo que se le mandaba. Julio respondió que de hacerlo sería reo de condenación eterna y que era a ello lo que verdaderamente temía. Entonces el presidente cambió de estratagema: él cargaría con el pecado que asustaba a Julio. Él le haría fuerza para que no pareciera que lo hacía él voluntariamente. Y así él podría irse tranquilo, tomar el dinero en las fiestas decenales y tener la seguridad de que nadie en adelante se metería con él. Julio reacciona con energía y le dice que ni ese dinero de Satanás que se le ofrece ni su persuasión astuta lograrían privarle de la vida eterna. Y anima al presidente a que dé sentencia contra él por cuanto es cristiano. Máximo le dice entonces ya sin rodeos que si no accede a obedecer el edicto imperial tendrá que decapitarlo. Y sin rodeos le contesta Julio que su deseo es que el presidente, al que llama piadoso, lleve a cabo su amenaza y cumpla lo que para Julio es su deseo. Por aquí vemos que Julio deseaba dar la vida por Cristo y estaba animado a ello. El presidente le dice que esté seguro de que lo hará si no se vuelve atrás de su resolución, y el mártir le asegura que si él me-

reciere sufrir la muerte, le espera la perpetua alabanza. El presidente llama imaginación a la esperanza del mártir y le dice que la verdadera gloria es sufrir por las leyes de la patria. A lo que el mártir responde que sufrirá por las leyes pero por las divinas. El presidente, amoscado ya, le echa en cara que esas leyes divinas las promulgó un crucificado, y que es necedad temer más a un muerto que a los emperadores que están vivos. Julio entonces confiesa su fe en Jesús y le dice que ciertamente murió por los pecados para darnos vida eterna pero que, siendo Dios, permanece por los siglos de los siglos. Y que el que confesare a Cristo, tendrá vida eterna, y el que lo negare, sufrirá castigo eterno. El presidente alegó que le daba pena de Julio y le invita una vez más a prestar el sacrificio y así poder seguir vivo. Pero el mártir contesta que vivir en esas condiciones sería muerte, mientras que morir en la presencia del Señor es vivir eternamente. Por última vez el presidente le intima a que sacrifique o se verá obligado a quitarle la vida. Y Julio dice ante el tribunal su última palabra: él ha escogido morir temporalmente para vivir con los santos para siempre. El presidente entonces pronuncia contra él la pena capital. Y allí acabó el encuentro entre el presidente Máximo y el confesor de la fe Julio.

Seguidamente Julio es llevado al lugar del suplicio. Y al llegar, todos los presentes se acercaron a él y le besaron. Él dijo que mirara cada cual la intención con que lo besaba. Y entonces Isiquio, que estaba preso por ser cristiano y aguardaba también ser sacrificado por la fe, le pidió que se acordara de él y de su parte saludara al mártir Valentión, que les había precedido en el martirio. Julio besó a Isiquio y le dijo que se diera prisa en ir al martirio y le aseguró que cumpliría su encargo.

Momento solemne. Había llegado la hora de ofrecer el cuello al verdugo. El mártir dirigió su corazón y sus palabras al Señor Jesús. Y le dijo: «Señor Jesucristo, por cuyo nombre sufro la muerte, yo te suplico que te dignes recibir mi espíritu con tus santos mártires». El propio mártir se había atado el pañizuelo tapando sus ojos. Y estando así, en actitud mansa y en oración, fue decapitado, subiendo su alma bienaventurada al cielo donde Cristo, objeto de su fe y su amor, lo recibió.

El *Martirologio romano* señala su memoria el 27 de mayo, sin que las actas señalen la fecha.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, t VI, cols 5 6
Art en *Analecta Bollandiana* 10 (1891) 50s
Bibliotheca sanctorum, t VI, cols 1231 1232
«Martirio de San Julio bajo Diocleciano», en D RUIZ BUENO (ed), *Actas de los martires* (Madrid ^{5}2003) 1158 1263

SAN AGUSTÍN DE CANTERBURY

Obispo († 605)

San Agustín de Inglaterra o de Canterbury debe ser considerado como el apóstol de los anglosajones, por ser quien, junto con los treinta y nueve monjes que le acompañaban, dio comienzo en 596 a su conversión. Es cierto que la primera idea y el impulso principal vino de San Gregorio Magno, pero él fue quien echó sobre sus hombros y realizó una buena parte de aquella empresa, que llegó a su feliz término a fines del siglo VII, hacia el año 680. Todo esto coloca a San Agustín de Canterbury entre los grandes apóstoles de Cristo, al lado de San Patricio de Irlanda, de San Bonifacio de Alemania y de tantos otros evangelizadores de la fe.

Nada sabemos sobre su vida anterior al año 596, en que dio comienzo a su gran empresa, sino que era monje y prior en el monasterio de San Andrés, que San Gregorio Magno había fundado en Roma. En Inglaterra había penetrado el cristianismo desde muy antiguo, según se desprende de los testimonios de Tertuliano y Orígenes. Así, en pleno siglo IV, sus habitantes, los bretones, eran en buena parte cristianos, pero, al retirarse las legiones romanas a principios del siglo V, se vieron acosados por los pictos y escoceses, y, no sintiéndose con fuerzas para defenderse contra ellos, llamaron en su auxilio a los sajones del norte de Alemania. Efectivamente, hacia el año 449 entraron éstos por la isla de Thanet y rápidamente fueron conquistando la Gran Bretaña y, volviéndose contra los mismos bretones, los

fueron acorralando, a ellos y a los demás indígenas, a los territorios occidentales de la isla. De este modo un buen número de bretones emigraron al norte de Francia, al que dieron el nombre de Bretaña, y los demás quedaron reducidos a los territorios de Gales y Cornualles. Aquí poseían los bretones durante el siglo VI florecientes monasterios, excelentes príncipes cristianos y grandes obispos, como San David de Menevia († 544) y los santos Paterno, Udoceo y otros. Mas, por otra parte, su odio nacional contra los anglosajones fue creciendo de tal manera que imposibilitaba por completo cualquier intento de evangelización. De este modo, el pueblo anglosajón persistía en el paganismo, y en las siete provincias en que había dividido la Gran Bretaña el cristianismo había prácticamente desaparecido.

Pero lo que los cristianos bretones, movidos de su odio nacional contra los anglosajones, no querían o no podían realizar, es decir, la conversión de este pueblo pagano, lo intentó y realizó el Romano Pontífice desde Roma. Ya fue un buen principio el hecho de que, a fines del siglo VI, el joven rey de Kent, Ethelberto, aunque pagano, tomó por esposa a la cristiana Berta, hija del rey merovingio de Francia, y al mismo tiempo la dejó en plena libertad para practicar su religión. Tal vez este hecho fue el que suscitó en San Gregorio Magno (590-604) la idea de la evangelización de tan noble pueblo. El hecho, bien atestiguado por los historiadores antiguos, es que este gran Papa dio orden al presbítero Cándido, administrador suyo en los territorios provenzales pertenecientes al patrimonio de San Pedro, para que le procurara algunos esclavos anglosajones, muy abundantes entonces en el puerto de Marsella. Su plan era educarlos en algunos monasterios de Roma y enviarlos luego a evangelizar a sus compaisanos de la Gran Bretaña.

Pero San Gregorio Magno, el hombre de las grandes empresas, no tuvo paciencia para esperar la realización de este plan, que necesariamente debía ser muy lento. La circunstancia de la muerte, a principios del 596, del rey de Austrasia y la subida al trono de Brunequilda, tan adicta a los planes de San Gregorio, acabó de determinarlo. Efectivamente, el mismo año 596 escogió al abad Agustín, bien conocido por la solidez de sus virtudes y su espíritu ardiente y emprendedor, que no se arredraba

ante ninguna dificultad cuando se trataba del servicio de Dios, para que, acompañado de un buen número de monjes misioneros, acometiera aquella gloriosa empresa de la conversión de Inglaterra. Escogidos, pues, los treinta y nueve monjes que debían acompañarle, partieron en la primavera del año 596 para Francia en dirección a la Gran Bretaña.

Llegados a la Provenza, se detuvieron unos días en el célebre monasterio de Lerins, donde fueron magníficamente acogidos por su abad Esteban, el obispo de Aix, Protasio, y el patricio Arigio. Ansioso San Agustín de dar comienzo a su empresa, siguió preparando todo lo que era necesario para la misión de Inglaterra; pero, entretanto, sus compañeros se espantaron de tal manera al escuchar de los monjes de Lerins las descripciones sobre las dificultades de la conversión de los anglosajones, y sobre todo sobre la extrema crueldad de este pueblo, que Agustín se vio forzado a volver con ellos a Roma.

Pero San Gregorio Magno no retrocedía fácilmente ante una empresa comenzada. Haciéndose cargo de las inmensas dificultades que se oponían a tan ardua empresa, con la afectuosa energía que le era característica, procuró suscitar en el corazón de aquellos misioneros los sentimientos de generosidad con el Señor, que los escogía para una obra tan de gloria suya; invistió a San Agustín con la dignidad abacial, les proveyó abundantemente de cartas de recomendación para los obispos de Francia y la reina Brunequilda, y de este modo partieron de nuevo, llenos del mayor entusiasmo, para Inglaterra. Pasaron el invierno en Autun, siguieron luego por Orleáns y Tours, y, finalmente, acompañados de algunos intérpretes, se embarcaron, probablemente en Boulogne, con rumbo a la Gran Bretaña.

Era la hora señalada por la Providencia. En la primavera del año 597 San Agustín de Inglaterra, con el ejército de monjes que le acompañaban, desembarcaba en la isla de Thanet, es decir, en el mismo lugar donde siglo y medio antes habían desembarcado los invasores. La segunda conquista de Inglaterra que ahora se emprendía, era más difícil y debía durar más tiempo que la primera; era de un tipo puramente espiritual. Las crónicas antiguas se complacen en presentarnos a la figura, casi gigantesca, de San Agustín, que sobresalía por encima de todos

los demás. Al acudir el rey Ethelberto a su llamada, los misioneros aparecieron ante él llevando por delante una gran cruz y recitando procesionalmente las letanías. Impresionado el rey ante aquel espectáculo y ante la petición que se le hacía de que se les concediera amplia libertad para predicar el Evangelio, quiso primero escuchar una exposición sumaria sobre la doctrina cristiana y la obra redentora de Jesucristo, y luego concedió generosamente lo que le suplicaban.

Agustín y sus compañeros pusieron al punto manos a la obra. Dirigiéronse a Dorovernum o Canterbury, capital de la provincia o reino de Kent, y allí junto a la capilla de San Martín, utilizada por el capellán de la reina Berta, Liudardo, establecieron su primera residencia e iniciaron la predicación. El pueblo acudía espontáneamente a la explicación del Evangelio de Cristo, y, viendo el admirable ejemplo de San Agustín y sus compañeros, se sentían impulsados a la doctrina que les anunciaban. La primera conversión insigne fue la del mismo rey, ya preparada por la suave influencia de su cristiana esposa y el trabajo paciente de su capellán. Después de instruido convenientemente, el 2 de junio del año 597, recibió las aguas del bautismo.

Con todo esto se fue preparando el gran acto de las Navidades del 597, que marcan, indudablemente, el punto de partida de la conversión en masa del pueblo anglosajón. Con su acostumbrada prudencia, Ethelberto quiso dejar en plena libertad religiosa a todos sus súbditos, y así gran número de nobles, guerreros y masas del pueblo continuaron recibiendo la instrucción necesaria, hasta que el 25 de diciembre se celebró con gran solemnidad el bautismo de una inmensa muchedumbre, que algunos elevan a diez mil. Entre esta multitud de nuevos cristianos se hallaban muchos miembros de la más elevada nobleza de Kent. El celo apostólico de San Agustín recibía su primera recompensa. Con esto quedaba él consagrado como el apóstol de los anglosajones, el apóstol de Inglaterra.

Fácilmente se comprende la inmensa alegría que experimentó el papa San Gregorio Magno al recibir la noticia de todos estos acontecimientos de boca del presbítero Lorenzo y del monje Pedro, enviados expresamente a Roma por San Agustín. Su ensueño era ya una realidad. Sin poder contener su entusiasmo,

escribió al punto a su amigo Eulogio, patriarca de Alejandría, dándole cuenta de tan halagueñas noticias. Asimismo dirigió sendas cartas de congratulación a sus colaboradoras, Brunequilda, reina de Austrasia y Neustria, y Berta, esposa de Ethelberto, de Kent. Pero, sobre todo, escribió a San Agustín, héroe principal e instrumento de Dios en la conversión de Inglaterra.

Por su parte, Agustín procuró desde entonces asegurar y llevar adelante la obra comenzada. Para ello, sea antes del gran acto de las Navidades, sea poco después de él, se dirigió a Francia, y allí recibió del obispo de Arlés la consagración episcopal. Por otra parte, el presbítero Lorenzo y el monje Pedro volvieron pronto de Roma cargados de reliquias, instrumentos de culto y libros religiosos, que fascinaban a los pueblos recién convertidos, pero, sobre todo, traían consigo nuevos misioneros, que el Papa enviaba a Inglaterra. Ethelberto, por su parte, colaboraba a esta grandiosa obra de San Agustín. Hizo donación de su propio palacio, que al punto fue convertido en monasterio y residencia del obispo. En lugar de un templo pagano, hizo levantar una iglesia cristiana, dedicada a San Pancracio, y no lejos de allí hizo construir la abadía de San Pedro y San Pablo, que más tarde tomará el título de abadía de San Agustín, tumba de los reyes y obispos de Kent. En el interior de la ciudad se elevará la iglesia de Cristo, que recordará la basílica de Letrán, de Roma.

De este modo, la obra de San Agustín realiza rápidos progresos. Por esto, el año 601 envía de nuevo a Roma sus legados Lorenzo y Pedro, quienes informan ampliamente al Papa y le piden nuevos misioneros y abundantes instrucciones para su obra de evangelización. A todo accede San Gregorio Magno, lleno de comprensión y entusiasmado ante el heroísmo de aquellos abnegados apóstoles. Una nueva expedición de doce misioneros sale de Roma para Inglaterra en junio de 601, bajo la dirección de Melitón. Éste lleva a San Agustín las respuestas del Papa a multitud de consultas de orden disciplinario y litúrgico, donde, dando el más insigne ejemplo de prudencia y comprensión y de lo que hoy día se denomina espíritu de acomodación, da disposiciones acertadísimas. Respecto de los templos «no conviene —decía— derribarlos, sino solamente los ídolos en

ellos existentes». De un modo semejante, por lo que se refiere a las costumbres nacionales, «como hay costumbre —le dice— de hacer sacrificios de bueyes a los demonios, es conveniente cambiarla en una fiesta cristiana. Así las fiestas de la Dedicación y de los Mártires podrían celebrarlas por medio de banquetes fraternales».

Junto con estas instrucciones, los nuevos misioneros y legados del Papa traían a San Agustín otras misivas importantes. En primer lugar, le entregaron de parte del Papa el palio arzobispal, a lo que se añadía su nombramiento como primado de todas las iglesias de Inglaterra. Como complemento de todo, enviaba el Papa un plan completo de la organización jerárquica de toda la Gran Bretaña o la Heptarquía, que sólo, poco a poco, se fue realizando. Ante todo, Londres y York, ya desde los bretones sedes episcopales, eran constituidas en metropolitanas para el sur y norte de Inglaterra, y a cada una se le asignaban doce sedes episcopales sufragáneas.

Tal fue el conjunto de las instrucciones y disposiciones enviadas por San Gregorio Magno a Inglaterra el año 601. Indudablemente, las disposiciones sobre la organización jerárquica eran prematuras. Pronto se vio que, en lugar de Londres, era preferible erigir a Canterbury como metropolitana y juntamente primada de Inglaterra. Con el entusiasmo y el optimismo suscitado en Roma por los triunfos obtenidos, fácilmente se imaginaban que la conversión de toda la Heptarquía era cuestión de poco tiempo. Esto iría enseñando que en asunto tan importante sólo se podía avanzar lentamente.

Así, pues, por el momento, San Agustín era el único obispo para la Gran Bretaña sajona. Pero mientras los demás misioneros, alentados con los nuevos estímulos y nuevos instrumentos recibidos de Roma, y robustecidos con la nueva falange de apóstoles, continuaban avanzando en la evangelización del territorio de Kent, San Agustín realizaba, por así decirlo, un intento de carácter diplomático. Concibió, pues, el plan de entrevistarse con los dirigentes de la iglesia bretona, con el fin de llegar a un acuerdo, con lo cual obtendría de ellos gran abundancia de misioneros. Le era bien conocido el odio existente entre las dos razas; pero era necesario intentar la unión, con la

esperanza de que el espíritu cristiano se sobrepusiera a todos los rencores nacionales. Llegóse, pues, el mismo año 601 a una asamblea entre San Agustín y los obispos y literatos bretones, representantes de su pueblo, venidos del gran monasterio de Bangor. San Agustín se presentó como legado pontificio, y pidió únicamente estas tres cosas: que renunciaran a su cómputo pascual, que siguieran el rito romano en la celebración del bautismo, dejando un conjunto de ceremonias especiales usadas entre ellos, y que trabajaran con los romanos en la evangelización de los anglosajones. Fue imposible llegar a un acuerdo. Ni podían avenirse a reconocer la autoridad superior de San Agustín, ni a abandonar sus ritos llamados *culdeos,* y mucho menos a evangelizar a sus mortales enemigos, los anglosajones.

Reducidos, pues, a sus propias fuerzas, San Agustín y sus compañeros se lanzaron con nuevos bríos al trabajo de misionización. De este modo, en 604, a la muerte del gran protector de Inglaterra, San Gregorio Magno, se pudo establecer un segundo obispado en Rochester con su primer obispo, Justo, quien inició sus ministerios en una humilde iglesia con el título de San Andrés. Al mismo tiempo se organizó un tercer obispado en Londres, mientras se iniciaba la evangelización de Essex. En efecto, Londres era la capital de la provincia o reino de Essex, y allí residía su príncipe Sébert, sobrino de Ethelberto de Kent. Envíale, pues, éste algunos misioneros, a cuya cabeza iba Melitón, a quien se nombró obispo de la nueva iglesia de Londres. El mismo Ethelberto sufragó los gastos para la construcción de la primera iglesia, dedicada a San Pablo, con todo lo cual se inició la misión de Essex, que poco después fue tomando rápido incremento.

Hasta este punto llego la obra de San Agustín en la conversión de la Gran Bretaña sajona. Al morir él en mayo de 605 sucedióle su discípulo predilecto Lorenzo, consagrado por él poco antes de morir. El territorio de Kent quedaba convertido en una buena parte, y se había iniciado la conversión de Essex. Además del obispado de Canterbury existían los dos de Rochester y Londres. No era muy grande la extensión alcanzada por las conversiones anglosajonas, pero la semilla estaba echada. Aun estos territorios evangelizados tuvieron que atravesar

una difícil prueba; pero la semilla se desarrolló después hasta llegar, durante todo el siglo VII, a la conversión de toda la Heptarquía. La encarnizada oposición entre los bretones y los anglosajones continuó durante largos años, hasta que, al fin, el año 664 se llegó a la definitiva unión, si bien a costa de alguna escisión dolorosa.

Se ha pretendido rebajar el mérito de la obra y la personalidad de San Agustín de Inglaterra atribuyendo, por un lado, toda la gloria a San Gregorio Magno, y, por otro, echándole a él la culpa de la desunión con los bretones. Pero esto es sacar las cosas de sus quicios. En los comienzos de la gran empresa de la conversión de los anglosajones, San Gregorio Magno tiene la gloria de haberla ideado y protegido, y San Agustín la no menos grande de haberla realizado. Por otra parte, la desunión entre los bretones y anglosajones era cuestión de razas, exacerbada por los excesos cometidos por los invasores, y sólo con el tiempo pudo ser poco a poco superada. San Agustín fue sumamente venerado en la Edad Media y merece justamente el título de apóstol de la Gran Bretaña.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 28 de mayo
BRECHTER, S, *Die Quellen zur Angelsachsenmission Gregors des Grossen* (1941)
BROU, A, *St Augustin de Canterbury et ses compagnons* (Paris 1897)
GASQUET, F A, *The Mission of St Augustine* (Paris 1925)
MABILLON, J D'ACHERY, L, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti* (Paris) t I, p 205s, t VI, p 742s
• Actualizacion
DRUILLE, CH DE (ed), *L'Eglise et la mission au VI^e siecle La mission d'Augustin de Cantorbery et les Eglises de Gaule sous l'impulsion de Gregoire le Grand Actes du Colloque d'Arles 1988* (Paris 2000)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN BRUNO DE WURZBURGO
Obispo († 1045)

Bruno era hijo del conde Conrado y de Matilde de Suabia y estaba emparentado con los emperadores Conrado II y Enri-

que III y asimismo con el papa Gregorio V y nació a finales del siglo X. Era clérigo y jefe de la cancillería imperial en Italia desde 1027 cuando el emperador Conrado II lo designó para la sede episcopal de Würzburgo.

Sería obispo a lo largo de once años en los que se mostró como un buen pastor de sus ovejas. En efecto se ocupó con mucho celo de la disciplina del clero, animó a los fieles a vivir como verdaderos cristianos, cuidó de que las iglesias tuvieran rentas y edificios suficientes para sus fines pastorales, y construyó la iglesia catedral, empleando no poco de su propia fortuna en esta construcción. Y daba ejemplo llevando una vida piadosa y austera aun en medio de la corte a la que se veía obligado a acudir.

La corona contó con él en diferentes ocasiones. En 1040 acompañó al emperador Enrique III en un viaje real por Alemania, sirviéndole de asesor y consejero. Intervino dos años más tarde en el matrimonio imperial con Inés de Poitou. Era una autoridad moral en la corte, donde se le respetaba y estimaba por sus muchas virtudes.

Su muerte sucedió mientras acompañaba al emperador en su expedición contra Hungría. Llegados a Persenberg, a orillas del Danubio, hospedó al emperador y su séquito la condesa Reiquilde. Pero mientras cenaban en una amplia estancia del castillo, el suelo cedió y algunas personas murieron, no el rey, y otras sufrieron graves heridas, entre ellas el obispo Bruno. Pasó una semana con grandes dolores y no resistió su constitución las heridas sufridas, viniendo a morir el 27 de mayo de 1045. Su cuerpo fue llevado a su catedral. Hay certeza de que se abrió su proceso de canonización pero ésta no consta. Su nombre figura en el *Martirologio* en este día.

BEATOS EDMUNDO DUKE, RICARDO HILL, JUAN HOGG Y RICARDO HOLIDAY

Presbíteros y mártires († 1590)

El 27 de mayo de 1590 fueron ahorcados y descuartizados en Durham, Inglaterra, cuatro sacerdotes católicos cuyo único crimen era precisamente el de ser sacerdotes que, ordenados en

el extranjero, habían acudido a Inglaterra a mantener la fe de los católicos y propagar su fe entre quienes quisieran recibirla.

Estos cuatro sacerdotes seculares eran Edmundo Duke, Ricardo Hill, Ricardo Holiday y Juan Hogg.

El primero había nacido en Kent el año 1563 en una familia acomodada de religión anglicana, pero en su juventud conoció el catolicismo y lo abrazó, y seguidamente decidió su vocación sacerdotal marchando a Reims en cuyo colegio inglés empezó los estudios en 1583. Luego marchó a Roma y en 1589 se ordenó sacerdote. Volvió a Reims, hizo ejercicios espirituales y se dispuso a volver a Inglaterra, como en efecto realizó en marzo de 1590 acompañado de sus tres futuros socios de martirio.

Ricardo Hill y Ricardo Holiday eran de la región de York, mientras que Juan Hogg procedía de Cleveland. Los tres habían nacido en 1565. Deseosos de ser sacerdotes, los tres coincidieron en el colegio de Reims, donde entraron respectivamente el 6 de septiembre de 1584, el 15 de mayo de 1587 y el 15 de octubre de 1587 y donde juntos fueron subiendo las gradas del altar: los tres subdiáconos el 17 de marzo, los tres diáconos el 25 de mayo, y los tres se ordenan juntos de sacerdotes el 25 de septiembre de 1589.

Se embarcaron los cuatro para Inglaterra y pusieron pie a tierra cerca de Tyneamouth, donde había una casa para hospedar en ella a los sacerdotes. Pero para entonces la casa había sido descubierta y eso hizo que los cuatro, sin saber a ciencia cierta dónde estaban, fueran enseguida apresados y enviados a Durham, donde fueron encarcelados. En la cárcel los visitaron varios ministros protestantes con la idea de convertirlos al anglicanismo, pero fue en vano.

Sometidos a juicio, se les aplicó el estatuto 27 de Isabel y se les condenó como reos de alta traición. La paciencia, serenidad y fortaleza con que afrontaron la muerte impactaron a algunos de los presentes, entre ellos cuatro criminales comunes que iban a ser también ajusticiados y que dijeron querer morir en la religión de los mártires. También se convirtieron otras personas. Delante del patíbulo les fue ofrecido el perdón si renegaban del catolicismo, pero los cuatro eligieron la muerte antes que trai-

cionar su fe. Fueron beatificados por Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

SANTAS BÁRBARA KIM Y BÁRBARA YI

Mártires († 1839)

En la dura persecución estatal contra la Iglesia en Corea murieron de tifus en la cárcel de Seúl el día 27 de mayo de 1839 estas dos cristianas que por el nombre de Cristo perdieron primero la libertad y luego la vida.

La primera, Bárbara Kim Obi, era una mujer de 34 años, nacida en 1805 en Shi-heung, provincia de Kyonggi, y de estado viuda, y la segunda una jovencita de solamente 15 años, nacida en Ch'ongp'am, Seúl, en 1825. Ésta era sobrina de Santa Magdalena Yi Yong-hui y de Santa Bárbara Yi Chong-hui, que también darían la vida por la fe y también serían canonizadas con su sobrina. La primera había nacido en el seno de una familia pobre, católica pero no muy devota. A los 30 años se había colocado como criada y en la casa de su señora conoció de verdad a Dios y se adhirió al Señor de todo corazón. Su padre le propuso matrimonio con un católico y ella contestó que prefería no casarse, pero el padre insistió y ella accedió. Resultó que el esposo era pagano y no estaba en absoluto por convertirse. No dejó que bautizara sino a la hija, no a los hijos, y tuvo muchos problemas religiosos con él, hasta que se murió. Ella se dedicó entonces a la oración y las buenas obras, y tuvo el consuelo de que, habiendo llegado sacerdotes, pudo dirigirse espiritualmente con ellos. Bárbara Yi por su parte se había criado en la religión cristiana y a la muerte de sus padres se había ido a vivir con sus tías muy cristianas Ambas fueron arrestadas, acusadas de cristianismo y por ello mismo detenidas en la cárcel, negándose las dos firmemente a apostatar pese a las torturas. Las condiciones higiénicas de la cárcel hicieron que se propagara fácilmente el tifus entre los presos. Ellas dos cayeron víctimas de esta enfermedad en mitad de su encierro por Cristo. Fueron canonizadas el 6 de mayo de 1984.

SANTOS ATANASIO BAZZEKUKETTA Y SAN GONZAGA GONZA

Mártures († 1886)

Camino del sitio, Namugongo, en que iban a ser quemados vivos por no renegar del cristianismo, estos dos jóvenes ugandeses, unidos en vida por la pertenencia a la corte real y por la fe cristiana, fueron sacrificados el día 27 de mayo de 1886, no los dos en el mismo sitio sino uno después de otro.

Atanasio había nacido en Kampala en 1870 y pertenecía al clan Nkima. Había sido paje del rey Mutesa y continuó siéndolo de su hijo y sucesor Mwanga. Atraído al cristianismo, se bautizó el 16 de noviembre de 1885. Tenía a su cargo el tesoro real y cuando se desencadena la persecución contra el cristianismo fue delatado como tal e invitado a apostatar, lo que no hizo. Condenado a muerte, salió con los demás pajes hacia el sitio de la ejecución. Pero al llegar a Kampala, sintiéndose debilitado físicamente, preguntó que por qué el martirio no era allí mismo, y entonces decidieron ofrecerlo como sacrificio a las divinidades de Kampala. Fue llevado al borde del camino y allí atravesado con lanzas hasta que murió, siendo descuartizado su cuerpo seguidamente.

Gonzaga era un joven de 24 años, de origen busoga, vendido de pequeño al rey Mutesa y convertido por éste en paje suyo. Era su misión la guarda de los prisioneros de la corte. Se bautizó el 17 de noviembre de 1885. Arrestado por ser cristiano y negándose a apostatar, fue condenado a muerte y salió con los demás hacia Namugongo. Como en Kampala les pusieron a los presos unas cangas, su debilidad tras las caminatas con cadenas era manifiesta. Entonces en el pueblo de Lubawo cayó al suelo exhausto y allí fue rematado a golpes de lanzas y decapitado, dejando los verdugos sus restos en el camino sin detenerse a enterrarlo.

Ambos fueron canonizados el 18 de octubre de 1984.

28 de mayo

A) Martirologio

1 En Corinto (Acaya), Santa Heliconides (s III), martir
2 En Cahors (Galia Lugdunense), San Carauno (s V), martir
3 En Urgel (España Tarraconense), San Justo (s VI), obispo **
4 En Paris (Francia), San German († 576), obispo *
5 En el monasterio de Gellone (Galia Narbonense), San Guillermo († 812), monje
6 En Canterbury (Inglaterra), Beato Lanfranco († 1089), obispo, antes monje de Bec **
7 En Pisa (Toscana), Santa Ubaldesca († 1206), virgen, de la Orden de San Juan de Jerusalen *
8 En Castelnuovo (Toscana), Beato Herculano de Piegale († 1451), presbitero, de la Orden de Menores *
9 En Londres (Inglaterra), Beata Margarita Pole († 1541), viuda y martir bajo Enrique VIII **
10 En Florencia (Toscana), Beata Maria Bartolomea Bagnesi († 1577), virgen *
11 En Londres (Inglaterra), beatos Tomas Ford, Juan Shert y Roberto Johnson († 1582), presbiteros y martires *
12 En Cho Quang (Cochinchina), San Pablo Hanh († 1859), martir *
13 En Sachsenhausen (Alemania), Beato Ladislao Demski († 1940), martir *
14 En Dzialdowo (Polonia), Beato Antonio Julian Nowowiejski († 1941), obispo de Plock y martir **

B) Biografias extensas

SAN JUSTO DE URGEL

Obispo († s VI)

Parca es la información eclesial en la España visigoda. Y casi exclusivamente clerical, centrada en textos epistolares pontificios, no pocas actas conciliares y documentos de menor entidad

Parca, consiguientemente, es la referencia histórica a San Justo. Sabio y virtuoso prelado de Urgel cuya diócesis sirvió ejemplarmente durante una docena de años. El primer obispo conocido, históricamente, de la sede, discutiéndose si ésta originariamente estuvo en Castellciutat y fue posteriormente tras-

ladada al arrabal que acabaría siendo la actual ciudad de los obispos príncipes. Escritor ilustre y reconocido orador, se tiene constancia de su presencia en algunas asambleas sinodales peninsulares.

Natural de Levante, aunque hasta hace poco tiempo se le hacía hijo de la ciudad episcopal pirenaica y miembro, en el momento de su preconización, del clero diocesano.

Nacido, según cálculos, en el último cuarto del siglo quinto. Alguien, hilando fino, concreta que en el seno de una familia cristiana de origen hispano-romano.

Presumiblemente, coincidentes el desarrollo del monaquismo y la exuberancia cultural de nuestro protagonista, formado en los claustros monásticos, que bien pudieran ser los de Assau —entre los ríos Ésera y Cinca, en el corazón del Pirineo—, cuna de no pocos obispos.

Hermano de los también insignes prelados Justiniano, de Valencia; Nebridio, de Egara, que es la actual Tarrasa; Elpidio, de Huesca.

Y juzgándole muerto al poco del concilio de Valencia, en el 547. Honrado, en la diócesis, con culto público desde la undécima centuria; compartiendo el honor de los altares con los también mitrados y sucesores Ermengol y Odón. Nunca con oficio litúrgico propio.

Documentos cantan la donación del Conde de Urgel Ermengol IV, en 1079, a una iglesia diocesana donde, entre otros, era venerado San Justo. Y el obispo Ramón Treballa, en 1315, en el reconocimiento de las reliquias del altar mayor, previo el cambio de arqueta, autentificó la existencia de restos mortales del primer titular de la sede de Urgel.

Eso sí, hay que aceptar que a lo largo de los siglos doce al quince fue un culto a menos, acabando en el olvido. Sin presencia en los misales y breviarios. Fuera de las letanías de los santos, cuando curiosamente en ellas eran invocados San Ermengol y San Odón, más cercanos en el tiempo.

Pudo la lejanía histórica empolvar el recuerdo devoto del que fue gran prelado de la Iglesia catalana y española y figura destacada de la cultura visigoda. No hay duda. Pero vino la me-

recida recuperación. Y ya van cumplidos cuatro siglos de celebración litúrgica urgelense, siempre en la fecha del 28 de mayo.

Baronio lo inscribió en el *Martirologio romano.* Sin elogio alguno, enunciando simplemente la conmemoración de San Justo, obispo de Urgel, ciudad de la España Tarraconense.

Fueron escasas las notas biográficas conocidas. Y la insinuación del momento histórico, de las circunstancias ambientales y de las relaciones del insigne y virtuoso prelado.

No sabemos qué actividades le llevaron a Toledo, donde en el verano de 527 le encontramos con Nebridio. Reciente una celebración conciliar (II concilio de Toledo). Desconocida la motivación del viaje de los obispos hermanos de la Tarraconense. Pero las costumbres eran costumbres. Y, en circunstancias tales, aun siendo ajenos a la jurisdicción provincial, era usual la adhesión episcopal a la normativa de la asamblea eclesiástica. En consecuencia el titular de la sede pirenaica revisó los textos, dio su conformidad y firmó las actas.

Con la siguiente inscripción:

> «En el nombre de Cristo, Justo, obispo de la Iglesia catolica de Urgel, guardando la autoridad de los canones primitivos, he leido, aprobado y suscrito esta constitucion de mis co-sacerdotes, que ha tenido lugar en Toledo, a donde he llegado poco tiempo despues»

Nebridio también dejó constancia de su adhesión.

El concilio de referencia, segundo toledano, había teorizado y dictaminado sobre la formación del clero. Ya no valía, como en los primeros tiempos, la elección circunstancial entre los miembros de la comunidad, al vaivén de las necesidades. La sola buena voluntad resultaba a todas luces insuficiente. Lamentablemente los presbíteros, prolongación de los brazos episcopales, responsables directos de la vida sacramental, litúrgica y pastoral, dejaban mucho que desear en cuanto a preparación seria y sistemática, intelectual, moral y religiosa.

Se pusieron, pues, manos a la obra en la provincia toledana. Allí, por decisión asamblearia eclesial, nacieron las escuelas clericales, copia de los centros docentes monásticos, que florecieron paulatinamente a lo largo y ancho de la geografía patria.

Resultaría una acertada y eficaz medida para corregir la triste realidad sacerdotal en el ambiente social de la época, para re-

mediar la tremenda y dolorosa ignorancia clerical. Aunque peor aún era la ausencia de virtud, que también combatían.

Los nacientes internados conllevaban la convivencia de los aspirantes al sacerdocio a la sombra de un clérigo sabio y ejemplar bajo la directa vigilancia episcopal. Con exigencias de desarrollo intelectual y de progreso gradual en la vida moral y religiosa; teniendo en cuenta que la santidad es tan importante como la ciencia. Paralelo el aprendizaje del ejercicio ministerial, facilitado con la reglamentada asistencia a las celebraciones litúrgicas.

Consta, por otra parte, que las decisiones conciliares que merecieron la adhesión del santo prelado de Urgel legislaron, como paso previo al subdiaconado, la promesa de castidad. El perseverante recibía a los 25 años el diaconado; cinco más tarde era el acceso al presbiterado.

Otros temas y otras inquietudes: en el año 546 el obispo Justo está presente en otra asamblea diocesana —primer concilio de Lérida—, ahora dentro de los límites jurisdiccionales tarraconenses.

En Lérida, el 8 de agosto del 546, rubrica el segundo las actas en consonancia con los años de pontificado que había ejercido en la sede pirenaica. Pues, según costumbre conciliar, los prelados asistentes suscribían las decisiones por orden de antiguedad en el gobierno de las respectivas diócesis.

La mordedura arriana, con defecciones y apostasías, duele. La herida sangra sobre la asamblea eclesial, comprensiva con los que protagonizan arrepentimiento y se muestran deseosos de volver a los brazos de la Iglesia.

Legisla:

> «Respecto a aquellos que han sido rebautizados en la prevaricación, si cayeron forzados por necesidad o por tormentos, se observe con ellos lo prescrito por el concilio de Nicea, a saber, que oren durante siete años entre los catecumenos y dos entre los católicos, después, que participen con los fieles en la oblacion y en la eucaristía bajo la clemente dirección del obispo»

En cambio es rigurosa con los católicos que ofrecieron a sus hijos para ser bautizados en la herejía. Rechaza sus oblaciones y nada de compartir mantel con ellos.

Aún sabemos de una tercera presencia conciliar del obispo de Urgel. En su ciudad de origen, Valencia, y un año después.

Paralelamente al pastoreo de su rebaño diocesano, cultivó aficiones y aptitudes literarias. Con ellas la documentación histórica, parca biográficamente, resulta generosa. En concreto, tenemos información sobre un conocido comentario al *Cantar de los Cantares* y un par de textos epistolares que guardan relación con el mismo, dirigidos al metropolitano tarraconense Sergio y al homónimo diácono diocesano Justo.

También perdura un escrito homilético.

La carta al obispo, breve y con carácter de dedicatoria, va acompañada de un ejemplar del título de referencia. Y, paralelamente al obsequio, le encarga la tarea de censor. Modesto y sensato. Y espiritualmente fino él, pues suplica al metropolitano que si en sus comentarios encuentra algo digno de alabanza, lo atribuya a Dios; y el hipotético desagrado al contenido lo achaque a la ignorancia del autor.

Al diácono ha de agradecerle el estímulo que le ha llevado a la redacción de su librito. Pero reconoce haber sido realmente osado, emprendiendo un no fácil empeño.

Muy gráfico en su humildad al confesar que, habiendo manjares tan exquisitamente preparados por los Santos Padres, el suyo no es más que un plato de legumbres silvestres. Aunque considerándolo de aceptación y provecho para quienes no tengan acceso al opulento convite patrístico. Eso sí, tiene gusto en complacerle. Y en cuenta que no faltará quien critique su impericia.

Finalmente se une a sus oraciones.

Notable es la exégesis sobre el *Cantar de los Cantares,* que subtitula *Explicatio mystica.* Escrito a la vista del texto de la *Vulgata:* el autor avisa que usará «aquella interpretación que el sacerdote Jerónimo, varón eruditísimo de feliz recuerdo, tradujo de la verdad hebraica al latín». Aunque, para el uso común bíblico, a lo largo del escrito, recurrirá al texto más popular de la *Vetus Latina.*

Fue una obra de enorme divulgación en la época, hasta llegó a figurar en los textos académicos de las mentadas escuelas monásticas y episcopales. Hizo famoso al autor, al que el gran San

Isidoro de Sevilla incluye en la lista de celebridades que materializan su conocido título *De viribus illustribus*

La alusión:

> «Justo, obispo de la Iglesia de Urgel, en España, hermano del anteriormente mencionado Justiniano, escribio un opusculo comentando el *Cantar de los Cantares,* muy breve y claro, en sentido alegorico»

Se trata de una alegoría del amor divino a la Iglesia y, en definitiva, a los hombres. Una redacción en cuidado latín. Con las características de brevedad y elegancia literaria.

Transcribe versículo a versículo, sin relación de continuidad ni dependencia. Con su correspondiente glosa. Muy ágil. Fruto del enunciado fácil de ideas, a menudo sólo apuntadas, y de la repeticion intencionada de conceptos para facilitar la retención. Todo adornado con exuberancia de referencias y simbolismos bíblicos.

Unos ejemplos:

> «Beseme con besos de su boca »
>
> «Es la voz de la Iglesia que viene al encuentro de Cristo Deseosa ella de borrar la ofensa que los hombres, pecando, hicieron a Dios y vivamente anhelante de la reconciliacion por mediacion de su Hijo »
>
> «Soy morena pero hermosa, hijas de Jerusalen, como las tiendas de Cedar »
>
> «*Negra,* por la confesion de los pecados, *hermosa,* por la gracia del sacramento, *hija de Jerusalen,* porque por el Evangelio nacio de aquella primitiva Iglesia [] y como dice el apostol "La Jerusalen de arriba es libre y es nuestra madre" Tambien semejante a las tiendas de Cedar, que significa oscuridad, a cuyos hijos advierte el apostol "Fuisteis en otro tiempo tinieblas pero ahora sois luz en el Señor" Puede llamarse tambien *negra* cuando soporta sufrimientos, oprobios, injurias y mofas Considerarla *negra* pero *hermosa* en Pablo "En todo apremiados, pero no acosados, perplejos, pero no desconcertados, perseguidos, pero no abandonados, abatidos, pero no aniquilados" Como *las tiendas de Cedar* "hemos pasado a ser como desecho del mundo, estropajo de todos" []»
>
> «Yo soy para mi amado y mi amado es para mi »
>
> «Yo soy el reino de Cristo y El es mi rey, yo su cuerpo y El mi cabeza *Pastorea entre azucenas* cuando reposa en el corazon de las virgenes o cuando en el, por su gracia, a diario crece»
>
> «¿Quien es esta que se levanta ?»
>
> «Surge como la *aurora* cuando, despreciando las obras de las tinieblas, vive casta y sobriamente en los matrimonios *Bella como la*

luna cuando brilla iluminando los continentes *Resplandeciente como el sol* cuando refulge en las virgenes con la elegancia de la perfeccion, como la buena tierra evangelica que, habiendo recibido la semilla de la palabra de Dios, corresponde con el treinta, el sesenta y el cien por cien de fruto *Terrible como escuadrones ordenados* ¿Acaso no produce terror aquella que destruye los ritos paganos y el culto idolatrico y que, perseverando en la fe de Cristo, nunca ha resulta do vencible?»

Vale.

Y, finalmente, la referencia al panegírico en honor del mártir San Vicente, de gran devoción en la realidad histórica religiosa del momento.

Pronunciado por San Justo, en Valencia, al parecer en las primicias del siglo sexto, con ocasión de la solemnidad del glorioso mártir, víctima de la furia persecutoria impulsada por Diocleciano y Maximiano en el primer año del siglo cuarto. Posiblemente siendo aún el predicador sólo diácono.

Una joya literaria, inédita hasta 1821

Vio por vez primera la luz en las páginas del conocido *Viaje literario a las iglesias de España,* de Jaime Villanueva, favorecido con la laboriosidad investigadora del padre Jaime Pasqual, del Monasterio de las Avellanas, quien había descubierto el texto en un leccionario de Roda y en dos breviarios de Cardona, dando a conocer, en 1796, el valioso hallazgo al cabildo catedralicio de Urgel.

También unos recortes:

«¡Oh muerte gloriosa que conduce a una vida tan elevada! ¡Oh vida vivificante ante la cual uno tiene a menos la presente! Nos habeis mostrado, Señor, como viven en Vos aquellos que, ni muertos, pueden morir [] He aqui como triunfan los que, por haberos confesado, han sufrido la muerte []

¡Oh alma dichosa que no pudo ser vencida por unos sufrimientos tan grandes de su cuerpo y, en el momento de morir el cuerpo, desperto victoriosa delante de su Creador! [] Pero no le fue permitido al enemigo señorear sobre su cuerpo, como habria querido Pues lo arrojo como alimento a las fieras y a las aves y estas no lo devoraron Se transformo la naturaleza feroz de los animales ¡Oja la cambiara tambien la de los hombres malvados! El lobo, con la cabeza baja, se marcho en ayunas, el cuervo permanecio con la garganta seca []

¿Quien no creera que ha de resucitar glorioso el que ha sido revestido de tanto honor y respeto? [] Que por sus meritos, en cier-

to modo, renazca y se beneficie la Iglesia que lo engendró por los sacramentos y cuyas virtudes la adornan. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén».

Realmente, saboreando los escritos de San Justo de Urgel resulta inevitable el parangón, teológico y literario, con los preciosos textos de los antiguos Padres de la Iglesia.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BARAUT, C - CASTELLS, J - MARQUES, B. - MOLINE, E., *Episcopologi de l'Església d'Urgell, segles VI-XXI* (La Seu d'Urgell 2002).
GARCIA VILLOSLADA, R. (ed.), *Historia de la Iglesia en España,* I (Madrid 1980).
MARQUES, B., «Sant Just, bisbe d'Urgell»: *Església d'Urgell* (1997) marzo.
SARRIES, E., *Sant Just d'Urgell Su obra y su vida* (Jerusalén 1985) (Tesina de licenciatura inédita).
VILLANUEVA, J., *Viaje literario a las iglesias de España,* X (Valencia 1821).

BEATO LANFRANCO DE CANTERBURY

Abad y obispo († 1089)

No se tienen muchas noticias de los primeros años de la vida de Lanfranco. Probablemente nació hacia el año 1005 en Pavía. Su padre Hambaldo era miembro del Consejo senatorial de aquella población y su madre se llamaba Rosa. Recibió una cuidada educación, y enseguida demostró excelentes cualidades para la literatura y la dialéctica. Al morir su padre muy pronto, se vio obligado a sucederle en sus deberes para con la familia y tuvo que dedicarse al Derecho y a la magistratura. Hacia 1032 nos lo encontramos en su ciudad natal explicando ya el Código de Justiniano y recopilando una suma de sentencias legales de aquella época.

Pasó a Francia en 1035 acompañando a un grupo de estudiantes procedentes de la nobleza de su ciudad. Esta inmigración fue causada posiblemente por las disputas políticas ciudadanas, que, frecuentes en la época, obligaban a exiliarse a quienes perdían. Lanfranco se estableció en Avranches y allí, para ganarse la vida, abrió una escuela que no parece que tuviera mucho éxito. Por lo mismo marchó a Rouen intentando tener mejor suerte.

Nada hasta aquel momento hacía presagiar un cambio radical en la vida de Lanfranco. Su destierro le había separado de su familia y de su carrera. Su poca suerte en Avranches, donde su especialidad, la dialéctica, era poco apreciada por los normandos, se unió a un accidente ocurrido en su camino a Rouen, en el que quedaron trastocados todos sus planes. Miles Crespin, su biógrafo, nos lo cuenta:

> «Queriendo un día dirigirse a Rouen, hizo el camino durante la noche atravesando los bosques de Ouche. Su mala suerte le hizo toparse con un grupo de salteadores de caminos que le robaron todo lo que poseía. Después, atándole las manos a la espalda y cubriendo su rostro con el capuchón de su manto le dejaron abandonado en un alejado punto de la espesura. No sabiendo qué hacer ante tanta desventura comenzó a lamentarse de su destino. Pero el silencio de la noche obró en él un espacio de interiorización que hizo nacer el deseo de comenzar a cantar salmos. Pero no supo hacerlo pues apenas los conocía. Entonces, dirigiendo su mente a Dios, le dijo: "Señor Dios, yo he empleado tanto tiempo en instruirme, yo he gastado tanto mi cuerpo y mi alma en los estudios que no he tenido tiempo para saber hacer un poco de oración. Líbrame de este peligro y con tu ayuda enmendaré mis errores y actuaré de tal modo que aprenderé a servirte". Con las primeras luces de la mañana, oyó el paso de otros viajeros y comenzó a gritar con todas sus fuerzas para hacerse oír. Acudieron en su ayuda para desatarle y ponerle en ruta mientras él les contaba lo sucedido. Lanfranco pidió a sus salvadores que le indicaran el más pobre y sencillo monasterio de la región; así lo hicieron, indicándole el camino de Bec».

Bec había sido fundado por Herluin apenas hacía dos años, en 1042. Lanfranco ingresó en el monasterio y durante tres o cuatro años sólo se aplicó a conocer y vivir intensamente la vida monástica. Fiel a su promesa hecha a Dios en el momento de su apuro, aprendió el salterio y de dedicó con entusiasmo al culto divino, a la oración en el silencio y a la contemplación más fervorosa. Pero Bec en aquellos primeros tiempos de su vida comunitaria no era sino un modesto y pobre monasterio y su comunidad la formaban un grupo de desharrapados y rústicos monjes que por su ignorancia y tosquedad intelectual y moral hicieron sufrir mucho al profesor de Avranches. Es más, algunos empezaron a tenerle celos y antipatía porque comenzaron a sospechar que tarde o temprano un hombre de tales cualidades

y con tan buen espíritu monástico les iba a ser impuesto como superior. Lanfranco previendo dificultades pensó que lo mejor era marchar de allí y buscar un lugar solitario para hacerse ermitaño; el abad de Bec intuyó sus preocupaciones y tristezas, y temiendo perder un monje de tan inestimables cualidades le nombró prior del monasterio y además le pidió que abriese una escuela en el monasterio donde poder ejercitar su saber y sus aptitudes como profesor. Se conoce poco acerca de los primeros años de la Escuela de Bec. En efecto, la abadía era poco conocida, estaba mal situada y no tenía excesivos atractivos en su entorno.

Sin embargo, la escuela y su maestro se dieron a conocer a causa de una disputa teológica a la que Lanfranco prestó atención asistiendo a algunos concilios y sínodos convocados por el papa León IX. En efecto, en el concilio de Reims el papa se encontraba presidiendo el concilio que estaba examinando el asunto de Berenguer o Berengario de Tours, acerca de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La inteligencia de Lanfranco y su dialéctica atrajo de tal modo al papa que quiso que le acompañase a Italia para asistir a los concilios de Roma y luego de Vercelli en los que se condenó definitivamente a Berengario; éste, en el ardor de la polémica, había llegado a declarar que su contrincante Lanfranco tenía las mismas ideas que él, por lo que el prior de Bec, para defenderse de tal acusación, tuvo que emplearse a fondo y clarificar sus posturas teológicas; con ese fin escribió un *Libellus de sacramento corporis et sanguinis Christi contra Berengarium* o «Tratado sobre el Cuerpo y la Sangre de Cristo», en el que expuso con toda firmeza y claridad la fe tradicional de la Iglesia, al mismo tiempo que, sin buscarlo, se daba a conocer como persona de talento y categoría en el campo de la exposición teologica.

En el campo de la diplomacia, Lanfranco tuvo también su momento histórico en el caso del duque de Normandía, Guillermo el Conquistador. El duque se había casado con Matilde, una pariente suya con la que, según las normas canónicas, no podía casarse por grado de consanguinidad. El papa Nicolás II lo excomulgó. Lanfranco como abogado y profesor de derecho se atrevió a hablar y ponerse de parte del papa. Guillermo, irri-

tado, le mandó que saliera de Normandía. Pero Lanfranco, ni corto ni perezoso, con audacia evangélica se atrevió a ponerse en presencia del duque y no sólo logró calmar su enfado sino que obtuvo del duque poderes para ser su representante ante la autoridad eclesiástica en aquel espinoso asunto. No hay que olvidar que el papa Nicolás II había recibido lecciones de Lanfranco. En 1059 marchó a Roma y poco después pudo regresar a Normandía con la dispensa canónica para Guillermo, aunque con la condición de que a sus expensas construyese dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres. Las iglesias de ambos monasterios, San Esteban (hombres) y Trinidad (damas), subsisten bellamente hasta el día de hoy en sus grandiosos edificios románicos en la ciudad de Caen.

El éxito de la empresa gestionada por Lanfranco fue el fundamento de la buena suerte tanto para el Prior como para el insignificante monasterio de Bec. Se presentaron muchos y numerosos alumnos deseosos de aprender, y aunque la instrucción era gratuita, los padres de los alumnos, en su mayoría de la nobleza o ricos terratenientes, comenzaron a ser espléndidos en regalos y donaciones al monasterio con las cuales pudieron levantarse nuevos edificios para atender a las también numerosas vocaciones que engrosaban rápidamente la comunidad.

La brillante reputación de Lanfranco se extendió por toda Europa y le atrajo estudiantes de todas partes, hasta de las más lejanas, como Roma, que venían a sentarse en los bancos de la Escuela de Bec. Entre sus discípulos encontramos a San Anselmo, a Yves de Chartres, o al futuro cardenal Guitmondo, a Teodorico de Paderborn, etc. Ciertamente nada semejante se había visto desde la desaparición de las escuelas de los maestros griegos y latinos.

En 1065 el duque Guillermo nombró a Lanfranco abad de San Esteban de Caen, monasterio recién levantado en cumplimiento del mandato papal, en el que el nuevo abad volvió a abrir una Escuela. Pero en 1070, al coronarse Guillermo como rey de Inglaterra, llamó a Lanfranco, que contaba ya con 67 años de edad, para sentarlo en la sede primacial de Canterbury como arzobispo.

La corona de Guillermo no estaba segura; los anglosajones no miraban con buenos ojos a los normandos intrusos. El nuevo rey, por tanto, tenía que poner en puestos claves a sus fieles, que, evidentemente, eran normandos. Entre esos puestos claves estaban los obispos, ya que el clero tendía a azuzar al pueblo contra los invasores. Esta realidad, comprensible en la mera política, acarreaba muchos sinsabores en el campo pastoral a los obispos normandos recién nombrados. Lanfranco, seriamente afectado, escribió al papa Alejandro II, su antiguo discípulo, presentando la renuncia, que no le fue aceptada.

Olvidados algunos datos históricos y por circunstancias de la evolución histórica, Inglaterra contaba en esta época con dos metropolitanos eclesiásticos de casi igual preponderancia, Canterbury y York. Y sólo después de largas conversaciones con Tomás, arzobispo de York, y gracias al apoyo del rey, el concilio de Winchester en 1072 fijó la sede primacial de toda Inglaterra en Canterbury. Esta unificación también tuvo ciertos efectos civiles para Lanfranco pues el arzobispo primado vino a ser, de este modo, el lugarteniente del rey, ya que fue costumbre de Guillermo, en sus múltiples viajes al continente, que el Primado de Canterbury lo reemplazase al frente del gobierno de la nación.

En el campo de las tareas pastorales no era trabajo fácil la reforma del clero en el siglo XI, empezando por los más cercanos a la casa del obispo y a los capítulos catedral. Éstos se componían, por aquel tiempo, especialmente en Inglaterra, de una comunidad de monjes con tendencias secularizantes. Lanfranco, aun previendo el disgusto de los ingleses, hizo venir de Bec y Caen a un grupo de monjes observantes que reemplazasen a los ingleses. Él mismo organizó su casa como un monasterio que él presidía como abad y arzobispo. En cuanto al resto del clero parroquial y popular no se atrevió a una seria reforma, especialmente en lo referente al celibato. Entre el pueblo, muchos pobres sacerdotes, no siempre bien instruidos y preparados, vivían maritalmente con sus concubinas. Lanfranco comenzó la reforma por las nuevas hornadas de diáconos y sacerdotes, a los que, mejor preparados, les fue exigiendo antes de la ordenación un voto o propósito expreso de guardar la castidad

y el celibato eclesiástico. Esta conducta entre moderada y poco estricta no fue del agrado del estricto Gregorio VII, que le criticó y reprendió en alguna carta. Los historiadores están de acuerdo en que, aunque en este punto Lanfranco pecó de excesiva comprensión, el cambio deseado, y la instrucción de los nuevos clérigos, permitió que, en no mucho tiempo, la mayor parte del clero aceptase y cumpliese lo establecido por la iglesia en materia de celibato.

El rey Guillermo murió el 9 de septiembre de 1087. Según su última voluntad, Lanfranco coronó como su sucesor a Guillermo II el Pelirrojo, el hijo segundo, al que los ingleses tenían en mucho aprecio. Pero en realidad el nuevo rey defraudó a todos, pues, cruel y tirano, comenzó por cargar sobre sus súbditos nuevos impuestos y gravámenes tributarios. Lanfranco, a sus 84 años, se presentó ante el rey para exhortarle con delicadeza y afecto a enmendar tales disposiciones, pero el rey lo tomó a mal y no quiso hacerle caso. Tuvo que volver a su sede con un gran disgusto que, unido a una grave disentería que padecía, le llevaría al sepulcro dos años más tarde, el 28 de mayo de 1089. Su cuerpo fue enterrado en la capilla de San Martín de la catedral de Canterbury que él había hecho reconstruir.

Lanfranco no ha sido nunca oficialmente beatificado, pero en Inglaterra se le dio siempre el título de «Beato» y el *Martirologio* antiguo y moderno lo incluyen como tal en sus respectivas y oficiales ediciones. Mayor culto recibió en Caen, donde era costumbre imponer a los niños su nombre en el bautismo, y sobre todo en Venecia, donde parte de sus reliquias llegaron tras el cisma anglicano.

Lanfranco fue sobre todo un buen profesor y un experto maestro. Fue también un hombre de acción como abad y sobre todo como arzobispo, cargos en los que puso de relieve sus dotes y cualidades como organizador. Sus escritos no son numerosos y no aportan mucho en el campo de la teología; en realidad sólo se le conoce por uno de sus tratados, escrito más en propia defensa que por otra cosa, y como ya se ha dicho, en él sólo expuso el sentir tradicional de la Iglesia acerca de la Eucaristía, sin más añadiduras. Tiene otros escritos comentando a San Pablo y a Casiano y una serie de notas y cartas. La mayor

parte de estos escritos están en relacion con las instrucciones y conferencias que dirigía a sus monjes. Se han perdido, al parecer, otros escritos suyos, como una *Historia eclesiastica, Vida de Guillermo el Conquistador* y un *Comentario sobre los salmos.*

Lanfranco, hombre de elevadas miras, singular energía y de variadísima capacidad en el campo de la enseñanza, fue ejemplo de juristas, religiosos y sobre todo en saber exponer como maestro y profesor la doctrina de la Iglesia. Su influjo como hombre de Estado y sobre todo como organizador eclesiástico es poco conocido y merecería que se estudiase mas a fondo su obra reformadora y los beneficios que con ello aportó a la Iglesia de Inglaterra y para la posteridad en las reformas monásticas posteriores.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BALDOT, J CHAUSSIN, L , OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , V Mai (Paris 1947) 557 561
GORDINI, G D , en *Bibliotheca sanctorum,* t VII, cols 1101 1106

BEATA MARGARITA POLE

Viuda y martir († 1541)

«Creo en la Iglesia, que es una. Esto, que manifestamos en la profesión de fe, tiene *su fundamento último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida* (1 Cor 1,11-13)», afirma el papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo millennio ineunte,* 48, escrita al concluir el Gran jubileo del año 2000 y comenzar un nuevo milenio. Y continúa afirmando:

> «Como Cuerpo suyo [de Cristo], en la unidad obtenida por los dones del Espíritu, [la Iglesia] es indivisible La realidad de la division se produce en el ambito de la historia, en las relaciones entre los hijos de la Iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo Cabeza en el Cuerpo mistico»

En este ámbito histórico de «fragilidad humana», en el que se produjo la división de la Iglesia con el llamado cisma anglicano, se situa la vida de la Beata Margarita Pole. O mejor, su exis-

tencia se inscribe entre la de aquellos que, por «acoger el don que fluye continuamente de Cristo», cabeza de la única e indivisible Iglesia, ofrecieron su vida, hasta entregarla en martirio, para evitar que la fractura histórica desfigurara en el tiempo el rostro de la única esposa del Señor.

Margarita, «la última Plantagenet», nació el 14 de agosto de 1473 en Castle Farley, cerca de Barth, en Wiltshire, y pertenecía a la vieja Casa Real inglesa. Era hija de Jorge Plantagenet, duque de Clarence —hermano de los reyes Eduardo IV y Ricardo III de Inglaterra—, y de Isabel Neville, hija mayor del conde Edmundo de Warwick, quien en 1499, bajo Enrique VII, pagó con su vida ser el último representante masculino de la línea de York.

Perdió la madre cuando contaba tres años de edad y aún no había cumplido cinco cuando falleció también el padre, por lo que debió ser educada junto a los hijos de su tío el rey Eduardo IV, en el palacio de Shene.

En 1491, a los 18 años, el entonces rey Enrique VII la prometió en matrimonio a Sir Richard Pole, cuya madre, Edith St. John, era medio hermana de la madre del rey, Margaret Beaufort, y él hombre de confianza suyo hasta el punto de haberle encargado el cuidado de su primogénito, Arturo. Se celebró la boda el 22 de septiembre de 1494. Pero Margarita quedó viuda muy pronto, en 1505, con no demasiados recursos económicos y con cinco hijos pequeños que cuidar: Enrique, futuro Lord Montague; Godofredo; Arturo; Reginaldo, nacido en 1500, que llegó a ser cardenal en 1536, legado pontificio en 1553 y finalmente arzobispo de Canterbury (1555-1558), y Úrsula, que se casaría con Enrique, Lord Stafford.

Al subir al trono el joven rey Enrique VIII, que consideraba a su tía Margarita Pole la mujer más santa de Inglaterra, le restableció la posesión de todos los derechos de la familia, que le habían sido confiscados en 1499 a causa de la condena a muerte de su hermano Eduardo y, revocando los derechos del príncipe Arturo, el fallecido hermano mayor del rey, la hizo condesa de Salisbury el 14 de octubre de 1513, dándole posesión de los antiguos dominios de esta casa. Fue también dama de la corte de la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, que, ca-

sada primero con el príncipe Arturo y viuda de éste, había contraído matrimonio con el hermano del prematuramente fallecido príncipe, el rey Enrique VIII.

Entonces los hijos de los reyes no solían crecer junto a sus padres, empleados en el gobierno y en los asuntos cortesanos; se les dotaba de una casa con buenos tutores y personas de servicio que cuidaban adecuadamente de ellos. Como prueba de afecto, en 1516 Enrique VIII y su esposa Catalina de Aragón confiaron a Margarita Pole la educación de su hija la princesa María —futura reina María Tudor—, de quien fue madrina de bautismo y de confirmación, y a quien ella cuidó como si fuera su propia hija. La condesa de Salisbury Margarita Pole, fue honrada con un lugar muy destacado en su casa, y era frecuente que la reina Catalina de Aragón se comunicase con su hija María a través de ella.

En las primeras décadas del siglo XVI, la Iglesia estaba viviendo en toda Europa, y especialmente en Alemania, una situación muy crítica. Precisamente entre 1513 y 1518, el joven doctor en teología y profesor de la Universidad de Wittemberg, Martín Lutero, que había sido ordenado sacerdote en 1507 y pertenecía a la Orden de San Agustín, se estaba planteando en sus clases la autoridad única de la Sagrada Escritura, el tema de la justificación y la cuestión de las indulgencias, concretadas en 95 tesis, que dio a conocer para ser discutidas en ambientes académicos. Aunque esto no tuvo lugar, su difusión por gran parte de Europa llegó también a Inglaterra, siendo enviadas en 1518 a Tomás Moro por su amigo Erasmo de Rotterdam, creando defensores y adversarios. Estaban en juego, en realidad, la autoridad del Papa, la eficacia de los sacramentos y la naturaleza de las indulgencias, que dividían a los cristianos tanto en el aspecto doctrinal como en las implicaciones políticas que estos temas conllevaban. Clarificadas las opiniones y posturas, en torno a 1530 la situación era muy tensa entre protestantes y católicos, y el emperador Carlos V de Alemania —rey Carlos I de España— estaba haciendo todo lo posible para evitar un verdadero cisma o división dentro de la Iglesia. En realidad se había ido deslizando el centro de gravedad de los problemas de fe a los de la estructura y formas de la Iglesia, adquiriendo clara versión

política lo que había empezado como una cuestión doctrinal para ser tratada en las aulas. La poca formación teológica del pueblo favoreció también que las decisiones de sus dirigentes políticos o religiosos fueran colectivamente asumidas.

Para defenderse del emperador católico que actuaba a favor del Papa, los príncipes protestantes constituyeron en 1531 la llamada «Liga de Esmalcalda», que no sólo unía a los alemanes rebeldes a Carlos V, sino que contaba con el apoyo de Francia, Dinamarca e Inglaterra, no siempre en buenas relaciones con la sede romana. Concretamente, ya desde el siglo XIV se habían suscitado algunas tensiones entre el Parlamento inglés y la autoridad del Papa, abriendo cauces de opinión hacia una Iglesia nacional, desvinculada de Roma. No obstante, a pesar del sentimiento antirromano existente, la separación de Inglaterra se debió más bien a una acción personal del rey Enrique VIII, que ejercía un dominio casi absoluto sobre sus súbditos.

Enrique VIII, que ostentó la corona de Inglaterra entre 1509 y 1547, al ser hijo segundo de Enrique VII había sido educado para la carrera eclesiástica, reservando la sucesión real para el príncipe Arturo, su hermano mayor. Pero la muerte prematura de éste había elevado al trono a Enrique, siendo aún muy joven de edad. Dada su preparación religiosa, pronto dictó algunas disposiciones para mejorar la formación teológica del clero y, decididamente opuesto a los seguidores de Martín Lutero, se colocó al lado del emperador Carlos V, sobrino de su esposa Catalina de Aragón, incitándole a que rompiese con el reformador. Incluso escribió la *Assertio Septem Sacramentorum,* obra en la que se oponía a la negación de los sacramentos hecha por los protestantes, y la dedicó al Papa «como signo de su fe y su amistad». En este libro afirmaba sin equívocos que «la Iglesia entera está sometida no solamente a Cristo, sino al único representante suyo, el papa de Roma». Todo ello le valió el título de *defensor fidei,* otorgado por el papa en 1521.

No obstante esto, su deseo de reforma de la Iglesia a veces respondía al propio interés, por lo que, para lograrla, parecía dispuesto incluso a prescindir del papado, igual que otros príncipes contemporáneos. Pero, a la altura de 1527, se había ido

sumando otro motivo particular que le alejaba de Roma: su asunto matrimonial.

Como ya hemos indicado, al poco de subir al trono, Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, tía del emperador Carlos V, después de que ésta enviudara del heredero inglés, Arturo, que falleció siendo muy joven. Para este matrimonio, Enrique había obtenido en 1503 dispensa del Papa del impedimento de afinidad, por haber sido ella mujer de su hermano mayor. Pero se había creado una situación difícil de resolver: de los cinco hijos de Enrique VIII y Catalina de Aragón, sólo sobrevivió María, confiada al cuidado de la condesa Margarita Pole, con lo cual la sucesión al trono comenzaba a plantearse como un verdadero problema, ya que en Inglaterra nunca habían gobernado las mujeres. A ello se añadió el enamoramiento del rey de Ana Bolena, dama de la corte, que podría procurarle un heredero varón.

Así las cosas, el rey pensó en la posible nulidad del matrimonio con su esposa Catalina de Aragón, alegando que la Escritura prohibía casarse con la mujer del hermano (Lev 18,16), lo cual invalidaría la dispensa papal de 1503. Sin embargo, no le inquietaba que también la Escritura ordenase el matrimonio levítico (Dt 25,5; Mt 22,24), y que asimismo estuviera emparentado con Ana Bolena, aunque ilegítimamente, por haber sido amante de una hermana suya.

Ante estos planes, que comenzaban a hacerse efectivos, Enrique encontró la oposición de la autoridad eclesiástica, y en 1527 el canciller y cardenal Wosley y el arzobispo de Canterbury William Warham (1503-1533) le citaron a juicio por vivir incestuosamente. Considerando que la instancia competente para decidir era Roma, enviaron allí un legado con este fin, obteniendo del papa Clemente VII (1523-1534), que entonces estaba en guerra con el emperador, la dispensa del parentesco ilegítimo con Ana Bolena, en el caso de que el matrimonio con Catalina de Aragón no fuera válido. Era un modo de zanjar la cuestión sin definirse con claridad, a la espera de que el rey abandonase su pretensión. Pero ante la insistencia de Enrique VIII, el Papa envió a Inglaterra en 1528 como legado suyo al cardenal Campeggio, quien, junto con el cardenal Wosley, ini-

ció un proceso en 1529. Catalina de Aragón no lo aceptó y apeló al Papa que, entretanto, había concertado la paz con el emperador. A instancias de éste, el papa Clemente VII suspendió los poderes de ambos cardenales y trasladó el proceso al fuero romano, con notorio desagrado del rey. El canciller y cardenal Wosley cayó en desgracia, y le sucedió como lord canciller el conocido humanista Tomás Moro, también adversario de tan enojoso asunto matrimonial, y que, no obstante, intentó algunas consultas y mediaciones para evitar la separación de la Iglesia de Inglaterra. Ante las instancias del rey, en 1531 el papa Clemente VII prohibió a Enrique VIII que celebrase un nuevo matrimonio hasta que no concluyera la investigación. Pero, dispuesto a continuar con sus planes, el rey cayó bajo la influencia de Tomás Cromwell, miembro del Parlamento y gran político, quien le aconsejó separarse de Roma, como habían hecho los príncipes alemanes.

En una asamblea general del clero, Enrique VIII consiguió una declaración de que él era la cabeza suprema de la Iglesia en Inglaterra, con lo que la pretendida Iglesia nacional y el humanismo de tendencia antirromana parecían confabularse para poner las bases hacia el cisma anglicano, modalidad local de la Reforma protestante en Europa.

Tras la muerte del anciano arzobispo de Canterbury William Warham, el rey nombró para sustituirle a Tomás Cranmer (1533-1555), quien, vinculado con el protestantismo alemán, había contraído matrimonio en secreto. En esta situación, el lord canciller Tomás Moro decidió retirarse para evitar ser cómplice del rey en su camino hacia el cisma, siendo sustituido por Audeley. Con ello, el gobierno espiritual y temporal —arzobispo primado, lord canciller— quedaba en manos de personas proclives al protestantismo, simpatizantes de la Liga de Esmalcalda y absolutamente fieles al rey.

En enero de 1533 el arzobispo Cranmer casó al rey con Ana, declarando después nulo el matrimonio con Catalina y válido el que acababa de celebrar. El 1 de julio fue coronada Ana Bolena y en septiembre nació Isabel, que habría de ser reina de Inglaterra. El papa declaró no válido el nuevo matrimonio, pero hasta 1534 no dio el dictamen final, que reconocía como único

legítimo el celebrado con Catalina de Aragón. La censura canónica de excomunión afectaba a Enrique VIII, Ana Bolena y al arzobispo Cranmer, con lo que el rey llevó a cabo la ruptura con Roma. El «Acta de supremacía» votada por el Parlamento inglés en noviembre de 1534 declaraba que el rey y sus sucesores eran la autoridad suprema de la Iglesia en Inglaterra, hecho que no encontró, en general, oposición en el clero, bastante sometido ya desde antes a la autoridad estatal, ni en el pueblo, con poca formación religiosa.

Muy pocos tuvieron la valentía de no aceptar el «Acta de supremacía», entre ellos el obispo Juan Fisher y el antiguo lord canciller Tomás Moro. Ambos fueron encarcelados y después cruelmente ejecutados. También se negaron a jurarla numerosos religiosos y varios monasterios, cuyos monjes —algunos centenares— corrieron la misma suerte de la prisión y el martirio. En el norte, hubo también un intento de rebelión campesina, la «peregrinación de gracia», que no se oponía al «Acta de supremacía», pero sí al modo de proceder de las autoridades civiles contra los monasterios, las imágenes sagradas y las reliquias.

La condesa Margarita Pole, siempre considerada como una mujer santa, de profunda y arraigada fe, con gran fortaleza y acostumbrada a sufrir, vivió esta tortuosa historia del rey valientemente cercana a Catalina de Aragón y a su hija María, desaprobando sin paliativos el matrimonio con Ana Bolena. Su sentido de Iglesia y su fidelidad al papa le impedían también aceptar la posible ruptura con Roma, aun reconociendo las evidentes limitaciones y necesidad de reformas en la vida eclesial. Además, su hijo Reginaldo Pole se manifestó con toda claridad en el mismo sentido, lo cual no la favorecía después a ella. Reginaldo era muy apreciado por Catalina de Aragón y lo había sido también por Enrique VIII, quien le había enviado a estudiar a Oxford y a Padua, de donde volvió a los 27 años con brillante reputación, ocupando después cargos eclesiásticos hasta llegar a ser arzobispo de York. Pero, tras una discusión con el rey, que en vano intentó ganarle para su causa, Reginaldo prefirió marcharse de Inglaterra.

Margarita pudo permanecer algún tiempo junto a María, que llevaba dos años separada de su madre. Pero cuando el rey orde-

nó a su hija que renunciara a su título de princesa y ella se negó, comenzó a temer que la condesa de Salisbury, vieja amiga y admiradora de Catalina, fortaleciera los propósitos de María de no someterse a los deseos de su padre, especialmente en lo concerniente al status de su madre y de ella. Por esto y, sobre todo, por su abierta oposición a la conducta de Enrique VIII en su matrimonio y frente al papa, Margarita no pudo evitar caer en desgracia y en 1533 el rey la exoneró del cuidado de su hija María y la obligó a abandonar la corte. María estaba viviendo en New Hall, en Essex, y en octubre una comisión del rey le quitó su casa, quedando poco después, en 1534, desposeída de todos sus bienes.

Margarita Pole había insistido en ayudar, incluso económicamente, a que María tuviera su propia independencia, como escribía Chapuys al Emperador el 16 de diciembre de 1533, expresando también el modo de ser de la condesa:

> «Una señora de virtud y de honor como no hay otra en Inglaterra se ha ofrecido a servir a la princesa a su propia costa, pero esto no ha sido aceptado para evitar que tuviera poder sobre ella».

María se vio obligada por su padre a integrarse en la casa de la nueva y «única» princesa de Inglaterra, su pequeña medio hermana Isabel, hija de Ana Bolena. Así empezó María, que permaneció siempre católica, sus días de absoluta miseria, considerada bastarda ante el nuevo y reconocido matrimonio del rey, y Margarita Pole, que nunca dejó de quererla y de rezar por ella y por su atormentada madre y su causa, tuvo que desaparecer del círculo de Enrique VIII. Para María, de 18 años de edad, fue muy duro verse tan relegada, pero lo fue todavía más haberla apartado de Margarita.

Reginaldo Pole se había alejado de Inglaterra, pero su madre estaba todavía al alcance del rey. Aunque la condesa de Salisbury no tenía ya contactos con María ni con Catalina, afectiva y espiritualmente estaba cercana a ellas, y había sido testigo de toda su historia, por lo que era considerada como una amenaza para él y su nueva línea de descendencia sin su hija María. Para evitar este peligro, en la primavera de 1536 Enrique VIII y Cromwell pidieron a Reginaldo Pole que regresara a Inglaterra, con la intención de persuadirle a que se pusiera de parte de ellos. Esperaban su retorno al menos para apoyar a su madre,

quien, a pesar de superar los 60 años de edad, había sido alejada de la casa real y privada de todos sus bienes.

Ese mismo año 1536, después de la caída de Ana Bolena, Margarita Pole fue incorporada de nuevo a la corte, pero sin llegar a conseguir el favor del rey. Es más, éste se enfureció fuertemente contra ella al saber que Reginaldo había sido llamado a Roma por el papa Pablo III y lo había elevado a la categoría de cardenal. Y se encolerizó más aún, cuando en 1540 le envió su tratado *Pro ecclesiasticae unitatis defensione* («En defensa de la unidad de la Iglesia»), como contestación a las preguntas que Cromwell y otros le habían hecho en nombre del rey. Además de responder teológicamente a las cuestiones formuladas, el libro era una abierta denuncia a la conducta de Enrique VIII. Éste puso el grito en el cielo, y pronto se hizo evidente que, no estando a su alcance el autor de la *defensio,* la ira real se cebaría en los rehenes presentes en Inglaterra, y ello a pesar de que la condesa y su hijo mayor habían escrito a Reginaldo reprobándole su modo de expresarse.

El hecho de que el cardenal Pole rehusara volver a Inglaterra y la anécdota de haber encontrado en la casa de su madre un escudo que entrelazaba el pensamiento, flor característica de la familia Pole, con una de las flores que usaba como símbolo María Tudor, desencadenó nuevamente la furia del rey, y el 3 de noviembre de 1538, dos de los hijos de Margarita Pole y algunos de sus familiares fueron arrestados con el cargo de alta traición, aunque Cromwell había escrito antes al rey diciendo que «apenas le habían ofendido, y que no tenían otro delito que ser parientes de sangre del cardenal». Fueron encarcelados en la Torre de Londres y en enero, excepto Godofredo Pole, brutalmente ejecutados.

Aunque Enrique VIII había dicho alguna vez de la condesa Margarita Pole que «la amaba y honraba como si fuera su propia abuela», el 13 de noviembre de 1538, diez días después que a sus hijos, ordenó arrestar a la venerable anciana en su casa de Warblington, junto a Havant, en Hampshire. Allí fue ampliamente interrogada en nombre del rey por el conde de Southampton, William Fitzwilliam, y por el obispo de Ely, Tomás Godrich. Al día siguiente escribían a Cromwell:

«Seguramente no se ha visto ni oido a mujer tan honrada, tan firme en su compostura y tan precisa lo mismo en sus gestos que en sus palabras, que se maravilla uno de verla En sus contestaciones y declaraciones así se ha comportado, con sinceridad pura y justa de su parte, de modo que nos ha convencido de que una de dos o sus hijos no la han hecho partícipe de sus pensamientos mas profundos, o ella es la traidora mas grande que jamas haya existido Ahora que le hemos quitado todo lo que tiene, y que le hemos comunicado el pensamiento del rey, como está arrestada, esperamos que pueda decir algo, al encontrarse desposeída»

A continuación, desde su casa de Warblington la llevaron prisionera a Cowdray Park, cerca de Midhurst, y la recluyeron en la casa del conde de Southampton, William Fitzwilliam, donde fue sometida a todo tipo de vejaciones. Dos días después, informaban a Cromwell:

«Hemos quitado todo a la Señora de Salisbury y la hemos llevado a Cowdray Y cuando pensabamos, como dijimos en la carta anterior, que al quitarle todo quizas confesara algo, tenemos que decir que, desde que llegamos aqui, despues de intentarlo de todos los modos posibles, no hemos conseguido nada [] Podemos llamarla un varon fuerte y firme, mas que una mujer Ante todos nuestros intentos, siempre se ha mostrado honrada, valerosa y correcta que mas no puede ser Tanto que pensamos que, a pesar de que hemos usado toda nuestra industria y diligencia para presionarla a que dijera mas y hemos empleado mucho tiempo sin conseguirlo, hemos decidido presentarnos al Rey y no trabajar mas de momento»

En Cowdray estuvo seis meses, sometida a las afrentas más grotescas. Mr. Gairdner la trató «con descortesía bárbara». El 12 de abril de 1539 Cromwell escribía al rey para decirle que no habían sido capaces de encontrar algo de qué acusarla, y que la condesa y su familia «no le han ofendido más que en ser parientes del cardenal». Ante esta dificultad, Cromwell consultó a los jueces si una persona acusada de traición podía ser condenada a muerte sin previo juicio o confesión. Esta propuesta tan sin sentido encontró rechazo incluso por parte de los más fieles a Enrique VIII. Le contestaron que sería un precedente peligroso, que ningún tribunal se avendría a un proceso tan ilegal, pero que la Corte del Parlamento era suprema y que su decisión se aceptaría como ley. Es el camino que se decidió seguir.

El *bill of attainder,* o «Acta de condena», no se presentó a los Lores hasta el 10 de mayo, para dar tiempo a añadir otros nom-

bres. Figuran en ella 16 personas, algunas de las cuales ya habían sido ejecutadas Las dos primeras lecturas se pasaron en un solo día, sin posibilidad de defensa ni examen de testigos, y en la tercera, Cromwell presentó una túnica de seda blanca, encontrada en uno de los cofres de la condesa, que llevaba bordadas las *cinco llagas,* signo que el rey pretendió hacer creer que la vinculaba con las revueltas del norte llamadas «peregrinación de gracia», por lo que «se había hecho acreedora de muerte por orden del Parlamento». Los otros cargos aducidos contra ella, a los cuales no le fue permitido responder, tenían que ver con que se le encontraron bulas del Papa, que había mantenido correspondencia con su hijo y que había prohibido a sus sirvientes tener el Nuevo Testamento y otros libros publicados por la autoridad real. Los Comunes se mostraron tan dispuestos como los Lores a aceptar esta condena, finalmente aprobada el 29 de junio de 1539. Este mismo día trasladaron a Margarita desde Cowdray a las prisiones de la Torre de Londres, para esperar allí la ejecución de la sentencia

Ante esta noticia, el cardenal Pole escribía el 22 de septiembre al cardenal Contarini:

> «He oido que a mi madre la han condenado por concilio publi co a morir, o mejor, a la vida eterna No solamente han condenado a una mujer de 70 años con la que el rey estaba muy relacionado y de la que él mismo habia dicho que no habia mujer mas santa en todo el reino Tambien ha condenado a su ahijado, el hijo de mi hermano, la unica esperanza de nuestra familia Mira hasta donde ha llegado esta tirania, que empezo con sacerdotes, siguio con nobles, destruyendo a los mejores, y al final ha alcanzado a las muje res y a los niños»

No la ejecutaron de momento, esperando que el rey la perdonara Pero sí padecio todo género de carencias y agravios durante los casi dos años que permaneció allí prisionera, teniendo que soportar, ademas, un clima muy severo con insuficiente vestido. Todo ello, digna y pacientemente soportado, la preparó, sin duda, para recibir la gracia del martirio

No hubo más proceso, ni posibilidad de defensa, ni otra sentencia que la dictada por el Parlamento hacía dos años Margarita Pole, última representante de la rama directa de los Plantagenet, fue decapitada en la mañana del 28 de mayo de

1541, cuando contaba casi 68 años de edad, en East Smithfield Green, en la Torre de Londres, cerca de las estancias donde estaba recluida.

Hay distintas versiones, que se complementan entre sí, de los últimos momentos de esta mujer ya anciana, frágil de salud y de baja estatura, aunque fuerte en su fe y siempre fiel a la Iglesia católica y a su conciencia, a pesar de los ultrajes y vejaciones que por ello tuvo que sufrir. Algunos la presentan resistiéndose a la injusticia que con su muerte se iba a cometer, y proclamando abiertamente su inocencia, como la balada contemporánea que pone estas palabras en boca de Margarita:

> «Los traidores encaminados al patíbulo tienen que morir; yo no soy una traidora, no. ¡Yo no! Mi fidelidad es patente, así que no marcharé hacia el tronco. No daré un paso, como veréis. ¡Cristo, en tu misericordia, sálvame!».

Otros dicen que se dirigió con toda dignidad y fortaleza desde su celda al lugar donde había de ser decapitada, diciendo solamente que no sabía por qué crimen se la estaba condenando.

No fue decapitada en un patíbulo, sino sobre un tronco de madera. Parece que, en ausencia del verdugo oficial, el joven encargado de cumplir la sentencia tuvo dificultades para manejar la pesada y dura hacha con que había de sacrificarla, y que, al haber fallado algunos golpes, endureció de modo terrible el ya crudelísimo martirio, ante el espanto del grupo de unas 120 personas que asistían al espectáculo, presidido por el alcalde mayor de Londres. Lo cierto es que Margarita Pole, condesa de Salisbury, murió decapitada de una manera brutal, pero sin perder la dignidad propia de su linaje y de su fe, y con lúcida conciencia de la verdadera causa que la había conducido a tan feroz martirio. Fue enterrada en la capilla de San Pedro ad Vincula, dentro de la Torre de Londres.

El embajador de Francia Marillac escribía al rey Francisco I el 29 de mayo:

> «Para empezar, un caso que más merece compasión que largas cartas. La condesa de Salisbury fue decapitada ayer por la mañana, hacia las 7, en una esquina de la Torre, en presencia de tan poca gente que hasta la tarde se dudó si había sido verdad. Era difícil de creer porque había estado en prisión mucho tiempo [...] La manera

de proceder en su caso parece indicar que tenían miedo de matarla públicamente y la ejecutaron en secreto»

Al llegar a oídos del cardenal Pole la historia de la muerte cruel y grotesca de su madre, con los terribles detalles que la acompañaron, comentó que «nunca temería llamarse hijo de una mártir» Y más tarde escribía al cardenal S. Marcellus que «si su propia muerte trajera como consecuencia la salvación del Rey, voluntariamente se ofrecería».

Cuando doce años después subió al trono María Tudor, la hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, sucediendo en 1553 a su medio hermano Eduardo VI, estaba decidida a restablecer el catolicismo en Inglaterra, para lo que solicitó la ayuda de su primo el cardenal Pole, quien fue enviado por el Papa como legado suyo con este fin Tardó algunos meses en llegar y, ya en Inglaterra, actuó con notoria prudencia y discreción, perdonando a quienes habían apoyado a Enrique VIII y promovido el cisma anglicano. El matrimonio de María en 1554 con el príncipe heredero de España —el futuro rey Felipe II— favoreció también la solemne readmisión de Inglaterra en la Iglesia católica el 30 de noviembre de ese mismo año 1554, vigorosamente propiciada por el cardenal. Pero, aunque el Parlamento aceptó la reconciliación con Roma, y aunque se persiguió duramente a los protestantes, el estado religioso del país no era favorable a este cambio, pues el pueblo estaba desorientado o indiferente ante tanta lucha y tanta violencia. La muerte temprana de María Tudor en 1558, y la del cardenal Pole con pocos días de diferencia, impidieron la consolidación del catolicismo. Su media hermana y sucesora Isabel I (1558-1603), aunque se había declarado católica durante el reinado de María Tudor, anuló pronto la restauración de la Iglesia católica en Inglaterra, afirmándose el anglicanismo a partir de la bula de excomunión *Regnans in excelsis,* de 25 de febrero de 1570, del papa Pío V. Así quedó consolidado un cisma que se prolonga hasta la actualidad.

«En esta perspectiva de renovado camino posjubilar —afirma Juan Pablo II en el citado numero 48 de la carta apostolica *Novo millennio ineunte*— se ha de cultivar el dialogo ecumenico con los hermanos y hermanas de la Comunion anglicana y de las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma La confrontacion teologica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colabora

ción en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro».

Este «ecumenismo de la santidad» es el que aporta hoy la destacada, valerosa y coherente mujer Margarita Pole, cuya memoria ha permanecido bien viva en Inglaterra y fuera de este país, acompañada siempre por su merecida fama de santidad y heroico martirio. Su retrato puede admirarse en la National Portrait Gallery de Londres.

El 2 de febrero de 1886 el papa León XIII beatificó, confirmando su culto, a un numeroso grupo de mártires ingleses, correspondientes todos al mismo momento histórico. Los primeros nombrados en el Decreto, *Passi sub Henrico Rege,* son: *Ioannes Fisher, Episcopus Roffensis, S.R.E. Cardinalis - Thomas More, Angliae Cancellarius - Margarita Pole, Comitissa Salisburiensis, Cardinalis Pole mater.*

La fiesta de la Beata Margarita Pole, mártir, se celebra el 28 de mayo.

M.ª Encarnación González Rodríguez

Bibliografía

The English Martyrs under Henry VIII and Elizabeth (1535-1583) (Londres 1887)

Hall, M, *Life of Reginald Pole* (Londres 1911).

Jordan, H. B., *Margaret Plantagenet. A novel* (Londres 1885)

Keogh, E. S., «The blessed Margaret Pole, Countess of Salisbury», en B. Camm (ed.), *Lives of the English Martyrs declared Blessed by Pope Leo XIII in 1886 and 1895.* I: *Martyrs under Henry VIII* (Londres 1904) 502-540.

Pierce, H, *The life, career and political significance of Margaret Pole, Countess of Salisbury, 1473-1541* (Bangor 1997).

— «Margaret Pole, 1473-1541. Loyalty, lineage and leadership», en *Great Britain History. Henry VIII, 1509-1547; Great Britain History. Henry VII, 1485-1509* y *Great Britain. History, politics and government, 1509-1547* (Cardiff 2003).

Tellechea Idigoras, J. I., *La legación del Cardenal R. Pole (1553-1554)* (Salamanca 2002).

BEATOS ANTONIO JULIÁN NOWOWIEJSKI Y COMPAÑEROS

Mártires (1939-1945)

Tal día como hoy del año 1941 en Dzaldowo, Polonia, recibía la corona del martirio el obispo Antonio Julián Nowowiejs-

ki. Su figura serviría para encabezar una gloriosa lista de mártires a quienes el papa Juan Pablo II colocó en el honor de los altares el día 13 de junio de 1999 en el curso de una de sus visitas apostólicas a su propio país. Fueron ciento ocho los mártires beatificados aquel día: 3 obispos, 52 sacerdotes diocesanos, 3 seminaristas, 26 religiosos sacerdotes y 7 hermanos profesos, 8 religiosas y 9 fieles seglares, los cuales en la persecución nazi contra el cristianismo durante la II Guerra Mundial habían sellado con el sacrificio de sus vidas su fe en Cristo y su entrega a la causa de la libertad y la dignidad del hombre. Es justo que en este *Año cristiano* dediquemos una extensa nota a contar el combate glorioso que estos atletas de la fe hubieron de luchar por Cristo, y hemos preferido hacerlo en este día en que el cabeza de lista de ellos dio su vida por Jesús. Cada mártir tiene al menos una biografía breve en el día de su martirio. Ahora queremos contar las circunstancias en que estos muchos martirios se produjeron.

La Iglesia de Polonia estaba llamada a soportar en el siglo XX nuevas y terribles pruebas, distintas de las que ya había sufrido en generaciones anteriores. Como las Iglesias de México o España, estaba llamada a cubrirse con la púrpura de la sangre de los mártires.

Polonia había perdido en el siglo XVIII su independencia y su unidad. Había sido repartida entre varias potencias, pero en no poca medida debido a su fe católica, había conservado la conciencia de su identidad, y ésta afloró en cuanto las circunstancias le fueron favorables. La oportunidad se produjo en la I Guerra Mundial (1914-1918). Los tres imperios europeos se vinieron abajo, y los tres emperadores, el uno católico (Austria), el otro ortodoxo (Rusia) y el otro protestante (Alemania), fueron depuestos y sus países evolucionaron a la forma republicana de Estado. Las fronteras del oeste se fijaron por el Tratado de Versalles (1918), las del este por el Tratado de Riga (1921) a causa de la victoria del Mariscal Pilsudski. Un plebiscito incorporó la Alta Silesia, y en 1923 los Aliados reconocieron las fronteras. El 17 de marzo de 1921 se aprueba la constitución de la nueva República de Polonia, y el país echa a andar de nuevo por la senda de la independencia. Luego de 123 años de someti-

miento parecía un sueño, y es natural que un nuevo florecimiento patriótico, cultural y religioso acompañara un evento tan notable. En 1925 el nuevo Estado hace un concordato con el papa Pío XI, y este concordato proporciona a la Iglesia un marco para su libre desenvolvimiento. Hombres eminentes ocupan las sedes episcopales polacas, y varios de ellos son adornados con la púrpura cardenalicia, tales como el cardenal Augusto José Hlond († 1948), arzobispo de Gniezno y Varsovia, primado de la nación, religioso salesiano y fundador de una congregación religiosa, que tiene abierta causa de beatificación en Roma, y el cardenal Sapieha, prelado de Cracovia. La Iglesia florece en multitud de obras apostólicas y benéficas. Parroquias, colegios, centros de estudios superiores, casas religiosas de las más diversas finalidades florecen por doquier. Se llenan los seminarios y los internados, crece el número de sacerdotes, religiosos y religiosas, las cuales llegan a ser 16.000. La vitalidad del laicado acompaña la vitalidad del clero y del estamento religioso.

Pero llega el 1 de septiembre de 1939. Gran Bretaña y Francia habían advertido a la Alemania nazi que el ataque a Polonia significaría la guerra. Pensó quizás el gobierno nazi que era una bravata y no hizo caso, y contra toda justicia el 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas emprenden la ocupación de Polonia, desencadenándose dos días más tarde la declaración de la II Guerra Mundial. Otra vez iba a perderse la independencia polaca, y otra vez la llamada al martirio iba a resonar en los ámbitos de la comunidad cristiana. En pocos días el Estado polaco fue barrido del mapa y el campo quedó abierto a las atrocidades que las tropas nazis quisieron ejecutar. El oeste fue ocupado por los alemanes y el este por los soviéticos bajo el pretexto de que había que frenar la marcha del ejército nazi.

Hoy no puede caber duda de que uno de los objetivos nazis en su ocupación de Polonia era acabar con la Iglesia católica, a la que veía como un fuego sagrado de patriotismo polaco incompatible con su propósito de dominación y explotación. Este plan para acabar con la Iglesia se vio claro en los 13 puntos promulgados por el gauleiter o gobernador nazi Arthur Greiser el 14 de marzo de 1940. Si la desaparición era la suerte que se sentenciaba para la Iglesia en los propios países germani-

cos, se la quería aún más rápida en los países ocupados, y para ello no se repararía en medio alguno. El clero era enemigo —así pensaban los nazis— de la deseada germanización de Polonia, especialmente de algunas de sus zonas, como Warthegau y Pomerania. El Nuncio, monseñor Cortesi, hubo de marcharse. El cardenal primado no fue autorizado a volver. Así los principales vínculos de la Iglesia con Roma quedaban debilitados y problematizados. Se procedió al arresto de numerosos eclesiásticos y se cerraron no menos de 1.300 iglesias e igualmente los seminarios y los colegios católicos. Según las noticias que había podido recoger la Santa Sede, en febrero de 1941 ya habían muerto tras su detención o habían sido asesinados un buen número de sacerdotes y religiosos y se contabilizaban unos 1.200 internados en campos de trabajo. Los intentos para que los dejaran salir hacia países neutrales fueron inútiles. Parroquias y parroquias se habían quedado ya sin sacerdotes. Por ejemplo en la archidiócesis primada de Gniezno estaban sin cura 173 de las 253 parroquias, y en la de Posnan 120 de las 371. Esto era a finales de 1940.

El decreto de declaración del martirio de estos testigos de la fe no duda en decir:

> «El nazismo en realidad era ateo, y gozando de un poder absoluto, se hizo enemigo de Dios y de los hombres Hostil a la Iglesia Catolica y a sus miembros, de muchos modos procuro anular su influencia, y unas veces con disimulo y otras abiertamente nego y violó los derechos humanos y cristianos Sobre todo en Polonia, todo el tiempo de la ocupación militar (1939-1945) se intento arrancar de raiz la presencia del cristianismo, oponiéndose a las instituciones eclesiasticas y persiguiendo a los obispos, sacerdotes, religiosos y seglares, considerados enemigos del nacionalsocialismo»

La persecución adoptó la forma de detención y prisión primeramente o prolongada en algunos casos, para terminar algunas veces en juicio y otras sin juicio alguno en lo que fue el principal instrumento de tortura y exterminio: el internamiento en los campos de concentración. Fueron sencillamente terribles, y como dijo un alto prelado sobre el campo de Dachau, «los que murieron en él fueron mártires, los que sobrevivieron son confesores». En Dachau hubo 2.794 sacerdotes y religiosos

presos, de los cuales 1.773 eran polacos. Y de los 1.034 que murieron allí, hasta 868 eran de Polonia. Los sacerdotes polacos fueron especialmente maltratados, y sometidos a toda clase de humillaciones. A los sacerdotes polacos se les pidió el 21 de septiembre de 1941 que se reconocieran alemanes y se les daría un mejor tratamiento. Ninguno aceptó. Si se hiciera una jerarquía del tratamiento que allí se recibía habría que decir que se trataba mejor a los presos alemanes, luego a los checos, luego a los de las otras nacionalidades de la Europa del oeste, luego a los polacos, luego a los criminales y por último a los sacerdotes polacos. Por ello no puede extrañar que fueran 868 los eclesiásticos polacos sacrificados allí durante la guerra.

Para la beatificación se ha seleccionado un plantel verdaderamente admirable de mártires, que al hecho mismo de su sacrificio unieron conductas heroicas, dignas por sí solas de un santo. Así el padre carmelita calzado Hilario Januszewski († 1945), cuando en febrero de 1945 hubo una terrible epidemia de tifus en el campo, se ofreció a irse al barracón de los enfermos para atenderlos pese al evidente peligro de contagio, que se produjo en efecto y terminó con su vida, siendo mártir de la caridad. El religioso corazonista José Zaplata († 1945) fue adrede al campo de Dachau para poder prestar sus servicios a los detenidos que estaban enfermos de tifus. Y lo mismo sucedió con la hermana dominica Julia Rodzinska († 1945). Mariana Biernacka se ofreció a morir en lugar de su nuera que estaba esperando un hijo. Igualmente el hermano Gregorio Franckowiak, de la Congregación del Verbo Divino, se ofreció para que otros quedaran libres. El seminarista Bronislao Kostkowski habría quedado libre si hubiera prometido dejar su aspiración al sacerdocio. Vladislao Miegon († 1942), capellán militar, no quiso abandonar a los soldados presos sino continuar a su lado para consolarlos y animarlos. Aquiles Puchala († 1943) y Hermán Stepien († 1943), sacerdotes ambos y franciscanos conventuales, fueron hechos prisioneros al negarse a abandonar a sus feligreses. José Kurzawa, un joven coadjutor, fue fusilado con su párroco al que se negó a abandonar. Las hermanas Eva Noiszewska y Marta Wolowska, de la Congregación de la Inmaculada Concepción, fueron sacrificadas por su apoyo y protección a niños judíos. Por la

misma causa la hermana Clemencia Satszewska, religiosa ursulina, fue llevada al campo de concentración de Auschwitz. El internamiento y muerte del padre José Pawlowski y del padre Miguel Piaszcynski se debió a su defensa de los judíos. Murieron estos mártires, algunos en las cámaras de gas, otros fusilados, otros ahorcados, otros guillotinados, y otros murieron a causa de las miserias y penalidades y enfermedades de su detención. Se ha distinguido así un doble grupo de mártires: el primero, que consta de 62, fue el de aquellos cuya muerte les fue infligida por los perseguidores de manera violenta e inmediata. Murieron bajo la tortura, como queda dicho, o la decapitación o el ahorcamiento, o la cámara de gas o el fusilamiento. El segundo grupo, que comprende 46, murieron también de forma brutal pero indirecta, a consecuencia de experimentos médicos, de torturas repetidas, de enfermedades contraídas y no tratadas médicamente o tratadas de forma inadecuada, de hambre y depauperación orgánica, de agotamiento por trabajos forzados, etc. Estas causas verdaderas de muerte han sido tradicionalmente admitidas como verdaderos instrumentos de martirio en la tradición de la Iglesia, cuyo *Martirologio* recoge numerosos mártires muertos in aerumnis carceris, es decir por las penalidades de su detención. Por esto no puede extrañar que el lugar principal de martirio de estos mártires haya sido algún campo de concentración, como Dachau, Auschwitz, Sachsenhausen, Dzialdowo o Stutthof. A estos campos de concentración o exterminio hay que unir las prisiones de Dresden, Berezwecz, Kalisz, Palmiry y Poznan, aparte otros sitios en que fueron muertos algunos dentro del territorio polaco.

En el curso de las investigaciones que han culminado en la beatificación ha quedado claro y evidente el espíritu martirial de estos testigos de la fe. Todos ellos fueron a los campos de concentración, a la cárcel, a la detención, a la muerte por su fe religiosa. Ninguno de ellos había dado motivo político alguno. Ninguno de ellos había realizado alguna acción que pudiera considerarse como una oposición política a las nuevas autoridades. Todos ellos se limitaron a seguir ejerciendo su ministerio sacerdotal, su cometido como religiosos o a vivir como cristianos en medio del mundo. Y todos ellos mostraron su paciencia

y mansedumbre ante la persecución o la muerte. Lejos de cualquier odio o cualquier violencia, todos ellos aceptaron los sufrimientos como forma de unirse más a Cristo, que era el centro de sus corazones. El entorno de los mártires captó la admirable paciencia de los mártires, su caridad, su celo por el bien de los demás, sus razones religiosas de fondo. Y por ello su fama de martirio les acompañó desde el primer momento.

La causa de beatificación de estos mártires no empezó ciertamente hasta 1992 pero, en realidad, su preparación empezó a raíz de la beatificación del obispo Miguel Kozal (muerto en Dachau el 26 de enero de 1943), beatificación efectuada por el papa Juan Pablo II en Varsovia el 14 de junio de 1987. El obispo de Wloclawek elevó consultas a la Congregación de las Causas de los Santos y a la Conferencia Episcopal Polaca. La plenaria de ésta el 1 de diciembre de 1989 aprobó la iniciación de la causa, que en 28 de febrero de 1991 quedaba encomendada al obispo de Wloclawek y se abrió el 26 de enero de 1992, incluyendo a 92 siervos de Dios, y se concluyó el 26 de enero de 1994. Pero durante el examen de la causa en la Congregación de la Causa algunos obispos y superiores mayores de congregaciones religiosas pidieron se añadieran los titulares de causas de beatificación individuales y así se llegó a los 108 mártires, a los cuales por fin se les dio el calificativo oficial de mártires el 26 de marzo de 1999. Las diócesis a que pertenecían los siervos de Dios eran Biastok, Czestochowa, Drohiczyn, Gdansk, Gniezno, Kalisz, Katowice, Kielce, Cracovia, Lublín, Lomza, Plock, Poznan, Radom, Sandomierz, Tarnow, Varsovia, Wloclawek, Zamosc y el Ordinariato militar, las órdenes y congregaciones religiosas a que pertenecían otros mártires eran: los hermanos del Sagrado Corazón de Jesús, los capuchinos, los carmelitas, la congregación de San Miguel Arcángel, los carmelitas descalzos, los dominicos, las hermanas dominicas, los franciscanos, los franciscanos conventuales, las esclavas de la Inmaculada Concepción, los padres marianos, los oblatos de María Inmaculada, los orioninos, los palotinos, las hermanas capuchinas, los salesianos, las hermanas escolásticas de Nuestra Señora, las hermanas de la Inmaculada Concepción, las hermanas de la Resurrección, la Sociedad del Verbo Divino, las ursulinas.

La beatificación no fue en Roma sino en Varsovia, ante una inmensa multitud. Fue un homenaje dignísimo el que ese día prestó, llena de emoción, la Iglesia polaca a estos hijos ilustres, teñidos en su sangre derramada por Cristo, y en realidad representantes de tantos más como murieron en aquella terrible circunstancia histórica de opresión y persecución. Una nueva iglesia en Lichen fue la ofrenda votiva de la Iglesia polaca por el Año Santo 2000, y ese nuevo lugar sagrado quedó como sitio especial para el recuerdo y la veneración de estos mártires. En su explanada tuvo lugar la beatificación, y en su interior la «Cámara de los mártires» los recuerda de forma muy concreta, teniendo a la Virgen María, figurada como la Pietá de Miguel Ángel, la Reina de los Mártires, como titular del Santuario.

Digamos algo, por fin, sobre el beato Antonio Julián Nowowiejski, el obispo que encabezó esta causa de beatificación por martirio. Nació en Lubienie, Polonia, el 11 de febrero de 1858, el día de la aparición de la Virgen de Lourdes. Estudió bachillerato en Radom y, al término del mismo, su familia se trasladó a Plock. Decidida su vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de esta ciudad en 1874, pasando en 1882 a Petersburgo, en cuya Academia de teología hizo los grados. Se ordenó sacerdote el 10 de julio de 1881. Destinado al seminario, fue profesor del mismo y luego vicerrector y rector. En 1902 fue nombrado vicario general. En 1908 la Santa Sede lo elige para obispo de Plock. Hizo una gran labor pastoral en la diócesis, logrando frutos abundantes de vida cristiana, reconocidos por el papa Pío XI que le dio en 1930 el título de arzobispo. Llegada la invasión alemana en septiembre de 1939, se negó a huir, permaneció en su puesto y continuó su labor pastoral. Su arresto se produjo el 28 de febrero de 1940. Estuvo un año recluido en Slupno, y el 8 de marzo de 1941 era llevado al campo de exterminio de Dzialdowo, donde recibió innumerables malos tratos y torturas que soportó con ánimo y mansedumbre evangélica. Su salud se resintió hasta el punto de no soportar tantas miserias y falleció de debilidad el 28 de mayo de 1941.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 91 (1999) 1180s, 92 (2000) 665s

KACZMAREK, T. - PITOSO, F., *Lights in the darkness, 1939-1945* (Polonia 2000).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Vladislaviensis et aliarum. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum ac Servarum Dei Antonii Iuliani Nowowiejski, archiepiscopi, Henrici Kaczorowski et Aniceti Kopliński, sacerdotum, Mariae Annae Biernackae, laicae, atque centum trium sociorum in odium fidei, ut fertur, annis 1939-1945, interfectorum.* Vols I-IV *Positio super martyrio* (Roma 1997)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERMÁN DE PARÍS

Obispo († 576)

Germán, que llegaría a ser famoso y celoso obispo de París, era natural de Autun en Borgoña, donde nació a comienzos del siglo VI, y se educó en Avallon. De estudiante estuvo a punto de perder la vida porque la madre de su primo Estatridio, su colega de estudios, quiso envenenarle a fin de obtener su fortuna. Pero fue el primo el que bebió el veneno, quedándole secuelas para toda la vida, aunque no murió.

Germán se preparó concienzudamente para el sacerdocio, que recibió de manos del obispo de Autun, Agripino. Profesó seguidamente como monje y el siguiente obispo, Nectario, lo nombró abad de San Sinforiano en la propia ciudad de Autun, abadía donde se seguía la regla monástica de Lérins. Se mostró como tal abad hábil administrador de los bienes del monasterio y fiel impulsor del cumplimiento de la regla.

Conquistada ya Borgoña por los francos, Germán fue invitado al concilio de París del 556, al que acudieron obispos de los dos reinos, el de Clodoveo y el de Childeberto. Y allí acordaron que había que deponer al obispo parisiense. Éste reconoció la falta de que se le acusaba (¿oposición al rey?) y, hecha la dimisión, se marchó a un monasterio.Y entonces se resolvió el nombramiento de Germán como nuevo obispo, que fue seguidamente consagrado.

Como obispo estuvo siempre en su sitio. Tuvo primero el apoyo del rey Childeberto para aliviar la suerte de los pobres y para la edificación de varias iglesias, entre ellas la catedral. Pero

del siguiente rey hubo de padecer no poco. Fue incansable en su afán por frenar la contienda civil y por poner fin a los vicios de la corte, aunque tuvo poco éxito. Santa Radegunda acudió a él cuando ya no le fue posible seguir aguantando las brutalidades de su esposo el rey Clotario I. Rigió su diócesis con sabiduría y fomentó con gran devoción el culto a los santos. Fundó el monasterio que llevaría su nombre, San Germán de los Prados, y que se haría famoso. Tuvo fama de hacer milagros, fama enmarcada en su continuo afán por socorrer a los pobres, para quienes todo le parecía poco. Murió en París el 28 de mayo del año 576.

SANTA UBALDESCA

Virgen († 1206)

Ubaldesca era natural de Calcinaia, en el Valdarno inferior, Italia, donde nació en 1136. No tenía más que quince años cuando decidió servir a Dios en la persona de los enfermos del Hospital de San Juan, de Pisa, regentado por la Orden de San Juan de Jerusalén. En él las personas cosagradas al servicio de los enfermos observaban la regla de San Agustín.

Prestó su servicio con tanta entrega, amor y ternura que se hizo notable a los pisanos, los cuales empezaron a apreciarla y a acudir a ella en sus necesidades, especialmente en las enfermedades. Se corrió la voz de que la santa enfermera Ubaldesca hacía milagros con el agua de un pozo del hospital. Usaba de todos modos su influencia para atraer a la gente a Dios y a su servicio.

Perseveró toda su vida en el servicio a los enfermos hasta su muerte el 28 de mayo de 1206, luego de cincuenta y cinco años de servirlos. El culto de Ubaldesca no ha sido confirmado por la Santa Sede, pero se le viene dando desde su muerte por parte de la Orden sanjuanista y del pueblo de Dios en Pisa. Su nombre figura en el *Martirologio romano.*

BEATO HERCULANO DE PIEGALE

Presbítero († 1451)

En la italiana región de la Umbría, y en el pueblo de Piegale, nace Herculano el año 1390 en el seno de una acomodada familia. Pero desde muy joven le atrae la vida religiosa y por ello abandonó su casa y familia para ingresar en la Orden de Menores. Lo hizo en el convento de Sartiano y se ocupó de su formación el Beato Alberto Bertini. Profesó la regla, hizo los estudios y se ordenó sacerdote.

Fue un celoso predicador de la palabra divina al tiempo que un alma de intensa oración y vida austerísima, que predicaba tanto con el ejemplo que más atraía de él su persona que su palabra, bien que numerosos fieles, multitudes a veces, acudían a escucharle y a confesarse con él para obtener el perdón de sus pecados. Era tema predilecto suyo la pasión de Cristo.

Cuando en 1429 su maestro fray Alberto es nombrado legado pontificio en Tierra Santa, es designado Herculano para acompañarlo y así lo hace, no perdiendo oportunidad de evangelizar tanto en Palestina como en Egipto.

Vuelto a Italia reanuda su predicación y estaba en Lucca en la Cuaresma de 1430 cuando la ciudad fue asediada por las tropas florentinas, padeciendo mucho la población en el cerco. Herculano fue un ángel de consuelo y fortaleza y predijo la liberación, que en efecto se produjo con la llegada de tropas milanesas en auxilio de Lucca. Esta ciudad lo aclamó como su valedor.

Seguirá después de esto predicando y funda de paso varios conventos de su Orden en Toscana, hasta que decide poner su residencia en el de Castelnuovo, donde le llegaría la entrada en la gloria el 28 de mayo de 1451. Pío IX confirmó su culto el 19 de marzo de 1860.

BEATA MARÍA BARTOLOMEA BAGNESI

Virgen († 1577)

Fue una niña débil y enfermiza desde su nacimiento en Florencia el 15 de agosto de 1514. Tenía 17 años cuando se quedó huérfana de madre y hubo de hacerse cargo de su casa. Quiso

su padre casarla pero ella prefería consagrarse al Señor. Ante la insistencia de su padre enfermó y la boda se deshizo, padeciendo ella seguidamente una penosa enfermedad que se prolongó toda su vida.

Hizo de la enfermedad un medio de santificación. Tomó como director espiritual al P. Agustín Campi, se hizo terciaria dominica e hizo voto privado de castidad. Su humildad, paciencia, mortificación y caridad servían a todos de ejemplo y testimonio y desde su lecho de enferma comenzó a hacer mucho bien espiritual a todos cuantos la visitaban y trataban.

Pero en medio de su fama de santidad le vinieron también críticas y malentendidos, que ella soportó con gran humildad y mansedumbre, dejando su causa en las manos del Señor. Murió santamente el 28 de mayo de 1577. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 11 de julio de 1804.

BEATO TOMÁS FORD, JUAN SHERT Y ROBERTO JOHNSON

Mártires († 1582)

En Londres, el día 28 de mayo de 1582, fueron ahorcados y descuartizados tres sacerdotes católicos que, aunque bastaba para ser condenados su condición sacerdotal, fueron además acusados de conspiración contra la vida de la reina Isabel I.

El primero de ellos era TOMAS FORD, natural de Devon, y que había estudiado en Oxford y llegó a ser *fellow* del Trinity College. Convencido de la verdad católica, marchó a Douai y entró en el Colegio Inglés, donde se ordenó sacerdote y volvió en 1576 a Inglaterra. Pudo aquí trabajar apostólicamente hasta 1581 en que fue arrestado en Lyford Grange, Berkshire, y llevado a la Torre de Londres, donde fue torturado cruelmente para que dijera los nombres y el escondite de los otros sacerdotes, aunque no dijo nada. Quienes le acusaron de conspirador jamás lo habían visto, y por ello él insistió en que el motivo de su muerte era su fe católica. Reconoció a la Reina como su soberana y añadió que jamás la había ofendido en nada.

El segundo era JUAN SHERT, nativo del Cheshire y que igualmente había estudiado en Oxford en el Colegio Brasenose. Ter-

minados los estudios, se colocó como maestro de escuela en la capital inglesa hasta que marchó a Douai, donde comenzó el 9 de enero de 1576 los estudios, que terminó en Roma, donde se ordenó sacerdote en 1578. Vuelve en 1579 a Inglaterra como primer alumno del seminario romano que volvía a su país y pudo trabajar en el Cheshire y luego en Londres hasta que fue arrestado el 14 de julio de 1581. Fue juzgado como participante en una conjura contra la Reina y condenado como traidor sin prueba alguna. Hubo de asistir al martirio de Tomás Ford, y cuando lo descuartizaban gritó: «Bendita alma, ya eres feliz, ruega por mí». Le dijeron entonces que podría salvarse si reconocía a la Reina como cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Y él respondió: «Ni lo es ni puede serlo. Lo es el papa». Seguidamente fue martirizado.

El tercero es ROBERTO JOHNSON, natural de Shropshire. Primero trabajó como criado de una familia pero luego decidió irse al Continente a finales de 1569. Entró en el colegio teutónico romano en 1572 para estudiar para el sacerdocio, pasando en 1574 a Douai y ordenándose en abril de 1576. Vuelve a Inglaterra donde trabaja apostólicamente, va en peregrinación a Roma en 1579 y regresa a su país y puede misionar hasta el verano de 1580 en que es detenido, llevado a la Torre de Londres y torturado varias veces bajo la acusación de estar implicado en una conjura contra la Reina, siendo condenado a muerte en otoño de 1581. Cuando le pusieron la soga al cuello, él rezaba en latín y el verdugo le dijo que rezara en inglés. Él contestó: «Rezo en una lengua que entiendo perfectamente». Seguidamente él fue ahorcado y luego descuartizado.

Estos mártires fueron beatificados el 29 de diciembre de 1886.

SAN PABLO HANH

Mártir († 1859)

He aquí a un hombre de vida poco limpia pero que, puesto en el trance de negar su fe cristiana, prefirió la muerte a la apostasía y lavó con su sangre sus faltas anteriores.

Había nacido en Cho-Quang, Vietnam, el año 1826 en una familia de tradición cristiana que lo bautizó de niño y lo educó en la fe. Llegado a la juventud comenzó a ejercer con sus hermanos el comercio, pero esto no era sino la cobertura de una verdadera banda organizada de ladrones. Saquearon en una ocasión la casa de una mujer, de la que le dio pena a Pablo y como tal jefe de la banda mandó a sus compañeros devolverle lo robado. Se le rebelaron sus cómplices y para vengarse de él lo acusaron de estar en trato secreto con los franceses y fue arrestado.

Ante las autoridades pudo probar que la acusación era falsa, pero en el curso del interrogatorio le preguntaron si era cristiano y dijo que sí. Entonces le dijeron que estaba prohibido ser cristiano y tenía que apostatar. Él dijo que no pensaba hacerlo. Lo torturaron para que lo hiciera, pero se mantuvo firme, y entonces, en cumplimiento de la ley, fue condenado a muerte y decapitado el 28 de mayo de 1859.

Este nuevo buen ladrón fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO LADISLAO DEMSKI

Presbítero y mártir († 1940)

De familia polaca, nace en Sztum, Prusia, en 1884. Tras hacer los estudios eclesiásticos se ordena sacerdote en Frombork el 6 de febrero de 1910. Quedó dedicado a la atención pastoral de los polacos de su zona. Cuando ésta queda integrada en Alemania, él marcha a Polonia y se emplea como profesor en la diócesis de Gniezno. Hizo los estudios de filosofía y letras en Poznan, y a continuación pudo dar clases de lenguas clásicas. Como profesor fue un verdadero apóstol, y al lado de su enseñanza ejercía con gran celo su ministerio sacerdotal.

Tras empezar la guerra mundial, se encargó de la parroquia de la Santísima Virgen, pero el 2 de noviembre de 1939 fue arrestado y enviado al campo de concentración de Stutthof, de donde pasa al de Sachsenhausen en abril de 1940. Quiso evitar la profanación de un rosario y por ello fue torturado hasta el extremo que murió de resultas el 28 de mayo de 1940. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

29 de mayo

A) Martirologio

1 En Antioquia de Siria, San Hesiquio († 303), martir
2 En Trier (Galia Belgica), San Maximino († 347), obispo *
3 En el Valle de Anania, junto a Trento, los santos Sisinio, diacono, Martirio, lector, y Alejandro, ostiario († 397), martires
4 En Ravena (Flaminia), San Exuperancio († 477), obispo
5 En Milan (Liguria), San Senador († 480), presbitero
6 En Mâcon (Borgoña), San Gerardo († 1138), obispo
7 En Pisa (Toscana), Santa Bona († 1207), virgen *
8 En Avignonet, junto a Toulouse, los beatos Guillermo Arnaud y sus compañeros Bernardo de Roquefort, Garcia d'Aure, Esteban de Saint-Thierry, Raymundo Carbonier, Raymundo de Cortusan, llamado Escribano, que era canonigo, Bernardo, Pedro d'Arnaud, Fortanerio y Ademaro, clerigos, y el Prior de Avignon, cuyo nombre se ignora († 1242), martires **
9 En Pisa (Toscana), Beata Gerardesca († 1269), viuda *
10 En York (Inglaterra), Beato Ricardo Thirkeld († 1583), presbitero y martir *
11 En el poblado Roma, entre los basutos del Africa Austral, Beato Jose Gerard († 1914), presbitero, de la Congregacion de Oblatos de Maria Inmaculada **
12 En Roma, Santa Ursula Ledochowska († 1939), virgen, fundadora del Instituto de Ursulinas del Corazon de Jesus Agonizante **

B) Biografias extensas

BEATOS MÁRTIRES DE AVIGNONET
(Guillermo Arnaud, Bernardo de Roquefort, García d'Aure, Esteban de Saint-Thierry, Raymundo Carbonier, Raymundo de Cortusan, Bernardo, Pedro d'Arnaud, Fortanerio, Ademaro, y el Prior de Avignon)
Martires († 1242)

Los once mártires de Avignonet, pequeña ciudad junto a Tolosa en la Francia meridional, dieron su vida por la fe de Cristo y por su obediencia filial a la Iglesia, a manos de los herejes, el 29 de mayo de 1242, Vigilia de la Ascension del Señor En la noche se escuchaban sus voces unánimes, cantando el himno *Te Deum* en accion de gracias, mientras las espadas de los verdugos tronchaban sus cabezas.

Su memoria y sus once nombres figuran en el *Martirologio romano* actual (2001) el día de su natalicio, el 29 de mayo. Son los siguientes: Guillermo Arnaud, de la Orden de Santo Domingo; Bernardo de Rocafort, también dominico; García d'Aure, converso de la misma Orden; Esteban de Saint-Thierry, abad que pasó a la Orden de los Menores, Raimundo Carbonier, de la Orden de los Menores; Raimundo Cortisan, llamado «el Escribano», canónigo de Tolosa y arcediano de Lézat; Bernardo, clérigo de la catedral de Tolosa; Pedro Arnaud, notario de la Inquisición; Fortanerio, clérigo cursor de la Inquisición; Ademaro, clérigo cursor de la Inquisición, y el Prior de Avignonet, monje, cuyo nombre desconocemos.

Pero ¿cuáles fueron las circunstancias de su vida y misión y cuáles las causas inmediatas de su martirio?

Hay que remontarse al siglo XIII para evocar aquella Edad Media de contrastes, enorme y delicada, concretamente en los pontificados de Inocencio III (1198-1216), Honorio III (1216-1227) y Gregorio IX (1227-1241); en el ambiente caballeresco de las Cruzadas y en el nacimiento de las nuevas órdenes religiosas, los mendicantes de Santo Domingo y San Francisco, las herejías y la Inquisición.

La historia de la Iglesia se teje, en gran parte, por la vida y la muerte de las herejías. Desde el siglo V en Occidente, pasadas las crisis de las grandes desviaciones cristológicas y trinitarias, no hubo herejías notables hasta que fueron brotando nuevos movimientos populares, bien intencionados en los comienzos, que poco a poco se convirtieron en enclaves antieclesiales. Fueron los que provocaron la creación de mecanismos represivos, cuyos efectos constituyen los rasgos más tristes y deplorables de esta época; tan brillante, por otra parte, que alza las catedrales y la *Suma teológica* y que presenta florecientes y nuevos modelos de santidad, en constelación.

El ideal común de la Iglesia, sobre todo después de la reforma gregoriana, era el retorno a la vida apostólica, a la sencillez y pobreza de la primitiva comunidad cristiana.

Es lo que predicaban los santos, frente a los escándalos y la prepotencia de algunos señores y algunos clérigos, que humillaban al pueblo.

Pero no faltaban entre los predicadores ambulantes algunos exaltados que se fueron separando progresivamente de la autoridad religiosa, hasta oponerse frontalmente a la doctrina sana y a la moral cristiana. Rebrotaron las herejías.

En Lyón, por ejemplo, el mercader Pedro Valdés comenzaría a predicar el evangelio puro y simple en 1175, pero ni él ni sus discípulos fueron obedientes al Papa y a los obispos, sino que consumaron el cisma, los «valdenses». Entre otras cosas, consideraban que el ministerio sagrado no podía confiarse más que a los laicos piadosos, hombres o mujeres, excluyendo al clero oficial, como y por poseedor de bienes materiales.

En el polo opuesto, San Francisco, «il Poverello», veneraba a los ministros de Dios y con «el evangelio sin glosas» como regla única, reformaba la Iglesia, al estilo de los santos, desde dentro de ella.

El movimiento de mayor extensión e influencia fue el de los cátaros o puros y perfectos. Predicaban la existencia del Dios bueno, creador de los espíritus, pero no del mundo visible, que procede del mal. Condenaban, por ello, la materia y el matrimonio. Negaban la redención de todo el hombre, excluyendo su cuerpo. Formaban una verdadera anti-Iglesia y se difundieron desde Bélgica, por Alemania y Francia, principalmente en el Languedoc y Aquitania.

Uno de los focos principales estaba en el Condado de Tolosa y en las ciudades de Carcasona, Agen y Albi, de donde también se les llamaba «albigenses», aunque este nombre comprende varios grupos de herejes.

En un rico paisaje de bosques y viñedos, la ciudad medieval de Albi se asoma al río Tarn que da nombre a la provincia del centro en la región francesa del Midi Pyrénées. Allí se dice que cuando el río baja de color rojo, es que viene teñido de la sangre de los cátaros. Y es que estos herejes, partidarios de la austeridad eclesial y del igualitarismo, tuvieron en Albi su fuerte y fueron casi arrasados por la alianza de la Iglesia y la realeza en la Cruzada que contra los albigenses había capitaneado Simón de Monfort y el mismo Luis IX (San Luis).

Más adelante, después de los trágicos episodios de nuestros mártires, de la represión y del suicidio colectivo de los rebeldes

que se refugiaron tras los muros de la gran fortaleza de Montségur (16 de marzo de 1244), para afirmar el triunfo de la ortodoxia, comenzó la construcción de la hermosa catedral de Santa Cecilia de Albi. En el interior, bajo el órgano, un inmenso fresco representa el juicio final y advierte, con lujo de detalles, de los tormentos que aguardan a los pecadores.

Entre estos herejes ejerció su ministerio Santo Domingo y ellos fueron la ocasión que le movió a fundar la Orden de los Dominicos, o de Predicadores, para convertirlos por el ejemplo y la doctrina.

El 22 de abril de 1234, el papa Gregorio IX designó a Guillermo Arnaud como primer inquisidor en la diócesis de Tolosa, Albi, Carcasona y Agen. Era un fervoroso dominico oriundo de Montpellier que, después de profesar en Tolosa, se había convertido en el brazo derecho del famoso inquisidor Pedro Seila, compañero de Santo Domingo.

La Inquisición —de la palabra inquirir, averiguar— la formaban tribunales eclesiásticos establecidos para reprimir «delitos» contra la fe cristiana. Ya el derecho romano cristiano había establecido penas para algunos de esos delitos. Era un precedente. Pero fue en el siglo XII cuando aparecieron tribunales específicos en este campo.

La reacción popular contra los desmanes de algunos herejes fue aprovechada en ocasiones por gobernantes y acogida por concilios y Papas para reprimir con penas materiales ese tipo de faltas que las leyes consideraban como un crimen.

Gregorio IX se encontró con un decreto imperial dado en la Dieta de Rávena (año 1231) que declaraba a la herejía «crimen de Estado o de lesa Majestad» y aplicaba la pena de muerte en la hoguera para los que no se arrepintieran. Si el culpable se arrepentía, se quemaba su cadáver.

Sólo el tribunal eclesiástico podía decidir la existencia del delito, tras un examen de expertos. Hallado el culpable y probado el delito, se hacía la entrega al brazo secular, que era el único capacitado para ejecutar la sentencia.

La leyenda negra de algunos historiadores ha exagerado notablemente lo que hizo la Inquisición y ha confundido sin discernimiento lo que era propio de la acción de la Iglesia y lo que

practicaba la autoridad civil. Hoy se ha hecho un juicio más sereno y objetivo. En todo caso el hecho y el principio de castigar con penas físicas los delitos contra la fe, es una desviación deplorable.

Guillermo puso manos a la obra con un celo indiscreto y un ardor excesivo. Llegó a hacer desenterrar los cadáveres de los herejes para entregarlos a las llamas. Y esta actitud le creó serias dificultades.

El conde de Tolosa, Raimundo VII, pidió al Papa que moderase tanto rigor y prohibió a sus súbditos toda relación con fray Guillermo y los inquisidores, sus compañeros. Colocó guardias a las puertas de los conventos para que no pudieran recibir provisión alguna.

Por esta razón, el 15 de noviembre de 1225, fueron expulsados de la ciudad todos los dominicos, que se fueron alejando procesionalmente, cantando himnos sagrados.

Sólo pudieron regresar a su residencia al año siguiente. Pero, entretanto, el odio popular contra los inquisidores seguía creciendo y provocando tumultos. El gobernador de Avignonet, poblado a pocos kilómetros de Tolosa, simulando amistad y propósito de conciliación, invitó a su castillo a Guillermo con sus diez compañeros. Los encerró dolosamente en un gran salón y, por la noche, los hizo degollar. La crueldad de los sicarios se cebó especialmente en Guillermo, a quien le cortaron la lengua.

En el grupo de los once mártires hay algunos dominicos y franciscanos, canónigos y clérigos de la catedral, escribanos y cursores del tribunal.

Guillermo Arnaud y García d'Aure fueron objeto de veneración inmediatamente y sepultados en la iglesia de San Román de su monasterio de Tolosa. En 1383 fueron colocados honoríficamente en la capilla de San Nicolás de la misma iglesia y se celebraba todos los años su memoria junto con la de su compañero Bernardo de Rocafort. En la Revolución Francesa fue destruida su tumba.

Los franciscanos, Esteban de Saint-Thierry y Raimundo Carbonier, fueron sepultados en sendas tumbas, con epitafio, de la iglesia de su Orden, en Tolosa. En 1619 se realizó el reconocimiento de sus cuerpos.

El archidiácono de Lézat y su clérigo, Bernardo, fueron inhumados en el claustro de la catedral de San Esteban de Tolosa, junto al muro de la iglesia. El cabildo hizo un reconocimiento de sus restos en 1647 y los trasladó al interior de la misma catedral, a la capilla de San Alejo, hoy de San Pablo.

El 30 de septiembre de 1809, el arzobispo de Tolosa, primero constitucional y después concordatario, hizo retirar de la iglesia de Avignonet un cuadro que representaba a los once inquisidores mártires con aureola. Repuesto más tarde, desapareció en 1861.

En el museo de San Marcos de Florencia existe un bellísimo retrato de Bernardo de Rocafort atribuido a Fra Angélico, como detalle pormenor de una crucifixión (siglo XV).

El proceso de estos mártires, o al menos la aprobación del culto, iniciado por el dominico tolosano Parcin en 1700, fue avanzando lentamente y en 1866, el 1 de septiembre, el Beato Pío IX lo autorizó.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

BERTUCCI, S. M., «Avignonet, Martiri di», en *Bibliotheca sanctorum,* t. II, cols. 647-649.
GABELLI, G., *Histoire des comtes de Toulouse* (Tolosa 1623).
MASSON, H., *Manual de herejías* (Madrid 1989).

BEATO JOSÉ GERARD

Presbítero († 1914)

Nació el 12 de marzo de 1831 en Bouxières-aux-Chênes, próximo a Nancy, en la Lorena francesa, hijo de Juan Gérard y Ursula Stofflet, primogénito de cinco hermanos, una pobre familia de campesinos entregada al trabajo de sus viñedos. Sus progenitores, de fe profunda y señalada piedad, acuden en diversas ocasiones en peregrinación al santuario de Nuestra Señora del Buen Socorro de Nancy. Fue alumno de la escuela comunal que dirigían las Hermanas de la Doctrina Cristiana. El párroco local l'abbé Cayens, que había misionado en Argelia, le preparó para la primera Comunión (1842), y viendo en él sus grandes cualidades y su posible vocación le enseñó latín, prepa-

rándole para entrar en el Seminario menor de Pont-à-Mousson en 1844, de donde pasó cinco años más tarde al Seminario mayor de Nancy. La predicación de los Padres Oblatos de María Inmaculada fundados por San Eugenio de Mazenod, obispo de Marsella, que trabajaban como misioneros en Canadá, le permitió conocer este apostolado y sentirse vocacionado a participar en la misión. Fue un duro golpe para sus padres, pues la perspectiva de la separación definitiva hacía más difícil la prueba. Obtenido el consentimiento paterno, ingresó en el noviciado oblato de Nuestra Señora de l'Osier (Grenoble), profesando el 10 de mayo de 1852:

> «Dios mio, sólo os pido una cosa, concededme el espíritu de sacrificio que es el espiritu del verdadero oblato de Maria Inmaculada [] Que sea humilde, mortificado, caritativo»

Era bien visible para sus superiores que la gracia actuaba en él y le dirigía. La profunda humildad le granjeaba el respeto de todos, aumentando su piedad de día en día· «Verle rezando en la iglesia conduce a Dios». Con estas virtudes llegará a ser un apóstol capaz de grandes sacrificios. Concluido el noviciado marchó a Marsella para continuar su formación bajo la dirección del Padre Enrique Tempier, primer compañero del santo fundador. Dotado de singulares dotes naturales y muy devoto de María, se granjeó el afecto de todos por su gran simpatía. El propio San Eugenio de Mazenod, superior general, le ordenó de diácono el 3 de abril de 1853, siendo destinado al mes siguiente a la nueva misión de Natal (Sudáfrica).

Los vientos contrarios llevaron el barco a Río de Janeiro en vez de bordear la costa africana, recalando después en la isla Mauricio, donde permaneció dos meses antes de poder llegar a su destino. Allí conoció al Beato Jacobo Desiderio Laval, misionero de la Congregación de Padres del Espíritu Santo, quien le adoctrinó con un método eficaz para su misión apostólica que no olvidará nunca En enero de 1854 partió, finalmente, hacia Ciudad del Cabo, donde arribó el 21 de enero, junto con dos compañeros. El 19 de febrero recibio la ordenación sacerdotal de manos de mons. Allard, dedicándose al aprendizaje del inglés y de la lengua zulú con gran facilidad. Su primera misión fue San Miguel de Zulúes (1855-1856), en una población exclu-

sivamente de negros felices de su manera de vivir, fieros, polígamos y supersticiosos. Ése era el panorama que encontró el nuevo apostol de Cristo.

No hubo conversiones y todo esfuerzo parecía estéril. Realmente existen pocos ejemplos de una parecida infructuosidad misionera. Ante esta dura experiencia mons. Allard le ordena el regreso, aunque su corazón espera volver pronto y comenzar de nuevo la misión con más ardor: «Los momentos en que tuvimos que sufrir han sido los más hermosos». En 1858 retorna a San Miguel, construye una capilla que fue bendecida al año siguiente, aunque persisten los nulos resultados, dedicando ocho años a la evangelización de los zulúes.

Entre 1861 y 1862 participó en dos expediciones apostólicas, una, a lo largo de la ribera del río Umzinkulu, y la otra, en el Estado Libre de Orange, con resultados desiguales. Con su natural facilidad para las lenguas se expresaba muy bien en inglés y en las lenguas autóctonas. En 1862 fue enviado a Lesoto, donde fue bien recibido por el reyezuelo Moshoeshoe I en su fortaleza de Thaba Bosiu, quien le concedió un terreno para la iglesia y vivienda para los misioneros. Allí se fundó la Misión Madre de Dios, poco después llamada «Roma». Especialmente se dedicó a los niños, adoctrinándoles en el santo temor de Dios, y atendiendo con grandes sacrificios a los enfermos. Pero los problemas constatados con los zulúes se repiten en los basotos, donde vuelve a encontrar tres obstáculos a la fe: la poligamia, el culto idolátrico y el papel fundamental de los hechiceros y sus mágicos sortilegios que fascinan a las gentes, aunque también comprueba las buenas disposiciones que demuestran los nativos hacia la religión, siendo accesibles a la enseñanza y civilización cristiana. Durante un año el trabajo apostolico va abriéndose camino: «Qué dolor tan grande comprobar tantas almas que se pierden porque no aman a Jesucristo». A finales de 1864 mandó a la imprenta un catecismo en lengua sesoto que había compuesto para el aprendizaje de la fe.

En el verano del año 1865 estalló la guerra de los boers con los basotos que duró tres años, con períodos de calma, produciendo un gran desánimo en el corazón del misionero: «Que yo sea una víctima perpetua, consumida a vuestra gloria por la sal-

vación de las almas». A pesar de las conversiones cada vez más numerosas y la llegada de seis religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos (25 de abril), la cruz no faltó nunca. Enfermedades, fracasos, las consecuencias de la guerra y las tentaciones de abandonarlo todo se van sucediendo. Atendió con gran solicitud a todos, enfermos y heridos, ganándose el reconocimiento general, «porque la caridad es siempre un lenguaje muy persuasivo, incluso para los infieles». Las mencionadas religiosas pudieron abrir un colegio dedicándose a la enseñanza de los nuevos conversos, inaugurando en 1869 el primer centro educativo.

Después de 22 años en esta misión, en 1876 pasó al norte de Lesoto para fundar una nueva casa —Santa Mónica— adonde llegó acompañado por algunos colaboradores y un joven, Malapo, hijo del mencionado monarca de Lesoto. Después de nueve meses de visitas a las familias y profunda y constante oración formó un grupo de catequistas, llegando en 1877 las religiosas de la Sagrada Familia que abrieron un centro de enseñanza. Persisten la pobreza y la soledad en una tierra de calor sofocante y le parece estar sembrando en tierra árida. Alimenta su esperanza con una prolongada oración en las horas de la noche, sintiéndose lleno de coraje para seguir misionando en medio de tantas pruebas y desvalimientos. El excesivo trabajo le pondrá también a prueba en su espíritu, pero cuenta con la singular ayuda de la Providencia que le anima y conforta. Los indígenas lo encuentran siempre bueno y afable, un verdadero hombre de Dios, predicando de palabra y ejemplo: «Decir lo que este hombre de Dios, este apóstol, ha sufrido, sería difícil». Respetado por todos regresó a Lesoto en 1898 bajo la autoridad de mons. Allard, su primer superior en África, donde celebró en medio del afecto general el 50.º aniversario de su ordenación sacerdotal y entrega misionera en Lesoto (1904). Falleció el 29 de mayo de 1914 a los 83 años de edad, dejando una cristiandad de 15.000 católicos y 44.000 catecúmenos.

Estuvo siempre cerca de cada uno presentando el mensaje de Jesucristo con métodos atrayentes y cantos, despertando en los oyentes su inteligencia e invitándoles a practicar la caridad que tan ejemplarmente vivía. No escatimó nada en su trabajo, sin hacer distinciones a nadie, exhortando a todos al amor de

Dios, por lo cual fue llamado «el querido padre de los basotos». Sus funerales fueron la expresión de su triunfo, miles de personas, cristianos y paganos, asistieron a su entierro. Un homenaje popular al apóstol de Lesoto, al santo de este país negro. Un hombre providencial, paciente y tenaz que puso su empeño en sembrar la fe entre los paganos de Sudáfrica. Un testigo del amor de Dios. Una labor entregada hasta el extremo «amando a todos, amándolos siempre». Ésa fue su lección magistral, llevada hasta el término de su vida gracias a la oración confiada y constante para conducirlos a Cristo, para que no solamente estuvieran instruidos en la fe, sino que la practicaran y vivieran como testimonios vivos del amor de Dios.

Considerado el modelo de religioso por su vida ejemplar y celo por las almas, ofrecía los desconcertantes y fracasados proyectos a Dios al no conseguir conversión alguna en los primeros años de misionero. Se vio abandonado incluso por algunos compañeros, sufriendo la pobreza, soledad y enfermedades, que ofrecía a Dios, pero perseverando con admirable audacia y tenacidad en el empeño evangelizador:

> «Es necesario que las obras de Dios, como las almas, sufran alguna tribulacion para que recordemos que son las obras del divino Crucificado El Padre Gerard escucho la llamada de Dios, confiando en ser heraldo de la fe para proclamar el Reino de Dios con gran celo por la evangelizacion en cada momento de su vida, confiando en la Providencia Su amor por Dios encendio en caridad su generoso corazon, manifestado en el amor al projimo Proximo a Dios, se hizo proximo a todos Con el rosario siempre en sus manos La oracion era su pan cotidiano»

El proceso informativo de la causa de beatificación se inició en 1940, continuando el proceso apostólico en 1955.

En 1976, Pablo VI promulgó el Decreto sobre sus virtudes heroicas, siendo beatificado por Juan Pablo II el 14 de diciembre de 1988. El milagro: en 1928 una niña de seis años, Florina Plakela, enfermó gravemente quedando su cabeza y ojos cubiertos por úlceras, incapaz de distinguir entre el día y la noche. Una vez al mes acudía a Lesoto el doctor Hertig, que le recetó algunos fármacos, aunque no pudo resolver la enfermedad, pronosticando la ceguera total a la niña. El padre Pennerath, encargado de la misión católica, invitó a la madre a comenzar

una novena al padre Gérard, llevando a la pequeña a la tumba del religioso. Una noche, durante el novenario, se le apareció un sacerdote a quien no conocía la enferma, que le puso la mano en los ojos, y le dijo: «Tú curarás». A la mañana siguiente —primer viernes del mes de julio— estaba curada, pudiendo vestirse ella sola, reconociendo a su benefactor en una fotografía que le mostraron. El 1 de junio de 1987 se firmó el Decreto de esta curación, inexplicable por causas naturales.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BEAUDOIN, Y., OMI, *Le bienheureux Joseph Gerard O.M.I., l'apôtre des Basotho, 1831-1914* (Roma 1988).

Martyrologium romanum, o c, 294.

L'Osservatore Romano (15 y 16-12-1988).

RUSCH, A., *Il Beati di Giovanni Paolo II.* II. *1986-1990* (Ciudad del Vaticano 2000) 125-128.

RUSCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati.* II: *1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 335-343

SANTA ÚRSULA LEDÓCHOWSKA

Virgen († 1939)

Julia María —como llamaron en el bautismo a la futura madre Úrsula— nació en Loosdorf (Austria) el 17 de abril de 1865. Su padre, Antonio, exiliado de Polonia, descendía de la antigua y noble familia polaca Ledóchowski, en la que destacaron hombres de Estado, militares, eclesiásticos y personas consagradas. De nacionalidad suiza, su madre, Josefina Salis-Zizers, procedía también de una familia noble. Fue sobrina del Cardenal Miecyslaw Halka Ledóchowski, arzobispo de Gniezno-Poznan, Primado de Polonia y después Prefecto de la Sagrada Congregación para la propagación de la fe, quien ejerció gran influjo sobre su vida, y a quien ella llamaba «tío Lebo». Él será quien asuma la responsabilidad de la familia cuando el padre, Antonio, muera de viruela en febrero de 1885. Algunos de sus ocho hermanos fueron Wlodzimierz (1866-1942), Prepósito general de la Compañía de Jesús de 1915 a 1942, y la mayor, María Teresa Ledóchowska (1863-1922), fundadora de las Misioneras de San Pedro Claver, conocida como «madre de Áfri-

ca», y beatificada por el papa Pablo VI en el año 1975. Otro de sus hermanos, Ignacio, general del ejército polaco, murió asesinado por los nazis en el campo de concentración de Dora-Nordhausen. Como se ve, una familia de santos.

En aquel amplio y piadosísimo hogar, creció Julia María en un ambiente familiar profundamente religioso, lleno de exigente amor. Poseedora de una personalidad magnética, se sintió, desde su más tierna infancia, amada por todos cuantos la rodearon. Su madre la llamaba «mi rayito de sol». Francis, su hermana más joven, recordaría que «para los niños más pequeños era como una segunda madre; nos ayudaba en nuestros estudios, jugaba con nosotros y nos leía y explicaba la Pasión de Jesús». Su hermano Wladimiro, un año menor que ella, nos dice que Julia María era muy sensible, que se volcaba especialmente con los pobres y enfermos, visitando sus hogares, llevándoles medicinas y, sobre todo, creando en derredor de los más necesitados una atmósfera de paz, consuelo y alegría.

Cursó sus estudios regulares en el Instituto de la Bienaventurada Virgen María de las Damas Inglesas en St-Pölten (Austria), y continuó después privadamente estudiando lenguas, pintura y música. En 1883, debido a dificultades económicas familiares, se trasladó con toda su familia a Lipnica Murowana, en Polonia.

El 18 de agosto de 1886 ingresó en el convento autónomo de las ursulinas de Cracovia, donde, el 28 de abril de 1889, pronunció los votos solemnes, adoptando el nombre de María Úrsula de Jesús, y destacando enseguida por su dinamismo y celo apostólico. Su fe profunda, su audacia y su valor revelaban un inmenso amor al Señor y al prójimo. En cierta ocasión en que le sugerían que, por estar ocupada, hiciera esperar un poco a la persona que venía a visitarla, Úrsula contestó: «Nunca debemos pedir a Jesús que espere». Eran patentes su talento educativo y su sensibilidad ante las necesidades de los jóvenes en las difíciles circunstancias sociales, políticas y morales de su tiempo. En Cracovia consiguió el título de maestra de enseñanza media-superior (1894), y en Orleáns adquirió la capacitación como maestra de lengua francesa (1897). Trabajó como educadora y profesora, y de 1904 a 1907 fue superiora, período du-

rante el cual Úrsula, con valientes iniciativas apostólicas, amplió el campo educativo de las ursulinas, acogiendo a la juventud universitaria, y estableciendo el primer internado universitario regentado por religiosas en Polonia, donde las muchachas no sólo pudieran encontrar un lugar seguro, sino también una sólida formación religiosa. Una de sus antiguas alumnas, María Tucholczyna, diría, años más tarde:

> «Cada palabra de madre Úrsula estaba empapada de amor de Dios. Ella nos explicaba que con el cumplimiento de nuestras responsabilidades diarias podíamos encontrar a Dios, hacernos santos y ganar el cielo. Su invencible confianza en la Providencia divina revestía las características de un abandono verdaderamente infantil. Veía y nos enseñaba a ver la mano de Dios en todo lo que ocurría».

Úrsula estableció la primera Congregación Mariana para universitarios, además de cursos, dirigidos por eminentes teólogos, para profundizar en la visión cristiana de la vida. Con el consenso de su comunidad, adaptó las Constituciones a las necesidades apostólicas de su tiempo, con la aprobación de la Santa Sede el 9 de julio de 1907.

Habiendo viajado a Roma con tal motivo, en una audiencia con el Papa San Pío X, éste le propuso realizar su trabajo apostólico en el corazón de la Rusia hostil a la Iglesia. Con la bendición del Vicario de Cristo, ese mismo año, al concluir su cargo de superiora del convento de Cracovia, marchó con otra hermana —ambas vestidas de civil, pues la vida religiosa estaba prohibida en Rusia— a fundar en San Petersburgo una filial del convento de Cracovia, que sería declarada por la Santa Sede, a causa de las grandes dificultades de comunicación, casa autónoma, con noviciado propio, el 25 de enero de 1908. Úrsula fue nombrada superiora. Llevaba a Rusia la encomienda de dirigir el internado femenino en el Liceo católico de Santa Catalina. Además de su intenso trabajo educativo con la juventud y los adultos (Congregaciones marianas, cursos de formación religiosa, de pedagogía católica, de sociología...), se dio con toda el alma a crear un clima de recíproca comprensión entre los católicos de varios ritos y los ortodoxos. En este tiempo se examinó de lengua rusa para poder enseñar, y ampliar así sus posibilidades apostólicas.

Las condiciones de trabajo eran harto difíciles, porque el gobierno zarista prohibía el establecimiento de los religiosos en el país. Las ursulinas vivían en la clandestinidad y, aunque eran vigiladas continuamente por la policía secreta, realizaban una intensa labor educativa y de formación religiosa, también con vistas a promover buenas relaciones entre polacos y rusos.

Al año siguiente, la actividad del convento se extendió a Finlandia (Sortavala), donde Úrsula construyó en 1909 un internado y una escuela media-superior según el modelo de los colegios ingleses «plain air», para jóvenes de escasa salud. Entabló contacto con los protestantes, abandonados espiritualmente. Organizó para los pobres pescadores de la zona un ambulatorio gratuito. Tradujo el catecismo y los cantos religiosos al finlandés y así, espontáneamente, surgieron, en la capilla de su convento, funciones paralitúrgicas interconfesionales, alentadas por su deseo desinteresado de compartir con los otros las riquezas de la fe. Como Cristo, se conmovía a la vista de las muchedumbres que andaban como ovejas sin pastor...

Debido a su imparable actividad apostólica en Rusia, Úrsula fue perseguida por la prensa y la policía y, al llegar la Gran Guerra de 1914, por ser ella ciudadana austríaca, fue expulsada del país. Exiliada en Escandinavia (primero en Suecia y después en Dinamarca, naciones neutrales), pudo mantener el contacto con las hermanas que quedaron en Rusia hasta que, para evitarles las consecuencias de la revolución bolchevique, logró trasladar la comunidad a Estocolmo, donde fundó un Instituto de lenguas para chicas. Luchó contra la soledad, orando, trabajando para mantenerse y estudiando la lengua sueca. Infatigable en su celo apostólico, comenzó bien pronto a reunir a las mujeres católicas para charlas religiosas y retiros espirituales, que les dirigía ella misma en su propia casa. Inauguró, en la Suecia protestante, la Congregación Mariana (1915), que aún hoy se mantiene pujante. Fundó la revista mensual *Solgimtar* (1916), entonces la única publicación católica, que, ya muy arraigada en Suecia, pasó a llamarse con los años *Katolsk Kyrkotidning*.

Ante la apremiante llamada del papa Benedicto XV a todos los hombres de buena voluntad para prestar ayuda a favor de

las víctimas de la guerra, Úrsula se empeñó a fondo en una admirable acción caritativa, especialmente en Polonia.

Entre los años 1915-1918 pronunció en Escandinavia cerca de ochenta conferencias, en seis lenguas, sobre cultura, literatura, historia, y sobre el derecho a la libertad de la nación polaca, entonces esclavizada y borrada del mapa de Europa. Su acendrado patriotismo era tan manifiesto como libre de compromisos. Al preguntarle un diplomático sobre su postura política, Úrsula le contestó: «Mi opinión política es el amor de Dios y de mi país». Organizó comités locales recogiendo fondos para enviar al comité general de ayuda a las víctimas de la guerra en Polonia, fundado y presidido por Henryk Sienkiewicz, el famoso escritor polaco premiado con el Nobel por su novela histórica *Quo vadis?* En Escandinavia colaboró con las personalidades más relevantes en el mundo de la ciencia y la cultura, de diversa extracción política e ideológica (A. M. Benedictsen, G. Brandes, I. Daszynski, A. Jensen, Ellen Key, S. Lagerlöff, E. Luninski, O. Montelius, V. von Heidenstam, etc.) y, gracias a su ayuda, publicó en tres lenguas *Polonica* (Estocolmo 1917). En esta época, durante su permanencia en Escandinavia, además de su apostolado educativo, Úrsula trabajó intensamente en la promoción del compromiso ecuménico. Se relacionó con Nathan Söderblom, arzobispo luterano de Uppsala, uno de los pioneros del ecumenismo.

En 1917, a requerimiento de los padres camilos, que atendían a los inmigrantes en Dinamarca, Úrsula se ocupó de los huérfanos de los emigrantes polacos, manteniéndolos con el trabajo de las hermanas en el Instituto de lenguas y en la Escuela de economía doméstica, fundados por ella (Djursholm, 1915 y Aalborg, 1918). Con el restablecimiento del Estado polaco (1918) y el fin de la I Guerra Mundial, la madre Úrsula retornó a su patria (Pniewy, Polonia), con su comunidad (cerca de cuarenta hermanas), para dedicarse a la educación de cuarenta huérfanos de obreros polacos.

Las tentativas de Úrsula para integrar su casa autónoma y su obra educativa en la naciente Unión de las Ursulinas polacas, no dieron resultado. La dificultad estribaba, sobre todo, en las objeciones sobre la validez de los votos religiosos emitidos

privadamente (bien que con permiso de San Pío X) por las hermanas que habían ingresado en conventos oficialmente prohibidos, motivo por el cual habían sido imposibles los votos públicos. Por otra parte, la labor con los niños pobres era difícil de encajar en las actividades de las ursulinas polacas, de tradición claustral, y que en aquel momento estaban empeñadas en organizar escuelas en la Polonia recientemente liberada. Se temía, en fin, que un grupo tan diverso por la formación y el género de apostolado pudiese desvirtuar la unidad de la naciente Unión. No prosperó la propuesta de unión en un plano de igualdad, proyecto presentado por la fundadora para integrar a sus religiosas en las casas de la incipiente Unión, formando en ella una categoría diferente de miembros, sobre los cuales Úrsula, bajo la jurisdicción de la superiora general de la Unión, habría ejercido autoridad directa, continuando así la obra ya iniciada a favor de los más necesitados.

En esta dolorosa situación, el consejo del Nuncio apostólico en Polonia, Achile Ratti, futuro Pío XI, vino a asegurar a la fundadora en su especial misión: «Permaneced en el puesto que os ha indicado la misma Providencia» (21-10-1920). Por el rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos del 7 de junio de 1920, Úrsula fue autorizada a transformar el convento autónomo de San Petersburgo (con sede transferida a la casa de Pniewy, Polonia) en una Congregación, y a escribir las nuevas Constituciones, mientras que los votos privados de las hermanas eran reconocidos canónicamente válidos. Nació así la nueva Congregación de Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante, llamadas después vulgarmente «Ursulinas grises», por el color de su hábito. La primera aprobación de la Santa Sede llegaría el 4 de abril de 1923, la definitiva, el 21 de noviembre de 1930. La espiritualidad del instituto se centra en la contemplación del amor salvífico de Cristo y en la participación en su misión por medio de la labor educativa y el servicio al prójimo, especialmente a los que sufren, a los que viven en soledad, a los marginados y a los que buscan el sentido de su vida. Conservando lo esencial de la vida religiosa y de la espiritualidad mericiana, Úrsula adaptó la nueva Congregación a las necesidades apostólicas del mundo contemporáneo y, al mismo

tiempo, retornó a la idea primitiva de la fundadora de las ursulinas, Santa Ángela de Mérici: trabajar en medio de los pobres y en el apostolado del propio ambiente.

La misión específica de la Congregación, según las Constituciones originales de 1923 y 1930, es:

> «La extension del Reino del Sagrado Corazon mediante la educacion y la instruccion de la juventud, especialmente de las clases pobres, obreras y agricolas [] y las obras de piedad y de misericordia espirituales y temporales, que contribuyen a la preservacion y propagacion de la fe» (Const I, 2)

Hasta la muerte de la fundadora, la Congregación se prodigó, sobre todo, para atender a los huérfanos de la I Guerra Mundial, dedicándose especialmente a la catequesis en las escuelas públicas —algo vanguardista entonces—, a la formación de catequistas laicas y religiosas, al apostolado y a la actividad social en los barrios obreros y marginales, hasta los confines de Rusia, asistiendo a los más desfavorecidos, sin distincion de religión o nacionalidad. Prestó asistencia a los jóvenes obreros emigrados a Francia para trabajar en las fábricas. Organizó cursos de reciclaje didáctico intercongregacional, asilos, albergues familiares, internados, cursillos para universitarios, talleres ocupacionales...

Úrsula educaba a sus religiosas para amar a Dios sobre todas las cosas, y en Dios a toda persona humana y a toda la creación. Recomendaba, como testimonio creíble de una relación personal con Cristo, la sonrisa, la serenidad de espíritu, la humildad y la capacidad de vivir la vida ordinaria como camino privilegiado para la santidad. Ella misma era un ejemplo notable de ese tipo de vida, porque las amaba maternalmente, no sólo como grupo, sino de manera individual, recordando los problemas de cada una, teniéndolos presentes y llevándolos en su corazón. En su testamento espiritual, les pide:

> «Sean buenas con los niños, con cada uno de ellos Resuelvanlo todo con la sonrisa del amor y una palabra cariñosa en los labios Esten siempre dispuestas a servir a los otros, aun cuando esto les reporte molestias o incomodidades Vivan siempre en armonia con todos, sin abrigar ninguna envidia, mirando al projimo mejor que a si mismas, y animandose con las palabras de Jesus "Lo que hagais con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo haceis"»

Veía la propia familia religiosa desde la perspectiva de la gran familia de Dios, por eso se interesaba y tomaba parte en los movimientos religiosos, pedagógicos y sociales de la época, no sólo de Polonia, sino también del exterior. Para despertar en la sociedad el sentido eclesial y misionero y el deber de colaborar en la promoción del hombre, se servía de los entonces más recientes medios de comunicación social, como la radio y la prensa; pero, ante todo, de la palabra viva, dando conferencias en varios convenios y congresos. En una de estas ponencias se expresaba así:

> «La responsabilidad de la madre y del profesor es dar a Dios a los niños Si les dan a Dios, les han dado todo, si no les dan a Dios, por mucho que les den, no les habran dado nada»

Solía decir que Dios no pide cosas más allá de la capacidad de la persona; por el amor, cada acto diario puede transformarse en una gran obra.

Convencida de la importancia de la relación de los más pequeños con Jesús Sacramentado, fundó en Polonia, en 1925, la Cruzada Eucarística de los niños, que en 1939 llegaría a contar con cerca de 200.000 miembros. También para la infancia y la juventud, fundó dos revistas: *Oredowniczeck Eucharystyczny* y *Dzwonek Sw. Olafa,* y publicó diversos artículos e incluso algunos libros, buscando así implicar a los niños y jóvenes en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Participaba activamente en la vida de la Iglesia y del país. Recibió condecoraciones estatales y eclesiásticas.

Se inscribió en el naciente movimiento internacional de los más recientes institutos religiosos de carácter educativo-social (Salzburgo, Austria, 1930), donde reveló su apertura a todas las instancias de su tiempo, ofreciendo la solución práctica a muchos problemas cruciales del mundo religioso femenino, y defendiendo decididamente los valores inalterables de la fe.

La Congregación se extendió rápidamente. Surgieron comunidades de religiosas ursulinas en Polonia y en otras regiones. En 1928 abrió en Roma la Casa general y una pensión para muchachas pobres. Las ursulinas comenzaron también a trabajar entre los pobres de la Ciudad Eterna. En 1928 se establecieron en Italia, y en 1930, en Francia. A la muerte de la funda-

dora, la Congregación contaba con 780 religiosas y 35 casas distribuidas en Polonia, Italia y Francia. Cuarenta años después, las comunidades eran 83, habiéndose extendido a Canadá, Argentina, Brasil, Dinamarca y Finlandia.

Úrsula murió en Roma, en la Casa general de la vía del Casaletto, siendo superiora general de su Congregación, el 29 de mayo de 1939. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 20 de junio de 1983 en Poznan y, después de que su cuerpo incorrupto fuese trasladado a la Casa madre de Pniewy el 29 de mayo de 1989 —en el cincuentenario de su muerte—, fue canonizada en Roma el 18 de mayo de 2003 por el mismo Sumo Pontífice, que en esta ocasión, y ante más de veinte mil polacos —entre ellos, diversos familiares de la nueva santa—, se refirió así a ella en su homilía:

> «Durante toda su vida, Santa Úrsula Ledóchowska fijó su mirada, con fidelidad y amor, en el rostro de Cristo, su Esposo. De modo particular se unió a Cristo agonizante en la cruz. Esta unión la colmaba de un extraordinario celo en la tarea de anunciar, con palabras y obras, la buena nueva del amor de Dios. La llevaba, ante todo, a los niños y a los jóvenes, pero también a todos los que se encontraban en dificultades: a los pobres, a los abandonados y a las personas solas. A todos se dirigía con el lenguaje del amor demostrado con las obras. Con el mensaje del amor de Dios recorrió Rusia, los países escandinavos, Francia e Italia. En su época fue apóstol de la nueva evangelización, dando prueba, con su vida y con su actividad, de la actualidad, la creatividad y la eficacia constantes del amor evangélico.
>
> También ella sacaba de este amor a la Eucaristía la inspiración y la fuerza para la gran obra del apostolado. Escribió: "Debo amar al prójimo como Jesús me ha amado a mí. Tomad y comed [...] Comed mis fuerzas, estoy a vuestra disposición [...] Tomad y comed mis capacidades, mi talento [...], mi corazón, para que con su amor caliente e ilumine vuestra vida [...] Tomad y comed mi tiempo, que está a vuestra disposición [...] Soy vuestra como Jesús Hostia es mío". ¿No resuena en estas palabras el eco del don con el que Cristo, en el cenáculo, se entregó a sí mismo a los discípulos de todos los tiempos?
>
> Al fundar la Congregación de las Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante, le transmitió este espíritu. "El Santísimo Sacramento —escribió— es el sol de nuestra vida, nuestro tesoro, nuestra felicidad, nuestro todo en la tierra [...] Amad a Jesús en el tabernáculo. Que allí permanezca siempre vuestro corazón, aunque materialmente estéis trabajando. Allí está Jesús, a

quien debemos amar ardientemente, con todo nuestro corazon Y, si no sabemos amarlo, por lo menos deseemos amarlo cada vez mas"

A la luz de este amor eucaristico, Santa Ursula sabia descubrir en cada circunstancia un signo de los tiempos, para servir a Dios y a los hermanos Sabia que para quien cree, todos los acontecimien tos, incluso los menos importantes, son una ocasion para realizar los designios de Dios Convertia en extraordinario lo ordinario, transformaba lo diario en perenne, hacia santo lo que era banal

Si hoy Santa Ursula llega a ser un ejemplo de santidad para todos los creyentes, es con el fin de que acojan su carisma quienes, por amor a Cristo y a la Iglesia, quieren testimoniar de modo efi caz el Evangelio en el mundo actual Todos podemos aprender de ella como edificar con Cristo un mundo mas humano, un mundo en el que se realicen cada vez mas plenamente valores como la justicia, la libertad, la solidaridad y la paz De ella podemos aprender a poner en practica cada dia el mandamiento "nuevo" del amor»

Porque permaneció íntimamente unida a Cristo, injertada en El como el sarmiento en la vid, Úrsula recibió la savia vital de su gracia. Porque vivio en profunda comunion con Dios, produjo frutos abundantes de justicia y santidad

ALBERTO JOSE GONZALEZ CHAVES

Bibliografia

Escritos de Santa Ursula, en polaco y editados en Pniewy *Constituciones* (1923 1930), 4 vols , *Meditaciones para las hermanas* (1930 1931), 4 vols , *Meditaciones para las superioras* (1932), *Directorio* (1932), *Retiro mensual* (1933), *Usos* (1939), *Testamento* (1939), *Examen de conciencia para las superioras* (1939)

Art en G PELLICCIA G ROCCA (dirs), *Dizionario degli Istituti di Perfezione* V *Iona Monachesimo* (Roma 1978) 567 569, VI *Monachesimo urbano Pinzoni* (Roma 1980) 898 900

GORSKY, G A , *Dilige et quod vis fac* (Varsovia 1951) (en polaco)

«Homilia de Juan Pablo II en la canonizacion (18 5 2003)» *Ecclesia* (2003) n 3156, p 32 33

JASINSKY, V , *Madre Ursula L. religiosa apostol* (Wloclawek 1949) (en polaco)

KUJAWSKA, M , *Madre Ursula L.* (Kielce 1947) (en polaco)

LI DOCHOWSKA, J , *Vida y actividad de Ursula L.* (Poznan 1975) (en polaco)

MIRFWICZ, G , *Los pensamientos y obras preconciliares de la M Ursula L.* (Londres 1966) (en polaco)

ORSOLINI DEI SACRO CUORE DI GESU AGONIZANTE, *Sulla via del Concilio* (Roma1965)

POZZO, S DAL, *Una donna polaca da Pietroburgo a Roma* (Brescia 1949)

WERNER, B , Art en *Hagiografia polska, II* (Poznan 1972)

ZDYBICKA, J , *En la corriente de los problemas postconciliares M Ursula L.* (Varsovia 1968) (en polaco)

SAN MAXIMINO DE TRIER

Obispo († 347)

Natural de Poitiers, se educa en Trier (Tréveris en la Galia Bélgica) bajo el obispo Agricio, y se acredita entre el clero local, de modo que a la muerte del obispo el año 333 fue él elegido para sucederle en la sede episcopal.

Amante de la ortodoxia, tomó firme partido contra el arrianismo en defensa de la verdadera divinidad de Jesucristo y sostuvo con su palabra y sus obras a las víctimas del arrianismo, como p.e. San Atanasio, a quien acogió durante dos años en su casa, y San Pablo de Constantinopla, al que igualmente acogió cuando fue desterrado por Constancio. Y no dudó en instar a Constante para que cesara en todo apoyo al arrianismo. Todos los católicos hubieron de elogiar el valor y arrojo de Maximino en la defensa de la verdadera fe en los concilios a que asistió y en toda su actividad. Murió hacia el 347. Su memoria se celebra el 29 de mayo.

SANTA BONA DE PISA

Virgen († 1207)

Nace en Pisa hacia el año 1146 y queda huérfana de padre muy pronto. Afloran en ella, cuando es solamente una jovencita, unos firmes sentimientos de religiosidad y piedad que la llevan a consagrar a Dios su virginidad en medio del mundo.

Bona llevaba una intensa vida interior, dedicaba su tiempo a la oración y las buenas obras, y realizó varias peregrinaciones a Tierra Santa, donde recibió con paciencia injurias y agravios, y también a Roma, a Santiago de Compostela y a otros célebres santuarios, viviendo con suma pobreza y austeridad. Tenía fama de santa y se le atribuyeron sucesos sobrenaturales.

Murió en Pisa el 29 de mayo de 1207, recibiendo enseguida un culto popular que dura hasta hoy. Su nombre está inscrito en el *Martirologio romano.*

BEATA GERARDESCA DE PISA

Viuda († 1269)

Nacida en Pisa hacia el año 1212 en el seno de una familia acomodada, no deseaba contraer matrimonio sino dedicar a Dios su virginidad, pero obedeció la voluntad paterna y contrajo matrimonio con Alferio di Bandino, con el que no tuvo hijos. El matrimonio no funcionó bien al principio, pero ella con su bondad atrajo al marido a su propia religiosidad y decidieron ambos consagrarse al Señor.

El marido ingresó en el monasterio camaldulense de San Sabino, y ella hizo edificar una celda adosada al mismo donde, tomado el hábito de oblata camaldulense, vivió en santo retiro y oración. No todos los monjes estuvieron de acuerdo con la presencia de aquella mujer junto al monasterio y algunas denuncias contra ella prosperaron, de modo que el prior general de la Orden le retiró la comunión. Pero su confesor insistió en que era un alma de Dios, pudieron deshacerse los equívocos y ella quedó en su celda el resto de su vida. Tenía experiencias místicas y se le atribuyeron milagros. Murió el 27 de mayo de 1269, según parece, y fue sepultada en la iglesia del monasterio. Su culto fue confirmado por Pío IX el 29 de mayo de 1856.

BEATO RICARDO THIRKELD

Presbítero y mártir († 1583)

Había nacido hacia el año 1524 en Cunsley, condado de Durham, y había estudiado en el Queen's College de Oxford. Ya hombre maduro decidió su vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Douai en 1575, del que pasó al de Reims, y se ordenó sacerdote en 1579.

Vuelto a Inglaterra, trabajó apostólicamente en la región de York, encargándose de recoger noticias sobre los mártires, pero desgraciadamente su trabajo también vino a manos de los perseguidores cuando lo arrestaron y por ello desapareció.

Una visita que hizo de noche a un preso católico de la cárcel de Kidcote en York y que llevaba ya mucho tiempo en la prisión, despertó sospechas. Fue arrestado e interrogado el 24 de marzo de 1583 y reconoció que era sacerdote católico. Fue de-

tenido en los calabozos del castillo de York. En el juicio reconoció haber reconciliado muchas personas con la Iglesia católica, lo que llevó a su condena. El mártir declaró que desde niño anhelaba el martirio y que la condena le llenaba de santa alegría. Y añadió: «Éste es el día que hizo el Señor. Sea nuestra alegría y nuestro gozo». Fue ahorcado y descuartizado en York el 29 de mayo de 1583. Fue beatificado el 29 de diciembre de 1886.

30 de mayo

A) Martirologio

1. En Torres de Cerdeña, San Gabino (s. IV), mártir.
2. En Cesarea de Capadocia, los santos Basilio y Emelia (s. IV), esposos, padres de San Basilio Magno y otros santos *
3. En Pavía (Lombardía), San Anastasio († 680), obispo.
4. En Gheel (Brabante), Santa Dimpna (s. VII/IX), virgen y mártir.
5. En Tervueren (Brabante), San Huberto († 727), obispo de Tongres y Maastricht *.
6. En Sevilla (España), San Fernando III († 1252), rey de Castilla y León **.
7. En Ruán (Normandía), Santa Juana de Arco († 1431), virgen **.
8. En Londres (Inglaterra), San Lucas Kirby († 1582), presbítero y mártir bajo Isabel I. Con él fueron martirizados los beatos presbíteros Guillermo Filby, Lorenzo Johnson y el jesuita Tomás Cottam *.
9. En Londres (Inglaterra), los beatos Guillermo Scott, monje benedictino, y Ricardo Newport († 1612), presbíteros y mártires bajo el reinado de Jacobo I *.
10. En Kampala (Uganda), San Matías Kalemba († 1886), mártir **.
11. En Savona (Italia), San José Marello († 1895), obispo de Acqui, fundador de la Congregación de Oblatos de San José **.
12. En el campo de concentración de Buchenwald (Turingia), Beato Otto Neururer († 1940), presbítero y mártir **.

B) Biografías extensas

SAN FERNANDO III, REY DE CASTILLA Y LEÓN

Rey († 1252)

San Fernando (1198?-1252) es, sin hipérbole, el español más ilustre de uno de los siglos cenitales de la historia humana, el

siglo XIII, y una de las figuras máximas de España; quizá con Isabel la Católica la más completa de toda nuestra historia política. Es uno de esos modelos humanos que conjugan en alto grado la piedad, la prudencia y el heroísmo; uno de los injertos más felices, por así decirlo, de los dones y virtudes sobrenaturales en los dones y virtudes humanas.

A diferencia de su primo carnal San Luis IX de Francia, Fernando III no conoció la derrota ni casi el fracaso. Triunfó en todas las empresas interiores y exteriores. Dios les llevó a los dos parientes a la santidad por opuestos caminos humanos; a uno bajo el signo del triunfo terreno y a otro bajo el de la desventura y el fracaso.

Fernando III unió definitivamente las coronas de Castilla y León. Reconquistó casi toda Andalucía y Murcia. Los asedios de Córdoba, Jaén y Sevilla y el asalto de muchas otras plazas menores tuvieron grandeza épica. El rey moro de Granada se hizo vasallo suyo. Una primera expedición castellana entró en África, y nuestro rey murió cuando planeaba el paso definitivo del Estrecho. Emprendió la construcción de nuestras mejores catedrales (Burgos y Toledo ciertamente; quizá León, que se empezó en su reinado). Apaciguó sus Estados y administró justicia ejemplar en ellos. Fue tolerante con los judíos y riguroso con los apóstatas y falsos conversos. Impulsó la ciencia y consolidó las nacientes universidades. Creó la marina de guerra de Castilla. Protegió a las nacientes Órdenes mendicantes de franciscanos y dominicos y se cuidó de la honestidad y piedad de sus soldados. Preparó la codificación de nuestro derecho e instauró el idioma castellano como lengua oficial de las leyes y documentos públicos, en sustitución del latín.

Parece cada vez más claro históricamente que el florecimiento jurídico, literario y hasta musical de la corte de Alfonso X el Sabio es fruto de la de su padre. Pobló y colonizó concienzudamente los territorios conquistados. Instituyó en germen los futuros Consejos del reino al designar un colegio de doce varones doctos y prudentes que le asesoraran, mas prescindió de validos. Guardó rigurosamente los pactos y palabras convenidos con sus adversarios los caudillos moros, aun frente a razones posteriores de conveniencia política nacional; en tal

sentido es la antítesis caballeresca del «príncipe» de Maquiavelo. Fue, como veremos, hábil diplomático a la vez que incansable impulsor de la Reconquista. Sólo amó la guerra bajo razón de cruzada cristiana y de legítima reconquista nacional, y cumplió su firme resolución de jamás cruzar las armas con otros príncipes cristianos, agotando en ello la paciencia, la negociación y el compromiso. En la cumbre de la autoridad y del prestigio atendió de manera constante, con ternura filial, reiteradamente expresada en los diplomas oficiales, los sabios consejos de su madre excepcional, doña Berenguela. Dominó a los señores levantiscos; perdonó benignamente a los nobles que vencidos se le sometieron y honró con largueza a los fieles caudillos de sus campañas. Engrandeció el culto y la vida monástica, pero exigió la debida cooperación económica de las manos muertas eclesiásticas y feudales. Robusteció la vida municipal y redujo al límite las contribuciones económicas que necesitaban sus empresas de guerra. En tiempos de costumbres licenciosas y de desafueros, dio altísimo ejemplo de pureza de vida y sacrificio personal, ganando ante sus hijos, prelados, nobles y pueblo fama unánime de santo.

Como gobernante fue a la vez severo y benigno, enérgico y humilde, audaz y paciente, gentil en gracias cortesanas y puro de corazón. Encarnó, pues, con su primo San Luis IX de Francia, el dechado caballeresco de su época.

Su muerte, según testimonios coetáneos, hizo que hombres y mujeres rompieran a llorar en las calles, comenzando por los guerreros.

Más aún. Sabemos que arrebató el corazón de sus mismos enemigos, hasta el extremo inconcebible de lograr que algunos príncipes y reyes moros abrazaran por su ejemplo la fe cristiana. «Nada parecido hemos leído de reyes anteriores», dice la crónica contemporánea del Tudense hablando de la honestidad de sus costumbres. «Era un hombre dulce, con sentido político», confiesa Al Himyari, historiador musulmán adversario suyo. A sus exequias asistió el rey moro de Granada con cien nobles que portaban antorchas encendidas. Su nieto don Juan Manuel le designaba ya en el *Enxemplo XLI,* «el *santo* et bienaventurado rey Don Fernando».

Más que el consorcio de un rey y un santo en una misma persona, Fernando III fue un santo rey; es decir, un seglar, un hombre de su siglo, que alcanzó la santidad santificando su oficio.

Fue mortificado y penitente, como todos los santos, pero su gran proceso de santidad lo está escribiendo, al margen de toda finalidad de panegírico, la más fría crítica histórica: es el relato documental, en crónicas y datos sueltos de diplomas, de una vida tan entregada al servicio de su pueblo por amor de Dios, y con tal diligencia, constancia y sacrificio, que pasma. San Fernando roba por ello el alma de todos los historiadores, desde sus contemporáneos e inmediatos hasta los actuales. Físicamente, murió a causa de las largas penalidades que hubo de imponerse para dirigir al frente de todo su reino una tarea que, mirada en conjunto, sobrecoge. Quizá sea ésta una de las formas de martirio más gratas a los ojos de Dios.

Vemos, pues, alcanzar la santidad a un hombre que se casó dos veces, que tuvo trece hijos, que, además de férreo conquistador y justiciero gobernante, era deportista, cortesano gentil, trovador y músico. Más aún: por misteriosa providencia de Dios veneramos en los altares al hijo ilegítimo de un matrimonio real incestuoso, que fue anulado por el gran pontífice Inocencio III: el de Alfonso IX de León con su sobrina doña Berenguela, hija de Alfonso VIII, el de las Navas.

Fernando III tuvo siete hijos varones y una hija de su primer matrimonio con Beatriz de Suabia, princesa alemana que los cronistas describen como «buenísima, bella, juiciosa y modesta» *(optima, pulchra, sapiens et pudica),* nieta del gran emperador cruzado Federico Barbarroja, y luego, sin problema político de sucesión familiar, vuelve a casarse con la francesa Juana de Ponthieu, de la que tuvo otros cinco hijos. En medio de una sociedad palaciega muy relajada, su madre doña Berenguela le aconsejó un pronto matrimonio, a los veinte años de edad, y luego le sugirió el segundo. Se confió la elección de la segunda mujer a doña Blanca de Castilla, madre de San Luis.

Sería conjetura poco discreta ponerse a pensar si, de no haber nacido para rey (pues por heredero le juraron ya las Cortes de León cuando tenía sólo diez años, dos después de la separa-

ción de sus padres), habría abrazado el estado eclesiástico. La vocación viene de Dios y él le quiso lo que luego fue. Le quiso rey santo. San Fernando es un ejemplo altísimo, de los más ejemplares en la historia, de santidad seglar.

Santo seglar lleno además de atractivos humanos. No fue un monje en palacio, sino galán y gentil caballero. El puntual retrato que de él nos hacen la *Cronica general* y el *Septenario* es encantador. Es el testimonio veraz de su hijo mayor, que le había tratado en la intimidad del hogar y de la corte.

San Fernando era lo que hoy llamaríamos un deportista: jinete elegante, diestro en los juegos de a caballo y buen cazador. Buen jugador a las damas y el ajedrez, y de los juegos de salón.

Amaba la buena música y era buen cantor. Todo esto es delicioso como soporte cultural humano de un rey guerrero, asceta y santo. Investigaciones modernas de Higinio Anglés parecen demostrar que la música rayaba en la corte de Fernando III a una altura igual o mayor que en la parisiense de su primo San Luis, tan alabada. De un hijo de nuestro rey, el infante don Sancho, sabemos que tuvo excelente voz, educada, como podemos suponer, en el hogar paterno.

Era amigo de trovadores y se le atribuyen algunas *cantigas,* especialmente una a la Santísima Virgen. Es la afición poética, cultivada en el hogar, que heredó su hijo Alfonso X el Sabio, quien nos dice: «Todas estas vertudes, et gracias, et bondades puso Dios en el Rey Fernando».

Sabemos que unía a estas gentilezas elegancia de porte, mesura en el andar y el hablar, apostura en el cabalgar, dotes de conversación y una risueña amenidad en los ratos que concedía al esparcimiento. Las *Crónicas* nos lo configuran, pues, en lo humano como un gran señor europeo. El naciente arte gótico le debe en España, ya lo dijimos, sus mejores catedrales.

A un género superior de elegancia pertenece la menuda noticia que incidentalmente, como detalle psicológico inestimable, debemos a su hijo: al tropezarse en los caminos, yendo a caballo, con gente de a pie torcía Fernando III por el campo, para que el polvo no molestara a los caminantes ni cegara a las acémilas. Esta escena del séquito real trotando por los polvorientos caminos castellanos y saliéndose a los barbechos detrás de su

rey cuando tropezaba con campesinos la podemos imaginar con gozoso deleite del alma. Es una de las más exquisitas gentilezas imaginables en un rey elegante y caritativo. No siempre observamos hoy algo parecido en la conducta de los automovilistas con los peatones. Años después ese mismo rey, meditando un Jueves Santo la pasión de Jesucristo, pidió un barreño y una toalla y echóse a lavar los pies a doce de sus súbditos pobres, iniciando así una costumbre de la corte de Castilla que ha durado hasta nuestro siglo XX.

Hombre de su tiempo, sintió profundamente el ideal caballeresco, síntesis medieval, y por ello profundamente europea, de virtudes cristianas y de virtudes civiles. Tres días antes de su boda, el 27 de noviembre de 1219, después de velar una noche las armas en el monasterio de las Huelgas, de Burgos, se armó por su propia mano caballero, ciñéndose la espada que tantas fatigas y gloria le había de dar. Sólo Dios sabe lo que aquel novicio caballero oró y meditó en noche tan memorable, cuando se preparaba al matrimonio con un género de profesión o estado que tantos prosaicos hombres modernos desdeñan sin haberlo entendido. Años después había de armar también caballeros por sí mismo a sus hijos, quizá en las campañas del sur. Mas sabemos que se negó a hacerlo con alguno de los nobles más poderosos de su reino, al que consideraba indigno de tan estrecha investidura.

Deportista, palaciano, músico, poeta, gran señor, caballero profeso. Vamos subiendo los peldaños que nos configuran, dentro de una escala de valores humanos, a un ejemplar cristiano medieval.

De su reinado queda la fama de sus conquistas, que le acreditan de caudillo intrépido, constante y sagaz en el arte de la guerra. En tal aspecto sólo se le puede parangonar su consuegro Jaime el Conquistador. Los asedios de las grandes plazas iban preparados por incursiones o «cabalgadas» de castigo, con fuerzas ágiles y escogidas que vivían sobre el país. Dominó el arte de sorprender y desconcertar. Aprovechaba todas las coyunturas políticas de disensión en el adversario. Organizaba con estudio las grandes campañas. Procuraba arrastrar más a los suyos por la persuasión, el ejemplo personal y los beneficios futu-

ros que por la fuerza. Cumplidos los plazos, dejaba retirarse a los que se fatigaban.

Ésta es su faceta histórica más conocida. No lo es tanto su acción como gobernante, que la historia va reconstruyendo: sus relaciones con la Santa Sede, los prelados, los nobles, los municipios, las recién fundadas universidades; su administración de justicia, su dura represión de las herejías, sus ejemplares relaciones con los otros reyes de España, su administración económica, la colonización y ordenamientos de las ciudades conquistadas, su impulso a la codificación y reforma del derecho español, su protección al arte. Ésa es la segunda dimensión de un reinado verdaderamente ejemplar, sólo parangonable al de Isabel la Católica, aunque menos conocido.

Mas hay una tercera, que algún ilustre historiador moderno ha empezado a desvelar y cuyo aroma es seductor. Me refiero a la prudencia y caballerosidad con sus adversarios los reyes musulmanes. «San Fernando —dice Ballesteros Beretta en un breve estudio monográfico— practica desde el comienzo una política de lealtad». Su obra «es el cumplimiento de una política *sabiamente dirigida con meditado proceder y lealtad sin par*». Lo subraya en su puntual biografía el padre Retana.

Sintiéndose con derecho a la reconquista patria, respeta al que se le declara vasallo. Vencido el adversario de su aliado moro, no se vuelve contra éste. Guarda las treguas y los pactos. Quizá en su corazón quiso también ganarles con esta conducta para la fe cristiana. Se presume vehementemente que alguno de sus aliados la abrazó en secreto. El rey de Baeza le entrega en rehén a un hijo, y éste, convertido al cristianismo y bajo el título castellano de infante Fernando Abdelmón (con el mismo nombre cristiano de pila del rey), es luego uno de los pobladores de Sevilla. ¿No sería quizá San Fernando su padrino de bautismo? Gracias a sus negociaciones con el emir de los benimerines en Marruecos el papa Alejandro IV pudo enviar un legado al sultán. Con varios «San Fernandos», hoy tendría el África una faz distinta.

Al coronar su cruzada, enfermo ya de muerte, se declaraba a sí mismo en el fuero de Sevilla *caballero de Cristo, siervo de Santa María, alférez de Santiago.* Iban envueltas esas palabras en expre-

siones de adoración y gratitud a Dios, para edificación de su pueblo. Ya los papas Gregorio IX e Inocencio IV le habían proclamado «atleta de Cristo» y «campeón invicto de Jesucristo». Aludían a sus resonantes victorias bélicas como cruzado de la cristiandad y al espíritu que las animaba.

Como rey, San Fernando es una figura que ha robado por igual el alma del pueblo y la de los historiadores. De él se puede asegurar con toda verdad —se aventura a decir el mesurado Feijoo— que en otra nación alguna *non est inventus similis illi.*

Efectivamente, parece puesto en la historia para tonificar el espíritu colectivo de los españoles en cualquier momento de depresión espiritual.

Le sabemos austero y penitente. Mas, pensando bien, ¿qué austeridad comparable a la constante entrega de su vida al servicio de la Iglesia y de su pueblo por amor de Dios?

Cuando, guardando luto en Benavente por la muerte de su mujer, doña Beatriz, supo, mientras comía, el novelesco asalto nocturno de un puñado de sus caballeros a la Ajarquía o arrabal de Córdoba, levantóse de la mesa, mandó ensillar el caballo y se puso en camino, esperando, como sucedió, que sus caballeros y las mesnadas le seguirían viéndole ir delante. Se entusiasmó, dice la *Crónica latina: irruit... Domini Spiritus in rege.* Veían los suyos que todas sus decisiones iban animadas por una caridad santa. Parece que no dejó el campamento para asistir a la boda de su hijo heredero ni al conocer la muerte de su madre.

Diligencia significa literalmente amor, y negligencia desamor. El que no es diligente es que no ama en obras, o, de otro modo, que no ama de verdad. La diligencia, en último término, es la caridad operante. Éste quizá sea el mayor ejemplo moral de San Fernando. Y, por ello, ninguno de los elogios que debemos a su hijo, Alfonso X el Sabio, sea en el fondo tan elocuente como éste: «No conoció el vicio ni el ocio».

Esa diligencia estaba alimentada por su espíritu de oración. Retenido enfermo en Toledo, velaba de noche para implorar la ayuda de Dios sobre su pueblo. «Si yo no velo —replicaba a los que le pedían descansase— ¿cómo podréis vosotros dormir tranquilos?». Y su piedad, como la de todos los santos, mos-

trabase en su especial devocion al Santísimo Sacramento y a la Virgen María.

A imitación de los caballeros de su tiempo, que llevaban una reliquia de su dama consigo, San Fernando portaba, asida por una anilla al arzon de su caballo, una imagen de marfil de Santa María, la venerable «Virgen de las Batallas» que se guarda en Sevilla. En campaña rezaba el oficio parvo mariano, antecedente medieval del santo rosario. A la imagen patrona de su ejército le levanto una capilla estable en el campamento durante el asedio de Sevilla, es la «Virgen de los Reyes», que preside hoy una espléndida capilla en la catedral sevillana. Renunciando a entrar como vencedor en la capital de Andalucía, le cedió a esa imagen el honor de presidir el cortejo triunfal A Fernando III le debe, pues, inicialmente Andalucía su devoción mariana. Florida y regalada herencia.

La muerte de San Fernando es una de las más conmovedoras de nuestra Historia. Sobre un montón de ceniza, con una soga al cuello, pidiendo perdón a todos los presentes, dando sabios consejos a su hijo y sus deudos, con la candela encendida en las manos y en éxtasis de dulces plegarias. Con razón dice Menéndez Pelayo:

> «El transito de San Fernando oscurecio y dejo pequeñas todas las grandezas de su vida»

Y *añade*·

> «Tal fue la vida exterior del mas grande de los reyes de Castilla de la vida interior ¿quien podria hablar dignamente sino los angeles, que fueron testigos de sus espirituales coloquios y de aquellos extasis y arrobos que tantas veces precedieron y anunciaron sus victorias?»

San Fernando quiso que no se le hiciera estatua yacente, pero en su sepulcro grabaron en latín, castellano, árabe y hebreo *este epitafio impresionante:*

> «Aqui yace el Rey muy honrado Don Fernando, señor de Castiella e de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Cordoba, de Murcia e de Jaen, el que conquisto toda España, el mas leal, e el mas verdadero, e el mas franco, e el mas esforzado, e el mas apuesto, e el mas granado, e el mas sofrido, e el mas omildoso, e el que mas temie a Dios, e el que mas le facia servicio, e el que quebranto

e destruyo a todos sus enemigos, e el que alzo y ondro a todos sus amigos, e conquisto la Cibdad de Sevilla, que es cabeza de toda España, e passos hi en el postrimero dia de Mayo, en la era de mil et CC et noventa años»

Que San Fernando sea perpetuo modelo de gobernantes e interceda por que el nombre de Jesucristo sea siempre debidamente santificado en nuestra Patria

JOSE M.ª SANCHEZ DE MUNIAIN

Bibliografía

Act SS Boll, 30 de mayo *Cronicas*, de RODRIGO JIMENEZ DE RADA, LUCAS DE TUY, etc Cf asimismo *Cronica general de Alfonso X el Sabio* y *Cronica latina de los Reyes de Castilla*, ed por CIROT (1913) Tambien GIL DE ZAMORA, art en *Boletin de la Real Academia de la Historia* 5 (1884) 308s

BALLESTEROS BERETTA, A, art en *Historia de España*, III (Madrid 1948) 59s

GARCIA CALLADO, A, «El imperio medieval español» *Arbor* 4 (1945) 199s

GONZALEZ PALENCIA, A, *Moros y cristianos en la España medieval* (Madrid 1945)

LAURENTIE, J, *Saint Ferdinand III (1198 1252)* (Paris 1910)

MENENDEZ PELAYO, M, *El siglo XIII y San Fernando* (Sevilla 1892), cf J Mª SANCHEZ DE MUNIAIN (ed), *Antologia general de Menendez Pelayo*, I (Madrid 1956) 54s

RETANA, L F DE, *San Fernando y su epoca* (Madrid 1941)

RODRIGUEZ, S, *Vida del santo rey don Fernando III de Espana* (Barcelona 1902)

• Actualizacion

ANSON OLIART, F, *Fernando III* (Madrid 1998)

COSTAS RODRIGUEZ, J, *Fernando III a traves de las cronicas medievales* (Zamora 2002)

ROS CARBALLAR, C, *Fernando III el Santo* (Sevilla 2003)

SANTA JUANA DE ARCO

Virgen († 1431)

Diecisiete años fueron suficientes para culminar la obra de Dios en una sencilla aldeana, que, si había de dar su nombre a cuestiones de guerras y banderías, iba a ser solamente para que se cumplieran en ella y en los hombres de su época los destinos que el mismo Dios se había trazado

Nace Juana en una escondida aldea del nordeste de Francia, en 6 de enero de 1412, hija de Jaime de Arco, labrador acomodado, y de Isabel Romée. Eran años aquéllos de agotamiento para la nacion, que se debatía en una guerra interminable y sin salidas posibles para el futuro. Los ingleses ansiaban dominar toda Francia, y casi lo iban consiguiendo, mientras la corte y los

pocos expedicionarios que aún le permanecían fieles se refugiaban en la pequeña ciudad de Clunón, en espera de que la suerte les fuera más propicia. Juana crece en la sencillez de las flores del campo, sin una educacion especial —nunca llego a saber leer ni escribir—, pero su alma, con el influjo de su madre, se iba llenando de un sentimiento delicado de piedad y de amor confiado al Padre del cielo y a la Santísima Virgen, a la que se consagra en una ternísima devoción. Como hicieron constar en su proceso, todos los sábados se dedicaba a recoger las flores más preciosas que podía encontrar para ofrecérselas después a María. Ya desde pequeña confesaba y comulgaba todos los meses, cosa rara en aquellos tiempos aun para la gente devota, y lo hacía siempre en Pascua y en las fiestas principales. Su vida era semejante a la de sus compañeros de aldea, sin nada de extraordinario, pero todo lleno de Dios, porque Juana, dentro de su simplicidad, sólo pensaba en eso: en ser buena y en no cometer nunca ningún pecado.

La guerra continuaba, cada vez más enfurecida y sangrienta. Los soldados, ora ingleses, ora franceses o mercenarios, pasaban como una tromba por los pueblos, sembrando por doquier el pillaje, la rapiña y la violencia. Precisamente hacía poco que habían entrado los ingleses en el ducado de Bar, amenazando toda la Champagne con sus incursiones. En una de estas entran y saquean las aldeas de Domremy y de Greux (año 1425), teniendo que huir al campo sus habitantes, perdidas las haciendas y los ganados. Pronto se rehacen los franceses, que logran infligir una seria derrota a sus enemigos en el monte San Miguel (junio de 1425). Entre estas dos fechas tiene lugar un hecho maravilloso en la pequeña aldea de Domrémy, donde Juana seguía creciendo, rezaba y se divertía con sus hermanos y compañeros.

Era una tarde de junio del año 1425. Juana tiene trece años y a esta hora está jugando con su hermano y otros niños del lugar. De pronto se detiene como sorprendida, se separa de sus compañeros y, dando media vuelta, se va presurosa hacia su casa, porque le ha parecido oír que su madre la llama. «Juana, vete a tu casa; tu madre te llama», sentía que le decían de muy cerca. Pero parece ser que es una broma del hermano, ya que su

madre no la ha llamado. Vuelve de nuevo donde están los niños, pero de pronto vio una luz muy intensa y oyó otra vez la voz que le decía: «Juana, estás llamada a realizar hazañas maravillosas; el Rey de los cielos te ha elegido para salvar a Francia». A continuación, sigue diciendo la crónica, se le aparecen San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina. Se le predice a Juana un porvenir y se le marca un camino. Es ella, la jovencita al parecer insignificante, la que ha de salvar a su rey y a su país, la que ha de marcar un nuevo rumbo a la historia de Francia y, en definitiva, a la historia de Europa. La Providencia, que conduce a los pueblos, sabe lo que ha de venir. Importa a sus designios que la doncella Juana desempeñe una misión especial.

Mientras corren los días se van haciendo más frecuentes las «voces» que va recibiendo del cielo. Le dicen de nuevo que es ella la que ha de salvar a su patria, y le prometen a su vez la salvación de su alma. La pequeña doncella se lo cuenta todo a sus padres y vecinos, que al principio no quieren darle fe, hasta que ellos mismos se convencen de que no puede ser mentira lo que con tanta sencillez y tan insistentemente les viene repitiendo la niña. Los mandatos divinos se van haciendo cada vez más apremiantes, y un día le dicen con toda claridad que se vaya al capitán Roberto de Baudricourt, con el fin de que éste la presente al rey. En mayo de 1428, acompañada de su primo Durand Laxard, se presenta Juana ante aquel personaje, que la trata de visionaria y rechaza por completo sus ofrecimientos. Un año más tarde, en enero de 1429, vuelve a hablar con el capitán, que, medio convencido ante las apremiantes declaraciones de la doncella, decide darle una escolta y un salvoconducto para que pueda marchar a la corte. Llega allá en el mes de marzo y, después de tres días de espera, le dicen que va a ser presentada ante el rey.

Aquella corte, licenciosa y degradada, quiere poner a prueba la veracidad de la misión sobrenatural de Juana, y le prepara una comedia insulsa, que la joven aparta con un gesto de leve impaciencia, como aquel a quien le ponen obstáculos en un sendero trascendental. El rey Carlos VII se oculta entre los pobres adulones que le quedaban, ocupando otro su lugar. La doncella no había visto nunca al rey, pero sin vacilar siquiera un momento se dirige en seguida adonde aquél estaba, y, delante de todos,

que quedan sorprendidos, le empieza a hablar. Era una prueba irrebatible.

> «En una conversacion reservada —dice un testigo presencial, Allain Chartier— Juana dio pruebas al monarca de su mision pro videncial»

Carlos VII la nombra allí mismo capitán de sus ejércitos, la regala una rica armadura y la rodea de un séquito militar. Quiso darle personalmente una espada, pero ella pide que le den una especial, cuya hoja estaba marcada con cinco cruces y que debía encontrarse detrás del altar mayor de la iglesia de Santa Catalina de Furbois. Los pajes de servicio corren a la iglesia y, tal como había dicho la Santa, allí encontraron la espada, hecho que acabó de confirmar las esperanzas que no sólo la corte, sino toda Francia, iba poniendo en aquella doncella de mirada ardiente que habían recibido como un regalo especial del cielo.

Para asegurarse más de la veracidad de aquellas revelaciones un gran número de teólogos se reúnen durante quince días, examinando el caso en todos sus detalles. ¿Sería aquello obra de Dios, o más bien del diablo? Los teólogos se convencen de que es imposible en aquel caso la impostura, y, ante aquella declaración, el pueblo, delirante, aclama a Juana como salvadora de Francia. En Blois —abril de 1429— se había reunido un ejército de diez mil hombres, toda la fuerza que, con gran trabajo, se pudo allegar. Juana se pone a la cabeza, desplegando su bandera blanca en la que iban bordadas las flores de lis en oro y en la que figuraban un mundo, dos ángeles y la divisa: *Jesús y María.* A todos les exhorta para que tengan confianza y para que, desde entonces, empiecen a confiar solamente en Dios. Como condición previa hace que desaparezca de aquel ejército disforme, casi todos ellos de la vida airada, todo lo que sonara a blasfemia y a trato impúdico con mujerzuelas. A éstas las echa de entre los soldados, y todos obedecen a aquella voz imperativa, que les dice resueltamente: «En este ejército no se blasfema; en este ejército no se admiten mujerzuelas».

Tres días después, y acompañada de mariscales, grandes maestres y almirantes, se dirigen todos hacia la plaza de Orleáns, que los ingleses tenían sitiada, cantando el *Veni, creator* y entre exclamaciones de piedad y de penitencia. Ante la ciudad,

intima por dos veces a los ingleses a la rendición, pero éstos se mofan de ella. Juana da entonces la señal de ataque para el asalto y, pronto, ante el empuje de las tropas francesas, se ha de retirar el enemigo, duramente castigado y escarmentado. Era el 7 de mayo de 1429. Ella iba delante de todos al asalto, pero nadie cayó muerto ni herido de su mano. La Santa solamente guiaba. La Santa se exponía a morir, pero no era su misión la de matar; de aquí que el canciller de París, Juan Gerson, no pudiera menos de decir que iba a la batalla solamente porque iba inspirada por Dios. Algunos han dudado al través de los tiempos de lo conveniente de estos caminos —la guerra y la muerte— como medios para llegar a la santidad. Se olvidan de que Dios escoge a veces el instrumento más sencillo con el fin de realizar sus planes. Además, la misión de Juana no iba a terminar aquí. Le esperaba el sufrimiento y el dolor, que, si no iban a testimoniar una fe ante los herejes ni paganos, iban a dar, sin embargo, fe de la misión divina que Dios le confiara y ante la cual no rehúsa pasar por las calumnias más odiosas, el proceso envilecido y la misma hoguera.

A seguido de la primera victoria, la «Doncella de Orleáns», como ya todos la llaman, sigue su camino del triunfo por las distintas ciudades de Francia. El 10 de mayo vuelve donde estaba el rey, quien, saliendo ante ella, se quita su sombrero, la abraza y le concede ante la corte el privilegio de la nobleza. Juana, por su parte, y con el fin de asegurar la corona de Francia, quiere llevar a Carlos a Reims para coronarle. De parte de Dios le dice que vivirá poco tiempo, por donde le insta a que aproveche la ocasión. Pero el rey, apático y preocupado solamente de sus diversiones, se resiste. En junio, la doncella se apodera de todas las plazas del Loira y, movido por ello, Carlos va al fin a Reims, donde es coronado solemnemente en la catedral, el 17 de julio.

Ha llegado el momento en que Juana parece que ha cumplido ya con su misión y por ello piensa retirarse tranquila a su aldea. Pero Dios la quería para mucho más; y si hasta ahora la había escogido para heroína, ahora la va a escoger para santa. Juana no puede resistir los ruegos de la corte y de su propio ejército, y resuelve seguir al lado de ellos hasta terminar la guerra. Pronto, sin embargo, empiezan a surgir alrededor de ella

envidias e insidias en la corte. Ya en parte les estorba y de hecho no pueden resistir la vida de pureza, de virtud y de entusiasmo que ella iba dejando por doquier. A instancias de la doncella, las tropas se encaminan a poner sitio a París, pero, cuando más inminente se veía venir el asalto, el rey ordena súbitamente la retirada. Guardando los últimos bastiones es herida Juana en un muslo al tratar de defender la puerta de San Honorato. La llevan a Gieu-Deja y ella deja su armadura como exvoto en la abadía de San Dionisio. Una vez restablecida, pero ya casi sola, ya que el rey ha caído en una completa inacción, sigue por su cuenta la lucha contra los ingleses, hasta que en una celada cae prisionera en las cercanías de Compiègne, donde, derribada del caballo, se tuvo que rendir al bastardo de Borgoña, que luchaba al lado de los ingleses, quien entrega la prisionera al señor de Luxemburgo, de quien el de Borgoña era feudatario. Juana es llevada primero al castillo de Beaulieu, cerca de Noyon, y después al de Beaurevoir. Los ingleses han celebrado su captura con grande algazara y alegría, cantando Tedéums y echando al vuelo las campanas. Y es entonces cuando, entre los manejos de los nobles franceses aliados del inglés, los mismos ingleses y algunos jerarcas eclesiásticos, vinculados también a su causa, se inicia contra la Santa de Domrémy el inicuo proceso que la ha de llevar al martirio de la hoguera.

Tal vez los que formaron el proceso pensaran alguna vez que la obra de la doncella había obedecido más a insinuación del diablo que a una providencia de Dios. Otros quizá no lo pensarían así, y llevaron a la sentencia lo más bajo de sus manejos humanos, pero, de hecho, fue un vergonzoso proceso el de la gloriosa mártir. Pedro Cauchon, el obispo desterrado de Beauvais y vendido a Inglaterra, es el animador de todo. También el rey de Francia, Carlos VII, la abandona cobardemente a su suerte. De este modo su amante Inés Sorel quedaba más tranquila, sin que la inquietaran las aclamaciones que aquella valiente joven llevaba a cada paso. Juana sigue en su prisión, más apenada por los suyos, «tan fieles al rey», que por sí misma. Con todo, aprovecha un descuido de la guardia y pretende huir, arrojándose desde lo alto de la torre del castillo, pero se hiere y es apresada de nuevo, entregada a los ingleses y trasladada al castillo de Ruán. Mientras la

virginal doncella tiene que sufrir los ultrajes y modos desvergonzados de los carceleros, allí arriba, en las salas de palacio, se está preparando el proceso que la ha de condenar.

Cuando se presenta ante los jueces del tribunal, Cauchon la acusa de magia y de herejía, de no ser cristiana por vestir el traje de varón, y, en fin, de abominables maquinaciones, que quiere poner en juego para condenarla. Más tarde, en el proceso de rehabilitación, un testigo de aquellos hechos, Pedro Cusquel, declara haberla visto en la prisión, encadenada de pies y manos y por el cuello, junto a una jaula de hierro donde se disponían a encerrarla A veces llegaron hasta situar a dos testigos, que oyeran una de sus confesiones, donde el religioso que la atendía le dio el consejo de apelar al Papa, cosa que hizo inmediatamente. Pero Cauchon, al enterarse, le respondió con todo descaro: «El Papa está muy lejos», cerrándole con esto todo camino de salvación.

Los jueces hacen lo posible por condenarla como impostora, herética y hechicera. Le dan una cédula para que firme, haciéndola saber que contenía tan sólo una promesa de no vestirse jamás de hombre ni de llevar armas en su vida, asegurándole que con ello la dejarían libre. La inocente doncella lo firma, pero en ello firmaba más bien una retractación de los supuestos delitos de hechicería, con lo que, en vez de a la pena de muerte, la condenan a cárcel perpetua, sometida al régimen del «pan y del dolor» y del «agua de la angustia».

Los perseguidores no quedan contentos todavía y usan de esta miserable estratagema: Una madrugada, al despertarse, Juana ve con pavor que los carceleros se le han llevado todas sus ropas, lo que la obliga a ponerse unos hábitos de varón que intencionadamente habían dejado esparcidos por la celda. Cuando se entera el tribunal, dando muestras del mayor escándalo, se reúnen de nuevo, y por unanimidad —eran 42 los asesores— la condenan por relapsa y hechicera al cruel castigo del fuego. Era el día 29 de mayo del año 1431 y la sentencia había sido declarada en el mismo palacio del arzobispo de Ruán.

Al día siguiente se prepara en el mercado viejo de la ciudad una gran pira y alrededor de ella dos tablados: uno para los jueces, otro para los prelados, y allí, enfrente, un grande espacio para la multitud, que va a presenciar la ejecucion entre acongo-

jada y llorosa. La santa sale llena de entereza y de resignación, con sus ojos elevados al cielo. La atan al palo mayor de la pira, y pronto empiezan a chisporrotear las llamas, aunque todavía el humo lo envuelve todo, pues han tenido gran cuidado de rodear los troncos de tierra humedecida para que el calvario se prolongue más y sean terribles los sufrimientos. La santa no dice una palabra. Su último deseo es contemplar el crucifijo, que le presenta el sacerdote que la asiste, y solamente cuando, ya en medio de las llamas, se le acerca Cauchon, la inocente Juana le dice, casi con la voz apagada:

> «Muero por vuestra culpa Si me hubieseis entregado a la Iglesia, y no a mis enemigos, no me encontraría aquí ¡Ah! ¡Ruan, temo que mi muerte te sea fatal!»

Pide un poco de agua bendita, invoca al arcángel San Miguel, y suavemente expira, invocando por tres veces el santo nombre de Jesús.

Algunos de sus jueces, dicen las viejas crónicas, lloraron ante tal espectáculo. Mientras, ella, la Santa, sonreía.

Cuando el rey entra por fin en Ruán, manda que se revise todo el inicuo proceso llevado contra Juana. Ante las pruebas evidentes lo tacha de falso y de criminal, y consigue que se haga públicamente la total rehabilitación de la santa, el 7 de julio de 1456. Con el correr de los siglos, la gloria de la doncella se va extendiendo por Francia y por el mundo entero. Todos la tienen ya como enviada de Dios, como salvadora de su patria y como mártir. En el siglo XIX los obispos franceses, con el famoso Dupanloup a la cabeza, piden su canonización a Su Santidad Pío IX. No se cree conveniente todavía dar el paso, pero su sucesor, León XIII, hace que toda la causa pase a la Congregación de Ritos En tiempos de San Pío X se completa la compleja y minuciosa labor, y el 13 de diciembre de 1908 se formulaba el decreto de beatificación, que el Pontífice mencionado promulga solemnemente el 18 de abril de 1909. El siguiente Papa, Benedicto XV, la incluye por fin en el catálogo de los santos el 16 de mayo de 1920, dando con ello el supremo homenaje a la inocente heroína, que no hizo otra cosa en su vida sino seguir fielmente los caminos que la Providencia le había señalado

FRANCISCO MARTIN HERNANDEZ

Bibliografía

BARANTE, BARON DE, *Histoire de Jeanne d'Arc* (Paris 1859)
CHAMPION, P , *Proces de condamnation de Jeanne d'Arc* (Paris 1920 1921), 2 vols
DUHOURCAU, F , *Jeanne d'Arc ou le miracle français* (Paris 1939)
FUNCK BRENTANO, F , *Jeanne d'Arc, chef de guerre* (Paris 1943)
HANOTAUX, G , *Jeanne d'Arc* (Paris 1911)
PETITOT, H , OP, *Sainte Jeanne d'Arc* (Paris ^{2}1921)
TOCHET, S , *La sainte de la patrie* (Paris 1920)
• Actualizacion
Jeanne d'Arc Une epoque, un rayonnement Colloque d'histoire medievale Orleans, octobre 1979 (Paris 1982)
MARCANTEI , P , *Juana de Arco La historia de la doncella de Orleans* (Barcelona 1998)
PEGUY, CH , *El misterio de la caridad de Juana de Arco* (Madrid 1979)
SACKVILLE WEST, V , *Juana de Arco* (Madrid 2003)
SINUES, M ª DEL P , *Juana de Arco, la doncella de Orleans* (Madrid 2001)
TWAIN, M , *Juana de Arco* (Madrid 1989)

SAN MATÍAS KALEMBA

Martir († 1886)

El glorioso y esclarecido grupo de los mártires de Uganda tiene su memoria en el *Martirologio* el día 3 de junio, en que tuvo lugar el sacrificio de la parte más nutrida de ellos en la colina de Namugongo, pero no todos los mártires murieron allí y aquel día Algunos se habían adelantado a la fecha dejando la vida en los días anteriores, y uno de ellos es nuestro Matías Kalemba. Este santo bien merece una biografía aparte, porque dos condiciones le hacen destacarse del grupo: la primera, que no era un joven como los demás sino un hombre de cincuenta años, que había llegado al cristianismo tras una larga y honesta búsqueda de la verdad, y la segunda, que su martirio fue sin duda el más prolongado, doloroso y humanamente terrible de todos, superando en ello no sólo a los demás mártires de Uganda sino a muchos otros mártires de todas las épocas.

El África negra vivía por entonces, en la década de 1830, cuando nace este futuro santo en la tribu de los Musogas, encerrada en sí misma. Si bien en las costas africanas existían ya colonias europeas y si bien muy pronto los ojos de Europa se pondrán en África para «descubrirla» y conquistarla, todavía muchos pueblos negros vivían a su aire, con sus ancestrales costumbres y modos de vida, y entre éstas se encontraban las razzias que proporcionaban esclavos.

Wanté, que éste fue su nombre original, creció como un niño más en el poblado de su tribu hasta que cuando tenía doce años una razzia asalta su poblado, y él entonces junto con su madre es apresado y llevado a la corte del kabaka o rey de Uganda como esclavo. Fue el primer gran dolor de su vida, un terrible desgarro que cambió por completo su vida y le orientó a un futuro distinto del que le aguardaba de haber vivido entre los suyos.

Wanté era una persona enérgica y de carácter independiente y la esclavitud no podía hacérsele sino muy dura, pero era también un genio práctico y viendo que aquello no tenía remedio aceptó la esclavitud y se dispuso a vivir en ella. El kabaka dispuso que Wanté fuera vendido y optó por él y lo compró un tal Mugatto. Aquello humanamente fue lo que mejor le pudo suceder al joven esclavo. Porque Wanté sirvió bien y lealmente a Mugatto, y éste empezó a tomarle afecto a causa de sus buenos servicios, y este afecto cambiaría la suerte de Wanté. Vivían en el distrito de Kirumba, provincia de Singo. Mugatto tal como lo pensó lo hizo: sacó de la esclavitud a Wanté y lo adoptó como hijo, y cambió su nombre por el de Kalemba. De esta forma recobró la libertad y tuvo un status social muy diferente porque la perspectiva era heredar a su padre adoptivo y ser él también señor de Kirumba. Mugatto no se arrepintió de haber liberado y adoptado a Kalemba. El joven fue cariñoso y obediente, cuidó con amor a su padre adoptivo cuando se puso enfermo y velaba junto a él durante su enfermedad. Y en una de esas noches de vela junto al enfermo, recibió de éste una importante confidencia. Mugatto le dijo que él toda su vida había estado a la búsqueda de la verdad. La había buscado en su corazón y ahora sabía con certeza que él, Kalemba, sí llegaría a ella, porque vendrían de tierras lejanas —le añadió— unos hombres blancos, de cuyos labios escucharía la verdadera religión. Harás bien en escucharlos y en seguirlos. Mugatto poco después murió y su hijo adoptivo Kalemba le heredó. Y guardó en su corazón aquella advertencia que le hizo al morir, y estaba atento a ver cuándo esos anunciados hombres se presentarían.

La vida siguió para Kalemba. Se hizo mayor. Contrajo matrimonio, o por mejor decir, matrimonios, pues en la práctica de

los ugandeses entraba la poligamia. Y de estas esposas tuvo hijos, para quienes fue un padre bueno y afectuoso. En 1866 estuvo a las puertas de la muerte porque una terrible epidemia de viruela asoló el país. Kalemba la contrajo y su fuerte constitución luchó contra ella hasta lograr superarla, pero no sin que le quedaran secuelas.

Por fin, y siendo rey Suna, vinieron por el país unos hombres vestidos de largos trajes y mantos blancos, que profesaban unas creencias distintas al paganismo de su entorno. Se trataba de musulmanes del norte de África que establecían relaciones comerciales con los países de raza negra. Kalemba creyó que se trataba de los hombres blancos a los que su padre moribundo había aludido, y se interesó por su religión. Comparó el Islam y su afirmación del Dios único, su espera del juicio de Dios, su rendida sumisión a la majestad divina, su aprecio por la oración, el ayuno, la limosna, etc., con el paganismo en que se había criado, y pensó que allí estaba la verdad y que aquéllos eran los mensajeros anunciados por su padre. Se hizo musulmán. Algo, sin embargo, en su interior le avisaba que no era aquélla la verdad completa que se le había predicho. No obstante, atrajo al Islam a algunas amistades suyas. Estaba por entonces al servicio del jefe de la provincia de Singo, el Mukwenda, lo que le hacía residir en Mitiyana. Allí conoció al alfarero del jefe, llamado Mawaggali, y logró su islamización. En realidad y por entonces estaba bien visto hacerse musulmán y era mucha su influencia en la corte. El propio kabaka o rey Mutesa también profesó el Islam. Pero a comienzos de 1875 el kabaka se irritó con esta religión, porque los musulmanes se negaron a comer las carnes servidas en un banquete ya que los animales no habían sido muertos siguiendo las prescripciones coránicas. El rey montó en cólera y dio comienzo a una verdadera persecución antiislámica, en la que hubo víctimas. Kalemba se salvó porque disimuló su fe musulmana, que siguió practicando en privado aunque pareciera dar culto a los dioses en la vida social. En ella su crédito era grande. Estaba en plena madurez humana y a sus cuarenta años aparecía como un hombre inteligente y sensato, eficaz y leal. Su jefe le puso de sobrenombre Mulumba, que significa algo así como el Fuerte o el Bravo, y lo hizo juez de los procesos de la provincia.

Kalemba Mulumba no podía menos que interesarse cuando supo que en 1877, tras el explorador Stanley, llegaban al reino unos hombres blancos que predicaban una nueva doctrina, la doctrina cristiana. Se trataba de misioneros protestantes, que enseguida atrajeron su atención Kalemba acudió a las reuniones de los misioneros y pudo oír la lectura de la Biblia así como el anuncio de Jesucristo que los protestantes hacían y se sintió atraído por este mensaje, de tal manera que decidió dejar el Islam y hacerse cristiano Pero no tardaron mucho, fue en 1879, en llegar misioneros católicos, los Padres Blancos, autorizados por el kabaka a propagar su religión. Naturalmente los protestantes pusieron a Kalemba en guardia contra el catolicismo. Dijeron que el catolicismo no profesa la verdad y que adoran a la Virgen. Kalemba los veía como eran: hombres de piel blanca y de largos vestidos blancos. Se acordaba de la advertencia de su padre, pero, movido por la reconvención de los protestantes, no se acercó de momento a ellos. Sin embargo, tuvo que tratarlos, porque como se les autorizó a los misioneros a construir sus casas, la vigilancia de la construcción se le confió a Kalemba y pudo así ver su conducta y modo de vida. El testimonio de los misioneros le impresionó y con su amigo Banabakintu y más tarde con su ya conocido amigo Mawaggali comenzó a acudir a la enseñanza del catecismo católico. Tuvo una entrevista con Mons. Livinhac y hubo entre él y el misionero un largo coloquio en el que el corazón de Kalemba quedó conquistado para el catolicismo

No era sencillo hacerse cristiano. Tenía que renunciar a la poligamia y quedarse únicamente con una esposa, y esto se le planteó claramente en cuanto en la primavera de 1881 dio comienzo formal a su catecumenado. Pero pudo verse que su resolución de hacerse católico era firme, y en efecto se separó de sus esposas y se quedó sólo con una, no desamparando a las otras en sus necesidades materiales y atendiendo debidamente a sus hijos. Acudía con puntualidad y celo a las catequesis y su alma se fue abriendo a la luz de Dios, el Dios revelado en Jesucristo que por ministerio de la Iglesia continúa ejerciendo su obra redentora en el mundo.

Los misioneros se convencieron de que Kalemba era un converso sincero. Dio toda clase de seguridades de que no vol-

vería al protestantismo, y se tomó la decisión de acortar su catecumenado y admitirlo al santo bautismo. Con gran emoción y singular alegría fue regenerado por el agua y el Espíritu en la fiesta de Pentecostés de 1882, el día 28 de mayo. Con él se bautizó entre otros su amigo Banabakintu, que tomó el nombre de Lucas, y será mártir como él. También recibiría por entonces el bautismo su amigo Mawaggali, que tomó el nombre de Noé y moriría mártir igualmente. En el santo bautismo tomó el nombre de Matías.

Mityana, su residencia, sería el campo de su desde ahora fecundo apostolado. Jefe de varios poblados, quiso desde su autoridad dar vivo ejemplo de los valores del cristianismo, haciendo cosas que para su condición social elevada eran prohibitivas pero que él quería hacer como signo de que consideraba a los demás no inferiores sino hermanos. Para imitar a Jesús obrero y subrayar el valor cristiano del trabajo comenzó a labrar la tierra, tarea reservada a mujeres o esclavos. Igualmente en vez de hacer que sus paquetes o bultos los llevasen sus criados, cargaba él con uno de ellos. No dejaron de decirle: Llevando un bulto, pareces un esclavo. Y él contestó: Lo soy. Soy esclavo de Jesucristo.

Su cristianismo le llevó a ser un juez excelente. Le traían sus diferencias y en vez de limitarse a administrar justicia neutralmente, iba al fondo de las cosas y procuraba la paz y entendimiento entre los que pleiteaban, de modo que hizo una gran obra de pacificación y concordia. Pero luego renunció a este cargo y así tenía más tiempo para su labor catequética.

Para todos tenía buenas palabras y buenas obras. Fueron especiales amigos suyos los pobres, socorriéndoles de su bolsa siempre abierta a todos los que lo necesitaran.

Su casa se convirtió en un centro de catequesis. Llegó a formar una comunidad cristiana compuesta de doscientas personas, a las que él había conquistado para Cristo, las había instruido pacientemente y las había llevado hasta la fuente del bautismo. Comprendiendo que su formación era todavía rudimentaria, ideó un sistema para renovar sus catequesis. Dos veces al mes mandaba un neófito a la residencia de los misioneros en Rubaga, a unos ochenta kilómetros, el cual luego le refería la

catequesis de los misioneros y él a su vez se la pasaba a su comunidad y a sus catecúmenos.

Tenía un escrúpulo de conciencia: no le gustaba tener que ir con su jefe a expediciones de saqueo. Iba, pero se negaba a tomar parte en el botín y no dejaba de decir que su mayor deseo era poder prescindir de ellas.

En noviembre de 1882 los misioneros fueron expulsados por orden del kabaka Mutesa que había mudado su primitiva simpatía en odio. Los misioneros creyeron lo más prudente acatar la orden y abandonar el país. Matías, sabedor de la orden de expulsión, fue a buscarlos y se despidió de ellos, recibiendo el encargo de cuidar de los catecúmenos y velar por la fe de los conversos de su zona. El encargo lo recibieron Matías y Lucas Banabakintu, y desde entonces y hasta la vuelta de los misioneros cumplieron con ardor y óptima voluntad su tarea.

En 1884 murió Mutesa y subió al trono su hijo Mwanga, el cual volvió a permitir la entrada de los misioneros. Pareció en un primer momento que se abría una primavera para la Iglesia porque el kabaka quiso también ser instruido en la fe católica y dio puestos importantes de su corte a notorios cristianos. Pero los elementos paganos no estaban dispuestos a una pacífica evangelización del reino. El katikkiro o primer ministro ideó matar al rey, fue descubierta la conjura y por súplica de los cristianos fue perdonado, lo que no hizo sino paradójicamente aumentar el odio que el katikkiro sentía contra el cristianismo. Para ello acudió a la seducción y la lisonja e hizo ver al kabaka que el cristianismo ponía en cuarentena su cualidad de semidiós y su mando omnímodo sobre todas las personas del país. El rey se volvió soberbio, celoso, cruel y dejó que se destapase en su alma la afición a los jóvenes pajes. Pese a las advertencias hechas por los cristianos y los misioneros, mandó asesinar al obispo anglicano que iba con su séquito camino de Kampala, y tomó por intento de asesinato el mal que le produjo una medicina proporcionada por los misioneros y no tomada según prescripción. La cólera del rey se unió al esfuerzo de los enemigos del cristianismo, y se produjo entonces la primera víctima. Los cristianos se hicieron el ánimo a una posible persecución. Ésta estalló el 25 de mayo de 1886 cuando el rey descubrió que el

hijo del katikkiro estaba siendo catequizado por el armero real, el cristiano Dionisio Ssebuggwawo. Asesinó a Dionisio con sus propias manos, y dio la orden de acabar con los cristianos.

Matías había visto venir, como los demás cristianos, la persecución. A comienzos de mayo fue a Rubaga a ver a los misioneros y a pedirles los sacramentos. Les manifestó su gozo por la proximidad entrevista del martirio. Luego marchó a su residencia y allí esperó. En la mañana del 26 de mayo de 1886 junto con Lucas fue arrestado. Ambos, Lucas y él, podrían haber huido, pero se presentaron como cristianos. Matías mandó recado a Singo previniendo a los cristianos y ordenó que su mujer y sus hijos se pusieran a salvo. Manifestó estar contento de padecer por Cristo.

Sujetos ambos con grilletes, no les dieron nada de comer en todo el día, y a la mañana siguiente les metieron en la boca bolas de puré de plátano. Seguidamente los llevaron a Mengo, donde fueron encerrados en una cabaña en la que ya estaba preso el futuro mártir Andrés Kiwanuka.

Entonces llegó el katikkiro, y se produjo un diálogo que nos recuerda los de las actas de los mártires del Imperio Romano.

— Katikkiro ¿Eres tu Malumba?

— Matias Si, yo soy

— Katikkiro Eres un personaje distinguido ¿Por que te has decidido a abrazar el cristianismo?

— Matias Mi religión es un asunto personal mio

— Katikkiro ¿Y has despedido a tus mujeres y ahora te preparas tu mismo tu comida?

— Matias ¿De que me acusas, de comer poco o de cambiar de religion?

— Katikkiro Llevaoslo y matadlo Pero hacedle sufrir Cortadle los pies y las piernas, rasgadle las espaldas, asad trozos de su carne ante sus ojos Veremos si su Dios viene a librarle

— Matias El me librara Pero tu no podras verlo Porque tomará lo que hace al hombre pero dejara la envoltura

Y de esta forma, y como nuevo Macabeo, confesó su fe en la inmortalidad del alma mientras el cuerpo muere.

Hecha por parte de Lucas la misma confesión de fe, ambos confesores salieron en dirección a Kampala, donde debían unirse a un grupo de pajes condenados a muerte que llegaría de la corte. Al llegar a Kampala, Matías mismo sugirió que no tenía

sentido seguir adelante porque él no era un hombre de la corte sino del gobernador, y que el rey no lo conocía, por lo que no podía esperar su perdón. Y añadió: Matadme aquí. Se despidió de su amigo Lucas diciéndole que se volverían a ver en el cielo. Y empezó el horroroso tormento a que fue sometido el intrépido testigo de Cristo.

Cumpliendo la orden del katikkiro, lo llevaron a un lugar solitario y lo ataron fuertemente de manera que no pudiera por sí mismo zafarse de las ligaduras. Luego, usando machetes y cuchillos, comenzaron a hacerle heridas y a cortarle trozos de su carne, partiéndole las piernas, dislocándole las coyunturas, lacerando los nervios y aplastándole los músculos, todo ello de forma que padeciera los más atroces dolores. El mártir no chillaba ni protestaba, no maldecía a sus verdugos, no les echaba en cara su crueldad, no los insultaba. Sólo repetía una y otra vez: Dios mío, Dios mío (Katonda wange).

La paciencia del mártir no aplacó la crueldad de los verdugos. La aguijoneó. Decidieron entonces encender un fuego y cortándole trozos de carne de su pecho y espalda asarlos allí mismo ante sus ojos, mientras lo llenaban de insultos e improperios y vomitaban blasfemias contra el Dios de los cristianos. El mártir guardó un sagrado silencio ante aquella horrible carnicería.

Decidieron no rematarlo sino abandonarlo a su suerte, y se marcharon. Estuvo expuesto tres días al sol y a las lluvias y a las frías noches de la primavera, y una nube de moscas e insectos, atraídos por la sangre, acudieron a cebarse en los pobres despojos vivos de aquella víctima. La fiebre, el hambre y sobre todo la sed se apoderaron del mártir. Subieron algunas personas a cortar cañas a aquella colina y oyeron una voz débil que pedía agua, pero al acudir y ver aquel horrendo espectáculo dejaron al mártir de nuevo solo en su larga espera de la muerte. Se unió a la sed de Cristo en el Calvario y con Cristo se inmoló por su amor. Se supone que moriría el día 30 de mayo.

No pudo saber que al día siguiente a su muerte un mensajero del kabaka se apoderó de su mujer y sus hijos. Él estaba ya con el Padre. Pasaron unos días y los misioneros pudieron localizar sus restos mortales y darles cristiana sepultura.

El Espíritu de Dios le había dado fortaleza para confesar bravamente la fe. Fue de verdad Mulumba, el Fuerte, en su martirio, y bien merece este padre de familia, que a los cuatro años de convertido muere por la fe de forma tan escalofriante, tener un sitio de honor en este *Año cristiano.*

Fue canonizado con los demás mártires de Uganda, por el papa Pablo VI, el 18 de octubre de 1964.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

«I centenario de los mártires de Uganda»: *Mundo Negro* (1986) junio.
BEDUSCHI, J., *Los Mártires de Uganda* (Madrid-Mexico 1974)
FAUPEL, J J., *African holocaust. The story of the Uganda martyrs* (Londres 1962).
LIZALDE, J. L., *Todos los santos africanos* (Madrid 2000).
MARION, F., *Nuovi santi africani. Ventidue martiri d'Uganda* (Milán 1964).
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 279-295
VALLERY-RADOT, R., *La legende doree au dela les mers. les 22 martyrs de l'Ouganda* (París 1930)

SAN JOSÉ MARELLO

Obispo y fundador († 1895)

En plena visita pastoral, cuando acababa de celebrar la eucaristía en Savona (Italia), el 30 de mayo de 1895, en la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, falleció el obispo de Acqui, mons. José Marello, a quien, con toda justicia, el gran pontífice León XIII llamó «lumbrera del episcopado».

Había acudido enfermo a conmemorar el centenario de San Felipe Neri. El llanto y el dolor de la diócesis fue grande y duradera e inolvidable la huella profunda que dejó el paso vivificador de su ministerio pastoral. La amabilidad atrayente de sus heroicas virtudes, su prodigiosa ecuanimidad siempre afable, su piedad singular, su prudencia y su celo, su caridad incomparable y desbordante le ganaron el cariño de todos y dejaron un recuerdo indeleble.

Era una «perla de obispo», como reza el título de la biografía que le dedicó A. Raniero (Asti 1947). En realidad fueron pocos los años que estuvo al frente de la diócesis, pues su nombramiento data de 1888; pero la madurez y la experiencia, junto

con la entrega generosa sin reservas a pesar de su precaria salud, le permitieron llevar a cabo una gran obra apostólica, logrando la unidad y la cohesión de la vida diocesana, de todas las fuerzas católicas y de todas las instituciones, que es el sueño y la misión principal de un obispo.

Sorprende esa madurez y esa prudencia activa, serena y eficaz. Había acumulado en su vida breve un gran caudal de espíritu.

Nació en Turín el 26 de diciembre de 1844. Fueron sus padres Vicente y Ana Viale, quien falleció cuando el niño tenía ocho años. Se crió con sus abuelos en San Martín Alfieri.

Llamado al sacerdocio de un modo algo extraordinario, ingresó en el seminario diocesano de Asti, donde cursó casi todos los estudios, hasta la ordenación sacerdotal el 19 de septiembre de 1868.

El obispo, Carlos Savio, lo escogió como su secretario particular. Siempre fue un sacerdote modelo. Acompañó a su obispo al Concilio Vaticano I y fue enriqueciendo su experiencia pastoral en los distintos cargos diocesanos por los que pasó: director espiritual del Seminario (1880); canciller de la curia diocesana desde 1881; examinador prosinodal.

Junto con otros canónigos de la catedral, en 1883, adquirió el edificio de Santa Clara y lo convirtieron en un hospital de caridad. A él dedico todos sus ingresos. En 1885 fue a vivir allí y en él prodigó testimonios de humildad, mansedumbre y amor a los pobres.

Se distinguió por el amor a la Iglesia y al Papa, por la devoción tierna a la Santísima Virgen, inspirada en los escritos de San Luis María Grignon de Monfort, con el título de «Reina de los corazones», y al glorioso patriarca San José. Ésos fueron sus ideales y sus amores.

En 1878 fundó la Congregación de los Oblatos de San José, a los que el pueblo llama «josefinos de Asti», dedicada prioritariamente a la educación de la juventud y a las misiones. Primero fue laical y más tarde se convirtió en clerical y obtuvo la aprobación pontificia en 1909.

Los primeros pasos fueron muy humildes, pero, como el grano de mostaza del evangelio, creció y se desarrolló, de modo

que llegó a extenderse no sólo por Italia sino también por las Islas Filipinas, Brasil, México, Bolivia, Perú y por la misma América del Norte, donde los oblatos se dedicaron a la ayuda y atención de los numerosos emigrantes italianos.

La estela de sus virtudes apostólicas bien conocidas movió al papa León XIII a nombrarle, en 1888, obispo de Acqui.

Desde el 29 de julio de 1923, su sepulcro se venera en la cripta del Santuario de San Jose, junto a la casa madre de los oblatos, a donde fue trasladado desde el cementerio de Acqui. Y es la meta de numerosas peregrinaciones.

A su intercesión se atribuyen milagros, favores y gracias. Por su fama de santidad se inició el proceso de canonización por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos el 28 de mayo de 1948. Fue beatificado el 26 de septiembre de 1993 por Juan Pablo II, y canonizado por el mismo Papa el 25 de noviembre de 2001.

Éstas fueron las palabras del vicario de Cristo en la homilía de la misa. Nos dan una bella semblanza espiritual del sacerdote, el obispo, el fundador, el enamorado de la Virgen y de San José, encarnándolo todo en su tiempo y en su tierra, donde, por entonces, brillo una gran constelación de santos.

> «De esta plenitud (la que habita en Cristo, segun Col 1,19) fue hecho partícipe San Giuseppe Marello, como sacerdote del clero de Asti y como obispo de la diocesis de Acqui Plenitud de gracia fomentada en el por la intensa devocion a Maria Santisima, plenitud del sacerdocio que Dios le confirio como don y compromiso, plenitud de santidad que el alcanzo conformandose a Cristo, Buen Pastor»
>
> «Mons Marello se formo en el periodo aureo de la santidad piamontesa, cuando en medio de multiples formas de hostilidad contra la Iglesia y la fe catolica, florecieron campeones del espiritu y de la caridad, tales como Cottolengo, Cafasso, Don Bosco, Murialdo, Allamano»
>
> «Joven bueno e inteligente, apasionado de la cultura y del compromiso civil, nuestro santo encontro solo en Cristo la síntesis de todo ideal y a el se consagro en el sacerdocio Realizar los intereses de Jesus fue el lema de su vida y por eso se fijo totalmente en San Jose, el esposo de Maria, el custodio del Redentor»
>
> «De San Jose le atrajo fuertemente el servicio oculto, nutrido de profunda intensidad Supo infundir este estilo a los oblatos de San Jose, la congregacion religiosa por el fundada Acostumbraba a repetirles "Sed extraordinarios en las cosas ordinarias" Y añadia "Sed cartujos en las casas y apostoles fuera de casa"»

«De su robusta personalidad el Señor se quiso servir para su Iglesia llamandolo al episcopado en la diocesis de Acqui, donde en pocos años gasto para la grey todas sus energias, dejando una im pronta que el tiempo no ha borrado» (Homilia en la canonizacion)

Después de repasar la vida y obra de este gran amigo de Dios, demos gracias con alegría al Padre que nos ha hecho capaces de tomar parte en la herencia de los santos en la luz (Col 1,12). *Oportet illum regnare.*

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 71 (1979), 86 (1994) 118s
PIAZZANO, M , «Marello, Giuseppe», en *Bibliotheca sanctorum* t VIII, p 753
RANIERO, A , *Una perla di Vescovo* (Asti 1947)
RIPITTO BITIS, J L , «Jose Marello», en ID , *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 456 457
«Homilia de Juan Pablo II en la canonizacion (25 11 2001)» *Ecclesia* (2001) n 3078, p 1845 1846

BEATO OTTO NEURURER

Parroco y martir († 1940)

El sacerdote y párroco Otto Neururer fue un mártir del sacramento matrimonial. Murió por haberlo defendido como un signo de fidelidad y por haber librado a una de sus jóvenes parroquianas de un divorciado imbuido de la brutalidad nazi. La venganza por haber cumplido con su deber fue tremenda y ejecutada con tanta crueldad, que sólo unos locos pudieron portarse así con un prisionero indefenso.

Pero la locura nazi era en los años de su euforia bélica un desahogo desesperado de quien, sin razón ya para vivir, busca el matar como venganza y despecho. Aconteció en aquellos campos de concentración, en donde la vida ya no valía nada, pero en los que miles de personas dependían del capricho de un desalmado. Las llamaradas de heroísmo que surgieron en medio del sufrimiento dejaron en claro que la victoria sobre los tiranos a la larga es patrimonio de las víctimas. Ellas sobreviven con la palma del martirio. Los asesinos se hunden en las tinieblas de

la historia. Y los mártires, como Otto Neururer, brillan para siempre con fulgores de grandeza.

La pléyade de hombres fuertes en aquellos campos de exterminio representa una de las páginas más bellas de la Historia cristiana, tal vez sólo comparable con los días de Nerón o Diocleciano. Porque los crímenes no eran sólo obra de un tirano encumbrado en la Cancillería de Berlín. Eran un destello de la eterna lucha entre el bien y el mal, entre Dios y los profetas de la raza, del poder, de la guerra o de la materia confundida con el espíritu.

Figuras como San Maximiliano Kolbe (1941), polaco y franciscano; Santa Edith Stein (1942), carmelita alemana e intelectual; el Beato Titus Brandsma (1942), holandés y carmelita; el Beato Michel Kozal (1943), polaco y obispo; el Beato Jacques Gapp (1943), austriaco y marianista; la Beata Hélène Kafka (1943), austriaca y religiosa; el Beato Bernard Lichtenberg (1943), polaco y sacerdote; el Beato Étienne Frelichowski (1945), polaco y sacerdote; el Beato Charles Leisner (1945), alemán y sacerdote; el Beato Marcel Calle (1945), francés, seglar; y la legión de los Beatos Antonio Julián Nowowiejski, obispo, con 107 compañeros asesinados entre 1939 y 1945, son los jalones de un camino único y sorprendente. Uno de los primeros peldaños lo forma el humilde párroco del Tirol que murió para defender a una inocente. En este contexto es donde hay que descubrir, admirar e imitar la fe y el celo del Beato Otto Neururer.

Vivió toda su vida sacerdotal en Gotzens, Austria (cerca de Innsbruck). Fue párroco celoso hasta que le llegó la hora del martirio. Hasta entonces no hizo otra cosa que cumplir con su deber de pastor. Al ser ordenado sacerdote fue enviado a la parroquia escondida en las montañas del Tirol austriaco. El celo le hizo buscar y animar también algunas clases de religión en diversos centros de la zona para educar la fe de sus parroquianos en las horas escolares. Por este motivo su vida fue tan sencilla como espectacular, rápido y cruel fue su martirio. Es el contraste del padre Otto, como todos le llamaban con cariño y respeto.

Había nacido el 25 de marzo de 1892 en Piller, en el Tirol de Austria. Fue el último de los varones de una familia de doce hermanos. En la región en la que se hallaba su aldea la vida era

siempre dura y afanosa, al igual que las montañas, bellas por el paisaje, pero ingratas para el cultivo.

El ambiente hogareño era propio de los sufridos campesinos, que enseñaban a trabajar a sus hijos más con el ejemplo de cada día que con consejos innecesarios. Así procedió su padre, que era un honrado labrador de escasa parcela y que vivía de su trabajo en la tierra que le pertenecía. También llevaba un molino en la aldea a fin de redondear sus ingresos y dar de comer a su numerosa familia.

Pero el padre falleció cuando Otto era muy niño. Fue la madre, muy piadosa, sufrida y pacífica, la que con ayuda de los hijos mayores debió cargar con la educación y crianza de tan numerosa prole. Dios siempre ayuda a los humildes de corazón. En aquella familia todos lo eran. Entre la pobreza y el trabajo de todos fueron saliendo adelante. A Otto, el más pequeño, le correspondió seguir el ejemplo de sus hermanos y realizar todas las jornadas las monótonas faenas de las tierras, de los animales y de los esfuerzos.

Se sabe que la madre era reservada y exigente. Padecía periódicos estados de tristeza y depresión. No bastaban los consuelos de los vecinos para amortiguar la dureza de la existencia. Pero, en aquellos lugares campesinos, la solidaridad estaba muy arraigada y nunca faltaba una mano piadosa que ayudara a los hijos desde fuera, hasta que la madre se restablecía con el cariño de su entorno. Y ése fue un rasgo que se marcó en el carácter del niño Otto, de quien los testimonios afirman que era tímido, callado, reflexivo, introvertido, acostumbrado a sufrir en silencio sus dudas y tristezas.

Por eso, Otto aparecía siempre con una actitud de reserva y serenidad y se movía entre la resignación y la prudencia, con su mirada lánguida adornada de una sonrisa cautivadora. Nadie hubiera dicho que aquel temperamento medroso llegaría un día a dar muestras de una fortaleza y valentía sorprendentes y propias de los héroes curtidos para la lucha.

Sin embargo, era inteligente y muy sistemático. Se hallaba bien dotado para los estudios. A pesar de su timidez, sus aciertos en la escuela local fueron buenos y garantizaban su aprovechamiento intelectual. No parecía destinado por la naturaleza

para una vida brillante, pero sus serenos juicios y su finura intuitiva, su cordialidad natural, le capacitaban para una responsabilidad a prueba de obstáculos, si la ocasión llegaba. También dio muestras de piedad y de sensibilidad en la oracion y en el amor a los necesitados.

Ese manojo de rasgos y las inquietudes espirituales prioritarias para él, junto con el natural sentido del deber y la honradez, fueron los avales que movieron al párroco de Piller a fijarse en sus buenas cualidades para orientarlo hacia el sacerdocio. No parecía estar destinado para ser un héroe brillante ni catedrático erudito. Pero sí resultaría un sacerdote fiel y cumplidor de su misión eclesial. Por eso el Seminario menor de la localidad de Brixen (Bressanone) le abrio las puertas cuando Otto contaba 12 años y luego el Seminario Mayor le recibió para perfeccionar su vocación de pastor generoso en su entrega.

Su formación en ambos niveles de su vida seminarística fue normal, sin grandes sorpresas ni especiales incidencias. Como la de tantos muchachos que estudiaban, pues la región era muy católica y las familias sabían rezar y dar buen ejemplo, la vida de trabajo orientó sus inquietudes juveniles. Realizó su preparación sacerdotal y cursó sus estudios sin dificultad. Y las virtudes cultivadas en el Seminario florecieron en sus primeros años sacerdotales. Lo que sobresalió en su personalidad desde seminarista, fue su sensibilidad por la justicia en el mundo del trabajo y en aquella sociedad en la que el obrero era maltratado y precisaba defensores.

Ordenado sacerdote, celebró su primera misa en su aldea natal. Luego fue destinado como párroco y profesor de religión en varios lugares. Siguió con sus inquietudes sociales y su deseo de defender al mundo obrero. Ello le originó en diversas ocasiones algunas disensiones y serias advertencias por parte de sus superiores eclesiásticos, no del obispo, que no tenía tiempo para hablar con cualquier cura de aldea, sino con los vicarios que vigilaban para que el clero diocesano no se desviara por sendas no deseadas. Por eso le llamaron al orden en alguna ocasión y le dijeron que sus vínculos con los sindicatos y su apoyo a diversas reclamaciones que surgieron no parecían ser la misión primera de un sacerdote.

Pero la disensión no subió de tono, por su timidez probablemente, más bien que por el valor objetivo de la advertencia. Él seguía con fervor la línea marcada por la *Rerum novarum* y se lanzaba a apoyar a quienes parecían a sus ojos víctimas de injusticias. Por eso muchas veces rozaban sus palabras y acciones el lindero de lo político. Mas no se extralimitaba en sus predicaciones ni jamás hizo del púlpito una plataforma de promoción social ni menos de campaña política. Poseía demasiado sentido común para caer en semejantes errores.

Su vida de párroco y profesor de religión en diversos centros discurrió durante años entre el deseo de la justicia y el cultivo de la piedad en sus feligreses. Con todo, hacia el año 1920, terminada la primera guerra mundial, las fuertes tensiones ideológicas y políticas en el Tirol introdujeron un factor nuevo de convivencia, tanto en los aspectos sociales como en los eclesiásticos. El padre Otto supo mantenerse como sacerdote prudente, pero sin ceder a la tentación de aliarse con los más fuertes y abandonar a sus parroquianos en las dificultades que se iban presentando. Fueron años en que se sintió muy comprometido con los grupos reivindicativos, sobre todo con el llamado «Christian Social Movement». Mas su postura fue de consejero y no de militante de vanguardia.

En 1938 los nazis ocuparon el Tirol. El sacerdote Otto tenía entonces 46 años y llevaba 20 en la parroquia. Se hallaba en la edad de la plena madurez y de la conciencia clara de su sacerdocio. Era párroco de Gotzens, cerca de Innsbruck, y en las parroquias del entorno comenzaron las zozobras y algunas detenciones. Los advenedizos se apoyaron en colaboracionistas locales, como las SA, grupos paramilitares que obedecían órdenes de la Gestapo, la policía secreta de nefasto recuerdo.

Pronto se inició una verdadera persecución religiosa, brutal e irracional, ya que la zona era mayoritariamente católica. Estaba hábilmente dirigida a amedrentar a los que resistieran y a quebrar la fuerte fe católica de los habitantes del Tirol austriaco. Especialmente se cebó la agresividad de los perseguidores en los sacerdotes. Muchos de ellos fueron condenados a muerte por procedimientos sumarísimos, si es que llegaron a existir, pues los asesinatos anónimos, las desapariciones y los crímenes

impunes se pusieron a la orden del día. Por regla general eran sometidos a interrogatorios por la Gestapo y llevados sin causa ni sentencia a los campos de concentración o simplemente asesinados.

La hora le llegó al padre Otto, a pesar de lo retirado de la aldea de Gotzens, con motivo de una denuncia. La causa de su detención, si no fuera ya suficiente ser sacerdote y tener fama de apoyar al mundo obrero, fue el haber desaconsejado a una joven parroquiana suya el matrimonio con un miembro de los grupos locales de las fuerzas paralelas de seguridad, el cual estaba divorciado de su anterior mujer y pretendía a una joven suficientemente honesta y piadosa para merecer la protección del párroco.

El hombre rechazado por la muchacha era amigo de un tal Gauleiter, jefe nazi del Tirol. Este factor aceleró la detención inmediata del párroco y el proceso de su ejecución rápida. La acusación para el arresto fue de «actuar en detrimento del matrimonio alemán» y, por lo tanto, de traición. Se añadió la acusación de «obstruir el matrimonio de un amigo de Alemania».

Sometido a sádicas torturas durante el interrogatorio, se mantuvo sereno y firme, a pesar de los sufrimientos que le produjeron. El padre Otto de los interrogatorios no era ya el tímido y silencioso sacerdote que llevaba una parroquia tranquila sin hacer ruido. Mostró gran entereza, consciente de que eran sus últimos días, a juzgar por lo acontecido a otros detenidos. Sus feligreses no pudieron hacer nada, sobre todo cuando sin más trámites fue enviado al campo de prisioneros de Dachau. Era aquel nefasto lugar conocido como «campo de la muerte», por las grandes cantidades de asesinatos que a diario se cometían entre sus alambradas. Eran pocos los que salían con vida de él.

Otto salió después de unos meses en que su proceso fue aparentemente olvidado. Pero salió para ser trasladado a otro campo, el de Buchenwald. Allí fue sometido de nuevo a interrogatorios y torturas, como cuando le dejaron días enteros sin alimento ni bebida por no ser sujeto de confianza ni colaborar en las pretensiones de los carceleros. El hecho de ser sacerdote le hacía objeto de especial agresividad por parte de varios guardianes y de sanciones por los más fútiles pretextos.

Él siguió con su sensibilidad pastoral y se refugió en el silencio y en la oración. Se entregó en secreto a ayudar y alentar a otros prisioneros, que sabían su condición de sacerdote y le pedían apoyo moral, ya que otro no era posible. Cualquier actividad religiosa o proselitismo estaba rigurosamente prohibida en el campo. Por ello sabía que se arriesgaba a un castigo si alguien le acusaba de haber consolado a un prisionero enemigo del régimen.

En el campo había soplones y espías. Cualquier acción o conversación sobre tema religioso debería ser muy discreta y oportuna. Él se acomodó durante algunas semanas a esa limitación. Sabía que corría el riesgo de ser traicionado si daba signos de su sacerdocio, pero tenía claro que no podría negar ayuda espiritual y sacerdotal a quien se la pidiera. Por encima de su vida estaba su conciencia.

Un día le pidió un compañero de prisión que le bautizara. El padre Otto sospechó que podría ser una trampa, pero no vaciló en hacerlo, pues en la duda prefirió el riesgo al abandono de una persona en aquella situación. El nombre del hombre que fue bautizado por él, después de unos días de clandestina formación e instrucción cristiana, se ha perdido entre los horrores del colectivo holocausto. Pero a los dos días del bautismo en secreto, el padre Otto Neururer fue trasladado de forma violenta al «bunker» de los castigados por haber infringido la ley de la libertad religiosa. Inmediatamente fue colgado de unas vigas por los pies y, cabeza abajo, se mantuvo agonizando durante 36 horas que duró, según parece, el martirio.

Sucedió el 30 de mayo de 1940. En el documento que se extendió a petición de sus hermanos, como causa de su fallecimiento se hizo notar cínicamente que había fallecido por congestión cerebral. Fue el primer sacerdote, según parece, ejecutado en un campo de concentración nazi. Sus restos fueron llevados al crematorio. Y sus cenizas colocadas en una caja y enviadas a Gotzens por los dueños del crematorio. Fueron ellos los que expidieron, entre otros muchos, un certificado acreditando ser las auténticas del fallecido por congestión cerebral. Las exhaustivas investigaciones que hicieron personas interesadas en guardar el recuerdo de un mártir garantizaron la sufi-

ciente credibilidad de sus restos, que además iban acompañados de las lentes que usaba y de restos de su rosario calcinado, ambos signos identificados por sus familiares.

La urna con sus cenizas reposa hoy en un cofre de oro en el altar de la parroquia de Gotzens, a donde Otto Neururer había quemado su vida antes de que los enemigos de la paz y de Dios quemaran su cuerpo mortal.

El P. Otto Neururer fue beatificado el 24 de noviembre de 1996, junto con el marianista Santiago Gapp, que también fue torturado y asesinado en otro campo de concentración por los nazis. Juan Pablo II, ante más de 5.000 peregrinos que acudieron desde la provincia del Tirol en donde había vivido, afirmó ese día entre otras cosas:

> «El Padre Otto fue modelo de fortaleza y valor Fue declarado delincuente por haber hecho el bien con valentia El sera un intercesor y celeste patrono del anuncio valiente de la santidad del matrimonio y del cumplimiento sacerdotal»

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

Art en *La Documentation Catholique* (1997) n 1, p 1 2
FIEVET, M , *Martyrs du nazisme* (Paris 1987)
HERICOURT, J , *Requiem a Buchenwald* (Paris 1968)
MOUSSE, J , *Libre a Buchenwald* (Paris 1995)
L'Osservatore Romano (noviembre 1996) 2 3, (diciembre 1996) 9s
TSCHOI, H , *Pfarrer Neururer Priester und Blutzeuge* (Innsbruck 1963)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS BASILIO Y EMELIA

Esposos († s IV)

Basilio y Emelia eran dos esposos cristianos que vivían en Cesarea de Capadocia, donde Basilio se dedicaba a la enseñanza de la retórica. Ambos habían nacido en la segunda mitad del siglo III. Basilio era hijo de Basilio y Macrina, esposos cristianísimos, cuyos nombres también aparecen en los santorales. San Gregorio Nacianceno califica a Basilio de cristiano fervoroso, hombre de gran cultura y maestro en la virtud. Emelia, dama de

gran virtud igualmente, al haber quedado huérfana joven buscó la protección de un marido adecuado que encontró en Basilio.

Tuvieron diez hijos, de los cuales cuatro venera la Iglesia en los altares: San Basilio el Grande, San Gregorio Niseno, Santa Macrina la Menor y San Pedro de Sebaste. De su educación cristiana cuidaron los padres con gran dedicación, iniciándolos en la lectura y conocimiento de la Sagrada Escritura. Se distinguieron por su caridad con los pobres y reconocida bondad.

Ambos hubieron de ir al destierro bajo Galerio Maximino, pero, devuelta la paz al cristianismo, pudieron regresar a su tierra.

Basilio murió el año 349 cuando su último hijo acababa de nacer, y Emelia hizo frente viuda a sus obligaciones familiares. Pero una vez que todos sus hijos tomaron estado se retiró al monasterio de Amasa, donde ya estaba su hija Macrina, y allí vivió dedicada a la oración hasta que en edad muy avanzada murió hacia el año 370. Su memoria se celebra el 30 de mayo.

SAN HUBERTO

Obispo († 727)

La biografía de San Huberto está llena de leyendas, pero hay datos seguros de su historia que delinean con seguridad su verdadera personalidad. Leyenda parece que con anterioridad al episcopado estuviera casado, igualmente que cazando viera un viernes santo la figura de un crucifijo entre los cuernos de un ciervo, leyenda de la que se apoderó luego la iconografía, y legendarias son también otras noticias sobre su familia. Parece que era de familia noble y cuando entra en la historia es un clérigo en el séquito del obispo San Lamberto, obispo de Tongres-Maastricht, embarcado como él en la evangelización de los paganos que aún quedaban en el Brabante meridional y en las Ardenas.

Martirizado en el año 707 San Lamberto, Huberto, que lamentaba no haber sufrido el martirio con su querido maestro, fue elegido para sucederle. En sus veinte años de obispo continuó la labor misionera de su antecesor. Trasladó las reliquias de

San Lamberto a Lieja, donde se le dedicó al santo mártir una nueva iglesia.

Su muerte se debió a la infección que cogió cuando pescando, un criado, sin querer, le hirió en una mano. Enfermo y todo, dispuso marchar a la dedicación de una iglesia, pero sintiéndose muy mal se alojó en Tervueren, donde falleció piadosamente el 30 de mayo del 727. Tenido desde su muerte por santo, su culto se extendió en los siglos siguientes a diferentes países de Europa.

SAN LUCAS KIRBY Y BEATOS GUILLERMO FILBY, LORENZO JOHNSON Y TOMÁS COTTAM

Mártires († 1582)

A los dos días de que los mártires Ford, Shert y Johnson fueran ejecutados en Londres, la misma furia anticatólica martirizaba a San Lucas Kirby y tres sacerdotes más. A los siete se les ha llamado los «Mártires de Londres de 1582».

No se sabe a ciencia cierta dónde nació LUCAS KIRBY; se le ha supuesto del Lancashire o de Richmond. Estaba graduado, parece que por Cambridge, y se reconcilió con la Iglesia en Lovaina, entrando luego en el seminario de Douai (1576) y ordenándose sacerdote en Cambrai en 1577. Regresó por poco tiempo a Inglaterra, pues deseando perfeccionar sus estudios teológicos, marchó a Roma. En la primavera de 1580 con los santos Edmundo Campion y Rodolfo Sherwin volvió a Inglaterra, pasando por Ginebra, donde retaron al teólogo protestante Beza a tener una pública discusión. Embarcado en junio de 1580 con rumbo a Inglaterra, no hizo más que desembarcar cuando fue arrestado pues la policía estaba alertada. Llevado a la Torre de Londres, pasó por espantosas torturas y resistió todo intento de atraerlo al anglicanismo. Pudo desde la cárcel escribir a sus amigos y celebrar una vez la santa misa. Tenía 33 años al tiempo de su martirio.

GUILLERMO FILBY era nativo de Oxford, en cuyo Lincoln College había estudiado. Marchó a Reims y hechos los estudios se ordenó sacerdote en 1581, volviendo a continuación a Inglaterra, y siendo al poco tiempo arrestado en Henley e ingresado

en la Torre de Londres el 22 de julio, siendo juzgado al día siguiente y condenado a muerte, pero debería esperar con los grilletes puestos diez meses a su ejecución. Tenía 27 años.

LORENZO RICHARDSON, conocido también por Johnson, había nacido en Lancashire y había estado en el Colegio Brasenose de Oxford. Entró en el seminario de Douai y se ordenó sacerdote a comienzos de 1581. Vuelto a Inglaterra y arrestado al poco tiempo, se le ofreció la vida si confesaba que estaba metido en una conjura contra la Reina. Él contestó que no podía faltar a la verdad y confesar lo que era mentira.

TOMAS COTTAM, nacido en 1549, era también natural del Lancashire y había estudiado en Oxford, en el Brasenose. Comenzó sus estudios sacerdotales en Douai pero luego fue a Roma, donde comenzó el noviciado en la Compañía de Jesús. Volvió a Reims a ordenarse sacerdote y entonces regresó a Inglaterra. Arrestado en Dover, fue llevado a la prisión de Marshalsea y luego a la Torre, donde padeció terribles torturas.

De estos mártires el juicio fue en noviembre y se quiso a todo trance probar que habían urdido una conjuración en Roma y Reims contra la Reina, conjuración inexistente. Condenados a muerte, fueron ahorcados y descuartizados en la plaza londinense de Tyburn el 30 de mayo de 1582. Fueron beatificados en 1929 y Lucas fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATOS GUILLERMO SCOTT Y RICARDO NEWPORT

Presbíteros y mártires († 1612)

Treinta años después que San Lucas Kirby y sus compañeros dieran la vida por Cristo en Londres, en el mismo día y lugar otros dos misioneros ingleses regaron nuevamente con su sangre la plaza londinense de Tyburn, el 30 de mayo de 1612, siendo ahorcados y descuartizados. Ya no estaba de reina Isabel I, pero su sucesor Jacobo I seguía los mismos pasos en el furor anticatólico y persecución de los pastores de la comunidad católica de Inglaterra.

GUILLERMO SCOTT había nacido en Chigwell, condado de Essex, en 1578 de padres anglicanos. Estudió en Londres y lue-

go en el Trinity Hall de Cambridge, llegando a doctorarse en derecho en 1600. Vuelve a Londres y conoce a algunos amigos católicos. La lectura de un libro le hizo llegar a la conclusión de que la verdadera iglesia de Cristo era la católica. Marchó al Continente y se hizo benedictino en la abadía de Sahagún en España en 1604, con el nombre de Mauro. Ordenado sacerdote en 1610, volvió a poco a Inglaterra, donde asistió al martirio del Beato Juan Roberts el día 10 de diciembre y logró salvar sus reliquias. Pero tres días más tarde era arrestado, recluido en Newgate casi un año y liberado por intervención del embajador de Saboya bajo la pena de destierro. Pasó unos meses en el monasterio de Douai pero en la primavera de 1612 estaba otra vez en Inglaterra, pero fue capturado en el camino a Londres y llevado a la cárcel. El 28 de mayo fue juzgado en Old Bailey y condenado a muerte.

RICARDO NEWPORT había nacido en 1572 en Peterborough. Se presentó en Roma en 1595 y solicitó ser admitido en el colegio inglés. Allí cursó los estudios sacerdotales y se ordenó de sacerdote en la Basílica de Letrán el 10 de abril de 1599. Permaneció aún tres años en Roma y en 1602 volvió a Inglaterra. Trabajó durante cuatro años con gran fruto, hasta que en 1606 fue arrestado y expulsado del país. Marchó a Roma, donde pidió poder continuar en la misión inglesa y volvió con gran valor a Inglaterra. Otra vez fue arrestado y otra vez se urgió la orden de expulsión contra él, pero enseguida que pudo regresó y se puso a hacer su fecundo apostolado. Su arresto definitivo fue en 1611. Encerrado en Newgate, fue juzgado con el mártir anterior. Afirmó su lealtad al rey pero reconoció ser sacerdote católico y no estar dispuesto a prestar el juramento que se le pedía. En consecuencia fue condenado a muerte como traidor.

Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

31 de mayo

A) Martirologio

1. Fiesta de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María a su prima Santa Isabel **.
2. En Roma, en el cementerio de Domitila en la Vía Ardeatina, Santa Petronila (s. III-IV), virgen y mártir *.
3. En Comana del Ponto, San Hermías (s. III), mártir.
4. En Aquileya (Véneto), los santos Cancio, Canciano y Cantianila (s. IV), mártires.
5. En Toulouse (Galia Narbonense), San Silvio († 400), obispo.
6. En Forlì (Emilia), Beato Santiago Salomoni († 1314), presbítero, de la Orden de Predicadores *
7. En Camerino, del Piceno (Italia), Beata Bautista Varano († 1527), abadesa de la Orden de Santa Clara *.
8. En York (Inglaterra), beatos Roberto Thorpe, presbítero, y Tomás Watkinson († 1591), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
9. *En París (Francia), Beato Nicolás Barré († 1686), presbítero,* de la Orden Mínima, fundador de las Hermanas del Niño Jesús y de las Hermanas de la Providencia **
10. En Nicosia (Sicilia), Beato Félix (Santiago Amoroso) de Nicosia († 1787), religioso capuchino *
11. En Bellegra, junto a Roma, Beato Mariano de Roccacasale († 1866), religioso franciscano *.
12. En Mityana (Uganda), San Noé Mawaggali († 1886), mártir *.

B) Biografías extensas

LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA A SANTA ISABEL

«He aquí la esclava del Señor...».

Imaginad a María. En el pequeño cuarto de su casa nazarena, donde aún queda el aire removido por las alas del ángel. Fuera, en la calle, seguirían los ruidos mínimos y familiares. El zureo de las palomas en el alero, el grito de los pájaros, el chorro de una fuente, el sol sobre la hierba —misterioso ruido de alegría vital que sólo escuchan los ángeles...—. La estancia, ya vacía. Pero el corazón de la doncella lleno de cosas que empiezan. Ella, en la penumbra, bajo la sombra del Espíritu Santo

que la cubre como unas alas. Ella, aún con los ojos cerrados, apretados fuertemente para que no se le escape el misterio. Ella, aún con las manos sobre el regazo, junto a la artesa, la tinaja o la masa que enleudar.

> «Y mira —ha dicho el angel—, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en edad avanzada, y este es ya el sexto mes para ella, que es considerada como esteril Porque para Dios no hay imposibles»

¡Qué lluvia de prodigios, Señor!, suspirará María desde dentro. Isabel, anciana, esperando un hijo. Cuando María abra los ojos y vuelva así la luz a la sala, y entre el sol por la ventana hasta su cuerpo reclinado; cuando María vuelva de su lejanía, allá donde ha dicho «sí» sencillamente, la vida estará esperando para reanudarse. María tendrá un primer suspiro, una primera ternura para aquello que está en ella. ¿Imagináis este despertar especial de esa ternura, cómo llenaría el corazón de la doncella? Luego, al volver a la casa, al trabajo, a la pieza de hilo o al abrevar de los corderos, María pensaría en Isabel.

> «Por aquellos días —dice el santo cronista Lucas— partió María y se dirigio aceleradamente a la montaña, a una ciudad de Juda »

Por aquellos días... ¡Lástima de parquedad del evangelista! ¡Lástima de no poder asomarnos a lo que pasaba en el corazón de la Señora «por aquellos días»! ¡Lástima de quedarnos a oscuras sin la luz de aquel tiempo! Por aquellos días la Doncella sentiría un renovarse del espíritu y de la sangre. Lo hemos visto en nuestro hogar de seglares, de padres de familia. Pasada la alegría algo inconsciente de las primeras fechas del matrimonio, llega un día lleno de temblores y de júbilos. Es, ya, la certeza de ese hijo del amor que viene a santificar el amor. Y empieza para nosotros, hombres vulgares, una etapa nueva, incomprensible hasta entonces: sabernos padres, saber en camino al fruto de la ternura santificada, nos va a dar una nueva dimensión, la de la gravedad, la de la hondura, la de una madurez que sólo nos trae la plenitud de la vida. Pues si esto es en nosotros, hombres de hoy, hombres del mundo, ¿qué ocurriría en el corazón de la Señora, de aquella que fue elegida para ser corredentora, de aquella en cuya casa se hospedaría el Señor? Esta nueva gracia sobre

María, ¡qué hermosa luz daría a su rostro! Sus ojos serían más suaves y como más ausentes, su paso más ingrávido, sus manos más palomas, su amor tan ancho y tan alto, que las dimensiones del universo no podrían contenerlo. No es ya la madurez comenzada de la eternidad. Es que ese hijo es Dios mismo, es el Mesías prometido. Casi pienso que el corazón le dolería a la doncella, incapaz de contener tanto amor. Y ya entonces tendría que empezar a amarnos a nosotros, incluso a los hombres que aún no existíamos, porque Ella no podría guardar dentro toda aquella necesidad de darse.

Sí. Por aquellos días. María tendría pronto preparada su ropa, el hatillo y el velo que cubriría su rostro del sol de la montaña. Quizá marcharía con un grupo de peregrinos, de los que iban para la Pascua en Jerusalén. Una tierna teoría antigua nos quiere pintar a María marchando por los caminos de Judea con una escolta de ángeles. Como si los ángeles fuesen cuidando de su paso, quitándole las piedrecillas hirientes, los guijos puntiagudos, el calor y la sed, los cardos y la arena ardiente. Es una tierna teoría antigua. ¿Para qué iba a necesitar María del oficio de los ángeles, si ella llevaba en su corazón, dentro de sí misma, a aquel que era ya la alegría del mundo a través de la alegría de la Señora? ¿Para que más compañía y más amparo que los del mismo Dios? ¿Y acaso María iba a renunciar a la sed y al calor, a la fatiga y a las piedras? ¿Acaso podemos comprenderla a ella hurtándose de los dolores de este mundo, Ella que va a ser la Señora del dolor más intenso? Imaginemos mejor a María caminando hacia la casa de Isabel, a ratos en soledad —aparente— del camino, a ratos marchando con Samuel, el carpintero, o Jacob, el herrero, o Felipe, el labrador de Nazaret.

«También Isabel», ha dicho el ángel. ¿También? La doncella pensaría, sin duda, todas aquellas palabras, y no dejaría de ver que el «también» suponía alguna relación entre lo ocurrido en Isabel y lo ocurrido en ella misma. Y tal vez por eso María va «aceleradamente». ¡Qué pocas veces se rompe la sobriedad narrativa de los evangelistas para darnos esta matización de la circunstancia! Aceleradamente, con prisa, María hace el camino hasta la casa de su prima. Por un lado, para expresar a Isabel su alegría de pariente. Pero, sobre todo, para dar cauce a esta ale-

gría inmensa que la llena. ¿Cómo era posible tener esto guardado en el corazón sin compartirlo con nadie? Esto es amor: compartir, dar sobre todo, sin pedir nada o muy poco a cambio. Ama más quien más da. Son así las matemáticas de Dios, que hacen más rico a aquel que se empobrece dando que al que se ha enriquecido recibiendo. Habría, sin duda, cierto temor de María a comunicar, sin más ni más, la razón de su júbilo a Isabel. Pero algo le haría esperar —aquel «también»— que la comunicación sería fácil. Isabel, en mes sexto de su buena esperanza, quizá supiese comprender sólo con ver el brillo sobrenatural de los ojos de María. En tanto, María sigue su camino, dejando atrás la llanura de Esdrelón, amasando en su espíritu todas aquellas cosas extraordinarias. Cuatro o cinco días de viaje. Dormir, quizá, mirando a las estrellas, sobre la paja de una era, al lado de un camino, resguardada de la brisa fresca por unas rocas, escuchando el gran silencio de la noche que Ella llenaría con el eco misterioso de sus dos corazones, el propio y el de su Hijo, que María ya estaría escuchando en sus ansias. Días y noches para acunar su alegría, para asomarse a sí misma como a un pozo que escondiera toda la frescura del mundo. Un pozo donde el mundo podrá calmar pronto toda su sed.

Y, al fin, en casa de Isabel. Quizá alguna vecina la viese llegar por la ladera. «¿No es aquélla María, tu pariente?» Quizá Isabel sentiría una súbita necesidad de salir bajo el emparrado y colocar su mano como visera sobre sus ojos y sonreír luego con el júbilo del reconocimiento.

María «entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel», sigue San Lucas. Sería un saludo respetuoso, por los años de Isabel y por el afecto, el viejo saludo tradicional de Palestina: «La paz sea contigo, Isabel». Pero ya, aquí, en este momento, el prodigio. Isabel siente algo. Algo que no le dicen la sangre ni la carne, sino Aquel que está en los cielos y para el cual nada es imposible. Por primera vez el Mesías va a ser reconocido. Isabel siente que aquel hijo que va en el sexto mes y que, según la profecía del ángel a Zacarías, está lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre, salta en su vientre, como un niño que brinca de alegría. Y «ella misma —dice San Lucas— se sintió llena del Espíritu Santo». Isabel ve a María, se mira en sus ojos anchos y

prodigiosos, entra por ellos hasta el misterio que trae escondido la Doncella. Y exclama en alta voz:

> «¡Bendita eres tu entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¿De donde se me concede que la Madre de mi Señor venga a mi? He aqui que tan pronto como tu voz ha resonado en mis oidos, ha saltado el niño en mi seno ¡Bienaventurada tu, que has creido que se cumpliran las cosas que se te han dicho de parte del Señor!»

Hay un desatarse del júbilo de Isabel. ¿Qué ha visto la anciana en aquella muchacha para bendecirla «entre todas las mujeres»? ¿Qué luz llevan los ojos de María? ¿Qué misterioso mensaje ha recibido Isabel, en inspiración súbita del Espíritu Santo? Ésta es, sin duda, la fuente de su conocimiento. Sólo así pudo Isabel saber que su prima María esperaba un Hijo, y que ese Hijo no era un niño como los demás. Hay, en este acontecer de las cosas, una fulgurante dilación poética, que va encajándolas en una sorprendente armonía. Dios no solo escribe la historia, no sólo la inventa, sino que, además —y es lógico que así sea—, lo hace con una delicadísima belleza, mezclando las encantadoras cosas cotidianas con las cosas celestes. Y, así, las personas que van cruzando por esa realista pantalla cinematográfica que es el Evangelio son seres suspendidos entre el cielo y la tierra, con sus ventanas abiertas siempre al prodigio

¿Veis cómo Isabel rinde homenaje a María, su jovencísima prima? Los saltos de Juan el Bautista en el seno de su madre son el primer signo de una expectación humana ante el Mesías que ya viene, que necesitará que sus caminos sean allanados para que la verdad camine fácilmente y encuentre eco en los corazones endurecidos de los hombres

Pero ved cómo Dios mismo quiere, además, evitar a la Señora la explicación de algo inexplicable. ¿Qué palabras podría usar María para decirle a Isabel que el Mesías estaba ya en su seno? ¿Podía tal prodigio ser explicado con las pequeñas palabras humanas, las que nos sirven para pesar, contar y medir, para dar razón apenas de los actos humanos? Dios se adelanta al rubor de María y hace conocer a Isabel, portentosamente, lo ocurrido. Como un ángel llegará a José más tarde para detenerle en su angustiado proyecto de abandonar a la doncella, para decirle: «No tengas recelo en recibir a María, tu esposa, en tu casa,

porque lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo». Dios mismo va delante de María, abriendo también ante ella los caminos.

Y viene ahora el más largo párrafo que conocemos de María. Nunca más recogerá el Evangelio tantas palabras suyas. Casi siempre, María va junto a Jesús como una sombra silenciosa. Imaginamos que hablaría poco, porque ella y Jesús se entenderían fácilmente sin necesidad de largos parlamentos. ¿Recordáis la súplica tan breve, tan concisa, en las bodas de Caná? Ella siempre irá así, como un árbol deseando extender el cobijo de sus brazos para dar a Jesús un poquito de sombra fresca, como un ánfora en un rincón, como una sonrisa de infinito amor a la que, más de una vez, habrá de volverse Jesús.

Pero ahora, no. Ahora el santo cronista va a recogernos para siempre una de las páginas más hermosas del Evangelio. El cántico del *Magnificat:*

> «Mi alma glorifica al Señor —dice María—, y mi espíritu esta transportado de gozo en Dios, mi Salvador
>
> Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por eso, desde ahora, me llamaran bienaventurada todas las generaciones
>
> Algo grande ha hecho conmigo el Poderoso y cuyo nombre es Santo
>
> Su misericordia perdura de generacion en generacion para los que le temen
>
> Muestra su brazo potente, desbarata a los soberbios en los deseos de su corazon
>
> A los poderosos los derriba del trono, a los humildes los ensalza, a los hambrientos los sacia de bienes, a los ricos los despide sin nada
>
> Ha tomado bajo su amparo a Israel, su siervo, acordandose en su misericordia, segun lo prometió a nuestros padres, Abraham y su progenie, por siempre jamas»

Es una hora nueva en el reloj que mide la existencia humana de la Señora. Una existencia que va a estar apretada de tantas y tantas horas densas. Porque María ha conocido la hora de la aceptación en la visita del ángel a su humilde casa nazarena; y aceptación será ya toda su existencia, dedicada tan sólo a Jesús: a atenderle de niño, a verle crecer, a verle sonreír y abstraerse, a verle prosperar en sabiduría y gracia, a seguirle luego humildemente por los caminos de toda Palestina... María conocerá la

hora de la soledad cuando el Hijo alguna vez esté distante, en país tan hostil que recibe mal a sus propios profetas; y la soledad, sobre todo, cuando Jesús ascienda a los cielos finalmente y ella aún pase años de existencia humana suspirando por volver junto a su Hijo, esperando con ansias la hora de la dormición. María conocerá la hora tremenda del dolor cuando todos menos ella abandonen a Cristo, cuando todos le nieguen, cuando el mundo se vuelva enloquecido, furioso, bárbaro, criminal, contra Aquel que no venía sino a dar liberación eterna a los hombres pecadores; la terrible hora en que María llorará con el Hijo, en el huerto, y estará a su lado, junto a los salivazos y las blasfemias, junto a la negación y el máximo horror de este mundo. María conocerá la hora de la felicidad cuando, ante sus lágrimas sonrientes, respetando milagrosamente su virginidad, tenga ante sí el cuerpecillo desvalido del Niño, aquella noche honda y misteriosa de Belén, aquella noche en que también habrá dolor —dolor por la ignorancia del mundo—, pero sobre todo la alegría de que el Mesías esté entre nosotros, y de que ese Mesías haya dado a la doncella el honor de alimentarse en su seno.

Pero ahora es un momento distinto. Hora para el júbilo, para la alegría que desata la lengua y parece rodear a la Señora de una luz que no es de este mundo. Ahora necesita decir con palabras, con las más hermosas palabras, que ella acepta, junto al dolor, junto a la soledad, junto a tantas cosas, también la gloria de esta maternidad.

Y véase que lo primero que hace María es dar gracias —«Mi alma glorifica al Señor...»— en un perfecto modo de decir «gracias», que es reconociendo, al mismo tiempo, la grandeza del Señor y dándole alabanza. «Mi espíritu está transportado de gozo». ¿Veis cómo era imposible que el corazón de María guardase tanta alegría para sí? ¿Veis cómo era necesario dejar al viento aquel júbilo, para que el viento lo llevase sobre los caminos secos del mundo? ¿Es tan imposible pensar que, en aquel momento, todos los hombres que existían sobre la tierra debieron sentir un escalofrío de alegría incomprensible?

Pero apenas ha dado gracias, al tiempo que da la razón de su cántico. María dice algo maravilloso: «Porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava». ¡Señor, Señor! ¡Si esta criatura

puede llamarse a sí misma «esclava», si puede hablar de su «bajeza», qué locos, qué ciegos, qué sordos somos los hombres cuando la vanidad se nos sube a la cabeza como un vino fácil, cuando creemos ser lo que no somos, cuando no sentimos a cada instante humillado el espíritu por el conocimiento de nuestra limitación humana!

Apunta Williams con acierto que muchas personas conciben la humildad como una especie de modestia, que se traduce, en último término, en un estado de encogimiento ante los hombres. Y otros toman como humildad un como estar avergonzados ante Dios. Pero la esencia de la humildad no es eso: es doblegarse en las cosas de la vida a lo que se reconoce como voluntad del Altísimo. Por eso, dice Williams, la mirada de los humildes está dirigida siempre en primer término a Dios.

María no es humilde porque se considere más baja que los restantes hombres. Sino porque, como ser humano, se reconoce tan pequeña al lado del Creador. Y al aceptar su gloria, al aceptar esta hora del júbilo, no pierde su perspectiva humana. Se sigue sabiendo mujer, sigue diciendo que todo el mérito de su actual grandeza está en la voluntad del Señor. Ésta es la perfecta humildad.

Ni se confunda humildad con ignorancia. Que María sabe exactamente lo que le ocurre, está bien claro. «Algo grande ha hecho conmigo el poderoso», dice. Y aún añade: «Desde ahora me llamarán bienaventurada...». María sabe, pues, que ese Hijo que lleva en sí es el Mesías. El Evangelio no nos cuenta «todo» de la vida de María. Deja largos espacios de tiempo y muchos sucesos posibles sin narrar. Y es natural que María, que tenía a Dios en sí misma, tuviese una fácil comunicación con el Padre, obrase siempre inspirada por él. Lo mismo que por él fue preservada de pecado original, preparada así para su maternidad desde el principio de los tiempos.

Tras expresar, tan humildemente, su alegría y su aceptación, junto al conocimiento perfecto del prodigio que en ella se ha obrado, las palabras siguientes de María son para la confianza. Reconoce que la misericordia de Dios «perdura de generación en generación para los que le temen». ¿Verdad que María parece hablar, a veces, en nombre de todos nosotros, sus hijos, espe-

cialmente de los justos? ¿Acaso no es lo mismo que dice el salmista y que dirán los santos, al expresar su confianza en que su amor a Dios, la verdad de sus vidas, les llevarán a las puertas de la misericordia divina? La virtud, ciertamente, tendrá siempre el premio de Dios.

Y en María esta esperanza está madurada. No sólo por la pureza de su propia vida, sin posibilidad de pecado. Por el conocimiento de su virtud. Sino también porque esa madurez espiritual, que está en María desde su origen, viene reforzada por la voluntad divina: «Ha puesto sus ojos en mí», dice la doncella. ¿Veis los ojos del Padre, tan capaces —seguro— de sonreír, complaciéndose en la belleza, en la gracia, en la santidad de aquella muchachita judía? ¡Con qué amor habría preparado Dios el nacimiento de esta criatura! ¡Con qué infinita delicadeza pensaría su alma y su cuerpo! Pensad en los orfebres españoles, en Arfe y en tantos otros, tallando durante años aquellas portentosas custodias. Fundiendo la plata y el oro, y encargando las más hermosas perlas y los diamantes más limpios. Y soñando con formas esbeltas, con gracia de campanillas, con brillos cegadores para hacer las custodias. Pues ella, María, primera custodia, la más grande custodia de nuestro Dios.

Cuando se escribe de María, de la vida de María, de los dolores o los gozos de María, los hombres nos sabemos pobres e incapaces. Todo en ella es distinto. Ella es única. Sólo ella puede decir sus palabras, y, cuando los labios humanos las repiten —como en esa piadosa costumbre de recitar el *Magnificat* tras la comunión de los fieles—, los labios humanos se sonrojan. Sólo ella, la más perfecta criatura que haya existido, puede hacer ese tremendo balance de la misericordia de Dios que nos presenta el final del cántico. Sólo ella, la que no podía temer por su salvación. Sólo ella podría decir cómo Dios muestra la fortaleza de su brazo, la potencia de sus músculos, el ancho abarcar de su mano ante los hombres.

Sólo ella podía decir cómo Dios derrumba los castillos de los soberbios y arroja a tierra sus sueños de ambición y de mandato. Sólo ella podría decir que Dios derriba del trono a los poderosos, sin que ninguna gloria humana prospere, porque todo en este mundo es fugaz y las criaturas humanas nacen muertas,

nacen con el sello de la muerte, sin que su vida sea otra cosa que un acercarse, cada vez más, hacia el fin inevitable de la humana existencia. Y, por contra, cómo Dios busca a los humildes en sus rincones de silencio y los ensalza, como en aquella parábola de Cristo, cuando los que se colocan en los últimos puestos son llamados a sentarse en la cabecera de la mesa de bodas. Hay un admirable reconocimiento de la justicia humana en los versos del *Magnificat:* a los ricos, a los que viven como ricos, a los que no se empobrecen en el amor de Cristo, Dios los despide sin nada, sin decirles una palabra tan sólo. Y a los pobres, a los que viven como pobres y acomodan su existencia a las normas de la evangélica pobreza, Dios los sacia de bienes.

¿Verdad que sólo ella podía decir tales cosas? Porque sólo ella estaba libre de pecado.

Pero aún dice algo María. Nadie como ella podría hablar, como ella lo hace, en nombre de Israel, del pueblo elegido, de la futura cristiandad. Dios, viene a decir María, ha sabido cumplir su promesa. He aquí que por mi camino nos manda al Señor, al Mesías, al esperado, al que soñaron ver los profetas, mientras se morían de ansias y de años en la espera inútil. Éste es el día, como recordará Cristo, que los profetas hubiesen querido ver. ¡Qué bien sonarían estas palabras en los oídos del Padre! Mejor que los elogios de todos los ángeles y bienaventurados.

Cuando sonasen las últimas palabras del *Magnificat* —yo imagino a María, de pie, inclinada, cogida la mano de Isabel y los ojos cerrados—, cuando siguiese un tenso y expectante silencio donde los suspiros fuesen como vientos..., Dios pondría música a la letra de María, a aquella letra que evidencia tan hondo conocimiento de los Santos Libros, tanta familiaridad con la Escritura. María, hoy, junto al Padre, seguirá diciendo su *Magnificat.* Y en ese cántico, y en los labios que lo modulan, nosotros, los hombres, tenemos hoy la esperanza. En María, mediadora del género humano.

JOSE MARIA PEREZ LOZANO

BEATO NICOLÁS BARRÉ

Presbítero y fundador († 1686)

Fue un hombre de sólida y luminosa espiritualidad, de ciega fe en la Providencia y lleno de grandezas interiores, las cuales supo comunicar a los demás con verdadera sensibilidad apostólica. Su amor a los hombres y su generosidad nunca conocieron límites. Fue un Maestro del espíritu cautivador y singular. Sus escritos ascéticos reflejan sublimes esencias. Y los frutos que produjo a su alrededor quedaron latentes en figuras de resonancia histórica, al estilo de San Juan Bautista de la Salle, de quien hizo un héroe de la educación cristiana con sólo empujarle con sus contagiosas actitudes providencialistas.

El Beato Nicolás nació el 21 de octubre de 1621 en Amiens, Francia. Su padre, Luis Barré, y su madre, Antonieta Pellé, pertenecían a la burguesía de la ciudad. Ejercían el comercio y formaban un matrimonio muy piadoso. Fue el primero de cinco hermanos. Las cuatro que nacieron después de él fueron niñas. Recibió el bautismo en la Parroquia de San Germán el 17 de diciembre del mismo año.

Desde los ocho años frecuentó una pequeña escuela local y su piedad fue admirable desde la infancia. Incluso es misterioso el hecho de que, inteligente e intuitivo, entendió que Dios le pedía cosas admirables. Se dispuso a darlas y, cosa sorprendente en niños pequeños, hasta hizo a los diez años voto de castidad, como él recordaría en alguno de sus escritos posteriores «por inspiración divina que no mérito propio». Acaso fue la respuesta a la educación piadosa que recibió en el hogar familiar. Y lo hizo con la sencillez de un niño y con la sorpresa después de quien consideraba casi increíble que tal hecho o actitud surja en la infancia.

En 1630 ya frecuentaba, al menos desde Navidad, la Escuela de San Nicolás, llevada por los padres jesuitas. En ese centro pasó diez años en estudios de gramática, retórica y humanidades. Incluso estudió teología y filosofía durante los dos últimos cursos.

Tenía 19 años cuando, en octubre de 1640, ingresó en el convento de los religiosos mínimos de la ciudad. Eran hombres sencillos de espíritu franciscano y formaban la Congregación de

ermitaños fundada por San Francisco de Paula en 1450, para «orar, servir y edificar al prójimo». El lema del Instituto, encerrado en la palabra *charitas,* y la pobreza de vida de sus religiosos, a quienes las gentes llamaban «los hombres buenos», parece que fueron los estímulos de su vocación. Fue enviado al noviciado de Nigeon, cerca de París, en la zona actual de Passy.

El 31 de enero de 1642 hacía su profesión religiosa con la alegría de quien ha encontrado su camino en la vida y con la ilusión de quien comienza un sendero nuevo en la Iglesia. Fue destinado al convento de Vincennes, cerca de París. Allí continuó estudios para prepararse a lo que sería la orientación de su vida: orar, predicar, confesar y dirigir almas.

El 27 de febrero de 1643 fue ordenado como diácono. Meses antes había recibido las órdenes menores. La ordenación sacerdotal la recibió en octubre de 1645. Se le encargó de la cátedra de filosofía, en la casa de estudios de la Orden. En esa ocupación permaneció hasta 1647, en que se le confió la cátedra de teología escolástica y mística en la misma casa. Su labor docente mereció la aprobación de todos por su profundidad, según los testimonios que quedan. Al mismo tiempo comenzó su tarea de dirección espiritual de almas y de predicación. Ganó pronto, en lo primero, precoz reputación de buen director; y en lo segundo, prestigio de orador insigne al que pronto fueron conociendo los múltiples oyentes.

En 1649 se inscribió en la «Asociación de oraciones» para obtener buenos maestros, que había sido fundada por Adrián Bourdois. El año 1650 con mucha probabilidad participó en la condena de diversas tesis jansenistas, rechazo crítico que se promovió en diversos organismos de su Orden. Eran los tiempos en que las ideas de Jansenio, con su *Augustinus,* publicado en 1640 y condenado por la bula *In eminenti* en 1643, se hallaban en pleno vigor y alteraban la vida religiosa de muchos grupos y personas.

En 1653, el 6 de octubre, Barré fue designado bibliotecario del convento de la Plaza Real de París. Era una biblioteca para entonces portentosa: unos 15.000 volúmenes se guardaban en ella. Era muy frecuentada por gentes de saber y de la aristocracia. Allí tendría él que hacer brillar sus dotes sociales y su cultu-

ra admirable. Pero no se dejo absorber por los saberes humanos, sino que lo tomó como un servicio de Iglesia.

Siguió con intensa actividad pastoral y sacerdotal en la iglesia conventual, pasando largas horas de confesonario y manteniendo amplia correspondencia con diversas personas de todos los estados que reclamaban sus consejos. Su ideal hubiera sido marchar a misiones, pero su salud frágil hizo que pronto le desengañaran del proyecto. Asumió la negativa como expresión de la voluntad divina y aceptó aquella tarea de promoción y significación cultural con verdadero celo y espíritu sobrenatural. De entonces es un fragmento que escribía:

> «Me entregare del todo a la virtud de la fe, de la esperanza y del amor, de la paciencia, y de la entrega generosa, deseando el paraiso y, sin embargo, viviendo con la confianza de que mis gritos seran escuchados»

Los esfuerzos de aquellos dos o tres años le dejaron casi agotado en su salud. En 1656, en septiembre, fue enviado por sus superiores al convento de Amiens, para restablecerse de la penosa enfermedad que le había afectado por sus fuertes penitencias y sus largas horas de vigilia. En Amiens actuó como sacristán. Pero tuvo ocasión de tomar contacto más directo con la gente pobre y abandonada que acudía al convento. Las muchachas ignorantes y prematuramente viciosas que conoció le impresionaron de forma especial.

Su estancia se prolongó allí hasta 1658, en medio de muchos sufrimientos físicos y morales. Sentía, sobre todo, el verse privado de su trabajo apostólico directo de la predicación y de la dirección de almas. Se sentía inútil y fue para él la noche del espíritu, de la que hablaría en sus notas espirituales:

> «Fue una noche como un excelente dia sin ver nada, todo se ve, y sin saber nada, todo se sabe, pues todo se posee ya sin temor»

En 1659, ya restablecido y reconfortado espiritualmente, fue enviado a Rouen para predicar una fervorosa misión. Muchas personas quedaron conmovidas por sus palabras y le pedían dirección espiritual. En esa misión descubrió la tremenda ignorancia de la gente. Confirmó lo que ya sabía de la triste situación de las niñas y jóvenes. Mientras estaba allí, fue elegido superior del convento de los Mínimos de Peronne. Asustado

por aquella responsabilidad, y humilde en el concepto de sí mismo, solicitó al Capítulo de la Orden que no confirmara la elección, debido a su precaria salud. Fue atendido su ruego y quedó en Rouen.

La tarea a la que se entregó de lleno fue la dirección espiritual de almas deseosas de perfección. Apreciado y buscado por cuantos oyeron hablar de sus habilidades para entender las conciencias y de su carisma de animador de corazones, brilló con su exigencia mezclada de ternura y con su tacto y capacidad de discernimiento de espíritus. El Beato Barré, sin acepción de personas, a todos comunicaba su experiencia y su ciencia, sus intuiciones tan acertadas para cada uno y su inmenso amor al Señor Jesús.

Y lo hacía de dos formas: predicando y aconsejando, con la dirección colectiva en el púlpito y con la más personal del confesonario. En la predicación era un maestro hábil y consumado, más por la unción de sus palabras, que transmitían vivencias espirituales, que por sus ideas eruditas, destinada a comunicar ciencia. La burguesía local tenía a gala frecuentar la Iglesia de los Mínimos, deseando escuchar la palabra divina de su boca.

En lo referente a la dirección espiritual, por su confesonario pasaban procesiones de penitentes que buscaban luz y no sólo el perdón. Su foco luminoso era la persona divina de Jesús. Por eso atraía a innumerables personas, que recibían sus palabras, encendidas por el celo, como llamadas a la conversión. Con frecuencia sus cartas, llenas de sutil doctrina y de sabios alientos, reforzaban los consejos dichos en el silencio del templo.

La segunda forma de su apostolado se centró en lo más necesario en su tiempo en todas las villas y aldeas francesas en donde pudo llegar. Le dolía ver cómo la infancia y la juventud se corrompía en las calles, mientras los nobles se desgastaban en las fiestas palaciegas de Versalles y de tantos lugares. Por eso se consagró con ilusión a la obra de las escuelas cristianas de caridad, para que el mensaje de Jesús, en alas de la cultura, llegara a todos los hijos de Dios.

Estando en Sotteville-les-Rouen en 1662, comenzó una primera experiencia de «escuela de caridad» para niñas y otra para niños, en compañía del párroco de San Amand, Antonio de la

Haye. Luego siguieron otras y hubo de buscar maestras y maestros y apoyarlos con sus alientos y ejemplo. Elaboró sabias consignas sobre todo para las maestras, que se mostraron más receptivas. Una de ellas refleja lo que latía en su compasivo corazón por aquel tiempo:

> «Instruir y tratar de ganar las almas para Dios es mucho más importante que edificar iglesias y adornar altares Pues es preferible preparar para su Divina Majestad templos espirituales y altares vivos» *(Maximas espirituales,* III 139)

En 1664, reunió en Sotteville las primeras maestras de caridad que quisieron llevar vida de comunidad. Asumió su dirección espiritual y su formación, pero rehusó encargarse de la administración de los bienes de la comunidad. La tarea le llevó hasta 1669, año en el que ya pudo dar por constituida la comunidad y considerar que las maestras estaban formadas.

En 1670 envió ya varias de las maestras formadas al hoy Beato canónigo Nicolás Roland de Reims, uno de sus dirigidos siendo estudiante en París y sacerdote celoso de su ciudad y cabildo. Llegaron a su destino el 27 de octubre y con ellas Roland inició una obra similar en su ciudad. Las «Hermanas de Roland» tomarían con el tiempo el nombre de «Hermanas del Niño Jesús de Reims». Y las de Barré recibieron el nombre de «Damas de San Mauro de París», por el lugar donde habían concentrado su hermosa tarea educadora. A las suyas, Barré las dejó en claro su misión:

> «El Instituto de las "Escuelas Cristianas y de Caridad" tiene su origen en el Corazon de Dios, el cual ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo para instruir a los hombres y para enseñarles la via de la salvacion, a fin de que ellos tengan fe en Él y no se pierdan» *(Estatutos y reglamentos,* 1)

Pero no fueron las únicas instituciones que ayudó a configurarse por esos años. Otros institutos religiosos incipientes recibieron más tarde sus consignas y mensajes, como las «Hermanas de San Carlos de Lyón», organizadas por Carlos Demiá en 1687, y las «Hermanas de la Providencia», de Lisieux, de las hermanas Juana Francisca y Teresa Jouen, en 1683.

En 1672 abrió otra escuela para niños en Darnetal. Para ello reunió a varios maestros. Era por entonces ya superior de su

comunidad de Rouen y contaba para su tarea apostólica con facilidades que le daba su cargo y con la comprensión de la Orden, cada vez más sensibilizada a las grandes deficiencias sociales que se respiraba en las ciudades francesas. A mediados de ese año de 1672 fue elegido superior de la comunidad de París y asistente provincial. Tuvo que cambiar de sistema de vida, pero se siguió cuidando minuciosamente de su naciente Instituto, aunque hubo de trasladarse a la capital. Allí logró llevar otro grupo de Hermanas y así comenzó la difusión de la obra por diversos lugares de Francia.

En 1674 instituyó una especie de seminario para la formación de las maestras y otro para maestros, con excelentes resultados. Pero encontro muy difícil la perseverancia de los maestros que iniciaban la tarea docente, debido a lo precario de su situación. Algo le decía que los maestros no era lo suyo y que su mejor acierto eran las «Religiosas de San Mauro».

Desde 1675 en que regresó a París, su vida discurrió ya en la capital permanentemente, como confesor y predicador, como director de almas, como animador de las «escuelas de caridad» de parroquia. Siguieron otras escuelas en la ciudad. Sabía buscar colaboradores entre la gente elegante para que aportaran sus recursos y en ocasiones su tiempo a la empresa de la educación de las niñas. Los centros se multiplicaron, pero también surgieron algunas maniobras y celos entre los diversos administradores de las escuelas. Sintió mucho el que las ya Hermanas terminaran separándose en dos grupos y formaran dos congregaciones diferentes, pero asumió la variedad de caminos con tal de que el apostolado de la buena educación se desarrollara con eficacia.

Hizo lo posible para que las maestras, ya religiosas, crecieran espiritualmente en profundidad. Para ellas escribió por aquellos años parisinos algunas obras, como *Estatutos y reglamentos de las Hermanas de San Mauro.* En 1677 estaba ya preparado este reglamento. Y son probablemente de este año los *Avisos para dar el catecismo humildemente* y la *Escuela cristiana del trabajo manual,* que dispuso para orientar su obra. También recopiló una serie de *Máximas espirituales* para orientar su reflexión y oración.

En 1678 reinició de nuevo en Paris otro «Seminario para la formación de las maestras». Lo dirigía él mismo con sabias nor-

mas y doctrina. Le interesaba una formación pedagógica, pero sobre todo perseguía la educación espiritual. En una carta decía a una Hermana:

> «Salid de vosotras mismas para pensar en Dios Pensad que Él es quien os dirige la palabra que os llega [] Si os preguntan a qué habeis venido aqui, responded que no habeis venido, sino que os han traido» *(Carta* 13).

En 1681 obtuvo la protección de Luis XIV para su obra. Sus maestras se difundieron por diversas diócesis y parroquias ya bajo un amparo legal, pero Barré se «fiaba más de Dios que del Rey» y por eso no apreció demasiado la aprobación civil conseguida. No sucedió lo mismo con los maestros, los cuales terminaron dispersándose. En sus últimos años mantuvo especial relación con el canónigo de Reims Juan Bautista de la Salle, relacionado con otro canónigo, Nicolás Roland, también dirigido suyo. Con Juan de La Salle fue poco el tiempo que Barré actuó de director, pero el joven clérigo se impregnó hondamente de su doctrina sobre la Providencia, de su amor a la oración y de su sentido de austeridad. La correspondencia entre ambos se mantuvo durante los pocos años que ya a Barré le quedaban de vida y consta que varias veces el fundador de las «Escuelas cristianas» viajó a París para solicitarle consejo.

Así fue como el rico canónigo, con motivo de las grandes hambres de 1683 y 1684, repartió todos sus bienes patrimoniales a los indigentes y se quedó pobre él mismo, como le había insinuado Barré. El piadoso mínimo, ante la pregunta del canónigo remense de si debía dedicar sus bienes patrimoniales a fundar bien las escuelas de los niños, había respondido algo que marca perfectamente su espiritualidad y que él mismo había hecho con sus maestras:

> «Si fundais la obra de vuestras escuelas en vuestros dones, desapareceran y no duraran mucho Si las fundais en la Providencia, es ella la que llevara la obra y durara para siempre [] Solo Dios»

Ese «Dios sólo» estaba entre las consignas que Barré daba a sus maestras. Era la entrega a la Providencia lo que más le inquietaba. A todos les decía:

> «Los maestros y las maestras tienen que hacer todas las cosas para someterse a la voluntad divina Y lo haran todo por puro

amor de Dios La virtud de la caridad es el vinculo de toda perfeccion Esta por encima de todas las demas virtudes Ella tiene que ser el alma de toda obediencia y de todo desinteres, de su paciencia y de su modestia, de su constancia y de su perseverancia, y de todo lo que se refiere a la perfeccion de su estado» *(Estatutos y reglamentos,* 4)

Esta doctrina era lo más entrañablemente ahondado por el piadoso religioso. Las *Cartas espirituales y de dirección* que de él se conservan, y que luego serían publicadas, constituyen el mejor testamento dejado a los seguidores de su espíritu. En ellas sólo existe una palabra clave duplicada: «Dios sólo y amor total». Ambos conceptos forman el eje magnífico de sólida espiritualidad. El resultado de la presencia divina será siempre la paz. Por eso escribía en sus últimos tiempos:

> «Cerrad completamente los ojos para no mirar nada desde este mundo Dios es quien nos gobierna y obra en nosotros Es el unico que tiene sus planes sobre nuestra vida Nosotros debemos solo obedecer, sufrir y hacer lo que el quiere que hagamos» *(Carta* 1)

Y también añadía:

> «Es preciso meditar, porque es preciso profundizar lo que nosotros recibimos de Dios por las lecturas y las conversaciones Asi llenamos de luz las tinieblas que nos ofuscan el espiritu y nos desvian de Dios» *(Carta* 4)

En 1686, el 10 de abril, estableció la casa central de las Hermanas en París. Fue uno de los últimos actos y decisiones que tomó en la tierra. El 17 de mayo cayó seriamente enfermo. Dejó recomendada la obra a Dios. El día 31 entregó su alma al Señor, siendo enterrado en la sepultura común de su convento. La gente que acudió en tropel a pedirle su intercesión celeste decía al unísono: «Ha muerto un santo». En ese momento, su instituto contaba ya con unas 100 Hermanas distribuidas por diversas escuelas parroquiales.

Tuvieron que pasar tres siglos para que un día su larga causa de beatificación, que se inició formalmente a mediados del siglo XX, llegara a término. El 7 de marzo de 1999 fue beatificado por Juan Pablo II y su mensaje espiritual y educador difundido a todo el universo. A pesar de haber pasado tres siglos, sus sa-

bias palabras quedaban en la mente de quienes siempre admiraron su figura. Sobre todo cuando decía verdades como éstas:

> «Muchas personas quieren servir a Dios, pero se resisten a que Dios se sirva de ellas. Sin embargo, la verdadera disposición que debe tener toda alma fiel, de modo especial la maestra cristiana, es ponerse en las manos de Dios, como un pincel en las manos del pintor o como una pluma en las del escribano. Y conviene caer en la cuenta de que, ordinariamente, la pluma, para que sirva mejor para la escritura, se la corta, se la tronza, se la talla» *(Máximas espirituales,* XIII.31).

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

BARRÉ, N., *Obras completas* (Barcelona 1997)

SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servi Dei Nicolai Barre sacerdotis professi Ordinis Minimorum fundatoris Congregationis Sororum a Iesu Infante et Sororum a Providentia († 1686).* I: *Positio super introductione causae et super virtutibus ex officio concinnata* (Roma 1970). II: *Positio super virtutibus* (Roma 1980).

Un uomo di Dio. P. Nicolas Barré (Roma 1971).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA PETRONILA

Virgen y mártir († s. III-IV)

Mientras una leyenda presenta a Petronila como hija del apóstol San Pedro que con él viaja hasta Roma, otra la hace su hija espiritual, diciendo que era una doncella romana convertida por el Apóstol, que se hospedó en adelante en su casa, y a quien el santo curó de la enfermedad de parálisis. El anterior *Martirologio romano* decía de ella que «era hija del apóstol San Pedro y que, desdeñando el enlace con el noble varón Flaco, y aceptando para deliberar el plazo de tres días, en que se dio a la oración y el ayuno, al tercer día, apenas recibió el sacramento de Cristo, expiró». Estas leyendas están hoy superadas. Por ello el nuevo *Martirologio* se limita a decir que en Roma se conmemora en el cementerio de Domitila de la Via Ardeatina a Santa Petronila, virgen y mártir.

Se ha dicho con toda razón que las fuentes arqueológicas avalan el texto del nuevo, no del antiguo, *Martirologio romano.* Un

fresco de la segunda mitad del siglo IV, que aún existe, en el cementerio de Domitila de la Via Ardeatina presenta a la difunta Veneranda introducida en el Paraíso por una jovencita junto a la cual está escrito: Petronila mártir. Una basílica romana a partir al menos del siglo VI llevó el nombre de Petronila y ésta era la construida en el pontificado de Siricio a finales del siglo IV junto al cementerio de Domitila donde estuvo enterrada la santa. La hagiografía actual no duda de la existencia de una mártir romana llamada Petronila, de los siglos III o IV, y que es la persona que está al fondo de todas las leyendas de las que se la hace protagonista.

BEATO SANTIAGO SALOMONI

Presbítero († 1314)

Nace en Venecia en 1231 de noble familia. Perdió primero a su padre siendo muy niño y su madre se encargó de su educación, pero posteriormente ella ingresó en un monasterio cisterciense, y el muchacho quedó bajo la tutela de su abuela. De todos modos, su educación fue buena y cristiana y el joven con 17 años decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores.

Hecho el noviciado y la profesión religiosa, estudió la teología y se ordenó sacerdote y se acreditó en su Orden por sus muchas virtudes. Por ello fue destinado como prior sucesivamente a varios conventos: Forli, Faenza, San Severino y Rávena, en todos los cuales desempeñó ejemplarmente su cometido, apareciendo como persona mansa y pacífica y gran amante de los pobres y necesitados.

Por fin se le fijó la residencia en Forli, donde su austeridad de vida y caridad con los pobres le granjeó fama de santo. Dado a la lectura de la Biblia y de las vidas de los santos, era hombre de altísima oración y se habló de los éxtasis con que el Señor le favoreció. También se dijo de él que tuvo el don de profecía y el de milagros. Murió en Forli el 31 de mayo de 1314. Se le comenzó a dar culto enseguida, que no ha sido formalmente confirmado, pero su memoria litúrgica de mucho tiempo atrás se le permitió a Forli y a la Orden de Santo Domingo.

BEATA BAUTISTA VARANO

Abadesa († 1527)

Camila nace en el seno de la casa ducal de Camerino, hija de Julio César y de Juana Malatesta, princesa de Rímini. Educada cristianamente, en su adolescencia concibe el propósito de ser religiosa y consagrarse enteramente a Cristo.

Su padre quiere a todo trance que contraiga matrimonio y ante la firme negativa de la joven, la reduce a prisión en la propia casa y dura el encierro dos años, en el curso de los cuales sube más y más en la vida interior y tiene experiencias místicas que la animan en el camino emprendido.

Por fin su padre decide dejarla seguir su «capricho» y le permite ingresar en la Orden de las Clarisas en Urbino. Pero, arrepentido de haberla dejado ir fuera de Camerino, impide profese en aquel monasterio y alcanza del papa Sixto IV la fundación de uno en el propio Camerino, que quiso dotar espléndidamente, negándose Camila a separarse de la pobreza que había elegido. Por fin puede profesar y toma el nombre de Bautista, siendo elegida abadesa por la comunidad. Desempeñó santamente su cometido, sabiendo dirigir a las monjas por las sendas de Dios, dotada de una gran discreción de espíritus, y siendo un modelo de vida religiosa hasta su muerte el 31 de mayo de 1527. Su culto fue confirmado por el papa Gregorio XVI el 7 de abril de 1843.

BEATOS ROBERTO THORPE Y TOMÁS WATKINSON

Mártires († 1591)

Roberto Thorpe era natural de la provincia de York, y habiendo decidido su vocación sacerdotal ingresó en el seminario inglés de Reims el 1 de mayo de 1584. Se ordenó de sacerdote el 9 de mayo de 1585, volviendo enseguida a Inglaterra donde logró ejercer con gran celo y fruto el ministerio durante los años siguientes. Era bajo de estatura y enfermizo, no muy culto pero sí muy piadoso y entregado a su ministerio. Fue localizado y arrestado en la casa de Tomás Watkinson, donde había acudido a decir misa, el 18 de marzo de 1591.

Tomás Watkinson era de Menthorpe, en el condado de York Era viudo y tenía hijos y era agricultor. Llevaba vida retirada y tenía ofrecida su casa a los misioneros para que en ella pudieran hospedarse y celebrar la santa misa. Era, como este hecho lo demuestra, un católico piadosísimo y valeroso. Ya era un anciano cuando sufrió el martirio.

La policía en la fecha citada registró su casa y encontró en ella los vasos sagrados propios para la santa misa y, además, localizó en ella al P Thorpe, motivo por el cual ambos fueron arrestados y llevados a Topcliffe, el gran enemigo de la fe católica y buscador de sacerdotes.

A ambos se les aplicó el estatuto 27 de Isabel, que prohibía por un lado entrar en Inglaterra a los sacerdotes ordenados en el extranjero, y por otro prohibía que nadie diera albergue a tales sacerdotes. Thorpe declaró con toda claridad que la Reina no era la autoridad suprema en materias religiosas sino que lo era el Papa, y Watkinson reconoció haber auxiliado al sacerdote. Llevados al lugar del suplicio en York, Thorpe se enfrentó a los ministros anglicanos que querían atraerlo a su religión y los calificó de doctores de una religión falsa. El juez le quitó la palabra y mandó que fuera enseguida ahorcado y descuartizado. Watkinson fue requerido a pasarse al anglicanismo y pedir perdón a la Reina por haber albergado a un traidor, a lo que el mártir respondió que no había albergado a un traidor sino a un ministro del Señor. Seguidamente fue ahorcado. Era el 31 de mayo de 1591. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO FELIX (SANTIAGO AMOROSO) DE NICOSIA

Religioso († 1787)

Santiago Amoroso nació en Nicosia el 5 de noviembre de 1715. Su padre era zapatero remendón y él mismo trabajó desde joven en una zapatería. Muy piadoso y religioso desde su infancia, aspiraba a la vida religiosa y cuando murieron sus padres, acudió a los capuchinos solicitando ingreso, pero no fue admitido. Perseveró en su pretensión durante años hasta que fue admitido en 1743 en el convento de Mistretta, donde hizo la

profesión religiosa como hermano lego y tomó el nombre de fray Félix de Nicosia.

Enviado al convento de Nicosia, acompañó primero al hermano limosnero por las calles de la ciudad y luego fue hortelano, cocinero, zapatero, enfermero, portero y limosnero, oficio éste que le permitió ponerse en contacto con mucha gente a la que hizo mucho bien. Su exquisita espiritualidad y grandes virtudes, como la humildad, la mansedumbre, la caridad, atrajeron hacia él la atención de los fieles que se encomendaban a sus oraciones y decían recibir de Dios por medio de ellas grandes favores, incluso milagros. El guardián del convento sometió muchas veces a prueba su obediencia y humildad, comprobando que fray Félix era en efecto tan santo como parecía. Llevaba una vida austerísima, con grandes ayunos y mortificaciones. Devotísimo de la eucaristía, se pasaba no pocas horas de la noche ante el sagrario, y era asimismo muy fervorosa su devoción a la Virgen María.

Lleno de méritos murió en su convento de Nicosia el 31 de mayo de 1787. Fue beatificado por el papa León XIII el 12 de febrero de 1888.

BEATO MARIANO DE ROCCACASALE

Religioso († 1866)

Domingo di Nicolantonio nace en Roccacasale, Italia, el 13 de enero de 1778 en el seno de una familia pobre pero muy religiosa, que lo educó con esmero en los principios evangélicos. Adolescente se sumo al trabajo para ayudar a su casa como obrero del campo. Pero no sentía el atractivo del mundo sino de la vida religiosa, y así, a los 24 años pidio ingreso en la Orden de Menores.

En mayo de 1802 ingresó en el convento de San Nicolás en Arischia, hizo la profesión religiosa como hermano lego y con el nombre de fray Mariano de Roccacasale. Aquí estuvo hasta que el cardenal Galeffi pidió lo trasladasen al convento de San Francisco, de Civitella, ahora Bellegra, de la Provincia Franciscana de Roma, donde pasaría los siguientes cincuenta años de su vida.

No tenía otra lectura que la *Regla* de San Francisco y la *Doctrina cristiana* de San Roberto Belarmino, pero su intensa meditación le llevaba a ser capaz de decir palabras de gran edificación y sabiduría espiritual, en las que se mostraba su ardiente devoción a la Pasión del Señor, la Eucaristía y la Santísima Virgen María, lo que unido a la radicalidad de su pobreza franciscana, lo hacía acreedor de la estima y veneración de los fieles. Y es que tenía el cargo de portero en un convento al que acudían muchos fieles y tuvo la oportunidad en ese cargo de hacer mucho bien a todos, y que se vieran sus muchas virtudes, entre las que sobresalía su humildad. Con fama de santo murió el 31 de mayo de 1866. Fue beatificado el 3 de octubre de 1999.

SAN NOÉ MAWAGGALI

Mártir († 1886)

Es uno de los mártires de Uganda. Nacido en el distrito de Singo, en la zona de Mityana, en 1851, pertenecía al clan del Antílope y era alfarero de profesión. Vino al conocimiento del cristianismo y se adhirió a Cristo, bautizándose el 1 de noviembre de 1885.

Nombrado catequista de la comunidad cristiana, cumplía su encargo con gran celo, y estaba precisamente dando catequesis en su casa cuando los emisarios reales vinieron a su poblado, Kiwanga, a poner fin a la comunidad cristiana. Se le avisó y pudo huir, pero no quiso abandonar su puesto y por ello fue martirizado. Atravesado primero con lanzas hasta dejarlo todo lleno de heridas, fue luego colgado de un árbol para que fuese pasto de los perros y fueron echadas a las hienas algunas vísceras suyas. Era el 31 de mayo de 1886. Su hermana Munaku, entonces catecúmena, presenció su martirio y manifestó el deseo de ser ella también martirizada, pero no lo fue. Vivió en la misión consagrada al Señor y aún vivía cuando los mártires fueron beatificados. Noé fue canonizado con los demás mártires el 18 de octubre de 1964.

FIESTAS MOVIBLES

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

A los cuarenta días de la solemnidad de la Pascua, la liturgia romana celebra, ya desde los siglos IV-V, la solemnidad de la Ascensión del Señor. Como la Pascua es domingo, la añadidura de cuarenta días nos lleva necesariamente a un jueves, y en efecto, en jueves, a lo largo de los siglos, pudo celebrar la Iglesia española, en sintonía con el rito romano, la fiesta de la Ascensión. El sentir popular, consciente de la importancia de la fiesta, lo expresó en un conocido adagio:

«Tres jueves hay en el año
que relucen mas que el sol
Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascension»

Pero los condicionamientos políticos y sociales han obligado a numerosas iglesias, como es el caso de la española, a trasladar la solemnidad al domingo siguiente, el VII de Pascua, por ser laborable y no festivo en el país ese jueves tradicional de la Ascensión. La Iglesia española, por tanto, celebra la solemnidad de la Ascensión del Señor en el domingo VII de Pascua.

El motivo de celebrarse la Ascensión cuarenta días después de la Pascua surge de la propia Sagrada Escritura, ya que el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles dice expresamente que fueron cuarenta los días en que Cristo resucitado se apareció a sus apóstoles y que al cabo de esos cuarenta días y delante de ellos tuvo lugar su ascensión. La fiesta tiene, pues, un claro origen neotestamentario.

Desde el punto de vista doctrinal hay que decir que esta fiesta celebra aquel punto de la fe enunciado en el Credo: «Y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre». Tanto para la primera afirmación, la de la subida de Cristo al cielo, como

para la segunda, que está sentado a la derecha del Padre, tenemos numerosos textos neotestamentarios que así lo enseñan.

La ascensión de Jesús es narrada por San Lucas en el evangelio (24,51), y en el libro de los Hechos de los Apóstoles (1,9), también está narrada en el evangelio de San Marcos (16,19), se refiere a ella en varias ocasiones San Juan, también con el verbo ascender, e igualmente nos habla de ella la carta a los Efesios con verbo idéntico. Pero es San Lucas el que la encaja en las coordenadas de espacio y de tiempo, diciéndonos que fue a los cuarenta días de resucitar y exactamente en el monte Olivete, junto a Betania, distante de Jerusalén lo que se puede caminar en sábado. Los otros textos no han puesto interés en mostrar estas coordenadas espaciotemporales. No obstante, el evangelio de San Juan pone en labios de Jesús resucitado una frase que encaja con esta idea de que hay un espacio de tiempo entre la resurrección y la ascensión. Jesús le dice a la Magdalena cuando se le aparece junto al sepulcro: «Suéltame, que todavía no he subido al Padre, pero ve y diles a mis hermanos: Subo al Padre mío y Padre vuestro, a mi Dios y vuestro Dios» (Jn 20,17).

Aquí la ascensión aparece como un hecho distinto y posterior a la resurrección. Las palabras de San Lucas son suficientes para que el papa Pablo VI haya calificado desde su magisterio la ascensión del Señor como hecho histórico:

> «La ascension de Cristo al cielo es un hecho historico sucedido cuarenta días despues de su resurreccion, narrado por el primer capitulo del Libro de los Hechos de los Apostoles, en el que se nos presenta el triunfo final de Cristo con palabras sencillisimas pero importantes para su historia terrena, que desemboca en una historia celeste » (Catedral de Milan, 15 de mayo de 1958)

No es óbice a esta afirmación del papa Montini el que no pocos de los textos en los que se presenta a Cristo en la gloria del Padre, lo que supone su ascensión, no hablen explícitamente de ella o la enfoquen más como una realidad de fe que como el hecho histórico que fue. También en no pocos textos referentes a la muerte de Cristo es su valor redentor y su significado teológico lo que se destaca y no el hecho histórico mismo de la muerte de Jesús de Nazaret. El valor teológico, la cualidad de punto de la fe, no quita sino más bien supone la realidad histó-

rica de lo que se afirma. A este respecto decía el Beato Columba Marmion:

> «El misterio de la ascensión de Jesucristo nos es presentado de modo conforme a nuestra naturaleza: contemplamos la santa humanidad que se eleva de la tierra y sube visiblemente hacia los cielos.. Pero esta ascensión material, por muy real y maravillosa que se manifieste, es, al mismo tiempo, símbolo de una ascensión de la que los mismos apóstoles no vieron el final. Ascensión aún más admirable, aunque incomprensible para nosotros» *(Cristo en sus misterios).*

Y Juan Pablo II insistirá en que las indicaciones del libro sagrado no tienen por qué tomarse meramente como signo alegórico y no histórico:

> «Respecto al problema del tiempo, no se ve por qué razón podría negarse que Jesús se haya aparecido a los suyos en repetidas ocasiones durante cuarenta días, como afirman los Hechos. El simbolismo bíblico del número cuarenta, que sirve para indicar una duración plenamente suficiente para alcanzar el fin deseado, es aceptado por Jesús, que ya se había retirado durante cuarenta días al desierto antes de comenzar su ministerio, y ahora durante cuarenta días aparece sobre la tierra antes de subir definitivamente al cielo. Sin duda, el tiempo de Jesús resucitado pertenece a un orden distinto del nuestro. El Resucitado está ya en el ahora eterno, que no conoce sucesiones ni variaciones. Pero, en cuanto que todavía actúa en el mundo, instruye a los Apóstoles, pone en marcha la Iglesia, el ahora trascendente se introduce en el tiempo del mundo humano, adaptándose una vez más por amor. Así el misterio de la eternidad-tiempo se condensa en la permanencia de Cristo resucitado en la tierra Sin embargo, el misterio no anula su presencia en el tiempo y en el espacio; antes bien, ennoblece y eleva al nivel de los valores eternos lo que Él hace, dice, toca, instituye, dispone· en una palabra, la Iglesia. Por esto de nuevo decimos. Creo, pero sin evadir la realidad de la que Lucas nos ha hablado» (Audiencia general, 12 de abril de 1989).

Y por su parte, la liturgia romana nos dirá en el prefacio II, el más antiguo, de la fiesta, que:

> «Cristo Nuestro Señor después de su resurreccion se apareció visiblemente a todos sus discípulos y, ante sus ojos, fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad» *(Misal romano).*

No hay que insistir en que los Santos Padres enseñaron siempre que habían sido en efecto cuarenta días reales, y no me-

ramente una forma de hablar, el tiempo que transcurrió entre la resurrección y la ascensión del Señor, y lo que hacen es subrayar que esto estuvo dispuesto por Dios por sus altos designios a fin de obtener frutos saludables. Dice así, sirva de ejemplo, San León Magno·

> «Hoy, amadísimos, se cumple el numero de cuarenta dias sagrados que han transcurrido despues de la dichosa y gloriosa resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo Este numero de dias lo señalo la santisima disposicion de la Providencia para nuestra utilidad y enseñanza, para que, prolongandose durante este espacio de tiempo la presencia temporal del Señor, la fe de la resurreccion fuese confirmada con las pruebas necesarias» *(Homilia* 73)

La fiesta de la Ascensión celebra la vuelta de Cristo al Padre, vuelta anunciada por él mismo: «Salí del Padre y vine al mundo, de nuevo dejo el mundo y voy al Padre» (Jn 16,28). Esta salida del Padre es la encarnación, de la que habla el cuarto evangelio en el prólogo, y que significa la presencia humana de la Palabra de Dios en medio de los hombres, entre los cuales acampó. La Palabra encarnada ha venido con una misión de parte del Padre y ha dado señales de esa misión en sus obras, las cuales le han acreditado como mensajero divino (Jn 5,36, 10,25). Con su misterio pascual de muerte y resurrección va Jesús a redondear y cumplir su obra, y tras este pleno cumplimiento de la misión recibida, Cristo vuelve al Padre, y esta vuelta tiene, incluso en el evangelio de Juan, el apelativo de ascensión o subida: «Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo» (Jn 3,13) Y también: «Pues ¿qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí donde estaba antes?» (Jn 6,62).

La vuelta al Padre conlleva la glorificación de Jesús Jesús ha vivido en estado de humillación o kenosis, durante su estancia en la tierra, de modo que, aunque tenía categoría divina, aparecía como un hombre corriente, ya que no consideró imprescindible, una vez encarnado, ir luciendo la gloria de su divinidad, y llevaría su kenosis o humillación hasta el extremo, hasta la muerte en la cruz y la sepultura, pero tras ello vendría la exaltación y glorificación y la manifestación de que a Cristo le corresponde el nombre supremo, el nombre divino (Flp 2,6-11). Por ello, al acercarse su pasión, Jesús pide al Padre que le glorifique:

«Padre, llego la hora, glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique [] Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar Ahora tu, Padre, glorificame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo existiese» (Jn 17,1-5)

La carta a los Efesios presenta a Cristo glorificado sentado a la derecha del Padre y colocado así por encima de todas las cosas y cabeza de la Iglesia:

« segun la fuerza del poder que El (Dios) ejercio en Cristo, resucitandolo de entre los muertos y sentandole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y dominacion, y de cuanto tiene nombre no solo en este siglo sino también en el venidero A El sujeto todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en su Iglesia, que es cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todos» (Ef 1,20-23)

Jesús está definitivamente por encima y a la cabeza de toda la creación, la material y la espiritual, los hombres y los ángeles, y el cosmos entero, y él es el juez de los vivos y los muertos. Con su resurrección y ascensión acaba su kenosis o humillación, y se revela su verdadera dignidad, la que tiene como Dios y como Redentor consumado. Lo expresó Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor hominis*· «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia» (1,1). Esta supremacía de Cristo sobre todas las personas y cosas por debajo de Dios es la que fundamenta su apelativo de Rey del Universo con que lo festeja la Iglesia en el último domingo del año litúrgico.

Pero la entrada y estancia de Cristo en el cielo no se presenta como una ruptura de Cristo con la realidad terrena: «No se ha ido para desentenderse de este mundo...» *(Prefacio I de la Ascensión)*. En efecto, Cristo en el cielo es nuestro Sumo Sacerdote, como con tanta fuerza se expresa en la carta a los Hebreos:

«El punto principal de todo lo dicho es que tenemos un Pontifice que esta sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario y del tabernaculo verdadero, hecho por Dios y no por el hombre [] Ha recibido en suerte un ministerio tanto mejor cuanto que es mediador de una mas excelente alianza, concertada sobre mejores promesas» (Heb 8,1-6)

Cristo, recibido en el cielo, es mediador y sacerdote, y como tal sacerdote y mediador continuamente aboga por los hombres

e intercede sin cesar por ellos (Heb 7,25). Más aún: no hay entre Dios y los hombres otro mediador sino Jesucristo (1 Tim 2,5), de modo que no llega ninguna oración desde los hombres al Padre sino por medio de Jesucristo ni llega ninguna gracia desde Dios a los hombres sino por medio de él. Esto nos debe mover a acercarnos a Cristo y a poner en él toda nuestra confianza, sabiendo que por medio de él tenemos acceso a la gracia y la misericordia del Padre, recordando siempre aquella exhortación:

> «Teniendo, pues, un gran Pontífice que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengamonos adheridos a la profesión de fe No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues fue tentado, en todo a semejanza nuestra menos en el pecado Acerquemonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el auxilio oportuno» (Heb 4,14 16)

Él es ante el Padre nuestro abogado, de forma que nuestros pecados no deben llevarnos a la desesperación, ya que Cristo es propiciación por los mismos y continuamente presenta al Padre sus propios méritos y sacrificio, que sobreabundan sobre el pecado (Rom 5,20). Por ello dice San Juan:

> «Hijitos mios, os escribo esto para que no pequeis Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, Jesucristo, el justo Él es propiciacion por nuestros pecados, y no solo por los nuestros sino por los del mundo entero» (1 Jn 2,1-2)
>
> «Ha querido precedernos como cabeza nuestra» *(Prefacio* I)

La ascensión de Jesús es también nuestra propia ascensión, puesto que Cristo no ha subido solo al cielo, sino que nos ha llevado consigo, como dice la carta a los Efesios aplicando las palabras del Salmo 68,19.

> «Subiendo a las alturas, llevó cautiva a la cautividad» (Ef 4,8)

Y más expresamente dice:

> «Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida en Cristo, habeis sido salvados gratuitamente, y nos resucitó y nos sentó en los cielos en Cristo Jesus » (Ef 2,4 6)

Los Santos Padres han expuesto esta idea a los fieles, como por ejemplo el citado San León Magno, quien nos dice que la

ascensión de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo místico de Cristo tiene la esperanza de llegar algún día a donde ya está su gloriosa cabeza. Hoy —añade— no sólo hemos sido constituidos herederos del paraíso sino que con Cristo hemos ascendido a lo mas elevado de los cielos, consiguiendo una gracia más inefable por Cristo que la que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el malvado arrojó del paraíso, el Hijo de Dios, juntándolos consigo, los coloco a la diestra de Dios Padre *(Homilia* 73). De aquí se deducirán consecuencias morales de la mayor altura, porque la ascensión de Jesús muestra que nuestras almas están llamadas a lo alto, y por tanto no deben deprimirlas los deseos terrenos, destinadas a la eternidad, no las deben ocupar las cosas perecederas, habiendo entrado en el camino de la verdad, no deben entretenerlas los atractivos falaces. Han de recorrer el tiempo de la vida presente de tal modo que se consideren extranjeros que van de viaje por este valle del mundo y recordar siempre la exhortación apostólica:

> «Os ruego, queridísimos, que, como huespedes y peregrinos, os abstengais de los apetitos carnales que combaten contra el espíritu» (1 Pe 2,11)

Es el camino del amor el que tomó Cristo para descender hasta nosotros, por él nosotros subamos hasta él *(Homilía* 74). Subraya este tema Dom Lefebvre:

> «La ascension de Jesus es prenda de la nuestra Sublimada la Iglesia por una esperanza inmensa, levanta los ojos hacia su Jefe que le ha precedido a la patria celestial y la ha introducido allí en su propia persona [] Toda la vida de la Iglesia se situa entre la ascen sion del Señor y su vuelta al fin de los tiempos Segura de no enga ñarse en su espera, propaga por todas partes el mensaje de Cristo y derrama sin cesar su gracia hasta el dia en que el vuelva definitivamente a introducir en la gloria del Padre a todos los que ha arrebatado al poder de Satanas» *(Misal diario y vesperal)*

El día de la ascension, como nos ha recordado Dom Lefebvre, es el día del mandato evangelizador de Cristo (Mc 16,15). Terminada la presencia visible de Cristo sobre la tierra, ahora su sacramento, su signo visible y su instrumento será la Iglesia, a través de la cual Cristo hará en adelante su obra: por medio de ella predica, congrega a los creyentes, los santifica y los encamina a la vida eterna, y por medio de ella transmite al mundo la es-

peranza de un nuevo cielo y una tierra nueva, superando este mundo de miserias, injusticias, opresiones y pecado. A Cristo en adelante ya no se le ve sino con los ojos de la fe, pero la Iglesia queda en su lugar: ella es su cuerpo, y ella tiene la misión de Cristo: «Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros» (Jn 20,21), ella es la prolongación de Cristo en el tiempo y en el espacio.

Para que sea capaz de llevar adelante esta misión Jesús le promete su Espíritu, que derramará sobre ella el día de Pentecostés. Pero también le promete su propia presencia. Y por ello, al concluir su evangelio, Mateo nos presenta a Jesús diciendo: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). La Iglesia vive con la seguridad gozosa de la presencia de Cristo, que el Concilio subrayó como múltiple y continua (SC 7). Lo subraya San Agustín en la homilía elegida para el oficio de lecturas de esta fiesta:

> «Él no se apartó del cielo cuando desde allí descendió a nosotros, ni se apartó de nosotros cuando de nuevo subió al cielo» *(Liturgia de las Horas)*

Esta presencia llena de alegría y confianza a la Iglesia que se siente habitada e inundada por la presencia confortadora de Cristo y por ello, aun en medio de dificultades, peligros, tentaciones, persecuciones y debilidades, no teme. No vive en el temor sino en la confianza y se abraza siempre a su Señor y Esposo con un corazón seguro y tranquilo, y no obstante esta seguridad de su presencia invisible, no deja de rogar continuamente por la vuelta del Esposo, y se cumple cada día lo que dice el Apocalipsis: «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven» (Ap 22,17). Sí, mientras cumple su obra en la tierra, la Iglesia canta un continuo *Maranatá,* segura de que «ese mismo Jesús que ha subido desde vosotros al cielo, vendrá de la misma forma que le habéis visto subir al cielo» (Hch 1,14).

En la liturgia romana vigente, la solemnidad de la Ascensión tiene una liturgia de las horas propia con himnos, antífonas y preces cuidadosamente elegidos y que subrayan algún aspecto del misterio que se celebra, e igualmente una bella selección de salmos y cánticos bíblicos que subrayan el poder y el triunfo de Dios, utilizando para laudes la salmodia de la dominica de la

primera semana. La primera lectura del oficio de lecturas está tomada de la carta a los Efesios 4,1-24, carta que igualmente utiliza en la lectura breve de I Vísperas. Para la de laudes elige la carta a los Hebreos 10,12-14 y para la de II Vísperas la primera carta de San Pedro 3,18.22. Y para la segunda lectura del oficio de lecturas elige un sermón de San Agustín sobre la ascensión del Señor. En la misa la oración colecta pide al Señor «darle gracias y exultar de gozo en esta liturgia de alabanza, porque la ascensión de Cristo es ya nuestra victoria» y en la oración después de la comunión se le pide a Dios la gracia de «desear vivamente estar junto a Cristo». La primera lectura, fija para los tres ciclos, es la narración de la Ascensión en el libro de los Hechos (Hch 1,1-11) y la segunda lectura, igualmente fija, es de la carta a los Efesios (1,17-23): la ascensión de Cristo nos hace comprender la esperanza a la que Dios nos llama. El evangelio varía en cada ciclo: el año primero se toma de Mateo (28,16-20) la aparición de Jesús a los once en el monte de Galilea y la promesa de estar con ellos hasta el fin del mundo; en el año segundo se toma de Marcos (16,15-20), aparición de Jesús a los Once, mandato misionero y ascensión, con el final de que los Once cumplieron efectivamente el mandamiento de Jesús; y el año tercero se toma de Lucas (24,46-53), y narra la aparición de Jesús a los discípulos, la promesa del Espíritu Santo y la ascensión. La fiesta tiene dos prefacios propios, el primero redactado en la reforma litúrgica y el segundo procedente del antiguo misal romano.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CASTELLANO, J , *El año litúrgico. Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (Barcelona 1994).

JUAN PABLO II, *Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo,* II (Madrid 1996).

LEON MAGNO, SAN, *Homilías sobre el año litúrgico* (Madrid 1969)

Liturgia de las horas.

Misal romano vigente.

PABLO VI, *Cristo, vida del hombre de hoy.* Selección de textos por V. LEVI (Madrid 1968).

RYAN, V., *Pascua, fiestas del Señor* (Madrid 1987)

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Pentecostés, del griego Penthkosth (cf. Hch 2,1), etimológicamente significa «quincuagésimo» y corresponde a la fiesta de la recolección de la cosecha, a los cincuenta días despues de la pascua, cuando el pueblo también debía presentarse en el templo, y por eso se la llamaba en hebreo fiesta de las «semanas» *(shebuot)* porque se celebraba precisamente siete semanas después de la fiesta de «los ácimos» —la pascua judía— en la que se había ofrecido la primera gavilla de la recolección.

> «Contaras siete semanas Cuando la hoz comience a cortar las espigas, entonces comenzaras a contar estas siete semanas Despues celebraras en honor de Yahve tu Dios la fiesta de las Semanas, con la ofrenda voluntaria que haga tu mano, en la medida en que Yahve tu Dios te haya bendecido» (Dt 16,9-10)

Era, por tanto, no sólo fiesta de alegría sino también de acción de gracias y, como gesto, se ofrecían primicias de todo lo que se había sembrado. En esta fiesta originalmente agraria, a partir de la destrucción del templo en el año 70, se rememoraba ante todo el pueblo —remontándose desde el cordero pascual y el paso del Mar Rojo hacia más atrás— la promulgación de la Ley de la Alianza en el Sinaí Por eso se la denominaba a partir de entonces como «fiesta de los juramentos»

En la providencial historia de la salvación, justamente en esta fiesta del año 30, la primera fiesta de pentecostés después de la pascua en la que murió y resucitó Jesucristo, aconteció la venida del Espíritu Santo:

> «Llegado el dia de Pentecostes, estaban todos reunidos en un mismo lugar De repente vino del cielo un ruido como el de una rafaga de viento impetuoso, que lleno toda la casa en la que se encontraban Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiendose se posaron sobre cada uno de ellos, quedaron todos llenos del Espiritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, segun el Espiritu les concedia expresarse» (Hch 2,1 4)

Este texto subraya dos signos de la venida del Espíritu: «ruido como de viento impetuoso» y «lenguas como de fuego sobre cada uno de ellos», y, además, un efecto de la llenumbre del Espíritu: hablaban en otras lenguas según «les concedía expresarse».

El viento y el fuego recuerdan la profecía del Bautista sobre el Mesías (Lc 3,16): «Él os bautizará en el Espíritu Santo y el fuego».

El término griego para decir «viento» (pnoh) tiene la misma raíz que «espíritu» (pneuma) y, como en hebreo *(ruaj)*, significa a la vez viento y espíritu. Durante la ascensión, los apóstoles y discípulos habían visto cómo Jesús subía al cielo (en paralelismo con Eliseo que vio a Elías ascender y entendió que iba a recibir dos tercios del espíritu de su maestro: 2 Re 2,9-15) y, por eso, podían esperar la venida del Espíritu de Jesús enviado desde lo alto por el mismo Señor.

El término «fuego» (pur) hace referencia al tiempo de la «siega» definitiva y al momento escatológico del juicio de Dios, en el que se cierne o se aventa el grano y la paja, el grano va al granero mientras que la paja es echada al fuego. «En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era· recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga» (Mt 3,12).

El Espíritu posibilita expresarse en distintas lenguas. En contraste con la confusión de lenguas en Babel (Gén 11,1-9), ésta es una señal profética que inaugura una nueva era en la que, por la posesión del Espíritu, el Evangelio puede ser comprendido, recibido y aceptado por hombres y mujeres de todos los pueblos y naciones de la tierra. En Pentecostés, junto a las «lenguas de fuego» aparece el «don de lenguas» por el que cada uno de la lista enumerada de pueblos «los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (Hch 2,11).

El libro de los Hechos estaría, pues, subrayando que el Espíritu Santo en el «nuevo» Pentecostés es el sello que Dios imprime a la Nueva Alianza, el Espíritu de la Nueva Ley, pues implícitamente alude a la Antigua Alianza y a la entrega de las tablas de la Ley en la teofanía del Sinaí, donde y cuando también hubo los signos de «ruido» y «fuego» (Éx 19 y 20). Comentaba San Agustín:

«Se cumplen cincuenta dias despues de la muerte de Cristo y viene el Espiritu Santo, esto es, el dedo de Dios» *(Serm,* 8,18)

En este Pentecostés «nuevo», el Espíritu de Dios, el Espíritu de Jesús, es enviado desde el Padre por el Hijo a toda la Iglesia Por eso también es el Espíritu de la Iglesia, de tal forma que, como escribia San Ireneo·

«Donde esta la Iglesia esta tambien el Espiritu de Dios, y donde esta el Espiritu de Dios, alli esta tambien la Iglesia y toda gracia» *(Adv haer,* 3,24,1), pues el llamaba a Cristo y al Espiritu «las dos manos del Padre» *(Adv haer,* 5,6,1)

El Espíritu inaugura el tiempo de la Iglesia, «prolongación» del mismo Señor Jesucristo en el mundo a lo largo de la historia, permite la identificación con Él, realizar los mismos gestos y pronunciar las mismas palabras de Jesús, faculta e impulsa para la extensión del mensaje evangélico en el nombre y en la persona del Señor hasta los confines de la tierra

La Iglesia, «cuerpo» del que Cristo es su «cabeza», se convierte en «morada de Dios por medio del Espíritu» (Ef 2,22) El Espíritu del Padre y del Hijo nos hace «espirituales» y «capaces de Dios» hasta poder ser «hijos en el Hijo». Sólo en el Espiritu podemos llamar a Dios «Abbá, Padre» (Rom 8,14) y confesar «Jesús es Señor» (1 Cor 12,3) El Espíritu Santo se comunica, en la historia de la salvacion, dentro de la Iglesia y la acción redentora de Cristo en la Iglesia se hace «nuestra» por medio de su Espíritu. Por eso el Espíritu del Señor conduce a su Iglesia a la acción misionera, de tal forma que el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece como el libro de los «Hechos del Espíritu».

«Si el Espiritu de Dios ocupa un puesto eminente en la vida de la Iglesia, actua todavia mucho mas en su mision evangelizadora No es una casualidad que el gran comienzo de la evangelizacion tuviera lugar la mañana de Pentecostes, bajo el soplo del Espiritu Puede decirse que el Espiritu Santo es el agente principal de la evangelizacion el es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvacion Pero se puede decir igualmente que el es el termino de la evangelizacion solamente el suscita la nueva creacion, la humanidad nueva a la que la evangelizacion debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelizacion querria provocar en la comunidad cristiana A tra-

> ves de el, la evangelizacion penetra en los corazones, ya que el es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelizacion descubre y valoriza en el interior de la historia» (EN 75)

Pentecostés es el día de la «misión» en el que los conversos giran su corazón, extraviado o perdido, hacia el Señor y los que no han oído siquiera si existe el Espíritu Santo (cf. Hch 19,2) acogen el primer anuncio gozoso de la Buena Noticia y llegan a ser bautizados.

Desde el principio hasta ahora la cincuentena pascual ha sido celebrada en la Iglesia como todo un tiempo que arranca en la misma vigilia de la Pascua y concluye en la solemnidad de Pentecostés. Entre los siglos II y V Pentecostés era la cincuentena entera, como tiempo unitario e indivisible, al final de la que se conmemoraba conjuntamente la Ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo en el día quincuagésimo. Cada vez fue cobrando más relieve el mismo día cincuenta, número y día «jubilar» después de las «siete semanas de siete días», no sólo como colofón sino también como síntesis de todos los frutos de la pascua cristiana. A finales del siglo IV se introdujo la fiesta de la Ascensión justamente a los cuarenta días de la Pascua, y Pentecostés pasó a ser la solemnidad de la venida del Espíritu Santo, con una vigilia y una octava como en la solemnidad de la Pascua. En la liturgia romana, como también en la hispánica, la fiesta de Pentecostés se relacionó, pues, en conformidad con los textos bíblicos, con la venida del Espíritu Santo. Decir «Pentecostés» es entender, en la teología, en la liturgia y en la espiritualidad, «venida del Espíritu». Pero esta relación tan estrecha no ha sido sólo por coincidir la cronología de los días con los de Pascua y Pentecostés según el calendario judío —conforme cada año quedan marcadas las fechas de la pascua por la luna llena del mes de Nissán—, sino, sobre todo, porque el don del Espíritu proviene como fruto de la Pascua para la Iglesia.

Desde entonces, la solemnidad de la Ascensión, en la que celebramos que el Verbo Encarnado, Jesucristo, que había descendido hasta la muerte, asciende al Padre y, glorificado como Señor, se sienta a su derecha, precede y es preámbulo de la solemnidad de Pentecostés, pues desde el seno de la Santísima Trinidad nos es enviado por Cristo, como lo había prometido, su Espíritu.

La liturgia, por la acción del Espíritu, realiza lo que celebra. En la solemnidad de Pentecostés ella significa este hecho pasado en la historia de la salvación que se actualiza aquí y ahora, en cada comunidad concreta y en toda la iglesia universal y el mismo Espíritu renueva su presencia en la comunidad eclesial y en cada uno de sus miembros, en los que Dios inhabita por la gracia, don de sí mismo. La liturgia en esta solemnidad de Pentecostés renueva la venida del Espíritu sobre cada miembro de la Iglesia entera con el mandato misionero recibido de Jesús como comunidad universal, catolica. Por eso el Espíritu es principio de la catolicidad de la Iglesia y, a la vez, de la unidad, santidad y apostolicidad.

La venida sobre cada uno de los miembros de la Iglesia, estando todos al único fin de la edificación de la comunidad, que es mediación para la salvación del mundo, origina los diversos dones, ministerios y carismas en la Iglesia.

> «El Espiritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor 3,16, 6,19), y en ellos ora y da testimonio de la adopcion de hijos (cf Gal 4,6, Rom 8,15-16 26) Con diversos dones jerarquicos y carismaticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf Ef 4,11-12, 1 Cor 12,4, Gal 5,22), a la que guia hacia toda verdad (cf Jn 16,13) y unifica en comunion y ministerio Hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la union consumada con su Esposo Pues el Espiritu y la Esposa dicen al Señor Jesus "¡Ven!" (cf Ap 22,17)» (LG 4)

El Espíritu hace resonar en la Iglesia la Palabra de Dios y gracias a él puede interpretar la palabra inspirada como fuente y norma de vida.

Todos los sacramentos, cada uno de forma específica, tienen una relación singular con el Espíritu Santo, quien, a través de ellos, actualiza el misterio pascual y la salvación: el orden confiere el Espíritu de la santidad para el sacerdocio ministerial o para el ministerio diaconal, mediante la imposición de las manos y las epíclesis sacramentales consagratorias; la eucaristía, presencia verdadera, real y sustancial de Cristo, es también presencia del Espíritu, quien transforma el pan y el vino (epíclesis de consagración) y santifica a la comunidad que celebra (epíclesis de comunión), de ahí el origen antiguo de algunos «sagra-

rios» en forma de paloma, que recuerdan la teofanía del Jordán y que juntan la forma de paloma, el símbolo del Espíritu, con la sagrada forma, Cristo verdadero; el bautismo y la confirmación hacen posible el «nacer de nuevo»; en el matrimonio el amor humano queda transformado por el Espíritu en amor de Cristo por su Iglesia; en la penitencia y la unción de los enfermos el Espíritu da la victoria del amor de Dios sobre el pecado y la enfermedad, pues Cristo resucitado concedió el don del Espíritu para perdón de los pecados.

La *Ordenación general de la liturgia de las horas* recuerda que:

> «No puede darse oracion cristiana sin la accion del Espiritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo» (n 8)

Por eso concluimos toda oración litúrgica en la Iglesia: «en la unidad del Espíritu Santo».

El Espíritu hace que la Santísima Trinidad inhabite en los justos, pone su morada en sus discípulos de tal forma que puedan gozar ya de una experiencia trinitaria, por el vínculo de amistad y de recíproca presencia, con cada una de las tres divinas personas hasta que lleguen a la plenitud en la bienaventuranza eterna.

Gracias al Espíritu podemos vivir las virtudes teologales —fe, esperanza y caridad—, que nos ponen en relación directa con la Santísima Trinidad, y las virtudes cardinales —prudencia, justicia, fortaleza y templanza—, que nos mantienen en relación fraterna con los hermanos y en el aguante hasta la venida del Señor.

«La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Éstos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo» (CIC 1830) y que son siete: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

«Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna» (CIC 1832), y segun la tradición eclesial son doce: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad.

El «Espíritu de la verdad», el Paráclito, abogado y defensor, nos «lo enseñará todo» (Jn 14,17.26)

En la celebración litúrgica de Pentecostés se renueva, por tanto, y en cada ciclo litúrgico la presencia del Espíritu en la Iglesia que espera perseverante y unánime en oración —como en aquel día anterior en el Cenáculo junto a María, la Madre del Señor— la venida continua del Espíritu sobre todos los fieles. De la misma manera que el Padre, por la acción del Espíritu Santo en María, llegada la plenitud de los tiempos dio al mundo el «Dios-con-nosotros», también ahora el Espíritu en María, Madre de la Iglesia, realiza toda preparacion para la venida de Cristo al Pueblo de Dios (cf. CIC 744) Como María, también la comunidad eclesial es «templo del Espíritu Santo» (LG 53).

La Iglesia, por Pentecostés, dirige su mirada a María, Madre de Cristo y de la Iglesia, justamente en la hora de la Iglesia naciente, puesto que si la Iglesia nació del costado de Cristo, en la Pascua, con él el Espíritu en Pentecostés se muestra como co-fundador de la misma Iglesia. María acogió en su ser la gracia y la acción del Espíritu Santo para la Encarnación del Verbo. La Virgen y Madre permanecía en oración con los apóstoles y discípulos, primer germen de la comunidad cristiana, para que la semilla del árbol de la cruz, Cristo, donde nos fue entregada por él mismo como nuestra Madre, fructificara en una doble misión, el envío del Espíritu y el envío de los apóstoles.

> «En medio de los problemas, de las desilusiones y esperanzas, de las deserciones y retornos de nuestra epoca, la Iglesia permanece fiel al misterio de su nacimiento Si es un hecho historico que la Iglesia salio del Cenaculo el dia de Pentecostes, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostes no pertenece solo al pasado la Iglesia esta siempre en el Cenaculo que lleva en su corazon La Iglesia persevera en la oracion, como los Apostoles junto a Maria, Madre de Cristo, y junto a aquellos que constituian en Jerusalen el primer germen de la comunidad cristiana y aguardaban, en oracion, la venida del Espiritu Santo» (DV 66)

Así, pues, la liturgia, «el sacramento del Espíritu», perpetúa Pentecostés. El Espíritu, en ella, nos hace presente el pasado y nos hace pregustar el futuro. En la solemnidad de Pentecostés por la liturgia se actualiza, presencializándose, la venida del

Espíritu sobre todos los fieles en los que ya inhabita por la gracia.

La solemnidad de Pentecostés tiene «vigilia» y, ya desde la antiguedad, se parecía a la vigilia pascual y hasta en ella algunos recibían, si no había podido ser en la de Pascua, los sacramentos de la iniciación. Aparecía también en la celebración litúrgica el cirio pascual para sensibilizar, en la fiesta de la venida del Espíritu, que Cristo es la luz del mundo. En las lecturas se proclamaban seis profecías. Y se ha celebrado siempre —como la Misa votiva del Espíritu Santo al comenzar alguna acción importante— con el color rojo, el de los mártires y testigos. En la edad media se llamaba a Pentecostés la «pascua de las rosas» porque se adornaban los altares con rosas rojas que recordaban las lenguas de fuego. Las rosas rojas, en la simbología social del occidente, han significado siempre: «amor».

Actualmente en la misa de la vigilia se ofrecen cuatro lecturas del Antiguo Testamento (Génesis, Éxodo, Ezequiel y Joel) para elegir una; el Salmo 103 con la respuesta «envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra», la carta de Pablo a los Romanos (8,22-27), y el Evangelio de Juan 7,37-39: «Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él».

En la «misa del día» permanece, como desde siempre, la lectura del comienzo del capítulo segundo de los Hechos (2,1-11) con la narración del «primer» Pentecostés. Se toman otros versículos del Salmo 103, con la misma respuesta. La segunda lectura es de la primera carta de Pablo a los Corintios (12,3b-7.12-13) y se refiere a la acción del Espíritu, «hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo»: para confesar a Jesús, para mantener la diversidad de dones, servicios y funciones, y para ensamblar la unidad de la iglesia en un solo cuerpo a pesar de las diferentes razas, culturas y procedencias. También hay secuencia (como en pascua), versificada en latín, «Ven, Santo Espíritu», de finales del siglo XIII y atribuida al papa Inocencio III, que describe bellamente la persona y la acción del Espíritu (padre, luz, fuente, huésped, tregua, brisa, gozo...), con un deseo ardiente por la venida de su persona ante las necesidades de nuestra vida. El evangelio según San Juan (20,19-23)

describe el momento postpascual, cuando el Señor resucitado «alentó» sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Así permanecen vivas y actuales en la asamblea litúrgica, al ser proclamadas, tanto las palabras de Cristo resucitado en el cenáculo recién acontecida la Pascua, cuando los discípulos estaban encerrados por miedo y les alienta el Espíritu para el perdón de los pecados, como la narración del día de Pentecostés cuando «se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras». El prefacio resume la adopción de hijos por el Espíritu, su acción en la iglesia naciente, la infusión del conocimiento de Dios a todos los pueblos y la unión en la comunión eclesial de la misma fe a pesar de la diversidad de lenguas.

En el día de Pentecostés nuestra gratitud se dirige al Padre y al Hijo por el don del Espíritu Santo, puesto que nos viene de ambos. Se dirige también al mismo Espíritu, qué menos que en este día, ya que durante el año quizá no nos acordemos de él tanto como debiéramos para serle agradecidos, puesto que lo vivimos todo por él aunque no seamos conscientes y él «intercede por nosotros» y «viene en nuestra ayuda».

En tiempo de Pentecostés, que coincide con el final del curso académico, que también ahora marca, como antes el agrícola, el curso pastoral, se celebra habitualmente el sacramento de la confirmación: así el cristiano recibe al Espíritu Santo como signo escatológico de Cristo resucitado, para robustecer la fe en el Señor y su compromiso con la misión de la Iglesia. La imposición de las manos, en la liturgia, ha significado siempre el desbordamiento del Espíritu sobre quienes reciben el sacramento. La crismación, unción material, para ser cada cristiano «ungido» —como el «Ungido», el Cristo, pues: «Dios lo ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Heb 10,38)—, significa la unción espiritual, pero real, del Espíritu sobre el confirmando cuando él mismo se derrama como don: «Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo».

Por esta connotación del compromiso bautismal y de la confirmación para el apostolado, en esta jornada, se celebra en la Iglesia en España el «Día de la Acción Católica».

Dom Guéranger ya escribía en *El año litúrgico,* a mediados del XIX, que cuatro son los grandes sucesos de la historia: la creación del hombre y su elevación al estado sobrenatural; la encarnación del Verbo; la venida del Espíritu Santo; y la segunda venida del Hijo de Dios (vol.III). Aunque habría que añadirle, entre medias, la Pascua de la muerte y resurrección del Señor, en cualquier caso nos encontramos, pues, entre esa tercera y cuarta, ya que vivimos la experiencia de un continuado Pentecostés hasta que él vuelva. Así y mientras tanto creemos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida... y que habló por los profetas».

El Beato Papa Juan XXIII, en la constitución apostólica de convocatoria del Concilio Vaticano II, escribía una oración que bien podemos tomar de «jaculatoria» contemporánea: «Renueva en este tiempo nuestro tus prodigios como en un nuevo Pentecostés».

> «Ojala suceda ahora en toda la familia cristiana lo que conocemos de los apóstoles después de la Ascensión de Jesús al cielo, cuando toda la Iglesia naciente se unió en comunión junto a Pedro, Pastor de corderos y ovejas, y con él y por él oraba Y dignese el Espíritu divino, atendiendo a los votos ardientes de todos, admitir esta oracion que todos los dias sube hasta él desde todos los rincones de la tierra. "Renueva en este tiempo nuestro tus prodigios como en un nuevo Pentecostes y concede a la Iglesia santa que, con María la Madre de Jesus, perseverando en unánime e intensa oración y guiada por el bienaventurado Pedro, propague el Reino del divino Salvador, reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Amén" (cf. AAS 51 [1959] 382)» *(Humanae salutis,* 21)

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

AUSEJO, S DI (ed), *Diccionario de la Biblia* (Barcelona [10]2000)
Catecismo de la Iglesia Catolica (CIC) (Madrid 1992)
FARMER, W R et al (dirs), *Comentario bíblico internacional* (Estella, Navarra 1999)
GUERANGER, P , *El año liturgico,* III (Barcelona 1976)
LOPEZ MARTIN, J , *La liturgia de la Iglesia* (Madrid [4]2002)
Nueva ordenacion general de la liturgia de las horas (Madrid 1971)

SANTÍSIMA TRINIDAD

Somos cristianos, porque hemos sido bautizados «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»

Nuestra vida cristiana ha de ser, pues, una vida en Cristo Jesús ante el Padre y para el Padre, animada por el Espíritu Santo.

Y cuando estemos a punto de pasar de este mundo a la vida eterna, ojalá la Iglesia por boca de alguno de los cristianos presentes nos diga estas o semejantes palabras:

> «Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre del Padre todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió» *(Ritual de los sacramentos)*

Todo nos viene del Padre por Jesucristo su Hijo y Señor nuestro en el Espíritu Santo; y entre lo que hagamos sólo será bueno y aceptable aquello que suba al Padre por Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo.

La adorable Trinidad es siempre punto de partida, camino y meta de todo lo que hace la Iglesia y ha de serlo de todo lo que hacemos los cristianos.

Lo es sobre todo en la sagrada liturgia, en la Eucaristía de modo eminente.

¿Por qué, pues, y para qué una *fiesta especial de la Santísima Trinidad?* Toda fiesta es siempre fiesta de la Santísima Trinidad

Pero el amor del pueblo cristiano al misterio de la Santísima Trinidad se fue traduciendo en deseo ferviente de poder celebrar una fiesta en la que se recordase, celebrase y predicase de modo muy especial este insondable misterio

Ya a principios del siglo IX el monje benedictino Alcuino había compuesto una misa de la Santísima Trinidad para que la usasen los que lo desearan como misa votiva. Esta misa no tardó en pasar a algunos sacramentarios. A comienzos del siglo siguiente, Esteban, obispo de Lieja, compuso un oficio para esta fiesta. Se contaba, pues, ya con una liturgia completa, liturgia

cuyo uso se fue generalizando en la cristiandad medieval. Entre los impulsores de la devoción a la Santísima Trinidad, y, por tanto, a la fiesta en su honor, está la Orden de la Santísima Trinidad, fundada en 1198.

Roma se resistió a aceptar esta fiesta en su calendario, pues no veía necesaria una fiesta bajo esta advocación. La razón de tal actitud la había dado ya a mediados del siglo XI el papa Alejandro II († 1073), quien argumentaba que no es propio del uso de Roma dedicar un día particular a honrar a la Santísima Trinidad, pues se la honra todos los días. Un siglo más tarde, Alejandro III († 1181) repetirá lo mismo.

Sólo en 1334 esta fiesta fue introducida en el calendario de la Iglesia romana por el papa Juan XXII. Como fecha para su celebración se señaló el mismo día en que se venía celebrando ya: el domingo que seguía inmediatamente a la octava de la fiesta de Pentecostés, octava que terminaba después de la hora de nona del sábado inmediatamente anterior.

Aunque actualmente el tiempo pascual termina con las segundas vísperas de Pentecostés por haberse suprimido la octava de esta solemnidad, la solemnidad de la Santísima Trinidad conserva su sentido primero: ser como una recapitulación de la historia de la salvación que la Iglesia ha estado celebrando desde el primer domingo de Adviento hasta la fiesta de Pentecostés.

La revisión de la liturgia, decretada por el concilio Vaticano II y felizmente realizada ya, ha conservado la liturgia tradicional de esta fiesta; ha aumentado, sin embargo, y enriquecido notablemente la liturgia de la palabra de la misa.

La Iglesia es siempre muy consciente de que todo acto de culto es acto de culto a la Santísima Trinidad, lo que aparece claramente en todas las acciones litúrgicas. Así, en la celebración de la Eucaristía el sacerdote que preside abre la celebración santiguándose mientras dice: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», a lo que el pueblo, santiguándose también él, asiente con un «Amén». Y, finalizada la celebración, antes de despedir al pueblo, el sacerdote lo bendice diciendo: «La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros». Y durante la celebración, la Iglesia que celebra explicitará una y otra vez esta verdad fontal. Todas las oraciones,

la plegaria eucarística entre ellas y con un énfasis especial, explicitan al final que lo que se pide se pide «por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo...». Y clara y profundamente trinitarios son el himno «Gloria a Dios en el cielo» y la profesión de fe «Creo en un solo Dios». Y en la Liturgia de las horas se repite una y otra vez la doxología «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...».

Este fondo trinitario, presente siempre en todas las celebraciones, está, como es natural, muy enriquecido en la liturgia de este día, en la que se repiten una y otra vez fórmulas doxológicas como: «Gloria a ti, Trinidad igual, Divinidad única...»; «Bendita sea la santa Trinidad e indivisible unidad...»; «Gloria y honor a Dios en la unidad de la Trinidad...».

Antes de pasar a presentar la liturgia de la celebración eucarística de este día, como introducción, lea el lector las siguientes líneas, parte de una carta del gran defensor de la ortodoxia de la fe, el obispo San Atanasio de Alejandría († 373), que se lee hoy en el oficio de lectura. Es una síntesis viva del misterio de la Santísima Trinidad.

> «Existe, pues, una Trinidad, santa y perfecta, de la cual se afirma que es Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no tiene mezclado ningun elemento extraño o externo, que no se compone de uno que crea y de otro que es creado, sino que toda ella es creadora, es consistente por naturaleza, y su actividad es unica El Padre hace todas las cosas a través del que es su Palabra, en el Espiritu Santo De esta manera, queda a salvo la unidad de la santa Trinidad Asi, en la Iglesia se predica un solo Dios, *que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo Lo trasciende todo,* en cuanto Padre, principio y fuente, *lo penetra todo,* por su Palabra, *lo invade todo,* en el Espíritu Santo»

Las partes propias de la liturgia de la misa de este día, unas ponen en nuestros labios palabras acertadísimas para que con ellas y desde ellas oremos a Dios uno y trino y para que lo contemplemos, y otras, las lecturas sobre todo, nos adentran en la vida de Dios y nos recuerdan cómo Dios se nos ha ido manifestando como Trinidad adorable a través de la historia de la salvación.

La *antífona de entrada:* «Bendito sea Dios Padre, y su Hijo unigénito, y el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de no-

sotros», y la *aclamación antes de la proclamación del Evangelio* en los tres ciclos: «Aleluia, aleluia. Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; al Dios que es, que era y que vendrá. Aleluia», son como un saludo lleno de agradecimiento, de admiración y de alegría a la Santísima Trinidad por lo que es y «porque ha tenido misericordia de nosotros», pobres pecadores, y nos ha salvado gratuitamente.

En la *oración colecta* tenemos, en su primera parte, una síntesis del misterio que estamos celebrando, contemplado en sí mismo y en su acción salvadora: Dios, Padre todopoderoso, para revelarnos no en abstracto sino en la vida y desde la vida «su admirable misterio», es decir, quién es en sí y quién ha sido y sigue siendo para nosotros, nos ha enviado la «Palabra de la verdad» y el «Espíritu de la santidad». En la segunda parte le pedimos que, como lógica consecuencia, nos conceda la gracia de las gracias: «Profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la Trinidad y adorar su unidad todopoderosa».

La *liturgia de la palabra* presenta al pueblo fiel que celebra una visión de cómo Dios se ha ido revelando al hombre, cómo le ha ido manifestando su voluntad salvadora y qué nos pide como respuesta.

Ciclo A:

— En el Sinaí *(primera lectura,* tomada del Éxodo) Dios se proclamó «un Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad», proclamación a la que Moisés, rostro en tierra, correspondió pidiendo al Señor que, aunque el pueblo es pecador, lo tome como heredad suya. Dios sigue siendo el mismo; ¡y nosotros demasiado parecidos al pueblo de Israel!

— En la *segunda lectura* San Pablo nos invita a vivir en el amor para que el *Dios del amor* esté con nosotros. Y como saludaba a los cristianos de Corinto, nos saluda hoy a nosotros con estas oportunísimas palabras: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros».

En el *Evangelio* según San Juan, se nos leen parte de las palabras que el Señor le dijo a Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unico [...] Porque Dios no mandó a

su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». Tanto, que no mucho después el Padre *entregaría* a su Hijo por nosotros, y en Pentecostés, a petición del Señor, nos enviaría el Espíritu Santo.

Ciclo B:

— Dios es un Dios cercano, un Dios que ya en el Antiguo Testamento compartió la historia del hombre. Tanta bondad, generosidad tan grande exigen una respuesta nuestra, que si ello fuera posible, tendría que ser proporcionada. Es lo que enardecido le grita al pueblo israelita Moisés *(primera lectura):* «Nadie, nunca ha escuchado como tú has escuchado la voz de Dios vivo, nadie ha hecho nada semejante a lo que Dios ha hecho con vosotros [...] Medítalo en tu corazón, guarda los preceptos que Dios te ha dado».

— Y el pueblo al que Moisés pedía una respuesta tan generosa estaba lejos de haber recibido lo que nosotros hemos recibido y que San Pablo nos lo recuerda en la *segunda lectura:* «Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud [...], sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: *abba!* (Padre)». Y la presencia de ese Espíritu en nosotros, continúa el gran apóstol, nos impulsa a afirmar que: «Somos hijos de Dios, y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo». ¡Somos hijos de Dios, somos coherederos con Cristo! La Santísima Trinidad no es una verdad lejana, es una realidad en la que «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28).

— El *Evangelio* cuenta cómo el Señor, antes de ascender a los cielos, envía a los apóstoles a hacer discípulos de todos los pueblos, «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». El bautismo nos sumerge en la vida de la Santísima Trinidad, nos *cristianiza* haciéndonos aptos para vivir ante el Padre y para el Padre, animados por el Espíritu Santo, vida que ha de estar sustentada por la práctica de los mandamientos: «Y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado».

Ciclo C:

— Las culturas del antiguo Oriente hicieron de la sabiduría la meta más alta de sus conocimientos. También el pueblo de

Israel. Pero sólo éste, inspirado por Dios, llegó a ver, además de la sabiduría que el hombre puede alcanzar por sí mismo, otra sabiduría de naturaleza muy superior, una sabiduría personificada, la Sabiduría de Dios, una sabiduría que, como leemos en la *primera lectura* (Deuteronomio), proclama de sí misma que existía no sólo cuando Dios mediante ella creaba el mundo, sino ya antes de la creación. Jesucristo con sus obras y expresamente con su palabra descorrerá el misterio que encerraba la Sabiduría en el Antiguo Testamento repitiendo que él es la sabiduría de Dios.

Como *segunda lectura* se leen unas palabras de la carta a los Romanos. El apóstol les recuerda a sus discípulos de Corinto ¡qué grande es ser cristiano! Y se explaya repasando lo que la fe nos ha aportado· «Hasta nos gloriamos en las tribulaciones [...] Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado».

Como *lectura evangélica* se lee parte de las palabras de despedida que el Señor dijo a sus discípulos durante la Última Cena. Son, como las de la primera lectura, Palabras de la Sabiduría de Dios, pero éstas lo son de la Sabiduría encarnada. En ellas Jesús anuncia a sus discípulos que más tarde el Espíritu de la Verdad los conducirá hasta la verdad plena, Verdad, que el Espíritu Santo recibirá de él, como él la recibe del Padre. Anuncia, pues, el Señor que después de Pentecostés se les dará a conocer el misterio de la Trinidad.

La Palabra de Dios, que la Iglesia nos ofrece en esta solemnidad, abre ante nosotros un horizonte amplísimo que ha de alimentar y activar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad. El Padre, ¡no lo olvidemos!, nos sigue enviando al Hijo para que, iluminados por el Espíritu Santo, nos vayamos *cristianizando* en profundidad, para que, dejándonos guiar por el Espíritu Santo, que *nos habla con gemidos inenarrables,* sigamos a Jesús camino, verdad y vida, que nos lleva hasta el Padre.

En el *prefacio* de esta fiesta, que aparece ya en el Sacramentario gelasiano (siglo VII), tenemos una síntesis del misterio de la Santísima Trinidad. Entre otras cosas dice:

«... Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Que con tu único Hijo y el Espíritu Santo
eres un solo Dios, un solo Señor;
no una sola persona,
sino tres personas en una sola naturaleza...
De modo que al proclamar nuestra fe
en la verdadera y eterna divinidad,
adoramos tres personas distintas,
de única naturaleza e iguales en su dignidad».

«Por Cristo unos y otros tenemos en el mismo Espíritu acceso al Padre». ¡Qué resonancias tienen en nuestras almas de fieles cristianos estas palabras del gran apóstol en la solemnidad de la Santísima Trinidad! Cristo es para nosotros el camino, la verdad y la vida; si dejamos que el Espíritu Santo nos conduzca por ese camino, que nos descubra esa verdad y que nos dé fuerzas e ilusión para vivir incansablemente de ella, el Padre nos hará sentar a su mesa en el Reino de los Cielos, donde podremos seguir cantando eternamente el «Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo», que tantas veces habremos cantado en la tierra.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

ABAD IBANEZ, J. A. - GARRIDO BONAÑO, M., *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 745s.

BONNAR, P. E., et al. (eds.), *Fiesta de la Trinidad* (Asambleas del Señor, 53, Madrid 1965).

CABROL, F., «Le culte de la Trinité dans la liturgie et l'institution de la fête de la Trinite»: *Ephemerides Liturgicae* 5 (1931) 270s

GUIRANGER, P., *El año litúrgico,* IV (Barcelona 1976).

VAGAGGINI, C., *El sentido teológico de la liturgia* (Madrid 1965) 189s.

APÉNDICE

3 de mayo

HALLAZGO DE LA SANTA CRUZ

La galanura de mayo ofrece a la vida, sobre los altares de la primavera, un cáliz opulento de rosas. Pienso en el buen Dios que, cada amanecer, pone un lujo de diamantes en el rocío, canciones en los pájaros, oro maduro en los trigales y una tierna esperanza en el corazón del hombre. Suspira San Juan de la Cruz, escoltado por los ángeles que habitan el aire inocente del alba. «¡Oh bosques y espesuras, plantadas por la mano del Amado!». Y le responden, en un salterio de colores y de perfumes, todas las criaturas humildes que resucitan con la primavera —las golondrinas, las aguas de las fuentes, los almendros— para que el alma enamorada se acerque más a su Dios.

Todo vuelve a vivir ahora. Porque no sabemos dónde —si en la brisa o en la estrella, a las orillas del mar, entre las palmas del huerto o en la pequeña casa de nuestro corazón— unas campanas celestes repican sus *alleluias* de júbilo a Jesucristo resucitado, que se alza de su sepulcro, como *Dux* invencible de la vida. Miradle cuando se aparece de hortelano a la Magdalena, de peregrino a los peregrinos de Emaús, que arrastran, en la sobretarde, las sombras de su propia melancolía, entre un cansado andar de dudas y de incertidumbres. Y, en el Cenáculo, al fin, como Maestro, en medio de los apóstoles. Al abrir, de saludo, sus brazos, para que se certifique que no es un fantasma, una claridad sangrienta anuda las cinco rosas de sus llagas sobre la carne real, pero celeste. Y, así, la cruz nos queda en el mundo redentora, palpitante, viva.

Para la augusta fiesta de este día escribió San Pablo a los Gálatas: «Nosotros sólo podemos gozarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual reside nuestra resurrección y nuestra

vida, y por el que hemos alcanzado la libertad y la salud». Y entonces, como un eco risueño de este «introito» que canta la santa misa, todas las flores de la primavera se suben impacientes a los altares de mayo para ungir de su gozo la gloria de la cruz. Os diré los motivos.

En los días cruciales de la disolución del Imperio romano. Parece increíble que aquella orgullosa república, extendida por todo el orbe conocido, con la geografía de sus calzadas y el ímpetu de sus legiones, hubiera de desmoronarse ante la pequeña comunidad de creyentes sembrada por Pedro entre la tiniebla de las catacumbas. Y así fue, contra todos los pronósticos racionales y los paganos augurios de los Césares.

La nueva religión de la cruz, purificada en las controversias de los retóricos y de los sofistas, ha crecido en multitud de milagros, cuando los emperadores la creían aniquilada con la arbitrariedad de sus edictos de persecución. El testimonio de la sangre siembra poderosos crecimientos. Y el misterio vital, paradójico, de la cruz hace que la carne destruida y caliente de los mártires no sufra los rigores de la corrupción, sino que palpite, con una elocuente y divina presencia, en los discursos del Foro, en los juegos sensuales de las Termas, en la solemnidad del Senado, hasta subir a la cúpula del Capitolio para imperar desde allí.

Ahora son los mejores. Y tanto influyen en la conciencia del pueblo que el Imperio no les puede ignorar. El edicto de Galerio plantea el difícil tema de los cristianos en su punto más realista. Por el futuro de la república, incierto ya y vacilante, se impone una tregua política, que, en la realidad, nada resuelve. Sólo la libertad de la Iglesia de Cristo pondrá paz en los corazones y grandeza en el regimiento de los ciudadanos destinos.

Pues el hombre vocado a tan augusta empresa es Constantino. Eusebio de Cesarea nos describe en su *Historia* el perfil de este príncipe pagano.

> «Era, en su juventud florida, de talla eminente, la fisonomia noble y hermosa, fina y fuerte su musculatura Pero aun subyugaba mas por la ternura de su corazon ancho y por la luz de sus ojos que irradiaban realeza y poder»

De otras fuentes sabemos que amaba la soledad meditabunda y que su alma no se saciaba en las filosofías groseras del poli-

teísmo, sino que trascendía a la busca de la única divinidad, a quien, aun sin conocerla, gustaba de invocar con el nombre de «Padre del cielo».

Imperaba en las Galias, compartiendo el poder con Majencio y Licinio. Los reinos divididos dan en la disolución y en la ruina. Y la guerra estalla entre los tres, como siempre, por piques de rivalidad y de soberbia. Constantino es multitudinario en el fervor de su pueblo y entre sus fieles legiones. Semejante aureola recome a Majencio, que pretexta vengar con sangre el supuesto asesinato de Máximo Hércules, por intrigas de Constantino. Pero el gran viento de las victorias empuja a los cien mil soldados desde las Galias hasta Turín, por Brescia y Verona, y a todo lo largo de la vía Flaminia. Constantino tenía videncias de su propio triunfo, porque no combatía solamente con sus ejércitos, sino con el poder divino de aquel anagrama que, a la luz sangrienta del otoño, resplandecía en los estandartes y sobre el pecho de sus leales, recordando otra batalla más cruel y decisiva: la de Cristo en la cruz. Y con su nombre iba seguro a la victoria.

Fue así el milagro, según lo refiere Eusebio, recogido de los mismos labios del emperador. Que a los comienzos de esta injusta guerra embargaba su espíritu el pensamiento de la muerte, como acontece a los que llevan oficio de armas. Y repasó en su memoria el fin dramático de todos los emperadores que habían perseguido a los cristianos. Sólo su padre, Constancio, encontró una muerte piadosa, tranquila, serena. ¿Acaso porque quiso bien, en amistad y protecciones, a los creyentes de la cruz? Pide entonces un signo al Señor de los ejércitos. Y se le dio, en un estupendo milagro. Sobre un cielo deslumbrante de mediodía vio arder una cruz de sangre, con esta divisa: *in hoc signo vinces.* Era el lábaro de su victoria. Y más aún. En el sueño impaciente de aquella noche Cristo se le muestra, ordenándole que sus combatientes, sus armas, sus banderas, lleven su propio nombre sacro e invencible. Y mientras aquel 28 de octubre del 312 se alza al cielo, desde las siete colinas, el incienso inútil ofrecido por Majencio a los dioses paganos, la última batalla del Puente Milvio, sobre el Tíber, proclama a Constantino emperador triunfante en la señal de la cruz.

El famoso Edicto de Milán es el ofrecimiento de su victoria a la cruz. Los cristianos se ven libres, con todos los derechos jurídicos de los ciudadanos de Roma. En su brevedad, una sola idea se repite, con clara intención, para que no haya espacio a interpretaciones o dudas: la perfecta igualdad de ciudadanía para los creyentes, a los que ningún prefecto podrá, en adelante, torturar con los garfios y las cárceles ante la pública profesión de su fe.

Y, a los pocos años, el hallazgo de la cruz, como radiante trofeo de aquella gesta castrense. Era muy lógico que Constantino y los de su casa anhelaran, muy ardidamente, poseer aquella cruz, aparecida en los cielos. Y es su madre Elena la que se pone en piadosa romería hacia Oriente. Todo esto es pura historia. La podemos seguir con Eusebio, por todo el itinerario, entre las aclamaciones entusiastas que la hacen, a su paso, las provincias del Imperio. Visita la cueva de Belén para seguir, con fidelidad, el recuerdo de la vida de Cristo. Sobre el desnudo pesebre, que profanan unos altares en honor de Adonis, edifica un templo majestuoso, «de una hermosura singular, digno de eterna memoria». Se detiene largamente en el lago, porque aquel mar de Tiberíades, que tiene geografía y curvas de corazón, palpita como el corazón de todo el Evangelio, como el mismo corazón de Cristo. Y después a las agonías del monte de los Olivos. Y al Calvario.

En este punto nos despedimos de Eusebio de Cesarea, que nos guió minuciosamente, con sus infolios, en la peregrinación de la emperatriz. Los rigores de la crítica histórica hinchan el silencio de este escritor para tejer las insidias de la duda en la maravilla celeste del *hallazgo*. Pero este dato no entenebrece su perfecta historicidad. Lo consignan escritores eminentes: Rufino, Sozomeno, el Crisóstomo, San Ambrosio, y el Breviario romano lo tiene recibido, en las Lecciones históricas, para la fiesta de este día. Además, Eusebio de Cesarea no ignora el suceso, aunque no lo consigne expresamente, pues reproduce una carta de Constantino a Macario, obispo de Jerusalén, en la que se habla «del memorial de la pasión escondido, bajo la tierra, durante muy largos años».

Con las fuentes mencionadas podemos componer la historia así. A los comienzos del siglo IV el más inconcebible aban-

dono cubría los santos lugares, a tal punto que la colina del Gólgota y el Santo Sepulcro permanecían ocultos bajo ingentes montañas de escombros. El concilio de Nicea dictó algunas disposiciones para devolver su rango y su prestigio a aquellas tierras sembradas por la palabra y la sangre del Redentor, mientras el mismo Constantino ordenaba excavaciones que hicieran posible recuperar el Santo Sepulcro.

Y allí Elena, alentando con su poder y sus oraciones el penoso trabajo. Se descubre una profunda cámara con los maderos, en desorden, de las tres cruces izadas sobre el Calvario aquel mediodía del viernes. ¿Cuál de las tres, la verdadera cruz de Jesucristo? Y entonces el milagro, para un seguro contraste. Porque el santo obispo de Jerusalén, a instancias de Elena, las impone a una mujer desvalida, siendo la última la que le devuelve la salud. Aún la tradición añade que, al ser portada la Vera Cruz, procesionalmente, en la tarde de aquel día, un cortejo fúnebre topó con el piadoso y entusiasta desfile, y, deseando el obispo Macario más y más certificarse sobre el auténtico madero, mandó detenerle, como Jesucristo en Naím, cuando los sollozos de la madre viuda le arrancaron del corazón el devolverle la vida a su único hijo muerto. Se probaron, con el que llevaban a enterrar, las tres cruces, y sólo la que ya veneraban como verdadera le resucitó. Era el 14 de septiembre del año 320.

La emperatriz Elena, en nombre de su hijo, edificó allí el *Martyrium* sobre el sepulcro, dejando la cruz, enjoyada en riquísimo ostensorio, para culto y consuelo de los fieles. Una parte fue enviada a Constantino, junto con los cinco clavos, dedicando a tan insignes reliquias la basílica romana de la Santa Cruz de Jerusalén para que toda la cristiandad la venerara y fortaleciera también la «roca» de Pedro. Dictó, además, Constantino un decreto, por el que nadie sería en adelante castigado al suplicio de la cruz, divinizada ya con la muerte del Hijo de Dios.

Las cristiandades de Oriente celebraron este hallazgo de la cruz con la pompa hierática de su rica liturgia, en el *Martyrium* de Constantino, consagrado el 14 de septiembre del 326. Precedían a la fiesta cuatro días de oraciones y rigurosos ayunos de todas aquellas multitudes que afluían de Persia, Egipto y Meso-

potamia. Allí encontró su camino de santidad una mujer egipciaca pecadora que, como la Magdalena, se llamaba María.

Muy pronto la fiesta del hallazgo se incorporó a las liturgias de toda la cristiandad cuando fueron llegando a las Iglesias occidentales las preciosas reliquias del *Lignum Crucis,* como regalo inestimable para promover entre los fieles el recuerdo vivo de nuestra redención.

Tres siglos después —3 de mayo del 630— acontecía en Jerusalén otro suceso feliz. El emperador Heraclio, depuesta la majestad de sus mantos y de su corona, con ceniza en la cabeza y sayal penitente, portaba sobre sus hombros, desde Tiberíades a Jerusalén, la misma Vera Cruz que halló Elena. En un saqueo de la Ciudad Santa fue sustraída por los infieles persas. Y ahora era devuelta al patriarca Zacarías con estos ritos impresionantes de fervor y humildad.

Las liturgias titularon este acontecimiento con el nombre de «Exaltación de la Santa Cruz». Y, aunque las Iglesias occidentales acogieron con entusiasmo semejante recuperación definitiva del Santo Madero, sólo muy tardíamente fue conmemorada su fiesta, según se ve en el sacramentario de Adriano. El tiempo confundió la historia de ambas solemnidades. Y todo el Occidente cristiano, dando mayor acogimiento y simpatía al hallazgo de la cruz, lo celebró siempre en este día 3 de mayo, dejando para el 14 de septiembre la memoria de la «Exaltación».

Escribía De Broglie en el pasado siglo:

> «A la nueva de que Jerusalen se alzaba de sus ruinas, coronada por la verdadera cruz de Cristo, escapose un grito de alegria de toda la familia cristiana Dios acababa de consagrar, con un postrer milagro, el triunfo ya maravilloso de su Iglesia ¡Que espectaculo este resurgimiento, desde las entrañas de la tierra, de los instrumentos del Suplicio divino, convertidos en una señal de dominacion y de victoria! Se creia hallarse presente a la resurreccion universal y ver al Hijo del Hombre, entronizado en la nube, venir para coronar a sus fieles servidores»

Pero la cruz de Cristo resume, en su íntima teología, todos los misterios estremecidos que hilan el dogma de la religión cristiana. Dos proyecciones hacia el infinito: la una, fragante de luz; la otra, sombría de sacrificio y de sangre.

Como signo de libertad para todo el linaje humano, resplandece victoriosa, presidiendo el desfile apresurado de las edades, de las civilizaciones y de las culturas, con una viva presencia impresionante, en todos los corazones que creen, que esperan y que aman. El navío de Pedro puede marear seguro, hasta que pase este mundo y su figura, todos los mares amargos y difíciles, porque lleva, en la vela latina, el signo inmortal de la cruz.

Ella es cima de heroísmos sobre los pechos de los cruzados, engarzada a un laurel perenne de sangre y luz en la pluma de Santo Tomás, que escribe constelaciones de sabiduría; sacrificio en el puño de las espadas que se emplean en los combates de la justicia; amor en los ojos arrobados de Santa Teresa; señorío en la cúpula de todas las coronas; eterno descanso sobre la tierra humilde de las tumbas. ¡La cruz no es sólo bandera de esperanza, sino evidencia gozosa de inmortalidades, porque nos libertó, con su poder divino, de todas las servidumbres del demonio, de las agusanadas ligaduras de la muerte y de la muerte eterna de nuestro pecado! Pero tiene otra cara, también, de suplicio y de escándalo, de agonías desamparadas y de victimación. Aquel día del paraíso, cuando un crepúsculo de melancolía ensombreció toda su plural hermosura, el árbol de la vida, mancillado por el ansia de nuestros padres, quedó allí, como argumento justo de nuestro destierro en el valle de lágrimas que es el mundo. Y había tan infinita fealdad en aquel pecado de origen que sólo Dios podía saldar adecuadamente la deuda. Pues la respuesta al árbol del paraíso está en el árbol de la cruz. Árbol joven, vitalísimo, pero desnudamente sangriento, porque ha servido de altar al sacrificio hasta la muerte del Hijo de Dios, Jesucristo.

El sencillo esquema de su mensaje, del misterio amoroso de su Encarnación, cuando se hace Hombre, inscrito en las miserias de nuestra mortalidad, podía enunciarse así: «Para hacernos conformes con su imagen». Para que echemos toda nuestra vida incierta y angustiada en el molde caliente de su propia vida. «Aprended de mí», nos enseña. Y nos invita: «Si alguno quiere venir conmigo, que tome su cruz y que me siga». Luego esta cruz, que ahora conmemoramos, debe presidir nuestras vidas y nuestro destino.

La ascesis cristiana aprieta cinturas de ceniza y ayuno a nuestra carne, coronas de espino a nuestro corazón, soledades de agonía al alma. Y, sin embargo, la nuestra es religión iluminada de afirmaciones y optimismo, de infinita belleza porque se nutre del amor. Porque Cristo y su cruz, después de todas las humillaciones y fracasos, entre las burlas y los retos de aquella chusma que a sus pies bramaba, se alzó —cruz de luz— a las eternas victorias del cielo Tenía un nombre —Cristo y su cruz—, dado por el Padre, que era superior, en poder y señorío, a todos los más altos y orgullosos nombres. Y ante ese «nombre» doblan su adoración los cielos, y sus humildes súplicas la tierra, y su rabia impotente los abismos.

Por eso la primavera ofrece a esta «Cruz de mayo» esclarecida y deslumbrante de vida, un cáliz opulento de rosas. ¡Que también la rosa de nuestro corazon, encendida y caliente, se enrosque, como el de la Magdalena, a las glorias y las victorias de la cruz!

FERMIN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Act SS Boll, 3 de mayo

BERNARD, P R, OP, *Le mystere de Jesus*, II (Salvator ²1967)

HALUSA, T, *Das Kreuzholz in Geschichte und Legende* (1926)

KELLNER, K A H, *Heorto ogy* (1908) 333s

LECLERCQ, H, art en F CABROL H LECLERCQ (dirs), *Dictionnaire d'archeologie chretienne et de liturgie*, t 3 col 313s

ROUILLON, A M, *Sainte Helene* Apendice «Etude sur sainte Helene et l'invention de la croix» (Paris 1908)

SCHUSTER, A I, *Liber sacramentorum*, VII y VIII (Turin 1941)

STRAUBINGER, J, *Die Kreuzauffindungslegende* (Paderborn 1912)

TIXERONT, J, *Origines de l'Eglise d'Edesse et la legende d'Abgar* Apendice «L'invention de la vraie croix» (Paris 1888)

6 de mayo

SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM

Apostol y martir († 95)

Ni la historia ni la hagiografía han estado acertadas al transmitirnos la efigie física y moral del apóstol San Juan. Nos han

legado de él una imagen tierna y cromática, un santo imberbe, casi feminoide, cuando, en realidad, fue un carácter vigoroso y fuerte.

Aceptamos con facilidad que los demás apóstoles fuesen duros, podríamos decir que hasta broncos. La obra pedagógica de Jesús sólo penosamente logró limarlos, debiendo confiar al Espíritu la tarea de hacer de aquellos galileos ásperos unos instrumentos aptos para el apostolado. Pero con San Juan hacemos una excepción. Indefectiblemente le damos el calificativo del «discípulo amado», el que tuvo la dicha suprema de recostar su cabeza sobre el pecho del Señor en la última cena, y ya no pensamos en más, creyendo haber agotado su biografía y su psicología. De esta forma nos quedamos a la mitad del camino, no atisbando más que uno de los aspectos de su personalidad polifacética.

A Juan hay que asociarle con su hermano Santiago. Juntos forman un excelente binomio, son los «hijos del Zebedeo», los pescadores ribereños del Tiberíades, hechos a las faenas rudas de la pesca, a las tormentas del lago y a la exaltación religiosa.

Los hijos del Zebedeo tenían la conciencia de su propio valor. Su categoría social les colocaba en una situación desahogada, como patronos de una embarcación, con un negocio próspero, que consentía tener criados y todo. Trabajaban, sí, pero también mandaban y, además, tenían ambiciones

El Maestro conoció primero a Juan, que era discípulo del Bautista y esperaba confiadamente la «redención de Israel» Con mucha fe, con mucho ardor, pero con ideas un tanto confusas. Porque la predicación del Bautista, rígido y austero como un esenio, cubierto con una piel de camello y alimentándose de langostas y miel silvestre, arrebataba el entusiasmo de los aldeanos que rodeaban el Jordán. Ellos captaban con avidez sus palabras, mas lo único que percibían con claridad era que «el reino de Dios estaba próximo».

Aquel reino de Dios iba envuelto en conceptos mesiánicos, expresados con bellas imágenes de los antiguos profetas, donde era difícil separar la metáfora de la realidad. Así cada uno alimentaba en su interior un reino conforme a sus ideales. Juan, espíritu recto, soñaría con un reino religioso, sin duda alguna,

donde el Mesías, Cordero de Dios, que iba a redimir a su pueblo, le devolvería la santidad que el pecado le arrebatara, pero donde hubiera a la vez cargos importantes, con responsabilidad, mando y honor.

Este dualismo en la psicología del apóstol perdura a lo largo de todo el Evangelio, si bien se hace mucho más acusado cuando se juntan ambos hermanos, Santiago y Juan. Entonces la unión hace la fuerza y se sienten doblemente atrevidos y audaces.

Juan fue, con Andrés, de los primeros entre los discípulos que tomaron contacto con Jesús. Con precisión encantadora, recordando, a pesar de los muchos años, hasta el instante del encuentro, nos ha legado Juan el relato de aquella primera entrevista:

> «Al día siguiente, otra vez hallándose Juan con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesus que pasaba, y dijo He aquí el Cordero de Dios Los dos discípulos que le oyeron siguieron a Jesús Volviose Jesús a ellos y, viendo que le seguían, les dijo· ¿Que buscais? Dijeronle ellos Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? Les dijo Venid y ved Fueron, pues, y vieron dónde moraba, y permanecieron con él aquel día Era como la hora décima» (Jn 1,35-39)

Aquello no fue todavía la vocación al apostolado, aunque fue el encuentro providencial que determinó la suerte de sus vidas. Permaneciendo con Jesús «todo aquel día» quedaban maduros para la ulterior llamada.

Juan y Andrés fueron proselitistas. De Andrés sabemos que presentó a Jesús a su hermano Simón, el futuro Pedro. Juan hablaría de estas cosas con Santiago... Ya todo lo demás se desarrolló normalmente.

Pasando Jesús por la ribera del lago, mientras ellos remendaban sus redes, les invitó a seguirle: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». Y ellos, generosos, dejándolo todo, le siguieron.

A Juan le encontramos en el Evangelio entre los íntimos del Maestro, formando con su hermano Santiago y con Simón Pedro el trío de confianza. Jesús les lleva a la resurrección de la hija de Jairo, a los resplandores de su transfiguración, a las congojas de su agonía en Getsemaní. Juntos los vemos también,

aunque con algunos mas, cuando la deliciosa aparición en el lago de Tiberíades.

Desde el primer momento, Cristo impuso a los dos hijos del Zebedeo el sobrenombre de Boanerges, «los hijos del trueno» (Mc 3,17), porque eran súbitos como el rayo

Alguna anécdota de este carácter impulsivo, que no conocía la ponderación, ha llegado hasta nosotros, como cuando quieren que descienda fuego del cielo sobre la aldea samaritana que se negó a recibirles al ir en peregrinación a Jerusalén. Jesús les reconviene dulcemente: «No sabéis de qué espíritu sois» (Lc 9,55). También en otra ocasión el Maestro desaprueba la conducta de Juan, que había prohibido actuar a un exorcista espontáneo, que, sin ser de los doce, arrojaba los demonios en nombre de Jesús. «No se lo prohibáis —le dice—, quien no está contra vosotros trabaja a favor vuestro» (Mc 9,39).

Sin embargo, la escena que retrata al vivo las ambiciones de ambos hermanos es aquella en que interviene su madre para solicitar a favor de ellos los dos primeros puestos en el futuro reino.

Las circunstancias en que formula su petición no podían ser más inoportunas. La caravana apostólica marcha hacia Jerusalén para celebrar la Pascua, la última que Jesús comerá con los suyos, conforme acaba de manifestárselo con toda claridad, al predecirles que en ella tendrán cumplimiento los vaticinios referentes a su pasión y muerte. Y en ese instante es cuando se acerca Salomé adorándole y pidiéndole algo.

—¿Que quieres? —le dice Jesus

La madre contesta con decisión y sin rodeos·

—Di que estos dos hijos mios se sienten contigo en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda

Jesús debió sonreírse ante tan extraña petición, formulada en el momento en que predice un reino levantado sobre una cruz. Pero comprendió que ni la madre ni los hijos estaban para reconvenciones. Optó por tentar su generosidad.

—No sabeis lo que pedis [] Pero, en fin, ¿sereis capaces de beber el caliz que yo tengo que beber?

Y aquí es donde se retratan los dos hermanos. Valientes, decididos, incontenibles, como cuando a la llamada del Maestro

dejaron a su padre el Zebedeo en la nave con los criados, así ahora responden sin quedarles nada dentro, dispuestos a todo.

Tanto arrojo, que en otros labios hubiera sonado a bravuconería, debió agradar a Jesús, que les dijo:

> —Esta bien Mi caliz lo habreis de beber, pero en cuanto a sentaros a mi derecha y a mi izquierda no corresponde a mi el daroslo, pues es cosa que tiene preparada mi Padre (Mt 20,20-23)

Los demás condiscípulos, al ver las pretensiones de los Zebedeos y de su madre, se indignaron. No por verles privados de espíritu evangélico, sino porque también a ellos les tentaban iguales ambiciones, aunque les faltase el arrojo de los Hijos del Trueno para formularlas, y una madre con indiscutibles derechos para interceder. Porque Salomé había dejado marchar generosamente a sus hijos y, además, ella misma seguía a Jesús sirviéndole en su peregrinar.

Esta decisión de los dos hermanos es más intrépida en Juan, a pesar de ser el más joven Jesús le escoge a él y a Pedro para misiones arriesgadas, como buscar el cenáculo de la Pascua, sin que trascienda el sitio a los restantes, y menos a Judas.

Emparejado a Pedro aparece asimismo en otros momentos solemnes, como en la hora de la cena, al inquirir, sin levantar sospechas, quién era el traidor. En aquella ocasión Juan se muestra mucho más prudente que el arrogante Pedro, y sabe reaccionar con cautela y eficiencia despues del desconcierto del huerto, siguiendo decididamente a Jesús hasta la casa de Anás, donde no sólo entra él, por sus conocimientos con la familia del pontífice, sino que consigue paso libre para el mismo Pedro.

Al día siguiente, a la hora terrible de la crucifixión, sólo Juan persevera con las santas mujeres en el monte Calvario. Él recogió las últimas palabras del Maestro, él se hizo cargo de su madre desolada, él asistió al embalsamamiento de su cuerpo destrozado, cooperando a enterrarlo en el sepulcro nuevo de José de Arimatea Sus retinas asombradas tomaron fielmente nota del trascendental acontecimiento, y como un notario levantó acta de todo el suceso: «El que lo vio da testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero» (Jn 19,35).

Y al igual que fue testigo y evangelista de la pasión lo será de la resurrección de Cristo. Aunque testigo difícil e insobornable.

Porque, si llega el primero en la mañana del domingo al sepulcro de Jesús, no fue allí con la esperanza de encontrarle resucitado. María Magdalena, exaltada de dolor, había venido a traer la inesperada noticia: «Han robado al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto».

Corrió Juan y corrió Pedro, mas la juventud del discípulo amado le hizo llegar primero al huertecillo de José de Arimatea, si bien, deferente con el cabeza del colegio apostólico, no entró en la cámara mortuoria hasta haberlo hecho Simón Pedro. Observó entonces los lienzos enrollados, el sudario colocado aparte, todo recogido cuidadosamente sin el cuerpo de Jesús... Y confiesa ingenuamente que es entonces cuando «vio y creyó» (Jn 20,8). Porque no conocían las Escrituras referentes a la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Por estas razones la Iglesia ha escogido a San Juan como el apóstol de la Pascua cristiana.

Él ha recalcado que la resurrección tuvo lugar *una sabbati* el día primero de la semana, que en honor de Cristo resucitado se llamaría domingo o «día del Señor». Por la tarde de ese mismo día —nos dice— se apareció Jesús «a los discípulos congregados en un mismo lugar» (Jn 20,19). Y a los ocho días —otra vez domingo— vuelve a aparecérseles, cuando estaba también Tomás con ellos.

Como ahora, cada domingo, en una *pascua hebdomadaria,* el Señor se nos aparece también a los cristianos reunidos para la celebración eucarística, haciéndose presente sobre el altar santo.

Igualmente, en domingo, tuvo Juan las revelaciones de la isla de Patmos, siendo él quien por vez primera usa en los escritos neotestamentarios la palabra *dominica die* (Ap 1,20) para designar nuestro día festivo.

Durante los cinco domingos de Pascua Juan nos acompañará con textos de su evangelio, y en la tercera semana las lecturas escriturarias del oficio se tomarán de su *Apocalipsis,* y en las ferias que van de la Ascensión a Pentecostés leeremos sus epístolas.

Pero todavía hay más. La Iglesia, que no acostumbra a conceder dos fiestas al mismo santo, hace una excepción honrosa con San Juan. Estas excepciones alcanzan a poquísimos: San Pedro y San Pablo; San Juan Bautista, precursor del Señor;

San José, su padre nutricio, San Esteban, protomártir; San Francisco de Asís, crucifijo viviente...

La fiesta normal del apóstol San Juan, la que celebra su natalicio para el cielo, se sitúa el 27 de diciembre, haciendo cortejo al divino infante

Esta fiesta de ahora es el homenaje pascual de la Iglesia al evangelista San Juan, que nos ha transmitido «lo que oyó, lo que vio con sus ojos, lo que percibió y sus manos tocaron del Verbo de la vida» (1 Jn 1,1) y en confirmación de lo cual aceptó con valentía beber, como su hermano Santiago, el cáliz del Señor.

Durante este tiempo litúrgico los oficios de los mártires son una sinfonía de aleluyas, un brotar de metáforas policromas y símbolos iriscentes:

> «Candidos se han vuelto tus nazarenos, aleluya, resplandecie ron delante de Dios, aleluya, y como la leche se coagularon, aleluya, aleluya Mas blancos son que la nieve, mas brillantes que la leche, mas sonrosados que el marfil antiguo, mas hermosos que los zafiros »

El 6 de mayo, cuando la primavera ríe, se celebra la fiesta de *San Juan ante Portam Latinam.* Esta fiesta está en relación con la de su hermano, el apóstol Santiago, protomártir del colegio apostólico, al que diera muerte Herodes «en los días de los ázimos» (Hch 12,3), y por eso primitivamente se le festejaba el 1 de mayo, aunque después se aplicó esta festividad a Santiago el Menor, y la del apóstol patrón de España pasó al 25 de julio, como en la actualidad perdura.

La Iglesia antigua ensalzó así en fechas cercanas las fiestas martiriales de los dos hermanos generosos. La de San Juan aparece ya en los antiguos sacramentarios sin indicación topográfica; pero en el siglo IX se localizó su celebración en una pequeña basílica, cercana a la Puerta Latina, que el papa Adriano dedicara en este mismo día en 780, por haber tenido lugar allí el martirio del apóstol evangelista al ser echado en una caldera de aceite hirviendo. Del hecho no cabe la menor duda, aunque los críticos duden de su localización, porque la Puerta Latina es posterior al suceso, ya que el recinto de tales muros fue levantado por el emperador Aureliano más de siglo y medio después.

Pero el pequeño templo pudo surgir sobre el área donde la tradición fijaba el lugar del martirio de San Juan, aunque reformas urbanas posteriores cambiasen la topografía del terreno. Hoy la basílica de San Juan ante Portam Latinam se encuentra en medio de un itinerario en que se entremezclan los mejores recuerdos de la Roma pagana y cristiana, cerca de las grandiosas termas de Caracalla, hacia el arranque de la vía Apia, la *regina viarum:* huertos de Galatea, sepulcros de los Escipiones, mausoleo de Cecilia Metela, oratorio que recoge la leyenda del *Quo vadis,* catacumbas de Calixto y San Sebastián.

El suceso debió ocurrir el año 95, cuando San Juan era el único superviviente del colegio apostólico, y, aunque anciano venerable, gozaba de excelente salud, hasta el punto de dar pie a que circulara entre la primitiva comunidad cristiana la leyenda de que no habría de morir.

Domiciano fue el instrumento de Dios para hacerle beber el cáliz de la pasión que el Maestro le predijera. Este emperador observó en punto a religión una política conservadora, defendiendo la religión nacional contra el proselitismo de los cultos orientales y haciendo guardar con tal rigor las tradiciones romanas, que no dudó en enterrar vivas a dos vestales que fueron infieles a su voto de castidad.

Buen gobernante en los comienzos, se dejó llevar después del autoritarismo, al volverse sumamente desconfiado. A partir del año 93 un régimen de terror pesó sobre Roma y la delación se hizo la norma de gobierno. Los filósofos fueron los primeros en sufrir las consecuencias, como ya había ocurrido en el reinado de Nerón. Unos padecieron la muerte, otros fueron desterrados, como Epicteto y Dión Crisóstomo. Tácito y Juvenal aseguran que inundó de sangre la ciudad, inmolando a sus más ilustres habitantes. Naturalmente, también los cristianos, culpables de ateísmo, es decir, de menospreciar el culto al emperador y a la diosa Roma. El propio primo del emperador, Flavio Clemente, y el consular Acilio Glabrión fueron condenados a muerte. También Domitila, la esposa del primero, fue desterrada a la isla Pandataria.

Refiere Hegesipo, judío converso y cercano a los sucesos, que Domiciano mandó prender conjuntamente a los des-

cendientes del rey David y a los del apóstol Judas, que el Evangelio denomina «hermano» de Jesús Como Herodes, tenía miedo de que pudieran disputarle el trono. Sin embargo, al convencerse de que eran gente humilde e inofensiva, se contentó con despreciarles, dejándoles en libertad.

Pero con San Juan obró de distinta manera. El prestigio de que gozaba entre los fieles le hacía más peligroso. Mandó prenderle en Éfeso y le trajo conducido a Roma el año 95. El cruel emperador se mostró insensible a la vista de este venerable anciano y le condenó al más bárbaro de los suplicios. Sería arrojado vivo en una caldera de aceite hirviendo.

Conforme a la práctica judiciaria de entonces, el santo apóstol hubo de sufrir primero el terrible suplicio de la flagelación, sin que pudiera invocar, como San Pablo, el privilegio de la ciudadanía romana.

El santo viejo escucharía con un gozo estremecedor el anuncio de la sentencia. Los verdugos encendieron la colosal hoguera y prepararon la tinaja con el aceite chisporroteante. En ella arrojaron al apóstol. Al fin iban a quedar colmados sus deseos. El cáliz que prometiera beber un día lejano en Palestina estaba pronto con toda su amargura.

Pero Dios no quiso que las cosas llegaran a su fin. Le había concedido el mérito y el honor del martirio, pero al mismo tiempo volvía a repetirse el milagro de los tres jóvenes en el horno de Babilonia. El fuego perdía sus propiedades destructoras. Ante la admiración de verdugos y populacho, San Juan continuaba ileso en la caldera, y el aceite hirviendo le servía de baño refrescante. El tirano tomó a magia el prodigio y desterró a San Juan, que había salido más joven y vigoroso del suplicio, a la isla de Patmos.

Aunque de esta manera el martirio continuaba. Patmos es una pequeña isla, árida y semidesértica, que servía de escala a los navíos que iban o venían de Roma a Éfeso. En esta isla, tal vez sometido a trabajos forzados, escribió San Juan su *Apocalipsis*. Sería su último y gran servicio a la Iglesia. Un domingo se le aparece Cristo glorificado y le ordena escribir a las cristiandades de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Son siete cartas que contienen consejos y alientos, felicita-

ciones y reproches, promesas y amenazas, según la situación de cada comunidad.

Después continúa la descripción de las restantes visiones: el libro de los siete sellos, las siete trompetas, los siete signos, las siete copas, las siete fases de la caída de Babilonia o Roma, los siete principales actos del drama escatológico... En este libro desconcertante se refleja el carácter impetuoso del «hijo del trueno» en las exhortaciones inflamadas y en las descripciones terroríficas.

Tras las frases proféticas se encierran veladas alusiones a la persecución de Diocleciano, que debía alcanzar a las comunidades de Pérgamo y Esmirna: «He aquí que el diablo va a meter a alguno de vosotros en la cárcel, para que seáis tentados, y la tribulación durará diez días» (Ap 2,10). Pero avanzando el libro se consignan ya las víctimas que la «gran meretriz que se sienta sobre las siete colinas» hacía con aquellos que se negaban al culto a los emperadores y a la diosa Roma: «Yo he visto a la mujer ebria con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús» (Ap 17,16). Y poco después: «Vi bajo el altar las almas de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, aquellos que no adoraron a la bestia ni a su imagen» (Ap 20,4).

Sin embargo, el Apocalipsis es un mensaje de esperanza. Las palabras más alentadoras de toda la Escritura, las descripciones más bellas de la liturgia celeste, el triunfo definitivo del bien sobre el mal, del Cordero sobre el Dragón, recorren sus páginas. Se encierra un deseo infinito en ese Amén, en esa afirmación con que el apóstol anciano, que presiente el fin, responde a las palabras de Jesús: «Vengo pronto». Y Juan contesta: «Amén. Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

El 18 de septiembre del 96, al año del martirio de San Juan, moría asesinado el emperador Diocleciano. El vidente de Patmos debió quedar libre para retornar a Éfeso, donde, por fin, encontraría, en una muerte apacible, a «Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos». Como a vencedor le daría a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios (Ap 2,7).

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

ALLO, E. B., *L'Apocalypse de St Jean* (Paris 1921)
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (Paris 1886) 508s, 521s
GSELL, S., *Essai sur le regne de l'empereur Domitien* (Paris 1894)
SANCHEZ ALISEDA, C., *La pastoral de Jesus* (Madrid 1958) c. 6 «Los apostoles»
TERTULIANO, *De praescriptione,* 36 PL col. 49s

10 de mayo

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

A Valencia le cabe el honor de haber sido la cuna de esta advocación mariana, de signo profundamente humano y universal. Una historia, trágica y consoladora a la vez, señala su proceso de formación a lo largo del siglo XV, el que posiblemente registra el mayor apogeo religioso, artístico y comercial de la vieja ciudad mediterránea.

Un ilustre mercedario, fray Juan Gilabert Jofré, compañero y coetáneo del más famoso valenciano, San Vicente Ferrer, es quien proclama desde el púlpito de la catedral la iniciativa feliz que ha de determinar la nueva advocación de la Virgen María, símbolo protector de varias y dispares empresas de caridad. Un episodio menudo, trivial, sirve para estimular el espíritu misericordioso del padre Jofré.

Es la mañana del 24 de febrero de 1409 cuando surge la figura del mercedario para poner fin a una desagradable escena callejera. En una encrucijada de aquel barrio artesano que se extiende desde la plaza del Mercado hasta la catedral, donde cada oficio tiene su sede y da nombre a una calle, un tropel de muchachos maltrata de palabra y de obra a un pobre demente. Esto impresiona vivamente al religioso, que, desde su convento de la Merced, se dirigía al templo mayor para predicar el sermón de la primera dominica de Cuaresma.

Y surge aquel improvisado final de su homilía, realmente trascendental. El libro de las *Memorias de la fundación del Hospital dels Ignoscens* ha conservado estas palabras, con las reiteraciones y la viveza de la lengua vernácula en la que se pronunciaron

«En la presente ciudad —dijo el comendador de la Merced— hay mucha obra pia y de gran caridad y sustentacion, pero aun falta una, que es de gran necesidad, cual es un "hospital" o casa donde los pobres inocentes y furiosos sean acogidos Porque muchos pobres inocentes y furiosos van por esta ciudad, los cuales pasan grandes desaires de hambre, frio e injurias Por tal, como por su inocencia y furor no saben ganar ni pedir lo que han de menester para sustentacion de su vida, por lo que duermen por las calles y perecen de hambre y de frio, muchas personas malvadas, no teniendo a Dios ante los ojos de su conciencia, les hacen muchas injurias y daño, y señaladamente alla donde les encuentran dormidos los vejan y matan a algunos y a algunas mujeres averguenzan Asimismo, los pobres furiosos hacen daño a muchas personas que van por la ciudad Estas cosas son notorias a toda la ciudad, por lo que seria santa cosa y obra muy santa que en la ciudad de Valencia fuese hecha una habitacion u "hospital" en que semejantes locos e inocentes estuviesen de tal manera que no fuesen por la ciudad ni pudiesen hacer daño ni les fuese hecho»

Este inesperado llamamiento a la caridad ciudadana impresiona notablemente al auditorio, en que destaca un personaje inquieto, de extraordinaria actividad, medio providencial para las fundaciones subsiguientes, Lorenzo Salom, que aquel mismo día transmitió los deseos del predicador a diez destacados mercaderes que, por su espíritu abierto y su intuición viva —mediterráneos, al fin—, asimilaron perfectamente el pensamiento del padre Jofré y se constituyeron fundadores de la nueva y necesaria obra.

Diecinueve días después del memorable sermón el Consejo General de la ciudad estudiaba el proyecto, y tan sólo dos meses después —como registra en su curioso dietario el capellán del rey Alfonso V el Magnánimo— comenzaron las obras en un solar adquirido en las inmediaciones de la Puerta de Torrente, más tarde llamada de los Inocentes. El rey Don Martín el Humano confirmó las obras y, a petición de los jurados de la ciudad, concedió el privilegio de amortización, firmado en Barcelona a fines del mismo año 1409.

Por su parte, el pontífice Benedicto XIII otorgaba su licencia para erigir una capilla, un cementerio y una capellanía que tuviese a su cargo la administración de los sacramentos a los enfermos y moradores del naciente hospital de los Santos Inocentes. Hay que destacar el espíritu mariano de aquellos artesanos y

menestrales del siglo XV valenciano, puesto que su laudable afán de que estuviera la nueva fundación bajo el patrocinio directo de la Santísima Virgen les llevó a modificar el título asignado por el propio pontífice en su bula de 26 de febrero de 1410 y a denominarlo «Hospital de Nuestra Señora Santa María de los Inocentes», como será reconocido más tarde en los subsiguientes documentos pontificios y reales. De este modo surgió una nueva advocación mariana con su iconografía peculiar, determinada por la adición de las figuras de los dos inocentes mártires junto a la Virgen, como símbolo de los acogidos en el nuevo hospital y que recibían, además de asilo y trato caritativo, la oportuna asistencia médica, verdadera innovación que constituye una indiscutible gloria del nuevo establecimiento benéfico.

El empuje del nuevo hospital requería cada vez mayor colaboración y más intensa asistencia por parte de todos los sectores ciudadanos. Por ello, según las ideas de la época, se pensó muy pronto en la organización de una Cofradía que, sin aumento del personal directivo del hospital, ofreciese el medio normal que asegurase su continuidad y su vital desenvolvimiento.

Así, pues, en la fiesta que en honor del apóstol San Matías se celebró en la iglesia del hospital en el año 1413, el predicador mosén Juan de Rodella propuso la constitución de la Cofradía para salvar los objetivos indicados. Los cofrades ejercerían abundantemente su misericordia con los hospitalizados, contribuirían al esplendor de los actos religiosos y aun al mismo sepelio de los dementes.

El citado pontífice Benedicto XIII bendecía la constitución de la referida Cofradía mediante su bula de 4 de marzo de 1414 y el monarca don Fernando de Antequera, pocos meses después, el 24 de agosto, sancionaba las Ordenanzas de la nueva Cofradía de Santa María de los Inocentes. Setenta y cinco fueron los cofrades fundadores, entre los que destacaban por su número los maestros y oficiales del floreciente arte de la seda, para cuyas transacciones levantaron el magnífico edificio de la Lonja.

El espíritu caritativo de los cofrades no quedó satisfecho con la empresa del hospital ni con las lucidas fiestas religiosas en honor de los principales misterios marianos, entre las que

muy pronto destacó la del 8 de diciembre, considerada como la fiesta principal de la Cofradía y trasladada, en 1684, al segundo domingo de mayo. Muy pronto comenzó a extender su radio de acción a los indigentes, a los huérfanos, a los ajusticiados, a las mujeres de la mancebía, allá donde hubiera alguna necesidad material o moral que socorrer, hasta dar cristiana sepultura a los cadáveres de los ahogados que el mar abandonaba en la playa o de los desamparados, esto es, de los no identificados que se encontraban en la ciudad o sus arrabales. La simple enumeración de los documentos reales serviría para señalar los jalones de esta sucesiva ampliación de las empresas caritativas realizadas bajo el nombre y la protección de Santa María de los Inocentes.

Hay que destacar la fecha de un privilegio de don Fernando el Católico. Llegadas a la mayoría de edad las dos obras hermanas, hospital y Cofradía, el monarca juzgó oportuna la separación, y el 3 de junio de 1493 firmaba en Barcelona el privilegio por el que se concedía a la Cofradía el título de la «Sagrada Virgen María de los Inocentes y Desamparados», con total independencia del hospital y con la dedicación absoluta a sus múltiples empresas de caridad. Con ello quedaba asimismo establecido el nombre de la nueva advocación mariana, llamada a centrar el fervor religioso del Levante y a extenderse por el resto de España y por otras naciones.

Desde los primeros tiempos de la Cofradía, como exigencia también de los gustos de la época, se veneró una imagen considerada como titular. Ya en el tercer capítulo de las primitivas constituciones aprobadas por don Fernando de Antequera en 1414 se obtiene la licencia oportuna para poseer «camillas, cirios, paños de seda con bordados que pudiesen cubrir los cuerpos de los cofrades y cofradesas difuntos y sobre los que pudiera poner la imagen o figura de la Virgen María con algunos inocentes», así como «la vera cruz con el misterio de la Pasión», esto es, la cruz con los tres clavos ensangrentados que aparece como sello en los primeros documentos.

Dos años después el rey Alfonso V el Magnánimo concede su autorización para que «pueda tener la representación o imagen de la gloriosa Virgen María de plata sobredorada o madera», que pueda ser llevada «sobre las cajas de los cofrades que

mueran en dicha Cofradía», y que pueda acompañarla «alguna otra representación de los inocentes muertos por el rey Herodes por causa de Nuestro Señor Jesucristo».

Como acertadamente señala el historiador holandés Huizinga, la psicología de las gentes del siglo XV exigía la sensibilización de lo sobrenatural, y la protección dispensada por la Virgen María en la vida y en la muerte de su cofrade tenía su expresión mediante esta colocacion de su imagen sobre los féretros, hecho que no era exclusivo de esta Cofradía. Por ello, en los primitivos inventarios figura en lugar preeminente la imagen «que va sobre los cuerpos» y «que lleva un brote de lirio y una cruz de madera», rasgos fundamentales que conserva la imagen original venerada en la Real Basílica de Valencia.

Esta finalidad del sagrado simulacro explica el material ligero y fuerte en que está construido, los pliegues del ropaje de la dorada talla gótica, concebidos en sentido horizontal, y, especialmente, la inclinación de la cabeza, propia de su posición originaria de descanso sobre un almohadón. La imagen se llevaba a la diminuta capilla del actual hospital provincial, llamada «Capitulet», para presidir las reuniones o capítulos de la Cofradía; figuraba yacente en el entierro de los cofrades, dementes, ajusticiados o desamparados, y era llevada erguida sobre unas andas en las procesiones de las grandes solemnidades marianas. Primeramente recibió veneración en la casa de los clavarios; desde 1603 en la diminuta capilla exterior de la catedral, cedida por el Cabildo metropolitano a la Cofradía y, desde 1667, en la actual Real Basílica, construida por la Cofradía, y considerada como el centro espiritual de primer orden de la región valenciana.

Porque ya en el siglo XV la devoción a la Virgen de los Desamparados había prendido en diversas poblaciones del viejo reino, como Moncada y Torrente, donde se constituían Cofradías filiales, y en 1603, al intentar imprimir el libro sumario de indulgencias concedidas a la Real Cofradía, adoptóse la lengua castellana en vez de la valenciana, por tener que repartirse dicho sumario «en Castilla y Aragón y en otras partes longincuas, y particularmente en las Indias». A fines del XIX dos pujantes congregaciones religiosas, las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, fundadas por Santa Teresa de Jesús Jornet,

y las Madres de Desamparados y San José de la Montaña, fundadas por la Beata Petra de San José, han tomado a la Virgen de los Desamparados como su principal patrona y han constituido sus centenares de casas esparcidas por el mundo como otros tantos focos de intensa devoción a la Santísima Virgen bajo esta consoladora advocación.

Porque ésta es, en definitiva, la gran innovación introducida en la liturgia por el título de Madre de los Desamparados. Ni en el avemaría, donde llamamos a la Virgen Madre de Dios; ni en la salve, donde le decimos Madre de la misericordia, refiriéndonos más bien a ser la madre de quien es la misericordia misma; ni en la letanía lauretana, ni en el misal y el breviario, aparece tan rotundamente proclamada la maternidad de la Virgen sobre todos los hombres como en este título de Madre de los Desamparados, sinónimo de Madre de todos los hombres, de los desterrados hijos de Eva, abrumados por el desconsuelo y el dolor.

Bellamente glosó este título en ocasión memorable en la Asamblea regional mariana —celebrada en 1923, con motivo de la coronación pontificia de la Virgen de los Desamparados— el canónigo magistral don Rogelio Chillida, mártir de Jesucristo en 1936, cuando presentó cinco razones teológicas para la palabra *Mater* y otras cinco para la frase *desertorum seu derelictorum.*

María es Madre nuestra: primero, porque es realmente maternal su solicitud e interés por la salvación humana; segundo, porque, entregando voluntariamente en el Templo y al pie de la cruz a su Hijo por la humana redención, nos dio la vida; tercero, por título de herencia, ya que de labios de su Hijo moribundo recibió el encargo de adoptarnos a todos los hombres, representados, en sentir de la tradición sagrada, en la persona de San Juan; cuarto, porque es Madre de Cristo dentro de la economía cristiana, en la cual Jesucristo es nuestro hermano, razón por la cual su Madre ha de ser nuestra Madre, y quinto, porque la Encarnación es una especie de matrimonio íntimo entre el Verbo y la humana naturaleza, matrimonio del que habían de nacer todas las almas justas y para el que se requería el consentimiento de la humanidad y que lo otorgaron los labios de María, según subraya Santo Tomás de Aquino, «en nombre de todo el

género humano», razón por la cual María conquistó con toda propiedad el dictado de su espiritual y universal maternidad, tal como la conquista la madre terrena al dar su consentimiento a la unión conyugal.

El genitivo «de los Desamparados» se enlaza tan maravillosa, tan teológicamente con el título de María Madre de la humanidad, que difícil resultará hallar otro más tierno y adecuado. Porque, primero, si la razón más sutil de la maternidad espiritual de María se toma del consentimiento que prestó para la encarnación, Madre de los Desamparados fue entonces de los hombres faltos de redención, sumidos en el desamparo horrible del pecado y del paganismo.

Porque, segundo, cuando María comienza a ejercitar visiblemente su oficio de Madre de los hombres es después de partir Jesús de este mundo, en aquellos años de la Iglesia naciente en que María asiste y aconseja no sólo a San Juan, sino a todos los apóstoles y discípulos del Señor, y claro está que en aquella sazón era Madre de los Desamparados, de los que su Maestro había dejado en este mundo.

Porque, tercero, así como en la economía cristiana la fraternidad se practica en su grado más sublime con los enemigos, con los pecadores, con los desgraciados, con los desamparados, de igual modo ha de acontecer con la maternidad espiritual; por tanto, decimos lo más delicado y glorioso de María, madre de los hombres, si la invocamos por Madre amorosa y compasiva de los pecadores, de los débiles, de los desgraciados, por Madre de los Desamparados.

Porque, cuarto, es imposible concretar mejor el lado característico que los Santos Padres, las liturgias de Oriente y Occidente, y la persuasión del pueblo fiel han visto siempre en la intercesión de María al considerarla como la sombra de un inmenso manto tendido sobre los dolores humanos, y es imposible resumir mejor la sentencia del Crisóstomo: «Aquellos a quienes no salva la justicia de Dios salvarlos puede la misericordia de María», y es imposible cifrar mejor el juicio del Doctor Angélico al decir que el divino Asuero ha dado a María, bella Ester, la mitad de su reino, o sea el reino de la misericordia, reservándose para sí el de la justicia, que atribuyendo a María en-

trañas maternales de predilección para los descarriados, para los infelices, para los que naufragan en los mares de la tribulación, que llamándola una y mil veces Madre de los Desamparados.

Porque, quinto, no hay actitud más maternal que la de amparar, la de abrigar, la de estrechar contra el corazón al hijo pequeñuelo, desnudo e indefenso; no hay imagen más expresiva del amor materno que aquella que aprendimos de Jesucristo Señor nuestro; la imagen de la gallina abriendo sus alas para cobijar a los polluelos, aquella imagen que empleaba el gloriosísimo arzobispo Santo Tomás de Villanueva cuando decía: «De igual modo que los polluelos, si ven volar sobre ellos el gavilán, corren presurosos a refugiarse bajo las alas de su madre, nosotros nos ponemos bajo la protectora sombra de tus alas; no conocemos otro refugio sino a ti. Tú eres la única esperanza en quien confiamos, Tú eres la única Patrona nuestra a quien todos miramos».

Todo esto dice la advocación y la imagen misma de Nuestra Señora de los Desamparados.

MARCELINO OLAECHEA LOIZAGA, SDB

Bibliografía

APARICIO OLMOS, E. M., *La imagen original de Nuestra Señora de los Desamparados* (Valencia 1955).

BOLINAGA, J. DE, *La Virgen de los Desamparados* (Valencia 1945).

CARRERES ZACARÉS, S., *La Virgen de los Desamparados bajo el dominio rojo* (Valencia 1939).

DOMINGUEZ, M., *La Virgen de los Desamparados en las calles de Valencia* (Valencia 1948).

PERTEGAS, J., *Historia de la Antigua y Real Cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes Mártires y Desamparados* (Valencia 1922).

19 de mayo

SAN PUDENTE

(† s. II)

Uno de los puntos que suelen ponderarse en la primitiva historia de la Iglesia es que, no solamente se propagó rápida-

mente el Evangelio entre el pueblo y entre la gente sencilla, sino también entre los hombres cultos, entre los filósofos paganos, y aun en la alta sociedad romana. El hecho de la propagación del cristianismo entre la gente humilde no puede ponerse en duda. Por esto los controversistas paganos echaban en cara a los cristianos que su religión era sólo de gente simple y poco instruida. Esto es una aberración, pero es un hecho palpable, que todos podían ver, que, desde los apóstoles, fue principalmente la gente humilde la que abrazaba la doctrina de Cristo, que fue Él mismo pobre artesano.

Pero, además, ya desde el primer momento el Evangelio se introdujo igualmente entre las clases altas de la sociedad. Muy pronto encontramos entre los cristianos un buen número perteneciente a la gente de alto nivel social, a la gente ilustrada y aun a la nobleza. El procónsul Sergio Paulo, convertido por San Pablo en Chipre; Dionisio el Areopagita, filósofo convertido en Atenas; Pomponia Graecina, de la que habla Tácito; los Flavios y los Acilios y el senador Apolonio, de quienes hablan Suetonio y Dión Casio; todos los apologetas cristianos, a cuya cabeza debemos colocar a San Justino el Filósofo; todos estos nombres son buena confirmación de la verdad indicada.

Hasta en la corte se había introducido el Evangelio ya en el siglo I. Esta circunstancia conviene tenerla presente, pues demuestra la fuerza interna que poseía el cristianismo, ya que los varones, por el mero hecho de declararse cristianos, debían enfrentarse con un sinnúmero de dificultades, y aun las matronas romanas, si eran cristianas, se cerraban el camino para los más elevados puestos. Así San Pablo, en la carta a los Filipenses, manda saludos principalmente a los de la casa del César y en la carta a los Romanos nombra a otros que parece pertenecían a la corte. Por otra parte, sabemos que, en tiempo de Domiciano, Tito Flavio Clemente y su esposa Domitila eran cristianos.

Uno de los ejemplos más insignes de este hecho, tan significativo para el cristianismo, es el de San Pudente, cuya memoria celebra la Iglesia el día de hoy, a quien podemos añadir a su hija Santa Pudenciana, que también se conmemora en este mismo día. Según todos los indicios, este San Pudente, al que se refiere la fiesta litúrgica de hoy, es un noble romano, discípulo del papa

San Pío I (140-155), que se distinguió en este tiempo por su entereza cristiana y la defensa de su fe frente a las impugnaciones paganas.

Más noticias poseemos de las dos hijas que tuvo de su esposa Savinella. Llamábanse Pudenciana y Práxedes, y fueron educadas por él en las verdades de la fe cristiana y en el más puro amor a Jesucristo. Son interesantes las noticias, históricamente bien probadas, que de ellas poseemos. Ambas pertenecen a los primeros casos conocidos en la historia de la Iglesia de vírgenes cristianas consagradas a Dios. En efecto, sabemos que, movidas del amor a Cristo, heredado de su padre Pudente, le consagraron su virginidad y convirtieron su casa en un santuario, adonde acudían incluso los papas a celebrar los misterios divinos y administrar los sacramentos y ocultarse cuando amenazaba algún peligro. Sabemos igualmente que ambas hermanas recibían y trataban a todos sus hermanos con la mayor caridad, y personalmente les servían, haciendo todos estos oficios con predilección a los más pobres. En esta forma se presentan a la antiguedad cristiana como insignes ejemplos de virginidad y de caridad a sus semejantes y amor sacrificado a los pobres. La muerte de Santa Pudenciana es señalada el año 160, en tiempo del emperador Antonino Pío (138-161). La de Santa Práxedes, algo más tarde.

Por su parte, el noble Pudente, después de haber dado insigne ejemplo de virtud cristiana, según los datos que poseemos, murió el año 161, al final del reinado de Antonino Pío. Según algunas fuentes antiguas, sus restos mortales fueron sepultados en el cementerio de Santa Priscila, en la vía Salaria, y su casa, ya antes empleada muchas veces para la celebración de la liturgia cristiana, fue convertida en iglesia. Posteriormente fue designada con el título del *Pastor*.

De este Pudente, padre de las santas Pudenciana y Práxedes, que vivieron en torno a los años 150-160, parece debe distinguirse otro Pudente, de fines del siglo I, que tal vez fue padre o abuelo del anterior. Era senador romano, y una antigua tradición romana nos testifica que fue discípulo de San Pedro y que recibió el bautismo de sus manos. Asimismo que lo recibió en su propia casa, donde el santo apóstol pasó algún tiempo ejerciendo allí sus ministerios apostólicos.

Por otro lado, según la misma tradición, conoció igualmente a San Pablo, y así parece referirse a él el apóstol cuando, al fin de la segunda carta a Timoteo, escribe: «Eubulo, Pudente, Lino y Claudia os saludan». Más aún: muchos suponen que esta Claudia, aquí nombrada, era su esposa.

Otras noticias, conforme a esta antigua tradición, nos presentan al senador Pudente del siglo I como ejemplo de caridad cristiana. A la muerte de su esposa debió renunciar a todos sus bienes en favor de los pobres, e incluso a su propia casa, con el objeto de que, habiendo morado en ella y ejercido su ministerio el «príncipe de los apóstoles», San Pedro, fuera transformada en iglesia. Hecho esto, dedicóse personalmente a la vida de servicio a Dios, a quien se consagró por entero después de haberle entregado todo lo que poseía. En uno de los martirologios se añade que «guardo inmaculada hasta su muerte aquella inocencia que recibió en el bautismo administrado por los apóstoles».

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de mayo *Acta auctore S Pastore*
ALLAIN, «Le titre de S Pudentienne» *Revue Catholique de Bordeaux* 16 (1984) 322s
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, II (Venecia) 287s

20 de mayo

SANTA MARÍA DE LA CARIDAD DEL COBRE

Patrona de Cuba

En El Cobre, poblado minero de la provincia de Oriente, fue consagrado en 1927 el actual santuario nacional a la Virgen de la Caridad. La advocación no es oriunda de Cuba: el año 633 fundó San Ildefonso el monasterio de Illescas, y la tradición dice que él llevó allí la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, que todavía existe en la villa toledana, en el santuario construido por el Greco en 1600. La advocación es frecuente en la costa

andaluza: en Cádiz, desde que Juan de Austria fundó una cofradía bajo esa advocación, para la tripulación de las galeras. Loja la tiene por patrona. Y hasta cerca de Ávila se conoce una imagen de la Virgen de la Caridad ante la cual rezó Santa Teresa.

Posiblemente la advocación cubana llegó directamente de Sanlúcar de Barrameda. Durante más de un siglo, después del tercer viaje de Colón, salían de allí las naves que iban a América; y hoy está confirmada la devoción que los marinos sanlucareños sentían por la Virgen de la Caridad venerada en Bonanza y en la Cofradía del Puerto de Santa María.

Dos hermanos indios llamados Juan Rodrigo y Juan Diego Hoyos, a los que se añadió un muchacho de raza negra también llamado Juan según la tradición, obreros todos del hato de Barajagua, que se encontraba muy cerca de una mina de cobre, fueron comisionados para conseguir sal en la costa norte de la isla. Llegaron hasta el río Mayarí, y por él salieron a la gran bahía de Nipe, alojándose en un pequeño cayo llamado Francés o Vigía con objeto de pasar la noche y salir muy de mañana para la salina. Una tormenta inesperada les impidió realizar el proyectado viaje, y hasta tres días tuvieron que permanecer en el cayo por el mal tiempo. Hacia la medianoche del cuarto día cesó el viento; los tres «Juanes» tomaron la canoa antes de salir el sol, y a medida que avanzaban notaron que en la lejanía, sobre la superficie tranquila del mar, había algo que no era un ave acuática de las conocidas. Remaron con mayor curiosidad, los primeros rayos del sol iluminaron plenamente aquel bulto navegante. Cuando lo tuvieron frente a frente se dieron cuenta que era una talla de madera de unos cuarenta centímetros de alto y la inscripción: «Soy la Virgen de la Caridad». Esto sucedía entre los años 1604 y 1608.

Podemos imaginarnos fácilmente la variedad de sentimientos que experimentarían aquellos nativos cubanos ante semejante hallazgo. Habían oído hablar muchas veces de la Virgen y de sus apariciones, era la devoción más propagada por los evangelizadores hispanos en el Nuevo Mundo. Pero jamás se imaginarían que habrían de encontrar sobre las aguas del mar una imagen de María. En la escasa literatura sobre esta advocación mariana no encontramos que se interpreten los hechos bajo el

signo del milagro. La etapa milagrera comenzará después. Inicialmente parece que ellos recogieron la imagen como quien recoge un objeto precioso que otro ha perdido sobre las aguas. Pero esta interpretación tan poco espiritual no le restó, ni le restará nunca, intensidad a la veneración que sintieron todos por aquel pedazo de madera que representaba a la Madre de Jesucristo.

La imagen provenía de una nave española, de las muchas que zarpaban de Sanlúcar. Es cierto que usaban el verbo sustantivo en las tablas onomásticas de las naves y, por tanto, la leyenda podía referirse a la imagen o a la embarcación bajo cuyo patrocinio navegaba. La razón de aparecer flotando sobre las aguas antillanas es más difícil de determinar. Se dice que los marinos, durante las tempestades, echaban al mar alguna imagen para conseguir por su intercesión que el mar se apaciguara. También se dice que, en momentos de gran calma, los marinos colocaban la imagen en el mar, sobre una balsa, y de esa manera determinaban la dirección de las corrientes marinas que podían ayudarles a avanzar.

Los afortunados indios transportaron la imagen al hato; improvisaron un altar, y la devoción popular comenzó a desarrollarse y a manifestarse: plegarias ante la imagen, flores siempre frescas para la Virgen. Un día desapareció la imagen de su sitio. Entonces comenzó la etapa milagrera de la advocacion cubana. Desaparecerá varias veces, la cambiarán de sitio, interpretando posibles deseos de la Virgen; se repetirán las desapariciones. Apolonia, una niña india, encontrará un día la imagen, o dirá que había visto la imagen, sobre unas rocas cercanas a la mina de cobre. En el mismo lugar alguien verá una luz misteriosa tres veces consecutivas, y la voz popular fue que la Virgen deseaba en aquel sitio una ermita. Las historias dicen que el lugar era de tan difícil acceso que hubo que modificar, sin embargo, un poco la situación.

La devoción creció y la ermita llegó a ser capilla, iglesia, santuario. Varias veces los temblores de tierra o los huracanes destruyeron el edificio, y otras tantas los devotos de la Virgen lo reconstruyeron. La generosidad de los cubanos fue enriqueciendo los adornos de la imagen, hasta provocar un robo sacrí-

lego; el ladrón se atrevió a mutilar la talla para llevarse las piedras preciosas que tenía incrustadas; pero se pudo recuperar todo providencialmente. La dulce talla de madera oscura es hoy un verdadero joyero cubierto de mantos preciosos.

Los favores que se atribuían a la Virgen eran tan numerosos y tan extraordinarios, que se llegó a invocarla con el nombre de Nuestra Señora de la Caridad y de los Remedios. Los exvotos fueron inundando el altar de tal manera que hubo que acudir a la solución —en el actual santuario— de una gran capilla debajo del altar de la Virgen, para acumular en ella todos esos regalos. Uno de los últimos es la medalla de oro del premio Nobel ganado por el novelista Hemingway.

Cuando prendió en los cubanos el deseo de la independencia, la devoción a Santa María de la Caridad del Cobre estaba tan metida en el corazón de los nativos que iba a ser la devoción insignia de los libertadores. Los insurrectos se encomendaban a la Caridad —como se dice vulgarmente— antes de salir para el campo de batalla, y llevaban a la guerra un pequeño recuerdo sagrado que consistía en una cinta del tamaño de la imagen. El 20 de mayo de 1902 Cuba adquirió la soberanía y, pocos años después, el 8 de septiembre de 1916, a petición de los veteranos de aquella guerra, el papa Benedicto XV le concedía a la advocación cubana el título de «Patrona principal de la República».

La fiesta litúrgica de la patrona de Cuba, sin oficio ni misa especial aún, se celebra el 8 de septiembre, pero la importancia que tuvo la devoción de los libertadores durante la gesta independentista permite que cada año, al celebrarse la instauración de la República el 20 de mayo, fiesta nacional, no falte el homenaje a la Patrona de Cuba, a la Virgen Mambisa (mambises se llamaba a los que peleaban por la independencia).

La ignorancia religiosa y ciertos residuos ancestrales de los esclavos africanos que llegaron a Cuba durante la colonización ha fomentado supersticiones y prácticas piadosas a la Virgen de la Caridad no del todo ortodoxas. En definitiva, ello prueba la antigüedad de la devoción y lo arraigada que siempre ha estado en el corazón de las capas sociales más humildes de la nación. Por eso, sin duda, el santo obispo de Santiago de Cuba, monseñor Claret, explotaba bien este sentimiento de filial devo-

ción mariana escribiendo así en su carta pastoral del 25 de marzo de 1853:

> «La verdadera devoción a Nuestra Señora de la Caridad consiste en abstenerse de todo pecado, en imitar sus virtudes, en tributarle algunos obsequios, en frecuentar los santos sacramentos y en hacer bien, con agrado y perseverancia, las devociones y demás cosas de su servicio».

ALBERTO J. VILLAVERDE, SI

Bibliografía

FONSECA, O DE, *Historia de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre* (La Habana 1840)

LLISECA, J M, *Apuntes para la historia eclesiastica de Cuba* (La Habana 1938)

MARTIN, J. L, *Historia de la Virgen de la Caridad* (La Habana 1952)

VIVANCOS, J A., *Historia de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre y de su santuario* (Santiago de Cuba 1935).

1 de mayo

SANTOS ORENCIO Y PACIENCIA

Mártires (s. III)

El anterior *Martirologio romano* señalaba el día 1 de mayo la memoria de los santos Orencio y Paciencia, con el título de mártires y situados en Huesca. El nuevo *Martirologio* no ha acogido esta memoria.

Según Justo Fernández Alonso en la *Bibliotheca sanctorum:* «Se trata de santos legendarios, cuyo culto no es anterior al siglo XV» y no duda en llamar fabulosas las noticias referentes a ellos.

En la diócesis de Huesca se les celebra con el título de «padres de San Lorenzo» y su memoria litúrgica es obligatoria.

En la traducción española que hizo el P. Isla al *Año cristiano* de Croisset, los PP. Pedro Centeno y Juan de Rojas, agustinos, añadieron las noticias referentes a los santos españoles, y ellos son los que en dicha obra nos dicen que se llamaban Orencio u Oroncio él y ella Paciencia y que eran personas ricas y muy cari-

tativas y que Dios les concedió dos hijos, el uno Lorenzo, el futuro diácono y mártir en Roma, y el otro Orencio, a quien se identifica con el San Oriencio u Orencio, obispo de Aux. Se dice que habiendo venido a Huesca el papa San Sixto II, quedó prendado del joven Lorenzo y lo llevó consigo a Roma. Poco después murió Paciencia. Orencio, inspirado por Dios, marchó con su hijo Orencio al valle de Labedan en la diocesis de Tarbes, donde hizo sonoros milagros, y siendo ya su hijo Orencio obispo de Aux y habiendo conocido el martirio de Lorenzo en Roma, decidió volver a Huesca, donde por sus oraciones mandó Dios lluvias abundantes y muy necesarias. Vivió una vida llena de piedad y buenas obras hasta su muerte. Añaden que estos santos son invocados en la escasez de lluvia y contra las langostas. En esta versión de sus vidas no se les presenta, pues, como mártires.

Muy similar es la versión que da Luis Calpena Ávila en su obra *La luz de la fe en el siglo XX.*

Baronio, en nota a su inclusión en el *Martirologio,* dice que en antiguos monumentos de la Iglesia de Huesca se lee que son los padres de San Lorenzo.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, III (Venecia 1751) 501 503
Bibliotheca sanctorum, t IX, cols 1226 1227
Martyrologium romanum, o c , 213 214
CALPENA Y AVILA, L , *La luz de la fe en el siglo XX Libro de la familia cristiana,* V (Madrid 1912 1916) 17 18
CROISSET, J , SJ, *Ano cristiano, o ejercicios devotos para todos los dias del ano,* V (Barcelona 1863) 15 18

9 de mayo

SAN GREGORIO DE LA BERRUEZA
Obispo († 1044)

En las diócesis de Pamplona y Tudela se celebra como memoria libre el día 9 de mayo a San Gregorio de la Berrueza. Tie-

ne su santuario en Sorlada, al que acuden en romería los pueblos de la comarca de La Berrueza. Su veneración es antigua, remontándose al siglo XIV y extendiéndose la misma por Navarra, la Rioja y Aragón. Se conserva su cabeza en relicario de plata y por él se pasa agua con la que luego se bendicen los campos, siendo invocado el santo como protector de las cosechas. Esta devoción tuvo un momento importante en el reinado de Fernando VI cuando la reliquia del santo recorrió numerosas poblaciones de varias regiones, siendo muy invocado por los fieles.

La identidad personal de este santo es la de San Gregorio, cardenal obispo de Ostia. Se le supone natural de Roma, monje y luego abad del monasterio romano de los Santos Cosme y Damián, bibliotecario luego de la Iglesia romana, y finalmente cardenal obispo de Ostia. Se supone que fue enviado por el papa Benedicto IX en 1039 para consuelo de los pueblos de la ribera del Ebro que se veían atacados por una terrible plaga de langosta. Llegado el para entonces ya anciano cardenal a las tierras asaltadas por la plaga, predicó la conversión y la penitencia como modo de acabar con aquel azote de la ira de Dios que era la plaga que se padecía. Dispuso oraciones y rogativas y al paso de San Gregorio los campos iban quedando libres de la voraz langosta, siendo aclamado y festejado como libertador por donde iba pasando. Al cabo de cinco benéficos años de estancia en España vino a morir santamente en Logroño el 9 de mayo de 1044. Puesto que todos los pueblos favorecidos por su presencia podían alegar títulos para ser depositarios de su sagrado cuerpo, éste fue depositado en una mula, la cual, dejada al azar, salió de Logroño y se dirigió a Navarra, donde murió en el sitio llamado San Salvador de Peñalva, cercano a Los Arcos.

(NB. Agradecemos su colaboración a D. Santiago Cañardo Ramírez, delegado de liturgia de las diócesis de Pamplona y Tudela).

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Mart, II (Venecia 1738) 463-465.
Bibliotheca sanctorum, t.VII, cols.210-212.

CALPENA Y AVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX Libro de la familia cristiana,* V (Madrid 1912-1916) 171-173.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los dias del año,* V (Barcelona 1863) 161-164.
ZAMORA MENDOZA, J., *Santos de la Rioja. Coleccion de semblanzas biograficas* (Logroño 1962) 77-83

11 de mayo

SAN ANASTASIO
Mártir († 305)

Con rango de solemnidad celebra la ciudad de Lleida la memoria de San Anastasio o Anastasi, mártir, al que se tiene por natural de la propia ciudad, nacido en el seno de una familia pagana en el antiguo barrio de la Magdalena.

De joven marcha a Roma, donde se alista en el ejército romano, llegando a ser centurión y pretor de la guardia pretoriana a las órdenes del emperador Diocleciano.

Durante su estancia en Roma abraza la fe cristiana, admirado por el testimonio y la fortaleza de los cristianos ante las persecuciones a que eran sometidos. No sólo se convierte al cristianismo, sino que propaga su nueva fe entre sus compañeros de armas. Denunciado ante el emperador, éste ordena su detención y Anastasio huye de Roma, regresando a su Lleida natal, junto a otros compañeros convertidos por él a la fe cristiana.

Ya en Lleida, el gobernador Daciano de Tarraco le hace detener y le conmina a adorar a los dioses del Imperio, tal como lo ordena un edicto del emperador, lo cual fue rehusado por Anastasio. Encarcelado en Tarragona y Barcelona, finalmente fue llevado a la cárcel de Badalona. La tradición nos evoca su martirio el 11 de mayo del año 303 o 305, junto a otros 73 compañeros de milicia, en la playa de Badalona, ciudad que —al igual que Lleida— lo venera como su santo patrono.

La memoria de un San Anastasio de Lleida, no figura en el antiguo *Martirologio romano,* que recogía en tal día la memoria de un San Anastasio mártir en Camerino. Tampoco la recoge el nuevo *Martirologio,* si bien aparece reseñado en diversas vidas de

santos, como es el caso de la *Topographia sanctorum Christi,* editada en 1450, o en la obra *Barcino,* escrita por el jurista barcelonés Jeroni Pau a finales del siglo XV.

Lleida lo proclamó patrono el 9 de mayo de 1627, haciendo «voto solemne» de celebrar su fiesta a perpetuidad cada 11 de mayo, conmemorando su martirio con oficio solemne y procesión por las calles de su ciudad natal. Tradición ésta que aún hoy se conserva, solemnizada a partir de 1968 con una multitudinaria ofrenda floral ante su imagen.

JORDI CURCÓ I PUEYO

Bibliografía

Acta sanctorum. Ianuarii, II (Venecia 1738) 457-458
Bibliotheca sanctorum, t.I, cols 1061-1062.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* I (Madrid 1874) 321-322.
CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* V (Barcelona 1914) 210-211
CURCÓ I PUEYO, J., *Sant Anastasi de Lleida. Història, tradició i llegenda* (Lleida 2002).

19 de mayo

BEATOS JUAN DE CETINA Y PEDRO DE DUEÑAS

Mártires († 1397)

Al Beato Juan de Cetina o Juan Lorenzo lo venera con memoria obligatoria la diócesis de Tarazona; al Beato Pedro de Dueñas, igualmente con memoria obligatoria, lo venera la diócesis de Palencia; y a ambos con memoria libre los venera el arzobispado de Valencia.

Aunque el P. Gonzalo de Córdoba en su obra *Del solar franciscano. Santoral de las tres órdenes* y también Isidoro de Villapadierna en *Bibliotheca sanctorum* señalan que ambos mártires fueron beatificados por el papa Clemente XII el 29 de agosto de 1731, en el *Index* de la Congregación para las Causas de los Santos no los hallamos ni entre los beatificados ni entre aquellos cuyo culto inmemorial haya sido confirmado. Tampoco registra sus nombres el nuevo *Martirologio romano.*

Consultadas las fuentes que se señalan en la bibliografía, éstos son los datos de ambos confesores de Jesucristo.

Juan Lorenzo (Lorente) o Juan de Cetina era natural de esta población de Aragón y en su juventud fue primeramente militar, llevando vida disipada. Pero la gracia de Dios le tocó el corazón y decide dedicarse a Dios, pasando primero unos años como ermitaño, e ingresando luego en el convento de los claustrales de Monzón, de la Orden franciscana. Ordenado sacerdote es enviado a Barcelona, donde predica con gran fruto y completa sus estudios, pasando después al convento de Chelva. Lleva una vida austera y edificante y cuando conoce el martirio de algunos hermanos de su Orden en Jerusalén, arde en deseos de obtener también esa corona. Le permiten viajar a Roma, donde el papa Bonifacio IX no le da licencia para acudir a Tierra Santa pero le da amplias facultades para evangelizar en otras tierras. Entonces se vuelve a España para misionar en la zona islámica de la Península y los superiores le mandan al convento de San Francisco del Monte de la sierra de Córdoba para madurar su propósito. Un año más tarde le es dada la licencia que quería para predicar en las tierras musulmanas del sur de España. Lleva como compañero a Pedro de Dueñas.

Pedro de Dueñas, natural seguramente de esta población palentina, era un joven religioso, que había tenido a fray Juan de Cetina como maestro de novicios y ya había profesado los votos religiosos. No era sacerdote, y aunque se le presenta como hermano lego, pudiera ser que no tuviera las sagradas órdenes a causa de su juventud. Se ofreció para acompañar a fray Juan y al principio los superiores negaron la licencia, pero el joven religioso insistió tanto en su petición que al final consiguió el permiso pedido.

Salen ambos camino de Granada y en Alcalá la Real entrega fray Juan su capa a un mendigo sin ropa, y con solo el hábito y en el rigor del invierno prosigue hacia Granada, a donde llega el 8 de enero de 1397, según se dice. Encuentran allí al franciscano fray Eustaquio, que como capellán de los mercaderes cristianos vivía pacíficamente entre los musulmanes, y cuando iban con él por la ciudad se inquieta la población al verlos, como adivinando el motivo que les traía. Interviene el cadí, que informa-

do, decide llevar a los dos religiosos ante el rey Mohamed. Éste los interroga y queda maravillado de que los dos le digan que su propósito es evangelizar. Piensa el monarca que están locos y los manda a casa de unos cristianos, advirtiéndoles que se abstengan de toda acción evangelizadora. Pero ellos al poco salen a la calle y empiezan a predicar el evangelio, lo que trae consigo que sean de inmediato encarcelados a la espera de que el monarca, ausente, regrese. Cuando vuelve, los llama y conoce por ellos mismos que han desobedecido sus órdenes y han intentado expandir el evangelio por la ciudad. Y se dice que en un arrebato de cólera el mismo rey con su alfanje segó las cabezas de ambos confesores de Cristo, el 19 de mayo de 1397. Se añade que sus sagradas reliquias fueron luego llevadas a la catedral de Vich y a los conventos franciscanos de Sevilla y Córdoba.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Mau, IV (París 1866) 294.
Bibliotheca sanctorum, t.VI, cols.1050-1052 (con amplia bibliografía).
GONZALO DE CORDOBA, Fray, *Del solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957) 376-380
SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Index ac status causarum* (Ciudad del Vaticano 1999).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1 — En Huesca, los santos Orencio y Paciencia, padres de San Lorenzo Memoria

Día 2 — En Ávila, San Segundo, obispo. Fiesta

Día 3 — En Granada, la Santa Cruz Fiesta

Día 4 — En Madrid, Alcalá de Henares y Getafe, San Jose Maria Rubio, presbitero

En Barbastro-Monzon, Beato Ceferino Jiménez «el Pelé», mártir Memoria libre.

Día 5 — En Jaén, San Amador, presbítero y martir Memoria

En Siguenza-Guadalajara, San Martín de Finojosa, obispo Memoria

En Granada, Beato Manuel Sierra y compañeros, mártires Memoria libre.

Día 8 — En Valencia, la Virgen María Madre de las Gracias Memoria

En Sevilla (memoria), Cuenca, Pamplona y Tudela (memoria libre), la Bienaventurada Virgen María, mediadora de todas las gracias

Día 9 — En Burgos, Santa Casilda, virgen Memoria

En Pamplona y Tudela, San Gregorio de la Berrueza Memoria libre

Día 11 — En Lleida, San Anastasio, mártir. Solemnidad

En Bilbao y Cuenca, Beato Domingo Iturrate, presbítero Memoria

Día 12 — En Calahorra y la Calzada-Logroño, Santo Domingo de la Calzada En la ciudad, solemnidad, en la diocesis, memoria

Día 13 — En Valladolid, San Pedro Regalado, presbitero En la ciudad, solemnidad, en la diócesis, fiesta

En Bilbao y San Sebastian (memoria), Pamplona y Tudela (memoria libre), San Miguel Garicoitz, presbitero

Día 15 — En Almería, San Indalecio, obispo y mártir. Solemnidad

En Guadix-Baza y Zaragoza, San Torcuato, obispo, y compañeros mártires Solemnidad

En Jaén, San Eufrasio, obispo y martir Solemnidad.

Día 16 — En Lugo, San Eufrasio, obispo y mártir Memoria

En Pamplona-Tudela, San Andrés Huberto Fournet, presbitero Memoria libre

Día 17 En Segorbe-Castellón, San Pascual Bailón. Fiesta. En Tarazona, Orihuela-Alicante, Siguenza-Guadalajara y Valencia, memoria

Día 18 En Tarragona, San Próspero, obispo. Memoria.

Día 19 En Palencia, Beato Pedro de Dueñas, mártir. Memoria.
En Tarazona, Beato Juan Lorenzo, mártir. Memoria.
En Valencia, Beatos Juan de Cetina y Pedro de Dueñas, mártires. Memoria libre.

Día 21 En Córdoba, San Secundino, mártir. Memoria.
En Santiago de Compostela, San Torcuato y compañeros, mártires Memoria.

Día 22 En Merida-Badajoz, San Atón, obispo. Memoria.
En Cádiz y Málaga, Beato Diego José de Cádiz, presbítero. Memoria.
En Barcelona, Tarragona y Vic, Santa Joaquina Vedruna. Memoria.

Día 24 En Astorga, San Genadio, obispo. Memoria libre.
En León (memoria) y Sevilla (memoria libre), Beato Juan de Prado, presbítero y mártir.
En Sevilla, Jerez y Menorca (memoria libre), en Córdoba (memoria), la Bienaventurada Virgen María, auxiliadora de los cristianos

Día 25 En Bilbao, Pamplona, Tudela, San Sebastián (memoria), Madrid y Alcalá (memoria libre), Santa Vicenta María López de Vicuña, virgen.

Día 27 En Guadix-Baza, San Francisco Serrano y compañeros, mártires. Memoria

Día 29 En Urgel (memoria) y Solsona (memoria libre), San Justo, obispo.
En Tortosa, San Pedro Sans, mártir. Memoria libre.

Día 30 En Sevilla, San Fernando, fiesta. En Cartagena, León, Segovia y Zamora, memoria.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Ademaro, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Agapio, San († 258/259), día 4, 99-101.
Águeda Kim A-gi, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Águeda Yi Sosa, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Agustín de Canterbury, San († 605), día 27, 608-615
Agustín Novelli, Bto. († 1310), día 19, 438-439.
Agustín Roscelli, San († 1902), día 7, 148-153.
Agustín Sánchez Caloca, San († 1927), día 25, 579-580.
Agustín Schoeffler, San († 1851), día 1, 30-32.
Agustín Webster, San († 1535), día 4, 87-94.
Agustín Yi Kwang-hon, San († 1839), día 24, 542-548.
Alberto de Bérgamo, Bto. († 1279), día 7, 155.
Aldhelmo, San († 709), día 25, 574.
Amado Ronconi, Bto. (s. XIII), día 8, 175-176.
Amador, San († 418), día 1, 26-27.
Ana Pak A-gi, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Ana Rosa Gattorno, Bta († 1900), día 6, 129-134.
Anastasio, San († 305), día 11, 809-810.
Andrés Abellon, Bto. († 1450), día 15, 333-342
Andrés Bobola, San († 1657), día 16, 350-356.
Andrés Franchi, Bto. († 1401), día 26, 598.
Andrés Huberto Fournet, San († 1834), día 13, 295-299.
Andrés Kaggwa, San († 1886), día 26, 602-603.
Ángel de Massaccio, Bto. († 1458), día 8, 176.
Ángel, San († 1225), día 5, 118.
Antonia Mesina, Bta. († 1935), día 17, 369-374.
Antonia, virgen († 258/259), día 4, 99-101.
Antonino de Florencia, San († 1459), día 2, 43-50
Antonio Bajewski, Bto. († 1941), día 7, 155-156.
Antonio Julián Nowowiejski, Bto. († 1941), día 28, 646-654.
Antonio Middleton, Bto. († 1590), día 6, 136-137.
Aquiles, San (s. I), día 12, 253-258.
Arcángel Tadini, Bto († 1912), día 20, 452-456.
Ascensión del Señor (movible), 747-755.
Atanasio Bazzekuketta, San († 1886), día 27, 619.
Atanasio de Alejandría, San († 373), día 2, 34-43.
Atilano Cruz Alvarado, San († 1928), día 21, 460-468.
Atón de Pistoya, San († 1153), día 22, 503-504.

Austregisilo, San († 624), dia 20, 457-458
Avertino, San († 1189), dia 5, 118

Barbara Han A-gi, Sta († 1839), dia 24, 542-548
Barbara Kim, Sta († 1839), dia 27, 618
Barbara Yi, Sta († 1839), dia 27, 618
Bartolome Pucci-Franceschi, Bto († 1330), dia 6, 135 136
Basilio, San (s IV), dia 30, 717-718
Bautista Varano, Bta († 1527), dia 31, 742
Beatriz d'Este, Bta († 1226), dia 10, 230 231
Beda el Venerable, San († 735), dia 25, 549-556
Benedicto II (papa), San († 685), dia 8, 174-175
Bernardino de Siena, San († 1444), dia 20, 444 451
Bernardo de Roquefort, Bto († 1242), dia 29, 660-665
Bernardo, Bto († 1242), dia 29, 660 665
Blandina (Maria Magdalena) Mer ten, Bta († 1918), dia 18, 394-404
Boleslao Strzelecki, Bto († 1941), dia 2, 68-69
Bona de Pisa, Sta († 1207), dia 29, 680
Bonifacio IV (papa), San († 615), dia 8, 157-159
Brendan, San († 578), dia 16, 357-358
Bruno de Wurzburgo, San († 1045), dia 27, 615-616
Burcardo, Bto († 1192), día 18, 404

Caleb, San cf Elesbaan, San
Carlos Eugenio de Mazenod, San († 1861), dia 21, 468 483
Cartago, San († 638), dia 14, 324
Casimiro Gostynski, Bto († 1942), dia 6, 137-138
Catalina Cittadini, Bta († 1857), dia 5, 110-116
Clemente Septyckyj, Bto (1951), dia 1, 33
Comgall, San († 602), dia 10, 229 230
Crispin de Viterbo, San († 1750), dia 19, 422-431
Cristobal Magallanes, San († 1927), dia 25, 579 580

Damian Nam Myong Hyog, San († 1839), dia 24, 542-548
David Galvan Bermudez, San († 1915), dia 21, 460-468
David Roldan Lara, San († 1926), dia 21, 460-468
David Uribe Velasco, San († 1927), dia 21, 460-468
Desiderio de Langres, San († 355), dia 23, 520
Desiderio de Vienne, San († 607), dia 26, 596-597
Dionisio Ssebuggwawo, San († 1886), dia 25, 578 579
Domingo (Lorenzo) Ngon, Sto († 1862), dia 22, 510 511
Domingo de la Calzada, Sto († 1109), dia 12, 270-278
Domitila (Flavia), Sta (s I), dia 7, 139-141
Donaciano de Cartago, San († 259), dia 23, 511-514

Eadberto, San († 698), dia 6, 135
Edmundo Duke, Bto († 1590), dia 27, 616-618

Eduardo Jones, Bto. († 1590), día 6, 136-137.
Eduardo José Rosaz, Bto († 1903), día 3, 74-79
Elésbaan, San († 560), día 15, 343-344.
Eleuterio (papa), San († 189), día 26, 595-596.
Emelia, Sta. (s. IV), día 30, 717-718.
Emilia Bicchieri, Bta († 1314), día 3, 85.
Emiliano, lector († 258/259), día 4, 99-101.
Enrique Kaczorowski, Bto. († 1942), día 6, 137-138
Enrique Rebuschini, Bto. († 1938), día 10, 225-229
Epifanio de Salamina, San († 403), día 12, 263-267.
Eremberto, San († 672), día 14, 324-325.
Erico IX, San († 1161), día 18, 386-389.
Estanislao de Kazimierz, Bto. († 1489), día 3, 85-86.
Estanislao Kubski, Bto. († 1942), día 18, 406.
Esteban de Saint-Thierry, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Esteban Grelewski, Bto. († 1941), día 9, 205-206.

Felipe (apóstol), San (s. I), día 3, 70-74.
Felipe de Piacenza, Bto. († 1306), día 24, 542.
Felipe Neri, San († 1595), dia 26, 582-590.
Félix de Cantalicio, San († 1587), día 18, 389-394.
Félix (Santiago Amoroso) de Nicosia, Bto. († 1787), día 31, 743-744.
Fernando III, San († 1252), día 30, 682-691
Fortanerio, Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Francisco de Jerónimo, San († 1716), día 11, 241-244.
Francisco de Montmorency-Laval, Bto. († 1708), día 6, 120-124.
Francisco Patrizi, Bto. († 1328), día 26, 597-598
Fuerte Gabriel, Bto. († 1040), día 9, 203.

García d'Aure, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Gema, Bta. († 1439), día 13, 300.
Genadio, San († 936), día 25, 575-576.
Gerardesca de Pisa, Bta. († 1269), día 29, 681.
Gerardo Mecatti, Bto. († 1242), día 18, 405.
Gerio de Lunel, Bto. († 1299), día 25, 576-577.
Germán de Constantinopla, San († 733), día 12, 267-270.
Germán de París, San († 576), día 28, 654-655
Gil de Vaozela, Bto. († 1265), día 14, 325-326.
Gisela, Bta († 1060), día 7, 154-155.
Godeardo, San († 1038), día 5, 117.
Gonzaga Gonza, San († 1886), día 27, 619.
Gregorio Celli, Bto. († 1343), día 11, 250-251.
Gregorio de la Berrueza, San († 1044), día 9, 807-809.
Gregorio Franckowiak, Bto. († 1943), día 5, 119-120.
Gregorio VII (papa), San († 1085), día 25, 556-562.
Gualterio, San († 1070), día 11, 249-250
Guiberto de Gembloux, San († 962), día 23, 522.

Guillermo Arnaud, Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Guillermo de Tolosa, Bto. († 1369), día 18, 405-406.
Guillermo Filby, Bto. († 1582), día 30, 719-720.
Guillermo Scott, Bto. († 1612), día 30, 720-721.
Guillermo Tirry, Bto. († 1654), día 2, 66-67.
Guillermo, San († 1192), día 10, 230.

Hallazgo de la Santa Cruz, día 3, 775-782.
Hemming, San († 1366), día 21, 484-485.
Herculano de Piegale, Bto. († 1451), día 28, 656.
Hilario de Arlés, San († 449), día 5, 102-105.
Huberto, San († 727), día 30, 718-719.
Humildad de Faenza, Bta. († 1310), día 22, 504-505.
Humiliana de Cerchi, Bta. († 1246), día 19, 437-438.

Ignacio de Láconi, San († 1781), día 11, 244-248.
Imelda Lambertini, Bta. († 1333), día 12, 280-281.
Isaías (profeta), San († s. VII a.C.), día 9, 178-186.
Isidro Labrador, San († 1130), día 15, 327-332.
Iván Merz, Bto. († 1928), día 10, 231-232.
Iván Ziatyk, Bto. († 1952), día 17, 381.
Ivón de Bretaña, San († 1303), día 19, 414-416.

Jenaro Sánchez Delgadillo, San († 1927), día 21, 460-468.
Jeremías (profeta), San (Antiguo Testamento), día 1, 11-15.
Jesús Méndez Montoya, San († 1928), día 21, 460-468.
Joaquina Vedruna de Mas, Sta. († 1854), día 22, 493-497.
Job, Santo, día 10, 206-209.
José Czempiel, Bto. († 1942), día 19, 443-444.
José Chang Song-jib, San († 1839), día 26, 600-601.
José Do Quang Hien, San († 1840), día 9, 204-205.
José Gerard, Bto. († 1914), día 29, 665-670.
José Isabel Flores, San († 1927), día 21, 460-468.
José Kurzawa, Bto. († 1940), día 23, 522-523.
José Marello, San († 1895), día 30, 707-710.
José María Robles, San († 1927), día 21, 460-468.
José María Rubio Peralta, Bto. († 1929), día 2, 50-65.
José Nguyen Van Luu, San († 1854), día 2, 67-68.
José Obrero, San, día 1, 4-11.
Juan ante Portam Latinam (evangelista), San († 95), día 6, 782-792.
Juan Bautista de Rossi, San († 1764), día 23, 515-520.
Juan Bautista Loir, Bto. († 1794), día 19, 442-443.
Juan Bautista Machado, Bto. († 1617), día 22, 507-508.
Juan de Ávila, San († 1569), día 10, 217-225.
Juan de Beverley, San († 721), día 7, 153-154.
Juan de Cetina, Bto. († 1397), día 19, 810-812.

Juan de Prado, Bto. († 1631), día 24, 530-533.
Juan de Santo Domingo Martínez, Bto. († 1619), día 19, 440-441.
Juan Doan Trinh Hoan, San († 1861), día 26, 601-602.
Juan Forest, Bto. († 1538), día 22, 506-507.
Juan Haile, Bto. († 1535), día 4, 87-94.
Juan Hogg, Bto. († 1590), día 27, 616-618.
Juan Houghton, San († 1535), día 4, 87-94
Juan I (papa), San († 526), día 18, 382-386.
Juan Luis Bonnard, San († 1852), día 1, 32
Juan Martín Moye, Bto. († 1793), día 4, 94-99.
Juan Mopinot (León), Bto. († 1794), día 21, 485-486.
Juan Rochester, Bto. († 1537), día 11, 251-252.
Juan Shert, Bto. († 1582), día 28, 657-658.
Juana de Arco, Sta. († 1431), día 30, 691-699.
Juana de Portugal, Bta. († 1490), día 12, 281-282.
Julia Salzano, Bta. († 1929), día 17, 375-379.
Julián de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Julio Álvarez Mendoza, San († 1927), día 21, 460-468.
Julio, San († 302), día 27, 604-608.
Justino Orona Madrigal, San († 1928), día 21, 460-468.
Justo de Urgel, San (s. VI), día 28, 620-627.

Ladislao de Gielnow, Bto. († 1505), día 4, 101.
Ladislao Demski, Bto. († 1940), día 28, 659.
Lanfranco de Canterbury, Bto. († 1089), día 28, 627-633.
Lorenzo Johnson, Bto. († 1582), día 30, 719-720.
Lucas Kirby, San († 1582), día 30, 719-720.
Lucía Pak Hui-sun, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Lucífer de Cagliari, San († 370), día 20, 456-457.
Lucio de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Luis Batis Sainz, San († 1926), día 21, 460-468.
Luis Ceferino Moreau, Bto. († 1901), día 24, 533-541.
Luis Rabatà, Bto. († 1490), día 8, 177.

Mafalda de Portugal, Bta. († 1257), día 1, 28.
Magdalena Albrici, Bta. († 1465), día 13, 300.
Magdalena Kim Obi, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Magdalena Sofía Barat, Sta. († 1865), día 25, 566-577.
Mamerto, San († 475), día 11, 249.
Manuel Morales, San († 1926), día 21, 460-468.
Margarita Pole, Bta. († 1541), día 28, 633-646.
Margarito Flores García, San († 1927), día 21, 460-468.
Maria Bartolomea Bagnesi, Bta. († 1577), día 28, 656-657.
María Bernarda (Verena) Butler, Bta. († 1924), día 19, 431-437.
María Catalina de San Agustín Symon de Longprey, Bta. († 1668), día 8, 160-168.

María Catalina de Santa Rosa Troiani, Bta. († 1887), día 6, 125-129.
María Domenica Brun Barbantini, Bta. († 1868), día 22, 497-503.
María Dominica Mazzarello, Sta. († 1881), día 14, 312-317.
María Leonia Paradis, Bta. († 1912), día 3, 79-84.
María Magdalena de Pazzi, Sta. († 1607), día 25, 562-565.
María Teresa de Jesús Gerhardinger, Bta. († 1879), día 9, 197-202.
Mariana (María Ana) de Jesús de Paredes, Sta. († 1645), día 26, 590-595.
Mariano de Roccacasale, Bto. († 1866), día 31, 744-745.
Martín Oprzadek, Bto. († 1942), día 18, 407-408.
Mártires de Avignonet, Btos. († 1242), día 29, 660-665.
Mártires de México, Stos. († 1915-1937), día 21, 460-468.
Mártires de San Sabas († 614), día 16, 358-359.
Mateo Correa Magallanes, San († 1927), día 21, 460-468.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), día 11, 252.
Mateo Nguyen Van Phuong, San († 1861), día 26, 601-602.
Matías (apóstol), San (s. I), día 14, 301-307.
Matías de Arima, Bto. († 1620), día 22, 509
Matías Kalemba, San († 1886), día 30, 699-707.
Maximino de Trier, San († 347), día 29, 680.
Mayolo, San († 994), día 11, 233-240.
Miguel de la Mora, San († 1927), día 21, 460-468.
Miguel de Sinada, San († 826), día 23, 521.
Miguel Garicoitz, San († 1863), día 14, 307-312.
Miguel Ho Dinh Hy, San († 1857), día 22, 509-510.
Miguel Wozniak, Bto. († 1942), día 16, 361.
Modoaldo, San († 640), día 12, 279.
Montano de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.

Nereo, San (s. I), día 12, 253-258.
Nicolás Albergati, Bto († 1443), día 10, 210-217.
Nicolás Barré, Bto. († 1686), día 31, 732-740.
Nicolás Cehelskyj, Bto († 1951), día 25, 580-581.
Nicolás Hermansson, Bto († 1391), día 2, 65-66.
Noé Mawaggali, San († 1886), día 31, 745.
Nuestra Señora de Fátima, día 13, 283-295.
Nuestra Señora de los Desamparados, día 10, 792-799.
Nunzio Sulprizio, Bto. († 1836), día 5, 105-110.

Orencio, San (s. III), día 1, 806-807.
Otto Neururer, Bto. († 1940), día 30, 710-717

Pablo Hanh, San († 1859), día 28, 658-659.
Paciencia, Sta. (s. III), día 1, 806-807.
Pacomio, San († 347-348), día 9, 186-197.
Pancracio, San (s. IV), día 12, 258-263.
Pascual Bailón, San († 1592), día 17, 362-369.

Pedro Celestino, San († 1296), día 19, 409-414.
Pedro d'Arnaud, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Pedro de Dueñas, Bto. († 1397), día 19, 810-812.
Pedro de Jesús Maldonado, San († 1937), día 21, 460-468.
Pedro de la Asunción, Bto. († 1617), día 22, 507-508.
Pedro Doan Van Van, San († 1857), día 25, 578.
Pedro Esqueda Ramírez, San († 1927), día 21, 460-468.
Pedro Kwon Tu-gin, San († 1839), día 24, 542-548.
Pedro Liu Wenyuan, San († 1834), día 17, 380.
Pedro Sans y Jordá, San († 1747), día 26, 599-600.
Pedro Wright, Bto. († 1651), día 19, 441-442.
Peregrino Laziosi, San († 1345), día 1, 29-30.
Petronila, Sta. († s. III-IV), día 31, 740-741
Ponciano Ngondwe, San († 1886), día 26, 602-603.
Posidio, San († luego del 437), día 16, 356-357.
Prior de Avignon, Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Protasio Chong Kuk-kó, San († 1839), día 20, 458-459
Pudente, San († s. II), día 19, 799-802.

Raymundo Carbonier, Bto. († 1242), día 29, 660-665
Raymundo de Cortisan (Escriban), Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Reticio de Autún, San (s. IV), día 15, 342.
Ricardo (Herminio Felipe) Pampuri, San († 1930), día 1, 19-26.
Ricardo Hill, Bto. († 1590), día 27, 616-618.
Ricardo Holiday, Bto. († 1590), día 27, 616-618
Ricardo Newport, Bto. († 1612), día 30, 720-721.
Ricardo Reynolds, monje († 1535), día 4, 87-94.
Ricardo Thirkeld, Bto († 1583), día 29, 681-682.
Rictrudis, Sta. († 678), día 12, 279-280.
Rita de Casia, Sta. († antes de 1457), día 22, 487-493.
Roberto Johnson, Bto. († 1582), día 28, 657-658.
Roberto Lawrence, San († 1535), día 4, 87-94
Roberto Thorpe, Bto († 1591), día 31, 742-743.
Rodrigo Aguilar, San († 1927), día 21, 460-468.
Román Adame, San († 1927), día 21, 460-468.
Rosa Venerini, Bta. († 1728), día 7, 142-148.
Ruperto, San (s VIII), día 15, 344.

Sabas Reyes Salazar, San († 1927), día 21, 460-468.
Salvador Lara Puente, San († 1926), día 21, 460-468.
Santa María de la Caridad del Cobre, día 20, 802-806.
Santiago (apóstol), San (s. I), día 3, 70-74.
Santiago Felipe Bertoni, Bto. († 1483), día 25, 577
Santiago Salomoni, Bto. († 1314), día 31, 741.
Santiago Walworth, Bto. († 1537), día 11, 251-252.
Santísima Trinidad (movible), 767-773.

Secundino, San († 258/259), día 4, 99-101.
Segismundo, San († 523), día 1, 27-28.
Servacio, San († 384), día 13, 299.
Simeón Estilita el Joven, San († 592), día 24, 541-542.
Simón Stock, San († 1265), día 16, 346-349.
Solemnidad de Pentecostés (movible), 757-766.

Teobaldo, San († 1001), día 21, 483-484.
Teodora Ana Teresa Guerin, Bta. († 1856), día 14, 317-324.
Teodosio de Kiev, San († 1074), día 3, 84.
Teófilo de Corte, San († 1740), día 19, 416-422.
Tértula, virgen († 258/259), día 4, 99-101.
Tomás Cottam, Bto († 1582), día 30, 719-720.
Tomás Ford, Bto. († 1582), día 28, 657-658.
Tomás Pickering, Bto. († 1679), día 9, 203-204.
Tomás Watkinson, Bto. († 1591), día 31, 742-743.
Toribio Romo González, Sto. († 1928), día 21, 460-468.
Tranquilino Ubiarco, San († 1928), día 21, 460-468.

Ubaldesca, Sta. († 1206), día 28, 655.
Ubaldo, San († 1160), día 16, 359-360.
Ulrica Nisch, Bta. († 1913), día 8, 168-173.
Úrsula Ledóchowska, Sta. († 1939), día 29, 670-679.
Varones Apostólicos, día 1, 15-19.
Venerio de Milán, San († 409), día 6, 134.
Vicente de Lerins, San († 445/450), día 24, 524-530.
Vicente Matuszewski, Bto. († 1940), día 23, 522-523.
Víctor de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Víctor de Milán, San († 304), día 8, 174.
Victorico de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Vidal Vladimiro Bajrak, Bto. († 1946), día 16, 361-362.
Visitación de la Virgen María a Santa Isabel, día 31, 722-731.
Vivaldo de San Geminiano, Bto. († 1320), día 1, 29.

Wirón, San († 753), día 8, 175.
Witesindo, San († 855), día 15, 344-345.

2. Colaboradores

Alastrué Castillo, M.ª del P. 487-492.
Alcorta, J. 307-312.
Alonso Schokel, L. 206-209.
Amigó Jansen, G. 590-595.
Arratíbel, J. 362-368.
Artero Pérez, J. 312-317.

Baltar, S. 327-332.

Carro Celada, J. A. 79-84 110-116 148-153.
Chico González, P. 333-342 710-717 732-740.
Cunill, R. 34-43.
Curcó i Pueyo, J. 809-810.

Díaz Fernández, J. M. 129-133 295-298 530-532.

Dominguez del Val, U 524 529

Echeverría, L de 4-11 582-589

Ferri Chulio, A de S 168-173 414-416 497-503 665-670
Flores Arcas, J J 125 128 241-244

González Chaves, A J 50-65 142-147 416-422 670-679
Gonzalez Rodriguez, M ª E 283-295 633-646

Iniesta Coullant-Valera, E 566-573

Langa, P 160-167 394-403 422 430 533-541
Llabres y Martorell, P J 43-50 105-110 197-202 386-389
Llorca, B 15-18 270-278 444-451 608-615 799-802
Lopetegui, L 350-356
Lopez Melus, J 549-555

Maria H de la Santa Faz 562-565
Martín Abad, J 468-483 757-766
Martin Abril, F J 389-394
Martín Hernandez, F 691-698
Martín Hernandez, P 515-520
Melendres, M 11-15
Molina Piñedo, R 186-196

Nuñez Uribe, F 74-79 94-99 225-229

Olaechea Loizaga, M 792-799
Ona de Echave, A 556-562

Pascual, A 767-773
Peraire Ferrer, J 369-374 431-437 460-468 620-627
Perez Lozano, J M ª 722-731
Pérez Suarez, L M 87-94 210-217 233-240 627-633
Pérez, G 70-74
Pont y Gol, J 409 413

Repetto Betes, J L 19-26 26-33 65-69 84-86 99 101 117-120 134 138 153-156 174-177 203-206 229-232 249-252 263-267 279-282 299-301 317-323 324-326 342-345 356-362 375-379 380-381 404-408 437 444 456-459 483-486 503-511 511-514 520-523 541 548 574-581 595-603 604-608 615-619 646-653 654-659 680-682 699-707 717-721 740-745 747-755 806 808 810-812
Rodriguez, J V 244-248 382-386 452-455

Sala Balust, L 217-224
Sanchez Aliseda, C 253-258 782-791
Sánchez de Muniain, J M ª 682-691
Sanz Burata, L 493-497
Segovia, A 267-270
Sendin Blázquez, J 102-105 139-141 157-159 258-262
Staehlin, C M ª 301-306

Velado Graña, B 120-124 178 186 660-665 707-710
Villaverde, A J 802-806

Xiberta, B M 346-349

Yzurdiaga Lorca, F 775-782